

ARQUITECTURA PARTICIPATIVA

Un estudio a partir de tres autores:
Turner, Habraken y Alexander

Juan Santiago Palero



UNC



DoctA
DOCTORADO EN ARQUITECTURA

Córdoba-Argentina-2018

ISBN :

Palero Juan Santiago

Arquitectura participativa. Un estudio a partir de tres autores: Turner, Habraken y Alexander / Juan Santiago Palero, dirigido por Ana Falú - 1ª ed adaptada - Córdoba Editorial de la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño de la Universidad Nacional de Córdoba, 2017

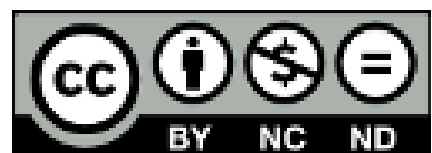
Libro digital, PDF - (Tesis DoctA / Marengo, María Cecilia; 1}

Archivo Digital: descarga y online

ISBN

1 Arquitectura participativa, 2 Vivienda Social, 3 Hábitat, 4 Historia de la Arquitectura, 5 Urbanismo Participativo, 6 Década del sesenta, 7 Década del setenta

.....



ARQUITECTURA PARTICIPATIVA

Un estudio a partir de tres autores:
Turner, Habraken y Alexander

Juan Santiago Palero

Doctorado en Arquitectura

Escuela de Graduados FAUD - UNC

Defensa: 22 de Marzo de 2018

Director: Dra. Ana Falú

Jurado:

Dr. Miguel Ángel Barreto (UNNE)

Dr. Fernando Díaz Terreno (UNC)

Dra. Paula Peyloubet (CIECS-CONICET)

Resumen

Esta tesis indaga en las raíces conceptuales de la arquitectura participativa, focalizando sobre la producción teórica de John Turner, John Habraken y Christopher Alexander durante las décadas del sesenta y setenta.

A mediados del siglo veinte, la arquitectura atravesaba un periodo de crisis. Diferentes autores comenzaron a cuestionar la difusión acrítica de la arquitectura moderna como estilo superficial y monótono que no lograba sintonizar con las necesidades y los gustos de la gente. Dentro de esas críticas, puede reconocerse toda una serie de autores que pusieron en tela de juicio no sólo las obras de arquitectura, sino también el modo de abordar la disciplina, y el ejercicio profesional.

Con el nombre de arquitectura participativa, se plantea agrupar a una multiplicidad de autores que proponían dejar de concebir la arquitectura como si fuera una obra de arte acabada en sí misma, para entenderla como un proceso continuo y complejo producto de la interacción de múltiples actores.

Los arquitectos que proponían incorporar técnicas participativas en sus proyectos contribuyeron a cambiar el eje del debate desde la forma en sí de la arquitectura hacia los procesos que generan la forma. Específicamente, buscaban incorporar en los procesos que convergen dentro de la arquitectura (diseño, gestión, construcción, mantenimiento) a grupos usualmente marginados de dichos procesos. Era una manera de recuperar una modalidad de producción colectiva y gradual del ambiente.

Mientras los proyectos modernos, apoyados en la producción industrial, permitían transformar grandes extensiones de territorio a un ritmo vertiginoso, los principales referentes de la arquitectura participativa buscaban recomponer, con cierto romanticismo, una relación armónica entre la comunidad y el entorno. Esta postura, que era a su vez crítica y nostálgica, puede analizarse en toda su profundidad en el tema de la vivienda. Frente a los grandes bloques de vivienda moderna basados en la multiplicación abstracta de unidades básicas, la arquitectura participativa buscaba enriquecer y complejizar los conjuntos de vivienda incorporando el punto de vista y la acción de los futuros pobladores.

Es por eso que esta tesis propone revisar la obra teórica de tres autores fundamentales en la construcción de la teoría que subyace en la arquitectura participativa, tomando como eje el tema de la vivienda durante las décadas del sesenta y setenta.

Dado que estas experiencias implicaban un cuestionamiento al modelo profesional difundido desde las academias, siempre ocuparon un rol periférico dentro del conjunto de obras que conoce un arquitecto durante su periodo de formación. La Historia de la Arquitectura las aborda como si fueran situaciones excepcionales, filantrópicas, aisladas del contexto. Por eso, el principal objetivo de esta tesis es visibilizarlas y mostrarlas como parte de una continuidad que atraviesa todo el siglo veinte, recomponiendo una línea histórica postergada dentro de las academias.

Por otro lado, la arquitectura participativa surge en contra de un ejercicio profesional consolidado a principios del siglo veinte, y por ello ha quedado indisolublemente asociada a una actitud crítica y contestataria con respecto a las condiciones socioeconómicas heredadas de la modernidad. La participación se ha convertido en bandera de diversos grupos y organizaciones que buscan transformar la sociedad abandonando el individualismo reinante en pos de valores colectivos.

Sin embargo, cuando se estudian en profundidad los conceptos que conforman la base teórica de esta corriente pueden encontrarse múltiples vínculos con las teorías que guiaron las transformaciones del capitalismo a partir de mediados del siglo veinte.

De allí que este trabajo busque recomponer los nexos entre las ideas de los principales teóricos de la arquitectura participativa y el contexto cultural de la época en que estas ideas se gestaron.

De este modo se propone desentrañar, por ejemplo, el papel que jugó la participación dentro del panorama geopolítico de la Guerra Fría, su aporte con respecto a las nuevas modalidades de producción e incluso su relación con las nuevas vertientes filosóficas que transformaron la espiritualidad y el sistema de valores de la sociedad de fines del siglo veinte.

En cada periodo de crisis que atraviesa la economía capitalista, la arquitectura participativa vuelve a emerger como expresión de deseo de una sociedad que busca salvaguardar o recuperar intereses comunitarios. Por ejemplo, este tipo de experiencias se multiplicaron luego de la burbuja inmobiliaria de principios del siglo veintiuno. Pese a contar con toda una tradición de pensamiento y acción que atraviesa el siglo veinte, son pocas las propuestas actuales que logran recuperar las enseñanzas del pasado.

El conocimiento sobre la arquitectura participativa que permitiría aprender de los aciertos y errores del pasado, se muestra disperso y fragmentado. De hecho, algunos arquitectos han propuesto incorporar técnicas participativas a la arquitectura como si fuera un recurso novedoso, o una invención propia. Es por eso que, un tercer objetivo busca recuperar el legado y el alcance que tuvieron los principales autores de la arquitectura participativa de la segunda mitad del siglo veinte.

Para cumplir con estos objetivos, se identificaron los principales temas abordados por Turner, Habraken y Alexander en relación a la arquitectura participativa. Estos temas se rastrearon dentro de la obra teórica de cada uno, buscando establecer relaciones con el contexto cultural de la época. A su vez, se estudió el modo en que estos tópicos, desarrollados durante la época del sesenta y setenta, encontraban continuidad en experiencias posteriores.

El resultado de la investigación se expone en cinco capítulos con relativa autonomía. Un primer capítulo, a modo introductorio, permite definir la arquitectura participativa. Luego se presentan tres capítulos dedicados a cada uno de los autores abordados, para mostrar cómo enriquecieron por separado la base conceptual de la arquitectura participativa. Finalmente, un capítulo de conclusiones permite: establecer un diálogo entre los tres autores; caracterizar el rol que cumplió la arquitectura participativa en la segunda mitad del siglo veinte; e identificar algunos desafíos que atraviesan los arquitectos que incorporan metodologías participativas a principios del siglo veintiuno.

Abstract

This doctoral thesis explores the conceptual roots of the participative architecture approach, its development focus in the theoretical production of John Turner, John Habraken and Christopher Alexander in the period of the sixties and seventies.

In the middle of the twentieth century, the architecture was going through a period of crisis. Different authors began to question the uncritical dissemination of modern architecture as superficial and monotonous style that could not give an accurate response in tune with the needs and ways of living of the people. Within these criticisms, can be recognize a wide range of authors that put into question not only the works of architecture, but also the way of dealing with the discipline, and the professional practice

With the name of participatory architecture a multiplicity of authors envisioned the idea of leave aside the conception of architecture as art, as a finished work of art in itself, to shift to understand it as a continuous process and complex product of the interaction of multiple actors. Architects who promoted the inclusion of participatory techniques in their projects, helped and contributed to change the discussion from the shape of the architecture to the processes that produced that shape. The specific challenge was to incorporate into the processes that converge within the architecture (design, management, construction, maintenance) to marginalized groups, usually segregated and not considered in the architectural processes -design, management, construction and maintenance-. It was a way to retrieve and recuperate a modality of collective production and gradual recovery of the environment.

While modern architecture projects, supported in the industrial production, allowed dizzying transformations in large areas, the main referents of participatory architecture sought to rebuilt -with a certain romanticism-the lost harmonious relationship between the community and the environment. This position, which in turn was critical and nostalgic, it can be analyzed in all their depth in the subject

of housing. In front of the large blocks of modern housing based on the abstract multiplication of basic units, the participatory architecture sought to enrich a more complex housing assembly incorporating the point of view and the action of the future inhabitants.

This thesis focus on the theoretical production of those considered the three main authors of the theory of participatory architecture, whom had also a particular focus on “social housing” in the frame of the debates during the sixties and seventies. The architects that promoted participatory architecture were considered as outsiders of the architectonic discipline. History of Architecture addresses to these works as if they were exceptional or, as examples of philanthropic isolated approaches, isolating the analysis from the social and political context of the moment. Therefore, the main objective of this thesis is to make them visible, and display them as a part of a continuity trend that runs throughout the twentieth century. In a nutshell, it recomposes an historical line excluded from academia.

On the other hand, the participatory architecture arises against a consolidated professional exercise at the beginning of the twentieth century, and therefore has become inextricably associated with a critical attitude and rebellious with respect to the socio-economic conditions inherited from modernity.

The participation has become the flag of various groups and organizations that seek to transform society by abandoning the prevailing individualism in pursuit of collective values. However, when studied in depth the concepts that underpin and make up the theoretical basis of this current can be found multiple links with the theories that have guided the transformations of capitalism since the mid-twentieth century.

Therefore, this work seeks to rebuild the links between the ideas of the principal theoreticians of the participatory architecture and the cultural context of the era in which these ideas are generated. In this way it is proposed to unravel, for example, the role played by the participation within the geopolitical landscape of the Cold War, Their contribution with regard to the new modes of production and even their relationship with new philosophical aspects that transformed the spirituality and the value system of the society of the end of the 20th century.

For example, this type of experiences multiplied after the real estate bubble at the beginning of the twenty-first century. Despite having a tradition of thought and action that runs through the twentieth century, few current proposals are able to recover the lessons of the past.

One explanation to the absence of legitimacy of the previous experiences could be that the knowledge and lesson learned from the participatory architecture is scarce and fragmented. Thus, a third objective of this work is to recover the legacy and the scope of the main theories and authors of the participatory architecture of the second half of the twentieth century.

To achieve these objectives, Turner, Habraken and Alexander are identified as the relevant theoreticians in this field of participatory architecture. These topics were tracked within the theoretical work of each one of the selected authors, seeking to establish relations with the cultural context of the time. At the same time, it was studied the way in which these topics, developed during the era of the 1960s and 1970s, found continuity in subsequent experiences.

The present work summarizes a five years period of research in five chapters. A first introductory chapter discusses the definition of participatory architecture. The three following chapters are dedicated to each one of the authors addressed, to show how they enriched separately the conceptual basis of the participatory architecture, study developed in three independent texts, beginning in each case with an introduction, followed by a discussion, and concluding with an example. Finally, the chapter of conclusions which is an effort to relate the whole ideas of the three authors identifying challenges, future possible paths and barriers for participatory architecture.

Dedicatoria

Quisiera agradecer especialmente a todos los que contribuyen a fortalecer y mejorar la educación pública. Considero que la educación es un derecho, pero es imposible dejar de sentir un inmenso privilegio por haber tenido la oportunidad de realizar toda mi trayectoria académica en ámbitos de la educación pública. A todos los que aportan a la Educación pública debo mi formación, y el principal sentido de mis esfuerzos durante estos últimos años es tratar de contribuir con quienes no tienen garantizados este tipo de derechos.

Quería incluir en esta dedicatoria una afectuosa mención a mi directora Ana Falú, por la confianza, la comprensión y el constante apoyo que me brindó durante todo el cursado del doctorado y la redacción de la tesis. También quería agradecer a Cecilia Marengo, Roberto Fernández y a todo el Doctorado de Arquitectura de la Universidad Nacional de Córdoba.

Esta tesis no podría haber sido realizada sin el apoyo constante de mis compañeros del Instituto de la Vivienda y el Hábitat y creo que no hace falta mencionarlos por separado para expresar el inmenso agradecimiento, admiración y aprecio que siento por cada uno de ellos.

También quisiera agradecer a aquellas personas que me brindaron información clave, bibliografía y recomendaciones en diferentes etapas de la investigación como Luis Gustavo Vélez, Lidia Samar, Virginia Monayar, Ana Castro Lavezzo, Miguella Maurino, César García Prieto, Alexis Sandoval, Amadeo Sabattini, Tonio Blanco, Kt Salamanca, Martín Motta, Daniel Kozak, Celina Caporossi, Rocco Ortecho, Gustavo Riofrío, Rod Burgess, Marisa Carmona, Zaida Muxi, Lucas Luaces, Edgard Antonio Piñeiro, Mauricio Contreras, María Bernabela Pelli, Juliana Nieva y Alejandro Córdoba.

A nivel personal, jamás podría haber recorrido este camino sin el apoyo incondicional de mi familia: los consejos de mi hermano Lucas, el aliento de mi madre, el cariño de mis tías cordobesas y la impagable colaboración de mi hermana Pate, presente en todo momento, poniendo a disposición su talento periodístico, su casa y su corazón solidario para contribuir en este largo periodo de trabajo.

También me siento en deuda con toda la gente que requería mi compromiso en un periodo de la vida en que he estado totalmente absorbido por actividades académicas. Puede parecer una excusa, pero hay que reconocer que la elaboración de una tesis es algo que demanda mucho tiempo. En la realización de ese esfuerzo intelectual reconozco que descuidé aspectos importantes de la vida. Principalmente en lo afectivo y en lo político. A Rita, Gisela, Mariel, a los sobrinos, a las amistades, a los compañeros de equipo, a los de la muni, y a todas las personas con las que compartí espacios de militancia, quisiera agradecerles por la comprensión y el apoyo que me brindaron pese a mi aparente lejanía. A todos y a cada uno, los he sentido muy cerca. Quizás no pude involucrarme para defender a la Universidad de los embates del neoliberalismo, tampoco pude compartir con ustedes el dolor ante la muerte de Mayte Amaya, y estuve ausente durante los primeros reclamos por los asesinatos de Santiago Maldonado y Rafael Nahuel, pero el sentimiento de cercanía me ilusiona con la posibilidad de reforzar el vínculo que nos une en futuros desafíos que nos depare la vida.

Índice

Resumen.....	1
Abstract	3
Dedicatoria	5
Índice	6
Introducción	7
Capítulo 1: Definiendo la participación.....	17
Capítulo 2: John Turner, el testigo blanco	37
Continuidades e influencia del contexto en la propuesta teórica de John Turner	43
Cambios e innovaciones en la propuesta teórica de John Turner	120
Ejemplos contruidos	167
Capítulo 3: John Habraken. De la participación a la customización de la vivienda	181
Continuidades e influencia del contexto en la propuesta teórica de John Habraken	183
Cambios e innovaciones en la propuesta teórica de John Habraken	259
Ejemplos contruidos	323
Capítulo 4: Christopher Alexander. El componente intersubjetivo de la arquitectura	331
Continuidades e influencia del contexto en la propuesta teórica de Christopher Alexander	334
Cambios e innovaciones en la propuesta teórica de Christopher Alexander	373
Ejemplos contruidos	429
Conclusiones: Reconstruir la teoría.....	439
1 El Contexto cultural de la segunda mitad del siglo veinte	440
2 Rol del arquitecto	450
3 Aporte social de la arquitectura participativa.....	454
4 Cambios tipológicos (Una respuesta a la arquitectura moderna)	457
5. Última lectura del contexto.....	460
6 Manual del arquitecto estresado	462
Bibliografía	465
Lista de Figuras.....	476

Introducción

Contexto

En la segunda mitad del siglo veinte, con la reconstrucción de las ciudades europeas y el *baby boom* posterior a la Segunda Guerra Mundial, los arquitectos tuvieron la posibilidad de poner en práctica las ideas de la arquitectura moderna sobre grandes porciones de territorio.

Durante la primera mitad del siglo veinte, los arquitectos modernos ansiaron construir la ciudad moderna desde cero, proponiendo destruir parte de la ciudad tradicional para partir de la situación de “tabula rasa”. Esta demolición del tejido existente, no se produjo como resultado de una planificación, tal como había propuesto Le Corbusier en el Plan Voisin para París (1925) sino como consecuencia de una contingencia. Esta necesidad de reconstruir la ciudad brindó un impulso fundamental a la experimentación arquitectónica en el tema de la vivienda. No se trataba, simplemente de un ejercicio teórico, era una carencia real que se combinaba con la disponibilidad de crédito. Si bien el plan Marshall se encaminaba fundamentalmente a recuperar la industria, desde la concepción moderna, la vivienda formaba parte de las infraestructuras necesarias para lograr una ciudad orientada hacia la producción.

Más allá de las condiciones materiales que ofrecía el contexto de la segunda posguerra, hay que reconocer que la construcción masiva de vivienda respondía además a un modelo de desarrollo basado en un Estado capaz de orientar la industria y el mercado interno para elevar los niveles de consumo y finalmente contrarrestar la influencia del comunismo. En el contexto de la Guerra Fría, la presión que ejercía el comunismo no provenía solamente de la Unión Soviética sino que se expandía a Latinoamérica, Asia y Medio Oriente, por lo cual el modelo de desarrollo del Estado de Bienestar se expandió por todo el planeta.

En ese contexto, la arquitectura debía brindar una respuesta masiva, a gran escala, lo cual sintonizaba perfectamente con los primeros lineamientos de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (C.I.A.M.). Los nuevos barrios de la ciudad de mediados del siglo veinte, buscaban mejorar las condiciones habitacionales de grandes masas de población a partir de las ventajas que brindaba la industria moderna. El ciclo de crecimiento económico permitía extender la receta de la industria fordista, basada en maximizar la producción a partir de la estandarización. Esta lógica, aplicada al ámbito de la arquitectura, derivó en resultados nefastos.

La construcción buscaba dinamizar la economía y generar empleo, aunque este impulso era capitalizado en primer lugar por las empresas constructoras. Del mismo modo, las políticas habitacionales basadas en la construcción de grandes conjuntos en la periferia terminaban generando múltiples obstáculos en la vida cotidiana de los supuestos beneficiarios. Los bloques modernos, con su estética sobria y depurada generaban paisajes monótonos y alienantes que caían rápidamente en el abandono y el deterioro.

A las primeras críticas de los años cincuenta, que cuestionaban la ortodoxia de la arquitectura moderna, la década del sesenta aportó abundante evidencia empírica a partir de una serie de investigaciones que reflejaban los problemas que atravesaban los conjuntos habitacionales construidos siguiendo los lineamientos de los C.I.A.M.

Los conjuntos resultaban excesivamente simplificados, acentuando la sensación de normalización de la población. Por otro lado, la estrategia que buscaba densificar la ciudad aumentando el número de bloques de los pisos se compensaba creando grandes espacios comunes y largos recorridos para acceder a las viviendas. Por lo cual, se generaban espacios de difícil control y mantenimiento que caían

rápidamente en la degradación material. Muchos de estos conjuntos se construían en la periferia para disminuir el costo del suelo, alejando a la población de las ventajas que brindaba la cercanía con respecto al centro de la ciudad.

Pese a la estrategia de densificar los conjuntos de vivienda y localizarlos en terrenos económicos de la periferia, el precio de las unidades terminaba siendo mayor que el monto que podía pagar una familia de ingresos bajos. En muchos casos, los beneficiarios debían comprometer una parte importante del presupuesto familiar para poder cumplir con los pagos.

Los problemas que atravesaban los grandes conjuntos de vivienda se agravaban cuando la selección de sus habitantes era resultado de mecanismos coercitivos. Los conjuntos construidos especialmente para grupos poblacionales en emergencia habitacional o para trasladar población alojada en asentamientos informales mostraban mayor nivel de deterioro. La localización periférica, la degradación en los espacios públicos y los problemas financieros convergían en el surgimiento de enclaves que se convertían en el blanco de la estigmatización social. La utopía moderna se convertía en una pesadilla.

Dentro de los arquitectos que cuestionaron el carácter autoritario de la arquitectura se destacan por su valioso aporte a nivel teórico John Turner, John Habraken y Christopher Alexander.

Estos tres autores tenían un diagnóstico similar pero no conformaban un grupo homogéneo, actuaron desde contextos muy distintos y llegaron a resultados diferentes. No obstante, compartían un posicionamiento que se enfrentaba al modo en que la arquitectura moderna encaraba las transformaciones del ambiente construido. Como contrapartida, buscaban aprender de una etapa pre-industrial de la arquitectura, retomando el carácter coral de la construcción de la época en que las obras se realizaban sin centralizar las decisiones en un arquitecto.

El origen del problema en la vivienda superaba el ámbito de la arquitectura, se relacionaba con todo un modelo de producción. No obstante, dentro de ese esquema, el rol del arquitecto como la figura capaz de centralizar todas las decisiones cumplía un rol fundamental. La lógica que promovía transformar grandes porciones de territorio según el criterio (o los diseños) de un grupo de técnicos se apoyaba en una creencia tecnocrática: suponía que los profesionales eran capaces de determinar, en todos sus detalles, el modo en que la gente tiene que vivir.

Mientras el contexto cultural de los cincuenta acercó la arquitectura hacia las necesidades existenciales del ser humano común y corriente, buscando sintonizar con su pasado, sus recuerdos y sus emociones, el contexto de los sesenta puso en el centro del debate la cuestión del poder. La convulsión general de la década del sesenta superaba el cuestionamiento hacia la deshumanización de la arquitectura para formular una crítica contra el autoritarismo implícito en los procesos de toma de decisiones que determinaban las transformaciones del ambiente. La participación se consolida dentro de la arquitectura en un contexto cultural caracterizado por el cuestionamiento a las viejas estructuras de poder, algo que se manifestaba tanto en la independencia de las colonias africanas, la teología de la liberación y el rol protagónico de la juventud en movimientos como el Mayo francés, la Primavera de Praga, Tlatelolco y el Cordobazo.

Los textos de Henri Lefebvre y Jane Jacobs cuestionaban el sesgo autoritario del urbanismo moderno y la ciudad se convertía en un ámbito de disputa. Por eso la arquitectura participativa nace como un cuestionamiento que excede lo metodológico para indagar en el juego de poder oculto detrás de la práctica profesional. Implicaba la posibilidad de renovar la práctica incorporando el punto de vista y la acción de grupos sociales frecuentemente marginados de los procesos de toma de decisiones. Además, el tema de la participación llevaba implícito una crítica hacia la alienación que producía la cultura

industrial, era un camino que permitiría, no sólo mejorar la arquitectura sino además recuperar una relación ancestral entre el ser humano y el ambiente. Si el maquinismo había convertido al ser humano en un mero consumidor pasivo, la participación en arquitectura permitiría reincorporar a la gente en la construcción de su ambiente y su cultura.

Los autores que hablaban sobre la participación exigían una transformación profunda, no era solamente un cambio en la forma de la arquitectura, sino un cambio en el modo de llegar a la forma. Implicaba una redistribución del poder en el proceso de toma de decisiones sobre las transformaciones del ambiente.

Es por eso que la participación no se incorporó tan fácilmente en la arquitectura. Los proyectos de arquitectura participativa evidencian múltiples idas y vueltas, producto de las tensiones de poder. Se enfrentaron a las academias, se enfrentaron a la inercia de los programas habitacionales, pero -más importante- se oponían a los intereses de un modelo de producción que en la década del sesenta permitía buena rentabilidad para las empresas constructoras. Los teóricos de la participación estaban convencidos de la necesidad de transformar radicalmente la práctica. De allí que muchos proyectos participativos posteriores, desarrollados por otros arquitectos, aparezcan como superficiales, por el hecho de abordar la participación como un mero procedimiento, despojada de su potencial crítico.

Sin embargo, y pese al carácter transformador de la arquitectura participativa, su base teórica se creó en un contexto económico de crisis que exigía una multiplicidad de cambios en la modalidad de producción. Con lo cual, quedó teñida de una serie de condiciones que respondían, más que a la vida de la gente, a los requisitos del mercado. Cuando las políticas de vivienda diversificaban la oferta en función de las preferencias de los usuarios, o cuando permitían que una parte del proceso de construcción se complete mediante el trabajo desregulado de los mismos habitantes, se acercaban a una modalidad de producción disgregada que caracterizó las últimas décadas del siglo veinte y principios del veintiuno.

Por otra parte, y más allá de su valor transformador en cuanto a lo político, la arquitectura participativa cambió el rol profesional del arquitecto, aportándole ductilidad a la hora de insertarse en procesos complicados, con múltiples actores representando intereses contrapuestos. Aquellos arquitectos que la prensa especializada aplaude hoy por lograr un abordaje de la arquitectura adecuado a la complejidad de la sociedad actual, retoman parte de los conceptos desarrollados por los principales teóricos de la arquitectura participativa.

Objeto de estudio

La arquitectura participativa (corriente de plena vigencia en el momento en que se elabora esta investigación), incluye obras o proyectos que proponen transformar los procesos que condicionan la forma física de la arquitectura -diseño, gestión, proyecto, construcción y mantenimiento-, mediante la incorporación consciente y activa del usuario. Hay que destacar que el término usuario se utiliza para respetar las palabras empleadas por los autores abordados. Sin embargo, la arquitectura participativa en sentido general busca superar o enriquecer, la figura del usuario. Si bien Turner, Alexander y Habraken utilizaban términos como usuarios, habitantes, pobladores, o residentes sin hacer grandes diferencias, en general cuestionaban el rol pasivo que ocupan tanto en las teorías del diseño como en las políticas habitacionales.

Los autores estudiados proponían que el usuario deje de considerarse como un ser esquemático que simplemente se dedica a “usar” aquello que diseñan los técnicos. En la arquitectura participativa los

usuarios dejan de ser simples destinatarios para constituirse en agentes de las transformaciones ambientales.

A partir de los textos de Turner, Habraken y Alexander es posible indagar en los fundamentos teóricos de la arquitectura participativa, rastrear sus influencias, e incluso evaluar su estado actual en función de la trayectoria que siguieron sus ideas. Son autores representativos de un momento cultural, pero también trascendieron a su época influyendo en arquitectos más jóvenes de todas partes del mundo.

Dentro de la arquitectura participativa se plantea profundizar en el tema de los conjuntos de vivienda, en primer lugar, por el peso histórico que tuvieron a mitad de siglo, cuando entró en crisis el modelo profesional de la modernidad. Fue a partir del cuestionamiento a los conjuntos de vivienda que algunos autores comenzaron a sentar las bases teóricas de la participación en arquitectura.

En segundo lugar, por la importancia que tienen los conjuntos de vivienda dentro de la coyuntura que atraviesan las ciudades en la actualidad. Los conjuntos de vivienda plantean una escala adecuada como para generar respuestas a gran escala, que respondan a la magnitud del déficit actual, pero apostando a la densificación de la ciudad desde la arquitectura. Sin intenciones de justificar la constante presión de los especuladores urbanos por construir más pisos de lo permitido, hay que reconocer que el modelo de ciudad compacta tiene sus ventajas. Principalmente, por el hecho de evitar la costosa extensión de los servicios y por facilitar tres aspectos que cada vez cobran más valor: el mantenimiento de la huella ecológica, la planificación del transporte público y la accesibilidad al centro de la ciudad, con sus oportunidades económicas, sociales y su peso simbólico.

Por último, pensar el alojamiento desde los conjuntos permite superar la lógica individualista de la mercantilización de la vivienda donde cada familia pelea por su propiedad, para comenzar a pensar la escasez de vivienda desde un punto de vista colectivo, como un problema de clase.

Antecedentes personales con respecto al tema

Toda investigación combina una serie de acciones individuales, grupales y contingencias sociales. En ese sentido, es importante destacar que este trabajo comenzó a elaborarse en un contexto cultural en el que cobraban cada vez más relevancia los esfuerzos por democratizar diferentes ámbitos de la sociedad. La participación y el involucramiento de grupos sociales usualmente excluidos de los procesos de toma de decisiones comenzaban a formar parte de los procesos políticos nacionales en todas partes del mundo. Por supuesto, esta tendencia que recorría distintas latitudes tenía diferentes alcances y niveles de profundidad de acuerdo al contexto específico.

Mientras en los Estados Unidos esto podía notarse de manera incipiente a partir de la elección del primer presidente afrodescendiente (2009), en Medio Oriente alcanzaba transformaciones más profundas en la Primavera Árabe (2010). En Latinoamérica este interés por los procesos colectivos podía verse en la consolidación de una serie de proyectos políticos nacionales que buscaban apoyar su base electoral en el compromiso y la movilización de los sectores poblacionales de menores ingresos. La elección de un dirigente aymara, como presidente de Bolivia (2006) puede considerarse un ícono de los procesos que atravesaba Latinoamérica.

En ese contexto, este trabajo da cuenta de un clima particular, nutriéndose de diferentes instancias y oportunidades de participación política y activismo social.

Como experiencias previas del autor de esta tesis, debe destacarse un trabajo académico, posteriormente publicado, que proponía analizar una casa okupa utilizando las categorías de análisis y

crítica frecuentemente adoptadas para abordar la arquitectura de autores consagrados. Por un lado, se cuestionaba el límite entre una arquitectura erudita y la arquitectura realizada por la gente, por otro lado se conciliaba la investigación teórica con las inquietudes que se generaban en el campo de lo político.

De alguna manera, estas experiencias previas implicaban indagar en el modo en que la arquitectura puede contribuir a mejorar las condiciones de vida de las mayorías postergadas.

La cercanía con el tema de la vivienda, resultó determinante a la hora de incorporarse en la Municipalidad de Córdoba, para trabajar en la Dirección de Hábitat Popular, una dependencia que desarrollaba programas de mejoramiento, construcción y regularización en barrios y asentamientos de población con bajos ingresos. También la tesis de grado estaba relacionada con la problemática de la vivienda, planteando el mejoramiento integral de Villa el Terraplén, un asentamiento ubicado en un terreno intersticial de la periferia de la ciudad, antiguamente ocupado por las vías del ferrocarril.

Estos primeros trabajos académicos fueron una oportunidad para poder profundizar en el tema de la vivienda para la población de menores ingresos, mientras que el periodo de trabajo en el Municipio contribuyó a forjar una serie de cuestionamientos con respecto al rol del Estado frente a la problemática habitacional.

Para compensar el desempeño laboral dentro de la Municipalidad, por momentos rutinario, se buscó recomponer el vínculo con los ámbitos académicos, comenzando una adscripción en 2008 y rindiendo concurso en 2010 para incorporarse como docente en la Facultad de Arquitectura, enseñando Historia de la Arquitectura y el Urbanismo del siglo veinte. La actividad docente permitía indagar en las fuentes teóricas de la arquitectura y afianzar las técnicas de investigación bibliográfica.

A su vez, desde el trabajo en la universidad, comenzaron a formularse algunos cuestionamientos con respecto al tema de la formación académica. El repaso histórico que hacen las academias se concentra en un repertorio de obras que refuerza la idea del arquitecto como el autor de las grandes obras encargadas por comitentes adinerados. Cuando se excluyen las experiencias innovadoras, o que interpelan a las formas del hacer arquitectura, se contribuye a consagrar un modelo profesional exclusivamente dedicado a los requerimientos de la población que concentra mayores ingresos dejando de lado esa capacidad que tiene la arquitectura para transformar la realidad y brindar servicios a la población que más lo necesita.

Estas inquietudes quedaban plasmadas en un trabajo realizado para la cátedra titulado *De arriba hacia abajo*. La arquitectura y el urbanismo como militancias sociales, donde comenzaba a delinearse una corriente subyacente en la arquitectura que proponía democratizar el proceso de toma de decisiones de las transformaciones ambientales.

En 2013, al iniciar el Doctorado, la temática propuesta retomaba el interés sobre un abordaje democrático de la arquitectura, reuniendo parte de las inquietudes surgidas en la práctica profesional y en la docencia. El proyecto de investigación recibió el aval y el financiamiento del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas) lo que permitió contar con una beca doctoral para comenzar a trabajar en el marco del Instituto de la Vivienda y el Hábitat de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de Córdoba, bajo la dirección de Ana Falú.

Como todo proceso de investigación, los marcos iniciales fueron demasiados extensos y la propuesta fue acotándose para cobrar mayor especificidad y profundidad en las sucesivas correcciones previstas en el cursado del doctorado.

Durante una primera etapa de esta investigación se recuperaron para el debate inicial dos conceptos de gran riqueza filosófica como el “autoritarismo” y la “democracia”, pero su vinculación con la arquitectura resultaba compleja, desencadenando múltiples debates que no aportaban a la discusión central. Era un planteo demasiado ambicioso a los fines del doctorado de arquitectura. La decisión fue entonces abordar la cuestión de la participación como un tema instalado dentro del debate sobre la democracia, que además contaba con toda una historia propia dentro de la arquitectura del siglo veinte.

En síntesis, en este trabajo se ponen de manifiesto algunas búsquedas personales, pero siempre en constante interacción con un contexto político que las sustentan y las condicionan. El formato y el estilo de redacción tratan de respetar un sabio consejo que recibiera Ana Falú durante su formación en Europa: Una tesis tiene que ser como un buen vino. No puede ser excesivamente amplia, tiene que entrar en una botella que pueda cerrarse con un corcho, tener un buen nombre y principalmente, que sea disfrutable.

Probablemente, los temas que aborda esta tesis cobran mayor interés en el contexto sociopolítico actual, casi diez años después de comenzar a explorar esta línea de trabajo. En el ámbito de la ciudad, el avance de la lógica de mercado por sobre los intereses colectivos resulta preocupante tanto en el tema de la vivienda como en las dinámicas urbanas. A nivel global, la democracia ha quedado opacada por una serie de expresiones que simbolizan la intolerancia, desde el muro que propone construir Donald Trump en la frontera con México, pasando por el crecimiento de los partidos de derecha en los países de Europa, e incluso la maniobra parlamentaria que permitió a Michel Temer acceder a la presidencia de Brasil sin la legitimidad que brindan las elecciones. En esta coyuntura de crisis, una tesis que busca ahondar en la dimensión colectiva de la arquitectura puede aportar recursos teóricos de suma utilidad para recuperar el interés por las prácticas democráticas.

Tres objetivos paralelos

Este trabajo pretende abordar tres objetivos paralelos. Por un lado, (A) estudiar cuáles fueron las fuentes que tomaban los arquitectos que consolidaron la base teórica de la arquitectura participativa en las décadas del sesenta y setenta. Un segundo objetivo busca (B) desentrañar el vínculo entre las ideas de estos arquitectos y el contexto cultural de la época. Por último, (C) este trabajo propone indagar en la trascendencia de las ideas de estos arquitectos, revisando el modo en que la arquitectura participativa de fines del siglo veinte y principios del veintiuno reinterpreta sus ideas.

En cada uno de estos objetivos se combina un interés histórico, con una perspectiva crítica que aporta al debate y busca superar errores del pasado en una actitud propositiva que promueva el surgimiento de nuevas ideas. Por eso, este trabajo se apoya en un minucioso estudio bibliográfico que permita construir una teoría que aún hoy se presenta como fragmentaria.

El primer objetivo, que rastrea las raíces teóricas de la participación (A) pretende cuestionar una concepción de la arquitectura participativa como si fuera una innovación o una revelación súbita de algunos arquitectos. En los últimos años cobraron notoriedad dentro de la prensa especializada una serie de experiencias de arquitectura participativa que se presentaban como si surgieran de un impulso puramente experimental e innovador. Ignoraban (o negaban) aquellas experiencias pasadas que aportaron a construir la base teórica que fundamenta estas prácticas. Paradójicamente, en los resultados, muchas de estas experiencias que presentan la participación como una solución mesiánica terminan tropezando con los mismos obstáculos que encontraron sus antecesores.

El segundo objetivo (B) busca entender la participación con toda su profundidad conceptual, para evitar el vaciamiento y la liviandad con que suele usarse el término en proyectos de arquitectura. También refleja una intención por problematizar sus aportes y sus limitaciones. Es una manera de contrarrestar una visión romántica que tiende a concebir la arquitectura participativa como la salvación a todos los problemas que atraviesa la disciplina. Frente a la postura maniquea que divide las aguas en dos, pensando que la arquitectura participativa es el bando de los buenos mientras que el resto de las intervenciones representa el mal, es necesario realizar un abordaje más profundo y desde un punto de vista crítico.

Los diferentes temas que se expresan dentro de la arquitectura participativa se entienden mejor cuando se contemplan en relación al contexto cultural de la época en que surgieron. Es más, algunos temas que hoy forman parte del armazón teórico de la arquitectura participativa, adquieren su verdadero color cuando se relacionan con los procesos y los hechos a los que buscaban dar respuesta. Aunque parezcan una parte integral, naturalizada dentro las prácticas actuales, algunos conceptos incorporados en la arquitectura participativa responden a los requerimientos y las influencias de un contexto particular, están teñidos por el contexto cultural de las décadas del sesenta y setenta, la época en que se consolidaron las bases teóricas de la arquitectura participativa.

En lugar de adherir de manera acrítica a las ideas de los arquitectos que impulsaron la participación, sus producciones y contribuciones conceptuales, merecen ser interpeladas y evaluadas en profundidad, según el resultado de sus implementaciones pasadas y según sus potencialidades, para ser recuperadas o desestimadas en función de los requerimientos que demanda la situación actual.

El tercer objetivo (C) ayuda a determinar el alcance que ha tenido la arquitectura participativa como respuesta a algunas apreciaciones que tienden a conceptualizarla como un traspie momentáneo de una sociedad excesivamente politizada por el clima de las décadas del sesenta y setenta. Si bien la base teórica de la participación recibió la influencia de un contexto político particular, la diversidad en las interpretaciones posteriores ayuda a renovar esperanzas con respecto a la posibilidad reinterpretar la teoría para adaptar la arquitectura participativa a las necesidades del contexto actual.

El camino

Para lograr estos objetivos se indagó en las ideas de tres arquitectos que desarrollaron el tema de la participación, no solamente en sus proyectos, sino también desde la teoría. Sus libros y trabajos académicos influyeron sobre autores y proyectos de todo el mundo. John Francis Charlewood Turner, John Nicholas Habraken y Christopher Alexander marcaron el rumbo de toda una generación.

Si bien la vida de estos tres arquitectos ya ha sido estudiada anteriormente con un sentido biográfico, en este trabajo se propone realizar una indagación teórica, analizando minuciosamente los principales temas que abordaron a lo largo de su obra teórica. Por supuesto, cada uno de los temas tiene cierta correspondencia con su biografía, mas en realidad se propone profundizar sobre las ideas en sí, abordando el modo en que se gestan, se transforman y se aplican, con posterioridad, en diferentes contextos. La relación entre la cronología y la teoría se produce de la siguiente manera: los temas se analizan en el orden cronológico en que van cobrando relevancia dentro de la obra teórica de cada autor; pero además, cada uno de los temas o conceptos se analiza cronológicamente rastreando el modo en que van madurando a lo largo de la obra del autor estudiado. Finalmente cada tema desarrollado se cierra comentando cómo han repercutido en diferentes experiencias posteriores.

En síntesis, cada uno de los temas que estos tres autores incorporan en la teoría de la participación se desglosa siguiendo tres tareas básicas: se estudia cómo aparecen en la obra del autor, se desentrañan los vínculos con el contexto cultural y se evalúa cómo influyeron en experiencias posteriores. Son tres operaciones que permiten reconstruir la base teórica de la arquitectura participativa como una totalidad, retomando el aporte de cada uno de los autores abordados para plantear una continuidad histórica. El eje de la investigación está puesto en la teoría que subyace en la arquitectura participativa, sin pretender generar un manual o un manifiesto sobre la participación en arquitectura, tampoco se trata de redactar la biografía de sus teóricos principales. Como toda investigación teórica, no puede ser concluyente, permanece en constante evolución. Evidentemente, esa base consolidada en la década de los sesenta y setenta puede enriquecerse a partir de intervenciones realizadas con posterioridad al periodo estudiado.

Para concluir, esta tesis complementa un esfuerzo historiográfico y una búsqueda de las raíces teóricas en pos de ensamblar reflexiones discontinuas y fragmentarias en un todo coherente sin sacrificar complejidad y sentido crítico. Es por ello que no conduce a una narrativa lineal sino a una suerte de genealogía que entrelaza el pasado y el presente a partir de cada uno de los conceptos que guían la acción dentro de la arquitectura participativa.

Estructura del trabajo

La investigación se divide en cinco capítulos. Un primer capítulo permite ampliar los conceptos que se desarrollarán a lo largo de la investigación, luego se incluyen los tres capítulos centrados en cada uno de los autores abordados, para cerrar con un capítulo de conclusiones que interrelaciona las ideas de los tres autores.

Cada uno de los capítulos dedicados a los autores, se divide en cuatro secciones básicas: introducción, continuidades, cambios y un caso construido. A su vez, la introducción de cada capítulo dedicado a los autores se compone de tres partes: una cita proveniente de las ciencias o el arte que permita caracterizar el panorama cultural en el cual se gestaron las ideas del autor; una pequeña anécdota personal de quien escribe esta tesis, que propone situar los temas abordados desde una perspectiva más humana, despojada de las formalidades que condicionan la cercanía del lector con los temas¹; y una breve introducción que anticipa los debates abordados en el capítulo. Por otro lado, la

¹ La decisión de incorporar una serie de anécdotas personales en un recuadro casi biográfico como introducción para el estudio de cada uno de los autores, es un resabio de una primera estrategia para realizar la tesis, descartada a lo largo del proceso. La intención era cuestionar una supuesta objetividad de los trabajos académicos. Pretendía emular el estilo coloquial y emotivo con el que escribieron los arquitectos que se estudian, rompiendo el lenguaje y la rigidez impostada de los trabajos académicos. Sin embargo, para la presentación final del trabajo se optó por incorporar el formato impersonal que proponen las ciencias duras para acentuar el contraste con los contenidos abordados. Después de todo, y tal como afirma Umberto Eco, no es necesario escribir en verso para hacer la tesis sobre un poeta. Se pueden hacer todas las concesiones necesarias hacia las normas que exijan las academias sin perder el compromiso con el tema. De hecho, lo más difícil es presentar temas que escapen a la lógica ortodoxa de las academias utilizando sus propias reglas. La intención en este trabajo es tratar de que las cuestiones de formato no opaquen el sentido crítico del contenido. Pese a conservar la estructura de los trabajos científicos, esta tesis continúa el camino de aquellos autores que han cuestionado la supuesta objetividad de la ciencias.

Todo trabajo académico está moldeado según intereses personales y presiones del contexto. En ocasiones, el fanatismo por los protocolos científicos y el lenguaje neutro esconden en realidad una estrategia de autoafirmación de los círculos científicos. Por eso esta tesis utiliza un lenguaje frontal, coloquial y cargado de adjetivos, dejando también algunas pequeñas ventanas que permiten evidenciar el pasado del autor y la influencia del contexto afectivo, social, político y económico que condicionaron la elaboración de esta tesis. Esta estrategia de

sección dedicada a las continuidades aborda aquellos temas o conceptos dentro de los cuales se puede percibir claramente la influencia del contexto cultural en el que se desenvolvía el autor; mientras que en la sección que aborda los cambios se analizan los temas o conceptos que plantean una verdadera ruptura con respecto al panorama cultural de la época. Es decir que en esta tercera parte, se incluyen aquellos temas que evidencian una síntesis propia del autor, conceptos o ideas que no pueden analizarse como si fueran la continuidad de lo que abordaron otros autores anteriores. Por último, cada capítulo incluye un breve análisis sobre alguna experiencia construida que permite revisar la correlación entre las ideas de estos autores y una obra materializada. Si bien la tarea de buscar correlaciones entre la teoría y la práctica se desarrolla a lo largo de todo el trabajo, estas experiencias seleccionadas actúan como una muestra donde se concentran muchos de los conceptos abordados a lo largo de todo el documento. En lugar de mantener la lógica analítica que aborda los temas por separado, en estos últimos casos se estudia cómo se conjugan las diferentes ideas en un mismo ejemplo práctico. Además, sirven como un cierre, una síntesis de los aportes teóricos del autor en cuestión. Dado que cada capítulo referido a los autores tiene una introducción y un cierre, funcionan con cierta autonomía como para poder contemplarlos como una unidad aparte dentro de la totalidad del trabajo.

De este modo, el texto ofrece múltiples abordajes. Puede leerse la tesis completa para tener un entendimiento cabal del modo en que se consolidó la base teórica de la arquitectura participativa durante las décadas del sesenta y setenta, pero también pueden rastrearse las influencias que recibe la arquitectura a mitad de siglo, leyendo solamente la primera parte de los tres capítulos centrales, las continuidades e influencias. Un tercer itinerario de lectura permite abordar el legado de la arquitectura participativa a las últimas décadas del siglo veinte, leyendo la segunda mitad -los cambios e innovaciones- de los tres capítulos centrales. O, en última instancia, puede leerse por separado alguno de los temas específicos que desarrolla cada uno de los autores. Al igual que en el libro *Un lenguaje de patrones* (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1977/1980), y sin perder las formalidades de una tesis, este trabajo pretende optimizar las ventajas que tienen los textos, como lenguaje escrito, aceptando la posibilidad de realizar lecturas en diferentes escalas, según el interés específico de cada uno de los lectores.

Alcance

A través del estudio sobre la obra teórica de Turner, Habraken y Alexander se plantea recomponer la base conceptual de la arquitectura participativa mientras se visibilizan las experiencias más importantes de la segunda mitad del siglo veinte. Se interrelacionan, de este modo, dos campos que a menudo se abordan por separado: la historia de la arquitectura y la compleja temática de la vivienda para la población de menos recursos.

Como aporte a la historia de la arquitectura, se visibilizan una serie de casos usualmente excluidos del repertorio de obras del siglo veinte. Son obras que la historia de la arquitectura las considera como si se tratara de detalles de color, obras excepcionales o experiencias filantrópicas llevadas a cabo por personajes excéntricos. Es necesario realizar un repaso histórico para poder encontrar las continuidades

mezclar la rigidez normativa de las academias con la pulsión liberadora de las emociones, confía en la riqueza de los productos híbridos. Se propone aprender de lo ambiguo y lo disonante como una manera de potenciar el sentido crítico frente a un lenguaje académico que en su búsqueda de orden, imparcialidad y lógica matemática se aleja de los intereses y las empatías con la sociedad y el contexto que le dan sentido.

que permitan recomponer toda una línea de pensamiento y acción dentro de la arquitectura del siglo veinte.

Por otro lado, también se propone aportar al tema de la vivienda para población de menores ingresos abordando una de sus herramientas recurrentes, la participación de los usuarios. Si bien esta práctica se está convirtiendo en un recurso corriente y algo desgastado, esta tesis busca recuperarla en toda su profundidad. Aunque a veces pareciera que las experiencias de arquitectura participativa siguen una línea de acción espontánea y siempre novedosa, su historia evidencia que tienen una base conceptual común. Con este trabajo se propone repasar las ideas que subyacen en sus prácticas para poder comenzar a discutir sus alcances y limitaciones en el contexto actual.

Capítulo 1: Definiendo la participación

El arquitecto como genio creativo

La Historia de la Arquitectura del siglo veinte ha generado una concepción distorsionada del ambiente construido. Este campo de conocimiento, convertido en asignatura de algunas facultades, se entiende, prácticamente, como la sumatoria de una serie de obras majestuosas, diseñadas por personalidades célebres. El excesivo énfasis puesto sobre edificios que se conciben como si fueran una obra de arte, termina reforzando dos estereotipos propios de la disciplina arquitectónica: la obra como objeto y el arquitecto como autor.

Por un lado, la arquitectura como obra de arte, acabada en sí misma, termina separándola de su contexto físico y social. Si bien, durante el siglo veinte existieron distintos movimientos que buscaron recomponer el vínculo entre las obras y su contexto, el diseño implica una abstracción del contexto, una ruptura, apartarse del ambiente existente para pensar una realidad inexistente. Dentro de esa lógica, el primer impulso de los diseñadores es pensar la obra como si estuviera aislada de su contexto, diseñan una porción del mundo que se superpone sobre la realidad sin ningún tipo de consideración sobre las condiciones existentes. Es más, cuando se tiene en cuenta el entorno, se lo utiliza para acentuar la individualidad de la obra como tal. Cuando se retoman algunos criterios formales o materiales del entorno se lo hace con la intención de promocionar una obra que tiene, como valor agregado, la sensibilidad contextual.

Por otro lado, la concepción de la arquitectura como si fuera una obra de arte aislada refuerza la figura del autor. Si decimos que la obra de arquitectura es una porción de mundo que se diferencia del resto, entonces esa porción se asocia a la individualidad de aquel que la diseñó. La arquitectura se convierte en un mundo autorreferencial, construido en base a individualidades. Del mismo modo que la obra se piensa como separada del mundo que la rodea, la disciplina se separa del resto de la sociedad y se pliega sobre la figura individual de los arquitectos.

Las obras, esa entidad separada del mundo, se entienden como si fueran la creación de un único sujeto decisor, el arquitecto. Incluso, podría decirse que la Historia de la Arquitectura del siglo veinte es, en gran medida, un compendio biográfico, de los principales “autores” de la arquitectura. En este recorte acotado que realiza la Historia de la Arquitectura, se dejan de lado un sinnúmero de experiencias que lograron transformar el ambiente construido sin centralizar las decisiones en una persona en particular. Se deja de lado la transformación gradual, anónima y colectiva que ha atravesado el ambiente desde los orígenes de la humanidad.

En síntesis, la historia de la arquitectura del siglo veinte ha reforzado un abordaje individualista de la arquitectura, como si las transformaciones del ambiente consistieran en generar obras de autor. Esta misma distorsión puede observarse en el caso del urbanismo y el diseño de productos, por lo cual, podemos adelantar que se trata de una concepción compartida por las disciplinas proyectuales, una visión que excluye las transformaciones del ambiente construido que se producen sin centralizar las decisiones en la figura de un único autor.

Crisis de un modelo profesional

Por otra parte, cabe aclarar que esa concepción de la obra de arquitectura, como si fuera producto de una imaginación privilegiada que puede previsualizar cómo será el resultado de una transformación

del ambiente construido, no se cumple en la realidad. Por más que la formación en arquitectura busque reforzar este estereotipo del arquitecto como genio creativo, las verdaderas transformaciones del ambiente siguen un proceso complejo y errático, en el cual intervienen múltiples actores con diferente grado de incidencia (poder) con respecto al resultado final.

Este desfase (reforzado en las facultades de arquitectura) entre la concepción del arquitecto como artista y una práctica mucho más cercana al trabajo anónimo y coordinado junto a una multiplicidad de actores que inciden sobre la forma del ambiente construido, genera frustración en el arquitecto y múltiples conflictos en sus prácticas cotidianas. No hace falta un estudio estadístico detallado para afirmar que los arquitectos sufren cuando las obras “se les van de las manos”. Es decir, cuando el supuesto autor pierde poder sobre la evolución de la forma del ambiente.

Aquí juega un papel fundamental la herramienta gráfica como ilusión de previsualización de la obra. Cuando la forma evoluciona de una manera diferente a lo planificado, cuando la realidad se desvía del dibujo, el arquitecto ve superada su propia razón de ser. Como si su tarea, e incluso su orgullo, dependiera de la fidelidad con que se ajusta el resultado final con respecto a su proyecto inicial. En ese sentido, al congelar un conjunto de decisiones sobre cómo debe ser el ambiente, el proyecto es un símbolo de la voluntad del arquitecto. Cambiar el proyecto es sobrepasar la voluntad -el poder- del arquitecto. El primero que padece la figura del arquitecto como autor, es el arquitecto. Pero no es el único ni el más importante.

En paralelo a la frustración que supone la figura del autor sobrepasado por la complejidad del contexto, se suman una serie de conflictos que se producen cuando la gente intenta habitar una obra pensada íntegramente por una sola persona, que muchas veces ni siquiera comparte su mismo sistema de valores. La arquitectura se piensa en el plano individual e ímpoluto del pensamiento, se dibuja idílicamente en gráficas sobre-estetizadas, pero luego debe aplicarse sobre la realidad dinámica, compleja e imperfecta donde los pobladores desarrollan su vida cotidiana.

Si el interés del arquitecto es exaltar su individualidad a través de una obra que manifieste su voluntad, el interés de la gente es adecuar el entorno para facilitar y mejorar el desarrollo de su vida. Existen experiencias admirables, donde estos intereses se concilian, pero hay que admitir que son lógicas diferentes que en la mayoría de los casos entran en contradicción. Las obras no responden a los requerimientos específicos y cambiantes de las personas que las habitan. Con lo cual, en lugar de mejorar la vida de la gente, terminan dificultándola. Para colmo, estos conflictos generan un remolino de críticas desordenadas y mezcladas.

Muchas de las críticas dirigidas hacia la obra, o hacia la personalidad del arquitecto, tienen origen en el modelo profesional que dio como resultado esa transformación del ambiente. Esto no pretende expiar de culpas a los arquitectos, que por lo general aceptan de manera acrítica este juego narcisista. Simplemente, se propone indagar en las causas del problema. El error principal es que la obra se aborda con un interés diferente al que tienen las personas que la habitarán. Mientras el arquitecto busca trascender con la obra, la gente necesita usarla, apropiarse de ella, transformarla. Aunque existan arquitectos capaces de conciliar estos intereses tan disímiles, serán solamente honrosas excepciones si no cambia el modelo profesional subyacente, el modo de abordar la arquitectura.

Alternativas ante el debilitamiento de un modelo profesional

Frente a esta amenaza sobre la figura del arquitecto como demiurgo del mundo, existen dos estrategias posibles. Una salida sensata sería cuestionar la centralización de las decisiones, pero la

estrategia mayoritaria ha sido tratar de legitimar la figura del arquitecto para justificar su centralidad en el proceso. Esta estrategia mayoritaria, casi instintiva o infantil, plantea reforzar el culto hacia la personalidad del arquitecto y exaltar algunos rasgos que puedan fortalecer y justificar un sentido de prepotencia.

A su vez, esta estrategia de legitimación profesional se logra a través de concepciones contrapuestas, pero complementarias. Una consiste en mostrar la arquitectura como una entelequia tecnocrática, algo que sólo puede ser resuelto por algunos entendidos, formados en la excelencia y la objetividad de las tecnologías de la construcción. Otra concepción de la arquitectura refuerza la figura del diseñador y entiende la disciplina como guiada por una especie de magia que llaman creatividad, una religión inexplicable, una cuestión de fe a la que sólo pueden acceder algunos pocos elegidos tocados por la varita mágica de las musas. En lugar de entender la creatividad como la capacidad de resolver problemas a través de respuestas novedosas, queda reducida a procesos inexplicables que se producen en el interior, en la subjetividad profunda del genio creativo.

En ambos casos, ya sea por la exaltación de lo racional o por la glorificación de lo intuitivo, se persigue el mismo objetivo: enturbiar las aguas para que parezcan profundas. Esta estrategia, con sus dos maneras de abordar la arquitectura, reserva un campo de acción exclusivo para los arquitectos, alejando a los simples mortales de las decisiones que configuran el escenario de la vida cotidiana. Siguiendo esa lógica, la gente quedaría totalmente excluida de las decisiones sobre las transformaciones físicas del ambiente construido. Sin embargo, existe la necesidad de realizar algunas salvedades sobre este modelo teórico.

El origen de la profesión

En primer lugar es importante entender que este modelo es algo reciente, considerando la evolución milenaria del hábitat humano. Es un modelo de transformación del ambiente que surge en el Renacimiento combinando dos características propias de la época: las ventajas de la planificación se combinan con una forma particular de entender la distribución del poder. La posibilidad de planificar está asociada al culto a la razón humana que destaca el valor de las facultades humanas y las herramientas que produce, como por ejemplo la óptica y la perspectiva. Si bien la arquitectura como disciplina surge de estas transformaciones culturales que posicionaron al ser humano como dominador de su entorno, también se ve influida por otros factores políticos que evidencian una forma jerárquica de distribuir el poder. Frente a la modalidad colectiva de construcción que planteaban los gremios medievales (esa especie de “construcción coral”, según Roberto Fernández) el Renacimiento propone una modalidad centralizada y vertical de transformación del medio ambiente construido². La figura del arquitecto, separada del proceso de construcción, permite una interpretación más directa, lineal, de los deseos del príncipe. La invención del arquitecto no sólo simplifica la cadena de mando, sino también el proceso de formación de los puestos de mando. Antes de la aparición del arquitecto, todos los constructores se formaban trabajando a pie de obra, sin muchas más jerarquías que la distinción básica entre maestros y aprendices. Con la invención del arquitecto, de todo el conjunto de actores que intervenía en una obra, es una sola persona la que debe adquirir la capacidad de previsualizar y dibujar la obra según los gustos de las clases altas. El grueso de los constructores se dedica, exclusivamente, a

²“El proyecto se de-socializa, se de-contextualiza y des-urbaniza en la necesidad de garantizar la calidad representativa de la relación original-copia-original, circuito este que además, desprecia la serialidad coral y exige la firma, la novedad, la propiedad intelectual” (Fernandez, 2011).

reproducir materialmente lo que ya ha sido imaginado por el arquitecto. La tarea de construcción deja de ser una creación para ser una reproducción. Ya no requiere de ningún tipo de creatividad o aporte personal, restringiéndose a interpretar fielmente las formas.

Según Gilles Deleuze es una descalificación del trabajo (Deleuze & Guattari, 2004, pág. 374). La arquitectura gótica, anterior al Renacimiento, requería de constructores capacitados que pudieran construir una catedral a partir de una serie de marcas realizadas en el terreno. El plano métrico del renacimiento quita cualquier libertad de interpretación y le otorga mayor pasividad y automatismo a la tarea. El constructor se limita a copiar lo que está dibujado. Cuanto más detallado es el proyecto, menos autonomía tienen los constructores. Por otro lado, hay una transformación numérica en esta división de tareas. La construcción coral de los gremios medievales exigía una lenta capacitación a pie de obra que limitaba la disponibilidad de mano de obra. El modelo disciplinar renacentista permite concentrar los esfuerzos sobre la formación de unos pocos arquitectos en instituciones ubicadas por fuera de la dinámica caótica de las obras, en academias dominadas bajo la órbita del monarca.

En paralelo a este adiestramiento de los diseñadores según el gusto de sus mecenas, los constructores no requieren mucha capacitación, por lo cual su disponibilidad dependerá exclusivamente de la demanda. Cuando se necesita construir, simplemente se recurre a la mano de obra existente. La arquitectura nace de una embestida contra la acumulación de poder de los gremios. Pese a que se requieran tareas especializadas dentro de la construcción, siempre quedan subyugadas a las decisiones del arquitecto. Mientras las decisiones se concentran, el número de los constructores puede variar indefinidamente. Los constructores son perfectamente reemplazables. Gilles Deleuze realizaba el siguiente paralelismo: la división entre los que deciden y los que hacen responde a la misma división entre los que gobiernan y los gobernados³. Hay una ponderación de los que piensan y deciden por sobre los encargados del hacer.

El vínculo y sumisión del arquitecto con respecto a los deseos del príncipe, continúa a lo largo de los siglos posteriores. En la figura del príncipe no debe verse solamente al monarca absoluto consolidado durante la Edad Moderna, sino que exige abstraerlo como símbolo del poder reinante de cualquier periodo histórico y cualquier contexto específico. El arquitecto queda totalmente subsumido a la condición de mecenazgo. El éxito y la trascendencia de su carrera dependen de su cercanía con los poderes de turno. El arquitecto formado para preconcebir el mundo, requiere de algún poderoso que le encargue diseñar su propia porción de mundo. Cuanto más grande es esa porción, mejor. Con lo cual, la cercanía con los poderes establecidos determina mayores posibilidades para cumplir con los designios de su formación. Mayores posibilidades de encarnar el mandato disciplinar que lo empuja a tratar de diseñarlo todo.

Es necesario aclarar que existen muchas maneras de lograr esta cercanía. Por eso no deben opacarse aquellas valorables excepciones que logran ganarse la confianza de los poderosos por mérito propio. Existen muy buenos ejemplos de arquitectos que han cumplido con extraordinaria habilidad el prototipo del arquitecto artista, logrando excelentes resultados. Obras ejecutadas según los plazos y los presupuestos planteados, donde cada uno de los detalles diseñados por el arquitecto va reforzando una serie de cualidades plenamente apreciadas por quienes habitan cotidianamente esa obra. Son situaciones excepcionales. En la mayoría de los casos, la implementación de un proyecto abstracto,

³ La división entre el arquitecto y los constructores “está copiada de la diferencia ‘gobernantes-gobernados’”(Deleuze & Guattari, 2004, pág. 374)

estático e individual sobre la realidad compleja y colectiva del ambiente, genera una multiplicidad de fricciones y conflictos.

La crisis del rol profesional del renacimiento

Frente a este panorama descorazonador, existen dos observaciones básicas. Por un lado, el mapa de poderes se encuentra siempre en constante transformación y disputa. La relación entre el poder y las formas construidas es siempre compleja y dialéctica, existiendo diversas maneras de realizar arquitectura por fuera de la lógica de los poderes hegemónicos. Además, el poder no es estático, se encuentra siempre en disputa. El arquitecto puede colaborar a transformar un contexto adverso, incluso siguiendo el ideal profesional que proponen las academias. A lo largo de la historia, pueden encontrarse diferentes ejemplos de arquitectos que ayudaron a cuestionar los poderes existentes encarnando la figura del arquitecto autor.

Por otro lado, las condiciones de producción de la obra son muy distintas a la rigidez del planteo teórico del arquitecto artista del Renacimiento. El capitalismo es orgánico y requiere de una fluidez que hace variar mucho las planificaciones y los roles de quienes intervienen en sus procesos. Los proyectos van cambiando según la intervención de diferentes especialistas en normativas, estructuras, seguridad, presupuesto, etcétera. Una parte importante de la obra se decide durante su construcción, con o sin la intervención de arquitectos.

Finalmente, el uso de la obra tampoco es factible de una planificación rígida. Como toda actividad humana, siempre está asociada a un elevado grado de imprevisibilidad e incluso irracionalidad. Desde el momento en que la arquitectura es habitada, la gente la usa y la transforma de maneras imprevistas.

Esta concepción de las transformaciones del ambiente como producto de un genio creativo, se vuelve mucho más absurda si tenemos en cuenta que la proporción de las transformaciones ambientales que se producen mediante la intervención de un arquitecto es ínfima comparada a las modificaciones del ambiente que realiza la gente, sin ningún tipo de ayuda profesional. La forma física del mundo evoluciona a través de transformaciones de carácter colectivo, la centralización de las decisiones en una figura única, llámese arquitecto o urbanista, constituye una excepción. Esto se hace aún más patente en el tema de la vivienda, donde una gran proporción de las viviendas se construye y se transforma a partir de pequeñas iniciativas de sus habitantes⁴.

La gran cantidad de obras que se producen por fuera de la órbita profesional no constituye un verdadero parámetro para juzgar la relevancia de la profesión. Sería como deslegitimar la abogacía porque la mayoría de los conflictos entre personas se dirimen sin necesidad de recurrir a un abogado. En realidad la crisis de legitimidad de las disciplinas no se relaciona con el número de prácticas que se producen por fuera de su órbita sino con su incapacidad para abordar situaciones que realmente requieren de su incumbencia. La concepción del arquitecto como genio creativo, preparado para preconcebir las obras como si fueran monumentos, se vuelve intrascendente cuando tiene que actuar en contextos de escasez caracterizados por el dinamismo vertiginoso que generan las luchas por la supervivencia y las disputas por la renta urbana. La verdadera crisis de los arquitectos -y quizás también de abogados, médicos y otros profesionales- radica en no poder brindar soluciones a quienes realmente requieren de su aporte. En arquitectura el modo de organizar el proceso de toma de decisiones, impide

⁴ En el mundo se calcula que entre el 90% y el 70% de las viviendas se construye sin arquitectos. Por ejemplo en Alemania, Christian Schittich afirma que el 80% de las casas privadas se construye sin asesoramiento profesional (Schittich, 2006).

una concepción permeable al aporte de gente y capaz de responder con eficacia a la complejidad de las transformaciones del contexto. El modo de estructurar el poder contribuye a una visión estática y esquematizada de la realidad, que subyuga la vida cotidiana de los pobladores a las decisiones del arquitecto.

A decir verdad, todas las disciplinas comparten, en cierto punto, una situación de poder dominante por sobre el resto de la sociedades⁵. Algunas disciplinas ya han comenzado a realizar una revisión sobre estas posturas que terminan separando al profesional de la realidad de la gente. Tal como en la abogacía existen corrientes que buscan evitar la judicialización de todo conflicto, existen en la medicina corrientes que buscan reducir la hospitalización, el control sobre los cuerpos y el énfasis puesto sobre la división entre sanos y enfermos. Aunque se pueden establecer múltiples paralelismos entre el cuestionamiento a la figura del arquitecto con las crisis que atravesaron diferentes disciplinas a lo largo del siglo veinte, este trabajo está acotado al ámbito de la arquitectura sacrificando la amplitud de los resultados en pos de alcanzar mayor profundidad en el estudio de las fuentes disponibles.

Alternativas dentro del ámbito de la arquitectura

Por el momento, resulta importante destacar que en arquitectura la crítica hacia una implementación vertical y centralizada del proceso de toma de decisiones sobre las transformaciones del ambiente, ha atravesado todo el siglo veinte. Por momentos, esta crítica estuvo enfocada hacia la ciudad, cuestionando el positivismo haussmanniano⁶ de principios de siglo y la ortodoxia del urbanismo moderno de mitad de siglo. Pero también en arquitectura existieron corrientes críticas con respecto al nivel de simplificación y esquematismo que alcanzaba la arquitectura cuando centralizaba las decisiones en una sola figura.

Frente a la visión del diseñador como la figura capaz de previsualizar las transformaciones del medio ambiente, a lo largo del siglo veinte existió toda una corriente de arquitectos que trataron de descentralizar el proceso de toma de decisiones. Buscaban incorporar a diferentes actores usualmente marginados de los procesos formales o institucionalizados, pero que ya estaban plenamente incorporados en las transformaciones de hecho.

⁵ En una de las etapas de corrección de esta tesis, uno de los miembros del comité de revisión retomaba una frase de un ex primer ministro inglés, cuando decía que la gente quería cosas contradictorias. Era una manera de sugerir que la gente podía desear arquitectónicamente algo que no era conveniente desde un punto de vista técnico. Y posteriormente preguntó qué pasaría si la gente tomaba el mismo criterio en la medicina, para poner un ejemplo de disciplina dominada por criterios técnicos, casi tecnocráticos. Ante lo cual, la respuesta fue que se generarían conflictos, naturalmente, sólo que se generarían en el ámbito del debate. El debate y la contraposición de intereses no es mala, siempre y cuando puedan encausarse hacia ámbitos productivos. Actualmente, los conflictos se producen pero como resultado de una imposición. Además, en arquitectura, cuando alguien quiere seguir un camino que tiene contraindicaciones técnicas, sólo hace falta elegir el arquitecto indicado, siempre habrá alguno dispuesto a llevarlo a cabo. La extrapolación con la medicina no es lineal porque en la medicina hay ámbitos que implican decisiones absolutamente personales. Por el contrario, la arquitectura permanece siempre en el ámbito colectivo porque se construye de manera colectiva, consume recursos de esta tierra, impacta visual y funcionalmente en una la realidad cotidiana de la gente. Lo raro es que todavía la profesión se conciba desde una perspectiva liberal, como si fuera un servicio a particulares.

⁶ La reforma de París iniciada por el Barón Haussmann bajo encargo de Napoleón III se llevó a cabo entre los motines de 1848 y la Comuna de París (1871) y buscaba adecuar la ciudad a los requerimientos estéticos, económicos y represivos de las burguesías urbanas. Desde un punto de vista puramente morfológico, abrió una trama geométrica de calles rectilíneas y bulevares, sobre el tejido medieval de la ciudad.

Dentro de toda la gama de transformaciones ambientales que se producen sin centralizar las decisiones en el arquitecto, este trabajo se propone rescatar experiencias en las cuales intervinieron arquitectos. En primer lugar, para dar cuenta de una transformación en el rol profesional. Es una expresión de confianza con respecto a la posibilidad de encontrar modalidades de actuación profesional que permitan una mejor inserción dentro de los requerimientos del contexto. Es una estrategia para comenzar a abandonar una definición tautológica de la arquitectura, que deja de lado las obras construidas por la gente. Cuando Nikolaus Pevsner, en la introducción del libro *An Outline Of European Architecture* (1945)⁷ decía: "El término arquitectura se aplica sólo a los edificios diseñados con un atractivo estético" (Pevsner, 1942/1948, pág. 19), la pregunta inmediata sería ¿quién define qué es un atractivo estético?

Como las academias siempre ejercen una influencia fundamental sobre lo que una sociedad entiende por estética, decir que la arquitectura es sólo aquello que tiene atractivo estético es como decir que la arquitectura está condicionada por la opinión de las academias. La academia define qué es la Arquitectura, tal como siempre definió qué es cada una de las disciplinas. La arquitectura, en general, es todo aquello que considere valioso la Arquitectura con mayúsculas. Quien pretenda ampliar el alcance de cada una de estas disciplinas se verá inevitablemente envuelto en una disputa de re-significación contra las academias. Como estrategia para esta re-significación de la disciplina de la arquitectura se plantea poner el foco sobre aquellas transformaciones en las cuales intervinieron sujetos formados por la academia. El juego de las definiciones siempre resulta un poco absurdo, pero se trata de acentuar el absurdo de la definición existente. De manera arbitraria, las academias dejan de lado las construcciones realizadas por la gente. Parece algo forzado, pero lo sería aún más cuestionar el carácter de arquitectura de aquellas transformaciones físicas del ambiente en las cuales intervinieron arquitectos. Si las academias niegan la condición de arquitectura de las obras que construye la gente ¿pueden negar también la condición de arquitectura de lo que realizaron los arquitectos? ¿Debe aceptar como arquitectura las obras en las que participa un arquitecto, incluso cuando sigan la misma lógica de las obras realizadas por la gente? A su vez, es una manera de demostrar que las herramientas de la formación, del saber disciplinar pueden ponerse a disposición de transformaciones ambientales donde no se centralizan las decisiones.

Ampliar la definición de arquitectura

La puja semántica que subyace en este estudio pretende re-significar el término Arquitectura, para abarcar a aquellas transformaciones físicas del ambiente construido, que se producen por fuera de la centralización de las decisiones en la figura del arquitecto. Este mismo procedimiento puede extenderse al ámbito del urbanismo y el diseño paisajístico. En estas disciplinas proyectuales habría que tener en cuenta que, ante una escala mayor, la arbitrariedad de la centralización de las decisiones se vuelve aún más evidente. Si bien proponemos acotar la investigación al ámbito de la arquitectura, es necesario aclarar que las prácticas y conceptos a estudiar nunca se presentan totalmente separadas de indagaciones más amplias que vinculan la arquitectura a la ciudad y el territorio. Además, el límite entre una disciplina y otra es siempre difuso. Como dice Ricardo Guibourg, la realidad es un continuo, no viene

⁷ Disponible en:

<https://archive.org/stream/AnOutlineOfEuropeanArchitecture1943/AnOutlineOfEuropeanArchitecture#page/n19/mode/1up/search/Lincoln>

cortada en porciones como una pizza⁸. Las categorías y definiciones implican un acuerdo, aunque siempre conserven cierto grado de arbitrariedad⁹.

Arquitectura que no centraliza las decisiones

También hay que mencionar que existe una multiplicidad de transformaciones del ambiente que, sin centralizar las decisiones en un arquitecto, exceden al enfoque de esta investigación. La arquitectura vernácula, las okupaciones anarquistas, la arquitectura en tierra que se produce artesanalmente, por nombrar sólo algunos ejemplos, evidencian un universo amplio que escapa al alcance de este estudio. Frente a esta dispersión, se propone focalizar en las transformaciones del ambiente conocidas bajo el nombre de “arquitectura participativa”.

Este rótulo tampoco es muy preciso, pero tuvo notable trascendencia a partir de la década del setenta para identificar a una arquitectura que cumplía con una serie de cualidades específicas. Por un lado, frente a la arquitectura como si fuera un objeto acabado en sí mismo, la arquitectura participativa pone el énfasis en los procesos que la arquitectura desata, como por ejemplo la gestión de un proyecto, el diseño, la construcción y el mantenimiento. A partir de lo cual, la arquitectura participativa busca incorporar a los usuarios (y excepcionalmente a los constructores) en dichos procesos. El rasgo que más ha trascendido, a lo largo del tiempo, es la incorporación de los habitantes al proceso de diseño o a la construcción de la obra.

Esta arquitectura participativa ha tenido momentos de auge y olvido dentro de la prensa internacional. Algunos de los arquitectos más comprometidos con esta corriente llegaron a alcanzar puestos privilegiados dentro de algunas instituciones educativas prestigiosas, sin embargo, siempre ocuparon un lugar alternativo dentro de la hegemonía de las academias y la prensa especializada.

Para una parte de las academias, la participación era una simple crisis de identidad del arquitecto confundido ante el auge de las ciencias sociales; para otros sectores, era una politización extrema producto de una época convulsionada que quedó sepultada bajo los escombros del muro de Berlín. Incluso algunos comparaban la participación con espías que trataban de extraer técnicas organizativas del modo en que construía la gente. En todo caso, cualquier excusa era válida con tal de mantener una posición de poder favorable a la adulación del arquitecto.

Si bien las academias reconocen el valor innegable de algunas obras relevantes de la arquitectura participativa, por lo general se muestran como experiencias filantrópicas llevadas a cabo por personalidades excéntricas. Con lo cual, la arquitectura participativa queda atomizada, perdiendo su valor contestatario y fuera de la disputa del sentido de la arquitectura. Tal como afirma Jeremy Till, lo

⁸ “Al inventar nombres [...] trazamos límites en la realidad, como si la cortáramos idealmente en trozos; y al asignar cada nombre constituimos (es decir, identificamos, individualizamos, delimitamos) [...] Habitualmente no advertimos este procedimiento porque el lenguaje que hablamos [...] no fue inventado por nosotros [...], sino elaborado anónimamente a través de una larga tradición. Por esto la realidad se nos presenta ya cortada en trozos, como una pizza dividida en porciones, y no se nos ocurre que nosotros podríamos haber cortado las porciones de otro tamaño o con otra forma” (Gibourg, Ghigliani, & Guarinoni, 1985/2000, pág. 37).

⁹ Una buena definición de arquitectura puede ser: la reorganización de los recursos materiales y energéticos de una porción del espacio, con el fin de cambiar las cualidades que se perciben al habitarlo o recorrerlo. La Arquitectura se diferencia de otras disciplinas proyectuales por su escala, acotada al ámbito de los edificios. Supera la escala de las habitaciones en sí, asociada al diseño de interiores, pero sin llegar a abordar porciones enteras de la ciudad, algo más cercano al diseño urbanístico.

alternativo se vuelve subalterno¹⁰. La arquitectura participativa se convirtió, de a poco, en un pequeño feudo donde también existen verdades sagradas incuestionables. Otra forma de academia.

Desafíos de la arquitectura participativa

Uno de los presupuestos que limitan el crecimiento y la profundidad de la arquitectura participativa es su desconfianza por la teoría. Es como si la arquitectura participativa fuera víctima de su propia posición subalterna. Como debe romper con la teoría de las academias, presupone que toda teoría es mala. Dado que las experiencias de arquitectura participativa no se enseñan en las academias, se sobreestima el valor de la observación directa en el lugar.

Como ejemplo de estas debilidades, puede adelantarse que el tema del re-aprendizaje es una constante en la biografía de muchos arquitectos que propusieron metodologías participativas. Los arquitectos que buscaron incorporar la participación, sentían que la educación que habían recibido no les servía para la tarea que buscaban realizar, por lo que tuvieron que romper con su formación previa para iniciar un nuevo proceso de formación en contacto directo con la realidad que buscaban transformar. Este re-aprendizaje se asocia, incluso, a momentos críticos en los cuales un evento determinado marca un antes y un después, una especie de redención.

Patrick Geddes comenzó a ensayar una visión orgánica de la ciudad a partir de una enfermedad que le produjo ceguera momentánea; John Turner cambió su enfoque de la arquitectura luego de su experiencia en el terremoto de Arequipa 1958; y Christopher Alexander entendió que la arquitectura era un lenguaje heredado del pasado leyendo un texto sobre arte taoísta. Todo muy romántico, pero resulta ilógico seguir guiándose por el mismo criterio medio siglo después, cuando ya hay abundante teoría, pese a que no se encuentre del todo compilada y sistematizada.

Por otro lado, a partir de su exclusión en las academias, la arquitectura participativa termina renunciando a contenidos propios de la disciplina arquitectónica. Muchas de las obras realizadas participativamente parecen despreocuparse por algunas incumbencias que caracterizan el quehacer arquitectónico, como por ejemplo, la disposición espacial. De allí la famosa frase popular que buscaba revertir Henry Sanoff: *“Un camello es un caballo diseñado participativamente”*¹¹. Como si la participación de los usuarios fuera suficiente para justificar los pobres resultados materiales alcanzados.

Por otro lado, la exclusión del ámbito de las academias, termina por generar una sensación de amnesia dentro de la arquitectura participativa. Las experiencias previas no se conocen de manera detallada y la rueda se reinventa constantemente. Conceptos y prácticas que ya han sido implementados, cuestionados, y fácilmente superables, se presentan una y otra vez como si fueran novedosas soluciones mesiánicas.

Por último, la arquitectura participativa retoma una serie de conceptos surgidos en contextos políticos y sociales muy precisos. En la mayoría de las experiencias actuales, estos conceptos se ven vaciados de sus significados iniciales. Esto no debe confundirse con algún tipo de purismo en cuanto a la terminología, solamente se propone recuperar la riqueza inicial de cada uno de los términos tratando de entender las diferentes variaciones en su significado a lo largo de la historia. Sin ir más lejos, un aspecto

¹⁰ *“Las posiciones marginales son usualmente anunciadas como alternativas radicales, pero existe un riesgo concomitante de que el ser marginal lo posicione a uno en un desprecio por el centro, de manera que el poder ni se dé por aludido”* (Till, 2011).

¹¹ En realidad la frase original apunta en el mismo sentido, pero la traducción literal sería: *“Un camello es un caballo diseñado por un comité”* (Sanoff, 2000, pág. 23)

central de esta investigación es evidenciar el modo en que el mismo concepto de participación perdió fecundidad y radicalidad a lo largo de los cambios sociopolíticos de las últimas décadas del siglo veinte.

La contribución de este trabajo a los desafíos de la arquitectura participativa

Las academias, al atomizar las experiencias de arquitectura participativa presentándolas como si fueran experiencias aisladas, logran invisibilizar toda una corriente de pensamiento dentro de la historia de la arquitectura del siglo veinte. A su vez, la arquitectura participativa adopta una posición subalterna dentro de la arquitectura en general. Algo que se refuerza en base a los siguientes factores: una desconfianza por la teoría, una despreocupación por los contenidos específicos de la arquitectura, una sensación de amnesia y un constante vaciamiento de los conceptos y prácticas de la arquitectura participativa.

Frente a esta situación, se propone recomponer los vínculos históricos de la arquitectura participativa de manera de evidenciar, y poner en tela de juicio, su base teórica. Conscientes de la magnitud de esta tarea, se sugiere poner el foco en un periodo particular, de consolidación de la arquitectura participativa. Se abarcarán las décadas del sesenta y setenta. Específicamente, el periodo comprendido entre 1958 y 1976, tomando como referencia el terremoto de Arequipa (1958), cuando Turner pudo poner en práctica sus ideas sobre desarrollo progresivo; y la Cumbre del Hábitat I Vancouver, que coincide con la construcción de los conjuntos de Mexicali (Figura 46), de Alexander, y Molenvliet (Figura 32) del S.A.R. Aunque a nivel bibliográfico se pondrá un énfasis particular en las publicaciones comprendidas entre el primer artículo de Turner para *Architectural Design*(1963) y el libro realizado por el equipo de Christopher Alexander *Un Lenguaje de Patronos*(1977/1980).

Para lograr indagar en los contenidos teóricos, proponemos centrarnos en la producción gráfica y escrita de tres arquitectos cuyos textos pueden considerarse como las bases teóricas de la arquitectura participativa. Los textos de John Turner, John Habraken y Christopher Alexander se analizarán en relación al contexto cultural de la época, para lograr dimensionar el valor de sus propuestas en un contexto sociopolítico determinado.

La reconstrucción de los cambios y permanencias entre los diferentes abordajes de la arquitectura participativa ayudan a entender el modo en que se consolidó la teoría que subyace actualmente en ella. Las décadas del sesenta y setenta constituyen un momento fundamental, que permitió cristalizar las ideas de principios de siglo sobre la participación, donde también se adelantaron los desafíos de las últimas décadas del siglo veinte. En las décadas del sesenta y setenta se producen los principales debates que atraviesan las experiencias de arquitectura de hoy. Se eligieron estos tres arquitectos por ser personajes con amplia trayectoria dentro de los principales ámbitos académicos del mundo, con vínculos, e incluso trabajos, distribuidos en diferentes puntos del planeta. Para profundizar sobre los contenidos específicos de la arquitectura, proponemos tomar como tema de referencia sus propuestas acerca de la vivienda.

Hay que aclarar que esta reconstrucción teórica, con perspectiva histórica, no pretende agotar el tema. No debe entenderse como un compendio enciclopédico de la historia de la arquitectura participativa. Por el contrario, se propone una nueva manera de abordar la arquitectura participativa, que puede continuarse y complementarse en instancias posteriores.

Los rasgos principales de la arquitectura participativa

A nivel conceptual, los arquitectos que trabajan actualmente con arquitectura participativa lo hacen rescatando una serie de ventajas que se exponen a continuación. Estas características sirven solamente

como puntos de partida conceptuales que posteriormente aparecerán mejor desarrollados al repasar la obra teórica de los arquitectos estudiados. Mientras en este apartado del texto estos rasgos se presentan con cierta inocencia, sin profundizar en sus aspectos conflictivos, se analizarán con mayor nivel de profundidad a lo largo del trabajo repasando el modo en que Turner, Habraken y Alexander ayudaron a consolidarlos.

En líneas generales, la arquitectura participativa a la que nos referiremos en este trabajo cumple con las siguientes características:

Recupera la dimensión colectiva de la arquitectura

En un contexto cultural dominado por la atomización social y el individualismo, la arquitectura participativa propone entender la arquitectura como un hecho de trascendencia colectiva. Se intenta pasar de la arquitectura individual centrada en el arquitecto, a una alternativa que reconoce y potencia la capacidad de hacer y planificar de todos los actores involucrados.

Todos los seres humanos tienen iniciativa y facultades creativas, y a su vez, todos tienen la posibilidad de anticiparse mentalmente a situaciones futuras. Son facultades propias del ser humano que pueden aprovecharse a la hora de transformar el ambiente. La arquitectura participativa considera que el arquitecto puede contar con esas facultades innatas en todo grupo humano a la hora de iniciar cualquier proyecto de arquitectura.

A su vez, la arquitectura se construye con los recursos finitos del planeta e impacta visual y funcionalmente en el ambiente que la gente experimenta cotidianamente. Cuando la arquitectura centraliza el proceso de toma de decisiones en la figura del arquitecto, se dificulta una concepción comunitaria y colectiva del ambiente construido, fortaleciendo el protagonismo individualista del arquitecto. Esto también tiene connotaciones negativas dentro del panorama de crisis ecológica actual. Aquel que no puede ejercer el derecho a transformar el ambiente, difícilmente pueda sentir la responsabilidad sobre su cuidado.

Con respecto a este retorno hacia el interés colectivo de la arquitectura, es interesante la frase de Bertolt Brecht que citan Marta Domènech Rodríguez y David López López en un trabajo sobre Álvaro Siza y el S.A.A.L.:

“En estos tiempos de decisiones, el arte también debe decidirse. Puede convertirse en el instrumento de unos pocos, los cuales hacen de dioses y deciden el destino de los muchos y exigen una fe ciega ante todo. O bien también, se puede situar al lado de los muchos y poner el destino en sus propias manos” (Brecht, 1973, pág. 154)¹².

Revela el proceso de toma de decisiones que subyace en la arquitectura

La arquitectura participativa saca a la luz el proceso de toma de decisiones que hay detrás de las transformaciones del ambiente. Mientras las disciplinas proyectuales suelen poner el foco sobre la obra física, los autores que abordan la arquitectura participativa buscan entender, y diseñar, la incidencia de múltiples actores en el proceso de toma de decisiones. En lugar de pensar un proceso de diseño lineal, en manos del arquitecto, deciden abrir el juego a los usuarios, constructores, funcionarios públicos, etcétera. Sin embargo, esta centralización de las decisiones, y la consiguiente expulsión de los

¹² En el texto de Marta Domènech Rodríguez y David López López, cuyo link se adjunta a continuación, se afirma que dicho fragmento de Brecht pertenece al texto *Las cinco dificultades para decir la verdad*, pero es un error. En realidad el texto aparece en *El compromiso en literatura y arte*. El texto de Domènech Rodríguez y López López puede revisarse en: https://upcommons.upc.edu/bitstream/handle/2117/17880/AH_DOMENECH_Siza.pdf

pobladores de las decisiones que guían las transformaciones del ambiente son herencia de la modernidad. No sólo de la modernidad en arquitectura, es algo que escapa a la arquitectura de los C.I.A.M.¹³ para retrotraerse a los inicios de la modernidad, en el Renacimiento

Según Juan Diez de Corral

“En la construcción de la catedral de Florencia se planteó un problema más ambicioso de lo normal, hacer una cúpula enorme, y a la hora de resolver su construcción el cabildo catedralicio de Florencia se vio en un apuro. Nadie se atrevía a hacerla y se produjeron muchos debates, hasta que a Brunelleschi, un maestro de obra muy inteligente, se le ocurrió una solución genial que le encumbró sobre los demás maestros. Los gremios dijeron que eso era una locura, que así no se podía hacer, y en ese momento Brunelleschi les echó de la obra y se trajo gente sin especializar de Lombardía. Un insulto en toda regla a los gremios florentinos y al modo colectivo de hacer las cosas. Pudo levantar su cúpula, asombró al mundo y justo ahí, en ese momento, nació el arquitecto. O el arquitecto moderno. El artista. Porque hasta entonces el arquitecto, como dice su etimología, no era más que el primero de los albañiles, y no el artista que domina toda la obra. En ese momento un hombre deja de ser albañil y se hace dios, se eleva infinitamente sobre los demás y aparece así la arquitectura de los artistas. La arquitectura moderna” (Diez del Corral & Corazón Rural, 2015).

Frente al carácter impositivo que le imprimió la ideología individualista del Renacimiento a la arquitectura, la arquitectura participativa buscaba rescatar una situación similar a la de los gremios, cuando los grupos, como cuerpo colectivo, tenían mayor injerencia en las decisiones. En la mayoría de los casos abordados ya no se trata de la participación de gremios de constructores, pero prevalece el espíritu colectivo y horizontal.

Entiende la obra como un proceso abierto

En lugar de poner el énfasis sobre la arquitectura como obra de arte, como objeto acabado en sí mismo, los arquitectos que implementan metodologías participativas abordan la arquitectura y el ambiente como parte de un proceso continuo, en permanente transformación. Se incorpora, así, el criterio heurístico en la arquitectura. En vez de previsualizar exactamente la forma que adquirirá el ambiente, la arquitectura participativa está abierta a lo emergente. Frente a la necesidad de diseñar todo previamente, la arquitectura permite ir moldeando el ambiente a partir de la interacción entre la gente y su ambiente. Esto tiene, por supuesto, un alto grado de imprevisibilidad, exige un cuestionamiento al determinismo y una apuesta por los finales abiertos.

Según afirma Santiago Cirugeda: *“En el trabajo que hacemos, la forma final de la arquitectura importa muy poco. [...] Son lugares irreales, en stand by. Todavía no son, pero pueden ser. En los sitios deben ocurrir cosas” (Zabalbeascoa & Cirugeda, 2007).*

Incorpora en el proceso de toma de decisiones a los grupos usualmente marginados

La arquitectura participativa rompe un mecanismo de exclusión, aquel que separa a las personas del proceso de decisiones que determina las transformaciones del ambiente en el que habitan. En ese sentido, propone una lógica inclusiva en la arquitectura, brindándole protagonismo y poder de decisión a actores que de otra forma quedan excluidos. Por eso la arquitectura participativa se ha implementado en diferentes proyectos que apuntan al empoderamiento de algunos sectores postergados de la sociedad. Un pionero a la hora de potenciar el carácter inclusivo de la arquitectura participativa fue el biólogo

¹³ Los C.I.A.M. Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna fueron encuentros celebrados entre 1928 y 1959, donde se destacaron algunos arquitectos que se mencionan en este trabajo como Gropius, Le Corbusier y Ernesto Nathan Rogers entre otros.

Patrick Geddes que proponía tener en cuenta en las transformaciones ambientales, no solamente a los obreros de Edimburgo, sino también a las mujeres y los niños. Algo que a fines del siglo diecinueve reflejaba un pensamiento de avanzada.

“Bien puede ser que entre los miembros menos especializados y menos poderosos en la comunidad despierten de modo más vital el entusiasmo cívico y la energía del futuro naciente. Y ello no sólo entre trabajadores y los artistas [...], sino también entre las mujeres y entre los niños”
(Geddes, 1915/2009, pág. 576).

Abandona el rol pasivo del usuario

Tal como se afirma en el apartado donde se explicita el objeto de estudio de este trabajo, la arquitectura participativa cuestiona el rol pasivo de usuario. Ya no se limita a “usar” los espacios que el arquitecto ha pensado para él. Los pobladores abandonan su papel de simples receptores para comprometerse en un rol activo, transformador de la realidad. Si bien este llamado hacia la acción pueda asociarse hoy al discurso del emprendedurismo que exalta la iniciativa individual, a mitad del siglo veinte era un cuestionamiento a la tecnocracia y un rescate de la cultura popular. Este interés de la arquitectura por involucrar a los pobladores, reflejaba un interés similar al de aquellos artistas que proponían entender la cultura como una construcción colectiva, donde todos podían participar. Por ejemplo, resulta muy elocuente el texto *Por un cine imperfecto* (1969/1995) de Julio García Espinosa cuando afirma que:

“La actual perspectiva de la cultura artística no es más la posibilidad de que todos tengan el gusto de unos cuantos, sino la de que todos puedan ser creadores de cultura artística.

[...]El arte popular es el que ha hecho siempre la parte más inculta de la sociedad. Pero este sector inculto ha logrado conservar para el arte características profundamente cultas. Una de ellas es que los creadores son al mismo tiempo los espectadores y viceversa. No existe, entre quienes lo producen y lo reciben, una línea tan marcadamente definida” (García Espinosa, 1995, pág. 20).

Por otro lado, mientras las disciplinas proyectuales conciben al usuario como un personaje abstracto, varón, occidental, con medidas corporales y requerimientos estandarizados, la arquitectura participativa pretende acondicionar el ambiente según los requerimientos específicos de personas reales. Por ende, el arquitecto requiere acercarse a la realidad de la gente e iniciar un diálogo para desentrañar la diversidad y complejidad de sus necesidades.

Cuestiona la figura del arquitecto como demiurgo

Dentro de la tradición racionalista de occidente, la figura del arquitecto ha representado la posibilidad de planificar y prever el mundo. El mismo Descartes en *El discurso del método* (1637) denostaba la construcción gradual y diversa de los barrios tradicionales en favor de la belleza unificada de los conjuntos diseñados por un mismo arquitecto:

“No hay tanta perfección en las obras compuestas de varios trozos y hechas por las manos de muchos maestros, como en aquellas en que uno solo ha trabajado. Así vemos que los edificios, que un solo arquitecto ha comenzado y rematado, suelen ser más hermosos y mejor ordenados que aquellos otros, que varios han tratado de componer y arreglar, utilizando antiguos muros, construidos para otros fines”
(Descartes, 1637/2010, pág. 41).

La figura del arquitecto es el símbolo de la aplicación lineal de las ideas, claras y lógicas sobre la realidad caótica. De hecho, el prestigio de los arquitectos depende de su capacidad de determinar la forma de una porción de territorio. Cuanto más grande sea esa porción de territorio, y cuanto mejor se adecue el resultado final a sus ideas iniciales, mejor. Por eso, Santiago Molina habla de *“las imposiciones*

demiúrgicas del arquitecto moderno" (Molina, 2011) asociando la profesión con el personaje mítico capaz de crear el mundo hasta en sus últimos detalles, como si fuera una obra de arte. El ejercicio profesional de la modernidad estaba asociado a la preconcepción de la totalidad. Por eso, Lefebvre hablaba del *"funcionalismo pueril que considera que el experto puede preverlo todo y ordenarlo todo"* (Lefebvre, 1971/1978, pág. 108).

Pero esta vocación por crear mundos autorreferenciales, nacida durante el Renacimiento, es un resabio de la modernidad que tiene plena vigencia actualmente. La única diferencia es que se matiza con la exaltación de la creatividad y el culto a la personalidad extravagante de los arquitectos. Por eso Santiago Cirugeda afirma con agudeza y sarcasmo:

"No he visto profesión más soberbia. Como arquitecto, o eres borde y aparentemente intelectual o no te valoran. En los noventa estaba de moda hablar de los procesos. Cogían una mancha de su camisa, la fotocopiaban y de ahí salían los trazos para hacer la arquitectura. [...] Aquí pensamos que un arquitecto lo hace todo, es una hostia, hacemos la entrevista, me tomo la foto con la vieja y luego nos convencen que somos dioses" (Rosero, Llorca, & Cirugeda, 2017).

Frente a esta arquitectura centrada en la individualidad del diseñador, las metodologías participativas restringían la incumbencia del arquitecto dejando parte de las decisiones en manos de grupos usualmente marginados de los espacios de poder.

Propone entablar un diálogo entre usuarios y arquitectos

En lugar de entender a la arquitectura como la imposición de la voluntad del diseñador sobre el ambiente, la arquitectura participativa propone concebir la realidad como un diálogo constante entre los técnicos y los habitantes de un lugar determinado. Construir implica un intercambio, es necesario establecer la comunicación entre múltiples actores. Esto es algo que incluso aparece referenciado en la Torre de Babel del Antiguo Testamento. Para evitar que la construcción avance, Dios les impidió la comunicación.

Conscientes de que la construcción implica una actividad colectiva y coordinada, los arquitectos que implementaban metodologías participativas enfatizan los aspectos relativos a la comunicación entre actores. De esta manera, se construyen organigramas, se implementan dinámicas grupales y los planos se convierten en acuerdos graduales, apuntando a construir pequeños consensos en el camino hacia la transformación del ambiente construido. Después de todo *"los problemas surgen en la vivienda, y en otras actividades, cuando aquellos encargados del diseño y la construcción están separados de aquellos que tienen que usar y pagar por lo que se construye"* (Turner, 1974, pág. 8).

Cuestiona la tecnocracia

La arquitectura participativa considera que no hay nadie mejor que la gente para identificar sus propias necesidades. Esta postura que busca acercarse al saber popular, que muchas veces escapa a las academias, es un cuestionamiento hacia la tecnocracia. En lugar de pensar que los técnicos tienen la capacidad (y el derecho) para tomar todas las decisiones sobre cómo organizar la vida de la gente, la arquitectura participativa entiende que la complejidad de los factores abordados exige enriquecer el proceso de toma de decisiones sumando el punto de vista de los principales afectados por las transformaciones ambientales.

Tal como afirmaba Pierre Bourdieu en un discurso del año 1995 la tecnocracia se apoya en la creencia de que *"el pueblo no conoce su felicidad, particularmente la felicidad de ser gobernados por gente que, como [los funcionarios o técnicos] conocen su felicidad mejor que él"* (Bourdieu, 1995). Sin

embargo, algunos arquitectos han notado que el criterio tecnocrático que enaltece el saber validado por las academias termina sometiendo al arquitecto. En lugar de poder imponer su voluntad, el arquitecto termina sometido a los manuales técnicos. Cuando el arquitecto pretende diseñarlo todo, se vuelve dependiente de la simplificación ingenieril: estadística, aritmética y puramente resolutive. La tecnocracia no sólo somete a la gente, sino que termina echando por tierra la ilusión del arquitecto como demiurgo o artista capaz de conmover al espíritu con sus creaciones. Hassan Fathy lo explicaba del siguiente modo:

“El arquitecto siente que su propio conocimiento tecnológico -su habilidad para hablar de las cargas y el momento flector- lo sitúa en una clase superior al cliente, y el cliente, intimidado, acepta su propio sometimiento. Irónicamente, son pocos los arquitectos que pueden resolver las formas artísticas [que imagina], por lo que la simple ingeniería empieza a reemplazar a la arquitectura en el camino progresivo hacia el afeamiento del territorio” (Fathy, 1969/2000, pág. 15)¹⁴

Como un adelanto a los debates que se profundizan en los siguientes capítulos, es interesante tener en cuenta a Lefebvre cuando aclara que no es la tecnocracia quien posee el poder, simplemente lo ejecuta. Es decir, no toma las decisiones importantes sino que las lleva a cabo con la mayor eficacia posible.

“Los técnicos no tiene realmente el poder: y es aquí donde quiero atacar de lleno, no a los tecnócratas, sino más bien al mito de la tecnocracia. La tecnocracia es un mito. Los tecnócratas no tienen el poder; cuando los tecnócratas logren tener poder de decisión, no serán ingenieros, sino administradores, y además malos administradores” (Lefebvre, 1971/1978, pág. 207).

Recompone el vínculo entre el hacer y el pensar

La arquitectura participativa se nutre de distintas vertientes románticas que afirman que la sociedad industrial ha impedido que las personas participen poniendo su ingenio y su destreza, en la transformación del ambiente que las rodea. Es una crítica que abarca tanto al ámbito del diseño de productos, como de edificios. Es un problema cultural. El ser humano se ha transformado en un consumidor pasivo y su actividad laboral se ha reducido a procesos monótonos y despersonalizados.

Mientras en las sociedades tradicionales el trabajo implicaba una actividad en la cual el ser humano podía expresar su propia individualidad, aportando a la construcción de la cultura, en las sociedades industriales el ser humano queda apartado de la construcción de valores colectivos. En ese sentido, la arquitectura participativa busca acercar al ser humano al proceso de construcción de la cultura, otorgándole un rol activo dentro de las transformaciones del ambiente. De este modo, se recompone también el vínculo entre el ser humano y la poética, es decir, la capacidad de transformar materialmente el mundo. Frente al predominio de la abstracción y del mundo simbólico, el contacto con la materialidad cumple una función cosmogónica, reposicionando al ser humano en la realidad, como parte integral del ambiente. Cuando el ser humano queda segregado de la producción material, se difunde un modelo de ser humano amputado, incapaz de sentir, experimentar e interactuar con el ambiente que lo rodea.

Algunos autores contemporáneos, como Juhani Pallasma y Richard Sennett rescatan las cualidades de las obras realizadas en función de un intercambio casi sensual entre el ser humano y la materialidad. Por eso la arquitectura participativa ha tratado de borrar el límite entre los que piensan la obra y los que la construyen materialmente. Ya a fines del siglo diecinueve, Patrick Geddes destacaba la importancia de involucrar a la gente en tareas manuales sencillas que contribuían a mejorar la ciudad. Del mismo modo, algunos proyectos actuales, como los impulsados por Rural Estudio, TYIN Tegnestue (Figura 16) y Recetas

¹⁴ Disponible en versión digital: <https://gyanpedia.in/Portals/0/Toys%20from%20Trash/Resources/books/fathy.pdf>

Urbanas (Figura 1) enfatizan esta idea de incorporar a los constructores al diseño y a los diseñadores en la construcción. Es una idea de mucha fuerza simbólica que permite transmitir un mensaje de horizontalidad, de compromisos compartidos y de trabajo coordinado.

Según afirmaba Lucien Kroll, se trata de fomentar

“la cercanía y la horizontalidad, en pie de igualdad, evitar el pedestal de los arquitectos: acercándose a las personas, estando con ellas (sin considerarnos diferentes de ellos), entendiéndolas, escuchándolas (no hace falta ni siquiera preguntarles, pues nunca les cuesta hablar), se aprende mucho, a condición de ponerse en 'estado receptivo', pues se trata de entenderles y comprenderles honestamente [...]. Es así como pueden llegar a realizarse proyectos de arquitectura coherentes pero más complejos de lo que el ego del arquitecto oficial desea” (Verdaguer & Kroll, 1999).

Ayuda a construir significados colectivos

La arquitectura funciona como una hipálage: se le atribuyen a los edificios cualidades que son propias de un grupo humano. Inevitablemente, una vivienda refleja la identidad de la familia que la habita. Los rasgos físicos de la casa evidencian gustos, necesidades y aspiraciones de la familia del mismo modo que las ampliaciones y reformas evidencian la historia familiar. Con lo cual, la arquitectura es algo más que un ladrillo puesto arriba del otro, excede su condición material para actuar en el plano simbólico. Esta trascendencia simbólica se mantiene en la arquitectura participativa pero enfatizando que sus significados se construyen colectivamente.

Todos participamos en la lectura de los significados que expresa el ambiente construido, por lo tanto, la arquitectura participativa propone que todos puedan formar parte en la construcción del mensaje. Esta postura rompe el mundo autorreferencial del arquitecto, como aquel capaz de evocar los valores que enaltecen el espíritu mientras diseña encerrado en su torre de marfil. Es una postura que cuestiona una visión elitista que supone que el arquitecto es el único capaz de entender valores y significados de la forma construida, significados que escapan a la percepción y la sensibilidad de los simples mortales¹⁵. En esta visión elitista, los verdaderos valores de la arquitectura quedan reservados a un selecto grupo de entendidos. Frente a esto, la arquitectura participativa incorpora a múltiples actores en la construcción del mensaje que transmiten los espacios, rompiendo, de paso, el aislamiento del saber erudito.

Tiene un valor pedagógico

La idea de construir junto a los pobladores tiene tanta fuerza simbólica que la arquitectura participativa se ha convertido en sinónimo de arquitectura comprometida con la transformación de las inequidades sociales. Toda obra que busque potenciar el alcance social de la arquitectura, su capacidad para contribuir en el mejoramiento de las condiciones de vida de la población, propone en algún momento implementar metodologías participativas en el diseño o en la construcción de los edificios.

Como la arquitectura participativa implica un sacrificio conjunto y un esfuerzo de coordinación, algunas obras sencillas se toman como si fueran una especie de práctica o gimnasia previa para abordar desafíos más complejos a futuro. El ejemplo recurrente es el de los asentamientos que logran construir un salón de usos múltiples o una rudimentaria obra de desagües pluviales. Si bien no son grandes

¹⁵Un reflejo de esta postura se hace evidente en la frase de Víctor D’Ors, difundida por Alejandro de la Sota, que afirmaba que el arquitecto debe dar “liebre por gato”, otorgando belleza y significados a las obras, incluso cuando el cliente le pide una obra común y corriente.

transformaciones físicas son el símbolo de los logros conseguidos a través del trabajo colectivo, en pie de igualdad.

Por eso, cuando Ralph Erskine mencionaba las virtudes de la participación, afirmaba:

“El aspecto pedagógico de la práctica es lo más importante. Esto es fundamental cuando trabajamos con los necesitados, que les sirve ejercitarse en estos procesos abstractos, de análisis, resolución de problemas y toma de decisiones. Si alguna vez pueden liberarse de su posición de necesitados y volverse ciudadanos realmente valorables y valorados para contribuir efectivamente a la sociedad moderna, entonces también ganarán confianza en sí mismos” (Collymore & Erskine, 1982).

Sin intenciones de abundar en debates que se abordan mejor en los capítulos posteriores, es importante adelantar que esta exaltación del componente pedagógico de la arquitectura participativa suele apoyarse en la creencia de que la gente sólo necesita educación y confianza en sí misma para superar condiciones de pobreza estructural.

Favorece la apropiación y el mantenimiento de los espacios

La arquitectura participativa abre el debate sobre el modo en que se transformará el ambiente. Esto permite que la gente exprese sus anhelos, sus preferencias y sus intereses con respecto a las características que debe tener un espacio, antes de que se construya. Con lo cual, se anticipan los posibles conflictos que puedan llegar a surgir a futuro. La arquitectura participativa permite plantear los conflictos en un ámbito productivo y fecundo, cuando todavía estamos a tiempo de solucionarlos. Por el contrario, cuando un edificio no responde a las necesidades de los usuarios, cae en desuso, el descuido y el vandalismo. A su vez, cuando una obra no responde a los intereses de la gente termina causando malestar en la vida cotidiana. Peor aún, para tratar de adecuar estos espacios a los requerimientos de los habitantes es necesario volver a invertir una suma de recursos para poder reacondicionarlos.

En síntesis, cuando se excluye a la gente de las decisiones sobre las características que tendrá una porción del ambiente, se corre el riesgo de generar una serie de conflictos que en última instancia sólo pueden remediarse en base a reparaciones que implican una dilapidación de recursos. Por eso, la arquitectura participativa propone incorporar a la gente en el proceso para entender sus auténticos requerimientos y favorecer el uso de los espacios resultantes. Algunos proponen generar una serie de dinámicas que permitan emular o anticiparse a dichos conflictos, mientras otros proponen planificar sólo una parte para que la gente construya el resto según su propio criterio.

En todo caso, el trabajo colectivo, y en pie de igualdad, sobre posibles conflictos de intereses ayuda a plantear soluciones novedosas que constituyen un verdadero aporte hacia la disciplina. En ese sentido, cuando la gente se incorpora y se compromete con el proceso que conduce a la construcción de una obra determinada, se siente identificada con los resultados alcanzados. De este modo se establece un vínculo identitario entre el entorno y sus pobladores, que facilita la apropiación (el uso) y el mantenimiento de los espacios.

Con respecto a esto último, hay que advertir que John Turner afirmaba que: *“La tolerancia propia para las consecuencias indeseables es más o menos proporcional a las responsabilidades personales en las decisiones que condujeron a ellas”* (Turner, 1976/1977, pág. 141). Es una frase interesante porque cuestiona la arquitectura como imposición, pero como contrapartida, hay que reconocer que puede resultar una invitación a la demagogia. Algún arquitecto, técnico o funcionario puede llegar a utilizar la participación como una estrategia para buscar la legitimación de sus proyectos. Viendo que la arquitectura participativa disminuye los conflictos, alguien podría usarla como si fuera un escudo,

poniendo el énfasis sobre su capacidad para aplacar a la gente más que en su capacidad para producir arquitectura de calidad.

Genera un ahorro

La arquitectura implica reorganizar recursos finitos en un mundo donde gran parte de la población vive en malas condiciones habitacionales. Según ONU Hábitat:

“Para el 2030, cerca de 3,000 millones de personas o el 40% de la población del mundo necesitarán tener acceso a viviendas, infraestructura básica y a otros servicios tales como sistemas de acueducto y saneamiento. Estas cifras pueden traducirse en la necesidad de construir 96.150 viviendas diarias en suelos con servicios y documentos a partir de este momento y hasta el 2030” (ONU Hábitat, 2015).

Ante la magnitud del problema, los recursos disponibles resultan insuficientes, más aún si consideramos que están muy mal distribuidos. Sin profundizar en aspectos relativos a la distribución de los recursos, la arquitectura participativa propone optimizar su rendimiento incorporando el esfuerzo y el buen criterio de la gente durante la gestión, el diseño y la construcción.

Según Hassan Fathy, la típica reacción de los arquitectos ante la escasez de recursos para abordar las transformaciones del ambiente es recurrir a soluciones esquemáticas y monótonas. A la austeridad de los recursos invertidos, se sumaba además un recorte en cuanto al ingenio y la calidad de diseño. Ante esta situación, Fathy elaboraba una propuesta en base a la observación de la construcción tradicional, algo similar a lo que había hecho Geddes en las ciudades de la India:

“El hombre dispone de su propia mente y un par de brazos que responden a esa mente. El hombre es una criatura activa, una fuente de acción e iniciativa [...] Dale su oportunidad y el hombre resolverá su parte con respecto al problema habitacional” (Fathy, 1969/2000, pág. 16).

La arquitectura participativa propone incorporar la mano de obra y la capacidad de autogestión de la gente para optimizar el diseño, controlar la gestión y disminuir los costos de la construcción. En base al involucramiento de la gente se ahorran costos laborales y se optimiza la inversión de los recursos. Hay que tener en cuenta que la gente aporta un punto de vista fundamental, desde el sitio, que brinda información de primera mano y ayuda a supervisar los procesos, prácticamente, desde adentro. A su vez, cuando cada familia tiene la posibilidad de contribuir con la construcción de su propia vivienda, se alcanzan resultados con un alto nivel de personalización. Además de ahorrar dinero, se generan ambientes cargados de vitalidad, diversidad y dinamismo.

Incluso cuando se aplica a otros ámbitos de la arquitectura, más allá de la vivienda, la incorporación de los usuarios implica un ahorro en cuanto a los costos administrativos y de mano de obra. Aunque, antes de aceptar esto como una verdad fáctica, hay que tener en cuenta que la arquitectura participativa puede contribuir a la sobreexplotación de la gente. La población de menores ingresos no sólo tiene una vida complicada, que se manifiesta en las malas condiciones habitacionales, sino que además es obligada a utilizar parte del tiempo que no destina a la supervivencia cotidiana para lograr transformaciones ambientales. Lo peor de todo es que muchas de estas transformaciones son tareas propias del Estado. Por ejemplo hay barrios de población de pocos ingresos donde los vecinos se ven obligados a construir espacios públicos y obras de infraestructura. Es decir, la población de menores recursos tiene que realizar con su propio esfuerzo algo que el municipio realiza ostentadamente en los barrios más acomodados de la ciudad.

Por supuesto, estas características constituyen un conjunto de rasgos sintéticos, que se profundiza y se completa a lo largo de los capítulos siguientes. Este primer repaso pretende brindar una descripción rápida y precisa sobre una corriente difícil de definir. En primer lugar, porque siempre ha ocupado un rol periférico, secundario, dentro de las academias y la prensa especializada en la arquitectura. Pero además, porque es una corriente en construcción, donde todavía no se ha alcanzado la suficiente distancia histórica como para realizar observaciones concluyentes. En los siguientes capítulos, todas estas características aparecen conjugadas dentro de la teoría de tres autores fundamentales para entender el auge y la consolidación de la arquitectura participativa durante las décadas del sesenta y setenta.

Capítulo 2: John Turner, el testigo blanco

*“Cuentan... que allá por mil novecientos setenta
fue lanzado al espacio un cosmonauta,
un hombre bueno de la ciencia,
un héroe de la tradición.*

*Cuentan... que después de dar vueltas a la tierra
por equivocación cayó en la selva
en una aldea marginada
por la civilización.*

*Cuentan... que bombas de bacterias habían muerto
los pájaros, los árboles al pobre
todo lo que significó vivir.
Mientras las capitales irradiaban,
la choza condenada a sucumbir.*

*Cuentan... que los que recibieron al extraño
que por rara virtud también fue un héroe
lo esperaron con su hambre
y sin otra atribución.*

*Cuentan... que el hambre terminó con aquel hombre
y con la multitud que lo esperaba
palmo a palmo, pelo a pelo
sin alguna distinción [...].*

Rodríguez, S. (2014). Cuentan. Canción de Barrio. Silvio Rodríguez en dos años de gira interminable. La Habana: Ojalá.

Recuadro del investigador autorreferencial: Apuntalando la miseria

Cierta vez, integrando la autodenominada Área Técnica de la Dirección de Hábitat Popular de la Municipalidad de Córdoba me encargaron supervisar una cuadrilla que apuntalaba una vivienda en una zona muy deteriorada de Villa Urquiza. Lo de “autodenominada” tenía que ver con la informalidad general de la estructura de cargos, en la que todo el personal dependía directamente de un funcionario político que oficiaba como Director. Dentro de esa misma informalidad existía un *Programa de Demanda Dispersa*. En los papeles no figuraba como tal, pero a través de este título se procuraba dar marco institucional a lo que durante mucho tiempo se venía desarrollando informalmente: brindar asesoramiento técnico y -en lo posible- materiales y mano de obra a aquellos vecinos que por algún tipo de contingencia habitaban viviendas cuyo estado edilicio era riesgoso para su salud.

Evidentemente, según ese criterio, era necesario brindar asistencia a casi la mitad de la población de Córdoba. Al recorrer los barrios y villas de Córdoba, entre el 2006 y el 2009 podía observarse algo más que una contingencia, era una condición estructural que impedía a miles de familias obtener los recursos económicos necesarios como para alcanzar una vivienda digna en medio de un mercado

inmobiliario inflado por la llegada de capitales provenientes de la explotación agrícola.

Otra particularidad del “Programa” era que la mayoría de los pedidos llegaban a partir de redes asistenciales integradas por diferentes instituciones estatales o, directamente, fruto del clientelismo político: asesoramientos de áreas sociales de hospitales, escuelas, penitenciaría, concejo deliberante, fundaciones sin fines de lucro, etcétera. Con lo cual, las demandas no siempre tenían correlación con la problemática real, además de que cada vez que entrábamos a algún barrio para relevar a alguna familia en particular, terminábamos conociendo dos o tres casos que vivían en situaciones peores que la que había motivado el pedido de ayuda.

En un afán de darle seriedad y criterio técnico a nuestra tarea, quienes trabajábamos en el área, procurábamos consensuar un protocolo tácito, aunque lamentablemente, todo se estaba yendo de las manos. Hacía alrededor de seis meses que la Dirección no entregaba materiales ni encaraba ninguna refacción importante.

Como estábamos en periodo electoral, el Director del área planteaba tener, al menos, presencia en todos los ámbitos posibles y esto se traducía en que los técnicos diéramos respuesta a los pedidos con relevamientos, pese a que posteriormente no se brindaran soluciones. Para el funcionario era una manera de mostrar preocupación por el reclamo. Había que ir a “parar la bronca”, a explicar que por el momento no teníamos recursos, pero que realizaríamos un informe técnico para poder gestionar algún aporte apenas recibiéramos materiales.

Los relevamientos se apoyaban en el rumor de la inminente aprobación de un expediente que permitiría comprar materiales. Era mucho dinero, no recuerdo el número exacto, pero bromeábamos frecuentemente haciendo alusión a la cifra, a un monto de dinero que estaba en camino, que se acercaba lentamente. Por mucho que fuera, no alcanzaría a cubrir la décima parte de los proyectos de mejoramiento realizados. Quizás serviría para responder, solamente, a los casos más urgentes.

En la práctica, el expediente de compra funcionaba como una zanahoria para el equipo técnico, que trataba de realizar muchos relevamientos pensando que en algún momento podría brindar respuesta a los casos apremiantes. No sé bien cuántos relevamientos realizamos durante esos seis meses, pero en los tres años en que estuve en la Dirección realizamos más de mil informes. Dentro de ellos, algunos incorporaban un proyecto, cómputo métrico y presupuesto. Con el tiempo, y con la espera, habíamos logrado mejorar la sistematización de los pedidos y los informes. Estaban sistematizados según los problemas constructivos que tenía la vivienda, el origen de la demanda (cómo llegaban a la Dirección), barrio y sector de la ciudad. El trabajo técnico mejoraba cada vez más en cuanto a la recepción de los pedidos, la elaboración de informes sociales y constructivos, la articulación con otras instituciones. Contábamos con profesionales en arquitectura y trabajo social y una cuadrilla, que a veces se afectaba a la construcción dentro de otro programa. Sin embargo, los materiales no aparecían. Nuestro recurso máspreciado era una partida recientemente comprada de puntales (piezas de madera de sección cuadrada que servían para asegurar paredes o techos inestables).

Recordar aquel día en Villa Urquiza, me permite ilustrar la situación general.

Aprovechando que teníamos puntales habíamos empezado a priorizar aquellos casos de viviendas que mostraban falencias estructurales. El apuntalamiento es un trabajo complicado porque, no toda estructura puede apuntalarse. El puntal ejerce una presión contraria al peso de los elementos, y muchas veces la estructura ni siquiera puede soportar esa presión contraria. Por otro lado, al apoyarse en el piso, el puntal ejerce una presión sobre el terreno, cuando muchas veces la inestabilidad de una estructura se debe, precisamente a problemas en el suelo y las fundaciones.

A partir del segundo o tercer apuntalamiento que realizamos, la cuadrilla comenzó a funcionar con cierta autonomía con respecto al criterio técnico. Aquella mañana, el Director me pidió que fuera a supervisar a los miembros de la cuadrilla porque era la segunda vez que se caían los puntales que habían puesto en el interior de una vivienda. Los jóvenes que integraban la cuadrilla tenían buena predisposición, eran contratados igual que yo. Buscaban ganarse el pase a planta permanente cumpliendo fielmente las órdenes que daba la autoridad del área.

Sin mediar informe técnico habían ido a apuntalar una casa que estaba en evidente riesgo de colapso total. Sin exagerar. Cuando llegué vi, al igual que en muchas de las viviendas de la ciudad de Córdoba, una construcción completamente agrietada debido al asentamiento diferencial del terreno. Esto suele producirse porque las pérdidas en las instalaciones degradan rápidamente el suelo loésico. Proceso que también puede combinarse con la inestabilidad propia de los suelos de relleno. Tal es el caso de muchas viviendas de un antiguo terreno de barrancas, donde pocos terrenos han recibido una adecuada compactación. En esta vivienda, la situación se agravaba aún más porque la mampostería de las paredes era de ladrillo con junta de barro y una parte del antiguo techo de chapa había sido reemplazado por una losa de bloques y hormigón. Técnicamente, la casa era una trampa mortal.

Como medida de seguridad, la cuadrilla había puesto un puntal largo funcionando como viga en la mitad del techo. Debajo de esa viga de madera, tres puntales cortos funcionaban como columnas transmitiendo las fuerzas desde el techo hacia el piso. Que, a decir verdad, tampoco estaba muy firme. Los puntales tienen que entrar a presión, por lo tanto se utilizan cuñas de madera para lograr encajar el puntal entre la viga que está en el techo y el piso. Por lógica geométrica, dos puntales pueden estar en tensión, pero cuando trataban de poner un tercer puntal en tensión, uno de los puntales anteriormente fijado se aflojaba y se caía. Cuando encajaban el puntal del medio se caía el del extremo, luego le daban presión al puntal del extremo y se caía el del medio. Así en una secuencia infinita que recordaba las mejores escenas de *Los tres chiflados*. Con cada mazazo que daban para encajar las cuñas, las paredes de junta de barro temblaban desprendiendo el revoque en una nube polvorienta que le daba más dramatismo a la situación. Era una imagen trillada del infierno. El calor, el olor a encierro, la luz lánguida que entraba por las ventanas mínimas, las paredes desgranándose y el estruendo de los mazazos retumbando en el piso hueco. Cuando les dije a los chicos de la cuadrilla que abandonen el trabajo, no me hicieron caso. Ya sabían que existían algunas discrepancias entre el área técnica y el director, y no querían desafiar la autoridad de la única persona que podía efectivizarlos, hacerlos pasar a la planta permanente. Recuerdo que les mostré con un dibujo explicando por qué no quedarían los tres puntales, y uno de los muchachos creo que me comprendió, aunque se quedaron insistiendo otro rato, quizás por orgullo, y para no dar el brazo a torcer.

El asunto les resultaba divertido. Viendo que no me harían caso, decidí salir a la vereda. Un poco para resguardar mi vida, pero también porque no quería formar parte de la operación. Desde afuera se escuchaban las risotadas y los golpes sobre los puntales que hacían salir polvillo por las ventanas diminutas.

Por supuesto, luego de este incidente hubo un pequeño conflicto con el director con respecto a los apuntalamientos. Junto a otros compañeros del área técnica planteamos el problema de un modo equivocado, diciendo que *"no queríamos poner en riesgo nuestro título"*. El Director, muy inteligente, nos explicó que cada vez que ocurría un accidente que involucraba al municipio, *"nunca paga el empleado, siempre buscan al funcionario"*. Lo ejemplificaba con un reciente accidente de colectivos que había alarmado a toda la ciudad sin llegar a ninguna consecuencia judicial. Solamente la renuncia de un

funcionario.

Algo de razón tenía, pero con el tiempo, me di cuenta que en realidad nuestro reclamo buscaba evidenciar que, como técnicos, no estábamos de acuerdo con el modo en que actuábamos sobre el territorio.

Durante esa época estuve muy mal, decepcionado con mi profesión y con la vida laboral en general. Las situaciones que veía a diario eran durísimas. La anécdota, con sus vetas absurdas y simpáticas, me recuerda esa época en que no podía disfrutar nada. Cualquier juntada o cualquier charla, me parecía frívola y superficial. Encontraba en ellas situaciones ficticias, “caretaje” que no tenía ninguna relación con la vida real, que era lo que yo veía en las villas.

Pensé que me vendría bien seguir estudiando, buscar herramientas para lograr otro tipo de inserción en la vida real. Se me ocurrió volver a la Facultad de Arquitectura. Mi hermano me había recomendado buscar información en la Secretaría de Relaciones Internacionales. Allí me atendió de muy buena manera, un profesor que me había dado clases en Arquitectura. Como no se acordaba de mí, le comenté en qué andaba y cuáles eran mis intereses. Me dijo que por el momento no tenían ningún convenio para ofrecerme, pero que les dejara mis datos para tenerme en cuenta apenas apareciera algo, tal como hacíamos nosotros en la Municipalidad. Quizás me vio vencido por la ironía, por lo que tratando de entusiasmarme me preguntó si por casualidad yo no tenía ciudadanía europea. Le contesté que sí, que mi abuelo era del sur de Italia. Allí se le iluminó la cara y me dijo, que si realmente me interesaba la vivienda social tenía que probar suerte en Europa. Me di cuenta que no me había interpretado del todo cuando me dijo entusiasmado: *“se están haciendo unos negocios formidables”*.

Introducción capítulo 2

El terremoto de Arequipa de 1958 lo encuentra a John Francis Charlewood Turner a pocos metros del epicentro, en Arequipa, precisamente en el baño. El arquitecto inglés lo recuerda como un evento dramático en el cual, incluso él, estuvo a punto de perder la vida. Entre tantas víctimas fatales, la catástrofe estuvo a punto de matar a quien luego sería uno de los principales impulsores de la participación en arquitectura durante los años setenta. Más allá de eso, a nivel personal, esa crisis fue para él, una verdadera oportunidad. Turner no sólo sobrevivió sino que parece haber renacido, tal como renacen las propuestas de participación en los periodos de crisis.

Afuera lo esperaba un territorio arrasado (10 mil casas destruidas) donde la magnitud del problema impedía un abordaje según los mecanismos implementados hasta entonces por el Estado para combatir la escasez de vivienda digna. Era una oportunidad para poner en práctica abordajes experimentales. Por otro lado, la rápida llegada de financiamiento extranjero, generaba un clima propicio para llevar a la práctica propuestas novedosas.

Hay que tener en cuenta que las ideas de Turner no eran nuevas, ni le pertenecían de manera exclusiva. Su protagonismo en este periodo radica en su capacidad de trascender, y enlazar tres ámbitos muy diferentes: el trabajo en territorio, el ámbito académico y las políticas internacionales con financiamiento exterior.

Las ideas acerca de la participación no respetan un esquema rígido de centro y periferia, no hay un líder pionero en Europa al que imitan desde otras partes del mundo. Por el contrario, sus autores principales se van moviendo en una especie de red que enlaza diferentes contextos culturales. Dentro de

esta red, Turner representa una figura paradigmática por enlazar la efervescencia cultural de las escuelas de arquitectura londinenses de los años 50 (Gyger, 2013) con las primeras intenciones por mejorar las condiciones habitacionales que se generaban a partir del acelerado crecimiento de las ciudades latinoamericanas.

Turner encontró en Latinoamérica un clima extraño, de agitación política. Se trataba de una región donde convergían diferentes miradas de las ciencias sociales. Las academias del mundo entero se estaban transformando a partir de los textos que se elaboraban en Latinoamérica. Las primeras visitas de Le Corbusier a principios de los años treinta se traducían en una serie de planes reguladores (Río de Janeiro 1936, Buenos Aires 1938 y Bogotá en 1947) que marcaban el rumbo del urbanismo internacional. En el ámbito de la antropología, Robert Redfield y Oscar Lewis estudiaron las comunidades indígenas en Tepoztlán (México) y Claude Lévi-Strauss desarrolló sus estudios etnográficos en la selva amazónica de Brasil. En ese contexto, la llegada del joven arquitecto inglés sirvió para catalizar una serie de influencias de distinto orden. Por un lado, traía como conocimientos previos los primeros cuestionamientos a la ortodoxia de la arquitectura moderna; por otro lado se nutría de las investigaciones antropológicas que venían desarrollándose en Latinoamérica; y, por último, retomaba los avances en cuanto a la implementación de políticas habitacionales experimentales en Latinoamérica que buscaban enfrentar la escasez de vivienda generada por la masiva migración de población desde el campo a las ciudades.

Richard Harris destaca que parte de la reputación de Turner se debe a ideas que no sólo no le pertenecían, sino que -y peor aún- tampoco ocupaban un lugar central dentro de su propuesta teórica (Harris, 2003). Ante lo cual, vale la pena preguntarse de dónde surge esa reputación.

La hipótesis que emerge de la lectura de los textos de Turner tiene que ver con su posicionamiento dentro de un esquema de centro y periferia. Turner funciona como un vínculo entre la primera plana de la cultura arquitectónica y la arquitectura de la línea de fuego. Permite acercar la cultura de las principales instituciones y medios de comunicación que formaban arquitectos en el Primer Mundo con la cultura impura, sincrética y salvaje de los asentamientos informales que comenzaban a rodear las principales ciudades en los países llamados “en vías de desarrollo”.

En ese sentido, funciona como la recurrente figura del testigo blanco que aparece en una multiplicidad de libros, películas y expresiones culturales. Un personaje del mundo formal se sumerge en una realidad diferente, para constatar y darle existencia real a una serie de procesos que ya acontecían pero no estaban referenciadas dentro del sistema de pensamiento dominante.

La reputación de Turner, aquella de la que hablaba Harris, no duró demasiado ni tuvo suficiente pregnancia dentro de la cultura arquitectónica. Algunas de las ideas que Turner desarrolló a principios de los sesenta, como el *dweller control*, se exponen a principios del siglo veintiuno, tal como si fueran novedosas epifanías, surgidas del ingenio de algún arquitecto o grupo de estudio.

De poco sirvió la consagración de las ideas de Turner en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre los Asentamientos Humanos realizada en Vancouver (1976). Tampoco sirvió de mucho el debate generado a fines de los setenta, cuando algunos autores cercanos al marxismo, como Emilio Pradilla y Rod Burgess, criticaban el modo en que sus propuestas se aplicaban ciegamente. Actualmente, a la hora de encarar un proyecto de viviendas mediante mecanismos participativos, los arquitectos reinventan la pólvora una y otra vez.

También es necesario aclarar que la participación no tiene una base teórica unificada, no es producto de un solo autor, sino que surge de una combinación compleja de ideas en un contexto determinado. Turner no es el teórico por excelencia de la participación porque ese teórico no existe. Sin

embargo, el aporte de Turner es fundamental por ser el primero en preguntarse “¿quién decide?” sobre las transformaciones del ambiente. En los primeros artículos, escritos a partir de su experiencia en las barriadas del Perú, planteaba recuperar el espíritu emprendedor de la gente a la hora de transformar el entorno. En ese primer momento, el aporte teórico resulta algo ingenuo y poco innovador, pero ese primer deslumbramiento por la arquitectura realizada sin arquitectos cristaliza como una propuesta coherente en el libro *Vivienda, todo el poder para los usuarios* (1976/1977).

Cuando Turner se pregunta quién decide, logra poner en tela de juicio una faceta totalmente naturalizada dentro de las disciplinas proyectuales: el proceso de toma de decisiones. Con esa simple pregunta, el proyecto deja de entenderse como una previsión inocente para concebirse como una encrucijada del poder. El proceso de toma de decisiones implica una distribución del poder, el poder de decidir, y en fin de cuentas, esa distribución del poder se hace factible de diseño. Si Turner había dicho que la vivienda es un proceso, también el proyecto es un proceso, donde se van encadenando las decisiones que determinan la forma futura que tendrá el ambiente. Y es, ante todo, un proceso que puede ser organizado de un modo diferente al que se difundía desde las instituciones formadoras de arquitectos.

Esta posibilidad de cambiar el proceso de toma de decisiones, se convertía en un imperativo a medida que se constataba el fracaso de los grandes conjuntos de vivienda diseñados desde la lógica de la arquitectura moderna. El cuestionamiento a los grandes bloques de vivienda en los textos de Turner y Habraken se focalizaba en el modo de organizar el proceso de toma de decisiones. El mensaje implícito afirmaba que la concentración de todas las decisiones en la figura de un grupo reducido de técnicos, conducía a generar un ambiente excesivamente simplificado que no cumplía con los requerimientos de los pobladores. En las ideas de Turner se sumaba, además, una serie de reflexiones acerca de la incapacidad del Estado para hacer frente a la escasez de vivienda. La receta de la arquitectura moderna que proponía construir grandes conjuntos de vivienda financiadas por los gobiernos no daba buenos resultados. El Estado no sólo era incapaz de proveer viviendas terminadas a toda la población que lo requería, sino que además, las pocas que construía no cumplían con los requerimientos y las posibilidades de pago de la gente. Evidentemente, el interés de Turner trascendía la disciplina arquitectónica, replanteando la estructura de toma de decisiones desde un ámbito mucho más amplio. Poco a poco, Turner se alejó del proyecto de arquitectura para acercarse al diseño de políticas habitacionales.

En la primera Conferencia de las Naciones Unidas sobre los Asentamientos Humanos realizada en Vancouver (1976), las ideas de Turner fueron consagradas a nivel internacional. Al aprovechar la Conferencia como un evento donde presentar el libro *Vivienda, todo el poder para los usuarios* (1976/1977), Turner hizo girar un engranaje muy difícil de detener. A partir de allí, sus ideas serían señaladas como la fuente teórica de las políticas de vivienda que fomentaban por todo el planeta los organismos de desarrollo internacional, principalmente en lo que refiere a programas de vivienda por autoconstrucción y lotes con servicios.

Las ideas de Turner planteaban escenarios más complejos que los alcanzados por este tipo de programas, pero tampoco puede decirse que Turner avanzara en una dirección opuesta. Aunque los primeros textos de Turner destacaban las políticas de lotes con servicios, por brindar mayor libertad da los usuarios, con eso no quería decir que esa fuera la mejor solución. La reputación que pesa sobre Turner puede ser una ironía, como decía Harris, pero no es del todo absurda. Turner contribuyó a forjarla. Si bien este trabajo rescata específicamente los aportes que Turner realiza con respecto a un

abordaje participativo de la arquitectura, incluso en este tema tan acotado dentro de su obra pueden encontrarse una multiplicidad de riquezas y matices que se pierden en las interpretaciones de sus seguidores.

Aunque este trabajo propone una mirada crítica de la participación en general, también es cierto que al analizar minuciosamente la obra teórica de Turner se contribuye a una especie de reivindicación inesperada. Lo que Turner escribió es mucho mejor que los resultados obtenidos por sus seguidores. Pese a que sus ideas alcanzaban profundidad y abstracción, preveían también su aplicación práctica. Sin embargo, sus ideas fueron desvirtuadas en función de los requerimientos del momento. Se potenciaron los aspectos que debilitaban la acción conjunta del Estado y la arquitectura moderna, mientras que se potenciaron los que ponderaban la autogestión y la libre empresa. Por eso es fundamental recomponer el contexto en el cual se desarrollaron, e insertaron sus ideas.

En este capítulo se recompone el contexto sociocultural en el cual surgieron aquellos temas que, desarrollados por Turner, sirvieron como legado a una corriente de la arquitectura que plantea incorporar a los usuarios en los procesos asociados a la arquitectura (diseño del proyecto, gestión del proyecto, construcción y mantenimiento). Los temas se exponen en un orden aproximadamente cronológico, según van adquiriendo peso a lo largo de su obra teórica, pero sin llegar a constituir un estudio biográfico. Los datos sobre la vida del autor interesan, al igual que los datos sobre el contexto, como una manera de desentrañar los vínculos con sus ideas.

En la primera parte del capítulo se muestran aquellos conceptos relacionados con la participación que Turner retoma del contexto en el cual se encontraba inserto, ya sea como influencias puntuales de algunos autores o como temas que teñían el panorama cultural de la época. En la segunda parte del capítulo se abordan los temas relacionados con la participación desarrollados por Turner desde una visión propia y original, donde es más difícil encontrar una correlación lineal con las ideas de otros autores, o con los movimientos de la época. El capítulo se cierra analizando una experiencia de arquitectura participativa donde convergen parte de estos temas abordados por Turner.

Continuidades e influencia del contexto en la propuesta teórica de John Turner

Inglaterra años 50 (La importancia de llamarse John)

Arts and Crafts

En la obra teórica de Turner puede notarse una serie de búsquedas que tienen origen en el contexto de la cultura inglesa de principios de siglo veinte y que van a consolidarse como un legado de este autor al desarrollo de la participación en todo el mundo. Dentro de ese agitado panorama cultural que marcó el desarrollo de la arquitectura moderna, Helen Gyger va a destacar el vínculo, casi sanguíneo, entre John Turner y el movimiento de integración de las artes y el diseño conocido con el nombre de Arts and Crafts.

Esta corriente debe su nombre a la empresa fundada por William Morris buscando producir artículos de diseño como mobiliario, utensilios y empapelados que no abandonen la riqueza del trabajo artesanal. Por supuesto, esta vocación romántica, que retomaba la herencia de John Ruskin, reflejaba una intención por enfrentarse a la deshumanización producida por la cultura industrial.

El abuelo materno de Turner, Arthur Gaskin era un destacado ilustrador del movimiento Arts and Crafts, que trabajó con William Morris. El vínculo era tan estrecho que May Morris, la hija de William Morris inmortalizada en el retrato de Dante Gabriel Rosetti, era madrina de la madre de Turner. Este

detalle, lejos de ser anecdótico, marca el desarrollo de las ideas de Turner en cuanto a una primera desconfianza por los procesos regidos por la lógica de la industria. Frente a la automatización y a la lejanía que se produce entre el obrero y el producto de su trabajo, Turner creció en un entorno que priorizaba el control personal y cercano de los procesos de producción. Por ejemplo, la vivienda donde Turner pasara su infancia, en Kent, fue diseñada y construida por su padre. Así mismo, hay que destacar que en ese contexto, la posibilidad de vivir en un entorno diseñado y elaborado a través de técnicas artesanales constituía un verdadero privilegio de las clases más acomodadas de Inglaterra. Por eso, cuando Turner menciona el trabajo de su padre no lo compara con los autoconstructores de las barriadas del Perú sino con las obras de arquitectos como William Lethaby, autor del texto *Architecture, mysticism and myth*¹⁶, y Charles Voysey (Gyger, 2013, pág. 77) quien construyera las lujosas residencias del Arts and Crafts que inspiraron a Frank Lloyd Wright a la hora de diseñar las *casas de la pradera*. El entorno familiar de Turner, no sólo lo acerca al gusto victoriano por el trabajo manual sino que también lo vincula con un pensamiento radical que criticaba las consecuencias sociales del proceso de modernización requerido por el capitalismo industrial.

En primer lugar, la cercanía con el Arts and Crafts significaba una desconfianza implícita con respecto a la deshumanización que produjo la máquina dentro del proceso de producción. Esta postura cercana al romanticismo consideraba que las técnicas industrializadas aumentaban la distancia entre los trabajadores y el fruto de su esfuerzo. A partir de esa influencia, Turner reconocía la necesidad de mantener el control, de manera personal, sobre el proceso de construcción de la vivienda (Chavez, Vilorio, & Zipperer, 2000, pág. 2).

El *dweller control*, uno de los temas fundamentales dentro de las ideas de Turner, tiene como antecedente el cuestionamiento que realizaron los pensadores del Arts and Crafts sobre el proceso de mecanización y estandarización que imponía la industria. Si bien Turner enfatizaba la crítica hacia la producción de viviendas como si fueran un objeto acabado en sí mismo, compartía con sus antecesores de fines del diecinueve, una crítica hacia la producción industrial en general. Por eso afirmaba que “*el trabajo debe ser administrado de manera tal que permita maximizar la responsabilidad personal y la oportunidad para desarrollar y ejercitar las habilidades*” (Turner, 1980, pág. 16).

En un paulatino acercamiento hacia las teorías socialistas, los pensadores del Arts and Crafts cuestionaban la despersonalización del trabajo, denunciando que el ser humano se había convertido en una pieza de la maquinaria de producción de mercancías. De allí que, cuando la Arquitectura se preguntaba acerca del uso - o permanencia- del ornamento, John Ruskin trataba de cambiar el eje del debate desde la decoración como atributo del objeto a la ornamentación como actividad del artesano: “*la pregunta correcta que hay que hacer, con respecto a cualquier ornamento, es simplemente esta: ¿se disfrutó al hacerlo?*” (Ruskin, 1849/1987). Con lo cual, se proponía un cambio de prioridades que tuvo

¹⁶ Este texto de William Lethaby guarda una similitud con el pensamiento de Turner en cuanto al hecho de conceptualizar la arquitectura más allá del objeto físico, otorgándole una profundidad existencial. Lethaby consideraba que la Arquitectura (con mayúsculas) era algo más que los edificios en sí. En una analogía que se adelanta medio siglo a la diferenciación entre forma y diseño de Luis Kahn, Lethaby dice que los edificios son como el cuerpo mientras que la Arquitectura representa el alma. En la obra de Turner puede notarse una serie de reflexiones que apuntan en un sentido similar. Esta faceta del pensamiento de Turner puede notarse en dos propuestas específicas que se desarrollan en este trabajo. Por un lado, en la recuperación del valor de uso en arquitectura, y por otro lado, en la concepción de la vivienda como un vehículo del desarrollo. El texto de Lethaby puede leerse completo en el siguiente archivo digital:

<https://archive.org/stream/cu31924008729349#page/n21/mode/2up>

una importancia vital para el desarrollo de la arquitectura participativa: en lugar de poner el énfasis sobre el objeto en sí, Ruskin buscaba darle relevancia a la actividad. Del mismo modo, pero cien años después, Turner proponía cambiar la concepción de la vivienda para dejar de verla como un producto terminado y comenzar a contemplarla como un proceso continuo y cotidiano.

La visión de los pensadores radicales del siglo diecinueve, trascendía la crítica hacia el modelo de producción industrial para profundizar en un cuestionamiento hacia el materialismo y la pérdida de valores que implicaba la vida moderna. Por eso es importante destacar las palabras de William Morris cuando decía que:

“La nueva sociedad no estará tan atormentada como nosotros por la necesidad de producir cada vez más y más mercancías más allá de que alguien las necesite o no; entonces producirá para vivir y no vivirá para producir, como hacemos nosotros. En esas condiciones, como parte de la vida cotidiana de la gente en general, la arquitectura será nuevamente posible” (Morris, 1885)¹⁷

Este llamado hacia el disfrute cotidiano de la arquitectura tiene similitudes con la intención de Turner por comenzar a tener en cuenta, más que el valor de cambio de la vivienda, su valor de uso. Para Turner, las políticas que buscaban mejorar las condiciones de alojamiento no debían acotarse a un relevamiento numérico, cuantitativo, sino que debían contemplar que la vivienda es un vehículo de progreso a nivel personal y comunitario. Era necesario dejar de verla cómo un hecho físico, desde sus características numéricas (superficies, costos y cantidad de materiales) para comenzar a estudiar qué es lo que la vivienda hace por la gente.

Por otro lado, Turner también se enfrentaba al vaciamiento de significados que producía el capitalismo industrial. Desde luego, no lo hacía tal como los teóricos del Arts and Crafts, recuperando el sentido místico y comunitario de la Edad Media, sino buscando reconstituir lo que el lingüista Edward Sapir mencionaba como “cultura genuina”. Para Turner, tanto los países industrializados de signo capitalista como los de la Unión Soviética, construían una sociedad que solamente entablaba una relación de consumo con el entorno físico. Frente a esto, una cultura genuina permitiría que el ser humano aporte con su trabajo a la construcción cotidiana de la cultura. Mientras el ser humano se encontraba alienado por los objetos, la cultura genuina auspiciaba una relación más orgánica con el mundo físico.

El Arts and Crafts cuestionaba el remplazo de la producción artesanal por la producción industrial.

En ese cuestionamiento a la producción industrial, el Arts and Crafts terminaba adoptando una visión nostálgica de la realidad pre-industrial y rural. Si bien Turner no llega a tal extremo, puede notarse en Turner una preferencia nostálgica por los tejidos tradicionales anteriores al afianzamiento de la arquitectura moderna. Para Turner ese ideal de construcción diversa y gradual estaba bien representado por la “arquitectura sin arquitectos”, retomando el título de la exposición de Bernard Rudofsky en el MoMA de Nueva York (1964).

Ya en su primera publicación en la revista *Architectural Design* (1963), con el artículo llamado *Dwelling Resources in South America*, se exalta la estética austera, pulcra y cargada de simbolismo de un poblado autoconstruido de artesanos. Por el contrario, utilizaba el título de un libro de Sigfried Giedion para decir que “cuandola mecanización toma el mando [se produce] una arquitectura estéticamente horrorosa, socialmente alienante y técnicamente incompetente [que] desplaza inevitablemente a aquella que conserva los valores tradicionales” (Turner, 1976/1977, pág. 67).

¹⁷ Disponible en <https://www.marxists.org/archive/morris/works/1888/revival.htm>

También es necesario destacar que, pese a que en esta última frase existe una correspondencia lineal con respecto a las ideas del Arts and Crafts, en realidad Turner no se oponía a la mecanización en sí sino a la concentración de la producción mecanizada en grandes conglomerados industriales. Siguiendo las ideas del economista Ernst Friedrich Schumacher, proponía una industria apropiada a la escala comunitaria y al control local.

Este cuestionamiento a la dinámica arrasadora de la producción industrial se mantiene vigente en una nueva mirada acerca del mundo del diseño en expresiones como el movimiento del *DIY (Do it Yourself, hazlo tú mismo)* y el *Slow Design*. Estas dos corrientes proponen una relación más fluida y personalizada con el proceso de producción. Mientras en el primer caso, la presencia del diseñador queda totalmente diluida, proponiendo que la gente se convierta en diseñadora y artesana de los elementos que conforman su entorno, en el segundo caso se mantiene la presencia del diseñador pero cambiando su enfoque.

A través del concepto de *Slow Design*, Alastair Fuad Luke propone incorporar una perspectiva ecológica alertando acerca de los riesgos que implica esta *“montaña rusa de la producción conducida por la fe inquebrantable en el crecimiento económico como valor cultural predeterminado”* (Fuad-Luke, 2004). Por más que Fuad-Luke no indague en el antecedente establecido por Turner, recupera la participación y el involucramiento del usuario como principios necesarios para recomponer la relación entre el diseño y el bienestar del ser humano (Fuad-Luke & Strauss, 2008).

Por supuesto, existe una diferencia en el nivel de transformación que exige cada propuesta. El *Slow Design* plantea cambiar el modo de encarar el diseño, mientras que Turner y los teóricos del Arts and Crafts planteaban cambiar el modo de producción. Todos tienen en común un cuestionamiento al paradigma del progreso infinito regido por la velocidad de la industrialización y el consumo. Con mayores o menores aciertos, tanto Turner como Ruskin o Morris, buscaron alterar el modelo productivo recalando en observaciones acerca de la política y la macroeconomía. Mientras Fuad-Luke confía en un buen diseño como estrategia para lograr recomponer la relación de equilibrio ambiental entre el ser humano y los objetos, para Turner y el Arts and Crafts esto no es suficiente. Hay que tener en cuenta que, según Turner, el tema específico del diseño arquitectónico y la cuestión estética tienen poca importancia frente al modo en que se organiza el proceso de toma de decisiones y la gestión del entorno. En cambio, los autores del Arts and Crafts, si bien mantienen esa devoción por el diseño, asociados a una idea visual muy precisa, le suman la necesidad de realizar los productos manualmente.

Si bien los autores más destacados de esta corriente comenzaron oponiéndose a la estética genérica que imponía la producción industrial, al involucrarse en la realidad social que implicaba el modelo productivo, terminaron transformándose en reformadores sociales. Este cambio en la profundidad del abordaje puede notarse cuando a fines del siglo diecinueve, y siguiendo el ejemplo del París de Haussmann los arquitectos ingleses se preguntaban cómo embellecer Londres. A partir de una admirable visión holística, Morris afirmaba:

“Considero que [embellecerlo] no sólo sería difícil, sino imposible. [...] El Londres rico es el producto del Londres pobre. Y con eso no quiero decir que los barrios pobres sean peores que en otras ciudades grandes, sino que junto al Londres rico conforman esa monstruosidad a la que llamamos Londres, que es, directamente, el centro y el símbolo del mercado opresor que ha venido a remplazar a la esclavitud; y que está moldeado por aquellos que lo explotan” (Morris, Pall Mall Gazette, 4 September 1888, pp. 1-2., 1988)¹⁸

¹⁸ Disponible en <https://www.marxists.org/archive/morris/works/1888/ugly.htm>

Para comenzar a indagar en el trasfondo social de las propuestas de Turner es necesario profundizar en aquellas corrientes ideológicas que, al teñir el panorama cultural de Inglaterra de mitad de siglo, marcaron su formación como arquitecto.

Anarquismo

Aunque pueda resultar algo irónico, John Turner entró en contacto con el anarquismo cuando hizo el servicio militar, allá por 1945. En una de las barracas, encontró un ejemplar de la revista Freedom, con un artículo de Colin Ward; quien veinte años más tarde escribiría el prólogo de la edición inglesa de *Vivienda, todo el poder los usuarios* (1976/1977). Más allá de este dato pintoresco, a fines de la Segunda Guerra Mundial, Europa se convulsionaba inmersa en un panorama cultural complejo dominado por la frustración y el escepticismo con respecto a la cultura moderna. Dentro de ese contexto cultural, la juventud ocupará un rol activo transformando el descreimiento en crítica desde diferentes publicaciones y grupos de acción cultural y política. Antes de integrar el comité editorial de la revista Plan 6, Turner formaba su base teórica a partir de la lectura de autores anarquistas como Piotr Kropotkin, Herbert Read y Giancarlo de Carlo.

El legado del anarquismo dentro de las ideas de Turner puede profundizarse rastreando, a lo largo de su obra, el desarrollo de tres temas recurrentes e interrelacionados: el desarrollo a escala local, el horizontalismo (trabajo en pie de igualdad) y el rescate de la autonomía para enfrentar la alienación que produce el Estado.

Desarrollo local

En 1948 Turner escribió un artículo en la revista Freedom donde vinculaba las ideas del biólogo escocés Patrick Geddes con el anarquismo (Gyger, 2013; Oyón, 2015). Si bien la influencia de Geddes se analizará en otros apartados de este texto, es importante destacar el vínculo entre sus ideas y los trabajos de los geógrafos que buscaron poner el énfasis en el desarrollo regional. Por ejemplo, en esa intersección entre el amplio universo intelectual que representa la obra teórica de Geddes y la diversidad de ideas del anarquismo, se destaca la influencia de Piotr Kropotkin.

En particular, tanto Helen Gyger como José Luis Oyón destacan la importancia del libro *Campos fábricas y talleres*, en el cual el geógrafo ruso planteaba una estrategia para optimizar tanto la producción como la distribución en base a la modernización de las técnicas, la descentralización de las infraestructuras y la complementariedad entre la agricultura intensiva y la industria de pequeña escala. Kropotkin propone una descentralización de la política productiva que sirve como antecedente a la mirada de Turner sobre las políticas de vivienda. Por más que el cuerpo del libro constituye un análisis pormenorizado del modo de producción de diferentes regiones europeas, las conclusiones generales conjugan una admirable diversidad de temas que contribuyen a forjar la mirada multidisciplinar de John Turner¹⁹. Por otro lado, Kropotkin, tal como haría posteriormente Geddes, indagaba en el tema de la vivienda en función del trabajo que realizan sus habitantes:

“Un mes de trabajo anual, bastaría para proveer al obrero de una morada saludable, y no obstante, tiene que gastar de 25 a 40 por 100 de su salario anual; esto es, de tres a cinco meses del

¹⁹Por ejemplo, entre las conclusiones Kropotkin aboga por una educación holística que conjugue el conocimiento intelectual con las habilidades productivas. *“Lejos de ser inferior al joven «especializado», producto de nuestras universidades, el ser humano completo, educado en el uso de su cerebro y de sus brazos, lo aventaja [...] especialmente como iniciador e inventor, lo mismo en la ciencia que en el arte”* (Kropotkin, 1909, pág. 241) disponible en <http://archivomagon.net/wp-content/uploads/2014/01/Kropotkine-Campos-fabricas-y-talleres.pdf>

tiempo que trabaja al año, para tener una habitación que, en la mayoría de los casos, es insalubre y demasiado reducida; la cual nunca llegará a ser suya, a pesar de que a la edad de cuarenta y cinco o cincuenta años tienen la seguridad de que será despedido de la fábrica, porque para entonces, el trabajo que él hacía lo ejecutará una máquina y un niño” (Kropotkin, 1909, pág. 242).

De un modo similar, Turner indaga en el vínculo entre las injusticias laborales y la situación precaria del alojamiento cuando afirma que la vivienda autoconstruida en un asentamiento ilegal constituye, más que un adhesion social, una oportunidad para que sus habitantes sorteen el constante riesgo de desahucio ante la posible pérdida del empleo.

Sin embargo la intención general del texto es establecer un vínculo entre una organización política y productiva anclada en las características locales. Frente a un esquema abstracto de centralización de la producción y el Estado, Kropotkin propone una forma de sociabilidad centrada en unidades de escala reducida con características comunes en cuanto a lo cultural y lo geográfico. Cabe destacar que Kropotkin establece un vínculo entre la escala de la industria y su impacto ambiental²⁰ que sirve de antecedente al interés por las tecnologías apropiadas, que Turner comienza a incluir en sus obras recién a partir de la década del setenta.

No solamente Kropotkin influyó en la construcción de una nueva concepción del desarrollo centrada en la región, también es importante destacar a otros autores anarquistas, incluso cuando Turner no los haya citado directamente. Por ejemplo, en las ideas de Geddes y Turner existe una visión acerca de la organización del territorio muy similar al principio federativo del filósofo Pierre-Joseph Proudhon.

Según Aníbal D’Auria, el principio federativo de Proudhon era “*una confederación económica de productores*” (Proudhon, 1865/2008, pág. 9) que permitía encontrar el contrapeso óptimo entre autoridad y libertad, donde la producción servía para enlazar las características de la sociedad y las características del medio físico. Esa visión orgánica, donde todos los aspectos de la vida se encuentran enlazados, es similar a la propuesta por Turner en la década del setenta, cuando plantea mejorar la relación con el medio ambiente a través de un cambio en la producción del alojamiento. En *Vivienda, todo el poder al usuario* (1976/1977), planteaba que disgregando la producción de vivienda, se aprovechaban mejor los recursos, limitando el impacto sobre el ambiente.

Por otro lado, mientras la producción centralizada a gran escala generaba tipologías de viviendas uniformes, la construcción disgregada controlada localmente permitía mayor versatilidad. Por lo cual, las viviendas se adaptaban mejor a las características culturales de los pobladores y los requerimientos del medio geográfico. A su vez, para aprovechar mejor los recursos y generar viviendas acordes a la identidad cultural de sus residentes, es imprescindible cambiar el sistema normativo. Para mantener una producción disgregada de vivienda, se necesitan leyes que fomenten la iniciativa de la gente, más que coartarla. El Estado tendría que transformarse en regulador más que en un productor de vivienda. Es una visión orgánica, donde por supuesto, el Estado adquiere una connotación negativa. Desde la perspectiva de Turner, el Estado tenía un alto grado de responsabilidad en cuanto a la depredación del ambiente y la construcción de una cultura degradada, genérica y simplificada.

²⁰ Dice Kropotkin: “*Tengan las fábricas y los talleres cerca de las huertas y tierras de labor, y trabajen unas y otras alternativamente. No me refiero a esos vastos establecimientos donde se funden los metales en grande escala y que deben situarse en lugares determinados, sino a la innumerable variedad de talleres y fábricas que son necesarios para satisfacer la infinita diversidad de gustos de los pueblos civilizados. No a esas fábricas en las que los niños pierden hasta su apariencia de seres humanos en la atmósfera de un infierno industrial, sino a aquellas ventiladas, higiénicas, y, por consecuencia, económicas, en las cuales la vida humana se tiene en más valor que las máquinas*”.

Más allá de esa crítica hacia el rol del Estado, hay que considerar que Turner no se consideraba un anarquista radical, por el contrario, se pronunciaba a favor de mantener una planificación central en la que el Estado garantizara la provisión de infraestructuras de gran escala, así como también el acceso y la regulación de los recursos (Turner, 1978, pág. 1135). Del mismo modo, muchos anarquistas que buscaron tener mayor incidencia en la vida política fueron adaptando sus ideas de juventud a propuestas donde el Estado se convertía en garante de la libertad y motor de desarrollo. Incluso Proudhon, en *El Principio Federativo*, preguntaba “si [...] los Estados no deben ante todo reparar las afrentas de nacimiento y los accidentes de la vida social, a través de instituciones mutualistas y de un vasto sistema de enseñanza” (Proudhon, 1865/2008, pág. 226). Abandonando la destrucción del Estado por una postura más conciliadora: “Sólo la Federación puede satisfacer las necesidades y derechos de las clases trabajadoras, armonizar el trabajo y el capital y solucionar los problemas de la asociación, del impuesto, del crédito, de la propiedad, del salario, etcétera” (Proudhon, 1865/2008, pág. 232).

Turner se calificaba a sí mismo como un “anarquista conservador” (Turner, 1978, pág. 1135), categoría que no tiene mucho rigor histórico, pero básicamente continuaba en la dirección de los últimos escritos de Proudhon. Dentro de esta corriente de pensamiento se potencia la libertad individual sin negar la importancia de una regulación central de gran escala (equivalente a la Federación de Proudhon). De todos modos, el oxímoron del “anarquismo conservador” se podría construir de otra manera diciendo que Turner es un “liberal estatista”. Si bien en este caso la contradicción de los términos adquiere una connotación negativa, mantiene esa intención por fomentar la iniciativa individual y la producción local sin perder la posibilidad de encarar acciones estratégicas que superen la escala regional.

Organización horizontal

Al igual que los principales referentes del anarquismo, Turner cuestionaba las organizaciones fuertemente jerarquizadas. En cuanto a las políticas de vivienda, Turner fue uno de los principales defensores del *Bottom-up approach* (enfoque de abajo hacia arriba). Desde un punto de vista práctico, se oponía a los programas abstractos, diseñados desde oficinas burocráticas para aplicarse posteriormente en el territorio sin tener en cuenta las características particulares de cada comunidad. Frente a esto, promovía un modelo profesional capaz de trabajar inserto en las dinámicas territoriales, en pie de igualdad con las organizaciones de base (*grassroot organizations*). Así como Proudhon buscaba encontrar el equilibrio justo entre libertad y autoridad, Turner proponía encontrar la combinación adecuada entre horizontalidad y subsidiariedad. Eso sí, tanto para Turner como para los autores anarquistas, se trataba de limitar la subsidiariedad y el autoritarismo a su mínimo nivel indispensable como para alcanzar objetivos colectivos.

En una entrevista realizada en el año 2000, Turner decía que “*Las decisiones deben tomarse en el nivel más bajo posible que permita la practicidad*” (Chavez, Vilorio, & Zipperer, 2000, pág. 23). Según su punto de vista, no debía privarse a la gente de tomar aquellas decisiones que la gente es capaz de abordar, decisiones que por lo general son apropiadas por agentes que, desde una posición lejana a la problemática, tienen menos capacidades para resolverla.

En ese sentido, el tema de la vivienda funciona como metáfora para el abordaje de diferentes problemáticas surgidas de la vida en sociedad: cuando se resuelve sin la participación de la gente, termina generando una serie de desajustes en el ámbito de la vida cotidiana que conducen a la frustración individual, el conflicto social y el derroche de recursos. Cuando las condiciones de alojamiento son decididas desde las grandes corporaciones inmobiliarias o desde las dependencias

centralizadas del Estado, las viviendas no se adecuan a las necesidades y las posibilidades de la gente²¹. Las viviendas cobran una connotación negativa, se convierten en una traba para el desarrollo familiar y se degradan rápidamente. Por el contrario, cuando la gente tiene la posibilidad de construir según sus posibilidades y necesidades, la vivienda se convierte en un vehículo de progreso familiar y fortalecimiento comunitario. A mitad de siglo, Turner rescata la idea de “construir *con* la gente en lugar de construir *para* la gente”, un lema que ya venían trabajando los antropólogos y arquitectos abocados a mejorar las condiciones habitacionales de las ciudades latinoamericanas desde las dependencias estatales o agencias internacionales.

Por el momento, hay que tener en cuenta que Turner observa las virtudes de la autogestión en las barriadas del Perú justo en un ciclo económico ascendente de la economía latinoamericana. Con lo cual, las virtudes de la gestión de abajo hacia arriba, pueden relativizarse. O, al menos, deben cotejarse en relación a la fuerza arrolladora de la macroeconomía. Más allá de eso, este apartado se limita a recalcar esa veta anarquista de Turner que conduce a organizar el proceso de toma de decisiones priorizando un abordaje horizontal, en condiciones de igualdad. De alguna manera, la participación dentro de la arquitectura exige despojarse de aquellos prejuicios que llevan a pensar que el arquitecto está investido de conocimientos que le impiden trabajar de igual a igual con aquellos que no tienen su misma formación. Para los arquitectos que ponen en práctica mecanismos participativos, esto no significa despojarse de los conocimientos adquiridos sino ponerlos a disposición de la gente en un trabajo armónico y orgánico, regido por el alcance gradual de objetivos comunes, más que por una estratificación rígida impuesta con anterioridad.

La autonomía contrarresta la cooptación del Estado

Según Proudhon, “*la anarquía o gobierno de cada uno por sí mismo –en inglés: self-government– [...] consiste en un orden social fundado sólo en transacciones e intercambios, quedando reducidas las funciones políticas a funciones industriales*” (Proudhon, 1865/2008, pág. 33). Tanto para los autores anarquistas como para Turner, el Estado organizado verticalmente adquiriría una connotación negativa que era necesario limitar al mínimo y contrarrestar.

Para Turner, la misma organización vertical induce a los administradores a generar vínculos de dependencia y sometimiento. Desde ese punto de vista, el paternalismo es algo inherente al Estado. Observando el crecimiento de los asentamientos de las ciudades peruanas, Turner afirmaba que “*El Gobierno asume que su tarea es hacer todo por ellos [los habitantes] [...]. La tentación de los funcionarios políticos a realizar promesas y anzuelos para que los habitantes crean en ellos suele ser muy fuerte*” (Turner, 1968, pág. 125).

En una lectura algo extremista, Turner homologa la organización vertical del Estado con el totalitarismo, afirmando que: “*las entidades legislativas y ejecutivas forman un conjunto totalitario. Lo que debería hacerse y el cómo debería hacerse se determinan en los mismos organismos, de modo que*

²¹ “*Las relaciones verticales de autoridad, que son necesarias en organizaciones grandes, imponen escalas grandes y un alto nivel de estandarización. Algo bueno y necesario para las grandes infraestructuras, pero terrible para adecuarse a la gente y su ambiente local. Ese tipo de trabajos debe basarse en las relaciones horizontales y las redes de comunicación y negociación personales que se generan. Entonces, todo depende de una apropiada coordinación y balance entre organizaciones de distinto tipo, con diferentes funciones, escalas, grados de complejidad y variedad*” (Chavez, Vilorio, Zipperer, & Turner, 2000, pág. 23).

*hay una pérdida progresiva de libertad desde abajo hacia arriba*²²(Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 252). Esta pérdida de la libertad conducía a la frustración cuando la vivienda se convertía en una carga y un obstáculo para el progreso de la familia.

Por supuesto, esta crítica hacia la cooptación que produce el Estado y la exaltación de la iniciativa individual guarda similitudes no sólo con el anarquismo sino también con el liberalismo de Samuel Smiles. Cuando el ideólogo del Self-Help describe el Cesarismo afirma que "*Esta doctrina significa, brevemente, todo para el pueblo, nada por él [...] Una doctrina mucho más saludable [...] sería la de la ayuda propia (self-help)*" (Smiles, 1859/1895, pág. 4)²³.

Para mostrar ejemplos acerca de la frustración que generan los sistemas centralizados, Turner narra las experiencias de los habitantes de los conjuntos habitacionales diseñados y construidos desde el Estado, donde la cuota comprometía una parte importante del presupuesto de las familias, mientras que la ubicación distante con respecto a las oportunidades laborales y las infraestructuras educativas o de salud dificultaban el desarrollo de la vida cotidiana.

Probablemente uno pueda cuestionar si estos resultados (costo elevado, localización lejana y diseño despersonalizados) están inevitablemente ligados a esa causa (proyectos de viviendas donde el Estado ocupa un rol central). ¿Acaso el Estado no puede construir viviendas que coincidan con las necesidades y posibilidades de los habitantes? Al menos para Turner, ese no era el mejor camino a seguir a la hora de trabajar con población de bajos ingresos.

Para evitar que el Estado cause más problemas de los que soluciona, debía abandonar su papel como actor central dentro de las políticas de vivienda para posicionarse como una especie de garante, un proveedor de aquellas infraestructuras que no podían ser proporcionadas de manera adecuada por parte del mercado: "*El único rol de gobierno burocráticamente concebible es la administración de servicios a beneficiarios dependientes y cuya ignorancia e incapacidad dan por sentadas. [...] Nosotros como ciudadanos debemos desembarazarnos de los últimos vestigios de filialismo*" (Turner, 1976/1977, pág. 40).

Con lo cual, debe notarse que la propuesta de Turner termina siendo aún más radical que la propuesta de Proudhon. Cuando el filósofo francés busca reducir las funciones políticas a "funciones industriales" se supone que incluye funciones de provisión, administración y producción. Para Turner, sólo debía limitarse a la provisión y administración. La producción de viviendas debía quedar en manos de los habitantes y la pequeña empresa. De manera tal que el Estado pueda "*complementar la iniciativa y la capacidad de inversión propia de la gente*"(Turner, 1968, pág. 127). También hay que reconocer que Turner denunciaba tanto las estructuras verticales del Estado como las del mercado. En cierto modo adquiere la misma estrategia del Anarquismo cuando busca posicionarse siempre entre dos poderes en pugna. Del mismo modo, Proudhon se posicionaba entre la monarquía y el comunismo; Kropotkin se ubicaba entre el capitalismo industrial y el feudalismo agrícola; y los anarquistas de la Guerra Civil Española se consideraban entre el Estalinismo y el Franquismo.

²² Probablemente, en esta cita exista un problema con respecto a la traducción. Según la idea general del texto, la organización jerárquica genera una pérdida de la autonomía de arriba hacia abajo (a medida que vamos bajando tienen menos autonomía) por lo cual debería decir que hay un aumento progresivo de la libertad de abajo hacia arriba.

²³ De allí que, en el artículo *Petty commodity housing or dweller control? A critique of John Turner's views on housing policy* (1978), Rod Burgess vinculó las ideas sobre el auto-alojamiento de Turner con las ideas victorianas del "*Self-improvement*" surgidas durante el siglo diecinueve.

No obstante, resulta inquietante que Turner sea tan incisivo y detallista en el cuestionamiento hacia la lógica estatal, mientras que las críticas hacia la alienación que producen las estructuras de mercado son generales y difusas. Por ejemplo cuando Turner analiza el proyecto de Ciudad Guayana sólo identifica como amenazas las actitudes especuladoras de los habitantes y la tendencia paternalista de la burocracia.

“Se han reportado dos dificultades. La primera es la especulación de algunos especuladores que viven en los asentamientos [...] la segunda es la extrema ineficiencia del programa de créditos y el procedimiento de asistencia técnica diseñado ‘para facilitar el acompañamiento en la realización y reemplazo de casillas’, demostrando con qué facilidad las ideas simples pueden degradarse en base a actitudes burocráticas y paternalistas” (Turner, 1968, pág. 126).

Probablemente estas dificultades sean parte del problema, pero resulta llamativo que Turner no realice ninguna crítica concreta con respecto al rol que jugaba la empresa Orinoco Mining Co. dentro de un sistema territorial que arrasaba los recursos naturales y alojaba a la mano de obra barata en condiciones deplorables²⁴. Denunciando la burocracia del Estado y el oportunismo de los pobladores, Turner estaba viendo la paja en el ojo del imperialismo. Si bien existe una actitud paternalista de los funcionarios, y los asentamientos se convierten en una oportunidad de negocios para el pequeño especulador, estos fenómenos deben analizarse enmarcados dentro de una estrategia de expansión de los capitales internacionales. Es muy difícil de entender esta omisión que realiza Turner, principalmente porque dentro del contexto cultural de la década del sesenta, una multiplicidad de acontecimientos, como la Revolución Cubana y las independencias africanas habían posicionado al colonialismo en el eje del debate.

Frente a la connotación negativa que adquirirían las organizaciones verticales y centralizadas, Turner proponía rescatar la autonomía de los individuos. Las políticas habitacionales, en lugar de orientarse a producir viviendas terminadas debían garantizar el acceso a los distintos elementos y sistemas que se conjugan en la construcción de viviendas, incluyendo la provisión de infraestructura, asesoramiento

²⁴ La Orinoco Mining Co. era una subsidiaria de US Steel que a dos años de instalarse en el delta del río Caroni ya exportaba 5 millones de toneladas de oro por año. La compañía se asentó en Puerto Ordaz, cerca de la ciudad preexistente de San Félix. Entre los dos núcleos urbanos, se multiplicaron los asentamientos espontáneos llegando a alojar cincuenta mil personas en 1962. Para tratar de otorgarle regularidad a este conjunto caótico se elaboró un proyecto que contaba con el asesoramiento del Centro de Estudios Urbanos del MIT y la Universidad de Harvard (Joint Center for Urban Studies). Dentro del equipo de trabajo, Turner rescata el testimonio del director del proyecto, Norman Williams. Si bien el proyecto partía de una propuesta idílica de articulación coordinada entre la región y la ciudad, Williams comenta que *“sus expectativas grandilocuentes se disolvieron apenas tomó contacto con la realidad”* (Turner, 1963, pág. 387). En lugar de tener la posibilidad de hacer un proyecto urbano para luego aplicarlo sobre el territorio virgen, al llegar al sitio, Williams se encontró con una multiplicidad de asentamientos donde la gente vivía en condiciones deplorables. Por lo cual, parte del resultado actual de la ciudad se debe a una sucesión de respuestas improvisadas ante una situación inmanejable, para tratar de adecuar lo existente a las condiciones mínimas de salubridad. También es importante destacar, con respecto al proyecto de Ciudad Guayana, la opinión de Lisa Peattie. Esta antropóloga, cuya familia está estrechamente vinculada al desarrollo de la Escuela de Chicago por ser nieta de Robert Park e hija de Robert Redfield, realizó trabajo territorial en Ciudad Guayana como parte del equipo técnico que implementaba el proyecto. Dentro de sus críticas menciona el esquematismo de la propuesta urbana y la ingenuidad de los técnicos (Brillembourg, 2013). Una frase que ayuda a sintetizar sus críticas con respecto al proyecto revela que *“Los planificadores intentaban [...] crear un ambiente agradable al ser humano mediante proyectos que pudieran recrear el sentido comunitario, en un escenario de competitividad y conflicto de clase”* (Peattie, 1987, pág. 39).

técnico, el acceso a materiales, mano de obra especializada y créditos financieros. Dentro de ese esquema en red, la gente podría elegir estos elementos generando la combinación que mejor se adecue a sus posibilidades y requerimientos. En oposición a la dependencia, la frustración y el derroche que producían los sistemas fuertemente jerarquizados, este abordaje permitía fomentar la iniciativa individual y el fortalecimiento comunitario.

Cuando Turner promovía la autonomía dentro de la vivienda, sabía que no se trataba de una invención propia, por el contrario, buscaba asociar su propuesta de autonomía a las prácticas que implementaban los pobladores de los diferentes asentamientos de Latinoamérica. En realidad, Turner no consideraba a los asentamientos de los países poco desarrollados como un ejemplo de solución al problema habitacional, pero afirmaba que los asentamientos aprovechaban mejor los escasos recursos disponibles en comparación con los programas de vivienda ejecutados desde el Estado. De alguna manera, el anarquismo de Turner puede notarse en la justificación o, al menos en la comprensión, de un fenómeno que se desarrolla al margen de los formalismos de la ley. En una abierta defensa de la acción directa, Turner advertía:

“Si no pueden proporcionar casa el sector privado organizado ni el sector público de la economía a una población enorme y que crece rápidamente [...] la gente misma, el sector popular, tiene que hacer frente a las necesidades [...] En general vale mucho más que las personas obren fuera de la ley, y no que no obren” (Turner, 1972/1976, pág. 174/175).

En un mismo sentido, la arquitectura participativa siempre ha implicado un llamado a la acción. Siguiendo los postulados del pensamiento funcionalista, considera que la iniciativa del ser humano es un componente fundamental para superar condiciones sociales adversas. Esta intención de poner los problemas en manos de la gente, muchas veces se combina con un cuestionamiento al sistema legal y a las estructuras del Estado.

Siguiendo esta misma línea que proponían Giancarlo de Carlo, Colin Ward y John Turner en la revista *Freedom*, podemos encontrar dentro del panorama actual de la arquitectura participativa una serie de colectivos que plantean iniciar las transformaciones del ambiente sorteando las trabas legales que imponen algunos grupos de poder. Un ejemplo de este tipo de abordajes puede encontrarse en la tarea realizada por Santiago Cirugeda dentro del colectivo Recetas Urbanas. Este grupo con trabajos en diferentes ciudades de España, trascendió a partir de una serie de intervenciones que combinan la construcción colaborativa y el urbanismo táctico. Utilizando, técnicas de construcción por vía seca ensamblan equipamientos móviles en terrenos abandonados, instalan viviendas en terrazas, recuperan estructuras industriales abandonadas y amplían instituciones existentes como museos, y facultades. (Fundación Arquia, 2009). Se basan en el diseño participativo y la autoconstrucción priorizando siempre una relación orgánica y horizontal con todos los actores involucrados.

Si bien Cirugeda no realiza citas expresas al trabajo de John Turner, rescata esa pulsión libertaria hacia la organización horizontal, la autonomía y la acción directa. Este arquitecto sevillano comenta que uno de sus primeros trabajos no pretendía obtener como resultado un edificio determinado, sino que en realidad organizaba a un grupo de vecinos para realizar una performance callejera que pusiera de manifiesto el descontento popular con respecto al proceso de especulación inmobiliaria que se desenvolvía en el barrio tradicional de San Bernardo, Sevilla. En esa primera experiencia llamada *Proyectar con luces*, comenzaban a ensayarse algunas de las metodologías que todavía mantiene el colectivo Recetas Urbanas a lo largo de su vasta trayectoria.

En primer lugar, para Cirugeda, toda intervención permite evidenciar una problemática y cuestionar el marco normativo e institucional que impide su resolución. Para entender esto, hay que tener en

cuenta que el colectivo comenzó a funcionar durante la etapa previa al estallido de la burbuja inmobiliaria (2007-2009), en un momento en que la mayoría de los arquitectos españoles se entregaban a las lógicas del negocio inmobiliario. Dentro de ese marco, tratar de generar viviendas, equipamientos y espacios públicos por fuera de la lógica especulativa del mercado significaba enfrentarse a una multiplicidad de entidades y leyes que velaban por los intereses de los grupos de poder. Algunos de sus proyectos surgen del trabajo conjunto con otros colectivos de resistencia o activismo, como por ejemplo *La casa insecto*, que era una especie de “garrapata” metálica habitable. Fue realizada junto al colectivo *Alameda Viva*, un grupo de vecinos que había iniciado una serie de protestas “*ocupando árboles en el barrio de La Alameda de Sevilla, contra un plan urbanístico demoledor, no consensuado con la ciudadanía, cuya labor especulativa y destructiva se inicia con la tala de árboles*” (Recetas Urbanas, 2013).

Otra estrategia recurrente busca aprovechar vacíos legales y zonas grises de la normativa para disputar espacios e infraestructuras y ponerlas a disposición de los grupos usualmente marginados de las oportunidades que brinda la vida urbana. En uno de sus proyectos solicitaba en el Ayuntamiento de la ciudad un permiso para instalar un contenedor en la calle de un barrio degradado, pero en lugar de utilizar el espacio para acumular los deshechos de alguna obra, lo transformaba en una plaza pública provista de juegos temporarios fabricados con el aporte y la participación de los vecinos.

Otro proyecto que avanzaba en la misma línea comenzaba solicitando un permiso para instalar un andamio frente a una vivienda, pero en lugar de emplearlo para pintar o refaccionar la vivienda, era utilizado como el soporte de una ampliación o refugio temporario que se adosaba al edificio existente. El objetivo de estos proyectos no pretende poner en ridículo la normativa existente desde una actitud jactanciosa y extravagante (Zabalbeascoa & Cirugeda, 2007). No se trata de materializar el capricho de un colectivo de personas inquietas con mucho tiempo libre, ni caer en la tentación *denuncista* de vecinos quejosos. Por el contrario, los proyectos de Recetas Urbanas buscan aliviar la terrible presión inmobiliaria que padece la población española de menores ingresos. Un buen ejemplo de ello lo constituyen las diferentes variaciones realizadas sobre el tema de la vivienda ubicada sobre azoteas o terrenos ocupados.

Los proyectos se construyen en intensas jornadas de trabajo colectivo donde todos los participantes se abocan en pie de igualdad al ensamblaje de los materiales disponibles, por lo general de mala reputación (los que se utilizan para la construcción de infraestructuras móviles, la ingeniería o la industria). La imagen resultante guarda semejanzas con los proyectos utópicos de Archigram y los Situacionistas.

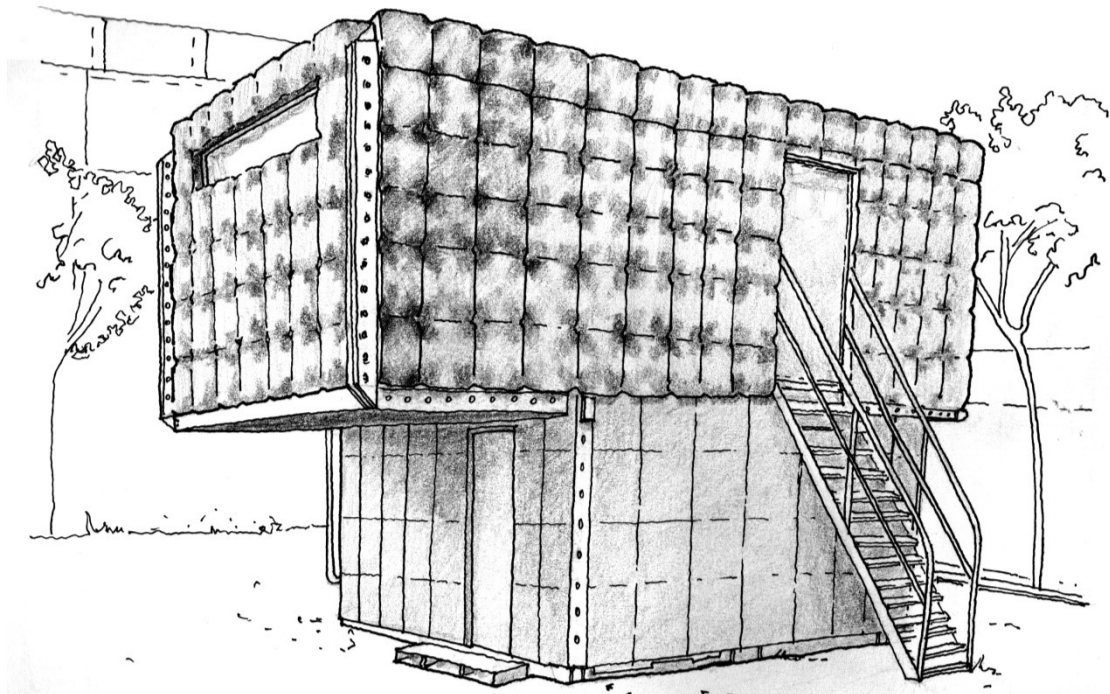
Sin embargo, Cirugeda busca alejarse de cualquier pretensión de esteticismo o vanguardia intelectual²⁵. Sus estrategias buscan enraizarse en los esfuerzos cotidianos de la gente por mejorar su calidad de vida en un contexto socio-económico que somete a la población de menos recursos, desmoviliza las iniciativas colectivas y entrega el usufructo del territorio a los grupos económicos concentrados. En una mirada similar a la de Turner, Cirugeda valora los edificios por su función social y se burla de la obsesión estética de los arquitectos. Cuando alguno le dice que sus edificios no responden

²⁵ Con respecto a los Situacionistas, Cirugeda afirmaba en una entrevista: “*En el catálogo de la exposición de Constant en Madrid, nos comparaban con él [Constant, el autor de New Babylon, parte del grupo de Situacionistas] [...] A mi editor, un tipo brillante, le da rabia el empoderamiento que le dan a Constant justamente cuando nunca se atrevió. Eran [los situacionistas] intelectuales románticos (junto con Guy Debord), que conversaban y se emborrachaban y finalmente nunca se enfrentaron con el Estado a nivel de ir a lo público y reventarlo*” (Rosero, Llorca, & Cirugeda, 2017)

a los patrones estéticos consagrados por la Academia, el arquitecto sevillano responde “¿Quién no tiene un amigo feo?” (Gras & Cirugeda, 2014)

Al igual que Turner, se aleja de la concepción estática del edificio como objeto para centrarse en su valor de uso y en todo lo que movilizan los proyectos dentro del plano individual de sus residentes y en el plano colectivo del tejido social de la ciudad. A su vez, el valor de uso, era algo que también había tratado de recuperar Kropotkin²⁶.

En síntesis, el trabajo de Cirugeda tiene múltiples puntos en común con el enfoque de Turner. Anteriormente se menciona el rescate del valor de uso, la intención de recuperar los recursos materiales existentes en lugar de arrasarlos y la tendencia a potenciar la iniciativa de los vecinos en lugar de coartarla.



Recetas Urbanas (2008-2009) Casa Pollo. [Prototipo económico de vivienda mínima]. Barcelona, España. Gráfica propia.

Figura 1 Casa Pollo, Recetas Urbanas

No obstante, en este apartado resulta fundamental destacar uno de los dilemas dentro de la teoría de Turner que Cirugeda aborda desde una posición más definida. Si bien los dos muestran una desconfianza hacia las estructuras burocráticas del Estado manifestándose a favor de la acción directa, es necesario aclarar que esta impugnación a la lógica estatal suele promoverse desde posturas ideológicas muy diversas. Así como algunos sectores del marxismo y el anarquismo consideran al Estado como un instrumento de opresión de clase que garantiza el statu quo, el liberalismo plantea la necesidad de

²⁶Kropotkin decía que la producción no debía orientarse hacia la oportunidad de hacer negocios (valor de cambio) sino hacia las necesidades reales (valor de uso). En el modelo que Kropotkin propone, las “*fábricas y talleres se construyen, no para hacer negocio vendiendo cosas inútiles y nocivas [...], sino para satisfacer a las necesidades desatinadas de millones de europeos; y entonces los maravillará el ver con qué facilidad y en qué poco tiempo pueden cubrirse nuestras exigencias [...], desde el momento en que la producción se encamine a satisfacer verdaderas necesidades y no a engordar a los accionistas con crecidos dividendos, o a derramar el oro en el bolsillo de los iniciadores o directores en grande*”(Kropotkin, 1909, pág. 111).

sortear la lógica estatal para garantizar las libertades individuales, aunque dentro de esas libertades siempre termina cobrando mayor énfasis el afán de lucro²⁷. Con lo cual se llega a una paradoja muy difícil de salvar dado que, por el camino anarquista de Turner se abona el sendero hacia el liberalismo de Hernando de Soto, según el cual la retracción del Estado permite, antes que nada, imponer la lógica del libre mercado.

Ante la connivencia del Estado y las corporaciones que dominan el mercado inmobiliario, Turner y Cirugeda plantean algo similar. Mientras el primero propone respetar la capacidad de la gente para “hacer frente a las necesidades”, el arquitecto sevillano habla de situaciones de “alegalidad”. Sin embargo hay situaciones que encajan en ese tipo de esquemas y que, en lugar de cuestionar las inequidades terminan acentuándolas. En el caso de Turner, un ejemplo de iniciativa popular puede ser el de los loteos fraudulentos, donde algún pequeño o mediano especulador canaliza, aprovecha y usufructúa la necesidad y la capacidad de la gente por procurarse una vivienda propia. En el caso de Cirugeda, podría decirse que no hay mayor situación de “alegalidad” que las concertaciones público-privadas donde las corporaciones acceden a la excepción o la flexibilización de algunas normas urbanísticas en función de acuerdos preestablecidos con los municipios a cambio de un supuesto beneficio colectivo que siempre es muy difícil de medir. ¿Cuál es el límite entre la autogestión y el liberalismo? Mientras Turner plantea ocupar una situación intermedia entre el Estado y el mercado (como si ambos tuvieran el mismo poder), luego de padecer la tiranía del mercado inmobiliario, Cirugeda plantea una visión más aguda. El arquitecto sevillano entiende que, al menos en España, las estructuras del Estado son subsidiarias del mercado. De allí que afirme que *“las administraciones públicas [...] persiguen [en sentido de obedecer, seguir] ridículamente y sumisamente a los grandes manipuladores de la industria económica”* (Bernal & Cirugeda, 2014).

La intención de Cirugeda no plantea la autogestión como un fin en sí mismo para evadir la lógica estatal, sino para transformarla. Cuando propone algún tipo de transgresión de las leyes, evidencia la necesidad de visibilizar una injusticia avalada legalmente. Es decir, son acciones constituyentes, que buscan transformar las leyes más que plantear una alternativa de vida por fuera de ellas (Figura 1).

“La ilegalidad normalmente se aplica al beneficio económico puro y duro, y en nuestro caso planteamos ciertas ilegalidades no como un fin, sino como un medio. Lo que hacemos es tratar de cambiar la situación y llegar a legalizar situaciones diferentes. Siempre habrá que replantear la legislación. Es parte de su lógica. Las legislaciones deben evolucionar y hacerse mejores” (Zabalbeascoa & Cirugeda, 2007).

Para transformar el marco normativo se requiere, por supuesto, una interrelación constante con las estructuras del Estado. Frente al desprestigio actual que envuelve a toda iniciativa política, Cirugeda plantea la necesidad de coordinar acciones colectivas en defensa de lo público. De allí que en la Bienal de Arquitectura de Quito 2016 se mostraba sumamente crítico con respecto a los grupos de arquitectos que

²⁷ Santiago Cirugeda siempre aclara que las transgresiones que plantea Recetas Urbanas escapan a cualquier intención de lucro o rédito monetario. No obstante, en un trabajo reciente llamado *¿Cuánto quieres?* demuestra que el límite entre la alegalidad y la malversación de fondos es muy estrecho. Utilizando una cámara oculta muestra a un proveedor de materiales que le plantea un negociado que pasaba de lo alegal a lo ilegal. Dado que los proyectos de Recetas Urbanas son financiados por instituciones que no exigen un rendimiento de cuentas muy detallado, y teniendo en cuenta que luego del fin de la burbuja inmobiliaria muchos proveedores se quedaron con un stock de materiales que no podían colocar en el mercado, el proveedor se comprometía a enviarle los materiales que necesite, incluso por menos de precio real de los materiales, pero pidiendo a cambio un pequeño soborno: *“¿Tu que tienes que justificar veinte? cinco para ti, cinco para mí y diez para los materiales”*, termina diciendo el proveedor.

plantean generar pequeñas utopías idílicas en base al donativo de entidades privadas. Ante la proliferación de grupos que generan impugnaciones espaciales a partir de una autogestión ingenua, Cirugeda advierte: *“nos están contando una pócima perdida. Deberían contar la verdad del arquero”* (Rosero, Llorca, & Cirugeda, 2017).

Contra el romanticismo de las transformaciones que confunden la autogestión con la autorreferencia, Cirugeda prefiere disputar los recursos del Estado:

“El dinero de los impuestos de una nación va para unos administradores públicos que hemos votado democráticamente. Yo no me olvido. Pero hay tanta gente que dice: ‘pues que hagan ellos su política social, yo voy a hacer la mía’. Pero yo pago impuestos, y mi madre, y mi padre, y mi prima. Yo a ti, administrador de los bienes públicos te exijo que la educación sea mejor, porque tú eres quien hace las leyes. No en privado, en lo público. [...] Y yo me encargaré de que al Estado le vaya bien en lo que haga, denunciándole, manifestándome, o siendo ilegal” (Rosero, Llorca, & Cirugeda, 2017).

En conclusión, si bien Turner parte de ideas anarquistas, el cuestionamiento al Estado cobra mayor radicalidad en las propuestas de algunos arquitectos contemporáneos que plantean técnicas participativas, como por ejemplo, Santiago Cirugeda.

Tampoco hay que llegar a pensar que Turner se alejaba totalmente de la disputa por los recursos del Estado. Por un lado, proponía diferentes alternativas de inserción laboral del arquitecto. Dentro de esas diferentes maneras de desempeñar la profesión, contemplaba además el trabajo en dependencia del Estado, e incluso como intermediario entre la acción del Estado y la comunidad. También hay que reconocer que Cirugeda se formó en un contexto en el cual el Estado ya ejercía un poder limitado frente a la omnipotencia del mercado. Por lo tanto, en el caso de Cirugeda, era más difícil hablar de olvidar el “filialismo” estatal sin preguntarse por una estrategia para enfrentar la autoridad de los mercados. Más allá del romanticismo evasivo de algunos anarquistas y arquitectos que hoy impulsan una participación de “puertas adentro”, el Estado ha demostrado ser una poderosa herramienta para limitar el avance de la lógica de mercado sobre algunos aspectos cruciales de la vida en sociedad.

Muchas de las ideas del anarquismo que retoma John Turner, como el principio federativo y la acción directa, pueden rastrearse dentro del pensamiento de Patrick Geddes. En el siguiente apartado se propone analizar las principales ideas que aporta Patrick Geddes a la arquitectura participativa a través de la interpretación que realiza John Turner.

La influencia de Patrick Geddes

Cuando Turner conoció a Geddes

En la juventud de John Turner, las diferentes vertientes que nutren su pensamiento se van concatenando y retroalimentando. A través de un vecino, que pertenecía al movimiento Arts and Crafts conoció a Patrick Geddes, que a su vez se convirtió en el tema de su primera publicación para la revista anarquista Freedom en 1948. De a poco, Turner comenzaba a transformarse en una persona capaz de catalizar una multiplicidad de corrientes de pensamiento. No eran ideas nuevas, pero la novedad radicaba en la posibilidad de realizar una síntesis capaz de transformar la práctica profesional de la arquitectura partiendo de fuentes disímiles y contradictorias. Dentro de la multiplicidad de influencias que retoma Turner, en sus textos y entrevistas hace un esfuerzo evidente por mostrarse como continuador de las ideas de Geddes. Y esto puede entenderse por ser también Turner una de esas personalidades donde convergen una multiplicidad de ideas de vanguardia.

Turner conoció a Geddes como parte de un castigo. Por portarse mal durante el secundario, lo obligaron a leer *The culture of the cities* (1938), un libro donde Geddes aparece citado por su principal difusor: Lewis Mumford.

Pocos años después, Turner tendría la oportunidad de leer notas originales del biólogo escocés cuando, en enero de 1947, pudo acceder a la correspondencia que Geddes mantenía con Henri Wilson. Este diseñador, destacada figura del Arts and Crafts, era amigo de la familia Turner. (Turner, 1972/1976; Oyón, 2015; Gyger, 2013; Ruiperez Palmero, 2006). La influencia que Geddes ejerció sobre Turner puede sintetizarse a partir de los siguientes temas: el abordaje holístico de la ciudad; la observación directa (es decir, la necesidad de estudiar antes de planificar); el tejido social como base de la planificación física; los cuadros dinámicos para representar la complejidad de la realidad; involucrarse personalmente en la transformación del ambiente (acción directa); y por último, el desarrollo progresivo en lugar del derribo generalizado.

Antes de empezar a desarrollar estas ideas y el modo en que repercutieron sobre las bases teóricas de la participación sería conveniente hacer una breve síntesis acerca de la vida de Patrick Geddes.

¿Quién era Geddes? Historia de renacimientos

Patrick Geddes nació en 1854 Ballater, Escocia y dio clases de biología en la Universidad de Dundee, aunque tal como dice Peter Hall “*es posible que hablara de todo excepto de biología*” (Hall, 1996, pág. 148). En ese sentido, encarnaba al típico personaje del intelectual multifacético del siglo diecinueve. Si bien continuaba el enfoque positivista de Comte (Munshi, 2013, pág. 218; Munshi, 2000, pág. 486), no respetaba una estricta separación de las ciencias. A partir de su formación de base naturalista adquirió dos ideas que marcaron su visión orgánica de la ciudad. Por un lado, coincidía con Spencer al plantear que el concepto de evolución podía aplicarse a la sociedad (MacDonald, 1994, pág. 59; Munshi, 2013, pág. 218). Esto ya implicaba un abordaje multidisciplinar de la realidad donde los conocimientos no aparecían divididos según la lógica de las academias sino superpuestos y entrelazados. Era un enfoque más centrado en los cambios y la adaptación que en las estructuras estáticas del enfoque mecanicista. El vínculo con el evolucionismo provenía de su época de estudios en Londres en la cátedra de Thomas Henry Huxley, discípulo de Charles Darwin.

Por otro lado, su base naturalista se enriqueció al estudiar la relación entre el ambiente físico y las características culturales de la población. Según Peter Hall “*tomó sus conceptos más importantes de los padres fundadores de la geografía francesa, Elisée Reclus y Paul Vidal de la Blache y de Frederic Le Play, uno de los primeros sociólogos franceses*” (Hall, 1996, pág. 149). En los orígenes de la geografía francesa se encontraba la necesidad de entender la forma física de la ciudad atada a su cultura y a su medio natural.

Las ideas tempestuosas de Geddes pasaron rápidamente a la acción a partir de hechos fortuitos. Luego de escribir una serie de artículos sobre plantas insectívoras, con sólo veinticinco años, viajó hacia México para realizar trabajo de campo (National Library of Scotland, 2009, pág. 22). Allí contrajo una enfermedad que lo dejó temporalmente ciego y que le dificultaría el uso de microscopios. Como ya no podría abocarse al estudio de las células, orientó su enfoque orgánico hacia un objeto de estudio de mayor tamaño: la ciudad (Chavez, Vilorio, Zipperer, & Turner, 2000; Munshi, 2013, pág. 219).

Por otra parte, durante los tres meses de ceguera no abandonó su espíritu curioso e inquieto. Por el contrario, durante ese momento de crisis se preguntaba cómo haría para plasmar todos los pensamientos que aparecían en su cabeza una vez que recobrarla la vista. Siempre se caracterizó por

tener un estilo de escritura poco estructurado, pero incluso cuando utilizaba un estilo poco ortodoxo, la narrativa lineal de la escritura le imponía ciertas limitaciones al tratar de expresar la complejidad de su pensamiento. De allí que comenzara a valerse de una multiplicidad de gráficos que, más que congelar el pensamiento (plasmarlo) buscaban ponerlo en movimiento. Los llamó: máquinas pensantes. Contradiendo su nombre, en lugar de representar la lógica mecanicista, estos gráficos se adelantaban en medio siglo a la teoría de sistemas y al pensamiento complejo.

Si la ciencia y la razón condicionan el pensamiento de Geddes, el romanticismo y la pulsión pasional van a condicionar su acción. Ya instalado en Edimburgo, y dando clases de Botánica en la Universidad de Edimburgo, Patrick Geddes se enamoró de Anna Morton, con quien comenzaría un proyecto de vida centrado en la participación cívica y el mejoramiento barrial. La figura de Anna actuaba como un vínculo entre un pensamiento caótico y una práctica centrada y coherente (Stepher, 2014). La historia de la pareja, pese a las inestabilidades económicas que suponía la vida idealista y aventurera de Geddes, está marcada por la construcción de un proyecto común, consolidado en base a la complementariedad y el afecto. Anna ya estaba familiarizada con el enfoque ambiental y con la necesidad de una formación holística, por lo cual, la vida familiar quedó rápidamente asociada a la difusión y puesta en práctica de las ideas que compartían.

Se casaron en 1886 y se fueron a vivir a Prince Street, un sector pudiente de Edimburgo balconeando hacia los barrios menos favorecidos. Al cabo de un año notaron que el verdadero desafío estaba en desarrollar un proyecto de vida, en simultánea transformación con el entorno, ahí en las zonas más degradadas de la ciudad. Geddes lo contaba sin mucho heroísmo:

“La conciencia social estaba despertando en las ciudades y nosotros la percibimos con fuerza -y nos reforzamos el uno al otro: [...] eso nos permitió soportar las dificultades, tratamos de solucionar la suciedad y la masificación y el desorden [...]; y empezamos por los cambios que eran factibles, de manera que los problemas que yo me había planteado sobre la naturaleza y la ciencia, o sobre la música en el caso de mi esposa, se convirtieron en científicos y técnicos” (Geddes citado en Hall, 1996, pág.255).

Sus amigos, hombres de ciencia, observaban sus pasos con una mezcla de asombro y entusiasmo. Kropotkin le escribía en una carta a Reclus acerca de la mudanza de Geddes hacia James Court:

“Se acaba de casar, ha dejado su casa y se ha ido a vivir a un sencillo piso de trabajadores. En todos sitios, de una manera o de otra nos encontramos con situaciones similares. Se trata de un renacimiento. ¿Qué dirección tomará?” (Kropotkin citado en Hall, 1996, pág.255).

El rumbo de la reciente pareja quedaría asociado a la transformación gradual del entorno. A través de operaciones sencillas restauraron el conjunto de James Court²⁸ proponiendo jornadas de trabajo colectivo orientadas en base a una idea de unidad entre las artes y las ciencias, entre el trabajo manual y el pensamiento. Con ese mismo criterio comenzaron a brindar un curso de verano para estudiantes que se complementaba con la interacción de los residentes del lugar.

“Los vecinos fueron rápidamente incentivados para limpiar, blanquear, abrir nuevas ventanas y realizar otras refacciones. Geddes se hacía querer en el vecindario, por utilizar un lenguaje bien escocés y por participar personalmente del trabajo manual. Por su parte, Anna organizaba un grupo de madres jóvenes asistiéndolas en cuanto a la crianza y el cuidado del hogar” (Sir Patrick Geddes Memorial Trust, 2007).

El lema de los cursos de verano “*Vivendo Discimus*” (Aprendemos viviendo), evidencia toda una postura con respecto a la epistemología, basada en la integralidad y el valor de la experiencia práctica.

²⁸ Ubicado en el 493 Lawnmarket, Royal Mile, segundo piso EH1 2PB

Al experimento de James Court le siguió la compra y la ampliación del bloque de Ramsay Lodge²⁹, donde había vivido el pintor Allan Ramsay. Estos ensayos de micro-urbanismo son un adelanto de las ideas que propondría dentro de la planificación, donde prima el respeto por lo existente, los cambios graduales encarados junto al aporte de la población, el respeto por las condiciones geográficas del terreno y los valores culturales del lugar (de allí su fascinación por la herencia celta y los edificios patrimoniales).

Continuaba del positivismo la idea de introducir el verde y el criterio de orden geométrico pero sin llegar al extremo del Barón Haussmann. En lugar de aplicar un esquema abstracto sobre el tejido vivo de la ciudad, en lugar del método de “derribo generalizado”, Geddes se hizo conocido por sus intervenciones de “cirugía conservadora” basadas en pequeñas transformaciones según un estudio minucioso de la realidad geográfica y cultural del país.

El periodo de estudio o *survey*, previo a la planificación, hoy está plenamente incorporado a la práctica profesional. Sin embargo, constituía un aporte revolucionario en una época dominada por las intervenciones monumentales y esteticistas del movimiento de la “Ciudad Bella”³⁰. En lugar de demoler amplias avenidas rectilíneas que arrasaban de un plumazo las construcciones preexistentes, Geddes proponía una transformación gradual que combinaba la metáfora naturalista de la evolución con la idea victoriana de cultivar el espíritu en base a las artes y el trabajo físico.

Junto a los edificios del Ramsay Lodge, ahora transformado en Ramsay Garden a partir de los huertos comunitarios incorporados, Geddes montó el primer observatorio urbano: la Outlook Tower. Esta torre, con vistas privilegiadas sobre la ciudad, además de incluir una cámara oscura que proyectaba la imagen tomada desde un periscopio, incluía una muestra permanente sobre las ciencias y la planificación:

“Geddes convirtió el viejo edificio en un museo interactivo [...] Él, personalmente, guiaba a los visitantes desde la planta baja subiendo piso por piso hasta lo más alto, en escalas sucesivas desde lo conocido hacia lo desconocido, desde lo específico hacia lo general, desde Edimburgo hacia el mundo” (Sir Patrick Geddes Memorial Trust, 2007).

Con este antecedente, en 1911 Geddes trabajó con diferentes intelectuales y artistas para organizar una muestra itinerante sobre la historia de las ciudades. El éxito de la exposición terminó cuando la muestra se fue a pique: en 1918 el barco que la transportaba fue bombardeado, durante la Primera Guerra Mundial.

Edwin Lutyens, el arquitecto del colonialismo inglés en la India se burlaba de su suerte y lo descalificaba por su temperamento enérgico y pasional:

“Un tal profesor Geddes que ha venido a darnos lecciones sobre planificación de ciudades -sus muestras para la exposición se hundieron con el Emdem³¹-, parece que ha dicho tonterías de manera muy desagradable y ahora me dicen que quiere meterse conmigo. Un chiflado que no sabe lo que dice. Habla mucho, se descontrola y se enfada” (Lutyens citado en Hall, 1996, pág. 259).³²

²⁹ Ubicado en Ramsay Gardens, EH1 2NA

³⁰ El mejor ejemplo para entender este movimiento es el plan urbanístico realizado por Daniel Burnham para la Exposición Mundial Colombina de 1893, donde Frank Lloyd Wright tendría la oportunidad de visitar una réplica del templo japonés de Ho-o-Den.

³¹ En realidad, *SMS Emden* (con n al final) era el nombre del crucero alemán que el 14 de octubre de 1914 hundió al *Clan Grant*, que era el barco que transportaba la exposición de Geddes por el Océano Índico.

³² La cita original corresponde al libro *The life of Sir Edwin Lutyens* (1953), pág.336

Geddes había llegado a la India en 1914 y pasó casi una década trabajando intermitentemente en diferentes ciudades. Dentro de los textos que escribió en este país, Richard Harris destaca el informe de Lahore como uno de los primeros en abordar el tema de la autoconstrucción (Harris, 1999). Si bien Helen Gyger (2013) relativiza esta afirmación, lo cierto es que en este informe pueden encontrarse una serie de citas que reflejan su pensamiento en cuanto a la necesidad de incorporar la participación de los habitantes en las transformaciones del ambiente.

Patrick Geddes se oponía al método de derribo generalizado de los ingenieros haussmannianos en la India, siempre tentados a *“hacer como el jugador de ajedrez impaciente: dar un manotazo y quitar de en medio las piezas que molestan. Esta impaciencia es, en realidad, un viejo vicio de los impacientes cuando están en una posición de autoridad”* (Tyrwhitt, 1947, pág. 45)³³ En su lugar, proponía un desarrollo progresivo, capaz de incorporar la acción gradual de los mismos residentes.

El trabajo que proponía Geddes ya no respondía a la idea brillante de un arquitecto trabajando desde su estudio, requería un compromiso con el sitio:

“El método conservador [...] requiere un largo y paciente estudio. Esta tarea no puede hacerse en la oficina con regla y paralelas, debe delinearse en el sitio, después de horas y horas recorriéndolo -a menudo por lugares con visuales y olores que ni brahmanes ni británicos están preparados a soportar [...]. Este tipo de trabajo necesita mapas mucho más detallados que los requeridos por la normativa de los municipios” (Tyrwhitt, 1947, pág. 44)³⁴

Geddes estaba señalando un cambio en el ejercicio profesional, transformando incluso sus herramientas, que pasaban del plano ingenieril hacia una expresión gráfica similar a los mapeos colectivos que se realizan actualmente en base a metodologías participativas.

Peter Hall señala los informes de la India como el primer ensayo de autoconstrucción asistida por el gobierno donde el Estado podría proveer las tierras y los materiales, construyendo en base a un prototipo de *“vivienda crecedora”*. Se *“simplificaría la vivienda empezando a construir a partir de unos mínimos razonables, aunque se darían incentivos por las mejoras introducidas [donde] muy a menudo los vecinos podrían hacer el trabajo, o por lo menos una parte”*

(Geddes citado en Hall, 1996, pág. 258)³⁵.

Si bien este texto de Geddes mantiene admirable vigencia, Helen Gyger retoma otro fragmento de los informes de la India donde puede apreciarse la raíz victoriana de su pensamiento. Aunque el *self-help* parezca tener plena vigencia, es un pensamiento heredado del siglo diecinueve:

“Tanto el Estado como la Ciudad son enriquecidas y fortalecidas a través del mejoramiento de las propiedades incluidas en sus límites y a través de aquellos contribuyentes cuya prosperidad y permanencia pueda ser promovida. En pocas palabras, la Cooperación es un buen negocio para todos, y particularmente en el caso de la vivienda” (citado en Gyger, 2013, pág. 91).

Es un fragmento que exalta el rol de los vecinos como contribuyentes. Por lo tanto, pueden ser destinatarios de la asistencia: su prosperidad puede ser promovida. La frase continúa garantizando que *“nada arraiga (fixes) mejor a la gente que una buena casa”* (citado en Gyger, 2013, pág. 91). Con lo cual se retoma la idea de convertir a los proletarios en propietarios, una estrategia que ya había denunciado Engels en *Contribución al problema de la vivienda* editado en 1887.

³³ Hay que destacar que Geddes es uno de los primeros de remitirse al juego del ajedrez para compararlo con un urbanismo táctico, que genera cambios graduales a partir de una lectura de la situación existente.

³⁴ Texto en inglés disponible en https://archive.org/stream/PatrickGeddesIndia/Patrick%20Geddes_djvu.txt

³⁵ La cita original pertenece a Geddes, P. 1918: *Town Planning towards City Development. A Report to the Durbar of Indore. Indore: holkore State Printing Press, pág. 104.*

Por último, Gyger termina citando una frase del informe de donde queda en claro la raíz victoriana que denunciaba Rod Burgess cuando decía que los defensores de la autoconstrucción insinuaban que los pobres eran pobres porque no hacían lo suficiente para dejar de serlo (Burgess, 1988). En pocas palabras, Geddes proponía aprovechar el tiempo libre y las capacidades físicas de la gente como un recurso para mejorar el ambiente. Es decir, trasladaba el foco del problema de la vivienda exclusivamente sobre los habitantes.

“Los barrenderos y carteros suelen tener tiempo libre: y son tipos robustos, hacendosos, voluntariosos y, a menudo, inteligentes: y qué mejor oportunidad puede generar un hombre para canalizar esas virtudes, o para mejorarlas, que la construcción de su propia casa”³⁶ (citado en Gyger, 2013, pág. 91).

Uno de los cuestionamientos frecuentes hacia quienes promueven la autoconstrucción (participar construyendo), afirma que pese a que discursivamente se mencionen una serie de ventajas sociales, en realidad, se pretende reducir la inversión del Estado en base al sobre-esfuerzo de los habitantes. Incluso desde la postura altruista de Geddes, la participación en la construcción siempre suscita sospechas con respecto a esta forma de convertir el escaso tiempo libre de la gente en un trabajo redituable tanto para la ciudad (mejora el ambiente) como para el mercado (los pobres se convierten en propietarios).

Mientras el matrimonio Geddes estaba en la India, Anna contrajo una enfermedad, por lo cual Patrick tuvo que realizar algunos viajes sin su compañía. En uno de esos viajes recibió la noticia de que su hijo Alasdair había muerto en la guerra. Temiendo que la noticia debilitara a su esposa, Geddes decidió esperar a contarle la noticia personalmente a su esposa. Anne murió antes de su regreso. Pese al dolor, Patrick Geddes nunca abandonó su postura audaz e innovadora. Tiempo después, en 1924, cuando se encontraba en Montpellier, Geddes se interesó por la situación de la gran cantidad de inmigrantes escoceses. Por lo cual, decidió retomar el espíritu de los primeros proyectos encarados junto a Anna, creando una institución que con el tiempo se convertiría en el Colegio Escocés de Montpellier.

Desde las huertas comunitarias hasta la situación de los inmigrantes, desde el microubanismo hasta la conurbación de las ciudades, desde el primer observatorio urbano hasta el microcrédito para autoconstrucción. Geddes es todo esto y mucho más. Ningún tema desarrollado con exclusividad y siempre entremezclando todo. Su pensamiento tiene el vértigo y la energía de su propia vida.

Este repaso por la vida de Geddes no pretende desviar la atención del tema central orientado a repasar cómo influye la visión de Geddes dentro de las propuestas sobre participación que realiza Turner. A lo sumo, este paréntesis biográfico, pretende construir un marco de referencia para entender cómo se gestaron aquellas ideas que retomaba Turner del biólogo escocés.

Si bien es difícil tratar de depurar cada una de las ideas abordadas por Geddes, dado que siempre las muestra relacionadas, en un esfuerzo pedagógico, se desarrollan a continuación seis temas que permiten sintetizar esquemáticamente la influencia de Geddes sobre Turner.

Visión orgánica de la ciudad

Turner propone la misma mirada orgánica del entorno construido que proponía Patrick Geddes. Incluso afirmaba que su abordaje surgía de:

“una adaptación de los modelos de sistemas generales de Patrick Geddes (1877) y Bertalanffy (1948). Según estos modelos cualquier cuestión de valor debe comprender tres elementos: las

³⁶Los tres fragmentos citados por Gyger pertenecen a informe de Patrick Geddes conocido con el título de Town Planning towards City Development: A Report to the Durbar of Indore, 2 vols. (Indore: Holkar State Printing Press, 1918), 1:70-71.

personas, lo que hacen y las relaciones entre ambas. O, como Geddes lo expresara: organismo - función - alrededor" (Turner, 1976/1977, pág. 79)

Frente a algunos autores que fundamentaban la participación desde un punto de vista filosófico y espiritual, (preocupados por recuperar esa dimensión espiritual que se había perdido con la planificación moderna), para Turner la participación quedaba atada a una mirada nacida en las ciencias naturales.

En el caso de Geddes esa concepción integral, donde todos los aspectos están interrelacionados, se evidenciaba directamente con una metáfora biológica: la ciudad era un ser vivo.

Geddes no caía en las interpretaciones demasiado literales de los arquitectos o planificadores de la época que evocaban la influencia naturalista generando barrios de calles fluidas y llenas de vegetación. En lugar de tomar la naturaleza desde un punto de vista formalista, Geddes buscaba rescatar el criterio de lo orgánico, rescatando el sentido de integralidad, la interacción con el medio, la autorregulación y el crecimiento gradual. Este es el sentido de lo "orgánico" que después incorporaría Turner.

Además hay que decir que Geddes sentía cierto entusiasmo con respecto a las nuevas propuestas que seguían las ideas de la ciudad jardín, algo que le criticarían Percival y Paul Goodman³⁷. Sin embargo, en los textos de Geddes y Turner la idea orgánica no remite a una forma en particular.

Para llegar a entender la ciudad en su condición orgánica, era necesario observar la relación con el medio que la circundaba. Por eso el biólogo escocés recomendaba ampliar el enfoque de la planificación: "*Como el ser vivo que es, una ciudad reacciona sobre su medio ambiente en círculos cada vez mayores*" (Geddes, 1915/2009, pág. 470).

Por supuesto, el valor que se le brindaba al territorio más amplio, a la región, también se relacionaba con las ideas políticas de la época que promovían un modelo de desarrollo federativo contra la organización central y fuertemente jerarquizada. Según Peter Hall, "*de los contactos que a comienzos de siglo tuvo con los geógrafos franceses, [Geddes] absorbió su comunismo anarquista basado en las confederaciones libres de regiones autónomas*" (Hall, 1996, pág. 148).³⁸ Por lo tanto, si bien en Geddes, la importancia de la región surge desde una metáfora científica, adquiere rápidamente la misma connotación política que le otorga Turner. La importancia de la Región en Geddes y la importancia del "desarrollo local" en Turner adquieren relevancia por oponerse a un modelo de organización político vertical y centralizado.

En esta ampliación del enfoque de la planificación, Geddes incluía una crítica hacia las intervenciones parciales y sesgadas de los planes urbanos de fines del siglo diecinueve, como las operaciones de París, Berlín y Roma. En lugar de seguir la receta tecnocrática y superficial de Haussmann, que planteaba reproducir esquemas geométricos sobre la ciudad, Geddes proponía un

³⁷En el libro *Communitas Means Of Livelihood And Ways Of Life* (1947) Percival y Paul Goodman destacan que Geddes planteaba que gracias al reemplazo del carbón por la electricidad, "*la nueva ingeniería generaría ciudades jardines por doquier para reemplazar a los arrabales (slums)*". No obstante, las previsiones de Geddes no se cumplieron. En cambio se generaron "*interminables conurbaciones de suburbios difusos [donde] las emisiones de los automóviles son una amenaza aún mayor que el humo del carbón*". Texto disponible en http://www.archive.org/stream/communitasmeanso010751mbp/communitasmeanso010751mbp_djvu.txt

³⁸Dentro del vínculo con los geógrafos franceses, Carlos García Vázquez destaca la influencia de Paul Vidal de la Blache sobre Geddes: "*Partía del presupuesto de Vidal de la Blache de que la metrópolis y su medio territorial conformaban una unidad. [...] [A partir de este presupuesto] describió la primigenia relación entre la localización geográfica, las actividades económicas y los modos de vida en su famosa 'sección del valle'*" (García Vázquez, 2016, pág. 25). Este gráfico es el que medio siglo después recuperarían los miembros del Team X.

enfoque multidisciplinar capaz de integrar saberes provenientes de diferentes campos del conocimiento. El paso fundamental hacia un abordaje participativo puede notarse cuando Geddes propone incorporar dentro de esa multiplicidad de puntos de vista, la mirada de los propios residentes. Por eso afirmaba que en el estudio de las ciudades *“hay un amplio campo para la investigación social, que invita a la cooperación de especialistas de todas las ramas [...] pero posteriormente, tan pronto como fuera posible, deberían implicarse los mismos ciudadanos”* (Geddes, 1915/2009, pág. 459). La multidisciplinaria aparece, entonces, como un requerimiento para la participación. Una vez que se rompe la lógica tecnocrática que centraliza las decisiones, queda abierto el camino hacia una forma de planificación inclusiva, que permite incorporar también la experiencia cotidiana del ciudadano común.

Además hay que reconocer que Geddes proponía no sólo incorporar la acción y el criterio de los residentes, sino también aspectos relacionados con los sentimientos y las emociones. Mientras Turner enfatizaba la necesidad de incorporar la capacidad organizativa de la gente (desde un punto de vista racional), Geddes proponía también contemplar el disfrute y el goce:

“Los planes urbanísticos [...] unilaterales, [tienden] como mucho, a presentar unos pocos puntos de vista. Uno trata únicamente de las comunicaciones, otro del desarrollo industrial [...] rara y casualmente espacios para el juego, esa necesidad esencial de la supervivencia cívica” (Geddes, 1915/2009, pág. 458). En esta ponderación del sentido lúdico de la ciudad, Geddes se alejaba del productivismo que dominaría la primera parte del siglo veinte. Si bien esta beta más romántica de Geddes, no se retoma linealmente en la propuesta de Turner, puede apreciarse en algunos arquitectos del Team X, como por ejemplo Aldo Van Eyck.

Pese a que los textos de Turner – focalizados en el tema de la vivienda- no indagaban en esta necesidad de incorporar espacios o equipamiento para el disfrute en la ciudad, hay que destacar que sus proyectos tenían el mismo criterio integral de las primeras intervenciones de Geddes en Edimburgo.

La planificación física de la ciudad anclada al tejido social

En la base de la mirada interdisciplinaria e inclusiva de Geddes y Turner, que buscaba incorporar el punto de vista de los residentes, puede notarse la intención por respetar la raíz cívica de las transformaciones urbanas. En ese sentido, el estudio de la región no se limitaba a los aspectos físicos del entorno, sino fundamentalmente a los rasgos culturales. Esto continuaba, por supuesto, el abordaje en forma de tríada que proponía Pierre Guillaume Frédéric Le Play cuando decía que para entender la región era necesario desentrañar la relación existente entre el lugar, el trabajo y las costumbres.

Este abordaje tendría un valor fundamental para los primeros trabajos de Geddes en Perú, donde ya existía toda una línea de la antropología abocada a las transformaciones urbanas que se producían como resultado de las migraciones desde el campo a la ciudad. El enfoque de Geddes resultaba el más apropiado para abordar el fenómeno dinámico y complejo que se desenvolvía en los asentamientos de Latinoamérica: *“El método de Geddes, se mostraba con harta claridad, era compenetrarse lo más hondamente posible con las personas de quienes se trate”* (Turner, 1972/1976, pág. 132).

Turner retomaba a Geddes para oponerse a la planificación abstracta ejercida desde una posición de autoridad superior, como aplicación de un esquema de formas geométricas que se aplicaban sobre (o contra) la vida cotidiana del grupo humano.

“La ciudad físicamente preplaneada, diseñada en detalle y aun edificada por los tecnócratas sociofísicos, es una antiutopía orwelliana para [...] todo aquel que considere que

la vida real está en las relaciones entre los hombres, entre éstos y las cosas que hacen, entre la vida humana y el universo vivo” (Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 283).

A esas “relaciones entre los hombres y las cosas” Geddes las mencionaba en inglés como *civics*, es decir como la vida cívica. Actualmente decimos que existen dos raíces del latín para referirse a la ciudad, donde *urbs* hace referencia a la forma física, y *civitas* (de *civis* ciudadano) hace referencia a las costumbres y al modo de vida dentro de la ciudad. Adelantándose a estas taxonomías posmodernas, Geddes proponía un abordaje integrado. Confiando en una especie de sinergia entre lo ambiental y el sentido cívico, hablaba del renacer de un “impulso hacia la ciudadanía” (Geddes, 1915/2009, pág. 568) capaz de transformar gradualmente los barrios más degradados de la ciudad³⁹. Dentro de ese panorama, Geddes planteaba integrarse a los procesos sociales transformándose en una especie de “sociólogo cívico” (Geddes, 1915/2009, pág. 569). Estaba hablando de una transformación del rol profesional que tendría un valor fundamental para Turner en el ámbito de las barriadas peruanas⁴⁰.

El principal aporte de Turner fue aplicar ese enfoque cívico de Geddes al ámbito de la vivienda: “Un ambiente [...] es un ambiente sólo gracias a la gente que está contenida en él, no deberíamos hablar sobre vivienda como algo de valor intrínseco, por separado de las personas que las habitan” (Turner, 1974, pág. 4). Aquí puede notarse que, pese a provenir de una influencia naturalista, la síntesis propia que realiza Turner se acerca bastante a las ideas que Martin Heidegger desarrolla sobre el habitar durante la década del cincuenta. Este tema se abordará en profundidad en el capítulo referido a John Habraken.

De alguna manera, al incorporar el sentido cívico de la ciudad se cuestionaba la postura autoritaria del tecnócrata que pretende aplicar su propia creación geométrica sobre una ciudad cuya población tiene su propia dinámica. Este cuestionamiento a la tecnocracia establece un vínculo entre Geddes y el anarquismo que Turner explorará para escribir un artículo en la revista libertaria *Freedom*.

La propuesta de “cirugía conservadora” no implicaba solamente una serie de renovaciones graduales sino que además aclaraba que en esas transformaciones debían cobrar protagonismo algunos grupos usualmente marginados de las decisiones sobre la ciudad.

“Esta nueva o renovada ciencia crece claramente, y sus resultados comienzan a ser evidentes [...] comienza la llamada al ciudadano, y no sólo al individuo reflexivo [...], sino a miles. Vale la pena apuntar que esos miles pertenecen en su mayor parte a clases sociales que hasta ahora no se han ocupado demasiado de las políticas municipales. El llamado de lo cívico parece que cala perfectamente en los trabajadores y trabajadoras altamente cualificados, en los maestros y artistas, y en los jóvenes más que en los establecidos y en los viejos” (Geddes, 1915/2009, pág. 474).

Con lo cual, pretendía sacar la planificación de un círculo de eruditos para acercarla al ciudadano común. Es cierto que habla de incorporar solamente a los trabajadores calificados, pero es un primer paso importante para una corriente de pensamiento que se consolidaría medio siglo después.

³⁹Geddes contaba sobre las ciudades británicas: “Ha sido un desarrollo natural, como también un interés mayor en la salud pública y la vivienda. Lo mejor de todo es que se ha levantado una nueva oleada de sentimiento cívico” (Geddes, 1915/2009, pág. 571)

⁴⁰Geddes decía que el abordaje de la planificación “debe ser geográfico y económico, antropológico e histórico, demográfico y eugénico, etcétera: sobre todo, debe tender hacia la confluencia de todos estos estudios, en términos de ciencia social, como ‘Civismo’” (Geddes, 1915/2009, pág. 473).

Estudiar antes de planificar. La Outlook Tower

Evidentemente, para incorporar el sentido cívico a la planificación de las ciudades se requiere algo más que trazar nuevas calles y plazas sobre un plano bidimensional de la ciudad. Lo mismo ocurre con la intención de articular el desarrollo económico de la ciudad con el mejoramiento físico de la ciudad. Se requiere un periodo de estudio exhaustivo, desde diferentes escalas e incorporando múltiples miradas disciplinares.

Turner continúa esa misma postura, pero sin mencionar el antecedente de Geddes. Fruto de este abordaje científico hacia el ambiente, Turner colaboró con el cuestionamiento a una serie de concepciones erradas con respecto al financiamiento y la construcción de la vivienda para los sectores poblacionales de menores recursos (ver el apartado: *El autoritarismo produce “desajustes”*). De allí que Turner, en sus recomendaciones niega todo tipo de soluciones prototípicas, por el contrario afirma: *“Tenemos que saber de cuánto dinero dispone el habitante de un tugurio, qué espera y cuáles son sus alternativas antes de estar seguros de que el tugurio, supuesto o verdadero, le está haciendo más daño que bien”* (Turner, 1972/1976, pág. 178).

Las soluciones son específicas de cada sitio, por lo cual no pueden ser abstractas, tienen que surgir de una apropiada lectura de la realidad. Y es allí donde deben anclarse. Solamente a partir del estudio minucioso de la realidad puede encontrarse toda la información necesaria como para poder tomar las decisiones necesarias.

En el caso de Turner, el estudio permitía romper el prejuicio de los impulsores del *“slum clearance”* que consideraba que toda vivienda en mal estado debía ser reemplazada por otra que responda a los estándares mínimos de edificación. Para contrarrestar la inercia arrasadora de la arquitectura moderna, Turner estudiaba lo que se pretendía derribar, combinando conocimientos de la antropología, la economía, la teoría política. En lugar de acotarse a una mirada puramente formalista sobre el ambiente, que prescribía cómo debían construirse las viviendas para los pobres, Turner profundizaba en los procesos sociales, familiares e individuales, que subyacen y condicionan sus transformaciones.

Así como Turner se oponía a la *tabula rasa* moderna y al formalismo del urbanismo prescriptivo, Geddes se oponía al método del *“derribo generalizado”* y la pretensión esteticista de Haussmann y Daniel Burnham.

“Para cada ciudad necesitamos un análisis sistemático de su desarrollo y sus orígenes, de su historia y su presente. Ese análisis no es necesario solamente para los edificios materiales, sino también la vida de la ciudad y sus instituciones, para los que la ciudad construida no es más que el cascarón externo” (Geddes, 1915/2009, pág. 459).

Esta frase de Geddes permite delinear el rumbo que toman todos los interesados en promover un enfoque multidisciplinar de las transformaciones del ambiente, incluso cuando no promuevan técnicas participativas. En última instancia se trata de superar la superficialidad de la arquitectura planteada como *“cascarón externo”*.

Una diferencia evidente entre Turner y Geddes es que el primero tenía un enfoque más acotado, se planteaba como un técnico. Si bien incluía una mirada política en sus propuestas, no profundizaba en factores históricos o políticos del contexto. Pocos datos hay en sus textos acerca de la trágica historia de los países donde trabajó. En cambio, Geddes planteaba un enfoque generalista que profundizaba en detalles sobre la forma de vida de sus habitantes, pero también se alejaba para entender la historia de *“el mundo y sus alrededores”*.

Para promover ese enfoque amplio e integral sobre el ambiente, Geddes había planteado su Outlook Tower⁴¹ y sus exposiciones sobre la ciudad como una secuencia de escalas donde el visitante atravesaba desde la realidad planetaria hasta las calles de la ciudad, desde el pasado cultural remoto hasta el contexto actual. En la práctica, este enfoque pretendía lograr transformaciones del ambiente que permitan integrar las características geográficas (la región) con la actividad productiva del ser humano (el trabajo) hasta llegar a abordar las transformaciones de las viviendas (la residencia).

Geddes fue uno de los pioneros en institucionalizar, dentro de la planificación y el urbanismo, una etapa previa al proceso de diseño conocida bajo el nombre de *Survey*. En este periodo de investigación Geddes se valía de una multiplicidad de gráficos que, más que sintetizar la información, buscaban complementarla. Un ejemplo de ello es el esquema de la sección del valle que utilizaba para ejemplificar la relación entre la geografía, el trabajo y la ciudad. Una adaptación de esta pieza gráfica fue utilizada posteriormente por los miembros del Team X en el Manifiesto de Doorn⁴².

Traducir la complejidad de la realidad en gráficos de múltiples entradas

En la sección del valle que realiza Geddes puede notarse una intención por superar el trazado de la ciudad en planta, como si se tratara de una abstracción bidimensional. En fin de cuentas *“siempre dijo que para llevar a cabo este ambicioso trabajo, los mapas de los urbanistas no servían para nada [...] había que trazar secciones”* (Hall, 1996) que puedan sintetizar el vínculo existente entre la ciudad y región *“tal como la hallamos en cualquier lugar del mundo”* (Hall, 1996).

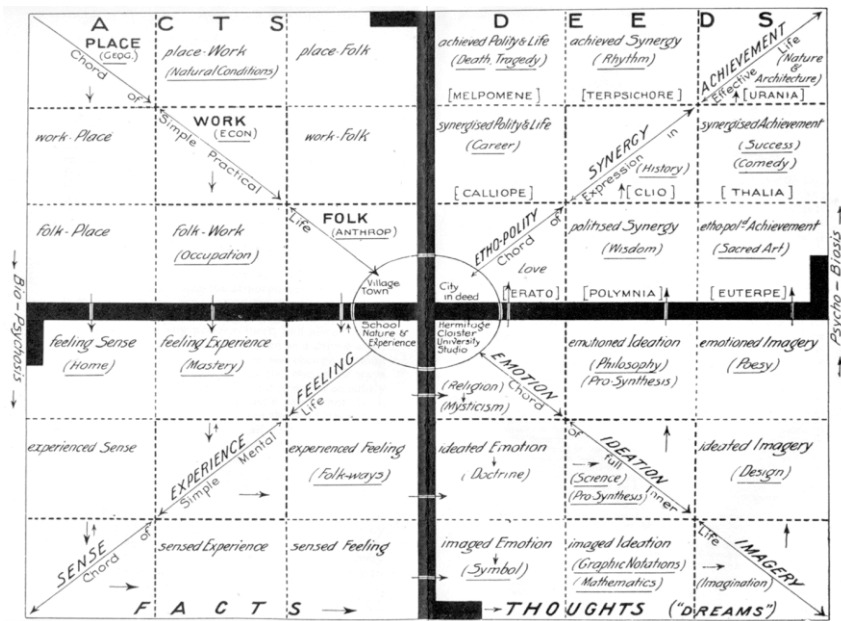
Si bien el biólogo escocés mantenía siempre un enfoque multidisciplinar, la sección del valle constituye una pieza gráfica propia de la geografía. Y pese a su éxito dentro del círculo del Team X, este tipo de imágenes no es el que tuvo mucha influencia en la producción teórica de John Turner. Por un lado, hay que aclarar que la sección del valle era un gráfico que no se adecuaba fácilmente a la realidad donde Turner realizó su trabajo de campo. Era un esquema bastante literal, sin mucho nivel de abstracción, que buscaba generalizar una relación prototípica. A su vez, el planteo de izquierda a derecha, de arriba hacia abajo, implicaba una lectura secuencial lineal y estable.

Este nivel de generalización y equilibrio contrastaba drásticamente con la expansión caótica de las barriadas de Lima por sobre las laderas que rodean la ciudad. En ese contexto de transformación vertiginosa, serán de mayor utilidad para Turner los gráficos más abstractos de Geddes, aquellos que luego se conocerían con el título de *máquinas pensantes*. Se podría decir que eran esquemas “conceptuales”, pero en realidad combinaban algo más que conceptos. Además de ideas, estos gráficos incluían acciones y procedimientos. En lugar de congelar, las *máquinas pensantes* (Figura 2) buscaban poner el conocimiento en acción. En vez de resumir la información, servían para producir nuevas combinaciones.

⁴¹Geddes describía la Outlook Tower como el primer prototipo de observatorio urbano: *“Aquí como en ningún otro lugar anteriormente, se mostraron las condiciones y fases fundamentales del pasado histórico de la ciudad como determinantes de sus cualidades y defectos presentes”* (Geddes, 1915/2009, pág. 460). *La intención del biólogo escocés era multiplicar esta experiencia en diferentes metrópolis del mundo, y en ese sentido, la cantidad de observatorios urbanos que funcionan actualmente en el mundo, reafirma su posición como visionario del Urbanismo y la Planificación.*

⁴²*“En síntesis, inscripta en la región de la ciudad había una jerarquía de asociaciones humanas solapándose, desde el vecindario de las aleas, los pueblos, hasta la totalidad de la región. Un esquema del valle regional que ilustra el borrador del Manifiesto Doorn retoma esta estructura jerárquica de solapamientos”* (Volker, 2003, pág. 103).

No servían para registrar lo existente, sino para tomar decisiones, guiar el movimiento y orientar procesos. Frente a la secuencia lineal de la sección del valle, las *máquinas pensantes* podían recorrerse en diferentes direcciones. Mientras algunos autores consideran un antecedente del pensamiento complejo, lo cierto es que eran un instrumento para el pensamiento dinámico.



Máquinas pensantes de Geddes. Esquema que relacionaba conceptos en diferentes direcciones. La lectura circular permite pasar desde los hechos a los pensamientos, de allí a los deseos y posteriormente a la acción para transformar los hechos (Gyger, 2013, pág. 347)

Figura 2 Máquinas pensantes de Geddes

En el caso de Turner, las máquinas pensantes eran un antecedente valioso para abordar fenómenos en transformación. Principalmente teniendo en cuenta que el arquitecto inglés -retomando el enfoque de Geddes- proponía estudiar la "interacción de personas (actores) y lo que éstas producen (realizaciones) en base a roles y responsabilidades (actividades)" (Turner, 1976/1977, pág. 80).

A través de Henri Wilson, un vecino de la familia, Turner tuvo la oportunidad de encontrar unos borradores donde Geddes bosquejaba las máquinas pensantes. Junto a dos de sus compañeros de estudio, Bruce Martin y Paffard Keating-Clay, comenzaron a interpretar los manuscritos. El resultado de este trabajo fue anexado por Jaqueline Tyrwhitt en la edición de 1947 de *Cities in evolution* (título original de *Ciudades en evolución*), constituyendo la primera publicación de Turner. Este primer paso dentro del mundo de la investigación marcaría definitivamente la trayectoria de Turner. En primer lugar, porque los cuadros de Geddes definían un marco epistemológico en el cual Turner podría encuadrar, posteriormente, su propia mirada. En segundo lugar, porque en el contenido de los gráficos había un llamado a la complementariedad entre la teoría y la experiencia. Helen Gyger destaca que, antes de recibir cualquier tipo de invitación, Turner ya estaba convencido de complementar su formación viajando. Y, por último, Turner decidió viajar a Latinoamérica aceptando la invitación de Eduardo Neira, un arquitecto peruano que había traducido al castellano su primera publicación.

Partiendo de este antecedente en investigación, y luego de presenciar el acelerado proceso de autoconstrucción de los asentamientos de Latinoamérica, Turner elaboró el núcleo de su propuesta teórica: la vivienda no debe ser abordada como un objeto físico acabado en sí mismo, sino como un proceso en constante cambio. Dentro de esa propuesta, los gráficos dinámicos (Figura3), al estilo de Geddes, serían una herramienta fundamental.



Gráfico dinámico de Turner basado en los gráficos de Geddes. Permite pasar de una fase pasiva (cuestiones y problemas) a la acción (prácticas guiadas por principios). Relacionando el mundo interior y el exterior. (Turner, 1976/1977, pág. 116)

Figura 3 Gráficos dinámicos de Turner

En el libro *Vivienda, todo el poder al usuario* (1976/1977), y en los capítulos de *Libertad para construir* (1972/1976) que escribe Turner a principios de los setenta, hay una serie de gráficos que combinan el conocimiento dinámico, tal como proponía Geddes, con la información que Turner incorpora a partir de su experiencia en Perú. Como resultado, Turner grafica diferentes relaciones entre el pensamiento y la acción (Figura 3), que venían a reforzar su hipótesis principal: en lugar de abordar el alojamiento desde la provisión de un objeto casa que cumpla con una serie de requisitos mínimos, era necesario considerarlo como un proceso donde los residentes jugaban un rol determinante. El dinamismo y la amplitud conceptual de los gráficos, permitía abordar procesos continuos, según diferentes secuencias e incorporando actores diversos. Al punto tal de llegar a sintetizar sus reflexiones finales en un gráfico que ejemplifica la realimentación continua entre teoría, información, lo administrativo, lo legislativo (Figura 4).

Los investigadores debían investigar, transformando la teoría y elaborando nueva información. Desde la base de esa información, la administración puede tomar decisiones. Estas decisiones tienen que ver con el diseño (de políticas, y también de conjuntos). Estos conjuntos tienen que responder a una normativa concreta. E incluso, en algunos casos, es necesario transformar algunas cuestiones legislativas. Y estas transformaciones deben evaluarse para seguir produciendo teoría. Sin embargo, la lectura no avanza siempre en el mismo sentido. Por ejemplo, el proceso puede comenzar al revés, con una evaluación de lo existente conduciendo a un cambio en la legislación existente.

Evidentemente, existe un vínculo estrecho entre la concepción de la vivienda como proceso y la participación de los residentes en dicho proceso. Luego de aceptar que la vivienda es un proceso, correspondería como paso inmediato preguntarse quiénes participan en él. En el caso de Turner, los gráficos de Geddes proveían un instrumento donde no sólo se podía plantear dinamismo (el proceso), sino además una multiplicidad de actores (¿quiénes participan?). El abordaje complejo de Geddes le permitió a Turner romper con el sentido unidireccional del Estado como proveedor, de arriba hacia

abajo, para comenzar a plantear una política habitacional disgregada, en red, donde pudieran involucrarse múltiples actores siguiendo diferentes lógicas.

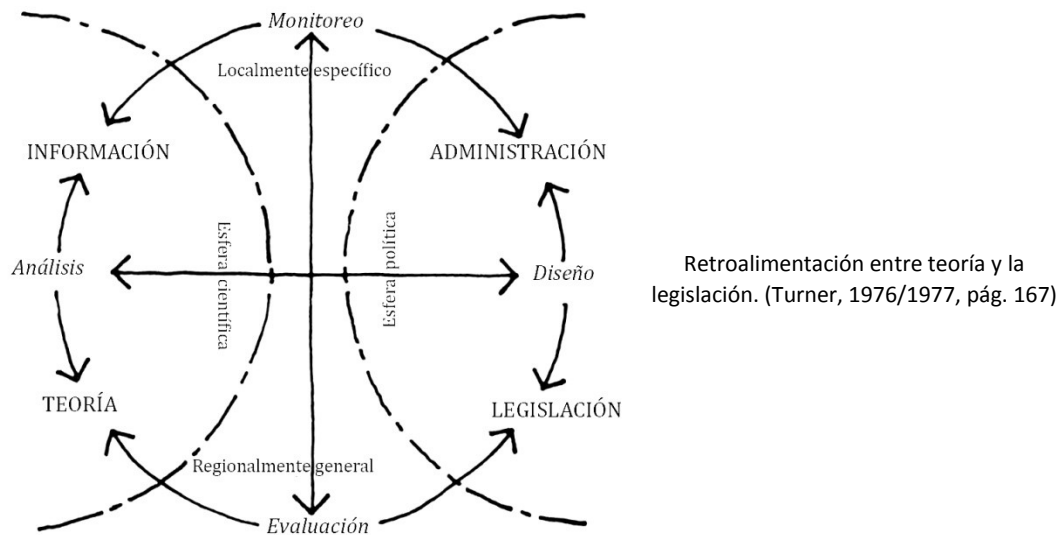


Figura 4 Retroalimentación continua

Acción directa - involucrarse en la transformación - valor de la experiencia, el estar allí

Cuando Turner rescata las ideas de Geddes, no sólo retoma su enfoque epistemológico y sus herramientas gráficas, sino también algunas de sus ideas puntuales con respecto a la regeneración urbana. Turner destaca, en diferentes oportunidades (Turner, 1976/1977; Turner, 1978; Turner, 1978) una misma frase de Geddes que hace referencia al involucramiento de la población en la resolución de sus propios problemas. Es un llamado a fortalecer la escala comunitaria como contraposición a un supuesto efecto adormecedor del Estado. Desde esta perspectiva, mientras la lógica estatal posiciona a la comunidad en un rol pasivo, la acción directa nos acerca hacia el bienestar manteniendo la autonomía.

En un panfleto que circulaba en 1912 con el título de *What to do* Geddes afirmaba: *“El logro de la relación plena precisa la reabsorción del gobierno por el cuerpo comunitario. ¿Cómo? Cultivando el hábito de la actuación directa, en lugar de aguardar la de los organismos representativos”* (Geddes citado en Turner, 1978).

Hay que reconocer que se trata de una idea que otros autores cercanos al anarquismo, han desarrollado con mayor profundidad. No obstante, Turner se remitía siempre a la misma cita de Geddes. Aun cuando era una frase que no aparecía en los textos principales del biólogo escocés. Turner rescata un fragmento escrito por Geddes en un panfleto de 1912 que aparece citado en un libro de Peter Cadogan que no hablaba de la ciudad sino sobre el principio federativo⁴³. Con lo cual, podría llegar a pensarse que es una cita fortuita. Que dentro de la infinidad de temas que abordó Geddes, en este fragmento articuló casualmente una secuencia de palabras que encajan muy bien en la propuesta de Turner. Y que por eso repitió esa misma cita en diversas oportunidades.

En defensa de Turner hay que reconocer que esta cita es un fiel reflejo del pensamiento de Geddes. Quizás hubiera sido conveniente complementar la frase de Geddes con el marco teórico que le proveía el

⁴³La cita aparece en un libro de Peter Cadogan llamado: *Direct democracy: an appeal to the politically disenchanteds : the case for an England of sovereign regional republics, extra-parliamentary democracy and a new active non-violence of the center*

anarquismo, pero sin duda tenía más impacto la frase sintética de Geddes, por ser una figura con cierto renombre dentro del planeamiento y el urbanismo de Europa.

Revisando algunos de los textos principales de Geddes puede notarse que el llamado hacia la acción directa, para poner los problemas de la ciudad en manos de la gente, es el resultado de una mirada con respecto al conocimiento que pone el énfasis en la relación entre la teoría y la acción. En lugar de concebir el conocimiento desde la típica actitud del estudio en una biblioteca, como incorporación de conocimientos abstraídos en forma de textos, Geddes proponía imbuirse en la realidad que se pretende estudiar⁴⁴. Es una concepción participativa del conocimiento. El ser humano se involucra con la realidad y la estudia mientras la transforma. De allí el lema de “aprender viviendo” (*by living we learn*).

Esta forma de conocimiento dinámico, que combina el pensamiento y la acción, cuando se lleva a la ciudad supera la pasividad de la economía política para incorporarse en la vida comunitaria⁴⁵. La acción cívica, era como una instancia superadora de la postura pasiva, puramente receptiva, de otras ciencias sociales. Era un cuestionamiento a la abstracción simplificadora y a la falta de aplicación del conocimiento. E incluso se burlaba del papel del investigador recluido, en una especie de “*retiro ermitaño contra el mundo exterior [caracterizado por] su abstención de las responsabilidades y actividades sociales*” (Geddes, 1915/2009, pág. 547)⁴⁶.

Estudiar la ciudad ya implicaba involucrarse en sus procesos: “*Nuestra investigación no puede lograrse sin participar en la vida activa de la ciudadanía*” (Geddes, 1915/2009, pág. 548). Por supuesto, este involucramiento en la realidad social tenía repercusiones dentro del plano político. Geddes se mostraba muy entusiasmado cuando corroboraba que estaban “*surgiendo gradualmente aquí y allá grupos que se ayudan y se estimulan mutuamente, lo cual podría ser de nuevo la condición de un progreso ulterior*” (Geddes, 1915/2009, pág. 546). Es decir que no era una propuesta epistemológica inocente, planteaba transformar la realidad. La investigación debía superar su propia esterilidad, “*despertar y educar a la ciudadanía organizando los esfuerzos hacia la realización de esos valiosos fines*” (Geddes, 1915/2009, pág. 552).

A su vez, las “*tareas prácticas de la ciudadanía*” (Geddes, 1915/2009, pág. 541) impedían “*la absorción de la comunidad por el cuerpo del Estado*” (Turner, 1978). Lo cual sintonizaba bien con el interés de los geógrafos franceses por fortalecer la organización federativa de regiones autónomas en lugar de someter el territorio a un Estado centralizado y fuertemente jerarquizado. Cerrando, de este modo, el vínculo entre lo epistemológico y lo político.

En síntesis el llamado hacia un conocimiento situado, interactuando con la realidad, alentaba a la participación dentro de la vida comunitaria. Por último, esta recuperación de los valores cívicos propiciaba una forma de organización política que garantizaba la autonomía y el equilibrio de las regiones.

Desde principios de siglo, el abordaje participativo de las condiciones físicas del ambiente se combinó con una mirada diferente sobre la investigación y el conocimiento. En lugar de mantener la postura del observador neutral y abstraído, un rasgo que comparten el empirismo y el positivismo, tanto Geddes como Turner establecían un vínculo dinámico pero indisoluble entre la investigación y la

⁴⁴Por eso Geddes recomendaba: “*Se precisa escapar de las bibliotecas y las salas de lectura, volver a la observación directa*” (Geddes, 1915/2009, pág. 543)

⁴⁵Abstraerse, o sustraerse de la vida comunitaria era una simplificación forzada de la realidad: “*Al dejar cualquier aspecto o elemento de la vida comunitaria, debemos quedar a merced del reproche por teorizar de modo crudamente simplificado, de lo que acusamos a la economía política*” (Geddes, 1915/2009, pág. 545).

⁴⁶En ese fragmento del texto, se burlaba particularmente de Herbert Spencer.

transformación de la ciudad. Donde la observación directa y el fortalecimiento de los grupos de vecinos formaban parte integral de la tarea.

A principios del siglo veintiuno, existen una multiplicidad de organizaciones y colectivos que combinan la investigación con una participación activa para transformar tanto la ciudad como la visión política que sustenta su normativa. Un ejemplo de ello, puede encontrarse en el *Col·lectiu Punt 6*, surgido en Barcelona. Este colectivo de mujeres propone aplicar la perspectiva de género al espacio urbano, combinando diferentes estrategias que combinan la actividad proyectual o de planificación, la dinamización comunitaria, la sensibilización y la capacitación en temas de género, y, por supuesto, la investigación. Los diferentes trabajos de investigación que se encauzan dentro del colectivo, como por ejemplo el de Adriana Cicoletto, buscan incorporar diferentes puntos de vista desde las vivencias cotidianas del espacio urbano. Se combinan así técnicas de investigación cercanas a la participación como las entrevistas semi-estructuradas con personas usuarias y técnicas, los grupos de discusión, la observación participante y las auditorías de género “*desde la experiencia de las personas*”(Col·lectiu Punt 6, 2017).

Contra el derribo generalizado. Microcrédito y vivienda crecedora

En 1962 el periodista Jame Morris, que luego cambiaría de identidad a Jan Morris, publicó un artículo en el diario Sunday Times brindando una visión descorazonadora acerca de las barriadas de Perú (Chavez, Viloria, & Zipperer, 2000; Turner, John & Wakely, 2015). La misma visión pesimista había tenido Pedro Beltrán, dueño del diario *La Prensa*, cuando fue invitado a recorrer una de las barriadas de Lima. Esa lectura deprimente y cargada de emotividad barata contrastaba con la visión más profunda y compleja que proponía Turner. Como se analizará posteriormente en este trabajo, frente a una visión deprimente y tendenciosa que contemplaba a las barriadas como un pozo de desesperanza, Turner las veía como una gran obra en construcción, transformándose gradualmente en base al esfuerzo infatigable que hace la gente por salir adelante. Esta visión optimista del fenómeno era resultado de una concepción previa con respecto al ambiente que estaba influida por las ideas de Patrick Geddes. Allí donde muchos veían un conjunto de ranchos a demoler, Turner encontraba un camino gradual y progresivo para mejorar las condiciones habitacionales de la gente. Frente al desprecio por lo existente y la consabida pulsión urbanística de la modernidad por derribar lo existente y construir desde cero, Turner retomaba de Geddes el método de la cirugía conservadora y el aprecio por el tejido de crecimiento gradual. En lugar de proponer el “derribo generalizado” que permite imponer la geometría milimétrica sobre grandes porciones de territorio, trastocando la vida cívica y comprometiendo el presupuesto del Estado, Geddes y posteriormente Turner rescataban la riqueza imperfecta de los tejidos consolidados gradualmente.

Si bien aceptaban la necesidad de realizar operaciones que puedan mejorar las condiciones de los barrios, como regularizar trazados y abrir vacíos en los tejidos demasiado densos, todo esto debía ser realizado a cuentagotas, supeditando los cambios a una investigación previa, y contemplando (e incluso alentando), en todo momento, la fuerza transformadora de los mismos residentes.

En el caso de Geddes esta propuesta de transformación gradual “*derivaba del convencimiento de que la ciudad era un organismo vivo que se desarrollaba en el tiempo*” (García Vazquez, 2016, pág. 25). Pero además de una metáfora biológica, Geddes hacía una valoración de los tejidos existentes desde un punto de vista cultural. Afirmando, por ejemplo, que “*la arquitectura de una ciudad no es más que la expresión cambiante, y su trazado no es más que su registro, o mejor dicho su palimpsesto*” (Geddes,

1915/2009, pág. 461). Esta valoración de la ciudad como sumatoria gradual de pequeños aportes se oponía radicalmente a las transformaciones de las grandes capitales de fines del siglo diecinueve que seguían la impronta de Haussmann⁴⁷.

El factor económico también tenía una importancia fundamental a la hora de proponer una intervención gradual. En la página 70 del reporte realizado para la ciudad de Indore, en la India, Geddes afirmaba que sería imposible construir para los obreros del algodón cientos de casas tomando como modelo las *pukka* (o *pucca*, viviendas de primera clase). En cambio, era necesario pensarlas como si fueran *kucha* (*kaccha* o *kutch*a, viviendas sin terminar, hechas con técnicas artesanales). Por un lado, al ser una construcción más económica, podrían tener mayor tamaño para garantizar ambientes más amplios y saludables. Por otro lado, al ser de ejecución sencilla, el trabajo podría ser realizado en parte por los mismos habitantes (Geddes 1918 citado en Gyger, 2013, pág.: 91).

Esta intención por considerar la capacidad de la gente como un recurso más a la hora de mejorar las condiciones habitacionales también puede apreciarse en los escritos de Turner. Sin embargo es necesario aclarar que nunca lo nombra a Geddes como un antecedente respecto a este tema. En realidad Turner hacía referencia a los programas de autoconstrucción iniciados por el New Deal en Puerto Rico. Con lo cual, en otras secciones de este trabajo se propone rastrear al concepto de la autoconstrucción dentro de la idea de *sweat equity* de los autores norteamericanos.

Por el momento hay que decir que en esa época en Estados Unidos cobraba relevancia la figura de Lewis Mumford, quien, dentro del ámbito de la planificación, se consideraba discípulo y difusor de las ideas de Patrick Geddes. Si bien Peter Hall ha indagado en la relación entre Mumford y la planificación que realizaran los técnicos del New Deal en el Valle de Tennessee, sería interesante investigar cuál fue su influencia sobre los proyectos que mantenía el New Deal en Puerto Rico⁴⁸.

Tanto para Geddes, como para Turner, la intención de geometrizar el tejido de la ciudad responde a un prejuicio, una mirada despectiva con respecto a la obra gradual e imperfecta que construye la gente a través de múltiples esfuerzos cotidianos. Para ambos autores, esta iniciativa personal de los residentes, debía promoverse y canalizarse de manera tal de aportar al mejoramiento general de la ciudad. Muchos de los barrios construidos informalmente por la gente pueden recuperarse realizando operaciones graduales, sin necesidad de destruirlo todo⁴⁹. Por eso Turner afirmaba que era necesario estudiar en profundidad cada caso para “*estar seguros de que el tugurio, supuesto o verdadero, le(s) está haciendo más daño que bien*” a sus residentes (Turner, 1976/1977, pág. 178).

Por último, la propuesta del derribo generalizado, no sólo era prejuiciosa y antieconómica, además generaba grandes inconvenientes en la vida cotidiana de la gente. El urbanismo que plantea demoler el tejido existente para reproducir sobre la realidad un esquema geométrico delineado de manera abstracta y simplificada desde un gabinete, tiene como punto de partida una concepción de la sociedad

⁴⁷ “*En algunas ciudades, a menudo las más históricas e influyentes (Roma y París sobre todo), los cambios en el centro han sido a menudo demasiado violentos y costosos, mezclando lo bueno con lo malo*” (Geddes, 1915/2009, pág. 472).

⁴⁸ A nivel general, Helen Gyger destaca que la figura clave entre Geddes y los arquitectos de posguerra fue Jacob Crane, el Director de la Oficina Internacional de Vivienda y Financiamiento de Casas de Estados Unidos (1945–1954). (Gyger, 2013, pág. 92).

⁴⁹ Al hablar de tejidos que podían recuperarse, Geddes se refería principalmente a antiguos barrios degradados, “*con su admirable combinación de simplicidad privada y magnificencia sagrada*” (citado en Tyrwhitt, 1947, pág. 49) mientras que Turner se refería principalmente a “*poblaciones jóvenes*”. Sin embargo, mantienen un mismo paradigma que busca entender el ambiente como un proceso dinámico, con altibajos, donde la acción de la gente tiene un valor trascendental.

profundamente elitista. La lógica de la *tabula rasa* manifiesta un desprecio por las formas de vida existentes. Si bien los hábitos de la gente también tienen un alto grado de dinamismo, y es necesario que vayan cambiando, estas transformaciones culturales no pueden ser impuestas, ni deben quedar supeditadas exclusivamente a una lógica formal regida por criterios estéticos hegemónicos. Si la sociedad y el ambiente se van transformando mutuamente, quien quiera aportar a transformaciones democráticas debe estar preparado para afrontar procesos largos y complejos, donde se puedan incorporar múltiples puntos de vista. Es cierto que existen transformaciones urgentes, pero incluso en los casos más drásticos debería contemplarse, al menos, el interés de aquellos grupos cuya opinión ha sido postergada durante toda la historia de las transformaciones ambientales.

Cuando Geddes criticaba uno de los planes megalómanos que habían propuesto los ingenieros del colonialismo inglés en la India, se quejaba de *“un plan con tanto nuevo espacio vacante [...], pero sin nada (de espacio) para la gente que barría, y el consecuente desplazamiento de gente y la sobrepoblación de otros barrios, ahí amenazantes”* (Tyrwhitt, 1947, pág. 57). Es una frase que, al momento de escribir este texto, cumple un siglo de constante vigencia. Por un lado, pone de manifiesto una preocupación que la arquitectura participativa siempre ha mantenido, que es tener en cuenta la experiencia cotidiana de la gente. Por otro lado, destaca una visión integral de la ciudad que muchas veces se pierde en los proyectos de arquitectura o urbanismo que implementan técnicas participativas. Muchas veces los grupos u organizaciones que implementan la participación se centran en un sector o barrio determinado perdiendo la visión de la ciudad como conjunto. En contextos de pobreza esto termina siendo contraproducente. Con el discurso de la “ciudad dual”, existe una tendencia a pensar que los barrios y asentamientos con mayor población de bajos ingresos responden a lógicas distintas que el resto de la ciudad.

Para decirlo con un ejemplo simple, la concentración de infraestructuras en algunas zonas de la ciudad implica la des-provisión de otros sectores periféricos. Se puede ir más lejos inclusive, diciendo que no sólo son un resultado de la conformación general de la ciudad, son un requisito. En los asentamientos y villas miserias se cumplen una serie de funciones de la ciudad que no encuentran localización en otras zonas con población de mayores ingresos. Dentro de todas esas funciones, una de las principales es el alojamiento para la mano de obra de menores ingresos.

La visión integral de la ciudad parece una deuda pendiente de la arquitectura participativa, un legado que no ha retomado de Geddes y de Turner, pese a que en algunos momentos hicieron llamados muy explícitos. En una entrevista realizada por dos técnicos del CEVE (Centro Experimental de la Vivienda Económica) Turner lo planteaba en términos muy concretos:

“Ustedes decían que se preocupan por los niveles económicos más bajos solamente. Tenemos que pensar un poco, porque estamos hablando de un solo sistema con subsistemas adentro. No podemos separar luego un subsistema de los demás [...]. Diría que tenemos que tener cuidado, porque tenemos el hábito de decir que el problema para la ciudad es éste y no el resto. Pero es un ‘sistema’ y si no consideramos estas interrelaciones podemos llevar a cabo acciones menos efectivas o contraproducentes” (Ferrero, Ortecho, & Turner, 1985, pág. 71).

Geddes, el pasaje de Turner hacia Perú

Para terminar de estudiar la influencia de Geddes dentro de la visión de John Turner, es necesario incorporar un hecho algo fortuito, pero determinante. Turner viajó a Perú a principios de 1957 invitado por Eduardo Neira. Este arquitecto peruano había traducido el artículo de Turner incluido como apéndice

del libro *Cities in evolution* (1949). Compartía con Turner la misma visión geddesiana del ambiente, donde las formas físicas se encontraban ancladas a la vida cívica de la población⁵⁰.

Neira había formado parte de los primeros grupos profesionales que plantearon un estudio profundo y sistemático sobre la realidad de las barriadas peruanas. Turner mencionaba como parte de este grupo al geógrafo John P. Cole y al antropólogo José Matos Mar, aunque también se podrían incluir otros arquitectos como Adolfo Córdova, Santiago Agurto, Javier Cayo Campos y José Dulanto Pinillos. Junto a estos profesionales, Neira había compartido, por separado y en distintas ocasiones, equipos de trabajo, informes y publicaciones.

Como rasgo general podría decirse que todos ellos buscaban aportar una respuesta integral al problema de la vivienda para los sectores de menores ingresos. Era una intención moderna en el sentido profundo del término, buscando superar una concepción superficial que consideraba la arquitectura moderna como un ropaje con el cual revestir los edificios cuando el programa no se adecuaba al repertorio de “estilos” historicistas. Pese a su cercanía con la arquitectura moderna, en lugar de partir de una situación de *tabula rasa*, arrasando el tejido como había propuesto Le Corbusier en el *Plan Voisin*, proponían una estrategia más respetuosa de la realidad existente. Para estos arquitectos peruanos, la capacidad constructiva de la gente, formaba parte integral de la solución al problema de escasez de vivienda digna⁵¹.

Algunos proponían viviendas nuevas que permitían crecer o completarse, otros se acercaban al mejoramiento de los barrios existentes, pero siempre buscando soluciones realistas que permitan superar el prejuicio y la impotencia ante un fenómeno que aumentaba sus magnitudes a un ritmo vertiginoso.

En particular, Neira había estudiado urbanismo y planeamiento regional en el Departamento de Diseño de la Universidad de Liverpool (Gyger, 2013, pág. 84). Luego de realizar la típica peregrinación arquitectónica hacia la Unidad Habitacional de Marsella, asistió al campamento de verano del C.I.A.M.⁵² 1952 en Venecia. Allí es donde se encontró con Turner, que ya había realizado su visita a la Unidad de Marsella guiado por Shadrach Woods, recientemente incorporado al estudio de Le Corbusier.

El campamento de Venecia era, para Turner, el corolario de un año de trabajo en el estudio BBPR de Ernesto Nathan Rogers. Eduardo Neira y John Turner compartían una formación afín a la mirada holística de Geddes, y a partir de su encuentro en Venecia comienzan a pensar en proyectos futuros que también tendrían que ver con esa base compartida.

⁵⁰ Turner describía a Eduardo Neira como un “*arquitecto peruano que había estudiado la planificación regional y urbana en la universidad de Liverpool y para quien Geddes era (y es) un profeta [...]. Sentíamos y sabíamos que la arquitectura no puede practicarse como si fuera una variable independiente, como si el arquitecto no tuviera responsabilidades sociales ni políticas*”. Parecía tan absurdo creer que la estructura social podía modificarse por la arquitectura como creer que la arquitectura debería someterse por completo a una interpretación oficial del gusto popular” (Turner, 1972/1976, pág. 132).

⁵¹ También hay que reconocer que los arquitectos peruanos tenían como antecedentes algunos ejemplos que superaban el esquematismo del Plan Voisin. Un ejemplo más cercano, y planteando una mejor articulación entre la arquitectura nueva, los núcleos preexistentes y la región, son los proyectos de Paul Lester Wiener y Josep Lluís Sert para Lima y Chimbote.

⁵² El C.I.A.M. era el Congreso Internacional de Arquitectura Moderna, que congregaba a arquitectos de todo el mundo para la discusión y difusión de los lineamientos de una nueva arquitectura, en sintonía con las vanguardias del arte y los nuevos adelantos técnicos. El primero fue celebrado en 1928, sintetizando los logros de una década de expansión de la construcción posterior a la Primera Guerra, y el último fue celebrado en 1959 ante las críticas de los asistentes más jóvenes, conformados alrededor del grupo Team X.

Neira, confiando en que la presidencia de Fernando Belaunde Terry aumentaría las posibilidades laborales de los arquitectos, invitó a Turner a viajar a Perú en 1956 (Gyger, 2013, pág. 84). Apenas llegado a América en 1957, Turner comenzó a dar clases sobre teoría de la planificación junto a Eduardo Neira en el Instituto de Urbanismo. Por supuesto, todos los temas del curso “*buscaban reforzar la mirada de Patrick Geddes*” (Gyger, 2013, pág. 94).

Fuera del ámbito académico, Neira se había incorporado a las dependencias estatales apenas regresado de Europa. “*En este contexto, Neira actuaba como vínculo para importar conocimiento sobre vivienda autoconstruida (self-help) a Perú*” (Gyger, 2013, pág. 90). Por supuesto, Neira había viajado a Puerto Rico, donde se estaban implementando programas oficiales de autoconstrucción asistida bajo la dirección de Luis Rivera Santos (Gyger, 2013, pág. 88). Con lo cual, Neira podía combinar las ideas geddesianas de la planificación atada al estudio regional, el respeto por el tejido existente y la acción directa con una nueva corriente dentro de las políticas habitacionales de Latinoamérica que buscaba canalizar y capitalizar el esfuerzo, el *sweat equity*, de los residentes.

Los primeros pasos de Turner en Latinoamérica se relacionan con esta síntesis particular que se daba en el ámbito de Perú. Allí convergía una tradición milenaria de construcción comunitaria, un Estado nacional deseoso de canalizar la disponibilidad de crédito internacional hacia novedosas soluciones para los problemas de las ciudades y la influencia de una corriente intelectual dispuesta a transgredir el dogmatismo de la arquitectura moderna para adecuarse a las particularidades culturales de la región.

La crítica al movimiento moderno

Cuando Turner estudiaba arquitectura en la Architectural Association (AA), integró el consejo editorial de la revista *Plan* Nº 6, que según Helen Gyger permite repasar algunos de los cuestionamientos que realizaban los jóvenes de la AA con respecto a la arquitectura de la época. Pese a que Turner no firmaba individualmente ninguna de las notas, la selección de los textos e imágenes guardan estrecha similitud con los temas que desarrollaría posteriormente en sus artículos de investigación y libros. La revista implicaba una crítica al efecto homogeneizador de una arquitectura moderna estereotipada y su efecto nocivo sobre la vida comunitaria. Por eso, la revista tomaba como uno de los ideales a seguir el proyecto de Peckham's Pioneer Health Centre (1935) construido por el ingeniero Owen Williams. En este edificio experimental se aprovechaban al máximo las cualidades tecnológicas y tipológicas de la modernidad para generar una solución novedosa, acorde a los requerimientos sociales. Los médicos que encargaron el edificio, George Scott Williamson e Innes Hope Pearse, habían decidido cambiar el enfoque de los estudios sobre medicina. En lugar de centrarse en las enfermedades, querían aprender de la gente que gozaba de buena salud. Frente a la compartimentación y el aislamiento de las típicas celdas para enfermos que subdividían las clínicas convencionales, la tecnología moderna permitía condiciones de vida más libres y confortables. El hormigón y el vidrio permitían usos comunitarios más fluidos, incorporando incluso una pileta con techo vidriado en el corazón del conjunto y algunos sectores con pisos de corcho para poder caminar sin calzado⁵³.

La revista *Plan* también destacaba la figura de Ernesto Nathan Rogers, uno de los actores centrales dentro del proceso de renovación que experimentaron los C.I.A.M. a partir de la Segunda Guerra. Rogers era uno de los arquitectos que cuestionaba el carácter autorreferencial de la arquitectura moderna y su ruptura con la historia particular de cada lugar. Mantenía, junto a los arquitectos italianos de La Tendenza,

⁵³ Se puede obtener más información en el periódico de la RIBA: <https://www.ribaj.com/buildings/peckham-pioneer-health-centre>

el valor del estudio tipológico y el respeto por el tejido tradicional de la ciudad, pero proponiendo una actitud de vanguardia en cuanto a la incorporación de nuevas tecnologías.

La larga trayectoria de Rogers tiene tres puntos de contacto con la vida de Turner. Por un lado, Rogers enseñó en la AA, además participó en los C.I.A.M. a los que asistió Turner, y por último lideraba el estudio BBPR donde Turner trabajó por un año antes de viajar a Perú. A nivel general, podría decirse que Turner continúa del enfoque de Rogers, una particular sensibilidad por el contexto y una postura desprejuiciada con respecto a los dogmas de la arquitectura moderna.

A mitad de siglo, la urbanística moderna ya había tenido la oportunidad de transformar grandes porciones de territorio. El lenguaje depurado de los volúmenes blancos se expandía por el mundo industrializado, desde las grandes construcciones de infraestructuras del New Deal hasta las reconstrucciones de los barrios europeos siguiendo el modelo de la Unidad de Habitación de Marsella.

En Latinoamérica los grandes conjuntos de vivienda, que en algún momento habían estado ligados a la acción de asociaciones filantrópicas, comenzaron a formar parte de las políticas estatales apoyados en dos condicionantes: la aceleración del proceso de industrialización (cuando los países europeos entraron en guerra), y la disponibilidad de crédito internacional del periodo inmediatamente posterior al conflicto.

Más allá de este periodo de difusión de la arquitectura moderna, en el cual se pusieron en práctica las ideas desarrolladas en los años de entreguerras, también surgieron una multiplicidad de críticas y cuestionamientos al dogmatismo teórico que caracterizaba a los C.I.A.M. Ernesto Nathar Rogers y el grupo nucleado alrededor de la revista Casabella reflejan parte de ese cuestionamiento, pero podrían incluirse también las críticas de los arquitectos del Team X, el GEAM e incluso algunas búsquedas individuales cercanas a la filosofía, como Louis Kahn.

Dado que John Turner se formó en ese contexto, mantiene además una relación dual, de admiración y crítica, con respecto a la arquitectura moderna. Por un lado, expresa una serie de cuestionamientos tanto hacia la arquitectura moderna en general como hacia algunos conjuntos de vivienda en particular. Por otro lado, y de manera casi inconsciente, Turner continúa con el mismo abordaje general que planteaban los arquitectos modernos. Quizás esto no era muy evidente en ese momento, aunque luego del vacío de valores que implicó la posmodernidad, puede apreciarse mejor la continuidad de algunos ideales modernos dentro del enfoque que proponía Turner. Por ejemplo, la confianza y la constante alusión a las libertades individuales. Es interesante notar que esa confianza liberal en la iniciativa individual no lo llevaba a abandonar esa vocación de los arquitectos modernos por transformar las condiciones de vida de las mayorías. En fin de cuentas, su estrategia no buscaba transformar las condiciones de vida a partir de la construcción de una obra en particular, pero adhería a la necesidad de pensar soluciones de gran escala.

Mientras los arquitectos modernos trataron de pensar los edificios en sí, Turner tomó cierta distancia con respecto al proyecto de arquitectura para intentar mejorar la calidad de vida de la gente mediante el diseño de políticas. Sin embargo, mantenía la metodología moderna, inspirada en las ciencias, que planteaba estudiar los ejemplos previos y aprender a partir de la superación de los errores.

La crítica que Turner realizaba con respecto a la arquitectura moderna, puede sintetizarse según tres escalas: una crítica con respecto a los postulados generales de los arquitectos modernos, una crítica con respecto a los conjuntos de vivienda y una última crítica con respecto a las tipologías.

Crítica al enfoque general de la arquitectura moderna

En cierto modo, la crítica que realizaba Turner con respecto a la arquitectura moderna, continuaba el mismo camino que Geddes⁵⁴ había planteado frente a los ingenieros haussmannianos. Principalmente, criticaba la tendencia a imponer esquemas abstractos sobre el dinamismo de la sociedad. Para Turner, las condiciones habitacionales se agravaban cuando las políticas de vivienda buscaban imponer la idea de “vivienda moderna” (modern housing). Esa concepción de vivienda moderna establecía una serie de parámetros técnicos que desconocía las condiciones de vida de la gente y que comprometía seriamente el presupuesto de las familias forzadas a alcanzarlos: *“La imposición de estándares mínimos modernos en la vivienda popular urbana [...] es un atropello hacia la función tradicional de la vivienda como fuente de seguridad y de movilidad social y económica”* (Turner, 1967, pág. 168).

En la imposición de un ideal moderno existía la misma pulsión arrasadora que denunciaba Geddes bajo el nombre de *“derribo generalizado”*. Los proyectos modernos que buscaban mejorar las condiciones de los barrios pobres estaban guiados por la noción de *“slum clearance”* que terminaba prohibiendo *“todo edificio que no sea considerado lo suficientemente moderno para la ciudad”* (Turner, 1968, pág. 121).

Por otro lado la modernidad implicaba la homogeneización del paisaje en función de la producción masiva, o a gran escala. Así, las características de las construcciones respondían específicamente a las prioridades de quienes producen la vivienda, y no de quienes la habitan.

“No son resultado del diálogo. Las decisiones son hechas de acuerdo al mercado de los productores [...]. Los residentes compran o alquilan una casa recientemente construida en una modalidad similar a cuando alguien compra un auto o una tele [...] El intenso diálogo que se da en el periodo de planificación e invasión de los asentamientos [...] se pierden, casi totalmente en los proyectos de vivienda moderna(Turner, 1968, pág. 360).

Es una cita algo romántica por idealizar el proceso de diálogo que se desenvuelve durante la ocupación de los asentamientos, cuando en realidad es un proceso conflictivo, que en ocasiones se forja según la ley del más fuerte. Más allá de eso, deja en evidencia que los proyectos de vivienda moderna implican decisiones unilaterales. Frente a esto, sale a la luz una de las principales ventajas de la arquitectura participativa: tratar de incorporar el punto de vista de los usuarios en un proceso de intercambio constante. Mientras que los proyectos modernos buscaban transformar grandes porciones del ambiente imponiendo los estándares mínimos de la modernidad, Turner y los arquitectos que implementaban metodologías participativas buscaron adecuarse a las prioridades cambiantes y las necesidades diversas de los residentes⁵⁵.

Estas críticas no implicaban una negación de las ventajas de la modernidad sino un cuestionamiento al modo de conseguirlos. Por ejemplo, Turner destacaba la necesidad de densificar los conjuntos para obtener un mejor rendimiento del suelo, uno de los aciertos de la arquitectura moderna. No obstante,

⁵⁴ Esta continuidad del pensamiento de Geddes puede verse en los primeros textos de Turner, cuando se refería a la vivienda moderna como “instant housing projects” para hacer referencia a la falta de un adecuado periodo de estudio sobre las condiciones culturales y geográficas del lugar (Turner, 1967). Es interesante que, mientras Turner destacaba la instantaneidad, Habraken por la misma época destacaba su escala refiriéndose a la vivienda moderna con el nombre de “Massive housing”.

⁵⁵ Cuando la gente quedaba excluida del proceso, las viviendas no respondían a sus necesidades: *“Los conjuntos espantosamente antieconómicos, nunca se habrían construido si se hubiese concedido a los futuros usuarios algún control sobre todo el proceso”* (Turner, 1994, pág. 373).

consideraba que los proyectos modernos con bloques de muchos pisos para obtener mayor densidad *“requieren un capital inicial externo excesivamente alto”* (Turner, 1967, pág. 179) puesto que la construcción era más compleja. Es decir que se alcanzaba algo necesario, pero a un precio que la gente no estaba en condiciones de afrontar.

Algo similar pasaba con la concentración de infraestructuras y las ventajas constructivas de la vivienda moderna. Si bien mejoraban la calidad de la vivienda en cuanto al confort, elevaban los costos de la vivienda, al punto tal que la gente no podía pagarlas. Al menos dentro del esquema de oferta y demanda que impone el libre mercado. Se llegaba así a una paradoja:

“Los proyectos modernos subvencionados por el Estado llevan a la creación de grandes centros urbanos dotados de todos los servicios, pero infraocupados, en claro contraste con los asentamientos ilegales adyacentes, ocupados al máximo pero desprovistos de servicios y de autorización” (Turner, 1994, pág. 371).

El verdadero problema de la imposición de cánones modernos sobre la vivienda popular era que no contemplaba etapas intermedias. En lugar de consagrar la tipología moderna como única vivienda posible, Turner consideraba la vivienda como un proceso continuo que podía ir mejorando con el tiempo. Con cierto optimismo, buscaba tener en cuenta las austeras construcciones de la gente como si fueran pasos sucesivos en pos de una vivienda digna⁵⁶. Mientras los estándares modernos se convertían en una barrera para el desarrollo, sus ideas buscaban establecer un pasaje *“hacia la conquista progresiva de pequeñas metas”* (Turner, 1967, pág. 379).

Este cuestionamiento a la imposición de criterios modernos sobre la vivienda, se acompañaba también con dos críticas derivadas del contexto sociopolítico de la época. Una surgía del ámbito de la filosofía y otra se relacionaba con el sistema productivo. Por un lado, el existencialismo avanzaba en su cuestionamiento hacia la concepción de la vivienda desde un punto de vista exclusivamente técnico⁵⁷, y por otro lado, con la Crisis del Petróleo comenzaba a cuestionarse el modelo productivo del fordismo.

Para Turner, los técnicos no entendían la diferencia entre lo que las cosas representaban y lo que las cosas eran realmente (Turner, 1972/1976, pág. 158). *“Esta ceguera”* negaba las posibilidades y las oportunidades que puede brindar una vivienda, incluso cuando no se encuentra en buenas condiciones. La gente era expulsada de sus viviendas precarias para convertirse en *“infortunados beneficiarios”*

⁵⁶ La visión de la vivienda progresiva implica cierto optimismo porque asume que las familias pueden ir mejorando sus viviendas naturalmente, como si fuera un proceso lineal y sencillo. Por un lado, el mejoramiento de la vivienda depende siempre del empleo estable. Nadie puede invertir en su vivienda si no tiene garantizada su subsistencia, por lo tanto está ligado a los procesos de la macroeconomía, no es algo que se da naturalmente. Por otro lado, la construcción de la vivienda suele prolongarse en el tiempo, obligando a las familias a vivir en malas condiciones (como si habitaran una obra inconclusa) durante muchos años. Existen muchas razones para cuestionar tanto optimismo. Tal como afirman Gustavo Riofrío y Jean-Claude Driant en el libro *¿Qué vivienda han construido?* (1987): *“El conjunto del estudio nos llevará a cuestionar la fácil imagen de progreso y de buenos resultados obtenidos luego del difícil proceso que va desde la ocupación de un terreno sin ninguna facilidad urbana hasta su habilitación y la edificación de las viviendas”*. Libro disponible en <http://books.openedition.org/ifea/1792>

⁵⁷ Heidegger en el texto *Construir, Habitar, Pensar* (1951) decía: *“En la actual falta de viviendas, tener donde alojarse es ciertamente algo tranquilizador y reconfortante; las construcciones destinadas a servir de vivienda proporcionan ciertamente alojamiento. Hoy en día pueden incluso tener una buena distribución, facilitar la vida práctica, tener precios asequibles, estar abiertas al aire, la luz y el sol; pero: ¿albergan ya en sí la garantía de que acontezca un habitar?”*.

(Turner, 1972/1976, pág. 158) de los “*monstruosos conjuntos de bajo costo (que casi siempre resulta muy alto)*” (Turner, 1972/1976, pág. 158).

Por último, Turner cuestionaba esa devoción moderna por la industria que llevaba a creer que el problema del alojamiento era solamente un retraso en el proceso de industrialización de la vivienda (Turner, 1980, pág. 11). Pese a que la vivienda se industrializaba cada vez más, el tema demostraba ser mucho más complejo que la fabricación de un producto mecánico, como por ejemplo un automóvil (Turner, 1980, pág. 11). Con esto, Turner quería decir que, mientras la industrialización había mejorado los automóviles, no había mejorado las condiciones del alojamiento. Paradójicamente, a partir de mediados de los años setenta la industria automotriz cambiaría sus técnicas de producción siguiendo criterios similares a los que proponía Turner: alentando a la producción disgregada (en red) y a la adecuación de los requerimientos particulares del consumidor. En lugar de una “producción masiva” se alentaba a la producción en “*small batches*”.

A la hora de mostrar este cuestionamiento general a la modernidad, Turner contrastaba dos ejemplos cuya comparación resulta algo absurda por no ser ejemplos homologables. Por un lado, hablaba de Brasilia (Figura 44), como una ciudad moderna donde nadie quiere quedarse más de lo estrictamente necesario y por otro lado mostraba al paisaje de la isla de Miconos como un ejemplo de arquitectura tradicional (pre-moderna) donde todos “*prefieren pasar sus vacaciones*” (Turner, 1976/1977, pág. 36).

Pese a que sean ejemplos difícilmente comparables, lo que Turner quería decir es que la arquitectura moderna estaba matando la riqueza de los ambientes construidos tradicionalmente. Más aún, la arquitectura industrializada y genérica se expandía por el mundo mientras que la arquitectura vernácula se conservaba sólo como refugio para la población adinerada. “*Las ya muy escasas existencias de arquitectura sin arquitectos reduce el disfrute de lo popular al exiguo ámbito de los adinerados*” (Turner, 1976/1977, pág. 36).

En esa expansión imparable de la arquitectura moderna, como sentido civilizatorio, Turner contaba una experiencia que había tenido en el pueblo de Tiabaya, cuando recién había llegado a Perú. Trabajando para una Oficina técnica del Estado, junto a Luis Felipe Calle, comenzaron a brindar asistencia técnica a una comunidad que había recibido la autorización y los fondos para construir una escuela. Espantados por el “*infame diseño*” que habían enviado desde el Ministerio de Educación, le ofrecieron al Concejo del pueblo construir un edificio de mayor superficie pero utilizando la misma cantidad de dinero. Para conseguir este incremento en las superficies proponían ahorrar a partir del reemplazo de los materiales previstos. En lugar de utilizar materiales modernos como losas y estructura sismorresistente de hormigón, se proponía usar materiales del lugar como tierra estabilizada y un techo armado con cañas de bambú. Además, “*la mano de obra podía procurársela a poco costo el pueblo mismo*” (Turner, 1972/1976, pág. 134). El pueblo aceptó el nuevo diseño, no obstante, cuando los arquitectos volvieron al sitio para inspeccionar el avance de la obra, notaron que algo andaba mal. Si bien el pueblo había comenzado a construir siguiendo el proyecto nuevo y de mayor superficie, lo estaban haciendo utilizando materiales modernos y por ende más costosos. Habían aceptado la planta de Turner y Calle pero, con respecto a la materialidad “*el Concejo [...] había ordenado edificar una moderna estructura ortodoxa, con castillos de concreto, paredes de tabique y una losa de concreto reforzado para el techo*” (Turner, 1972/1976, pág. 135). Dado que los materiales modernos eran más caros, el presupuesto alcanzaría para construir sólo una parte de la escuela. Algunos años más tarde, en el texto *La*

reeducación de un profesional (1972/1976), Turner planteaba una paradoja de la arquitectura participativa con respecto a la modernidad: muchas veces los arquitectos se ven conmovidos por las particularidades de la construcción vernácula, pero la arquitectura moderna tiene un fuerte mensaje de progreso que, a veces, las comunidades interpretan mejor que los mismos arquitectos:

“Nuestros irrefutables argumentos [los de Turner y Calle] les obligaron [al pueblo] a aceptar las que eran de hecho nuestras decisiones acerca del diseño [...]. La realidad del pueblo era muy diferente [...] y el lenguaje de los lugareños difería del nuestro. Para ellos la escuela significaba la salida de una situación antigua y desesperanzada y el paso hacia una nueva y visiblemente esperanzada” (Turner, 1972/1976, pág. 142).

Esta experiencia de la escuela de Tiabaya implica un llamado de atención para la arquitectura participativa en dos sentidos. Por un lado, advierte contra la idealización de las condiciones culturales de un pasado rural que muchas veces la misma comunidad quiere superar y que, por lo general, ya ha sido alterado por las condiciones de dependencia económica y productiva. Por otro lado, y algo que no destaca Turner, siempre existe el riesgo de imponer o proyectar las ideas del propio arquitecto sobre el proceso participativo de la gente. Como el arquitecto tiene mayor capacidad de expresión y argumentación sobre temas espaciales, puede imponer fácilmente sus ideas sobre el resto de los actores. Con lo cual, se da una participación mentirosa, o en el mejor de los casos, una especie de manipulación desinteresada.

Crítica a los conjuntos modernos

Dado que los grandes proyectos modernos respondían a los intereses de quienes los producían y no de quienes los habitaban, se generaban una serie de desajustes entre las características de estos conjuntos habitacionales y las necesidades de sus residentes. Antes de desarrollar los inconvenientes que se daban específicamente en cuanto a las tipologías, hay que destacar algunas críticas que superan lo arquitectónico. Los grandes conjuntos modernos generaban problemas sociales en cuanto al financiamiento -endeudando al Estado y a las familias- y en cuanto a la distribución de la población en la ciudad, acentuando la segregación urbana.

Mientras la construcción informal en los asentamientos permitía una inversión gradual en la vivienda, los grandes conjuntos modernos exigían una inversión inicial y una constancia de pago que la mayor parte de la población no estaba en condiciones de cumplir. En la vivienda autogestionada de los asentamientos la gente mantiene un proceso de construcción gradual y constante, donde pueden ir mejorando la vivienda en instancias sucesivas según la disponibilidad que permiten sus inestables ingresos. Este mejoramiento progresivo no estaba contemplado en los conjuntos de vivienda moderna. Si bien incorporaban importantes adelantos técnicos, no se adecuaban a la capacidad de pago de la población de las ciudades Latinoamérica, siempre sometida a la inestabilidad del mercado laboral y la macroeconomía. Por eso Turner hablaba de los *“infortunados beneficiarios”*. Con este oxímoron se refería a las familias que accedían a los planes de vivienda del Estado, muchas veces después de ser desalojados de sus ranchos. Hablando de un albañil que había accedido a estos bloques de viviendas modernas decía: *“Su presupuesto ya no lo determinan las prioridades familiares sino condiciones externas que imponen un comportamiento económico contrario a los intereses del grupo”* (Turner, 1976/1977, pág. 76).

Por otro lado, con la lógica de selección de beneficiarios que se utiliza para asignar las viviendas en los bloques, se refuerza la segregación poblacional de la ciudad. Dado que en los conjuntos se selecciona la población según criterios específicos, que puede ser el resultado de relocalizaciones o a partir de un perfil poblacional según ingresos, se genera una porción densa de territorio habitado por un grupo de población homogéneo, de un mismo perfil socioeconómico.

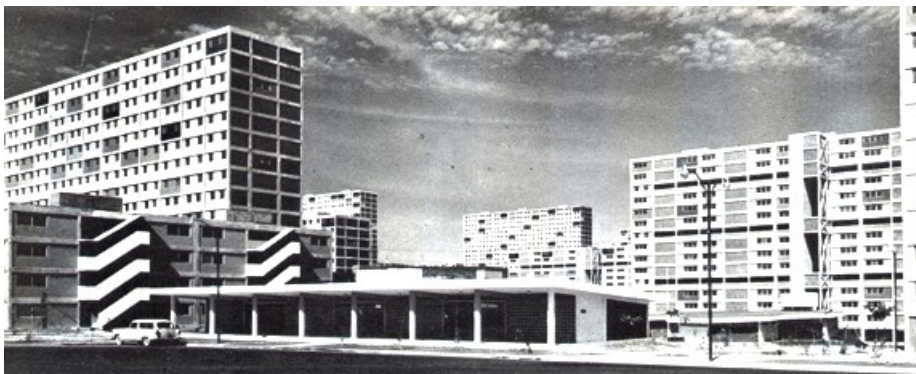
Con respecto esta forma de segregación, John Turner mantenía la misma perspectiva liberal de Jane Jacobs, que pensaba que el intercambio entre diferentes grupos sociales permitía el progreso económico de los más desfavorecidos.

“Cuanto más gente haya circulando, con la cual uno pueda contactarse, más oportunidades tiene el pobre como para mejorar su estatus. La política de limitar la ubicación de las unidades de vivienda en proyectos específicos para grupos con un ingreso específico -imponiendo un tipo específico de vivienda- limita naturalmente la mixtura social y aumenta inevitablemente los costos administrativos en el corto y en el largo plazo” (Turner, 1967, pág. 178).

La primera parte de la cita es de un misticismo absurdo, una especie de ósmosis social que ignora que el progreso económico de los grupos poblacionales depende de políticas económico-productivas mucho más complejas. Ahora, la segunda parte de la frase permite aportar conocimientos para el abordaje de los problemas de desigualdad y fragmentación que atraviesan las ciudades actuales. Los grandes conjuntos de vivienda que construía el Estado a partir de la década del cincuenta iniciaron un proceso de fragmentación que no terminó en las últimas décadas del siglo veintiuno con el fin del Estado de Bienestar.

Si bien el Estado renunció gradualmente a la provisión masiva de viviendas para grupos poblacionales específicos, la ciudad quedó librada al *laissez faire*. Con lo cual, la ciudad se siguió fragmentando, pero no al paso lento de la construcción estatal sino al ritmo frenético de la especulación inmobiliaria.

En *Dwelling resources in South America*, el primer texto de Turner que tiene un verdadero impacto sobre la prensa especializada de arquitectura, se ejemplifican los errores de los bloques de vivienda modernos tomando como referencia un conjunto diseñado por el famoso arquitecto Carlos Raúl Villanueva (Figura 5), pionero de la arquitectura moderna en Venezuela. Cuando Daniel Kozak comenta este artículo, destaca cierta cautela en las críticas de Turner, que incluso no menciona a Villanueva (Kozak, 2016). Más que una crítica con respecto a la arquitectura en sí, Turner critica la estrategia general.



Villanueva, R. (1955-1957) Conjunto 2 de diciembre (23 de enero). [Conjunto de viviendas]. Caracas, Venezuela. Extraído de <http://www.cronologia.dourbanismo.ufba.br>.

Figura 5 Conjunto 23 de enero

En primer lugar, la operación surgía en un contexto político complicado. La construcción se inició en los últimos años del régimen de Pérez Jiménez. De hecho, por eso le cambiaron el nombre. Estaba

previsto que el conjunto llevara como nombre *2 de diciembre* (1955-1957) porque era la fecha en la que Pérez Jiménez había tomado el poder, pero decidieron llamarle *23 de enero*, la fecha en la que cayó su régimen.

En segundo lugar, la escala de la operación transformaba radicalmente la dinámica urbana, puesto que se construían ochenta y cinco bloques para alojar 160 mil personas en 17 mil departamentos. Constituía el 12 por ciento de la ciudad y, al aumentar drásticamente la disponibilidad de viviendas, se aceleró el proceso de migración del campo a la ciudad (Turner, 1968, pág. 123).

En cuanto a los desajustes financieros, Turner aclaraba que:

“El costo [...] era muy alto en relación al ingreso de los ocupantes [...]. La mayor parte de las propiedades habitadas valían dos o tres veces más de lo que, razonablemente, sus ocupantes podrían acceder a pagar. Incluso si los ocupantes hubieran pagado según sus responsabilidades y sus capacidades, el Estado seguiría obligado a pagar la mayor parte del capital, como por ejemplo en el mantenimiento” (Turner, 1963, pág. 374).

Ciertamente, el mantenimiento era otro de los problemas que Turner destacaba como parte de los problemas generales de los grandes conjuntos modernos. La escala de los conjuntos y la tecnología empleaba significaba grandes costos de mantenimiento, que no se contemplaban en el ya elevado costo de las cuotas que debían pagar los residentes. Recién en esta crítica es cuando comienzan a conjugarse aspectos administrativos con criterios arquitectónicos. Turner destaca que los espacios comunes, principalmente las escaleras, eran muy difíciles de controlar.

Poco tiempo después, en un artículo de 1968 remarca los desaciertos arquitectónicos de los superbloques venezolanos con mayor nivel de detalle: *“Los ascensores estaban siempre descompuestos, las escaleras eran usadas como letrinas, la basura se arrojaba deliberadamente desde los edificios y los bloques estaban dominadas por bandas, que impedían hábilmente la vigilancia policial”* (Turner, 1968, pág. 123).

Además, ante los desaciertos del esquema financiero y de la asignación de las viviendas, muchas unidades fueron ocupadas ilegalmente⁵⁸ acentuando aún más todos los conflictos.

Por último, Turner comienza a describir un problema que posteriormente se estudiará con mayor profundidad: la ubicación periférica. Se refería prácticamente a un desprendimiento de la ciudad construido en Catia, sobre las colinas del Noroeste de Caracas. *“Los conjuntos estaban aislados del resto de la ciudad [y] sus conexiones eran dificultosas”* (Turner, 1963, pág. 374).

Crítica a la tipología moderna

Si bien las primeras críticas de Turner a los conjuntos modernos se centraban en la estrategia general, de a poco comenzarán a incluir críticas a la arquitectura. Incluso podría decirse que en 1968 ya puntualiza algunas críticas que tienen que ver con la estética fría y fabril de las viviendas⁵⁹. Implicaban un adelanto en cuanto a la incorporación de *“ítems costosos, [...] su desnudez sombría resulta distante y poco atractiva”* (Turner, 1968, pág. 360)⁶⁰.

⁵⁸ En 1959, el 55 por ciento de los departamentos estaba deshabitado o semi ocupado (Turner, 1968, pág. 122).

⁵⁹ Para Turner, el proceso de producción industrial terminaba homogeneizando la apariencia de fábricas, oficinas y viviendas. *“... El crecimiento de los sistemas de producción para la vivienda tienden a acrecentar la similitud entre las condiciones existentes en la fábrica, la oficina de nuestros días y las que se producen en el alojamiento”*.

⁶⁰ Los ítems caros eran en realidad requerimientos que en la actualidad podrían considerarse parte del respeto básico por el derecho a la vivienda digna: *“muros de mampostería, cocina moderna [integrada a la vivienda] y wcs [¡baños!]”*.

También hay que reconocer que esta crítica hacia la estética moderna se acompañaba de cierto romanticismo con respecto a la arquitectura vernácula, de la cual Turner reconocía su aspecto austero pero "*honesto, [...] íntimo y cálido*" (Turner, 1968, pág. 360).

Para demostrar que los mejores conjuntos modernos son "*inadministrables o antieconómicos*" (Turner, 1976/1977, pág. 64) tomaba como ejemplo el conjunto de Pruitt Igoe en San Luis Misuri, que pese a haber sido premiado como arquitectura de vanguardia, tuvo que ser dinamitado apenas veinte años después.

A decir verdad, en la teoría de Turner se mezclan las críticas a la arquitectura de la vivienda colectiva moderna y las críticas referidas a la vivienda de provisión Estatal. Es cierto que la construcción estatal en ese momento se basaba en los criterios modernos, pero no necesariamente se trata de lo mismo.

Cuando Turner dice que la vivienda de provisión central implica "*la destrucción de las economías familiares, la inadaptación social y geográfica, la inseguridad en la tenencia o falta de movilidad, ausencia de confort y pérdida de la intimidad*" (Turner, 1976/1977, pág. 83) puede notarse una mezcla entre causas y consecuencias de distinta índole. Por un lado están los problemas de la vivienda moderna. Por ejemplo, los bloques no se adaptaban a la realidad cultural de un lugar específico. A esto se sumaba la densificación en altura siguiendo los criterios urbanísticos del C.I.A.M. sólo que llevado al extremo de dificultar las condiciones de privacidad entre viviendas. Por otro lado, y en otro orden de cosas, deben identificarse los problemas propios de la provisión centralizada de viviendas. Los proyectos de vivienda encarados por el Estado siempre tuvieron dificultades con respecto al financiamiento y la escrituración, problemas burocráticos. No obstante, decir que todo conjunto de vivienda encarado desde una provisión central reuniría necesariamente todas las debilidades de la arquitectura moderna, resulta una afirmación algo forzada. Como si estuviera tomando un dato de la época (los conjuntos estatales reproducían el ideal de vivienda moderna) como una constante. Cincuenta años después de estas primeras críticas de Turner, valdría la pena preguntarse si el Estado tiene la capacidad de construir vivienda sin recaer en estos errores. En esa instancia sería necesario distinguir claramente cuáles son deficiencias propias de las tipologías modernas y cuáles son errores propios de la rigidez burocrática de la planificación de mitad del siglo veinte.

Aprender de la experiencia. El arquitecto que aprende viajando

Turner, retomaba de Geddes la confianza en una educación integral, donde la formación teórica debía complementarse con la experiencia en el sitio. En esta visión holística del conocimiento, adquirirían tanta importancia los libros como los viajes. De hecho, Turner había realizado un esquema, tratando de planificar su propia vida, tomando como referencia una de las máquinas pensantes de Geddes. El biólogo escocés proponía en sus gráficos pasar del pensamiento a la acción, como una manera de consolidar y poner a prueba el conocimiento teórico, forjando el pensamiento al calor de la lucha cuerpo a cuerpo con la realidad material.

Del mismo modo, Turner incluía en la planificación de su propia vida, un periodo para complementar su formación académica en base a diferentes viajes por el mundo (Gyger, 2013, pág. 80). De hecho, Helen Gyger comenta que, cuando Turner decidió aceptar la invitación para viajar a Perú, estaba considerando también la posibilidad de viajar a Australia para dedicarse a la fabricación de muebles (Gyger, 2013, pág. 83).

Luego de su experiencia en Perú, Turner expresa su cuestionamiento a la formación tradicional en arquitectura en el texto *La reeducación de un profesional* (1972/1976). Al decir formación tradicional, pueden generarse confusiones. En realidad Turner hacía un cuestionamiento a la formación moderna y

dogmática de los años cincuenta, es decir a la formación que él había recibido. En este texto puede notarse su preferencia por el aprendizaje situado, forjado en el desempeño de tareas concretas, en esa transformación mutua que se da entre el sujeto y la realidad.

Si bien Turner realizaba una serie de críticas amplias con respecto a la concepción moderna del alojamiento - incorporando el financiamiento, la administración y el rol de los profesionales- no realiza un cuestionamiento detallado con respecto a las instituciones formadoras de arquitectos. Simplemente se limita a decir que la educación formal no es suficiente, o que al menos no es lo más apropiado para terminar de entender el problema del alojamiento⁶¹.

Evidentemente, más que una crítica a la disciplina en general, Turner impulsaba una crítica hacia la teoría existente. La concepción moderna de la arquitectura desconocía el valor de las construcciones hechas por la gente. Por eso Turner contraponía *"schooled and unschooled design"*. Es decir, el diseño hecho por arquitectos y el diseño hecho sin arquitectos. El diseño que hacía la gente tenía la riqueza estética de las formas simples, que cumplen fielmente las necesidades de la gente con austeridad de recursos y con un máximo nivel de adecuación personal. Frente a esto, el diseño nacido de las escuelas de arquitectura era abstracto, frío, homogeneizante y sofisticado (en el sentido de querer aparentar más de lo que es). Para ir más allá de cuestiones estéticas, las construcciones populares permitían un desarrollo gradual y progresivo, que no entraba en la mentalidad determinista y controladora del prototipo del arquitecto moderno, mezcla de científico y demiurgo (Turner, 1974, pág. 2).

"He aprendido de ellos (de los pobladores de las barriadas) más de lo que les he enseñado, o transmitido de aquella estirada (sophisticated) educación occidental que recibí" (Turner, 1974, pág. 2). Mientras la formación de los arquitectos apuntaba a la construcción de entornos acabados en sí mismos, *"las restricciones sociales, financieras y políticas"* daban por tierra con ese modelo profesional. Es a partir de su experiencia en Perú que Turner entendió que el rol profesional debía cambiar, que no tenía sentido dentro de un mundo en crisis. La falsa figura de autoridad que brindaba el título no ayudaba a solucionar los problemas habitacionales existentes.

"Recién ahora admitimos un hecho cada vez más obvio, mientras los certificados de que has pasado un tiempo en la facultad verdaderamente ayudan a ganar dinero, y por lo tanto nos revisten de una autoridad sin sentido, no expresan si tenemos mayor conocimiento de la realidad o autoridad real"(Turner, 1974, pág. 3).

De alguna manera el contexto de Latinoamérica, tan diferente a la realidad de la Europa de Posguerra, sirvió para que Turner revisara su propia formación pronunciándose a favor de un cambio en el rol profesional del arquitecto. Esa transformación disciplinar tendrá un valor fundamental dentro de la arquitectura participativa. Principalmente porque la participación, en todos los campos de aplicación, supone que la información que se necesita para la toma de decisiones no está totalmente incorporada en la base teórica de los profesionales.

Las metodologías participativas suponen que todo proceso de toma de decisiones se enriquece en base al aporte de personas que han tenido una formación diferente. Implica un cuestionamiento a la tecnocracia y requiere, como mínimo, una desconfianza en la pura teoría. Por más que Turner no hiciera un cuestionamiento explícito de la tecnocracia, al menos expresa que una parte de la información necesaria para tratar de resolver el problema del alojamiento, se encontraba fuera de las academias.

⁶¹*"Los profesionales jóvenes [...] que consiguieron dar con situaciones en que podían trabajar con la gente [...] aprendieron más de lo que hubieran podido aprender en una escuela formal"* (Turner, 1972/1976, pág. 152).

Mientras Turner cuestionaba la formación puramente teórica, proponía un involucramiento directo con la realidad a transformar. A partir de su experiencia en las barriadas de Perú, confrontó sus propios prejuicios y enjuició las acciones preconfiguradas propias de la profesión de los arquitectos. Así como el periodo de ceguera había cambiado la profesión de Geddes, el proceso de inmersión en un contexto de “restricciones sociales, financieras y políticas” le aportó a Turner una nueva mirada sobre el alojamiento en general. Ese intercambio vivencial en contextos de adversidad será un mecanismo recurrente dentro de la arquitectura participativa para tratar de desestructurar ciertas inercias propias de la profesión. Tal como hiciera Geddes en Ramsay Lodge, o Samuel Mockbee en las pasantías de Rural Studio, el trabajo junto a los pobladores del lugar, permite a los estudiantes poner a prueba sus propios conocimientos y aprender de las estrategias cotidianas de la gente.

De alguna manera, cuando los estudiantes tienen que resolver situaciones en un contexto de escasez, pasan por la misma situación que vivió John Turner. Es una oportunidad para el renacer profesional. De allí que muchos arquitectos que utilizan técnicas participativas suelen proponer a los estudiantes este tipo de voluntariados. Son como una especie de viaje iniciático, una excursión temporal para vivir una arquitectura que no aprendieron durante el proceso de educación formal.

Esta técnica de inmersión tiene todas las ventajas y desventajas de la disciplina que le da origen, la antropología. El ejercicio vivencial y situado en arquitectura permite una modalidad de conocimiento que se aleja de las distorsiones que se producen en el proceso de abstracción que implica la teoría. Mientras que la teoría está filtrada por la óptica personal y predeterminada de quien realiza la síntesis, el conocimiento situado permite entender la realidad sin partir de esquemas preconfigurados incorporados en la mirada de quien pretende conocer. El registro vivencial de esas situaciones suele transmitir algo más profundo que un simple ejercicio intelectual, movilizándolo además de procesos de razonamiento una mezcla de sentimientos de empatía que permiten otro tipo de aprendizaje.

Este tipo de sensaciones vívidas son las que buscaba transmitir Turner cuando incorporaba en los trabajos de investigación sus propias fotografías. Eran imágenes que no apuntaban solamente a describir la situación sino que buscaban generar una sensación vivencial. Ayudaban a transportar al lector a la situación cotidiana que vivían los habitantes de las barriadas. La misma intención por acercarnos a una situación vivencial y desprejuiciada puede notarse cuando Turner incorpora en el texto *Dwelling Resources in South America* (1963), las “historias de vida” realizadas por su amigo antropólogo William Mangin. Con estos recursos Turner buscaba superar un conocimiento teórico que consideraba estancado e incompleto, tratando de recrear un involucramiento vivencial del lector con la realidad que pretendía transformar.

Más allá de estas ventajas del abordaje antropológico de la arquitectura, también es cierto que, con el tiempo, parecen eternizarse algunos de sus puntos débiles.

En primer lugar, la figura del investigador (en este caso el arquitecto) situado en un contexto de pobreza que le es ajeno queda inevitablemente asociado al esquema colonial del personaje blanco occidental que se inserta en la realidad de los nativos para conocerla y dominarla⁶². Es un esquema que

⁶² La diferencia entre el trabajo de los investigadores y los arquitectos que practican este tipo de inmersión en el sitio puede ser el nivel de transformación física. El trabajo de los arquitectos voluntarios suele dejar como resultado una obra física. Sin embargo, en estas transformaciones ambientales se pone de manifiesto el carácter irregular de la mano de obra. El trabajo voluntario es una forma desregulada y plenamente incorporada en la producción contemporánea. Con esa mezcla de filantropía y aprendizaje se realiza el trabajo que, en otros contextos de realización de manera paga y con todos los requisitos provisionales. Si tenemos en cuenta que el trabajo formal es

se repite dentro de la literatura y las narraciones artísticas. Es la figura del “testigo blanco” que puede verse tanto en *El corazón de las tinieblas* (1899) como en *El último rey de Escocia* (2006). Los procesos que se dan por fuera de la centralidad occidental no tienen ningún valor salvo que se sitúe en el lugar un observador occidental que permita darle entidad (por contraste) a esa realidad. En otras palabras, la realidad no-occidental cobra sentido porque aparece como referencia la figura de un occidental que se transforma en el parámetro. A partir de allí se trazan las similitudes y diferencias, las coherencias e incoherencias, el bien y el mal. Incluso se construye un relato tratando de acentuar las situaciones que no encajan con la realidad occidental para forzar el proceso de extrañamiento, para evidenciar que hay una mirada universal, dominante y una práctica disonante y periférica. Por ejemplo, Turner (y no es el único arquitecto que lo ha hecho) incorporaba en sus relatos algunas anécdotas tragicómicas que buscaban mostrar el absurdo, o mejor dicho, cuán lejos estaba la realidad de las barriadas peruanas del ideal civilizatorio de Occidente. En el texto *Uncontrolled urban settlement: problems and policies* (presentado en Naciones Unidas en 1968) describía una batalla campal entre dos vecinos armados con herramientas de construcción, disputándose un lote comprado en condiciones fraudulentas. Por supuesto, la anécdota terminaba con dos hechos alentadores: la posterior reconciliación en el hospital de la zona y el acuerdo para construir en otro lote distinto (Turner, 1968, pág. 115). Era un final apropiado como para terminar de describir cómo fue la experiencia de Turner trabajando junto “al buen salvaje”. Es una paradoja, porque estos detalles de color buscan favorecer la identificación del lector, pero no con los pobladores sino con el visitante. Ayudan a evidenciar la distancia entre la realidad oficial y la sub-realidad de los pobladores. Se produce una inversión entre el visitante (el arquitecto) y los visitados (los nativos). Por este proceso de identificación entre el lector y el visitante, los que parecen “fuera de lugar” son los visitados. Cuando en verdad, el que está en un lugar ajeno es el visitante. El arquitecto está siempre de paso, la gente continuará con su vida, sus problemas y sus miserias. Las penas son de nosotros y las publicaciones son ajenas.

La buena voluntad de la mentalidad occidental, que busca ayudar a los pobres nativos, difícilmente puede evadirse de un contexto general de colonialismo. A partir de diferentes detalles, casi inconscientes, comienza a filtrarse un aire de superioridad por parte del arquitecto con respecto a los pobladores. Incluso cuando sus afirmaciones busquen recrear un abordaje horizontal, cuestionando las tecnocracias, es muy difícil sortear una jerarquía histórica, consolidada a partir de siglos de colonialismo.

Esa superioridad naturalizada, casi invisible, es la que lleva a los occidentales a sentirse en la libertad y la necesidad de decirles a los “salvajes” cómo deberían hacer las cosas. Turner lo dice de manera muy directa en su primera publicación para la prensa especializada en arquitectura: “*Los proyectos que presentaré han sido elegidos, no para mostrar lo que están haciendo los arquitectos y planificadores de Latinoamérica, sino para mostrar lo que deberían estar haciendo*” (Turner, 1963, pág. 363). Los arquitectos peruanos, que llevaban dos décadas experimentando con prototipos de vivienda incremental, que conformaban equipos interdisciplinarios con antropólogos e ingenieros, que ponían en práctica las ideas de la modernidad en contextos de absoluta pobreza, todos ellos debían aprender de John Turner, un inglés que estaba escribiendo su primer artículo en una revista de arquitectura.

Por supuesto, este cuestionamiento se apoya en posturas relativamente recientes. En la época en que escribía Turner, la corriente filosófica del pensamiento Decolonial era todavía incipiente. El

uno de los principales requisitos para el desarrollo, entonces la arquitectura voluntaria termina postergando el progreso.

problema es que esta sensación de superioridad colonial de los arquitectos e investigadores que intervienen en contextos de pobreza sigue vigente. La figura del arquitecto con incontinencia proyectual, como el hombre occidental que siente la necesidad irrefrenable de dar sus consejos a los salvajes, sigue vigente en muchos arquitectos que implementan metodologías participativas.

Pueden tomarse como ejemplo algunas afirmaciones del arquitecto burkinés, formado en Alemania, Diébédo Francis Kéré. Si bien es un arquitecto cuya labor resulta admirable por su finalidad humanitaria y su refinamiento estético, algunos destellos de su discurso terminan reafirmando la superioridad del mundo occidental, con sospechosa inocencia. Por ejemplo, en una entrevista del 2016, Kéré afirmaba: *“Humanitario no significa sólo dar. Significa descender al nivel de los necesitados. Y hablarle a la gente de lo que pueden comprender”* (Kéré, 2016). Por más que busque recuperar el punto de vista de la gente, considera su nivel comunicativo como algo inferior. No dice que es diferente, sino que implica un descenso. La superioridad del lenguaje arquitectónico (occidental) nunca se cuestiona. Visto de ese modo, sus propuestas se alejan del humanismo para acercarse a la caridad, esa ayuda asimétrica que lava la culpa de los ricos y calma fugazmente el hambre de los pobres. Cuando Kéré afirma *“En mi poblado doy poder a la comunidad para que ellos puedan construir sus edificios”* (Kéré, 2016), bien valdría preguntarle quién cree que le negó el poder a su pueblo y cuánto poder puede brindarle la arquitectura.

Hay que reconocerlo, la arquitectura de Kéré constituye un verdadero aporte si se compara con la obra de cualquier arquitecto del *mainstream*. El sólo hecho de buscar incorporar la participación en el proceso de construcción, aporta una mirada renovadora dentro de la arquitectura. Sin embargo, se hace evidente el contraste entre la grandilocuencia de lo discursivo y la precariedad de los resultados alcanzados por la arquitectura.

En el libro *Blanco bueno busca negro pobre*, Gustau Nerín realiza una reflexión muy interesante con respecto a este tipo de proyectos de ayuda humanitaria:

“El continente africano es un inmenso cementerio. Un cementerio plagado de proyectos abandonados: hospitales que nunca llegaron a ser inaugurados, letrinas que no se utilizaron, granjas de pollos que han durado tanto como las subvenciones, guarderías en ruinas que jamás han visto un niño, ordenadores viejos parados por falta de electricidad [...]. En África todo el mundo sabe que las políticas de cooperación no funcionan o, como mínimo, que no sirven para lo que se supone que deberían servir” (Nerín, 2011)⁶³.

Y lo más llamativo de todo esto es que todas estas pasantías vivenciales se basan en un mismo desdén hacia la teoría, en favor de la experiencia⁶⁴. Evidentemente, la pura experiencia en el sitio, y la vivencia individual de los voluntarios trabajando a la par de la gente, no ayudan a develar siglos de dominación colonial sobre un territorio arrasado. Es necesario leer un par de libros.

Ante lo cual, resulta fundamental realizar un proceso consciente, con mucho contenido histórico y teórico, para terminar de comprender cómo actúa la lógica colonial sobre la mirada humanitaria y filantrópica de algunos proyectos. De lo contrario, existe el riesgo de reproducir el estereotipo del adelantado occidental que pretende aportar el fuego prometeico del desarrollo a los salvajes.

También hay que tener en cuenta que la experiencia del visitante en el sitio es siempre más corta que la experiencia en el sitio de los propios visitados. Incluso adhiriendo totalmente a la lógica del

⁶³ Disponible en versión digital: <http://cosal.es/wordpress/wp-content/uploads/2016/04/Blanco-bueno-busca-negro-pobre-Gustau-Nerin.pdf>

⁶⁴ Para destacar su abordaje desestructurado y pragmático, Kéré afirmaba: *“Yo trabajo a partir de la realidad, no a partir de la teoría”* (Kéré, 2016).

conocimiento en base a la experiencia, hay que reconocer que el conocimiento obtenido por los visitantes es siempre incompleto en comparación con el conocimiento de los visitados. ¿Por qué deberían los visitados aceptar los consejos de los visitantes? Quizás los visitados finjan adhesión al discurso de los visitantes, sin creerlo verdaderamente. Sólo como una estrategia para captar una financiación flotante.

El arquitecto que llega a un asentamiento a decir cómo arreglarlo todo recuerda a un pasaje brillante de García Márquez. En el libro *El general en su laberinto* se noveliza una discusión entre Bolívar y un francés que pretendía reprobar algunas de las decisiones tomadas por los latinoamericanos durante las guerras independentistas. El libertador de América le decía:

“No nos hagan más el favor de decirnos lo que debemos hacer [...] No traten de enseñarnos cómo debemos ser, no traten de que seamos iguales a ustedes, no pretendan que hagamos bien en veinte años lo que ustedes han hecho tan mal en dos mil” (García Márquez, 1995, pág. 130)⁶⁵

El contexto de Latinoamérica

El espectro político de Perú a mitad del siglo veinte

Cuando Turner llegó a Perú, a principios de 1957, se encontró con un panorama político agitado.

Para entender las ideas que guiaban el rumbo de las políticas habitacionales durante el periodo en que Turner estuvo en Latinoamérica es necesario realizar una pequeña síntesis del contexto político. En un esfuerzo por sintetizar una realidad compleja, se propone ejemplificar las diferentes posturas con respecto a la vivienda a partir de la intervención de tres figuras del panorama político de Perú.

Manuel Odría y la permisividad con fines electorales

Uno de esos personajes es el General Manuel Arturo Odría, que tomó el poder en 1948, instalando un gobierno de corte nacionalista que reprimió con firmeza a las expresiones de izquierda, como el Aprismo⁶⁶, pero buscó tejer alianzas con los sectores populares. En 1950, luego de desarmar los partidos opositores, Odría se proclamó presidente constitucional. Al asumir el rol de mandatario con respaldo democrático, implementó una serie de medidas para buscar legitimidad popular aprovechando una época de bonanza económica. En materia de políticas sociales, por ejemplo, se aprobó el salario dominical y el seguro social obligatorio, pero quizás lo más destacable con respecto al tema de la vivienda es una política de tolerancia con respecto a los nuevos asentamientos. En el periodo de 1940 a 1972 la población creció de 6,2 a 13,5 millones de personas, este fenómeno de crecimiento poblacional acompañado de migraciones masivas del campo a la ciudad, derivó en un alarmante crecimiento de las ciudades. Lima, por ejemplo, pasó de tener 9 a 25 millones de habitantes (Bromley, 2003, pág. 272). En ese contexto se produjeron las mayores invasiones de tierra que dieron lugar a algunas de las barriadas más tradicionales de Lima como 27 de octubre, que luego se llamará San Martín de Porres y El Agustino. Si bien Odría respaldaba políticamente a algunos grupos de vecinos que iniciaban tomas de tierra, no había una política expresa con respecto al tema. Simplemente, Odría evitaba los desalojos para construir su propia imagen como figura paternal y protectora. Contrastando con la línea represiva que Odría

⁶⁵ Disponible en: http://www.educando.edu.do/files/8914/0932/5229/Garcia_Marquez_Gabriel_-_El_general_en_su_laberinto.pdf

⁶⁶ El APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) era un partido fundado en 1924 por Víctor Raúl Haya de la Torre que combinaba una postura revolucionaria de izquierda con el rescate de las raíces indoamericanas. Su actividad política fue proscripta en la constitución de 1933 por lo cual sus líderes participaron en una serie de alianzas hasta recuperar la legalidad luego de apoyar la candidatura de Manuel Prado en 1956.

mantenía con sus opositores políticos, la actitud frente a las invasiones de tierra mostraba cautelosa flexibilidad. Se abría así una línea que tendría continuidad en diferentes expresiones políticas de Latinoamérica: ante la imposibilidad de brindar mejores posibilidades, mirar al costado. Pero el problema no estaba de ningún modo resuelto. Esta postura compasiva de Odría alcanzó su punto cúlmine cuando en 1954 se produjo la invasión de tierras más grande hasta la fecha en cuanto al número de personas y la cantidad de tierras afectadas. El 24 de diciembre, aprovechando la nochebuena, 8 mil personas ocuparon una de las pampas que se formaban en los cordones montañosos del sur de la ciudad, a 16 kilómetros del centro de Lima. El nuevo asentamiento se llamaba Ciudad de Dios porque decían que había nacido el mismo día que el Señor (Gyger, 2013, pág. 50)⁶⁷.

Helen Gyger destaca que la invasión fue meticulosamente cubierta por una sumatoria de dieciséis notas periodísticas que se publicaron en el diario La Prensa, que pertenecía a Pedro Beltrán. En este periódico se llegó a publicar un plano que aclaraba cómo llegar al lugar, en el momento más tenso de la ocupación, en medio de las negociaciones con las fuerzas públicas y cuando seguían llegando familias. Antes de desarrollar cuáles eran los intereses de Pedro Beltrán en la difusión, y prácticamente el auspicio, de la invasión de tierras, es importante destacar las consecuencias inmediatas de la consolidación de Ciudad de Dios. El gobierno propuso realizar un proceso de regularización, que comenzaba con el empadronamiento de las familias que permanecían en Ciudad de Dios, y posteriormente se extendería a los demás asentamientos del país. Los asentamientos debían iniciar un proceso de registro, confección de planos y adecuación a algunas normas mínimas de urbanización para quedar incorporadas como parte del catastro de la ciudad. Este decreto de 1955 implicaba la regularización de lo existente pero no tenía en cuenta ningún tipo de acción para el surgimiento de nuevos asentamientos. De hecho, más allá de la letra de la ley, todo parecía indicar que se regularía lo existente pero no se tolerarían nuevas invasiones. Este hecho marca un antes y un después dentro del desarrollo de los asentamientos de Perú, y quizás también en las políticas habitacionales de Latinoamérica. Además de ser un hecho que marcó a las personalidades que posteriormente trazarán el rumbo de la teoría (Matos Mar, Neira, Córdova), también expresa una nueva postura del Estado tendiente a la regularización y la producción de información con respecto a lo existente, a lo construido por la gente. Implica una nueva visión sobre la normativa.

Pedro Beltrán y la idea del home owner

En las elecciones de 1956 los sectores conservadores y oligárquicos de la sociedad ya habían dejado de apoyar a Odría. Si bien se perfilaba como ganador Fernando Belaúnde Terry, finalmente se quedaría con la presidencia Manuel Prado, que tenía como aliado a Pedro Beltrán, el director del diario La Prensa. A través de este periódico había instalado la problemática de las barriadas escribiendo editoriales, cubriendo la invasión de Ciudad de Dios, e incluso organizando un concurso llamado *La casa barata* (Gyger, 2013, pág. 33). En este concurso cristalizaron las búsquedas que ya venían desarrollando algunos arquitectos peruanos ligados al Movimiento Social Progresista, como Santiago Agurto Calvo.

El punto de contacto entre Agurto y Beltrán era la concepción de la vivienda para la población de menores ingresos como un núcleo inicial que puede ir creciendo. Más allá de esa visión compartida,

⁶⁷ Helen Gyger destaca que las organizaciones de las barriadas suelen utilizar fechas religiosas o patrias para evocar un sentimiento compasivo o de fraternidad y también pensando que las fuerzas represivas cuentan con menos efectivos durante esas los días no laborables. A lo que habría que agregar que en esas fechas la misma gente que participa en las invasiones dispone de más tiempo para desarrollar todas las tareas necesarias para garantizar el éxito del asentamiento.

ocupaban posiciones políticas antagónicas dentro del espectro de la época. De alguna manera, esto demuestra que la posterior visión de la vivienda como proceso y el concepto de desarrollo progresivo que desarrollara Turner pueden adecuarse a ideologías políticas muy diferentes.

En particular, Beltrán encarnaba la recurrente figura del economista liberal de Latinoamérica con vínculos en la política, la prensa y los círculos profesionales. Helen Gyger cuenta que Beltrán se formó en la London School of Economics, conservando, desde esa época, vínculos con los principales defensores del libre mercado, como Friedrich von Hayek y Milton Friedman. Beltrán impulsaba desde su diario una transformación integral del sistema hipotecario para facilitar el acceso a la vivienda propia. Para concretar esta idea, y apoyándose en la disponibilidad de crédito, a principios de los sesenta propondría implementar un programa de autoconstrucción de escala nacional a través de préstamos del BID (Gyger, 2013, pág. 13). Para llegar a estas propuestas, Beltrán se apoyaba en el trabajo que desarrollaron los arquitectos peruanos durante el gobierno de Manuel Prado en la Comisión para la Reforma Agraria y la Vivienda (CRAV). Para delinear el trabajo de la CRAV habían escrito informes Eduardo Neira, el antropólogo José Matos Mar y Adolfo Córdova, que al igual que Agurto formaba parte del Movimiento Social Progresista. El trabajo pionero de este grupo de profesionales había contribuido a debilitar el cúmulo de prejuicios que pesaba sobre la población de los asentamientos.

Quizás sin compartir esta visión positiva de las barriadas, Beltrán encontraba en la figura de los pobladores de las barriadas un ejemplo de emprendedurismo, la lucha por obtener la vivienda propia administrando sus escasos recursos. El volumen de construcción de las barriadas evidenciaba que la iniciativa personal de sus habitantes podría complementarse con acceso a crédito y una adecuada asistencia técnica para convertir a grandes masas de población en propietarios. Beltrán quería reproducir la idea del home-owner norteamericano, pero no solamente en el esquema administrativo; a nivel arquitectónico se reproducía una organización espacial similar al suburbio norteamericano de mitad de siglo, aunque reduciendo los terrenos y las unidades habitacionales. Era una versión del suburbio jibarizado por el presupuesto. Sin embargo, se conservaba la idea de construir barrios con cierta autonomía con respecto a la ciudad, incluyendo distintos equipamientos e incluso industrias de pequeña escala. Esta idea, heredada del C.I.A.M., se difundió con el nombre de “Unidades Vecinales” a partir de las propuestas del arquitecto Fernando Belaúnde, otro personaje influyente de la política de este periodo. La principal crítica de Beltrán con respecto a la política de los grandes conjuntos que proponía Belaúnde, ponía en tela de juicio la estrategia financiera.

Fernando Belaúnde y los barrios modernos

Encarnando la figura del arquitecto positivista, alineado con las teorías del C.I.A.M., Fernando Belaúnde prometía iniciar un proceso de transformación del país a partir de grandes obras públicas. El hecho de que fuera arquitecto no es un dato despreciable a la hora de entender sus políticas. Las fotografías que lo mostraban en pose segura junto a grandes maquetas buscaban aprovechar un perfil que lo mostraba como un transformador, una persona volcada hacia el futuro. En los hechos, representaba fielmente el estereotipo del gobernante megalómano que criticaba Turner sin dar nombres puntuales.

Belaúnde estuvo muy cerca de ganar las elecciones en 1956, y las ganó definitivamente en 1963 luego de que los militares le allanaran el camino ante el riesgo de que gane Haya de la Torre, el candidato del APRA. Su gobierno estuvo caracterizado por grandes obras públicas como infraestructuras para riego, autopistas, la carretera marginal de la selva y un moderno aeropuerto. Durante su gobierno

aparecieron en el país levantamientos campesinos y grupos de guerrilla, inspirados por la Revolución Cubana y alentados por un panorama internacional convulsionado. En 1963 fue apresado Hugo Blanco que encabezaba un levantamiento campesino en Chaupimayo y el 15 de mayo de ese año, luego de una persecución por el río Madre de Dios, la Guardia Republicana (policía de Perú) mata con una ráfaga de metralleta al poeta Javier Heraud del ELN (Ejército de Liberación Nacional), que con apenas 21 años agoniza frente a la ciudad de Puerto Maldonado. Otro hecho de similar dramatismo se produjo cuando el Ejército mató al grupo guerrillero del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) dirigido por Luis Felipe de La Puente Uceda, que había iniciado un foco guerrillero en Cuzco. Al conflicto por el tema de la postergada Reforma Agraria, se sumaron una serie de cuestionamientos al gobierno por la política con respecto al petróleo⁶⁸.

Belaúnde se había graduado en Estados Unidos y apenas retornado al país, fundó la revista *El Arquitecto Peruano*, donde publicaron arquitectos cercanos al Movimiento Social Progresista como Santiago Agurto y Eduardo Neira. Desde esta revista Belaúnde había denunciado las condiciones de vida de la población de menores ingresos, pero proponiendo una solución muy diferente a las ideas de los arquitectos del social progresismo, cercanos a la visión antropológica de José Matos Mar.

Si bien Belaúnde mantenía la visión romántica de la población rural que migraba al campo como portadores de una herencia milenaria que había que rescatar generando conjuntos de vivienda que evoquen el “*ayllu urbano*”⁶⁹ (Ludeña Urquiza, 2014), su punto de vista respondía plenamente al ideal de transformación desarrollista. Desde las páginas de su revista Belaúnde adhería a un programa de modernización inspirado en el New Deal a partir de la construcción de obras públicas (Gyger, 2013, pág. 18). Dentro de ese programa ocupaba un lugar central la construcción de grandes conjuntos de vivienda respaldados por el Estado, tal como hacía la *Federal Housing Authority* en los E.E.U.U (Huapaya Espinoza J. C., 2014). En cuanto a la disposición y la forma de los conjuntos, continuaba las ideas que expresara Paul Lester Wiener, socio de Josep Lluís Sert, en una serie de conferencias en Lima, en abril del 1945. José Carlos Huapaya Espinoza destaca dentro de ese ciclo, la conferencia llamada *Saneamiento de los barrios insalubres como base del urbanismo* donde se destacaba la necesidad de aplicar los criterios de la Carta de Atenas y la Unidad Habitacional (Huapaya Espinoza J. C., 2014).

Belaúnde pensaba que la vivienda debía seguir “*criterios modernos*” (Belaúnde citado en Huapaya Espinoza J. C., 2014, pág. 66) que garantizaran la ventilación, el asoleamiento y el acceso a la recreación en áreas verdes. En pocas palabras, combinaba los bloques de vivienda de las *Siedlung* alemanas con los

⁶⁸ El momento de mayor tensión se produjo con el “escándalo de la página 11”. Luego de una serie de disputas con la IPC (International Petroleum Company) por la explotación de los terrenos de La Brea y Pariñas, Belaúnde acordó firmar el borrador de un contrato. La opinión pública había manifestado su descontento con respecto a los abusos de las compañías extranjeras en repetidas oportunidades, lo cual se sumaba a un clima general de cuestionamiento al imperialismo norteamericano. En ese contexto, Carlos Loret de Mola, jefe de la Empresa Petrolera Fiscal (EPF) denunció que en el acuerdo faltaba la página 11 donde supuestamente se acordaba el precio del petróleo. Este hecho encendió el descontento popular y sirvió para que un ala nacional progresista del Ejército, encabezada por Juan Velasco Alvarado tomara el poder el 3 de octubre de 1968. Si bien algunas versiones periodísticas posteriores afirman que la página 11 era sólo una hoja en blanco, es extraño que el precio del petróleo no estuviera pautado y que la IPC exigiera mantener consideraciones especiales pese al descontento popular, en un momento en que la situación económica de Perú se deterioraba cada vez más. El gobierno militar declaró al 9 de octubre, como el Día de la Dignidad, y poco tiempo después, compensó económicamente a la empresa IPC firmando el acuerdo De la Flor- Green.

⁶⁹ *Ayllu urbano* en alusión a generar una pequeña comunidad familiar, era la unidad territorial productiva de los Incas.

criterios de agrupación de equipamientos en centros de menor escala como en las propuestas de Ciudad Jardín.

Belaúnde tuvo oportunidad de poner en práctica las ideas que difundía desde su revista a partir de su participación en política. Como diputado por Lima, participó de la creación de la Corporación Nacional de Vivienda (CNV) mediante la Ley N° 10722 del 26 de noviembre de 1946⁷⁰ que inició la construcción de siete *Unidades Vecinales* en la periferia de Lima. Como proyecto insignia había comenzado a construirse, pocos meses antes, la Unidad Vecinal número 3 (UV3) que no sólo concentraba los lineamientos de la CNV sino que además se adelantaba a toda una serie de proyectos de vivienda característicos de Latinoamérica a mitad de siglo veinte⁷¹.

La UV3 pretendía funcionar como una ciudad autónoma vinculada a la metrópoli, tal como proponía Ebenezer Howard, pero resolviendo el programa a partir de los elementos de la Carta de Atenas. Se ubicaba en un predio, propiedad del Estado, en el eje que conectaba Lima y el Callao distribuyendo una secuencia de bloques lineales de vivienda alrededor de un núcleo urbano que concentraba los equipamientos y múltiples áreas verdes donde se segregaba el tránsito peatonal del vehicular. Para generar una graduación de escalas, combinaba viviendas unifamiliares con vivienda agrupada de pocos pisos para evitar la incorporación de ascensores y facilitar el asoleamiento. Helen Gyger destaca que Belaúnde consideraba las *Unidades Vecinales* como un instrumento de transformación cultural que pretendía conciliar dos objetivos, educar a la población y elevar su nivel de vida, a través de un mismo elemento urbanístico (Gyger, 2013, pág. 22).

Belaúnde continuaba el prejuicio tecnocrático que supone que los pobres crean barriadas insalubres porque les falta cultura. Siguiendo el mismo determinismo espacial pensaba elevar el nivel cultural de los migrantes ordenando sus condiciones habitacionales. Esto, por supuesto, sin tener en cuenta que el costo de la vivienda moderna era muy superior a las posibilidades de cualquier habitante de las barriadas.

Luego de la experiencia de la UV3 se incorporó a la CNV el arquitecto Santiago Agurto Calvo quien orientó la construcción de viviendas hacia la creación de bloques con mayor vinculación a la estructura de la ciudad (Agrupación Angamos, Miraflores, San Eugenio, Hipólito Unanué). La idea inicial de generar barrios con cierta autonomía se recuperó a la hora de construir conjuntos de mayor envergadura como las *Unidades Vecinales* de Matute (1952), Rímac (1953) y Mirones (1953) (Huapaya Espinoza J. C., 2014). Estas unidades, que incorporaban un pequeño centro cívico con edificios comunales, fueron iniciadas en el gobierno de Odría (1948-1956), pero se concluyeron durante la primera presidencia de Belaúnde (1963-1968).

Turner comienza a trabajar para el Estado

Tal como se menciona anteriormente, Turner había llegado a Perú invitado por Eduardo Neira, quien ilusionado con el posible triunfo de Belaúnde, pensó que abundarían las posibilidades de trabajo para los arquitectos. En una entrevista del año 2000, Turner agradece que Belaúnde perdiera esas elecciones. Después de todo, por más que Belaúnde se interesaba por mejorar las condiciones de vida de la población con menores ingresos, tenía una visión bastante conservadora con respecto a las barriadas

⁷⁰ A su vez, la CNV daba continuidad a la Comisión Nacional de la Vivienda –CNAV–, creada por decreto en 1945.

⁷¹ Huapaya Espinoza menciona dentro de este tipo de conjuntos: El Barrio Los Perales (Manuel Dorrego) en Argentina (1949), el conjunto residencial Alcalde Mendes de Moraes (Pedregulho) en Brasil (1947-1952), el Centro Urbano Presidente Alemán (1948), el Centro Urbano Presidente Juárez (1951) en México y la ya mencionada Urbanización 2 de Diciembre (23 de enero) en Venezuela (1955-1957).

populares. Frente a esto, resultaba más alentadora la postura de Prado, que apenas asumió implementó una política de regularización y asistencia técnica a través de la CRAV. Bajo esos lineamientos, en septiembre de 1957 Turner comenzó a realizar trabajo de campo en la Oficina de Asistencia Técnica de Arequipa (OATA). Si bien Turner incluye algunas anécdotas acerca de esos primeros trabajos en sus textos como experiencias simpáticas, de mucho aprendizaje, según Helen Gyger fueron trabajos con un alto nivel de conflictividad y frustración. Si bien Prado mantenía la intención de trabajar en contacto directo con los pobladores de las barriadas, los profesionales se encontraban con dos obstáculos difíciles de sortear: la falta de presupuesto y un alto nivel de conflictividad con las organizaciones de vecinos nucleados alrededor de la Asociación de Urbanizadores Populares de Arequipa (AUPA) (Gyger, 2013, pág. 97). Siguiendo las recomendaciones de Neira, la OATA buscaba centralizar la planificación y la administración para evitar la especulación y la malversación por parte de algunos líderes barriales. Paradójicamente, los mismos arquitectos fueron denunciados ante la prensa (Gyger, 2013, pág. 102). Los vecinos consideraban que los costos eran demasiado elevados y dudaban de la calidad resultante de las técnicas constructivas experimentales (Turner había propuesto realizar una bloquera). Por eso en los medios locales aparecieron titulares que decían “*Denuncian malversación de fondos en urbanización*” (El Deber, 4 de Setiembre, 1957 citado en Gyger pág. 102) y “*A los ingenieros Calle y Turner llevarán al Poder Judicial*” (El Pueblo, 9 de Setiembre, 1957 citado en Gyger pág. 102).

La verdadera oportunidad para poner en práctica el aporte de tanto trabajo intelectual que se venía forjando en Perú con respecto al tema de los asentamientos, apareció con una catástrofe. El 15 de enero de 1958, a las 14:15 horas se produjo un terremoto que destruyó gran parte de la ciudad.

Bloques o Casitas, la discusión de fondo

La inserción de Turner en la dinámica política de la ciudad latinoamericana no es sencilla. Por más que lo hayan invitado para trabajar ante el inminente triunfo de Belaúnde, la sorpresiva victoria de Prado permitiría una mayor proximidad con la realidad de las barriadas siguiendo la línea de trabajo de la CRAV. El problema de fondo era tratar de resolver el problema del alojamiento para una creciente masa de población que migraba desde el campo a la ciudad⁷². Y las soluciones que se barajaban en ese

⁷²Emilio Pradilla explica la migración del campo a la ciudad a partir de dos procesos básicos: 1) El campo expulsa población rural, y 2) La población que proviene del campo difícilmente pueda conseguir trabajo dentro del sector productivo. A su vez, cada uno de estos procesos debe desagregarse de la siguiente manera: “*El desarrollo capitalista agrario por la vía gran terrateniente va a acompañado de la proletarización o semiproletarización, la pauperización y la expulsión del campesinado pobre*” (Pradilla Cobos, 1987, pág. 133) Esto se explica en base a:

- 1.1) El desarrollo de grandes empresas capitalistas agrícolas emplea, de por sí, una pequeña parte del campesinado existente.
- 1.2) Cada transformación que se introduce a las condiciones de producción reemplaza aún más mano de obra (semillas mejoradas, maquinaria agrícola, etcétera).
- 1.3) En muchos casos, el desarrollo de la gran arquitectura capitalista ha ido acompañada de la “*expropiación violenta del pequeño campesino parcelario*” (Pradilla Cobos, 1987, pág. 134). Es decir de un despojo directo, en base a artilugios judiciales y represivos.
- 1.4) La misma competitividad de los monopolios agrícolas genera la expulsión de antiguos propietarios, “*convertidos ahora en superfluos para las nuevas formas de producción agrícola*” (Pradilla Cobos, 1987, pág. 134).
- 1.5) “*El [problema] se agudiza a partir de los años 50 en que el desarrollo del capitalismo monopolista se acentúa tanto en la industria como en la agricultura y el capital imperialista, particularmente norteamericano, invade todas las esferas de las economías latinoamericanas incluido el sector agrario, transmitiéndoles a éstas una*

momento se alinean según tres lógicas políticas: la tolerancia clientelar de Odría; la producción de vivienda moderna encarada desde el Estado, como proponía Belaúnde; y la construcción de un sistema financiero que permita una producción disgregada a cargo de pequeños propietarios, tal como insistía Beltrán.

Dentro de este panorama de fuerzas, hay que reconocer que Turner incorporaba críticas hacia las tres posturas políticas existentes. Consideraba negligente la actitud inicial de Odría que elegía mirar al costado ante un problema que se agravaba día a día. Incluso rescataba la frase de Charles Abrams cuando decía que la ciudad no puede ser entregada a *"la lógica de los ranchos"* (Turner, 1963, pág. 390). Criticaba también la intención burocrática de la CRAV cuando buscaba centralizar la asistencia técnica y el financiamiento para el mejoramiento de las barriadas⁷³. No obstante, puede apreciarse una notable desproporción con respecto a la crítica que realiza hacia la política de construcción de viviendas modernas desde el Estado. Turner puso un énfasis especial en la crítica hacia las políticas de erradicación de barriadas y producción centralizada de viviendas nuevas que encarnaba Fernando Belaúnde Terry.

Cuando Turner realiza su propuesta para abordar el tema de la vivienda, sabía muy bien cómo enmarcarla en una discusión propia del trasfondo político, que superaba los límites estrictamente

nueva dinámica de desarrollo dependiente" (Pradilla Cobos, 1987, pág. 135). En síntesis, el nuevo modelo de capitalismo monopólico termina subordinando *"las formas pre-capitalistas"* (Pradilla Cobos, 1987, pág. 135). Por otro lado *"la limitada absorción de fuerza de trabajo por parte del sector industrial [...] se debe a"* (Pradilla Cobos, 1987, pág. 134):

- 2.1) El proceso de macrocefalia, común al capitalismo en general, se acentúa mucho más en los países que se industrializan en la fase que Pradilla llama como capitalismo monopólico.
- 2.2) Las migraciones del campo se combinan con el *"crecimiento demográfico de las masas trabajadoras ya urbanizadas"* (Pradilla Cobos, 1987, pág. 136). Por ende, si el trabajo aumenta a un ritmo lento y gradual, la mano de obra disponible aumenta a un ritmo vertiginoso.
- 2.3) La dependencia tecnológica limita el ritmo de crecimiento de la industria. La importación de medios de producción tiene un costo muy alto que el sector industrial no está dispuesto a pagar.
- 2.4) El capital "nacional" no sólo se niega a realizar grandes inversiones en producción sino que además *"consume una parte considerable de la plusvalía que se apropia, en un consumo de tipo suntuario"* (al haber un mercado interno restringido, importa productos de lujo) *"o lo reinvierte en sectores especulativos altamente rentables a corto plazo"* (Pradilla Cobos, 1987, pág. 137) como la especulación financiera o inmobiliaria.
- 2.5) La industrialización busca nichos de rentabilidad segura, apuntado a *"la esfera alta"* del consumo o a la exportación de manufacturas [o ensamblaje] basadas en la *"competitividad en el mercado mundial derivada del bajo componente salarial y los subsidios estatales"* (Pradilla Cobos, 1987, pág. 137). Pradilla llama esta estrategia como *"taiwanización"* advirtiendo que es sumamente endeble a los vaivenes del mercado internacional. Con lo cual, la mano de obra empleada es sumamente inestable.

De estos dos órdenes de factores (del sector agrícola e industrial) siempre interrelacionados, puede extraerse la siguiente conclusión: gran parte de la población urbana no quedará incluida dentro del trabajo formal en el sector productivo sino que se integrará a lo que el marxismo llama como *"el ejército industrial de reserva"* que ejerce presión sobre los puestos de trabajo para permitir bajar el costo de la mano de obra. Ante la imposibilidad de tener acceso a un sueldo digno y medianamente previsible, tampoco podrá acceder a una vivienda digna. Con lo cual, aparece un primer cuestionamiento a la visión optimista de la vivienda como encauzada en un proceso de mejoramiento lineal y ascendente. Sólo algunos podrán mejorar sus casas y en base a un proceso de sacrificio continuo que dificulta otros aspectos fundamentales para la vida humana.

⁷³Al afirmar que *"muchos proyectos de autoconstrucción (self-help) han demostrado ser, hasta el momento, extremadamente lentos y costosos a nivel administrativo"* (Turner, 1963, pág. 393) estaba incorporando una crítica al trabajo de la OATA, que continuaba la línea marcada por la CRAV.

arquitectónicos o tipológicos. Es por esa razón que Turner ponía especial atención en un tema candente de la disputa política de la segunda mitad del siglo veinte: la reducción del gasto público.

El primer artículo de Turner en la prensa especializada de Arquitectura, comienza sus conclusiones con un subtítulo bastante elocuente, que aclaraba cuál era su principal aporte con respecto a una nueva estrategia para pensar el alojamiento de la población con menos ingresos, decía: "*¿Gasto o cooperación?*" (Turner, 1963, pág. 389). Con lo cual, buscaba aclarar que la solución que se venía implementando hasta la fecha sobrecargaba el gasto público; y frente a esto, su propuesta permitía un ahorro aprovechando y encauzando el esfuerzo de la gente. Era una política de vivienda que disminuía el gasto público.

El principal enemigo era la política de relocalización, pero no hacía una defensa emotiva sobre el valor de las viviendas destruidas, por el contrario se concentraba en destacar que era una solución parcial (que sólo brindaba solución a una parte muy chica de la población) a un costo muy elevado. El enemigo principal de Turner no es el derribo generalizado que preocupaba a Geddes, sino las características arquitectónicas y financieras de las viviendas construidas por el Estado⁷⁴. Desde este punto de vista, es lógico que las políticas públicas se alejen de la producción de viviendas para decir: es mejor que las construya la gente.

Evidentemente los recursos del Estado eran insuficientes ante la magnitud del problema. Turner decía que "*Los proyectos de vivienda de los gobiernos sudamericanos estaban convirtiéndose en una sangría para los recursos del Estado, que en cualquier caso, eran totalmente insuficientes para lidiar con las necesidades del momento*" (Turner, 1963, pág. 389). Construir vivienda cumpliendo los requisitos mínimos de habitabilidad no era algo barato. También es cierto que los países periféricos, siempre encuadrados en un esquema de dependencia colonial, nunca contaron con suficientes recursos para realizar cualquier tipo transformación estructural. Tenían un limitado presupuesto tanto para vivienda como para cualquier otra política de gobierno.

De todos modos, y siguiendo con el tema del presupuesto, en esa época jugaba un papel preponderante la financiación internacional. Por eso Turner afirmaba:

"Los fondos del gobierno, incluso contando con el mejor crédito extranjero, son realmente insuficiente para la financiación directa para la totalidad del trabajo requerido en la construcción de la vivienda; no obstante [...] puede servir como un 'capital semilla' vital tanto para realizar los proyectos como para la necesaria asistencia técnica" (Turner, 1963, pág. 390).

Esta última cita termina de evocar el carácter que buscaba darle Turner a su propuesta para terminar de encajar en el contexto político de la época. Era una solución de vivienda que permitía optimizar el aprovechamiento del crédito internacional en base al ahorro que se producía dentro del trabajo necesario para construir la vivienda, ya que no alcanzaba para "*la financiación directa [de] la totalidad del trabajo requerido*". En textos posteriores, Turner aclaraba que el ahorro no se producía específicamente sobre la mano de obra, puesto que los llamados autoconstructores tercerizaban gran parte de las tareas, pero evidentemente el recorte se produce en el ámbito del trabajo. Específicamente se ahorra en el tema de la gestión, o por lo menos, eso sugería Turner.

Las posturas más escépticas con respecto a la autoconstrucción afirman que el ahorro se produce no sólo en la gestión de la obra sino además en la mano de obra. La construcción centralizada desde el

⁷⁴ Por ejemplo, Turner decía al respecto de los gastos que demandaba la vivienda en los bloques modernos: "*Que cualquier familia pueda gastar la tercera o la cuarta parte de sus ingresos en alojamiento constituye un error*" (Turner, 1976/1977, pág. 56).

Estado es cara porque los constructores están en blanco y siguiendo todos los requisitos formales de la mano de obra. En cambio, los autoconstructores construyen en negro. La gestión queda totalmente a cargo de la gente, y además, en la mayoría de los casos, también se hacen cargo de una parte importante de la mano de obra. Todos los miembros de la familia (incluyendo niños y personas en delicado estado de salud) terminan realizando las pesadas tareas de la construcción en horarios de supuesto descanso.

En medio de la disputa política con respecto al gasto público y al buen uso de la financiación externa, no tenía mucho sentido abundar en detalles arquitectónicos. Los bloques construidos por el Estado podían ser muy lindos, pero no eran una solución realista. Turner lo decía con cierta sutileza a principios del sesenta cuando afirmaba que los conjuntos aislados, “por lo general con grandes méritos en cuanto al diseño, pero con poco o ninguna noción del problema real” (Turner, 1963, pág. 390), no respondían a “términos realistas de referencia”. Mientras en la década del sesenta los veía como poco realistas, a principios del setenta redobla la puesta diciendo que constituyen un absurdo:

“cualquier intento serio de eliminar un déficit cuantitativo habitacional mediante la construcción directa masiva por organismos centrales es absurdo” (Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 254).

Durante la década del sesenta y principios de los setenta, las propuestas de alojamiento que buscaban incorporar la participación de la gente en los países periféricos, surgieron como un intento por optimizar el impulso edilicio que permitía la financiación internacional, complementándola con el aporte que podían hacer los residentes en cuanto a la construcción y la administración del proceso.

Con respecto a la financiación, esta disponibilidad de crédito internacional se debía a dos causas de la coyuntura geopolítica. Por una lado, la recuperación de Europa, que ya no acaparaba todo el crédito en su reconstrucción. Y por otro lado, la polarización del escenario global a partir de la Guerra Fría. Las dos potencias mundiales buscaban ejercer presión para alinear al resto de los países dentro de su órbita de influencia. La financiación no era solamente un salvavidas para los países no industrializados, era principalmente un instrumento de sujeción política.

En la tesis de Helen Gyger se recoge una frase de T. Graydon Upton, funcionario del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), que evidencia el interés geopolítico de este tipo de ayudas financieras:

“Pese a que el beneficio de las ventas o de las inversiones locales pueda ser algo limitado, el beneficio en cuanto a las relaciones de Estados Unidos con Latinoamérica y la satisfacción de haber contribuido a un problema mayor del hemisferio parece enorme” (Upton citado en Gyger, 2013, pág. 153).

Retomando la contraposición inicial entre la política habitacional de Belaúnde basada en la construcción de barrios modernos y las ideas de Beltrán buscando construir un sistema de financiamiento a medida de los pobres, puede notarse que las propuestas de Turner se encuadran mejor dentro del esquema liberal. Dentro de la arquitectura participativa en general, esta tendencia hacia la vivienda de propiedad individual, va ser una constante. Incluso Habraken, que partía de un esquema colectivo respetando la tipología del bloque moderno, trataba de destacar que su esquema de participación funcionaba mejor cuando los residentes eran propietarios de las viviendas (algo que en los Países Bajos no era muy fácil de conseguir).

Sin embargo, lo que terminó inclinando definitivamente la balanza hacia el esquema del *home owner*, donde cada vivienda correspondía a una pequeña porción de tierra, no fueron las ideas de Turner sino la Alianza para el Progreso. Por más que Mike Davis considera que las ideas de Turner van indisolublemente ligadas a la intromisión imperialista desde los organismos de crédito en las políticas de

los países poco desarrollados⁷⁵, hay que decir que Turner cuestionaba las políticas de construcción de barrios modernos antes de que tuvieran efecto las políticas derivadas de experiencias de construcción mediante mutuales o microcrédito que recibían financiamiento internacional como “capital semilla”. Ni siquiera podría afirmarse que el Banco Mundial retomaba las ideas de Turner, en todo caso desvirtuaba algunos de sus conceptos en un sentido muy general. Sería más preciso decir que tanto Turner como la Alianza para el Progreso, y posteriormente el Banco Mundial, se apoyaban en un concepto económico propio de mitad del siglo veinte que transformaría no sólo la producción de vivienda sino la producción en general: el *sweat equity*.

Turner hablaba del *sweat equity* sin llegar a definirlo del todo. Quizás el significado de este concepto para las políticas de vivienda puede quedar aclarado a partir de la siguiente frase:

“En los siete años que van de 1949 a 1956 el gobierno de Perú construyó 5476 casas [...]. Durante el mismo período, no menos de 50000 familias, de la clase trabajadora en su mayoría, tomaron el asunto en sus propias manos y resolvieron, al menos en parte, los problemas de vivienda y desarrollo comunitario bajo su propia iniciativa” (Turner, 1963, pág. 389).

Con esta frase, Turner demostraba que en la acción de la gente había un recurso que era posible de capitalizar en las políticas habitacionales, ya sea para construir viviendas o para mejorarlas. El concepto de *sweat equity* tendrá un factor fundamental en el esquema de producción desregulada que propone el neoliberalismo. De allí en más, toda política de producción disgregada tratará de aprovechar al máximo esa iniciativa, casi instintiva, de la gente. A ese capital tan difícil de medir, pero aún más difícil de regular, le llaman el *sweat equity*.

Es el aporte de tiempo y esfuerzo que puede realizar una persona en un negocio o en una inversión. En todo emprendimiento, mientras algunos socios pueden aportar capital, otros pueden aportar solamente disponibilidad de tiempo. El problema es que, cuando esa persona (o socio) no tiene tiempo libre, realiza ese aporte en base a su auto-explotación. Esa es una faceta oculta de la construcción de viviendas por autoconstrucción para los sectores que no cuentan con un empleo estable.

Luego de la Revolución Cubana, en 1958, Estados Unidos mantuvo una política dual con respecto a Latinoamérica que puede sintetizarse con la metáfora de “el garrote y la zanahoria” (stick and carrot). Con este sistema de premios y castigos buscaba disciplinar a los países de Latinoamérica para evitar la propagación del mal ejemplo cubano. Como parte del “garrote” y la política represiva pueden destacarse las múltiples intervenciones militares estadounidenses en el continente, ya sea a través de representantes locales como en el golpe de Castelo Branco contra João Goulart, en Brasil (1964) o mediante el desembarco directo como en República Dominicana (1965) (Morgenfeld, 2012). En paralelo, el premio para los países que respondían a los lineamientos de Washington tenía que ver con el acceso al crédito “con el fin de satisfacer las necesidades fundamentales de techo, trabajo y tierra, salud y escuela” (John F. Kennedy en el *Department of State Bulletin* del 13 de marzo de 1961, citado por Morgenfeld, 2012).

El préstamo más importante, de 22,8 millones de dólares para establecer un programa nacional de auto construcción asistida en Perú fue aprobado en 1961 y antes de 1969 ya se habían sumado otros acuerdos menores que alcanzaban una cifra similar, 24 millones. Todo este dinero provenía directamente de Estados Unidos (Gyger, 2013, pág. 154) canalizándose a través de un sistema de

⁷⁵ Mike Davis habla del “matrimonio intelectual” entre John Turner y el presidente del Banco Mundial, Robert McNamara, que había sido una pieza clave del imperialismo estadounidense en el desenlace de la Guerra de Vietnam.

mutuales orientadas a la provisión de vivienda para sectores poblacionales de ingresos medianamente bajos, pero nunca los sectores más desfavorecidos.

Helen Gyger destaca que en el sistema de mutuales que se estableció en Perú durante los años sesenta convergían tres factores: por un lado el sistema financiero accesible al pequeño propietario, tal como lo planteaba Pedro Beltrán. Por otro lado, el ya mencionado interés de Estados Unidos por fomentar lazos de cooperación e intercambio con la región, guiados desde 1942 por el Institute of Inter American Affairs (IIAA) de Nelson Rockefeller. Y, por último, la influencia de la iglesia católica de Estados Unidos a través de la congregación de la Sociedad Maryknoll. Los curas lograron establecer un sistema de microcrédito con cooperativas de vivienda. Dentro de la acción de los padres Maryknoll se destaca la figura del padre McLellan que en 1958 dejó las tareas pastorales para abocarse totalmente al trabajo junto a las cooperativas. Sus ideas trataban de rescatar el trabajo cooperativo, tradicional en la cultura aborigen del Perú, pero canalizándolo hacia la visión capitalista del pequeño propietario individual. En una entrevista para la revista Time, de 1966, McLellan afirmaba: *“Los franceses tienen sus curas obreros. Bueno, yo soy un cura capitalista”* (citado en Gyger, 2013, pág. 159).

Sin embargo, faltaría sumarle a estos tres factores que determinaron un boom para la producción disgregada de vivienda a través de cooperativas, la valiosa experiencia que significó la reconstrucción de posterior al terremoto de 1958.

Terremoto y reconstrucción

El terremoto del 15 de enero de 1958 en Arequipa marcó un hito en la vida de Turner y en el desarrollo de la arquitectura participativa. Es a partir de este evento que los técnicos de Perú -que venían experimentando con propuestas de vivienda realizadas con núcleos básicos que pudieran crecer, o con proyectos de mejoramiento de viviendas y barriadas a través de la ayuda mutua-, tuvieron oportunidad de poner en práctica sus ideas. La urgencia y la magnitud del problema ⁷⁶fueron un requisito fundamental para que los funcionarios muestren mayor predisposición para experimentar con nuevas soluciones. Otro factor desencadenante fue la disponibilidad repentina de fondos. Esta es una paradoja frecuente en todos los casos de emergencias o catástrofes. Si bien existe un hecho contingente que motiva la ayuda humanitaria y el emprendimiento de grandes tareas de remediación, estos eventos ponen de manifiesto la precariedad existente. En ese sentido, las catástrofes terminan sacando a la luz las condiciones de vida de grandes porciones de la población condenadas a vivir en la miseria desde siglos atrás. La reconstrucción posterior a las catástrofes evidencia el cinismo de una sociedad que espera a que todo esté destruido para preocuparse por las condiciones de vida de la población de menores ingresos. Con lo cual, estos hechos fortuitos terminan constituyendo una oportunidad para tratar de canalizar recursos, y un mínimo interés, por parte de la sociedad, hacia los sectores poblacionales de menores ingresos, que son los más castigados en las catástrofes.

Turner recuerda el evento como un punto clave de su vida, aunque también se anima a bromear diciendo que estuvo a punto de morir, porque al momento del terremoto estaba en el baño de una casa cuyo techo estaba construido con la técnica mixta de perfiles de acero y bloques de piedra (Chavez, Vilorio, Zipperer, & Turner, 2000). Lo cierto es que, en un momento en que la actividad de la dependencia estatal en la que trabajaba (la OATA) estaba prácticamente estancada y con múltiples conflictos con los vecinos, el terremoto

⁷⁶ Según Turner, el terremoto destruyó o dejó gravemente dañadas unas 10.000 casas del departamento de Arequipa.

“aceleró la concesión de nuevos fondos para la construcción de viviendas, [no obstante] en comparación con los daños del temblor, los fondos de ayuda asignados para construcción de viviendas eran lamentablemente pequeños. Este hecho alentó al joven alcalde de la ciudad a aceptar la sugerencia de la OATA de que se empleara el método de ayuda propia con asistencia (ideada en Puerto Rico) para estirar los fondos” (Turner, 1972/1976, pág. 136).

En una entrevista del año 2000 Turner afirmaba que su postura avanzaba en el mismo camino que las propuestas de Ian Davis el experto en este tipo de contingencias en la Universidad de Oxford. Según Turner, Davis dice que *“lo más importante es que las víctimas puedan tener la oportunidad de hacer todo lo que son capaces de hacer por sí mismos”* (Chavez, Vilorio, Zipperer, & Turner, 2000).

Efectivamente, las propuestas de Ian Davis en el libro *Arquitectura de Emergencias* tienen relación con esta frase, porque permiten la acción de los pobladores, aunque no buscan limitarse a ello. Davis afirma que no es necesario diseñar un “objeto refugio” ubicado lejos de las viviendas de los afectados. La gente prefiere alojarse circunstancialmente en viviendas de conocidos, pero prefiere cuanto antes volver a instalarse en sus casas para evitar mayores deterioros y propicien una pronta reconstrucción (Davis, 1980). Pero no afirma que la reconstrucción tenga que ser realizada específicamente por los mismos pobladores, que ya tienen bastantes problemas tratando de continuar su vida cotidiana.

Por lo general, más que un interés por rescatar la iniciativa de la gente, el punto determinante remite a la necesidad de optimizar el rendimiento de los recursos financieros. Aunque, situándonos en el contexto político de la Guerra Fría, la intención de maximizar el impacto de la ayuda extranjera y la apoteosis del emprendedor individual, capaz de construirse a sí mismo, van de la mano. La figura del autoconstrutor y el financiamiento externo se convirtieron en una piedra angular para la provisión de alojamiento en la época de la Alianza para el Progreso y las posteriores políticas del Banco Mundial.

Dentro de ese contexto, Turner era una figura destacada, aunque no era la única ni la primera. El terremoto brindó a Turner la posibilidad de tener mayor injerencia en las políticas de alojamiento, pero sin llegar a coordinarlas todas.

Incluso hay que decir que parte de las políticas implementadas en la reconstrucción, no alcanzaron buenos resultados. Cuando Turner dice *“Yo fui responsable de un proyecto post-terremoto en todo Arequipa que demostró estar en la línea correcta: un simple proyecto de realojamiento mediante autoconstrucción”* (Chavez, Vilorio, Zipperer, & Turner, 2000), cualquiera podría llegar a pensar que todo fue color de rosa. Por la forma en que lo recuerda, pareciera que todo salió según lo pensado, y que por eso se convirtió en un modelo a seguir. Sin embargo, Gyger destaca que en los mismos reportes escritos por Turner a fines de los cincuenta denunciaba casos de corrupción, especulación y disputas con los líderes internos de las barriadas (Gyger, 2013, pág. 114).

Autoconstrucción y Sweat equity

Al implementar el programa de autoconstrucción posterior al terremoto, Turner se apoyó en un manual para la implementación de procesos de autoconstrucción asistida (aided self-help manual), elaborado por el gobierno de Puerto Rico a partir de una serie de experiencias de 1939 (Bromley, 2003). Este material, compilado por Luis Rivera Santos fue editado por el Centro Interamericano de Vivienda (CINVA) de Colombia bajo el título de *Manual para la organización de proyectos piloto de ayuda propia y ayuda mutua en vivienda* (1953) (Gyger, 2013). Y puede considerarse un legado fundamental del contexto latinoamericano para las ideas de Turner. De hecho, lo ha mencionado como *“el manual portorriqueño que me dio Eduardo Neira”* (Chavez, Vilorio, Zipperer, & Turner, 2000). Aunque sea imposible corroborar fehacientemente el hecho, funciona como una buena metáfora: Turner recibe, a

través de Neira, el aporte de toda una tradición de arquitectos que siguiendo criterios científicos habían tratado de resolver el problema de la vivienda en asentamientos informales tratando de descubrir y aprovechar sus propias dinámicas. En particular, la construcción gradual donde los mismos habitantes ocupaban un rol central en el proceso. A nivel general podría decirse que la experiencia de autoconstrucción de Puerto Rico se encauzaba dentro de las políticas que implementó el New Deal en la isla, con esa mezcla de paternalismo y tecnocracia que caracterizó las políticas posteriores a la Crisis de 1930, buscando mejorar las condiciones ambientales en base al aprovechamiento de la mano de obra disponible. Era un momento clave para tomar las riendas de la construcción de viviendas teniendo en cuenta que dos huracanes recientes (San Felipe en 1928 y San Ciprián en 1932) habían acentuado la degradación de las condiciones ambientales (Burrows, 2014). Más allá de esto, no sería correcto afirmar que todo el trabajo del New Deal en Puerto Rico se basó en la autoconstrucción asistida. También se combinó con proyectos de relocalización de asentamientos siguiendo lineamientos del urbanismo moderno. Como por ejemplo “El Falansterio” en Puerta de Tierra, que realojaba a las familias del asentamiento “Miranda” (Burrows, 2014). A su vez, el abordaje de estas obras se complementaba con grandes obras de infraestructura iniciadas y centralizadas por el Estado. En ese sentido, hay que aclarar que el manual de Rivera Santos resumía una de las múltiples facetas del New Deal portorriqueño⁷⁷. La construcción de viviendas a través de técnicas de autoconstrucción y ayuda mutua no debió extrapolarse al resto del continente sin tener en cuenta su complementariedad con obras de fuerte presencia estatal.

Por el contrario, Turner buscaba destacar el costado liberal de la experiencia portorriqueña, esa que enfatizaba el ahorro que se producía en base al aprovechamiento de la iniciativa de los residentes. De hecho, consideraba que algunas experiencias previas, de autoconstrucción asistida, eran demasiado centralistas para su modo de entender el desarrollo.

Por supuesto, el sistema de autoconstrucción asistida tenía sus ventajas con respecto a la erradicación y construcción de bloques según criterios modernos. Los grandes conjuntos “*requerían un desembolso inicial muy alto y dejaban poco margen para la inversión de recursos no monetarios*” (Turner, 1967, pág. 168). Además permitían ahorrar costos de mano de obra en base a la ayuda solidaria entre los vecinos, algo que Mangin había destacado al estudiar las barriadas de Lima en el artículo incluido en *Dwelling Resources in South America* (1963).

Frente a los costos elevados y rígidamente programados de los conjuntos modernos, los proyectos que incorporaban autoconstrucción podían financiarse en base a inversiones graduales y que permitían capitalizar el *sweat equity*.

Sin embargo, Turner criticaba en este tipo de esquemas de autoconstrucción asistida que las agencias estatales terminaban oficiando como contratistas, desperdiciando la capacidad de la gente para organizar sus propios procesos (Turner, 1963, pág. 393). En cierto sentido, la autoconstrucción asistida subestimaba a la gente. Este tipo de proyectos consideraba que la administración centralizada y el control estatal impedirían el desperdicio de materiales y la malversación de los recursos, cuando, en realidad, el control centralizado terminaba aumentando los costos administrativos y dilatando los plazos

⁷⁷ En el paso desde las agencias norteamericanas a las agencias peruanas juega un rol fundamental la figura de Jacob Crane, director de proyectos de planeamiento en la Administración de Vivienda de los Estados Unidos desde 1938. De hecho Bromley afirma que fue Crane quien acuñó el término “*aided self-help housing*” allá por 1945 (Bromley, 2003). El contacto de Crane en Perú era David Vega Christie, a quien invitó para realizar un viaje de estudios por los Estados Unidos. Vega Christie ocupaba el cargo de director del Ministerio de Fomento -puesto que luego desempeñaría Eduardo Neira- y ocupó cargos influyentes en la CRAV, la agencia que trazaría la línea de trabajo de la oficina técnica donde trabajó Turner a partir de 1957 (Harris, 2003; Gyger, 2013).

en base a una serie interminable de trámites burocráticos: formularios para recibir materiales, certificaciones, revalúos, etcétera.

Oponiéndose a esa actitud paternalista, Turner prefería utilizar un concepto que también empleaba el arquitecto peruano Diego Robles: en lugar de trabajar “*para*” la gente, proponía trabajar “*con*” la gente (Turner, 1963, pág. 393; Gyger, 2013, pág. 197). En esa frase que abandona la actitud tecnócrata de ordenar los procesos de la gente para abocarse a integrar las dinámicas existentes, radica uno de los aportes principales de Turner con respecto a la arquitectura participativa. Turner buscaba rescatar las dinámicas que observaba en los asentamientos, tratando de canalizarlos hacia la producción de vivienda y el mejoramiento de la ciudad. Allí donde otros arquitectos, como Belaúnde, veían un conjunto de casillas insalubres a demoler, Turner veía “*un monumento a la iniciativa de gente común, la perseverancia y la capacidad organizativa*” (Turner, 1963, pág. 391)⁷⁸.

También hay que destacar que, en textos posteriores, Turner tratar de matizar esta visión optimista de las barriadas, afirmando que: “*No se intenta presentar aquí la autoconstrucción del hogar llevada a cabo por personas infra-alimentadas, extenuadas, sin créditos con herramientas inadecuadas y materiales pobres como modelo*” (Turner, 1976/1977, pág. 137). Sólo se trataba de permitir que la gente ponga en práctica su capacidad innata de administrar un proceso característico del ser humano, la construcción de su entorno.

Sin duda, existe una evolución dentro del discurso de Turner. A principios de los sesenta consideraba las barriadas como un “monumento” a la iniciativa individual, a mediados de los setenta las valoraba sólo por capitalizar la capacidad organizativa de la gente.

Si bien ya no pretendía utilizar sólo la fuerza de trabajo de la gente, como Geddes que ponía el acento en el hecho de que los pobres tenían mucho tiempo libre, todavía quedan rastros de la idiosincrasia victoriana en cuanto a la exaltación de la iniciativa. De algún modo, este énfasis en el emprendedurismo, continúa la visión de Samuel Smiles, cuando consideraba que los pobres podían superar la pobreza, simplemente, a través de sus capacidades organizativas.

"El hombre que siempre está rondando al borde de la necesidad se halla en un estado próximo a la esclavitud. En ningún sentido es dueño de sí mismo. [No obstante], todo lo que requiere para asegurarse la independencia es la práctica de una simple economía. La economía no requiere ni valor superior ni virtud eminente; basta la energía ordinaria y la capacidad de una mediana inteligencia [...] significa destreza, regularidad, prudencia, y nada de despilfarro" (Smiles, 1859/1895, pág. 260).

Abordaje antropológico de los asentamientos

Según Ana María Fernández Maldonado, Turner fue el primer intelectual en romper la serie de prejuicios que flotaba sobre las barriadas.

"Antes de él [Turner], el conocimiento académico convencional consideraba que el rápido crecimiento de los vecindarios informales del Tercer Mundo [asentamientos, o villas] son por definición tugurios, lugares de delincuencia y disturbios sociales [...], Turner le cuenta al mundo que las barriadas de Lima no tienen nada que ver con esa situación; el optimismo en cuanto al futuro, y la capacidad de organización social, eran sus principales características" (Fernández Maldonado, 2015, pág. 3).

Fernández Maldonado destaca además que las agencias estadounidenses consideraban los asentamientos como una amenaza para el orden público, donde se podían gestar insurrecciones de izquierda. Ante lo cual, habría que decir que el gobierno de Estados Unidos no estaba tan equivocado

⁷⁸ Turner decía esto en referencia al asentamiento de Pampa de Comas.

considerando que, a partir de la Revolución Cubana, las expresiones de izquierda florecían por todo el continente. Podría tomarse como ejemplo, la toma de tierras de Nueva Habana en Santiago de Chile (1970), documentada en una película de Tom Cohen, donde se la destaca como “*una experiencia de poder popular*”.

Más allá de eso, Turner había notado que los pobladores de las barriadas no eran, precisamente, alborotadores. Por el contrario, los pobladores de los asentamientos consideraban que habían logrado un ascenso social al conseguir un techo propio donde vivir; y no estaban dispuestos a embarcarse en proyectos políticos que pudieran poner en riesgo esas conquistas (Turner, 1968, pág. 119).

De hecho, si en algún momento se mostraban confrontativos, era por la misma inquietud que subyace en toda acción del capitalismo: la defensa de la propiedad. Por lo general, los procesos de organización social de los pobladores de las barriadas no buscaban torcer el panorama político hacia la izquierda, buscaban en realidad quedar incorporados en el orden social existente⁷⁹. E incluso más, buscaban consolidarlo. Fernández Maldonado traduce un texto de Mangin y Turner de 1968 donde se afirma que “*los ocupantes ilegales están interesados principalmente en la consolidación de su inversión en vivienda, en lograr que sus hijos vayan a la escuela, y en identificarse como propietarios respetables*” (Turner y Mangin citados en (Fernández Maldonado, 2015, pág. 4).

Resultaría paradójico decir que los pobladores de los asentamientos buscan consolidar una propiedad, a la cual accedieron ilegalmente⁸⁰. Es cierto, pero sería una contradicción sólo desde el punto de vista estrictamente legalista. En efecto, las tomas de tierra y la construcción de asentamientos constituyen un fenómeno que no puede ser mirado desde un punto de vista único. Exigen la combinación de múltiples miradas. Una de las virtudes de Turner es el hecho de incorporar, sobre la planificación y la arquitectura, una mirada que provenía desde la antropología.

No obstante, Turner no fue ni el primero ni el único. De hecho cuando, mencionaba que los pobladores de los asentamientos de las barriadas tenían una tendencia a adoptar posturas conservadoras, lo hacía apoyándose en los estudios desarrollados por Granville H. Sewell en Turquía (Turner, 1968, pág. 119). En la mirada de Turner puede notarse la convergencia de todo un ambiente cultural que volcaba su mirada hacia los procesos sociales marginados del proceso homogeneizante y unidireccional de la modernidad.

En el texto *La aldea en la ciudad (2008). Ecos urbanos de un debate antropológico*, Adrián Gorelik analiza cómo se va desarrollando este vínculo entre la antropología y la planificación a lo largo del siglo veinte. Para comenzar este repaso por las ideas urbanísticas que buscaban rescatar los valores comunitarios perdidos durante la modernidad, Gorelik menciona una serie de estudios antropológicos en sociedades pre-industriales. El primer aporte, proviene de la Escuela de Chicago, cuando Robert Redfield (yerno de Robert Park y padre de Lisa Redfield Peattie, la antropóloga que criticaba el proyecto de Ciudad Guayana) se traslada al sur de México para estudiar una serie de comunidades de Tepoztlán buscando “*comprender el cambio social y cultural en el pasaje de la comunidad aldeana a la sociedad urbana*” (Gorelik, 2008, pág. 4). A partir de este estudio publicado bajo el título *The Folk Culture of*

⁷⁹ Por eso decía que “los asentamientos informales [...] han sido drásticamente malinterpretados, tanto en sus países como en el extranjero” (Turner, 1963, pág. 363).

⁸⁰ Muchos asumirían que los pobladores de los asentamientos tienen poco respeto por la planificación porque la tierra ha sido tomada ilegalmente y por la fuerza [...] No obstante, la planificación es respetada a un nivel sorprendente y los esquemas urbanísticos iniciales tienen más peso de lo que frecuentemente se cree” (Turner, 1968, pág. 115).

Yucatan, Redfield, incorporando el aporte de Louis Wirth, trazó toda una línea de pensamiento basada en contraposición de dos formas sociales “*tradición/modernidad*”. Dos años más tarde, Oscar Lewis se asentó en el mismo escenario que Redfield con una clara intención de cuestionar el paradigma de la Escuela de Chicago. En 1952 fue un paso más allá, al estudiar la experiencia de familias de Tepoztlán que migraban hacia la ciudad de México y en 1959 publicó *Five Families (Mexican Case Study in the Culture of Poverty)*. En pocas palabras, Lewis cuestionaba las categorías formales de Redfield y la supuesta tendencia al equilibrio. Pero más importante: notaba que no había un verdadero reemplazo del *folk* (la tradición) por un sentido civilizatorio universal (modernidad). Por el contrario “*verificó la reproducción de los lazos fuertes de la familia ampliada y el espíritu comunitario que se extiende a todos los que comparten la misma procedencia*” (Gorelik, 2008, pág. 8).

El debate entre Redfield y Lewis tuvo una particular influencia en el ámbito Latinoamericano, en las diferentes posturas con respecto a las villas miserias (chabolas, población callampa, barriadas, favelas). De alguna manera, la villa miseria era “*la otredad aldeana en las ciudades latinoamericanas [...] el diafragma delicado que materializaba el momento más dramático de la transición*” (Gorelik, 2008, pág. 12). Para ejemplificar las diferentes visiones latinoamericanas acerca de las villas miserias, a mitad de siglo veinte, Gorelik se remite a un Seminario realizado en Santiago en 1959.

Dentro de ese seminario, el relator del caso de Lima fue José Matos Mar, concuñado de Eduardo Neira (Kozak, 2016) y una de las principales influencias dentro del ámbito de los arquitectos que formaban parte del Movimiento Social Progresista. Matos Mar realizó un estudio en la barriada de “Ciudad de Dios”, la toma de tierras que se menciona anteriormente como uno de los factores claves en el cambio normativo que se produjo en 1955, cuando comenzó a plantearse la posibilidad de regularizar y urbanizar los asentamientos informales. Para describir el enfoque de Matos Mar, y su legado a los arquitectos del Movimiento Social Progresista, Helen Gyger destaca un proyecto anterior, de 1952. En una experiencia similar a la de Robert Redfield y Oscar Lewis, Matos Mar inició un estudio etnográfico en la comunidad aborígen Huarochi. Trabajando en ese proyecto, Matos Mar decidió realizar un cambio en el abordaje, pasando de la investigación puramente etnográfica a un verdadero “*proyecto de mejoramiento*” (Gyger, 2013, pág. 57). Para llevar adelante esa nueva etapa, se incorporó al proyecto Huarochi un grupo de técnicos entre los que se encontraban Adolfo Córdova y Eduardo Neira.

Ya se ha comentado en párrafos anteriores que Eduardo Neira fue quien convenció a Turner para viajar a Perú, donde conformaría un grupo de amistad y trabajo junto al geógrafo británico John P. Cole⁸¹.

Por otra parte, Matos Mar y Adolfo Córdova redactaron informes para la formación de la Comisión para la Reforma Agraria y la Vivienda (CRAV) (Gyger, 2013, pág. 39), la institución que marcaría la línea de trabajo de la Oficina Técnica que integró Turner en 1957.

Es interesante notar que, a veces, las teorías y las corrientes epistemológicas parecen pisarse a sí mismas, se mezclan y se entrecruzan en la errática vida de las personas. Por ejemplo, haciendo un esfuerzo de síntesis podría decirse que toda esta mirada optimista con respecto a las barriadas surge de la investigación de Robert Redfield. Este debate pasa por José Matos Mar para llegar a Eduardo Neira y John Turner. Esta valoración de los asentamientos informales cristaliza en el proyecto de Ciudad

⁸¹ Turner reconocía la influencia de este grupo en uno de los textos que escribió para el libro *Libertad para Construir*: “*El geógrafo John P Cole, el socio-antropólogo José Matos Mar y el arquitecto y planificador Eduardo Neira eran miembros de un pequeño grupo profesionales que fueron los primeros en llamar la atención hacia la índole real y potencialmente positiva de las barriadas*” (Turner, 1972/1976, pág. 132).

Guayana, una de las experiencias que Turner destacaba en su primer artículo para la prensa especializada en arquitectura. Irónicamente, el principal cuestionamiento a la operación de Ciudad Guayana proviene de Lisa Peattie, la hija de Robert Redfield. El dragón, se muerde la cola.

La herencia de esta corriente antropológica en Turner puede notarse a partir de cuatro características fundamentales de su trabajo. La contemplación de la barriada como una solución intermedia en el camino hacia la vivienda digna, la incorporación de historias de vida dentro de sus textos, la intención de rescatar la herencia de las culturas tradicionales y, por último, una diferenciación antropológica entre asentamientos (*informal settlements*) y las villas o tugurios (*slums*).

Visión optimista de las barriadas

Turner se oponía tanto a la visión descorazonadora de las barriadas como a la visión tecnocrática. La primera conducía al paternalismo y la segunda conducía al desalojo. Para comenzar a desarrollar este punto de vista, Turner partía de una visión antropológica que pocas veces se tiene en cuenta dentro del ámbito de la arquitectura: la falta de vivienda digna es uno de los tantos problemas que padece la población de menores ingresos⁸². Esto implica ante todo, tratar de abordar el problema teniendo en cuenta todos los recursos que están en juego a la hora de pensar soluciones de vivienda. Turner consideraba que, para aquella familia que pretende consolidar su situación económica, los inquilinatos son un impedimento.

Incluso consideraba que las barriadas constituían una opción de vivienda válida que les brindaba a los pobres del Tercer Mundo mayores posibilidades de elección que la que tenían los pobres de los países industrializados.

“Los pobres urbanos de los países ricos, con sociedades donde el consumo de masas tiene un alto nivel de institucionalización, no tienen esas libertades [...] los pobres se ven obligados a alquilar en inquilinatos, a un puntero [slumlord] o a las autoridades de la vivienda pública (Turner, 1968, pág. 357)”⁸³

Por el contrario, según la óptica de Turner, la gente que habita las barriadas ha escapado a las cadenas del inquilinato, que compromete sus ahorros sin ningún tipo de garantías para el futuro, para poder planificar su propio desarrollo⁸⁴. Por más que la vivienda sea humilde y deficitaria según los criterios modernos, sirve como un punto de anclaje desde donde la familia puede proyectarse hacia el futuro.

“[Una familia que ocupa un terreno en una barriada] ha resuelto gran parte de su problema [...] la familia se ha procurado su propio espacio, tiene la seguridad de una tenencia de hecho, tiene un refugio mejor y más saludable que antes [en los inquilinatos], tienen mayor capacidad de ahorro y también algo en qué invertir” (Turner, 1963, pág. 376).

⁸² “De hecho, la vivienda es sólo uno de los tantos problemas que la población pobre enfrenta” (Turner, 1963, pág. 390).

⁸³ Por supuesto, las críticas con respecto a esta idealización de “las posibilidades de elección” que brindan los asentamientos informales del Tercer Mundo serán motivo de crítica (y prácticamente de burla) por parte de diversos críticos. En particular, Emilio Pradilla y Rod Burgess destacarán que en los asentamientos también se reproducen las mismas relaciones de cacicazgo y especulación capitalista de los inquilinatos sólo que un ámbito aún más difícil de regular.

⁸⁴ Los inquilinatos y la vivienda pública exigen una constancia en los ingresos poco frecuente en la situación de inestabilidad laboral que padece la población de menores recursos económicos (Turner, 1968, pág. 357).

Turner aclaraba que la mayoría de los asentamientos pueden mejorarse. Que no hace falta proceder al derribo para iniciar la construcción de viviendas modernas que dilapidan los recursos del Estado y comprometen el presupuesto de las familias. Si bien reconocía la carencia de servicios, destacaba también la capacidad organizativa de la gente para conseguir gradualmente pequeñas conquistas en el camino hacia un hábitat digno: *“mientras exista la posibilidad de que esas deficiencias mejoren”* (Turner, 1963, pág. 376), las familias resistirán. Al menos a fines del sesenta, Turner consideraba que ese periodo deficitario de las barriadas se atravesaba rápidamente para constituirse en un nuevo barrio para la ciudad, siempre y cuando no se interponga una intervención policial (Turner, 1968, pág. 111).

De hecho, una ventaja que tienen las barriadas frente a los inquilinatos y los bloques modernos es que permiten canalizar la iniciativa de la gente y la organización comunitaria⁸⁵ en logros concretos para el asentamiento que redundan en un beneficio general para la ciudad, consolidan una porción del territorio.

“Tan pronto como el campamento se estableció en el sitio, la asociación organizó una escuela que proveía educación primaria tanto a niños como a adultos, y se abrieron varias tiendas de pastas, velas, inca-cola y otras productos básicos” (Turner, 1967, pág. 170).

Además, Turner destacaba que las organizaciones que llevaban a cabo las ocupaciones de tierra eran grupos heterogéneos con un espectro social mucho más amplio que el que permitían los férreos criterios de selección de los conjuntos de vivienda pública (Turner, 1968, pág. 357). Para Turner, las barriadas *“han mantenido un apreciable grado de movilidad social ascendente”* (Turner, 1967, pág. 170)⁸⁶.

Turner destacaba también que las barriadas tenían un valor existencial, al permitir que la gente participe activamente en un proceso que es inherente a la naturaleza humana, la construcción y la personalización de su propia casa: *“El valor existencial de la barriada es producto de la combinación de tres libertades: la libertad a elegir su propia comunidad; la libertad a administrar sus propios recursos, y la libertad de moldear su propio ambiente”* (Turner, 1968, pág. 357).

Esta visión positiva de las barriadas llevaba a Turner a recuperar la visión de Geddes, antagónica al método del derribo generalizado: *“El problema básico de los sectores tugurizados de los países en desarrollo, no es cómo erradicarlos, sino cómo hacerlos habitables”* (Turner, 1968, pág. 119).

Finalmente, con los primeros efectos de la crisis del petróleo, Turner sumaba una última falacia como ventaja de los asentamientos, al afirmar que las barriadas utilizaban formas de construcción “más limpias” o menos contaminantes: *“En una palabra, no contaminan; pese a su pobreza muchas veces conmovedora y a las penurias particulares, la acción de esta gente es una celebración de la vida humana”* (Turner, 1974, pág. 8).

Defender sus ideas remitiéndose a historias de vida

Una segunda característica que Turner hereda de la antropología es el recurso de dar a entender sus ideas apoyándose en relatos de vida. Esta estrategia puede notarse, por ejemplo, al incluir en el artículo

⁸⁵ En un texto de 1963 afirmaba que *“en la mayoría de las barriadas, los habitantes demuestran haber fundado organizaciones con fuertes lazos comunitarios”* (Turner, 1963, pág. 376).

⁸⁶ También hay que decir que un año más tarde, destacaba que esta movilidad social se daba principalmente en contextos de progreso macroeconómico. *“El progresivo mejoramiento personal que permiten los asentamientos ocurre principalmente en los países donde la urbanización muestra un alza y donde la industrialización ha comenzado”*(Turner, 1968, pág. 113). Con lo cual, Turner deja abierta la posibilidad de plantear que la mejoría de las familias no se debía a la posibilidad de tener una vivienda en la barriada, sino que respondía a factores macroeconómicos. Los efectos no se ataban específicamente a las causas.

Dwelling Resources in South America de 1963, un texto redactado por el antropólogo William Mangin. Bajo el subtítulo *Urbanization case history in Peru*, el antropólogo estadounidense narraba la historia personal de Blas y Carmen para ejemplificar los procesos migratorios del campo a la ciudad y entender cuáles son las ventajas de las barriadas desde el punto de vista particular de sus pobladores. Mangin detalla la experiencia de estos dos migrantes, viviendo en malas condiciones en el campo, luego hacinados en un inquilinato, hasta participar en una toma que se va consolidando lentamente.

En el libro *Vivienda, todo el poder para los usuarios* (1976/1977), Turner contraponía las ventajas que brindaba la vida en un asentamiento frente a las restricciones que exigía el alojamiento en la vivienda provista por el Estado. Contando la vida de Mamá Elena mostraba el ahorro y la estabilidad que permitía la vivienda autogestionada, aunque no cumpliera con los estándares modernos. Por el contrario, para demostrar las desventajas de la provisión centralizada utilizaba el ejemplo de un albañil que se vio forzado a alojarse en un conjunto estatal llamado Vicente Guerrero, ubicado al borde la ciudad:

"La familia dispone ahora de una vivienda equipada con todos los servicios y comodidades básicos, sin embargo, esta 'mejora' ha puesto en grave peligro las vidas de sus miembros, cuya situación humana y económica se ha deteriorado gravemente, (55 por ciento de sus ingresos en la renta mensual y expensas) y 5 por ciento en transporte"(Turner, 1976/1977, pág. 74).

Por supuesto, los relatos en primera persona que incorporaba Turner, se pueblan de detalles cálidos, muy humanos, incluso simpáticos, rompiendo la frialdad de la precisión estadística. Por ejemplo, en un artículo que escribió para el libro *Libertad para construir* (1972/1976), Turner comentaba que la Señora Romero le enseñó que antes de terminar de acondicionar la vivienda, era importante construir una linda fachada, porque la *"creación de una calle urbana en una fase temprana de desarrollo [es de] gran estímulo para quienes en ella viven o de ella se sirven"* (Turner, 1972/1976, pág. 152).

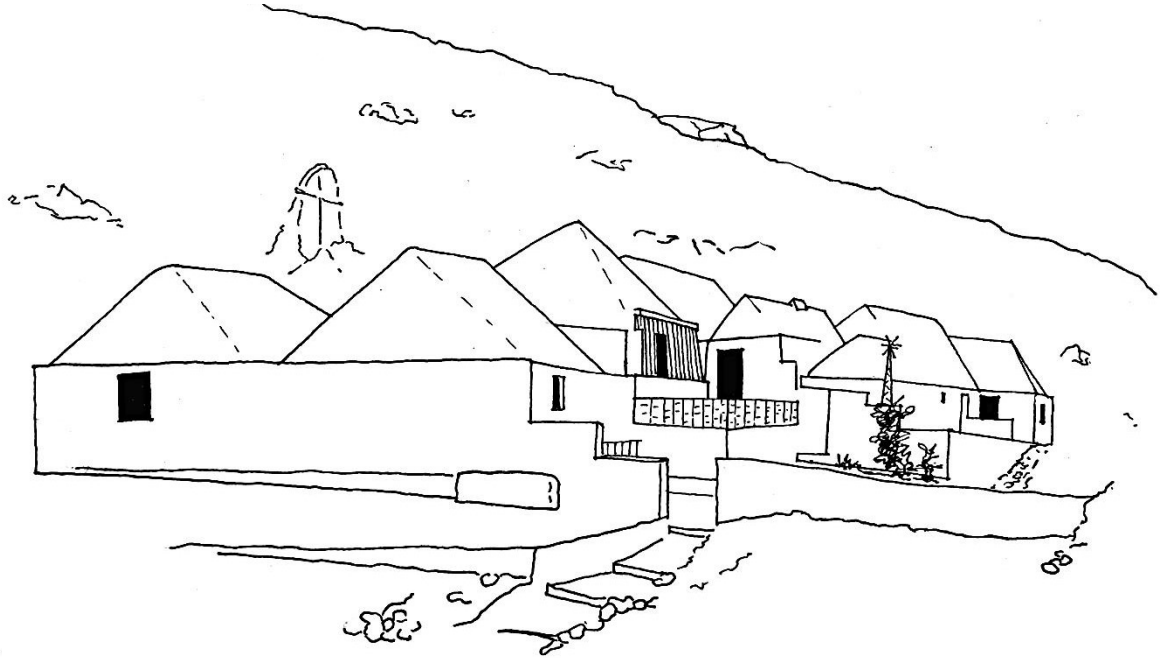
Rescatar la herencia tradicional aborígen

Al igual que Redfield, Turner contraponía a los valores universales y homogeneizadores de la modernidad, los valores ancestrales de las culturas tradicionales. En realidad la referencia más cercana no era la línea antropológica de la Escuela de Chicago, sino el cuestionamiento a la arquitectura moderna que implicaba la recuperación de la arquitectura vernácula, por ejemplo con la exposición y el libro de Bernard Rudofsky, citado en la página 41 del libro *Vivienda, todo el poder para los usuarios* (1976/1977). Pero compartía con los antropólogos el mismo cuestionamiento hacia la universalidad de la cultura industrial, proponiendo en cambio, el rescate de las cualidades propias del lugar. Este rescate de las culturas tradicionales incluye tanto características físicas de las construcciones vernáculas, como valores intangibles: el sentido comunitario y la ayuda mutua.

Para destacar la belleza de la arquitectura tradicional, Turner incluyó en *Dwelling Resources in South America* una reflexión de Patrick W. Crooke sobre el hábitat tradicional utilizando la descripción de una *"vivienda autoconstruida en un poblado de artesanos"* (Figura 6). Cabe destacar que el nombre del texto era, de por sí, una apelación a la nostalgia por remitirse a un pasado de producción pre-industrial. La casa, de muros blancos y espacios francos, pertenecía a Pedro Vizcarra y había sido construida gradualmente a lo largo de 5 años. Evidenciaba un juego sencillo de formas abovedadas simples, que se adosaban alrededor de una explanada similar a las canchas incas. Respetando la sencillez de la

construcción, el artículo no abundaba en descripciones. Simplemente, se mostraban fotografías y un corte que destacaba la austeridad de las tecnologías utilizadas⁸⁷.

Con respecto a los valores intangibles de la tradición local, Turner mantenía una visión común a diversas posturas políticas. Desde José Carlos Mariátegui hasta Fernando Belaúnde, distintas personalidades han destacado, dentro de las culturas andinas, toda una tradición de trabajo comunitario. Haciendo referencia a la “minga” y la “faena”, Turner decía que “los peruanos han heredado fuertes tradiciones de acción comunitaria de una cultura antigua basada en la organización del riego” (Turner, 1968, pág. 125).



Vivienda autoconstruida en un poblado de artesanos analizada en Dwelling Resources in South America. Gráfica propia.

Figura 6 Poblado de artesanos

Diferenciación entre los tugurios y las barriadas

A partir de un estudio detallado de la población migrante del campo a la ciudad, Turner realiza una diferenciación entre dos manifestaciones del hábitat informal distintas pero complementarias. Por un lado, identifica los tugurios o villas miseria que se forman gradualmente en los intersticios de la ciudad y, por otro lado, los asentamientos suburbanos. Mientras las villas intersticiales eran una alternativa válida para los recién llegados, a quienes Turner menciona como los “*cabeza de puente*” (bridgehead) haciendo referencia a un término de la táctica militar que evidencia la ocupación de un puesto provisorio y estratégico. Por el contrario, los asentamientos suburbanos son una buena opción para los “*consolidadores*” (consolidators), utilizando un término de las transacciones económicas (Turner, 1968, pág. 116). Con la sola elección de las categorías puede notarse cuál es la reflexión subyacente en Turner. Mientras las villas intersticiales o tugurios constituyen un puesto “de batalla”, los pobladores de los asentamientos previamente planificados se convierten en inversores.

⁸⁷ Según Helen Gyger la casa autoconstruida de Pedro Vizcarra evocaba el *bidonville* y el poblado mediterráneo que habían sido objeto de admiración para los pioneros modernos (Gyger, 2013, pág. 124).

A partir de esta división, Rod Burgess advierte que la visión de Turner no tiene en cuenta el constante dinamismo de la ciudad. Los asentamientos que antes eran suburbanos, cuando la ciudad crece, se convierten rápidamente en localizaciones centrales. Con lo cual, los asentamientos que antes eran periféricos, que seguían una planificación de espacios amplios y generosos, poco tiempo más tarde comienzan a tugurizarse ante la presión inmobiliaria.

La participación para garantizar la complejidad del ambiente

Antes de que se desatara la Crisis del Petróleo, Turner consideraba que el principal riesgo de organizar la producción de viviendas a partir de una estructura heterónoma (centralizada y de gran escala) era la conformación de paisajes homogéneos que no respondan a las verdaderas necesidades de la gente. Recién a partir de 1973 Turner comenzó a hacer hincapié en el tema del consumo de energía. Cuando la crisis puso de manifiesto que los recursos eran finitos, Turner empezó a recalcar que las soluciones de vivienda realizadas desde estructuras heterónomas generaban un derroche de recursos. Durante la década del sesenta y principios de los setenta, más que el consumo energético, el principal argumento de Turner contra la heteronomía era que impedía la diversidad. Este interés por la riqueza formal del ambiente iba en consonancia con otras búsquedas teóricas dentro del ámbito de la arquitectura. A fines de la Segunda Guerra, algunos arquitectos cercanos al Team X, como Aldo Van Eyck, comenzaron a cuestionar la lógica simplificadora y la estética ascética, depurada y fabril que había comenzado a difundirse con el nombre de *International Style* (Estilo Internacional) a partir de una exposición de arquitectura moderna en el MoMA de Nueva York (1932). El libro *La imagen de la ciudad* (1960) de Kevin Lynch valoraba la riqueza del paisaje de la ciudad, y poco después, Robert Venturi realizaba su crítica más aguda al dogmatismo de la arquitectura moderna en el libro *Complejidad y contradicción en la Arquitectura* (1966). Era un cambio de época, que incluso llegó a afectar a algunos pioneros de la arquitectura moderna, como Le Corbusier, que comenzó a desarrollar búsquedas más intuitivas que derivaron en resultados arquitectónicos de mayor riqueza formal, donde pueden observarse una multiplicidad de evocaciones, dualidades y metáforas. En las obras de Le Corbusier de fines de los cincuenta cobraba protagonismo la cualidad táctil de los materiales, la superposición de tramas que generaba la doble piel de parasoles, y los fuertes contrastes de iluminación.

En paralelo, los arquitectos que abordaban el tema de la participación, como Ralph Erskine, Giancarlo de Carlo o Lucien Kroll destacaban que el diseño participativo permitía mayor nivel de riqueza y variedad que los proyectos delineados desde el gabinete de un arquitecto. Mientras el diseño que centralizaba las decisiones implicaba inevitablemente un proceso de simplificación a la hora de realizar obras de gran escala, la arquitectura participativa permitía adecuar la arquitectura a las necesidades y gustos diversos de la gente⁸⁸.

En ese sentido, las propuestas de Turner, por considerar la variable de los costos, constituyen una respuesta más realista a la magnitud del problema del alojamiento. La necesidad de garantizar vivienda digna para grandes masas de población siempre implicó una importante inversión de recursos. Por lo

⁸⁸Esta postura crítica con respecto a la centralización de las decisiones que implicaban los proyectos modernos es un punto de contacto entre Turner y otros arquitectos que implementaban la participación, como Lucien Kroll o Christopher Alexander. Algunos años más tarde, Turner comentaba al respecto: "*La creciente monotonía de la vivienda moderna, con su arquitectura usualmente indistinguible de un lugar del mundo a otro, es algo sintomático. La centralización ha forzado a una infinidad de individuos, hogares y comunidades a encajar en los mismos moldes, distorsionando su naturaleza y contribuyendo a la inhibición y la frustración de su bienestar personal y cultural*" (Turner, 1980, pág. 11).

tanto, las soluciones de vivienda deben garantizar diversidad y adecuación a las necesidades de la gente optimizando el uso de los siempre escasos recursos.

Las primeras propuestas estaban en sintonía con las ideas de Habraken, cuando proponía construir una estructura o forma básica que luego cada residente podría ir adecuando según sus requerimientos. En *La reeducación de un profesional* (1972/76) destacaba un proyecto guiado por el arquitecto peruano Federico Mevius en Miraflores donde “*estructuralmente, las construcciones [eran] todas idénticas, pero fueron posibles muchas variaciones individuales al sistema*” (Turner, 1972/1976, pág. 136).

La diferencia entre los arquitectos peruanos y los holandeses es que los primeros proponían una unidad de vivienda por lote, mientras que los arquitectos europeos mantenían el bloque de viviendas heredado de la arquitectura moderna.

Con el tiempo, Turner comenzó a cuestionar estos conjuntos de vivienda (ya sean bloques o viviendas individuales) realizados desde una organización centralizada, incluso cuando preveían la posibilidad de ser completados mediante la participación de la gente. De hecho en el libro *Vivienda, todo el poder al usuario* (1976/1977) hay un párrafo que evidencia una crítica con respecto a las ideas de Habraken:

“Muchos de los esfuerzos realizados para contrarrestar la ausencia de diversidad y adecuación suficientes se han basado en observaciones simplistas en las que se subraya la necesidad de flexibilidad física [que terminan proponiendo] costosos sistemas constructivos que permitirán las modificaciones del interior y la expansión y contracción de las unidades individuales. [Esta opción] ha demostrado ser cara y proporcionar ventajas marginales únicamente” (Turner, 1976/1977, pág. 62).

Con lo cual queda claro que la diversidad no se podía lograr por medio de organizaciones centralizadas. O mejor dicho, cuando se trata de alcanzar la riqueza formal del ambiente a través de estructuras heterónomas, se paga un precio muy elevado: “*Al igual que la diversidad y la pequeña escala deseada por los ricos, la participación ciudadana también es más costosa cuando ha de ser introducida a posteriori*” (Turner, 1976/1977, pág. 36). Es más, Turner pasaba del escepticismo a la crítica confrontativa cuando afirmaba que utilizar mecanismo participativos desde estructuras centralizadas terminaba por “*constituirse en pura retórica*” (Turner, 1976/1977, pág. 98).

En realidad, para Turner, la única manera de alcanzar una adecuada variedad formal era, desde el inicio, antes de apoyar un ladrillo en el suelo, organizando la producción de viviendas en una especie de red. En lugar de conformar una cadena jerárquica de mando para guiar la producción, había que pensar en sistemas de actores con relativa autonomía.

“Las organizaciones y la burocracia jerárquicamente organizadas o autoritarias no pueden responder a la verdadera heterogeneidad de las demandas de vivienda de las personas de ingresos bajos, pero una red de servicios discretos sí puede hacerlo. Esta red necesita y utiliza instituciones y normas, pero de modos no autoritarios” (Turner, 1972/1976, pág. 177).

Frente al autoritarismo homogeneizante de las estructuras heterónomas⁸⁹, los sistemas autorregulados aparecían como diversos por naturaleza, sin necesidad de implementar mecanismos que deriven en tecnologías complejas o mayores gastos administrativos⁹⁰.

⁸⁹Para Turner las estructuras heterónomas son indirectamente autoritarias. Como las viviendas no cumplen con los requerimientos de la gente, ésta es obligada a vivir ahí mediante la coerción policial o la presión que ejercen las propagandas: “*Este poder autoritario sólo es posible mantenerlo mediante procedimientos policíacos, o de propaganda, o forzando a la gente a comportarse como si fueran máquinas. [...] Las grandes organizaciones son incapaces de emplear los recursos personales y locales sin normalizarlos y deshumanizarlos*” (Turner, 1976/1977, pág. 66).

También hay que reconocer cierto romanticismo en la visión de Turner, sobre todo cuando mostraba a los chabolistas (los pobladores de villas miserias y asentamientos) como personas que podían elegir libremente para adecuar su entorno inmediato a sus necesidades.

"La posibilidad de elección es mínima para los residentes en el conjunto estatal: se les ofrece un paquete que sólo pueden tomar o dejar. El chabolista y el propietario constructor [...] han elegido entre varias alternativas (que podrían y debían ser mucho más amplias) y están en condiciones de considerar libremente los principales intercambios de sistemas abiertos de alojamiento" (Turner, 1976/1977, pág. 97).

Si bien es correcta la apreciación de que los grandes conjuntos estatales coartaban las posibilidades de participación de los usuarios, tampoco habría que pensar que la situación de los chabolistas constituye un ideal de participación democrática en la conformación del ambiente. Tal como afirma Turner en otros pasajes, en los asentamientos se vive bajo una restricción extrema de recursos. Según Rod Burgess, los defensores de los sistemas autorregulados pretendían obligar a la gente de las barriadas y chabolas a hacer lo que venían haciendo desde toda su vida, pero no porque lo hubieran elegido sino porque no tenían otra alternativa.

En síntesis, las propuestas de Turner permitían superar la idea de la participación y la diversidad como un componente retórico que incrementaba los gastos en la construcción de viviendas.

Más allá de este aporte, las propuestas de vivienda participativa para los sectores poblacionales de menores ingresos mantienen como desventaja el hecho de sobrecargar la actividad cotidiana de los residentes. Pese a que Turner notaba que sus propuestas ampliaban el espectro de tareas que desarrollaba la gente, consideraba que eran actividades propias del ser humano. No las consideraba una sobrecarga. Al igual que Geddes en la India, pensaba canalizar el tiempo libre de la gente en la construcción de viviendas y en el mejoramiento de la ciudad. Era un fin noble, si no fuera por el hecho de que los pobladores de chabolas, asentamientos y villas de emergencia ya tienen comprometida su agenda en tareas de subsistencia básica.

Cuando Turner pedía que los pobladores escapen a *"su rol institucionalizado [como meros consumidores] para actuar a la vez como productores y administradores"* (Turner, 1976/1977, pág. 39) se olvida que la gente de los asentamientos ya tiene una tasa de actividad muy elevada. En un sketch del programa radiofónico *La venganza será terrible*, Alejandro Dolina recreaba la situación de un "restaurante participativo". El mozo le decía al cliente que cada consumidor debía preparar su propio sándwich, para facilitar la emoción cotidiana de preparar y personalizar la comida. Ante lo cual, el cliente contestaba *"¿No querés que te barra el piso, también?"*. Probablemente, para quien considere que el Estado debe garantizar e incluso producir las viviendas que no logra proveer el mercado, pedirle a la gente que construya sus propias viviendas es como pedirles a los clientes de un bar que barran el piso.

⁹⁰ Esta idea se refuerza a lo largo de todo el libro de 1976. Por ejemplo, cuando afirmaba que *"escala personal y diversidad local son resultado natural, e incluso inevitable, de decisiones locales y personales"* (Turner, 1976/1977, pág. 59). Retomaba el tema más adelante diciendo *"Los sistemas autocompletados localmente resultan diversos por naturaleza [...] únicamente los usuarios y las organizaciones locales pueden suministrar la diversidad necesaria de vivienda y la amplia gama de técnicas de producción necesarias para construirlas"* (Turner, 1976/1977, pág. 99).

Y continuaba afirmando: *"La red de operadores independientes garantiza la diversidad necesaria del 'sistema de control' de manera que resulta más fácil satisfacer las demandas locales y personales"* (Turner, 1976/1977, pág. 145).

Crisis del Petróleo y Tecnologías apropiadas

En un capítulo posterior de este trabajo, que repasa el aporte de John Habraken a la arquitectura participativa, existe una reseña con respecto a la Crisis del Petróleo, dentro del marco de la Guerra Fría, que permite entender mejor el rumbo que adoptan las teorías de Turner durante la década del setenta (ver capítulo *La vivienda social durante la Crisis del Petróleo*). Por el momento, resulta imprescindible destacar los efectos inmediatos de esta crisis energética planetaria dentro del panorama de la arquitectura en general.

A partir de una serie de conflictos en Medio Oriente, los países árabes acordaron un bloqueo petrolero a los países que apoyaban a Israel. Esta medida disparó el precio de petróleo, poniendo en cuestión el consumo energético del modelo fordista de producción y consumo. En cuanto a la arquitectura de vivienda, la Crisis del Petróleo significaba un llamado de atención sobre el consumo de energía de los edificios, pero principalmente de las formas de producción. Los grandes conjuntos prefabricados, que necesitaban una amplia disponibilidad de maquinaria pesada parecían un exceso. Sin embargo, este llamado de atención no significó el fin definitivo de los grandes conjuntos prefabricados. Por el contrario, ante el estancamiento de la industria y el consumo, existía una amplia disponibilidad de crédito internacional.

Para mantener el ritmo de crecimiento que habían tenido luego de la Segunda Guerra, muchos países se endeudaron y canalizaron el crédito en un sector de la economía que permite dinamizar una amplia variedad de rubros: la construcción de viviendas. Mientras en algunos países periféricos continuaban construyéndose grandes conjuntos de vivienda, desde los países centrales comenzaron a difundirse las ideas de una multiplicidad de autores que alertaban contra la concentración de las infraestructuras y los servicios.

Dentro de ese marco de referencia deben encuadrarse las ideas de aquellos autores que comenzaron a realizar una crítica al paradigma del progreso infinito. Ernst Friedrich Schumacher, Iván Illich y Jacques Ellul combinaban la recuperación de los valores espirituales frente a la cultura del consumo junto a un cuestionamiento hacia la cultura maquinista que imponía la industrialización. Al cuestionar el consumo y la producción se socavaban las bases de un sistema mundial que había guiado casi tres décadas de crecimiento económico. Luego de la experiencia del New Deal en Norteamérica, se expandió por el mundo un modelo de desarrollo caracterizado sintéticamente a partir del keynesianismo en lo económico, el fordismo en lo productivo y el Estado de Bienestar en lo político. Por supuesto, la caída de este sistema no tiene tanto que ver con el aporte teórico de estos autores sino con algunos cambios que tenían mayor incidencia en las formas de producción. Además de la mencionada Crisis del Petróleo, cabría mencionar el fin de la convertibilidad entre el dólar y el oro.

Aunque Estados Unidos había intentado asegurar su liderazgo internacional a partir de los acuerdos de Bretton Woods (1944)⁹¹, su economía atravesaba un periodo de crisis a raíz de dos procesos de la geopolítica internacional. Por un lado, los países industrializados que habían decaído durante la Segunda Guerra ahora comenzaban a transformarse en competidores. Por otro lado, los gastos que implicaba la Guerra de Vietnam se transformaban en una sangría para la Estado. Ante esta situación, el presidente Richard Nixon se reunió con un equipo asesor en Camp David, lejos de los micrófonos, y decidieron en un

⁹¹ “El sistema creado en Bretón Woods estableció un régimen de tipo de cambio fijo en relación al dólar estadounidense y un precio invariable del dólar en oro (35 dólares la onza). Los países miembros mantenían sus reservas principalmente en forma de oro o dólares, y podían vender sus dólares a la Reserva Federal a cambio de oro al precio fijado” (Ruiz Cruz & Molina Tarasiouk, 2009)

fin de semana cambiar el rumbo que traía la economía mundial desde 1945 (Domitrovic, 2011). El 15 de agosto de 1971 Nixon anunciaba que Estados Unidos abandonaba la convertibilidad del dólar en oro, incumpliendo con los acuerdos de Bretton Woods. Lentamente *“El mundo se desafilia del patrón oro. La mayoría de las divisas adoptan el sistema de libre flotación”* (Garmendia Wilson, 2014), requisito indispensable para establecer un orden mundial guiado por las finanzas y no por el progreso industrial. El neoliberalismo encuentra en este hecho su punto de partida.

La crítica de los autores que comenzaron a hablar de las tecnologías apropiadas contribuía a desgastar el modelo keynesiano. Mientras Milton Friedman lo hacía desde la teoría económica más ortodoxa, Schumacher, Illich y Ellul sumaban un punto de vista espiritual y romántico. Si bien hay que reconocer que Friedman y Schumacher no apuntaban a un mismo horizonte, tenían un enemigo en común. Esto puede notarse cuando en el libro *Lo Pequeño es Hermoso* se repite una y otra vez aquella desafortunada frase de Keynes donde afirmaba que

“por lo menos durante 100 años debemos simular ante nosotros mismos que lo bello es sucio y lo sucio es bello, porque lo sucio es útil y lo bello no lo es. La avaricia, la usura y la precaución deben ser nuestros dioses por un poco más de tiempo” (citado en Schumacher , 1973/1994, pág. 22).

Mientras esta frase de Keynes buscaba potenciar el crecimiento económico en base al consumo desigual, Schumacher planteaba cuestionar la prerrogativa del crecimiento: *“La idea del crecimiento económico ilimitado, hasta que todos naden en la abundancia, necesita ser cuestionada seriamente en por lo menos dos aspectos: la disponibilidad de recursos básicos y [...] la capacidad del medio ambiente”* (Schumacher , 1973/1994, pág. 27).

Con esta frase terminan de relacionarse dos factores del contexto que, por lo general, suelen analizarse por separado: el cuestionamiento a la teoría económica de Keynes y la finitud de los recursos. Mientras el aporte de los autores que cuestionan el paradigma del progreso suele abordarse exclusivamente desde sus implicancias ecológicas, no deberían aislarse del contexto de crisis económica. No pueden entenderse por fuera de la transición entre la economía keynesiana y la economía neoliberal.

La finitud de los recursos

En el texto *La reeducación de un profesional* (1972/1976), Turner ya había manifestado su preferencia por el uso de técnicas locales cuando comentaba la experiencia de la escuela de Tiabaya. No obstante, en el mismo proyecto había notado ciertas dificultades en cuanto a su implementación. En este proyecto iniciado junto a Felipe Calle (ver el apartado llamado *La crítica al movimiento moderno*), el pueblo había aceptado utilizar una planta adaptada a las condiciones locales pero había elegido utilizar materiales modernos. Pese a que estos materiales respondían a tecnologías importadas, más costosas que las técnicas tradicionales, la gente los prefería por su valor simbólico (Turner, 1972/1976). Tiempo después de esta experiencia fallida, y luego de la Crisis del Petróleo, Turner encontraría un argumento mucho más fuerte en favor del uso de técnicas arraigadas en la tradición local. A la crítica cultural, que pretendía facilitar la incorporación de los pobladores en el proceso de construcción, se va a sumar una preocupación ecológica.

En el libro de 1976 Turner afirmaba que de mantenerse esos niveles de *“consumo y contaminación, la biósfera agotará su capacidad soporte de la vida mucho antes de que se consuman los recursos minerales terrestres”* (Turner, 1976/1977, pág. 34). Basándose en el informe del Club de Roma alertaba sobre *“los límites del crecimiento”* y en las ideas de Schumacher, cuestionaba el modelo de producción y consumo utilizando el concepto de *“espejismo desarrollista”* (Turner, 1976/1977, pág. 33) . Al igual que

Iván Illich, se aproximaba a la teoría del decrecimiento cuando decía que *"cuanta más gente se sume al festín del consumo moderno, antes se llegará a este final"* (Turner, 1976/1977, pág. 34).

Mientras el proyecto moderno había buscado extender un sentido civilizatorio único por el mundo, la interrupción de este proceso respondía, ahora, a un requisito medioambiental. La modernidad había impuesto sobre el mundo un ritmo acelerado de transformaciones donde el crecimiento de la industria, permitía ampliar constantemente la producción y el consumo. Sin embargo, para los pioneros del decrecimiento, este ritmo frenético se había mantenido en detrimento de las condiciones ambientales.

Si bien Turner reconocía que la industria moderna permitía ciertos adelantos con respecto a las condiciones de vida de la gente, advertía que esta mejoría *"se ha logrado mediante transferencia de la explotación de las personas a la de los recursos no renovables, con la utilización simultánea de tecnologías contaminantes"* (Turner, 1976/1977, pág. 54). Con lo cual se generaba una situación de "pan para hoy, hambre para mañana" ya que se apoyaba en *"la falacia implícita de transferir [...] a nuestros hijos y nietos que heredarán las difíciles condiciones de un planeta esquilado y envenenado"* (Turner, 1976/1977, pág. 54).

Los textos de Turner de la década del setenta apuntan a interpretar esta crítica general al modelo de desarrollo dentro del ámbito específico de las políticas de vivienda. Se llega así, a una interpretación lineal que relaciona la organización centralizada de políticas de gran escala⁹² (algo que Turner ya venía criticando), con el uso de tecnologías complejas que excluyen la mano de obra no especializada y que producen mayor contaminación. En pocas palabras, las estructuras heterónomas (centralizadas) aumentan la escala de las intervenciones (la cantidad de viviendas) en base al uso de tecnologías complejas y contaminantes.

El vínculo entre la heteronomía y las tecnologías contaminantes

Según la óptica de Turner, las estructuras heterónomas utilizaban tecnologías complejas para abordar la gran escala. Frente a esto, la autonomía permitía el uso de tecnologías simples, que requerían menos consumo de energías y que se adecuaban mejor a las diferentes condicionantes locales. El resultado de la aplicación de estructuras heterónomas sobre el ambiente era la homogeneidad simplificada, precios excesivos y un elevado consumo de energías. Por el contrario, cuando las transformaciones del ambiente se realizaban priorizando la autonomía de los actores -garantizando la libre elección entre una red de componentes- se alcanzaba un ambiente con amplia variedad y riqueza arquitectónica, reduciendo los presupuestos y optimizando el uso de la energía.

El vínculo entre heteronomía y el derroche energético se hace evidente al aclarar que este tipo de construcción implicaba la concentración de maquinaria pesada. Turner las describía como *"complejas tecnologías que aumentan la dependencia de la mano de obra cara y elevan así los costos de la vivienda"* (Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 248)⁹³. De hecho, Turner hablaba del "despilfarro

⁹² La crítica contra la gran escala puede verse cuando Turner afirma que: *"La escala pequeña es la única verdaderamente económica en la construcción y mantenimiento del alojamiento" [...]. 'Lo más grande mejor' constituye otra muestra del verdadero carácter del síndrome urbano-industrial"* (Turner, 1976/1977, pág. 132).

⁹³ Aunque Turner afirmaba que *"las construcciones populares ofrecen enormes ahorros de energía frente a los edificios contemporáneos"* (Turner, 1976/1977, pág. 65) no debería caerse en el extremo de pensar que las construcciones populares no contaminan. Por el contrario, se puede destacar una reflexión que realizaba Rodolfo Rotondaro en un curso sobre tecnologías en tierra, cuando relativizaba el bajo impacto ambiental de las construcciones en barro. Si bien la construcción con tierra es más fácil de recuperar cuando terminan su vida útil, el proceso de extracción suele ser sumamente destructivo. Por ahora, la construcción en barro en las ciudades sigue siendo un fenómeno minoritario, pero puede ser muy dañino cuando se extiende masivamente sin ningún tipo de

intrínsecamente opresivo inherente a las estructuras heterónomas [alentando a] emprender el camino de la liberación e independencia de las organizaciones destructivas centralizadoras”(Turner, 1976/1977, pág. 35).

Mientras que la vivienda autogestionada utilizaba tecnologías simples, al alcance de cualquiera, las tecnologías importadas, por su complejidad requerían estructuras fuertemente centralizadas. A este tipo de concentración, de mano de obra especializada, infraestructuras y maquinaria, Turner las llamará “*estructuras heterónomas*”.

Además, el mantenimiento de las construcciones realizadas mediante sistemas autorregulados, con tecnologías simples era mejor y más sencillo. Duraban más tiempo con menores inversiones. Por lo cual, se alargaba la vida útil reduciendo su impacto ambiental. Era un mantenimiento más simple porque se utilizaban tecnologías que los residentes conocían y, a su vez, se ponía mayor atención en el cuidado cotidiano porque eran edificios más personalizados y menos abstractos que los fríos bloques de la modernidad, por lo cual la gente tendría mayor aprecio y voluntad para mantenerlos.

Por todo esto, Turner afirmaba que la manifestación tecnológica de las estructuras heterónomas generaba una triple polución. Generaba malos resultados según criterios monetarios, estéticos y ecológicos. En los textos de mediados del setenta afirmaba que las estructuras heterónomas producían un derroche económico (implementan tecnologías más caras), arruinaban el paisaje (por generar una respuesta estandarizada y monótona) y comprometían el medio ambiente (por consumir más energía en edificios que se deterioran rápido)⁹⁴. A fines de los setenta, influido por autores como Edward Sapir, Iván Illich y, por supuesto, Schumacher, Turner incorporó además una consideración simbólica:

“Los sistemas grandes y pesados [...] cuando se introducen en áreas de incumbencia local [como la vivienda], contaminan prácticamente en todo sentido de la palabra: ensucian el ambiente con horribles edificios y espacios muertos; destruyen las relaciones sociales alienando el trabajo y la gente; profanan los lugares destruyendo sus significados”(Turner, 1980, pág. 8).

Casi diez años antes de que Félix Guattari escriba sobre *Las tres ecologías* (1989), Turner generaba un vínculo entre las condiciones organizativas (ecología social), el cuidado del ambiente (ecología ambiental) y la producción de significados (ecología subjetiva). En cierto modo, las raíces de este pensamiento deben buscarse en la crítica que realiza Schumacher al modelo fordista. Mientras Keynes decía que lo sucio era útil, Schumacher explicaba que lo pequeño [y limpio] es hermoso.

Turner, al igual que Schumacher, extremaba precauciones para dejar en claro que no pretendía realizar una crítica general hacia ningún sistema político en particular. Y si bien no los describe en detalle -quizás para evitar cualquier tipo de censura-, es evidente que buscaba evadirse de la confrontación entre el bloque agrupado alrededor de la Unión Soviética y el bloque de los países alineados detrás de

regulación. Por más que la extracción de áridos para las industrias de gran escala sea igualmente destructiva, puede ser más fácil de controlar que la extracción individual, disgregada y continua.

⁹⁴Para Turner, salir de la heteronomía no implicaba oponerse a la tecnología, sino distribuirla: “*Los sistemas contemporáneos deben desagregarse no destruirse. Suponer que los principios de adaptación flexible, baja energía y pequeña escala excluyen la administración de la ciencia y tecnología moderna sería tan absurdo como suponer que la durabilidad de un componente sólo puede conseguirse aplicando tecnologías y herramientas preindustriales*” (Turner, 1976/1977, pág. 134). Del mismo modo, Schumacher decía que “*La idea de tecnología intermedia no implica simplemente un ‘vuelta atrás’*” (Schumacher, 1973/1994, pág. 162).

Estados Unidos. Por eso afirmaba que las estructuras heterónomas eran una forma organizativa transversal, que podían encontrarse en “cualquier” sistema político. Por eso, en 1978 buscaba incorporar una nueva dimensión de análisis sobre la vivienda. Si frecuentemente se analizaba el tema del alojamiento según dos dimensiones (capitalismo y socialismo), proponía incorporar una tercera dimensión referida al grado de centralización de las estructuras que lo garantizaban (Turner, 1978). Ni el capitalismo era sinónimo de autonomía, ni el socialismo era sinónimo de heteronomía. De hecho, para ejemplificar lo segundo, utilizaba el ejemplo de Tanzania y Cuba como ejemplos de países socialistas cuyas políticas centrales se apoyaban cada vez más en “*iniciativas locales*” (Turner, 1978, pág. 1136).

Turner reconocía que se debía encontrar el punto justo entre heteronomía y autonomía. Mientras algunos servicios e infraestructuras generales funcionaban mejor cuando estaban centralizados, otros requerían una estructura disgregada que permitiera mayor autonomía y flexibilidad para adecuarse a condiciones particulares. Por otro lado, hay que notar que la heteronomía y la autonomía no son cualidades puras antagónicas sino que constituyen lógicas complementarias. Un claro ejemplo puede notarse en la provisión de energía eléctrica, donde una compañía de escala regional o nacional se encarga de la provisión general, mientras que la distribución barrial queda a cargo de empresas de escala local y la conexión doméstica es realizada por emprendedores privados.

Siguiendo a Edward Sapir, Turner consideraba que la vivienda es un tema muy personal para los seres humanos, un elemento constitutivo de su individualidad, con un peso cultural trascendental. Mientras la heteronomía niega el involucramiento personal de los residentes, los sistemas locales autorregulados lo facilitan.

No obstante, se podría realizar una crítica en cuanto a la terminología que utiliza Turner. Hay una homologación directa, lineal, entre un sistema heterónimo (organizado de manera centralizada) y el empleo de tecnologías complejas, pesadas y de alto consumo energético. Ante lo cual cabría preguntarse ¿a qué tecnologías se refiere Turner?

Cuando Turner dice “*los sistemas heterónomos se alimentan principalmente de recursos no renovables*” (Turner, 1976/1977, pág. 99) está haciendo una generalización basada en los ejemplos existentes durante la etapa de posguerra: los grandes sistemas de piezas pesadas prefabricadas. Eran sistemas cerrados, que no permitían la compatibilidad con otro tipo de técnicas y que se ensamblaban utilizando maquinaria pesada y herramientas complejas. Por lo general, grandes prefabricados de hormigón.

Si bien es cierto que los sistemas prefabricados requieren una organización centralizada, nada impide que se puedan organizar sistemas fuertemente centralizados pero utilizando tecnologías simples y de menor consumo energético. Un ejemplo puede ser el de los monopolios de la construcción por vía seca. Si bien a nivel administrativo conforman una estructura fuertemente centralizada, en cuanto a lo tecnológico permiten el uso de recursos mejor adaptados a las necesidades de un usuario individual. Es una de las paradojas del mercado neoliberal: se alude a una lógica individual, con mucho énfasis en la autonomía, pero la disponibilidad y, fundamentalmente, los precios están sujetos a una lógica monopólica, fuertemente centralizada.

Turner descarta los sistemas centralizados por asociarlos inmediatamente a los sistemas prefabricados pesados, pero no reconoce ninguna ventaja comparativa de la producción prefabricada de otro tipo de componentes (no necesariamente pesados). Algo que sí hacía John Habraken, por ejemplo. Pese a encontrarse en un ámbito alejado de la edificación, Peter Marcuse (Marcuse, 1992, pág. 18) destaca que la autoconstrucción, como participación del usuario en el proceso de construcción es

sumamente ineficiente. La mayoría de los materiales se trasladan por separado (lo cual implica mayor consumo de energía) y se producen múltiples desperdicios (lo cual implica mayor impacto ambiental). Es decir que la autonomía no deriva, necesariamente y por sí misma, en un mayor cuidado de las condiciones ambientales. En las políticas que implementan autoconstrucción de viviendas, los participantes aprende a construir cometiendo errores, desperdiciando material, una vez que han aprendido a construir ya ha terminado su vivienda y la mayoría de ellos no encontrarán un lugar en el mercado laboral donde poner en práctica esos conocimientos.

Tecnología con rostro humano

Haciendo una analogía con el libro de Sigfried Giedion⁹⁵, Turner afirmaba que la *“heteronomía del combustible”* había tomado el mando. Esto no sólo producía *“una arquitectura estéticamente horrorosa, socialmente alienante y técnicamente incompetente”* (Turner, 1976/1977, pág. 67) sino que además desplazaba inevitablemente a aquella tecnología *“que conserva los valores tradicionales”* (Turner, 1976/1977, pág. 67).

Ante lo cual, Turner proponía recuperar las *“tecnologías ligeras de bajo consumo de energía y potencialmente descentralizadoras”* (Turner, 1976/1977, pág. 35). Abandonando el sentido de la historia que habían trazado los arquitectos modernos, cuando pretendían potenciar el alcance de la arquitectura gracias a los beneficios de la construcción industrializada, Turner planteaba recuperar las técnicas artesanales. Afirmando que si la humanidad no comienza a limitar el rol de la industrialización *“terminará por destruir la humanidad”* (Turner, 1976/1977, pág. 162) .

Si bien puede notarse una clara alusión al decrecimiento, tal como proponía Schumacher⁹⁶ puede encontrarse otro antecedente en el libro de Percival y Paul Goodman, que Turner utilizó para dar clases junto a Eduardo Neira en el instituto de Urbanismo (Gyger, 2013, pág. 94). En *Communitas*, hay una frase que se anticipa a la teoría del decrecimiento cuando afirma:

“La tecnología es una vaca sagrada bajo control estricto de expertos desconocidos, como si la forma de la maquinaria industrial no afectara profundamente a cada persona; y la gente es notablemente supersticiosa sobre este tema. Creen que es más efectivo centralizarla, cuando por lo general es más ineficiente” (Goodman & Goodman, 1947/1960, pág. 13).

Mucho antes que Serge Latouche, los hermanos Goodman trazaban la tarea principal para alcanzar el decrecimiento: descentralizar, descomponer la gran escala.

Así mismo, hay que destacar que esta predilección por las cosas pequeñas, disgregadas y sencillas, puede entenderse como parte de la raíz victoriana que encontraba Rod Burgess en los textos de Turner. Con lo cual, la reacción contra las tecnologías de gran escala puede encontrarse mucho antes de la segunda posguerra, a fines del siglo diecinueve. Por ejemplo, poco antes de la época de auge del Arts and Crafts, Samuel Smiles afirmaba que *“los más grandes resultados de la vida se obtienen generalmente por medios sencillos, y la aplicación de cualidades ordinarias”* (Smiles, 1859/1895, pág. 82). Con lo cual, la idea de *“lo pequeño es hermoso”* tiene más de ciento cincuenta años. De hecho, cuando Schumacher decía que *“la tecnología moderna ha privado al hombre moderno [...] del trabajo creativo, útil, hecho con sus manos y su cerebro”* (Schumacher , 1973/1994, pág. 133) está retomando un viejo reclamo de William Morris y el Arts and Crafts.

⁹⁵Giedion, S. *La mecanización toma el mando*. Gili, Barcelona, 1978 (inglesa, 1948).

⁹⁶ *“La tecnología de la producción masiva es inherentemente violenta, ecológicamente dañina, autodestructiva en términos de recursos no renovables y embrutecedora para la persona humana”* (Schumacher , 1973/1994, pág. 135).

Las reflexiones de Schumacher superaban las ideas del siglo diecinueve en cuanto que acompañaban su reflexión sobre el decrecimiento con un cuestionamiento a la distribución desigual del consumo: “*No tenemos ningún derecho a decir a los demás que se aprieten el cinturón cuando nuestros vientres sobresalen tanto que nos impiden ver la pobreza sobre la que nos levantamos*” (Turner, 1976/1977, pág. 34). Con lo cual, la reducción del consumo de los sectores poblacionales más ricos, debía acompañarse facilitando el acceso al consumo de los sectores poblacionales de menores ingresos.

Si Schumacher, Illich y Jacques Ellul plantearon estas estrategias de descentralización y escala local como modelos de desarrollo en general, los principales teóricos de la participación, como John Turner o Christopher Alexander ayudaron a extrapolarlo al ámbito de la arquitectura. Dentro del ámbito de la arquitectura, estos arquitectos fueron pioneros al hablar de *tecnologías apropiadas*, promoviendo, por ejemplo, la “*utilización preferente de herramientas de tamaño y peso reducidos, que requieren menos energía para el trabajo*” (Turner, 1976/1977, pág. 163).

Por más que la principal justificación de este cambio tecnológico se apoyaba en la necesidad de cuidar los recursos no renovables, renunciando a la escala y al ritmo acelerado de las transformaciones, implicaba también una crítica a dos factores fundamentales para el desarrollo de la arquitectura participativa: el rol del trabajo dentro del modelo de producción y, además, un cuestionamiento a la tecnocracia.

Turner rescataba la visión de Edward Sapir cuando decía que el ser humano forma parte de una cultura genuina solamente cuando mantiene el control sobre los aspectos más importantes de su vida. Por supuesto, Sapir consideraba que, a diferencia de las sociedades tradicionales, la modernidad había alejado a los individuos de la producción de sus elementos identitarios transformándolos en simples consumidores de productos fabricados en serie. Frente al vaciamiento que produce la cultura del consumo, Sapir proponía recomponer la correspondencia entre las cosas y los valores. Algo que después reafirmaría Turner mencionando el libro *Zen y el arte del mantenimiento de la motocicleta* (1974), de Robert M. Pirsig (Turner, 1978, pág. 1137).

Aplicando este pensamiento al ámbito de la vivienda, Turner buscaba recomponer la relación entre las personas y su alojamiento. La vivienda deja de ser un mero objeto físico, regido por operaciones numéricas y técnicas, para convertirse en un proceso capaz de incorporar la acción de sus residentes. Apoyándose en los textos de Iván Illich, Turner opinaba que la gente no necesitaba casas, sino la libertad para realizar sus casas⁹⁷ de acuerdo a sus necesidades, sentimientos y posibilidades.

El llamado a una tecnología más humana, busca volver a poner al ser humano en el centro de la producción de su propia vivienda. Si bien Turner no hablaba específicamente de volver a la autoconstrucción, apuntaba a recuperar sus virtudes. Más que obligar a las personas a construir su casa, proponía aprovechar el impulso natural que lleva a los seres humanos a participar de ese proceso, ya sea construyendo, controlando o simplemente decidiendo. La capacidad de la gente, cualquiera sea, no debía ser inhibida. Desde un punto de vista menos romántico, la capacidad de la gente podía ser capitalizada.

Este aspecto no debe ser dejado de lado porque constituye una de las debilidades de las propuestas de Schumacher. Cuando el economista alemán proponía recuperar el “*valor terapéutico del trabajo*”

⁹⁷ En realidad en el libro de Illich y Lang dice “*La gente no sólo necesita cosas [...], necesita libertad para hacer cosas. Darle forma, de acuerdo a sus propios sentimientos*” Cita del libro *Tools for Conviviality* (1973), pág. 17. Disponible en http://www.mom.arq.ufmg.br/mom/arq_interface/3a_aula/illich_tools_for_conviviality.pdf

(Schumacher , 1973/1994, pág. 134) trabajando de manera tal que no exista una división tajante entre “trabajo y ocio” puede notarse una crítica hacia la organización del trabajo que exige la industrialización. En primer lugar, esta propuesta puede ser muy útil para quienes trabajan por la desregulación y la flexibilización del trabajo, pero además, remite a la misma idea de Geddes cuando decía que los barrenderos de la India tenían suficiente tiempo libre como para construir sus viviendas. La idea de Schumacher aplicada al tema del alojamiento implica que la gente utilice su escaso tiempo libre en la construcción de su vivienda. Concebir el tiempo libre con fines productivos, o de rentabilidad, es una de las claves del neoliberalismo actual.

Con respecto a la concepción del trabajo como una práctica agradable, Engels ya había escrito sobre los románticos que proponían regresar al trabajo pre-industrial. Mientras Schumacher quería recomponer la relación entre el ser humano y el trabajo artesanal (Schumacher , 1973/1994, pág. 132), Engels afirmaba que la industrialización, si estuviera al servicio de los proletarios, ayudaría a trabajar menos (Engels, 1887/1975, pág. 7). Con lo cual, el problema no era la industrialización y la división del trabajo, sino quiénes la controlan. Entre trabajar todo el día en trabajos artesanales y trabajar menos para tener más tiempo libre, la elección no parece tan complicada.

Además, las tecnologías apropiadas se planteaban como una oportunidad para enseñarle a la gente a hacer lo que no habían sabido hacer por sí mismos. O que, al menos, la modalidad de producción moderna, les había impedido hacer por sí mismos. Schumacher aclaraba que las tecnologías intermedias permitirían que la misma gente supere su pobreza: *“Los pobres pueden ser ayudados a ayudarse a sí mismos”⁹⁸, pero sólo poniendo a su disposición una tecnología que reconozca el marco y las limitaciones de la pobreza: una tecnología intermedia”* (Schumacher , 1973/1994, pág. 164).

Como si los pobres no hubieran hecho lo suficiente para dejar de ser pobres⁹⁹.

Por último, Turner planteaba que las estructuras heterónomas eran opresivas, alienantes, mientras que su descentralización era liberadora. No obstante, es interesante preguntarse qué es lo que Turner considera opresivo. En realidad busca liberar al ser humano de una estructura de poder que le impide tener una vivienda de acuerdo a sus necesidades y prioridades. Para Turner, las estructuras heterónomas interpretan la vivienda como un hecho puramente físico, cuantitativo, regido por el valor de cambio, despojado de valores profundos. Por lo cual, intenta tratar de abandonar ese abordaje tecnocrático, pensando que ese criterio *“ha de ser sustituido por otro de adecuación de la vivienda [...], a las necesidades del individuo”* (Turner, 1976/1977, pág. 81). Para lograrlo necesitaba, básicamente y aunque no lo diga expresamente, descentralizar el proceso de decisiones. Turner afirma algo similar cuando dice:

“La tesis de este libro es que las estructuras radiales y las tecnologías descentralizadas -esto es, los sistemas locales autogobernados- constituyen los únicos métodos y medios capaces de proporcionar bienes y servicios satisfactorios, además de ser los únicos que garantizarán el equilibrio ecológico” (Turner, 1976/1977, pág. 32).

⁹⁸ Ray Bromley cita una expresión similar en un discurso de Kennedy de 1961: *“A esa gente en casillas y asentamientos alrededor del mundo peleando por romper las cadenas de la miseria, garantizamos nuestro mayor esfuerzo para ayudarlos a ayudarse a sí mismos”* (Bromley, 2003, pág. 278).

⁹⁹ Esta idea del *“Ayúdate a ti mismo”* es uno de los cuestionamientos que harán Pradilla y Burgess con respecto a las ideas de Turner. Para alterar las condiciones estructurales de pobreza se necesita algo más que iniciativa, se requiere cambiar la orientación de las políticas económicas y productivas.

Los sistemas autogobernados, en realidad permitían cuestionar la imposición de un criterio de alojamiento que no respondía a las necesidades de la gente, permitía superar una imposición tecnocrática.

Cuando Schumacher plantea su cuestionamiento a la tecnocracia, termina brindando una base teórica a los autores que buscaban introducir la participación en arquitectura.

“De una u otra manera todo el mundo tendrá que tomar parte en este gran conflicto. ‘Dejárselo a los expertos’ significa tomar partido por la gente de la huida hacia delante [por la modernidad]. (...) La esperanza reside en el hecho de que la gente normal está a menudo en condiciones de tener un punto de vista más amplio y una opinión más ‘humanista’ que la asumida normalmente por los expertos” (Schumacher , 1973/1994, pág. 138).

En fin de cuentas, la participación en arquitectura buscará introducir ese punto de vista de *“la gente normal”*.

Cambios e innovaciones en la propuesta teórica de John Turner

La vivienda como proceso

Turner observó el fenómeno de las barriadas a partir de una óptica particular, construida en base al abordaje holístico de Geddes, el cuestionamiento a la ortodoxia moderna y la mirada antropológica que compartían los arquitectos de las oficinas técnicas de Perú. El trabajo en las barriadas, le brindó a Turner la posibilidad de implementar la observación en el sitio, trabajando a la par de la gente, tal como proponía Geddes. Es a partir de esa observación, que Turner comienza a forjar uno de sus mayores aportes con respecto al tema particular de la vivienda. Pero que poco después transformaría su mirada con respecto al tema más general del desarrollo.

Observando las barriadas peruanas, Turner se asombraba por el rápido proceso de consolidación, donde todos los pasos estaban perfectamente organizados en base a la voluntad sincronizada de una multitud de vecinos luchando de manera conjunta por mejorar su hábitat. Frente al prejuicio de la clase alta que consideraba los asentamientos como un pozo de desesperanza y pérdida, Turner veía en las barriadas una verdadera obra en construcción (work in progress). Allí el esfuerzo familiar por conseguir una vivienda propia, contribuía a consolidar toda una porción de la ciudad. Por eso aseguraba que las barriadas de Lima, como por ejemplo Pampa de Cuevas, ni siquiera deberían recibir el nombre de *Slum*, para no quedar asociados a una connotación negativa.

Considerando que en los países no industrializados sólo una minoría acaudalada podía acceder a una vivienda terminada y en buen estado por fuera de los asentamientos informales (Turner, 1968, pág. 113), Turner pensaba que las barriadas debían ser tenidas en cuenta como parte de la solución al problema de la vivienda. No buscaba romantizar, ni desconocer el nivel de precariedad de la mayoría de las casas allí construidas, pero las consideraba como una instancia intermedia en un proceso gradual y continuo. Como un punto de partida en el camino hacia la vivienda digna.

Turner observaba que las tomas de tierra comenzaban con unos humildes cubículos delimitados con esterillas de junco ancladas con cañas y maderas, rápidamente comenzaban a reemplazarse por paredes de mampostería, se agregaban más habitaciones y se delimitaban los terrenos. Todo esto sin descuidar las obras de carácter colectivo. En paralelo a la construcción individual de cada familia, se iniciaban una serie de obras de carácter urbanístico que buscaban incorporar equipamientos, proveer infraestructuras básicas y rectificar las calles tratando de emular otros sectores de la ciudad. Estas obras buscaban

facilitar la vida cotidiana, pero también se realizaban con el propósito explícito de facilitar la pronta regularización y la incorporación a los territorios que cuentan con los servicios del municipio.

En sus primeros artículos, Turner ilustraba este proceso incorporando fotografías intencionalmente elegidas como si expresaran tres instancias sucesivas de un mismo proceso. La primera fotografía era de 1962 y mostraba un conjunto de casillas de esterilla, dispersas en Pampa de Cuevas, un agreste desierto contenido entre las montañas. La segunda fotografía era de San Martín de Porres, y si bien era una foto de 1963 expresaba una etapa de desarrollo diez años posterior a la primera, porque la toma de San Martín de Porres era de fines de la década del cuarenta. Pasados diez años del momento en que tomaron la tierra con chozas de esterillas, San Martín de Porres mostraba que todos los lotes tenían edificaciones con muros de mampostería, techos de losa y, pese a las calles de tierra, las manzanas estaban claramente delimitadas. Contraponiendo ambas fotografías, Turner quería vaticinar cómo sería Pampa de Cuevas dentro de diez años. Para darle un fin apropiado al relato gráfico, Turner incorporaba una tercera fotografía de un barrio ya consolidado, donde las viviendas tenían dos o tres pisos, la calle estaba asfaltada y el espacio urbano mostraba admirable vitalidad. Ni siquiera aclaraba qué barrio era, no aportaba a la historia. En el epígrafe de esta tercer fotografía decía: "*Típica calle de un barrio de clase media baja, idéntica a la de las barriadas -excepto por el hecho de que las viviendas han sido completadas-*" (Turner, 1963, pág. 3766). Con lo cual, dejaba en claro que las barriadas de Perú podían atravesar un proceso ascendente y lineal hasta constituirse en un barrio más de la ciudad.

Parte del desarrollo teórico posterior de Turner surgía de estas primeras observaciones empíricas en las barriadas de Lima. En sucesivos trabajos académicos comenzaba a incorporar, sobre estos primeros estudios situados, todo un andamiaje teórico de fuentes heterogéneas que abarcaban desde la filosofía, hasta la historia de la planificación¹⁰⁰. De este modo, Turner desarrolló uno de sus aportes principales, al menos para la arquitectura participativa: la concepción de la vivienda no como un objeto acabado en sí mismo, sino como un proceso continuo.

Turner expresaba esta concepción progresiva de la vivienda, haciendo un juego de palabras. Aprovechando que, en inglés, la palabra *Housing* expresa tanto un gerundio (habitando), como un sustantivo (vivienda o alojamiento), proponía concebir el "*Housing as a verb*". Es decir, consideraba "la vivienda" como el acto de "estar habitando". "*Housing as a verb*" es "Habitar en el sentido de estar habitando".

Esta astucia para armar *slogans* no encontró un buen correlato en el castellano, por lo cual en el libro *Libertad para construir* (1972/1976) este lema se tradujo como "*El verbo edificar*". Si bien no terminaba de apreciarse la verdadera profundidad de la reflexión que lo originaba, al menos permitía trasladar el eje del debate, desde la vivienda en sí, hacia los procesos que la transforman a lo largo de la cambiante vida de las familias.

¹⁰⁰Por ejemplo, Turner comentaba que tanto el rey Felipe II como Eduardo II permitían que sus soldados se alojaran en chabolas provisionales antes de terminar de construirse sus viviendas definitivas. Pero, aún más elocuente es la inclusión de un texto de Tomás Moro. En un pasaje de *Utopía*, el pensador humanista contaba cómo se construían progresivamente las viviendas. Tal como en las barriadas, se comenzaba con casillas precarias de madera y barro para convertirse gradualmente en viviendas de mampostería de varios pisos. "*Al principio las casas eran muy bajas, y como miserables chozas de los pastores, hechas apresuradamente de cada tosco madero que primero les venía a las manos, con paredes de barro y tejados en caballeta recubiertos de paja. Pero ahora las casas se construyen curiosamente según gallardo modelo con tres pisos cada uno sobre el otro*" (Tomás Moro citado en Turner, 1976/1977, pág. 123)

Para abandonar la devoción fetichista que sentían los arquitectos por el objeto casa, sobre-diseñado hasta en sus mínimos detalles, era necesario tratar de comprender el rol “*que [las viviendas] desempeñan en la vida de las gentes*” (Turner, 1972/1976, pág. 177). Lejos de constituir un elemento estático, aislado y genérico, las viviendas acompañan y condicionan el desarrollo familiar. Pueden posibilitarlo y potenciarlo, o pueden dificultarlo. Cuando la solución habitacional para una familia se basaba en la imposición de un objeto físico que comprometía gran parte de su exiguo presupuesto sin adecuarse a sus verdaderas necesidades, entonces ese proceso de desarrollo se veía imposibilitado, conllevando a la frustración y la desesperanza. Por el contrario, cuando ese proceso era gradual y se adaptaba a las inestables posibilidades de inversión -y a las necesidades cambiantes de la familia-, entonces la vivienda se convertía en un respaldo, en una herramienta y en un estímulo para el progreso.

El mismo interés por favorecer y potenciar procesos graduales lo lleva a extrapolar esta reflexión sobre el desarrollo progresivo desde el ámbito más acotado de la vivienda hacia el tema más general del ambiente. En el texto *Barriers and Channels for Housing Development in Modernizing Countries* (1967) Turner contraponía el desarrollo “repentino” (“instant” development) frente al desarrollo progresivo (progressive development). El desarrollo repentino implicaba una transformación drástica del entorno a partir de la construcción de edificios de gran escala, mientras que en el progresivo “*los edificios y viviendas del entorno deben desarrollarse a lo largo del tiempo para ser económicos y coherentes con la creciente y cambiante comunidad*” (Turner, 1980, pág. 17).

El llamado hacia un abordaje gradual y progresivo, tanto de la vivienda como del desarrollo, se justificaba a partir de tres ventajas principales. Comparando las viviendas de las barriadas con las viviendas provistas por el Estado, las casas autoconstruidas permitían acceder a espacios de mayores dimensiones, con una mejor adecuación a la capacidad de ahorro de la familia, eran más eficientes y se adaptaban mejor a los cambios en las funciones de la familia. A continuación se desarrollan mejor esas ventajas.

¿Por qué un abordaje gradual en la vivienda?

Para fundamentar que las viviendas de las barriadas permitían un crecimiento constante, Turner rescataba una observación que realizó Geddes al estudiar los asentamientos de las ciudades de la India: “*La necesidad esencial de toda casa y toda familia es tener espacio y [...] la mejora esencial para la casa de la familia, es más espacio*” (Geddes citado en Turner, 1963, pág. 392; Turner, 1967, pág. 167).

Más espacio

Las viviendas de las barriadas tenían ventajas comparativas tanto frente a los tugurios del centro de la ciudad, como frente a los grandes bloques de vivienda. Comparadas con el hacinamiento de los inquilinatos y con las unidades estáticas de los conjuntos construidas por el Estado a mitad de siglo, las viviendas de las barriadas facilitaban el crecimiento¹⁰¹. De hecho, Turner había registrado en sus fotografías cómo se anexaban constantemente nuevos locales.

¹⁰¹ Turner afirmaba que: “*La innegable ventaja física del ‘desarrollo progresivo’ sobre el ‘desarrollo repentino’ - aparte de permitir escapar de los superpoblados e insalubres tugurios [del centro de la ciudad]- es que los espacios habitables de la familia son generalmente más grandes en una etapa temprana del proceso de construcción*”(Turner, 1967, pág. 177). Por lo cual, terminaba suponiendo que cualquier lector en una situación similar a la que atraviesan las clases bajas de los países en desarrollo, terminarían optando por vivir en las

Es necesario destacar que, muchas veces, este crecimiento incesante termina complicando la ventilación y la iluminación de los locales existentes. Es decir, aunque la disposición inicial de la vivienda no esté pensada para el crecimiento, las viviendas de los asentamientos se amplían lo mismo.

Quizás habría que incorporar a la visión de Turner, otras nociones que describen mejor el fenómeno. En realidad, el principal riesgo de los asentamientos informales es el desalojo. La imagen de una topadora derrumbando la casilla que una familia ha construido en base al sacrificio de años de trabajo, está grabada en el imaginario popular. Es por eso que toda familia se esfuerza por evidenciar que no se trata de un asentamiento temporal, que la familia está totalmente arraigada y que el barrio se está consolidando¹⁰². La construcción de nuevos locales para la vivienda garantiza una buena relación entre los recursos invertidos y la apariencia de consolidación que brindan. Hay otros mejoramientos de la vivienda como la provisión de aislaciones, terminaciones interiores o infraestructuras básicas que, si bien mejoran las condiciones habitacionales, necesitan mucho presupuesto y no elevan sustancialmente la apariencia exterior en cuanto al nivel de consolidación. Esto se debe, por supuesto, a características propias del rubro de la construcción. Las paredes pueden levantarse en base al trabajo esporádico de los miembros de la familia. Los materiales, y sus técnicas, no exigen inmediatez ni pericia. Otras tareas, como las instalaciones, requieren de mano de obra especializada trabajando en jornadas de mucha intensidad. De lo contrario, se pierden los niveles y se dañan los materiales.

Otro aspecto que condiciona el constante crecimiento de las viviendas es el factor, nada despreciable, del rendimiento del suelo. Cada habitación agregada a la vivienda implica la posibilidad de sub-alquilar un cuarto o, al menos, evitar que algún miembro de la familia tenga que pagar un alquiler. Cada local implica así o un ingreso, o el ahorro de un gasto fijo. Con lo cual, cada terreno, termina alojando a diversos núcleos familiares en una imbricada agregación errática de locales, que se distribuyen más en función del ahorro que de la habitabilidad.

Mejor aprovechamiento de los recursos monetarios

Por más que Turner era consciente de algunas de esas ventajas económicas¹⁰³, prefería destacar que la vivienda progresiva permitía una inversión gradual. Es decir, se adecuaba mejor a la inestabilidad laboral que atravesaba la población de los países poco desarrollados. Si bien no incluía una crítica encendida contra el régimen laboral esclavista de los países que se industrializan en base a la mano de obra basura, al menos buscaba contrarrestar sus efectos nocivos sobre el alojamiento. Con su

barriadas. Después de todo, era una vivienda de peor calidad, pero con el doble de superficie y quince veces más barata. Decía que cualquiera *“preferiría un área de 700 u 800 pies cuadrados (65m² a 74m²) cerrado por esterillas de caña y diarios antes que una vivienda de la mitad del tamaño que cuesta 15 veces más”* (Turner, 1967, pág. 177). Aunque parezca políticamente correcto hablar de preferencias, como si se tratara de una elección más dentro del sistema de libre mercado, más que verdaderas opciones parecen mecanismos de supervivencia.

¹⁰²*“Como la seguridad que brinda la tenencia es una de las principales preocupaciones de los pobladores de las barriadas, se les da prioridad a acciones encaminadas a consolidar la posesión”* (Turner, 1967, pág. 172).

¹⁰³ En un texto de 1968 Turner afirmaba: *“La ventaja arquitectónica más importante de los asentamientos es que consiguen la adaptabilidad de los espacios y las estructuras frente a las necesidades cambiantes [...] de la familia. [...] La típica casa de las barriadas empieza como una casilla (shack) [...] y termina como una casa de dos o incluso tres pisos usualmente dividida en diferentes domicilios ocupados por los que antes eran los niños del asentamiento o alquilados para que el propietario obtenga un ingreso cuando sea anciano”* (Turner, 1968, pág. 360). El detalle romántico que afirma que la sub-división es para los niños del asentamiento o un rebusque para los ancianos, ayuda a matizar la terrible presión inmobiliaria que se desenvuelve en el interior de las barriadas.

pragmatismo característico, Turner notaba que las viviendas que proveía el Estado, con sus cuotas elevadas, consumían gran parte del presupuesto de las familias. Un presupuesto que se hacía aún más escaso ante el desamparo estatal, donde los servicios de infraestructura, transporte, salud y educación no funcionan correctamente.

A su vez, las inversiones graduales, se adecuaban mejor a las dificultades que impone el restringido sistema financiero de los países poco desarrollados:

“Cuando la capitalización ocurre de manera repentina (at one fell swoop) debe ser financiada con un crédito a muy largo plazo [para que pueda ser pagado por gente de bajos ingresos o por países con poco presupuesto]. El crédito es escaso en las economías en desarrollo y por eso, el costo de una construcción instantánea, en viviendas terminadas o casi-terminadas, termina siendo muy alto” (Turner, 1967, pág. 177)¹⁰⁴.

Por otra parte, los inquilinatos y el alquiler (opciones medianamente legales para los pobres), implicaban la amenaza constante del desahucio. Principalmente, al situarnos en un panorama de inestabilidad laboral y desprotección social. Cuando algún miembro de la familia se enfermaba, o surgía algún infortunio que recortaba los ingresos familiares, no podían pagar el alquiler y eran inmediatamente desalojados. Preferentemente en forma violenta, para desalentar la propagación del ejemplo. Frente a esto, y tal como se afirma anteriormente, la autoconstrucción permitía invertir gradualmente los recursos que disponía esporádicamente cada familia en un elemento que la sociedad valoraba y defendía abiertamente: la vivienda propia.

Mayor adaptabilidad

La tercera ventaja que desarrollaba Turner tenía que ver con las posibilidades que brindaba la vivienda de las barriadas para adaptarse fácilmente a las necesidades cambiantes de las familias. Esta reflexión seguía el mismo camino de las observaciones que realizó Habraken en los grandes conjuntos de vivienda de la posguerra holandesa, como el Bijlmermeer (Figura 14). Y tienen su continuidad en la idea de partido de las viviendas que realizó el grupo ELEMENTAL en Quinta Monroy (2003) (Figura 45). La vivienda agrupada pocas veces incorpora la posibilidad de transformar la tipología según los requisitos cambiantes de las familias de menores ingresos. Cuando una familia de ingresos altos cambia sus necesidades o prioridades, simplemente se muda a otra casa. Esto resulta imposible para las familias de pocos ingresos, mucho más si todavía se encuentran pagando la vivienda que les asignó el Estado. Una política de alojamiento para las familias de menores ingresos debía permitir una constante adaptación.

Para cumplir con ese objetivo, Turner desestimaba el camino que siguieron Habraken y ELEMENTAL al tratar de prever diferentes modos de crecimiento de la vivienda. Turner iba un paso más allá, pensaba que en lugar de *“suministrar productos acabados [había que proveer] instrumentos que las gentes y organizaciones locales pueden utilizar por su cuenta de un modo mucho más eficaz”* (Turner, 1994, pág. 370). Era una manera de continuar un viejo precepto anti-tecnocrático: nadie conoce las prioridades de la gente, mejor que la misma gente.

Ante la necesidad de brindar soluciones acabadas, tanto el Estado como el mercado inmobiliario pueden dejar de lado la tendencia (casi el deber) de proveer soluciones acabadas para permitir que la gente vaya construyendo las viviendas de acuerdo a sus necesidades. Se pasa de la producción

¹⁰⁴ Como la vivienda es cara y la capacidad de pago es muy baja, entonces es necesario un préstamo a muy largo plazo, pero la misma inestabilidad de los países poco industrializados termina encareciendo notablemente el precio final.

centralizada, como multiplicación de viviendas terminadas, a la producción dispersa, desregulada, donde el Estado debe, simplemente, garantizar la disponibilidad de instrumentos (materiales, tecnológicos, financieros, legales, etcétera).

Hay que reconocer que esta posibilidad de transformar la vivienda con el paso del tiempo, es una cualidad de mucho valor simbólico, que la gente sabe valorar. Como si las viviendas que pueden crecer y transformarse transmitieran un mensaje de esperanza y futura prosperidad. Las tipologías que contemplan el crecimiento son una invitación al progreso de la familia y al arraigo. En una entrevista realizada al arquitecto Lucas Luaces¹⁰⁵ durante el Encuentro de Arquitectura Comunitaria (ENAC 2015), comentaba una famosa anécdota de Fermín Estrella, con quien había compartido distintas experiencias de diseño. Luego de haber participado en el diseño de un conjunto de vivienda que mantenía los criterios de modulación y crecimiento flexible, Estrella decidió mezclarse con los futuros usuarios para saber cuál era la opinión de la gente con respecto al proyecto. Sin revelar que él había sido uno de los diseñadores, se puso a dialogar con uno de los futuros residentes y fingió que pretendía realizar un canje, ofreciendo una vivienda terminada en uno de los conjuntos estatales tradicionales. Se dio cuenta de que la gente había comprendido perfectamente la intención de los diseñadores cuando el futuro residente le dijo que prefería invertir en la vivienda que podía crecer porque de ese modo *“estaba comprando futuro”*.

El valor simbólico de la vivienda se desarrolla mejor en un subtítulo de este trabajo llamado *La vivienda como vehículo de cambio social*.

¿Cómo abordar la vivienda progresiva?

Turner fue cambiando el modo de propiciar un abordaje incremental sobre la vivienda y el ambiente. Por ejemplo, en sus primeros textos le daba una importancia fundamental al diseño urbanístico de los asentamientos, los esquemas de lotes con servicio y la asistencia técnica, pero en los últimos textos prefería un esquema cada vez menos regulado, fomentando la autonomía de los individuos.

Planificar los asentamientos. La importancia del diseño

Para hablar de la importancia de la planificación previa de los asentamientos, que dan paso a la idea de los lotes con servicio, Turner se apoyaba en las ideas de Charles Abrams. El autor de *Man's Struggle for Shelter in an Urbanizing World* (1964) decía que lo único estable en los asentamientos era el trazado. *“Actualmente, hay calles de la ciudad que fueron trazadas cientos de años atrás, mientras los edificios de esas calles han cambiado muchas veces”* (Turner, 1968, pág. 119). En las barriadas ocurría lo mismo, la gente respetaba y obligaba a respetar el trazado inicial, sabiendo que la continuidad del trazado contribuía a su posterior anexión a la ciudad. Los funcionarios públicos son más reticentes a regularizar un asentamiento cuando es necesario realizar grandes obras para incorporarlas al tejido consolidado. Por eso, para los residentes de los asentamientos, es fundamental mantener el trazado urbano, para evitar que adquieran la imagen de los *slums*, o villas intersticiales.

¹⁰⁵ Coordinador del grupo interdisciplinario ASUMA (Armas de sustentabilidad masiva) Para más información, consultar la entrevista realizada para la Universidad de Palermo:

http://fido.palermo.edu/servicios_dyc/blog/docentes/trabajos/34884_128317.pdf

Pese a este interés inicial por la planificación previa de los asentamientos, con el tiempo Turner comenzará a pensar que el diseño es el factor menos determinante en comparación con las estrategias de financiación y provisión de recursos.

En el libro *Vivienda, todo el poder para los usuarios* (1976/1977) que se presentó en paralelo a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre los Asentamientos Humanos realizada en Vancouver (1976), el diseño y la actividad proyectual no merecen ninguna atención especial. Es más, separa el proceso de “toma de decisiones en tres conjuntos de operaciones fácilmente identificables” (Turner, 1976/1977, pág. 45): Planeamiento, Construcción, y Administración (incluyendo el mantenimiento). Con lo cual, el diseño y la actividad proyectual ni siquiera aparecen mencionadas, sino que quedan englobadas en las tareas de planeamiento previas a la construcción.

A principios de los ochenta, Turner ya estaba totalmente abocado al tema de las políticas habitacionales y trataba de enfatizar que el diseño era un aspecto secundario: “*Los cambios relativamente sencillos que pueden realizarse desde el diseño -el agrupamiento, el paisaje y los servicios- son lo menos determinante*” (Turner, 1980, pág. 10). Frente al prejuicio propio de los arquitectos, “*El diseño de la vivienda y el vecindario son el aspecto menos determinante del proceso*” (Turner, 1980, pág. 15). En lugar de centrarse en el cambio que debía producirse en el diseño de la vivienda, Turner se acercaba a Christopher Alexander cuando afirma que es necesario “*cambiar el modo en que [las viviendas] son generadas*” (Turner, 1980, pág. 10).

Lotes con servicios y asistencia técnica

En los primeros textos de la década del sesenta, Turner expresaba entusiasmo con respecto a este nuevo abordaje de la vivienda. A partir de mitad de siglo veinte, en Latinoamérica se multiplicaban las experiencias que partían de una misma concepción progresiva de la vivienda. Para hablar de los sistemas de autoconstrucción asistida por agencias estatales o por organizaciones no gubernamentales, Turner las englobaba diciendo que seguían la “*línea clásica de Puerto Rico*” (Turner, 1963, pág. 372). Pero las ejemplificaba a partir de casos provenientes de diferentes puntos del continente¹⁰⁶. Todos estos ejemplos se basaban en un mismo criterio perfectamente sintetizado por Turner “*El principio básico de la ayuda propia mutua y con asistencia [convendría llamarla autoconstrucción asistida], es el empleo de la mano de obra gratuita proporcionada por las familias participantes, que así contribuyen con su trabajo para conquistar su derecho*” (Turner, 1972/1976, pág. 138). Con lo cual, puede notarse que, a principios de los setenta todavía consideraba el aporte de la mano de obra como algo positivo, sin tener ningún tipo de consideración por el modo de producción que se estaba fomentando. De hecho, en estos primeros textos aclaraba que “*La contribución laboral más importante es, indudablemente [...] aquel de las mujeres y niños, y el trabajo grupal durante los fines de semana y los feriados*” (Turner, 1963, pág. 372).

En pocas palabras, una política habitacional capaz de aprovechar la mano de obra y la capacidad organizativa de la gente procedía de la siguiente manera: el Estado o una organización sin fines de lucro aportaban un capital semilla que la gente pagaba en cuotas. Como este capital inicial no alcanzaba a cubrir la totalidad de una vivienda, a esa diferencia la aportaba la gente, en parte con su trabajo y en parte a través de inversiones graduales. Una parte del capital aportado por la gente se utilizaba para

¹⁰⁶ Abarcando desde un Programa de construcción rural en Venezuela, los proyectos del INVICA (Instituto de Vivienda y Caridad) en la periferia de Valparaíso, hasta las Asociaciones de Ahorro y Crédito del Padre McLellan, orientadas a la clase media y financiadas por la Alianza para el Progreso.

pagar los costos de la administración financiera y la asistencia técnica, pensando que de esa manera se podrían aprovechar mejor los materiales y los montos disponibles.

Para Turner, el esquema funcionaba, y por eso se encargó de difundirlo en la prensa especializada de arquitectura. Funcionaba porque lograba corregir los principales errores de las barriadas. Básicamente, eran sistemas que buscaban contrarrestar las deficiencias constructivas y arquitectónicas¹⁰⁷.

Pero como el eje del problema se situaba en el presupuesto, tanto las agencias estatales como las organizaciones no gubernamentales, buscaron reducir la inversión al máximo. Es por eso que, desde principios de la década del sesenta comenzaron a proponerse esquemas de lotes con servicios, donde la inversión inicial servía, solamente, para cubrir la compra del terreno y una provisión mínima de servicios.

A principios de los sesenta, Turner valoraba los sistemas de lotes con servicios, porque imitaban con mayor fidelidad la lógica de las barriadas. Hablando de los asentamientos de Valdivieso y Condevilla Señor, que eran dos esquemas de lotes con servicios construidos en base a la construcción asistida, afirmaba:

“La original solución fue proveer el mínimo indispensable dentro de las posibilidades de casi todas las familias [...] Estos asentamientos planificados resultaron ser exitosos entre la gente [...] El sistema coincide con el proceso lógico, tradicional y económico de las mismas barriadas, sólo que con algunas mejoras importantes: el trazado es mucho mejor, los lotes más regulares, hay una mínima provisión de agua potable como para comenzar [...] Además, aquellos que quieran comenzar a construir su vivienda permanente, reciben planos y asistencia técnica desde el principio. Por ende, los propietarios reciben tres ventajas importantes: sus obligaciones se mantienen dentro de sus posibilidades ya que pueden limitar sus gastos a lo esencial según sus prioridades, y el costo final queda garantizado por la administración y el control que ejerce la agencia” (Turner, 1963, pág. 379).

Aquí es necesario realizar algunas especificaciones con respecto a los términos a utilizar. A grandes rasgos podría decirse que la diferencia entre la vivienda incremental (o núcleo básico que crece) y el esquema de lotes con servicios es el capital inicial -o semilla- que se necesita. El lote con servicios requiere una inversión inicial menor, lo cual permite reducir el plazo del crédito que es el factor determinante en un país donde el crédito es sumamente inestable. Por otra parte, la asistencia técnica no es un sistema en sí, sino que constituye una herramienta que se puede utilizar tanto en intervenciones de mejoramiento de vivienda como en la construcción de vivienda nueva. A su vez, dentro de la vivienda nueva habrá dos posibilidades: construir en base a autoconstrucción asistida (donde un agente externo brinda asesoramiento y control) o dejar la construcción totalmente librada a las capacidades y posibilidades de los residentes. No obstante, este tipo de divisiones no aparecen tan bien delimitadas en los textos de Turner. Aparecen en realidad, bajo un mismo concepto que tiene que ver con el desarrollo progresivo.

Con el paso del tiempo, Turner profundizó en un desglose más minucioso de sus ventajas y desventajas. En primer lugar, le molestaba que muchos de estos esquemas terminaran incrementando el monto de las viviendas porque requerían muchos gastos administrativos y de supervisión técnica. Además, la supervisión técnica de la construcción y la administración financiera, multiplicaban los procedimientos burocráticos generando fricciones en el interior de las organizaciones y estirando los plazos.

¹⁰⁷ Dice Turner *“En las áreas de más rápido crecimiento urbano, hay un tremendo desperdicio de esfuerzo y dinero por parte de la gente que al menos puede pagarlo, la mayoría de las edificaciones son guiadas por errores y extravagancias”*(Turner, 1963, pág. 391).

A partir de esto, comenzó a cuestionar esa visión tecnocrática que pretendía proteger a la gente de sí misma, de su incapacidad para construir y de los desmanejos presupuestarios. En fin de cuentas, Turner desconfiaba del prejuicio que lleva a pensar que una agencia de gobierno puede manejar los recursos mejor que la misma gente.

Siguiendo un esquema cada vez más liberal, en los textos de la década del setenta, Turner inclinó definitivamente su propuesta hacia la autogestión, afirmando que la gente sólo necesita disponibilidad de recursos para armar por sí misma la solución habitacional que mejor se adecue a sus necesidades. Cada familia debía acceder a la posibilidad de combinar diferentes instrumentos financieros, técnicos y materiales. El Estado ya no tendría que administrar los materiales, ni la asistencia técnica, ni el financiamiento. Simplemente se limitaría a garantizar y supervisar su disponibilidad¹⁰⁸.

Es por eso que, en la década del setenta volvió a mirar con buenos ojos a las barriadas autoconstruidas sin la intervención estatal: *“el colono constructor del Perú y el auto constructor de los Estados Unidos obtienen más por su dinero, y es muy posible que también mucho más significado existencial de sus productos habitacionales”* (Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 239).

Para justificar esta posición periférica del Estado, que se retira de su rol central de constructor de viviendas terminadas, Turner proponía considerar las políticas de vivienda como si fueran un juego, con sus participantes, sus piezas y sus reglas¹⁰⁹. En todo juego, es fundamental que cada jugador pueda decidir sus propios movimientos, combinar las piezas dentro de un marco de reglas claras. En los esquemas de provisión central, donde el Estado o el mercado producen viviendas terminadas, los usuarios se ven impedidos a armar su propia solución de vivienda, adecuada a sus requerimientos. Es como si, en un juego, alguien moviera las fichas por los jugadores (Turner, 1972/1976, pág. 176; Turner, 1980, pág. 17)¹¹⁰.

Esta predilección por las soluciones auto gestionadas de la vivienda, donde las grandes estructuras organizativas ni siquiera tienen que ejercer un control sobre el avance de la construcción, dominaron la visión de Turner a partir de mediados de la década del setenta. Era una concepción que implicaba un cambio de roles en todos los niveles. Tal como se menciona anteriormente, el Estado dejaba de producir vivienda terminada, el usuario tomaba un rol activo, e incluso el arquitecto comenzaba a trabajar en otra esfera de la producción de vivienda. El arquitecto se convertía en un actor más dentro de los subprocesos implicados en la producción de viviendas. A principios de los setenta, Turner consideraba los siguiente subprocesos: *“diseño, construcción y gestión”* (Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 239), mientras que, a principios de los ochenta consideraba que los procesos estaban relacionados con

¹⁰⁸ Pese a que este discurso sintonice bien con las ideas neoliberales, Turner afirmaba que, para garantizar la disponibilidad de tierra, financiamiento y materiales, se necesitaba una fuerte intervención estatal. Cuando el Estado producía viviendas terminaba brindando soluciones deficitarias para un sector reducido de la población, mientras que si invertiera esos recursos en garantizar la disponibilidad de tierra, materiales y financiamiento (algo que ya es bastante difícil), podría contribuir a mejorar la situación de un espectro más amplio de la población.

¹⁰⁹ *“Como el ajedrez [...] es un diálogo implícito entre los que pusieron las reglas antaño y los participantes de hoy”* (Turner, 1972/1976, pág. 175).

¹¹⁰ También es muy simpática la comparación que hace con el fútbol, diciendo que, a la hora de encarar políticas habitacionales, los equipos técnicos son como *“directivos del club”* donde *“sus medios, los instrumentos de su política, son los jugadores, entrenador, campo y fondos del club. El fin es marcar tantos goles como sea posible. Cualquiera aficionado reconocerá que el rol de los directivos de un club de fútbol no es meter goles”* (Turner, 1976/1977, pág. 125). Del mismo modo, la función de los equipos técnicos no es producir vivienda terminada sino facilitar que otros la produzcan.

los elementos, componentes y sistemas que había identificado a mediados de los setenta¹¹¹. Así, distinguía “tres niveles de actividades que pueden ser descriptos como el ensamblaje de los componentes de la vivienda, la provisión de componentes ya ensamblados, y el acceso a los elementos con los cuales se ensamblan los componentes” (Turner, 1980, pág. 12)¹¹².

Desde la participación hacia la autogestión

Más allá de ese pequeño desglose de funciones, Turner no buscaba formular un organigrama rígido. La propuesta teórica de Turner no pretendía convertirse en un manual de participación. No era una metodología en el sentido de Habraken o Alexander, sino que proponía una serie de criterios, que pretendían incorporar la acción de los usuarios con el mayor nivel posible de autonomía¹¹³. Frente a una postura recurrente dentro de la arquitectura, donde los arquitectos pretenden guiar a los residentes a través de una serie de pasos o procedimientos, las propuestas de Turner, a fines de los setenta, confiaban plenamente en la capacidad de autogestión de los usuarios.

Para la arquitectura participativa, la concepción de la vivienda y del ambiente como parte de un proceso continuo, resulta fundamental. Luego de interpretar la arquitectura como atravesada por una serie de subprocesos, emerge naturalmente una pregunta: ¿Quiénes deben participar en cada subproceso? Si la concepción de la vivienda como objeto terminado y estático conduce a un rol pasivo del usuario, que se limita a “usar” lo que el mercado -o el Estado- construyó, entonces la concepción de la arquitectura como proceso permite brindar un rol activo a los residentes. Es cierto que la visión de la vivienda como proceso no fue el único aporte que realizó Turner, pero quizás fue el más determinante para el desarrollo de la arquitectura participativa. Turner fue mucho más allá del simple planteo del tema, preguntándose cuál es el nivel de autonomía que debían tener los usuarios en ese proceso y cuán necesaria era la asistencia técnica, el control y la guía de los profesionales. Como se afirma anteriormente, con el paso del tiempo Turner se fue inclinando hacia un abordaje que brindara cada vez mayor autonomía al usuario, desdibujando la centralidad de los arquitectos. Esta lejanía de la figura del arquitecto es lo que terminó alejándolo de la actividad proyectual, del diseño de arquitectura, para acercarlo al diseño de políticas.

La arquitectura participativa, por el contrario, suele aparecer ligada a la figura de un guía o asistente que introduce a los usuarios en los procesos de “*diseño, construcción y gestión*”. Por supuesto, en las propuestas de arquitectura participativa la gente tiene mayor nivel de autonomía y decisión que en los

¹¹¹En 1974 consideraba que los elementos de una política habitacional eran tierra, trabajo, materiales y financiación; los componentes eran un agrupamiento de elementos, como vías de acceso, redes de infraestructura, equipamiento comunitario y viviendas; y por último, los paquetes o sistemas (packages) son combinaciones de componentes (Turner, 1974, pág. 2).

¹¹² El hecho de que a principios de los ochenta, Turner hable de Niveles, al igual que Habraken, no resulta sorprendente. Después de todo, durante la década del setenta todas las disciplinas relacionadas con el ambiente, se vieron influenciadas por la teoría de sistemas. Frente al abordaje que proponía el método analítico subdividiendo la realidad en partes estáticas, la teoría de sistemas proponía abordar la totalidad según niveles, permitiendo un elevado grado de movilidad y flexibilidad para lograr la entender fenómenos complejos y autorregulados.

¹¹³ Por eso Turner, en lugar de tratar de resumir sus propuestas en un manual, en sus últimos trabajos propone generar una caja de herramientas, para maximizar el nivel de autonomía de quienes busquen poner en práctica sus ideas.

procesos absolutamente centralizados por el Estado o el mercado, donde se ofrecen soluciones predeterminadas, estáticas y tipificadas.

Una desventaja de las propuestas de diseño participativo guiado por arquitectos es que la gente depende absolutamente del apoyo y la supervisión de profesionales, por lo cual, son procesos muy inestables que se truncan fácilmente con los cambios presupuestarios y políticos. Cuando la gente constituye una organización sólida y en constante funcionamiento, la asistencia profesional no es determinante. Los arquitectos, los presupuestos y los funcionarios pueden cambiar, pero los proyectos siguen adelante.

Dentro de la arquitectura participativa existe una multiplicidad de casos donde los arquitectos han brindado su mejor predisposición para implementar ambiciosos proyectos de transformación progresiva del entorno, pero que han quedado estancados ante los cambios del contexto socio-político. Un ejemplo de ello, lo constituye el trabajo realizado por Urban Nouveau, el grupo que formaron Filipe Balestra y Sara Göransson con la intención de generar un proyecto que sirviera como modelo de actuación en distintos asentamientos informales de todo el mundo.

Entre el 2003 y el 2005 Filipe Balestra trabajó en el estudio de Rem Koolhaas, particularmente en el proyecto para el Museo del Hermitage en San Petersburgo y la CCTV de China (2004-2012). Algo saturado de la modalidad de trabajo que imponen los estudios organizados como multinacionales (Borges de Macedo, 2011), decidió continuar su formación haciendo una maestría en Estocolmo, donde comenzó a darle un giro a su carrera. En 2007 escribió un mail ofreciendo sus servicios a dos ONGs de Brasil. La fundación Dois Irmãos lo invitó a coordinar el proyecto para una escuela en Rocinha, una de las Favelas más grandes de Río de Janeiro. La ONG había comprado una pequeña casa en Valão, uno de los puntos más conflictivos de la favela y tenían 12.000 dólares para convertirla en una escuela y centro cultural. Ante la escasez de presupuesto y las dimensiones reducidas del terreno, se decidió combinar dos soluciones propias del contexto local. Se aprovecharía el terreno disponible (4,7m x 5,7m) superponiendo locales en altura y se optimizaría el presupuesto en base al trabajo voluntario. Dos operaciones frecuentes en las viviendas de las barriadas. Sólo le pagaron el sueldo a Guilherme Lima, un maestro mayor de obras local. El proceso de diseño, y parte de la construcción fue registrada en un video, que posteriormente, el arquitecto editó con el nombre de "Sambarquitectura".

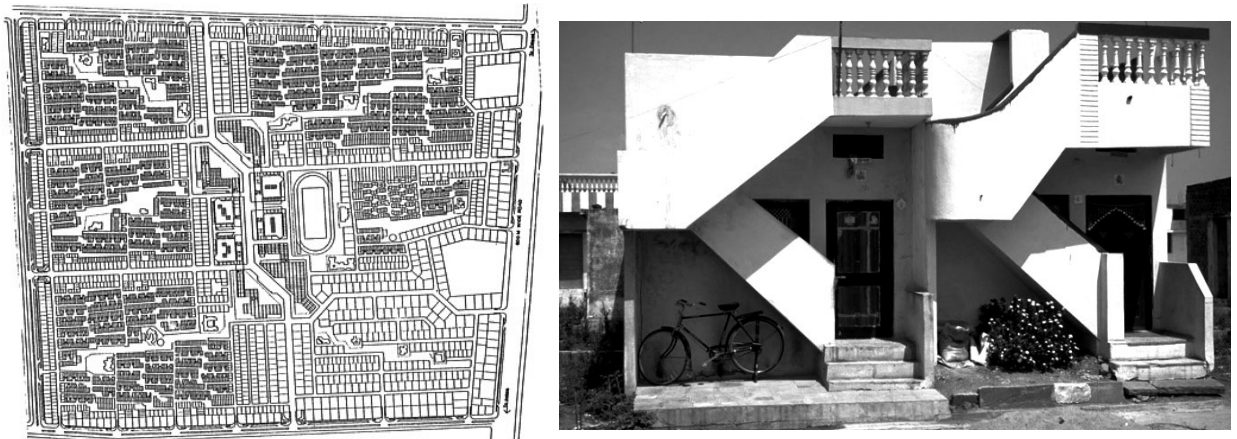
Con esa experiencia previa, Balestra asistió al evento llamado Informal Cities del año 2008, realizado en Estocolmo (Borges de Macedo, 2011). Allí se puso en contacto con Jockin Arputham, reconocido activista por los derechos de los pobladores de los asentamientos informales de la India. A través de Jockin Arputham y Sheela Patel surgió la posibilidad de realizar un proyecto junto a dos ONGs con inserción territorial en los asentamientos informales de Bombay y Pune. Mientras se encontraba trabajando junto a SPARC (The Society for the Promotion of Area Centers) y Mahila Milan (Mujeres Unidas), el gobierno de la India implementó un programa de escala nacional que brindaba un subsidio para mejoramiento de viviendas¹¹⁴. El monto máximo de los subsidios era de 4.500 USD por cada familia, que debía aportar a cambio un 10 por ciento del total. Balestra y Göransson, crearon el grupo Urban Nouveau, y aprovecharon la disponibilidad de crédito para iniciar un proyecto de diseño participativo. A partir de un periodo de estudio en el sitio, tal como recomendaba Patrick Geddes, notaron que el alojamiento local se dividía en dos tipologías básicas: las pucca o las kacchas (Geddes las llamaba pukkas o kuchas). Ambas se conformaban en base a la agrupación vertical de habitaciones mínimas. Las pucca

¹¹⁴ Basic Services for the Urban Poor (BSUP)

eran de hormigón y ladrillo, mientras las kacchas eran de chapa y materiales de descarte, por lo cual tenían un carácter provisorio. Por lo general, en todo asentamiento, las kacchas se remplazaban por puccas, aunque difícilmente llegaban a incorporar infraestructuras y adecuadas condiciones de habitabilidad. Debido a la superpoblación de los asentamientos, la fisonomía general del conjunto se manifestaba como una superposición inestable de habitaciones poco ventiladas.

En base al estudio de los asentamientos informales, los arquitectos decidieron realizar una propuesta tipológica que contemplara la tendencia al crecimiento vertical, pero mejorando la estabilidad estructural de las viviendas y las condiciones de habitabilidad¹¹⁵. Como los préstamos por familia no alcanzaban a construir una vivienda completa, los mismos pobladores construirían parte de la casa a lo largo del tiempo. Dado que algunas de las familias no podían pagar el 10 por ciento del crédito, se establecieron acuerdos para que las familias paguen ese monto contribuyendo con mano de obra en las tareas de construcción. *Sweat equity*, de la línea clásica de Puerto Rico, diría Turner.

Si bien algunos artículos periodísticos vinculan esta idea con la experiencia de ELEMENTAL en Quinta Monroy (Figura 45), esta línea de trabajo puede rastrearse a lo largo de todo el siglo veinte. Sin ir más lejos, durante la década del ochenta, Balkrishna Doshi, había propuesto viviendas que se ampliaban verticalmente por autoconstrucción en Indore (Figura 7), ciudad estudiada por Patrick Geddes en 1917, cuando propuso incorporar el trabajo de los mismos residentes como parte de la solución al problema de los asentamientos informales.



Doshi, B. (1983-1989) Aranya Community Housing. [Urbanización]. Indore, India. Extraído de <http://www.akdn.org/sites/akdn/files/media/documents/AKAA%20press%20kits/1995%20AKAA/Aranya%20Community%20Housing%20-%20India.pdf>

Figura 7 Aranya Community Housing

Urban Nouveau desarrolló tres prototipos que se podían articular libremente (Figura 8). Las tres tipologías se armaban siguiendo el criterio local de superponer espacios flexibles. Dos de las tipologías tienen tres pisos, pero uno de los pisos no tiene cerramientos, es solamente la estructura de hormigón

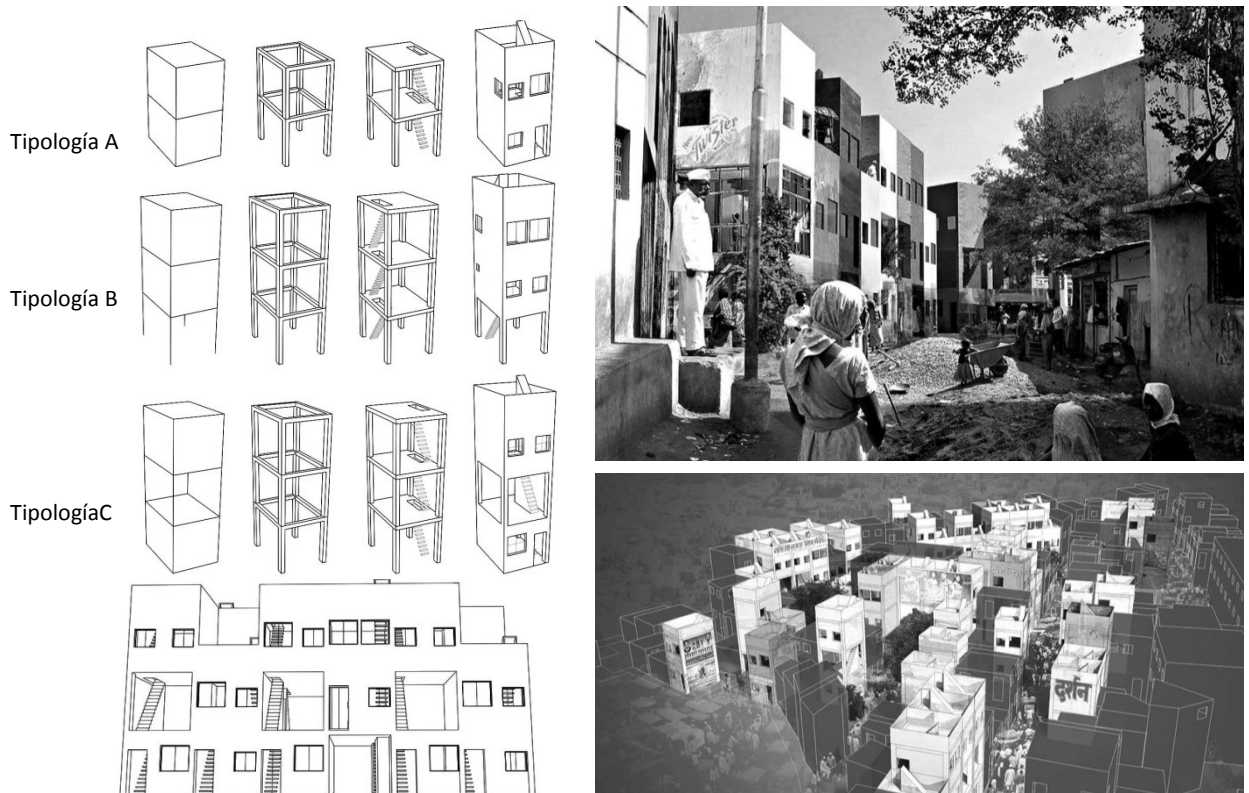
¹¹⁵ En un texto llamado *Estratégia para habitação evolutiva*, Balestra afirmaba: "Sólo estando en el terreno, para oír a los pobladores, conseguimos desarrollar, procesar y comprender todos los niveles de información superpuestos en este contexto de hiper-densidad social. Este compromiso de humanidad, amistad y confianza creciente son las raíces del proceso de arquitectura participativa [...]. Sara Göransson y yo, defendemos la experiencia en el terreno como la verdadera fuente de ideas auténticas: para aprender en este contexto es esencial trabajar fuera del escritorio" [Geddes decía, fuera del gabinete] (Balestra, 2006).

como si fuera la Casa Dominó de Le Corbusier. La tipología que no tiene cerramientos en la planta del primer piso permite armar una especie de terraza o estar al aire libre, mientras que la tipología que no tiene cerramientos en planta baja permite incorporar un negocio, depósito o expansión hacia la calle. Con el tiempo, la familia puede elegir cerrarlo para incorporar otra habitación más.

Todas estas ventajas tipológicas, tan ajustadas a las cambiantes necesidades de los residentes, fueron conseguidas a través de un proceso de diseño participativo. En esa instancia jugó un papel determinante, la organización Mahila Milan (Mujeres unidas), que facilitó el vínculo con cada uno de los hogares y con el gobierno local. A partir de un acuerdo con el Municipio de Pune se decidió comenzar con un proyecto piloto en Netaji Nagar que buscaba reemplazar las kacchas. Con el paso del tiempo se trataría de extender este proceso, hacia otros asentamientos de la India. Aunque también se preveía su posible expansión por otras ciudades del mundo.

En una entrevista del 2014, los integrantes de Urban Nouveau afirmaban:

“Todo marchaba bien, pero cometimos un error: co-diseñamos un proceso donde la gente obtenía un beneficio directamente desde el gobierno central. Eso significaba que no había comisiones (tolls) entre las fuentes y los destinatarios. [Saltearon algunos procesos burocráticos locales] Esto, por ser inusual, hizo algo de ruido y hubieron algunos movimientos turbios (dirty stuffs) alrededor. Al punto de llegar a expulsar del país a Parveen Pardeshi, el encargado municipal. Pardeshi era el político más importante de la ciudad, y uno de los mayores aliados para Urban Nouveau. Sin él, todo quedaría congelado. Y eso fue, exactamente, lo que pasó” (Nouveau, Filipe, & Göransson, 2014).



Urban Nouveau (2008-2009) Incremental Housing Strategy in India. [Estrategia para reemplazar viviendas en asentamientos en India] Proyecto no construido. Extraído de <https://www.area-arch.it/en/incremental-housing-strategy/>

Figura 8 Estrategia de viviendas incrementales en India

Siguiendo el punto de vista de Turner, podría decirse que el error de Urban Nouveau no fue el haber salteado algunas estructuras burocráticas, sino haberse constituido como un punto central dentro del proyecto. Era una iniciativa donde los arquitectos habían adquirido un rol protagónico. Cuando se perdió el contacto entre el gobierno local y los técnicos, todo quedó en la nada. Si en cambio, los residentes de los asentamientos hubieran podido combinar ellos mismos los recursos materiales y financieros existentes para construir sus proyectos individualmente, ninguna pieza hubiera sido irremplazable. Para Turner la política habitacional ideal no era la que lograba coordinar la acción de todos los residentes, sino la que les brindaba el máximo de autonomía. De manera tal, que cada grupo o familia pueda combinar a gusto los elementos que se necesitan para solucionar su alojamiento.

La vivienda como vehículo de cambio social

En el apartado anterior se muestra el modo en que Turner cuestionó la concepción estática de la vivienda como objeto terminado en sí mismo. Proponiendo, en cambio, un abordaje gradual, centrado en las acciones que la vivienda implicaba. Esto se fundamentaba, principalmente, a partir de observaciones sobre temas administrativos o financieros, referidas al modo en que se debían invertir los recursos.

Según Turner, los países poco industrializados carecían de recursos suficientes como para brindar una vivienda terminada y de calidad a toda la población que lo necesitaba. La propuesta de Turner trataba de corregir el manejo del presupuesto dentro de las políticas habitacionales centralizadas. Desde una postura crítica, cualquiera podría decir que la autogestión y la vivienda incremental eran una buena coartada ante la imposibilidad de brindar vivienda digna y de calidad a todos los que no podían resolver su alojamiento a través de las opciones que brindaba el mercado. En todo caso, la obligación de brindar vivienda digna era una prerrogativa propia del *Estado de Bienestar*, en la coyuntura política de mitad de siglo, hoy completamente desdibujada. Lo cierto es que Turner siempre trataba de aclarar que su propuesta no implicaba solamente una revisión presupuestaria, sino que se apoyaba en un trasfondo filosófico y profundo.

Superar los aspectos cuantitativos de la vivienda (vehículo personal y comunitario)

Turner buscaba cuestionar el abordaje estrictamente cuantitativo de la vivienda. Sin realizar citas directas, avanzaba en el mismo camino del texto *Construir, habitar, pensar* (1951) de Martin Heidegger. El filósofo alemán consideraba que los requerimientos técnicos de una vivienda no eran suficientes para garantizar el acto de habitar, y Turner adscribía a una idea similar: la vivienda es “algo más” que su apariencia material. En las transformaciones del ambiente, convergían características y procesos difíciles de constatar numéricamente. Existían valores profundos que escapaban a los procedimientos cuantitativos.

*“Algunos componentes de la acción edificadora son raramente mensurables [...] los aspectos vitales de la vivienda no son cuantificables en absoluto [...]. Desde el punto de vista de un planificador central o de un diseñador o un administrador oficiales, son verdades axiomáticas. Para ellos, más es mejor: más plomería es mejor que menos plomería, más espacio por persona es mejor que menos espacio [...]. No distinguen entre lo que **son** las cosas materiales y lo que **representan** [...] explican la estupidez de derribar casas ‘deficientes’ o jacales cuando sus ocupantes no tienen otro lugar adonde ir [el resaltado es parte del texto original] (Turner, 1972/1976, pág. 158).*

Con esta frase, Turner parece estar explicando la visión de la vivienda que tenía Heidegger, como algo más profundo que trasciende sus cualidades materiales. Pero en realidad, Turner buscaba reforzar

aquella postura de Geddes contra el método del “derribo generalizado” de las viviendas de los pobres. Allí donde los tecnócratas de la “*tabula rasa*” veían un conjunto de ranchos a demoler, Turner observaba la materialización del esfuerzo cotidiano que realizaba cada familia por salir adelante¹¹⁶. El resultado físico de ese esfuerzo, pese a ser deficitario con respecto a los criterios modernos, significaba la posibilidad de insertarse en los procesos de desarrollo de la sociedad desde las posibilidades que brinda el arraigo. La vivienda, se convertía así, en un “*vehículo para la realización personal*” (Turner, 1972/1976, pág. 158). Por supuesto, en estas consideraciones tenía un valor fundamental el rol que le otorgaba Turner a la iniciativa personal y a la autovaloración positiva de los residentes, lograda a partir de la “*responsabilidad personal para tomar decisiones que conformen la propia vida*” (Turner, 1972/1976, pág. 158).

Según su punto de vista, cuando el ser humano tenía la posibilidad de tomar las decisiones sobre su entorno inmediato, mejoraba la percepción de sí mismo, contribuyendo al bienestar personal. Por eso afirmaba: “*Para su bienestar físico y mental, todo hombre, mujer y niño tiene que poder ejercer su iniciativa personal, y la construcción de la vivienda, para pobres y ricos por igual es una oportunidad excepcional*” (Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 238). El problema es que, tal como señalaba Rod Burgess, lo que para los ricos era una oportunidad de personalizar su casa, para los pobres no era una verdadera elección. Incluso era más que una obligación, era una reacción instintiva en pos de la supervivencia.

Más allá de esta glorificación de la iniciativa individual, que algunos podrían asociar a la herencia victoriana de Turner, respondía a una coyuntura del momento. Buscaba revelar las falencias de los conjuntos de vivienda de la época. Donde las familias se veían forzadas a vivir aisladas en la periferia, en una tipología de reducidas dimensiones, que no contemplaba el crecimiento. Eran una especie de confinamiento social. Para Turner, la pobreza era aún más dramática cuando no se contemplaban perspectivas de progreso y crecimiento.

Cuando el ser humano se involucraba en la construcción de su vivienda, se establecía entre los residentes y la vivienda un vínculo metafísico, en el mejor sentido de la palabra. La vivienda auto gestionada permitía establecer una relación diferente, que no podía compararse con el consumo de un objeto elaborado a través de la industria deshumanizada. El involucramiento en el proceso generaba otro tipo de vínculo, que trascendía cualquier consideración con respecto a la calidad material de la vivienda. “*Una vez más, no puede decirse que el valor del producto material radica en sus cualidades físicas sino más bien en las relaciones entre el objeto y el que lo usa*” (Turner, 1972/1976, pág. 164). Esta reflexión, que permitía superar la respuesta simplificada y estática de los grandes bloques de vivienda, suscitó algunos cuestionamientos cuando se interpretó desde la lógica de la economía política marxista. Cuando Turner afirmaba que la arquitectura debía recuperar el valor de uso por sobre el valor de cambio, se aproximaba a un tema que Engels ya había intentado explicarle al Doctor Mülberger, a fines del siglo diecinueve (Engels, 1887/1975, pág. 49). El valor de cambio está totalmente permeado por el valor de uso¹¹⁷.

¹¹⁶“*En cierto modo sólo se ven las casas de los pobres, no las personas, y por ende también, claro, está invisible el papel que su vivienda desempeña en su lucha por la vida*” (Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 249).

¹¹⁷ Con respecto al valor de uso y el valor de cambio, Rod Burgess afirmaba: “*En tanto que tales, están constituidos por una interpenetración de valores de uso y de cambio, por lo que puede resultar en mercancías muy diferentes según sean los diferentes intereses que operen en el mercado*” (Burgess, 1978). Si bien es difícil determinar la

Ante el aluvión de críticas que Turner recibió por parte de los intelectuales de izquierda, como Rod Burgess, Emilio Pradilla o Peter Marcuse, decidió hacer hincapié en los valores culturales de la vivienda. Comenzó a acentuar este “plus de sentido” que permite la autogestión de la vivienda. Para eso destacaba que la vivienda no era una mercancía más (Turner, 1980, pág. 9), sino que remitía a valores constitutivos de la identidad del ser humano. Según Turner, la mirada economicista del marxismo vaciaba a la vivienda de sus valores culturales densos y profundos. Respondiéndole a Rod Burgess, Turner acusaba al marxismo de “*remover la vivienda de su esfera cultural, reduciéndola al estatus de copos de maíz*”¹¹⁸.

Frente a la vivienda como una simple mercancía, Turner acentuaba algunas de las características de la vivienda que había observado en las barriadas de Perú, y que constataba como asesor de diferentes programas en distintos puntos del planeta. La vivienda era mucho más que un producto. Era un vehículo para el desarrollo familiar¹¹⁹, un punto de apoyo desde donde proyectarse hacia el futuro y un símbolo de pertenencia¹²⁰.

Cuando el ser humano se involucra para resolver su vivienda, se evocan sensaciones y valores ancestrales. “*Las emociones que levanta este aspecto universal de los problemas de la vivienda demuestran su íntima relación con arraigados valores humanos y culturales*” (Turner, 1972/1976, pág. 154). Por supuesto, estos beneficios culturales, este plus de sentido de la vivienda, no sólo se manifestaban en un ámbito individual, personal, sino que se traducían en segunda instancia en el viejo anhelo conservador de fortalecer la unidad familiar. Por eso, Turner citaba a Jawaharlal Nehru, Primer Ministro bajo la tutoría de Gandhi, para decir que a través de la autoconstrucción asistida¹²¹ “*estamos edificando familias tanto como hogares*” (Turner, 1972/1976, pág. 140).

Para avanzar un poco más, Turner decía que los beneficios de la autonomía en las transformaciones del ambiente superaban el ámbito familiar, para mejorar el sentimiento comunitario y la sociabilidad en general. Cuando la gente intervenía activamente en la transformación del ambiente se generaba un sentimiento de orgullo comunitario (Turner, 1976/1977, pág. 156). Pero ese sentimiento no permanecía en un nivel intangible sino que se manifestaba en el ambiente físico. El vínculo entre las personas y sus viviendas, favorecía la apropiación, el uso, y el mantenimiento de los conjuntos. Turner ejemplificaba

correspondencia entre valor de uso y valor de cambio, el error de Turner fue creer que ambos valores seguían lógicas autónomas. Vender una mercancía implica ceder su valor de uso a un costo que se denomina valor de cambio. Cuando las mercancías son perennes esto se nota más fácilmente, pero en un edificio, cuyo desgaste es más lento y su venta no es algo que se produzca todos los días, se habla del valor de uso con relativa autonomía. El valor de uso se refiere a los beneficios que redundan sobre un usuario o propietario que, por el momento, no tiene pensado ceder los derechos de consumo. Sin embargo a la hora de vender ese inmueble, los beneficios que permite ese edificio se traducen en el precio. En el valor de cambio, está el valor de uso. Un edificio que permite mayores beneficios tiene un precio más alto. En realidad, es algo que sucede en todas las mercancías, sólo que en la vivienda, y en la arquitectura en general, hay que sumar un factor que puede contrarrestar o variar el desgaste producido por el paso del tiempo: la variación del precio del suelo.

¹¹⁸ Si Turner tuviera que traducir esta expresión idiomática al ámbito de Córdoba (Argentina), diría que en la teoría marxista, la vivienda tiene “menos peso que las tutucas”, está totalmente despojada de su peso cultural.

¹¹⁹ La vivienda como “vehículo de cambio social” (Turner, 1967, pág. 167) era algo que Turner venía destacando desde sus primeros textos escritos a partir de su experiencia en Perú.

¹²⁰ Aunque también admitía que existen procesos esenciales para la vida del ser humano, que no podían dejarse libradas a la autonomía individual. Requerían inevitablemente una provisión central: “*Otras actividades por esenciales que sean, son menos reducibles a la dirección personal o la participación directa*” (Turner, 1972/1976, pág. 159).

esto tomando el caso de Black Road, un sector de Macclesfield. Allí, los vecinos se opusieron a la demolición de un sector antiguo de la ciudad, iniciando un lento proceso de recuperación. Turner afirmaba que *“estos edificios no conocerán el vandalismo ni el deterioro prematuro mientras los artífices de su rehabilitación permanezcan en ellos”* (Turner, 1976/1977, pág. 156)¹²². Cuando la gente se involucraba en los procesos de transformación del ambiente, se fortalecían los vínculos sociales y se fomentaba la sostenibilidad de las mejoras conseguidas. Era como dar un impulso inicial a un círculo virtuoso.

De a poco, Turner comenzaba a cambiar el eje desde la vivienda individual hacia el desarrollo en general. Su visión siempre buscó superar la concepción de la vivienda como un objeto físico, contribuyendo a un verdadero cambio de las políticas de vivienda en todo el mundo. Sus ideas contribuyeron a cuestionar las políticas “viviendistas” que se limitaban a multiplicar masivamente una casa de dimensiones mínimas en grandes porciones del territorio ubicadas en la periferia de la ciudad, desprovistas de servicios y privadas de la vida social que implica la urbanidad. Los barrios de la periferia, a los que Lefebvre llamaba *habitat pavillonnaire*, permitían solamente una sociabilidad amputada. En síntesis, la gente necesitaba mucho más que un techo sobre sus cabezas¹²³.

Quizás, el factor determinante para alejarse definitivamente del tema de la participación del usuario en la construcción de viviendas, se relacione con las críticas que recibió desde algunos sectores de izquierda. Por un lado, la recesión económica posterior a la Crisis del Petróleo permitió apreciar con mayor claridad algunas debilidades en cuanto al planteo económico que fundamentaba la autoconstrucción de viviendas. La diferencia monetaria entre el valor de una vivienda medianamente digna y el monto que podía llegar a aportar una familia de pocos ingresos, no se podía salvar solamente mediante *sweat equity*. El ahorro que se producía en base a la administración y la mano de obra de la gente, era insignificante comparado al costo del terreno, los materiales y la mano de obra especializada que requiere una vivienda en estado de habitabilidad. Por otro lado, en la búsqueda por la vivienda propia se combinaba tanto un reclamo de derechos colectivos, como un mandato del individualismo capitalista. De hecho, para Peter Marcuse, la autoconstrucción podía llegar a ser un factor de disputa más que de cohesión¹²⁴.

Sin adherir del todo a estas críticas sobre la autoconstrucción de vivienda, Turner comenzaba a alejarse del tema específico de la vivienda. Para eso, retomaba algunas observaciones que había realizado trabajando en Perú y que podía constatar veinte años después en proyectos participativos de construcción de viviendas en Inglaterra: cuando se implementa la autoconstrucción colectiva en proyectos de viviendas, suelen multiplicarse los trámites burocráticos que aumentan los costos.

¹²² Por más que el objetivo de este trabajo no esté relacionado con las dinámicas del precio de suelo, habría que tener en cuenta que, muchas veces, estas acciones vecinales por recuperar sectores antiguos de la ciudad han conllevado a la posterior expulsión de la población de menores recursos en base a los procesos de “gentrificación”. El embellecimiento del sector y la conservación de un ambiente de tranquilidad suburbana resulta muy apetecible para el mercado, lo cual termina aumentando el valor del precio del suelo y de los alquileres.

¹²³ Ya en la década del sesenta rescataba los informes de la ONU que avanzaban en esa dirección. *“La vivienda no es un refugio o solamente utilidades para el propietario, sino que reúne diferentes recursos, servicios y utilidades que vinculan a la familia con la comunidad”*(Turner, 1967, pág. 174).

¹²⁴ *“La autoconstrucción (self-help) avanza en contra de la acción colectiva. Su poder proviene del deseo de un propietario individual para satisfacer sus necesidades individuales. La acción colectiva es sólo un medio para tal fin; si aparece otro medio mejor, incluso violando los principios de la acción colectiva, ese medio será usado”* (Marcuse, 1992, pág. 20).

En una entrevista de mitad de la década del ochenta, Turner se preguntaba: *“¿Hasta qué punto es viable intentar una colaboración sobre la propiedad de uso individual, y hasta qué punto conviene en la propiedad de uso común o servicios comunales?”*, respondiendo poco después: *“Vale más enfocar el trabajo directo sobre los otros elementos. Mi impresión es que la acción sobre problemas colectivos requiere menos gastos y es más efectiva”* (Ferrero, Ortecho, & Turner, 1985, pág. 72). Con lo cual, mantenía la defensa de la autonomía, pero desalentaba la implementación de técnicas participativas colectivas en la construcción de viviendas.

La arquitectura participativa sigue, a grandes rasgos, un camino similar. Mientras se multiplican las intervenciones participativas sobre el espacio público, o construyendo equipamientos simples, el diseño, la gestión y la construcción de viviendas mediante metodologías participativas constituye una excepción. Por la complejidad del tema y de las lógicas de mercado, el abordaje participativo de la vivienda corre el riesgo de constituirse en un artículo de lujo, al que sólo pueden acceder algunos privilegiados. Pocas familias acceden a la vivienda propia. Son todavía menos los que pueden elegir cómo quieren que sea su casa. Y dentro de ese grupo minoritario, sólo una porción reducida se incorpora en la construcción de la vivienda, ya sea para recuperar técnicas artesanales o siguiendo el lema del *“hazlo tú mismo”* (DYS).

En todo caso, quienes continúan proponiendo la participación en la vivienda como incorporación del usuario en la gestión, diseño y construcción de la vivienda, lo hacen en base a un aspecto que también había explorado John Turner: la importancia de formar parte en el proceso de producción.

Formar parte de la producción

Al igual que en el apartado anterior, las ideas de Turner con respecto al involucramiento de la gente en el proceso de construcción del ambiente -ya sea tomando decisiones o aportando mano de obra- también se relaciona con las ideas de Heidegger. En lugar de considerar la construcción como un proceso liderado por especialistas, tanto Heidegger como Turner buscaban posicionar al a los usuarios como un actor central. La participación en el proceso de conformación del ambiente formaba parte de la misma naturaleza del ser humano. Por eso, las políticas habitacionales podían estimular, y aprovechar ese impulso, o podían limitarlo produciendo frustración y desesperanza. Aparece así, la metáfora del cultivo. Mientras el filósofo alemán establecía un vínculo entre la palabra construcción y la palabra cultivo (Heidegger, 1954/1975), Turner hablaba con mayor especificidad de la necesidad de *“cultivar y canalizar”* todos los recursos existentes a través de las políticas de vivienda (Turner, 1963, pág. 390).

Más allá de esta similitud con respecto a Heidegger, la principal referencia de Turner para defender la necesidad de involucrar a los usuarios en el proceso proviene de los textos de Edward Sapir.

Tal como se menciona anteriormente, Turner rescataba a este lingüista para oponerse a la cultura del consumismo. Para Sapir la cultura espuria, contraria a la genuina, se manifestaba en el hecho de que las personas no podían formar parte, con sus acciones, de la construcción de valores colectivos. En la división entre cultura genuina y espuria se escondía tanto una crítica hacia la *“americanización”* (Turner, 1978) como a la Unión Soviética. La cultura espuria diluía la individualidad del ser humano convirtiéndolo en un engranaje más del esquema de producción y consumo (Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 244).

Para Edward Sapir, *“Las actividades fundamentales del individuo deben satisfacer directamente sus impulsos creadores y emocionales y ser siempre para él algo más que el medio de alcanzar un fin”* (Sapir,

1924)¹²⁵. Como la vivienda era para Turner una de esas “actividades fundamentales del individuo”, proponía superar el abordaje “productivista”. En lugar de multiplicar la vivienda como un objeto más para el consumo, era necesario permitir que el usuario forme parte de un proceso cargado de connotaciones culturales profundas y determinantes de la identidad del ser humano.

En esta postura también puede verse la influencia de las filosofías orientales a través de la “economía budista” de Schumacher, ya mencionada en párrafos anteriores. Al igual que Schumacher, Turner destacaba la importancia de “disfrutar el proceso”, sólo que en lugar de aplicarlo a la cultura del trabajo, se refería a la vivienda como proceso. Al formar parte del proceso que implica el alojamiento, se producía un “deleite” particular. Mientras este disfrute estaba vedado a la población de menores ingresos de los países industrializados, formaba parte de la vida cotidiana de la población en países poco industrializados. Según Turner, ese disfrute no los eximía de otro tipo de penurias, pero al menos no los sumía en una actitud pasiva y frustrante:

“La celebración del techado de la casa, ocasión ritual en que se reúnen familia y amigos, es una escena corriente y confortante en [las barriadas]. Cuando la casa se convierte en un artículo proporcionado por organismos paternalistas no cabe deleitarse con el proceso en sí” (Turner, 1972/1976, pág. 141).

Riesgos implícitos al descuidar los aspectos cuantitativos

Para ejemplificar que la vivienda es algo más que un objeto físico, a principios de los setenta Turner incluía en sus textos una descripción del proceso que atraviesa “El Alagado” de Brasil. Es una descripción que no aparece en el libro *Vivienda, todo el poder para los usuarios* (1976/1977). Tal vez, esta descripción fue excluida para evitar confrontaciones innecesarias. Es un ejemplo tan polémico que terminaría desviando la atención hacia algunos puntos que no eran parte del núcleo central de las ideas de Turner. Para entender por qué Turner omite este ejemplo en su libro principal, hay que tener en cuenta que las críticas que recibió a mediados de la década del setenta, decían que expresaba una visión romántica de las barriadas de Perú. De haber incluido la descripción del Alagado, las críticas podrían haber sido aún más contundentes. En su defensa, Turner aclaraba que las barriadas no eran el ideal a seguir, solamente expresaban algunas cualidades que debían incorporarse a las políticas habitacionales.

Del mismo modo, el ejemplo del Alagado expresa valores fundamentales para entender la teoría de Turner, pero la situación es tan extrema que exige realizar un esfuerzo de abstracción para no confundir el ejemplo con un acto de cinismo. De algún modo, ese era el riesgo de proponer una visión pragmática y desprejuiciada sobre una situación donde convergían los problemas más graves que enfrentaba la sociedad.

Alagados es un sector de San Salvador de Bahía, donde se desenvuelve un proceso similar al que se puede encontrar en otras regiones del Brasil. A grandes rasgos puede decirse que son viviendas palafíticas construidas sobre basurales flotantes, que se van consolidando gradualmente extendiendo las ciudades a partir del corrimiento de los límites costeros. Es una forma de expansión urbana informal, característica de diferentes ciudades de Brasil, con antecedentes históricos ligados al pasado colonial y a las características geográficas de las zonas que ocuparon los portugueses.

En algunos textos de principios de la década del setenta, Turner puso el foco sobre el Alagado de la zona de Bahía, pero la misma situación fue retratada por el cineasta Jorge Furtado en 1989, en la película

¹²⁵ Disponible en:

<https://evols.library.manoa.hawaii.edu/bitstream/10524/35859/1/SM%205%20Culture%20Genuine%20and%20Spurious.pdf>

La isla de las flores, situada en Porto Alegre. Mientras Jorge Furtado refleja la irracionalidad de la pobreza, dejando una sensación de bronca e impotencia, Turner en cambio trataba de encontrar una veta positiva: la iniciativa de los pobladores, tratando de mejorar su posición económica, terminaba consolidando una porción de la ciudad.

Así, describe un proceso de transformación mutua, donde la gente transforma su hábitat a medida que cambia su forma de insertarse en las actividades económicas de la sociedad:

“El asentamiento está constituido por viviendas de familias de pescadores, construidas en el mar a cierta distancia de la costa y accesible sólo en barca durante la marea alta. Todo cuanto estas familias necesitan es una barca [...] y la tolerancia de las autoridades [...] que les consientan construir las barrancas sostenidas por estacas con materiales cogidos en las proximidades [...]. A medida que la pesca da menos rendimientos, el agua se sustituye por relleno de material seco [...] convencerán a las autoridades municipales [...] a descargar las basuras de la ciudad debajo de sus casas. Esto les proporciona una fuente alternativa o complementaria de beneficios: rebuscando en la basuras [...] trozos de vidrio y metales vendibles, mientras los cerdos criados por la familia engordan devorando todo [...]. Así el terreno aumenta continuamente su valor por obra de los habitantes [...] que ahora viven en un nivel económico superior gracias sobre todo al ecosistema mismo [...]. A medida que aprenden a conocer la ciudad y sus mercados, estos pescadores son capaces de mejorar sus propias perspectivas y su propio terreno de vida diversificando sus actividades, dedicándose, por ejemplo, a trabajos de reciclaje y a la cría del cerdo”(Turner, 1994, pág. 372).

Cuando Turner toma este ejemplo, evidentemente no busca proponerlo como modelo civilizatorio. Sólo busca destacar algunos aspectos que permiten capitalizar el esfuerzo de supervivencia de la gente, en una transformación positiva para la ciudad. Turner destacaba en el Alagado un proceso de consolidación gradual, donde la vivienda, pese a que no era de calidad, permitía que la familia se integrara a diferentes actividades comerciales de la ciudad. En esa transformación mutua, cobra un papel central la tolerancia de las autoridades y la iniciativa de los pobladores.

No obstante, los cuestionamientos pueden surgir no por lo que Turner muestra, sino por los aspectos del ejemplo que no se muestran. En los textos que hablan sobre el Alagado, se destacan algunos temas y se omiten otros. Por un lado, habría que destacar que esas “barracas” de las que habla Turner pueden constituir verdaderas trampas mortales por estar libradas al crecimiento de la marea y porque familias enteras arriesgan su vida en cada salto que dan entre tablas recicladas y rústicamente fijadas. Más que un hábitat artesanal y pre-industrial, es un hábitat pre-antrópico. Por otro lado, cuando habla de que los alagados se van incorporando a un ecosistema, se refiere al circuito de la basura. Un tema complejo, que todavía parece muy difícil de resolver. Por más que Turner buscaba remitirse a una situación progresiva, de consolidación gradual encarada por los mismos pobladores, se trata de un proceso imparabile y frecuentemente apuntalado desde la acción estatal.

Desde 1973 el Estado ha generado diferentes intervenciones en el Alagado buscando consolidar el terreno, proveer infraestructuras, construir viviendas nuevas, y principalmente, limitar el crecimiento (Teixeira de Carvalho, 2007). Pasados más de cuarenta años del artículo de Turner, todavía quedan familias viviendo en la misma situación (Globo Bahía, 2014).

Turner veía al Alagado de Bahía como un *“sistema en evolución, en el cual las vidas de las personas que lo construyen y lo habitan, sus técnicas, sus formas y usos de lo que construyen, todo se van transformando mutuamente, de forma colaborativa”* (Turner, 1974, pág. 4). La transformación mutua

entre las personas y la naturaleza, como relación armónica que se había perdido con la industrialización, es otro de los puntos de contacto entre Turner y una línea de pensamiento romántica que insiste con recuperar las virtudes del trabajo artesanal. Habíamos mencionado, como mejor expresión de esta línea, al libro *Lo pequeño es hermoso*, de Schumacher, pero también en la filosofía y la antropología pueden encontrarse expresiones similares. Por ejemplo, Lévi-Strauss hablaba de una especie de complicidad perdida, un diálogo en el cual, los humanos y la naturaleza pueden colaborar¹²⁶. Sin duda, es un diálogo perdido. De todos modos, resulta extraño tratar de recuperarlo en semejante condiciones. Aún peor, se corre el riesgo de aplicar sobre fenómenos complejos, un filtro romántico que impida analizar la naturaleza de los problemas más profundos para destacar valores superficiales.

La actitud pragmática y proactiva de Turner, capaz de encontrar valores positivos en un mar de miserias, ha tenido continuidad en diferentes experiencias de arquitectura participativa. Existen una serie de grupos de profesionales que, sintiendo que no logran realizar un aporte a través de la práctica profesional convencional, buscan iniciar su propia cruzada para contribuir con alguna transformación ambiental que permita transmitir valores superiores a los alcanzados por la arquitectura regida por el mercado y la especulación. Como toda transformación requiere recursos, y los recursos responden a la lógica del mercado, estas propuestas suelen movilizar pocos recursos. Incluso cuando los grupos realizan un admirable esfuerzo en cuanto a la gestión para obtener distintos tipos de financiamiento y subsidios, por lo general, suelen representar un volumen de obra muy austero. Son transformaciones con grandes limitaciones materiales y realizadas en periodos de tiempo corto porque utilizan trabajo voluntario. Por eso exigen técnicas constructivas sencillas o muy simplificadas. Si bien hay una justificación filosófica de las técnicas artesanales, lo cierto es que sería muy difícil construir de otro modo. A esto hay que sumar que, en la mayoría de los casos no surgen de una verdadera articulación con los estamentos del Estado - u otro tipo de organizaciones- que puedan garantizar el mantenimiento. De allí que se conviertan en obras con un alto nivel de provisoriedad. Muchas de estas obras dan la sensación de que caerán en el abandono y el desmantelamiento apenas sacadas las fotografías que se difunden desde la prensa. La sospecha aumenta cuando se constata que todas las publicaciones reproducen las mismas fotos y los mismos textos. Como si se intentara sacar el máximo provecho de una situación efímera y superficial.

Pese a que sean obras que no transforman en gran medida la vida de la gente, se las destaca por los valores que transmiten. Es decir, son obras que permiten este “plus” en la arquitectura, del cual hablaba Turner. Ponen el énfasis en aspectos difícilmente cuantificables. Se destacan los factores pedagógicos de la construcción, su contribución a la iniciativa individual de los participantes y al fortalecimiento del espíritu comunitario. Mientras tanto, son obras de escasa utilidad y limitado poder de transformación ambiental.

Esta proliferación de profesionales filantrópicos, podría constituir una categoría en sí misma: los *payarquitectos*. Son como la versión ambiental de los payamédicos, esos voluntarios que asisten a los hospitales para fortalecer el espíritu de los pacientes. No curan, no pueden aliviar los males, ni intervenir directamente en la salud de las personas, pero contribuyen a generar una sensación agradable, que predispone a las personas a sobrellevar la enfermedad con menos angustia. La comparación no es del

¹²⁶“Desde el advenimiento de la civilización industrial, el trabajo pasó a ser una operación en un sentido único, donde el hombre –sólo él, siendo activo – modela una materia inerte, y le impone soberanamente las formas que le convienen. Las sociedades estudiadas por los etnólogos tienen del trabajo una idea muy distinta. Lo asocian a menudo al ritual, al acto religioso, como si en ambos casos el fin fuera entablar con la naturaleza un diálogo en virtud del cual naturaleza y hombre pueden colaborar” (Lévi-Strauss, 2008).

todo negativa. En muchos casos, el buen ánimo de los pacientes es determinante para los tratamientos médicos. Estos valores difíciles de medir también pueden jugar un rol importante en el mejoramiento del ambiente. Dependiendo del caso. Así como nadie espera que un paciente se cure de una enfermedad grave sólo con buen ánimo, tampoco tiene sentido tratar de solucionar una situación habitacional que evidencia deficiencias estructurales en base a la buena voluntad. Cuando un grupo de voluntarios construye una casa, una escuela, o una biblioteca para un sector poblacional sin posibilidades estructurales de mejorar sus condiciones habitacionales, podría valorarse el gesto humanitario, pero esta actitud loable no debería opacarse con falsos sentimientos mesiánicos. Por las reseñas que incorporan en esos proyectos, muchos parecían estar convencidos de que realmente están cambiando el mundo.

Para finalizar, es imprescindible realizar una salvedad. Turner afirmaba que la vivienda no puede reducirse a sus aspectos cuantitativos, técnicos y numéricos, aunque hay que recordar que eso no implicaba dejar de lado los aspectos cuantitativos. La arquitectura no puede limitarse a buenas intenciones; requiere, inevitablemente, una movilización de recursos. La estrategia de Turner consistía en tratar de influir sobre las políticas del Estado. En esas políticas, el Estado no desaparecía, simplemente se limitaba a su papel de proveedor de elementos y componentes. En todo caso, habría que preguntarse cuánto contribuyó este cambio de roles que proponía Turner en el surgimiento de una serie de grupos que abandonaron totalmente la disputa política por los recursos del Estado.

¿Quién decide? El proceso de toma de decisiones.

En el libro *Vivienda, todo el poder para los usuarios* (1976/1977) presentado en paralelo a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre los Asentamientos Humanos realizada en Vancouver, Turner condensa todas sus observaciones previas con respecto a la vivienda y al desarrollo en torno a una pregunta central: ¿Quién decide?

Con ese cuestionamiento básico, Turner puso en discusión un aspecto usualmente vedado o naturalizado de la arquitectura: el proceso de toma de decisiones que la determina. A partir de ese aporte, el organigrama de las decisiones se convierte en otro aspecto a ser diseñado. Precisamente, para Turner, era el aspecto determinante. El diseño de las formas tenía poca importancia frente a la organización de los procesos. Es un cambio de enfoque que avanzaba en la misma dirección que otros procesos cultural de mayor escala, dejando de lado la forma física, material, de la arquitectura para volcarse hacia la fluidez del “management” y la gestión.

Si bien existen similitudes con las características propias de la globalización y el auge de las políticas neoliberales de las últimas décadas del siglo veinte, Turner no compartía los mismos objetivos del Consenso de Washington. A lo sumo, Turner compartía con los economistas neoliberales, un enemigo común. Se oponían a un Estado fuertemente centralizado que tomaba como propia la tarea de producir vivienda terminada.

Si bien se ha destacado, en otros párrafos de este trabajo, que este abandono de las políticas de “vivienda llave en mano” se justificaba principalmente por causas presupuestarias, en este apartado se propone profundizar en algunos aspectos de carácter ideológico, que buscaban maximizar la libertad y la autonomía de las personas.

Cuando el proceso de toma de decisiones se pone en tela de juicio, Turner incita a los arquitectos a reflexionar acerca del nivel de incidencia que tienen los residentes sobre las transformaciones del ambiente. Este interrogante surgía como reacción a la inercia de las disciplinas proyectuales que tiende a

excluir a los residentes del proceso de toma de decisiones, condenándolos a ser simples “usuarios” de una escenografía que responde a intereses que le son ajenos. En respuesta a esto, Turner decía que “*la participación es deseable*” (Turner, 1976/1977, pág. 138) para permitir adecuar el entorno a las cambiantes necesidades de la gente, para mejorar el manejo de los recursos y para facilitar la apropiación y el mantenimiento. Todas estas ventajas se lograban en base al involucramiento de las personas, una estrategia que buscaba rescatar cualidades innatas del ser humano: la autogestión y la capacidad de involucrarse -con sus decisiones y acciones- en procesos (individuales o grupales) que permitan superar situaciones adversas.

Contra el autoritarismo

Es importante recordar que Turner, al igual que otros autores como Henri Lefebvre y Jane Jacobs, se encargaron de destacar el autoritarismo que se escondía detrás de las operaciones urbanísticas regidas según los criterios de la arquitectura moderna compilados en la Carta de Atenas. Turner hablaba del “*procedimiento autoritario del 'instant development'*” (Turner, 1968, pág. 357), para enfatizar que los cambios se producían rápidamente.

Aquí es necesario destacar que, mientras Turner hacía hincapié en la rapidez de las transformaciones usando el término *instant* (repentino), otros autores, como Habraken preferían hablar contra la *massive housing* (vivienda masiva) enfatizando el tema de la escala. En realidad eran dos características que se combinaban en los grandes conjuntos habitacionales de la posguerra. Combinando la instantaneidad de la que hablaba Turner con la masividad de la que hablaba Habraken, llegamos a una preocupación frecuente dentro de la arquitectura participativa: las transformaciones modifican grandes porciones de territorio a un ritmo vertiginoso. Son dos características propias de la modernidad: velocidad acelerada y escala desproporcionada. Según Turner, es una modalidad de desarrollo que “*impone cambios drásticos y repentinos del espacio-función y de las relaciones personales, tanto dentro de la familia como entre vecinos*” (Turner, 1980, pág. 357).

Por más que esta modalidad estaba naturalizada dentro de la práctica arquitectónica, para Turner era necesario “*renunciar al fútil o aniquilador intento de imponer a otros nuestra voluntad y apoyar a quienes están luchando por reconquistar la autoridad que les usurparon nuestras instituciones y corporaciones ejecutivas*” (Turner, 1972/1976, pág. 179).

Hay que decir que Turner no ponía especial atención en explicar las causas históricas de esta imposición -algo que desarrollaban mejor Habraken o Lefebvre- sino que se limitaba a proponer un nuevo enfoque en una actitud pragmática y proactiva.

El punto de partida de su propuesta implicaba abandonar el criterio tecnocrático que subestima las capacidades de la gente. “*Los ricos han esquivado tradicionalmente las cuestiones verdaderas de la autoridad y la autonomía convenciéndose de que los pobres son ignorantes, incompetentes e inútiles por nacimiento*” (Turner, 1972/1976, pág. 167). En lugar de arrogarse el derecho y la responsabilidad de decidir sobre la vida de la gente, era necesario incorporarla en la resolución de sus problemas.

Descentralizar las decisiones

Turner había observado que las familias de las barriadas de Perú desarrollaban un vínculo particular con sus viviendas al involucrarse en el proceso de construcción. Frente a los grandes bloques que comprometían el presupuesto de las familias e impedían el crecimiento, en las barriadas se daba una relación de transformación mutua, un círculo virtuoso donde el compromiso de la gente mejoraba las viviendas, y a su vez, las viviendas se convertían en vehículo de desarrollo para las familias. De allí que

Turner planteara la posibilidad de extender la lógica de las barriada a las políticas habitacionales y al desarrollo en general. Por eso, los primeros textos de Turner ensalzaban y tomaban como un ejemplo a seguir a aquellos proyectos donde *“esta libertad de manipular el espacio de vida propio es extendida hacia la totalidad: es la asociación local la que generalmente decide sobre el número de escuelas, espacios públicos, mercados, etcétera”* (Turner, 1968, pág. 360).

Es una frase complicada. En primer término porque -una vez más- idealiza la “libertad” de las barriadas; y en segundo lugar porque diluye totalmente la responsabilidad del Estado. Para Turner, que destacaba constantemente la burocratización y el cesarismo, el Estado no debía formar parte de la solución sin antes cambiar su lógica de actuación. Oponiéndose a la concentración de poder que implica la acción estatal, Turner proponía descentralizar el proceso de toma de decisiones, al menos en cuanto al tema de la vivienda. Para Turner, las experiencias de vivienda construidas durante la primera década posterior a la Segunda Guerra constituían una muestra suficientes como para afirmar que la lógica estatal daba malos resultados, y por lo tanto, sentenciaba: *“Cuanto más descentralizada es la toma de decisiones en cuanto a las cuestiones específicas de la acción habitacional, más probable es que la vivienda resulte adecuada para los moradores”* (Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 253).

Pero Turner sabía que la heteronomía no era una característica exclusiva del Estado. El mercado también organizaba la respuesta habitacional de manera centralizada. Los monopolios de la construcción, para construir los grandes conjuntos, también se estructuraban jerárquicamente siguiendo una cadena de decisiones piramidal. Tanto el Estado como el mercado construían grandes conjuntos en un periodo corto, pero a un precio muy elevado. Costo que no era solamente monetario, sino que además generaba frustración en los residentes y construía ambientes anodinos que caían rápidamente en el abandono.

Para Turner la causa del problema estaba en algo que tanto el mercado como el Estado -polos que estuvieron en tensión durante el periodo de expansión de las ideas keynesianas- compartían. Esta coincidencia era resultado de la forma en que se organizaban: la estructura piramidal del proceso de toma de decisiones, la heteronomía.

Turner describía la situación de Inglaterra afirmando que:

"El sector público y el sector comercial privado, [están] controlados ambos en gran medida por 'estructuras piramidales de crecimiento continuo', por un número cada vez menor de autoridades (en el sector público) y por especuladores (en el sector comercial privado) situación que se ha traducido en el surgimiento de ciudades torpemente elaboradas y que excluyen a quienes no se ajustan a las categorías especificadas oficial o comercialmente. Las consecuencias inevitables de estas ciudades han sido la tremenda elevación del porcentaje de inadaptados y el aumento del número de personas sin hogar" (Turner, 1976/1977, pág. 50).

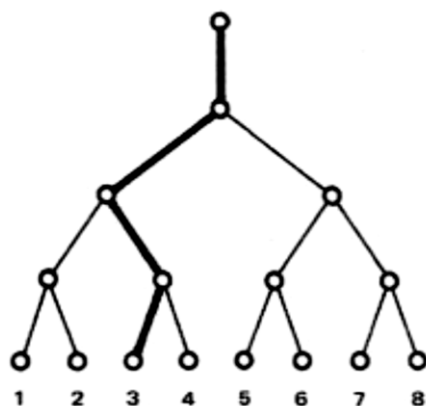
Si bien el diagnóstico es acertado (efectivamente el Estado y el mercado responden a estructuras verticales), no hay que caer en el determinismo de culpar exclusivamente a las estructuras verticales de la decadencia del entorno urbano en un periodo en el cual comenzaban a notarse los efectos de la Crisis del Petróleo. Lo cierto es que las estructuras verticales limitaban la autonomía de la gente y desaprovechaban su capacidad de autogestión¹²⁷.

¹²⁷ Los conjuntos construidos a mitad de siglo, más allá de tener problemas arquitectónicos, se deterioraron rápidamente por la recesión económica posterior a la Crisis del Petróleo y el retroceso de las políticas asistenciales, cuando las restricciones presupuestarias debilitaban el modelo de Estado de Bienestar.

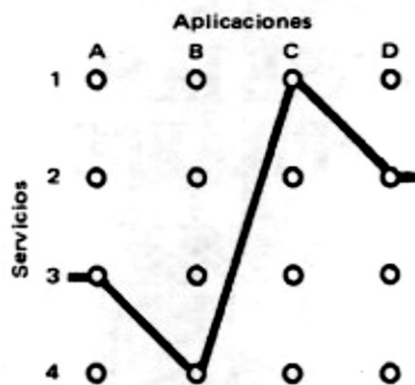
Frente a las estructuras que se organizan como un embudo o una pirámide¹²⁸, era necesario organizar el proceso de toma de decisiones como una red (Figura 9), donde cada usuario pueda tener el máximo control posible sobre las decisiones que condicionan su entorno. De manera que sea posible aprovechar y potenciar la iniciativa de los residentes. Si bien existían aspectos de la vivienda que debían resolverse a gran escala -como algunas infraestructuras- debía dejarse la mayor cantidad posible de decisiones a resolver dentro del ámbito local.

Era necesario abandonar la imposición vertical para dedicarse a garantizar una multiplicidad de posibilidades y combinaciones dentro del ámbito más cercano a los grupos de vecinos. A su vez, al resolver las decisiones en un ámbito cercano a los usuarios, se aprovechaban sus capacidades para elegir las soluciones de vivienda que mejor se adecuaban a sus requerimientos y posibilidades. En lugar de seguir un camino lineal, los usuarios pueden elegir entre una multiplicidad de opciones.

A su vez, este abordaje en red permite mayor interacción entre las autoridades y los ciudadanos, rompiendo las respuestas unidireccionales, de arriba hacia abajo, para generar una retroalimentación que permita mejorar el sistema¹²⁹.



Sistema piramidal, heterónimo, donde el usuario puede elegir entre pocas opciones que le provee una institución central.



Sistema en red, donde el usuario puede generar soluciones originales combinando servicios y aplicaciones según su conveniencia.

(Ferrero, Ortecho, & Turner, 1985; Turner, 1976/1977)

Figura 9 Heteronomía y sistema en red

Incluso cuando Turner destacaba todas estas ventajas desde el punto de vista ideológico, enfatizando la autonomía y la libertad, en su propuesta nunca pierde protagonismo el tema presupuestario. Apenas empezaba a profundizar en temas políticos referidos a la autodeterminación de los individuos, volvía a destacar las ventajas económicas. Por supuesto, estos temas siempre están

¹²⁸“Los sistemas de toma de decisiones que facilitan el control del usuario en una actividad como la habitacional pueden calificarse de redes, mientras que los que centralizan el control [...] pueden calificarse de jerarquías o embudos, como llama Illich a los sistemas institucionalizados de distribución en el campo de la educación y en el de la atención médica”(Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 245).

¹²⁹A partir del involucramiento de los usuarios se generaba la “Retroalimentación [en] un proceso constante de avenencia y transacción entre los usuarios de las viviendas y los que dictan las leyes para el suministro de viviendas”(Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 261).

relacionados, pero esto se acentuaba aún más en el clima de crisis de mediados del setenta, cuando la discusión presupuestaria se ubicaba en el eje del debate político.

Con respecto a la vivienda para sectores poblacionales de menos recursos, Turner había comenzado diciendo que, por más que el Estado quisiera solucionarlo a partir de una estructura vertical, no contaba con los recursos suficientes¹³⁰. Continuaba diciendo que los sistemas centralizados aumentaban el gasto público y el consumo de crédito¹³¹. De manera que la estructura en red y la autogestión buscaban plantear, antes que nada, alternativas frente a esa condicionante presupuestaria. Sin embargo, apenas terminaba de brindar justificaciones económicas a su abordaje en red, lo defendía desde un punto de vista político: "*El pueblo mismo debe ser [...] libre de tomar las decisiones que le conciernen mayormente*" (Turner, 1972/1976, pág. 177). Y después de destacar estas virtudes de carácter ideológico, afirmaba que el involucramiento de la gente permitía un mayor nivel de personalización del ambiente, por ende, los residentes consideraban el entorno como propio, lo cuidaban más, y de esa forma se reducían los costos de mantenimiento. Es decir, se destacaba el tema presupuestario, luego lo ideológico y nuevamente lo presupuestario. Esta constante ida y vuelta se repetía a lo largo de cada uno de sus textos.

Ante esa constante oscilación entre justificaciones presupuestarias e ideológicas, las connotaciones políticas de la propuesta de descentralización perdían protagonismo, quedaban desdibujadas. De allí que las principales críticas que recibió el libro *Vivienda, todo el poder para los usuarios* (1976/1977) ni siquiera tuvieron en cuenta su cuestionamiento fundante: ¿Quién decide?

Turner se dio cuenta de esto y, lo remarcó en un texto que escribió en respuesta a las críticas de Rod Burgess. Turner se lamentaba porque Burgess, en lugar de responder a esta pregunta, se había dedicado a acusar a los teóricos de la autoconstrucción diciendo que se cubrían detrás de una "*frazada de argumentos técnicos*" (Turner, 1978, pág. 1140).

Rod Burgess no había retomado la pregunta "¿quién decide?" en el primer texto que hizo cuestionando la visión de Turner, pero tampoco lo hizo en textos posteriores, luego de que Turner insistiera con el tema. La secuencia es así: luego de que Turner escribe *Vivienda, todo el poder para los usuarios* (1976/1977), Burgess inicia su crítica en *Petty commodity housing or dweller control? A critique of John Turner's views on housing policy* (1978). Acto seguido, Turner responde en *Housing in three dimensions: Terms of reference for the housing question redefined* (1978) diciéndole a Burgess que nunca respondió a su pregunta principal. No obstante, Burgess continuó sin contestar. Por eso, en una entrevista reciente, cuando surgió la posibilidad de refloatar ese interrogante para preguntarle "¿Quién decide?", Burgess contestó: "*¿A quién le importa? O, mejor dicho, habría que preguntarse ¿Quién decide qué?*".

Para Rod Burgess no tenía ningún sentido preguntarse quién decide en un contexto totalmente adverso para la población de menos recursos. Invitarlos a decidir era casi una burla, era como instarlos a mejorar en el arte de administrador de su propia miseria. Desde ese punto de vista, en lugar de preguntarse cuáles eran los errores de las políticas habitacionales, era necesario preguntarse a quiénes

¹³⁰ Hablando de los países latinoamericanos, Turner decía que "*la satisfacción de las necesidades habitacionales por las instituciones centrales es imposible para los gobiernos de presupuestos mínimos*" (Turner, 1972/1976, pág. 177).

¹³¹ "*Los sistemas jerárquicos de alojamiento han dado lugar [...] a una excesiva dependencia de los créditos [...]*" "Por el contrario, los sistemas generados o mantenidos por estructuras radiales suelen prosperar" (Turner, 1976/1977, pág. 50).

benefician las políticas habitacionales. De lo contrario se corría el riesgo de generar un acuerdo paliativo y dilatorio, evitando las verdaderas causas del problema.

Las clases que se benefician a costa de las políticas habitacionales (los monopolios nucleados alrededor de la construcción) aceptarían dejar una parte de las decisiones libradas al usuario, con tal de mantener el grueso de sus beneficios. La participación, en cuanto al diseño y la construcción, sería un aspecto que las constructoras podrían incorporar tranquilamente sin tener que transformar en gran medida su estructura de rentabilidad. Es cierto que esa participación puede implicar la pérdida de algunas ganancias, en cuanto a la rentabilidad de la mano de obra y la administración. No se podría extraer ganancias de la parte del trabajo que realizan los usuarios. Sin embargo, también es cierto que se ampliaría el mercado, extendiendo su lógica a un sector que antes quedaba excluido. Con la regularización de los asentamientos informales y la expansión de la autoconstrucción, la gente que antes no podía acceder a las opciones formales del mercado, se incorporaría en una opción menos regulada pero igual de dinámica. La vivienda autoconstruida permitía expandir el mercado de tierras, materiales, mano de obra, e inmuebles.

De todos modos, incluso cuando la producción autogestionada implicara la resignación de una parte de las ganancias, los grupos empresariales podrían aceptarla tranquilamente siempre y cuando no se altere la estructura monopólica de los materiales de construcción, las maquinarias, el suelo urbano y las finanzas.

Dweller control: la apoteosis de la iniciativa individual

Tal como se ha rescatado anteriormente, Turner rescataba del anarquismo esa tensión antagónica entre la imposición estatal y la libertad individual. Asimismo, su obra teórica estaba influenciada por la herencia Arts and Crafts que recalcaba la importancia del control personal del proceso de producción. Tanto la libertad de acción, como el control del proceso, convergían en un concepto central para las propuestas de Turner con respecto a las políticas de vivienda: el *dweller control*. Este concepto, puede traducirse como “control del usuario”, aunque hay que reconocer que en castellano este término se asocia más a la venta de productos que a la participación del usuario en el proceso de toma de decisiones sobre la construcción de su vivienda.

En realidad el *dweller control* queda mejor expresado en la hipótesis principal de uno de los textos que escribe Turner para el libro *Libertad para construir* (1972/1976):

“Cuando los moradores controlan las decisiones y son libres de hacer sus contribuciones al diseño, la construcción y la administración de su vivienda, tanto este proceso como el medio ambiente creado estimulan el bienestar individual y social. Cuando las personas no tienen control ni responsabilidad en las decisiones clave del proceso habitacional, los medios habitacionales pueden por el contrario convertirse en una barrera para la realización personal y en una carga para la economía” (Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 237).

Sin caer en el extremo de decir que el pensamiento de Turner es decimonónico, o victoriano, hay que reconocer que este tema de la autonomía ya había sido desarrollado por Samuel Smiles, quien a mediados del siglo diecinueve desarrolló las bases teóricas del “*ayúdate a ti mismo*”, un antecedente de todos los libros de autoayuda. Mientras Turner afirmaba que la falta de autonomía conducía a la frustración (Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 238), el autor del siglo diecinueve decía que la persona privada de su iniciativa “*tendrá que permanecer impotente y desvalida, pegada a la falda de la sociedad, y juguete del tiempo y de las estaciones. No teniendo respeto por sí mismas, dejará de asegurarse del respeto de los demás*” (Smiles, 1859/1895, pág. 238).

Tanto Turner como Smiles, pensaban que la falta de autonomía terminaba acentuando y eternizando las penurias que atravesaban los pobres, pero no se encargaban de desestimar la hipótesis inversa. En los términos en que se plantean algunos de sus textos, cualquiera podría llegar a pensar que la autonomía y la recuperación de la iniciativa son suficientes como para que los pobres puedan salir de sus penurias. Al menos, Turner destacaba que la falta de viviendas era sólo una de las tantas penurias que atravesaban los pobres, como para abandonar el determinismo arquitectónico que llevaba a pensar que construyendo viviendas se acababa la pobreza. No obstante, hubiera sido necesario que Turner aclarara que la iniciativa y la autonomía no eran suficientes como para acceder a la vivienda digna. En todo caso, pasadas varias décadas de la hipótesis fundante de sus ideas, ya es posible constatar cuán limitada es la iniciativa y la autonomía de la gente para superar las condiciones de pobreza en un contexto macroeconómico totalmente adverso. No se trata, solamente, de devolver las decisiones a la gente; es necesario acompañarlas con otras medidas más profundas.

Si bien el *dweller control* permitía involucrar a la gente en las decisiones sobre su entorno, no se justificaba desde el punto de vista de la democracia ambiental. No buscaba empoderar al pueblo dentro del proceso de toma de decisiones que determina las transformaciones de la ciudad. En lugar de poner el foco sobre el sujeto colectivo, buscaba destacar la libertad del individuo. Por eso Turner hablaba de las "*libertades habitacionales*" como un medio para lograr que la vivienda se convierta en "*vehículo para sus fines existenciales*" (Turner, 1972/1976, pág. 177). Era un vehículo para la existencia individual. El sujeto colectivo y la pertenencia de clase quedaban totalmente desdibujados.

La actitud autoritaria que llevaba a imponer transformaciones ambientales que no respondían a las necesidades de la gente, se veía en primer lugar como un atropello a la libertad existencial de las personas: "*La combinación de una actitud feudal hacia las clases sociales y la institucionalización de los servicios personales reduce la libertad existencial, sobre todo en la esfera de la actividad cotidiana*" (Turner, 1976/1977, pág. 39). Si bien surgía de una conciencia feudal de las clases altas, Turner destacaba el efecto, no sobre las clases bajas en general sino sobre cada una de las personas.

La dicotomía que planteaba Turner contraponiendo una organización piramidal frente a la autonomía es similar a cuando Smiles contraponía independencia y Cesarismo. Para el ideólogo del *self-help*, el cesarismo era sinónimo de dádivas y despotismo, "*todo lo que sojuzga por completo a la individualidad*" (Smiles, 1859/1895, pág. 4). La frase de Turner que recomendaba "*no construir 'para' sino 'con' las familias*" (Turner, 1963, pág. 393), guarda similitudes con otra definición que realizó Smiles acerca del Cesarismo: "*Esta doctrina significa brevemente, todo para el pueblo, nada por él [...] Una doctrina mucho más saludable [...] sería la de la ayuda propia (self-help)*" (Smiles, 1859/1895, pág. 4). En última instancia, ambos proponían lo mismo: en lugar del despotismo de las instituciones centrales, preferían el *self-help*.

Ambas frases se asemejan a la prerrogativa conservadora que afirma que a los pobres no hay que darles nada, sino que se lo tienen que procurar por sí mismos. De lo contrario, suponen, los pobres se acostumbran a tener una actitud pasiva ante la vida. El refrán liberal que dice "*a los pobres no hay que darles pescado sino enseñarles a pescar*", en la lógica de Turner se traduce de la siguiente manera: "*cuando los usuarios de la vivienda tienen que confiar en las autoridades centrales [...] es del todo vano esperar que se conduzcan de otro modo que como entes dependientes, pasivos o rebeldes*" (Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 255).

Turner celebraba el hecho de que los pobladores de la barriada -en países poco industrializados- conservaban la iniciativa, o quizás el instinto, que los impulsaba a tratar de mejorar su situación, pese a

la indiferencia del Estado. Por el contrario, Turner notaba que los pobres de los países industrializados tenían coartada su iniciativa. Entonces, la solución al problema del alojamiento no debía orientarse a reproducir la misma solución de los países industrializados. No había que proveer vivienda, limitando la libertad y la voluntad de los pobladores. Según Turner, sólo era necesario ayudarlos a ayudarse¹³².

Mientras la provisión central condenaba a las personas a la pasividad, Turner decía que el *dweller control* permitía incrementar el orgullo personal de los residentes¹³³. Por eso, en sus primeros textos destacaba que sólo era necesario financiamiento y asistencia técnica, como para poder canalizar el impulso de auto-superación característico de ser humano. Todo intento por proveer vivienda terminada era considerado paternalista, por lo cual el Estado en lugar de proveer viviendas debía abocarse a garantizar herramientas¹³⁴. Entendiendo como herramientas tanto el asesoramiento técnico (organizativo, jurídico, constructivo) como la disponibilidad de tierra urbana, financiamiento y materiales.

El *dweller control*, al proponer un cambio en el rol del Estado, implicaba una contundente propuesta política. Dentro de este planteo político, cobran un valor fundamental dos conceptos centrales del discurso neoliberal de las últimas décadas del siglo veinte: la iniciativa individual y el *management*.

Iniciativa individual

Tal vez en respuesta a las primeras críticas que surgían en torno a la autoconstrucción, en los textos de la década del setenta Turner afirmaba que el principal aporte que podían realizar los residentes, no era tanto la mano de obra sino sus capacidades organizativas. Sigue siendo un llamado el *sweat equity*, pero en este caso no se refiere al ahorro que produce el trabajo del usuario en la construcción, sino en la administración.

Cuando Turner decía: “*Afortunadamente cada vez son más los ciudadanos que [...] están aprendiendo a resolver sus necesidades por sí mismos*” (Turner, 1976/1977, pág. 40), no debe malinterpretarse. No pretendía celebrar la proliferación de los asentamientos informales por el mundo. En realidad, se entusiasmaba con una nueva modalidad de ejercicio profesional que permitía “*complementar la iniciativa y las inversiones de la gente común*” (Turner, 1968, pág. 127). Este cambio de roles, aplicado al ámbito de la arquitectura ayudaba a concretar el viejo ideal de algunos maestros de la arquitectura moderna, como Walter Gropius o Bruno Taut, cuando pretendían ampliar el alcance profesional. El enfoque de Turner, permitía dejar de pensar la arquitectura como si fuera el arte de diseñar las grandes villas de los ricos para comenzar a aportar en la solución de los problemas habitacionales que atraviesan las grandes mayorías. Hay que reconocer que este es un viejo anhelo de la modernidad que parece retomar impulso dentro de la arquitectura participativa.

Simplemente, resulta contradictorio que esta intención por contribuir con las condiciones de vida de la gente, como colectivo, se realice en base a la exaltación de recursos individuales. Si bien Turner reconocía que la gente de las barriadas atravesaba un problema común, de carácter estructural, en la solución ponía un énfasis particular en la voluntad individual -de cada familia- por salir adelante.

¹³²“*Para no inhibir el esfuerzo tradicional [...] y mantener el principio de ayudarlos a que se ayuden a sí mismos*” (Turner, 1963, pág. 377).

¹³³Describiendo los casos de autoconstrucción asistida, Turner decía que, a través de ese proceso, “*cada propietario veía su propiedad con un intenso orgullo personal*” (Turner, 1963, pág. 377).

¹³⁴“*El concepto paternalista del Estado como proveedor, tiene que dejar paso al concepto del Estado como un servidor-proveedor de herramientas*” (Turner, 1968, pág. 128).

Evidentemente, hubiera resultado absurdo plantear la autoconstrucción como un instrumento de liberación de clase. En eso, Turner es más humilde que otros arquitectos que implementan técnicas participativas en la actualidad. Se conformaba con decir que la autoconstrucción era un ejemplo de auto-superación. Por ejemplo, describiendo algunos casos de Estados Unidos, afirmaba que los autoconstructores "*constituyen el mejor ejemplo de las virtudes norteamericanas tradicionales de iniciativa y confianza en sí mismos*" (Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 270). Ante lo cual, cabría preguntarse si no es la exaltación de esos valores norteamericanos parte del armazón ideológico que padecen las mayorías.

Quizás en el nivel teórico del presente trabajo, el análisis pueda resultar algo abstracto. Pero a grandes rasgos la contradicción del *dweller control* puede describirse del siguiente modo: la economía de libre mercado se sostiene en base a una serie de preceptos ideológicos. Dentro de esos preceptos, la iniciativa individual ocupa un lugar central. Tal vez a algunos intelectuales pueda resultarles simplista decir que el problema de la vivienda de las mayorías deriva directamente de la economía de libre mercado, pero difícilmente pueda negarse que la economía de libre mercado sea una de las causas centrales de la penuria habitacional. Turner proponía aportar a solucionar la falta de vivienda digna en base a la iniciativa individual, que a su vez era una parte constitutiva de una de las causas del problema: la economía de libre mercado. Sin querer, se adelantaba a los economistas que, a fines del siglo veinte, buscaban resolver los problemas del libre mercado proponiendo más libertad de mercado.

En todo caso, hay que destacar, además, la postura visionaria de Turner, adelantándose a un periodo de absoluto desamparo estatal. En las décadas marcadas por el Consenso de Washington sería muy útil la metáfora de Turner, cuando destacaba la figura del Robinson Crusoe, el ícono del imperialismo británico, como alguien totalmente desprotegido, librado a su propia iniciativa: "*Robinson Crusoe no fue un caso único: la mayoría de los campesinos actuales, a su manera también náufragos, deciden y ejecutan por sí mismos todo cuanto afecta al alojamiento*" (Turner, 1976/1977, pág. 119). En el régimen de la economía de libre mercado, los pobladores de los asentamientos son como náufragos. O construyen con lo que encuentran, o mueren.

En defensa de Turner hay que destacar que, más allá de algunas coincidencias, sus intereses no avanzaban en el mismo sentido que los planteos de los economistas neoliberales. Probablemente, esta exaltación de la iniciativa personal se debía a una interpretación aislada de los datos del contexto. Turner observó el fenómeno de progreso familiar en una fase de expansión de las economías latinoamericanas. Cuando decía que los pobladores de las barriadas "*suelen hacer tan buen uso de sus magros recursos que, con el tiempo, su pobreza se aminora bastante*" (Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 238) estaba atribuyendo al *dweller control* una característica propia del contexto. Los pobres mejoraban no solamente por saber auto-administrarse; mejoraban, principalmente, porque había mayor disponibilidad de recursos. Es decir, abundaban los elementos (financiamiento, tierra, materiales) con que los náufragos podían construir sus viviendas.

Más que mano de obra, capacidad de auto-administrarse

En la década del setenta, el concepto de *dweller control* permite superar la visión de la autoconstrucción como la obligación de construir la vivienda utilizando la mano de obra de los residentes. De este modo, Turner buscaba destacar que los beneficios de su propuesta no radicaban en el aprovechamiento de la fuerza física de los residentes sino en sus capacidades para tomar decisiones.

Estructurar una política habitacional en base a la mano de obra de los pobladores "*puede resultar tan opresivo como la prohibición a hacerlo: el corolario a la libertad para autoconstruir es la libertad para*

no tener que hacerlo [...] La cuestión fundamental [...] no es esta, sino la del control o poder para decidir(Turner, 1976/1977, pág. 138).

El mayor recurso de los pobladores, no era tanto su fuerza física sino su capacidad para administrarse y tomar decisiones. En esta apreciación se hace evidente una diferencia con respecto a las propuestas de Geddes en la India. Mientras el biólogo escocés destacaba que los barrenderos y carteros eran “corpulentos” para sugerir que se podía utilizar su fuerza física en la construcción, Turner prefería destacar de la gente común, la capacidad para administrar su economía.

Por otro lado, con este rescate de las facultades intelectuales, se acercaba una vez más a Samuel Smiles, el principal referente teórico del “*ayúdate a ti mismo*”. Hay que recordar que, a mediados del siglo diecinueve, Smiles decía:

“Todo lo que requiere [el pobre] para asegurarse la independencia es la práctica de una simple economía. La economía no requiere ni valor superior ni virtud eminente; basta la energía ordinaria y la capacidad de una mediana inteligencia [...] significa destreza, regularidad, prudencia, y nada de despilfarro” (Smiles, 1859/1895, pág. 260).

Para Turner y para Smiles, la fuerza física era sólo un atributo más del ser humano, pero la principal virtud a capitalizar estaba en sus capacidades para organizarse. “*El uso que hacemos de nuestras facultades es lo que constituye nuestro único título legítimo al respeto*” (Smiles, 1859/1895, pág. 288).

De allí que Turner no pretendía convertir a cada residente en un albañil¹³⁵. Si bien no descartaba la posibilidad de que la gente aporte su mano de obra, lo principal era garantizar la posibilidad de participar en las decisiones y en el control de la obra. Es más, según Turner, cuando la participación se limitaba solamente al ámbito de la construcción, se terminaba reproduciendo el esquema paternalista de los conjuntos de vivienda provistos por el Estado. Por ejemplo, en aquellos casos en que los residentes eran utilizados como mano de obra, pero sin poder decidir sobre el diseño de la tipología y la administración del proceso, no se producía un vínculo auténtico entre la gente y su entorno; “*sus actitudes presumiblemente serán similares a las que cabría esperar de los usuarios de viviendas administradas centralmente*” (Turner, 1976/1977, pág. 151).

Por eso, destacaba que la clave del *dweller control* estaba en la capacidad de formar parte del proceso de toma de decisiones. Era necesario cambiar el eje de la participación, desde la construcción hacia la gestión de la arquitectura.

Nuevamente, era un cambio en la concepción de la arquitectura que anticipaba el giro que darían las ciudades desde las tareas de producción hacia la industria de servicios. En los textos que Turner escribió durante los años setenta se abandonaba la producción fordista de vivienda, que abocaba todos sus esfuerzos a optimizar la construcción, para comenzar a poner el foco sobre la gestión. En ese sentido, el diagnóstico de Turner no era errado: “*Todavía se suele considerar la construcción más importante que la administración o el mantenimiento*” (Turner, 1976/1977, pág. 149). Una afirmación difícil de realizar actualmente, en la primera década del siglo veintiuno. Primero, porque a partir de la Crisis del Petróleo se fue incrementando la preocupación por el consumo energético de los edificios, poniendo atención en el mantenimiento. Pero además porque arquitectura y urbanismo se han convertido en un apéndice del

¹³⁵“*Naturalmente, la libertad para construir no puede implicar que cada familia tenga necesariamente que construirse una morada [sino] la oportunidad de hacer uno por sí mismo lo que es capaz de hacer. [...] Los tullidos físico o mentales son claramente incapaces de emprender con éxito la tarea de edificar [...]. Y otros sencillamente no quieren cargar con la responsabilidad de diseñar y construir y dirigir sus moradas*”(Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 240).

marketing en la competencia global entre ciudades, poniendo mayor énfasis sobre los aspectos administrativos.

Cuando Turner propone *“un modelo que conciba la vivienda como una actividad en que los usuarios [...] son los principales agentes”* (Turner, 1972/1976, pág. 159) estaba previendo un cambio en la forma de producción. Ya no era necesario centralizar la construcción en el Estado o en grandes empresas constructoras, la globalización abría las puertas a la producción en red. Por eso Turner avizoraba un esquema de producción basado en *“empresas pequeñas o directamente por los mismos usuarios [donde] la productividad alcanzada en estas modalidades de trabajo son muy superiores”* (Turner, 1976/1977, pág. 61).

El *dweller control* generó un aporte concreto a la arquitectura participativa en cuanto permitía superar la concepción paternalista que pretendía enseñarle a la gente cómo tenía que vivir. Esta visión permite superar las transformaciones del ambiente que imponen ideas abstractas sobre el escenario donde la gente desarrolla su vida cotidiana. En lugar de la imposición vertical, desde estructuras jerárquicas, el *dweller control* abre la puerta al diálogo. Turner lo explicaba del siguiente modo:

“Todos somos dependientes de muchos modos. [...] Mas la dependencia se vuelve perjudicial cuando quienes tienen las necesidades no gozan de una relación de reciprocidad con quienes los proveen [...]. El entendimiento entre ambas partes es la base del intercambio” (Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 241).

En lugar de proponer transformaciones repentinas del ambiente, que trastocan las relaciones entre las personas y su ambiente, se propone iniciar un diálogo con las propias capacidades (y con la sabiduría) de los pobladores. Gente que, por el sólo hecho de llevar adelante su vida, está acostumbrada a transformar gradualmente el medio que habita.

No obstante, es necesario aclarar que este enfrentamiento a la tecnocracia y al autoritarismo de las disciplinas proyectuales no se cumple en todas las experiencias de arquitectura participativa. De hecho, no es extraño encontrar proyectos que, buscando aprovechar las potencialidades pedagógicas de la arquitectura participativa, pretenden enseñarle a la gente cómo tiene que habitar.

Este tipo de posturas mesiánicas pueden llegar a opacar proyectos loables, que si bien no buscan transformar condiciones estructurales sobre la falta de alojamiento digno, al menos aportan desde lo epistemológico, tratando de explorar sobre nuevas tipologías y soluciones tecnológicas. Por más que no solucionen la vida de la gente, constituyen ensayos que perfectamente pueden servir como materia prima para futuras políticas integrales.

El problema es que quienes las llevan a cabo no alcanzan a reconocer los límites de la experiencia y presentan sus proyectos como si fueran una auténtica solución al problema habitacional.

Como la prensa está siempre buscando soluciones mágicas que permitan evitar los males de esta sociedad sin alterar sus estructuras, se encarga de difundir rápidamente y de forma acrítica todas estas experiencias. En uno de estos proyectos, que buscaba construir una vivienda rural en “el norte argentino” entre las buenas intenciones de los voluntarios se filtraba esta visión prometeica que pretendía transferirle el fuego sagrado del conocimiento a la gente. Como si la gente construyera casas inhabitables, solamente, porque no saben cómo construir. En un video que documenta la experiencia, uno de los voluntarios dice:

“Lo que nos importa con este módulo es que entiendan que con los mismos materiales que construyen un rancho, pueden construir una vivienda digna y que eso les va a generar un bienestar general en cuanto a la calidad de vida que van a tener todos los días” (La Nación, 2017)¹³⁶.

Por otra parte, la exaltación del *dweller control* puede conducir a dos interpretaciones contraproducentes a la hora de aportar vivienda digna para las mayorías. En primer lugar, no debe conllevar a la exaltación del individualismo y la cultura del *“sálvese quien pueda”* característicos de la economía de mercado. Es extraño que, la cultura del individualismo que permite mantener un sistema económico que somete a una parte de la población a vivir en la miseria, pueda contribuir en aliviar algunos de sus problemas. Retomando el pensamiento de Burgess, hay que reconocer que muchas veces, en esta exaltación de la libertad de elección no se tiene en cuenta qué es lo que realmente puede elegir la gente. Esta no es una apreciación exclusiva de Burgess; de hecho, eso fue lo que le plantearon los arquitectos latinoamericanos a Turner en Vancouver (1976):

“¿Qué controlan realmente [los auto constructores de las barriadas]? Controlan su mano de obra explotada que pueden aportar gratuitamente los domingos; controlan las herramientas y los materiales de desecho, controlan su propio bolsillo, única fuente de financiamiento a su alcance” (Ortiz Flores, 2008)

Por último, no hay que llegar al extremo de pensar que la disolución de las estructuras verticales permite superar problemas que, en realidad responden a otras causas. Acostumbrados a que el Estado actúe en beneficio de las clases altas, puede llegar a creerse que esa es su única forma de actuación. En primer lugar, el Estado no es una entidad monolítica. En su seno se gestan los mismos enfrentamientos y conflictos que se producen en la sociedad en general, pero además la necesidad de fortalecer o flexibilizar el Estado depende de una lectura del contexto. Por más que Turner se encargue de destacar sus peores facetas, el Estado puede ayudar a contrarrestar el peso de los grupos económicos concentrados. Luego de tantas décadas de achicamiento del Estado, los pobladores de los asentamientos informales convertidos en náufragos abandonados a su suerte, requieren algo más que iniciativa para poder salir adelante. Es muy difícil imaginar posibles soluciones a la falta de vivienda digna sin la acción concreta de un Estado fuerte y centralizado.

El autoritarismo produce “desajustes”

Luego de la Segunda Guerra Mundial, diferentes autores comenzaron a destacar los errores de los grandes conjuntos diseñados desde la lógica del C.I.A.M. Dentro de estos autores, donde se puede incluir tanto a algunos miembros del Team X como a Jane Jacobs o Henry Lefebvre, los textos de Turner permiten asociar esos errores con el proceso de toma de decisiones en arquitectura. Turner mencionaba estos errores con el nombre de “desajustes”¹³⁷. Con este término, se refería a las diferencias que existían

¹³⁶ La frase completa puede verse en el minuto 10:15 del siguiente video:
<https://www.youtube.com/watch?v=QuG4llteNhc>.

El Proyecto se conoce con el nombre de: Vivienda rural en Paraje el Molle, Campo Gallo, Santiago del Estero y fue desarrollado por alumnos de Arquitectura de la Universidad de Morón: Sergio Acevedo, Federico Birckenstaedt, Erika Chait, Stefania Pagliaro y Federico Smokvina.

¹³⁷ En realidad Turner, con la astucia que lo caracterizaba a la hora de elaborar slogans y lemas, utilizaba la palabra *“misfits”*. Que puede traducirse como “desajustes”, pero también como “inadaptados”. En una época en que los conflictos sociales proliferaban en los bloques modernos recientemente construidos, Turner decía que la imposición autoritaria de los criterios modernos generaba tanto “desajustes” como “inadaptados”. Desajustes porque los residentes necesitaban algo diferente a lo que habían diseñado los arquitectos. Pero además quería decir que se producían inadaptados en el siguiente sentido: la gente, al no formar parte de las decisiones que

entre las características de los conjuntos y los verdaderos requerimientos de sus pobladores. Mientras la vivienda autoconstruida reflejaba las posibilidades y requerimientos de la gente, los grandes conjuntos mostraban una serie de desventajas en cuanto a localización, precio, dimensiones, e incluso calidad constructiva de las unidades¹³⁸.

Para Turner detrás de estos desfasajes se escondía la mirada autoritaria y elitista de la arquitectura, que buscaba imponer respuestas tipificadas a necesidades que realmente no conocía, o que ni siquiera le importaban. Con esto, Turner se enfrentaba a *“la imposición de la vivienda normalizada en base a unas ‘necesidades’ falsas oficialmente supuestas”* (Turner, 1976/1977, pág. 111). Aclarando que, en muchos casos esos diseños se basaban en buenas intenciones, pero difícilmente escapaban a una mirada elitista. Surgían de un punto de vista sesgado por la misma pertenencia de clase de los técnicos y arquitectos. En la solución de los problemas habitacionales de la población con menores ingresos, existía una *“inconsciente transferencia de valores de la clase media hacia el diseño y la planificación para las clases más bajas”* (Turner, 1967, pág. 178). Para Turner, el *“instant development”* de los grandes conjuntos habitacionales mostraba todo su autoritarismo cuando imponía una solución estandarizada de vivienda que no se ajustaba a los verdaderos requerimientos de la gente. Esa solución prototípica no surgía del trabajo junto a la gente, sino que respondía a todos los prejuicios que tenía la elite de los técnicos con respecto a la población de menores ingresos.

El origen de esta imposición autoritaria reflejaba una concepción tecnocrática del ambiente. Los gobernantes y los equipos técnicos *“pretenden conocer las necesidades de la gente mejor que los mismo usuarios [por lo tanto] preconizarán naturalmente los sistemas cerrados autoritarios”* (Turner, 1972/1976, pág. 175). Con el adjetivo *“autoritario”* denuncia que es una imposición, mientras que con el adjetivo *“cerrado”* evidencia que excluye el punto de vista de los residentes. El autoritarismo y la exclusión son dos características que reflejan una discusión política de fondo.

Turner simplificaba este trasfondo político planteando la siguiente polarización:

La cuestión política que define el problema de la vivienda se debate entre:

“[a] La idea elitista y autoritaria de que técnicos y administradores saben lo que le conviene a la gente y [b] la humilde aceptación de un sistema pluralista y genuinamente democrático” (Turner, 1972/1976, pág. 175).

Así, los grandes conjuntos modernos y el *“instant development”* simbolizaban el autoritarismo y la tecnocracia, mientras que el desarrollo progresivo -donde la gente intervenía activamente en las decisiones sobre su vivienda- simbolizaba el pluralismo y la democracia.

Como si no fuera suficiente esta polarización política para re-orientar las políticas de vivienda hacia la arquitectura participativa, Turner afirmaba que esta *“presunción autoritaria de que los expertos*

configuraban el ambiente, no se involucraban con el mantenimiento de los espacios. Los conjuntos caían en el abandono y los espacios públicos quedaban librados a las bandas y los revoltosos. Con lo cual, el autoritarismo, traía como consecuencia los inadaptados. Por supuesto, a las observaciones de Turner, y a los errores de diseño destacados por otros arquitectos, habría que agregar un dato del contexto. Tanto la proliferación de las bandas juveniles, como el deterioro ambiental de los grandes conjuntos se daba en un periodo de recesión económica y gradual retroceso del Estado posterior a la Crisis del Petróleo.

¹³⁸Para mencionar algunas de estas desventajas, decía: *“[con respecto a la localización] los empleos temporarios para las mujeres y los niños eran inaccesibles. Tienen que pagar el doble o más por una vivienda, que es menos satisfactoria que la casilla que reemplaza: muchas veces menor y frecuentemente de mala calidad comparada con el precio”*(Turner, 1974, pág. 5).

entienden los problemas y prioridades de la vivienda mejor que sus mismos moradores” (Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 250) derivaba en problemas concretos para los residentes. Estos desajustes conducían a la insatisfacción y la frustración del usuario. A su vez, con la falta de apego e identificación entre los residentes y su entorno, se aceleraba el proceso de degradación de los edificios. Nadie cuidaba o invertía en mejorar el ambiente, y ante la falta de mantenimiento, todas las construcciones comenzaban a mostrar falencias. Por último, la degradación acelerada de los edificios terminaba demandando soluciones que implicaban grandes gastos administrativos y reparaciones en base a maquinaria pesadas y materiales que consumían grandes cantidades de recursos energéticos. Con lo cual, Turner lograba cerrar un modelo de degradación que encuadraba perfectamente con las preocupaciones posteriores a la Crisis del Petróleo de 1973: el consumo energético y el gasto público. La centralización de las decisiones, imponía soluciones estandarizadas, a partir de ello se generaban desajustes, la gente no cuidaba los espacios por lo cual se deterioraban rápido, y en su remediación se desperdiciaba dinero y energía. Si la etiqueta de “autoritarias y excluyentes” no alcanzaba para abandonar las políticas basadas en la imposición de una vivienda estandarizada, Turner reforzaba su cuestionamiento diciendo que, en última instancia, derrochaban dinero y energía.

“Con el incremento de los desajustes aumenta la insatisfacción de los usuarios. Como resultado de la insatisfacción de los usuarios disminuye su voluntad de invertir recursos personales y locales. Se hace, pues, necesario el empleo de recursos sustitutivos [que] son generalmente el equipamiento pesado y las tecnologías complejas [...caracterizados por] requerir estos sustitutivos cantidades elevadas de otros recursos escasos [...] como son combustible fósil y burocracia altamente pagada, la inflación resulta inevitable”(Turner, 1976/1977, pág. 69).

Para evitar ese derroche en gastos administrativos y recursos energéticos, Turner proponía una solución democrática: *“Los usuarios han de estar facultados para la toma de decisión importante sobre su vivienda, pues ellos son los únicos conocedores de sus necesidades personales y de la opción más conveniente ante una situación dada”* (Turner, 1976/1977, pág. 113). En realidad, la propuesta de Turner consideraba que la democratización, capaz de corregir los “desajustes” de las políticas habitacionales se daría a partir de la descentralización del proceso de toma de decisiones. En lugar de centralizar las decisiones en una jerarquía de mando vertical, en forma piramidal o heterónoma, proponía dejar en manos de los usuarios tantas decisiones como sea posible.

“Los desajustes entre el suministro de alojamiento y la demanda de los mismos serán directamente proporcionales al grado de heteronomía del sistema; o dicho de otra manera, cuanto mayor sea la dependencia del alojamiento de sistemas jerárquicos, mayores serán los desajustes” (Turner, 1976/1977, pág. 57).

Con esta intención de involucrar a la gente en las decisiones sobre su ambiente, cualquiera podría pensar que Turner pretendía incorporar técnicas participativas al proceso de diseño. Este vínculo con la arquitectura participativa se hace aún más evidente cuando Turner propone acortar la distancia entre los

técnicos y los residentes¹³⁹. Para Turner, era necesario generar un intercambio (Christopher Alexander diría un diálogo) entre quienes trabajan para satisfacer una necesidad y los beneficiarios¹⁴⁰.

No obstante, Turner planteaba ir más allá. Su idea no era ofrecer una estrategia para planificar este acercamiento entre los técnicos y los residentes. No pretendía guiar a los “usuarios” a través de una serie de pasos, sino maximizar su libertad. Los técnicos más que controlar la producción, debían garantizar la existencia de elementos necesarios para que la producción quede a cargo de los mismos residentes. De ese modo, funcionarían como proveedores de servicios y no de productos.

El vínculo entre la arquitectura participativa y las ideas de Turner, al menos en cuanto al tema de los desajustes, puede notarse con claridad en base a dos aspectos mencionados anteriormente: el cuestionamiento a la tecnocracia y la intención de acortar la distancia entre técnicos y residentes. Estos dos temas, pueden apreciarse en una multiplicidad de proyectos que se enfrentan al componente autoritario de la arquitectura. En algunas ocasiones, el intercambio que proponía Turner permite superar tanto los prejuicios de clase instalados en el inconsciente de los técnicos como los estereotipos que los residentes consumen a través de los medios masivos de comunicación. En líneas generales, se ponen en tela de juicio las soluciones espaciales tipificadas para lograr arribar a propuestas imaginativas, novedosas y perfectamente ajustadas a las necesidades y posibilidades de los residentes.

En una entrevista realizada en el Encuentro Nacional de Arquitectura Comunitaria (ENAC) 2015 Edgard Antonio Piñeiro, comentaba sobre un proyecto de ferias de productores autónomos y viviendas rurales realizadas en la zona de San Pedro, Misiones. Este arquitecto de formación ambientalista, que retoma tanto conceptos de Víctor Pelli como de Johan Van Lengen, comentaba que el verdadero desafío de la arquitectura participativa es saber establecer un punto de equilibrio. Ponía un ejemplo muy elocuente. Cuando comenzaron a diseñar cocinas rurales, notaron que la gente cocinaba “a fogón”, es decir, sin ningún artefacto cocina o elemento que los proteja de la radiación y de los gases emanados de la combustión. Esta es una característica cultural, y la gente se resiste a abandonarla sin darse cuenta que el fuego daña su salud. Por eso Piñeiro se preguntaba: “*¿En qué momento filtrar elementos? Porque hay conocimientos que tiene la gente que sin duda pueden aportar, pero uno como técnico conoce parte de la problemática que no están percibiendo*” (Piñeiro, 2015).

A lo largo de seis años de diálogo con la gente, que incluyeron capacitaciones sobre medicina, a partir del intercambio entre los diseñadores y los pobladores llegaron a una solución intermedia: una cocina semi-cerrada que permitía ver el fuego -algo que los residentes se negaban a abandonar- pero que permitía canalizar los gases de la combustión. Piñeiro reconocía que no optimizaba el consumo de leña y que todavía implicaba cierto riesgo para la vista, solo que el nuevo diseño permitía evitar, al menos, los problemas respiratorios. Además confiaba en la posibilidad de llegar a soluciones mejores en

¹³⁹ En las políticas de vivienda, esa distancia se expresaba del siguiente modo: “*Quienes toman las decisiones se encuentran a una enorme distancia cultural de los destinatarios de los bienes y servicios derivados de éstas*”(Turner, 1976/1977, pág. 145). Mientras en otro texto dice: “*Cuanto mayores y más centralizados son los productores y menos tienen que ver con los usuarios [...] tanto mayor es la probabilidad de contradicciones descomunales entre la oferta y la demanda*” (Turner, 1994, pág. 373).

¹⁴⁰ “*Todos somos dependientes de muchos modos. [...] Mas la dependencia se vuelve perjudicial cuando quienes tienen las necesidades no gozan de una relación de reciprocidad con quienes los proveen [...]. El entendimiento entre ambas partes es la base del intercambio*” (Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 241).

las próximas viviendas a diseñar. En cierto modo, la lógica del intercambio propuesta por Turner, marca el camino hacia un proceso de retroalimentación constante.

Es extraño, porque este proceso de hibridación se perdería o sería mucho más lento en caso de seguir punto por punto y al pie de la letra todas las ideas de Turner. Después de todo, el intercambio entre técnicos y pobladores era para él, sólo un paso más para llegar a la libertad plena para construir. El objetivo verdadero era alcanzar la autonomía de los pobladores. Uno podría decir que, disponiendo de todos los elementos necesarios, la población rural de Misiones hubiera mantenido su voluntad de cocinar “a fogón”. Aunque también es cierto que el acceso a información sobre temas de salud, debería considerarse como un insumo más a la hora de construir y tomar decisiones sobre el ambiente.

Finalmente, deben realizarse dos observaciones puntuales con respecto al tema de los “desajustes” de los grandes conjuntos de vivienda construidos según la lógica heterónoma.

En primer lugar, así como la arquitectura participativa retoma un aspecto positivo de la teoría de Turner, retoma además un aspecto cuestionable: la gente tolera mejor los errores del diseño cuando ha formado parte de las decisiones que les dieron origen.

Turner decía que *“la tolerancia propia para las consecuencias indeseables es más o menos proporcional a las responsabilidades personales en las decisiones que condujeron a ellas”* (Turner, 1976/1977, pág. 141). Cuando más responsabilidad tenga la gente, más tolerante se vuelve a las deficiencias del resultado: *“El sector informal [tal como puede verse en las barriadas autoconstruidas] maximiza la responsabilidad personal y, por lo tanto, también la tolerancia ante el producto”* (Turner, 1976/1977, pág. 145). Extrapolando este concepto a la arquitectura en general, podemos decir que la participación nos ayuda a evitar conflictos con la gente, que tolerará mejor los errores en las obras construidas. Con lo cual, la participación se convierte en una especie de escudo, que permite protegernos de futuros conflictos. Entendiendo y aprovechando esta lógica, se pueden utilizar metodologías participativas para legitimar proyectos que, a grandes rasgos, ya estaban decididos previamente. La voluntad de la gente se respeta en algunas decisiones intrascendentes, mientras se gana la tolerancia con respecto a errores sobre el proyecto en general.

Para los diseñadores, la posibilidad de contar con usuarios que toleren los “desfasajes” es algo sumamente valioso. Ante lo cual, existe el riesgo de que algún arquitecto -para aumentar la tolerancia de los residentes- incorpore, más que metodologías participativas, técnicas de manipulación grupal.

En segundo lugar, hay que destacar que los “desfasajes” no se producían solamente por la proyección de un prejuicio de clase, desde la clase media alta de los técnicos hacia las clases bajas. El problema no era que los técnicos no sabían cómo vivía la población de menos recursos. El verdadero trasfondo es que no interesaba cómo vivían porque en realidad las políticas no respondían a esos intereses sino que se adecuaban a los requerimientos de los grupos económicos que dominaban el sector de la construcción. Esto es algo que notaron Emilio Pradilla y Rod Burgess, pero también lo sabía Turner. De hecho, aclaraba que las políticas de vivienda respondían a *“la ambición de los especuladores urbanos, la corrupción y megalomanía de los políticos y sus profesionales lacayos”* (Turner, 1974, pág. 6). De hecho, para Turner, ese esquema de intereses estaba representado en el concepto de heteronomía. Por lo tanto, cuestionar la heteronomía significaba abandonar esa estructura de poder¹⁴¹.

¹⁴¹ Era un esquema sencillo, donde *“por supuesto se generan grandes ganancias, los gobiernos se hacen cargo de las deudas y los representantes y ejecutivos del gobierno cosechan el rédito político -aunque sea en el corto plazo- mientras el proyecto sea fotogénico”* (Turner, 1974, pág. 5).

Desde un agudo sentido crítico, Burgess acotaba dos observaciones: a) ¿Por qué querrían abandonar sus intereses los especuladores urbanos, los políticos y los profesionales lacayos? Sería muy inocente pensar que puedan llegar a cambiarlos en base a una serie de observaciones técnicas. Cuando evidentemente, no remiten a un problema técnico sino a una estructura de poder consolidada a lo largo de la historia. b) ¿Qué pasaría si esos grupos de poder encuentran la forma de abandonar la heteronomía de la producción sin retroceder en sus intereses y sus beneficios? Si tenemos en cuenta que Burgess realizó esta crítica en 1978, antes de que la producción disgregada y las políticas neoliberales se consoliden a lo largo del planeta, su cuestionamiento cobra carácter de profecía.

El fin de los estándares mínimos: de lo prescriptivo a lo proscriptivo

Turner sabía que su propuesta teórica requería de un cambio en la legislación. Las agencias estatales justificaban el derribo generalizado diciendo que las viviendas construidas por los pobladores de las barriadas no cumplían con los estándares mínimos. Turner no consideraba las viviendas de las barriadas como el ideal a seguir, pero decía que la mayoría de ellas podían mejorarse. Es más, cuando tenían garantizada la tenencia del terreno, solían progresar rápidamente pasando de ser casillas de materiales reciclados a viviendas sólidas de varios pisos. En definitiva, la normativa vigente no tenía en cuenta la posibilidad de mejorar paulatinamente, negando una condición característica del hábitat humano. La gente comenzaba habitando construcciones rudimentarias en terrenos desprovistos de infraestructura para iniciar luego un proceso de mejoramiento gradual de la vivienda a medida que el barrio se consolidaba e incorporaba servicios de manera progresiva.

Al negar el desarrollo progresivo, la normativa avanzaba en contra de dos aspectos centrales de la propuesta teórica de Turner. En primer término, negaba la arquitectura como proceso, porque decía cómo debían ser los edificios en cuanto a objetos terminados. En segundo lugar, impedía aprovechar el *dweller control* y la capacidad de autoconstruir como herramientas para terminar de construir los edificios, exigía que los edificios estén íntegramente terminados a la hora de ser habitados.

Según la óptica de Turner, el problema se generaba cuando la gente era obligada a construir según estándares mínimos, que a fines de la Segunda Guerra, se regían según los criterios de la vivienda moderna. Sin discutir las ventajas o defectos de estos criterios, Turner destacaba que estas premisas terminaban aumentando el precio de los edificios. Una vivienda terminada según los criterios modernos era algo que sólo podía alcanzar una minoría de la población en las ciudades de los países latinoamericanos.

Las opciones que brindaban el Estado y el mercado siguiendo esos estándares mínimos, resultaban muy costosas en comparación a los míseros sueldos de la mayor parte de la población. Como consecuencia de esto, una importante proporción de la población se veía obligada a buscar alojamiento a partir de opciones informales, por fuera de la legalidad. En síntesis, según Turner, los estándares mínimos terminaban expulsando población hacia el sector informal. Mientras, a su vez, limitaban las posibilidades de incorporar la participación del usuario en el completamiento gradual de la arquitectura.

En este apartado del texto no se pretende hacer un análisis exhaustivo de la normativa desde el punto de vista legal o desde la compleja mirada del derecho. Tampoco lo hizo Turner. En este caso, se propone destacar que el abandono de los criterios normativos modernos contribuye a un abordaje participativo de la arquitectura. También se ponderan algunos cuestionamientos que puede suscitar este enfoque, para finalizar mostrando cómo esta perspectiva se ha implementado en algunos ejemplos construidos.

Para comenzar a entender cuál era la propuesta de Turner con respecto a los aspectos normativos de la vivienda y el desarrollo, es necesario diferenciar dos términos: lo prescriptivo y lo proscriptivo. Por un lado, la normativa prescriptiva, especifica las características de lo que se propone construir. Es la normativa guiada por los criterios modernos de construcción que criticaba Turner. En líneas generales, determina rasgos generales que los edificios deben cumplir.

En cuanto a la vivienda, la normativa prescriptiva establece estándares mínimos que deben cumplir las construcciones para contar con la aprobación municipal. Para Turner, esta normativa, si bien expresaba una deseabilidad positiva, no respondía a normas lógicas. Reflejaba un anhelo arbitrario que no tenía en cuenta las posibilidades y las necesidades cambiantes de la gente¹⁴². Además, y tal como destacara Rod Burgess¹⁴³, terminaba acentuando la segregación sirviendo como una coartada para que el Estado pueda dejar de brindar servicios a un porcentaje importante de la ciudad que no se adecuaba a dicha normativa.

Pero -aún más importante para la arquitectura participativa- esta vocación por determinar cómo debían ser las construcciones evidenciaba el temor hacia la libertad de la gente¹⁴⁴ y su capacidad para encontrar soluciones innovadoras. Era una manera de ejercer y perpetuar el control. En la práctica, la gente sólo podía cumplir con los estándares mínimos a través de préstamos, ayudas o subsidios por parte del Estado o los grandes organismos financieros.

Frente a esto, la normativa proscriptiva evitaba plantear los valores mínimos en términos absolutos, para buscar un enfoque relativo. Es decir, en función del contexto. Este llamado hacia valores relativos apuntaba hacia una normativa que permita *“concentrarse en los recursos disponibles para solucionar [los problemas habitacionales]”* (Turner, 1963, pág. 390). Era una manera de contrarrestar el enfoque paternalista¹⁴⁵ de las políticas de vivienda que le dicen a la gente qué tienen que construir y cómo debe hacerlo. En cambio, se propone superar este enfoque que obligaba a la gente a depender de las estructuras verticales del Estado y el mercado, *“reemplazarlo por el cultivo de los recursos existentes, tanto en la familia individual, la comunidad, como en la Nación”* (Turner, 1963, pág. 390).

El abandono de los estándares mínimos permitía alcanzar gradualmente el desarrollo con lo que había. Mientras la prescripción dice qué es lo que hay que construir, lo prescriptivo dice qué es lo que no se puede hacer. Con lo cual, Turner no se oponía a toda reglamentación, sino que consideraba que la reglamentación debía considerar la posibilidad de mejorar gradualmente. Lo prescriptivo dice qué es lo que todos deben hacer para ser considerados parte de las construcciones legales, lo proscriptivo dice qué es lo que nadie puede hacer. Nadie puede ocupar el espacio calle (proscriptivo), pero no es

¹⁴² Turner decía que *“la fuerte [...] resistencia a poner normas prescriptivas en lugar de proscriptivas y en especial la resistencia a aceptar normas lógicas en lugar de normas arbitrarias definidas por deseabilidad parece indicar que esas ideas son peligrosas para alguien”* (Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 266).

¹⁴³ Poreso Burgess decía: *“Antes que nada, como todos saben, los estándares mínimos han sido usados siempre como un método para reforzar la segregación de clase del hábitat urbano”* (Burgess, 1978, pág. 1123).

¹⁴⁴ *“Los que le temen deberían preguntarse [...] en qué medida se deben sus reacciones al temor de perder un poder y una autoridad a que de todos modos sólo deberían tener derechos limitados. O bien, ¿en qué medida temen a su propia ignorancia [...] a su incapacidad de formular reglas que darían a las gentes libertad en lugar de especificaciones...?”* (Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 267)

¹⁴⁵ Aclarando que además estas normas deseables para las autoridades, incluso cuando bienintencionadas: *“elevan los costos de construcción y rehabilitación a niveles que los pobres no pueden alcanzar sin ayuda y con ello aumenta su dependencia”* (Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 264)

necesario que la vivienda cuente con todos los servicios (prescriptivo) para comenzar a habitarla. En lugar de negar las etapas sucesivas, la normativa proscriptiva serviría “*como guía hacia el progresivo alcance de metas mínimas*” (Turner, 1967, pág. 379). No trataba de establecer cuál era la edificación deseable sino que definía el ámbito de lo posible¹⁴⁶.

Algunas críticas con respecto a la legislación proscriptiva

Este cambio en el enfoque de la normativa que proponía Turner fue cuestionado duramente por diferentes autores que abordaban la vivienda desde una mirada de izquierda. Básicamente, estos autores cuestionaron dos factores fundamentales: que fortalecía la lógica expansiva del mercado y que confundía los síntomas con las causas.

Fortalecía la lógica expansiva del mercado

Cuando Turner proponía un cambio en el carácter de la normativa, sabía que “*existe el riesgo de que estos hechos se conviertan en argumento a favor del laissez faire*” (Turner, 1976/1977, pág. 75). Por el contrario, aclaraba que su intención no era desregular la construcción sino cambiar la lógica de la regulación. En ese sentido, es necesario recordar que en el primer artículo que escribió para la revista *Architectural Design* citaba a Charles Abrams cuando alertaba sobre la necesidad de confiar en la planificación antes de que sea demasiado tarde, antes de que la ciudad quede librada a la lógica de “*los ranchos*” (Turner, 1963, pág. 388). Sin embargo, Turner sabía que su propuesta aumentaba el rendimiento económico del sector privado, e incluso no dudaba en utilizar su capacidad para hacer lobby¹⁴⁷. Además sabía que toda la construcción que quedaba por fuera de la normativa, implicaba un importante volumen de obra factible de ser gravada. En lugar de desalentar la inversión, había que estimularla (Turner, 1972/1976, pág. 155). Era un cambio sumamente favorable a los promotores: “*En lugar de verse obligado a edificar con una densidad dada [...] el promotor [...] se vería obligado a generar declaraciones fiscales que pagaran los gastos públicos de la densidad de ocupación que él crea en realidad*” (Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 264). Con lo cual, no se tendrían en cuenta sólo las posibilidades de los pobladores de las barriadas, sino que además se beneficiaría a alguien que ya tiene suficientes privilegios dentro del sistema de mercado de la vivienda.

Por otra parte, esa distinción entre lo regularizado, y lo que escapaba a la normativa, no implicaba que respondieran a lógicas distintas. Emilio Pradilla fue el primero en notar que existía una visión romántica que trataba de encontrar en las barriadas y en las villas una forma de producción no capitalista. Según Pradilla, los nostálgicos de la autoconstrucción creían que la lógica de las barriadas, en lugar de responder al valor de cambio se regía según el valor de uso. Por eso en el texto *Desarrollo capitalista dependiente, clases sociales y arquitectura en América Latina* se encargó de demostrar que la dinámica de las barriadas estaba totalmente atravesada por la lógica de mercado, donde se daban procesos de dinamización de capitales, especulación, usura, reemplazo poblacional y renta diferenciada,

¹⁴⁶ Turner confiaba en que “*El énfasis contemporáneo en lo mínimamente deseable [...] dejaría el lugar a normas que definieran lo mínimamente posible*” (Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 264).

¹⁴⁷ “*Simultáneamente, el sector privado puede emplear su considerable experiencia de las antecelas para buscar la supresión de las trabas oficiales y el papeleo que obstaculizan las acciones habitacionales autónomas, al mismo tiempo que apremiar para la concesión de subsidios a la demanda con el fin de que mejore la capacidad de comprar directamente de las familias de escasos ingresos*” (Turner, Fichter, & Grenell, 1972/1976, pág. 278).

tal como en cualquier sector de la ciudad¹⁴⁸. Avanzando un paso más allá, Rod Burgess decía que las viviendas construidas mediante el *dweller control* en las barriadas, eran una producción capitalista subsidiaria (residual) pero totalmente relacionada con la economía “formal”. Los procesos que atravesaba la producción encuadrada dentro de la normativa vigente se nutren e influyen a la producción que se encuentra por fuera del régimen legal¹⁴⁹. Cada sociedad varía su tolerancia con respecto al nivel de informalidad de la producción y la economía de acuerdo a su nivel de vida y al costo que están dispuestos a pagar por los productos. En los países de Latinoamérica la incidencia de la economía informal es altísima. Esto puede notarse tomando como ejemplo los índices de trabajo informal, que en el año 2013 alcanzaban a 127 millones de personas en toda la región¹⁵⁰.

De acuerdo a Rod Burgess, cuando Turner proponía una legislación proscriptiva simplemente estaba trasladando el límite de la rentabilidad formal: “*consolidando la tenencia de los chabolistas, lo que realmente hará es facilitar la penetración de las relaciones de mercancía en un suelo ajeno anteriormente a aquéllas*” (Burgess R. , 1978). Esto no quiere decir que antes no había capitalismo en ese “suelo”. La diferencia con el mercado formal es que la producción de viviendas de las barriadas se realizaba bajo otra esfera del capitalismo, que al tener menos regulación, requería menores costos y por ende un precio más bajo. De tal modo, el proceso lento y gradual de la vivienda construida de manera autogestionada, utilizando técnicas artesanales, no deja de ser una producción de mercancías que juega plenamente dentro del mercado capitalista. La única diferencia con el mercado formal es que esa vivienda autogestionada es una mercancía que se produce en un ámbito más difícil de regular, por lo tanto se pueden saltar algunos costos obligatorios en la producción formal, con lo cual, las viviendas tienen un costo de producción un poco más bajo.

En las barriadas se aprovecha el ahorro que permite la producción desregulada. Por un lado, el trabajo se mezcla con el ocio y el voluntariado. El costo de la infraestructura y el precio del suelo no se pagan inicialmente sino que se pagan en instancias posteriores, a medida que se va consolidando el barrio o cuando se logran estipular acuerdos de regularización de tenencia y urbanización con el municipio.

Dado que en las barriadas hay una parte del proceso que se mantiene por fuera de la legalidad, las grandes empresas no pueden entrar plenamente, aunque existen múltiples experiencias de

¹⁴⁸ En este texto, Pradilla afirmaba que los migrantes del campo a la ciudad “*se asientan en las tierras de colonización espontánea [...] se pauperizan y empobrecen rápidamente, víctimas de la extorsión de rentas [...] de la usura [...], del robo por parte de los intermediarios*” (Pradilla Cobos, 1979, pág. 6).

¹⁴⁹ Esto puede notarse con un ejemplo dentro del rubro laboral: “*persiste fuertemente el empleo informal en empresas formales. [...] Los relevamientos especiales realizados en el Gran Buenos Aires en 2005 y en el Gran Mendoza en 2009 mostraron que este tipo de informalidad representó el 30 por ciento y el 37 por ciento respectivamente del total de trabajadores informales*” (Bertranou & Casanova, 2013). Pese a que la ciudad tiene dinámicas diferentes a la distribución del trabajo, lo que se hace evidente con esta cita es que el sector formal se apoya y se nutre de la informalidad.

¹⁵⁰ Haciendo un repaso histórico del trabajo informal en Argentina hasta el 2013: “*La tasa de empleo asalariado no registrado presenta una tendencia creciente desde mediados de la década de 1970 hasta principios de los años 2000. Recién a partir de 2004-2005 comienza a revertirse esa tendencia. Hasta el impacto local de la crisis financiera internacional en 2009, el empleo asalariado no registrado se redujo año a año. Desde entonces presenta un ligero amesetamiento, en torno del 33 por ciento del total de los asalariados*” (Zaiat, 2013). Datos tomados del informe coordinado por Fabio Bertranou y Luis Casanova para la Organización Internacional del Trabajo (OIT) llamado *Caminos hacia la formalización laboral en Argentina* (2015) disponible en internet en el link: http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---americas/---ro-lima/---ilo-buenos_aires/documents/publication/wcms_390431.pdf

negociaciones entre pobladores de asentamientos irregulares y empresas privadas. La regularización permite que las empresas formales puedan entrar a realizar negocios en un ámbito donde antes sólo podían hacerlo de manera solapada.

Ante la apertura y legitimación de un nuevo ámbito de mercado, las empresas formales tratarían de sacar su propia tajada, incrementando los costos. Con lo cual, *“se reducen los estándares de vida de los trabajadores urbanos y de los pobres, con un incremento sustancial del precio de la tierra y de los materiales de construcción”* (Ramírez & Burgess, 1988)

El peor desenlace para la propuesta normativa de Turner, es que fue retomada por los economistas que abogaban por la desregulación en general, como Hernando de Soto en el libro *El otro sendero. La revolución informal (1987)*, que escribió junto a Enrique Ghersi y Enrique Ghibellini. Un libro que *“Reagan recomendó públicamente [...] a los líderes de los países en desarrollo”* (Fernandez Maldonado, 2015, pág. 11).

Sin intención de llevar la discusión a la polaridad entre una visión neoliberal y otra de izquierda, porque Turner no reflejaba fielmente las ideas del neoliberalismo, hay que reconocer que Rod Burgess y Turner coincidían, al menos, en una parte del diagnóstico: la reglamentación existente no ayudaba a mejorar las condiciones habitacionales de la población de menores ingresos¹⁵¹. Mientras los neoliberales tomaron las ideas de Turner para decir que había que desregular, Rod Burgess, decía que era necesaria una regulación de otro tipo. Sin embargo, siguiendo la lógica marxista, agregaba que la normativa tenía un poder de transformación limitado frente a los mandatos de la economía. La normativa era sólo un condimento más, pero no era la causa del problema.

Confundía los síntomas con las causas

Para Rod Burgess, la distinción entre normativa prescriptiva y proscriptiva no tenía mucho sentido. Las leyes se podían redactar en positivo (prescriptivo) o en negativo (proscriptivo) sin alterar en gran medida su esencia. El verdadero problema es que, pese a que se disfrace bajo un halo de igualitarismo, la normativa suele adecuarse a los intereses del mercado y normalizar las acciones de los más desfavorecidos. Para ilustrar esto, Rod Burgess utilizaba como ejemplo una frase brillante de Anatole France:

“La ley, con toda su majestuosidad ha declarado que ni el rico ni el pobre tienen derecho a dormir debajo del puente” (Anatole France citado por Rod Burgess, 1978 pág. 1125)¹⁵².

Es una normativa proscriptiva (dice qué es lo que no se puede hacer). Pero si lo transformamos en una normativa prescriptiva diciendo dónde debe vivir cada uno, la situación futura no cambiará en gran medida. La misma normativa se puede redactar de manera proscriptiva sin alterar la desigualdad

¹⁵¹ Incluso hay una discusión entre Ronaldo Ramírez y Rod Burgess, donde este último afirma: *“El dilema de los estándares mínimos es muy importante: todos estamos de acuerdo en que es uno de las ideas más útiles de John Turner [...] el tema no implica necesariamente que los estándares tienen que reducirse, sino a qué deben ser reducidos [...] Lo que se cuestiona es que en dicho abordaje [...] el mercado decide el nivel de los estándares de vivienda en un contexto de preocupante inequidad de ingresos”* (Ramírez & Burgess, 1988).

¹⁵² La cita de Anatole France, en el capítulo siete de *La azucena Roja* (1894) es aún más sarcástica con respecto al igualitarismo de las leyes burguesas: *“En Francia somos militares y somos ciudadanos, otro 'motivo de orgullo': ¡ser ciudadanos! Esto consiste, para los pobres, en sostener y conservar a los ricos en su poderío y ociosidad. Han de trabajar ante la majestuosa equidad de las leyes que prohíben, al rico como al pobre, acostarse bajo los puentes, mendigar en las calles y robar pan. Es uno de los beneficios de la Revolución”*.

profunda. El rico seguirá viviendo en el palacio y el mendigo seguirá viviendo debajo del puente, de manera formal o informal.

Una diferencia notable entre las posturas de Burgess y Turner era el nivel de protagonismo que tenía la normativa dentro del problema habitacional. Turner pensaba que la normativa y las políticas habitacionales *“han contribuido directamente al empeoramiento de las condiciones habitacionales y a la proliferación de los asentamientos y el desarrollo clandestino como la única alternativa para las masas”* (Turner, 1968, pág. 121). Mientras que Burgess consideraba que la normativa y las políticas estaban hechas a la medida de los grandes grupos de poder, por lo tanto más que un problema técnico o legal, era un problema político¹⁵³. Evidentemente las políticas habitacionales y la normativa no eran buenas, pero no eran el origen del problema. Con lo cual, Turner estaba atacando los síntomas creyendo que eran las causas (Burgess R. , 1978)¹⁵⁴. Aún peor, al situar las supuestas causas del problema por fuera de la discusión política, lograba eternizar las raíces políticas del problema de la vivienda que se mantendrían de ahí en más, naturalizadas e incuestionables como si fueran un rasgo inalterable del contexto.

El problema es que, realmente, el contexto geopolítico posterior a la Crisis de Petróleo (1973) mostraba cierta predisposición para aceptar, en parte, las transformaciones técnicas y legales que proponía Turner. Pero jamás hubiera aceptado los cambios estructurales y políticos que sugería Rod Burgess. El cambio en las formas de producción desde la heteronomía hacia la producción dispersa, o en red, y la normativa proscriptiva eran pequeñas reformas que los Estado podían implementar con tal de mantener inalterables las *“estructuras fundantes de la propiedad, el poder, los procedimientos de la banca tradicional [...] la libertad de mercado para determinar salarios, precios, intereses y cargas al consumidor”* (Burgess R. , 1988, pág. 5).

El verdadero desafío era que esta *“estructura fundante”* que determinaba el problema de la vivienda parecía muy difícil de abordar, más aún desde el humilde alcance de las disciplinas proyectuales. Por más que el diagnóstico de Burgess fuera acertado, implicaba una serie de cambios muy difíciles de llevar a cabo en una época marcada por el discurso único del neoliberalismo. Algunos especialistas en vivienda de interés social notaron que el tema se estaba alejando del alcance de los técnicos. Por ejemplo, Ronaldo Ramírez rescataba la intención pragmática y comprometida de Turner mientras veía la postura de Burgess como un planteo irrealizable, o al menos, alejado del contexto. Por eso desafiaba a Burgess a buscar soluciones con los recursos disponibles: *“El problema es qué hacer sin ubicarnos por fuera del contexto”* (Ramírez & Burgess, 1988). De este modo, Ramírez reavivaba una crítica frecuente que reciben los autores de izquierda: pese a surgir de un diagnóstico preciso, sus propuestas permanecen como inaplicables, esperando hasta el momento en que pueda cambiar el contexto político.

Colin Ward y John Turner habían ensayado una respuesta similar ante las críticas de Burgess, sólo que apoyándose en argumentos más abstractos y filosóficos. Ambos consideraban que la crítica de la izquierda radical era improductiva y mal llamada *“utópica”*. Porque impedían realizar cualquier tipo de mejora de la vida real hasta el momento en que llegue la revolución. Implicaba el sacrificio del hoy en pos de un futuro promisorio. Todo esto, en un momento en que comenzaban a difundirse los crímenes

¹⁵³ Burgess decía que *“La despolitización de la cuestión habitacional es un sello propio del trabajo de Turner”* (Burgess, 1978, pág. 1118).

¹⁵⁴ La sentencia de Burgess es lapidaria cuando dice que *“En otras palabras, la diagnosis es una que ataca fervorosamente los síntomas en la creencia de que éstos son la enfermedad y, dado que Turner pretende alcanzar a través de la política de la vivienda mayores niveles de autonomía y tecnología de menor escala, perpetúa, así, la enfermedad: esto es, un capitalismo de ‘lo pequeño es hermoso’, capitalismo con tecnología intermedia”*.

del estalinismo¹⁵⁵. De ahí en más, la asociación era sencilla: la entrega absoluta de la vida presente en pos de un futuro de redención implicaba también *“la justificación de las aterradoras inhumanidades”* (Turner, 1978). Con lo cual, le restaban validez a la crítica de Burgess asociándola a una izquierda violenta y autoritaria. Según Turner y Ward, la visión de Rod Burgess representaba

“la política violenta de quienes opinan que no puede hacerse nada en tanto la supuestamente monolítica hegemonía del capitalismo internacional no haya sido barrida en un alzamiento de fervor revolucionario por parte de las clases oprimidas, milagrosamente despertadas a la realidad de su común condición, humanidad y fuerza” (Turner, 1978).

Para caricaturizar la crítica de Rod Burgess retomaban una metáfora utilizada por Alexander Herzen cuando hablaba del Moloch como símbolo del progreso (Turner, 1978). Este Dios de la antigüedad que aparece representado con cabeza de toro en diferentes culturas, tiene como rasgo característico el proveer bonanza a cambio de recibir sacrificios humanos. Era una manera de cuestionar a la izquierda que busca abordar transformaciones estructurales, diciendo que en la promesa de un futuro de prosperidad terminan descuidando el presente¹⁵⁶.

Sin embargo, Turner insistía en decir que no se trataba de un enfrentamiento del capitalismo contra el socialismo, que el debate entre heteronomía y gestión local se daba en el seno de ambos sistemas (Turner, 1978). Era una discusión sobre cómo abordar el desarrollo; si desde transformaciones graduales y progresivas que permiten aprovechar el involucramiento de la gente, o como una imposición aplicada desde grandes estructuras piramidales de poder. Según Turner, este abordaje gradual, donde las decisiones se descentralizan y la ley permite etapas intermedias de desarrollo, puede plantearse tanto en los países socialistas como en la economía capitalista.

En la práctica, algunas experiencias de la arquitectura participativa terminarían reflejando la necesidad de realizar cambios estructurales. Por más que se preveían estrategias para lograr un desarrollo gradual y armónico, la violencia estructural del capitalismo se metía por la ventana. En una coyuntura de empobrecimiento generalizado, todo recurso técnico y normativo para tratar de aliviar las penurias habitacionales eran como generar diques en el mar. Un ejemplo interesante puede verse en el proyecto de ciudad Bachué (Figura 10), un barrio de Bogotá que planteaba incorporar, en distinta medida, la participación de la gente para construir sus viviendas.

Un caso de desarrollo progresivo: Ciudad Bachué, Bogotá (1978 hasta hoy)

La legislación proscriptiva que planteaba Turner buscaba, en general, impulsar el desarrollo progresivo. Esto a nivel práctico se traducía en dos posibles líneas de acción para orientar las políticas de vivienda. Por un lado, abría el camino hacia la regularización y el mejoramiento de los asentamientos informales. Por otro, un segundo camino directamente relacionado con la arquitectura participativa, permitía iniciar proyectos donde las viviendas no cumplían los estándares mínimos de habitabilidad.

¹⁵⁵ El libro *Archipiélago Gulag*, de Aleksandr Solzhenitsyn se publicó por primera vez en 1973.

¹⁵⁶ Es interesante notar que Burgess acusaba a Turner de continuar la visión burguesa de la vivienda del siglo diecinueve. De hecho, decía que Turner continuaba las ideas de Emile Sax, el médico que Engels había criticado en *Contribución al problema de la vivienda* (1873). A su vez, Turner decía que Burgess representaba el determinismo y la fe en el progreso del positivismo decimonónico. La paradoja es que tanto Turner como Burgess realizaban su crítica en base a autores del siglo diecinueve. Burgess tomaba a Anatole France y Turner a Alexander Herzen. Ante lo cual, cabría preguntarse si los principales interrogantes sobre el tema de la vivienda no se habían gestado ya en el siglo diecinueve.

Dentro de este segundo grupo, podemos identificar distintos proyectos en los que una constructora, o alguna agencia estatal, edifican una parte de la vivienda para que cada familia la complete. Estos proyectos se agrupan bajo diferentes nombres según el nivel de completamiento de la edificación inicial. Por ejemplo, cuando se construyen las paredes exteriores y la cubierta de la vivienda pero no se realizan las subdivisiones interiores, se la conoce con el nombre de “vivienda cáscara”. Cuando se construye solamente un baño y cocina para que la gente construya el resto de la vivienda, recibe el nombre de “núcleo húmedo”. Y, en general, cuando se construye una vivienda completa pero de reducidas dimensiones para que los residentes la amplíen sucesivamente se le llama “núcleo básico”, “core house” o “pie de casa”. Todas estas son expresiones de una misma idea que puede sintetizarse bajo el concepto de “vivienda incremental”.¹⁵⁷

Ciudad Bachué (Figura 10), en el noroeste de Bogotá, permite analizar la implementación de esta línea de acción que buscaba involucrar a los residentes no sólo en el completamiento de la vivienda, sino también en las obras de urbanización. En 1971 el Instituto de Crédito Territorial (I.C.T.) de Colombia había comenzado a estudiar normas mínimas de urbanización y en 1975 empezó a trabajar en dos programas relacionados con la normativa proscriptiva: el Plan Habitacional para Asentamientos Subnormales¹⁵⁸ y el Plan de Construcción de Vivienda para Desarrollo Progresivo. El impulso definitivo para llevar a cabo el proyecto se dio en 1977, cuando siguiendo la Declaración de Vancouver (1976), el Acuerdo 04 “estableció y reglamentó las concepciones sobre política de vivienda que venían dándose” (Parra & Ceballos, 1983, pág. 7) para ajustar los programas de vivienda a las posibilidades económicas de los sectores poblacionales de menores ingresos.

A nivel urbanístico el I.C.T. buscaba generar barrios autónomos en la periferia como si fueran “ciudades dentro de la ciudad”. Es decir que retomaban el mismo espíritu de las *Unidades Vecinales* que Fernando Belaúnde difundiera desde la revista *El Arquitecto Peruano* a fines de la década del cuarenta. Para eso, el I.C.T. disponía de unos terrenos conocidos como la Estancia de Santa Teresita y Caldas, comprados a las empresas Vecol y Telecom en el año 1972. Este predio se ubicaba en el polígono delimitado por la intersección del Río Juan Amarillo, la Avenida Longitudinal de Occidente (ALO), la Avenida Medellín y la Avenida Cali. La idea inicial pretendía que en diez años, el sector alcanzara la cantidad de 500.000 habitantes en 18.000 viviendas, incluyendo equipamientos de educación, jardines de infantes, centros comunitarios, salud y recreación (Parra & Ceballos, 1983).

El proyecto fue desarrollado por el equipo del arquitecto Patricio Samper (Forero Suárez, 2008; Monzón, 2011) y finalmente se construyeron 7124 viviendas en dos etapas: Ciudad Bachué I con 4580 viviendas y Ciudad Bachué II con 2544 viviendas alcanzando una población de 35.620 personas.

Para distribuir la población se utilizaron once tipologías diferentes de viviendas que respondían básicamente a dos criterios y tres prototipos. Algunas tipologías respondían al criterio de “provisión mínima” contando con un espacio multiuso, una cocina y un baño. Otras respondían a la “provisión básica”: además del espacio multiuso, cocina y baño, sumaban locales destinados a dormitorio que variaban en cantidad de uno a cuatro habitaciones (Silva, 2016).

¹⁵⁷ Para una mejor clasificación de la vivienda incremental se recomienda revisar el texto *The origins and spread of core housing* (2002) escrito por Mark Napier para la fundación *Urban LandMark*, disponible en: <http://web.mit.edu/incrementalhousing/articlesPhotographs/pdfs/Origins-Spread-CoreHousing.pdf>

¹⁵⁸ El nombre “Asentamiento Subnormales” evidencia toda una concepción sobre las políticas habitacionales, que podría ser ampliada en otras investigaciones.

El concepto de provisión mínima, por constituir una vivienda incompleta, inhabitable para cualquier familia, ya preveía el completamiento de los usuarios, pero además todas las viviendas se entregaban en estado de “obra gruesa” (obra negra, en Colombia), es decir sin terminaciones, ni griferías, con un nivel de habitabilidad básico que no cumplía los estándares de las viviendas existentes en el mercado formal.

A su vez, habían tres prototipos de vivienda en función de su ubicación en el tejido: un prototipo A de vivienda individual de una planta en lote propio, un prototipo B de vivienda en dúplex, y un prototipo C de una planta pero pensada para conformar viviendas agrupada. Cada uno de estos prototipos se dividía en varias tipologías según la cantidad de locales que incluía inicialmente y sus posibilidades de crecimiento.

Nueve de las once tipologías existentes, tenían planificada la posibilidad de crecimiento. Ciudad Bachué preveía algo que tiempo más tarde los arquitectos de ELEMENTAL tendrían en cuenta para realizar el proyecto de Quinta Monroy: las viviendas de la planta baja podían crecer hacia los patios posteriores, mientras las tipologías que no tenían otros pisos arriba podían crecer sobre la terraza (Figura 45). En la práctica, luego de casi cuarenta años de iniciado el proyecto, es difícil encontrar viviendas que no hayan realizado ampliaciones. Todas las tipologías han sido expandidas sobrepasando lo planificado y lo permitido, invadiendo en algunos casos las circulaciones y el espacio público.

Más allá de estas invasiones y de algunas delimitaciones arbitrarias de los espacios públicos que quedan convertidos en patios comunales o privados, el conjunto muestra una admirable vitalidad. Es difícil reconocer los trazos insulsos del proyecto de Samper, aunque todavía se ven algunos defectos del planteo inicial, por ejemplo en la falta de tipologías de esquina. Las tiras empiezan y terminan con una gran medianera. Otro error puede verse en la disposición de algunos bloques aislados donde su parte posterior constituía una gran espalda hacia la calle, pero con el tiempo las mismas transformaciones iniciadas por la gente fueron humanizando ese límite tan rígido.

Todas las familias invirtieron esfuerzo y dinero en completar su casa *“pero ahí no terminan su trabajo, pues también a punta de pica y pala, cemento y arena, inician la construcción de andenes, sardineles y calles, en donde familias enteras ponen su mano de obra”* (Monzón, 2011) para terminar de consolidar la urbanización. La tarea más esencial del Municipio, aquella que realiza en todos los sectores de la ciudad, en este caso debe ser realizada por los mismos vecinos en el horario en que no están tratando de lograr la habitabilidad de sus propias viviendas. Si bien algunos autores comparan la intervención con la Casa Dominó de Le Corbusier (Silva, 2016; Forero Suárez, 2008), a nivel urbanístico resulta más precisa la comparación con el plan de Argel: mientras el Estado construía la parte rica de la ciudad, en otros sectores se limitaba a levantar la estructura básica donde los pobres construirían el resto.

A nivel práctico, en Bachué pueden encontrarse todas las virtudes del planteo general de Turner. La gente se involucraba en el mejoramiento del entorno, se reducían los costos porque las viviendas se entregaban sin responder a estándares modernos y las viviendas se ampliaban gradualmente de acuerdo a las posibilidades económicas de cada familia (Figura 10). Como un valor extra, quizás imprevisto por Turner pero capitalizado tiempo después por Aravena, la etapa inicial del proyecto mostraba una estética depurada que coincidía con el gusto de los arquitectos formados bajo la veneración de la arquitectura moderna. Eran volúmenes blancos y continuos, balconando a patios colectivos, donde cada supermanzana mantenía las mismas alturas a lo largo de toda la fachada. Con el tiempo, las ampliaciones autoconstruidas comenzaban a proliferar a lo largo y a lo ancho de los bloques, rompiendo la lógica estricta del planteo inicial, como si la informalidad se fuera comiendo el planteo moderno.

Más allá de estas cualidades innovadoras de Ciudad Bachué, en su evolución pueden notarse también los límites del desarrollo progresivo tal como lo proponía Turner. De hecho, se constatan las observaciones que realizaba Rod Burgess: la maniobra técnica y normativa que permite subdividir en etapas las inversiones y la construcción, no termina de resolver el problema habitacional de la población de menos recursos. Se requieren transformaciones más profundas.

La recesión económica de los años ochenta generó un ritmo de consolidación lento y desparejo. La gente se atrasaba con las cuotas y vivía en malas condiciones.

Por eso, el I.C.T. encargó un estudio socioeconómico a la Universidad Nacional de Colombia que fue publicado en 1986. En este informe quedaba de manifiesto que, tal como advertía Burgess, la valiosa intención de abordar el desarrollo de manera colectiva y gradual, no impedía las dinámicas más perversas del mercado: *“El valor m², en Ciudad Bachué, presentó uno de los mayores incrementos en términos absolutos. En 1980 pasó de \$2.000 a \$3.000”* (Parra & Ceballos, 1983, pág. 12).

Como síntesis de la relación entre los ingresos de las familias y lo que pagaban por la vivienda, puede mencionarse que el 42,3% de los adjudicatarios destinaban entre el 40% y el 60% de sus ingresos a saldar la deuda con el I.C.T., mientras el 20% de los adjudicatarios destinaba más del 60% de sus ingresos. Estadísticamente, cada familia constaba de 5,7 integrantes. El ingreso promedio ponderado de esas familias era de \$25.000, mientras el 55% de las familias pagaban cuotas de entre \$10.000 y \$15.000 (Parra & Ceballos, 1983).

Cuando la cuota mensual terminaba comprometiendo el presupuesto familiar se hacía evidente que no cualquier familia podía afrontar los gastos. Si el *instant development* que criticaba Turner requería ingresos altos, el desarrollo progresivo también.

De allí que la primera recomendación del informe persiguiera un objetivo aún más utópico que las transformaciones estructurales que proponía Rod Burgess:

“Es aconsejable la revisión de las escalas salariales en las empresas donde trabajan los adjudicatarios que viven en Ciudad Bachué para que puedan atender con suficiencia sus gastos familiares y sus obligaciones con el I.C.T.” (Parra & Ceballos, 1983, pág. 30). Es decir que las empresas tendrían que subir los sueldos, resignando parte de sus ganancias, para que la gente pueda acceder a una vivienda digna. Es una recomendación cercana al marxismo decimonónico que criticaba Turner. En lugar de poner el énfasis sobre el esfuerzo y la iniciativa de la gente, volvía a poner la lupa en sus condiciones laborales. Con algo de inocencia, el informe de la Universidad Nacional de Colombia sugería alterar la escala salarial. La diferencia con respecto a Engels y Rod Burgess, es que los autores marxistas consideraban que estos cambios no podrían llevarse a la práctica sin realizar transformaciones estructurales. Ningún empresario resignaría parte de sus ganancias sin una buena razón o coacción para hacerlo.

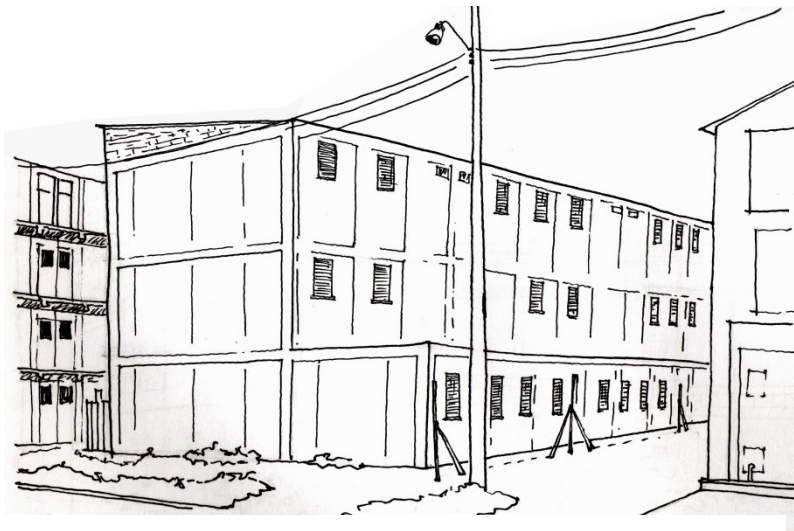
Si la primera recomendación del informe es ingenua, la segunda se vuelve crudamente realista:

“El I.C.T. debe revisar los criterios de adjudicación de vivienda cuando ésta se entrega en obra negra orientando a que las cuotas iniciales exigidas a los adjudicatarios no golpeen los exiguos presupuestos familiares ni impidan el aplazamiento indefinido de las mejoras a las viviendas para que éstas puedan hacerse habitables” (Parra & Ceballos, 1983).

Con lo cual, estaba recomendando orientar los proyectos de desarrollo progresivo a una población de mayores ingresos. Ante el problema estructural de la falta de ingresos altos, y ante la dificultad de alterar la escala salarial, proponía apuntar las políticas hacia usuarios más solventes.

El informe de la Universidad Nacional de Colombia de 1983 decía, con otras palabras, lo mismo que planteara Peter Marcuse: el ahorro que produce la participación no alcanza a cubrir la diferencia existente entre el monto que puede pagar una familia de bajos ingresos y el costo de una vivienda digna.

“La autoconstrucción (self-help) no logra sustituir los recursos indispensables para la construcción de viviendas” (Marcuse, 1992, pág. 16).



Instituto de Crédito Territorial (1978) Ciudad Bachué. [Desarrollo progresivo de viviendas]. Bogotá, Colombia. Gráfica propia.



Uno de los patios comunitarios de Ciudad Bachué quince años después (Silva, 2016).

Figura 10 Ciudad Bachué (antes y después)

Pese a estas desventajas, en un trabajo de investigación de 2016, Eliana Silva concluye diciendo que “el abordaje incremental de la vivienda es una política con un importante potencial que puede brindar más soluciones que problemas en el largo plazo para las ciudades de los países en desarrollo” (Silva, 2016). Se ha pasado a un optimismo moderado, que reconoce las ventajas, pero advirtiendo que los beneficios pueden notarse recién a largo plazo. Frente a la actitud mesiánica de arquitectos como Aravena que plantean el desarrollo progresivo como si fuera una receta novedosa contra el problema de la vivienda, algunos estudios más profundos permiten apreciar mejor sus limitaciones y virtudes. Después de todo, las ideas sobre el desarrollo progresivo, donde Turner brinda un aporte fundamental, constituyen, todavía, una teoría en construcción.

Ejemplos construidos

En todo el mundo podemos encontrar conjuntos de vivienda que sigan algunos de los lineamientos desarrollados en la teoría de Turner. A lo largo de este capítulo hemos repasado diferentes experiencias que continuaron sus ideas con respecto a la participación. No obstante, es difícil encontrar algún conjunto de vivienda donde el arquitecto inglés haya formado parte del proyecto, al menos, en todas sus etapas. Para entender esto, hay que tener en cuenta que Turner tenía una visión amplia y holística que favorecía su acercamiento hacia puestos estratégicos, relacionados con la gestión de las políticas. Esa tendencia hacia los procesos generales, en muchos casos, terminaba distanciándolo de la resolución del detalle arquitectónico y la demandante tarea de control de obra.

Un ejemplo de ello puede verse en el encargo que recibió inmediatamente después de abandonar su puesto en la Oficina Asistencia Técnica de Arequipa (OATA)¹⁵⁹, que pretendía construir mil viviendas

¹⁵⁹ En una entrevista del año 2000 Turner comentaba que fue obligado a dejar su cargo de la Oficina de Asistencia Técnica de Arequipa por recelos políticos. Cuando Ernest Weissman (que en ese momento dirigía una dependencia de la ONU que luego se transformaría en ONU Hábitat) visitó el programa que dirigía Turner en Arequipa, se enteró

para los obreros de la compañía azucarera estadounidense *Grace and Company*, en Paramonga. El proyecto comenzó con un relevamiento elaborado por el antropólogo Eduardo Soler, que había trabajado con José Matos Mar en el proyecto de desarrollo para la comunidad aborígen Huarochi. A partir de los datos obtenidos, Turner elaboró dos prototipos junto al arquitecto Diego Robles: uno para “paisanos”, que retomaba pautas de vida de la tradición rural, y otro más urbano para los “criollos” (Gyger, 2013, pág. 372). Del total de viviendas, 600 se llevarían a cabo mediante autoconstrucción asistida y otras 400 serían construidas íntegramente por una empresa.

Como los obreros tendrían que pagar por sus viviendas, pidiendo un préstamo a la empresa, se inició una campaña publicitaria que incluía avisos impresos, radiales y hasta una película que difundía las virtudes de la autoconstrucción. Se levantó un prototipo de vivienda para mostrar a los posibles clientes y en marzo de 1961 se inició la construcción de 15 viviendas.

Todo avanzaba según lo previsto hasta que, a mediados de ese mismo año, Turner comenzó a trabajar también en el Instituto de la Vivienda (INVI) -una dependencia del Estado-, por lo cual viajaba frecuentemente a Lima. A fines de 1961 se realizó una auditoría que reflejaba laxitud en el manejo de los fondos e incluso recomendaba investigar al encargado de realizar las tareas de contabilidad. Básicamente, esta auditoría evidenciaba que el proceso iniciado en Paramonga demandaba un nivel de control que Turner no pudo mantener por sus constantes viajes a Lima. Por lo cual, debió abandonar el proyecto en diciembre de 1961.

Como resultado de esta experiencia, se construyeron en Paramonga sólo 15 viviendas. Se preveía que costarían 20.000 soles peruanos, terminaron costando 100.000 soles y la empresa se las vendió a sus empleados a 35.000 soles (Gyger, 2013, pág. 120). Este proyecto fallido es un ejemplo que logra mostrar la complejidad de los procesos administrativos cuando se trata de implementar desde arriba un proceso de participación. Pero además, permite identificar el momento en que Turner empieza a alejarse de la tarea a pie de obra para acercarse al diseño de políticas.

En paralelo al conjunto de viviendas de Paramonga, se gestaba el proyecto de Villa Los Ángeles (Figura 11 y 12) que presenta mayor interés para este estudio puesto que permite apreciar tanto las ideas sobre la autoconstrucción en Turner como la compleja trama de la financiación internacional de proyectos de vivienda durante la década del sesenta.

Villa Los Ángeles

Panorama arquitectónico

A fines de la década del cincuenta, la política de viviendas que proponía Pedro Beltrán comenzaba a dar sus frutos. Es necesario recordar que el dueño del diario *La Prensa* impulsaba un cambio en el rumbo de las políticas, para abandonar la construcción de grandes bloques con viviendas poco económicas y favorecer la construcción de unidades en lote propio a través de la financiación de la banca privada. Se continuaba el interés por la vivienda moderna, pero se ponía especial atención en su asequibilidad y se reforzaba la idea de la vivienda aislada para difundir entre la población “el sueño de la casa propia”.

que el programa corría riesgos de ser cancelado. Por lo cual, decidió hablar directamente con Manuel Prado Ugarteche, Presidente de Perú para destacar la importancia del programa. Al haber salteado a muchos de los cargos importantes del gobierno central, se generó cierta desconfianza con respecto a la trascendencia política de Turner, cuyo programa ya estaba sobrepasando los límites nacionales. Por eso, decidieron reemplazarlo inmediatamente. Aunque es muy difícil probar la veracidad de los hechos, lo cierto es que la anécdota servía perfectamente a la vocación de Turner por acentuar la irracionalidad de las estructuras verticales.

Mientras Fernando Belaúnde había difundido su propuesta de vivienda colectiva en *Unidades Vecinales* tanto desde su ejercicio docente como a través de la revista *El Arquitecto Peruano*; Pedro Beltrán difundía la ideología del *home owner* desde el diario.

Dentro de la línea editorial de *La Prensa* ya destacamos dos hechos que ayudan a cuantificar la incidencia de Beltrán con respecto al rumbo que tomarían las políticas habitacionales de Perú durante la década del sesenta. Por un lado la cobertura de la toma de tierras de Ciudad de Dios, donde mostraba a los pobladores de las barriadas como emprendedores en busca de la casa propia, y por otro la organización de un concurso para construir “casas baratas” (1954) que pretendía demostrar con qué facilidad podía proveerse vivienda digna a la población de menos ingresos. En este concurso se pusieron a prueba los últimos conocimientos que venían experimentando los arquitectos latinoamericanos, abocados a tratar de mitigar las consecuencias del crecimiento imparable de las metrópolis desbordadas ante la llegada de migrantes desde zonas rurales.

El primero en proponer un concurso sobre viviendas mínimas había sido Fernando Belaúnde, que buscaba demostrar que el problema de la vivienda podía ser resuelto gracias al ingenio de los arquitectos modernos. En lugar de pensar en reformas estructurales, como proponía el arquitecto Adolfo Córdova, acotaban el problema al ámbito de discusión de la arquitectura. Tal como sucede siempre con los concursos, es una buena coartada para generar una discusión sobre la estética o la técnica, dejando de lado los aspectos políticos. Pedro Beltrán retomó la iniciativa del concurso para difundir su propio interés: encontrar una tipología económica que permitiera incorporar en el sistema financiero a una multitud que ansiaba tener su casa propia (Gyger, 2013, pág. 32).

Se construyó un prototipo en un predio de la Escuela de Ingenieros siguiendo el modelo elaborado por el ganador del concurso: Mario Bernuy Ledesma. Sin embargo, también tuvo importante repercusión en el contexto de la época el proyecto que obtuvo el segundo puesto, elaborado por el socio de Eduardo Neira: Santiago Agurto Calvo.

Para elaborar este proyecto, Agurto afirmaba que buscaba recuperar la estrategia de crecimiento de las viviendas en las barriadas, específicamente en el Cerro San Cosme (Gyger, 2013, pág. 35). *La Prensa* construyó cinco viviendas siguiendo este segundo modelo y sorteó las casas entre los lectores del diario, describiendo la entrega en una secuencia de notas cargadas de emotividad.

La línea que impulsaba Pedro Beltrán se consolidaba rápidamente por sobre la visión de Fernando Belaúnde. Si bien ambos difundían un modelo de expansión suburbana, mientras las *Unidades Vecinales* de Belaúnde seguían el criterio de autonomía de las *Siedlungen* alemanas, el “sueño de la casa propia” de Beltrán seguía la idea de los suburbios norteamericanos. Tampoco podría decirse que la política habitacional de Perú de los años sesenta respondía a un modelo enteramente foráneo porque, en realidad, la posibilidad de crecimiento y la incorporación de la autoconstrucción formaban parte de una línea de trabajo que se consolidaba en Latinoamérica. Dos de los hitos principales dentro de esta línea de la arquitectura de vivienda latinoamericana pueden verse en las propuestas del New Deal para Puerto Rico¹⁶⁰ y en la reconstrucción posterior al terremoto de Arequipa.

¹⁶⁰ Hay que recordar que el encargado de coordinar la Alianza para el Progreso, designado por Robert Kennedy, era Teodoro Moscoso, principal impulsor de la Operación Manos a la Obra (*Bootstrap*). Esta política orientada a industrializar Puerto Rico se había iniciado durante la Segunda Guerra cuando Estados Unidos buscaba descentralizar la producción para evitar el bloqueo de los submarinos alemanes. Adoptó ese nombre en 1946, cobró impulso en 1948 cuando asumió Luis Muñoz Marín y continuó durante los cincuenta y sesenta como una manera de contrarrestar la influencia del comunismo en la región del Caribe. Según la revista LIFE, la Operación Manos a la Obra implicó “la transformación desde una escabrosa villa miseria a una luminosa vitrina para apreciar

En síntesis, cuando arribó el flujo de capitales movilizado por la Alianza para el Progreso, ya estaba trazada la dirección para canalizarlos hacia operaciones de vivienda con las siguientes características: la casa de dimensiones mínimas, capaz de crecer, en lote propio, ubicada en la periferia y financiada en cuotas accesibles.

Contexto político

El panorama de Perú a mitad de siglo veinte no es suficiente como para terminar de entender todos los factores que intervinieron en el proyecto de Villa Los Ángeles. Tan importante como el contexto político dentro del país fue el impulso que tomaron las agencias de desarrollo en la política de Estados Unidos. En el marco de la Guerra Fría, la competencia por ganar aliados estratégicos en el planisferio generaba un panorama agitado, donde la cooperación y las transacciones internacionales jugaban un rol fundamental. En 1954 una ley de Dwight David Eisenhower había aprobado un acuerdo de Agricultura y Desarrollo, conocido como la PL480 o “*Food for Peace*”. Esta ley permitía acomodar el excedente agrícola de Estados Unidos en países con poca capacidad de intercambio (sin dólares, ni oro). La venta se realizaba tomando un interés menor a las tasas del mercado internacional y después la deuda se recuperaba cuando el banco central de cada país pagaba al *Commodity Credit Corporation* con moneda local (Kwak, 2015, pág. 128).

Así, por ejemplo, se hizo célebre un intercambio con India que enviaba 16 millones de toneladas de granos por un valor que rondaba 1,3 billones de dólares, la operación internacional más importante después del Plan Marshall.

En el río revuelto que significaba la política de desarrollo internacional de la Guerra Fría proliferaban algunos emprendedores privados. Para entender la difusión de la financiación internacional aplicada a vivienda para sectores de clase media en Perú, resulta fundamental la figura de Willard Garvey. Era hijo de un magnate de Kansas que controlaba empresas de agricultura, petróleo y bienes raíces. Muy hábil para el lobby empresarial y para aprovechar los incentivos que brindaba el gobierno federal, Garvey había presidido la *National Association of Home Builders* con relativo éxito. Por lo cual, decidió extrapolar su experiencia hacia el ámbito internacional.

Luego de conocer sobre el envío de granos a India, tuvo la brillante idea de orientar la PL480 según sus propios intereses. Notando que la industria de bienes raíces comenzaba a experimentar un periodo de estancamiento en su país, decidió orientar su alcance hacia la clase media de otros países del mundo. La idea era montar una empresa capaz de aprovechar tanto las divisas “blandas” que se pagaban al *Commodity Credit Corporation* como los préstamos de cooperación directa conocidos con el nombre de “*Cooley Loans*”. Se llamaban así porque el senador Harold Colley había sido uno de sus principales impulsores en 1959, y estaban orientados a construir vivienda en países afines a Estados Unidos. Para el año 1967 ya alcanzaban los 90 millones de dólares.

los beneficios ganados a través de la cooperación entre Puerto Rico y la parte continental de Estados Unidos” (LIFE, 1956, pág. 38). Para posicionarse como una alternativa contra la miseria y el comunismo, además de la industrialización se realizaron importantes esfuerzos para mejorar las condiciones de alojamiento de la población urbana y rural, agravadas luego de la crisis del treinta y el paso sucesivo de dos huracanes de gran poder destructivo (San Felipe en 1928 y San Ciprián en 1932). “*Rápidamente, con la ayuda del gobierno, algunos se están construyendo su propio prototipo de comunidad modelo*” (LIFE, 1956). Entendiendo que la autoconstrucción fue parte integral de la política de la Operación Manos a la Obra, no es extraño que la Alianza para el Progreso, bajo la coordinación de Moscoso, también la tuviera en cuenta.

Una operación que supuestamente brindaba un triple beneficio: a nivel humano mitigaba el déficit de vivienda de las ciudades que se estaban industrializando alrededor del mundo; a nivel comercial, beneficiaba a las constructoras estadounidenses; y a nivel político, difundía el modelo de vida americano tomando la delantera en el tema de la vivienda, un rubro donde la Unión Soviética mostraba debilidad (Kwak, 2015).

Es necesario recalcar que los intereses de Garvey no eran solamente filantrópicos ni exclusivamente políticos, era un hombre de negocios y por lo tanto desestimaba las operaciones de beneficencia que llevaba a cabo Estados Unidos construyendo vivienda económica y fomentando la autoconstrucción en Corea y Taiwán. Garvey tenía un negocio en mente, y lo único que le faltaba determinar era el país hacia donde apuntar sus operaciones. En algún momento pensó que sería conveniente invertir en medio oriente, pero la Revolución Cubana y el interés del gobierno de Estados Unidos por reforzar su presencia en la región con la Alianza para el Progreso terminaron acerándolo hacia Latinoamérica. Garvey inició un viaje por los países de la región que tenían disponibles fondos de la PL480 y obtuvo una muy buena impresión de Perú a partir del contacto con Pedro Beltrán (Gyger, 2013, pág. 169).

En 1959 Garvey estableció la empresa *World Homes* en Wichita (Kansas), y poco después fue habilitado por el Banco que administraba los fondos de la PL480 para administrar 140 mil dólares como parte inicial de un proyecto de setenta y dos viviendas en Perú. World Homes envió a Howard Wenzel para organizar una empresa subsidiaria que se llamaría Hogares Peruanos. Garvey había elegido como arquitecto local a Ernesto Aramburú, pensando que al haber trabajado dentro del municipio de Lima facilitaría la obtención de los permisos necesarios. Construyeron una casa modelo con el financiamiento de la Universidad de Wichita y vendieron rápidamente el primer grupo de casas, aunque tuvieron que realizar algunas reparaciones constructivas que pagaron entre Aramburú y el constructor (Gyger, 2013, pág. 171).

Las tipologías seguían el modelo de la casa que crece de Santiago Agurto, con un núcleo inicial de reducidas dimensiones que se podía ampliar gracias a las posibilidades que brindaba el uso de losas planas para construir en altura.

Luego de esta primera experiencia, Hogares Peruanos comenzó a articular diferentes fuentes de financiación internacional, que incluía los fondos de la PL480, del Banco Interamericano de Desarrollo y de un fondo para construcción de viviendas de USAID. El próximo objetivo era la construcción de dos nuevos barrios. Un emprendimiento especulativo, de mayor rentabilidad, orientado hacia la clase media alta llamado Sol de Oro, y un segundo emprendimiento que había sido solicitado específicamente por los miembros de una mutual de ahorro después de visitar la casa modelo construida por Hogares Peruanos.

Pese a que apuntaban a diferentes mercados, ambos emprendimientos se ubicaban al norte de la ciudad, en el mismo sector de la periferia, a un costado de la ruta panamericana que comunica Lima con el norte del país. Estaban separados entre sí por un pequeño cerro.

Al responder a distintos intereses ambos conjuntos siguieron un proceso muy diferente. En el caso de Sol de Oro, fue acompañado con una campaña publicitaria que hacía hincapié en el estilo de vida de la familia blanca norteamericana. Todas las decisiones parecían estar orientados en esa dirección. Por ejemplo, Helen Gyger destaca que los nombres de las calles y los prototipos de vivienda respondían al clima de la carrera aeroespacial que se vivía en la década del sesenta, con esa ambigüedad que se daba entre la industria bélica y la exploración del espacio. Con respecto a los nombres de las tipologías de vivienda, Gyger comenta:

“Explorer y Discoverer eran reconocidos programas de exploración espacial, aunque el último tenía cercanía con actividades de la CIA; Atlas era una plataforma de lanzamiento espacial que servía también para misiles intercontinentales, mientras que Polaris era un misil nuclear liso y llano” (Gyger, 2013, pág. 174).

Como parte de la estrategia publicitaria, utilizaban el logo de la Alianza para el Progreso en sus anuncios y consiguieron que el senador Robert Kennedy visitara el barrio en 1965.

Por otro lado, Villa los Ángeles, al no perseguir un objetivo especulativo tuvo una presentación, y un desarrollo, más humilde. No era, precisamente, un emprendimiento filantrópico sino político. Buscaba extender el modelo de propiedad individual del *home-owner* americano hacia sectores de menores ingresos, mientras a su vez, demostraba que las tomas de tierra no eran la única alternativa para las mutuales. Además, y tal como decía Howard Wenzel, era un paso más en la competencia contra el comunismo¹⁶¹.

Incorporación de la autoconstrucción

A principios del sesenta Garvey y Wenzel comenzaron a familiarizarse con el tema de la autoconstrucción (*self-help*), y consideraron apropiado aplicarla en el proyecto de Villa Los Ángeles. Wenzel consideró que la persona indicada para desarrollar el trabajo era John Turner. Éste inició un estudio de mercado entre los futuros pobladores de Villa Los Ángeles junto a Eduardo Soler, el antropólogo que había trabajado en el proyecto de Paramonga. A partir de ese estudio, Turner estableció una estrategia de desarrollo progresivo. Todas las viviendas estaban pensadas para el crecimiento, tal como había propuesto Santiago Agurto en el concurso del diario *La Prensa*. La única innovación era que el 25% de los integrantes de la mutual, que no podía aportar mucho más que su mano de obra, recibirían un núcleo básico sin terminaciones, en estado de obra gruesa. Era un antecedente de las unidades de “provisión mínima” de Ciudad Bachué, donde no sólo se ahorraba dinero en la cantidad de locales habitables sino que se sacrificaba además parte de su habitabilidad, ahorrando en tareas básicas de la construcción que quedaban a cargo de los mismos residentes.

El 75% restante de los integrantes de la mutual pagarían por una vivienda completa, variando la cantidad de locales según sus posibilidades económicas. El núcleo básico tenía dos dormitorios y un estar comedor, mientras en el exterior se ubicaba un baño y una cocina ramada, que era una innovación tipológica de los arquitectos peruanos de mitad de siglo.

Tal como constataría Edgard Piñeiro en sus proyectos de vivienda rural para el litoral argentino, en Perú también existía el hábito de cocinar en espacios abiertos, por lo cual, los arquitectos peruanos lo tomaban como una oportunidad para reducir los montos de la construcción¹⁶². Se instalaba la cocina en el patio, sin cerramientos laterales, pero con un techo o cañizo para mitigar las inclemencias climáticas y delimitar el recinto.

Teniendo en cuenta que parte de las tareas de construcción quedaban a cargo de las familias, y considerando que el conjunto quedaba en la periferia, Turner proponía instalar una bloquera (taller de producción de bloques de mortero cementicio) para facilitar la provisión de materiales y generar puestos

¹⁶¹ Nancy Kwak comenta que dentro del gobierno de Estados Unidos había ciertos resquemores con respecto a que los fondos de la PL480 se usaran para la construcción de vivienda para sectores de clase media, preferían orientar la ayuda hacia la población de menores ingresos, donde se suponía existía mayor nivel de conflictividad (Kwak, 2015).

¹⁶² Cuando Emilio Pradilla describe estos recursos que terminan comprimiendo al máximo los espacios y reduciendo ingeniosamente los costos los describe como “*la ingeniosidad pedante de los tecnócratas y sus técnicas, y la ingeniosidad del instinto de conservación de los usuarios*” (Pradilla Cobos, 1987).

de trabajo en la zona. Algo similar a lo que propondría Christopher Alexander en el Builder's Yard de Mexicali (Figura 46).

El emprendimiento de la bloquera, que nunca llegó a realizarse, debe entenderse como continuador de sus ideas con respecto al abordaje integral del hábitat, que pretendía alejarse de la concepción vivandista. Buscaba entender el alojamiento como parte de un proceso integral. En lugar de concebir el alojamiento humano como la provisión de un techo, sabía tal como Geddes, que las condiciones habitacionales mejoran con las posibilidades laborales de las personas.

El proyecto urbanístico

El conjunto general, además de viviendas incluía solamente estacionamientos y una espina central de espacios verdes. Esta espina central de circulación peatonal retomaba el espíritu de sus primeros trabajos para Oficina de Asistencia Técnica de Arequipa, donde por ejemplo, en la Urbanización Mariano Melgar había propuesto mejorar las calles incorporando árboles en los laterales. En el caso de Villa Los Ángeles, ante la escasez de recursos para urbanizar, Turner limitaba la circulación vehicular a los laterales del conjunto, dejando en el interior una pequeña circulación peatonal de reducidas dimensiones rodeando un parque verde. Dado que el terreno tenía forma trapezoidal, el parque interior se conformaba como una sucesión de plazas triangulares (Figura 11).

En la actualidad, estos espacios han sido completamente enrejados de un modo aún más violento que en Ciudad Bachué, el proyecto de desarrollo progresivo del ICT de Colombia. La tendencia a la delimitación del espacio público es tan fuerte en Villa Los Ángeles que los ingresos peatonales y las pocas calles que atraviesan el conjunto tienen rejas y seguridad privada controlando el acceso. Uno de los tantos excesos que se cometen en las ciudades latinoamericanas en la búsqueda de mayor seguridad.

Se tenía pensado construir las infraestructuras y la parte inicial de las viviendas en un año, dejando dieciocho meses para completarlas mediante autoconstrucción, pero el inicio de la obra fue retrasado una y otra vez por demoras en el complejo sistema de aprobación del proyecto y de los desembolsos. Los empresarios, atados a los tiempos y los procesos burocráticos de las agencias internacionales llegaron a contemplar la posibilidad de conformar su propia mutual, tal como había hecho el Padre McLellan a fines de la década del cincuenta. (Ver el apartado *Bloques o casitas, la discusión de fondo*).

A principios del año 1963 el clima de optimismo con respecto a la relación de beneficios mutuos entre las agencias internacionales, los gobiernos y los empresarios comenzaba a reflejar algunas tensiones. Desde principios de los años sesenta, Estados Unidos buscaba convertir a Perú en un ejemplo para la región, pero en 1962 el golpe de estado que impidió el ascenso de Raúl Haya de la Torre, ponía en duda la legitimidad del vínculo. Sin saber exactamente el rumbo que tomaría la cúpula militar, Estados Unidos suspendió temporalmente la ayuda y cuando volvió a habilitarla lo hizo reduciendo los montos.

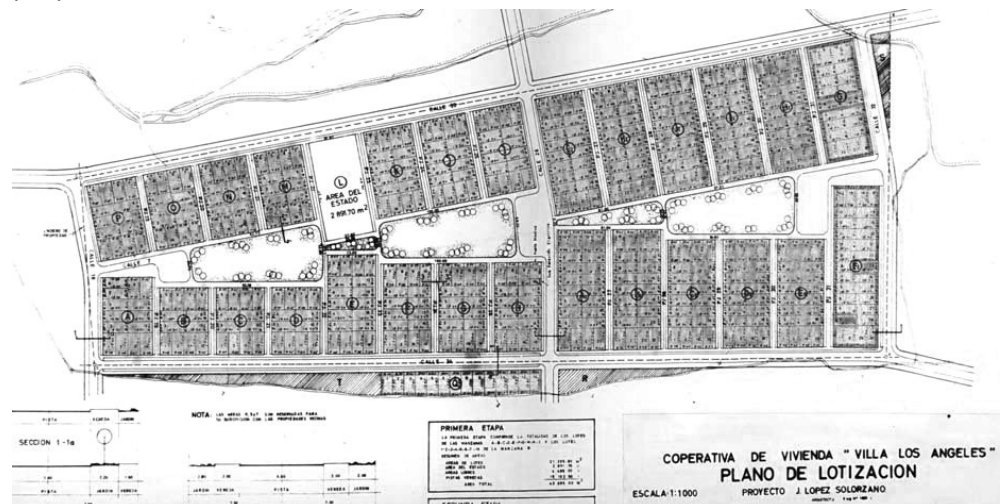
Por su parte, Wenzel había comenzado a investigar otras posibles soluciones de vivienda, llegando a encargarle a Leonard Oboler un modelo de vivienda cáscara (Gyger, 2013, pág. 179). Ante el clima de incertidumbre general, en 1963 Hogares Peruanos decidió recortar un aspecto que consideraba problemático: la participación de los usuarios. Wenzel se había enterado del fracaso del proyecto de autoconstrucción que desarrollaba Turner en Paramonga, y quizás esa noticia influyó a la hora de decidir abandonar la autoconstrucción. Probablemente, Wenzel no quería arriesgarse a reproducir las dificultades administrativas que atravesó el proyecto de Paramonga.

La construcción de las viviendas

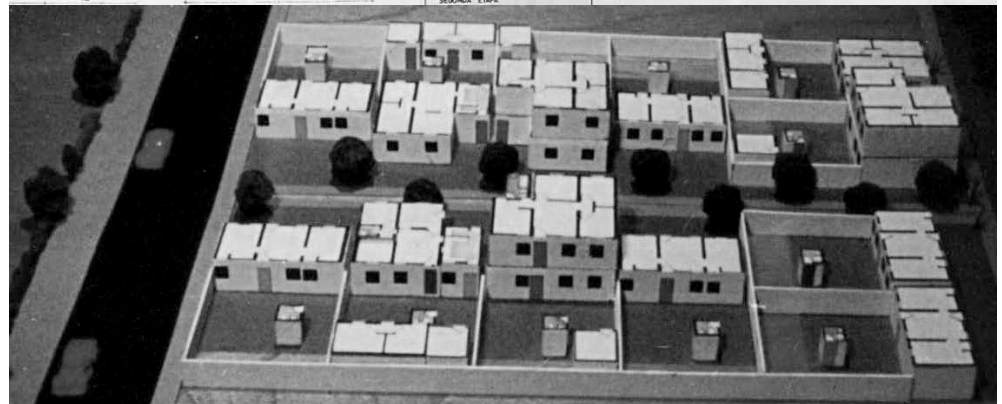
Una vez eliminado el componente de autoconstrucción que tenía el proyecto de Villa Los Ángeles, la relación entre Hogares Peruanos y Turner ya no tenía mucho sentido, por lo que la empresa decidió encargar el proyecto de las viviendas a otros estudios de arquitectura, pero manteniendo el plan urbanístico de Turner.

En 1964 se inició la construcción de las viviendas, que se desarrolló muy lentamente hasta la década del setenta. En ese último tramo de la década de los sesenta, la relación entre el gobierno de Perú y los Estados Unidos se había tensado notablemente a partir de una serie de conflictos con la International Petroleum Company (IPC), una subsidiaria de la Standard Oil de New Jersey. En ese contexto, la compañía Hogares Peruanos dio por finalizado el proyecto de Villa Los Ángeles, luego de construir 450 viviendas de las 500 proyectadas.

Villa los
Ángeles. Plano
de loteo
realizado por
Turner.



Villa los
Ángeles.
Maqueta de
una manzana
elaborada por
Turner, donde
cada vivienda
muestra
diferentes
instancias de
crecimiento.



Turner, J.(1961) Villa Los Ángeles [Anteproyecto]. Se construyó respetando el planteo urbanístico, pero alterando las tipologías de vivienda propuestas por Turner (Gyger, 2013).

Figura 11 Villa Los Ángeles (proyecto de Turner)

Pese a que las tipologías no tenían en cuenta la participación del usuario, ni en la elaboración del proyecto ni en la construcción, las viviendas comenzaron a ampliarse apenas fueron habitadas.

En la actualidad, es imposible reconocer las tipologías iniciales. Las casas tienen entre dos y cuatro plantas, preservando el uso residencial alrededor del espacio público, y mezclándose con diferentes tipologías comerciales que superan la escala barrial como hoteles y locales bailables en las vías laterales, dada la cercanía con la ruta panamericana. Las viviendas con techo plano y el retiro verde del frente,

facilitaron las transformaciones hacia la calle y sobre la terraza. En cierto modo, el conjunto de Villa Los Ángeles demuestra una hipótesis que Turner desarrollaría posteriormente. No era necesario planificar ni administrar la participación. La gente, simplemente, transforma su ambiente cuando cuenta con los recursos necesarios y cuando lo permite la normativa o la laxitud en su aplicación.

Reflexiones finales sobre Villa Los Ángeles

Al analizar el ejemplo de Villa Los Ángeles puede constatarse el modo en que la participación del usuario puede ayudar a diversificar el mercado de la vivienda. Se introducen al mercado viviendas más económicas, para abarcar a familias de bajos ingresos. Esa ampliación de la oferta se produce en base al trabajo que puede realizar la familia para completar la vivienda. No solamente en cuanto a la construcción de nuevos locales, sino además, en cuanto al nivel de terminación de la vivienda, dado que la obra se entrega sin terminar. La noción de desarrollo progresivo permitió incorporar al mercado una opción de vivienda más económica que las permitidas por las normativas basadas en estándares modernos. Con lo cual, el abandono de la normativa prescriptiva posibilitaba, antes que nada, una diversificación del mercado.

Las empresas, que antes podían apuntar solamente hacia las clases altas, ahora podían llegar a las clases bajas, que terminarían sus viviendas aportando trabajo propio. Tal como notaba Hans Harms cuando hablaba de la autoconstrucción (Harms, 1988), las ideas de Turner van en sintonía con un cambio en la modalidad de producción. Después de todo, uno de los defectos que tenía el sistema de producción fordista, en general, era la estandarización del producto. La arquitectura participativa ayudaba a diversificar la producción de viviendas.

Otro aspecto importante para mencionar con respecto al legado de este conjunto es el modo en que la participación y el intercambio entre el arquitecto y los residentes permiten llegar a soluciones innovadoras. Más allá del ahorro que produce con el involucramiento del usuario en tareas constructivas, hay que destacar el proceso de hibridación que se producen al abordar participativamente el diseño de las tipologías. Dentro de la arquitectura participativa existe un potencial latente, que tiene que ver con la innovación tipológica. El intercambio fluido entre el arquitecto y el “usuario” permite superar los preconceptos de uno y otro.

La participación busca evitar que la arquitectura se convierta en la imposición de las ideas del arquitecto sobre la vida cotidiana de las personas, pero también permite cuestionar algunas soluciones espaciales que, arraigadas en la cultura popular, presentan algunas desventajas. Un ejemplo de ello puede verse en el diseño de cocina exterior que realizó el equipo multidisciplinar de Edgard Antonio Piñeiro, donde se mantuvo la tradición popular de cocinar con leña tratando de contrarrestar sus efectos perjudiciales para la salud.

Para llevar a cabo un proceso de diseño participativo es necesario cuestionar tanto los estereotipos espaciales que abonan los arquitectos como los estereotipos espaciales que habitan en el inconsciente de los futuros residentes. El arquitecto incorpora todo un repertorio de soluciones espaciales consagradas a partir de su formación en las academias, mientras las personas que no siguen un proceso de formación académica, van consolidando un imaginario estereotipado a partir de la experiencia cotidiana, la tradición y los medios de comunicación. Estos dos imaginarios no son necesariamente antagónicos y cada uno presentará ventajas y desventajas según el proyecto y su contexto. El verdadero desafío está en saber complementarlos para aportar a una arquitectura de constante superación.

Con esto no se pretende orientar la arquitectura participativa hacia el esnobismo ni a la devoción por las novedades tipológicas. Solamente se busca destacar el poder que tiene la arquitectura

participativa para aportar soluciones cada vez más ajustadas a los problemas que intenta resolver. Mientras los estereotipos espaciales pretenden responder a distintos interrogantes con una misma respuesta, depurada y consolidada a lo largo de los años, la arquitectura participativa permite generar respuestas específicas orientadas a las particularidades de cada caso. Nadie niega que exista cierta sabiduría en las respuestas consagradas, pero es necesario superar la tradición moderna que buscaba acomodar la realidad, hacerla encajar, en los esquemas racionales existentes. La participación, se abre como una aceptación de lo diverso y lo complejo.

En tercer lugar, cuando Turner pretendía instalar una bloquera, estaba pensando en un “usuario” que es algo más que el “usuario”, superando ese personaje abstracto que se limita a cumplir las funciones que el arquitecto ha escrito sobre los diferentes locales dibujados en los planos. Es una persona con todas sus particularidades, sus preferencias y necesidades. Es alguien que necesita trabajar, modificar su hábitat, trasladarse diariamente. Con lo cual, el diseño de viviendas se vuelve más complicado. Al considerar las preferencias particulares de los usuarios, ya no se trata de encontrar la tipología de vivienda ideal para multiplicarla por el número que permita el presupuesto. Y además, para tener en cuenta las condiciones de vida de los usuarios, la arquitectura no puede plantearse como una escenografía hueca, como un mundo autorreferencial de los arquitectos, sino que deberá aceptarse como un proceso, en constante evolución, inevitablemente atado a los procesos económicos y sociales que lo sostienen.

La arquitectura participativa hace evidente un trasfondo político del espacio que muchas veces se olvida en la formación de los arquitectos: el ambiente humano está impregnado indisolublemente de procesos políticos. Cuando la arquitectura se construye de espaldas a esos procesos, queda condenada al fracaso. Por supuesto, este abordaje holístico no es novedoso, lo planteaba Patrick Geddes en el siglo diecinueve, pero encuentra un momento de auge a partir del cuestionamiento a los conjuntos modernos de vivienda. Dentro de esa postura crítica de mitad de siglo, Turner ocupa un rol fundamental.

En la evolución del proyecto de Villa Los Ángeles se puede identificar un error frecuente dentro de la arquitectura participativa: la idealización de los valores comunitarios. En realidad el problema no es el rescate y el fomento de las dinámicas colectivas por sobre el individualismo reinante en las sociedades capitalistas, el error es pensar que se pueden generar (y mantener) sólo a partir de la arquitectura. A veces los diseñadores piensan que un espacio colectivo puede adquirir una dinámica y un cuidado grupal con el sólo hecho de dibujarlo en el plano. El espíritu comunitario es muy difícil de generar y conservar en una sociedad donde los demás factores de sociabilidad apuntan al individualismo y la competencia.

Esta idealización de los valores colectivos puede notarse en Villa Los Ángeles al igual que en Ciudad Bachué, en la intención de generar patios comunales, que con el pasar del tiempo terminan enrejados. Dejan de integrar el sistema de espacios abiertos de la ciudad, para convertirse en enclaves para uso de un grupo reducido de personas. Incluso cuando esas personas le dan un uso intensivo, no hay que olvidar que todo espacio público, abierto, tiene un costo muy alto para la ciudad. Son terrenos sin edificios, recesos en el tejido, y por lo tanto, extienden la mancha urbana de la ciudad.

Los edificios que no se pueden edificar en el interior de la ciudad se terminan construyendo afuera, generando un costo para todo el municipio que debe extender los servicios de transporte, electricidad, cloacas, desagües, etcétera. Si cada espacio público de la ciudad implica un costo para todos sus habitantes, resulta lógico exigir que todos puedan utilizarlo.

Algunos arquitectos ambientalistas han comenzado a destacar los beneficios que ofrecen los espacios verdes, tanto públicos como privados, en cuanto a la sustentabilidad general de la ciudad.

Evidentemente los espacios verdes ayudan a generar un microclima agradable, recircular el aire, retener agua de lluvia, etcétera, sin importar quienes lo utilizan. Son un aporte al ecosistema urbano ya sean públicos o privados. Sin duda, estas investigaciones constituyen un aporte fundamental siempre y cuando no funcionen como una coartada para seguir construyendo espacios verdes de uso restringido. Las ventajas de los espacios verdes privados no debería ocultar la necesidad de brindar espacios públicos que permitan desarrollar actividades que beneficien al conjunto de la ciudad, como por ejemplo, favorecer la integración social.

Por otra parte en Villa Los Ángeles puede notarse un error que parece trascender la arquitectura participativa. Es una concepción errónea propia de la disciplina. Los arquitectos tienden a asociarle al proyecto arquitectónico, cualidades que dependen de otros factores. Sobredimensionan el poder del “buen diseño” y le atribuyen transformaciones que en realidad, al estudiarlas en profundidad, dependen de otras variables. El ejemplo más extremo es el determinismo espacial que cree que la arquitectura puede transformar, por si misma, las condiciones de vida de la gente. Pero este determinismo tiene expresiones más sutiles, como aquellos que piensan que el diseño determina el éxito o el fracaso de una institución o espacio público. Por más que pueda contribuir o dificultar su desarrollo, nunca en la medida que los arquitectos suponen. Aún más importantes que los factores asociados al diseño son aquellos relacionados con las dinámicas urbanas, donde se entremezclan factores de localización, economía y de la política normativa. Para los arquitectos como Agurto, y también Turner durante los sesenta, era importante que la tipología de vivienda permitiera el crecimiento. Pero habría que reconocer que este factor estaba sobreestimado. Las viviendas de Villa Los Ángeles se diseñaron sin un plan explícito para realizar ampliaciones y sin embargo crecieron lo mismo. Seguramente, un buen diseño puede facilitar o dificultar el crecimiento, pero en el caso de Villa Los Ángeles las casas crecieron siguiendo las dinámicas urbanas y sin respetar las condicionantes del diseño (Figura 12). Como la ciudad creció rápidamente el conjunto ya no formaba parte de la periferia, quedó integrado a la ciudad, se densificó y sus calles más accesibles se llenaron de equipamientos que superaban la escala del sector aprovechando la cercanía con la ruta panamericana.

Así mismo, se podría destacar que el diseño, como actividad proyectual, muestra diferentes grados de perennidad. Tal como observaba Charles Abrams en los asentamientos, el tejido puede cambiar constantemente pero el trazado se mantiene. La tipología de vivienda inicial de Villa Los Ángeles es irreconocible, por el contrario, el trazado urbanístico no sólo se mantiene sino que condiciona todo el desarrollo. La persistencia de las decisiones urbanísticas puede notarse cuando la tipología de vivienda se conserva sólo alrededor de los patios, en el corazón del conjunto, mientras en las calles laterales se reemplaza la función residencial por equipamiento comercial.

Con respecto a las cuestiones administrativas, el caso de Villa Los Ángeles permite poner en tela de juicio todo un cúmulo de apreciaciones con respecto a los procesos administrativos de la arquitectura participativa. Por un lado, es cierto que la participación complejiza el proceso de gestión necesario para construir un edificio. Esto no es ningún secreto, lo complejiza del mismo modo que complejiza el proceso de diseño. En lugar de ser un proceso lineal desarrollado por una persona (o por un grupo reducido), exige la interacción de diversos actores con intereses contrapuestos. Con lo cual, se atraviesa un camino errático, imprevisible, con múltiples idas y vueltas. La participación pone en duda el supuesto determinismo de la arquitectura, herencia renacentista, que pretendía materializar hasta en sus más mínimos detalles, las ideas de los arquitectos. Ya no se trata de imponer una idea estática perteneciente al plano intelectual, sobre la realidad viva y dinámica del ambiente.

Cuando Wenzel decidió abandonar el componente participativo del conjunto de Villa Los Ángeles, lo hizo temiendo que la participación genere más imprevistos de los que ya tenía por depender de un circuito de financiación complejo. Cuando la participación se implementa desde arriba, previendo los resultados a los que se quiere llegar, requiere un seguimiento riguroso y demandante. Cuando Turner no pudo ejercer ese tipo de control, como en el caso de Paramonga, se multiplicaron los problemas. A raíz de estas experiencias negativas, Turner se alejó de los esquemas de participación guiada desde arriba. Comenzó a abogar por un máximo de la libertad para el usuario, es decir, facilitar los elementos necesarios para que la gente pueda construir según su propio criterio, sin el tedioso control de los técnicos. Era una manera de brindar mayor libertad a la gente, pero también permitía alejarse de una fuente de problemas administrativos.

La participación es débil frente a la inestabilidad política, no puede depender de algún funcionario o de un programa específico, tal como puede verse en el proyecto desarrollado por Filipe Balestra y Sara Göransson en la India. Por el contrario, Turner buscaba liberar a la gente de la injerencia de los técnicos. Cuando la gente disponía de los elementos necesarios para construir sus viviendas, sabía hacerlo muy bien y mejoraba, con su aporte, la calidad general del ambiente. Esta delegación de responsabilidades generaba un triple beneficio: por un lado, los técnicos dejaban algunos aspectos administrativos en manos de los usuarios; por otro lado, cada vivienda respondía adecuadamente a las cambiantes necesidades de la familia que alojaba; y finalmente, la diversidad de las tipologías generaba ambientes con una agradable diversidad y cargados de vitalidad.

También es cierto que la participación permite ahorrar conflictos futuros. Al reducir los “desajustes” de los que hablaba Turner, hay un mayor nivel de apropiación de los edificios construidos por parte de los residentes. La gente tiene mayor tolerancia a los errores de la arquitectura cuando ha formado parte de las decisiones que los determinaron. En un giro pragmático, puede decirse que se invierte tiempo y energía en el proceso de gestación de la obra para evitar conflictos futuros cuando la obra ya está construida. La participación estira los plazos administrativos y de diseño, pero facilita el uso, la apropiación y el mantenimiento. Cuando los residentes se involucran en la gestión del proyecto, comprometen tiempo y esfuerzo para tratar de que las obras se construyan, se usen y se cuiden.

Es una visión que sirve a dos objetivos muy diferentes. Va en contra de la arquitectura como imposición, lo malo es que además va en contra de la vivienda como derecho. Esta segunda versión plantea que, pese a ser un derecho, la gente tiene que procurarse la vivienda por sí misma. Implica una concepción de la participación que se asocia perfectamente a una frase insignia de los defensores de la meritocracia: *“La gente sólo sabe apreciar lo que se ha ganado con el sudor de la frente”*.

El caso de Villa Los Ángeles no es suficiente como para determinar cuál de estos intereses es el que predomina en la visión de Turner. Mientras Rod Burgess y Emilio Pradilla destacan los aspectos conservadores dentro de su teoría, Colin Ward rescata su aporte para mejorar el alojamiento de los sectores sometidos por las estructuras verticales del Estado y el mercado.

Este capítulo no pretende sacralizar ni condenar las ideas de Turner, simplemente permite contemplar cuáles fueron sus aportes con respecto a la participación en arquitectura, relacionándolos con el contexto de la época. Frente a un abordaje simplista de la arquitectura participativa, este trabajo estudia sus raíces teóricas contemplando sus ambigüedades y sus contradicciones. No se trata de adherir a una modalidad antagónica al ejercicio convencional. La arquitectura participativa no es una burbuja colectivista aislada de la arquitectura convencional. A lo largo de este trabajo se hace evidente que se encuentra atravesada por los mismos procesos culturales que transforman la arquitectura en general. A

partir de la lectura histórica y contextual que propone este trabajo resulta más fácil realizar un juicio sobre los alcances y las limitaciones del legado de Turner hacia la arquitectura participativa. En todo caso, corresponde al lector comenzar a preguntarse cómo potenciar los factores que considere positivos y cómo contrarrestar los defectos de la propuesta teórica de Turner. No ya como una manera de adherir o cuestionar la arquitectura participativa sino para contribuir a la construcción del ambiente en general.

Villa los
Ángeles en
1965. En el eje
central
pueden
notarse los
espacios
públicos
trapezoidales.



Villa los
Ángeles en
1969.



Villa los
Ángeles en
2008.



Hogares Peruanos (1964) Villa Los Ángeles [Urbanización]. Lima, Perú (Gyger, 2013).

Figura 12 Villa Los Ángeles (Desarrollo progresivo)

Capítulo 3: John Habraken. De la participación a la customización de la vivienda

“En la obra en movimiento, como en el universo einsteniano, negar que haya una única experiencia privilegiada no implica el caos de relaciones, sino la regla que permite la organización de las relaciones [...] El autor ofrece al usuario, en suma, una obra por acabar: no sabe que la obra llevada a término será, no obstante, siempre su obra, no otra, y al finalizar el diálogo interpretativo se habrá concretado una forma que es su forma, aunque esté organizada por otro de un modo que él no podía prever completamente, puesto que él, en sustancia había propuesto posibilidades ya racionalmente organizadas, orientadas y dotadas de exigencias orgánicas de desarrollo [...] Aparecen siempre como ‘obras’ y no como un amontonamiento de elementos casuales dispuestos a emerger del caos en que están para convertirse en una forma cualquiera” (Eco, 1962/1992, pág. 43).

Recuadro del investigador autorreferencial: la arquitectura como coordinación

En cuarto año de la facultad, cursé Arquitectura con un profesor que pese a ser bastante joven se había ganado fama por ser muy buen docente y con una óptica progresista. Como siempre pasa, en la última clase previa a la entrega todos nos acumulábamos para obtener al menos una última corrección por parte del docente. Ahí estábamos con mi compañero de grupo, mal dormidos, con mucho calor, formando una fila eterna detrás de varios grupos que esperaban para que el docente los vea. Adelante nuestro, esperaba también un grupo de chicas cuya maqueta cautivaba la mirada del resto. Era un proyecto realmente muy disonante con respecto al resto de los trabajos. Todos trabajábamos con el mismo programa: una escuela, en un mismo terreno en desnivel que ocupaba tres cuadras del barrio Bella Vista. Sin embargo nadie había tomado un partido similar al que habían hecho estas chicas. Eran recursantes, unas chicas más grandes, que habían ubicado tres edificios totalmente distintos en cada una de las manzanas. En la primera había un edificio similar a una villa palladiana, en la segunda manzana ubicaron un claustro que materializaba los bordes de la manzana, y en la última cuadra pusieron dos bloques que atravesaban todo el terreno en diagonal. Todos mirábamos el proyecto y nadie se animaba a preguntar nada. A mí me intrigaba cómo haría el profesor para corregirles, cómo poder hacer una crítica sin herir sus sentimientos. Habitualmente en esas instancias no hay tiempo que perder, las observaciones se expresan de manera muy frontal, sin ambigüedades. En este caso se trataba de un profesor que se caracterizaba por ser comprensivo y por tener muy buen trato con los alumnos, no las dejaría libres sin buenos argumentos, ni se atrevería a reprenderlas en público. Evidentemente éramos muchos quienes nos preguntábamos lo mismo, porque cuando llegó el turno de corregirlas, todos nos amuchamos alrededor de la maqueta. El profesor permaneció mirando el proyecto más de un minuto sin hacer una mueca, casi sin parpadear. Callado, con la mano en el mentón. Yo, que siempre fui un poco inmaduro, estuve a punto de largarme a reír. Pero el docente permanecía serio, concentrado, buscando las palabras precisas. Cuando éstas llegaron describieron la situación con admirable pericia pedagógica. Puso la mano flotando sobre la maqueta, recorriendo las tres manzanas donde se desarrollaba el proyecto y dijo: “Acá hay tres arquitectos. Y, entre ellos, se odian”.

Introducción capítulo 3

La participación, como incorporación de los usuarios en los procesos de gestión, diseño y construcción de la obra de arquitectura, no es en realidad el tema central de la propuesta de John

Habraken. En efecto, su propuesta apuntaba a cambiar la concepción sobre la vivienda colectiva de mitad de siglo, herencia de los primeros C.I.A.M. (Congreso Internacional de la Arquitectura Moderna). La propuesta de los primeros “maestros” modernos puede sintetizarse en un planteo básico: grandes bloques de vivienda asentados sobre el verde. Frente a esta manera de entender la vivienda, Habraken buscaba contraponer la lógica de los tejidos tradicionales, destacando toda una serie de aspectos que la arquitectura moderna había dejado de lado. La participación del usuario como posibilidad de que los residentes construyan parte de su ambiente era uno de los aspectos presentes en la arquitectura vernácula que enriquecían el ambiente construido. Pero sólo un aspecto más. Un aspecto entre otros, como: la posibilidad de cambio en la arquitectura; la variedad formal; la transición de dominio público y privado; la transición de escalas; etcétera.

Es necesario decir que a finales de los sesenta, cuando la participación comenzó a instalarse como un tema principal del panorama cultural europeo, cobró también más importancia en los textos de Habraken. Con lo cual, podemos afirmar que la participación está implícita desde los primeros escritos del autor, sólo que cobra mayor importancia a principios de la década del setenta. En ello parece tener una importancia primordial el impacto del Mayo Francés, pero también el auge de los textos de John Turner, uno de los pocos autores arquitectos que Habraken nombra en entrevistas y discursos. Sería injusto pensar que se montó a la moda de la participación aprovechando el impulso que cobró este tema a partir de Hábitat I. Sin embargo, no es menos cierto que a mitad de los setenta, cuando los textos de Turner alcanzaron gran relevancia, la participación cobró más peso dentro de su propuesta.

Habraken no necesita hacer una justificación política de la participación. Por el contrario, para él la participación es un condicionante estrictamente disciplinar. Era parte de la profesión, por el simple hecho de incorporar múltiples actores en el proceso continuo de la construcción del ambiente. Una verdad fáctica como la ley de la gravedad. Algo inevitable: la gente transforma los conjuntos en los que habita. Ya sea a favor o en contra de lo que el diseñador haya planificado.

Una diferencia con respecto a Turner, es que Habraken no va a perder energías en la argumentación para concentrarse en pulir una propuesta mucho más acabada en cuanto a lo metodológico y lo espacial. En ese sentido, Habraken rescata la participación pero no la vincula con las ideas del anarquismo que Turner había heredado de Geddes. Del mismo modo, va a destacar el tejido “low-rise high-density” sin relacionarlo con la base económica de la ciudad, como hizo Jane Jacobs. Hay en Habraken, una excesiva circunscripción a los límites formales de la disciplina arquitectónica. Dentro de estas fuentes, Turner no va a ser el único que va a influir sobre su visión de la participación. Habría que sumar a Christopher Alexander, Bernard Rudofsky y Amos Rapoport, entre otros autores que hablaban sobre la capacidad creadora de la gente común y la sabiduría milenaria escondida detrás de los ambientes construidos de manera tradicional, sin arquitectos. Sin embargo, mientras algunos arquitectos, como Turner, van a ir disminuyendo el protagonismo del arquitecto dentro del proceso de toma de decisiones de la arquitectura, Habraken va a reservarle un rol fundamental e incuestionable.

Otra diferencia con respecto a Turner tiene que ver con la evolución de sus ideas a lo largo de los años. Mientras Turner, fue enriqueciendo y variando sus ideas sobre la participación, Habraken se destacaba por la constancia. Sus ideas, que paradójicamente buscaban introducir la posibilidad de transformación en la vivienda, van a constituir un discurso estable, que no cambia drásticamente a lo largo de su carrera. Esto puede deberse a que Habraken siempre se mantuvo en un plano conceptual, a veces esquemático, incluso cuando formaba parte de un grupo de investigadores que buscaban insertarse en el proceso de industrialización que atravesaban los Países Bajos. Por esta pertenencia al

ámbito teórico, no dependía de los vaivenes propios que implica llevar las ideas a la materialidad. En lugar de ir reajustando sus planteos en función de los resultados prácticos, Habraken fue profundizando su teoría y aplicándola a diferentes escalas.

La evolución de sus ideas puede leerse como una constante experimentación sobre la fecundidad arquitectónica de unos pocos conceptos. Ideas que nacieron a principios del sesenta como respuesta práctica a la vertiginosa construcción masiva de vivienda estatal y cobraron profundidad en la década del setenta, en la comodidad de los campus universitarios. Allí profundizó aquello que había pensado para la arquitectura de vivienda canalizándolo hacia el ámbito de la ciudad y la experimentación morfológica. Ya a partir de los ochenta abordó el tema de la complejidad de la información a través de la informática.

Desde este trabajo de constante profundización y refinamiento sobre su teoría es que sus escritos, mirados en perspectiva, constituyen un todo coherente. Los conceptos aparecen relacionados y se van retroalimentando mutuamente. Es por eso que en este capítulo, además de repasar el concepto de participación que proponía Habraken -bastante acotado y estricto-, se propone ver cómo la totalidad de sus ideas ayudaron a transformar el concepto más general y amplio de la participación en arquitectura.

Es necesario aclarar que durante el periodo comprendido entre 1965 y 1975 es difícil distinguir las ideas propias de Habraken de las ideas del S.A.R. (Stichting Architecten Research), la fundación para la investigación en arquitectura que dirigió durante diez años. En este capítulo no se profundiza sobre las diferencias entre los distintos profesionales que integraban el S.A.R., por el momento se propone tomar los textos de Habraken como muestra representativa que refleja el pensamiento del S.A.R. como conjunto.

Partiendo del contexto europeo de mitad de siglo, se analizarán: sus principales ideas; algunos ejemplos materializados siguiendo sus propuestas; las críticas que recibieron; sus principales aportes y, por último, una serie de conclusiones con respecto a la participación y los cambios que produce a nivel de la práctica profesional, como así también la concepción política que implica y las transformaciones que posibilita dentro de la tipología de vivienda.

Continuidades e influencia del contexto en la propuesta teórica de John Habraken

El protagonismo de la Juventud

A mediados de los sesenta, Nicholas John Habraken, era apenas un joven arquitecto con poca experiencia práctica. Había publicado un libro de arquitectura que no incluía ni una sola gráfica. *De dragers en de mensen* (1961) era un libro para imaginar en un momento en el que los jóvenes arquitectos se animaban a soñar. En su caso particular, proponía una metodología para abordar la construcción de viviendas como un hecho multiactorial, donde los residentes tenían un rol fundamental.

Es interesante tener en cuenta que, en las traducciones de sus textos hay una reticencia explícita al término “usuario”. Dado que la palabra determina, de por sí, un alejamiento del proceso constructivo, el “usuario” se limita a “usar” la obra. Es decir que, considerando la arquitectura como un proceso, el usuario se incorpora cuando ya está todo construido.

Por el contrario, para Habraken los residentes siempre formaron parte del proceso de conformación de sus viviendas, incluso cuando los arquitectos y los mecanismos burocráticos hacen todo lo posible por impedirlo. Las primeras apariciones de los textos de Turner dentro de la prensa especializada, le daban indicios de que avanzaba por el camino correcto. No tenía experiencia en construcción, pero pronto se convirtió en director del grupo S.A.R. (Stichting Architecten Research, traducida como Fundación para la Investigación en Arquitectura). El texto de su primer libro se fue enriqueciendo en base a los esfuerzos

del S.A.R. por conformar un corpus teórico para abordar proyectos de arquitectura participativa durante la década del setenta.

Para entender por qué un joven de treinta y siete años, sin experiencia en construcción se convierte en líder de una fundación que nucleaba estudios de arquitectura, figuras del ámbito académico, empresas constructoras y de la producción de componentes, hay que lograr situarse en el convulsionado contexto de la década del sesenta. Muchas de las experiencias contraculturales de principios del siglo veintiuno tienen su origen en la década del sesenta, más que restar méritos a estas expresiones actuales, corresponde destacar el carácter pionero de aquella década cargada de cambios y rupturas.

La arquitectura tomaba un color similar a otros campos de la cultura, donde la juventud asumía el protagonismo como nuevo sujeto de la historia. La Guerra Fría sirvió como marco para lograr encuadrar una multiplicidad de conflictos paralelos, que por momentos permanecieron latentes, para estallar posteriormente de manera repentina expandiendo sus repercusiones por todo el mundo.

La Guerra Fría se destaca por ser un conflicto que estructuraba el mundo desde un punto de vista ideológico. Con esto no deben pasarse por alto algunas facetas importantes del conflicto, como por ejemplo: la industria bélica como motor económico, el dominio de los mercados mundiales y la innovación tecnológica. Sin embargo, el componente ideológico parece teñir toda la época, exigiendo un posicionamiento dentro del contexto internacional. Las ideas de los sesenta no eran pensamientos fragmentarios, implicaban una cosmovisión del mundo. De allí que esa década fuera un campo fértil para el pensamiento utópico, para la planificación a grandes plazos y para transformaciones radicales. Algunos sucesos de finales de la década del cincuenta daban la sensación de que las colosales y antiguas estructuras que regían la vida humana podían tambalear, e incluso caer y ser reemplazadas por proyectos inacabados, en estado de gestación y transformación permanente.

La Revolución Comunista China de 1949 y la independencia de las colonias en África comenzada a mitad de los cincuenta ayudan a entender un mundo abierto a grandes cambios. Finalmente, la Revolución Cubana, en la que un grupo de 82 jóvenes se embarcan en un yate para derribar un gobierno protegido por Estados Unidos, permite avizorar que la aparente estabilidad de posguerra recibirá el impulso transformador de una juventud soñadora, ansiosa de protagonismo.

En el ámbito de la arquitectura, esta aparente estabilidad puede notarse en el consenso, y posterior expansión, que recibe la arquitectura moderna durante la década del cincuenta. Los rascacielos de las corporaciones como el Seagram de Mies, el Lever House de S.O.M. y el Panam Building del grupo dirigido por Gropius son una muestra de la adecuación de la expresión moderna a los requerimientos del mercado. Una arquitectura moderna despojada de sus ideales de transformación social, donde las principales búsquedas se concentraban en la fruición espacial que producían las nuevas posibilidades industriales. Surgen así, por ejemplo, las Case Study Houses en la costa oeste de Estados Unidos, creando ambientes de lujo con materiales industrializados.

El rigor y la apariencia calma de esta versión depurada de la arquitectura moderna entraron en conflicto con los primeros cuestionamientos del Team X, un conjunto de arquitectos jóvenes que criticaban los resultados y el funcionamiento de los últimos C.I.A.M.. Los miembros de este grupo habían participado en los C.I.A.M. con un papel secundario. Se trataba principalmente de jóvenes relegados a la sombra de los pioneros, de “los maestros” de la arquitectura moderna.

Dentro de las críticas al funcionamiento de los C.I.A.M., el Team X se enfrentaba a las visiones dogmáticas y a la rigidez en cuanto a la exposición y evaluación de los proyectos. Si bien el Team X

criticaba la vocación universalista de la arquitectura implícita en la Carta de Atenas, retomaba muchos de sus elementos, como por ejemplo los bloques de vivienda.

En ese sentido, es un grupo que propone un cambio en el enfoque, como si se tratara de un cambio generacional. Es por eso que el Team X puede considerarse el antecedente de una serie de grupos de arquitectos jóvenes que convulsionaban el panorama arquitectónico en base a propuestas radicales. Pueden nombrarse grupos como el GEAM (Groupe d'étude d'architecture mobile), los metabolistas japoneses, Archigram, Superstudio, etcétera. Todos ellos se destacan por cuestionar la arquitectura forjada desde los estudios consagrados de arquitectura. Son la expresión de la juventud en un momento en que el panorama cultural del mundo contemplaba perplejo el surgimiento de una juventud con fuertes posturas ideológicas.

Dentro de este contexto general deben destacarse Mayo del 68, el movimiento de Tlatelolco, la primavera de Praga e incluso el Cordobazo, en 1969. Todas experiencias que sintetizan una década de rebeldía.

En el caso específico del Team X, Habraken es continuador tanto de la necesidad de brindar respuestas colectivas para el problema de la vivienda, como también, de su particular sensibilidad por los tejidos históricos. Es necesario destacar esta combinación tan sencilla dado que en algunas propuestas actuales de arquitectura participativa, esta combinación de masividad y respeto por el tejido se desdibuja.

Probablemente, la magnitud del problema desde el punto de vista del derecho a la vivienda, impide abordarlo correctamente a nivel urbano. La participación en vivienda se contempla como una “lucha por la casa propia”, enfatizando la propiedad individual por sobre la construcción, la redistribución espacial y el re-uso de la ciudad. Esta concepción del problema desentendido de la lógica colectiva de la ciudad conduce a la multiplicación de viviendas individuales en lotes mínimos que tardan décadas en consolidar un tejido con características de barrio.

La arquitectura del grupo GEAM tiene mayor influencia en las propuestas específicas de Habraken por su tendencia a considerar la arquitectura desde el cambio y sus transformaciones. El GEAM, donde destacaba la figura de Yona Friedman, considera la arquitectura como un proceso, pero no se va a concentrar sobre los aspectos antropológicos que condicionan el cambio constante sino en la condición inacabada, incompleta y móvil de las estructuras físicas que van pautando el espacio.

El GEAM precede a grupos de arquitectos como Archigram, los metabolistas y Superstudio, de Adolfo Natalini. Todos ellos profesaban una relación dual con respecto a la tecnología: por un lado evidenciaban una fe mesiánica en las posibilidades industriales, aunque también evocaban una sensación bucólica, e incluso irónica, de un ser humano sumergido en un entorno tecnificado. En los proyectos de Archigram, la tecnología sirve al ser humano en cuanto le permite modificar las condiciones espaciales necesarias a lo largo del desarrollo de su vida. Hay una exaltación de las posibilidades de transformación que permite el ensamblaje de elementos industrializados. Esta didáctica constructiva va a tener continuidad en las propuestas de Habraken y en algunos estudios que trabajan en arquitectura participativa a principios del siglo veinte (ver Recetas Urbanas de Santiago Cirugeda en Barcelona, Basurama y PKMN en Madrid, Matéricos Periféricos en Rosario, Argentina). La arquitectura funciona como una interfaz que puede adaptarse según los cambiantes requerimientos de sus habitantes. La tecnología es, por ende un instrumento liberador, pese a que en muchas ocasiones aparezca ocupando un rol neutro, como las escenografías infinitas y constantes de los fotomontajes de Superstudio.

Habraken destaca esa noción de la tecnología liberadora, sin estridencias, pero abandona el dejo bucólico de las propuestas del grupo de Natalini. Todos estos grupos influyeron en el surgimiento de las megaestructuras, como un tema recurrente a mitad de camino entre la arquitectura y el urbanismo. Principalmente los Metabolistas que planteaban el crecimiento de la ciudad en función de grandes estructuras, como tallos vegetales, donde se insertaban unidades más pequeñas siguiendo una disposición aleatoria.

Las megaestructuras buscaban resolver temas diversos desde centros urbanos, como en el caso de Cumbernault hasta conjuntos de vivienda. Destacando no sólo por su escala sino por este criterio orgánico de crecimiento que divide entre elementos rígidos de difícil transformación y una serie de elementos de mayor dinamismo. Estas características son tan cercanas a Habraken, que Christopher Alexander, cuando analice distintas posibilidades de soluciones colectivas de vivienda incluye a Habraken como un ejemplo de las megaestructuras. Sin embargo, puede verse una clara diferenciación de Habraken con respecto al uso retórico de la tecnología que percibía en sus contemporáneos seguidores de los Archigram y los Metabolistas.

Para Habraken, las utopías tecnológicas no sólo ignoraban las verdaderas condiciones de la industria sino que, además confundían los verdaderos alcances de sus posibilidades. Es decir que, fascinados por las posibilidades técnicas, se olvidaban de preguntar cuáles eran las necesidades de la sociedad y la arquitectura. Con respecto a esto, hay toda una serie de arquitectos que buscan implementar la participación a partir de las posibilidades que brinda la informática y las telecomunicaciones. Tanto ayer como hoy, es necesario preguntarse hasta qué punto las posibilidades que ofrece la tecnología se vinculan a auténticos requerimientos de las personas, y en qué momento comienzan a transformarse en imposiciones tecnológicas. Con lo cual no se busca cuestionar la viabilidad de las propuestas tecnológicas, pero sí advertir que muchas imposiciones tecnológicas prosperan en función de condiciones de mercado favorables, y su viabilidad no significa que constituyan una alternativa de calidad dentro de la arquitectura de vivienda.

Dentro de esta corriente puede destacarse el proyecto WikiHouse de Alastair Parvin, que plantea crear una plataforma abierta en internet que democratice el acceso a la vivienda en base a la descarga de moldes que mediante tecnologías de corte y moldeo informatizado de los materiales, permite construir viviendas en cualquier lugar del mundo, con mano de obra poco especializada. Es una arquitectura que focaliza el problema de la vivienda en el hecho físico del ensamblaje de los materiales, aunque es un enfoque que está más motivado por las posibilidades técnicas de la informática que por los desafíos que atraviesa la población al tratar de conseguir alojamiento digno. Además, es una solución parcial, que no tiene en cuenta los aspectos más conflictivos de la construcción, como la provisión de infraestructuras, las aislaciones, la implantación geográfica, el vínculo con las estructuras físicas existentes, etcétera.

Retomando el contexto de los sesenta, todos estos grupos de jóvenes con posturas utópicas y radicales van a tener una influencia directa, tanto en las ideas puntuales de Habraken como en la gestación del S.A.R. A diferencia de otros grupos, el S.A.R. evitaba toda postura retórica. Mientras los otros grupos salían a la luz mediante un manifiesto o una publicación que planteara sus sueños y aspiraciones, el S.A.R. adopta una actitud pragmática. Este grupo nace inserto en el proceso de producción de viviendas, tratando de resolver una situación conflictiva existente (la monotonía opresiva de los grandes conjuntos de vivienda), adecuándose a las condiciones del contexto (la creciente industrialización de la construcción), pero cambiando radicalmente el enfoque y el rumbo de los

procesos involucrados en la construcción de viviendas. Sin embargo, para terminar de entender el contexto cultural donde se forjan las ideas de Habraken y el S.A.R. es necesario ahondar en su situación geográfica, es decir en las particulares condiciones que experimentaba la arquitectura en la región neerlandesa.

La arquitectura moderna en los Países Bajos

La región neerlandesa tuvo un papel fundamental durante “los años heroicos” de la arquitectura moderna, es decir durante las décadas del veinte y el treinta. Si bien Habraken realiza una serie de críticas contundentes con respecto a la arquitectura moderna – mencionando por momentos a algunas personalidades puntuales como Le Corbusier-, puede notarse que el eje de sus críticas en general se centraba sobre la producción de viviendas a gran escala, posterior a la segunda guerra. Es decir que Habraken criticaba la aplicación masiva y simplificada de los postulados modernos, pero no rechazaba a la modernidad como tal. Frente a esto, en su propuesta puede notarse la continuidad de una serie de características de la arquitectura moderna que alcanzaron pleno desarrollo en el ambiente cultural de los Países Bajos gestado en paralelo a la Primera Guerra.

En esa época, los Países Bajos se encontraban atravesados por dos corrientes arquitectónicas contrapuestas. Por un lado encontramos un grupo de arquitectos conocido como la escuela de Ámsterdam, donde se destacaban Michael de Klerk, Piet Kramer y Johan van der May. Por otro lado, el movimiento integrado por artistas, diseñadores y arquitectos nucleados alrededor de la revista que le da nombre al grupo: *De Stijl*. En esta revista escribieron arquitectos como Mies van der Rohe, El Lissitzky y J. J. Pieter Oud, pero los miembros más constantes del grupo fueron Piet Mondrian, Theo Van Doesburg, Cornelis van Eesteren y Gerrit Rietveld.

Antes de poner el foco sobre las diferencias de estos grupos, es interesante notar una característica compartida por ambos grupos que deviene de las corrientes de fines de siglo. Tanto los arquitectos de la Escuela de Ámsterdam como los integrantes de *De Stijl*, continuaban a los arquitectos del Art Nouveau en cuanto pretendían elaborar una arquitectura nacional de vanguardia, que respondiera a los nuevos medios técnicos que posibilitaba la industria. Medio siglo después, las propuestas del S.A.R. terminaban recuperando esa intención por adecuar la arquitectura al ritmo vertiginoso de la industrialización, y aunque no había una intención de generar un estilo propiamente nacional, la propuesta metodológica respondía específicamente a las condiciones particulares del contexto neerlandés durante la segunda posguerra.

Por otro lado, si bien los historiadores suelen profundizar sobre las diferencias arquitectónicas entre ambos grupos, es necesario hacer una distinción inicial en cuanto a los aspectos urbanísticos. En realidad son diferencias en el modo de abordar el espacio, por lo cual tienen manifestaciones tanto a nivel ciudad, como en el modo de pensar la organización de los edificios. Los arquitectos de la Escuela de Ámsterdam se encontraban inmersos en el proceso de construcción de ciudad, la mayoría de ellos trabajaron en la concreción de los planes de Hendrik Petrus Berlage para la ciudad de Ámsterdam, construyendo una serie de conjuntos de vivienda financiados por el Estado. En estos conjuntos de vivienda puede notarse el respeto por el tejido compacto de la ciudad en paralelo a una concepción del espacio cercana al expresionismo alemán, donde los volúmenes parecen crecer desde adentro hacia afuera. Es una arquitectura que, en líneas generales busca materializar el perfil de la calle, apegada a la línea de fachadas, pero con múltiples hinchazones del espacio interior, en forma de salientes, torres y

disloques que le otorgan diversidad y dinamismo a las volumetrías¹⁶³. Por otro lado, la arquitectura de *De Stijl*, lejos de insertarse en el proceso de producción de ciudad se gestaba a partir de experimentos abstractos. Se apoyaban en las especulaciones teóricas de Mathieu Hubertus Josephus Schoenmaekers que planteaba transformar la vida terrena en función de valores artísticos situados en un plano más elevado. De allí que las propuestas de *De Stijl* flotan en un universo propio, infinito y continuo. Tanto las pinturas de Mondrian, como el mobiliario de Rietveld y las casas ideales de Theo Van Doesburg se construyen en base al ensamble de piezas que van pautando, sin acotar del todo, un campo de acción infinito, sin límites ni centros definidos.

Ante esto, resulta interesante notar que las propuestas del S.A.R. tienden a reconciliar estas dos tensiones espaciales en pugna. Por un lado, el S.A.R. propone recomponer la lógica formal de los tejidos tradicionales tal como hicieron The Klerk y Kramer en el plan de Berlage (ver el apartado *El tejido de la ciudad*); pero a su vez implica una visión del espacio que sigue la misma lógica de los arquitectos de *De Stijl*. Mientras sigue la lógica urbanística de la Escuela de Ámsterdam, el diseño arquitectónico sigue los lineamientos de van Doesburg y Mondrian, partiendo de un continuo infinito que los componentes arquitectónicos pueden pautar y subdividir libremente. Esto puede notarse también en cuanto a la herramienta gráfica. El diseño de los soportes se ayuda de dos imágenes fundamentales: la planta y el corte. En el corte se advierte una intención por recomponer el perfil tradicional de la calle y en planta puede notarse que este perfil se extiende hacia el infinito. La organización en bandas (zonas y márgenes) en la cual se ubican los diferentes componentes arquitectónicos insinúa una extensión lineal al infinito que termina por acentuarse con la superposición de una grilla modulada según dos ejes (la malla tartán de coordinación dimensional) para completar las características del infinito espacio cartesiano.

La escuela de Ámsterdam:

Con respecto a la Escuela de Ámsterdam, hay una cualidad heredada de Berlage que va a continuar a lo largo de la arquitectura Holandesa: la experimentación material. Sus conjuntos de vivienda buscaban alcanzar la mayor expresividad formal y las facilidades de coordinación dimensional que permitía el uso del ladrillo. Pese a ser una técnica artesanal afincada en las tradiciones de los países bajos, los arquitectos de la escuela de Ámsterdam reflejaban una actitud que desafiaba las tradiciones en cuanto a la osadía formal y la precisión milimétrica. Es decir que, si bien era un material tradicional, se utilizaba siguiendo una lógica rigurosa y experimental, digna de la actividad científica.

Habraken también se destaca por mantener una mirada científica que permitía diversidad formal en base a la coordinación dimensional de componentes estandarizados. Mientras la escuela de Ámsterdam se basaba en el ladrillo, Habraken proponía ampliar cada vez más el repertorio de componentes y materiales combinables.

Sin embargo, su abordaje de la técnica merece realizar algunas salvedades. Incluso cuando el S.A.R. buscaba aprovechar al máximo las posibilidades de la industria en cuanto a variedad, coordinación dimensional, agilidad de montaje, posibilidad de transformación, etcétera. Hay que destacar que Habraken afirmaba que *“el problema de la vivienda no es, por su naturaleza, un problema técnico”* (Habraken, 1977, pág. 33). Según su óptica, es necesario partir de las condiciones de vida antes que de las posibilidades materiales. La técnica forma parte de la solución pero no es la incógnita principal.

¹⁶³ Según Alan Colquhoun *“Las formas de la arquitectura tradicional no se abandonaban, sino que más bien se transformaban y se volvían poco familiares”* (Colquhoun, 2005, pág. 110).

Esto es importante porque en el ámbito de la arquitectura participativa existen diversas experiencias que parten de la utilización de un material en especial para aplicarlas en un tema que siempre se muestra desafiante y ávido de soluciones experimentales: la escasez de vivienda para la población de bajos ingresos. Como si, para comprobar la validez de un material dentro de la arquitectura fuera necesario aplicarlo sobre la población de menos ingresos. Hay experiencias que comienzan con una bloquera, la técnica en barro, la caña de bambú, placas y mampuestos de material reciclado, etcétera. Incluso cuando los materiales de cerramiento no son los que tienen mayor incidencia en el presupuesto y en los déficit constructivos de los sectores de menos ingresos, cabe reconocer que todos estos materiales pueden llegar a conformar buenas soluciones de arquitectura, siempre y cuando respondan a una adecuada lectura de las necesidades a dar respuesta en relación a sus condiciones contextuales.

En ese sentido, la experimentación material como respuesta a requerimientos reales, inserto en dinámicas socio-económicas existentes, tal como hicieron los arquitectos de la Escuela de Ámsterdam y el S.A.R., constituye un verdadero aporte a la construcción de viviendas.

Los arquitectos de la Escuela de Ámsterdam se oponían al historicismo, del mismo modo que Habraken se oponía a los grandes bloques de vivienda de la posguerra europea. Más que una encendida crítica teórica se proponía una actitud más reservada, basada en la transformación de la expresión y la lógica constructiva. Mientras los seguidores de Berlage confiaban en el genio creativo del arquitecto para trabajar la piel, el envoltorio, de los edificios, Habraken proponía alterar la lógica del proceso constructivo. Para él la diversidad y la complejidad del edificio no se lograba gracias a la creatividad de un único arquitecto, sino a partir de la coordinación de múltiples actores en el diseño y la construcción.

De Stijl

Tal como se menciona en párrafos anteriores, la principal influencia del neoplasticismo en la arquitectura del S.A.R. tiene que ver con una concepción del espacio como continuo y abstracto. La edición de la obra de Frank Lloyd Wright en Berlín, por la editorial Wasmuth llamada '*Ausgefuherte Bauten Entwürfe und von Frank Lloyd Wright*' influyó en la obra de muchos arquitectos neerlandeses como Willem Marinus Dudok y Theo van Doesburg. De aquella lujosa publicación de la obra de Wright, los neoplasticistas dejaron de lado los motivos naturalistas, cercanos a la arquitectura japonesa y a las pinturas de los pre-rafaelistas, para retomar el concepto de espacio abstracto de los interiores.

En la misma composición de las láminas, Wright buscaba enfatizar la espacialidad continua y neutral combinando en una misma gráfica distintas piezas gráficas u ocupando una pequeña porción exenta de la lámina para acentuar la fuerza del vacío, dos recursos que la revista *De Stijl* también implementaría.

En la arquitectura moderna, el espacio abstracto y continuo se convierte en una de las claves de las propuestas urbanísticas y edilicias. En cuanto a la ciudad, los grandes volúmenes construidos parecen flotar en un espacio continuo, muchas veces sobre-elevados del plano de piso, para acentuar la continuidad, tal como aconsejaba Le Corbusier. En cuanto a la arquitectura, se busca descomponer la caja muraria.

Ya en la arquitectura del Arts and Crafts cada uno de los planos comenzaba a cobrar independencia utilizando empapelados o colores vibrantes. En la arquitectura moderna, la desarticulación de los planos genera una ruptura de la estricta lógica estructural (de trasmisión de cargas) otorgando un componente poético, mágico, y liberador a los espacios. El espacio moderno implicaba, además, una apuesta de transformación y normatividad social. En épocas donde la principal preocupación de arquitectos y urbanistas era mitigar las condiciones de hacinamiento e insalubridad que había producido la

industrialización de las ciudades, el espacio continuo, abierto a la ventilación y la iluminación del exterior, permitiría transformar las condiciones de vida de las grandes masas.

Por supuesto, esta concepción espacial no surge solamente de una especulación teórica, sino que se apoya y se potencia en función de los materiales que habían guiado el proceso de industrialización durante el siglo diecinueve. En base a la construcción de pórticos de acero u hormigón armado, la sociedad industrial había logrado construir edificios de gran escala, acordes a las necesidades de las pujantes burguesías nacionales. La planta libre, insinuada en los croquis de Tony Garnier para la Ciudad Industrial, aparece también en los edificios de la Escuela de Chicago.

Mientras Garnier buscaba mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, los arquitectos de la escuela de Chicago buscaban aumentar las superficies vidriadas de las fachadas y reducir los muros interiores para permitir que la iluminación y la ventilación alcance las profundidades del terreno sin necesidad de construir un patio de luz interno. Con lo cual, podían construir mayor cantidad de metros cubiertos, y por ende obtener mayor rendimiento económico de los metros de terreno disponible.

El espacio continuo moderno no sigue una línea ideológica precisa. Si la búsqueda de una connotación ideológica en el espacio moderno, es compleja, durante la posmodernidad es innecesaria. El espacio fluido y abierto de la modernidad, que reflejaba una nueva era de progreso técnico, queda vaciado de significados durante la posmodernidad. Es un espacio que carece de ideología.

Cuando Habraken escribe contra los grandes bloques de vivienda (en tiempos de la Guerra Fría) hace un esfuerzo denodado por demostrar que es un problema común a todos los sistemas políticos. En realidad, en ese contexto, el adjetivo “todos” es un eufemismo que buscaba matizar la marcada bipolaridad de la época. Cuando describe tácitamente las características de estos conjuntos puede notarse que hace referencias al mundo occidental keinesiano bajo la órbita de Estados Unidos y al comunismo soviético. Las propuestas del S.A.R. no buscaban enrolarse en ninguna corriente de pensamiento a gran escala.

Pese a que en las últimas entrevistas, Habraken señala que se trata de una propuesta eminentemente política, por abordar la relación entre lo público y lo privado, en las primeras formulaciones del S.A.R. se manifiesta como una herramienta neutral. Esa misma neutralidad puede apreciarse también en el abordaje del espacio. Aunque Habraken siempre aclara que el “soporte” no es lo mismo que el “almazón estructural”, su propuesta se ve condicionada a la existencia de una planta libre que posibilite separar estructura y cerramiento. Esto se lograba a través de apoyos puntuales o muros de carga paralelos, pero siempre dejando una luz (espacio libre) continua que permitiera subdividir el interior según los requerimientos específicos de los residentes.

Al igual que en las composiciones que realizara Theo van Doesburg junto a Hans Vogel, el diseño surge de la planta, donde los planos y volúmenes flotan en la extensión infinita del espacio. En el caso de las propuestas del S.A.R. las unidades separables se ubican sobre una trama infinita que atraviesa todo el edificio, proyectándose incluso más allá, por sobre el territorio. Con lo cual, a nivel urbanístico, también continúa una concepción similar a los arquitectos neoplasticistas.

Esto se hace más evidente en las primeras propuestas metodológicas del S.A.R. donde incluso puede verse, en las gráficas, un tratamiento genérico del espacio exterior salpicado de árboles sin ninguna vocación paisajística. En algunas propuestas posteriores, como por ejemplo en *The Grunsfeld Variations* elaborado durante su estadía en el MIT, si bien los espacios exteriores adquieren mayor definición, continúan la disposición lineal cartesiana. Se mantienen una serie de ejes longitudinales infinitos que van organizando la posición de los bloques.

Cuando Alan Colquhoun describe una de las viviendas experimentales realizada por van Doesburg y Cornelis van Eesteren, menciona una característica que también se asocia a las búsquedas del S.A.R.:

"[es una] suma de volúmenes cúbicos maclados que parecen 'crecer' a partir de un tallo o núcleo central [...]. En su organización subyacente, la casa es sistemática, pero en sus detalles es accidental y variable. Esta idea recuerda el lema 'sistema más variedad' de los cuadros de Mondrian" (Colquhoun, 2005, pág. 115).

La lógica del "tallo central" es más aplicable a las propuestas de los metabolistas japoneses que a las ideas del S.A.R., no obstante, se propone rescatar de esta frase esa combinación de la generalidad sistemática y el detalle accidental y variable. La propuesta espacial de los neoplasticistas busca incorporar, prever, un componente nuevo en la arquitectura: el tiempo. Otro historiador de la arquitectura moderna, Kenneth Frampton, ejemplifica esto con una frase del propio Theo Van Doesburg:

"La nueva arquitectura es anticúbica, es decir, no trata de combinar todas las células espaciales funcionales en un cubo cerrado, sino que proyecta esas células espaciales funcionales [...] centrífugamente desde el centro del cubo. De este modo, la altura, la longitud y la profundidad, más el tiempo (es decir, una entidad de cuatro dimensiones) adquieren una expresión plástica completamente nueva en espacios abiertos. De esta manera, la arquitectura logra un aspecto más o menos fluctuante... que contrarresta, por así decirlo, la fuerza de gravedad de la naturaleza" (Frampton, 1981/2002, pág. 147).

Con lo cual, antes de las propuestas del S.A.R., los arquitectos neoplasticistas habían tratado de incorporar el tiempo y la variedad en la arquitectura a través del espacio abierto y continuo¹⁶⁴, combinando "*células espaciales funcionales*" que cumplen una función muy similar a las unidades separables o a los sectores que proponía el S.A.R.. Para profundizar aún más, también pueden encontrarse similitudes en el plano teórico, en el pensamiento que sustenta ambas búsquedas espaciales. La intención de conciliar lo sistemático y lo aleatorio refleja una búsqueda a nivel social que trata de equilibrar la relación entre lo comunitario y lo individual. Por más que esto pueda inferirse analizando características espaciales resulta aún más contundente cuando lo contrastamos con las ideas plasmadas en el manifiesto de *De Stijl* de 1918: "*El nuevo arte ha revelado lo que implica la nueva conciencia de la época: una relación equilibrada entre lo universal y lo individual*" (Frampton, 1981/2002, pág. 144).

En la arquitectura de Gerrit Rietveld esta diferencia entre un espacio universal continuo y los planos flotantes como acontecimientos independientes que expresan la individualidad, se hace aún más evidente que en los experimentos formales de van Doesburg. Esta diferenciación se acentúa por el contraste entre la trama genérica de la estructura y los planos de cerramiento. Esto puede verse en la casa Rietveld Schröder, donde además puede encontrarse una similitud con la posibilidad de transformar los espacios interiores a partir del simple corrimiento de los paneles interiores. Esta posibilidad de transformar la subdivisión de la planta del piso superior, en la arquitectura del S.A.R. se extiende a todo el plano de piso.

¹⁶⁴ Además de las fachadas y los cortes que aparecen en los libros del S.A.R., cuando el soporte cobra mayor definición se incorpora la axonométrica. Al igual que en los trabajos de Theo van Doesburg, esta pieza permite aproximarse al espacio sin destacar ninguna fachada en especial. Es una manera de priorizar la cualidad tridimensional de la arquitectura, pero también la inestabilidad y el cambio. La composición de las fachadas, por el contrario refleja una arquitectura acabada y estática que no se condice con el criterio espacial que compartían los Neoplasticistas y el S.A.R.

Sin adelantarnos al desarrollo de este tema, es conveniente aclarar que, tanto en la casa de Utrecht como en los ejemplos del S.A.R., se responde a un concepto de flexibilidad que no se relaciona tanto con la polifuncionalidad de cada uno de los espacios, sino más bien con la posibilidad de transformarlos a lo largo del tiempo. En los ejemplos que aparecen en los libros de Habraken, los espacios no cambian a lo largo del día, sino que pueden adecuarse a lo largo de toda la vida útil de la vivienda. La variabilidad que propone Rietveld es mucho más dinámica que en las propuestas del S.A.R., e implican medios técnicos más complejos. Evidentemente, en las placas corredizas puede notarse la experiencia de Rietveld en diseño de mobiliario.

Dentro del campo de la arquitectura participativa, la transformación de los espacios se introduce como un requerimiento lógico de las viviendas elaboradas con poco presupuesto. Mucho tiempo antes, las viviendas mínimas expuestas en los primeros C.I.A.M. revelan esa tendencia a la compactación en base a la flexibilidad. La posibilidad de utilizar una misma habitación con diferentes actividades a lo largo del día, permanece en muchas de las propuestas que buscan implementar la participación en contextos de escasez de recursos materiales. A mitad de siglo, la observación directa de los arquitectos sobre los procesos habitacionales de la gente -donde el caso más reconocido es el de John Turner-, también arrojó luz sobre este tema. Para optimizar los espacios, los pobladores de los asentamientos tienden a alterar los usos de un espacio determinado entre el día y la noche. Un mismo local que sirve como dormitorio de los niños durante la noche, se transforma en comedor diario durante el día¹⁶⁵.

Un ejemplo que trascendió como arquitectura participativa, que incluía espacios polifuncionales e incluso la posibilidad de transformar la vivienda a lo largo de su vida útil fue el conjunto de Quinta Monroy de ELEMENTAL en Iquique, Chile (Figura 45). Pese a que este conjunto que se promociona como una invención original, adeuda una multiplicidad de influencias de arquitectura de vivienda en el ámbito de Latinoamérica. En algunas ocasiones, los miembros de ELEMENTAL mencionan las experiencias el PREVI Perú de la década del setenta; no obstante, este tipo de experimentaciones ya venían desarrollándose en Latinoamérica desde mediados de siglo veinte, con una época de notable expansión a partir de las políticas de financiación de la Alianza para el Progreso.

A nivel espacial existen dos similitudes básicas entre el conjunto de Iquique y la metodología del S.A.R.: la vivienda agrupada conformando tiras y los interiores desmaterializados. Si bien el conjunto de Iquique comienza como una serie de torres emergiendo de un zócalo común, con el tiempo el completamiento de los vacíos tiende a generar tiras de vivienda agrupada, rompiendo la lógica afinada en los conjuntos de vivienda de Latinoamérica que prioriza la vivienda individual en lote propio limitando la densidad habitacional. Por otro lado, cuando las viviendas se entregan a los habitantes, los interiores responden a una espacialidad depurada, abstracta y flexible. Es interesante constatar que una vez que los usuarios comienzan a transformar la vivienda, la espacialidad moderna de la tira se consolida, mientras que la espacialidad fluida de los interiores, se desvanece.

La Casa Rompecabezas del colectivo Recetas Urbanas constituye otro ejemplo interesante de arquitectura participativa en la que se aprovecha la espacialidad fluida de las vanguardias de la

¹⁶⁵ A la hora de diseñar un conjunto de viviendas para la Municipalidad de Córdoba que debía responder a los estándares de vivienda económica de un programa del BID, el Director de la dependencia encargada del proyecto afirmó con sabiduría: "*Seamos realistas, nadie vive en cincuenta metros cuadrados*". El resultado fue una vivienda que podía cambiar la disposición de los espacios mediante el traslado de una panelería liviana. Los servicios estaban sobre el costado de la vivienda, cual si fueran una de las zonas continuas propuestas por Habraken y la modulación seguía las dimensiones de los bloques cerámicos. Sin embargo, la participación de los usuarios en la conformación del conjunto era mínima, relegada al incidente doméstico de cambiar de lugar un panel interior.

arquitectura moderna, incorporando también la flexibilidad y la transformación a lo largo del tiempo. Es un ejemplo atípico y experimental, que busca aprovechar la disponibilidad de pequeños solares, potenciando la adaptabilidad de los espacios en base a la construcción colectiva mediante el ensamblaje en vía seca de materiales económicos y de fácil disponibilidad en el mercado.

En comparación con los otros ejemplos mencionados, cabe destacar que las propuestas del S.A.R. responden a una metodología mucho más rigurosa, y sin embargo los espacios alcanzan el mismo nivel de fluidez y dinamismo. Este carácter continuo del espacio, que se acentúa en los interiores, se desdibuja en el planteo urbanístico. En la apariencia exterior de los conjuntos que propone el S.A.R. puede notarse una pérdida de fluidez en pos de conservar el perfil compacto de la ciudad tradicional. Los neoplasticistas preferían disponer los edificios como bloques dislocados, siguiendo diferentes orientaciones para generar una sensación de libertad centrífuga y expansiva. Por el contrario, las ideas de Habraken buscaban recomponer la compacidad de los espacios públicos de las ciudades tradicionales.

La nueva objetividad

Los neoplasticistas y los arquitectos de la Escuela de Ámsterdam compartían la intención por transmitir emoción, libertad y variedad en el exterior de sus edificios. Una cualidad que recuperaría Habraken en el S.A.R. pero utilizando un método totalmente distinto. Mientras el S.A.R. proponía generar variedad mediante la incorporación de los residentes al proceso de construcción, las vanguardias modernas apostaban a la creatividad individual de los diseñadores. Esta evocación de la libertad del arquitecto no duró mucho tiempo. Cuando la industria comenzaba a consolidarse como motor de la reconstrucción económica posterior a la Primera Guerra, algunos críticos y arquitectos comenzaron a cuestionar la estridencia y las excentricidades en un momento en que la sociedad toda hacía un esfuerzo por adecuarse a las nuevas condiciones de vida moderna que imponía la industrialización. Si bien el eje de las críticas se centraba en el expresionismo alemán, la expansión de estas críticas por Europa terminó condicionando el desarrollo de toda la arquitectura moderna. En el panorama neerlandés, comienzan a tomar mayor relevancia las búsquedas de Oud, quien había abandonado sus inicios neoplasticistas para volcarse plenamente a la Nueva Objetividad (*Neue Sachlichkeit*) que surgía desde Alemania. La arquitectura de Oud, resumida en una frase de Bruno Zevi puede ayudar a entender cómo fue la transformación de la arquitectura europea impulsada por la Nueva Objetividad:

“El puritanismo formal de Oud no proviene de una mera elección figurativa. La ideología de un estilo impersonal, de la voluntaria renuncia a toda romántica expresión, de la búsqueda de principios fundamentales que revelen una época colectivista y duramente organizada que implica la supresión de las emociones subjetivas, es propia de la posguerra europea. Es contrapartida, [...] del torbellino constructivista, expresionista y futurista” (Zevi, 1954, pág. 157).

Ahora bien, este abandono de la subjetividad no era solamente una reacción al pasado expresionista sino que también respondía a la necesaria adecuación que realizaba la arquitectura para insertarse plenamente en el proceso de urbanización y construcción de vivienda que requería el capitalismo industrial. Las *Siedlungen* Alemanas son una muestra de ello. En estos conjuntos construidos en los municipios socialdemócratas van a sentarse las bases para la construcción de viviendas a gran escala que perdurarán incluso durante la posguerra a través de los C.I.A.M. Allí puede apreciarse la depuración del lenguaje, la compactación de las tipologías, la reducción de las aberturas y la simplificación de las volumetrías, reducidas a bloques lineales con mínimos acentos en sus remates.

Cuando Habraken busca alejarse de los grandes conjuntos de vivienda puede notarse una crítica directa a la arquitectura heredera de las *Siedlungen*. Resulta irónico que la arquitectura de la Nueva

Objetividad, que para Habraken puede resultar monótona y despersonalizada, durante la década del veinte, perseguía un interés similar a las búsquedas del S.A.R.: adecuar la construcción de vivienda para las grandes masas de población según las nuevas posibilidades de la industria. Tanto los arquitectos de la Nueva Objetividad como los integrantes del S.A.R. encontraron en la vivienda en tira una herramienta fundamental. Una tipología de vivienda que no ha tenido gran trascendencia en la arquitectura participativa, al menos, durante el periodo en estudio.

En pocas palabras, los grandes conjuntos de vivienda moderna eran la expresión material de un Estado benefactor, keynesiano, que buscaba cubrir los déficits del mercado en cuanto a la provisión de vivienda para sectores de bajos ingresos. Si bien las críticas hacia estos conjuntos de vivienda se circunscribían al ámbito estrictamente disciplinar, al indagar en los argumentos, puede notarse una clara sintonía con las críticas hacia el modelo económico que los sustentaban.

Las expansiones de las ciudades y la vivienda social

Habraken afirmaba que, al momento de desarrollar sus ideas en el S.A.R., Holanda funcionaba como *“un laboratorio donde se estudian soluciones a los problemas que la construcción masificada de viviendas ha ocasionado en todo el mundo”* (Habraken J. , 1974/1979, pág. 7). Si bien ya mencionamos la influencia que tuvieron las principales corrientes arquitectónicas de los Países Bajos en Habraken, resulta necesario entender algunas características propias del desarrollo urbano de sus ciudades.

A principios del siglo veinte, Ámsterdam se destacaba en el terreno de la vivienda social. La apertura del Canal del Mar del Norte y la neutralidad de Holanda dentro de la Primera Guerra Mundial posibilitaron un periodo de desarrollo continuo para la economía y la industria. La creciente inmigración, sumada a una cultura urbana que dependía de grandes esfuerzos colectivos para sortear las dificultades geográficas, favoreció la experimentación y la continuidad de las propuestas urbanísticas. Las principales ciudades Neerlandesas se ubican en terrenos inundables. El escaso terreno disponible requiere complejas obras de ingeniería que permitieron construir un país con una parte importante del territorio por debajo del nivel del mar.

En ese contexto, la vivienda aislada, constituye una excepción (Colmenares, 2010). Es un país cuya urbanización ha dependido históricamente de una elevada densidad poblacional. De allí que Habraken afirmara que

“En Holanda no hay espacio suficiente como para que cada uno haga su propia casa, se da siempre en contexto urbano de mayor dimensión [...]. Durante siglos, el contexto físico ha sido totalmente hecho por el hombre, nadie hubiese podido sobrevivir solo. Para contener el agua, manteniendo diques, la gente tiene que actuar conjuntamente” (Habraken J. , 1974/1979, pág. 8).

En esta frase se genera un vínculo entre la necesaria densidad y la armónica relación entre lo colectivo y lo individual. Es una relación dialéctica. Por un lado, la densidad potencia la coordinación de actores y, por otro lado, la delimitación de las responsabilidades colectivas e individuales permite generar tejidos densos. Es un modelo civilizatorio que rescata el rol moderno de la tecnología, como aquello que permite atemperar y controlar la naturaleza. Afirma que la obra humana permite sortear la adversidad geográfica; mientras que sostiene que el modelo tecnológico determina el tipo de organización social. En este caso, la consolidación y aprovechamiento del territorio ganado al mar (los *polders*), permiten una organización social basada en el espíritu de cooperación entre la comunidad y el

individuo¹⁶⁶. Sin profundizar en cuanto al determinismo tecnológico de estas nociones, es importante destacar que, en todo caso, las condiciones geográficas determinaron la necesaria densificación de la ciudad.

Ante la frecuente escasez de vivienda, se fortalecieron una serie de corporaciones no lucrativas trabajando en torno al tema y se consolidaron las políticas de vivienda coordinadas desde entidades estatales. Durante su trabajo como director del S.A.R., Habraken afirmaba que *“alrededor del 70% de la construcción de edificios de residencia tienen en una u otra forma subsidios estatales”* (Habraken J. , 1974/1979, pág. 7). Esto constituye una situación excepcional, privilegiada, con respecto a la situación del resto de las ciudades del mundo.

Por último, para Habraken las condiciones que convierten a los Países Bajos en un laboratorio de vivienda de alta densidad incluyen también un compromiso a nivel disciplinar: *“Durante generaciones ha existido un tácito acuerdo entre arquitectos sobre la calidad del contexto en el que la gente vive”* (Habraken J. , 1974/1979, pág. 8). Con lo cual, no sólo las condiciones son propicias, sino que además los actores están a la altura de las circunstancias. En las ciudades neerlandesas convergían una serie de factores geográficos y culturales que dieron sus frutos en experiencias urbanísticas que, basadas en la provisión de vivienda para sectores de bajos ingresos, sirvieron de referencia para arquitectos y urbanistas de todo el mundo.

Silvia Colmenares cita tres instancias fundamentales para analizar el desarrollo urbano de Ámsterdam: el Plan Sur de Berlage (1901 a 1917), la Ampliación de van Eesteren (1934) y el Barrio de Bijlmermeer (1960-70) (Figura 14).

Estas intervenciones están totalmente relacionadas con las corrientes arquitectónicas, pioneras de la modernidad, que se mencionan anteriormente. Por ejemplo, en la ampliación del Sur de Hendrik Petrus Berlage, conocida como el Zuid, actuaron los principales arquitectos de la Escuela de Ámsterdam. Quienes, tal como se afirma anteriormente, ejercieron particular influencia sobre los arquitectos del S.A.R., al menos en cuanto al respeto por el tejido tradicional de la ciudad sin sacrificar la expresividad de los edificios.

La ampliación del Zuid se conformaba en base a un *“continuo edificado de viviendas en 4-5 alturas, donde las calles y plazas quedan definidas por las manzanas”* (Colmenares, 2010).

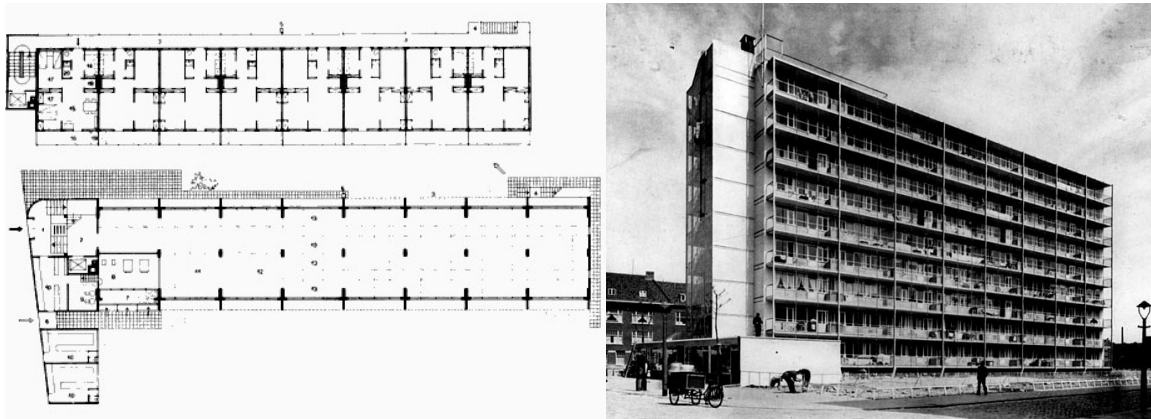
Como contrapartida al tejido compacto de Berlage, los arquitectos más cercanos a la Nueva Objetividad, retomaban el concepto de espacio continuo y abstracto de los neoplasticistas pero utilizando formas cada vez más depuradas. A diferencia de la Escuela de Ámsterdam, dentro de la nueva objetividad cobraron especial protagonismo otros polos de desarrollo como Delf y Rotterdam. En esta

¹⁶⁶ El polder tiene un valor primordial en la teoría de Habraken, comenzando por el hecho físico-espacial que condiciona el crecimiento en función de módulos regulares, formando una cuadrícula plana que -al igual que los soportes- puede extenderse hasta el infinito. En segundo lugar, por esta relación entre los procedimientos técnicos y la organización social. Es innegable que existe un vínculo dialéctico entre la tecnología y las relaciones sociales. Sin embargo, cuando esta relación se aborda con una excesiva simplificación se corre el riesgo de caer en un determinismo tecnológico que conduce a pensar que los Países Bajos deben todo su desarrollo, exclusivamente, a la cooperación armónica entre actores. Olvidando una serie de factores históricos determinantes, como por ejemplo, los siglos de dominio colonial que permitieron la acumulación necesaria como para iniciar el proceso de industrialización con una ventaja importante con respecto a otros países. En una línea simplificadora similar, se desarrolló toda una teoría económica durante las últimas décadas del siglo veinte que atribuía el crecimiento económico de la región a la coordinación entre los trabajadores, el Estado y el empresariado nacional. Las similitudes entre esta línea económica llamada “el poldermodel” y sus antecedentes en la teoría del S.A.R. constituyen una línea de investigación que valdría la pena profundizar.

última ciudad, debe citarse la experiencia de uno de los primeros bloques de vivienda que va a tomar la delantera en cuanto a la experimentación con respecto a la vivienda colectiva basada en los adelantos de la industria moderna: el Bergpolder (Figura 13).

Es un edificio de diez pisos destinado a vivienda social, que se alza perfectamente orientado en sentido norte-sur sobre un gran espacio verde. Dentro de esta experiencia, pueden destacarse una serie de características que sirven como antecedentes de la arquitectura de Habraken. En primer lugar, la intención común a toda la nueva objetividad que buscaba aprovechar -e incluso exaltar- las posibilidades de los últimos adelantos de la industria de la construcción. El edificio se levantó utilizando una estructura metálica que se iba construyendo mediante el desplazamiento de una grúa pórtico. Por otro lado, el uso de la grúa ya insinúa una acepción del espacio como continuo lineal, similar a la lógica de bandas continuas que atravesaban todo el edificio en las propuestas de Habraken. Pese a priorizar la belleza abstracta de la construcción industrial, puede notarse la misma intención de Habraken por humanizar los bloques de viviendas en dos gestos puntuales del Bergpolder: la inclusión de sutiles toldos que rompen la rigidez ortogonal de la fachada; y la incorporación de una serie de negocios de una planta para brindar una escala más acogedora en el ingreso. Una última similitud tiene que ver con el modo de liberar el espacio interior mediante una estructura regular y el agrupamiento de los servicios en un núcleo.

En el diagrama funcional del Bergpolder, puede leerse una clara intención por priorizar la regularidad de las estructuras generando una planta libre que atraviesa todo el edificio. Ni siquiera se interrumpe esta continuidad con los núcleos de escaleras, dado que se ubican en los extremos del conjunto. Incluso un conducto para la eliminación de residuos que atraviesa el edificio en vertical, también se ubica por fuera de la galería. Del mismo modo, Habraken plantea además una sectorización interior del edificio, pero en lugar de situar los servicios en los extremos, genera bandas lineales que permiten flexibilidad y múltiples variaciones en la planta (Ver Figura 21).



Van Tijen, Brinkman, & Van der Vlugt (1933-1934) Bergpolder. [Conjunto de vivienda]. Rotterdam, Países Bajos. Extraído de <http://vaumm.blogspot.com.ar>

Figura 13 Bergpolder

El Bergpolder no constituía una excepción dentro del panorama internacional. A decir verdad, continuaba el modelo del “Slab House” o bloque laminar, defendido por Gropius en el C.I.A.M. de Bruselas de 1930 (Colmenares, 2010).

Dentro de los arquitectos que difundían las ideas de los C.I.A.M. en el ámbito de los Países Bajos, durante los años treinta, debe destacarse la figura del Cornelius van Eesteren. Además de haber dirigido los C.I.A.M. entre 1930 y 1947, van Eesteren se desempeñó como jefe de la nueva División de Desarrollo

Urbano en Ámsterdam. Es decir que, en la propuesta urbanística que llevaba a cabo esta dependencia estatal comenzaban a delinearse algunos criterios que quedarían consagrados en la Carta de Atenas (Helinga, 1997, pág. 14). Siguiendo los criterios de la Nueva Objetividad el diseño se entendía como situado por fuera del juicio estético. El diseño pasaba a formar parte de un hecho eminentemente técnico, donde *“el diseñador se convirtió en un oficial, más que en el ‘artista libre’ que había sido hasta entonces”* (Helinga, 1997, pág. 20).

Esto terminó desencadenando dos resultados en el urbanismo neerlandés que van a condicionar el surgimiento del S.A.R.. Por un lado, una creciente burocratización, con el establecimiento de grandes aparatos administrativos orientados al diseño, la ejecución y la inspección de las transformaciones urbanas. Un aparato burocrático al cual Habraken va a denunciar como parte del sistema que termina excluyendo a los residentes del proceso de construcción de su propia vivienda. Las propuestas del S.A.R. trataban de remediar esa situación, pero a su vez, se apoyaban en otra de las características propias de la visión urbanística de van Eesteren: el vínculo entre investigación científica y diseño.

Para la División de Desarrollo Urbano de Ámsterdam *“la investigación científica tenía que proporcionar bases objetivas para las políticas municipales, garantizando al mismo tiempo la continuidad de esas políticas”* (Helinga, 1997, pág. 20).

En toda Europa, el urbanismo de los C.I.A.M. sintetizado en la Carta de Atenas influyó las políticas de vivienda masivas centralizadas en entidades estatales similares a la División de Desarrollo Urbano de Ámsterdam. El plan de van Eesteren estipulaba controlar el crecimiento de la ciudad hasta el año 2000 en base a una normativa rígida apoyada en investigaciones previas¹⁶⁷. Sin embargo, apenas redactado el Memorándum Aclaratorio que lo implementaba, las críticas hicieron foco en la rigidez de su implementación y en la falta de complementariedad con un proyecto económico y de financiamiento. Una década antes del surgimiento del Team X, y de manera empírica, comenzaban a surgir las críticas hacia el carácter predictivo y determinista del urbanismo moderno. En un principio, las críticas más importantes no apuntaban a la forma física y sólo se dirigían a cuestiones presupuestarias. Con algunos cambios y ajustes, el proyecto de Van Eesteren puede ser reconocido como base de otros todavía en curso, a principios del siglo veintiuno.

Las características del urbanismo moderno, ensayadas en el plan de van Eesteren se pusieron a prueba en grandes sectores de la ciudad, donde la vivienda financiada por el Estado ganaba protagonismo en los ya mencionados bloques de vivienda en altura. Luego de la segunda posguerra, estos bloques ganaban en complejidad, y los proyectos eran cada vez más ambiciosos. Ya no eran los depurados bloques lineales que presentaran los arquitectos alemanes en los primeros C.I.A.M., sino que se incluían múltiples equipamientos, se planificaban complejos recorridos y espacios comunitarios. Las tipologías eran más grandes, pensando en que también las clases medias y altas podrían adoptar el ideal de vida moderno.

La complejidad de los edificios se compensaba elevando la altura para aumentar la cantidad de unidades, y por ende el rendimiento económico.

¹⁶⁷“El Plan General de Ampliación como plan definitivo estaba enteramente basado en el crecimiento previsto de población. A partir de aquellas cifras se establecieron los parámetros para acomodar en cada zona las diferentes funciones urbanas en el año 2000” (Helinga, 1997, pág. 24). “Así la planificación urbana aparecía como la expresión perfecta de la filosofía positivista: la sociedad como un modelo predecible cuya evolución puede ser descubierta por medio del estudio. Admitiendo leyes objetivas sería posible hacer ajustes con la ayuda del modelo de planificación urbana” (Helinga, 1997, pág. 25).

Uno de los conjuntos claves para entender el desarrollo de la vivienda colectiva en los Países Bajos, es el Bijlmermeer. Situado en las afueras de Ámsterdam buscaba reproducir el ideal del urbanismo moderno a partir de una trama de bloques que surcaban todo el territorio generando grandes espacios verdes. En este conjunto pueden verse algunos de los aportes del Team X en cuanto a la generación de largos recorridos peatonales, los quiebres del bloque de vivienda para generar grandes patios y la incorporación de diversos equipamientos dentro de los bloques para dinamizar los recorridos.

Si bien las viviendas estaban orientadas a sectores medios y altos, no tuvo buena recepción en el mercado, acentuando los problemas financieros que determinaron drásticas transformaciones del proyecto inicial. Como ejemplo, puede mencionarse que no se construyó la estación de tren (o subte) que lo vinculaba con el resto de la ciudad y que algunos de los conjuntos no contaban con ascensor. Ante las dificultades financieras y las desventajas en cuanto a infraestructuras, los edificios cayeron rápidamente en la degradación y la estigmatización.

Mientras las viviendas habían sido diseñadas para familias neerlandesas de clase media, en el Bijlmer se alojaba población de bajos ingresos, solteros, e inmigrantes de todo el mundo.

En cuanto a los resultados de la intervención, Silvia Colmenares remarca con cierta ironía que el Bijlmermeer, pensado bajo una *“ilusión de consenso [...] demostró ser un fracaso con numerosos problemas de seguridad”* (Colmenares, 2010). Sin embargo, es interesante notar que las ideas de Habraken no son una respuesta específica a la problemática del Bijlmer sino que se desarrollan en paralelo a su fracaso. De allí que, las ideas de Habraken se basen en la lógica de diseño y construcción de los bloques, sin cuestionar el bloque en sí. Ni siquiera hay una crítica hacia la zonificación y la segregación de usos.

Los soportes diseñados por Habraken parecen saltar las propuestas del Team X y la Unidad Habitacional de Marsella, en cuanto que no prevén la incorporación de equipamientos dentro del mismo bloque. O, al menos, no se explica el modo de incorporarlos. Aunque, por momentos pareciera que las ideas de Habraken pueden llevarse a cabo incluso dentro de un esquema moderno, como podría ser el Plan General de van Eesteren, siempre va a dejar en claro que es necesario recuperar el tejido compacto de la ciudad tradicional, poniendo como ejemplo Ámsterdam durante el siglo diecisiete¹⁶⁸. Busca recuperar la forma física de la ciudad tradicional, pero en sus primeros textos no plantea recuperar la complejidad funcional de la ciudad, tal como hacían algunos de sus contemporáneos (Jane Jacobs y posteriormente Christopher Alexander). Habraken va a acotar su propuesta específicamente a la función de vivienda, que anteriormente habían aislado y destilado los arquitectos modernos.

Ante lo cual, la influencia de la modernidad en Habraken es compleja, incluso a veces parece incompleta. Retoma el concepto de espacio abstracto y el bloque de la vivienda de la modernidad, respeta la división funcional, pero se enfrenta fuertemente al carácter predictivo y a la posibilidad de concentrar todas las decisiones de diseño en el arquitecto.

Es importante mencionar la continuidad de la arquitectura moderna en Habraken para poder cuestionar esa tendencia a creer que toda la arquitectura participativa avanza unidireccionalmente en contra de los proyectos de gran escala que el Estado de Bienestar resolvía en base a las recetas de la arquitectura moderna. En realidad, los tres autores analizados en este trabajo critican la homogeneidad

¹⁶⁸“Si recordamos aquellos ejemplos de rededores urbanos que nos asombran por su armonía y feliz solución veremos en ellos un proceso con presencia y equilibrio de ambas formas de ejercicio del poder. Y estoy señalando de nuevo la ciudad histórica de Ámsterdam, generalmente tenida por uno de los ejemplos más asombrosos de urbanismo del siglo XVII” (Habraken, El rededor construido y los límites de la práctica profesional, 1978).

que se produce en los conjuntos de gran escala. Sin embargo, mientras Turner y Alexander criticaban la escala en sí, Habraken era el único que buscaba un método para mantener la gran escala sin sacrificar la posibilidad de personalizar las unidades. Según la óptica de Habraken, y otros arquitectos contemporáneos, la gran escala no era mala de por sí. Esto quedaba demostrado en las experiencias de Giancarlo De Carlo en Villagio Mateotti (1969-1975), Ralph Erskine en el Byker Wall (1969- 1982) (Figura 19) y Álvaro Siza en Quinta de Malagueira (1973 y 1977) (Figura 28) demuestran que se pueden transformar grandes porciones de territorio incorporando mecanismos participativos. En un mismo sentido, la propuesta teórica de Habraken, a diferencia de Alexander y Turner, es perfectamente compatible con una acción estatal a gran escala. Con lo cual, se sitúa a mitad de camino entre las grandes transformaciones territoriales del urbanismo moderno y la sumatoria de pequeñas intervenciones de carácter inductor del urbanismo posmoderno.

Los grandes conjuntos de vivienda de la posguerra

El periodo posterior a la Segundo Guerra estuvo dominado por la imperiosa necesidad de revertir el agobiante déficit de vivienda. En los países de Europa se consolidaba un proceso de construcción de vivienda masiva siguiendo los lineamientos del C.I.A.M. y guiados por los organismos públicos. En Ámsterdam, durante la década del cincuenta y sesenta se construyeron una serie de conjuntos que continuaban el esquema urbanístico de van Eesteren bajo la coordinación de la División de Desarrollo Urbano y el Departamento de Vivienda. Ante la presión por aumentar el número de viviendas, fue diluyéndose la voluntad por mantener los criterios estéticos del Plan Maestro de van Eesteren que encarnaba la División de Desarrollo Urbano, con un abordaje cada vez más simplificado y repetitivo requerido por el Departamento de Viviendas¹⁶⁹. Dentro del Plan de General de Ampliación de Ámsterdam se priorizó la construcción de las ciudades jardín del oeste (Slotermeer, Geuzenveld, Slotervaart, Osdorp) todas construidas según los lineamientos modernos. Según Helma Helinga, en ese contexto *“Los arquitectos gozaban de muy poca libertad por lo que no puede sorprender que la arquitectura resultante fuera anodina y que no existiera diferenciación alguna entre los diferentes movimientos”* (Helinga, 1998, pág. 22). Esta situación queda plasmada en una carta escrita por J.P.P. Oud:

“Lamento decir que algunos de los planes recientes me han convencido de que, en las presentes circunstancias, sólo podrán alcanzarse [...] como mucho, viviendas estándar de dimensiones mínimas. Por supuesto las dimensiones son un requerimiento vital, pero normalmente hay tal grado de restricciones e interferencias que sería una pérdida de tiempo intentar trabajar ajustándose a ellas” (Helinga, 1998, pág. 24).

A medida que se avanzó en la construcción de los diferentes conjuntos, se fueron implementando medidas en pos del ahorro y el aumento de la producción. Para la década del sesenta ya se habían sentado las bases de la vivienda masiva de posguerra, donde los edificios prefabricados en altura van a cobrar cada vez mayor protagonismo. A partir del año 1954 se anuló una reglamentación que limitaba el número máximo de viviendas prefabricadas que podía construir por año cada ayuntamiento en proporción al número de viviendas tradicionales. En 1958 se inicia la construcción del proyecto para

¹⁶⁹ *“Las discrepancias entre el Plan de Desarrollo y el Programa de Viviendas se reflejaron en las difíciles relaciones entre el Departamento de Vivienda y la División de Desarrollo Urbano. El Departamentode Vivienda actuó como agente delegado para casi toda la construcción de vivienda en los primeros planes detallados de expansión (Slotermeer y Geuzenveld); su propósito principal era producir tantas viviendas y tan rápidamente como fuese posible para aliviar la escasez”*(Helinga, 1998, pág. 34).

Osdorp. Este sector es importante, en primer lugar, por incluir un alto porcentaje de edificios en altura, pero además por marcar una tajante segregación poblacional. Mientras los modernos edificios en altura alojaban a sectores poblacionales de menores ingresos, las viviendas en hilera para sectores medios y altos se construían siguiendo una estética más apegada a la tradición.

El Bijlmermeer

En la película *De Drager*, que ilustra las ideas de John Habraken, cuando se critican las características de los grandes conjuntos de vivienda masiva de la posguerra europea se muestran imágenes del conjunto Bijlmermeer (Figura 14) construido entre 1966 y 1975 (apodado el Bijlmer). Este conjunto no se alejaba mucho de la lógica que venían implementando los arquitectos vinculados al C.I.A.M., en cuanto planteaba una zonificación rígida, una estricta separación del tránsito y conjuntos de vivienda en forma de bloques lineales conformando grandes espacios verdes.

Pese a todos estos adelantos, una combinación de factores condicionó un rotundo fracaso en cuanto al rápido deterioro de las condiciones edilicias y la proliferación de conflictos sociales entre sus residentes. El Bijlmer, tal como se lo conocía coloquialmente, se convirtió en un paradigma del fracaso de los conjuntos de vivienda masiva comparable al conjunto de Pruitt Igoe en San Luis (Misuri).

Sin embargo, al notar que otros conjuntos anteriores se diseñaron bajo la misma lógica de segregación funcional sin llegar a tales resultados socio-ambientales, es necesario aclarar cuáles fueron los otros factores que se combinaron con la zonificación para convertir al Bijlmer en un ejemplo recurrente a la hora de criticar el urbanismo moderno.

El conjunto se ubicaba a ocho kilómetros al sudeste del centro de la ciudad de Ámsterdam, sobre el antiguo pólder de Bijlmermeer, drenado en 1662. El plan general fue desarrollado por Sigfried Nassuth siguiendo los lineamientos del Plan de General de Ampliación de Ámsterdam, iniciado por Cornelis van Eesteren y continuado por Jacoba Mulder. Fue proyectado como otra de las ciudades jardines con un funcionamiento autónomo con respecto a la capital. Desde el comienzo, esta independencia se convirtió prácticamente en un aislamiento, al menos hasta 1980 cuando se inauguró la estación de Ganzenhoef.

Todo el sector se estructuraba según una zonificación estricta, por lo cual, las conexiones viales resultaban de vital importancia. El esquema respondía al concepto de jerarquización vertical del tránsito vial, que había planteado el matrimonio Smithson en el Golden Lane de Londres (1952) y que se había implementado en Toulouse Le Mirail proyectado en 1961 (Aquilué, Roca, & Ardura, 2016).

A diferencia de la propuesta de Candilis, Josic y Woods, en el Bijlmer se sobreelevaban las circulaciones vehiculares y se mantenía a nivel de cota cero el tránsito peatonal. Esto encarecía las fundaciones, por ser más económico sobreelevar senderos peatonales que generar puentes para los automóviles. Apenas comenzada la construcción, los problemas presupuestarios motivaron a aumentar la cantidad de viviendas y disminuir el costo de las circulaciones. Se recortó el número de paradas que realizaban los ascensores, se redujo la altura de las calles suspendidas y se macizaron con viviendas algunos de los vacíos que buscaban otorgar mayor apertura visual. El resultado fue un complicado sistema de callejuelas, muchas veces soterradas o a espaldas de los bloques, convirtiéndose en lugares propicios para la delincuencia¹⁷⁰. Esto se agravaba aún más cuando se dejaban inconclusos los

¹⁷⁰ Para tener una noción del problema, Helleman y Wassenberg enumeran 13.000 depósitos en planta bajo, 110 kilómetros de galerías y 31 playas de estacionamiento que terminaban generando, más que espacios de reunión, puntos ciegos (Helleman & Wassenberg, 2004, pág. 5).

equipamientos previstos, como los negocios y zonas recreativas, adquiriendo la imagen de una obra abandonada (Helleman & Wassenberg, 2004).

La escala y la diversidad de los espacios comunes no sólo dificultaban el control visual sino también el mantenimiento. En ese sentido, la administración resultó caótica. Eran más de cuatrocientos departamentos por edificio, coordinados entre dieciséis asociaciones de vecinos, con una infinidad de espacios comunes a cargo y con ascensores que requerían mantenimiento permanente. El sistema de eliminación de basura era complicado, por lo que algunos vecinos arrojaban la basura en los espacios comunes profundizando aún más la imagen de desolación. Los edificios fueron entregados casi simultáneamente, por lo cual, todos comenzaron a requerir obras de mantenimiento en el mismo momento (Helleman & Wassenberg, 2004, pág. 6).

Los edificios de vivienda tenían nueve pisos sobreelevados sobre grandes sótanos y respondían a la antigua idea del Plan Obus de Le Corbusier que buscaba estructurar grandes porciones de territorio a partir de los pliegues de un mismo bloque sobre el terreno. En lugar de seguir la línea fluida del proyecto de Argel, o los accidentes del terreno como en Toulouse le Mirail, el Bijlmer extiende hacia el infinito una trama hexagonal regular en forma de panal (*honeycomb* en inglés, *honingraat* en neerlandés) generando grandes espacios verdes entre los bloques. Jacoba Mulder explicaba que estos giros diagonales en planta ayudaban a orientar los edificios, con mayor rigurosidad, hacia el sur, dado que el terreno se encontraba levemente girado. Con lo cual, todas las unidades podían recibir asoleamiento desde el este o el oeste.

En los estudios retrospectivos sobre este conjunto se hace hincapié en una serie de razones de mercado que condicionaron su fracaso (Helleman & Wassenberg, 2004). Del plan original de 18.000 viviendas se construyeron 12.500, todas pensadas para alojar a sectores de clase media alta, considerando que existían suficientes alternativas de vivienda para sectores de bajos ingresos en Ámsterdam. Significaba un aumento drástico de la oferta en base a una tipología, con mínimas variaciones, de cien metros cuadrados. A su vez, el Bijlmer fue proyectado en un momento de auge de la vivienda en altura. Según afirma Frank Wassenberg, en Europa la construcción de vivienda en altura pasó de representar el 20% en 1965 al 70% en 1975 (Aquilué, Roca, & Ardura, 2016, pág. 12). Sin embargo, esta tendencia fugaz comenzaba a debilitarse apenas construidos los bloques. Para los sectores medios altos, resultaba mucho más atractiva la oferta de la vivienda de baja densidad que comenzaba a implementarse en los barrios satélites como Pulmerend y Almere.

Con este exceso en la oferta de una tipología que no respondía a las preferencias del sector poblacional al cual se orientaba, el conjunto quedó sub-ocupado y se convirtió en una alternativa para “principiantes” (starters) en el mercado de vivienda. Se alojaban allí, aquellos que no tenían muchas opciones. Por ejemplo, había un alto porcentaje de solteros e inmigrantes que llegaban exiliados a partir de procesos conflictivos en sus países de origen, como los inmigrantes de Surinam que representaban el 35% de la población en 1996. Para esa fecha, sólo el 25% de los pobladores había nacido en los Países Bajos.

Esta diversidad en cuanto al origen y las problemáticas sociales de los residentes acentuaban las dificultades de organización comunitaria y potenciaron la estigmatización del sector. Cuando en 1980 finalmente se inauguró la estación de metro de Ganzenhoef que vinculaba el Bijlmer con el centro de Ámsterdam, se convirtió en un foco regional del narcotráfico, sirviendo como refugio para compradores y vendedores expulsados del centro de la ciudad por las recientes operaciones de regeneración urbana. Para mediados de la década del noventa, todo este proceso de degradación ambiental se correspondía

con un índice de desocupación que alcanzaba al 45% de los residentes, duplicando la media de la ciudad (Aquilué, Roca, & Ardura, 2016, pág. 12).



Bijlmermeer en 1975, bloques en *honeycombe* interiores de los departamentos



Bijlmermeer en 1975, espacio público y circulaciones



Bijlmermeer en 1980, lugares de guardado abandonados y un estacionamiento ocupado como taller mecánico

Nassuth, S. (1966 - 1975) Bijlmermeer [Urbanización, conjunto de viviendas]. Ámsterdam, Países Bajos. Extraído de https://www.researchgate.net/profile/Paul_Soomeren/publication/276246085_High-rise_in_trouble/links/5553175008ae6943a86d9913/High-rise-in-trouble.pdf?origin=publication_detail

Figura 14 Bijlmermeer

Habraken comienza a elaborar sus ideas en paralelo a la degradación del Bijlmer. Por lo cual, sus ideas no son una respuesta sino una anticipación a sus defectos. En ese sentido, muchas de las críticas

que realiza con respecto a los proyectos masivos de vivienda se relacionan con las causas del fracaso de este conjunto. Entre ellas:

La tipología única:

En primer lugar, las ideas de Habraken, iniciadas dentro del S.A.R. y ampliadas a partir de sus estudios dentro del MIT, enfatizan la necesidad de generar un ambiente con adecuada variedad morfológica, donde se refleje la individualidad de las viviendas, pese a formar parte de un conjunto. En algunos pasajes de sus textos, la escala masiva queda indisolublemente asociada a la monotonía. Mientras, en realidad, a finales de la década del sesenta una serie de conjuntos habitacionales como el Byker Wall de Erskine (Figura 19), la Mémé de Lucien y Simone Kroll (Figura 17) y Habitat 67 de Moshe Safdie complementaban la gran escala con una exagerada variedad morfológica.

Posibilidad de transformación:

Ante la necesidad de realizar modificaciones sobre el proyecto, a partir de ajustes presupuestarios y cambios en las lógicas de mercado, el proyecto del Bijlmermeer demostró ser extremadamente rígido. No sólo en cuanto a las tipologías de vivienda sino también en cuanto a la disposición de las infraestructuras. Cuando Habraken propone diseñar soportes siguiendo bandas longitudinales, se manifiesta la necesidad de generar conjuntos con mayor permeabilidad al cambio y con un mantenimiento más simple.

Los límites de la arquitectura:

El Bijlmer (Figura 14) evidenciaba una propuesta de consenso social. Implicaba la adopción de un estilo de vida moderno por parte de amplios sectores de población. Una clase media que se alejaban del centro de la ciudad teniendo como compensación una vivienda de amplias superficies y una serie de equipamientos estratégicamente dispuestos en el territorio de manera de evitar cualquier tipo de incompatibilidades. La trama abstracta de los bloques surcaba la inmensidad definiendo zonas y generando, más que espacios de reunión, parques de escala regional. Con lo cual, puede identificarse, al menos, un exceso de confianza en cuanto al alcance de la arquitectura. En fin de cuentas, la arquitectura no logró un nuevo consenso social y tampoco pudo estructurar la región. Por el contrario, las teorías de Habraken son un llamado a la coordinación interactoral de las diversas fuerzas que convergen en la construcción de viviendas. Proponen identificar diferentes niveles de intervención (Figura 23), desde las decisiones territoriales hasta la definición del mobiliario, limitando así la idea de un diseñador único capaz de diseñarlo todo, desde la región hasta la tipografía.

Delimitación de lo público y lo privado

La escala y complejidad de los espacios comunes del Bijlmer sacaron a la luz un desequilibrio entre el dominio colectivo y el dominio individual de los residentes. Para el mantenimiento y control de los espacios públicos se requería, prácticamente, un municipio paralelo. Es decir, era necesario un elevado nivel de interacción social y de compromiso por parte de pobladores, que ni siquiera tenían derecho a transformar su vivienda. Ante lo cual, Habraken buscará clarificar la relación entre lo público y lo privado en un marco de equilibrio.

Desconfiaba de las intenciones de aquellos arquitectos que proponían socializar la tierra. Observaba que detrás de la decisión de brindarle grandes espacios abiertos a la comunidad, en realidad, los

arquitectos se arrogaban grandes superficies para sí mismos. O, al menos, generaban grandes porciones de territorio sobre los cuales podían hacer primar sus decisiones de diseño.

Frente a eso, Habraken propone acotar y clarificar el proceso de toma de decisiones. El arquitecto, a través del diseño, debe velar por el bien de la comunidad estableciendo cuáles son las decisiones que puede tomar el usuario en su acción individual. Cuando se mantiene una proporción equilibrada entre lo público y lo privado, la incidencia de la acción individual favorece el mantenimiento y la variedad formal.

Espacios públicos contenidos

Frente a los espacios verdes continuos que atravesaban los bloques en las propuestas del C.I.A.M., Habraken propone, en líneas generales, recuperar la escala de los espacios públicos de la ciudad tradicional. Sin embargo, pueden notarse algunas posturas contradictorias, al menos en cuanto al desarrollo gráfico de sus ideas y a lo que propone como solución. Por un lado, las imágenes de sus primeros libros muestran espacios abiertos esquemáticos y abstractos, quizás porque todavía son propuestas demasiado orientadas a la tipología de vivienda. Por otro lado, cuando hace referencia al fracaso de los grandes conjuntos de vivienda, plantea la necesidad de unificar los accesos. Es decir, abordar la seguridad del espacio público desde el punto de vista de la restricción del acceso. *“Controlamos un espacio cuando podemos decidir quién ingresa y quién se queda afuera”* (Clinton & Habraken, 2004, pág. 9). Es una postura difícil de compartir porque aplicada al concepto de espacio público moderno genera grandes superficies cercadas, lo cual puede evitar las situaciones delictivas pero influye negativamente en la vitalidad y el aprovechamiento del territorio. Siguen siendo espacios anodinos, sólo que artificialmente pacificados mediante una política de selección social.

Como contrapartida, parece mucho más adecuada la visión de Jane Jacobs, desarrollada en la misma época. En lugar de trabajar sobre la delimitación, Jane Jacobs propone intensificar la actividad social en el espacio público. La gente pone atención sobre el comportamiento de las demás personas. Se establecen así, sutiles lazos de confianza que, sin llegar a constituir un agobio para la libertad individual, transmiten una sensación de confianza y de cuidado mutuo. Los vecinos se sienten cuidados entre ellos, y los visitantes se sienten controlados. El *“passive policing”* de Jacobs concilia la confianza en el espacio público abierto, con la necesidad de generar diversidad de actividades y fácil control visual.

Densidad y compacidad

Mientras el Bijlmer aborda el problema de la vivienda masiva generando una trama de grandes bloques de vivienda en medio del verde, Habraken buscará una solución más cercana a las lógicas del tejido tradicional de la ciudad. Su propuesta pretende que los edificios continúen la lógica de la ciudad. En sus primeros textos esta continuidad de urbanismo y arquitectura se aborda de manera muy abstracta, sin hacer referencia a la escala de los edificios. Recién cuando propone extender la lógica de los soportes al ámbito de la ciudad, a fines de los setenta, sus trabajos muestran una cercanía con el concepto de *“low-rise high-density”*. En trabajos como *The Grunsfeld Variations* (1981) la predilección por bloques compactos, acentuando la continuidad del perfil de la calle, responde a la crítica sobre las grandes explanadas desiertas que generaba el urbanismo moderno.

Ante el deterioro de las condiciones socio-ambientales del Bijlmermeer se realizaron distintos proyectos y trabajos de asesoría que buscaban remediar la situación. Destacándose, por ejemplo la

contratación de Oscar Newman y un proyecto realizado por la oficina de Rem Koolhaas. A principios de la década del noventa se aprobó un proyecto de actuación, cuya implementación se aceleró luego de que, en un accidente aéreo, un avión de carga israelí impactara sobre uno de los bloques causando 43 muertos y afectando a más de 220 viviendas. El proyecto de mejoramiento complementaba acciones de demolición, regeneración y construcción de viviendas nuevas en espacios vacantes. A nivel general, con la inclusión de bloques de menor escala, puede notarse un cambio de lógica que se aleja del espacio continuo e infinito del urbanismo moderno para recuperar la compacidad que proponía Habraken.

Se cierra así una relación dialéctica con respecto a este conjunto. Cuando comenzaba a delinear sus ideas sobre arquitectura, Habraken utilizaba las imágenes del Bijlmer para hacer referencia a la monotonía de los grandes conjuntos de vivienda moderna. Finalmente, cuando comienzan los trabajos de transformación del conjunto, se siguen criterios urbanísticos muy similares a los que Habraken desarrollara luego de su trabajo en el S.A.R.. Tanto en la reforma como en las últimas propuestas del Bijlmer se propone mantener la densidad, pero reduciendo el impacto de la escala de los bloques sobre el espacio abierto:

“La misma densidad puede ser alcanzada con edificios de tres o cuatro pisos a lo largo de calles residenciales. La diferencia innegable entre los proyectos en altura, comparándolos con proyectos de baja altura, es el dramático cambio en cuanto al control público de la totalidad del espacio abierto” (Williamson, 2000).

El vínculo entre la producción industrial y la arquitectura

En 1961 Nicholas John Habraken escribe el libro *De drager en de mensen*, un texto orientado a reflexionar sobre la construcción de vivienda masiva. Este libro no pretende proponer una nueva tipología, de hecho no se aparta demasiado de los bloques de vivienda que se estaban construyendo por toda Europa¹⁷¹. Si bien el libro retoma una tipología recurrente dentro del panorama arquitectónico de la segunda posguerra, Habraken propone transformar radicalmente el abordaje (la concepción) y el proceso de diseño de esta tipología. Con el pasar del tiempo, la lógica de Habraken, cada vez más depurada, se aplicará a diferentes tipologías y escalas.

La delimitación entre un soporte de carácter comunitario y estable separado de una serie de unidades dinámicas sometidas al control individual de cada usuario, se extenderá a todo tipo de arquitectura y se interpretará a nivel urbanístico e incluso regional.

Pese a que las ideas de Habraken hayan superado el ámbito estrictamente arquitectónico, para comprender su gestación es necesario entenderlas como una reflexión anclada en el hecho físico de la construcción. Esto no resta peso conceptual a sus propuestas. Tampoco puede negarse que su metodología refleja un pensamiento acerca de diferentes temáticas sociales. A decir verdad, las propuestas de Habraken no son una simple expresión de deseo. No se plantean como una solución utópica, alejada de las condiciones materiales del contexto. Por el contrario, se apoyan en las posibilidades concretas de la industria y la técnica dentro del ámbito de Europa, durante los años sesenta.

¹⁷¹ Aunque las ideas desarrolladas en el S.A.R. priorizaban la exploración en cuanto a vivienda en tira y en bloque, no muestran una oposición tajante con respecto al crecimiento de la ciudad siguiendo patrones de baja densidad. Incluso en el libro *El diseño de soportes*, cuando menciona el “sprawl” de los suburbios americanos lo reconoce como un fenómeno positivo “*de tanto éxito en el continente americano*”, destacando que permite cierto grado de libertad e iniciativa para los residentes: “*ofrece una solución que comparta cierto grado de control por parte del usuario*” (Habraken, 1974/1979, pág. 15).

Poco antes de que algunos arquitectos y teóricos, influidos por las ideas de Ernst Friedrich Schumacher, sintieran cierta reticencia con respecto a la implementación de los últimos adelantos de la industria de la construcción en la vivienda, Habraken trataba de potenciar su alcance. Es por eso que, en este apartado, se busca indagar en la estricta relación que existe entre la propuesta metodológica y las posibilidades tecnológicas de la época. Del mismo modo que entendíamos la propuesta de Habraken, como parte de una relación dialéctica con la tradición urbanística de los Países Bajos, también es necesario abordarla como expresión de una serie de búsquedas tecnológicas que caracterizaron el siglo veinte.

La década del sesenta

Es importante notar que, en esta primera etapa dentro de S.A.R, Habraken no profundizaba en los criterios urbanísticos, limitándose a trabajar el límite entre el tejido y el edificio de viviendas. Si bien es cierto que esto sirvió para reflexiones más amplias que realizara en la década del setenta, sus primeros trabajos no se dejaban llevar por visiones más radicales y profundas de la ciudad que surgieron a lo largo de la década del sesenta.

Desde Henri Lefebvre y los situacionistas en Europa hasta Jane Jacobs y Kevin Lynch en Estados Unidos, los sesenta fueron un período en que se formularon nuevas visiones de la ciudad, enriquecidas a partir del aporte de las ciencias sociales. Sin embargo, Habraken no incorporaba miradas alejadas del estricto enfoque disciplinar de la arquitectura¹⁷². Aún más, sus ideas surgen de lo constructivo y se orientan a tratar de compatibilizarse con la industria de la construcción. La idea de los soportes surge como la identificación de un rasgo común en la construcción tradicional, que se busca potenciar en base a los avances de la industria de la construcción. También se aleja de las visiones utopistas e irónicas que recibían influencia del pop art, como las de Archigram y Superstudio.

Por el contrario, sería más sencillo relacionarlo con el expresionismo abstracto que había influido en el brutalismo, en cuanto se planteaba como una búsqueda material. De hecho en esta corriente artística se plantea una contradicción similar a las que evidenciábamos con respecto a Habraken en títulos anteriores.

El expresionismo abstracto toma un criterio espacial fluido, infinito, pero termina generando una afirmación material¹⁷³. Es abstracto en cuanto a su planteo espacial, pero rompe todo idealismo cuando busca reflejar una condición material accidental, que se percibe sensorialmente (desde lo vivencial) y no con el intelecto. Del mismo modo, en la propuesta de Habraken hay un planteo de espacio infinito y abstracto, aparentemente idílico, aunque en realidad se apoya en requisitos materiales muy específicos. Por un lado, en las posibilidades de generar pórticos estructurales; y además, en la prefabricación de componentes para conformar sistemas. El ideal teórico atado a una materialidad real y cambiante.

¹⁷²Si bien el S.A.R. tenía, dentro de sus líneas de investigación, una búsqueda relacionada con la producción de teoría, el objetivo principal era depurar una metodología de diseño, específicamente aplicable a la disciplina arquitectónica. En ningún momento, hay una intención por generar teoría sobre otros ámbitos, como las ciencias sociales o las ciencias duras. A diferencia de las teorías de John Turner que combinan aspectos de la antropología, la economía urbana y las ciencias políticas, los textos que produce Habraken en el S.A.R hablaban de arquitectura, sus prácticas y sus formas.

¹⁷³Guillermo Gregorio afirma: *"Paradójicamente los así llamados 'Expresionistas abstractos' de la década del cincuenta poco tenía de abstractos. El hincapié que hacían en la materia como materia en sí y no como mero soporte de la idea pictórica; el énfasis que ponían en el gesto y en la existencia misma impide no verlos como auténticos realistas muy peculiares realistas [...] era en realidad [...] una afirmación de lo vivo y concreto humano"* (Gregorio, 1983).

El surgimiento del S.A.R.

Las ideas del primer libro de Habraken, se van a enriquecer en base al trabajo realizado como director de un nuevo grupo de investigación sobre el problema de la vivienda: el S.A.R. (Fundación de Investigación en Arquitectura, en holandés: Stichting Architecten Research). Este grupo fue formado en 1964 con nueve arquitectos holandeses que trabajaban en estudios privados, un representante de la Asociación de Arquitectos Holandeses y un abogado para dirigir las reuniones y llevar las finanzas. Había surgido como una iniciativa de diferentes estudios de arquitectura preocupados ante el rumbo que tomaba la construcción masiva de viviendas. Luego de escribir su primer libro, Habraken fue invitado por Jan Lucas para integrarse a un grupo de discusión organizado por la BNA (Asociación de Arquitectos Holandeses) conocido bajo el nombre de los *Randenbroek meetings*. En el segundo encuentro se decidió iniciar un grupo de investigación que posteriormente se convertiría en el S.A.R., donde cada estudio aportaba quince mil florines por año y el BNA treinta mil florines (Colmenares, 2010, pág. 8).

El S.A.R. realizó la primera presentación en la convención de invierno de la Asociación de Arquitectos Holandeses, proponiendo un método de diseño de viviendas adaptables basado en un sistema de soportes y unidades separables. En poco tiempo, el S.A.R. pasó de sus diez miembros iniciales a contar con más de cincuenta, incorporando a técnicos y empresarios de la construcción, promotores urbanos y corporaciones para la construcción de vivienda¹⁷⁴. Con la sola mención de los integrantes, puede notarse que los miembros del grupo no estaban en condición de igualdad, lo cual puede haber determinado que los principales esfuerzos se orientaran a tratar de compatibilizar las ideas con el proceso de producción, comercialización y montaje de sistemas constructivos. De allí que, para Stephen Kendall, más que tratar de transformar una política habitacional que comenzaba a mostrar consecuencias drásticas, el principal objetivo del S.A.R. era *“estimular la industrialización de la vivienda”* (Kendall & Jonathan, 2002, pág. 12).

La separación de la estructura

Si bien el proceso de industrialización ya había comenzado hace tiempo, el S.A.R. *“planteó por primera vez la división del sistema de producción de la vivienda colectiva en dos fases, proponiendo la diferenciación entre elementos infraestructurales (soporte) y de relleno (unidades separables)”* (Nagore & Habraken, Entrevista a John Habraken, 2013).

Hay que reconocer que esta separación en dos fases, o niveles de intervención, ya se había producido en diferentes momentos de la historia. Existen múltiples ejemplos anónimos. Buena parte de la arquitectura tradicional se organiza en base a una disposición espacial estable e incompleta, como por ejemplo los claustros, que pueden ir cambiando y completándose a lo largo del tiempo sin perder el criterio de organización espacial inicial.

Pero también pueden destacarse algunas obras célebres dentro de la Historia de la Arquitectura y el Urbanismo. Por ejemplo, la actual plaza Vendome diseñada en 1699 por Jules Hardouin-Mansart como si fuera una fachada hueca. Es decir, una escenografía barroca que materializaba el límite entre la plaza y los terrenos vacíos que la rodeaban. Una vez vendidos los terrenos, se fueron construyendo edificios que respetaban la fachada existente (Habraken, 2005, pág. 22).

¹⁷⁴ Cuando Stephen Kendall, uno de los autores más importantes del Open Building, describe la heterogeneidad del grupo, hace una clasificación más inocente. Afirma que estaba integrada por industriales, profesionales y contratistas, lo cual no refleja muy bien las asimetrías en cuanto al poder de influencia real de cada uno.

Esta separación analítica de los componentes de la arquitectura es un adelanto al racionalismo que va a alcanzar pleno desarrollo durante la modernidad, con las nuevas posibilidades materiales que generó la producción industrial.

Específicamente, el adelanto técnico que potenció la separación de la arquitectura según el proceso de construcción fue la experimentación en cuanto a la estructura independiente, de acero u hormigón armado. La imagen recurrente con respecto a las posibilidades expresivas de la estructura independiente de hormigón armado es la Casa Dominó de Le Corbusier.

En realidad, Habraken utilizaba este proyecto como contraejemplo, para afirmar que los soportes que proponía el S.A.R no eran equivalentes al armazón estructural de las obras de los maestros modernos. Aunque los soportes podían reflejar una división material, en efecto, se basaba en una diferenciación de quién decide sobre cada parte del edificio. Un muro interior podía considerarse como parte del soporte cuando los usuarios individuales no tenían posibilidad de cambiarlos, mientras que podía constituir una unidad separable en caso de que los usuarios tengan la posibilidad de quitarlos o transformarlos. Era una diferenciación más conceptual que material. Por otro lado, Habraken destacaba que -a diferencia de los armazones estructurales neutros de la arquitectura moderna- los soportes debían expresar cuáles son las variaciones de transformación que permiten en su interior. El soporte no es neutral. No es genérico, sino generativo, expresa el modo en que debe transformarse el espacio (Colmenares, 2014, pág. 37).

Pese a este enfrentamiento contra la imagen de la casa Dominó, las ideas de Le Corbusier habían marcado profundamente las búsquedas de todos los arquitectos que comenzaron a experimentar con el tema de la vivienda durante la segunda posguerra. Todos los arquitectos que buscaron articular la escala arquitectónica y la urbanística en base al uso de megaestructuras deben a Le Corbusier este pensamiento sistémico, influenciado por las posibilidades del hormigón armado.

Para poder ver esto con mayor claridad hay que recordar que el proyecto de la casa Dominó realizado apenas iniciada la Primera Guerra Mundial, planteaba construir ciudades enteras en base a la articulación lineal de viviendas tal como si fueran fichas. De allí el juego de palabras entre dominus (propietario) y el juego del dominó. En el mismo momento en que Le Corbusier exploraba las cualidades expresivas del hormigón armado, Mateo Trucco ponía a prueba su capacidad de resistencia incorporando una pista de automóviles en la cubierta del edificio Fiat (Frampton, 1981/2002, pág. 39). En estos proyectos, el hormigón armado auguraba dos características básicas de las megaestructuras: modulación y escala urbana.

Con el tiempo, esta idea de construcción de ciudades en base al diseño arquitectónico se instala como una posibilidad cierta. El desarrollo de las estructuras de hormigón armado plantea la posibilidad de incorporar en el edificio toda una serie de funciones de escala urbana. Es una característica común entre la Unidad de Habitación de Marsella, los Metabolistas Japoneses, la ciudad de Cumbernauld dentro de las New Towns británicas¹⁷⁵ y las experimentaciones de Yona Friedman dentro del G.E.A.M.

¹⁷⁵Si bien muchos críticos relacionan este tipo de expresiones con el brutalismo, Habraken no hace ningún tipo de consideraciones con respecto a esta categoría creada por críticos e historiadores. Para él, la metodología desarrollada en el S.A.R. trasciende cuestiones estilísticas. Implica una instancia de reflexión que va por encima de las consideraciones estéticas. Por eso, en sus primeros libros evitaba mostrar fotografías en sus textos, para que los lectores no lo asocien inmediatamente con una imagen arquitectónica determinada. En un momento en que la teoría de la arquitectura se dividía entre la crítica y la reivindicación del brutalismo, el S.A.R. se presentaba como una institución neutral, capaz de adaptarse a cualquier búsqueda estética. En palabras de Stephen Kendall "En los

El plan Obús

Entre todo este grupo de expresiones y las vivienda Dominó, diversos autores señalan como nexo necesario la propuesta de Le Corbusier para Argel, el plan Obús (Colmenares, 2010; Nagore, 2012; Châtel, 2006). Esta propuesta, en realidad, influencia a una gama muy amplia de proyectos porque muestra con mucha expresividad la posibilidad de estructurar grandes porciones de territorio en base a la continuidad de un bloque en altura. Ya se ha mencionado la influencia sobre los grandes bloques de vivienda, como el Bijlmer (Figura 14) o el Robin Hood Garden¹⁷⁶.

Sin embargo, en el caso de Habraken la similitud es más profunda. Cuando Le Corbusier proyecta el re-alojamiento de los habitantes de la casbah, plantea una autopista sobre-elevada, por encima de la ciudad antigua. Debajo de la autopista, entre sus pilares, los habitantes de la casbah irán construyendo gradualmente sus viviendas. Si bien el plan Obús es una propuesta sumamente innovadora, resulta difícil reivindicarla porque esconde un trasfondo colonialista innegable. De hecho, mientras los nativos tenían que construir gradualmente sus casas, las casas de los europeos se construyen como bloques de inmuebles villas en la primera etapa, al igual que el edificio de la marina. Los nativos viven debajo de una autopista mientras los europeos pueden disfrutar de la ciudad desde lo alto de la montaña.

Pese a ello, las coincidencias con la propuesta de Habraken resultan conmovedoras. Algunas de ellas son casuales, como por ejemplo el hecho de que Habraken ejemplifique la división entre lo comunitario e individual tomando como metáfora una autopista (Habraken, 1977, pág. 34). El Estado decide sobre la autopista -el equivalente al soporte- mientras los ciudadanos deciden sobre los automóviles, las unidades individuales (Colmenares, 2014, pág. 37).

En todo caso, más allá del evidente vínculo tecnológico entre el plan Obús y los soportes de Habraken, cabe preguntarse acerca de las implicancias sociales. ¿Hasta qué punto la estrategia de Habraken pretendiendo minimizar los conflictos con los pobladores aclarándoles cuánto pueden modificar a voluntad, no es también una estrategia paternalista? Es decir, si nos preguntamos cuál es el aporte del Plan Obús a la participación, podemos preguntarnos además cuán colonialistas son las propuestas de Habraken.

Las megaestructuras

El rol de la tecnología y la industria es una de las diferencias principales entre los arquitectos que experimentaban con las megaestructuras y las propuestas metodológicas del S.A.R. Mientras que las megaestructuras trataban de enfatizar la incorporación de los últimos adelantos de la industria de la construcción, Habraken procuraba que los recursos tecnológicos no le quitaran protagonismo a los recursos arquitectónicos. Para él lo importante era la organización de los espacios, cómo se decidía esa distribución y cómo podía cambiar a través del tiempo. La tecnología debía asistir a ese tema principal. Frente al uso retórico de la industria, Habraken proponía una relación más pragmática, dinámica y

soportes, Habraken observaba que la vivienda masiva había interrumpido una 'relación natural' ancestral entre el ser humano y el ambiente construido. Más allá de abrazar o envilecer las formas brutalistas de la vivienda masiva, lo que estaba en discusión era mucho más que la cuestión estilística" (Kendall & Jonathan, 2002, pág. 9).

¹⁷⁶“La noción de adaptabilidad por encima de todo, tal como se experimentó y actualizó en el Plan Obus, tiene considerable influencia en el urbanismo y la arquitectura posterior al CIAM. Le permitió a los arquitectos apartarse de la especificidad del objeto, en pos de investigar tanto la fuerza expresiva y la capacidad organizativa de las estructuras de soporte como la forma lograda mediante la acumulación e interconexión de unidades básicas. Las investigaciones orientadas en tal dirección dominaron y reunificaron la arquitectura y el urbanismo de la segunda mitad de los sesenta” (Châtel, 2006, pág. 30).

cotidiana. También puede notarse cierta ingenuidad a la hora de plantear una reorientación de la industria en base a requerimientos específicos de la arquitectura. Notaba que la industria de la prefabricación estaba orientada hacia una exclusión de los habitantes, con lo cual, sólo era necesario reorientarla para que se transforme en una industria que brinde los elementos tecnológicos que posibiliten la incorporación de los usuarios.

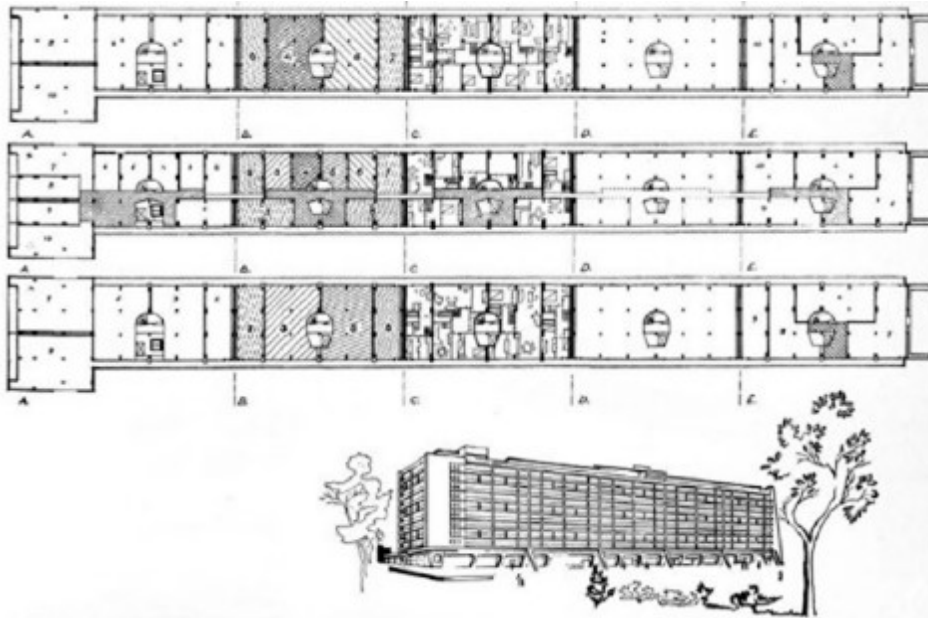
“El elemento que faltaba en el proceso de construcción masiva de vivienda era precisamente el habitante individual que había dejado de ser un participante activo en dicho proceso. Aún más, el principio fundamental de la producción masificada como concepto técnico y organizativo era que el usuario no tenía ningún papel en el proceso de decisión” (Habraken, 1974/1979, pág. 9).

Los libros elaborados junto al S.A.R. evidencian una tendencia hacia la construcción industrializada, puesto que las empresas de construcción tenían participación e influencia dentro del grupo. Sin embargo, Stephen Kendall recalca que la preferencia individual de Habraken siempre estuvo más ligada a la búsqueda de una “tecnología apropiada”¹⁷⁷ A fin de cuentas, su visión arquitectónica deriva de una reflexión sobre el tejido de las ciudades tradicionales. Las tecnologías aparecen como un tema accesorio, que cambia a lo largo del desarrollo de sus ideas. Durante su periodo en el S.A.R., la prefabricación de estructuras y componentes va a cobrar un rol determinante, que pierde fuerza cuando en la década del setenta comienzan a cobrar protagonismo las ideas de Ernst Friedrich Schumacher. En ese periodo, Habraken comienza a hacer énfasis en la necesidad de utilizar tecnologías que respeten las particularidades de la cultura local.

Este rechazo al uso retórico de la tecnología sirve también para distanciar a Habraken de la influencia de otras búsquedas anteriores a las megaestructuras como, por ejemplo, los proyectos del grupo G.E.A.M. Este grupo formado durante el C.I.A.M. de Dubrovnik surge planteando algunas críticas al Team X que se desarrollaba en paralelo. El G.E.A.M. criticaba la política restrictiva del Team X y su condescendencia con respecto a “*las rigideces de la arquitectura de la época*” (Escher, 2017). Reforzaba la exploración tecnológica en pos de una arquitectura móvil y adaptable a las necesidades cambiantes de la sociedad.

Dentro de estas búsquedas, Stephen Kendall destaca el parecido entre la metodología de los soportes y un proyecto del arquitecto neerlandés Jan Trapman. Es un proyecto de bloque de viviendas que reproduce la planta libre y flexible que utilizara Mies van der Rohe en el edificio de la Weissenhof. Una diferencia sensible entre ambos conjuntos es que, en el edificio de Trapman, los núcleos de circulación vertical se ubican sobre el eje longitudinal del edificio para permitir variaciones en cuanto a la longitud de circulación. Por lo tanto, no sólo puede transformarse la disposición interior de cada departamento sino que además puede cambiar la cantidad de unidades. Con lo cual, el eje longitudinal del edificio se convierte en un antecedente de las zonas y márgenes que atravesaban linealmente los soportes (Figura 21). En cuanto al exterior del edificio Trapman mantiene una imagen brutalista, enmarcando todo el edificio en un gran pórtico que sitúa los planos resistentes por fuera del espacio habitable, brindando mayor flexibilidad en el interior (Figura 15).

¹⁷⁷ Kendall destaca un vínculo directo entre la lógica de los soportes y las tecnologías apropiadas: “*Proponía construir soportes que reconocieran cabal y armónicamente la cultura local, incluyendo el carácter de la arquitectura tradicional. Proponía acertadamente el uso de tecnologías locales y apropiadas, y cuestionaba el hecho de que las tecnologías terminen condicionando las propuestas*” (Kendall & Jonathan, 2002, pág. 11). Sin embargo, la preferencia por las tecnologías apropiadas no se hacen evidentes en su primera etapa de trabajo dentro del S.A.R.



Trapman, J. (1957) Kristalbouw. [Conjunto de viviendas]. Proyecto no construido. Extraído de ESCHER, Cornelia, 2017. Nested utopias : GEAM's large-scale designs. In: KEGLER, Karl, ed., Akos MORAVANSZKY, ed.. Re-scaling the environment : new landscapes of design, 1960-1980. Basel: Birkhäuser, pág. 81-96.

Figura 15 Kristalbouw

Al igual que en el Bergpolder y en las megaestructuras brutalistas, la tecnología del hormigón armado juega un papel importante tanto en la estética exterior como en la flexibilidad interior. Habraken no se deja encandilar por la estética contundente del brutalismo, e incluso critica el rol de la industria dentro de los conjuntos de gran escala. Más que oponerse a la industrialización de la construcción, se enfrentaba a la producción de la vivienda como producto terminado. La multiplicación mecánica de viviendas iguales, limitaba la incidencia de los usuarios en la elección y transformación de su propia vivienda, generando como resultado, paisajes uniformes y monótonos: *“la aplicación a gran escala de la construcción masificada de residencias se convirtió en fuente de frustración para la mayoría de la población del país”* (Habraken, 1974/1979, pág. 9). Por el contrario, sus exploraciones dentro del S.A.R. representan un esfuerzo por reorientar la industria. Tratando de encontrar caminos alternativos para poner el potencial de la producción industrial al servicio de la calidad de la vida de los usuarios. En lugar de excluir a los residentes, la industria debía tratar de potenciar su incidencia. Por lo tanto, la producción industrial debía orientarse según dos rumbos diferentes, paralelos, e interrelacionados. Por un lado debía agilizar la construcción de los soportes, por otro lado, debía generar sistemas constructivos para brindar mayores posibilidades de elección y transformación de unidades separables.

La industrialización de la construcción en los Países Bajos

Esta necesidad de trabajar la metodología de diseño a la par de la industria, se enmarcaba en el contexto sociocultural específico de las ciudades neerlandesas, donde el Estado encaraba diferentes programas de desarrollo centralizando las acciones que guiaban la industrialización. En el ámbito de la construcción de vivienda masiva, el Estado jugaba un rol determinante, orientando el sector en base a estándares normativos y diferentes subvenciones (Habraken, 1974/1979, pág. 8). Estas políticas se incrementaron durante la posguerra, pero formaban parte de una tradición que funcionaba incluso durante la ocupación nazi. En ese periodo *“Se establecieron acuerdos futuros con las empresas constructoras que habían rehusado colaborar con el enemigo. En torno al año ‘43 el plan estaba*

preparado para construir 30.000 viviendas al año [...] con un aumento progresivo hasta las 400.000 viviendas” (Colmenares, 2010, pág. 3).

Los Países Bajos continuaron con una política habitacional centralizada basada en la industrialización de la vivienda, décadas después del final de la Segunda Guerra.

“Por los años sesenta el Gobierno amparó el desarrollo de sistemas de construcción como parte de una política general de aumento de la existencia de viviendas, [...] este esfuerzo altamente centralizado y estandarizado dio como resultado la producción de grandes áreas urbanas de edificios monótonos y uniformes” (Habraken, 1974/1979, pág. 9).

Tal como alertaba Habraken, el proceso estaba produciendo un aumento de la estandarización en base a la producción industrial en paralelo a una simplificación monótona de los conjuntos habitacionales. En este proceso, los arquitectos perdían injerencia frente a la imposición de las lógicas de producción y montaje de las empresas constructoras. En ese sentido, las propuestas del S.A.R si bien se apoyaban en la incorporación del usuario, se alinean dentro de una búsqueda más amplia que reformula el rol del arquitecto. La producción industrial y masiva de vivienda terminada había comenzado a prescindir de los saberes de la arquitectura. Reemplazando el buen juicio del arquitecto por decisiones de diseño que simplificaban el proceso de construcción, incrementando la producción. El arquitecto, excluido del proceso, buscaba su reinserción.

La astucia de Habraken radica en notar que el arquitecto era uno más entre los actores que se excluían en el proceso, destacando la ausencia de los residentes como el principal factor para la degradación del ambiente. Sin embargo, muchos grupos de arquitectos se encontraban, en ese momento tratando de encontrar el modo de contribuir a ese proceso de industrialización de vivienda.

A partir del impulso que daba el Estado hacia la industrialización de la vivienda, se encararon diferentes exploraciones que sirvieron como antecedentes para la formación del S.A.R. Entre ellas, deben destacarse las investigaciones del Kerngroep liderado por Van den Broek, la Ratiobow que nucleaba diferentes organizaciones que experimentaban y adaptaban sistemas constructivos, e incluso el sistema prefabricado Ayrey Nemavo que fue una adaptación de un sistema prefabricado de hormigón encargado por la Sociedad Pública Holandesa de Vivienda (NeMaVo) al arquitecto Berghoelf (Colmenares, 2010, pág. 3).

Dentro de ese marco, el S.A.R. proponía cambiar el proceso de toma de decisiones a partir de acciones técnico-constructivas estrictamente ligadas a los mecanismos establecidos por la disciplina arquitectónica. Estaba enarcada en un esfuerzo pragmático por reorientar el rol del arquitecto. Al punto tal de llegar a plantear sus publicaciones como un *“manual para quienes querían usar el método”* (Habraken, 1974/1979, pág. 12), reorientando su formación, conocimientos y prácticas, en función de las condiciones de producción de vivienda que exigía el contexto socioeconómico de la segunda posguerra en Europa.

De allí que algunas de las críticas a las teorías del S.A.R asocian esa actitud pragmática, de adaptación al contexto existente, con una postura sumisa con respecto a las empresas constructoras. En definitiva, la metodología del S.A.R. evidenciaba una relación *“excesivamente dependiente del gran capital representado en las empresas del sector de la construcción”* (Colmenares, 2010, pág. 18). Para Habraken, la cercanía con el sector de la construcción significaba un compromiso con la realidad que permitía adecuar las investigaciones a las verdaderas posibilidades de la industria.

Era una estrategia para alejarse de la especulación puramente teórica. Sin embargo, esa actitud termina empobreciendo la propuesta a nivel teórico. No existen, dentro de sus textos, críticas profundas hacia la concentración monopólica de las empresas, ni hacia la presión que ejercen sobre el Estado.

Tampoco se abordan seriamente las diferencias de poder entre los distintos actores involucrados en el proceso de construcción. Lamentablemente, las asimetrías en el proceso de toma de decisiones no se producen de manera inocente, no son producto de la inercia o de una supuesta evolución natural. Son producto de inequidades consolidadas mediante el ejercicio del poder a lo largo de la historia. Por lo tanto, no es suficiente formular una nueva metodología para revertir o reformular esas asimetrías. Se requieren cambios sociales más profundos.

Reorientar la industria:

Pese a que la propuesta del S.A.R. tenía una actitud pragmática frente al marco general del capitalismo industrial, planteaba realizar algunas modificaciones dentro del esquema de producción. Ante la situación de crisis que atravesaba la sociedad durante la recesión provocada por la Crisis del Petróleo, las ideas de Habraken no pretendían alejarse de la industria¹⁷⁸ sino tratar de orientarla hacia la producción disgregada.

Frente a la producción en serie del objeto casa, que daba como resultado paisajes monótonos construidos en base a la multiplicación de casas iguales, Habraken proponía industrializar los sistemas que componían la vivienda por separado. Así cada usuario tendría la posibilidad de combinar múltiples alternativas a la hora de ensamblar su propia vivienda, con lo cual ya no se necesita una gran industria capaz de producir toda la vivienda sino que se necesita multiplicar la cantidad de pequeñas industrias ocupadas en hacer sistemas industrializados compatibles entre sí.

De esta manera, se pasa de un sistema industrial basado en el ahorro que genera la producción masiva y concentrada, hacia la producción disgregada que permite generar diversidad de productos en base a la combinación de elementos compatibles.

Es un cambio desde el modelo fordista de producción, hacia el modelo de producción toyotista. Por supuesto, este cambio de modelos involucra procesos más profundos con respecto a la organización del territorio, la circulación de los capitales, la organización de la mano de obra y otros factores que no tienen un correlato directo con respecto a los cambios que propone Habraken.

La metodología del S.A.R. forma parte de este cambio de modelo industrial sin por ello abordar todos sus aspectos. En líneas generales, se produjo un proceso dialéctico, donde el nuevo rumbo que tomaban las industrias contribuyó a forjar otro modo de encarar la vivienda. Del mismo modo, esas nuevas visiones de la vivienda promovían un cambio en el modo de producción. Los aspectos que formaban parte del cambio del proceso productivo, como por ejemplo el rol secundario que adquiere el Estado en la modalidad de producción toyotista¹⁷⁹, no forman parte de la propuesta del S.A.R. pero sí son parte del modelo de producción industrial al cual estaba atado.

La propuesta metodológica del S.A.R. se apoya en una serie de reflexiones realizadas por Habraken con respecto al modo en que se venían construyendo los conjuntos de vivienda en el periodo de posguerra de los Países Bajos. En ese momento, existía la tendencia a tratar de aumentar el número de

¹⁷⁸ La industria orientada a los grandes conjuntos estaba siendo desaprovechada: *“Es un error pensar que [en el contexto europeo de posguerra] la vivienda masiva y la industrialización van de la mano. Si fuera así, ya habríamos superado la escasez de vivienda”*(Habraken, 1972, pág. 8).

¹⁷⁹ Hay que aclarar que algunos autores, como Manuel Castells afirman que el Estado no adquirió un rol secundario en el nuevo esquema de producción, sino que comenzó a ejercer una serie de tareas diferentes a las que encaraba previamente. Mientras antes se orientaba a la protección y el estímulo del mercado interno, el nuevo esquema de producción lo obligaba, y más que en épocas anteriores, a la conquista de mercados internacionales.

soluciones en base a la simplificación del “producto casa”. Sin embargo, Habraken sostenía que esta simplificación, basada en el criterio de estandarización, no repercutía en un verdadero ahorro económico. Aún peor, la multiplicación de viviendas básicas y uniformes generaba entornos aburridos y abstractos, donde las condiciones materiales y sociales se degradaban rápidamente: *“Durante muchos años, la uniformidad en la producción masiva de viviendas era defendida como un coste necesario para alcanzar una producción más eficiente; sin embargo, se vio que el precio de la monotonía se pagaba sin ningún resultado económico tangible”* (Habraken, 1974/1979, pág. 9).

Para Habraken, era un error culpar a la industria por esa sensación de monotonía que adquirirían los conjuntos de vivienda. *“No nos equivoquemos. La uniformidad en la construcción de viviendas no es el resultado de la industrialización”* (Habraken, 1977, pág. 26). En realidad, para Habraken el error del abordaje moderno de la vivienda era haber generado un proceso de producción en el cual no estaba contemplada la intervención del ser humano.

“La uniformidad deriva de la eliminación del individuo. Toda vez que se torna imposible la acción individual, surge la uniformidad” (Habraken, 1977, pág. 26). Pero este llamado hacia la iniciativa individual no debe homologarse con respecto a las búsquedas de Geddes y Turner. Mientras Geddes era más cercano a la producción artesanal y destacaba las virtudes de la autoconstrucción, Habraken decía que no era necesario que el usuario construyera su vivienda. Consideraba suficiente el hecho de poder elegir su configuración final. En otras palabras, tenía una visión de la individualidad muy cercana al criterio de customización, ese proceso mediante el cual el consumidor puede personalizar el producto eligiendo un ensamblaje particular entre un amplio catálogo de componentes.

El criterio de customización, implicaba sacrificar la lógica de la cinta transportadora, que aceleraba la producción gracias a la normalización de los componentes ensamblados según una secuencia única. Es interesante que Habraken también cuestionaba la cinta transportadora, pero como parte de algo más amplio. Ese marco más amplio y abstracto, no era ni más ni menos que el proceso de producción fordista. *“El primer paso consiste en demostrar que la uniformidad [...] es el resultado de la eliminación del individuo. [...] La cinta transportadora es sólo uno de los métodos que conducen a la eliminación del individuo”* (Habraken, 1977, pág. 26).

Más allá de todas las observaciones que pueden realizarse con respecto al cambio de producción industrial que se produce a mediados de la década del setenta, Habraken afirmaba que la solución al problema de la vivienda requería cambios organizativos más que técnicos. Habraken no lo veía como un cambio propio de la industria, sino como un cambio en cuanto a su orientación. Según su punto de vista, en lugar de orientar la producción para alcanzar escalas cada vez mayores, era necesario orientarla hacia la pequeña escala. A partir de lo cual, surgen nuevos paralelismo.

Mientras el aumento de la escala en la producción fordista es el equivalente a aumentar el stock, la disminución de la escala en la producción toyotista es similar a la producción en small batches. Paradójicamente, el proceso en el cual estaba inmerso Habraken no era plenamente organizativo ni exclusivamente técnico. Implicaba una reorganización de la técnica.

Al mencionar la cuestión organizativa como una parte central del diagnóstico, Habraken buscaba destacar que el modelo de industrialización de viviendas estaba respaldado por una manera de entender la distribución del poder:

“el proceso que excluye la división a pequeña escala del poder se mueve, por su propia naturaleza, hacia un agrandamiento de la escala, uniformidad y expansión del espacio público. Y esto puede observarse por doquier. En todas partes donde la autoridad central del Estado, ayudada por los profesionales, produce el alojamiento masivo se detecta el fenómeno [...] Cuando existe un poder

ejercido unilateralmente podemos esperar, en consecuencia, que la morfología se torne rígida. Lo cual resulta especialmente cierto cuando el que domina es el poder organizador y estructurador” (Habraken, 1978, pág. 59)¹⁸⁰.

Por lo tanto, la simplificación del ambiente producto de la centralización vertical de las decisiones sobre grandes porciones del ambiente, no era un requisito tecnológico sino una premisa ideológica. Para Habraken respondía a un modelo de centralización del poder de toma de decisiones con respecto a la vivienda. El Estado concentraba todas las decisiones en una oficina de profesionales que, buscando agilizar la respuesta, simplificaba el diseño y la construcción. Sin embargo, la industria no necesitaba monotonía. En dirección opuesta, la variedad estimulaba la producción de sistemas industrializados, mientras la prefabricación completa los retrasaba.

“Las plantas uniformes no siempre conducen a una industrialización de los métodos de construcción. Por el contrario, la auténtica industrialización de los métodos es lo que hace posibles diferentes soluciones. Entonces no hay contradicción entre variedad y producción industrial. Más aún, hemos aprendido que el énfasis en la uniformidad de las plantas ha retrasado el desarrollo de una verdadera industrialización de los sistemas” (Habraken, 2002, pág. 3).

En lugar de centralizar las decisiones sobre la totalidad de grandes porciones del ambiente, Habraken proponía subdividir el ambiente según niveles (Figura 23). En la práctica cada uno de esos niveles funcionaría como una serie de instancias de diseño que convoca a diferentes actores para tomar las decisiones. Es una jerarquía de escalas anidadas, donde las instancias superiores sirven de marco para las instancias inferiores, aunque no las determinan completamente. Cada nivel puede decidir sobre sus particularidades, mientras no altere las decisiones tomadas en el nivel superior. En lugar de respetar una linealidad vertical de las decisiones, cada nivel abre una nueva pluralidad de opciones. Esta diversidad permitía, al mismo tiempo, escapar de la monotonía del paisaje y estimular la industria. Es decir que se podían abordar grandes transformaciones del territorio, pero previendo un proceso de decisiones gradual y escalonado¹⁸¹. Ya no es necesario multiplicar una misma respuesta, sino que podemos *“encontrar la mejor solución para cada caso. En cada proyecto podemos preguntarnos cómo vamos a distribuir las responsabilidades a lo largo de los diferentes niveles para conseguir el mejor resultado de la manera más eficiente”* (Habraken, 2002, pág. 16).

En síntesis, la industrialización de la construcción no implicaba uniformidad del paisaje, sino que, por el contrario, permitiría distribuir las decisiones para lograr mayor variedad en el resultado formal¹⁸².

¹⁸⁰ En el cambio del rol del Estado también puede notarse otra similitud entre las ideas del S.A.R. y el modelo de producción toyotista. El modelo fordista, tanto por la concentración de la producción como por la dependencia de un mercado estable, requería una postura activa por parte del Estado en cuanto a inversiones de grandes infraestructuras, como financista y como garante regulador del consumo. Por el contrario, en la producción disgregada ya no es necesario un rol activo del Estado, sino que se convierte en un actor secundario que apoya (que sirve de soporte) a las múltiples iniciativas de menor escala. Ya no forma parte de la producción sino que se convierte en garante y agente posibilitador en cuanto a la coordinación, financiamiento, comunicaciones, de una producción distribuida en el territorio.

¹⁸¹ *“Con este sistema (se refiere a la metodología del S.A.R.) puedes abordar una porción de ambiente grande, con diferentes jardines, calles, plazas [...] y es una manera muy eficiente de construir porque puedes repetir mucho la misma estructura de la trama (pattern) y que siga siendo agradable para habitar”*(Nagore & Habraken, 2013). Es una reflexión que permite establecer un vínculo entre la lógica de los soportes y los niveles con la teoría de los *“mat building”* desde el Hospital de Venecia hasta el MUSAC de Mansilla-Tuñón.

¹⁸² *“La industrialización en el proceso de construcción de viviendas es, en la actualidad, la única manera de reintroducir al individuo”* (Habraken, 1977, pág. 26).

Contra cualquier visión conservadora o evasiva que cuestionara el proceso de industrialización, Habraken afirmaba que *“esta capacidad productiva le da un panorama más amplio a nuestra vida y [...], de ninguna manera, significa una amenaza, y aún menos es causa de empobrecimiento”* (Habraken, 1977, pág. 26). Sin embargo, esta fe en la industrialización no implicaba una aceptación ciega, antes bien, pretendía orientarla hacia un perfil más humano, alejada de la cultura maquinista de los pioneros de la modernidad. Por eso afirmaba que *“trabajar considerando las cosas desde un punto de vista técnico conduce siempre a la excentricidad y la tiranía. Trabajar partiendo de un punto de vista humano conduce a una utilización más completa de todos los medios técnicos”* (Habraken, 1977, pág. 33). Ante lo cual, Habraken volvía a recalcar una y otra vez -más allá de la orientación que tomaba el S.A.R.- que el problema de la vivienda no requería soluciones técnicas sino una reorganización del proceso de toma de decisiones.

A modo de paradoja, hay que destacar que la técnica avanzó en el sentido opuesto al que proponía Habraken. En lugar de acompañar un proceso de distribución de las decisiones de diseño, favoreció su concentración. El mejoramiento de los instrumentos técnicos permite abordar porciones de territorio cada vez más grandes sin necesidad de simplificar el proyecto. Por ejemplo, la informatización del dibujo arquitectónico y el control numérico del corte y modelado de materiales permiten trabajar formas diversas y complejas en proyectos cada vez más grandes. Se puede aumentar la diversidad y la escala sin sacrificar el control centralizado de las decisiones de diseño. Los edificios de Santiago Calatrava, Frank Gehry o Peter Eisenman alcanzan dimensiones cada vez mayores, con juegos formales cada vez más complejos, pero mantienen la centralización de las decisiones. Con lo cual, cambió la industria, cambió el rol del Estado, cambiaron los conjuntos de vivienda, pero sin alterar el ejercicio unilateral del poder.

La trascendencia del S.A.R.

Paradójicamente, pese a la intención pragmática del S.A.R, su trascendencia no se debe a los resultados materiales obtenidos dentro del contexto de los Países Bajos sino a partir de su producción teórica. Por un lado, los ejemplos construidos según la metodología del S.A.R. no han sido destacados como parte de las obras cumbres de la Historia de la Arquitectura, por otro lado, las experiencias de colaboración junto a las empresas constructoras no llegaron a buen puerto. Como ejemplo, puede mencionarse que, uno de los tres ejemplos que se muestran en el libro *Un diseño de patrones* (1980) suscitó una serie de discusiones internas en el S.A.R que derivó en el alejamiento de uno de sus miembros. El sistema de soporte longitudinal desarrollado entre 1969 y 1972 formaba parte de una experiencia modelo por combinar financiación de Intervan y Phillips en busca de un prototipo de conjunto de viviendas adaptable y flexible. Por más que reflejaba el ideal de trabajo coordinado entre profesionales, entidades estatales y corporaciones, en la práctica el proyecto final priorizaba la ágil construcción lineal de elementos prefabricados por sobre las cualidades espaciales. Si bien brindaba gran flexibilidad interior, las fachadas convertidas en muros de carga resultaban frías e inamovibles. Willen Van Tijen, uno de los socios fundadores del S.A.R., consideraba que era una solución inhumana (Colmenares, 2010, pág. 15).

Sin embargo, las ideas del S.A.R. ganaron múltiples seguidores dentro del ámbito académico. En la expansión de la propuesta metodológica del S.A.R, será determinante la incorporación de Habraken en una de las universidades que disputaba la posición de vanguardia dentro del ámbito académico de los Países Bajos. *“En 1967 Habraken se hace cargo del “plan de estudios” de la Universidad de Eindhoven, que pretendía distinguirse del Politécnico de Delft por una formación eminentemente técnica”* (Colmenares, 2010, pág. 9). A partir de la difusión de las ideas del S.A.R. entre los principales centros de

formación en arquitectura, el ámbito de aplicación de sus ideas se expande a todo el mundo. Esta consolidación de las ideas del S.A.R. dentro del ámbito académico debe someterse a dos lecturas diferentes: por un lado, cuando la metodología se incorpora a las cátedras relacionadas con el diseño arquitectónico, se pierde el valor experimental de la metodología mientras se fortalece su faceta más lineal, como una fórmula o manual a seguir. Por otro lado, cuando arquitectos de todo el mundo se familiarizan con la metodología, comienzan a implementarla en contextos muy diferentes al que vivían los Países Bajos durante la segunda posguerra. Por ende la difusión de la propuesta teórica y metodológica del S.A.R no coartó su vínculo con la realidad material y técnica sino que la potenció hacia nuevos horizontes.

El S.A.R traza una línea teórica que terminan de materializar diversos estudios de arquitectura de todo el mundo.

Stephen Kendall destaca el trabajo de Van Randen, Fokke de Jong, Hans van Olphen, Thijs Bax y Frans Van der Werf, dentro del ámbito específico de los Países Bajos. El mismo autor reconoce que antes de mediados de los setenta se habían construido ejemplos similares en Alemania, Suecia, Suiza y Austria. Dos décadas después de la formación del S.A.R podían reconocerse cincuenta proyectos -“*cuarenta en el mundo industrializado y diez en Japón*”- que seguían lineamientos similares a los propuestos por este grupo.

Más allá de que la categoría “mundo industrializado” resulte imprecisa, es importante la mención de Japón. En este país se combinan dos características que generan un panorama arquitectónico similar al de los Países Bajos. Japón tiene una alta densidad poblacional (debido a las condiciones geográficas y el acelerado proceso de industrialización posterior a la Segunda Guerra) que se combina con tradición milenaria de construcción con panelería liviana. De allí que las ideas del S.A.R. encontraron fácilmente continuidad en el país asiático.

En algunos textos y entrevistas de principios del siglo veintiuno, Habraken destaca que Japón incorpora una reglamentación basada en sus ideas, con una perspectiva de sustentabilidad (Nagore & Habraken, 2013; Havik, Teerds, & Habraken, 2011).

El S.A.R. trazará una línea teórica sin llegar a recoger sus frutos. Si bien su surgimiento responde a las especiales condiciones de construcción industrializada de los Países Bajos, sus resultados materiales deben corroborarse en diferentes puntos del planeta. En 1972 asumió la co-dirección del S.A.R el arquitecto John Carp, que profundizó las búsquedas en cuanto a la participación y la aplicación de la lógica de los soportes al ámbito urbano.

A medida que se profundizaba la recesión económica de fines de los setenta, perdió fuerza la imperiosa necesidad de posicionarse dentro del proceso de construcción de viviendas masiva. Sin embargo, un punto determinante para la expansión de las ideas de Habraken por el mundo fue la incorporación al S.A.R. de Nicholas Wilkinson, que un año más tarde funda la revista internacional Open House, antecedente de la fundación llamada Open Building. En paralelo, la Universidad de Delf también se consolidaba como un polo de investigación dentro de las líneas propuestas por el S.A.R.; en 1975 el Van Randen Group comenzó a realizar investigación aplicada; y en 1984 Age van Randen fundó grupo de investigación OBOM (Open Bowen Ontwikkelings Model) (Kendall & Jonathan, 2002, pág. 15). Con estos antecedentes, la fundación Open Building se consolida a nivel internacional, retomando el valor experimental del S.A.R desde diferentes centros de investigación.

En innumerables convenciones y publicaciones de todo el mundo, continúa vivo el espíritu del S.A.R. tanto en exploraciones teóricas, proyectos y edificios construidos. Más allá de que el trabajo de

Habraken en el S.A.R. no se haya centrado en la producción de algún edificio en concreto, su fecundidad debe analizarse a partir de la influencia ejercida sobre una corriente de alcance internacional. De allí que Stephen Kendall, una de las personalidades destacadas dentro del Open Building destaca al S.A.R. como una “incubadora de edificios” (Kendall & Jonathan, 2002, pág. 9).

La continuidad del enfoque tecnológico de Habraken en la arquitectura participativa

En síntesis, Habraken fue variando el uso de la tecnología a lo largo del desarrollo de su obra teórica. Pasando de una actitud experimental, a una posición cada vez más pragmática, e incluso conservadora, buscando anclarse en las tradiciones constructivas de la gente. Durante su periodo como director del S.A.R., la tecnología jugaba un rol fundamental dentro de la participación. Principalmente, el uso de sistemas prefabricados. La innovación tecnológica, cuando se orientaba a facilitar la interacción entre soportes y unidades separables, facilitaba la participación del usuario en la configuración de su propio entorno¹⁸³.

La industrialización no era mala de por sí, sino que debía reorientarse. “*Cuando los profesionales se quejan de que la industrialización es imposible, suelen referirse a la producción masiva de viviendas estandarizadas completamente prefabricadas en un solo sitio, preferentemente alejado. [...] Esto no es industrialización, sino centralización de las decisiones tecnológicas*” (Habraken, 1980, pág. 26). Cuando Habraken propone orientar la industria de modo tal que posibilite mayor poder de decisión a los usuarios, está cuestionando la producción de vivienda al estilo fordista. Pero no está cuestionando la producción industrial en sí. De hecho, es una incorporación temprana de la lógica de la customización que tendrá su auge luego de la Crisis del Petróleo, con la consolidación del modelo de producción toyotista¹⁸⁴.

Sin embargo, ya en esa época, Habraken era consciente de que el problema de la vivienda masiva no era solamente una cuestión técnica, al menos en el sentido de técnica constructiva. Si bien la exclusión del usuario se realizaba en base a la construcción de grandes elementos prefabricados, la solución no debía negar las condiciones de industrialización. Por el contrario, era necesario reorientar la industria según una nueva lógica. Más importante aún que la materialidad de los soportes y las unidades, era la metodología que permitía separar dos procesos que, hasta ese momento, los arquitectos percibían como

¹⁸³ Esta confianza pragmática de Habraken puede verse por ejemplo cuando afirma que “*para incluir la participación del residente, se podrá obtener la mayor ventaja de las tecnologías existentes*” (Habraken, 1974/1979, pág. 18). Frente a otros arquitectos que proponían un retorno a las técnicas artesanales, como Christopher Alexander, Habraken nunca abandonó su confianza en la técnica. Incluso cuando comenzó a estudiar las tipologías tradicionales, ya instalado en el M.I.T., buscaba destacar, en primer término, la relación entre la configuración general de los espacios, considerando la materialidad como algo secundario.

¹⁸⁴ Este modelo de producción se oponía a la concentración de las infraestructuras en grandes complejos fabriles, para proponer en su lugar, una producción disgregada. Gracias a la mejora de comunicaciones, las piezas de un producto se pueden producir a partir de proveedores menores, en pequeños lotes, lo cual permite mayor variedad y flexibilidad en las características del producto. En lugar de tener un stock fijo de producción, los productos se comercializan antes de ser producidos, como por encargo. Con lo cual pueden responder a las demandas más específicas de los usuarios. Apenas recibido el encargo, las piezas necesarias, producidas en cualquier parte del mundo, se ensamblan para viajar hasta el lugar en el cual se consume el producto. Si bien Habraken, durante su periodo en el S.A.R. no realizaba ninguna comparación con respecto al modo de producción toyotista, tiempo después reconocía cierta familiaridad entre la lógica de los soportes y la industria japonesa. Hablando de la producción de objetos personalizados, afirmaba que “*La industria de autos japonesa es consciente de eso, Toyota hace distintos autos para los americanos que para los japoneses pero las diferencias son muy pequeñas. Personalmente, creo que si generamos industrias que produzcan unidades separables, estas industrias serán cada vez más conscientes de las condiciones locales*” (Nagore & Habraken, 2013).

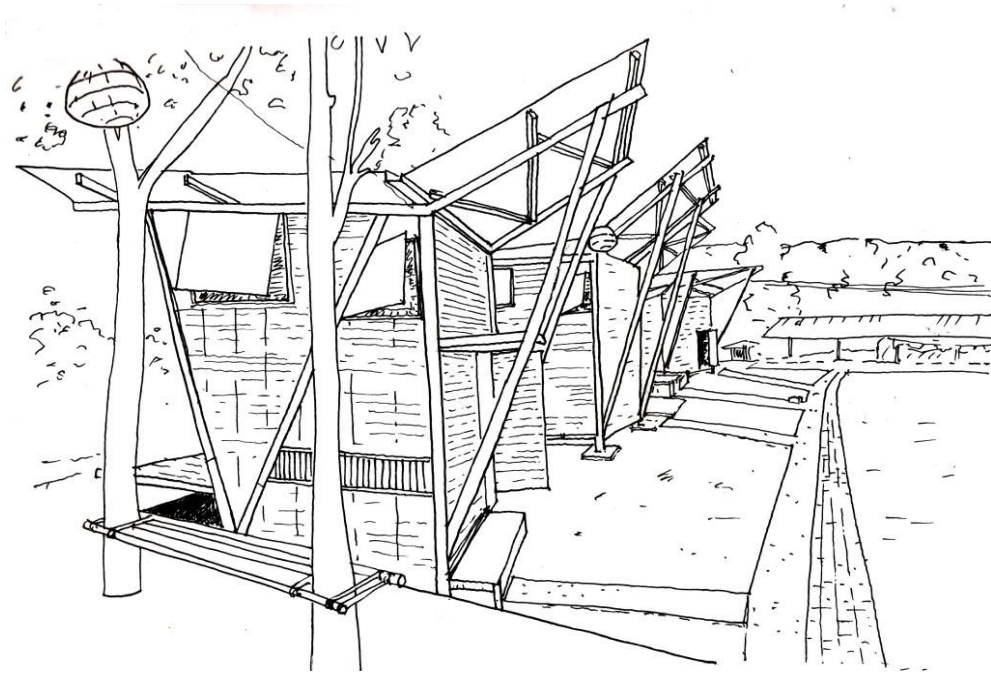
una unidad indivisible. En ese sentido, la metodología del S.A.R era una herramienta -es decir, una tecnología- de coordinación entre múltiples actores. Durante la década del setenta, con los efectos de la Crisis del Petróleo, el Estado de Bienestar, en franco retroceso, abandonó la inversión en desarrollo tecnológico para la vivienda. La centralización de grandes infraestructuras tecnológicas perdió vigencia, y muchos arquitectos se abocaron a la recuperación de una tecnología de escala doméstica, tradicional. En ese contexto, la exploración en cuanto a sistemas constructivos perdió peso dentro de las ideas de Habraken y se fortaleció la parte metodológica. A partir de mediados de los setenta, trabajando en el Departamento de Arquitectura del MIT, Habraken desarrolló diferentes trabajos para experimentar sobre la coordinación interactoral y la variedad tipológica. En esos textos puede apreciarse mayor afinidad con el pensamiento de Schumacher donde las tecnologías locales van a cobrar mayor importancia. En realidad, cuando Habraken observa la arquitectura tradicional recalca que la gente construye en base a un criterio espacial muy claro y estable. Una tipología simple y constante, común a una población, que posteriormente cada familia busca materializar con diferentes técnicas y materiales en base a su situación específica. Con lo cual, prioriza la cuestión espacial por sobre la tecnología utilizada. El criterio espacial se encuentra en un primer plano de reflexión, mientras que las técnicas disponibles buscan dar respuesta a los requisitos espaciales.

La compleja relación entre las propuestas de Habraken con respecto a la tecnología suscita una serie de preguntas fundamentales dentro del ámbito de la participación. ¿Puede la innovación tecnológica transformar el proceso de toma de decisiones? ¿Existen mecanismos tecnológicos que potencien la descentralización del proceso de toma de decisiones? ¿Resulta conveniente innovar en tecnologías para fomentar la participación o es preferible recuperar tecnologías ya afincadas en la cultura popular? O planteándolo desde un punto de vista histórico, cuál de las posiciones de Habraken con respecto a la tecnología tiene más peso dentro de la arquitectura participativa. ¿(A) La innovación tecnológica, (B) el uso pragmático de alguna tecnología existente o (C) la recuperación de técnicas tradicionales?

En relación a las ventajas de las nuevas tecnologías (A), las propuestas de Alastair Parvin, mencionadas anteriormente, son una expresión más dentro de una línea que busca potenciar la iniciativa individual y la posibilidad de elección de los usuarios en base a las nuevas posibilidades de la informática. En todas estas búsquedas que intentan explorar el alcance de las tecnologías del momento, como el corte numérico, las impresoras de tres dimensiones y los grandes scanner, puede notarse una fascinación prioritaria por el instrumento tecnológico. En todos los casos, la participación se incorpora, solamente como un ámbito de exploración de esas tecnologías. Dichas propuestas no surgen para dar respuesta a una manera de entender el proceso de toma de decisiones. Si bien es cierto que el proceso de diseño se transforma por añadidura, no surge de una problematización previa sino de la aplicación de un mecanismo determinado. Por más que todas las innovaciones tecnológicas siguen un proceso errático, fluctuando entre la necesidad y la pura experimentación, hasta ahora, las que buscan favorecer la participación, no parecen determinantes por encima de otros factores políticos, legales y económicos.

Con respecto a las tecnologías existentes que permiten descentralizar el proceso de toma de decisiones (B), podemos abordar este tema a partir de casos mencionados anteriormente. En ellos puede notarse que Santiago Cirugeda en la casa Rompecabezas de Barcelona y ELEMENTAL en Quinta Monroy de Iquique (Figura 45) toman una actitud similar pero utilizando recursos tecnológicos diferentes. Ambos consideran que la tecnología utilizada fomenta la participación del usuario en el proceso constructivo, lo cual implica cierto poder de decisión sobre la configuración final. Cirugeda utiliza una lógica similar a la que Habraken proponía para transformar las unidades separables, retomando la construcción vía seca y

la lógica del ensamblaje mediante herramientas sencillas. Por su parte ELEMENTAL propone separar el proceso constructivo en dos instancias, tal como hacía el S.A.R., sólo que en un planteo similar a las exploraciones de vivienda cáscara que se realizaron en Perú a partir de la década del cincuenta (Gyger, 2013).



TYIN Tegnestue (2008-2009) Soe Ker Tie House. [Viviendas para refugiados]. Noh Bo, Tak, Tailandia. Gráfica propia.

Figura 16 Soe Ker Tie (viviendas de Bambú realizadas por TYIN Tegnestue)

Finalmente, con respecto al uso de técnicas tradicionales de construcción (C), pueden destacarse una multiplicidad de ejemplos que construyen utilizando técnicas en tierra cruda o recuperando técnicas de construcción con maderas del lugar, como el bambú o la guadua. En el primer caso puede mencionarse la experiencia del equipo de Christopher Alexander en Mexicali (1975) (Figura 46) así como también toda la tradición cultural de las mingas en el ámbito de Latinoamérica. Dentro de las experiencias destacadas por la prensa mundial, algunas obras de Anna Heringer y Diébédo Francis Kéré que implementaban mecanismos de construcción participativa, también se combinaron con técnicas de construcción en tierra cruda. Dentro de aquellos proyectos que recuperan técnicas tradicionales de construcción en seco, deben destacarse los proyectos donde el grupo TYIN Tegnestue recupera el uso de la caña de bambú (Figura 16). Tanto en el caso de la construcción en barro, como en la construcción con madera local, se trata de potenciar el valor pedagógico y el peso cultural que tiene la construcción colectiva. En estos casos, la tecnología aparece imbuida de un valor simbólico que no está del todo abordada en los textos de Habraken. En fin de cuentas, según su visión la tecnología cumplía sólo un rol secundario, que debía orientarse en función de los requerimientos del contexto.

Si en algún momento Habraken adoptó una postura de vanguardismo técnico, fue porque el contexto de los Países Bajos así lo requería.

La arquitectura como proceso

El ambiente como una transformación constante

Los edificios permiten que el ser humano desarrolle una actividad en un lugar determinado. Posibilitan una actividad que, o no podría realizarse sin esa arquitectura, o -al menos- no podrían desarrollarse del mismo modo. Incluso el más primario cobijo que construye el ser humano, permite atemperar un recinto, un interior, con respecto a las condiciones del exterior. La arquitectura define una porción de artificialidad con respecto a una totalidad natural. Esa porción de espacio está sustraída de las condiciones que atraviesa el devenir natural del universo. Si la arquitectura busca regular la temperatura, la circulación de aire, la luminosidad de una porción del mundo, al hacerlo está resistiendo a las condiciones naturales.

La arquitectura posibilita una estabilidad ambiental que la vida al aire libre no permite. En ese sentido, toda arquitectura implica, también, una resistencia al tiempo. Incluso la arquitectura de las poblaciones nómades está pensada para resistir durante un periodo de tiempo. Un refugio para dormir debe permanecer en pie, en un lugar determinado, al menos durante la noche.

En las civilizaciones sedentarias, esta estabilidad de la arquitectura adquirió valores simbólicos cada vez más complejos. Cuando la Arquitectura se consolidó como una disciplina con reglas académicas propias, acentuó aún más su cualidad de resistencia al tiempo. La arquitectura se reviste de una cualidad atemporal, atraviesa generaciones, como si fuera eterna. Las Academias de Arquitectura llegaron a retomar cánones estéticos del pasado como una forma de legitimación atemporal. Los edificios buscaban immortalizarse, resistir inmutables al paso del tiempo. Esta búsqueda de eternidad no se perdió del todo en la propuesta de los arquitectos modernos, e incluso permanece hasta nuestros días.

Es por eso que Habraken señala que existe una tendencia a diseñar los edificios como si fueran monumentos, y que la celebridad de los arquitectos depende de cuán monumentales sean sus obras. Con lo cual, los arquitectos plantean sus obras para resistir al tiempo. Con un mayor nivel de poesía, Habraken señala que:

“Dentro de nuestra tradición, el tiempo es enemigo y debe ser mantenido a raya. La buena arquitectura, creemos instintivamente, es la piedra en medio de la corriente. El ambiente colectivo (common), sin embargo, es como el agua; y el cambio, a través de la constante adaptación, es esencial para su continua existencia” (Habraken, 2003, pág. 36).

El tiempo en la arquitectura moderna

Habraken va a destacar que la incorporación del tiempo, como variable para el diseño arquitectónico, fue uno de los principales aportes del S.A.R. *“El hecho de reconocer que las cosas cambian -y deben mejorar- a lo largo del tiempo, es quizás el más importante de los nuevos aspectos introducidos en nuestro pensamiento sobre la vivienda”* (Habraken, 2002, pág. 3). Si bien es cierto que el S.A.R. desarrolló la primera metodología para proyectar edificios que puedan transformarse a lo largo del tiempo, hay que reconocer que el “cambio” como concepto arquitectónico, tenía una larga tradición dentro de la arquitectura moderna. A fines de la década del veinte, una serie de proyectos de vivienda utilizaban paneles móviles para permitir diferentes actividades entre el día y la noche. En el libro *Flexible Housing*, Jeremy Till y Tatjana Schneider mencionan la Casa Rietveld Schröder en Utrecht, la Casa de Vidrio de Pierre Chareau y Bernard Bijovet en París (1929) y el proyecto de las Viviendas Loucheur de Le Corbusier (1929). Este tipo de experiencias no eran ajenas al ámbito donde se desarrolló el S.A.R;

Bernard Leupen cita un proyecto de la década del treinta, en que Van den Broek utiliza una planta flexible para que la casa pueda cambiar la disposición espacial durante la noche.

La arquitectura del S.A.R es deudora de esas primeras búsquedas del movimiento moderno que trataban de evidenciar la transformación a lo largo del tiempo. De hecho, la incorporación del tiempo como variable excede el ámbito de la arquitectura, es un rasgo que atraviesa toda la cultura de la primera mitad del siglo veinte. Ya desde el siglo diecinueve, el vertiginoso proceso de transformación que producían los medios industriales sobre el territorio alteró también la mismísima percepción del tiempo. El protagonismo del tiempo permite traer a la luz otros temas relacionados como el cambio, la transformación, e -incluso- la idea de progreso. Diferentes artistas y pensadores abordaron estos temas abonando el camino a las primeras vanguardias arquitectónicas que cuestionaron la inmutabilidad de los estilos del pasado. Desde la frase del Manifiesto Comunista que vaticina que *“todo lo sólido se desvanece en el aire”*, pasando por la teoría de la relatividad, hasta los orígenes del cine y el cubismo.

Todas estas experiencias que profundizaban sobre el tema del tiempo, ya tenían un importante desarrollo a mitad del siglo veinte. Umberto Eco escribe *“Obra Abierta”* un año después de que Habraken edita su primer libro. Sin embargo, Eco no se propone, con este texto, revelar una nueva modalidad para abordar las artes. Por el contrario, en el texto mencionado busca desentrañar y profundizar una modalidad que ya estaba plenamente afianzada dentro de la cultura. Con lo cual, podemos afirmar que tanto el texto de Umberto Eco, como la metodología de Habraken en el S.A.R buscan generar un marco lógico para una temática que ya contaba con múltiples ejemplos en el ámbito de la praxis.

Cambios y permanencias en los tejidos tradicionales

Frente a estos primeros antecedentes, hay que notar que en los primeros textos de Habraken no existen citas directas con respecto a las búsquedas provenientes desde otros campos de la cultura. Si bien en algunas entrevistas aparece la metáfora del *jazz*¹⁸⁵, sus ideas surgen de una mirada estrictamente disciplinar.

Resulta aún más llamativo, que Habraken no retome el trabajo de los pioneros de la modernidad. Por el contrario, prefiere poner el foco sobre la arquitectura vernácula. Sus ideas nacen de la observación de los tejidos de las ciudades tradicionales, construidos sin arquitectos ni rigores académicos. En lugar de rescatar la fe en el progreso de los maestros modernos, Habraken abreva en un conocimiento tácito, en la experiencia acumulada a lo largo del tiempo en la construcción cotidiana del ambiente. Paradójicamente rescata el valor del cambio, en una actitud conservadora, o al menos, anti-moderna. Salteándose la fe en el progreso de la modernidad para acercarse a una visión del cambio relacionada con transformaciones graduales realizadas por los usuarios.

Según la visión de Habraken, la arquitectura cambia de por sí. No es necesaria la concesión, ni la buena predisposición, ni una visión iluminada por parte de los arquitectos. *“El rededor construido se encuentra en situación de cambio permanente. Tales transformaciones son resultado de la acción humana”* (Habraken, 1978, pág. 52). Es una visión del cambio y la transformación menos heroica que la de los arquitectos modernos, imbuidos de la fe en el progreso. Un proceso constante, en el cual los

¹⁸⁵ Habraken menciona la música *jazz* para hacer referencia a una estructura rítmica y melódica simple sobre la cual, los músicos se van incorporando realizando sus propias interpretaciones. El resultado, es una combinación entre una estructura repetitiva y la libertad de las variaciones que realiza cada intérprete.

arquitectos deben tratar de insertarse de la mejor manera. “*Estudiando las transformaciones del rededor construido podemos aprender algo sobre este proceso*” (Habraken, 1978, pág. 52).

Valiéndose de ejemplos anteriores al siglo veinte, Habraken demuestra que los edificios, incluso las grandes obras de la Historia de la Arquitectura, pueden mantener a lo largo de su vida un esquema de organización espacial relativamente estable; aunque la distribución específica de los recintos varía notablemente con el paso del tiempo.

Es decir que todos los edificios tienen un criterio espacial que lo rige; pero más allá de ese criterio espacial, se producen múltiples modificaciones. A nivel conceptual, los edificios pueden entenderse como si estuvieran atravesados por dos jerarquías diferentes. Por un lado, una organización espacial rectora (lo que algunos autores de la misma época llamarían la tipología), que es prácticamente un gesto espacial, una reducción gestáltica, sus características esenciales. Y por otro lado, una disposición aleatoria y cambiante que -pese a sufrir múltiples alteraciones en el tiempo- respeta y refuerza el criterio espacial que lo rige. Mantiene la primera jerarquía, mientras cambia lo accesorio.

Habraken toma como ejemplo las casas pompeyanas, los palacios venecianos del gótico, las casas patio del Mediterráneo y las medinas de Túnez (Habraken, 2005, pág. 27). En todos estos ejemplos puede notarse una idea rectora general que luego se materializa con un mayor nivel de adaptabilidad y dinamismo. Habraken utiliza esta evidente separación que se da en la arquitectura vernácula, para ejemplificar su propuesta de división entre soportes y unidades.

Al igual que Habraken, a mitad del siglo veinte, toda una corriente de autores buscaba rescatar la arquitectura local como una forma de oponerse a la ruptura con la historia que planteaba la cultura moderna. En 1957 Sibyl Moholy-Nagy publicó *Native Genius in Anonymous Architecture*; poco después, Bernard Rudofsky publicó el libro *Architecture Without Architects* (1964), en base al material compilado para una exposición del MoMA; y en 1969, Amos Rapoport publicó *House Form and Culture*, con una mirada más cercana a la noción de tipología. Esta recomposición del vínculo entre la arquitectura y el pasado, alienta a una fundamentación cada vez más antropológica de las propuestas de Habraken.

Si bien los textos elaborados dentro del S.A.R. se basaban en una experimentación sobre el diseño - como si fueran el antecedente de la investigación proyectual- existe siempre un anclaje con las raíces del comportamiento de los seres humanos en sociedad.

Dentro de esa búsqueda por anclar su reflexión proyectual en las prácticas innatas del ser humano, en las lógicas cercanas a la subsistencia, puede notarse una notable sintonía con uno de los arquitectos que más influyó en las ideas que subyacen a la arquitectura participativa. A esta altura es necesario aclarar que no existen muchas citas en los textos de Habraken que reconozcan el aporte de Sybil Moholy Nagy o Rudofsky, y el trabajo de Rapoport se cita sólo para referirse a reflexiones sobre la tipología. Sin embargo, en diversas oportunidades, Habraken ha hecho referencia al trabajo de John F.C. Turner.

La influencia de John Turner

Incluso cuando Habraken no retome ningún elemento teórico en concreto de los escritos de Turner, las publicaciones del arquitecto inglés lo alentaron a profundizar su línea de investigación. En cierto modo, a través del éxito de Turner, Habraken percibía que sus ideas avanzaban por buen camino. En fin de cuentas, ambos apoyaban sus ideas en la misma observación. Notaban un proceso continuo y sostenido de transformación del ambiente en los tejidos urbanos realizados sin la intervención de arquitectos. Sólo que observaban el mismo fenómeno en diferentes contextos. Mientras Turner se basaba en la evolución de las barriadas de Perú, Habraken focalizaba sobre los tejidos tradicionales:

“Fue a principios de 1960 que el rol del usuario comenzó discutirse en los círculos profesionales. Recuerdo que encontré muy alentador el hecho de que Turner haya publicado un primer artículo sobre su experiencia en los barrios de Perú un año antes de la publicación de mi texto basado en observaciones de los Países Bajos” (Habraken J. , 1986, pág. 139).

En ese sentido, ambos entendían que la participación era un proceso que se daba de por sí. La centralización del proceso de toma de decisiones en la figura de un arquitecto implicaba un planteo forzado. Significaba una imposición contraria al modo en que los pobladores han construido los tejidos tradicionales de las ciudades más admiradas. Hay que notar que la alusión hacia los tejidos tradicionales se realiza desde un punto de vista puramente formal, e incluso superficial, sin indagar en los múltiples aspectos políticos, económicos y sociales que terminan determinando esos paisajes urbanos. Si por momentos se menciona la ciudad de Venecia, Miconos o Ámsterdam sólo se las especifica como una escenografía construida de forma gradual¹⁸⁶.

Otra característica en común entre Habraken y Turner, es tratar de delinear un trasfondo económico detrás del modo en que se producen los grandes conjuntos de vivienda (Massive Housing). Hay que reconocer que es una crítica incompleta si tenemos en cuenta que autores como Henri Lefebvre ya habían profundizado en el rol que cumple la arquitectura y el urbanismo, en general, dentro de la producción capitalista¹⁸⁷. A decir verdad, ambos autores trataban de incorporar una crítica económica pero evitaban quedar encasillados como parte de la crítica marxista. En un contexto socio-cultural marcado por la Guerra Fría, Habraken y Turner se esfuerzan por homologar las políticas habitacionales de ambos bloques para que sus críticas no parezcan un cuestionamiento ideológico hacia alguno de los polos en pugna. Encuentran, durante la década del sesenta, un rasgo común innegable entre los países influidos por la Unión Soviética y los países capitalistas: la producción masiva de viviendas aprovechando las ventajas de la industrialización. Es por eso que, Turner y Habraken hablaban en contra de la vivienda terminada, como si fuera un producto listo para consumir. Esa noción de la vivienda como objeto acabado en sí mismo -contrario a la vivienda como proceso- mirado a partir de una lógica económica se asocia al término de “commodity”. Es una noción proveniente del campo de la economía que incluso se pierde en algunas traducciones al castellano.

“El concepto de soporte implica que la vivienda no sea un producto que pueda ser diseñado y producido como cualquiera otra comodidad (debió decir commodity), sino como el resultado de un proceso en el que el usuario puede tomar decisiones dentro de un marco común de servicios e infraestructura” (Habraken, 1974/1979, pág. 10).

Esa contraposición entre la vivienda como proceso cotidiano y gradual, frente a la concepción de vivienda como producto terminado, mecanizado y convertido en commodity se convierte en un rasgo característico de ambos autores. Según Stephen Kendall *“Habraken percibía que las viviendas no pueden ser entendidas como productos u objetos manufacturados. La vivienda era, fundamentalmente un proceso humano”* (Kendall & Jonathan, 2002, pág. 10). Esta afirmación, si bien es cierta, parece incompleta si no se remite al antecedente inmediato del texto de Turner *Housing as a verb*, al menos

¹⁸⁶ En ese sentido, resulta más interesante una reflexión que introduce Christopher Alexander en el libro *“Urbanismo y participación”*, donde comenta cómo el sistema normativo del ayuntamiento de Siena favorecía un constante mejoramiento y adecuación del tejido según criterios de estética y salubridad.

¹⁸⁷ Ni siquiera se retoma el aporte de Engels, que abordaba temas similares a los que preocupaban a Habraken y Turner en *Contribución al problema de la vivienda* (1873).

dentro del ámbito de la arquitectura europea¹⁸⁸. Incluso puede notarse que en la frase de Kendall basta con cambiar el apellido de Habraken por el de Turner para sintetizar las nociones que el arquitecto inglés corroboró en las barriadas de Lima. Esto no quiere decir que Kendall confunda las ideas de uno y otro, sino que ambos deben ser entendidos como parte de un mismo proceso histórico. Una línea de pensamiento que contribuyó a la consolidación y la difusión de la arquitectura participativa.

Además del rescate de la construcción gradual de los tejidos tradicionales y la contraposición de proceso y mercancía, existe una tercera similitud entre el trabajo de Habraken y Turner. Si bien no existen muchas citas directas entre uno y otro, comparten el mismo escepticismo con respecto al diseño concebido como si fuera una actividad de dibujo en gabinete. La arquitectura implica procesos mucho más amplios y complejos que la simple previsualización gráfica de un escenario deseado (aclarando que en ese caso la palabra escenario se remite a la forma física, como si fuera una escenografía).

Turner continuaba la postura de Geddes cuando buscaba introducir el proceso de “*survey*” en el urbanismo. Según su enfoque, significaba estudiar antes de planificar, realizar un proceso de inmersión directa en la realidad del sitio. Este énfasis en la necesidad de nutrir el ejercicio de diseño en base a la investigación y la experiencia en el lugar puede hallarse en aquellos textos de Habraken donde se afirma que “*la observación, la experiencia directa del lugar, así como su documentación, se tornan en herramientas indispensables de investigación, análisis y entendimiento, en parte integral del proceso de proyectar y diseñar*” (Mignucci & Habraken, Soportes: vivienda y ciudad, 2010, pág. 53).

Por último, otro vínculo entre Habraken y Turner tiene que ver con una concepción de la vivienda que excede al objeto casa. Esto es más sencillo de explicar en inglés diciendo que el “*Housing*” como tema, no refiere a la sumatoria de “*houses*”. Algunos autores que abordaron este tema utilizando el castellano, preferían utilizar el término “*alojamiento*” para evitar que el tema “*vivienda*” quede circunscripto a la casa como edificio. El término “*hábitat*”, incluso cuando genera algunas superposiciones confusas con las disciplinas cercanas a la biología, intenta subsanar esta confusión.

Las teorías de Habraken y Turner aportan a una corriente de pensamiento que todavía disputa epistemológicamente el panorama de la arquitectura. Ambos contribuyen a una línea de pensamiento que trata de no acotar la cuestión habitacional al “*viviendismo*”, es decir concebir el problema de la vivienda desde un punto de vista más amplio y sistémico. En palabras de Habraken: “*hemos aprendido que en la vivienda (housing), el tema no es solamente proveer un techo sobre la cabeza de la gente sino crear las condiciones que, finalmente, permitan a todos una casa decente*” (Habraken, 2002, pág. 3). Esta concepción, por un lado permite ampliar las políticas habitacionales hacia otros temas prioritarios que nutren a la vivienda digna, como: la localización, el espacio público, el acceso a los servicios y el transporte. Por otro lado permite diversificar la respuesta que brindan las políticas habitacionales. En lugar de restringirse a aumentar el número de viviendas existentes, pueden implementarse medidas para regular los alquileres, diversificar el régimen de provisión, tenencia y recuperación de viviendas. Además, se pueden abordar problemáticas que las políticas habitacionales no contemplan cuando se limitan al formato de tenencia individual: el mejoramiento de la vivienda; el alojamiento de migrantes,

¹⁸⁸ En el ámbito de la filosofía, Heidegger había destacado la primacía del acto de habitar por encima de las condiciones técnicas de la vivienda como objeto, y en la arquitectura norteamericana de principios de la década del cincuenta, los programas del New Deal de Puerto Rico promovían el *sweat equity* (autoconstrucción) como una manera de promover la apropiación de la vivienda y el ahorro de los costos. Si bien la acción de los pobladores, no formaba parte de una teoría arquitectónica, ya estaba instalada culturalmente.

ex convictos, desplazados, casos de violencia de género etcétera. Se confirma así que el tema de la vivienda no se soluciona exclusivamente en base a la construcción de casas nuevas.

Sin embargo, debe reconocerse que bajo esta concepción se desdibuja el rol del Estado frente a la vivienda. El Estado ya no aparece con la misma fuerza simbólica que tenía cuando los gobiernos adherían al modelo keinesiano. Según las teorías de Habraken y Turner, más que un Estado presente que supla las falencias del mercado, se requiere un Estado gestor que garantice un marco adecuado para que cada uno pueda conseguir vivienda digna en base a su iniciativa individual y a la libertad de asociación y elección. Es una visión de la vivienda que antecede a la teoría del enablement, donde cada individuo se percibe como un empresario de su propia vida. El Estado se convierte en garante del marco que le permite a cada uno alcanzar sus propias metas, en nuestro caso, la vivienda digna.

Con una visión más optimista, en la introducción a la edición castellana de *Housing by the People* (1976) Fernando Ramón señala que la similitud entre Habraken y Turner permite plantear un nuevo ámbito de acción para el Estado y el arquitecto, ubicado entre la organización física de la vivienda y las políticas habitacionales de gran escala. Una instancia que en lugar de centrarse sobre la casa, pone el objeto sobre las funciones y relaciones asociadas a la vivienda. Es decir, aquellas condiciones que posibilitan la vivienda y todo lo que ella posibilita a sus habitantes en términos de representación social, posibilidades laborales, progreso económico, etcétera. Implica, tal como decía Turner, cambiar el eje desde las cosas (el objeto casa) hacia las relaciones (cómo alcanzarla y qué posibilita) (Turner, *Learning in a time of paradigm change: the role of the professional*, 1997, pág. 165). Este nuevo ámbito de interacción entre la profesión y el Estado, debe entenderse como un antecedente de lo que posteriormente se conocería como la gestión local del hábitat.

Habraken incorpora la dimensión del tiempo en la tipología

Si bien el pensamiento de Habraken recibe la influencia de Turner, con el tiempo adquiere algunos rasgos que lo distinguen de las ideas del arquitecto inglés. A diferencia de Turner, las ideas de Habraken van a estar siempre muy apegadas a la forma física de la arquitectura. Mientras Turner se aleja cada vez más del diseño arquitectónico para concentrarse en el marco que posibilita la transformación de la vivienda, Habraken desarrolla todas sus ideas en torno al diseño la vivienda. El énfasis de Turner está en la gestión que posibilita mejorar las condiciones de alojamiento de la gente. Frente a eso, Habraken profundiza en el modo de proyectar, en el proceso de diseño.

En lugar de analizar cómo cambian las prioridades de la gente con respecto a la vivienda, Habraken va a concentrarse directamente en contemplar los posibles cambios. Por ende, Habraken en el S.A.R. intentará generar una metodología que permita elaborar proyectos de viviendas transformables con el tiempo. Tratando de vincular lo espacial y lo temporal, sin apartarse del ámbito específico de la arquitectura. *“La Arquitectura es, por supuesto, principal y prioritariamente, sobre el espacio, pero para mí la introducción del tiempo ha sido crucial”* (Havik, Teerds, & Habraken, 2011, pág. 9).

Se advierte una visión poco heroica del cambio, muy mundana y cotidiana. No es el cambio como la idea abstracta de progreso, propia de los arquitectos modernos. *“El proyecto para un conjunto de viviendas de más de cien unidades uniformes no puede mantenerse rígido a lo largo del tiempo, por el contrario debe adaptarse a la variedad de la vida”* (Habraken, 2003, pág. 36). Con lo cual, puede apreciarse un concepto de cambio como adaptación gradual a la imprevisibilidad de la vida.

Por momentos, en Turner, la transformación de la vivienda es sinónimo de mejoramiento. Frente a esto, en los textos de Habraken no hay una visión de la transformación asociada al “progreso” y el mejoramiento. Es una transformación en el sentido de una adaptación mundana, una forma de

adecuarse a la cotidianidad dinámica y errática de la vida. Pese a ser un rasgo clave del nuevo rol profesional, debe ser abordado sin demasiados tecnicismos: “*El cambio es la clave de nuestro nuevo profesionalismo. No es el cambio técnico de la flexibilidad -este término técnico sería inadecuado- más apropiado sería el cambio de la vida cotidiana (the change of everyday life)*” (Habraken J. , 1986, pág. 142).

Frente a la visión del arquitecto como aquel artista que construye un monumento inalterable en el tiempo, Habraken contrapone la figura del arquitecto como jardinero¹⁸⁹. Es una manera de contemplar la tarea del arquitecto enmarcada en un proceso dinámico y vivo. El saber de la arquitectura puede colaborar a enriquecer un proceso vivo en permanente transformación, como la naturaleza, como un jardín. El arquitecto, cuando actúa como si fuera un jardinero, debe incorporar a todo su bagaje de conocimiento “*la dimensión del cambio y el crecimiento*” (Habraken J. , 1986, pág. 141). En la metáfora del jardinero, no sólo se pone de manifiesto la dimensión cambiante y viva de cada edificio, sino que además se destaca la necesidad de sintonizar con el contexto, también en constante transformación. Es una metáfora que ayuda a sintetizar las últimas búsquedas teóricas de Habraken, principalmente en cuanto a la variación tipológica y los tejidos urbanos.

La visión de la ciudad como un jardín que crece alegremente resulta demasiado romántica por dejar de lado las profundas inequidades que determinan las transformaciones. Sin embargo, esta metáfora sólo ayuda a indicar que el arquitecto y el urbanismo intervienen sobre procesos continuos. En realidad, Habraken sabe que el proceso que implican las transformaciones de la ciudad y la arquitectura, no es fortuito ni inocente. Es el resultado de una serie de decisiones. Con lo cual el diseño es un proceso de toma de decisiones sobre las transformaciones físicas de una porción del ambiente. “*Así, el problema de diseñar un soporte fuerza a considerar el diseño como un proceso de decisión en el que los acuerdos devienen formas físicas construidas*” (Habraken, 1974/1979, pág. 14).

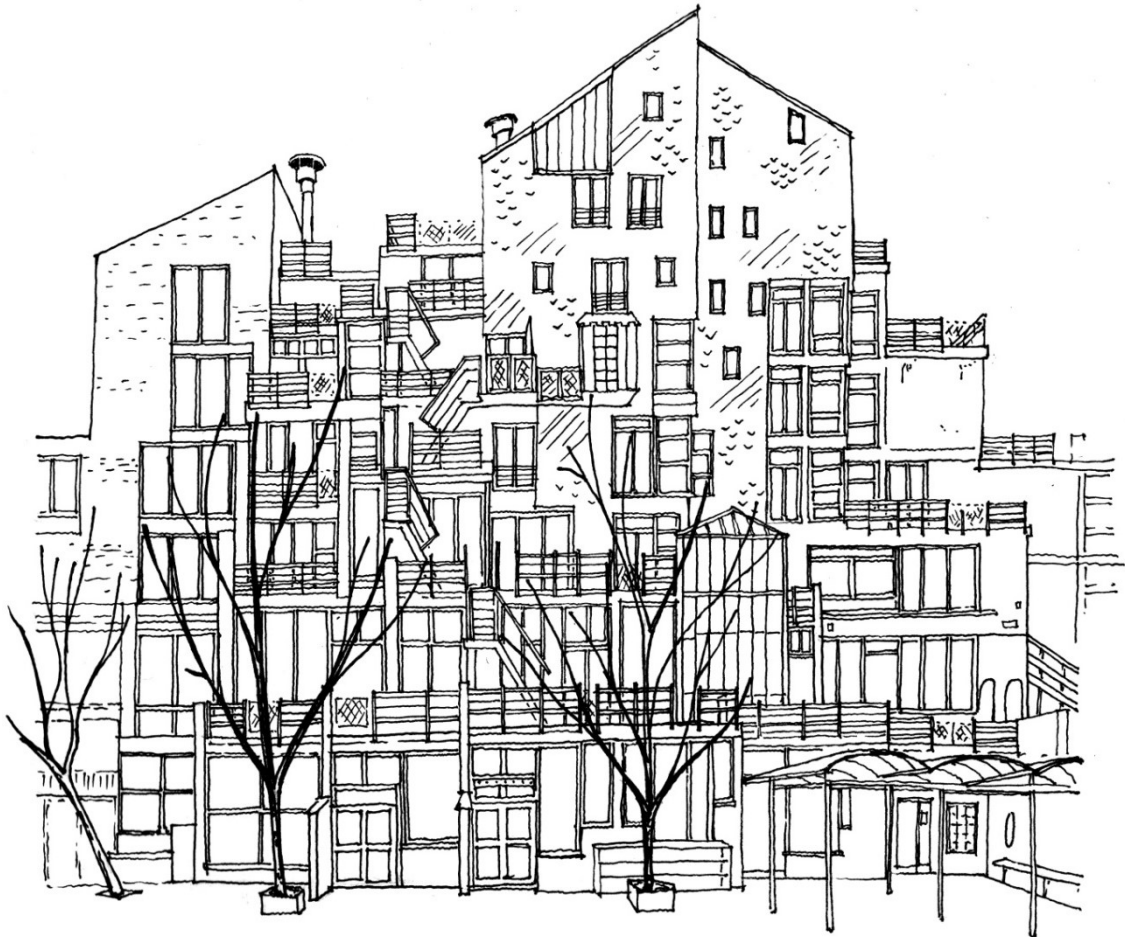
Luego de afirmar que el diseño es un proceso de decisiones, concluye entonces en que alterar dicho proceso implica trabajar sobre la distribución del poder. Al menos requiere cambiar el esquema de distribución de poder en cuanto a la toma de decisiones sobre las transformaciones de una porción determinada del ambiente. No obstante, Habraken no intenta profundizar sobre el tema del poder. E incluso desconfía de aquellos que plantean un nuevo balance del poder en la arquitectura a partir de la participación (Habraken J. , 1986, pág. 139).

Para Habraken, más que pensar una nueva manera de decidir horizontalmente la arquitectura, la metodología debe aclarar cuáles son los límites entre lo que deben decidir los usuarios y lo que deben decidir los profesionales. Sin embargo, el trabajo de los profesionales no sigue el mismo patrón de actuación que en otros tiempos. El diseño no se basa en la capacidad que tiene un individuo para previsualizar las transformaciones de la totalidad del ambiente. Por el contrario, implica un trabajo inter-coordinado entre una multiplicidad de actores, donde cada pieza gráfica sirve para clarificar el proceso de toma de decisiones. Y donde cada decisión determina un universo de posibilidades para los actores que intervienen en un escalón más abajo dentro del proceso de decisiones. Las definiciones sobre un sector de la ciudad, abren un universo de posibilidades para quienes deciden sobre la conformación del

¹⁸⁹ “*Debemos comenzar a ver el habitar [housing] como si fuera cultivar. No podemos hacer plantas (o planos), pero como jardineros debemos saber qué planta [organismo biológico] puede arraigarse y cómo podemos fomentar un crecimiento óptimo*” (Habraken, 1980, pág. 29). El problema en la traducción es el siguiente: el texto original aprovecha la similitud entre la palabra que alude a los planos (plans) y el término que refiere a las plantas como organismo biológico (plants) , pero en castellano la palabra planta se utiliza tanto para referirse al organismo biológico como a los planos de un edificio.

tejido. A su vez, el tejido determina las posibles conformaciones de los soportes. Y por último, los soportes determinan las variaciones sobre las que pueden decidir los usuarios en las unidades separables. Más que una redistribución del poder para la toma de decisiones, es una clarificación en pos de una mejor coordinación.

Cuando decimos que la estrategia de Habraken busca, fundamentalmente favorecer la coordinación, no se pretende restarle importancia frente a otros planteos más radicales de la misma época. La metodología del S.A.R. permitió, en primer lugar, dejar de concebir la vivienda como un producto acabado en sí mismo. Cuando la arquitectura se entiende como proceso, cabe preguntarse quién tiene derecho a incidir sobre dicho proceso. El diseño como proceso de toma de decisiones implica preguntarse quién tiene derecho a decidir sobre cada cosa. De hecho en algunas entrevistas realizadas mucho tiempo después de editar su primer libro, Habraken expresa esto utilizando términos similares: *“Simultáneamente, resulta urgente el dilema acerca del ejercicio del poder: quién tiene el control sobre el proceso de diseño y construcción”* (Havik, Teerds, & Habraken, 2011, pág. 9). Este puede considerarse uno de los aportes fundamentales para la arquitectura participativa. Si bien se plantea como una herramienta técnica, bastante neutra, ha servido como punto de reflexión para posturas más rupturistas en cuanto a la distribución de poder en el proceso de toma de decisiones.



Atelier Kroll (1970-1972) La Mémé [Facultad de Medicina]. Woluwe-Saint-Lambert, Bélgica. Gráfica propia.

Figura 17 La Mémé

El conjunto de La Mémé (Figura 17) de Lucien y Simone Kroll es un ejemplo de arquitectura participativa que retoma algunos elementos de la metodología de Habraken, pero bajo una perspectiva más radical. El arquitecto belga retoma del S.A.R tres elementos básicos. En primer lugar, la centralización de las instalaciones que facilita las transformaciones de los dormitorios y áreas sociales. En segundo lugar, se mantiene un sistema la coordinación modular de la panelería interior y de fachadas que permite a cada residente elegir una disposición novedosa a partir de la combinación de componentes preestablecidos. Por último, el diseño se organizaba según fases sucesivas donde cada nivel de decisión determinaba las siguientes instancias. Primero se realizaron multitudinarias reuniones para decidir la disposición general del conjunto; posteriormente, los edificios se diseñaban en reuniones más pequeñas; para terminar decidiendo la disposición de cada unidad en reuniones individuales con cada uno de los residentes.

Sin embargo, la verdadera participación durante el proceso de diseño no dependía del método a implementar sino de la efervescencia del ambiente estudiantil posterior a Mayo del '68.

Más allá del método a implementar, la participación estaba garantizada por el contexto cultural. De hecho, los estudiantes intervinieron activamente en la elección de Lucien Kroll como diseñador del conjunto. El arquitecto belga era, en ese momento, una referencia contra la homogeneidad y la rigidez de la arquitectura moderna, a la cual tildaba de "arquitectura militar". A través de una serie de asambleas, los estudiantes exigieron que el conjunto sea diseñado por Lucien Kroll, quien era conocido por implementar dinámicas participativas. En ese sentido, el proceso participativo ya había comenzado incluso antes de la elección del método del S.A.R..

La vivienda social durante la Crisis del Petróleo

En 1975 John Habraken se trasladó a los Estados Unidos para hacerse cargo del Departamento de Arquitectura del MIT. John Carp se hizo cargo del S.A.R. profundizando las búsquedas relacionadas con el tejido de la ciudad y los sistemas constructivos. Por esa misma época, la arquitectura comenzaba a atravesar un cambio estructural en el modo de abordar la vivienda para los sectores poblacionales con menores ingresos. Para entender este proceso es necesario realizar una pequeña reseña de la evolución que ha atravesado el tema de la vivienda desde principios de siglo hasta la década del setenta.

La vivienda moderna de los años veinte pretende revertir las condiciones de la vivienda obrera de fines del siglo diecinueve. Modifica esas condiciones de manera prácticamente lineal. Allí donde había una masa informe de habitaciones oscuras ventilando hacia patios minúsculos que funcionaban como chimeneas de luz, van a surgir bloques rectilíneos elevándose hacia la luz del sol, ventilando hacia los cuatro vientos en medio de un verde infinito y continuo. Contra la especulación del suelo, los arquitectos modernos proponían socializar la tierra. La ciudad de fines del siglo diecinueve, trastocada con la llegada de la industria, mostraba en sus calles tanto la mixtura de usos incompatibles como la congestión del tránsito. Como contrapropuesta, el urbanismo moderno planteaba la segregación funcional y la separación jerárquica del tránsito. A cada actividad le correspondería una zona determinada y a cada modalidad de desplazamiento le asignarían un carril y un circuito diferente. Las vías del ferrocarril estructuraban grandes regiones; las vías rápidas organizaban la disposición de la ciudad; las calles de segundo orden nutrían los barrios; mientras el peatón se desplazaba por entre los bloques de vivienda enfatizando la idea de espacio público continuo, como si fuera una extensión hacia el infinito de la propiedad colectiva.

En la primera mitad del siglo veinte, diferentes ciudades del mundo ensayaron soluciones de urbanismo moderno combinando estas tres características de bloques de vivienda, zonificación y jerarquización vial sobre un parque público. Sin embargo, las experiencias tenían un carácter experimental siempre restringidas por las condiciones adversas que impusieron en primer término las guerras mundiales, pero más importante la Crisis del Treinta. El New Deal norteamericano evidenciaba un camino para superar la adversidad económica en base a la intervención estatal sobre diferentes actividades de la economía y los servicios. El fortalecimiento de la iniciativa estatal se nutría de una multiplicidad de estrategias económicas para reactivar el mercado interno, dinamizar la industria y diversificar la inserción en el mercado internacional. El Estado encara la provisión de infraestructura y alienta la incorporación de nuevas tecnologías para la producción. Dentro de estas estrategias, la provisión de vivienda resulta una herramienta fundamental para la planificación de la industria, puesto que repercute en uno de sus insumos fundamentales: la mano de obra. La provisión de vivienda encarada por el Estado mejoraba las condiciones de la mano de obra, pero además fomentaba la industria de la construcción. En fin de cuentas generaba un doble beneficio sobre algunos sectores económicos que comenzaron a funcionar como lobbistas de la acción del Estado.

El fin de la Segunda Guerra permitió extender este modelo de recuperación económica hacia el ámbito de los países europeos. La necesidad de mejorar las condiciones de la mano de obra resultaban imperiosas dentro del marco geopolítico que planteaba la Guerra Fría, donde una parte de la población prefería inclinarse por el modelo socializador que representaba la Unión Soviética. Este modelo de producción de vivienda guiado por el Estado, movilizando grandes infraestructuras y orientado hacia una clase asalariada y solvente, suele denominarse como modelo fordista, sin embargo, no queda restringido a los países ubicados bajo la órbita de Estados Unidos. En los países afines a la Unión Soviética se siguieron lineamientos urbanísticos y arquitectónicos similares. Para algunos arquitectos, como Habraken o Turner, estos rasgos formales fueron suficientes como para homologar ambas situaciones. Lo cierto es que las críticas hacia esta aplicación del urbanismo moderno, en muchos casos, dejaban de lado los factores geopolíticos para hacer hincapié en el rasgo común de ambas situaciones: el vínculo con la producción industrial. Con lo cual, pese a que todo el contexto cultural se enmarcaba dentro del esquema bipolar de la Guerra Fría, las posturas teóricas que nutrieron el desarrollo de la arquitectura participativa buscaban posicionarse con una prudente distancia con respecto a esta confrontación. No solo trataban de no quedar identificados con alguno de los dos sistemas en pugna, sino que centraban el eje del debate en un rasgo común a ambos sistemas.

En lugar de enmarcarse en la disputa geopolítica de la guerra fría, arquitectos como Turner, Habraken y Alexander, hacen surgir otra polaridad basada en una supuesta dicotomía que enfrentaba por un lado la industrialización de gran escala, y por el otro lado, las tecnologías apropiadas. Para entender el nacimiento de esta dicotomía es necesario abordar el desarrollo de dos procesos vinculados. En primer lugar, es necesario analizar las consecuencias de la Crisis de Petróleo con respecto a la construcción masiva de vivienda. En segundo lugar, el desarrollo de las ideas de Ernst Friedrich Schumacher.

Ya se han mencionado anteriormente algunas de las características principales acerca de la Crisis del Petróleo de 1973. En primer lugar, esta serie de hechos permite visualizar el nivel de globalización que había alcanzado la economía a fines del siglo veinte. De manera tal que las repercusiones de un conflicto bélico en medio oriente terminan cambiando el paradigma de la arquitectura y la vivienda en todo el mundo. Por supuesto, no debería mencionarse como un hecho inconexo y fortuito, sino que está

condicionado por múltiples factores de carácter global. Las dos potencias que disputaban el panorama geopolítico jugaron un rol fundamental tanto en el plano diplomático como en el suministro de armamento bélico. En líneas generales, Estados Unidos apoyaba a Israel; y la Unión Soviética, a los países Árabes liderados por Egipto y Siria. A nivel territorial, el conflicto se localiza en los territorios anexados por Israel durante la Guerra de los Seis Días (1967). Mientras Siria buscaba recuperar las Alturas del Golán, Egipto buscaba recuperar el territorio de la Península de Sinaí aledaño al Canal de Suez. El seis de octubre de 1973 los países árabes comenzaron los ataques aprovechando la festividad judía de Yom Kippur, en el mes en que el Islam celebraba el Ramadán. Frente a ese conflicto, los países árabes exportadores de petróleo actuaron de manera mancomunada en contra de los países que apoyaban a Israel. Entre octubre de 1973 y marzo de 1974 se mantuvo un embargo petrolero sobre Estados Unidos, que influyó en la negociación entre Israel y los países árabes (Maffeo, 2003).

Más allá del uso geopolítico del petróleo, esta crisis puso de manifiesto la dependencia mundial con respecto a un recurso finito. El precio del crudo aumentó drásticamente, desacelerando el ritmo de la industrialización y estancando la economía. La readecuación que se llevó a cabo en el ámbito de la producción incrementó el desempleo mientras que las economías nacionales se sumergían en un constante proceso inflacionario que agudizó las problemáticas sociales. Si el Estado de Bienestar se basaba en la idea de cubrir las necesidades que la población no puede satisfacer dentro del mercado, la realización de este ideal era cada vez más difícil. Por un lado, al estancarse la industria, el Estado de Bienestar perdió su principal fuente de recursos¹⁹⁰. Además, la situación de la población se agravaba cada vez más en base al desempleo y el estancamiento del consumo. Por último, con la inflación y el debilitamiento de la moneda, el flujo de dinero destinado a la ayuda social perdía su impacto. En ese sentido, todo emprendimiento de ayuda estatal, como por ejemplo los grandes conjuntos de vivienda, era percibido desde algunos ámbitos intelectuales como un derroche de dinero que no ayudaba a mejorar la situación de la población.

El fin de los grandes conjuntos de vivienda no fue inmediato ni armónico. La Crisis del Petróleo de 1973 no afectó a todos los países por igual. Si bien generó un proceso de estanflación mundial, en cada país tuvo características diferentes según su posición en el mercado de consumo mundial de petróleo. Estados Unidos, por contar con reservas de petróleo, no sufrió un empobrecimiento tan marcado como los países de Europa occidental. La Unión Soviética multiplicó sus exportaciones de petróleo, lo cual le permitió contar con recursos para continuar con su competencia armamentística en el plano internacional, descuidando las evidencias de malestar interno. Los países productores de petróleo se enriquecieron rápidamente, algunos como Irán o Venezuela encarando grandes obras de infraestructuras. Como existía una amplia disponibilidad de crédito internacional, los países del Tercer Mundo se endeudaron para tratar de continuar el ritmo de crecimiento. Algo similar ocurrió en los países de Europa del Este. Respaldados porque podían comprarle petróleo a la Unión Soviética iniciaron tareas de modernización que complementaban pidiendo crédito en el exterior. Con lo cual, en algunas ciudades del mundo, los grandes conjuntos de vivienda continuaron construyéndose, sorteando las grandes dificultades económicas.

También hay que decir que el concepto de Estado de Bienestar es muy amplio y no funcionaba del mismo modo en todos los países. En algunos casos, se promovió la construcción de vivienda masiva

¹⁹⁰ Cabe mencionar que algunos autores, como Manuel Castells, afirman que el cambio en cuanto al sistema productivo se puso en marcha de manera casi autónoma, a partir de una serie de cambios tecnológicos, y la Crisis del Petróleo sólo sirvió para acelerarlos.

como una manera de dinamizar las industrias asociadas. Hay que tener en cuenta que, a partir del antecedente del New Deal norteamericano, se difundió la receta económica que buscaba impulsar la modernización del territorio en base a la construcción de grandes infraestructuras. Durante ese periodo de bonanza, se consolidó un sector de la construcción que ejercía importante presión corporativa sobre las políticas de gobierno. Muchos conjuntos de vivienda, posteriores a la Crisis del Petróleo surgían no sólo buscando brindar solución habitacional a la población empobrecida, sino que apuntaban además a dinamizar un sector que ejercía fuerte presión corporativa. Es por eso que no hubo un corte drástico de este tipo de políticas habitacionales, e incluso en muchos casos se complementaban con proyectos de autoconstrucción y créditos hipotecarios.

“Más allá del S.A.R., las cosas estaban cambiando. Nuevos factores críticos entraron en escena, dentro de los principales, la primera réplica económica del recorte petrolero, el cambio de ciclo dentro del clima político y un profundo cambio permanente en cuanto a la producción de vivienda”(Kendall & Jonathan, 2002, pág. 14).

Si bien las propuestas del S.A.R. ya no tenían margen de aplicación en el contexto de Europa Occidental, podían adecuarse a la situación de otros países. En 1975 Habraken se traslada a Estados Unidos para dirigir el departamento de Arquitectura del M.I.T. Dentro de ese marco, Habraken va a encontrar un refugio intelectual ante el debilitamiento de la producción material de la arquitectura de vivienda a nivel mundial. Allí comenzará a profundizar sobre tres temas principales: la aplicación urbanística de la lógica de los soportes, la coordinación de las decisiones de diseño en base a la informática¹⁹¹ y el estudio de las tipologías vernáculas. Todas estas búsquedas se combinaban con un interés fundamental por generar diversidad en la forma arquitectónica frente a la monotonía de los bloques de vivienda del periodo anterior.

Sin embargo, la situación de los países endeudados durante la primera Crisis del Petróleo se agudizó aún más con la suba del dólar que produjo un segundo conflicto en Medio Oriente. Con la revolución Iraní de 1979 se produjo un nuevo aumento del precio del petróleo que profundizó aún más las desigualdades entre los países. En ese marco de profundos contrastes, las ideas de Habraken se alejan cada vez más del ámbito de la construcción industrializada para acercarse a una arquitectura esencial, afincada en nociones antropológicas, buscando dar respuestas a la situación de informalidad de la vivienda en los países del Tercer Mundo (Habraken, 1980, pág. 25). En ese giro que se produce dentro de las ideas de Habraken, tendrán una influencia fundamental las ideas de Ernst Friedrich Schumacher acerca de la necesidad de utilizar tecnologías intermedias, que respeten las tradiciones de cada lugar.

Schumacher y las tecnologías apropiadas

Respuesta a una crisis de escala planetaria

La Crisis del Petróleo generó un marco propicio para la difusión de las ideas de Ernst Friedrich Schumacher. Este economista alemán, en el libro *Small is beautiful* (1973) desarrolló una de las principales críticas al modelo de desarrollo occidental que se difundió por el mundo a partir de la

¹⁹¹ *“En sus años como profesor en el M.I.T. Habraken llegó a desarrollar un programa informático alternativo a los sistemas de dibujo basados en CAD llamado Formsheet (Design Data Management) que puede considerarse el precedente de los sistemas BIM (Building Model Information) que incluyen un protocolo de permisos de modificación y de información de estos cambios, y que reproducen el concepto de ‘niveles de control’ en el propio proceso de diseño”* (Colmenares, 2014, pág. 41).

Segunda Guerra Mundial. Si bien sus ideas surgen de una crítica económica, su mirada holística termina transformando todas las disciplinas que habían contribuido a forjar la imagen de progreso promovida desde Estados Unidos y los países de Europa central. Por más que Schumacher no llegue a indagar en la crítica sobre la arquitectura en sí, lo hace de manera indirecta al cuestionar una serie de factores que convergen en la arquitectura como: el uso de las tecnologías, la concepción del trabajo, la desigual distribución de los recursos, la burocratización de las estructuras verticales, la homogenización cultural, y la modernidad en general.

Este tipo de cuestionamientos brindan un marco de referencia amplio, donde los autores que proponían cambiar el rol del arquitecto pueden contextualizar sus propias ideas. En ese sentido, las ideas de Schumacher son fundamentales en el cambio que va a producirse en los años setenta con respecto al modo de abordar la escasez de vivienda. En los años posteriores a la Segunda Guerra se había promovido un abordaje basado en la planificación vertical y centralizada donde el Estado promovía la construcción a gran escala de unidades que cumplían con estándares mínimos, mientras que a mitad de los setenta (precisamente en la Primer Conferencia de Hábitat en Vancouver de 1976), se evidencia un cambio de políticas apoyado en tres pilares fundamentales: la promoción de la autoconstrucción, las tecnologías apropiadas y el reconocimiento de la informalidad urbana (Burgess, Carmona, & Kolstee, 1997). Este cambio en el abordaje de la vivienda generó un clima cultural en el cual las ideas cercanas a la participación cobraron mayor protagonismo.

En primer lugar, las ideas de Schumacher se potencian a medida que crece la sensación de malestar causada por el aumento del precio del petróleo. Si bien el libro *"Small is Beautiful"* se publica en 1973, en paralelo a la crisis, hay que notar que la fragilidad del sistema económico se hizo evidente con anterioridad, cuando en 1971 Nixon -agobiado por los gastos que generaban los conflictos bélicos- abandonó la convertibilidad del dólar con respecto al oro. El dólar flotante creó un clima de inestabilidad general en todo mundo, donde todos los factores del desarrollo quedaban atados a la irracionalidad del mundo financiero. En ese sentido, también hay que agregar que Schumacher cuestiona una organización industrial al cual la economía ya había comenzado a dejar de lado. Por otro lado, en cuanto a todo el sistema de valores que proponía Schumacher, contra la codicia y el consumo irracional, hay que reconocer que el modelo económico que se va a consolidar a principios de los ochenta tuvo resultados aún peores. Esto debe ser tenido en cuenta a la hora de criticar concepciones a gran escala en función de valores espirituales. Aunque Schumacher contribuyó a un cuestionamiento ético del modelo de desarrollo keynesiano, en ese plano la situación no mejoró con la emergencia del modelo neoliberal. Por el contrario, la crisis de valores se profundizó. Mientras Schumacher proponía escuchar menos a Keynes y más a Gandhi, en realidad se impuso como una autoridad incuestionable la voz de Milton Friedman.

Desarrollo desigual

Las ideas de Schumacher no tuvieron la misma influencia sobre todos los autores que abordaron el tema de la participación. Si bien puede notarse su aporte en la transformación general del panorama cultural, en algunos arquitectos que trabajaban el tema de la participación, existen algunas referencias y citas más puntuales con respecto a temas específicos.

Schumacher desarrolló su crítica en base a las evidencias de un desarrollo global sumamente desigual. A partir de una serie de datos estadísticos, afirmaba que la economía no aportaba a resolver los principales problemas de la humanidad. El libro *Small is beautiful* puso de manifiesto un panorama de desigualdades que despertó la sensibilidad de los arquitectos del mundo. Los textos de John Turner van a

cobrar una importancia fundamental dentro de esta tendencia, dado que parte de sus ideas se elaboran a partir de la lectura de la situación de las barriadas de Perú. Sin embargo, en los textos de Habraken escritos a lo largo de los setenta, puede notarse un creciente interés por la situación de los países del Tercer Mundo. Incluso puede afirmarse que Habraken comienza a abordar temas que ya venía desarrollando Turner desde la década del cincuenta, como por ejemplo, la informalidad.

“Los gobernantes son tremendamente reacios a reconocer la existencia de un sector informal, pero ignorarlo es tan tonto como peligroso. Los agentes oficiales de la producción y el planeamiento no pueden reflejar con certeza la situación, partiendo de que la mayor producción real de vivienda es, por lo general, informal” (Habraken, 1980, pág. 25).

Incluso Habraken comienza a adaptar su propuesta de soportes, incorporando temáticas que eran propias de los contextos en los que venía trabajando John Turner. Esto puede notarse, por ejemplo, cuando sugiere mejorar la modalidad de construcción llamada lote con servicios, incorporándole la lógica de los soportes. No obstante advierte que para que realmente funcione debe garantizarse una provisión de infraestructuras a nivel colectivo, comunitario, que permita la prosperidad de una sumatoria de iniciativas individuales. En realidad lo que está afirmando, es que no puede soslayarse “la esfera” de lo comunitario:

“desde un inicio es necesaria la asistencia profesional para la provisión de servicios básicos que los usuarios no pueden proveerse por sí mismos. Debe diseñarse una estructura física... (donde) el profesional opera a nivel del tejido urbano, todo lo que está más allá queda librado al usuario o al constructor individual” (Habraken, 1980, pág. 23).¹⁹²

Tanto Turner como Habraken hicieron foco sobre los problemas de los países del Tercer Mundo, pero siempre abordándolos como parte de un problema común que además se manifestaba en los países desarrollados. Esta visión sistémica también es deudora de las ideas de Schumacher. Tiene como ventaja, la posibilidad de notar que la desigualdad se manifiesta como un problema de carácter global. Sin embargo, hay que agregar que es una visión sistémica que no tiene en cuenta algunos factores históricos que marcan profundas diferencias entre el contexto de los países desarrollados y las problemáticas que se dan en el Tercer Mundo. Es una visión que prioriza la degradación espiritual de un sistema de valores de carácter global, por sobre las desigualdades históricas entre el centro y la periferia del sistema. En pocas palabras es una cosmovisión que no le da suficiente importancia a los siglos de dominación de los países coloniales por sobre los países colonizados.

En Habraken la homologación de las problemáticas se hace evidente al enfatizar la “falta de libertad” que tienen los residentes para transformar sus viviendas como un problema común en ambos contextos:

“Los suburbios adinerados y los asentamientos informales (squatter settlement) tienen algo en común: ambos tienen habitantes que quieren controlar su propio estilo de vida y que están deseosos de invertir en su propiedad por el bien de las generaciones futuras” (Habraken, 1980, pág. 25).

¹⁹² Es necesario destacar esta diferenciación que hace Habraken entre el usuario y el constructor individual, cuando dice que *“todo lo que esté más allá, queda a cargo del usuario o del constructor individual”*. Esta diferenciación muestra que para esa época ya se han superado algunas visiones románticas del sistema de lotes con servicios. Hay que tener en cuenta que las políticas habitacionales basadas en los lotes con servicios fueron criticadas por evidenciar una raíz liberal que promovía la especulación de pequeña escala. En la práctica, generaban un mercado informal de alquiler de habitaciones autoconstruidas que terminaba degradando aún más las condiciones habitacionales.

Visión holística

En la visión holística de Schumacher existe una crítica subyacente hacia la compartimentación de las ciencias. De allí que sus propuestas hablen de una meta-economía, que deje de centrarse en lo estrictamente monetario para contemplar otros factores intrínsecos a la condición humana. Esta tendencia hacia una visión multidisciplinar tiene un correlato en la arquitectura a través de las ideas de Turner y en menor medida en Alexander y en Habraken. Si bien todos se nutren de los aportes de las ciencias sociales, el primero termina aportando a un modelo profesional muy alejado de la actividad proyectual. En el caso de Alexander la instancia proyectual se transforma totalmente: el diseño se produce junto a los futuros usuarios, en el lugar donde se ejecuta la obra. Por último en Habraken, la interacción entre actores con distintas miradas está pautada en base a un procedimiento preestablecido. Según la metodología del S.A.R. los urbanistas diseñan un nivel, en base a eso los arquitectos e ingenieros diseñan otro nivel, y por último los residentes tienen la libertad de transformar el nivel inferior, más doméstico. También existe, en la metodología del S.A.R. una intención por coordinar la interacción entre arquitectos y técnicos de diferentes especificidades de la construcción, donde hay una serie de acuerdos dimensionales y donde cada pieza gráfica funciona como evidencia de las negociaciones entre diferentes actores (Revisar en este capítulo, el apartado *Niveles*). Con lo cual, la mirada de Habraken es la más apegada a los límites que imponen las disciplinas. Se mantienen los sesgos profesionales, pero se clarifica la interacción entre las diferentes miradas.

Recuperar valores comunitarios

Schumacher, influido por el budismo, propone recuperar el componente espiritual sobre las actividades del ser humano. Esta postura tiene una continuidad directa en los arquitectos que consideran a la vivienda como parte de un proceso más amplio, como una acción que transforma la relación entre el ser humano y su ambiente. El *Housing as a verb* de Turner y la vivienda como proceso de Habraken buscan superar una postura “viviendista” que limita el problema del habitar a la múltiple repetición del objeto casa. En ese sentido, los arquitectos que comienzan a indagar en la participación tratan de superar el formalismo de la arquitectura. Siguiendo el mismo camino que realiza Schumacher al nutrir la economía en base a una serie de valores espirituales, Turner, Habraken y Alexander veían en la vivienda algo más que un hecho físico. Como si la arquitectura escondiera detrás del “sabio, correcto y magnífico juego de volúmenes”, todo un sistema de valores profundos.

Para estos autores, mientras la arquitectura moderna representaba la imposición de valores abstractos, la participación de los usuarios permitiría la emergencia de valores arraigados en la comunidad. Esta tensión entre una modernidad arrasadora y los valores comunitarios locales se ve de manera muy marcada en Turner y Alexander, pero también puede notarse en algunos textos de Habraken posteriores a su tarea en el S.A.R. “*En los países en desarrollo la occidentalización es vista como una bendición [sin embargo] las costumbres y formas locales desaparecen rápidamente para hacer lugar a una imagen de riqueza y bienestar occidental...*” (Habraken, 1984, pág. 3).

Si bien para ellos tres la modernidad se presenta como un fenómeno de escala planetaria, a partir de las conferencias internacionales y los intercambios académicos entre universidades¹⁹³ de distintas

¹⁹³ “*Creo firmemente que nuestra profesión sólo podrá tener un futuro si puede incorporar el profundo y central interrogante que emerge de la interacción entre arquitectos de ambos lados del mundo [de los países desarrollados y del tercer mundo]*” (Habraken, 1984, pág. 4).

partes del mundo ponen de manifiesto la desigual distribución del desarrollo. En algunos textos de Habraken puede notarse, incluso, una postura crítica con respecto al carácter colonial del desarrollo.

“El gobierno egipcio ha invertido en industrias de prefabricación a gran escala, y considero que esta decisión ha sido desastrosa. Estas industrias son totalmente inapropiadas para las condiciones existentes. [...] Además de que el producto es por sí mismo cuestionable, la prefabricación debe ser entendida como parte de un sistema mucho más amplio: se requiere transporte, carreteras y los potenciales sitios deben estar preparados. [...] Este tipo de esquemas prefabricados fueron desarrollados en Europa luego de la Segunda Guerra Mundial, y no pueden concurrir con los métodos de construcción tradicional, que son esencialmente abiertos [...]. El abordaje industrial de la vivienda ya no tiene futuro en Europa. Esto ha conllevado a una política de mercado sumamente agresiva hacia otros continentes, presionando a los países en desarrollo para comprar prefabricación y otros sistemas industriales. Además, estos sistemas tienen una imagen de modernidad y progreso, por lo cual algunos gobernantes tienden a adquirir este tipo de industrias pese a que no sean convenientes desde el punto de vista económico” (Habraken, 1980, pág. 26).

En esta cita, además de retomar la crítica hacia la industrialización de gran escala que realiza Schumacher, Habraken comienza a cuestionarse algunos aspectos que aparecen mejor desarrollados en los autores que abordan la teoría de la dependencia. Si bien Schumacher no fue quien mejor abordó la dependencia colonial entre países, constituye un valioso aporte para evidenciar el rol de los emprendimientos tecnológicos de gran escala.

Tecnologías apropiadas

El texto anteriormente citado, escrito a fines de los setenta, permite dimensionar el cambio que se produjo con respecto a la prefabricación en menos de una década. Principalmente teniendo en cuenta que a mitad de los setenta, el S.A.R. todavía publicaba los resultados alcanzados en proyectos que priorizaban la construcción prefabricada del soporte. En el libro *El diseño de soportes* (1974) ejemplifica la metodología del S.A.R. mostrando el *sistema de soportes gemelos* y el *sistema de soporte longitudinal* montados en base al ensamblaje de grandes premoldeados de hormigón. Es decir que cinco años después de tomar un soporte prefabricado como si fuera el ejemplo a seguir, va a afirmar que *“El abordaje industrial de la vivienda ya no tiene futuro en Europa”*.

Para entender ese cambio que se produce con respecto a la industrialización de la vivienda, resulta fundamental reconocer la influencia de Schumacher dentro del panorama arquitectónico a partir de la publicación del libro *Small is beautiful* (1973). En primer lugar, las críticas del economista alemán esconden una crítica hacia el paradigma del progreso infinito que suponía que los países ricos debían entregarse a la cultura del placer mientras los países pobres se pondrían al día importando recursos tecnológicos¹⁹⁴. Si bien Habraken no retoma de Schumacher la crítica hacia el consumismo -que sí repercute en Turner (Turner, 1978) y en Alexander- se puede apreciar una creciente desconfianza en la industria de gran escala.

En realidad en la postura de Habraken con respecto a la industria, deben realizarse algunas salvedades. Fundamentalmente, porque no plantea una crítica radicalizada con respecto a la industria. No adopta una visión romántica de un pasado artesanal. Por el contrario continúa la postura moderna

¹⁹⁴“Para las naciones ricas, dicen, la más importante tarea hoy día es ‘la educación para el esparcimiento’ mientras que para las naciones pobres lo es la ‘transferencia de tecnología’” (Schumacher, 1973/2005, pág. 13).

que busca potenciar su abordaje en base a las nuevas posibilidades tecnológicas. Sin embargo, Habraken siempre propuso un cambio en el enfoque de la industria.

Durante la década del setenta, Habraken escribió contra la prefabricación completa de la vivienda. Según, su óptica el problema no era la prefabricación en sí. El error de la modernidad consistía en orientar la industrialización hacia la construcción completa de viviendas estandarizadas utilizando grandes infraestructuras, un esquema que adoptaron primero los países de Europa central y Estados Unidos, extendiéndose hacia los países de la Unión Soviética y los llamados del Tercer Mundo.

Frente a esto, Habraken no proponía abandonar la industrialización a gran escala (algo que sí puede notarse, por ejemplo, en Alexander) sino que va a tratar de reorientar la industria según dos estrategias complementarias según dos escalas diferentes: actuar sobre una escala más amplia promoviendo la prefabricación de los soportes; y sobre una escala más chica, impulsando la diversificación del mercado de componentes industrializados.

“El S.A.R. ha estado buscando maneras de simplificar el proceso de construcción para minimizar las pérdidas. Proponemos limitar la fabricación a gran escala a paneles portantes, pisos y techos, dejando los otros elementos -como puertas, particiones, ventanas y fachadas- a los fabricantes locales” (Habraken, 1980, pág. 26).

Por un lado la primera estrategia propone limitar la prefabricación completa al sistema de soportes. Es decir, en lugar de orientar la industria a la multiplicación de viviendas básicas totalmente terminadas, apuntaba a prefabricar elementos como paneles, placas, vigas, escaleras, etcétera, generando sistemas que faciliten la construcción y el montaje de los soportes (entendiendo el soporte como esa mezcla de estructura, cerramientos e infraestructura sobre la cual tiene injerencia la comunidad).

Por otra parte, como segunda estrategia, Habraken pretendía ampliar la disponibilidad en el mercado de componentes industrializados que permitieran al usuario una amplia gama de elección y combinación para construir las unidades separables.

La primera medida contradecía las ideas de Schumacher en cuanto requería una industria pesada para construir los soportes. De hecho, en los ejemplos que se incluyen en el libro *El Diseño de Soportes* se hace evidente la necesidad de utilizar grandes maquinarias para el montaje. Estas propuestas tenían sentido en el ámbito de los Países Bajos a fines de los sesenta. No obstante, luego de la Crisis del Petróleo y el cuestionamiento de la industria de gran escala iniciada por Schumacher, el ámbito de aplicación de los grandes prefabricados se restringió aún más. En un momento en que la economía y la industria se orientaban hacia la disgregación, ni siquiera tenía mucho sentido promover la prefabricación de las piezas necesarias para construir los soportes. Por el contrario, en esa época Habraken hará hincapié en la segunda estrategia, *“centrada en la producción de sistemas constructivos, llegando a establecer, junto con otros tres socios, la compañía BV (Infill Systems) con el fin de desarrollar el sistema MATURA partiendo de componentes ya existentes en el mercado” (Colmenares, 2010, pág. 9).*

En pocas palabras, mientras a principios de los setenta Habraken promovía el uso de grandes premoldeados para construir los soportes, luego de la Crisis del Petróleo y la influencia del *Small is beautiful* se cambia el eje hacia los componentes pequeños y combinables. Así, la influencia de las ideas de Schumacher termina por acelerar un giro en la visión de Habraken, que comienza a alejarse del bloque laminar de la modernidad europea, al estilo de Gropius y Trapman, para terminar elogiando el sistema de construcción de viviendas de Estados Unidos:

“Los sistemas prefabricados, en realidad, tienen poco que ver con la industrialización, no son sistemas de producción a gran escala. La verdadera industrialización ocurre en la producción de

componentes tales como puertas, ventanas, bloques, clavos, equipamiento sanitario, productos de acero y aluminio, etcétera. Cuanto más chico sea el elemento, más industrializada puede ser su producción. La industria de la construcción de viviendas en EEUU, que ofrece una amplia selección de materiales, es un ejemplo exitoso” (Habraken, 1980, pág. 26).

Hay que destacar que muchos conceptos sobre los que hablaba Schumacher no van a tener un correlato lineal con respecto a las ideas de Habraken. No tiene tanto impacto en la visión de Habraken la crítica que realiza Schumacher con respecto a la posición que le otorga la cultura occidental a los recursos naturales. Mientras otros arquitectos buscaron improvisar un enfoque ambiental a su propuesta, Habraken continúa por un camino bastante escéptico respecto a la arquitectura sustentable. En un principio, el cambio en el paradigma de desarrollo que propugnaba Schumacher sirvió para que Habraken profundice en la necesidad de vincular la arquitectura con su contexto inmediato y para cuestionar la importación acrítica de tecnologías. A principios de los ochenta, Habraken afirmaba que la arquitectura *“es un asunto local [que] está íntimamente conectado a condiciones locales, costumbres, clima, cultura, recursos”* (Habraken, 1984, pág. 4). E incluso va a retomar la misma visión humanista de Schumacher sobre la tecnología cuando afirma que: *“importar tecnología es importar estructuras sociales, que son inevitablemente disruptivas”* (Habraken, 1984, pág. 6)¹⁹⁵.

Las reflexiones con respecto a la optimización de los recursos pueden verse recién en las entrevistas realizadas a principios del siglo veintiuno, cuando afirma que la separación entre soportes y unidades separables distingue dos ciclos de obsolescencia diferentes. Si las unidades separables pueden repararse y cambiar sin afectar a los soportes -que son más estables-, entonces se prolonga la vida útil del conjunto, optimizando el uso de los recursos.

Sin embargo, es interesante destacar que, frente a este cambio sutil que realiza Habraken en su enfoque, existieron otras propuestas que adaptaron la metodología del S.A.R. según el enfoque low tech de las tecnologías apropiadas. Por ejemplo, puede mencionarse el proyecto de Jan Wampler para La Puntilla Puerto Rico, donde el arquitecto genera una serie de soportes conformando claustros que posteriormente completarían las familias utilizando técnicas tradicionales¹⁹⁶. Si bien este proyecto no fue construido, influyó en otras propuestas posteriores como la de Jaime Mogollón Sebá llamada *Vivienda: soporte modular y participación*. A partir de una lectura del contexto de la región del eje cafetero, el arquitecto colombiano propone generar alojamiento masivo utilizando un sistema de soportes que se completaría con unidades separables construidas con madera de guadua, aprovechando la tradicional construcción con ese material en la zona.

¹⁹⁵ En ese mismo texto de Habraken puede verse también una crítica hacia la modernidad como disruptiva con respecto a los procesos sociales y las prácticas constructivas de los países del Tercer Mundo. *“Ya conocemos el impacto devastador resultante de la aplicación lineal de nuevas tecnologías en las sutiles y vulnerables dinámicas en las cuales la construcción se integra a la forma de la casa, el estilo de vida y el clima. Ya sabemos cuánto puede sufrir la gente con los bienintencionados intentos por modernizar el ambiente construido”* (Habraken, 1984, pág. 6).

¹⁹⁶ Es extraño que Andrés Mignucci (quien trabajó con Habraken) describe la propuesta de Wampler para La Puntilla sin asociarla a las teorías del S.A.R., pese a que afirma que *“Wampler desarrolló un tejido de edificios de cinco pisos con patios interiores de diferentes tamaños y jerarquías. Inspirado en la estructura de plazas y los patios del Viejo San Juan, Wampler propuso un marco construido flexible dentro del cual cada habitante podría completar su unidad de acuerdo a sus propios medios y posibilidades”* (Mignucci, 2012). En realidad no era un simple marco estructural, incluía además la provisión de infraestructuras. Puede consultarse *The Captain of Nitwit Ridge, the Underground Orchard and the Mortician's House*, nota de Paul Solman en la revista *Mother Jones* Vol 1 N°7 pág: 9-13. Disponible en Googlebooks.

Un giro hacia el mercado

La propuesta metodológica del S.A.R. sintonizaba con el modelo de producción fordista y con un Estado benefactor sólido, capaz de tomar la iniciativa en la producción de viviendas. Más allá de que las propuestas del S.A.R. proponían cambiar la lógica de producción de vivienda estatal, el cambio que impuso la macroeconomía resultó ser mucho más drástico. Las recetas neoliberales ante la recesión derivaron en el completo retraimiento de las políticas habitacionales. Hablando en términos generales, el Estado ya no producía grandes bloques de viviendas monótonas porque ya ni siquiera construía vivienda. *“A principios de los setenta la atención se focalizó casi exclusivamente en los proyectos de lotes con servicios”* (Burgess, Carmona, & Kolstee, 1997, pág. 113) y pocos años después, Habraken proponía incorporar la lógica de los soportes para mejorar el abordaje de la política de lotes con servicios. Aconsejaba complementar la acción de la gente en base al fortalecimiento de una esfera colectiva capaz de proveer infraestructura y asistencia técnica desde el inicio del proceso de construcción de viviendas (Habraken, 1980, pág. 23). Sin embargo, la sugerencia llegó demasiado tarde. A principios de los ochenta, la situación económica de los países en desarrollo empeoró con el aumento de la deuda contraída durante las Crisis del Petróleo.

En un panorama económico marcado por el reajuste y la reorientación de las políticas, ni siquiera tenían relevancia las políticas de lotes con servicios. *“Tras el impacto de la recesión económica, la contracción del gasto público y la reducción de los subsidios, la política de lotes con servicios se desvaneció casi completamente”* (Burgess, Carmona, & Kolstee, 1997, pág. 114). Con lo cual, se reducía también la posibilidad de extender la lógica del S.A.R. al ámbito de los países subdesarrollados.

“A principios de los noventa se elaboró un nuevo marco para la política urbana basada en el análisis neoliberal sobre las razones que imposibilitaron el cumplimiento de la fórmula asequibilidad - recupero - replicabilidad” (Burgess, Carmona, & Kolstee, 1997, pág. 114). Si bien se reconocían los avances sobre el tema de la asequibilidad, donde la incorporación de los usuarios en el proceso de construcción permitió reducir los costos, la visión neoliberal proponía *“drásticas medidas para conseguir el recupero y la replicabilidad de bienes y servicios urbanos”* (Burgess, Carmona, & Kolstee, 1997, pág. 114).

Para construir una nueva visión del desarrollo y la planificación donde enmarcar las políticas de viviendas, la teoría neoliberal proponía *“reestructurar las relaciones entre gobierno central, gobierno local y mercado. El rol del Estado [...] debía retraerse y sus actividades restringirse a aquellas que permiten el market enablement. Los gobiernos podían coordinar y facilitar en lugar de intervenir activamente”* (Burgess, Carmona, & Kolstee, 1997, pág. 114). La *teoría del enablement* servía para enmarcar la retracción de las funciones del Estado dentro de las políticas habitacionales. En cambio, se buscaba potenciar, e incluso subsidiar, el alcance del mercado y la financiación privada.

“Enablement significaba facilitar y promover el sector formal e informal de la economía para proveer alternativas de mercado para la producción, distribución e intercambio de bienes y servicios urbanos. Donde el Estado debía abandonar la provisión directa y, ante todo, abrirla a las dinámicas del mercado” (Burgess, Carmona, & Kolstee, 1997, pág. 141).

Énfasis en la coordinación y en la gestión

Stephen Kendall pone de manifiesto este cambio como una reactivación del mercado donde la teoría del S.A.R. podía encontrar un nuevo rol: *“A medida que menguaba la crisis del petróleo, el desarrollo de bienes raíces y el mercado residencial comenzaron a reactivarse. [Fue entonces cuando] Algunas impulsores de los soportes, establecieron vínculos activos con la industria manufacturera buscando entrar en estos mercados recuperados”* (Kendall & Jonathan, 2002).

Pese a que la metodología del S.A.R. se planteaba como una propuesta pragmática, despojada de consideraciones políticas, había nacido en un contexto en el cual el Estado ocupaba un lugar central en la producción de viviendas. Los nuevos cambios políticos requerían, al menos, un replanteo. A principios de los ochenta, el rumbo de las teorías de Habraken, evidencia la influencia de un nuevo modo de abordar las políticas habitacionales bajo los dictámenes de los economistas neoliberales.

Tal como afirmamos anteriormente, bajo la dirección de John Carp, en 1975, el S.A.R. profundizó la línea de trabajo sobre el tema de la participación social. A nivel internacional, los beneficios sociales que se atribuían a la participación social encontraron cauce en la búsqueda de legitimidad que requería la aplicación de las políticas neoliberales. *“Se argumentaba que la democratización de la administración urbana y la legitimación política de las autoridades locales eran necesarias para obtener la reconciliación entre eficiencia técnica y efectividad social, esencial para la provisión de servicios”* (Burgess, Carmona, & Kolstee, 1997, pág. 146). Frase que permite explicar el giro que hicieron diferentes municipios hacia las modalidades participativas.

Este tipo de políticas requerían *“un nuevo concepto de práctica profesional [...] que requería aprender nuevas y amplias habilidades”* (Burgess, Carmona, & Kolstee, 1997, pág. 144). En ese contexto, Habraken escribe *Toward a new professional rol* (1986). En este texto proponía un ejercicio profesional flexible, capaz de insertarse en un proceso que existe de por sí. Dentro de ese modelo profesional, reconocía a Turner como un pionero, constante en su tarea de impulsar un nuevo abordaje hacia el ambiente. Un enfoque que partía de una crítica hacia los conjuntos habitacionales promovidos por el Estado. La crítica de Habraken y Turner tenía cierta similitud con la crítica que realizaban los economistas neoliberales con respecto al modelo keynesiano de bienestar. En fin de cuentas, los economistas señalaban: *“La excesiva centralización gubernamental y la burocratización como una de las principales razones por las cuales fracasaron anteriores estrategias de desarrollo”* (Burgess, Carmona, & Kolstee, 1997, pág. 145). A mediados de la década del setenta los arquitectos y economistas se enfrentaron a la centralización que proponía el Estado de Bienestar.

Modelo Pólder

En Holanda, la recuperación económica durante los años ochenta vino de la mano del *Modelo Pólder*, que sigue el mismo carácter del sistema de soportes en cuanto a niveles de responsabilidad anidadas, la búsqueda de consenso y la necesidad de coordinar diferentes niveles de acción para limitar los conflictos. Era una política regional que tomaba como metáfora, al igual que la teoría de Habraken, el modo en que se consolidaba el territorio inundable de los Países Bajos: una interrelación entre el esfuerzo individual y la organización colectiva. Se apoyaba en una política de consenso, implementada en la región neerlandesa durante las décadas del ochenta y noventa, a partir de una serie de acuerdos entre asociaciones de empleadores, gremios y gobierno, pero sin apartarse de las políticas económicas de carácter neoliberal. Estas políticas se tomaron como ejemplo mundial y constituyen un antecedente del modelo de concertación público-privada.

La metodología del S.A.R., por promover la coordinación entre actores podía adaptarse fácilmente al nuevo panorama internacional. Sin embargo, la lógica de los soportes ya no se aplicaría a los grandes bloques de vivienda sino que se extrapolaría al ámbito urbano. Este cambio en la escala también estaba orientado según la óptica del neoliberalismo. *“Se argumentaba que debía haber un cambio desde la vivienda y los conjuntos hacia programas a nivel urbano”* (Burgess, Carmona, & Kolstee, 1997, pág. 116). Esto era conseguido mediante *“incentivos más que controles; el abandono del abordaje a partir de*

unidades de proyectos; y un giro hacia los programas sectoriales o de amplitud urbana, como el financiamiento de suelo urbano y las viviendas antes que (intervenir con) proyectos” (Burgess, Carmona, & Kolstee, 1997, pág. 146).

Este cambio de enfoque desde el conjunto de viviendas hacia la ciudad, tendía a identificar las ciudades con economías contenidas en sí mismas. Dando por sentado el modo de inserción de la ciudad dentro de la competencia internacional entre ciudades. Con lo cual, la especialización funcional de la ciudad dentro del sistema global, genera una determinada especialización de división del trabajo (Burgess, Carmona, & Kolstee, 1997, pág. 21). El nuevo enfoque de amplitud urbana acepta la inalterabilidad de esta división espacial tratando de minimizar los conflictos y garantizar la gobernanza. Dentro de ese esquema, el rol profesional del arquitecto se orienta a la coordinación de actores para minimizar los conflictos entre la comunidad, el mercado y el Estado.

Un giro hacia la escala urbana

A partir de esa época, Habraken intentará profundizar la idea de los niveles del ambiente, extrapolando la lógica de los soportes hacia escalas cada vez más amplias. Según esta visión, los niveles de decisión funcionaban como capas superpuestas, donde las decisiones que se establecían en una escala más amplia, servían de marco para tomar decisiones en la escala inmediatamente inferior (Figura 23). Es una propuesta que sintonizaba muy bien con el auge del management urbano y la transferencia de poder hacia las autoridades locales. De este modo, *“la descentralización y la democratización [permite que]... los gobiernos locales puedan avanzar hacia estrategias para el enablement del mercado y la comunidad”* (Burgess, Carmona, & Kolstee, 1997, pág. 146).

La *teoría del enablement* puede identificarse en aquellas ideas de Habraken que muestran la acción del arquitecto como un agente, un posibilitador del desarrollo. Si bien Habraken no busca potenciar el alcance del mercado, puede notarse una constante alusión a la iniciativa individual de los residentes: *“Es necesario diseñar una estructura física que posibilite la iniciativa individual [...] Aquí, el profesional opera a nivel urbano, sobre el tejido; todo lo que está más allá queda en manos del usuario o del constructor individual”* (Habraken, 1980, pág. 23).

El arquitecto se inserta en un proceso complejo, tratando de coordinar la acción de diferentes actores. Por lo cual, se aleja de las tareas gráficas de la representación espacial, para acercarse a las disciplinas de la comunicación y el marketing. En lugar de previsualizar la forma que debe adquirir una porción del ambiente, genera el marco apropiado para que cada uno de los actores intervinientes pueda alcanzar sus propias metas.

En el rumbo que toman las ideas de Habraken durante la década de los ochenta y noventa, puede entenderse un dilema latente en el desarrollo de la arquitectura participativa. Un dilema que tiene que ver con las causas principales y las causas asociadas de las metodologías participativas, o al menos, descentradas de la figura rígida del arquitecto -omnipotente y egocéntrico- que se difunde desde las academias. Ambas causas parecen contraponerse.

Por un lado, la crítica hacia un pasado productivo negativo; por otro lado, el surgimiento de un nuevo modelo productivo que puede ser tanto o más negativo que el sistema anterior. No se sabe cuál de las dos causas adquiere más peso. Y seguramente es algo que no puede juzgarse de manera generalizada, sino que exige realizar un análisis de cada uno de los casos.

En el caso de Habraken se combina, la crítica al sistema mecanicista, homogeneizante y productivista de principios de siglo, junto al nacimiento del neoliberalismo.

Si bien es cierto que las críticas de Habraken buscaban corregir los errores de la vivienda masiva (Massive Housing) promovida por el Estado durante los ensayos del Estado benefactor keynesiano, también es cierto que las nuevas propuestas metodológicas se convertían en la expresión disciplinar (para la arquitectura) de un nuevo modelo de relaciones signado por la macroeconomía. Respondían a la lógica flexible, pragmática y emprendedora que requería el neoliberalismo. Difundía un rol profesional que se aleja de la producción para basarse en el management y la negociación.

En el mismo sentido, el fin de los bloques de vivienda prefabricados no es simplemente un retorno a la escala humana, sino principalmente una adecuación a la dinámica del mercado. La metodología del S.A.R. deja de aplicarse en la construcción de grandes soportes a partir de dos causas interrelacionadas. Una causa cultural que surge de la crítica a la vivienda moderna prefabricada y una causa económica que tiene que ver con la crisis del modelo keynesiano de Estado de Bienestar.

Por supuesto, esta separación analítica es una abstracción incompleta; las causas culturales siempre están permeadas por condicionantes económicas y, a su vez, las políticas económicas se sostienen en base a ideas forjadas culturalmente. Sin embargo, esta separación pedagógica en causas culturales y económicas permite ver dos familias de factores gestados con relativa independencia. O, al menos, que surgen a partir de lógicas distintas. En la arquitectura, como reorganización de recursos en una determinada porción del espacio, estas causas actúan de manera interrelacionada¹⁹⁷.

Pensar que los grandes bloques prefabricados de vivienda dejaron de existir porque los arquitectos se dieron cuenta que no respondían a la forma de vida de la gente, constituye cuanto menos una verdad incompleta. En realidad, los grandes conjuntos de vivienda requerían una inversión inicial y una concentración de maquinarias e infraestructura que no se adaptaba a las condiciones económicas que requería la nueva fase del capitalismo. Más que un llamado hacia la pequeña escala, el fin de los grandes bloques, resultó una adecuación al modo de producción que imponía la Crisis del Petróleo: disgregada en el territorio, personalizada y por fuera de la órbita del Estado.

Con el fin de la implementación masiva de los bloques de vivienda, algo que ya no podía encarar el Estado desguazado, la metodología del S.A.R. quedó reducida a algunas excepcionales aventuras de mercado. Como por ejemplo, inversores privados que -por filantropía o estrategia de marketing- buscaban construir viviendas con un plus funcional, que permitieran una adaptación fácil. Ya no era un modo de pensar el alojamiento de las masas, sino una manera de mejorar cualitativamente las opciones de mercado.

Entre los ejemplos destacados de esta arquitectura que mantiene la idea de adaptabilidad y crecimiento de la vivienda generando bloques o conjuntos más que unidades aisladas, podemos mencionar los proyectos del estudio Haerle Hubacher und Hofmann basados en el *Balance Concept*

¹⁹⁷ Desde la disciplina arquitectónica suele ponerse el énfasis en las causas culturales. Hay una especie de fetichismo espacial por el cual los cambios que se producen en la arquitectura se analizan despojados de la conflictividad turbia que envuelve el devenir monetario. La arquitectura se encuentra en el medio de dos mecanismos lucrativos leoninos y rampantes. Por un lado, la revalorización del capital en base a la renta y la especulación inmobiliaria. Por otro lado, el sistema de lucro básico del capitalismo, y la extracción de capital a partir del plusvalor de los obreros de la construcción. La arquitectura no puede entenderse despojada de análisis económicos. Por supuesto, dentro de su complejidad, algunos podrán destacar la veta poética y filantrópica. Pero no existe una arquitectura impoluta. Como disciplina que interviene en la distribución de los recursos, siempre va a estar atravesada por conflictos de intereses. Disputas que, inevitablemente, tienen siempre un trasfondo monetario.

(Figura 18). Estos conjuntos están orientados a sectores minoritarios que quieren vivir en las afueras de la ciudad, en departamentos amplios y fácilmente adaptables. Pese a no constituir grandes bloques urbanos en el tejido urbano, como proponía Habraken, adecuan la estructura y los servicios del conjunto para admitir diversas posibilidades en la disposición de los espacios interiores. Es una adaptación de sus ideas según los requerimientos del mercado.

Respetando la idea del arquitecto neerlandés de generar bloques de vivienda para mejorar las condiciones de alojamiento de sectores poblacionales mayoritarios, pueden destacarse las viviendas de interés social diseñadas por Florian Riegler y Roger Riewe en Graz, Austria. Es interesante que este conjunto, que destaca uno de los aportes de Habraken -la vivienda polivalente-, termina retrocediendo en lo que puede considerarse su mayor preocupación: romper la monotonía de los conjuntos de vivienda. Las plantas de las veinticuatro viviendas construidas en Graz permiten adecuar los interiores según distintos requerimientos funcionales. Sin embargo, el exterior de hormigón y chapa genera una trama ortogonal fría y repetitiva.

El contraste entre los balcones verdes de los edificios construidos según el *Balance Concept* y el aspecto carcelario del conjunto de Graz terminan por resumir el destino de las ideas de Habraken en un mundo sumido a la tiranía del mercado. La experimentación en cuanto a vivienda adaptable y flexible encuentra mejor campo en los emprendimientos privados que buscan introducir algo más que la típica vivienda en propiedad horizontal. Por el contrario, las innovaciones metodológicas del S.A.R. terminan por volverse contraproducentes, o peligrosas, en contextos marcados por la escasez de recursos.

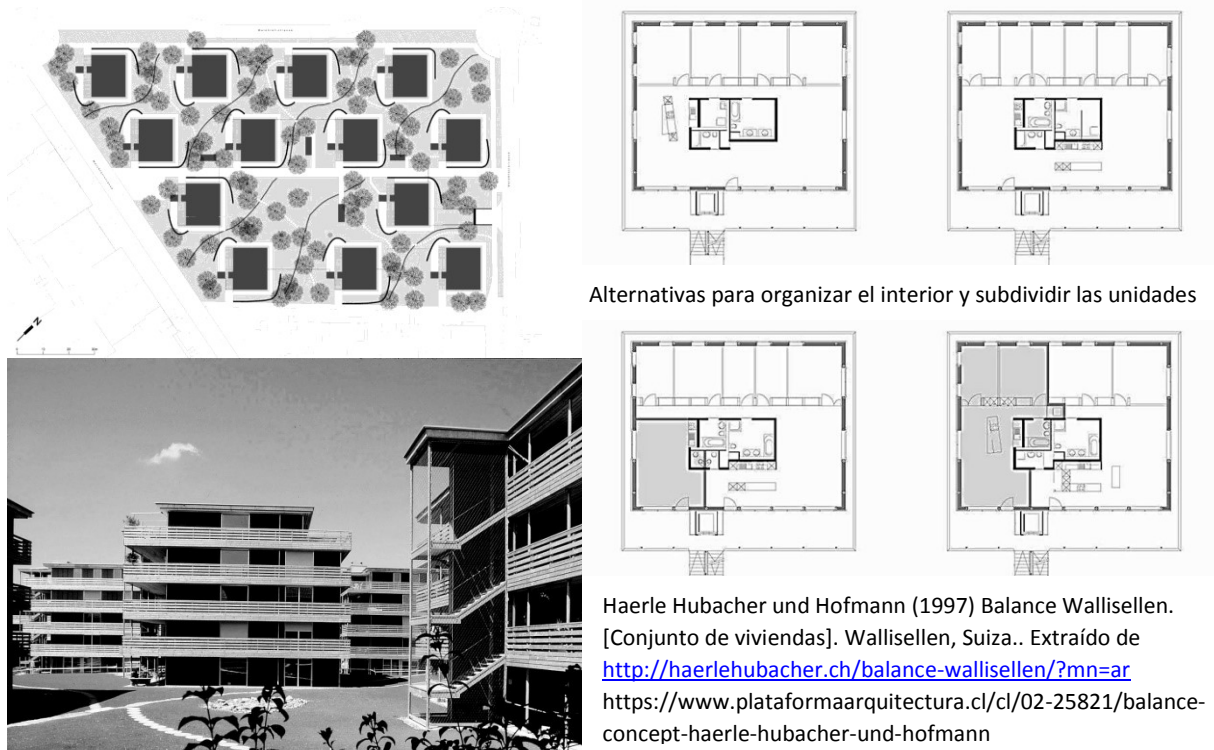


Figura 18 Balance Concept de Haerle Hubacher und Hofmann

El cambio que se produce en la arquitectura desde la producción fordista hacia el management neoliberal puede analizarse a partir de la evolución de las ideas de Habraken. Desde una óptica materialista, las propuestas del S.A.R. eran una manera de ordenar la producción. Diferenciar el soporte de la construcción de las unidades separables era un modo de dividir y optimizar la producción. Algo

había pasado en el ámbito de la producción de automóviles, cuando en los años cincuenta comenzaron a evolucionar por separado dos líneas de trabajo: por un lado, el diseño de las carrocerías cambiaba al ritmo de la moda; mientras que por otro lado, el diseño del chasis era mucho más estable (Gregorio, 1983).

Esta coordinación ordenada que propone Habraken tiene vigencia durante el periodo en que el Estado adopta como propia la tarea de proveer vivienda a las grandes masas de población. Liberada la convertibilidad del dólar, y frente a los cambios drásticos en la industria y el gasto público impuestos por la crisis del petróleo, este tipo de arquitectura no tendrá un campo masivo de aplicación. Pese a ello, tendrá una importante proyección el rol profesional que ésta implicaba.

Si bien no se construirán grandes soportes, sí se potenciará el modo de actuación profesional que proponía Habraken. Es decir que, a partir de la caída del modelo keynesiano, cuando el Estado adquiere el rol de gestor, tendrá un valor primordial la figura del arquitecto como profesional flexible, capaz de nutrirse desde múltiples disciplinas, en un proceso de coordinación de actores sobre un terreno cada vez más amplio.

El arquitecto se convierte en un agente del desarrollo, capaz de generar un marco físico adecuado donde puedan encauzarse diferentes iniciativas individuales. Es un actor que potencia el alcance del mercado, empodera a las comunidades, alienta la iniciativa individual de los habitantes y optimiza los recursos del Estado.

Dentro de este modelo de ejercicio profesional, el impulso de Habraken colaboró al surgimiento de toda una serie de arquitectos que lo reivindicarían a principios del siglo veintiuno. Estos arquitectos continúan el modelo profesional que marcara John Habraken a partir de su alejamiento del S.A.R. Es decir que, si bien no siguen fielmente la metodología del diseño de soportes, se basan en un ejercicio de coordinación multidisciplinar¹⁹⁸, capaz de potenciar las dinámicas existentes en el territorio. La mirada multidisciplinar puede notarse en el abordaje que realiza Andrés Jaque en proyectos como la Casa Sacerdotal Diocesana de Plasencia y la Tupper Home en Madrid, por nombrar algunos ejemplos en los que se aborda el tema de la vivienda. No obstante, esta mirada multidisciplinar puede verse mejor en algunos de sus proyectos más relacionados con el urbanismo táctico.

También ahondando en estos temas, con una mirada similar, pueden destacarse los proyectos del estudio ENORME, escindido del estudio PKMN de Madrid. Además deben destacarse los proyectos realizados por Teddy Cruz, como por ejemplo *Casa familiar*, un conjunto de viviendas que crece gradualmente en base a un mix de diferentes actividades culturales y productivas que permiten financiar el crecimiento a medida que se refuerzan los vínculos con el contexto urbano.

¹⁹⁸ Durante el periodo en el cual Habraken trabajó dentro del S.A.R., puede notarse que sus ideas se enmarcaban dentro del ámbito de la disciplina arquitectónica. Si bien buscaba facilitar la interacción entre actores, defendía un saber específico de la arquitectura que no debía desdibujarse en el intercambio con otros actores. Por el contrario, durante su trabajo en el M.I.T., a mediados de los setenta, puede notarse una intención por fomentar un abordaje multidisciplinar del ambiente. *“La base está cambiando en nuestra profesión, haciendo obsoletas las etiquetas de ayer [...] en el M.I.T. nos interesa cada vez más que los estudiantes puedan conectar sus estudios con otras disciplinas tales como economía, administración, tecnología [...] Esto tiene que ver con las ganas de aprender y con ese sentimiento de que hemos acotado demasiado los límites de la arquitectura”* (Habraken, 1986, pág. 143).

Tipologías de la arquitectura vernácula

Desde los primeros textos escritos por Habraken, puede notarse un interés por la construcción vernácula, realizada sin arquitectos mediante técnicas de construcción tradicional. De hecho, afirmaba que la lógica de los soportes se daba de manera natural en los tejidos tradicionales. Tal como se afirma anteriormente, a partir de la Crisis del Petróleo, las ideas de Habraken se alejaron de la producción de bloques de vivienda, encontrando en la exploración tipológica un campo fecundo donde profundizar sus teorías.

En ese momento, volverán a cobrar importancia sus primeras apreciaciones sobre la tensión que se produce en la tipología con respecto a la estabilidad y el cambio. Estas búsquedas teóricas se enriquecerán en función de la posición que ocupa Habraken dentro del panorama académico mundial. Como director del Departamento de Arquitectura del M.I.T (Massachusetts Institute of Technology), sus trabajos se nutren del aporte de una multiplicidad de alumnos e investigadores de diferentes partes del mundo. Si en un principio apoyaba sus propuestas en el tejido tradicional de los Países Bajos, a fines de los setenta el repertorio de tipologías tradicionales que utiliza para fundamentar su teoría será mucho más amplio¹⁹⁹.

Estabilidad y variedad

En el documental *De Drager* que aborda el legado del S.A.R., John Habraken revela algunos datos interesantes acerca de su niñez. Nació y pasó su infancia en Indonesia, donde su padre trabajaba como ingeniero naval. En su niñez ya le habían llamado la atención los Kampunges donde vivía la población nativa. Los había conocido simplemente caminando entre el bosque. Pero admiraba la claridad organizativa de los conjuntos. La historia no termina bien porque durante la ocupación japonesa, la población Neerlandesa fue concentrada en Kampunges donde las condiciones de hacinamiento empeoraban cada vez más. Sin embargo, este primer contacto con la arquitectura vernácula permite destacar una constante en las propuestas de Habraken: el hábitat afincado en la cultura popular se basa en propuestas simples y claras, donde una organización general puede derivar en múltiples variaciones de menor jerarquía. La claridad de la disposición espacial básica sirve como marco para diversificar los detalles.

El interés por el hábitat tradicional puede notarse en uno de sus primeros proyectos de diseño. Alfred Heineken, volvió de un viaje por las Antillas Neerlandesas impactado por las condiciones ambientales. Mucha gente sin casa y mucha basura. Incluso pudo ver, entre los desechos, botellas de la cerveza que su empresa producía. Es por eso que le encargó a John Habraken un diseño de botella que pudiera conciliar la recurrente idea de aliviar el problema de vivienda utilizando un recurso que no implicara muchos gastos, en este caso, la basura. Era, ante todo, un experimento pionero en cuanto al re-uso del packaging. Tratar de pensar el ciclo completo de la producción, desde su fabricación hasta el modo en que podía reutilizarse luego del consumo.

El encargado de darle una orientación hacia el problema del hábitat fue Habraken, quien diseñó la botella WOBO (world bottle). Era un envase de forma prismática que podía superponerse en hiladas, como si fuera un ladrillo, para conformar cerramientos. Tal como indica su nombre, se orientaba a tratar

¹⁹⁹“Durante los años en el M.I.T. tuve la oportunidad de estudiar tipologías de viviendas junto a estudiantes que venían de distintas partes del mundo. Muchos traían un genuino interés por las (propias de) donde sus padres y sus abuelos habían vivido” (Habraken, 1988, pág. 3).

de mitigar un problema de alcance mundial y si bien sólo se fabricaron cien mil prototipos, permite forjar una idea que persiste a lo largo de sus textos: el compromiso de la industria con respecto al problema de la vivienda.

Por otra parte, esa idea inocente que plantea aliviar el problema de las viviendas a partir de la construcción de tabiques con materiales reciclados, será ampliamente superada en los primeros textos de Habraken. La construcción de tabiques no era el principal obstáculo dentro de la construcción de viviendas y el reciclado de los elementos no era ninguna novedad dentro del repertorio de estrategias de la población que autoconstruye su vivienda. Cuando comienza a realizar un abordaje más profundo de la problemática, empieza a focalizar en los inconvenientes que se producen cuando el Estado aborda la construcción masiva de viviendas sin tener en cuenta las necesidades y las posibilidades de los residentes. Este enfoque se aleja de la visión superficial del problema que planteaba WOBO para profundizar en aspectos metodológicos relacionados con el modo de habitar de la gente.

En lugar de abordar el problema desde el diseño de productos, las ideas de Habraken que se reflejaron en el S.A.R. se nutrían de la antropología, la historia de la arquitectura y el análisis tipológico (Kriszenski, 2012).

Específicamente, la mirada de Habraken sobre la arquitectura vernácula buscaba destacar la relación entre una cualidad colectiva y estable frente a una condición individual y dinámica. Luego de desarrollar su carrera de arquitectura en Delf, había observado que en los tejidos tradicionales de las ciudades Neerlandesas existía un criterio colectivo, casi inmanente y estable, que regía el conjunto. Estos criterios consolidados a lo largo del tiempo, establecían parámetros formales generales, regulaban relaciones básicas como las alturas, la división de lo público y lo privado, los ritmos y la relación entre llenos y vacíos.

Sin embargo, dentro de ese marco general, las viviendas de cada familia presentaban múltiples variaciones. Todas tenían diferencias en sus accesos, en el aventanamiento y en los tejados, conformando una diversidad que —además— cambiaba frecuentemente. Cada familia transformaba su vivienda según sus posibilidades y requerimientos, aunque siempre respetando los criterios generales del conjunto. Alterando la vivienda individual, pero reforzando el orden colectivo.

Esta posibilidad de cambiar la vivienda individual, dentro de un conjunto preestablecido, en el contexto tecnocrático posterior a la Segunda Guerra era una idea profundamente radicalizada. Implicaba, de hecho, un reclamo de poder para aquellos habitantes que debían adaptar su vida a las condiciones que imponía la arquitectura moderna, predeterminedada hasta en el más mínimo detalle. Era una impugnación a los grandes bloques de vivienda, donde todas las unidades eran iguales e inalterables:

“El cambio permanente detectable en las ciudades históricas —donde, en el marco de una estructura urbana dada, ocurría un proceso de transformación y adaptación continua a pequeña escala— era el resultado del ejercicio del poder a pequeña escala desde la base hacia arriba, equilibrado por un poder superior supervisor” (Habraken, 1978, pág. 59).

Para la arquitectura participativa, constituye un verdadero aporte el vínculo que realiza Habraken entre una solución “armónica”, “bella”, “feliz” con respecto a la articulación del poder que le da origen. Sin profundizarlo demasiado, quizás de manera inconsciente pero muy en sintonía con otros procesos culturales de los sesenta, la estética queda vinculada al ejercicio (y la disputa) del poder. *“Si recordamos aquellos ejemplos de rededores urbanos que nos asombran por su armonía y feliz solución veremos en ellos un proceso con presencia y equilibrio de ambas formas de ejercicio del poder” (Habraken, 1978, pág.*

61). Es una manera de traer el proceso de toma de decisiones al ámbito de debate de la Arquitectura, una disciplina demasiado acostumbrada a realizar juicios estéticos sobre las obras subestimando los procesos sociales que las sustentan.

El tejido siempre guarda una relación estrecha con las tipologías que lo componen. Teniendo en cuenta este vínculo, en los trabajos que realiza durante su estadía en el M.I.T. comienza a destacar esta relación entre estabilidad y cambio dentro de la escala reducida de la vivienda familiar. Nuevamente, en lugar de tomar como ejemplo la vivienda moderna, la máquina de habitar lecorbusierana, preferirá las viviendas de construcción vernácula consolidadas gradualmente a lo largo de cientos de años.

La vivienda vernácula le permite a Habraken profundizar en una visión sistémica de la arquitectura, analizando el modo en que la forma se resuelve en función de una serie de decisiones sucesivas. Si seleccionamos un cierto número de viviendas de una misma cultura tradicional, comparándolas entre sí, puede observarse que algunos criterios formales se mantienen, mientras que cada familia, a su vez, realiza múltiples variaciones sutiles que la diferencian del resto. Una vez más, se repite una relación entre lo estructural y lo aleatorio.

El interés de Habraken por la tipología no es taxonómico, no busca generar una clasificación. Por el contrario, en un interés tan pragmático como pedagógico, propone extraer lecciones de diseño a partir del estudio tipológico. En fin de cuentas la vivienda tradicional evidencia una jerarquía de decisiones o parámetros de diseño (*design rules*) que van condicionando las decisiones posteriores (Habraken, 1988, pág. 14), donde cada decisión abre todo un abanico de posibilidades a seguir. Esta concepción del diseño permite ir trabajando según "*layers of deployment*", facilitando el trabajo en equipo junto a una multiplicidad de actores con conocimientos e intereses diversos.

Cuando Habraken profundiza en el tema de la tipología, en el M.I.T., en realidad está enseñando a los arquitectos un ejemplo práctico de coordinación de acciones, los está preparando para la participación.

La organización del espacio refleja la organización social

A fines de los setenta, Habraken otorga un valor fundamental a las tipologías tradicionales, pero no a cualquier tipología, sino fundamentalmente a la vivienda. Según este enfoque, la vivienda cobra un valor fundamental para cada cultura, de manera tal que la tipología de vivienda es madre de otras tipologías que cumplen diversas funciones.

"Los edificios especiales derivan de la vivienda común. El templo, el palacio y el castillo, normalmente, ofrecen variaciones de riqueza, tamaño y embellecimiento sobre la estructura espacial principal que uno encuentra en la tipología de la vivienda" (Habraken, 1988, pág. 3).

Habraken propone analizar la tipología según tres sentidos o lecturas diferentes. Por un lado, como una organización espacial, es decir "*el modo en que los espacios se relacionan entre sí*" (Habraken, 1988, pág. 5); por otro lado como una familia de materiales y técnicas; y por último como un conjunto de normas compositivas, como si fueran estilos (Habraken, 1988, pág. 5). Es decir que el término tipología puede hacer referencia a tres sistemas diferentes: un sistema espacial, un sistema material y un sistema visual.

Todas estas lecturas de la tipología son analíticas, no se manifiestan por separado, e incluso están totalmente relacionadas. Los materiales con que se construye la vivienda tradicional japonesa permiten un tipo de organización espacial; el sistema físico y el sistema espacial están íntimamente relacionados.

Sin embargo, dentro de esta interdependencia, Habraken va a priorizar el sistema espacial por encima de las otras lecturas tipológicas. Reconoce en la disposición espacial general el rasgo más estable

de las viviendas tradicionales. Para ello, se basa en la tesis de James Aka, quien en su tesis doctoral describe un asentamiento de Medio Oriente que levantaron los pobladores utilizando paredes y techos de concreto. Pese a la innovación material, el autor de la tesis destacaba que la gente había mantenido la organización espacial de la tipología tradicional, la misma que puede encontrarse en todos los pueblos de Arabia Saudita construidos en barro. Esta constatación bastaba para afirmar que la disposición espacial constituía un rasgo estable, consolidado en el acervo cultural de la gente, que se mantenía incluso cuando cambiaban las posibilidades materiales. *“Mientras se mantenga la misma estructura social de responsabilidad compartidas, encontraremos la misma organización espacial [...] de qué está hecha cada parte, y cómo se combinan entre ellas no es un asunto para dejar de lado, pero resulta secundario”*(Habraken, 1988, pág. 7). Ni siquiera las diferencias entre el poder adquisitivo de los habitantes generan grandes contrastes en la disposición espacial de la tipología dentro de una misma cultura tradicional *“Comúnmente, viviendas de tamaños muy diferentes siguen un mismo tipo (hablando de la organización espacial)”* (Habraken, 1988, pág. 11).

De este modo, Habraken afirma una relación causal entre organización social y organización espacial que resulta recurrente en diversas experiencias de arquitectura participativa de fines del siglo veinte y principios del veintiuno. Este efecto de cristalización lleva a suponer que cada organización social tiene un acervo tipológico que tiende a respetar. Frente a la vocación universalista de la arquitectura moderna, la arquitectura participativa asumirá la tarea de rescatar la organización espacial particular de cada cultura.

Mientras los pioneros modernos buscaban adecuar la arquitectura según una cualidad temporal que recorría la totalidad del planeta (reflejaban la modernidad), la arquitectura participativa enfatiza la condición local (atada a un territorio) de cada una de las poblaciones. Para Habraken, el trabajo con tipologías afincadas en el acervo cultural de la gente era una garantía de eficiencia, *“permite al cuerpo social producir artefactos complejos con un mínimo de diseño formal y máxima eficiencia”* (Habraken J. , 1987, pág. 7). La tipología funciona, así, como un conocimiento compartido (*a shared know how*) inherente a un determinado cuerpo social (Habraken J. , 1987, pág. 7).

Para Habraken, analizar las tipologías tradicionales permite establecer un terreno firme para el trabajo de los arquitectos. Constituye una estrategia para escapar al *“estrecho sistema de valores de nuestros pares”*. Sin embargo, también aclara que las tipologías tradicionales no constituyen un catálogo del cual tomar elementos para combinar en la arquitectura del presente. Y con esa frase se enfrenta al pastiche historicista de algunas obras de Robert Venturi o Ricardo Bofill. Por el contrario, nos liberan del acotado marco formal que consagra la arquitectura del momento, para *“operar en un marco cultural más amplio”* (Habraken, 1988, pág. 18).

En muchos casos, este rescate de la organización social local, y su reflejo tipológico, se produce cuando la modernidad ya ha transformado las condiciones de vida y la sensibilidad de los pobladores. Por lo cual, la recuperación de tipologías del pasado termina rozando con una postura de resistencia nostálgica a las condiciones de la modernidad. Una tarea sumamente compleja, teniendo en cuenta que esta condición moderna se compone de características culturales que nunca retroceden. De hecho, constituye un modelo de sociabilidad absoluto y abstracto construido en base a patrones culturales muy concretos, pero que se cumplen de manera relativa como la industrialización, la mejora de las condiciones de salubridad, los derechos individuales, la cultura laica, la urbanización, los medios masivos de comunicación, las condiciones de mercado, etcétera.

Quienes realizan arquitectura participativa tienen la difícil tarea de determinar cuál es el verdadero significado de la tipología tradicional para aquellas poblaciones en que algunos de estos procesos propios de la modernidad ya se han iniciado.

La tipología tradicional contra la tipología moderna

Durante los años cincuenta, la arquitectura moderna había perdido el componente vanguardista y heroico que tenía a principios de siglo. Este proceso había comenzado ya en la exposición del Museum of Modern Art (MoMA) de Nueva York preparada por Henry Russel Hitchcock y Philip Johnson, donde a partir de una serie de fotos en blanco y negro quedaban compiladas las características formales de un supuesto estilo unitario, claramente establecido. De allí en más, sólo existían dos posibilidades, continuar ese repertorio o transgredirlo. Con lo cual, *“Al tiempo que en 1932 se presentaba la apoteosis de este nuevo estilo único, ya se había dado el primer paso hacia su desintegración”* (Montaner, 1999, pág. 13). Durante la década del cincuenta, esta lógica canónica se consolida con la publicación del libro *Architectural Principles in the Age of Humanism* (1949) de Rudolf Wittkower. Incluso Le Corbusier, sin abandonar su constante espíritu innovador, adhiere a esta corriente de mitad de siglo con el libro *El Modulor*, también publicado ese mismo año. Se trataba de concebir la arquitectura moderna en términos clásicos, o al menos, a partir de una normativa visual rigurosa que trasladaba el énfasis desde los planteamientos metodológicos e ideológicos hacia las características formales de la obra. El énfasis exploratorio y rupturista de la arquitectura moderna termina subsumiéndose en un estilo formal rígido y canónico.

Esta cercanía entre la arquitectura moderna y la ortodoxia normativa del Beaux Arts comienza a recibir una serie de cuestionamientos teóricos a partir de mediados de la década del cincuenta. El equipo de Nelson Mota indaga en el cuestionamiento a la ortodoxia moderna de los años cincuenta a partir de tres hechos fundamentales. Por un lado destaca la publicación de un artículo para el *Architects' Year Book de 1957* en el que James Stirling afirmaba que el Stonehenge era más importante para la arquitectura del momento, que la obra neoclásica de Christopher Wren²⁰⁰. En este texto, el arquitecto escocés se enfrenta a la corriente teórica Neo-palladiana que impregnaba la enseñanza de la Arquitectura a mitad de siglo.

En segundo término, Mota destaca la brecha abierta por los arquitectos del Team X en el seno de los C.I.A.M. Mientras crece la influencia del Team X, los C.I.A.M. comienzan a alejarse del concepto de modernidad eurocéntrica para acercarse a la recuperación de valores locales. La crítica del Team X implicaba un cambio *“desde el carácter universalista y abstracto de la Carta de Atenas hacia una aproximación ecológica y humanista impulsada por el reconocimiento de la natural relación entre el individuo y la comunidad”* (Mota, Canto Moniz, & Krüger, 2012). Ese creciente interés por las condiciones locales de cada comunidad se expresa en el proyecto presentado por Ernesto Viana de Lima, Fernando Távora y Octávio Lixa Filgueiras en el C.I.A.M. 10 de Dubrovnik (1956), en el cual se busca conciliar las formas de la arquitectura vernácula con los criterios de producción de la arquitectura moderna.

Por último, donde mejor se expresa esa tensión existente entre la ortodoxia universalista moderna y el interés por las condiciones locales es en el libro *“Native Genius in Anonymous Architecture in North America”* (1957) de Sybil Moholy-Nagy. En este texto, la viuda de Lazlo Moholy-Nagy -maestro de la

²⁰⁰ James Stirling, *“Regionalism and Modern Architecture,”* citado en *Humanism, Universalism and the Native Genius: Civic Engagement in Housing Design from Alberti to CIAM and Beyond* (Mota, Canto Moniz, & Krüger, 2012).

Bauhaus- busca indagar en un conflicto casi personal²⁰¹: la consolidación de un nuevo academicismo que descarta la riqueza de una arquitectura construida sin presunciones de erudición. Sybil Moholy-Nagy rescata una arquitectura anónima forjada en el intercambio cotidiano entre la comunidad y la geografía que la sustenta. A partir de sus viajes por el norte del continente americano, destaca las construcciones realizadas sin arquitectos como un ejemplo de potenciación entre la obra artificial y el entorno natural, donde se mitigan las adversidades climáticas y se aprovechan las cualidades paisajísticas mediante materiales y técnicas locales.

Si bien cuestionaba los criterios canónicos de la modernidad, destacaba dentro de la arquitectura vernácula algunos aspectos que también podían encontrarse en la obra de los mejores arquitectos modernos como el sentido práctico, funcional, y la ausencia de ornamento. Más que un cuestionamiento a la modernidad en general era una crítica hacia su voluntad universalista, a la negación de las condiciones locales.

En la década del sesenta, este rescate de la arquitectura vernácula cobra un carácter aún más radical, lo cual puede notarse por ejemplo en la exposición *Architecture Without Architects* (1964) organizada por Bernard Rudofsky para el MoMA (Museum of Modern Art, en Nueva York), que incluía una publicación donde se desarrollaban los fundamentos de la muestra. Además de una crítica al universalismo de la arquitectura moderna, en este texto subyace también un cuestionamiento al centralismo de occidente, criticando la lógica academicista que imponía un criterio estético canónico que borraba la riqueza cultural de la arquitectura tradicional.

La estrategia de Rudofsky se apoyaba, fundamentalmente, en la selección de imágenes que transmitían -sin mucho agregado de texto- una sensación de armonía entre cualidades paisajísticas y constructivas. Las reflexiones eran de carácter antropológico, pero no abundaban en detalles técnicos, resultando algo generales y amplias. No obstante, en la publicación que acompañaba la muestra se incluye un apartado llamado *Unit architecture* donde puede observarse una convergencia muy precisa con respecto a las ideas que Habraken desarrollaba contemporáneamente, en el seno del S.A.R.

Bajo ese título, el arquitecto austriaco destaca el modo en que los poblados tradicionales adquieren una admirable diversidad en base a pequeñas variaciones realizadas sobre una unidad repetible que destaca por su simpleza. La escasez de recursos exige una optimización de las técnicas empleadas en función de las condicionantes del entorno natural, generando tipologías simples y eficaces. Como compensación, en tanto la vivienda es expresión simbólica de cada familia ante la comunidad, éstas adquieren pequeños cambios en su imagen que terminan generando variedad sobre la totalidad del conjunto.

Se combinan así algunos factores que Habraken destacaba como parte de la solución al problema de la vivienda masiva. Por un lado, la compensación entre lo colectivo y lo individual; por otro lado la eficiencia de los medios técnicos en base a la escasez de recursos; y finalmente, la variedad del paisaje pese a la repetición de unidades sencillas.

Más allá de las notables coincidencias con respecto a las ideas de Rudofsky, cuando Habraken desarrolla las propias, prefiere destacar los textos de Amos Rapoport, específicamente, el libro *House*

²⁰¹Luego de la muerte de su marido, Sibyl Moholy-Nagy optó por el camino más sencillo: escribir la biografía del maestro de la Bauhaus. Sin embargo, en esa misma época comenzaba a transitar un proceso de afianzamiento personal que le permitiría superar la imagen de esposa y asistente de Lazlo Moholy-Nagy, para aportar una visión novedosa y necesaria para la teoría de la arquitectura (Heynen, 2001). Había llegado de Europa sin formación académica ni reconocimientos dentro de los circuitos del arte. La arquitectura vernácula de América del Norte le permitió encontrar su propia voz dentro del panorama cultural posterior a la Segunda Guerra.

form and culture (1969). De allí Habraken retoma un abordaje cultural de la vivienda donde, aunque convergen condicionantes técnicas, el factor determinante de la espacialidad surge de una compleja trama de significados colectivos consolidados a lo largo del tiempo. A diferencia de Sybil Moholy-Nagy y de Bernard Rudofsky, es una crítica hacia la homogeneización de la modernidad más profunda, que abandona toda afirmación emocional o intuitiva. Sin embargo, resulta más abstracta, analítica y menos confrontativa.

En última instancia, el libro de Rapoport resulta más ajustado al carácter técnico y pragmático que tomaban los textos de Habraken a principios de los ochenta.

Si bien el rescate que realiza Habraken de la arquitectura del pasado se nutre de la visión de Rapoport (1969), sus ideas con respecto al tejido tradicional ya habían quedado expresadas en sus primeros textos de la década del sesenta. Esos textos partían de una crítica principalmente metodológica hacia el modo en que se diseñaba la vivienda colectiva, pero sus planteos, alimentados por la visión antropológica de Rapoport, terminaban derivando hacia problemas tipológicos. Según los textos que Habraken escribió a partir de la década del setenta, el error de los arquitectos modernos era tratar de resolver la totalidad de la arquitectura, desde el barrio hasta la tipología, en una misma acción proyectual. En un proyecto completamente acabado.

Esa postura impedía que los habitantes personalicen sus viviendas (Habraken, 1974/1979, pág. 9), generando como resultado un ambiente excesivamente simplificado que seguía la lógica utilitaria de maximizar el número de viviendas con la mínima inversión de recursos. Al notar que las tipologías de la arquitectura tradicional reconocen distintos niveles de permanencia y cambio, Habraken estaba justificando desde un punto de vista antropológico su propuesta de soportes estables frente a unidades cambiantes.

Una segunda crítica hacia la tipología moderna tiene que ver con una concepción unifuncional de los espacios. Según su punto de vista, *“la tradición moderna está acostumbrada a nombrar los espacios de la vivienda a partir de la función que alojan”*²⁰². Esta tendencia a asociar cada local de la vivienda con una actividad específica contrasta con la herencia de las culturas ancestrales. En las tipologías tradicionales

“por lo general, no hay una función específica. El atrio, por ejemplo, era un lugar donde podían ocurrir diferentes cosas [...] el espacio tipológico no deriva de las actividades que se desenvuelven allí, sino por la posición que ocupan dentro del sistema” (Habraken, 1988, pág. 11).

A partir de esa reflexión puede entenderse que el rescate tipológico de Habraken no es una recuperación romántica de los espacios antiguos. Por el contrario, es una abstracción que propone recuperar una concepción de la vivienda como sistema de espacios donde la funcionalidad ocupa un papel secundario y variable.

En síntesis, para Habraken la arquitectura moderna no había logrado conectar con algunos valores del pasado. Frente a ese periodo de ruptura con la arquitectura tradicional, reconocía también que algunos arquitectos posmodernos buscaban recomponer dicho vínculo. Sin embargo, alertaba sobre los riesgos de caer en una impostación superficial. *“El periodo posmoderno en la arquitectura nos permite, una vez más, la inspiración del pasado [...] a veces estos intentos nos conducen a una adopción superficial*

²⁰² Esta generalización de la modernidad resulta exagerada teniendo en cuenta, por ejemplo, los experimentos en cuanto a vivienda flexible realizados por los ya mencionados arquitectos neoplasticistas. Seguramente esa visión unifuncional de los espacios tipológicos se asocia a la vivienda masiva moderna posterior a la Segunda Guerra, donde la presión demográfica exigía simplificar las viviendas cada vez más.

(superficial borrowing)” (Habraken, 1988, pág. 3). Para escapar a este tipo de impostaciones, Habraken propone indagar en la profundidad conceptual, en la abstracción, de la tipología.

“Cuando queremos conectar con nuestras tradiciones culturales es preciso estudiar en profundidad los tipos edilicios, esa tradición mantenida por siglos [...] Nuestra meta no es copiar edificios sino transformar lo que se hacía durante el pasado en algo compatible con los valores que sostenemos actualmente” (Habraken, 1988, pág. 3).

Con lo cual, si bien la visión de Habraken nace de una crítica hacia la modernidad que excluye a los pobladores del proceso de construcción, termina cuestionando la posmodernidad por banalizar el pasado. En fin de cuentas, tanto la utopía moderna como las impostadas escenografías posmodernas implicaban una simplificación excesiva de la complejidad del ambiente. Frente a la copia romántica de los edificios del pasado, Habraken exige una reinterpretación consciente y sistémica²⁰³ (Habraken J. , 1987, pág. 3). En ese sentido, la tipología funciona como una estructura estable que condensa los valores heredados (Habraken J. , 1987, pág. 7), sin que ello le impida adaptarse fácilmente al dinamismo de la vida actual. Funciona como un soporte.



Erskine, R. (1968-1981) Byker Wall. [Conjunto de Viviendas]. Newcastle upon Tyne, Inglaterra. Gráfica propia.

Figura 19 Byker Wall

²⁰³“Un interés por este tipo de ambientes (de construcción tradicional) no tiene nada que ver con un relato romántico acerca de las condiciones del pasado. No estamos observándolas para copiarlas sino para aprender cómo pueden emerger estructuras de una similar sofisticación y resiliencia, en concordancia con los significados actuales. [...] Lo que nos interesa aquí son las propiedades sistémicas desde las cuales puede ser construida la compleja organización ambiental” (Habraken, 1987, pág. 3).

La arquitectura participativa no ha seguido fielmente esta actitud de reinterpretar el pasado. Existen algunos casos donde el rescate de los elementos formales del pasado es demasiado literal. En ese sentido, se pueden realizar algunas críticas sobre ciertos proyectos tópicos de arquitectura participativa, como el Byker Wall de Erskine (Figura 19), donde hay una celebración expresa de las características formales de la arquitectura tradicional. Si bien este conjunto debe destacarse por su adecuación a un sitio adverso (junto a una autopista), por la diversidad de las tipologías, la riqueza de sus recorridos y por el cuidado de las transiciones entre espacios abiertos y cerrados; también es cierto que la proliferación de elementos de la arquitectura vernácula como los tejados inclinados, los balcones de madera y las pérgolas terminan generando una isla pre-moderna estancada dentro de la realidad dinámica de la ciudad.

Con esto no se pretende cuestionar todo carácter ficcional de la arquitectura, que siempre recrea cierto carácter de heterotopía, buscando otorgarle al ser humano el cobijo que no encuentra en un mundo hostil²⁰⁴. Incluso hay que destacar que el Byker Wall genera una secuencia de espacios muy agradables, que facilitan la integración con la ciudad. Sin embargo, por el mismo camino de la impostación formal puede llegarse a escenografías huecas demasiado forzadas. Por el contrario, se pretende destacar que la recuperación del pasado debe realizarse en función de lecturas profundas, articuladas con el estudio de las condiciones locales. Habraken encontró en el estudio tipológico una manera de sobrepasar la superficialidad de la copia formal. Pero no era una recuperación aislada del contexto.

En Habraken, la tipología no es un laberinto aislado, sino que es un ancla con la realidad cultural de los pobladores. El rescate del pasado no puede ir en contra de la realidad cultural que vive la gente en un momento determinado. *“La gente quiere conectarse con su patrimonio. Pero, por supuesto, también quiere las comodidades modernas y quieren ser respetados desde una perspectiva internacional. Con lo cual, estas dos demandas deben conciliarse”*(Habraken, 2002, pág. 4).

Una lectura profunda de la realidad cultural, muchas veces puede ir en contra del rescate tipológico. Rodolfo Livingston comenta una experiencia de arquitectura participativa realizada en Cuba. Tratando de mejorar la tipología de un conjunto de viviendas, arribó casi por casualidad a un diseño cuyos techos evocaban la forma de los tradicionales bohíos cubanos. De inmediato, los pobladores rechazaron rotundamente ese vínculo con el pasado. Tenían en claro que no querían vivir tal como vivieron sus antepasados. La imagen del bohío no les producía nostalgia, sino el recuerdo de una vida de pobreza que buscaban superar.

Si Livingston se hubiera guiado por un sentimiento romántico, podría haber recreado la tipología tradicional. Pero a través de un proceso participativo pudo advertir que las condicionales culturales locales exigían, más que un rescate, una ruptura con el pasado²⁰⁵.

²⁰⁴ *“Pues bien, yo sueño con una ciencia -y sí, digo una ciencia- cuyo objeto serían esos espacios diferentes, esos otros lugares, esas impugnaciones míticas y reales del espacio en el que vivimos. Esa ciencia no estudiaría las utopías -puesto que hay que reservar ese nombre a aquello que verdaderamente carece de todo lugar- sino las heterotopías, los espacios absolutamente otros”* (Foucault, 1984/2008).

²⁰⁵ *“Inicialmente, ese cerebro colectivo no quería mi techo y tardé un año en saber por qué no lo quería: no querían que se pareciera a un bohío, querían un techo plano que era la representación de la burguesía, ese era el techo que ellos aspiraban tener para salir de su condición de miseria, pero nadie lo había dicho”* (Harnecker, 2005, pág. 8).

Contra la arquitectura moderna

En otros apartados del texto, dentro de las primeras ideas que desarrolla Habraken en el seno del S.A.R., se destaca la continuidad de la arquitectura moderna de los Países Bajos. En ese periodo retoma de los pioneros modernos una concepción abstracta y flexible del espacio, la posibilidad de organizar la vivienda agrupada conformando tiras y la alianza indisoluble entre diseño e industria. Sin embargo, esas primeras ideas de Habraken incorporaban una crítica subyacente, más profunda, que con el tiempo se hacen cada vez más evidente y confrontativa.

Una crítica a la simplificación del ambiente

Tal como se afirma anteriormente, Habraken cuestionaba las políticas que pretendían aliviar el déficit de vivienda en base a la construcción de grandes conjuntos que multiplicaban hasta el infinito un prototipo único. Este tipo de conjuntos, que pueden ejemplificarse con el caso del Bijlmermeer (Figura 14), eran criticados por negar la individualidad de los usuarios, excluidos del proceso de diseño y construcción, generando ambientes simplificados y monótonos. En ese contexto, la industria -que podría colaborar multiplicando las opciones disponibles para el usuario- se orientaba a maximizar la cantidad de viviendas con la menor inversión de recursos. Todo esto con un resultado paradójico, la estandarización prototípica de las viviendas no significaba un ahorro relevante, mientras derivaba en la insatisfacción general de los pobladores.

Frente a una estandarización que terminaba normalizando las formas de vida, el método de los soportes busca poner la industria al servicio de la complejidad y el dinamismo de la vida humana. En ese sentido, la metodología propuesta busca superar el esquematismo y la monotonía de los conjuntos de mitad de siglo: *“Cuando las necesidades humanas sociales y psicológicas son sobre-simplificadas, el resultado es una degradación de la vida humana”* (Habraken, 1974/1979, pág. 15).

Crítica hacia el modelo de ciudad y el espacio público de la Carta de Atenas

Al igual que las propuestas enmarcadas en la Carta de Atenas, la propuesta de Habraken buscaba generar vivienda colectiva en tira. Si bien se criticaba la simplificación, no se cuestionaba la estrategia que buscaba multiplicar el alcance de la arquitectura en base a las posibilidades de la industria. Aquí puede notarse cierta sensibilidad de Habraken con respecto a los problemas que la arquitectura moderna buscaba resolver, una problemática que algunos de los críticos de la posmodernidad pasaron por alto. Ya sea por un interés revolucionario o reformista, la arquitectura moderna buscaba mejorar las condiciones habitacionales de los sectores poblacionales de menores ingresos. Cualquier crítica hacia los resultados formales de la arquitectura moderna debería mantener ese espíritu de mejoramiento a gran escala para no considerarse un retroceso.

Las propuestas de urbanismo participativo como las del New Urbanism o las experiencias de Urban Gardening pierden relevancia cuando encuentran campo de aplicación, exclusivamente, en los barrios ricos. El verdadero aporte de Habraken radica en plantear una metodología que permita generar paisajes diversos, que sintonicen con los valores ancestrales del hábitat humano, sin dejar de lado la intención mejorar las condiciones de vivienda de las grandes masas de población.

Desde una lectura general, y tal como se afirma anteriormente, la propuesta urbanística de la modernidad es un reflejo opuesto a las condiciones en que vivía la clase obrera cuando las ciudades comenzaron a sufrir el impacto de la industrialización. La propuesta de ciudad moderna apuntaba a mejorar la calidad de vida de la población urbana a través de grandes operaciones formales: espacio verde y continuo, zonificación, jerarquización de las vías de circulación y una concepción higienista sobre

la vivienda que tenía en cuenta el asoleamiento y la ventilación. Pese a coincidir con el interés general de la arquitectura moderna y pese a utilizar una concepción espacial similar, con el paso del tiempo Habraken agudiza cada vez más su crítica con respecto a los pioneros modernos.

Ya en sus primeros textos, Habraken hablaba con cierta suspicacia de los arquitectos modernos, atándolos inevitablemente a la burocracia estatal. Cuando afirmaba que las viviendas tradicionales contemplaban la incorporación del usuario en el proceso de construcción, decía:

“En ese sentido [la participación del usuario] no es una nueva invención. Y, no obstante es la contraposición al concepto de construcción masiva aceptado en el siglo actual por profesionales y burócratas conjuntamente, en un intencionado esfuerzo por un mundo mejor” (Habraken, 1974/1979, pág. 10).

Luego de esta cita, es necesario aclarar que Habraken escribe estas líneas como respuesta a la política de viviendas de los Países Bajos. Algunos años después, esta crítica general va a cobrar nombre y apellido:

“La internacionalmente famosa ampliación de la posguerra, de Cornelis van Eesteren, no se estructuraba en base al espacio urbano. Siguiendo la ideología del C.I.A.M., distribuyó los volúmenes edificados entre espacios abiertos continuos. El espacio urbano ya no estructuraba el nivel inferior de diseño. Por ende, tanto el urbanista como el arquitecto utilizaban un mismo medio, perdiendo la claridad del límite donde terminaba el diseño urbano y comenzaba la arquitectura. Esta confusión todavía atormenta a la profesión” (Habraken, 2005, pág. 23).

Pero no solamente van Eesteren será criticado por sus ideas urbanísticas. También Le Corbusier es mencionado como un verdadero enemigo de la ciudad que *“solicitaba la demolición de una gran extensión de París [...] para erigir en su lugar gigantescas torres de apartamento”* (Habraken, 1978, pág. 57). El desprecio de los arquitectos modernos por la ciudad tradicional (expresado en el Plan Voisin de Le Corbusier) los lleva incluso a arrogarse toda decisión sobre la configuración del espacio. Según Habraken, cuando los arquitectos modernos clamaban por socializar el suelo, en realidad lo querían para ellos, para plasmar allí sus diseños.

“El arquitecto y la burocracia han tenido al dominio público -calle, plaza, iglesia o edificio público- por territorio suyo. Y ambas fuerzas han adquirido más poder durante el presente siglo, por lo que el espacio público recibe en sus proyectos una atención creciente: culminada en los años veinte con las propuestas de Le Corbusier para alzar los edificios sobre pilotis en campo abierto. Cada metro cuadrado de suelo será entonces público, con lo que se habrá llegado a una situación extrema” (Habraken, 1978, pág. 57).

Crítica hacia las obras de arquitectura que pretenden ser monumentos

Si bien ya hemos mencionado algunas críticas puntuales de Habraken con respecto a la resolución tipológica y formal de los bloques de vivienda del urbanismo moderno²⁰⁶, existía además una impugnación más profunda acerca del rol del arquitecto moderno. Era una crítica con fuertes contenidos ideológicos, que cuestionaba la tecnocracia y la concentración totalitaria de las decisiones sobre la figura del arquitecto.

La uniformidad del paisaje en los conjuntos de vivienda se apoyaba en una presunción de cientificismo. La multiplicación de una tipología única se justificaba con un estudio minucioso, de rigor científico, sobre las actividades del ser humano en el espacio. A partir de la tipificación rigurosa de las

²⁰⁶ Por ejemplo, Habraken decía que los bloques modernos se exportan a todo el mundo pese a que se vuelven rápidamente obsoletos. Al ser “construidos íntegramente en hormigón, es extremadamente caro modificarlos o demolerlos” (Habraken, 2002, pág. 3).

actividades y los estándares se obtenía una planta perfecta, infalible, que se multiplicaba hacia el infinito²⁰⁷.

Los arquitectos modernos representaban el espíritu tecnocrático que, tal como en otros momentos de la historia, pretendían saber cuál era la felicidad del pueblo, mejor que el propio pueblo, e incluso pese al pueblo. Para Pierre Bourdieu la tecnocracia suele creer que *“el pueblo no conoce su felicidad, particularmente la felicidad de ser gobernados por gente que, como [el primer ministro] Alain Juppé, conocen su felicidad mejor que él”* (Bourdieu, 1995). En una reflexión similar, Habraken afirmaba que *“La ideología subyacente [en la arquitectura moderna] sugería que un cambio decente para todos era [...] un cambio desde aquellos que ‘conocen’ y ‘pueden’ otorgado hacia aquellos que ‘no pueden’ y son ‘ignorantes’* (Habraken, 1984, pág. 7).

A su vez, el espíritu tecnocrático justificaba un control absoluto e integral de todos los niveles que atravesaban la complejidad del ambiente humano. Habraken utiliza como ejemplos a Le Corbusier, Mies van der Rohe y Frank Lloyd Wright para criticar la actitud moderna, heredada del impulso romántico del siglo diecinueve, que pretendía diseñar la totalidad del ambiente. Desde la disposición de las masas construidas, hasta los vestidos de la dueña de casa, como hacían Morris y Van de Velde.

Habraken entiende que esa necesidad de rediseñar integralmente el modo de vida, formaba parte del contexto cambiante de principios del siglo veinte. En fin de cuentas, estos arquitectos *“vivían en una época de cambios fundamentales, en donde todas las convenciones de diseño y los hábitos de la construcción se consideraban obsoletos”* (Habraken, 2005, pág. 23). Los arquitectos modernos, insertos en una época de grandes cambios debían encarar la transformación de grandes porciones del territorio, para adaptar el ambiente a las condiciones de sociabilidad que imponía el capitalismo industrial. *“Inmersos en tal incertidumbre, es comprensible que aquellos responsables de grandes proyectos insistieran en un control absoluto y vertical”* (Habraken, 2005, pág. 23). Después de todo, más allá de la voluntad rupturista de la modernidad, los arquitectos heredaban del academicismo la concepción clásica del arquitecto como demiurgo, capaz de diseñar todo un mundo a partir de su propia capacidad creativa. Para ilustrar esta centralización de las decisiones proyectuales, Habraken utiliza la figura del gran arquitecto paduano del siglo dieciséis:

“Esto remite a Palladio, cuyas maravillosas villas suelen entenderse como resultado del firme control de una sola mano. En este sentido, la Unidad de Habitación de Le Corbusier, que también está absolutamente controlada y concebida como suspendida en un parque, es muy Palladiana. Hemos sido educados en una tradición que ignoraba el uso de diferentes niveles (de decisión) dentro de la forma urbana. Los conjuntos de vivienda colectiva en los que los habitantes no pueden influir sobre la disposición de sus viviendas, son parte de esta ignorancia” (Habraken, 2005, pág. 23).

A su vez, la actitud de Palladio continuaba el modelo profesional encarnado por Leon Battista Alberti durante el Renacimiento. Habraken señala a Alberti como el iniciador de una tradición disciplinar que abordaba cada edificio como una obra de arte individual separada del contexto²⁰⁸. *“El tejido urbano o*

²⁰⁷ *“La típica vivienda masiva (hablando de los bloques modernos) requiere una planta uniforme, y por lo tanto no reconoce la individualidad. Intenta diseñar un ideal prototípico sobre la base de una investigación científica acerca de las necesidades del usuario”* (Habraken, 2002, pág. 4).

²⁰⁸ En realidad, la crítica hacia Alberti no puede extenderse a todos los arquitectos del Renacimiento italiano, principalmente si consideramos que es en las ciudades italianas de ese período cuando se comienzan a implementar los criterios estéticos de la arquitectura sobre el espacio urbano. La Plaza de la Anunciación, en

rural no le interesaba a Alberti. De hecho, recomendaba explícitamente construir fuera de la ciudad, en el espacio abierto, sin tener que lidiar con los edificios adyacentes. En ese sentido, precedió a la modernidad” (Habraken, 2003, pág. 33). Los arquitectos modernos también diseñaban sus edificios en contraste con su entorno. “Por algo, lo que más disfrutan diseñar los arquitectos son villas. Los mejores trabajos de Mies van der Rohe, Le Corbusier y Rietveld son villas” (Havik, Teerds, & Habraken, 2011, pág. 11).

Cuando Habraken dice que los arquitectos modernos diseñaban los edificios como si fueran “villas” lo hace para destacar dos características. Por un lado, que diseñaban edificios que buscaban destacarse del entorno en el cual se insertaban. Por otro lado, eran de carácter monumental porque se los pensaba como una obra de arte, donde un mismo autor tomaba todas las decisiones. No obstante, esta actitud de diferenciación y control absoluto no parecía muy coherente ante la escala de las transformaciones ambientales que requería la era industrial.

“La historia de la arquitectura moderna puede ser escrita en función de las villas, porque es allí donde un arquitecto tiene todo el control. Cuando uno comienza a involucrarse en producir edificios más grandes (el diseño absoluto y vertical), termina convirtiéndose en una postura ridícula” (Havik, Teerds, & Habraken, 2011, pág. 11).

También cabe señalar que el cambio en la escala de los edificios se relaciona con una transformación propia de la cultura moderna. Así como los pintores del siglo diecinueve comenzaron a enfocarse en motivos cada vez más laicos y mundanos, los arquitectos empezaron a abordar encargos que se relacionaban con la cultura industrial y de masas²⁰⁹. La gran contradicción que encuentra Habraken en este proceso es que los arquitectos modernos buscaban construir encargos masivos basándose en el mismo criterio que utilizaban para construir monumentos. Como si todo edificio tuviera que ser singular, para exacerbar la capacidad creativa del arquitecto²¹⁰. Sin embargo, dentro de un paisaje, es imposible que todo sea singular. Es una contradicción. Inevitablemente, debe considerarse un balance entre lo singular y la totalidad general. Un equilibrio entre lo colectivo, regular y pautado, frente a la individualidad que otorga variedad y dinamismo.

El arquitecto siempre está interesado en generar edificios especiales. Habraken propone, en cambio, generar entornos de calidad. El tejido y los soportes, como parte del patrimonio colectivo y común, más que especiales, tienen que ser “de gran calidad”.

Estos entornos colectivos que, en lugar de buscar la diferenciación, apuntan a una calidad compartida, no es una idea nueva. En realidad, la calidad armónica y sistémica, es la característica

Florenza, es un ejemplo en el cual tres arquitectos distintos, en diferentes momentos, unifican las fachadas de sus edificios para generar un espacio urbano armónico.

²⁰⁹Habraken menciona ese cambio en los comitentes y en los encargos de la arquitectura moderna como un giro hacia la arquitectura cotidiana, “*the everyday environment*”. Donde cada uno de los encargos servía como una oportunidad para generar un edificio prototípico. Son ensayos para establecer un modelo de actuación que pueda multiplicarse a lo largo y a lo ancho del mundo industrializado. Como ejemplo de estos ensayos menciona la casa Schroeder de Rietveld, las viviendas de la Weissenhofsiedlung, los rascacielos de Mies (sin aclarar el periodo), el sanatorio de Duiker, el edificio de la Bauhaus, el plan Voisin de Le Corbusier y la Ciudad Industrial de Garnier. Una selección de proyectos que, pese a ser muy amplia, se vuelve ilustrativa cuando uno trata de encontrar los elementos comunes: buscan destacarse del entorno inmediato, enfatizan el uso de nuevas técnicas industrializadas, son símbolo de un lenguaje universal aplicable en todo contexto, y finalmente, un mismo arquitecto resuelve hasta el último detalle (Habraken, 2003, pág. 35).

²¹⁰“Uno no puede pretender que todo en el ambiente sean obras de arquitectura especiales y diferentes. ¿Cómo podría ser todo especial?”(Habraken, 2003, pág. 35).

principal de los entornos urbanos tradicionales²¹¹ que por su belleza paisajística se convierten en renombrados destinos turísticos. Para Habraken, los arquitectos más que intentar destacarse unos de los otros, para ser especiales, deberían poner el énfasis en los valores que comparte cada localidad²¹².

En conclusión, cuando Habraken critica el control vertical y absoluto del diseño, puede notarse la confluencia de dos condicionantes que se retroalimentan. Por un lado, la tradición clásica que justificaba el diseño total en base a la capacidad creativa de los arquitectos que los obligaba a distinguirse del resto. Y por otra parte, la influencia del contexto rupturista, de vanguardia, de principios de siglo veinte, que consideraban obsoletas las tradiciones anteriores a la época de la industria. Se consideraban en libertad de diseñarlo todo. Resulta extraño que Habraken, no indague en un trasfondo más profundo que involucre el tema de la distribución del poder.

No se pregunta cuáles fueron las condiciones de poder que llevaron a concentrar todas las decisiones en la figura de los arquitectos como Palladio. Tampoco se pregunta por qué los arquitectos modernos descartaron gran parte de las tradiciones clásicas sin llegar a cuestionar la centralidad de la figura del arquitecto en la arquitectura clásica. Es decir, cuestionaron la composición clásica, los cánones clásicos, la construcción clásica, pero muy pocos plantearon alterar el rol centralizador del arquitecto clásico. Para abordar estos interrogantes es necesario indagar en el modo en que se distribuye el poder a la hora de decidir las transformaciones del ambiente.

Esta omisión del poder en la crítica de Habraken resulta extraña porque su propuesta metodológica sí representa una manera de organizar la distribución del poder con respecto a las decisiones que determinan la configuración del ambiente. Con lo cual, pese a que omite el tema del poder en su crítica hacia la modernidad, dicha crítica conduce a una propuesta metodológica que termina alterando la distribución del poder o, al menos, el proceso de toma de decisiones sobre el ambiente.

En ese sentido, siempre resultan pertinentes los textos de autores que logran vincular las condiciones de diseño y toma de decisiones del ambiente con procesos políticos más amplios. Dentro de esta corriente, debe destacarse el aporte de Henri Lefebvre, cuando denuncia el modo en que los especialistas del Hábitat expropiaron a la gente la capacidad de Habitar. También deben incluirse las reflexiones de Deleuze, cuando plantea el modo en que se consolida la figura del arquitecto renacentista como impugnación al poder de los gremios²¹³. Manfredo Tafuri, Roberto Fernández y Jeremy Till también

²¹¹ Dado que todo arquitecto quiere ser diferente del resto, nadie busca la semejanza. *“Sin embargo, tanto hoy como ayer, las cualidades compartidas de una misma localidad, es lo que caracteriza a los mejores ambientes”* (Habraken, 2003, pág. 37).

²¹² En esta crítica hacia la constante competencia de los edificios por diferenciarse del entorno, Habraken se basa en una lectura cronológica del ejercicio profesional de la arquitectura. No obstante, este enfoque parece algo incompleto dado que faltan vínculos con el rol que cumple la arquitectura dentro del proceso de producción y circulación de capitales. Por ejemplo, podría destacarse el sentido de distinción social (de clase) que adquiere tanto la arquitectura como las artes. A partir de esa lógica, toda obra de arquitectura busca reflejar distinción, y por lo tanto una de las primeras estrategias de la arquitectura fue destacarse del contexto. Sin embargo, durante la posmodernidad, esta intención por contrastar con el contexto se volvió tan común que perdió efectividad. Paradójicamente, a principios del siglo veintiuno, una forma de expresar refinamiento y distinción social es generando obras que sintonicen con el contexto material inmediato.

²¹³ Los “compagnons”, simbolizaron al actor que construía el ambiente previo a la aparición del Arquitecto, y eran, básicamente, constructores libres que viajaban por Europa construyendo catedrales. Esta condición nómada los dotaba de “potencia activa y pasiva (movilidad y huelga)” lo cual contrastaba con la lógica de control asociada al proceso de conformación de los Estados. Ante esta situación, *“la respuesta del Estado fue dirigir las obras, introducir en todas las divisiones del trabajo la distinción suprema de lo intelectual y lo manual, de lo teórico y lo*

analizan esta constante dependencia del arquitecto con respecto al poder instituido, como herencia del vínculo entre el arquitecto y el príncipe del Renacimiento.

Sin embargo, Habraken no realiza ninguna cita con respecto a esta corriente que analiza la distribución del poder en cuanto a las decisiones que transforman el ambiente. Quizás por eso sus ideas sólo trascendieron dentro del ámbito de la arquitectura. Por más que Habraken abarca una escala muy amplia, sus ideas no tuvieron gran repercusión en el ámbito urbano. Él plantea una estrategia para distribuir el poder de decidir, abarcando desde la región hasta los muebles de la vivienda. Pero no tiene mucha influencia sobre los movimientos participativos que cuestionan la distribución del poder en la ciudad.

Por ejemplo, el movimiento por “El Derecho a la Ciudad”, si bien no sigue fielmente la línea de pensamiento Henri Lefebvre, al menos continúa su postura crítica con respecto a las condiciones de poder que determinan un modelo de ciudad excluyente. Esta corriente coincide con Habraken en cuanto a la negación del control absoluto y vertical de las decisiones de diseño pero retoma teorías más amplias y multidisciplinarias. En ese caso, el pragmatismo de Habraken, y su interés por aportar a la disciplina arquitectónica, termina contrastando con el sentido amplio, incluso disperso, de los nuevos movimientos sociales.

Cambios e innovaciones en la propuesta teórica de John Habraken

Una metodología de coordinación

El usuario es un actor más

Las influencias que recibe Habraken contribuyen a forjar una visión crítica sobre la respuesta a la vivienda masiva impulsada entre el Estado Benefactor y las grandes industrias. Es decir que, el contexto cultural en el cual se desarrolló la propuesta teórica de Habraken estaba atravesado por las críticas hacia las políticas habitacionales de la segunda posguerra.

Si bien sus ideas se han estudiado particularmente asociadas al tema de la participación, el enfoque de Habraken es algo más amplio, abordando la totalidad del modelo de producción fordista de la vivienda. Ante la monotonía que producía una sobre-simplificación de las decisiones proyectuales, proponía una metodología que permitía generar un orden lo suficientemente flexible como para no sacrificar la complejidad. La simplificación de los conjuntos de vivienda se producía cuando los arquitectos modernos buscaban diseñar grandes proyectos con la misma lógica con que se diseñan los monumentos, es decir, centralizando todas las decisiones y destacándose del entorno físico inmediato.

Dentro de esa simplificación monótona que se producía en los grandes conjuntos de vivienda que criticaba Habraken, la exclusión del usuario del proceso de construcción, constituye sólo uno de los tantos problemas a resolver. La metodología que sugiere dentro del S.A.R. busca coordinar la interacción de múltiples actores, donde el usuario cobra particular protagonismo recién en la última fase del proceso. Las ideas de Habraken incluyen la participación, por tratar de revertir la exclusión del usuario del proceso de toma de decisiones, pero no constituyen, específicamente, una metodología de participación del usuario.

práctico, copiada de la diferencia 'gobernantes-gobernados' Al plano sobre el suelo del compaignon gótico se opone el plano métrico sobre papel del arquitecto exterior a la obra.[...] No sólo se dirá que ya no se necesita un trabajo calificado: se necesita un trabajo no cualificado, una descalificación del trabajo”(Deleuze & Guattari, 2004, pág. 374).

En realidad, supera esa instancia, para convertirse en un proceso de coordinación entre múltiples actores, donde el usuario constituye solamente un actor más. En ningún momento profundiza sobre el modo en que se debe implementar la participación específica del usuario, ni tampoco hace una defensa ampulosa acerca de los valores que se conjugan con la participación de los habitantes en el proceso de construcción del ambiente. Incluso hace un esfuerzo por separarse de aquella concepción paternalista de la participación que pretende delegar en el usuario decisiones que éste no quiere ni está capacitado para tomar²¹⁴.

Más que horizontalidad, coordinación

Por el contrario, en una actitud pragmática, Habraken mantiene un abordaje vertical del diseño, pero subdividiendo el alcance de cada uno de los actores que intervienen. Sigue siendo tecnocrático considerando que las decisiones más importantes, o al menos las que afectan a la totalidad del grupo humano, se toman por fuera de los ámbitos de decisión que incluyen al usuario. Es decir que la configuración del ambiente a gran escala, como el tejido y la disposición de los edificios, se decide en ámbitos alejados del poder de influencia del ciudadano común. No obstante, constituye un verdadero avance frente a la ficción simplificadora de los grandes conjuntos de vivienda de mitad de siglo veinte.

En lugar de orientar la producción de viviendas hacia la multiplicación del objeto casa, donde el arquitecto diseñaba desde la forma de la ciudad hasta la disposición de los muebles, la metodología de Habraken permite coordinar la intervención de múltiples actores. A su vez, el producto de esa interacción se registra metódicamente para facilitar el proceso de evaluación de los resultados.

Siguiendo la metodología del S.A.R, se van cumpliendo una serie de pasos que funcionan como instancias de toma de decisiones. Cada uno de los pasos permite ir generando una secuencia de piezas gráficas, que a posteriori permiten leer cómo se fueron tomando las decisiones que condicionaron el resultado formal final. Sin embargo, el proceso se entiende como incompleto, abierto al cambio. En ese sentido, no existe una planta final, definitiva y acabada. La planta final de los conjuntos de vivienda, aquella que registra la disposición de ambientes y mobiliarios de cada vivienda, se considera siempre como una orden provisorio e inestable.

Separar lo colectivo y lo individual

Para brindar orden dentro de ese proceso complejo que implica la construcción de vivienda, el S.A.R. proponía, como primera medida, la separación según dos niveles de decisión claramente identificables. Por un lado, reconoce un proceso que tiene que ver con las decisiones que afectan a la totalidad de la colectividad como conjunto, y por otro lado, el proceso que determina la configuración del hábitat cotidiano e individual de los usuarios. Es decir, los soportes y las unidades separables. Los soportes

²¹⁴ Pese a que Habraken no profundiza en el tema de la participación, la preocupación por recuperar la intervención del usuario en el proceso de construcción es uno de los fundamentos que originan la metodología del S.A.R: *“La idea de soportes y unidades separables estaba basada en el principio de participación o control por parte del usuario. Se aceptó que el elemento que faltaba en el proceso de construcción masiva de viviendas era precisamente el habitante individual que había dejado de ser un participante activo en dicho proceso”* (Habraken, 1974/1979, pág. 9). Sólo que, a diferencia de otras propuestas de arquitectura participativa, el usuario interviene en las decisiones de su vivienda, pero nunca queda claro si interviene en otras decisiones de mayor escala. En todo caso, la metodología del S.A.R. lo permite, pero no lo exige. Se organiza un proceso en el cual se aclaran las diferentes instancias de decisión. En los niveles inferiores deciden exclusivamente los usuarios, aunque no se especifica cómo deben tomarse las decisiones en las instancias superiores.

condensan valores comunitarios y estables, mientras que las unidades separables son más dinámicas por adecuarse a la cambiante vida particular de los usuarios.

Con esto, cabría aclarar que la diferencia entre soportes y unidades separables no se origina estrictamente en lo constructivo; es una división más abstracta, que implica un acuerdo entre partes. Por ejemplo, el tabique de una vivienda, dentro de un conjunto, puede considerarse como una unidad separable si el usuario puede transformarlo libremente. Por el contrario, si el individuo no puede alterarlo -tanto por cuestiones constructivas o normativas- entonces el tabique forma parte del soporte.

El soporte incluye todo aquello en el edificio que el usuario no puede cambiar por sí mismo, implica un ámbito de decisión colectivo. Esto no quiere decir que las decisiones sobre el soporte deban tomarse de manera “colectiva” o en base a dinámicas de participación comunitaria. Si bien Habraken afirma que la metodología de los soportes permite tomar las decisiones colectivamente, prefiere mantener la autonomía del arquitecto. A través de su formación especializada, el arquitecto tiene la capacidad para tomar esas decisiones que afectan a la colectividad. Son propiedad comunitaria, pero son responsabilidad del arquitecto²¹⁵.

Por lo tanto, la participación del usuario sólo es imprescindible a la hora de decidir sobre la disposición de las unidades separables. Los soportes son la porción del ambiente que la colectividad puede dejar en manos del arquitecto.

Compatibilidad entre sistemas

Pese a que la construcción de la vivienda se divida en dos procesos con lógicas diferentes, la de los soportes y la de las unidades separables, el verdadero desafío es que estas dos lógicas tengan compatibilidad²¹⁶. Para compatibilizar el proceso de construcción de los soportes con el proceso de producción y organización de las unidades separables, cada pieza gráfica cobra el carácter de un acuerdo entre los múltiples actores involucrados. Después de todo, los arquitectos y usuarios, son sólo una parte de los actores involucrados en una dinámica mucho más amplia que involucra desde funcionarios públicos, planificadores, ingenieros, calculistas, técnicos, constructores, etcétera.

En ese intento por coordinar la acción de múltiples actores, la metodología propuesta por Habraken en el S.A.R. permite generar piezas gráficas que funcionen como convenios, con una sistematización tal que facilite la evaluación de los resultados alcanzados.

“[Cuando] diversos participantes tienen que tomar decisiones coordinadas, necesariamente deben establecerse convenciones formales de comunicación para conseguir: a) registrar decisiones tomadas b) evaluar estas decisiones en términos de uso, posibilidades de puesta en práctica y coste”
(Habraken, 1974/1979, pág. 13).

Al igual que en las propuestas de Christopher Alexander, la comunicación se convierte en una herramienta fundamental del arquitecto para abordar un proceso de diseño multiactorial. Incluso, cuando Habraken describe la naturaleza de dichos acuerdos termina conciliando el concepto de tipo con la idea de los patrones que desarrollaba Alexander²¹⁷. *“Estos acuerdos se reflejan y se manifiestan en*

²¹⁵ *“Mi definición es: el soporte es comunitario. El espacio colectivo, la entrada, los corredores, las escaleras, los espacios de reunión, cosas por el estilo. Todos esos son espacios colectivos, y son responsabilidad del arquitecto”* (Havik, Teerds, & Habraken, 2011, pág. 8).

²¹⁶ *“Habrá dos procesos diferenciados que produzcan independientemente sistemas compatibles, el problema de coordinación debe ser resuelto”* (Habraken, 1974/1979, pág. 11).

²¹⁷ Sin embargo, existen dos diferencias importantes entre los acuerdos que estipula Habraken y los patrones de Alexander. Por un lado, los patrones de éste último implican acuerdos que ya han sido consagrados con el paso del

tipos, patrones y sistemas de forma que reflejan el entendimiento compartido por la ciudadanía” (Mignucci & Habraken, 2010, pág. 51).

El aporte más importante de Habraken con respecto a otros autores que abordaban temas similares es la construcción de una metodología con pasos determinados e instrumentos prácticos para abordar el proceso de diseño teniendo en cuenta los diferentes niveles de decisión e influencia de los múltiples actores involucrados.

Para lograr abordar la profundidad conceptual de la propuesta y su influencia con respecto a la arquitectura participativa, a continuación se desarrollan los principales conceptos desarrollados en sus textos.

Se propone comenzar con una serie de instrumentos elaborados en conjunto con los miembros del S.A.R (soportes, unidades separables, zonas, márgenes y coordinación modular) para pasar posteriormente a los conceptos mejor desarrollados a partir de su establecimiento en el M.I.T., a mediados de los setenta.

Esta separación no implica un orden cronológico estricto, puesto que Habraken reajusta constantemente sus ideas en un proceso de revisión y readecuación continuo.

Soporte y unidades

Definición

La metodología que Habraken desarrolla junto al S.A.R. separa los conjuntos de viviendas en dos partes: soportes y unidades separables (Figura 20). No es una división del proceso constructivo, ni una separación de partes según la morfología. Por el contrario, es una división conceptual, y como tal, requiere cierto nivel de abstracción. En esta separación Habraken pretende aclarar quién está implicado en las decisiones sobre cada cosa.

En el soporte se incluye todo aquello que afecta, en primera instancia, a la comunidad o al colectivo de personas que habitan dentro de un mismo conjunto de viviendas²¹⁸. También deben incluirse dentro

tiempo, históricamente institucionalizados. Entonces, para Alexander sólo es necesario descubrir esos acuerdos indagando en la memoria de la gente. En cambio, Habraken, en una actitud más pragmática, entiende que los acuerdos pueden establecerse (de un momento a otro) en base a una metodología precisa.

Por otro lado, pero en un sentido similar, Alexander le otorgaba a estos acuerdos un valor profundo, esencial, casi místico. Los patrones implicaban acuerdos que no podían ser de ningún modo impuestos, respondían a la memoria y a la profundidad del ser humano. De allí que, Alexander jamás hubiera tratado de asociar los acuerdos colectivos con el esquematismo burocrático de la normativa. Mientras Alexander combinaba en los patrones, una mezcla de esencialismo con liberalismo que lo llevaba a desconfiar de toda reglamentación escrita, para Habraken la normativa tenía una connotación positiva porque lograba condensar una parte de las decisiones colectivas: *“Estos acuerdos pueden ser de naturaleza explícita -normativas, reglamentos o códigos-; o pueden ser implícitos -pasados de generación a generación a través de la cultura y la tradición”* (Mignucci & Habraken, 2010, pág. 51).

Pese a las pequeñas diferencias, en esta sistematización del proceso de toma de decisiones, Habraken reconoce el aporte de Alexander por haber *“documentado cómo los patrones juegan un papel importante en nuestro entendimiento del entorno construido”* (Mignucci & Habraken, 2010, pág. 94).

²¹⁸ En esta definición se generan una serie de superposiciones que deben ser aclaradas. En principio corresponde aclarar a quién incluye “lo colectivo”. Es un interrogante amplio, casi filosófico sobre el que Habraken no profundiza mucho. Sin embargo, haciendo una lectura global de sus ideas puede notarse que el soporte funciona como un límite difuso entre lo comunal o municipal y el grupo de individuos que habita en una misma vivienda. Por otro lado, cuando Habraken menciona el soporte como una esfera o dominio colectivo, alguien podría llegar a pensar que el soporte se decide colectivamente mientras que las unidades separables se deciden de manera

del soporte aquellos elementos comunitarios, en sentido de comunales, es decir dependientes de (o provistos por) uno de los estamentos del Estado. “Un soporte es un bien comunitario. Como lo es una calle, un canal, una línea de tranvías, una red eléctrica. [...] Un soporte es una infraestructura” (Habraken, 1977, pág. 34).

Cuando los límites entre lo privado y lo comunal no están claramente delimitados, se produce un solapamiento, una confusión “entonces sucede que las cosas no son de ninguno de los dos” (Havik, Teerds, & Habraken, 2011, pág. 13). Eso explicaría por qué los espacios abiertos que no corresponden al ámbito privado, tanto en los bloques modernos como en los asentamientos informales, se convierten en tierra de nadie.

Criterio de la división	Soporte	Unidades separables
Dominio. Nivel de influencia	Lo colectivo	Lo individual (también cada familia)
Permanencia en el tiempo	Estable	Dinámico – Abierto
Nivel de autonomía	Sostiene, provee, posibilita	Depende del soporte - Se inserta en el soporte junto a otras unidades

Figura 20 Cuadro sintetizando la lógica de los soportes

En líneas generales, dentro de un conjunto de vivienda, el soporte estaría constituido por las redes de infraestructura de servicios (gas, electricidad, cloacas), los accesos y patios comunes, las circulaciones, el armazón estructural y todos los elementos de la fachada y panelería que los usuarios no están habilitados para cambiar.

Además, teniendo en cuenta que es una abstracción, puede realizarse el ejercicio de descubrir cuál sería el soporte dentro de conjuntos o grupos de vivienda ya construidos, proyectando la noción de los soportes sobre la materialidad existente. Habraken realiza este ejercicio intelectual cuando analiza el tejido tradicional de Ámsterdam. Allí identifica, por un lado, una pauta formal general caracterizada por las hileras alargadas, con una altura unificada, provistas por algunos canales y servicios. Éstas características formales comunes constituyen el soporte del conjunto. Mientras que, dentro de esa pauta

individual. Si bien esa idea no se descarta absolutamente, en algunos textos, Habraken aclara que las decisiones sobre el soporte no siempre se toman de manera colectiva. De hecho, considera que la formación del arquitecto, debe capacitarlo para poder tomar esas decisiones que afectan a la totalidad del grupo humano, dejando que el usuario decida sobre las unidades separables. En tercer lugar, cuando decimos que las unidades separables pueden cambiar a voluntad del usuario, hay que tener en cuenta que esas decisiones del usuario afectan al reducido grupo de personas que conviven en la misma vivienda. El usuario como concepto se refiere a quien habita en una vivienda. Puede ser un individuo sólo o puede ser parte de una familia o grupo. Por último, desde una perspectiva amplia, todo individuo se ve afectado por las transformaciones del soporte. Pero el soporte es todo aquello que repercute en primera instancia sobre la totalidad de habitantes de un conjunto de viviendas en su carácter de colectivo humano. No es lo mismo cambiar la disposición de un mueble o de la panelería liviana dentro de un departamento que cambiar el acceso o la circulación de un edificio. Los muebles y la panelería forman parte de las unidades separables porque afectan al reducido grupo que habita en la vivienda, mientras que los accesos y las escaleras son parte del soporte por afectar a la totalidad del grupo que habita en un conjunto o edificio. Eso sí, cuando un panel liviano incluye instalaciones que no puedo cambiar porque alteran la provisión de la totalidad del edificio, entonces dicho panel no forma parte de las unidades separables sino del soporte. En síntesis, el soporte afecta a la totalidad del grupo humano que habita un mismo edificio o conjunto de viviendas, sirve como límite o membrana entre lo municipal y lo individual o familiar. Si bien puede decidirse individualmente sobre el soporte, sus transformaciones afectan a los habitantes en un sentido grupal amplio.

general, cada unidad de vivienda se desarrolla según su propia lógica, rompiendo la monotonía del paisaje.

Al decir que los soportes permiten la individualidad de cada vivienda, es necesario aclarar que Habraken utiliza la palabra *Drager*, cuya traducción al castellano pierde algunos matices. En holandés, este término no sólo implica el “soporte” en el sentido de estructura de sostén sino que implica también “apoyo”, en el sentido de respaldo y factor posibilitador.

Cuando decimos que la metodología de los soportes permite, posibilita, la vivienda individual (con toda la carga simbólica que ello implica) puede notarse cierta cercanía -una anticipación- con respecto a la teoría del enablement).

Considerando que los soportes implican decisiones que afectan a la totalidad del grupo humano, gozan de relativa estabilidad y responden a convenciones amplias. Por el contrario, las unidades separables, cambian a voluntad del usuario, y por ende, son siempre provisorias. Están sometidas al dinamismo de la vida cotidiana. En la separación de los soportes y unidades separables no sólo se estipula el dominio, el área de influencia de la colectividad y el individuo, también se conjuga la estabilidad y el cambio.

Con respecto a las unidades separables, no hay que confundirlas con unidades de vivienda. En realidad cada vivienda está compuesta por múltiples unidades separables. Tanto un mueble de cocina, un panel divisorio, e incluso una escalera interior que el usuario pueda desmontar, se contemplan como unidades separables. Cada unidad separable no es un elemento o un insumo para la construcción, sino que constituye algo completo, es un pequeño sistema acoplable al sistema más amplio constituido por el soporte:

“Las unidades separadas sirven para conformar una vivienda. [...] Una unidad separada es el medio para hacer habitable un soporte. [...] No es un componente técnico (como el marco de una puerta), [...] es un artículo de consumo [...] reconocible y completo, tal como un armario de cocina”
(Habraken, 1977, pág. 33).

A su vez, las unidades separables están constituidas por componentes. *“Un componente de un conjunto de unidades separables se puede describir como el menor elemento sobre el que el usuario tiene control”* (Habraken, 1974/1979, pág. 177). Dentro de las unidades separables, los componentes pueden conformar grupos. Todas estas subdivisiones se van articulando en una visión sistémica del ambiente: *“el conjunto podría ser dividido en sistemas creadores de espacio, sistemas de partición, sistemas de aparatos y sistemas mecánicos”* (Habraken, 1974/1979, pág. 178).

Es una idea que surge de la observación pragmática, para arribar a resultados compatibles con la realidad productiva del momento. Si bien la metodología del S.A.R. exige una abstracción conceptual, termina apoyándose en una tendencia del mercado de la construcción en auge durante las últimas décadas del siglo veinte: los sistemas constructivos. *“El residente puede construir una vivienda en el soporte combinando el sistema de fachadas de una compañía con un sistema de partición y baño fabricados por otras compañías”* (Habraken, 1974/1979, pág. 177).

No es una separación técnica sino conceptual

Las unidades separables no son específicamente el cerramiento de los edificios. La división entre estructura y cerramiento “... es puramente técnica, mientras que la de soporte y unidad separable señala una diferencia de control, de poder de decisión”²¹⁹ (Habraken, 1974/1979, pág. 18).

A nivel conceptual, Habraken consideraba que la cuestión técnica era secundaria dentro de la propuesta de los soportes. Incluso cuando la materialidad debía permitir la individualidad y el cambio dentro de las viviendas, no era el factor principal que estructuraba la propuesta. En la práctica, la actividad del S.A.R. orientaba una parte importante de sus recursos a la experimentación material. Más allá de ello, la clave de los soportes, era poder brindarle al usuario el poder para decidir sobre una parte de su propio ambiente. El eje de la propuesta metodológica no estaba en la materialidad sino en un nivel conceptual que permitiera establecer acuerdos, tanto en base a lo normativo como en las estrategias de comunicación²²⁰.

Si bien se ha mencionado anteriormente la importancia del contexto industrial de la segunda posguerra en la propuesta del S.A.R, Habraken afirmaba: “Desde luego las posibilidades tecnológicas representan también un papel importante, pero mucho menos de lo que tenemos tendencia a creer” (Habraken, 1974/1979, pág. 19). Para fundamentar esta posición subalterna de la tecnología, Habraken menciona que en otros países con menores posibilidades tecnológicas existía un mayor control del usuario sobre su entorno inmediato. “En algunos países menos desarrollados el individuo [debió decir individuo] tiene algunas veces control sobre la distribución o incluso la completa construcción de su propia casa o unidad de vivienda” (Habraken, 1974/1979, pág. 19).

Esta comparación es similar a las primeras reflexiones que realiza John Turner en las barriadas de Perú, sólo que excluye las dramáticas condiciones de vida que impone la escasez de recursos. Ensalza la autonomía de los autoconstructores de los países periféricos frente a la sumisión de las clases populares europeas obligadas a vivir en las esquemáticas viviendas industrializadas del Estado benefactor.

Aunque la metáfora servía para cuestionar la rigidez de la vivienda durante la época del fordismo, tanto Turner como Habraken terminan encontrando virtud en una situación de absoluto desamparo. En fin de cuentas, por más que Habraken afirmaba que no era una metodología específicamente para regiones industrializadas como los Países Bajos²²¹, respondían a un punto de vista, a una cosmovisión, que surgía de la problemática del mundo desarrollado.

Pese a considerar la materialidad como un tema secundario, subordinado a la división conceptual que separaba el edificio según diferentes niveles de decisión, la metodología del S.A.R se orientaba, fundamentalmente, a resolver la disposición de los diferentes elementos y su resolución técnica.

Lo cierto es que la metodología del S.A.R tuvo importantes repercusiones en el ámbito del diseño. Sus investigaciones se convirtieron en bibliografía obligatoria para el abordaje de la vivienda colectiva.

²¹⁹ En este libro, Habraken todavía sostenía que el soporte era la parte “sobre la que la comunidad decide colectivamente” (Habraken, 1974/1979, pág. 18).

²²⁰ El peso de la normativa en la metodología del S.A.R. se aprecia cuando Habraken explica cómo diferenciar un elemento del soporte con respecto a las unidades separables: “Una pared de ladrillo es una unidad separable si el residente tiene control sobre su posición. [...] Por otra parte, si el arriendo prohíbe el movimiento de armarios [...] tienen que ser considerados como parte del soporte” (Habraken, 1974/1979, pág. 177). En última instancia, fuera de las posibilidades técnicas, el soporte está definido por las libertades y prohibiciones con respecto a la modificación.

²²¹ “Sería un error creer que la distinción entre soportes y unidades separables resulta sólo en países ricos como los Países Bajos. La distinción de niveles nos permite organizar mejor nuestro trabajo y ofrecer mayor flexibilidad y eficiencia independientemente de los recursos materiales disponibles” (Habraken, 2002, pág. 14).

Por el contrario, la investigación tecnológica del S.A.R, dependiente de las inversiones del sector industrial, no alcanzó el mismo grado de reconocimiento²²².

Requisitos de los soportes

Para diseñar correctamente un soporte, es necesario tener en cuenta los siguientes requerimientos: variedad, crecimiento y adaptabilidad a funciones no residenciales (Habracken, 1974/1979, pág. 41). En una primera instancia, la variedad se plantea desde un punto de vista funcional, es decir que cada unidad permita diferentes distribuciones en planta. En última instancia, esta diversidad en cuanto a la localización de las funciones, termina alterando la monotonía del soporte vacío y estable, para reflejar la riqueza de la vida desde un punto de vista formal.

Cuando se refiere al crecimiento, Habracken no alude concretamente al crecimiento de la vivienda en sí, sino a brindar la posibilidad de alterar las dimensiones de cada uno de los locales según los requerimientos de cada usuario. No es como la Vivienda Rompecabezas diseñada por el colectivo de Santiago Cirugeda. Por lo cual, parece más apropiado el término de “cambio” o “variabilidad”.

El último criterio, la adaptabilidad a funciones no residenciales, implica una ruptura con respecto a la segregación de funciones que promovían los arquitectos modernos. En ese sentido, hay una recuperación de la idea de mix funcional, sólo que en lugar de instrumentarla desde una propuesta urbana, como promovían los miembros del Team X, Habracken sigue el camino liberal de Jane Jacobs y Christopher Alexander, donde cada habitante puede transformarse en un emprendedor que convierte su casa en un espacio productivo.

Ventajas de los soportes

Los beneficios que produce la separación entre soportes y unidades de vivienda, trasciende el ámbito individual de cada usuario. Genera beneficios de carácter colectivo, principalmente en términos de eficiencia. Tal como afirmamos anteriormente, permite mayor variabilidad en las plantas, pero además facilita la construcción aprovechando mejor los discursos disponibles. Los componentes que conforman las unidades separables pueden ser elaborados masivamente en un taller, con lo cual se ahorra el costo más elevado del trabajo in situ. A su vez, la industria de las unidades separables, abocada a problemas puntuales, evoluciona con mayor rapidez. Se produce una especialización donde los fabricantes ya no tienen que resolver todo el problema de la vivienda, sino que pueden dedicarse a resolver de la mejor manera uno de los sistemas que acondicionan la vivienda. El único requisito, para evolucionar libremente, es que compatibilicen con los otros sistemas.

A su vez, Habracken tenía una confianza particular (por no decir liberal) en el estímulo que se producía a partir de la competencia dentro de un mismo nicho de mercado (Habracken, 2002, pág. 14). Ya no era necesario pensar en un sistema que lo resolviera todo: estructura portante, calefacción, panelería, pisos, etcétera. Aquel fabricante abocado a los equipos de calefacción buscaría generar los mejores

²²² En una entrevista del 2013, Habracken reconoce que, si bien la propuesta trascendió como un problema técnico y de diseño, en realidad es una metodología que regula la relación entre lo colectivo y el individuo, y que permite instrumentar la separación de las decisiones. Cuando el entrevistador, Israel Nagore, relaciona la idea de los soportes con la cooperación y el “*management*”, Habracken le da la razón, pero también reconoce que la intención de circunscribirse al ámbito específico de la actividad proyectual era resultado de una decisión consiente. Después de todo, la arquitectura siempre plantea un ámbito de acción multidisciplinar. “*Los arquitectos son un poco como los abogados, pueden ir en cualquier dirección. No hay nada de malo en ello, sólo depende de tu personalidad y tus intereses*” (Nagore & Habracken, Entrevista a John Habracken, 2013).

equipos, mientras que un fabricante abocado a la panelería trataría de conseguir los mejores paneles. Era, supuestamente, un proceso que ya se venía desarrollando por la misma evolución del mercado de la construcción, pero que todavía no estaba incorporado en la metodología de diseño. Decimos supuestamente, porque es algo idealizada. No contempla la tendencia hacia la monopolización que atraviesa la industria de la construcción. Sin embargo, es innegable que, en el contexto de Habraken, la lógica de los soportes y las unidades separables se apoyaba sobre procesos existentes de producción y mercado.

Pese a ese nivel de especialización de la industria, se seguía construyendo desde la lógica del academicismo, donde un único arquitecto-artista transformaba una gran porción del ambiente tal como si estuviera construyendo un monumento.

A juzgar por las definiciones de Habraken, y aunque posteriormente realiza constantes aclaraciones, el concepto de soporte resulta todavía demasiado amplio y general. Tómese como ejemplo aquella frase que afirma que *“un soporte es cualquier edificio hecho para contener un número determinado de unidades de vivienda, que puedan ser individualmente adaptadas a las necesidades cambiantes y a los deseos de los usuarios en el transcurso del tiempo”* (Habraken, 1974/1979, pág. 10). Frente a esta amplitud, la metodología del S.A.R era muy precisa en cuanto a lo formal y servía para abordar tipologías muy específicas: bloques de vivienda longitudinales, como el *slab house* moderno, y viviendas en tira, como la vivienda tradicional neerlandesa.

Zonas y márgenes

Cuando Habraken desarrolla el diseño de soportes ya tiene en mente un tipo de conjunto de vivienda que implica una sumatoria de viviendas alineadas a lo largo de un eje. Tal como se menciona anteriormente, es un modelo similar a las típicas casas en hilera de las ciudades medievales de Europa, pero también relacionado con el *slab house* del movimiento moderno. La diferencia entre uno y otro es que las innovaciones tecnológicas de la modernidad permiten superponer en altura muchas unidades formando lo que conocemos como bloque de viviendas²²³.

La principal diferencia entre las viviendas medievales y los bloques modernos tiene que ver con la disposición de las estructuras. Mientras las viviendas medievales se separan por muros sólidos que sostienen estructuralmente el resto de los elementos, en la vivienda moderna los planos estructurales no siempre separan dos viviendas diferentes. Por el contrario, la estructura independiente y neutra de los bloques modernos permite que las viviendas se organicen con mayor libertad entre los espacios que se generan entre las columnas y tabiques. La metodología del S.A.R. intenta aprovechar al máximo las posibilidades espaciales de la estructura independiente.

Habraken comienza a trabajar con la estructura como si fuera una secuencia rítmica continua. Lo primero que debe decidir aquel que diseña un soporte es cuál es el intervalo entre apoyos más conveniente. Si bien soporte no es sinónimo de esqueleto estructural, en la metodología del S.A.R. la división inicial de los soportes se realiza en función de los planos rígidos que van dividiendo transversalmente la tira o el bloque según un ritmo constante. El dibujo de esos planos rígidos que dividen perpendicularmente la tira constituye la primera visualización del soporte.

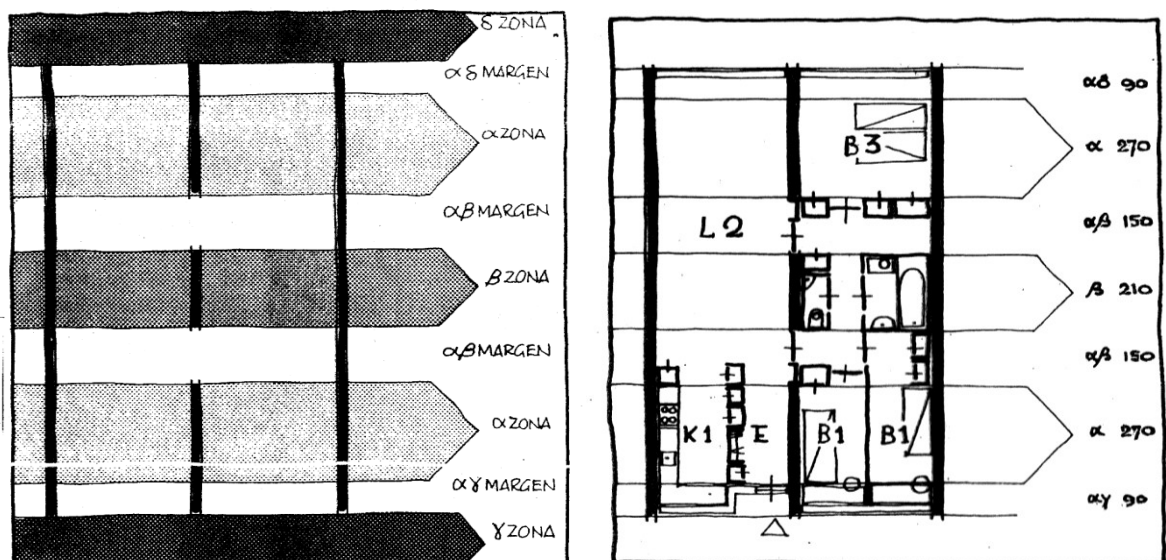
²²³ El eslabón perdido entre las hileras de vivienda de la Ciudad Medieval y los bloques de vivienda pueden encontrarse en el *petit hotel* de la ciudad especuladora de fines del siglo XIX, como el París de Haussmann, que evocan indirectamente la insula romana a partir de requerimientos similares: obtener mayor rendimiento del suelo en un contexto de elevada presión inmobiliaria.

Para darle mayor definición a la organización de las viviendas, Habraken introduce una división en el sentido longitudinal del bloque según una serie de franjas paralelas. A esta división longitudinal, en paralelo al eje del bloque de viviendas, le otorga el nombre de: zonas y márgenes (Figura 21).

La determinación de las zonas y los márgenes se realiza *“de acuerdo con ciertas convenciones”* (Habraken, 1974/1979, pág. 46). Por más que estas convenciones no se desglosan con mucho nivel de detalle, puede notarse que las zonas tienen mayor espesor que los márgenes y se disponen de manera intercalada. Funcionalmente, las zonas refieren a actividades específicas, mientras que los márgenes sirven como espacios de transición o adecuación de los requerimientos dimensionales de las zonas. Los márgenes funcionan como un resto espacial de reserva que permite ampliar o achicar las zonas, incluir mobiliarios e infraestructura. Sobre los márgenes pueden expandirse las funciones que se localizan en las zonas, o pueden ubicarse unidades separables independientes, que ayudan a desarrollar esas actividades.

Continuando con esas convenciones que guían la división en zonas y márgenes, puede notarse que existe una primera división en zonas según el lugar que ocupan dentro de la división longitudinal de la tira. Existe una zona beta ubicada justo sobre la espina dorsal, el eje medio, de la tira. Su característica principal es que *“no es adyacente a una pared exterior”* (Habraken, 1974/1979, pág. 49). Esta primera división, lógicamente genera dos zonas alfa con un rasgo en común que es la adyacencia a una pared exterior. Se obtienen así, dos zonas alfas junto a las fachadas del bloque y una zona beta ubicada sobre el eje del bloque.

A esa primera división inicial, Habraken suma dos zonas que generan la transición entre el interior y el exterior. Una de esas zonas va a marcar el acceso a la vivienda, es la zona gamma que *“puede ser interior o exterior, pero está pensada para uso público”* (Habraken, 1974/1979, pág. 50). Mientras que la zona delta *“es un área externa pensada para uso privado”* (Habraken, 1974/1979, pág. 50), es decir, responde a la convención del balcón, o terraza, volcado hacia un patio de mayor privacidad que el espacio abierto por el cual se accede a las viviendas.



División en zonas y márgenes (Habraken J. , El diseño de soportes, 1974/1979)

Figura 21 Zonas y márgenes

Tal como se menciona anteriormente, las zonas están separadas por márgenes que reciben el nombre de las zonas adyacentes. Por ejemplo, cuando un margen se encuentra entre una zona alfa y una zona beta se llama margen alfa beta.

Para realizar esta metodología, Habraken no se apega a una división funcional rígida sino a una clasificación que le permita mayor nivel de abstracción. Por eso desconfiaba de la nomenclatura habitual de las plantas de arquitectura que relacionan cada espacio con una actividad unívoca y específica. En realidad, las acciones cotidianas son variables e imprecisas, por lo tanto propone una división funcional basada en una interpretación más amplia. Así, sugiere: espacios para usos especiales y espacios para usos generales. *“Un espacio para usos especiales es un espacio pensado para ser ocupado durante ciertos periodos de tiempo”* (Habraken, 1974/1979, pág. 53). Por lo cual, se incluyen allí dormitorios, estudios y algunas cocinas pensadas específicamente como un lugar para cocinar. Por el contrario, *“un espacio para usos generales es un espacio que permite una combinación de actividades específicas que no siempre pueden ser determinadas con antelación”* (Habraken, 1974/1979, pág. 53).

En la aclaración que realiza con respecto a las cocinas resulta evidente que en la metodología del S.A.R. la nomenclatura de los locales no se corresponde con el tipo de actividades que realmente alojan. El local destinado a una cocina puede pensarse como un espacio de permanencia colectiva o como un espacio individual para efectuar la función específica de preparar alimentos. En el primer caso debe contemplarse como un espacio de usos generales mientras que en el segundo caso se consideraría como espacio para usos especiales.

Sin embargo, los nombres que utiliza Habraken no son totalmente abstractos, en última instancia se adecuan a convenciones preestablecidas. De hecho, cuando Habraken menciona cuáles son las funciones incluidas en los espacios de usos generales utiliza los nombres convencionales de la vivienda burguesa del siglo diecinueve. Por ejemplo: el comedor, el cuarto de juegos de los niños y el living o la sala de estar. Pese a todo, la división en espacios de usos generales y especiales permite un primer nivel de abstracción que otorga mayor libertad al usuario en la disposición final de su vivienda.

Las convenciones juegan un rol ambiguo dentro de la teoría del S.A.R. Por un lado, trata de evitar la rigidez y la linealidad monofuncional que impone la nomenclatura tradicional. Pero, por otro lado, las dimensiones de los locales se estipulan en función de mobiliarios estandarizados y medidas consagradas en el diseño de viviendas.

Habraken no busca fundamentar sus propuestas a partir de investigaciones antropológicas. A diferencia de Christopher Alexander y John Turner que retomaban textos de antropología para tratar de ampliar la base teórica de sus estudios, Habraken seguía un enfoque más pragmático, sin ninguna pretensión de erudición. En lugar de profundizar en estudios de autores renombrados, en el libro *“El diseño de soportes”*, incluye una serie de constataciones empíricas realizadas junto a sus alumnos en los suburbios de Eindhoven. Si bien no es una base empírica amplia desde el punto de vista de las ciencias duras, expresa una intención por validar la metodología a partir de las prácticas existentes.

Con respecto a los términos que utiliza para estructurar la metodología, además de las zonas y márgenes longitudinales, Habraken estructura su propuesta según sectores, variantes básicas y subvariantes. Cada uno de estos términos constituye un paso dentro de la metodología. Luego de definir zonas y márgenes, la metodología propone comenzar analizar las dimensiones de los espacios que se alojan entre las columnas. Es decir, analizar por separado los casilleros que se van generando en la intersección de las franjas paralelas al eje del edificio (zonas y márgenes) y las líneas perpendiculares al eje del edificio que van marcando los pórticos del edificio. En la intersección de los planos

perpendiculares al eje del edificio que generan los pórticos estructurales y las franjas longitudinales de las zonas y márgenes quedan definidos los sectores. Un sector, definido por pórticos y franjas, puede considerarse como equivalente a los locales dentro del proceso de diseño tradicional.

Cada vivienda se compone a partir de una sumatoria de sectores. Cada sector queda definido por una porción de zona, contenida entre dos pórticos resistentes. En realidad a dicha zona se le puede sumar el espacio de una o dos márgenes adyacentes. Un mismo sector puede admitir diferentes funciones según cómo se dispongan en su interior las unidades separables.

Una vez que se elige una combinación adecuada de sectores para componer una vivienda, entonces queda definida una variante básica. Las variantes básicas son una determinada disposición de sectores que permiten alojar todas las funciones propias de una vivienda. Sin embargo, las variantes básicas se elaboran sin tener en cuenta la disposición final de los locales.

Por el contrario, Habraken sugiere que las variantes básicas deben apuntar a ampliar la cantidad de funciones que pueden alojarse. Cuantas más opciones pueda soportar una misma variante básica, mejor. Habraken va a llamar a esa posibilidad de admitir diferentes organizaciones espaciales en su disposición final, capacidad. Mientras las variantes básicas pueden expresarse a partir de esquemas que utilizan solamente letras para definir las funciones a alojar, la capacidad de cada variante debe corroborarse con planos de mayor definición, incorporando las unidades separables.

Para evaluar la capacidad de una variante básica se generan diferentes subvariantes, donde se grafica en una escala adecuada, una serie de posibles disposiciones finales para las unidades separables. De cada variante básica se desprenden múltiples subvariantes. Se grafican utilizando los mismos códigos de una planta arquitectónica convencional, pero siempre teniendo en cuenta que las subvariantes no constituyen una disposición definitiva. Son hipotéticas, expresan todas las posibles disposiciones que pueden elegir los habitantes para definir su propia vivienda.

Cuando se constata que el soporte admite una amplia gama de subvariantes de calidad, entonces puede corroborarse la validez del camino proyectual realizado. Cuando no se obtienen buenos resultados, entonces pueden volver a retomarse los pasos anteriores (Figura 22).

Síntesis de los pasos propuestos por el S.A.R.
1 Definir zonas y márgenes
2 Analizar los sectores
3 Definir variantes básicas
4 Generar posibles subvariantes

Figura 22 Pasos propuestos por el S.A.R.

La grilla tartán

Tabla de espacios para usos especiales y tabla de espacios de servicio

Para cada uno de los pasos que atraviesa la propuesta metodológica del S.A.R. se utilizan una serie de tablas que, a través de las medidas mínimas en planta, permiten establecer diferentes maneras de organizar las unidades separables. Por ejemplo, existen dos tablas que permiten establecer las dimensiones óptimas para espacios de usos especiales y espacios de servicio, estipulando diferentes combinaciones de las unidades separables (principalmente las aberturas y el mobiliario).

Es una tabla gráfica de dos entradas. Sobre el eje horizontal se van marcando en forma ascendente las dimensiones de ancho de un espacio determinado, y sobre el eje vertical se disponen también en forma ascendente las dimensiones de profundidad de un espacio. Las dimensiones van desde 1,80 m hasta 4,5 m separados por intervalos de 0,3 m. Es decir que, cerca del cruce de los dos ejes se muestran espacios más chicos y, a medida que uno se aleja del cruce de los ejes, se van mostrando diferentes organizaciones para espacios cada vez más grandes.

Según las dimensiones de cada espacio, se incorpora una serie de alternativas que muestran cómo puede organizarse el mobiliario en un espacio de ese tamaño. Para los espacios de servicio se propone un procedimiento similar, es decir, siguiendo una tabla de dos entradas donde, según la dimensión del espacio se muestran diferentes combinaciones de mobiliario²²⁴.

Mientras en otros instrumentos propuestos por Habraken puede apreciarse una intención por facilitar la coordinación entre múltiples actores, las tablas de espacios de usos generales y específicos son una herramienta para agilizar, exclusivamente, la tarea de los diseñadores. Al menos, parece muy lejana la posibilidad de que los residentes de una vivienda, puedan guiar los cambios de su vivienda según la rigidez y la abstracción de una cartilla de tales características. Al menos no resulta acorde al proceso más dinámico y vital (incluso errático) a través del cual la gente transforma su vivienda.

Acuerdos y convenciones

Más allá de eso, para Habraken, las piezas gráficas elaboradas durante el proceso de diseño sirven para documentar y registrar los acuerdos colectivos que se van obteniendo. Es interesante notar que Habraken parte de convenciones preestablecidas, pero propone que durante cada uno de los pasos se vayan estableciendo nuevas convenciones. Mientras afirmaba que: *“los espacios son colocados en un sistema de zonas/márgenes de acuerdo a ciertas convenciones”* (Habraken, 1974/1979, pág. 52), en el mismo libro completaba la idea afirmando que *“un diseñador es libre para formular convenciones distintas de las aquí descritas”* (Habraken, 1974/1979, pág. 61). Con lo cual, Habraken establece una relación dual con respecto a las convenciones. Es, en cierto modo, una postura pragmática que acepta la herencia disciplinar para agilizar la tarea de diseño, rescatando y sistematizando las convenciones en cuanto a dimensiones, mobiliario y circulación dentro de los edificios. Pero permite la innovación, queda abierta al establecimiento de nuevos acuerdos, principalmente en lo que respecta a la distribución general de los espacios dentro de la vivienda. Posiblemente, aquellos diseñadores más osados pueden considerar que la metodología del S.A.R. termina siendo restrictiva. Después de todo, algunos ejemplos paradigmáticos de la vivienda colectiva de fines del siglo veinte se destacan por su valor experimental y rupturista. Por ejemplo, el Wosoko de MVRDV rompe con una de las premisas básicas que plantea el diseño de soportes. Mientras la metodología del S.A.R. decía que en las zonas del edificio que hacen de transición con el exterior no suelen localizarse espacios de usos especiales, en el Wosoko, el equipo de Winy Maas ubica sobre estas franjas voladizas que contienen viviendas enteras. Difícilmente se podría haber llegado a una solución tan osada apeándose a las convenciones que tomaba la metodología del S.A.R.

²²⁴En última instancia, esta intención de comenzar a diseñar en base a un repertorio de organizaciones en planta, constituye un nuevo impulso para el espíritu enciclopedista de Durand. Este arquitecto academicista es considerado un pionero del racionalismo en su vocación por “componer” arquitectura a partir de la combinación de elementos pre-configurados, neutros, destilados mediante un proceso racional. Entre las intenciones racionalistas de Durand y el esfuerzo pragmático de Habraken debe mencionarse el enfoque científico de Ernst Neufert, preocupado por agilizar la construcción y el diseño sin sacrificar calidad de vida de los residentes.

Por eso, la metodología del S.A.R. implica, en realidad, un acuerdo previo al momento de diseñar, surge de una voluntad colectiva por parte de todos los actores implicados. Todos deben estar dispuestos a coordinar acciones para alcanzar una meta común. Es una metodología que exige claridad y orden en el proceso de toma de decisiones, sin por eso caer en la monotonía formal o en soluciones estandarizadas.

Plantillas de situación

Para lograr coordinar acciones junto a múltiples actores, Habraken propone establecer una serie de acuerdos en cuanto a las dimensiones de los espacios, para facilitar el posicionamiento de la multiplicidad de elementos que se ensamblan a la hora de conformar una porción del ambiente. Después de todo, el soporte y las unidades separables siguen procesos constructivos paralelos, pero diferentes. Cada proceso de construcción tiene sus propias técnicas, plazos, materiales y operarios.

No obstante, por más que sigan caminos distintos, en el edificio habitado terminan confluyendo ambos procesos. Se proponen, entonces, dos mallas: una horizontal que flota imaginariamente sobre el plano de cada piso; y una vertical que evoca el corte vertical del edificio. Son mallas ortogonales, regulares y constantes donde se irán posicionando los diferentes elementos, tanto en horizontal como en vertical.

Para ubicar los elementos en planta “*se propone [una plantilla de situación que] recibe el nombre de malla tartán [o grilla] de 10/20 y consiste de bandas alternativas horizontales y verticales de 10 cm y 20 cm*”(Habraken, 1974/1979, pág. 91). En dicha grilla queda intercalada una banda estrecha de 10 cm junto a una banda ancha de 20 cm. Y a, su vez, en la misma grilla puede leerse la modulación de 30 cm por 30 cm.

En líneas generales podemos decir que la grilla de 30 cm por 30 cm permite modular la dimensión total de cada local (o sector), mientras que la secuencia de bandas estrechas y anchas permite localizar los objetos dentro de cada espacio²²⁵.

Sin embargo, en el posicionamiento dentro de la malla tartán de 10/20 existen dos posturas diferentes que hay que tratar de unificar. La primera busca dejar los elementos incluidos en la separación de cada banda: Un componente se sitúa dentro de una banda. Para lo cual es necesario tener bien establecido cuál es la dimensión de cada elemento. El componente puede situarse en la banda estrecha, lo que implica un espesor máximo de 10cm, pero también el componente podría situarse en la banda ancha, entonces el espesor máximo posible del material sería de 20 cm. Esta postura puede resultar particularmente apropiada para mostrar las subdivisiones de los espacios interiores porque la panelería de los edificios de vivienda suele tener ese rango de espesores, variando entre los 10 y 20 cm.

La segunda postura con respecto a la malla propone ubicar la cara de los componentes en bandas de la misma anchura. Con lo cual, si todos los paneles se ubican sobre la cara de las bandas de 10, entonces el ancho se obtiene de multiplicar 0,3 por un número exacto (n).

De alguna manera, en estas dos posturas, se evoca una vieja puja entre arquitectos e ingenieros: “*Una de las discusiones recurrentes en el campo de la coordinación modular es la conclusión de 'centro a centro' contra 'cara a cara' en los problemas de dimensionado*”(Habraken, 1974/1979, pág. 95). Nuevamente, la discusión sigue enfrentando a quienes toman como referencia el eje contra los que prefieren regularizar la dimensión libre. Si bien Habraken no resuelve la contienda, advierte que los

²²⁵ Según Israel Nagore la malla tartán del S.A.R. se encuadra dentro de las propuestas delineadas por la European Productivity Agency (EPA), que en 1956 proponía unificar las dimensiones de la producción industrial en base a un sistema modular con unidades de diez centímetros (Nagore, 2012, pág. 25).

ingenieros prefieren usar la distancia entre ejes, por facilitar el cálculo, mientras que los arquitectos prefieren la dimensión libre porque facilita la disposición del mobiliario.

Las grillas permiten un diseño temático

Las grillas permiten coordinar acciones con diversos actores, pero además sirven para unificar los criterios dimensionales en obras de gran complejidad formal. Para Habraken, las grillas constituyen una herramienta de suma utilidad, por ejemplo a la hora de generar un diseño temático (Habraken J. , 1987, pág. 11). Es decir, cuando se pretende establecer una pauta general que guía el diseño a la cual se van agregando múltiples variaciones de menor escala.

Para Habraken, las grillas tienen mala prensa dentro del ámbito de la arquitectura. Su uso se asocia, inmediatamente a una simplificación extrema. Según su punto de vista, dentro de los círculos arquitectónicos se las rechaza porque se confunde la grilla como instrumento con la grilla como forma, rígida e inmutable (Habraken J. , 1987, pág. 11). Cuando, en realidad, una grilla como base puede ayudar a generar formas ricas en diversidad y sorpresas. Lo importante es no confundir el instrumento con la forma²²⁶.

Críticas a la metodología de Habraken

No indaga en el diseño tipológico de cada vivienda

Ya se ha mencionado en otros pasajes de esta investigación, el carácter pragmático de Habraken. Si bien es cierto que esta pretensión de objetividad y neutralidad ayuda a generar una metodología adaptable a diferentes situaciones, también es cierto que brinda pocos indicios para poder evaluar los resultados del proceso de diseño. Para Habraken un soporte está bien diseñado cuando permite generar una multiplicidad de plantas posibles. Confiando en que cada usuario tiene la capacidad para elegir la mejor opción según sus propias condiciones. Nuevamente, este criterio resulta un verdadero adelanto con respecto a la imposición autoritaria de una planta única, tal como en conjuntos de vivienda masiva al estilo del Bijlmermeer (Figura 14). Sin embargo, la cantidad de opciones no implica calidad y tampoco se brindan suficientes elementos de análisis para evaluar las posibles plantas. No enjuicia las tipologías generadas. Es una metodología que permite romper el corsé tecnocrático de la modernidad, sólo que debe ser completada con criterios y valores consensuados para evitar caer en la liviandad de la posmodernidad. Es necesario aceptar que, la arquitectura como disciplina ha concentrado a la largo de la historia un saber hacer con respecto al espacio, que puede ser de suma utilidad para mejorar las condiciones de vida de la gente. Resulta absurdo imponer tales saberes, pero también renunciar a ellos. Es necesario socializarlos.

Excesivo apego a la disciplina

Resulta llamativo que el S.A.R. no realizaba ningún juicio a la tipología teniendo en cuenta que era un grupo demasiado apegado a los límites convencionales de la disciplina arquitectónica. Es como si los hechos físicos se contemplaran por separado de los procesos sociales que los sustentan. Es una postura inversa a lo que proponía Geddes. En lugar de preguntarse el porqué de los hechos físicos, Habraken se

²²⁶Esta reflexión con respecto a los medios técnicos que complementan la gráfica, deben contrastarse con otras opiniones menos optimistas. Por ejemplo, las reflexiones de Christopher Alexander y Richard Sennett con respecto al uso de programas informáticos, cuando afirman que la informática termina condicionando la manera de diseñar. No es lo mismo el instrumento que la forma, pero una cosa determina la otra.

preocupa por agilizar el cómo. Por ejemplo, Habraken propone facilitar la transformación de las viviendas, pero nunca se pregunta por qué la gente cambia sus viviendas. Algo que sí se había preguntado, por ejemplo, John Turner, tratando de identificar las prioridades de cada familia según el proceso que atravesaban y su ubicación dentro de la sociedad.

Siguiendo un camino diferente, Habraken se plantea cómo contrarrestar la centralización de las decisiones en la producción de vivienda de mitad de siglo, aunque nunca analiza las raíces socio-económicas de esta producción. La metodología del S.A.R. critica el modelo de producción fordista de vivienda, pero sin indagar en profundidad, con el riesgo concreto de contribuir a la consolidación de un orden económico aún más desigual. Paradójicamente, el léxico de Habraken termina siendo similar a la teoría del enablement surgida en el seno del neoliberalismo.

Lógica cartesiana

Siguiendo la lógica de Christopher Alexander y Richard Sennett, cuando afirman que los instrumentos terminan condicionando el resultado formal, hay que reconocer que existe el riesgo de generar con la metodología de los soportes un resultado formal excesivamente atado a la ortogonalidad y la modulación. La metodología del S.A.R. toma el dibujo de la planta del edificio como elemento principal del diseño. Basta comentar que, en el libro donde mejor se explican los aspectos metodológicos, el primer corte aparece recién en la página 68, tomando un carácter meramente ilustrativo. Mientras el corte toma un papel secundario, en la metodología del S.A.R. la planta es el instrumento de todas las experimentaciones espaciales. De por sí, esta pieza gráfica exige un elevado nivel de abstracción que pondera las características dimensionales de los espacios (muestra las distancias con mucha precisión) aunque brinda pocos elementos con respecto a las sensaciones espaciales que se producen. Con lo cual, el diseño basado exclusivamente en planta, permite obtener espacios donde los distintos elementos “entran”, encajan dimensionalmente, pero eso no implica que tengan buena calidad en cuanto al diseño. A las limitaciones que impone esta pieza gráfica como abstracción dimensional, debe sumarse el hecho de que la metodología del S.A.R. se desarrolla en base a una serie de grillas ortogonales.

Más allá de facilitar el diseño en cuanto a coherencia y coordinación, la ortogonalidad acota el repertorio formal de la arquitectura. Por supuesto existen innumerables ejemplos de arquitectura basados en la ortogonalidad cartesiana que alcanzaron excelente calidad de diseño. Sin embargo, con el paso del tiempo y el aumento de las experimentaciones formales, estas restricciones formales se vuelven anacrónicas, nos recuerdan un pasado donde la gráfica arquitectónica se restringía a la lógica del tablero y la regla “T”.

Habraken retoma de la arquitectura moderna una visión del espacio como un continuo infinito y abstracto, pautado por elementos estructurales, y delimitado por un juego de planos sólidos y transparentes. Esta concepción permite alcanzar, en planta, soluciones novedosas y dinámicas. No obstante, descuida otro tipo de relaciones que se producen dentro de la arquitectura, como la percepción secuencial de los espacios, la inserción de la obra con el entorno, la escala, etcétera.

La misma metodología potencia algunos elementos de la arquitectura, brindando menor atención a otros. En las gráficas del S.A.R. los espacios interiores se analizan con minuciosidad, mientras los espacios exteriores evidencian un diseño improvisado y esquemático. La metodología permite analizar en detalle las diferentes plantas de vivienda que pueden construirse en un soporte. Por otra parte, es una metodología que pone el énfasis sobre algo que no intentará resolver. En fin de cuentas, la disposición

final de las viviendas queda en manos de los usuarios. Por el contrario, no se brindan suficientes instrumentos de diseño para el espacio exterior, algo que el usuario no resolverá por sí mismo, sino a través del trabajo especializado del arquitecto.

Retoma la rigurosidad de la arquitectura moderna pero desaprovecha el componente poético

Si bien el rigor cartesiano de la planta no ayuda a diseñar los espacios exteriores, permite organizar fácilmente el armazón estructural del edificio. Es una propuesta adecuada a la vivienda colectiva resuelta mediante los materiales de la modernidad (la estructura independiente). No obstante, pese a retomar las ventajas constructivas de la modernidad, no saca el máximo provecho de sus potencialidades espaciales. Es una metodología que desaprovecha la riqueza espacial que permiten los materiales con buena resistencia a la flexión como el hormigón y el acero. Estos materiales permiten romper la lógica estructural de transmisión lineal de cargas para posibilitar la interpenetración de los espacios, la osadía estructural, la sensación de inestabilidad, los voladizos, los encastres, la continuidad exterior-interior, la ambigüedad abierto-cerrado. Todo un abanico de posibilidades espaciales que no estaban incorporadas en la arquitectura construida mediante técnicas tradicionales como la mampostería y la trama de madera.

La ortogonalidad facilita el acuerdo con múltiples actores, puesto que se constituye en pauta formal para unificar el conjunto. Más allá de esto, la metodología del S.A.R retoma las ventajas del espacio cartesiano sin realizar ningún esfuerzo por contrarrestar sus desventajas. La ortogonalidad se muestra omnipresente, brindando la sensación de una racionalidad impuesta. Hay que reconocer que toda arquitectura constituye un orden artificial, pero en algunos casos el carácter impositivo se hace mucho más evidente. Son espacios rectilíneos, cuadriculados, normalizados. Presumiblemente, para dar una respuesta masiva al problema de la vivienda es necesario imponer una lógica racional. Además, debe valorarse que Habraken propone acordar multilateralmente esa lógica racional. Sin embargo, existe el riesgo de consolidar la lógica subyacente como un orden morfológico inamovible.

En las plantas de las viviendas del S.A.R. se retoman las ventajas analíticas del espacio abstracto de la modernidad, pero se deja de lado el componente poético, incluso onírico, que trataron de incorporar los mejores arquitectos modernos a sus obras. Incluso arquitectos que se apegaban a la ortogonalidad en las formas, buscaban matizar la rigurosidad técnica con algunos gestos irracionales. Como ejemplo de ello puede mencionarse la sensación de ensueño que producen los múltiples reflejos en la obra de Mies van der Rohe, e incluso los montajes secuenciales de elementos disonantes en la arquitectura del Le Corbusier de las primeras décadas del siglo veinte.

Incluso pueden encontrarse dentro de la arquitectura moderna experiencias que, retomando la lógica rigurosa de la ortogonalidad, complementaban las piezas gráficas para lograr algo más que la compartimentación espacial según dimensiones lógicas. Puede servir como ejemplo de ello, el *Raumplan* de Adolf Loos que planteaba diseñar en paralelo la planta y el corte del edificio para posibilitar la interconexión de los espacios tanto en horizontal, como en vertical. En ese mismo sentido avanzaban las exploraciones en dibujos axonómicos de Theo Van Doesburg para tratar de percibir la arquitectura como una experiencia temporal. A diferencia de los cortes plantas y vistas, el dibujo axonómico permite apreciar las caras del edificio de manera integrada, sin separar la experiencia estética.

La experimentación espacial incluía también un fuerte mensaje simbólico. En un exceso de retórica publicitaria, Frank Lloyd Wright prometía liberar al ama de casa americana de la caja muraria que la encerraba. En fin de cuentas, los encastres espaciales de las casas de la pradera se consiguen en base a la

libertad que permitía la estructura independiente. Si bien las villas burguesas de principios del veinte se nutrieron de esa libertad, las clases menos favorecidas recibieron solamente la versión pragmatista y descorazonada de la modernidad.

Por último, la rigidez visual de los soportes ayuda a cerrar la paradoja de la posmodernidad, donde las familias de menos recursos quedan atrapadas en una jaula estructural, pero ahora con una sobrevalorada libertad para elegir la disposición de la jaula. Como si la magnitud del problema -la escasez de vivienda digna- obligara a juzgar las soluciones sin considerar criterios estéticos. Sin duda existen prioridades que superan el juicio estético, seguramente tienen que ver con la urgencia y el presupuesto. En ese sentido, la propuesta de Habraken brinda ventajas evidentes con respecto al modo en que se diseñaron los grandes bloques de la posguerra europea, permitiendo mayor variedad y posibilidades de transformación. Sin embargo, es probable que aquello que los arquitectos perciben como variedad a partir de la planta, no sea sinónimo de riqueza o diversidad para alguien que experimenta ese espacio. Aunque la propuesta de Habraken permite diversidad funcional, plantea una experiencia visual uniforme, demasiado pautada por la omnipresencia de un marco ortogonal, regular e inmutable, en el cual se articulan elementos laminares neutros. En los mejores casos, como en Molenvliet (Figura 32) o en Next 21 (Figura 30), la vegetación juega un papel determinante, ayudando a matizar la pesadez de los elementos y la constancia del módulo estructural.

Incorporar la discusión sobre la estética y la comunicatividad de las formas en el contexto de adversidad que atraviesa la provisión de viviendas para sectores de bajos ingresos implica el riesgo de abordar un tema complejo, profundo y urgente, de una manera superficial. Sin embargo, al mirar la arquitectura destinada a sectores de bajos ingresos sin considerar la estética o la capacidad simbólica de la arquitectura, se produce una mirada sesgada. Propone una arquitectura mutilada de algunas de sus riquezas principales.

No obstante, incluso cuando el proceso de diseño no pone especial atención en la estética, o en el factor comunicativo, la arquitectura sigue hablando. Siempre se percibe desde los sentidos y el ser humano inevitablemente codifica esas sensaciones en mensajes asociados a su propio contexto cultural. Con lo cual, la arquitectura, inevitablemente, termina brindando un mensaje. Ese mensaje no es lineal, es complejo, y por lo tanto, difícil de prever.

Muchas veces la arquitectura busca transmitir un mensaje bien planificado, pero termina brindando otro totalmente distinto. Esa complejidad no debe conducir a que los arquitectos abandonen el plano comunicativo para refugiarse en el plano más previsible de la utilidad y la rentabilidad; dos planos que -a su vez- están siempre permeados tanto por la estética como por la cuestión comunicativa. El riesgo de abordar la arquitectura de lo urgente sin tener en cuenta aspectos estéticos y comunicativos es que esa actitud también termina brindando un mensaje. Como si la belleza y la producción de significados colectivos quedara reservada exclusivamente para los sectores de la sociedad con mayores ingresos. Se produce así, como contrapartida, una arquitectura pobre para los pobres. Una arquitectura basada en lo utilitario y lo numérico, despojadas de aquellas riquezas de la arquitectura donde confluyen la emoción y el razonamiento humano.

Con lo cual, emerge un interrogante impostergable: ¿cómo realizar arquitectura con pocos recursos sin caer en el esquematismo? Para Habraken era suficiente con generar una trama abstracta donde el

usuario pueda elegir la configuración definitiva. La disposición geométrica y abstracta era solamente una condición inicial²²⁷.

Para entrar en tensión con esta tendencia a racionalizar la arquitectura a partir de la ortogonalidad, es interesante destacar una frase recurrente del arquitecto Livingston cuando afirma que, por más que el problema de la vivienda sea generalizado, la solución debe ser siempre específica. Tratar de brindar una solución generalizada sería como tratar de combatir una epidemia fotocopiando una receta médica. Según Livingston, un médico revisa a un enfermo para brindar una respuesta única de acuerdo a su situación particular. Del mismo modo, cada vivienda es, inevitablemente, una respuesta única que brinda un arquitecto según el contexto específico de la familia.

Para extraer el mensaje más profundo de esta frase, es necesario pasar por alto algunos factores conflictivos con respecto a la homologación entre el arquitecto y el médico²²⁸.

Lo que propone en última instancia, es la necesidad de diseñar individualmente cada una de las viviendas según los requerimientos específicos de la familia que la habita. Entre las dificultades para erigir un sistema de diseño de vivienda familia por familia, puede objetarse que se requieren muchos profesionales, por ser un trabajo intensivo de diseño. Ante lo cual, Livingston afirma que los profesionales abundan, lo que escasean son iniciativas políticas que destinen los recursos económicos necesarios para abordar el problema de la vivienda en gran escala. En todo caso, si realmente se pretenden solucionar las condiciones habitacionales, la disposición y coordinación de los profesionales constituye un detalle menor en comparación con la movilización de recursos que se necesitan para llevar la situación deficitaria actual hacia umbrales aceptables.

En fin de cuentas, la metodología de Habraken buscaba generar un paisaje diverso, opuesto a la monotonía de los grandes conjuntos modernos. Para Habraken, la regularidad del soporte permitía establecer una base común, donde cada individuo podía organizar su vivienda de manera original. La monotonía no se rompía en base a la creatividad del arquitecto, como en los ejemplos modernos, sino como resultado de los pequeños cambios que incorporaba cada vivienda.

En ese sentido, Habraken puede considerarse una figura intermedia entre la estandarización moderna y la euforia posmoderna. Si la metodología del S.A.R. puede suscitar algunas críticas, debe

²²⁷ Después de todo, la propuesta del S.A.R. no pretendía llegar al diseño final del edificio, para eso sí era imprescindible reconocer la acción del usuario: *“No se puede crear un hogar para otra persona. Es imposible crear viviendas para desconocidos”* (Habraken, 1977, pág. 33) Es una frase donde puede verse la influencia de las ideas de Martin Heidegger, dado que la vivienda termina siendo un hecho personal de los residentes. En lugar de entender el hábitat como una sumatoria de casas, en realidad, el hombre construye su entorno habitando. Habitar es la manera de ser del ser humano en el mundo.

²²⁸ Más allá de todos los aportes que ha realizado la medicina con respecto al bienestar humano, también ha sido estudiada por diversos autores como ejemplo de disciplina tecnocrática, que termina posicionándose por encima del conjunto de la sociedad. El médico ejerce sobre el paciente un poder pastoral, conoce sus males y determina sus actos. Todo mal que atraviesa el ser humano empodera al médico, le brinda justificativo de existencia. Por ende, encontrar los males en el cuerpo humano avala su propia injerencia. La interpretación del arquitecto como médico incluye una concepción del arquitecto imbuido de los mismos poderes que los médicos se reservan dentro de la sociedad. Todas las acciones que tienen que ver con los “consultorios de arquitectura” comienzan con un diagnóstico, que fundamenta su intervención. El arquitecto recoge información de fuentes directas acerca del modo de vida de la familia, se empapa de sus dinámicas más íntimas, para determinar, en base a su formación, cuál es la disposición espacial en la cual debe vivir esa familia. Resulta ventajoso, en cuanto constituye un abordaje basado en el método científico, que permite precisión y coherencia. Sin embargo, es necesario incluir prácticas y conceptos que permitan superar la concepción tecnocrática del arquitecto como mediador calificado, e inevitable, entre el ser humano y su entorno.

considerarse como un paso inicial para un proceso que continúa en constante completamiento. Luego de su periodo en el S.A.R., Habraken siguió profundizando algunos conceptos que permiten enriquecer la base teórica de sus propuestas, y diversificar su alcance. En todo caso, tanto los soportes, como las grillas y la lógica de los niveles buscaban corregir el camino hacia la vivienda estandarizada, fabricada íntegramente según convenciones rígidas.

Habraken permite corregir el camino que había tomado la modernidad cuando intentaba amplificar el alcance de la arquitectura en base a la simplificación de la respuesta. Una frase de Hassan Fathy que permite encontrar el absurdo de dicho razonamiento, extrapolaba la actitud de los arquitectos al ámbito de la industria de los seguros.

“Para los gobiernos [...] producir vivienda masiva para familias diferentes, utilizando como base el promedio estadístico, es como que una compañía aseguradora [...] calcule la cobertura de sus clientes asignando un único tiempo de vida. Enviando a sus agentes con una pistola para eliminar a aquellos clientes que [al exceder el tiempo de vida planificado] impiden poner los libros en orden” (Fathy, 1969/2000).²²⁹

La metodología de Habraken permitía superar el diseño estadísticos, pero era sólo el comienzo para comenzar a revisar la anomia del paisaje dentro de los conjuntos de vivienda para sectores de menores ingresos.

Niveles

Tal como se afirma anteriormente, la metodología de los soportes proponía separar dos dominios, una esfera donde las decisiones corresponden a la colectividad y otra esfera que responde a decisiones individuales. En su etapa posterior al trabajo dentro del S.A.R., Habraken continuó estudiando sobre este tipo de separaciones, extrapolando la misma lógica hacia otros ámbitos. Luego de notar esta división entre soportes y unidades separables que se daba en el seno de la arquitectura, comenzó a hacer hincapié en otras posibles divisiones conceptuales que facilitaban el abordaje de todo el ambiente.

Para Habraken, las disciplinas proyectuales (la planificación regional, el urbanismo, la arquitectura y el diseño de interiores) nunca habían resuelto del todo las articulaciones entre los diferentes campos de acción. Por otro lado, la escala y la complejidad de los problemas a abordar en la segunda mitad del siglo veinte exigían acciones coordinadas.

“Entonces, necesitamos un nuevo modelo en el cual una nueva agenda se aborde con mayor facilidad. Me gustaría describir una manera de percibir el ambiente construido en la cual los nuevos desafíos se encuadren de manera más natural. Este nuevo modelo [...] se basa en un concepto simple, pero central: la idea de los 'niveles' en el ambiente construido” (Habraken, 2002, pág. 4).

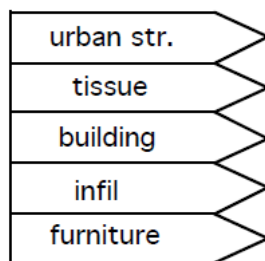
Cuestionamiento a la división en unidades territoriales

En el mejor de los casos, el abordaje disciplinar divide el ambiente *“en dos grupos de cosas. Aquellas decididas por el diseñador urbano y aquellas que conciernen al arquitecto”* (Habraken, 2002, pág. 5). Sin embargo, la realidad no respeta esa división tajante, de hecho la teoría de los soportes expone un punto de confluencia entre lo urbano, lo arquitectónico, e incluso la injerencia individual de los usuarios. Es por eso que Habraken plantea entender el ambiente como una sumatoria de capas, que actúan como una

²²⁹ Disponible en: <http://gyanpedia.in/Portals/0/Toys%20from%20Trash/Resources/books/fathy.pdf>

jerarquía de escalas anidadas. Esto quiere decir que, por un lado, cada capa aborda una escala diferente en la cual confluyen una serie de actores²³⁰.

Por otro lado, cuando decimos que estas escalas están anidadas, se entiende que la escala superior condiciona la escala inferior. Con lo cual, no es necesario que la capa superior resuelva totalmente las capas que se encuentran por debajo, simplemente toma decisiones que terminan pautando la escala inmediatamente inferior. En realidad funcionan con cierta autonomía, pero se orientan a resolver la interrelación con el nivel inferior y superior. Por esta relación entre autonomía y dependencia con respecto al contexto, Habraken considera que cada nivel constituye un “sistema físico”.



Modelo simple de cinco niveles:
La estructura urbana, el tejido, los edificios, las unidades y el mobiliario.
(Habraken J. , The uses of levels, 2002)

Figura 23 Niveles

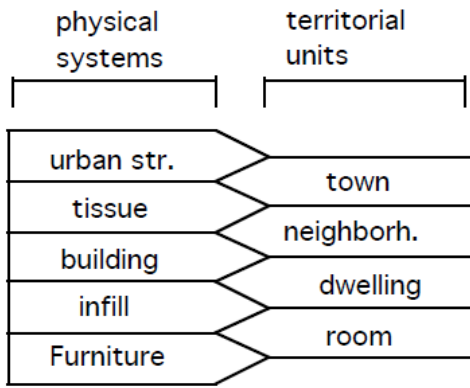
“La relación entonces es asimétrica. Los cambios en el nivel del edificio no afectan el nivel superior del diseño urbano, pero los cambios en el diseño urbano afectan el nivel inferior de los edificios” (Habraken, 2002, pág. 6). Hay que destacar que esta división del ambiente según dominios no es completamente independiente de la secuencia de escalas territoriales que plantea la división de las diferentes disciplinas proyectuales. Por el contrario, esta secuencia de niveles encaja perfectamente en la intersección de las diferentes escalas territoriales. Habraken propone cinco sistemas físicos: estructura urbana, tejido, edificio (soporte), acondicionamiento (infill)²³¹, mobiliario. Mientras que reconoce como unidades territoriales a la ciudad, el barrio, la vivienda y la habitación.

Como ejemplo de la correspondencia entre ambas maneras de dividir el ambiente puede notarse que el nivel edificio de Habraken, se encuentra entre la unidad territorial del barrio y la vivienda. Del mismo modo, el acondicionamiento (infill) se encuentra entre la unidad territorial de la vivienda y la habitación (Figura 24).

Esta jerarquía anidada debe hacerse consciente para entender el límite de nuestras intervenciones y garantizar mayor libertad de acción dentro de las escalas inferiores (Habraken, 2002, pág. 15).

²³⁰ Con lo cual, la clave del concepto de nivel es combinar una escala, con un conjunto de actores que confluyen a la hora de decidir sus transformaciones. Tanto la escala como los actores involucrados van cambiando en cada nivel. La escala constituye un modo de enfocar la realidad de acuerdo al tamaño que tenga la porción de realidad a abordar. Una porción pequeña de la realidad, permite mirarla con mayor nivel de detalle, mientras que una porción más grande exige mayor nivel de abstracción: *“El término niveles describe relaciones entrelazadas entre diferentes escalas de intervención y control en un entorno construido”* (Mignucci & Habraken, 2010, pág. 94).

²³¹ Si bien en el texto donde mejor desarrolla el tema de los niveles utilice la palabra edificio y acondicionamiento, aclara que dichos términos son equivalentes al soporte y a las unidades separables de la metodología del S.A.R. (Habraken, 2002, pág. 6).



A la izquierda se sitúan los sistemas físicos (estructura urbana, tejido, edificios, unidades, mobiliario), en relación a las unidades territoriales (región, vecindario, vivienda, habitación)(Habraken J. , The uses of levels, 2002).

Figura 24 Niveles en relación a las escalas territoriales

En cada nivel interviene una combinación diferente de actores

A su vez, el esquema de niveles superpuestos permite entender cómo se distribuye la responsabilidad de cada uno de los actores en los diferentes niveles. “En este pequeño modelo podemos identificar quién está a cargo de cada nivel como si fuera una pantalla de registro”(Habraken, 2002, pág. 9). Sobre el esquema de los niveles, graficados como una superposición de escalones vacíos, se marca con diferente textura, el poder de intervención de cada uno de los actores. Para graficar los diferentes grados de intervención, utiliza como ejemplo el esquema de lotes con servicios (Figura 25), donde la responsabilidad de los profesionales abarca la estructura urbana y el tejido, mientras que las responsabilidades del usuario individual incluyen el edificio, el acondicionamiento y el mobiliario.

<p>El sombreado inclinado representa la injerencia de profesionales, el sombreado en zigzag marca la responsabilidad de los usuarios</p> <p>Figura 25 División de niveles en un esquema de lotes con servicios</p>	<p>(Habraken J. , The uses of levels, 2002)</p> <p>Figura 26 División de niveles en un esquema de soportes</p>	<p>Esquema donde diversos actores intervienen en diferentes niveles</p> <p>Figura 27 División de niveles en un proyecto de viviendas en Egipto</p>
---	---	---

También resulta ilustrativo un esquema que correspondería a la división de responsabilidades en el caso de utilizar la metodología de soportes en una vivienda pública (Figura 26). Allí, los profesionales están a cargo de la estructura urbana, el tejido y el soporte, mientras que los usuarios intervienen sobre el acondicionamiento (infill) y el mobiliario. Sin embargo, utilizando la división en sistemas físicos que propone Habraken se pueden realizar combinaciones cada vez más complejas. Para evidenciar estas interacciones, se toma el ejemplo de un proyecto de viviendas en Egipto (Figura 27), donde los diferentes actores se van intercalando para configurar, de manera coordinada, cada uno de los sistemas físicos.

Con respecto a todas las maneras posibles de dividir y coordinar la intervención de los diferentes actores, Habraken afirma que no existe un modelo ideal. Por el contrario, cada proyecto exige encontrar la combinación adecuada de acuerdo a los requerimientos del contexto. En todo caso, el modelo de sistemas físicos permite aportar claridad dentro de procesos de interacción complejos, entre múltiples actores. Por ende, a la hora de proyectar, constituye una pieza gráfica que, en lugar de previsualizar la forma física del edificio, permite prever el proceso de gestión.

Jerarquía de niveles

En esta superposición de niveles anidados *“donde cada escala de intervención implica una esfera específica de toma de decisiones, control y responsabilidad”* (Mignucci & Habraken, 2010, pág. 7) cada escala sirve de marco y contexto para *“otros niveles de actuación que operan y actúan bajo éste”*. Con lo cual se genera una secuencia fuertemente jerarquizada.

“En términos sencillos, niveles de mayor orden operan de forma independiente de los de menor orden. Inversamente, los niveles de menor orden operan de acuerdo a las oportunidades y limitaciones establecidas por los niveles superiores. Desde la escala del territorio a la escala íntima de los objetos y el mobiliario, todos los niveles medioambientales operan dentro de este sistema de relaciones” (Mignucci & Habraken, 2010, pág. 7).

Es una lógica donde las decisiones fluyen desde arriba hacia abajo, de lo general a lo particular. Donde no se plantea, o al menos no se desarrolla, un proceso inverso. Habraken no instrumenta mecanismos mediante los cuales, las decisiones en niveles inferiores puedan llegar a alterar los niveles superiores. Es un orden práctico, que agiliza el proceso de toma de decisiones, porque al ir congelando instancias, se considera que cada nivel trabaja sobre una serie de acuerdos sólidos (el nivel inmediatamente superior). Sin embargo, en esa intención pragmática, se sacrifica el dinamismo de lo emergente. Todo debe encauzarse en el camino lineal de la secuencia de escalas, dificultando los reajustes y revisiones. No es un proceso de ida y vuelta.

Una metodología adaptable a diferentes enfoques

Desde el punto de vista de la arquitectura participativa, esta secuencia jerárquica puede conducir a interpretaciones que, en lugar de cuestionar la tecnocracia, terminen reforzándola. Habraken buscaba contrarrestar la tecnocracia moderna que le otorgaba al arquitecto la potestad para decidir sobre el ambiente como un todo. Mientras los pioneros de la arquitectura moderna pretendían diseñar tanto la región como los muebles, Habraken proponía generar diferentes niveles de decisión y acuerdo. No obstante, cuando los niveles superiores se consideran un antecedente previo e indiscutible para los niveles subsiguientes²³², entonces puede fortalecerse una distribución del poder muy asimétrica. La metodología del S.A.R., si bien permite implementarse desde una óptica participativa, e incluso horizontalista, también puede adecuarse a una implementación verticalista y tecnocrática²³³.

²³²“Antes que decir que las partes hacen al todo preferimos una jerarquía del todo y las partes, una jerarquía de ensamblaje [...] deberíamos llamarla jerarquía de control o jerarquía de dependencia [...] Los niveles inferiores pueden cambiar sin alterar a los niveles superiores”(Habraken, 1987, pág. 11).

²³³ Hay una frase que menciona Habraken con respecto a cómo generar variedad en las formas que también puede ayudarnos a entender su manera de organizar el proceso de toma de decisiones *“Podemos trabajar desde las bases hacia arriba o también de arriba hacia abajo”*(Habraken, 1987, pág. 14). En realidad en ese artículo Habraken se pregunta sobre cómo ejercer el control sobre formas complejas. Es un artículo centrado en lo morfológico, pero en el caso de Habraken, la morfología debe entenderse como resultado de una serie de decisiones.

Seguendo una perspectiva horizontalista, la idea de los niveles puede entenderse como una secuencia de pasos a resolver de manera colectiva, desde la estructura de la ciudad que involucra a toda la población urbana, hasta los muebles de la vivienda que deciden los integrantes de un grupo que convive bajo el mismo techo. En ese sentido, cada nivel constituye un acuerdo con una serie de actores, que una vez sellado se transforma en un pacto firme que abre paso a otra serie de negociaciones cada vez más cercana al ámbito individual. Por lo cual, la secuencia vertical combina agilidad y representatividad. Es un camino ágil porque permite ir avanzando, evitando posibles retrocesos. A su vez, permite ir disgregando el proceso de toma de decisiones según los actores involucrados. En los niveles superiores hay más personas involucradas, y por ende, las instancias inferiores no deberían cambiar aquello que se decidió en grupos más amplios.

Por otro lado, desde una perspectiva tecnocrática, cada uno de los niveles puede considerarse como un ámbito que convoca a diferentes especialistas. Cada uno de los niveles es resuelto por una especialidad distinta, hasta llegar a la capa del acondicionamiento de las viviendas que queda en manos de los mismos vecinos. Con lo cual, cada individuo puede decidir sobre su entorno inmediato pero no puede abordar aquellas decisiones de mayor escala²³⁴. Es decir, el usuario individual no puede participar de las decisiones que determinan ese entorno inmediato. Es una participación acotada a aquellas decisiones socialmente intrascendentes.

Esta postura encuentra su justificativo en aquellas visiones que, al igual que Habraken, afirman que el ciudadano común no tiene por qué convertirse en urbanista. No está capacitado para hacerlo y no está interesado en tener ese tipo de responsabilidades.

A decir verdad esta afirmación es válida siempre y cuando no exista ningún conflicto de por medio que afecte los intereses de los vecinos. Nadie se preocupa por el curso de los ríos, sino hasta llegado el momento en que inundan las casas vecinas. Es en ese momento cuando todo vecino se convierte en especialistas en hidráulica. Considerando que toda modificación del ambiente implica una redistribución de los recursos materiales y energéticos, entonces los conflictos de intereses son inevitables. El problema es que en muchos casos esos conflictos son invisibilizados, o se producen en medio de una correlación de fuerzas tan asimétrica que se naturaliza la resignación de los menos favorecidos y la impunidad de los grupos con más poder²³⁵.

En todo caso, Habraken plantea el esquema de los niveles como una abstracción que permite clarificar la injerencia de cada uno de los actores, pero no promueve un camino a seguir. No hace

²³⁴“Es una secuencia de intervenciones en diferentes escalas, y en general, las escalas más grandes brindan el contexto de los niveles inferiores, y así hacia abajo hasta llegar al habitante que amuebla su propia casa” (Havik, Teerds, & Habraken, 2011, pág. 12).

²³⁵Un ejemplo de injusticias que no deriva en conflictos es la diferente consideración que toman las mejoras urbanas con respecto a la propiedad individual. Toda mejora urbana eleva el precio de las propiedades individuales, le cambia el valor a las propiedades cercanas, genera una plusvalía. De allí que en los barrios periféricos es frecuente cobrarle el asfalto de las calles y la extensión de las infraestructuras a los vecinos frentistas. En ese caso, se le cobra a los vecinos cercanos a la obra parte del mejoramiento urbano que se produce. Por el contrario, cuando se realizan mejoras en el centro de la ciudad rara vez se traslada el costo a los vecinos. Los más pobres, deben comprometer una parte importante de su presupuesto para pagar por las mejoras del barrio (que por lo general nunca llegan a equipararse con las comodidades de las zonas de mayor categoría), mientras que los ricos aumentan el precio de sus propiedades en base a obras financiadas por la totalidad de la población. Es una injusticia naturalizada, que no genera conflictos, pese a que hay una multiplicidad de estudios que han profundizado en cómo contrarrestarla.

explícita la secuencia que debe seguir el proceso de decisiones, o al menos no hace una descripción tan detallada como lo había hecho en el S.A.R. cuando abordaba el nivel de los soportes.

Por otro lado, el horizontalismo encuentra sus límites a la hora de tomar decisiones troncales. Cuando este tipo de decisiones afecta intereses de grupos de poder consolidados, que ya cuentan con sus propios mecanismos para ejercer presión, el proceso lento y complejo desde las bases se encuentra en una posición muy desfavorable. Mientras la construcción de bases es lenta y compleja, la resistencia de los grupos ya consolidados ejerce una fuerza enérgica, inmediata y fluida, capaz de ir cambiando la estrategia en función del contexto. Con lo cual, resulta evidente que algunos cambios necesarios deben surgir a partir de decisiones verticales, principalmente teniendo en cuenta que en muchos casos (las ciudades latinoamericanas, por ejemplo) la capacidad para incidir sobre el ambiente manifiesta desigualdades consolidadas a lo largo de siglos de historia. Posiblemente, esos cambios pueden realizarse a través de una lenta articulación horizontal, que construya firmemente desde las bases. Sin embargo algunos cambios son tan urgentes que negar la posibilidad de ejercer cambios verticales resulta dilatorio. De allí que son más puristas en el modo en que deben gestarse los cambios quienes padecen menos la postergación de dichos cambios. Por eso, quienes menos padecen la postergación de los cambios son los más puristas con respecto al modo en que deben gestarse dichos cambios.

Ante este panorama y, teniendo en cuenta esta tensión entre horizontalidad y verticalidad, resulta lógico pensar en soluciones mixtas. Para lo cual el esquema de los niveles puede ser de mucha utilidad, siempre y cuando se incorporen mecanismos de revisión y reajuste desde los escalones inferiores hacia los niveles superiores.

En todo caso, Habraken evitaba asociar su metodología con una forma única de tomar las decisiones. Si bien, las herramientas y prácticas contenidas en la metodología están centradas en la figura del arquitecto, en algunos textos incorpora reflexiones cercanas a una práctica horizontal, donde la participación busca contrarrestar el espíritu tecnocrático con el que se encaraba la vivienda moderna. Dentro de las expectativas de Habraken, la metodología podría constituir una herramienta fundamental para un proceso de diseño participativo. Estas expectativas se muestran con elocuencia en una gráfica que Habraken incorpora luego de explicar la metodología del S.A.R. en el libro *El diseño de soportes* (1974). En el dibujo aparece un grupo de personas discutiendo, haciendo ademanes y agitando los brazos, alrededor de una maqueta en la que se distinguen, claramente, las zonas y márgenes en un plano horizontal sobre el que se levantan los muros estructurales del soporte. Para terminar de afirmar que su metodología favorece la participación, Habraken incorpora en un recuadro cercano la siguiente frase:

“Todos aquellos implicados en el proceso de construcción tienen algún control sobre el diseño del soporte. Podrían participar en la toma de decisiones al nivel de la comunidad interesada en el diseño del soporte y su inmediato derredor” (Habraken, 1974/1979, pág. 73).

Es un recuadro extraño dentro del libro, porque parece contradecir la estricta división de injerencias que Habraken profesa en otras partes de su obra. En última instancia, sirve para ampliar los horizontes de la metodología. Mientras que fue pensada para permitir la participación en términos de transformación de la vivienda según los requerimientos del usuario, también puede servir para aquellos procesos que interpretan la participación como la posibilidad de democratizar todo el proceso de toma de decisiones de la arquitectura. Desde las decisiones troncales hasta los detalles finales.

La división según diferentes niveles aparece recurrentemente en la arquitectura participativa. En el libro *Estrategias de Articulación Urbana* (2012), el arquitecto argentino Jorge Mario Jauregui, dividía en

niveles el proceso participativo mediante el cual había trabajado en las favelas y barrios pobres de las principales ciudades de Brasil. Estas intervenciones iniciadas a través del programa Favela Bairro decantaron en modelo flexible de actuación que suele tomarse como ejemplo para trabajar en enclaves urbanos donde se combinan problemas de carácter ambiental y social. Jauregui propone combinar estrategias participativas con una transformación integral de la configuración física de las favelas, abarcando el sistema de circulaciones, el espacio público y diferentes equipamientos. Un objetivo primordial, es incorporar las zonas degradadas a la dinámica propia de la ciudad (que no sean enclaves). Por lo tanto muchas de las operaciones abrían espacios públicos y pasajes vinculando el sector con la trama de la ciudad, para lo cual era necesario construir nuevas viviendas para las familias que se localizaban en el tejido removido. Tanto en los espacios públicos, los equipamientos, y las viviendas, Jauregui plantea la necesidad de aportar soluciones de diseño de alta calidad. Para ello, utiliza incluso, fundamentaciones filosóficas, hablando de democratizar el acceso a la belleza. La profundidad de su propuesta, también se ve reflejada en el modo en que plantea implementar la participación. Para Jauregui, un proceso participativo tiene diferentes niveles de profundidad. Cada intervención exige diferentes niveles, y lo ideal es llegar a abarcar todos los niveles de profundidad. En cierto sentido, es una manera de escapar al purismo del “todo o nada”, admitiendo que la participación se puede implementar gradualmente. No existe un nivel ideal, sino que es una cuestión de grados, cada situación exige un nivel diferente en cuanto a la profundidad de la participación.

Según Jauregui, en una primera instancia, la participación se caracteriza como una interlocución con la comunidad que permite definir el programa. En una segunda etapa, la participación es más específica. Es el momento en el cual se desarrolla el proyecto tomando a la comunidad como una especie de consultora. En la instancia de la construcción, sostiene el arquitecto argentino, es importante que una determinada proporción de la mano de obra forme parte de la comunidad para la cual se realiza el proyecto. Por último, se establece en el sector intervenido una dependencia municipal que sirve como soporte para adaptaciones futuras. De este modo, la participación se consolida como mecanismo habitual y permanente (Jauregui, 2012, pág. 96), desde instancias más superficiales hasta niveles profundos y duraderos.

En síntesis, los niveles que propone Jorge Mario Jauregui no están asociados a escalas, como en el caso de Habraken, sino que se vinculan estrictamente al proceso de transformación del ambiente.

- (1) Interlocución durante la elaboración del programa.
- (2) Consultas durante el desarrollo del proyecto.
- (3) Mano de obra durante la construcción.
- (4) Apoyo institucional para el mantenimiento y futuras adaptaciones.

Mientras Jauregui plantea una diferencia en cuanto a los niveles de participación a lo largo del tiempo, Habraken encuentra diferentes niveles según la escala o el tamaño del objeto sobre el cual se decide.

La arquitectura como contraposición entre lo colectivo y lo individual

Cuando Habraken desarrolla la idea de los soportes, llega a la conclusión de que la vivienda se sitúa justo en la intersección de lo colectivo y lo individual. *“Una casa toma vida en dos esferas. [...] El producto de la esfera comunitaria se llamará “apoyo” [...] El producto de la esfera individual pertenece a lo que llamamos “serie de unidades separadas”* (Habraken, 1977, pág. 32). Con lo cual, la comunidad debe construir *“el punto terminal de una serie de servicios comunitarios, y el inicial de una iniciativa*

personal" (Habraken, 1977, pág. 25). Por lo tanto, en el tema de la vivienda exige clarificar una relación recurrente en el ambiente, entre la comunidad y los individuos. Para ejemplificar esa relación, Habraken menciona tres situaciones en evidente desequilibrio. Las dos primeras ilustran un predominio de la esfera individual, mientras una tercera muestra una supremacía de la esfera colectiva que termina oprimiendo a los individuos.

Por un lado, las villas miseria representan un ejemplo donde predomina el ámbito individual, *"todo comienza en la esfera del individuo y no se completa en la esfera de la comunidad. La esfera de la comunidad no es productiva; es una jungla, es inhumana"* (Habraken, 1977, pág. 25). Por otro lado, los campings y campamentos también plantean una situación marcada por la falta de infraestructuras colectivas. *"Pero pronto hace su aparición una calle comunal, un servicio sanitario comunal, un negocio, un centro comunitario. Se construye algo que completa este tipo de asentamiento en la esfera de la comunidad"* (Habraken, 1977, pág. 25).

Como contrapartida de estos dos ejemplos donde la esfera colectiva aparece desdibujada, en los conjuntos de vivienda moderna, donde el usuario no puede decidir nada, se debilita la esfera individual. Son grandes porciones de territorios que se estructuran en función de la repetición monótona de viviendas estandarizadas. Si bien los usuarios terminan realizando cambios que modifican el proyecto inicial, estas transformaciones no están previstas e incluso, en muchos casos, son desalentados mediante una normativa rígida. El modo en que se diseña, construye y regula el conjunto, planificado de antemano en todos sus detalles, termina negando la identidad individual de los habitantes. Por eso es que Habraken afirma que hay un predominio excesivo de la esfera colectiva que termina negando la esfera individual.

Luego de mostrar estos ejemplos en tensión, Habraken alienta a encontrar el equilibrio entre la esfera colectiva y la esfera del individuo. Para lo cual, no sólo es necesario prever instrumentos conceptuales (como los soportes y las unidades), también es necesario establecer una estrategia común, se requiere una metodología.

Turner ya había advertido que la vivienda no debía verse como un objeto terminado sino como un proceso, en permanente cambio. Habraken retoma ese concepto, y lo amplía hacia el ámbito de la arquitectura en general, tratando de coordinar las acciones de los múltiples actores involucrados. Paradójicamente, mientras Turner profundizaba sobre las estrategias generales dentro del hábitat, Habraken se concentraba en el desarrollo de una metodología propia para el diseño de la vivienda.

El trabajo de Habraken es metódico sin llegar a ser dogmático. No busca restringir las acciones individuales sino más bien potenciarlas y organizarlas. Según su punto de vista la arquitectura siempre implicó acciones coordinadas, *"nadie diseña solo en la arquitectura"* (Habraken J. , 1987, pág. 6). Sin embargo, la teoría de la arquitectura, suele abordar el diseño como si fuera una acción individual. Frente a esto, Habraken formula sus propuestas como si fueran un plan de acción para la intervención colectiva. Cualquier crítica que pueda realizarse sobre ese plan de acción, no debe opacar el avance que significa tratar de llevar la discusión de la arquitectura hacia el plano de lo colectivo²³⁶. Más aún si tenemos en cuenta que los problemas habitacionales y ambientales que atraviesa la humanidad no pueden solucionarse desde la acción individual sino que exigen compromisos de carácter global. La arquitectura, puede ayudar, al menos, a recuperar esa dimensión colectiva.

²³⁶Más allá de las críticas que realizaba al modelo profesional de la modernidad, Habraken afirmaba que *"Los arquitectos siempre estuvieron involucrados en lo colectivo: esa es la arquitectura genuina"* (Havik, Teerds, & Habraken, 2011, pág. 10).

A lo largo de toda la historia de la arquitectura ha existido una tendencia a tratar de generar valores colectivos desde la disciplina, sin resignar la centralización de las decisiones en la figura del arquitecto. Bajo esta lógica, el profesional se contempla como una figura altruista velando por el interés de la gente. Un personaje benevolente que, pese a recibir encargos con fines mundanos, eleva su obra a un plano trascendente que beneficia al conjunto de la sociedad. En capítulos anteriores, al desarrollar esta postura, se menciona la famosa frase de Víctor D'Ors cuando afirmaba que los arquitectos debían *"brindar liebre por gato"*. Cuando Pierre-Joseph Proudhon concebía a los filósofos como adalides velando por la sabiduría del pueblo, Marx denunciaba la *"miseria de la filosofía"*. Hay que preguntarse si la postura de los arquitectos como celosos guardianes de los intereses colectivos no refleja en realidad la miseria de la arquitectura.

Pese a la concepción individualista forjada desde las academias, *"en la práctica, como arquitectos, operamos en un continuo de diseño, en donde hacemos nuestro pequeño aporte"* (Habraken, 2003, pág. 38). Ante lo cual, las decisiones deben ser distribuidas entre diferentes actores. *"Esto debe incluir también a una serie de consultores en cuanto a estructuras, infraestructura de servicios, luminaria, acústica y más, todos ellos profundamente involucrados en las decisiones de diseño"* (Habraken, 2003, pág. 37).

Dentro de este panorama de diseño colectivo, donde diferentes actores confluyen en cada uno de los niveles del ambiente, Habraken destaca la necesidad de adoptar un método que facilite el trabajo. *"Un método no es mucho más que un manera socialmente acordada para realizar un trabajo"* (Habraken, 2003, pág. 39). Más que una imposición, un método es una manera colectiva de optimizar el trabajo. Un funcionamiento grupal que permite trabajar en conjunto. *"Un buen método habilita a cada uno para hacer lo propio con un mínimo de dispersión"* (Habraken, 2003, pág. 39). Es un modo de facilitar el trabajo personal dentro de un todo colectivo más amplio.

Así como en el ambiente se combina la acción colectiva con la iniciativa individual, del mismo modo, en la metodología que propone Habraken, lo colectivo se convierte en un marco de referencia para la libre acción de los individuos. Es un juego entre la estructura y la variación muy similar al que se produce en la música, donde los diferentes músicos pueden interactuar juntos *"porque aceptan un método de escalas, tonalidades y armonías"* (Habraken, 2003, pág. 39).

A partir de esta combinación entre una base consensuada y la variedad que permite la acción individual, Habraken desarrolla la idea del *"diseño temático"*. Donde cada actor acepta un *"tema"* colectivo sobre el cual puede improvisar, generando una parte con relativa autonomía, pero respetuosa de un todo mayor.

El concepto de diseño temático, ponía de manifiesto que la arquitectura no funciona como una sumatoria de partes aisladas. Tomando el ejemplo del diseño de viviendas, advierte que no solamente es importante elegir buenos profesionales, además es necesario que trabajen de manera conjunta (Habraken, 2002, pág. 3).

En síntesis, la metodología propuesta por Habraken, refleja su visión de la arquitectura: es una coordinación entre esfuerzos colectivos e individuales. Habraken comparaba la arquitectura de viviendas con una carretera, donde los automóviles individuales siguen las reglas la estructura propuesta por la comunidad. Del mismo modo, la metodología que propone se basa en un conjunto de reglas prácticas, consensuadas, para permitir que cada actor se incorpore en un proceso ordenado con el mayor grado posible de libertad.

En una entrevista realizada en octubre del 2015 al arquitecto Lucas Luaces, quien trabajó mucho tiempo junto al arquitecto Fermín Estrella, comentaba que se encontraba desarrollando junto a otros colegas, un conjunto de 48 viviendas en Marcos Paz financiadas mediante créditos PROCREAR²³⁷ Luaces no utilizaba el método del S.A.R., tampoco mencionó a Habraken como parte de sus influencias. Sin embargo, comentaba que al momento de abordar el diseño de las viviendas, le había sido de mucha utilidad una de las enseñanzas de Fermín Estrella que avanzaba en el mismo sentido que la lógica de los niveles. Decía que era imposible tratar de diseñar cada una de las viviendas del conjunto según los intereses y pretensiones individuales de cada familia. Si hubieran aceptado hacerlo de ese modo, haciendo un diseño particular para cada vivienda, no hubieran tenido ni el tiempo ni los recursos materiales necesarios. Por el contrario, a partir de una entrevista con los usuarios, su equipo se concentró en generar un elenco de tipologías lo suficientemente adaptables como para posibilitar que cada usuario obtenga una tipología según la cual, a través mínimas modificaciones, pudiera transformarse en la vivienda a la que aspiraba. Mediante un trabajo en equipo lograron establecer cuáles eran las tipologías de vivienda y cuáles eran las lógicas de transformación y crecimiento. Con un repertorio reducido de opciones de viviendas se agiliza el proceso de diseño y construcción, y el resultado final gana en riqueza y variedad cuando cada uno de los vecinos transforma su casa según su propia iniciativa²³⁸.

Es una solución intermedia, que concilia dos posturas antagónicas. Por un lado, la tendencia burguesa a vivir en una casa de diseño exclusivo que se destaque del paisaje, que salga de lo común. Y por otro lado, la necesidad de unificar el diseño para facilitar la construcción de una obra colectiva, de gran escala. Más allá de los resultados a los que pueda haber llegado este conjunto de viviendas, resulta interesante notar que, al menos una parte de la arquitectura participativa continúa esta visión de la arquitectura y la vivienda como confluencia de dos esferas que deben fortalecerse mutuamente: lo individual y lo colectivo. Mientras que Fermín Estrella rescataba algunos aspectos metodológicos de la propuesta de Habraken, como la coordinación dimensional y la resolución de las tipologías a partir de módulos transformables (como los sectores de los soportes), Luaces rescata el criterio general de la arquitectura como interacción entre la colectividad y las familias.

Distribuir el poder mejora la arquitectura

La metodología del S.A.R. se expone mediante una estrategia discursiva pragmática, que propone agilizar el proceso mediante el cual se construyen las viviendas. Sin embargo, Habraken sabía que, de algún modo u otro, sus propuestas repercutían sobre el plano político. En fin de cuentas *“la forma del rededor [o ambiente] construido es un reflejo del ejercicio del poder”* (Habraken, 1978, pág. 55). La idea de los soportes es una propuesta que, por un lado, permite delimitar responsabilidades colectivas e individuales, pero además permite cuestionar la intención moderna que buscaba concentrar todas las decisiones en la figura del arquitecto. *“En realidad estamos hablando de cambiar las diferentes*

²³⁷ Programa de Crédito Argentino del Bicentenario para la Vivienda Única Familiar, lanzado en el año 2012.

²³⁸ Retomando las palabras textuales del arquitecto Luaces: *“Por más que (nuestro diseño) es participativo, hay una decisión estratégica para conducir la situación con criterio técnico. Más allá de que tal vez no se llega a eso tal cual. Pero sí. Hay que tener una claridad acerca de lo que conviene estratégicamente. Si no está esa claridad estratégica, te metés en un barullo tremendo. [...] Lo más peligroso es que no haya una claridad estratégica previa: el pensar que la participación es ir a preguntarle a la gente a ver qué quiere cada uno. Eso conlleva a confusiones muy grandes entre las partes”*. Arquitecto Lucas Luaces en una entrevista realizada en el Encuentro Nacional de Arquitectura Comunitaria (ENAC 2015).

responsabilidades de la gente, lo cual constituye, básicamente un asunto político (a political issue)” (Nagore & Habraken, 2013).

En primer término, y tal como se comenta en el apartado anterior, Habraken reconocía dos maneras antagónicas y extremas de distribuir el poder sobre las decisiones que transforman el ambiente. *“Por una parte, el barrio ilegal no planificado del Tercer Mundo, en el que los residentes ejercen el poder. Del otro lado, el modelo de vivienda oficial en el que solamente los profesionales ejercen el poder”* (Habraken, 1978, pág. 61). En lugar de elegir entre alguna de estas posturas extremas, Habraken propone buscar el *“equilibrio de ambas formas de ejercicio de poder”*(Habraken, 1978, pág. 61).

En segundo término, cuando Habraken reconoce el principio de participación como base de su propuesta, considera que dicho principio implica reconsiderar la relación entre el mundo profesional y el mundo de la gente común (lay people). *“El tan mentado movimiento de la participación era básicamente una reacción a la creencia tácita de que el profesional puede hacerlo todo”* (Habraken J. , 1986, pág. 140).

Con lo cual, no sólo se trata de buscar el equilibrio entre lo colectivo y lo individual, sino también entre la acción disciplinar (técnica, planificada) y la iniciativa individual (cotidiana y dinámica). Frente a otras propuestas más radicales, la metodología de Habraken no buscaba diluir la responsabilidad del arquitecto, pero planteaba un cuestionamiento hacia su omnipotencia. *“Tiene que ver, como queda dicho, con el alcance y dirección de cada ejercicio de poder”* (Habraken, 1978, pág. 56).

Para aportar claridad conceptual a dicho cuestionamiento, Habraken plantea abstraer los diferentes poderes que confluyen en las transformaciones del ambiente construido, como si fueran fuerzas en puja. Cada uno de los poderes *“tiende a expandir su territorio, tiende a ahorrar trabajo, a economizar, y va a ir reforzando su propio sistema de valores”* (Habraken, 1978, pág. 57).

Dentro del ámbito de las disciplinas proyectuales se produce un contraste entre lo que se entiende como incumbencias profesionales del arquitecto y la inserción real del arquitecto en el proceso de construcción.

Tal como se citó anteriormente, *“el arquitecto y la burocracia han tenido al dominio público -calle, plaza, iglesia o edificio público- por territorio suyo”* (Habraken, 1978, pág. 57).

Con lo cual, la intención de socializar el suelo de los conjuntos habitacionales, más que fortalecer el espíritu colectivo, ha aumentado la concentración del poder en la figura individual del arquitecto. Se diluye la identidad individual de los usuarios para potenciar la figura individual del arquitecto.

En ese sentido, la metodología del S.A.R. lleva implícita un cuestionamiento hacia el concepto de “diseño total”. Habraken cuestiona la lógica verticalista que buscaba unificar el control de la totalidad del ambiente, diseñando desde el plan urbano, pasando por el bloque de vivienda, las casas, hasta llegar al mobiliario. En la película documental *De Drager*, Habraken utiliza el ejemplo de Mies van der Rohe diseñando un rascacielos para colocar su silla en el lobby. Jonathan Teicher, ex alumno y editor de los libros de Habraken afirma que el arquitecto tiene una intención adolescente de controlarlo todo. De hecho, se la considera como uno de los atractivos de la profesión, la ilusión de poder crear mundos propios. En una conferencia brindada por Habraken en 2003 profundiza acerca de esta concepción del arquitecto como demiurgo²³⁹. Analizando causas que provienen desde finales de la Edad Media hasta sus repercusiones más actuales. En ese recorrido por la historia de la profesión Habraken destaca como punto de partida la figura de Alberti, como símbolo del nacimiento de un nuevo actor en la transformación del ambiente construido:

²³⁹ Utilizando una expresión de Santiago Molina (Molina, 2011)

“el concepto del arquitecto con el cual nos identificamos es relativamente reciente. Es producto del Renacimiento. [...] Este nuevo profesional quería permanecer libre del ambiente cotidiano, con sus tradiciones, constricciones y limitaciones [...] En esos días, los arquitectos formaron una hermandad que trascendió los límites nacionales... La Arquitectura es la historia de lo que ellos hicieron” (Habraken, 2003, pág. 33).

En el modelo profesional renacentista, el arquitecto hace obras que buscan ser “algo especial”, lo cual tiene sentido a la hora de diseñar monumentos. De hecho, la historia de la arquitectura suele prestar atención casi exclusivamente a este tipo de edificios, que pueden ir desde un templo hasta una fortaleza e incluso algunas casas excepcionales para los ricos.

Sin embargo, cuando se pretende diseñar todo el ambiente en base al mismo criterio, se hace evidente una contradicción. No todo puede ser especial. Es decir, no todo puede ser diseñado del mismo modo. Lo especial exige distinguir la obra del todo. El error del arquitecto es diseñar las viviendas que componen el todo, como si fueran monumentos acabados en sí mismos (Mignucchi & Habraken, 2010, pág. 10). Ante lo cual, Habraken propone dejar de entender el ambiente como una sumatoria de monumentos aislados, para comenzar a pensar en la idea de conjunto. Esto no debe entenderse como una renuncia a la belleza, sino como una manera diferente de encontrarla. En lugar de alcanzar belleza construyendo una obra especial utilizando el entorno como un telón de fondo, entender que el ambiente cotidiano puede guardar su propia belleza. Según Jonathan Teicher, se trataba de generar un marco en el cual pudiera emerger la poesía y la complejidad de la vida cotidiana. Por consiguiente, es necesario cambiar la lógica.

El alojamiento para las grandes masas de población no podía resolverse siguiendo la misma lógica con la cual se diseñaban las viviendas para los ricos. Si bien la Historia de la Arquitectura se aboca al estudio de este tipo de edificios, donde un arquitecto decide la obra en todos sus detalles, esta lógica llevada al ámbito masivo terminaba generando paisajes monótonos. En realidad, como la modernidad requería respuestas masivas para poder ejercer el control sobre grandes porciones de territorio los arquitectos, en lugar de redistribuir el poder de decisión, buscaron simplificar la respuesta. Se mantuvo el control, pero se esquematizó la arquitectura.

Habraken propone romper con esa inercia renacentista que ha regido el diseño de las viviendas para los ricos, desde las villas palladianas hasta las villas construidas por los maestros modernos (Havik, Teerds, & Habraken, 2011). En lugar de ejercer el control sobre todo, dividir el control según los diferentes actores que intervienen.

Por más que esta decisión permita agilizar la tarea del arquitecto, el modelo profesional renacentista está tan consolidado que cualquier alteración genera sospechas. De hecho, la posibilidad de diseñar la totalidad del ambiente, se confunde con las propias capacidades del arquitecto. Cuando los arquitectos no pueden diseñarlo todo, sienten que están desaprovechando sus capacidades. Dividir el proceso es considerado como una impugnación al orgullo al profesional, incluso cuando en la práctica esta intención de concentrar todo el control puede resultar frustrante. Tarde o temprano, las decisiones concentradas por el arquitecto se modifican en base a la intervención de la multiplicidad de actores que confluyen en la construcción del ambiente.

“Todavía sentimos que el encargo ideal es aquel que nos permite hacer desde la silla hasta el contexto urbano. En la práctica, por supuesto, ese diseño total y verticalista es casi imposible. En realidad, no hay nada malo con que alguien pueda diseñar tanto un edificio como una silla o un vecindario. El tema no es la habilidad en el diseño sino el control del diseño. Para que el ambiente

cotidiano tenga vitalidad, ese control debe desaparecer, permitiendo que las diferentes actores se involucren en los diferentes niveles de la jerarquía ambiental” (Habraken, 2003, pág. 37).

Así, la división en niveles de intervención no es, solamente, una propuesta para mejorar la tarea del arquitecto, también es la única manera de garantizar la vitalidad del ambiente.

En la realidad práctica de las transformaciones ambientales, la ambición de control del arquitecto se veía impedida por innumerables factores. La incidencia real del arquitecto en las decisiones sobre las transformaciones del ambiente era irrisoria. Para fundamentar esto, Habraken retoma las palabras de Konstantinos Doxiadis cuando afirmaba que *“el porcentaje de edificios existentes en el mundo gracias a la mediación del arquitecto no supera el 5 % del total”* (Habraken, 1978, pág. 54). La situación más extrema pueda apreciarse en los asentamientos de los países llamados en vías de desarrollo donde más del 50% de la población habita en alojamientos autoconstruidos sin ningún tipo de regulación o apoyo técnico. *“En el proceso primero resultaría catastrófica la eliminación del usuario y en el segundo el desastre lo constituye la eliminación del profesional”* (Habraken, 1978, pág. 54).

Ante lo cual, Habraken propone subdividir el proceso de toma de decisiones. Esto resulta complicado, en primer lugar por la gran cantidad de actores involucrados: arquitectos, financistas, constructores, desarrollistas, etcétera. En segundo lugar por el tipo de formación profesional que recibe el arquitecto: *“No se nos ha enseñado cómo compartir el diseño con otros”*(Habraken J. , 1987, pág. 15). Por último, existe una resistencia al cambio debido a una combinación de inercia y rentabilidad: *“a nadie le gusta cambiar el modo en que está trabajando, al menos, mientras le siga permitiendo ganar dinero”* (Nagore & Habraken, 2013). Pero sin duda, y tal como se veía en los grandes conjuntos de vivienda de la posguerra, el sistema no puede sostenerse basándose en la premisa de excluir al usuario.

Aunque siempre es importante destacar que Habraken expresaba ciertos resquemores con respecto al tema de la participación. Por ejemplo, decía: *“No estamos hablando de compartir la toma de decisiones, sino de dividir la toma de decisiones”* (Nagore & Habraken, 2013). Con lo cual, más que apadrinar o instruir al usuario, es necesario legitimarlo como una de las partes implicadas. *“Tal como John Habraken ha demostrado en sus escritos, la gente que asume sus responsabilidades sobre el ambiente está perfectamente capacitada para decirle al profesional lo que necesita”* (Nagore & Habraken, 2013).

Con lo cual, para Habraken no es necesario hacer una redistribución radical del poder, es suficiente con generar un proceso ordenado que permita distinguir diferentes niveles de intervención. Según Colmenares, la metodología de Habraken constituía una herramienta para construir consenso a través de una serie de acuerdos entre partes (Colmenares, 2010, pág. 6).

A partir de una secuencia ordenada, la arquitectura ganaba en legitimidad, incluso cuando su forma final no estaba del todo definida (Colmenares, 2010, pág. 17). Sin embargo, no llega a ser un organigrama, o una planificación de las dinámicas sociales totalmente escindida del resultado formal. Por el contrario, la propuesta de Habraken tenía la virtud de ir resolviendo en paralelo instancias decisorias con resultados formales concretos. Utilizando las palabras más precisas de Colmenares, la metodología de Habraken logra hacer *“la traducción de la jerarquía en la toma de decisiones a un sistema de elementos físicos netamente distinguibles los unos de los otros”*(Colmenares, 2014, pág. 36).

Es decir que se da un proceso de cristalización entre el proceso de toma de decisiones y las formas físicas del edificio. Las diferentes instancias de decisión se ven cristalizadas, reflejadas, en elementos concretos del ambiente. Si Habraken afirmaba que *“la forma del rededorconstruido es un reflejo del*

ejercicio del poder" (Habracken, 1978, pág. 55), entonces la subdivisión del proceso de toma de decisiones puede verse en diferentes porciones del entorno.

Abordar la arquitectura desde un punto de vista sistémico

Al aportar un método de coordinación en el diseño y la transformación de las viviendas, no sólo se rompe la concepción de la arquitectura como objeto, sino que además se abandona la visión analítica del proyecto, heredada del academicismo. Se cuestiona el proceso de diseño que trata de diseñar las partes por separado para después ensamblarlas en un todo, como si fuera "un Frankenstein". Habracken remite a un mundo diseñado según diferentes niveles, en oleadas sucesivas, como jerarquías anidadas donde el nivel de mayor escala va pautando una serie de posibilidades a seguir dentro del nivel inmediatamente inferior. La tarea del diseñador se vuelve más fluida y la forma resultante gana coherencia sin perder diversidad.

Si bien en la teoría del S.A.R. pueden reconocerse elementos que se van combinando, nunca se estudian como entidades autónomas. Se habla de soportes, unidades, sectores, componentes, zonas, márgenes, espacios de usos generales, espacios de usos especiales, espacios de servicio, etcétera. Sin embargo, no son categorías estancas o aislables sino que deben estudiarse en función del conjunto. Prevalece, por lo tanto, la noción de sistema. Este enfoque que enfatiza el funcionamiento como conjunto, organizado, jerárquico, pero siempre en transformación y auto-regulación, es característico de un momento de la posmodernidad inmediatamente posterior a la segunda guerra mundial. La teoría de sistemas implica, en primer término, un cuestionamiento al maquinismo.

Es un cambio epistemológico desde la sumatoria analítica de unidades hacia una visión global y orgánica. En arquitectura, las propuestas del S.A.R. deben entenderse como una ruptura contra la ortodoxia analítica de la arquitectura moderna. Para lo cual, cabe aclarar que la modernidad en arquitectura no era un movimiento monolítico (Zucchi, 1992, pág. 162).

Existía entre los maestros del movimiento moderno un admirable grado de variedad y flexibilidad en cuanto a las propuestas. Incluso cuando debieron rigidizar y simplificar sus propuestas para lograr una respuesta contundente e incuestionable frente al neoclasicismo, con quien disputaba el panorama cultural hasta las primeras décadas del siglo veinte. Paradójicamente, la arquitectura moderna se convirtió rápidamente en un ropaje arquitectónico, un estilo con reglas propias al cual debían adaptarse todos los edificios que quisieran estar en sintonía con los cambios culturales de la época²⁴⁰. Los cinco puntos de Le Corbusier se convirtieron en el nuevo catálogo de Durand para adecuarse a todo encargo y todo contexto tal como si fuera una fórmula matemática.

Las viviendas, en su carácter de máquinas de habitar, se diseñaban, por supuesto, de manera maquinista. Es decir, ensamblando partes en un todo. En algunas obras de pequeña escala, esta sintaxis, podía resultar sumamente atractiva, pero cuando se aplicaba de manera masiva, la sensación de refinamiento y novedad se perdía. Quedaba totalmente absorbida por la monotonía del paisaje general.

Le Corbusier referenciaba la belleza de las obras modernas, refinadas y novedosas, comparándolas con los primeros automóviles. El automóvil era un objeto, nuevo y lujoso. Sin embargo, el concepto de la vivienda moderna estandarizada y multiplicada masivamente, terminaba generando el mismo efecto de

²⁴⁰ Tal como afirma Giancarlo de Carlo, es difícil culpar a los maestros modernos por el aspecto superficial que adquirió el *Estilo Internacional*. Principalmente porque la mayoría de los pioneros de la modernidad continuaron profundizando sus búsquedas. En todo caso, el eje de las críticas debería focalizar sobre sus seguidores que pretendían manejar los C.I.A.M. como si fuera un Comité Central, "sólo porque eran mediocres" (Zucchi, 1992, pág. 162).

una playa de estacionamientos. Ya no es un sentimiento de vanguardia y progreso sino de anonimato. La visión sistémica del ambiente exigía dejar de contemplar los conjuntos de viviendas como la multiplicación del objeto casa.

En relación a eso, Habraken afirmaba que existía una tenencia disciplinar, propia de los arquitectos, que pretendía encontrar la planta perfecta de la vivienda tipo. De manera que la perfección prototípica de esta planta, justificaba su multiplicación una infinita cantidad de veces. Imbuidos en un espíritu cientificista, los arquitectos buscaban encontrar la planta infalible. No obstante, la visión de la ciencia estaba cambiando. A partir de los estudios de Ludwig von Bertalanffy la mirada científica comenzó a tomar en cuenta criterios de autorregulación y, principalmente, la relación entre los elementos y su contexto. En el ámbito de la arquitectura, Habraken retoma la teoría de sistemas²⁴¹ y comienza a pensar los elementos a partir de su diferente adaptación con respecto a los cambios. Para lo cual, no era necesario encontrar la vivienda tipo, por el contrario las viviendas debían cambiar en función del contexto, transformándose según las necesidades de los residentes.

Hay un cambio de enfoque desde el objeto abstracto de la planta, hacia un abordaje del ambiente (y de los edificios en sí) como interacción compleja entre diferentes subsistemas. Cada uno con sus peculiaridades en cuanto a diseño, construcción, vida útil y mantenimiento.

“Entendemos los edificios como una combinación de subsistemas con diferente vida útil. Algunos de esos subsistemas son puramente técnicos y no pueden durar por cientos de años, como por ejemplo un caño de desagüe que debe cambiarse cada quince años. Entonces se establece como requisito que, si uno hace un caño de desagüe tiene que haber espacio extra para poder colocar un segundo caño de desagüe y sacar el primero” (Nagore & Habraken, 2013).

La noción de sistemas en la propuesta de Habraken no sólo se apoya en una perspectiva teórica también se relaciona con un fenómeno propio de la industria de la construcción de la segunda mitad del siglo veinte. La arquitectura se estaba convirtiendo en la combinación de diferentes sistemas constructivos, patentados y estandarizados, pero combinables.

“El diseño arquitectónico se ha convertido cada vez más en una combinatoria de sistemas disponibles en el mercado: sistemas de cocinas, baños, sistemas de muro cortina, también se han diseñado sistemas de aberturas de diferentes formas y tamaños” (Habraken, 2003, pág. 37).

Habraken celebraba esta creciente especialización de la industria de la construcción que llevaba al arquitecto a transformarse en un coleccionista de catálogos de las diferentes marcas que se disputaban el mercado. *“Los diseñadores industriales inventan un kit de partes con las cuales nosotros jugamos influyendo cada vez más en la calidad del ambiente” (Habraken, 2003, pág. 37).* Ante lo cual Habraken genera una visión novedosa. Mientras algunos seguidores de la teoría de sistemas, como Fritjof Capra adquirirían una postura cada vez más crítica con respecto al modelo industrialista, Habraken trata de potenciarlo. Si bien cuestiona la producción fordista que consideraba la vivienda como un producto en sí, consideraba que la creciente industrialización de los diferentes sistemas ayudaba a una mejor resolución de las transformaciones sobre el ambiente.

En lugar de plantear un posicionamiento crítico con respecto a la industria, encontró en la teoría de sistemas, una manera de aprovechar una tendencia existente. Después de todo, en su propuesta -si bien existe una vocación por incorporar el cambio como un elemento determinante de la arquitectura-

²⁴¹“La teoría detrás del método puede ser descrita de la mejor manera usando el concepto, ya utilizado en sentido genera en muchas disciplinas de un ‘sistema’. Todo edificio puede ser visto como un sistema de componentes, ordenados de acuerdo con ciertas reglas” (Habraken, 1974/1979, pág. 201).

también existe la intención de regularlo según una serie de pasos racionales. Se busca construir una metodología regular y estable donde se enmarquen las transformaciones sin generar conflictos.

Dentro de este panorama de complejidad, donde los diferentes sistemas que intervienen en la arquitectura siguen su propio proceso de desarrollo, es difícil realizar un juicio sobre los resultados alcanzados. Frente a este panorama de complejidad, Habraken vuelve a optar por contraponer una lógica racional. Más allá de cualquier juicio de valores, lo que define la buena arquitectura es la coherencia en el proceso. *“Toda vivienda, que está compuesta de espacios que pertenecen al sistema, combinados de forma que las relaciones entre estos espacios siguen las reglas o convenciones del sistema, es una ‘vivienda bien diseñada’”* (Habraken, 1974/1979, pág. 205). Con lo cual se cae en un viejo error del racionalismo aplicado a la arquitectura: la coherencia metodológica valida los resultados.

Es un error similar a la constante auto-afirmación de la ciencia ortodoxa. En las disciplinas proyectuales el caso más extremo está en la frase de Haussmann cuando afirmaba que en el París de Napoleón III *“un acto bien explicado es siempre un acto aprobado”* (Haussmann Discurso en el consejo comunal de París, 14 de noviembre de 1859 citado en Benevolo, 1967, pág. 145). De ahí en más, en nombre de la aplicación de un método lógico, los urbanistas han realizado atrocidades. De hecho, los conjuntos de vivienda contra los que Habraken escribía provenían de una admirable coherencia lógica: la ciudad entendida como sumatoria de partes monofuncionales y cada conjunto entendido como sumatoria de unidades prototípicas.

La arquitectura participativa se ha nutrido de una serie de experiencias que buscaron entender los edificios como una combinación de elementos en constante interrelación. Tal como anteriormente se menciona al movimiento del Open Building, en el ámbito latinoamericano hay que destacar las ideas de Fermín Estrella como uno de los arquitectos que retoma la lógica del S.A.R. En su propuesta de Arquitectura Sistemica, Estrella piensa la arquitectura como la generación de alternativas *“que permitan la incorporación activa de los usuarios en el desarrollo, selección, adaptabilidad y ampliabilidad de los modelos constructivos de viviendas [...] a partir de elementos sistemáticos repetibles”* (Estrella, 1984, pág. 25).

Si bien ambas teorías dividen el ambiente según porciones abstractas que tienen un correlato físico, mientras Habraken utiliza una división según esferas de control (según quién decide sobre cada cosa), la arquitectura de sistemas generaba módulos combinables, como si fueran piezas de un dominó. En la teoría del S.A.R. hay mayor nivel de abstracción. Por el contrario, en la arquitectura sistémica hay una linealidad más expresa entre lo arquitectónico y lo constructivo. De hecho el nombre de arquitectura sistémica proviene de pensar la arquitectura como la interrelación entre sistemas proyectuales (módulos arquitectónicos) y sistemas constructivos (elementos constructivos ensamblables).

En la arquitectura de sistemas, tanto las soluciones arquitectónicas como los elementos materiales terminan conformando piezas que el usuario puede ensamblar para transformar un proyecto básico en un edificio acorde a sus necesidades. Esa cercanía entre lo espacial y lo constructivo tiene que ver con la necesidad de pensar una tecnología propia para la realidad latinoamericana. Mientras que Habraken pasaba por alto la tendencia monopólica de la industria de la construcción, Estrella se enfrentaba a *“una tecnología que es impuesta por la penetración económica”* (Estrella, 1984, pág. 19). Habraken adoptaba una actitud pragmática que buscaba administrar de la mejor manera los sistemas constructivos existentes. Por el contrario, Estrella denunciaba que esos sistemas patentados se terminan pagando en forma de regalías. Con lo cual el Tercer Mundo financia el desarrollo científico que el Primer Mundo luego le volverá a vender en un círculo de dependencia interminable. Frente a los sistemas patentados, y

a partir de una lectura de la realidad socio-económica de Latinoamérica, Estrella advierte sobre la necesidad de desarrollar una tecnología propia que permita brindar respuesta a las miles de familias que llegaban a las ciudades buscando mejores oportunidades de vida. La propuesta de Estrella no buscaba soluciones utópicas, también adoptaba una actitud pragmática cuando afirmaba que no era necesario inventar todo desde cero (Estrella, 1984, pág. 31).

Así como Habraken rescataba la sabiduría popular que subyace en los tejidos urbanos tradicionales, Estrella afirmaba que la arquitectura latinoamericana debía tomar la misma actitud que la cultura popular con respecto a la tecnología: “*La cultura popular [...] reconoce todo lo que le sirve y lo recrea desde el modo de ser particular del pueblo y desde sus necesidades*” (Estrella, 1984, pág. 31).

Más que flexibilidad, adaptabilidad

En el libro *Flexible Housing*, Tatjana Schneider y Jeremy Till citan a Steven Groak para distinguir dos facetas diferentes dentro del concepto de flexibilidad, una social y otra física. Las dos facetas tienen que ver con el modo en que cambian las actividades en un mismo espacio, pero la primera alude a una transformación de las actividades de la gente y la segunda implica un cambio en la disposición de los elementos físicos que conforman ese espacio.

En la primera de las facetas, la flexibilidad implica la posibilidad de utilizar una misma disposición física para alojar diferentes actividades. La palabra flexibilidad respondería, en ese caso, a una falta de linealidad unívoca entre un espacio o recinto y una actividad o uso. Para tomar un ejemplo burdo, puede imaginarse un tinglado vacío, que puede alojar tanto una playa de estacionamiento como una cancha de fútbol cinco.

Si bien el espacio permanece sin alterar su configuración física, tiene unas características tales, que permite alojar diferentes actividades. Es una flexibilidad desde el punto de vista social porque la configuración física se mantiene mientras lo que cambia es lo que la gente proyecta sobre el espacio. En inglés, un término más preciso sería decir que cambia la *performance* de la gente dentro de una misma disposición física del espacio²⁴².

Por otro lado, existe una flexibilidad desde el punto de vista físico, que permite transformar los espacios a medida que cambian las actividades sociales. Esta faceta de la flexibilidad mantiene la linealidad entre cada espacio y un uso unívoco, sólo que permite que tanto el uso como el espacio, cambien a lo largo del tiempo. Para cambiar la actividad a alojar, es necesario realizar cambios en la disposición física de los elementos que configuran el espacio. Un ejemplo de ello son las casas rodantes donde, con sólo accionar algunos mecanismos, el comedor se puede transformar en un dormitorio.

En realidad estas dos facetas actúan de manera relacionada, y nunca se dan en estado puro. En el galpón que se transforma en cancha de fútbol, habría que incorporar un par de arcos y una alfombra para que la actividad a alojar pueda desarrollarse mejor; y en la casa rodante que se transforma también cambian algunos elementos pero no todos, hay una disposición general que se mantiene. Teniendo en cuenta el propio dinamismo del ambiente, todo espacio materializado está sometido a cambios. El desafío es lograr que esos cambios sean acordes a las transformaciones que requiere el desarrollo de la vida. En ese sentido, el mobiliario juega un papel preponderante, adecuando los espacios según diferentes requerimientos y sin alterar en gran medida la disposición general. Así, todo espacio tiene cierto grado de flexibilidad. Uno de los adelantos de Habraken es el de percibir al mobiliario como uno

²⁴² Esta faceta social de la flexibilidad está relacionada con el concepto “célula polifuncional” con el cual, Roberto Segre se refería, por ejemplo, a la *Maison Loucheur* de Le Corbusier.

más entre los múltiples sistemas que permiten que los edificios se adecuen a los cambios que requiere el grupo humano.

Pese a que las facetas sean una abstracción conceptual, nos ayudan a entender qué aspectos valoraba de la flexibilidad y cuáles cuestionaba. En términos generales, y tal como mencionamos en otros apartados del texto, Habraken estaba en contra de la concepción monofuncional de los diferentes locales de la vivienda. Un primer nivel de flexibilidad que tiene que ver con la primera faceta, con la posibilidad de que una misma disposición espacial aloje diferentes usos, puede notarse en el cambio de las nomenclaturas que propone el S.A.R. La división entre espacios de usos generales, espacios de usos especiales, y espacios de servicio evidencia que cada local no está estrictamente ligado a una actividad específica. Por un lado, los espacios de usos generales, (donde podríamos agrupar las salas de estar, los comedores y los cuartos de juego) tienen en cuenta que hay sectores de la vivienda que van cambiando sus actividades a lo largo del día. Por otro lado, los espacios de usos especiales, al tener ese nombre neutro, facilitan el intercambio.

Según la metodología del S.A.R. cada variante básica se construye a partir de una red abstracta de espacios, dentro de esa misma disposición, se pueden generar diferentes alternativas (subvariantes) cambiando la ubicación de los espacios de usos especiales. Por esa razón, no tenía mucho sentido referirse a la función de los espacios. En su lugar, Habraken proponía hablar de la capacidad de los espacios, que remitía a todos los posibles usos que podían desarrollarse en un mismo recinto (Habraken, 2003, pág. 39).

Por ende, con el solo hecho de cambiar la nomenclatura, Habraken estaba proponiendo una concepción flexible de la vivienda tanto a lo largo del día, como a largo de su vida útil. En realidad, la innovación en cuanto a la nomenclatura no es un detalle aislado, responde a un cambio profundo en cuanto a la concepción de la vivienda. Habraken trataba de entender la vivienda -y luego toda la arquitectura- como una adecuada relación entre la permanencia y el cambio. Incluso cuando analizaba las tipologías tradicionales, un tema que puede abordarse con una mirada bastante conservadora, no pretendía conceptualizarlas como una herencia trascendental, congelada en el tiempo. Por el contrario, Habraken entendía que el estudio de las tipologías tradicionales permitía contrastar la continuidad de una jerarquía general de espacios en constante tensión con una multiplicidad de cambios sutiles que experimentan los edificios (Habraken, 1988, pág. 11).

Si uno estudia todas las viviendas de Pompeya puede notar que todas tienen sutiles diferencias y, a su vez, cada una de esas viviendas se transformó en múltiples ocasiones. Existe un esquema consagrado como tipología de la vivienda que es un esquema espacial invariante, que atraviesa de manera transversal todos los ejemplos. Es una disposición general de los espacios que rige y absorbe todos los posibles cambios. Y a su vez, esta generalidad estable entra en tensión con la particularidad cambiante. Algo muy similar a la lógica de los soportes.

Cabe aclarar que los cambios propuestos por Habraken en la nomenclatura de los locales, no responden del todo a esa concepción de la vivienda posicionada entre sistemas estables y sistemas cambiantes. En último término, la división en espacios de usos generales y espacios de usos especiales responde a una concepción de la flexibilidad que tiene que ver solamente con la faceta social.

Más allá de este cambio en las nomenclaturas, Habraken no realizó grandes aportes con respecto a la flexibilidad, como tema dentro de la arquitectura. Por el contrario, era bastante crítico con respecto al abordaje de la flexibilidad. O al menos le molestaba que se entendiera la flexibilidad como sinónimo de

espacios polifuncionales²⁴³. De allí que expresara cierto recelo hacia la búsqueda de la flexibilidad en general:

“la máxima flexibilidad no necesariamente conduce a las mejores soluciones [...] no sugiere inmediatamente un variedad de posibilidades. El mejor soporte probablemente no es aquel que resulta neutral [...] (sino el que) ofrece específicos tipos de espacios [...] y evoca diversas posibilidades” (Habraken, 1974/1979, pág. 20).

En la frase anterior se aclaran las facetas diferentes de la flexibilidad. Mientras se oponía a los espacios neutros porque no eran específicos, proponía generar una multiplicidad de alternativas. No contradecía el concepto de flexibilidad, sino que buscaba potenciar su faceta técnica, facilitar la adecuación funcional alternando los elementos físicos que condicionan el espacio. Sin embargo, esta potenciación de la faceta técnica no conducía a la exaltación de los elementos tecnológicos. Habraken cuestionaba los espacios minimalistas y polivalentes del movimiento moderno, pero también se alejaba del concepto de flexibilidad que preveían las utopías tecnológicas de los sesenta.

No contribuyó a forjar esa concepción del ser humano como totalmente rodeado de artefactos tecnológicos complejos que regulan su interacción con el ambiente. En lugar de promover una flexibilidad mediada por complejos dispositivos tecnológicos, Habraken promovía rescatar la transformación sencilla y cotidiana que observaba en los procesos de construcción tradicional. Era una flexibilidad pragmática que, en lugar de evadirse hacia el futuro, rescataba el aprendizaje del pasado. El espacio debía transformarse en función de pequeñas adaptaciones de los elementos físicos.

En esa cualidad de espacios adaptables, cobraban un valor fundamental las unidades separables, que manteniendo las cualidades generales del soporte, permitían ir variando los usos a lo largo de la vida útil de la vivienda.

En todo caso, el esfuerzo técnico debía orientarse a la metodología de diseño para facilitar la adecuación funcional y multiplicar las alternativas. Con lo cual, pese a ser una flexibilidad física, no pone el énfasis sobre la transformación en sí, en cómo deben moverse los elementos, sino en las alternativas contempladas de antemano. Más que una flexibilidad técnica o ingenieril es una flexibilidad desde el diseño, orientada a la previsión de posibles situaciones futuras. En fin de cuentas, el proyectista debía *“diseñar un conjunto de reglas, que gobiernen las posibles variaciones, y que sean lo suficientemente simples como para permitir al residente visualizar todas las opciones posibles de cambio abiertas a él”* (Habraken, 1974/1979, pág. 20). En lugar de generar una tecnología que, gracias a su complejidad técnica, permita adecuar un espacio a cualquier situación, prefería *“hallar un camino sistemático que someta a test el soporte a través de generar series de posibles plantas representativas”* (Habraken, 1974/1979, pág. 11). Con lo cual, ya no era necesario previsualizar la forma terminada del edificio sino diseñar posibles líneas de desarrollo.

La flexibilidad desde un punto de vista físico, como readecuación constante de los espacios habitables, pretendía incorporar el factor tiempo como tema propio del diseño. En el apartado del texto que analiza la influencia de la arquitectura moderna sobre Habraken, se menciona que la metodología del S.A.R. aborda la cuarta dimensión sin pretensiones estéticas. Esta visión pragmática contrastaba, por

²⁴³ Esa desconfianza hacia la neutralidad de los espacios queda bien expresada en una frase de Herman Hertzberger cuando afirma que: *“en la práctica, la neutralidad consiste en la ausencia de identidad, en otra palabra, en la falta de características propias. Entonces el problema de lo cambiante no es que puedan adaptar o modificar sus características distintivas, sino que en el inicio ya tengan características distintivas”* (Hertzberger, 2001, pág. 146).

ejemplo con el concepto de *promenades* de Le Corbusier, la inestabilidad de las escenografías biomecánicas de los constructivistas rusos o el Raumpplan de Adolf Loos. Mientras estas búsquedas modernas ponían el énfasis en las sensaciones que provocaba la experimentación del tiempo dentro de la arquitectura, Habraken incorporaba el tiempo desde un punto de vista mundano, tratando de permitir la adaptación de las viviendas con respecto al dinamismo de la vida familiar (Habraken, 2003, pág. 36).

Esta constante readecuación de los espacios, lleva a abandonar la concepción del arquitecto como aquel capaz de previsualizar la forma final del edificio. Después de todo, *“no existe algo así como el ambiente preciso. Lo que es bueno hoy, es insuficiente mañana”* (Habraken, 2002, pág. 3). Si bien los arquitectos suelen poner en juego su creatividad en las características que tendrá “su” obra terminada²⁴⁴, Habraken advierte que este cambio de enfoque no restringe la creatividad sino que la potencia al orientarla hacia un proceso más complejo.

“No hay razón para asumir que el diseño de los ambientes cotidianos es menos interesante que lo que hicieron nuestros antepasados. Por el contrario, los valores compartidos, el diseño para el cambio y la permanencia, y la coordinación distribuida de las responsabilidades de diseño no sólo requieren mucha pericia en el diseño sino que además auspician una arquitectura que será más dinámica y compleja que aquella que vimos en el pasado” (Habraken, 2003, pág. 39).

En esta propuesta de adaptación constante juegan un papel fundamental las unidades separables. En lugar de utilizar un sistema integral que se transforma para acondicionar el ambiente, la metodología del S.A.R. contaba con la relativa autonomía de cada subsistema que se acopla al soporte. Un grado de autonomía que permitía a cada subsistema evolucionar individualmente, pero sin perder la compatibilidad entre ellos. Con la evolución de los subsistemas que operan sobre la vivienda, se ampliarían las posibilidades de transformación.

Por otro lado, pese a buscar una flexibilidad sencilla sin recurrir a complejos mecanismos tecnológicos, tampoco subestima la acción de los usuarios. En lugar de guiarlos a través de una serie de pasos premeditados, la metodología del S.A.R. intenta abrir el espectro de posibilidades para ampliar el poder de decisión y control de los usuarios. Es una flexibilidad que, en un contexto signado por la Guerra Fría, exacerba la libre elección del usuario. Esta observación no pretende afirmar que Habraken buscaba contribuir a la facción capitalista liderada por Estados Unidos, sólo retoma un tema que estaba instalado en la cultura de la época. Era una preocupación que no sólo tenía que ver con el panorama geopolítico global, sino también con la crisis que atravesaba la producción industrial. La posibilidad de elegir entre un panorama amplio de posibilidades no estaba del todo contemplada dentro del esquema fordista de producción de bienes.

Mientras la flexibilidad suele verse como una estrategia acotada al ámbito arquitectónico, en los textos posteriores a la Crisis del Petróleo, Habraken destacaba la adaptabilidad como un factor que contribuía sobre el tema más amplio de la sustentabilidad del ambiente.

“El Open Building no tiene que ver solamente con la posibilidad de elegir diferentes alternativas para la disposición inicial, sino con la posibilidad de cambio a largo plazo, durante todo el largo periodo de vida de las viviendas. De ahí, su sustentabilidad” (Nagore & Habraken, 2013).

²⁴⁴ Ya se ha mencionado anteriormente que Habraken veía esta concepción de la arquitectura como un monumento acabado en sí mismo, como un resabio del pasado que no se condecía con la forma de producción del siglo veinte. Por eso, cuando hablaba de la construcción de viviendas afirmaba que *“el deseo profesional de ver el producto terminado es una motivación más psicológico que económica”* (Habraken, 1980, pág. 27).

Cuando los edificios tienen la capacidad de contemplar diferentes posibilidades de adaptación, tienen una vida útil más larga y no se requieren grandes gastos de energía para adecuarlos a las nuevas funciones que requieren sus usuarios. *“Proyectos que no tienen más de quince años y que están en buen estado de mantenimiento se vuelven obsoletos porque no pueden adecuarse a los estándares o a las expectativas de los usuarios”* (Habraken, 1980, pág. 27).

Cuando Habraken observa las transformaciones de los conjuntos de vivienda de los suburbios de Eindhoven reconoce tres procesos básicos: la anexión de espacios, cuando dos recintos se unifican; el cambio de los espacios, cuando se alteran los componentes físicos que definen un recinto; y el cambio de funciones. Frente a esto, otros arquitectos que observaron procesos similares en países poco desarrollados, destacaron principalmente el tema del crecimiento de las unidades. De allí la famosa frase de Geddes: *“... la necesidad esencial de toda casa y toda familia es tener espacio y [...] la mejora esencial para la casa de la familia, es más espacio”* (Geddes, 1918 citado en Meller, 1993, pág. 183)

A partir de esa misma idea se desarrolló toda una línea dentro de la arquitectura participativa que tiene que ver con la vivienda evolutiva. Es decir, con núcleos básicos de vivienda que se van completando en base al completamiento o la anexión de nuevos módulos. Por supuesto, esta manera de transformar las viviendas tiene puntos en común con las ideas de Habraken, pero se orientan a tipologías distintas. Mientras la idea de los núcleos básicos funcionaba mejor en tipologías aisladas en lote individual, la metodología del S.A.R. buscaba dar respuesta a la vivienda agrupada en bloques o en hileras. Es por eso que, dentro de la línea del crecimiento de la vivienda, es mucho más importante el aporte de los experimentos de Martin Wagner cuando desarrollaba el proyecto conocido como la casa que crece (Das wachsende Haus, Figura 43) de 1932 (Gyger, 2013).

En síntesis, Habraken planteaba dos estrategias complementarias. Por un lado, abordaba la flexibilidad cotidiana, de manera similar a la faceta social de la flexibilidad, que permite utilizar algunos locales de forma polivalente (los espacios de usos generales). Por otro lado, existe un abordaje más profundo desde la flexibilidad como una forma de adaptar los locales a lo largo de la vida útil del soporte. Por eso se aleja del concepto moderno de flexibilidad para poner énfasis en la adaptabilidad de los espacios. Esta faceta técnica, se desarrolla sin necesidad de accionar mecanismo técnicos complejos. Por el contrario, el esfuerzo técnico del proyecto apunta a generar mayor cantidad de alternativas a través de transformaciones simples. En esta generación de alternativas cobran un papel protagónico las unidades separables que permiten adaptar los usos que se desenvuelven dentro de los soportes con agilidad y sencillez. Para Habraken, esta flexibilidad técnica no solo se adecuaba al dinamismo cotidiano de los usuarios, también sintonizaba con una búsqueda más profunda que tenía que ver con la sustentabilidad: los edificios cuando no se adaptan al dinamismo de la vida familiar y a los ciclos de vida de los componentes materiales, se vuelven obsoletos rápidamente.

Así mismo, había que decir que en esa confianza de Habraken con respecto a los factores técnicos de la flexibilidad hay una lectura algo idealizada acerca de las transformaciones de las viviendas. Pese a que trataba de hacer explícitas las posibles transformaciones, las unidades no atravesaban grandes cambios a lo largo del tiempo. Como si la propuesta de los soportes sirviera solamente para generar mayor cantidad de tipologías iniciales. Esto se hace evidente en las observaciones de Carlos Arroyo cuando analiza el conjunto de viviendas para estudiantes diseñado por Lucien Kroll, para la Facultad de Medicina de Lovaina:

“Hay muchos ejemplos de edificios soporte construidos en los últimos cincuenta años, pero quienes los estudian se suelen centrar en los aspectos técnicos: la relación espacial entre

instalaciones, estructuras y particiones, de modo que se permitan los cambios. Sin embargo, lo más difícil de conseguir es que los usuarios sepan que su espacio se puede transformar. En una encuesta que llevamos a cabo para estudiar el edificio La Mémé (1974) de Lucien Kroll, preguntamos a los habitantes, y descubrimos que nadie sabía que se pudiera cambiar la configuración de las habitaciones. Nadie. Esa estructura teóricamente flexible había conservado la configuración inicial durante más de 30 años”(Arroyo, 2009).

Ante lo cual, es necesario preguntarse si la flexibilidad, o mejor dicho la posibilidad de adaptación y transformación puede abordarse solamente a partir de los factores técnicos de la arquitectura. En algunos de sus textos, Habraken analiza con una mirada antropológica las razones por las cuales la gente transforma su vivienda (Habraken, 1974/1979, pág. 35), en otros cuestiona todo tipo de trabas burocráticas con respecto a la libre transformación de las unidades (Habraken, 1974/1979, pág. 20). Pero nunca incorpora dentro de su propuesta aspectos que trasciendan lo estrictamente disciplinar. En la crítica de Arroyo se sugiere que estas posibilidades de transformación se acompañen con adecuadas estrategias de comunicación. Es necesario ir más allá, entender que en la transformación de los conjuntos intervienen una sumatoria de aspectos que deben complementarse. No sólo es cuestión de tener en cuenta aspectos legales y comunicativos, también debería contemplarse, por ejemplo, la cuestión del financiamiento.

Hay que reconocer que todo abordaje es gradual, la metodología del S.A.R. constituye un primer paso fundamental. Cuando Habraken propone una visión multiactoral de cada uno de los niveles que componen el ambiente, deja un camino abierto para otros arquitectos que abordaron la arquitectura participativa desde una mirada multidisciplinar. Dentro de esa línea de abordaje interactoral, que enriquece el proyecto arquitectónico a partir de un enfoque social integral, ya se ha destacado en otros pasajes del texto, el proyecto dirigido por el arquitecto guatemalteco Teddy Cruz para la asociación Casa Familiar. En ese proyecto es interesante que todas las etapas de crecimiento de la arquitectura se acompañan de una serie de pasos que combinan estrategias productivas y de fortalecimiento comunitario.

En una línea similar puede enmarcarse el proyecto urbano desarrollado por Fernández Castro y un equipo multidisciplinar de la Universidad de Buenos Aires en la Villa 31 de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Sin embargo, hay que destacar que estos proyectos, incluso cuando preveían el desarrollo integral y gradual de diferentes etapas, todavía no han abandonaron su condición de proyecto. No sólo que no se transformaron a lo largo del tiempo sino que ni siquiera se han iniciado.

Indeterminismo formal y diseño temático

En la redistribución de las decisiones acerca del diseño que propone Habraken, la forma final que adquiere el ambiente se va pautando de manera gradual, desde las escalas superiores hacia las inferiores. Pero como cada nivel superior no determina totalmente los niveles inferiores siempre queda un amplio margen de indeterminación. Nuevamente es importante destacar una frase de Habraken que evidencia la influencia de Heidegger al decir que *“Una vivienda es algo que no puede diseñarse. Una vivienda es un acto (...) No se puede crear un hogar para otra persona. Es imposible crear viviendas para desconocidos”* (Habraken, 1977). A partir de lo cual puede notarse que la acción del profesional tiene un límite, que la vivienda no es un objeto técnico sino que requiere la participación del usuario. Si bien Habraken resuelve esta participación desde un punto de vista pragmático (para evitar la degradación del paisaje que se producía en los grandes conjuntos de vivienda), respondía a una mirada filosófica profunda. Los problemas que abordaban los conjuntos masivos posteriores a la Segunda Guerra surgían

por excluir a los usuarios “durante el proceso de elaboración de decisiones que lleva a la producción de viviendas. Son una multitud anónima” (Habraken, 1977). Por lo cual, a la hora de revertir esa exclusión, era necesario aceptar los límites de la intervención profesional con respecto a la forma final del proyecto. Integrar al usuario en el proceso de toma de decisiones implicaba aceptar que el profesional no podía decidirlo todo. Y por lo tanto, el profesional no podía prever completamente cómo sería su forma final. La metodología del S.A.R., surgida como una forma ordenada de regular la participación, cuestionaba uno de los pilares del ejercicio profesional: la previsualización de la obra.

Según Habraken, los grandes conjuntos de vivienda posteriores a la Segunda Guerra se construían a partir de la multiplicación de una misma unidad de vivienda que se repetía, en todos sus detalles, para conformar un edificio más grande²⁴⁵. En algunos casos, como en el conjunto del Bijlmermeer (Figura 14), esto se cumple literalmente. Y peor aún, fuera del contexto neerlandés, la multiplicación matemática de las tipologías se producía a lo largo de grandes porciones de territorio. Las oficinas técnicas consideraban que era más eficiente reducir la cantidad de tipologías posibles. Con lo cual “La mayor parte de los esfuerzos de diseño son dirigidos a encontrar una solución lo suficientemente buena como para justificar una repetición continuada de la planta” (Habraken, 1974/1979, pág. 11). El diseñador debía encontrar una configuración espacial perfecta y estable pese a que los residentes se encuentren inmersos en un proceso dinámico y complejo. Este abordaje absurdo del diseño de viviendas, no sólo goza de plena vigencia a principios del siglo veintiuno sino que además, se automatiza cada vez más en base a las nuevas posibilidades tecnológicas que brinda el diseño asistido por computadoras²⁴⁶.

La planta perfecta implica un congelamiento ideal de la vivienda que atenta contra las adecuaciones que requiere toda vivienda, condiciona el desarrollo de la vida cotidiana. Niega la posibilidad individual de realizar cambios, con lo cual se dificulta la apropiación. La vivienda deja de ser parte constitutiva de la identidad, que acompaña el de las personas, deja de acompañar el desenvolvimiento de la vida, para transformarse en fuente de frustración, en un estorbo para la vida cotidiana.

Frente a esto, Habraken buscaba incorporar el criterio heurístico en la vivienda, entenderla como parte de un proceso en constante transformación. Una obra abierta donde el usuario podía decidir la disposición que adquiriría la planta en función de los requerimientos cambiantes de la vida cotidiana. El diseñador ya no tenía que encontrar una planta perfecta para multiplicarla a lo largo del edificio. Por eso en una entrevista, Habraken afirmaba que el arquitecto quedaba liberado de la planta (Havik, Teerds, & Habraken, 2011). No pretendía abandonar el trabajo en planta -pieza gráfica que siempre priorizaba- sino que renunciaba a la búsqueda de la tipología ideal para proponer, en su lugar, tipologías que posibiliten el completamiento mediante la acción de los residentes.

Después de todo, la necesidad de controlar verticalmente todo el proceso de diseño era, más que un requisito técnico, una prerrogativa ideológica. Si bien la Historia de la Arquitectura se ha escrito a partir de las viviendas concebidas como “villas palladianas”, donde un mismo arquitecto controla el proyecto “desde la A hasta la Z” (Havik, Teerds, & Habraken, 2011), esta postura se vuelve ridícula cuando se trata de abordar proyectos de mayor escala. A mediados del siglo veinte “estábamos estancado en una ideología en la cual la auto-afirmación y la originalidad del arquitecto eran consideradas sagradas” (Havik, Teerds, & Habraken, 2011).

²⁴⁵“El proceso de diseño en producciones masivas está basado en la planta de la unidad de vivienda. Una vez diseñada una unidad, esta se repita hasta crear un edificio de mayor magnitud” (Habraken, 1974/1979, pág. 11).

²⁴⁶ En el libro *El Artesano*, Richard Sennett comenta el modo en que el diseño mediante los programas de CAD atentan contra una arquitectura vivencial para fomentar una arquitectura deshumanizada y abstracta.

Por eso es necesario aclarar que la idea de Habraken es principalmente organizativa, no persigue un interés formal. De allí que Ole Bouman, entrevistado en el documental *De Drager*, afirma que lejos de proponer una idea estética, Habraken proponía una manera de organizar el trabajo. En todo caso, si quisiéramos buscar un criterio formal dentro de la arquitectura sobre el cual tuvieron influencia las ideas del S.A.R. habría que destacar, como rasgo común, la adopción de una forma abierta, en transformación constante.

Si bien Habraken adopta esta lógica a partir de la observación de los conjuntos de vivienda, con el paso del tiempo lo propone como un criterio válido para toda la arquitectura. En los textos que desarrolla en el M.I.T. hay una doble extrapolación de la lógica de los soportes. En primer término se expande la separación según diferentes instancias de decisión hacia todo el ambiente. Si un edificio se veía como una articulación entre dos niveles -soportes y unidades separables-, entonces esta lógica podía continuarse hacia otras escalas. El ambiente se concibe como una sumatoria de capas, donde cada escala representa una instancia de toma de decisiones diferente. Por otro lado, la lógica heurística que niega la posibilidad de imaginar en detalle y por adelantado la totalidad de la obra terminada, se adopta como un criterio válido para establecer una nueva metodología de diseño.

Analizando la propuesta del S.A.R. desde un punto estrictamente morfológico, en los conjuntos de vivienda conviven pautas formales de distinta durabilidad: por un lado, la lógica formal estable de los soportes; y por otro lado, la forma dinámica que adoptan las unidades separables. En una especie de juego morfológico interminable, los rasgos neutros y estables del soporte se combinan con las formas más dinámicas y particularizadas de las unidades separables. El rasgo formal de los soportes servía como pauta que brindaba relativa unidad al conjunto, mientras que los rasgos formales diferenciados y cambiantes de las unidades separables aportaba variedad y complejidad dentro del todo²⁴⁷. De allí que Habraken propone contemplar este juego entre pautas formales de diferente durabilidad en un nuevo abordaje del diseño apropiado a todas las disciplinas proyectuales. En lugar de constituir una metodología con instrumentos y pasos a seguir, este nuevo abordaje se asemeja a una especie de juego pedagógico para incorporar la lógica de un diseño ambiental basado en el cambio constante. Dentro de este abordaje, se diferenciaban algunas decisiones proyectuales que condicionaban la generalidad de la forma, es decir, el tema; frente a otra familia de decisiones que condicionaban el desarrollo posterior la forma, las variaciones. Es un juego entre tema y variaciones, de allí que Habraken desarrolla este abordaje bajo el nombre de Diseño Temático.

Esta propuesta entendía la forma *“como resultado de un proceso de transformaciones”* (Habraken J. , 1987, pág. 4), por lo cual las decisiones primarias, el tema, se entendían como decisiones estratégicas que condicionaban el desarrollo posterior sin pre-determinarlo completamente. El tema era una tendencia general a la forma, donde las decisiones posteriores, refuerzan o rompen esa lógica, en un juego de rasgos temáticos y variaciones.

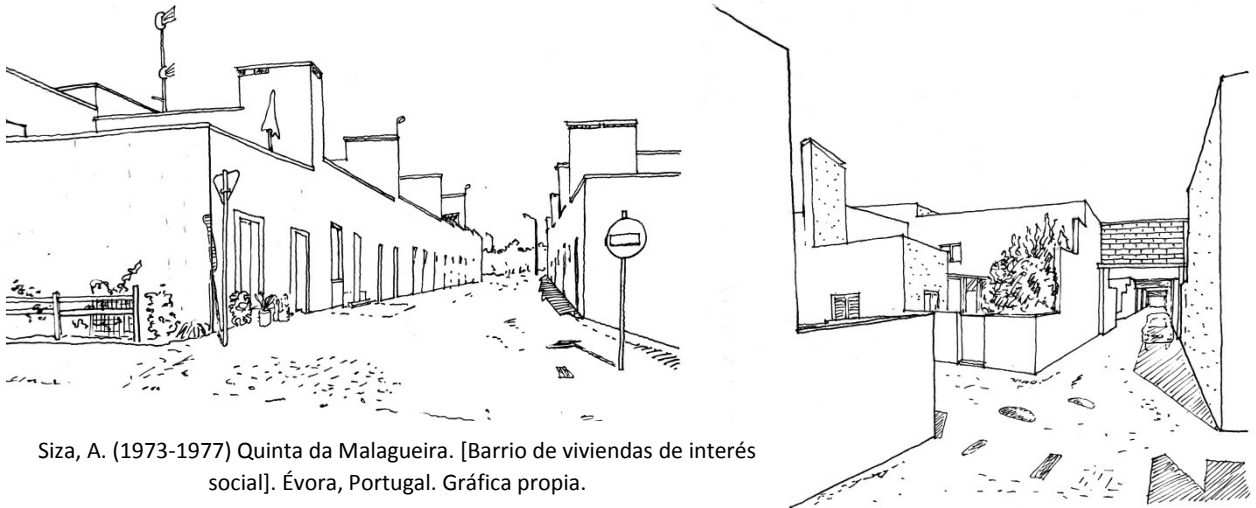
“Una vez que se comprende cuál es el tema, como un medio para guiar nuestra acción y coordinarla con otros, nos damos cuenta que, además, somos libres para apartarnos de las

²⁴⁷ En un texto escrito por John Habraken y Andrés Mignucci se destaca este contraste entre el tema estable y las variaciones dinámicas en el tejido compacto de las ciudades europeas. *“Los Canales de Ámsterdam y el Eixample de Barcelona tienen en común que su forma física se basa en un conjunto reconocible de reglas y acuerdos, temas y variaciones, en el cual observamos el tema arquitectónico que distingue y dota de identidad a cada uno de estos conjuntos urbanos. Estos temas toman forma no para repetición serial de soluciones singulares, sino por una infinidad de variaciones que dotan al lugar de un sentido de carácter individual mientras mantienen intactos y reconocibles los principios de ordenación que tienen en común”*(Mignucci & Habraken, 2010, pág. 52).

convenciones que seguimos [con lo cual] lo temático y lo no temático son parte de la misma intención de diseño” (Habraken J. , 1987, pág. 6).

Esta claridad en cuanto a la definición de las lógicas que intervienen en el diseño permite abordar la tarea de manera colectiva. La actividad proyectual abandona la interioridad, opaca del arquitecto creativo, para pasar al plano de lo comunicativo, donde pueden intervenir múltiples actores. Por eso es importante recalcar que, pese a considerar la actividad proyectual como un juego, esto no implicaba necesariamente la falta de racionalidad.

Por el contrario, la visión de Habraken trataba de establecer un desarrollo lógico de la forma para facilitar la coordinación de diferentes actores. No era el mejor ejercicio como para exacerbar la figura del arquitecto ensimismado en la tarea proyectual, que imagina formas fantásticas que luego los expertos en construcción tratarán de resolver de la manera más fiel posible. En un sentido diametralmente opuesto, era un llamado hacia el establecimiento de lógicas colectivas²⁴⁸. Apuntaba a un rol profesional distinto.



Siza, A. (1973-1977) Quinta da Malagueira. [Barrio de viviendas de interés social]. Évora, Portugal. Gráfica propia.

Figura 28 Quinta da Malagueira

Si bien el diseño temático no tuvo la misma trascendencia que la metodología de los soportes, es necesario reconocer que la relación entre pautas estables y las variaciones individuales se ha transformado en un desafío recurrente para la arquitectura participativa. Mucho antes de que Habraken desarrollara esta idea del diseño temático, el arquitecto portugués Álvaro Siza había tratado de generar un paisaje variado que refleje la riqueza de los asentamientos tradicionales en base a la combinación de dos tipologías básicas que podían crecer en el terreno. A partir de una primera decisión básica -jardín delantero o posterior- Siza generó toda una expansión de la ciudad. Con el diferente grado de completamiento de las unidades, y con la adecuación de las manzanas según las condicionantes geográficas, logró un conjunto de aceptable variedad y sin estridencias. La imagen es austera, debido al contexto de escasez que atravesaba Portugal, sin embargo, la unidad del lenguaje no redundaba en un paisaje monótono. Por el contrario, la escala humana y los ligeros cambios morfológicos permiten superar la abstracción de la ortogonalidad estricta.

²⁴⁸“Nada (en el diseño temático) puede ser hecho porque sí, y cada paso tienen consideraciones tanto arquitectónicas como técnicas. [...] Cuando el diseño es demasiado abstracto, [pareciera que] todo vale [...] uno no puede trabajar así cuando sabe que para diseñar un edificio hay que saber construirlo” (Habraken, 1987, pág. 4).

Las viviendas de Quinta de Malagueira (Figura 28), diseñadas mediante un largo proceso participativo, y construidas lentamente mediante cooperativas de trabajo, demuestran que no es necesario sobrecargar el diseño para favorecer la apropiación de los usuarios y la diversidad del paisaje (Mota, 2011).

El tejido de la ciudad

En el apartado del texto llamado *Distribuir el poder mejora la arquitectura*, se pone de manifiesto la crítica que realiza Habraken con respecto a la concepción del arquitecto como creador de monumentos. Es interesante destacar que, según su punto de vista, existía un vínculo entre el rol profesional heredado del Renacimiento y la tendencia a generar obras de arquitectura que buscan destacarse del entorno que las rodea. Mientras la formación del arquitecto pone el énfasis sobre los edificios singulares, el ejercicio profesional termina enriqueciendo lo que conocemos como “*el ambiente de todos los días*”. Para Habraken, gran parte de los problemas que se originan en el ambiente, surgen por tratar de construir los conjuntos de vivienda con la misma lógica con la cual los arquitectos están acostumbrados a construir monumentos.

“Venimos de una tradición de constructores de monumentos, pero hoy estamos inmersos en el diseño del ambiente cotidiano. Nuestro origen es muy distinto de lo que hacemos ahora. El modo en que nos vemos es producto de nuestro pasado, y se está volviendo contraproducente” (Habraken, 2003, pág. 32).

En la película *De Drager* habla del arquitecto como una especie de Rey Midas, obligado a diseñar cada una de sus obras como si fuera especial. Todo lo que toca el arquitecto se convierte en especial. Con esa lógica se construyeron excelentes obras de arquitectura, donde pueden tomarse como ejemplos las “villas” para comitentes ricos construidas por los pioneros de la arquitectura moderna. Pero es imposible que todo sea especial. Para que exista la idea de singularidad también tiene que existir la idea del todo. Es una contradicción. Si uno construye el todo a partir de edificios singulares, dejan de ser singulares. Esto no implica que Habraken descarte absolutamente la lógica que busca generar edificios que rompen con el entorno. De hecho, solamente afirma que es una postura contradictoria cuando se expande a todos los edificios que componen el ambiente. A su vez, esta manera de concebir los edificios desde la singularidad, implicaba que el arquitecto resolvía todos los detalles de la obra por anticipado. Cuando este diseño absoluto y centralizado se ejercía sobre grandes porciones del ambiente, las soluciones debían simplificarse para agilizar el proceso. Con lo cual, se generaba un paisaje monótono y deshumanizado, donde se perdía la complejidad de la vida cotidiana.

Es por eso que Habraken proponía volver a considerar la arquitectura cotidiana, el *everyday environment*, como parte de la tarea del arquitecto (Habraken, 2003, pág. 32). Su propuesta era, más que una impugnación hacia el rol profesional, una invitación para participar en un proceso complejo y dinámico que requería de toda su creatividad. No obstante, para ello era necesario replantear algunas concepciones del pasado. Durante su trabajo en el M.I.T., Habraken dedicó parte de su trabajo a romper la inercia por la cual “*el ambiente cotidiano nunca fue considerado arquitectura*” (Habraken, 2003, pág. 32). Una especie de ceguera voluntaria que perdura hasta nuestros días “*todavía hacemos esa distinción. Cuando viajamos para ver arquitectura, caminamos a través de las calles y las manzanas de una ciudad extranjera hacia nuestro destino [un edificio singular]: recién ahí frenamos y miramos*” (Habraken, 2003, pág. 33).

A partir de estos textos Habraken desarrolló una nueva sensibilidad con respecto a la inserción de los edificios en la ciudad, congruente con su idea de los niveles. Así como los conjuntos de vivienda

exigían trabajar la relación entre el soporte y las unidades separables, toda arquitectura implicaba trabajar el punto de contacto entre el edificio y la ciudad.

Mientras, la formación del arquitecto concentraba la atención sobre la singularidad del edificio, Habraken prefiere poner el énfasis en el modo de insertarse en el contexto. Es por eso que comienza a utilizar con frecuencia dos términos similares: *urban fabric* y *urban tissue*, que remiten al tejido de la ciudad. Es decir, al “*nivel de las calles y elementos urbanos de la escala del vecindario más directamente ligados al edificio. Es un término introducido para hacer una distinción con respecto a la estructura urbana, [que comprende] las calles principales y otras infraestructuras de la ciudad*” (Habraken, 2002, pág. 8). Es, por lo tanto, un nivel intermedio entre la totalidad de la ciudad y los edificios como entidades. Es un nivel que cobra una importancia fundamental por condicionar la experiencia urbana. El tejido urbano se reconoce a nivel peatonal, cuando alguien recorre la ciudad. Está condicionado, fundamentalmente, por el modo en que los edificios van pautando los espacios transitables de la ciudad. De allí que los edificios, y especialmente los conjuntos de vivienda, deben diseñarse buscando una apropiada adecuación con respecto al tejido urbano.

A partir de estas reflexiones con respecto al contexto urbano, Habraken va a llegar a una conclusión que recuerda las ideas de Jane Jacobs, John Turner e incluso Christopher Alexander. La mejor solución urbana para plantear la vivienda colectiva es la construcción compacta, en bloques de pocos pisos. En una entrevista del 2013 Habraken afirmaba que “*el modelo de baja altura y alta densidad (low-rise high-density) tiende a ser el más eficiente. [...] Si haces bloques de seis pisos de altura, obtienes alta densidad del modo más eficiente*” (Nagore & Habraken, 2013)

En realidad, el vínculo entre edificio y ciudad, que se desenvuelve en el nivel del tejido urbano, implica una relación de retroalimentación mutua, donde las decisiones sobre uno influyen sobre el otro. De esta manera, el éxito de uno condiciona el desarrollo del otro y las decisiones desacertadas sobre uno repercuten negativamente sobre el otro.

Esta dependencia mutua entre el edificio y su contexto ya aparecía insinuada en las primeras investigaciones del S.A.R. Por ejemplo, cuando afirmaba que “*Un área urbana puede morir [...] debido a que las viviendas ya no se pueden adaptar con facilidad a los requerimientos del momento actual*” (Habraken, 1974/1979, pág. 191). Del mismo modo “*tampoco pueden ser renovadas por completo*”. El tejido está conformado por viviendas y cada vivienda está llena de vida. Por lo cual, los soportes permiten establecer una estrategia más sensible con respecto al contexto urbano. Permite hacer una intervención gradual. “*El principio fundamental fue que el área debía ser renovada gradualmente, vivienda por vivienda*” (Habraken, 1974/1979, pág. 191).

Con lo cual, puede notarse que, si bien las ideas de Habraken se centraban en la arquitectura de vivienda colectiva, siempre incluyeron un abordaje particular con respecto al abordaje de la ciudad. Su punto de vista se nutría de una serie de críticas a la arquitectura moderna y, por supuesto, termina abogando por propuestas urbanísticas similares a quienes cuestionaron la ortodoxia moderna. Sin llegar a desarrollar una teoría sobre urbanismo, cuando Habraken aborda el concepto de tejido urbano pueden establecerse cuatro líneas básicas para intervenir en la ciudad: respetar las preexistencias, trabajar la transición entre lo público y lo privado, diseñar los edificios teniendo en cuenta la escala del peatón, y realizar intervenciones graduales.

La influencia de Martin Heidegger

Tanto Bernard Leupen como Israel Nagore han destacado la influencia del filósofo Martin Heidegger en el pensamiento de Habraken (Nagore, 2012). En realidad, no sería exagerado afirmar que el texto *Construir, habitar, pensar* conduce a un cambio en el abordaje de toda la arquitectura posmoderna. Este texto fue presentado en Darmstadt en 1951, en medio de la crisis de vivienda que atravesaba Alemania posteriormente a la derrota de la Segunda Guerra Mundial. En ese contexto de penuria, las ideas de Heidegger terminan de precipitar el cuestionamiento de dos cualidades propias de la arquitectura moderna: la veneración del espacio abstracto y el abordaje técnico de la vivienda.

Por un lado, Heidegger cuestiona la abstracción del espacio que produjo la arquitectura moderna. *“Cuando se habla de hombre y espacio, oímos esto como si el hombre estuviera en un lado y el espacio en otro. Pero el espacio no es un enfrente del hombre [...] No existen los hombres y además espacio”* (Heidegger, 1954/1975). Para recomponer esta unión entre el espacio y el ser humano, los arquitectos de mitad de siglo prefieren referirse al concepto de lugar, que es menos abstracto y más cálido que el término espacio. El concepto de lugar aparece referenciado en el texto de Heidegger cuando escoge la metáfora de un puente para ejemplificar el modo en que las cosas nos coligan (nos conectan) con la cuaternidad, donde incluye una serie de conceptos que convendría profundizar desde la filosofía. Estos son: el cielo, la tierra, los dioses y los mortales. A partir de la descripción del puente, Heidegger afirma que:

“sólo puede abrir un espacio a un paraje aquello que en sí mismo es un lugar. El lugar no está ya presente antes del puente. Es cierto que antes de que esté puesto el puente, a lo largo de la corriente hay muchos sitios que pueden ser ocupados por algo. De entre ellos uno se da como un lugar, y esto ocurre por el puente” (Heidegger, 1954/1975).

Con lo cual, el puente hace al lugar. Las cosas, y fundamentalmente la arquitectura, son causantes del lugar.

“Lo espaciado es cada vez otorgado y de este modo ensamblado es decir, coligado por medio de un lugar, es decir, por una cosa del tipo puente. De ahí que los espacios reciban su esencia desde lugares y no desde «el» espacio” (Heidegger, 1954/1975).

Por otro lado, la ruptura con respecto al espacio abstracto no estaba del todo separada de un segundo cuestionamiento en referencia a la arquitectura moderna: la vivienda como producto técnico. Tanto la concepción del espacio como la de la vivienda, confluían en la obra de Heidegger cuando se refería al habitar del hombre. Entonces, para terminar de entender el cambio que se produce en la concepción del espacio y para comenzar a delinear el cambio de abordaje que se produce con respecto a la vivienda, es importante desarrollar las ideas de Heidegger con respecto al habitar.

Construir, habitar, pensar comienza haciendo una crítica al modo en que toda Europa buscaba hacer frente a la crisis de vivienda: *“En la actual falta de viviendas, tener donde alojarse es ciertamente algo tranquilizador y reconfortante”* (Heidegger, 1954/1975). Pero por más que las viviendas puedan estar bien resueltas técnicamente, esto no implica que faciliten el habitar. *“Pueden tener incluso una buena distribución, facilitar la vida práctica, tener precios asequibles, estar abiertas al aire, la luz y el sol, pero ¿albergan ya en sí la garantía de que acontezca un habitar?”*(Heidegger, 1954/1975). La respuesta de Turner, Habraken y Alexander, es: no. El eje de la discusión sobre el alojamiento estaba cambiando

desde el objeto casa -diseñada por un arquitecto- hacia el proceso mediante el cual el ser humano habita²⁴⁹. De allí que Habraken afirmaba:

“La acción humana individual forma parte del planteamiento del alojamiento. Después de todo, estamos hablando de una manifestación importante de la civilización humana: construir es, por excellence, una actividad civilizada, y nuestra civilización no está de ninguna manera limitada a las actividades de cierto número de más o menos talentados arquitectos” (Habraken, 1962/1975, pág. 31).

Menos de una década después de la presentación del texto *Construir, habitar, pensar* Habraken se preguntaba: *“¿Qué es la vivienda (dwelling)? Esta cuasi filosófica pregunta es planteada hoy en día con toda seriedad, y todo contesta de su contestación”* (Habraken, 1962/1975, pág. 39). Por lo cual, era necesario generar una respuesta que contemple todo su peso filosófico. Sin dejar de lado *“la esencia de la cosa”*, lo cual implicaría responder a la pregunta *“de un modo demasiado pobre”* (Heidegger, 1954/1975).

Aparentemente, la respuesta de la modernidad con respecto a la construcción de vivienda había dejado de lado la cuestión del habitar (dwelling). Cuando en realidad, *“el habitar (dwelling) es la manera en que los mortales son en la tierra”* (Heidegger, 1954/1975). Y a su vez, el habitar está totalmente permeado por el construir: *“Construir es propiamente habitar”* (Heidegger, 1954/1975). Si bien esto no está del todo expresado en el castellano actual, sí lo está por ejemplo en el alemán antiguo. La partícula *buan* que significaba habitar está presente en *bauen* que significa construir. *“Ser hombre significa: estar en la tierra como mortal, significa: habitar. La antigua palabra bauen significa que el hombre es en la medida en que habita”* (Heidegger, 1954/1975). Pero la palabra *bauen* significa también cultivar, como un vínculo entre el construir y el hecho de *“cobijar el crecimiento”* (Heidegger, 1954/1975). Esta observación de Heidegger permite establecer un vínculo con la metáfora del jardinero que utiliza Habraken. Hablando del rol del arquitecto, Habraken propone abandonar la postura del artista como creador de monumentos que resisten al tiempo, para imaginar al arquitecto como un jardinero que se inserta en un ambiente cambiante para contribuir con su dinamismo.

En el texto de Heidegger, las obras materiales adquieren un valor trascendente en cuanto posibilitan el habitar. En ese sentido, el peso y la trascendencia que adquiere la vivienda, en los textos de Turner, Habraken y Alexander se nutre de estas ideas filosóficas que marcaron la segunda mitad del siglo veinte.

La vivienda de las grandes masas de población, que había sido abordada por los arquitectos modernos como si se tratara de una ecuación científica ahora comenzaba a ser mirada considerando las características trascendentes del habitar. Según Heidegger:

“Las construcciones mantienen (custodian) a la Cuaternidad. Son cosas que, a su modo, cuidan (velan por) la Cuaternidad. Cuidar la Cuaternidad, salvar la tierra, recibir el cielo, estar a la espera de los dioses, guiar a los mortales, este cuádruple cuidar es la esencia simple del habitar” (Heidegger, 1954/1975).

Después de otorgarle semejante peso a la construcción, el abordaje abstracto y despersonalizado con el cual los arquitectos modernos habían abordado la vivienda colectiva parecía una herejía, o al menos un desprecio por los valores trascendentales. Ya no tenía sentido *“diseñar un ideal prototípico sobre la base de una investigación científica acerca de las necesidades del usuario”* (Habraken, 2002, pág.

²⁴⁹“El construir es un impulso que prefiere el acto [el proceso] al producto del mismo” (Habraken, 1962/1975, pág. 36))

4). Sino que el arquitecto comenzaba a preguntarse acerca de un proceso que existía desde mucho antes de que se pudiera imaginar la aparición de una profesión especializada en el construir. Comienza a preguntarse acerca del habitar. De allí que Habraken busque recomponer una “relación natural” entre el ser humano y su ambiente. Algo que se había roto en la respuesta que proponía la arquitectura moderna con respecto a la crisis de vivienda.

En los bloques de vivienda masiva, el hombre no se alojaba, no habitaba, sino que era alojado. Dejaba de ser un agente activo en la construcción del ambiente, para ser un receptor pasivo. *“Si investigamos sobre la naturaleza de la influencia que el habitante puede ejercer, veremos inmediatamente que [...] está íntimamente ligada a las actividades humanas esenciales”* (Habraken, 1962/1975, pág. 28). Ante lo cual, era imprescindible volver a recuperar esa influencia del habitante. No sólo como una contribución al proceso de construcción sino como parte de la condición humana: *“Al mismo tiempo [las acciones de las personas sobre el ambiente] se entretajan con la felicidad y la dignidad humanas [a tal extremo] que son mucho más que una mera influencia en el proceso del alojamiento”* (Habraken, 1962/1975, pág. 28).

En los textos de Heidegger, el construir es parte del habitar. Y ambas relacionadas son parte esencial del modo de ser del hombre en la tierra. *“Los mortales son; esto quiere decir: habitando aguantan espacios sobre el fundamento de su residencia junto a cosas y lugares”* (Heidegger, 1954/1975). Por lo cual, se genera una relación indisoluble entre el hombre y el lugar que habita. Por eso Heidegger afirma que *“Yo nunca estoy solamente aquí como este cuerpo encapsulado, sino que estoy allí, es decir, aguantando ya el espacio”* (Heidegger, 1954/1975). Esa compenetración existente entre el ser humano y el espacio que habita puede verse en la frase en la cual Habraken explica la “relación natural”:

Porque el hombre quiere poseer [en el sentido de hacer propio] su ambiente, se hace cargo de él. Decora sus paredes, fija clavos allí, dispone sillas alrededor, cuelga cortinas. Pronto hace tareas de carpintería, renueva los pisos, mejora la calefacción, cambia las luces. Al punto tal que no podemos trazar una línea que separe estas actividades de lo que conocemos como construcción. Habitar (Dwelling) está indisolublemente conectado con el construir (building). [...] Estas nociones no pueden separarse, sino que juntas comprenden la idea del ser humano alojándose (housing) a sí mismo; habitar es construir. Estamos hablando, siempre, de los resultados de esta misma relación entre el hombre y la materia. Esta relación es, por lo tanto, la base de todo lo que ha sido realizado en cuanto al habitar humano (human habitation). Es el resultado de la naturaleza humana, y por lo tanto la llamaré la “relación natural” (Habraken, 1962/1975, pág. 41).

Esa “relación natural” de la cual habla Habraken es lo que Heidegger describe como *“la manera en que los mortales son en la tierra”*. En cierto modo, Habraken ejemplifica las palabras de Heidegger tomando como referencia la construcción de la vivienda: si construir es habitar, y considerando que habitar es el modo de ser del hombre en la tierra, entonces es necesario que el hombre forme parte de la construcción de su vivienda. Sólo de ese modo, podría considerarse que el hombre habita esa vivienda.

Sin embargo, la construcción no implicaba construir artesanalmente el edificio. Heidegger se refería al construir como un modo de cobijar el crecimiento. No es sinónimo de producir, sino que el construir *“cuida el crecimiento”* (Heidegger, 1954/1975). De hecho, lo importante de este cuidar, que es el construir, es que implica un rol activo.

“El cuidar, en sí mismo, no consiste únicamente en no hacerle nada a lo cuidado. El verdadero cuidar es algo positivo, y acontece cuando de antemano dejamos a algo en su esencia. [...] El rasgo fundamental del habitar es este cuidar (custodiar, velar por)” (Heidegger, 1954/1975). Con lo cual, las similitudes son

bastante literales, incluso cuando Habraken prefería utilizar el término “natural” en lugar de referirse a la “esencia del ser”. Ambos hacían referencia a un rol activo del hombre en el habitar.

Otra similitud es que tanto Habraken como Heidegger realizan un cuestionamiento al abordaje moderno de la técnica, pero ambos terminan destacando las cualidades esenciales de la técnica. Para Heidegger, la técnica no era simplemente el arte o el oficio manual. La *tekhne*, palabra de origen griego, no se limitaba a la pura producción. Por el contrario, implicaba un “dejar aparecer”. Es decir que permite hacer formar parte del presente, algo que ya estaba presente. “*La esencia del producir que construye no se puede pensar de un modo suficiente a partir del arte de construir, ni de la ingeniería, ni de una mera copulación entre ambas [...] La esencia del construir es el dejar habitar*” (Heidegger, 1954/1975). Del mismo modo, Habraken cuestiona la técnica que no permite incorporar la acción del ser humano. La técnica deshumanizada orientada a la producción de grandes bloques de viviendas impedía que el hombre participe del habitar. Sin embargo, entendía que la técnica podía reorientarse para permitir la reincorporación del usuario en las decisiones del ambiente. Es decir que, la técnica podía ayudar al ser humano a participar de la construcción del ambiente, podía servir para “dejar habitar”.

Heidegger hace referencia a ese vínculo existente entre una técnica y un modo de habitar utilizando el ejemplo de una casa en la selva negra “*que un habitar todavía rural construyó hace siglos*”. El filósofo alemán elogia la disposición de la casa llegando a la conclusión de que “*A la casa de campo la ha construido un oficio que surgió, él mismo, del habitar*” (Heidegger, 1954/1975). Y pese a que algunos puedan interpretar esta frase como una invitación a retomar las técnicas tradicionales del pasado, el mismo Heidegger advierte que “*no quiere decir en modo alguno que deberíamos, y podríamos, volver a la construcción de estas casas*” (Heidegger, 1954/1975). En sintonía con estas ideas, el interés de Habraken era buscar una técnica acorde a un modo de vida totalmente condicionado por el desarrollo de la industria. Habraken abogaba por un modo de construir acorde al modo de habitar de la segunda mitad del siglo veinte.

En síntesis, Heidegger afirmaba que se planteaba superar la penuria habitacional en base a la producción de viviendas²⁵⁰. Antes que eso, era necesario “*volver a buscar la esencia del habitar*” (Heidegger, 1954/1975). Si construir era parte del habitar, entonces aquellos arquitectos, como Habraken, Turner y Alexander, que buscaban incorporar al usuario dentro del proceso de construcción de viviendas, estaban tratando de recuperar esa esencia del habitar a la que hacía referencia Heidegger.

Resolver la participación, pero la del arquitecto

Situación previa a la participación

Las ideas de Habraken surgen como una respuesta al modo en que los países europeos habían enfrentado la crisis de vivienda posterior a la Segunda Guerra. Según Stephen Kendall:

“La vivienda masiva había excluido la participación y la responsabilidad individual de los propietarios, eliminando por completo a los habitantes del proceso de habitación. [...] Todo era decidido profesionalmente, diseñado profesionalmente, administrado y reparado profesionalmente. El ambiente construido como artefacto colectivo que identifica a la gente, con todas sus particularidades, se estaba muriendo” (Kendall & Jonathan, 2002, pág. 10).

²⁵⁰ “*Se intenta evitar esta penuria haciendo viviendas, fomentando la construcción de viviendas, planificando toda la industria y el negocio de la construcción*” (Heidegger, 1954/1975).

Con lo cual, los grandes bloques de vivienda masiva expresaban un retroceso de la identificación personal frente a un aumento de la tecnocracia que concentraba todas las decisiones en manos de profesionales. El paisaje dejaba de lado su carácter complejo y colectivo para transformarse en un orden abstracto y esquemático plasmado desde las oficinas técnicas.

En lugar de comenzar a proponer alternativas formales para solucionar el alojamiento masivo, Habraken proponía un cambio de enfoque sobre la vivienda. El verdadero aporte de su diagnóstico fue entender que la forma monótona y deshumanizada de los conjuntos era producto de un modo de distribuir el poder de decisión con respecto al ambiente. Por eso afirmaba que *“en el alojamiento masivo la morfología está expresando los valores de quienes toman las decisiones”* (Habraken, 1978, pág. 59). Con lo cual, su punto de partida era una crítica hacia la unilateralidad en cuanto al ejercicio del poder para tomar decisiones. Esa crítica se transformó posteriormente en una propuesta acerca de cómo distribuir el poder, y más tarde esa distribución de las decisiones obtuvo un correlato material según la cual las decisiones colectivas se materializaban en el soporte, mientras las decisiones individuales quedaban plasmadas en la elección y distribución de las unidades separables.

Pero los arquitectos no tenían intención de hacer una arquitectura inhabitable. Si los paisajes no lograban establecer un vínculo con la gente esto se debía al hecho de que los arquitectos se encontraban atrapados dentro de su propia burbuja. *“El diálogo sobre lo que es bueno o malo ocurre entre profesionales que sólo necesitan convencerse unos a otros”* (Habraken, 1978, pág. 59). El tema de la vivienda, abordado solamente desde uno de los actores involucrados se convertía en una entelequia que se alejaba cada vez más de la injerencia y de los valores de los habitantes. *“Las autoridades escuchan a los profesionales y los expertos. Los resultados se comparan después internacionalmente: el diálogo entre profesionales continúa vía publicaciones, convenciones, exposiciones y excursiones”* (Habraken, 1978, pág. 59). Con lo cual, la investigación centrada en los mecanismos propios de la disciplina no aportaba grandes mejoras. Los arquitectos acostumbrados a poner el foco sobre los edificios como si fueran cosas, no podían abordar el problema del habitar como un proceso multiactorial y complejo²⁵¹. Era necesario un cambio de enfoque.

El camino de Heidegger y Turner

Frente al esquema tecnocrático que construía el ambiente en base al control absoluto y vertical, centralizado en los profesionales, comenzaba a surgir una mirada que rescataba un modo ancestral de construir el paisaje, basada en la interacción cotidiana entre el ser humano y su ambiente. Esta visión que se consolidaba a partir de los aportes de las ciencias sociales (Heidegger, Lefebvre, Mumford, Jane Jacobs), buscaba reposicionar al ser humano como un actor central dentro del proceso que implica el habitar. En ese sentido, mientras la respuesta a la crisis de vivienda durante la posguerra *“se caracteriza por el hecho de que los usuarios realmente no forman parte de la construcción”* (Habraken, 1977), un nuevo abordaje de la vivienda colectiva buscará reconciliar la labor del arquitecto con la participación de los habitantes dentro de su propio ambiente.

La participación del usuario en la vivienda tenía un fundamento existencial. Implicaba una relación dialéctica donde el ser humano, transformando su ambiente, se transformaba a sí mismo. Al negarle la posibilidad de influir en su ambiente, los habitantes se convertían en una personalidad mutilada. Negada

²⁵¹*“El arquitecto mira el edificio residencial como un objeto, un pedazo de arquitectura, no como parte de una planificación urbana tridimensional, tampoco como algo que incentiva al residente individual a intervenir allí”* (Havik, Teerds, & Habraken, 2011, pág. 13).

de una potencia esencial del ser humano. Despojado de la posibilidad de identificarse con el lugar donde vive. Un ser humano convertido en usuario en el peor sentido de la palabra, una persona que no habita un lugar sino que transita un espacio abstracto con el único objetivo de hacer uso de él. Una utilidad limitada y forzosa²⁵², sin una verdadera apropiación²⁵³.

Por momentos, en las ideas de Habraken puede notarse un énfasis individualista en la acción y en los valores personales de cada residente²⁵⁴, pero se fundaba en una observación con respecto al ser humano en su sentido más amplio y profundo.

Según este punto de vista, el ser humano había construido su propio ambiente desde siempre. Por lo cual, la propuesta de alojamiento formulada por los arquitectos modernos constituía un episodio artificial que iba en sentido inverso a la “esencia” o “naturaleza” del habitar. Era un retroceso guiado por la tecnocracia que podía revertirse recuperando la cuota adecuada de participación por parte de los pobladores. La respuesta de los arquitectos modernos ante la crisis de vivienda no sólo estaba en contra del modo tradicional de habitar, sino que además era insignificante comparada con la magnitud del problema. A mediados del siglo veinte, sólo un porcentaje minúsculo de las viviendas del mundo se construía en base a la acción profesional de algún arquitecto. Si bien ese episodio artificial, que negaba la condición natural del ser humano, estaba acompañado por un proceso de industrialización de las técnicas de construcción, algunos arquitectos como Habraken y Turner notaron que se podía cambiar el abordaje sin renunciar del todo a las ventajas de la industria. El problema no estaba en la industria en sí, sino en el modo de organizar las intervenciones sobre el ambiente. Era necesario rediseñar el proceso de toma de decisiones.

Considerando la conformación física del ambiente como resultado de un modo de estructurar las decisiones, el abordaje de la arquitectura dejaba de concentrarse en la forma y en las técnicas constructivas, para priorizar el abordaje desde el ámbito de las relaciones de poder. Sin embargo, considerando que la forma, la tecnología y la organización social estaban relacionadas, entonces un nuevo abordaje del proceso de toma de decisiones condicionaba, o reorientaba, el modo de concebir la forma y la tecnología.

La vitalidad de los tejidos urbanos tradicionales y el vínculo identitario que se produce entre éstos y sus pobladores constituía un modelo de referencia hacia donde orientar las acciones. Mientras Turner mencionaba el paisaje de Miconos y Alexander hablaba de Siena, Habraken toma como referencia el tejido tradicional de la ciudad de Ámsterdam. Por otro lado, el avance de las ciencias sociales durante la segunda mitad del siglo veinte aportaba un nuevo repertorio de herramientas para abordar la tarea. La antropología, la comunicación y la economía, por mencionar algunas, permitían conceptualizar el ambiente desde sus aristas más complejas, sin caer en la mirada simplificadora de la modernidad²⁵⁵.

²⁵² En el libro *Soportes, una alternativa para el alojamiento de masas* Habraken realiza una crítica a la vivienda como máquina de habitar. Mientras las máquinas cumplen funciones, y se miden según las funciones que cumplen, las viviendas posibilitan cumplir funciones. Heidegger completaría la frase diciendo que la vivienda permite el habitar.

²⁵³ Entendiendo como apropiación el hecho de sentir algo como propio.

²⁵⁴ Por ejemplo, puede notarse el énfasis en la individualidad de los habitantes cuando Habraken afirma: “*una casa es algo personal y debe adaptarse al usuario*” (Habraken, 2002, pág. 4).

²⁵⁵ Ese llamado hacia la complejidad en el abordaje estaba condicionado por la mirada desde las Ciencias Sociales, como por ejemplo la Comunicación. Esto puede notarse cuando Habraken afirma que “*la reinserción de tal usuario (en el proceso de toma de decisiones), sin la sobre-simplificación de aspectos de organización y o técnicos [...] requiere coordinación y comunicación en el diseño*” (Habraken J. , 1974/1979, pág. 15).

En base a las referencias del pasado y el cuestionamiento a la cultura moderna realizado por las ciencias sociales, algunos arquitectos delinearon un modo tradicional de habitar. En otras palabras, descubrían una relación entre el ser humano y su medio ambiente consolidada a lo largo de los años, con profundas raíces filosóficas y antropológicas. Esa relación con el ambiente posicionaba a los pobladores en un rol activo, y no solamente como un receptor pasivo. El Estado ya no debía proveer viviendas²⁵⁶ como si fueran un objeto prototípico, diseñado en todos sus detalles según los requerimientos fisiológicos de un usuario estadístico. Por el contrario, debía estimular un intercambio complejo entre múltiples actores a lo largo de un proceso de diseño y construcción participativo.

La participación en arquitectura

Sin embargo, dentro de los arquitectos que comenzaron a indagar en el tema de la participación existían diferentes abordajes. En particular, Habraken se había interesado por la participación como una manera de incorporar la posibilidad de transformar la vivienda a lo largo de su vida útil²⁵⁷. Su propuesta apuntaba a que cada residente tuviera cierto margen como para poder modificar y transformar su vivienda sin ocasionar inconvenientes al conjunto de los vecinos. Para lo cual, no se necesitaba informarle a cada usuario cómo ni cuándo actuar. La propuesta afirmaba, simplemente, que las decisiones profesionales tenían un límite, a partir del cual comenzaban a entrar en juego las decisiones y la acción de quienes habitan las viviendas. Los habitantes no necesitaban mucha instrucción con respecto a cómo habitar, de hecho la gente tiende a modificar sus viviendas incluso cuando la arquitectura y la normativa no se los permite. En lugar de profundizar en el modo de implementar la participación, Habraken prefiere concentrarse en una metodología de diseño que permita generar una respuesta formal abierta a la acción cotidiana de los habitantes. Una metodología para generar una respuesta formal donde estén claramente diferenciadas las injerencias profesionales, de las decisiones que pueden tomar los habitantes a lo largo de la vida útil de la vivienda. Las decisiones profesionales cristalizaban en elementos arquitectónicos de mayor estabilidad que pertenecían a toda la colectividad, mientras que el resto del edificio -particularmente cada vivienda- se conformaba a partir de elementos intercambiables. Para de ese modo, permitir que el ser humano habite tal como lo ha hecho siempre, transformando y haciendo propio el ambiente que lo circunda.

No obstante, y tal como se afirma anteriormente, esta distribución de las decisiones sobre el ambiente, implicaba restringir las incumbencias que se habían arrogado los arquitectos modernos. Según Habraken, los arquitectos estaban acostumbrados a concebir las obras como si fueran monumentos. Es decir, como si fueran iconos, que se destacaban del entorno cotidiano. Obras estáticas, preparadas para resistir al paso del tiempo, donde el diseño minucioso de todos sus detalles enaltecía la reputación del autor. Por lo cual, se consideraba negativo cualquier tipo de cambio o alteración entre lo imaginado por el autor y el resultado final que adquiriría la obra. Era un control absoluto y vertical. Con esta misma lógica, los arquitectos modernos habían comenzado a diseñar grandes conjuntos de viviendas para hacer

²⁵⁶ Evidentemente, este cambio de roles en el Estado, que dejaba de verse como un proveedor de viviendas para ser considerado un facilitador o un agente posibilitador del acto de habitar, resultaba muy adecuado para aquellos que propugnaban un recorte en los gastos del Estado. Durante las últimas décadas del siglo veinte, el Banco Mundial, por ejemplo, potenciaba, dentro de esta corriente, las políticas de lotes con servicios. En ellas, el estado debía proveer la infraestructura urbana de la vivienda, mientras los pobladores construían las viviendas según sus propios medios.

²⁵⁷ *"Me he dado cuenta que mi interés por la participación era, en un principio, porque consideraba inevitable el tema del cambio"* (Habraken, 1986, pág. 143).

frente a la escasez posterior a la Segunda Guerra. Para mantener un control absoluto y centralizado, la respuesta formal evidenciaba un creciente proceso de simplificación que derivaba en ambientes monótonos y deshumanizados.

Frente al sentimiento de descontento y frustración de la gente con respecto a estas grandes extensiones de la ciudad construidas en base a la lógica urbanística moderna, las propuestas basadas en la participación se presentaban como una alternativa viable para toda política de viviendas. Por más que varios arquitectos estaban desarrollando teorías similares, no todos los sectores estaban dispuestos a aceptar sus propuestas.

“La mayor oposición vino por parte de los arquitectos, incluso cuando la construcción de viviendas (para las masas) era un territorio desconocido para ellos, desde una perspectiva histórica. Se sentían disminuidos, considerando que los arquitectos debían producir monumentos que fueran capaces de resistir la mella del tiempo; no querían que ningún aspecto de su creación fuera alterada” (Havik, Teerds, & Habraken, 2011, pág. 9).

Incluso el mismo Habraken tenía cierto resquemor con respecto a otras propuestas arquitectónicas que incorporaban la participación. Si bien afirmaba que su metodología se basaba en la idea de participación²⁵⁸, no compartía todas las ideas que otros contemporáneos elaboraban al respecto. La participación funcionaba, dentro de su teoría, como una idea fundante, aunque no se limitaba a ella. Por el contrario, en la metodología del S.A.R., la participación funciona como una aceptación de los límites profesionales. Era una metodología que aceptaba la posibilidad de que los usuarios decidan sobre la conformación de su vivienda. Con lo cual, no hay una intención de especificar o predeterminar ningún tipo de dinámica colectiva. No se dictan los pasos para llevar a cabo una participación colectiva y tampoco se describe, a modo de ejemplo, ningún proceso de participación. Es cierto que, en caso de querer instrumentar dinámicas grupales con respecto a la conformación del ambiente, la metodología de Habraken puede utilizarse, pero es poco específica y no aborda realmente los nudos problemáticos que implica la participación.

Las críticas de Habraken con respecto a la participación

A partir de una lectura histórica, consideraba que el tema de la participación tuvo su auge en la década del sesenta como *“una reacción a la creencia tácita de que el profesional lo podía hacer todo”* (Habraken J. , 1986, pág. 140). Aunque, además, cuestionaba la postura del arquitecto como un *“facultativo benevolente que le permite a la gente participar”* (Habraken J. , 1986, pág. 140). Los arquitectos que implementaban la participación solían hacerlo desde dos posturas similares: escuchando las demandas de los usuarios o delegándoles parte de las decisiones. Sin embargo, en ambas posturas el arquitecto se arroga la totalidad del proceso, en el cual invita a participar a la gente común (lay people). Mientras que en realidad el habitar o la construcción del refugio propio (shelter) *“es parte de la vida cotidiana de los humanos, algo que acontecerá siempre y en todo lugar que la gente comparta un espacio”* (Habraken J. , 1986, pág. 140). A lo largo de la historia de la humanidad, y a excepción de la reciente experiencia de la arquitectura moderna, el ser humano había construido sus viviendas sin ningún tipo de intervención profesional. Una práctica que, por otro lado, se desarrollaba sin grandes

²⁵⁸ *“Corresponde explicar que uno está por la participación y que los procedimientos participativos —por complicados y dilatados que sean— merecen la pena en principio. [...] Sin embargo, en mi opinión tal es la señal de que algo está confundiendo. La verdadera participación sólo puede encontrarse en una relación de poderes”* (Habraken, 1978, pág. 59).

alteraciones en la mayor parte del mundo. En todo caso, según Habraken, el que debía preguntarse cómo participar en el proceso era el arquitecto.

Más allá de eso, Habraken consideraba que ante el panorama deficitario actual y a partir del avance de las condiciones de producción, la tarea del arquitecto no era para nada despreciable. Por el contrario *“en una nueva etapa, donde mucho más es posible, el profesional juega un rol crucial en el proceso. Sí, nuestra participación es importante”* (Habraken J. , 1986, pág. 140).

El error de los arquitectos que implementaron la participación fue naturalizar el modelo de producción de viviendas del fordismo creyendo que el arquitecto era el dueño del proceso de toma de decisiones y tenía la potestad de invitar o delegar parte de esta potestad en los usuarios²⁵⁹. En realidad los usuarios eran habitantes, es decir: habitaban en la medida en que transformaban y establecían vínculos con el ambiente. Esa relación, en la época de la industria, se había complejizado, pero no había desaparecido. En todo caso, el que estaba invitado a participar en la construcción de viviendas era el arquitecto. Para eso, era necesario recordar que *“provenimos de una cultura occidental europea, en una sociedad burguesa en la cual el arquitecto fue invitado por el comitente para diseñar su casa. [...] Desde esta perspectiva histórica amplia, sería legítimo preguntarnos quién participa en qué”* (Habraken J. , 1986, pág. 140).

La propuesta de Habraken significaba, por ende, más que un programa de acción para los usuarios, un cambio de rol para los arquitectos. Para Habraken, los arquitectos estaban todavía buscando el modo de insertarse en un proceso que los excedía en cuanto a historia y complejidad²⁶⁰. Era un proceso que se desarrollaba desde el comienzo de la humanidad mediante la acción cotidiana de la gente, y cuando los arquitectos quisieron acapararlo utilizando sus instrumentos disciplinares, terminaron generando ambientes excesivamente simplificados. Por lo cual, Habraken pensaba en reorientar el rol del arquitecto, para mejorar su inserción en el proceso complejo que implicaba. El rol que propone Habraken también estaba relacionado con la visión del ambiente como construcción gradual y cotidiana. Para lo cual, era necesario apartarse de la arquitectura como producción de objetos para poner el énfasis sobre el proceso. En cierto modo, era una manera de escapar de la vivienda objeto del movimiento, como máquina de habitar, para adecuarse a una modalidad de producción más compleja, adecuada a los cambios sociopolíticos que imponía la globalización y la producción disgregada.

En lugar de embarcarse en el proceso lento y complejo de las dinámicas horizontales, donde el arquitecto toma las decisiones junto al usuario, Habraken propone aportar orden en la división de las decisiones. Tanto la metodología de diseño, como la forma resultante (soportes y las unidades), permiten aclarar cuándo toman las decisiones los profesionales y cuándo los usuarios. El proceso y la forma buscan aclarar cuándo interviene cada uno: *“No estamos hablando de decisiones compartidas sino sobre separar el proceso de toma de decisiones (decisión making). No decirle a la gente qué hacer, sino aceptarla como un actor implicado con el cual relacionarse”* (Morado Nascimento & Habraken, 2012).

Con lo cual, en lugar de decirle a la gente cómo habitar, era necesario generar una propuesta metodológica y formal que permita el habitar, del modo en que la gente lo había hecho durante toda su historia. Esto implica asumir que la gente está interesada en *“aceptar algunas responsabilidades. Pero*

²⁵⁹*“De repente te encuentras con una corriente cultural de gente que alienta la participación, pero es entonces cuando dicen: ‘Pese a todo, nosotros vamos a estar a cargo del proceso de participación’ [...] En definitiva, está implícito que el profesional es quien toma las decisiones y no el residente”* (Havik, Teerds, & Habraken, 2011). En todo caso, en la arquitectura participativa, el arquitecto invitaba a participar a la gente.

²⁶⁰ Habraken afirmaba que *“la clase profesional todavía está intentando encontrar la manera apropiada de participar en el milenar proceso del ambiente humano”* (Habraken, 1986, pág. 140).

esas responsabilidades deben estar claramente definidas” (Habraken, 2002, pág. 16) desde el comienzo del proceso de diseño. En lugar de generar instancias de interacción entre el arquitecto y los pobladores, es necesario separar su acción a partir de un proceso claro y ordenado. Aclarando hasta dónde llega la injerencia de cada uno.

La participación como separación de las decisiones, colectivas e individuales

La propuesta de Habraken implicaba un cambio en el rol del arquitecto, pero no en los pobladores: *“un residente no tiene por qué ser un diseñador. Normalmente él o ella no tienen interés por el diseño per se, sino solamente en vivir en un ambiente que mejor le vaya a él o ella”* (Habraken, 1974/1979, pág. 20). Del mismo modo *“alguien que compra un traje no tiene por qué ser sastre”* (Habraken, 1974/1979, pág. 20). Si bien la comparación no es muy precisa teniendo en cuenta que según su propia visión la vivienda no debía considerarse como un producto terminado, sirve para afirmar que existe una serie de saberes y tareas propias de la profesión arquitectónica. Es por eso que, cuando propone una definición acerca de la participación la limita a determinados sectores. No es una manera de construir el mundo, sino una manera de completarlo. En el libro escrito entre John Habraken y Andrés Mignucci, definen la participación del usuario como *“Capacidad del usuario, los residentes o la ciudadanía en general, de ejercer control y formar parte del proceso de toma de decisiones sobre porciones específicas del entorno construido”* (Mignucci & Habraken, 2010, pág. 94). Aunque la idea de los soportes permitía contemplar la participación o el completamiento en una porción fundamental para la vida humana (la vivienda), la definición puede llegar a malinterpretarse porque no establece cuál es el límite de acción para cada uno de los involucrados. Nuevamente, es necesario recordar esas políticas urbanas que se consideran participativas porque les permiten a los pobladores elegir el color de la pintura del centro vecinal. Si bien no responden a un verdadero proceso participativo, podrían entrar en la definición propuesta por Habraken y Mignucci. Es una participación acotada a la pintura de los edificios. Con lo cual, pese a que el arquitecto no resigna casi nada con respecto a su injerencia, se utiliza la participación como una etiqueta, un rótulo, que legitima el proceso.

En última instancia, al ser una definición que no especifica sus límites, se podría llegar incluso a todo tipo de arquitectura. Considerando que en otros textos Habraken afirma que el usuario transforma su ambiente incluso cuando su acción no está prevista, entonces quiere decir que toda arquitectura es participativa. En todo caso, en los grandes bloques de vivienda, era una participación estrictamente limitada a la pintura de los locales, la ornamentación y la disposición de los mobiliarios. Una porción muy específica del ambiente, pero que está dentro de la definición de Habraken.

Sin embargo, algo destacable es que la metodología de Habraken plantea articular diferentes escalas de organización, como diferentes esferas de poder. Busca recomponer el equilibrio entre la esfera de la comunidad y la esfera individual. Si bien admiraba aquellos ambientes que se construían solamente mediante la acción individual, de pequeña escala²⁶¹, advertía sobre la necesidad de promover, como un ámbito superior y determinante, una instancia de decisiones correspondiente a la esfera de la comunidad: *“cuando el proceso alcanza cierta magnitud surge la necesidad imperiosa de desarrollar poderes superiores y de mayor radio de acción. Se precisa el planeamiento. Hay necesidad de*

²⁶¹ *“Alegra constatar que todavía pueden encontrarse numerosos rededores construidos para cuya existencia el usuario constituye el poder indispensable y que en muchos casos el usuario mismo es el único poder que se le conoce al proceso”* (Habraken, 1978, pág. 54).

Infraestructura” (Habraken, 1978, pág. 55). Con lo cual, la acción individual tiene un límite y nunca puede suplantar la acción colectiva.

El beneficio de la participación como división de las decisiones

Según Habraken, la reincorporación del usuario dentro del proceso de construcción permitiría que la arquitectura recupere la diversidad que tenían en los ambientes construidos mediante la acción individual de sus habitantes. Recordando que la propuesta metodológica de Habraken buscaba dar respuesta al proceso de simplificación que atravesaron los conjuntos de vivienda modernos a mitad del siglo veinte, *“las decisiones individuales de los residentes, tomadas dentro de los límites establecidos por la comunidad, pueden contribuir a la creación de un barrio interesante y variado”* (Habraken, 1974/1979, pág. 31). De ahí que, la metodología de los soportes no apunta solamente a evitar la frustración individual del usuario, persigue un objetivo de alcance colectivo: mejorar el paisaje.

Habría que mencionar además, que los soportes, al permitir separar elementos constructivos que tienen distinta vida útil y mantenimiento, simplifican las reparaciones. Esta agilidad en el mantenimiento, sumada a la posibilidad de cambiar los usos alterando la disposición de las unidades de diseño, permite que el edificio en su conjunto tenga mayor vida útil. Estas cualidades venían a revertir el acelerado proceso de degradación que atravesaban los conjuntos de vivienda de mitad de siglo. Los grandes conjuntos de vivienda completamente prefabricados se volvían rápidamente obsoletos porque era muy costoso repararlos o porque no se podían adecuar al cambiante estilo de vida de la gente. Infraestructuras que anteriormente estaban reservadas a un sector reducido de la sociedad, poco después se convirtieron en un requisito común de todos los usuarios. Habraken pone como ejemplo el uso de la calefacción central, un sistema que era muy fácil de incorporar en la lógica de los soportes. Para realizar cambios en las infraestructuras o en las disposiciones espaciales de los conjuntos completamente prefabricados se requerían grandes gastos de energía y recursos materiales. Por el contrario, los soportes aparecían como una manera de optimizar los recursos destinados al mantenimiento y estirar la vida útil de los conjuntos.

De modo que, los soportes revelaban una faceta ecológica que significaba pensar en el consumo de energía y recursos no solamente en cuanto a la construcción, sino además en relación al mantenimiento y la vida útil. Habría que mencionar que Habraken, al igual que Turner, pensaba que la participación permitía que la gente adquiriera cierta responsabilidad con respecto al medio ambiente. Quien se siente involucrado en algo, también se siente responsable de ello. Poniéndose en el lugar del usuario, Habraken se preguntaba: *“Si no tengo responsabilidad personal y no tengo derecho a hacer nada entonces por qué me voy a preocupar si las escaleras del edificio están en mal estado”* (Havik, Teerds, & Habraken, 2011, pág. 14). Los soportes permitían, por un lado, optimizar los recursos invertidos en el ambiente, pero además, involucrar a la gente en su cuidado.

Por último, sobre las ventajas en cuanto al cuidado del medio ambiente, hay que tener en cuenta que los soportes evidenciaban un modo de administrar el poder. Con lo cual, deja de considerarse una mera estrategia de diseño para transformarse en una herramienta política. Implicaba una manera de regular el proceso de toma de decisiones. Esta intención de aclarar las relaciones de poder que se manifiestan en el ambiente construido continúa vigente en aquellas experiencias que siguen las búsquedas del S.A.R. En definitiva *“el open building realmente habla de cambiar las diferentes responsabilidades, que es básicamente un tema político”* (Nagore & Habraken, 2013). Refiriéndose a su tarea en el S.A.R., Habraken afirma que *“En esa época no estaba interesado en la política, en absoluto, pero con el paso del tiempo se hizo evidente que -aunque te guste o no- es una cuestión política”* (Nagore

& Habraken, 2013). En conclusión, la base participativa de la metodología de los soportes permitía ampliar el horizonte de la arquitectura. Era una visión de “*la participación como parte de un desarrollo más amplio*” (Habraken J. , 1986, pág. 143).



Alcaldía de Medellín
(2004-2008) Quebrada
Juan Bobo.
[Mejoramiento integral
con relocalización en el
lugar]. Medellín,
Colombia. Gráfica
propia.

Figura 29 Quebrada Juan Bobo

Dentro de este abordaje de la participación como parte de un desarrollo de mayor escala, resulta muy interesante revisar el Proyecto Piloto de Consolidación Habitacional y Recuperación Ambiental de la Quebrada Juan Bobo (2004-2008) en la ciudad de Medellín, Colombia (Figura 29). Si bien, en esta intervención no se tuvo en cuenta la lógica de los soportes, puede notarse que las instancias de participación buscaban fortalecer el compromiso de los pobladores con el cuidado del medio ambiente. Al igual que en la propuesta teórica de Habraken, en el saneamiento de la quebrada Juan Bobo hay una intención por entender los espacios públicos y las circulaciones de los edificios como parte del interés comunitario. Involucrar a los pobladores en el diseño facilita la apropiación, y por ende el mantenimiento del ambiente construido. Se construyeron ciento ocho viviendas, que actúan como telón de fondo de una intervención paisajística mucho más amplia que incluía el saneamiento de una cuenca hídrica de dos mil setecientos metros. El proyecto trabajaba sobre el mejoramiento de algunas viviendas, mientras que relocalizaban altura las viviendas que estaban en riesgo de derrumbe o inundación. Aunque las viviendas se entregaban con un nivel básico de terminación para permitir el completamiento, la verdadera transformación se apreciaba sobre la totalidad del sistema ecológico. Se incorporaron nuevos equipamientos, como una ludoteca para niños y una pista de patineta para los jóvenes. Pero, lo más importante: se cambió la identidad de la quebrada. Ésta pasó de ser un foco infeccioso en riesgo de derrumbe, a un parque público lineal que vincula los equipamientos y las viviendas con el sistema de movilidad de la ciudad.

Del alojamiento de masas a la customización, una teoría acomodaticia

En todos sus escritos, Habraken trataba de asumir una postura pragmática, buscando aportar soluciones técnicas sobre el tema de la vivienda, sin indagar en el trasfondo político del contexto en el cual se desenvolvía. Si bien tenía en cuenta que su propuesta afectaba la distribución del poder de tomar decisiones, en una lectura del conjunto de su obra se nota una tendencia a aceptar, si no a fortalecer, las condiciones de producción capitalistas. Por supuesto, Habraken consideraba la viabilidad económica como una de las principales virtudes de su metodología, pero también hay que reconocer que ese énfasis sobre las características económicas desentonaba con respecto a sus fundamentos filosóficos.

Cuando Silvia Colmenares retoma las diferentes críticas que recibió la metodología del S.A.R., hay una serie de observaciones que señalan una excesiva dependencia de la propuesta con respecto a los poderes económicos consolidados. Existía un vínculo estrecho entre el S.A.R. y las grandes empresas que guiaban la industrialización de la construcción en los países bajos²⁶². Habraken creía que para mejorar la respuesta estatal con respecto a la vivienda no había que abandonar la prefabricación sino, re-direccionarla. En lugar de apuntar a la prefabricación de la vivienda completa, había que fomentar la prefabricación de sistemas constructivos compatibles. De manera que el funcionamiento del S.A.R. priorizaba una relación fluida con las empresas que fomentaban la industrialización de la vivienda. En el proyecto de viviendas que encaró el S.A.R. junto a las empresas Phillips e Intervam, en Ommoord, esta relación fluida se transformó en un excesivo condicionamiento.

“Aunque esta vez el proyecto experimental parecía contar con todos los elementos para tener éxito y poder realizarse (fondos, suelo, resultados...etc.) encontró una gran oposición entre los propios miembros fundadores del S.A.R. y especialmente en Van Tijen [...]. Lo calificó como un 'proceso podrido' y se negó a que el nombre del S.A.R. fuera ligado al proyecto. Tenía miedo de que se juzgara la entera labor del S.A.R. por este resultado” (Colmenares, 2010, pág. 9).

Evidentemente, el trabajo junto a las grandes empresas no era tan sencillo. En todo caso, la intención de guiar la industria en un momento en que los mercados comenzaban a separarse de la injerencia del Estado formaba parte de una estrategia algo idealista. En todo caso, si la industria comenzaba a orientarse hacia la producción disgregada de unidades separables, no era resultado de la influencia de las propuestas de Habraken sino por un cambio en la industria a nivel internacional.

Mientras Habraken perseguía un auténtico interés humanista, tratando de conectar al ser humano con el proceso de conformación del ambiente, la industria buscaba maximizar la rentabilidad en medio de la Crisis del Petróleo. Por eso, con el paso del tiempo, cuando se analiza el esfuerzo que realizaba Habraken por tratar de asociar sus propuestas a las tendencias de mercado de la época, sus ideas se ven deslucidas. En realidad nunca queda muy claro si se trataba de una actitud idealista o si era solamente oportunismo²⁶³. Si realmente pensaba que la producción capitalista estaba construyendo un mundo donde el ser humano tendría mayor protagonismo en la construcción del ambiente, o si por el contrario

²⁶²Habraken afirmaba que el éxito de su propuesta dependía de la aceptación de quienes controlan el mercado de la vivienda: *“Este abordaje tiene sentido cuando los desarrolladores, administradores y constructores, comienzan a apreciar su potencial”* (Habraken, 1986, pág. 143).

²⁶³ Puede notarse, por ejemplo, cierta actitud oportunista cuando, a partir de la creación de la Unión Europea, Habraken se ilusionaba con el cambio de las políticas habitacionales, desde los grandes proyectos de vivienda hacia la mejora de las condiciones de mercado de los sistemas constructivos. *“los sistemas constructivos no dependen de un único proyecto aplicable a un área extensa. Esto es particularmente interesante en la Europa más unida de 1992”* (Habraken, 2002, pág. 14).

sabiendo que el capitalismo avanzaba hacia la destrucción irreversible del ambiente trataba de encarrilar sus propuestas en los nichos de mercado existentes.

Habraken mostraba entusiasmo con respecto al auge de los sistemas constructivos industrializados, tomándolos casi como parte integral de su propuesta²⁶⁴. De hecho, los sistemas constructivos formaban parte del esquema de trabajo del S.A.R. y parte de los recursos se orientaban a guiar la fabricación de componentes. Ciertamente había una coincidencia entre la lógica de los soportes y la producción de sistemas constructivos. Sin embargo, se trataba de una tendencia de mercado mucho más amplia, con una dinámica propia cuya única racionalidad se basaba en el lucro. Al lado de las características del fenómeno, la experiencia del S.A.R. resulta insignificante. Por supuesto, las ideas de Habraken no se centraban en la prefabricación de sistemas constructivos, pero lo que llama la atención es que homologue esta tendencia del mercado con su abordaje de la vivienda.

Lo mismo podría decirse, cuando en algunas entrevistas trata de comparar la idea de los soportes con otra tendencia en auge: la construcción de *shopping malls*. Donde un inversor construye una parte estable de la obra física, las infraestructuras y los usos comunes, mientras que el espacio interior se subdivide para que cada arrendatario construya su propio local según una lógica dinámica, dado que los espacios comerciales tienen que transformarse constantemente para atraer clientes²⁶⁵. Nuevamente, hay una evidente similitud con respecto a la propuesta del S.A.R.. Aunque se debería incluir toda una serie de críticas con respecto a la lógica de los *shopping malls* para que la idea, aplicada hacia la vivienda, no quede bastardeada.

Con esto no se intenta imponer un ideal ético con respecto a la vivienda, que no puede estar condicionada con las dinámicas del mercado. No obstante, la idea de los *shopping malls* resulta muy disonante con respecto al peso filosófico de los primeros textos de Habraken. Como si estuviera dispuesto a montar sus ideas sobre cualquier corriente existente referida a la forma de habitar de los humanos, por más nociva que sea. Si bien, no es el objetivo de este trabajo, diversos autores han profundizado sobre los efectos de la lógica del *shopping mall* no sólo como tipología que se multiplica por las ciudades sino como modelo de sociabilidad. Para tener nociones generales podrían mencionarse los textos de Marc Augé, Giandomenico Amendola, Francesc Muñoz, pero la bibliografía sobre este tema se actualiza día a día.

Algo similar ocurría cuando, en la década del setenta, Habraken destacaba el éxito de la construcción de suburbios de baja densidad en las ciudades norteamericanas por ofrecer “*una solución que comparta cierto grado de control por parte del usuario*” (Habraken, 1974/1979, pág. 15). Esta lectura optimista se realiza en un momento en que ya existían suficientes elementos como para poder realizar una crítica sobre el proceso de suburbanización de las ciudades.

Todavía cabe señalar que en entrevistas de principios del siglo veintiuno, Habraken sigue admirando, al menos, que los suburbios permiten que las viviendas vayan cambiando sin alterar el funcionamiento general del barrio.

²⁶⁴ De hecho, Habraken realizaba una defensa de los sistemas constructivos muy similar a la defensa que realizaba el neoliberalismo de la desregulación de los mercados: “*Donde haya diversidad de sistemas constructivos, los clientes podrán elegir y la competencia producirá variedad en cuanto a estilos y precios*” (Habraken, 2002, pág. 14).

²⁶⁵ Con respecto a los *shopping malls*, Habraken afirmaba: “*Los shopping malls ofrecen un espacio vacío para que los arrendatarios se hagan cargo del diseño interior*” (Morado Nascimento & Habraken, 2012). “*Es por eso que [...] los shopping malls evolucionan de manera muy natural, en respuesta al requerimiento de los clientes. Después de todo, con superficies tan grandes, era comercialmente interesante alquilar cada espacio a la gente para que pueda organizarlo por sí misma*” (Havik, Teerds, & Habraken, 2011, pág. 13).

Por un motivo similar, Habraken destacaba el modo en que se construyen las oficinas en Estados Unidos *“los edificios de oficina y los shopping malls se producen como cáscaras vacías, entonces los propietarios de las unidades pueden decidir qué quieren para ellas”* (Havik, Teerds, & Habraken, 2011, pág. 15). De algún modo, Habraken trata de afirmar que el éxito de la lógica de los edificios de oficinas como cáscaras vacías garantiza la rentabilidad del sistema de soportes aplicado a los edificios de vivienda.

En efecto, hay una constante necesidad de justificar sus ideas desde la rentabilidad económica. Algo que, por supuesto, es una manera de escapar a la constante especulación teórica y evasiva tan frecuente entre los arquitectos de su época. Sin embargo, la repetición acrítica de las ventajas económicas de su metodología²⁶⁶ terminan corroborando esa primera crítica que recalca Colmenares: una propuesta demasiado apegada a los poderes económicos consolidados.

Por otro lado, Colmenares señala como otra de las críticas frecuentes hacia Habraken, una supuesta postura tecnócrata *“con tendencia a hallar soluciones eficaces por encima de otras consideraciones ideológicas o políticas”* (Colmenares, 2010, pág. 10). Si bien esta afirmación parece excesiva en el contexto derrotista de principios de siglo veintiuno, resultaba bastante lógica durante la década del setenta²⁶⁷.

Esa intención por construir una alternativa técnica sin incidir en el plano ideológico, puede verse por ejemplo, cuando elaborando una propuesta para remediar la situación que atravesaba el Jordaan, una zona de Ámsterdam que en ese momento se encontraba degradada, advertía que su propuesta era eminentemente física y acotada a la vivienda, que *“no hubo intención de tratar sobre los espacios urbanos de este barrio y los simultáneos problemas sociales, políticos y económicos”* (Habraken, 1974/1979, pág. 192). No se trataba de una particularidad de ese proyecto, en realidad en todos los proyectos en que trabajaba existe una tendencia similar, tratando de corregir las deficiencias del ambiente sin alterar las causas políticas que las originan²⁶⁸.

²⁶⁶ Cuando menciona los ejemplos de edificios que siguen la lógica de los soportes como el Next 21 de Osaka o el edificio *Arabianta*, siempre hace un esfuerzo por destacarlos como exitosos emprendimientos inmobiliarios. Hablando del *Arabianta* afirmaba que *“El resultado fue no sólo que los propietarios pudieran decidir sobre el tamaño, la disposición y la terminación de sus departamentos, también las unidades pudieron entregarse de acuerdo al plazo y presupuesto, mientras que la compañía Sato (los desarrolladores) obtuvieron muy buena rentabilidad”* (Morado Nascimento & Habraken, 2012). No incluye ninguna lectura acerca del resultado formal, su inserción en el contexto, nivel de apropiación. Solamente destacaba que era una vivienda adaptada a los requerimientos del usuario, *customizada*, y que fue un éxito económico.

²⁶⁷ Siempre es difícil tratar de establecer comparaciones y paralelismo entre dos contextos sociopolíticos diferentes, sin embargo es innegable que en función de los hechos con que finalizaba la década del sesenta, como el Mayo Francés, las acciones de resistencia a la Guerra de Vietnam y las reivindicaciones raciales y de género, la década del setenta comenzaba con un elevado grado de politización de la sociedad. En ese marco, las propuestas de Habraken aparecen como tenues o acomodaticias. Por supuesto, uno podría considerarlo un adelantado a la época en que el neoliberalismo se impuso como discurso único. A finales del siglo veinte, el poder de los medios masivos de comunicación terminó por adormecer cualquier intento de construcción alternativa al modelo de sociabilidad capitalista. En ese sentido, las propuestas de Habraken no sólo parecen realistas sino que proponer algo diferente podría considerarse como un enfrentamiento contra molinos de viento.

²⁶⁸ A lo sumo, su propuesta permitía aportar claridad sobre el proceso de toma de decisiones, pero no hay proyectos del S.A.R. en los cuales la metodología se tome como una herramienta de transformación de las estructuras de poder históricamente consolidadas. Incluso cuando tiene cierto potencial transformador. En todo caso, es más fácil buscar esa veta revolucionaria en aquellos que retomaron el espíritu de la propuesta del S.A.R adaptándola a otros contextos, como por ejemplo, Fermín Estrella.

De hecho, siempre hizo un esfuerzo por demostrar que su metodología puede adaptarse a cualquier sistema político (en clara alusión a la división bipolar del mundo)²⁶⁹. Con lo cual tampoco se sabe si era un abordaje incompleto o una excesiva confianza en las transformaciones físicas, es decir, un determinismo espacial. A lo sumo, cabe decir que en arquitectura el límite entre el pragmatismo y la condescendencia siempre ha sido muy estrecho.

Finalmente, y apartándose un poco de las críticas iniciales que realizaba Silvia Colmenares, cabe decir que las ideas de Habraken ponían demasiado énfasis en la figura individual del usuario. Si la arquitectura representaba la confluencia de una esfera individual y una esfera colectiva, observando la obra teórica de Habraken como conjunto, resulta que hay un excesivo énfasis en la esfera individual en detrimento de la esfera colectiva. Como si el equilibrio inicial que proponía originariamente se transformara en una constante reivindicación de adaptación de la vivienda a los requerimientos y gustos personales. Lo cual no deja de ser importante, pero evidentemente es la faceta metodológica que mejor sintonizaba con el rumbo que adquirió la producción capitalista luego de la Crisis del Petróleo. Por el contrario, la necesidad de construir y fortalecer el sentido colectivo aparece en los textos de manera cada vez más diluida.

Indudablemente toda la cultura hizo una transformación en las últimas décadas del siglo veinte, atravesando un proceso que instalaba la idea del discurso único del neoliberalismo. La desregulación de los mercados se asentaba sobre el achicamiento del Estado y el énfasis en las posibilidades que el libre mercado ofrecía al consumidor. Algo que, por supuesto, inclinaba la balanza desde el esquema de progreso colectivo de la modernidad, hacia la esfera de la identidad individual.

Sin embargo, resulta extraño que Habraken, quien inicialmente alertaba sobre búsqueda del equilibrio entre lo colectivo y lo individual, termine trabajando solamente sobre la esfera que la cultura estaba ensanchando cada vez más. De hecho, en los textos de Habraken, al igual que en los de Alexander, hay una constante defensa de la propiedad individual de la vivienda²⁷⁰. Ante lo cual, cabe preguntarse: ¿qué pasó con lo colectivo? Cuando los grandes conjuntos de vivienda de la posguerra habían desconocido la esfera individual, los libros de Habraken alertaban sobre la necesidad de incorporar la iniciativa individual²⁷¹. Poco después, cuando la esfera colectiva desapareció casi por completo, cabría preguntarse por qué no estaba Habraken alertando sobre la necesidad de recomponer lo colectivo. Por el contrario, Habraken estaba elogiando tres tipologías que simbolizan el individualismo norteamericano exportado a todos los rincones del planeta: el edificio especulativo de oficinas, el *shopping mall* y el suburbio de baja intensidad.

²⁶⁹ Era una metodología que se suponía abstraída del sistema político que la utilizara: *"Las leyes que deseáramos encontrar deberían ser aplicables a todos los poderes y a todas las morfologías influenciadas por ellos. [...] Estas leyes, en caso de existir, se aplicarían a todos ellos en su ejercicio del poder, al margen de intenciones, ideales, deseos o ambiciones personales"* (Habraken, 1978, pág. 53).

²⁷⁰ Habraken destaca que la vivienda puede transformarse solamente cuando el usuario tiene la propiedad de la vivienda: *"Cuando individuales (debió decir individuos) pueden decidir acerca de su casa, con frecuencia deciden adaptarla o cambiarla de alguna manera. Esto es ciertamente así cuando la gente posee la casa en propiedad"* (Habraken, 1974/1979, pág. 22). *"El mayor obstáculo para un progreso real en este campo es la situación legal del residente como inquilino"* (Habraken, 1974/1979, pág. 181).

²⁷¹ Habraken afirmaba que la solución moderna al problema de la vivienda había dejado de lado la individualidad del usuario: *"Una forma de llegar a una solución [para brindar vivienda a gran cantidad de personas en un espacio reducido] es eliminar la individualidad de la vivienda que es precisamente lo que la construcción masificada ha hecho!"* (Habraken, 1974/1979, pág. 15).

Con esto se da la misma paradoja que en el caso de John Turner. En el contexto cultural de las últimas décadas del siglo veinte, tuvieron muy buena recepción las críticas hacia los grandes conjuntos construidos por el Estado (o donde éste ocupaba un rol central). En un contexto macroeconómico que trataba de achicar la injerencia oficial, estas críticas hacia los emprendimientos estatales tuvieron muy buena aceptación, no así las propuestas que venían a reemplazarlas.

Tanto las ideas de Turner como las de Habraken, sólo encontraron incidencia en proyectos de gran escala como inspiración lejana, o directamente, como tergiversaciones. Por ejemplo, en el caso de Turner, la política de lotes con servicios que auspiciaba el Banco Mundial por todo el mundo²⁷². Con lo cual, sirve para que el Estado abandone su rol dentro de la provisión de vivienda, y nada más. No se construye una alternativa que pueda contrarrestar la única lógica vigente a principios del siglo veintiuno: la vivienda desde el punto de vista de los negocios inmobiliarios.

Es posible que la producción de viviendas, a lo largo del siglo veintiuno abrace ciegamente las ideas de Habraken en cuanto a la necesidad de producir viviendas que puedan adaptarse y transformarse con facilidad. Pero inevitablemente esta posibilidad de transformación se incluirá como un rasgo de distinción con respecto a otras viviendas. Dado que el mercado no realiza innovaciones salvo que se traduzcan en mayor rentabilidad, entonces trasladará esa ventaja comparativa (la posibilidad de transformación) sobre el precio de la vivienda. Los usuarios que quieran acceder a la adaptabilidad, tendrán que pagar más de lo que pagarían por una vivienda convencional que no puede transformarse. Así, la adaptabilidad se convertirá en otra de las “*amenities*” o ventajas que utilizan los desarrolladores para cautivar a las clases con ingresos medios y altos, que son las únicas capaces de acceder al mercado de la vivienda neoliberal.

Las ideas de Habraken que nacieron para brindar solución al alojamiento de las masas, quedarían asimilada como un artículo de lujo. A fin de cuentas, la propuesta teórica de Habraken filtrada de su profundidad filosófica y su intención de estabilizar la esfera colectiva y la individual, terminaría convirtiéndose en un sistema de customización de viviendas. Es decir, en una manera de producir viviendas adaptables a los requerimientos de un usuario capaz de pagar, tanto por sus necesidades como por sus excentricidades.

En un escenario hipotético donde la lógica de los soportes esté totalmente integrada al especulador sistema de producción de viviendas del neoliberalismo, ya no tendría mucho sentido destacar las virtudes de la metodología del S.A.R. con respecto al cuidado del ambiente. ¿De qué sirve que los edificios duren más tiempo y se reparen con mayor facilidad, si todo el sistema se basa en la especulación inmobiliaria?

Es por eso que las ideas de Habraken se fueron apartando gradualmente de la posibilidad de generar alojamiento para los sectores de la sociedad con menores ingresos. En los ejemplos que suele destacar Habraken como herederos de la lógica del S.A.R. se mantiene la idea de facilitar el cambio y la transformación de los edificios, pero se diluye la intención de transformar el concepto de alojamiento de

²⁷² De hecho Habraken habla con optimismo acerca de las políticas del Banco Mundial, porque ya no brindaban financiamiento para políticas habitacionales basados en provisión de vivienda terminada: “*Como deben saber, el Banco Mundial ha llegado incluso a dejar de financiar proyectos de construcción, salvo para capacitación y organización para mejorar el proceso de construcción de viviendas en sí*” (Habraken, 2002, pág. 3).

masas a partir de la incorporación del usuario, que tenía tanta fuerza en sus textos posteriores a la Segunda Guerra²⁷³.

Un ejemplo de ese retroceso de la vivienda para sectores populares como problema en sí, puede verse en el conjunto de viviendas Next21, realizado por la compañía de gas de Osaka (Figura 30). Este proyecto experimental es citado frecuentemente por Habraken como continuador de las ideas del S.A.R. en cuanto a la posibilidad de incorporar la adaptabilidad de las viviendas, la transición planificada entre la ciudad y unidades de vivienda, la reducción del impacto ambiental, y la coordinación entre profesionales de diferentes especialidades.

Next21 fue encargado a Yositika Utida, con la intención de diseñar un edificio modelo de vivienda para el siglo veintiuno. Diferentes equipos de arquitectos intervinieron en el diseño, trabajando en distintas etapas, de manera coordinada. En una primera instancia se resolvió la disposición general del edificio, previendo una estructura de hormigón, instalaciones, circulaciones, vegetación y espacios colectivos. Este equipo, coordinado por Utida había realizado un viaje a los Países Bajos para estudiar diferentes implementaciones del concepto de *open building*, como por ejemplo, el conjunto de Molenvliet (Figura 32).

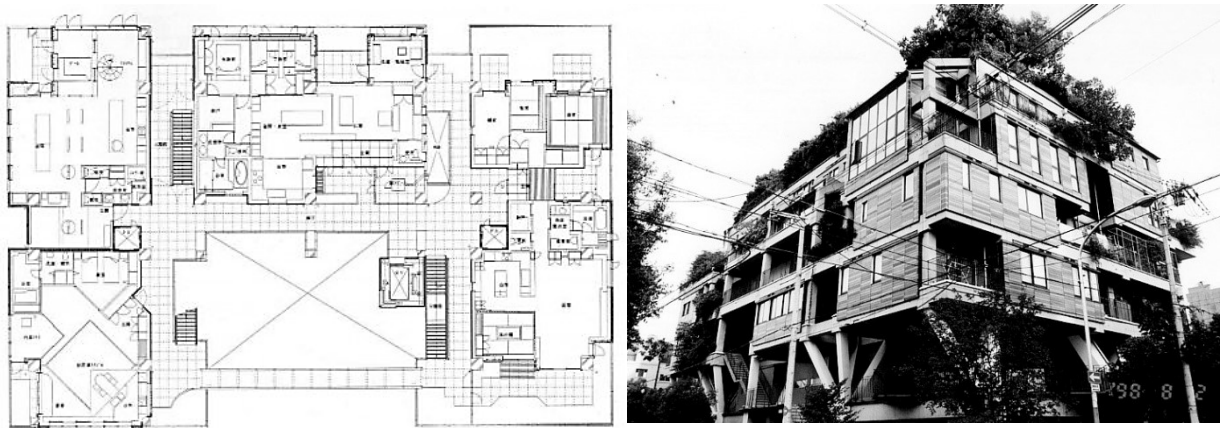
En una segunda instancia, trece equipos de arquitectura se dedicaron a resolver las unidades en base a los requerimientos específicos de los usuarios. Habraken rescataba de esta experiencia, la posibilidad de coordinar las diferentes escalas de intervención, una más urbana y otra de escala doméstica.

El conjunto se plantea como una calle verde que asciende por todo el edificio, un sistema continuo de circulaciones que va conectando los accesos mientras genera diferentes espacios colectivos rodeados de vegetación. En este caso, al objetivo de generar una continuidad con respecto al espacio de la calle, se suma la intención de innovar en cuanto al impacto ambiental del edificio. Además de incorporar vegetación como acondicionamiento climático natural, se utilizan paneles solares, separación de residuos reciclables y un sistema para optimizar la provisión de gas similar al que utilizan las naves espaciales. (Habraken, 2005; Nagore & Habraken, 2013).

Habraken destaca de este edificio el hecho de haberse realizado siguiendo la misma lógica que en los *shopping malls* y otros edificios donde predomina la función comercial, lo cual era una innovación en el campo de la construcción de viviendas. Sin embargo, puede notarse que el sistema de zonas y márgenes ha quedado totalmente desdibujado, o al menos no puede distinguirse de manera tan clara como en los ejemplos anteriores. También queda postergada la intención de generar vivienda accesible a los sectores de menores ingresos, ya que son tipologías experimentales donde cada unidad es un ensayo sobre la vivienda contemporánea siguiendo el criterio de "*user preference*".

Hay que tener en cuenta que las dieciocho viviendas fueron diseñadas por trece estudios diferentes, prácticamente, una vivienda por estudio (Kim, Brouwer, & Kearney, 1993). En todo caso, luego de veinte años todavía queda la esperanza de que estas experiencias puedan expandirse, o "derramar" para utilizar un término propio del neoliberalismo, hacia proyectos que realmente busquen hacer frente a la precaria situación del alojamiento de la población del mundo con menores ingresos económicos.

²⁷³Esa pérdida de protagonismo del usuario puede estar relacionada a dos factores. Por un lado, las críticas que recibió la autoconstrucción a fines del siglo veinte (Burgess, Marcuse, Pradilla, Harms) desbarató el mito de que el esfuerzo propio y la organización comunitaria terminarían de saldar la brecha que existía entre los pobres y la vivienda digna. Por otro lado, con la caída del bloque comunista, las agencias internacionales y las organizaciones sin fines de lucro ya no tenían tanta importancia en su tarea de contención de los sectores de menos ingresos, por lo cual, la producción de "viviendas populares" se debilitó, y se fortaleció la lógica de mercado.



Utida, Y. (1993) Next 21. [Conjunto de viviendas]. Osaka, Japón. Extraído de www.laciudadviva.org

Figura 30 Next 21

Ejemplos construidos

En una entrevista del 2011, los interlocutores preguntan a Habraken por qué había adquirido “distancia con respecto a la práctica”. Es decir, por qué no se había involucrado directamente en la ejecución de proyectos y construcción de obras de arquitectura. Ante lo cual, Habraken afirma que no había realizado proyectos propios para no quedar asociado directamente a una imagen arquitectónica. No quería que dijeran “*esa es la manera de hacer de Habraken*” (Havik, Teerds, & Habraken, 2011, pág. 12). Afirma también que prefería que cada uno hiciera las cosas a su manera, es decir, que cada arquitecto que retome sus ideas llegue a un resultado formal diferente.

Por un lado, la respuesta lleva implícita un cuestionamiento a la cultura estrictamente visual de los arquitectos. Afirma que los arquitectos no pueden separar ideas metodológicas, profundas, del resultado formal superficial. En segundo lugar, es una afirmación que funciona como un buen escudo. Decir que no quería construir para no quedar asociado a un resultado visual determinado equivale a decir que no lo había hecho porque no quería, eliminando cualquier sospecha acerca de la aplicabilidad de la metodología.

En realidad la esencia de la metodología del S.A.R se retoma en muchos edificios, pese a que siempre se aplica de una manera poco literal. Uno de los conjuntos que continúa las ideas de Habraken, fue desarrollado por Frans van der Werf del estudio Werkgroep KOKON, mediante un proceso participativo junto a los arrendatarios de las viviendas.

Molenvliet, Papendrecht

Estrategia general

Los lineamientos generales del proyecto surgen a partir de un concurso de planeamiento regional en 1969 para diseñar el nuevo distrito de Wilgendonk. Luego de obtener el primer premio, la Asociación de Viviendas de Papendrecht retomó el proyecto para realizar sólo ochenta viviendas, aunque finalmente se construyeron 123 en 1976 (Van der Werf, *The Molenvliet project*, 2017)²⁷⁴. El conjunto aloja una

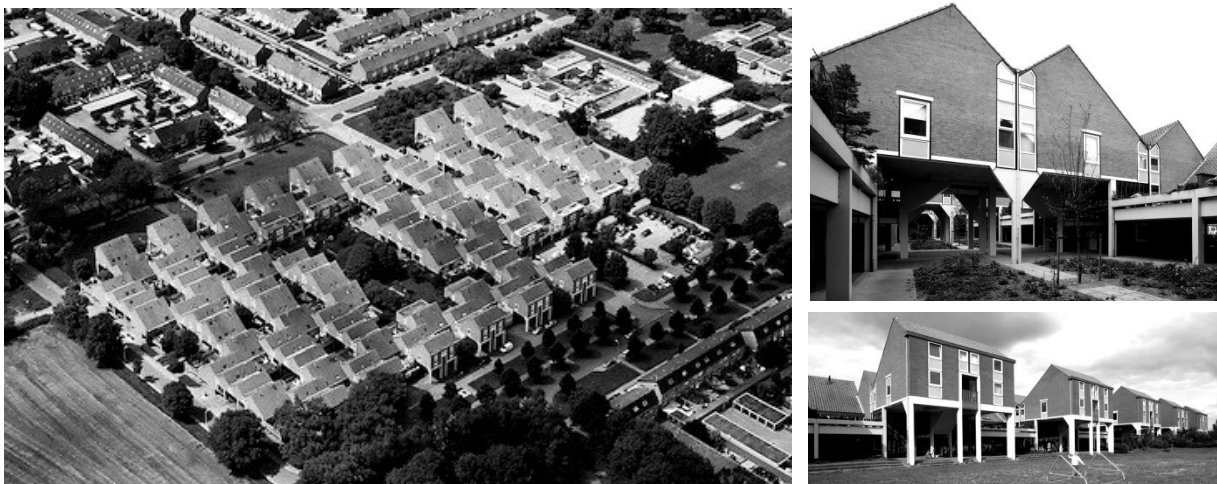
²⁷⁴ En el trabajo de tesis de la Shanshan Li, quien realiza una comparación entre dos conjuntos de viviendas basados en el concepto de *open building*, existen algunas diferencias con respecto a los datos que aporta Frans van der

población aproximada de trecientas personas en 11.100 m² construidos sobre un lote de 3,3 acres (1.33 has) alcanzando una densidad de treintaidós unidades por hectárea.

El proceso de diseño se estructuró según cuatro niveles de decisión: el distrito, el tejido urbano, los soportes y el diseño de las unidades separables (Kendall & Jonathan, 2002). Según Franz van der Werf, se trata de un “diseño temático” donde cada nivel se resuelve a través de la articulación de un número limitado de componentes de diseño. A su vez cada uno de los niveles tiene asignado un agente decisor diferente. Mientras las autoridades de la ciudad deciden sobre la estructura urbana, las autoridades del distrito tienen responsabilidad sobre el tejido urbano, los desarrolladores deciden sobre el soporte, y finalmente el usuario tiene injerencia sobre las unidades separables.

También es interesante que dentro de la propuesta se identifica un diseñador diferente para cada nivel, aunque en la práctica, todo el conjunto del Molenvliet se diseñó en el estudio de Frans van der Werf.

El nivel de los soportes respetaba el esquema lineal, separando los elementos decididos por el arquitecto de aquellos que puede decidir el usuario, solamente que en lugar de constituir una tira recta el edificio se articulaban alrededor de patios. Este cambio con respecto a la linealidad continua de las zonas y márgenes de Habraken, permite escapar a la imagen del bloque de viviendas, para obtener un resultado formal semejante a una tipología nacida a mitad de siglo: los *mat-building*. Con ese nombre se conocía a aquellos edificios que se extendían sobre el territorio a partir de la repetición de un módulo que sufría ligeras variaciones, como por ejemplo, el proyecto para el Hospital de Venecia de Le Corbusier o la escuela Montessori de Herman Hertzberger. En particular, los techos inclinados, el sistema de patios y la posibilidad de sobreelevar los edificios tienen cierta similitud con el conjunto experimental de viviendas Kasbah en Hengelo, de Piet Blom (1969-74) (Figura 31).



Blom, P.(1969-74). Kasbah. [Conjunto de viviendas]. Hengelo, Países Bajos. Extraído de <https://siebeswart.photoshelter.com> (vista aérea) y www.mimoo.eu (vistas a nivel del peatón).

Figura 31 Kasbah

Werf. Según Li, el proyecto inicial abarcaba 2800 viviendas en lugar de 2400 mientras que en Papendrecht no se construyeron 123 viviendas sino 122 (Li, 2015, pág. 96). Por su parte, Stephen Kendall reconoce 124 viviendas y 4 oficinas construidas (Kendall & Jonathan, 2002, pág. 83).

El nivel del soporte comenzó a construirse sin haber designado aún a los arrendatarios, mientras que, a la hora de diseñar las unidades separables, pudo contarse con la participación del sesenta por ciento de los arrendatarios (Li, 2015, pág. 96). El resto se sumó más tarde, recibiendo una unidad completamente diseñada por el estudio de arquitectura. Los cerramientos interiores, las fachadas, e incluso los techos se decidían en base a una combinación de elementos constructivos simplificados. La primera instancia constructiva comenzaba por el nivel de los soportes. En esta primera etapa se ensamblaba una estructura de hormigón prefabricada, siguiendo una trama volumétrica con módulos de 4,8 metros de largo sostenidos por paneles estructurales de 1,7 metros de ancho y 20 centímetros de espesor.

Las losas de esta estructura incluían las perforaciones de las escaleras y los conductos de las instalaciones, siendo las escaleras y las instalaciones los únicos condicionantes de la disposición final de las funciones de la vivienda. La segunda instancia constructiva se realizaba a partir de los requerimientos de los usuarios, expresados en dos breves entrevistas que Frans van der Werf realizaba personalmente a los futuros residentes. La organización final de las viviendas, resultaba de la combinación de una serie de componentes industrializados que brindaban variedad y adaptabilidad a las unidades (infill) (Van der Werf, 2005).

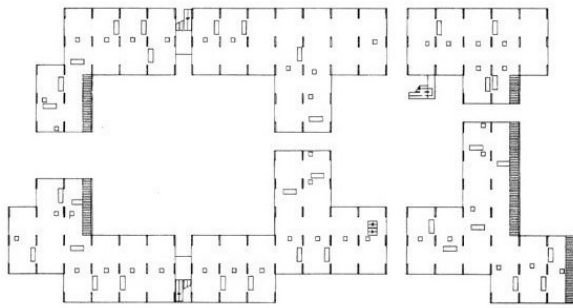
El conjunto de viviendas

Tanto Habraken como Frans van der Werf destacaban el carácter urbano del proyecto, afirmando que el conjunto fue pensado, más que como una pieza aislada, como una pequeña estructura urbana. Desde el exterior, los quiebres y las diferentes alturas del tejado, rompen el carácter monolítico que suele caracterizar a los conjuntos de vivienda para generar una estructura permeable, que invita a múltiples recorridos. En las entrevistas realizadas por Shanshan Li para su tesis doctoral puede notarse que los arrendatarios de las viviendas tienen un particular aprecio por el sistema de galerías que atraviesa los patios para brindar acceso a las viviendas que se encuentran en el segundo piso (Li, 2015, pág. 95). Incluso uno de los entrevistados comentaba que le agradaba ir alternando los circuitos que realizaba a la hora de ingresar o salir del conjunto (Li, 2015, pág. 64).

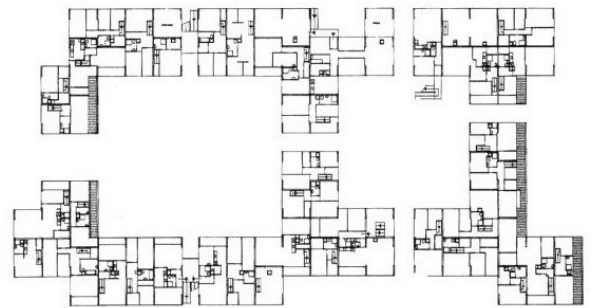
Las viviendas se organizaban alrededor de cuatro patios, dos de los cuales se proyectaban como lugares de encuentro comunal, mientras que los otros dos permitían una pequeña expansión individual de las viviendas, pero sin llegar a subdividir totalmente el espacio abierto. Los límites laterales hacia el norte de cada uno de los patios tenían tres metros (una sola altura) para permitir que las viviendas ubicadas en ese lateral puedan tener una terraza con asoleamiento desde el sur.

En la morfología del conjunto, se destacan una serie de elementos rescatados de la cultura tradicional de la arquitectura holandesa, como por ejemplo: los tejados inclinados, las puertas de las viviendas abriendo sobre jardines y el marco estructural expresado en las fachadas. Por supuesto son marcos que, en el caso de Molenvliet y a diferencia de las tipologías tradicionales de los Países Bajos, no tienen función estructural. En realidad, son marcos que facilitan el montaje y el reemplazo de los elementos de fachada (Figura 32). Por un lado, facilitan la cuestión constructiva, pero además tienen una función comunicativa, evocando el lenguaje de la arquitectura popular.

En esta recuperación de los elementos propios de la memoria de la gente, Van der Werf reconoce la influencia de los patrones de Christopher Alexander. Con lo cual, a la hora de analizar el conjunto, puede apreciarse una combinación de tres vertientes contemporáneas: por un lado el estructuralismo de los *mat-building*; por otro lado el rescate de la arquitectura vernácula de Christopher Alexander; y, por supuesto, el diseño temático subdividido en niveles tal como proponía John Habraken.



El soporte, antes de subdividir las viviendas.



El soporte, con la incorporación de las unidades.



Vivienda modificada para poder ingresar en silla de ruedas



Evolución de las fachada. A la izquierda, las viviendas apenas inauguradas, a la derecha, el conjunto veinte años después.



Van der Werf, F. (1969-1976) Molenvliet. [Conjunto de viviendas]. Papendrecht, Países Bajos (Liu, 2001).

Figura 32 Molenvliet (Soporte y fachadas)

También puede notarse la influencia de Alexander en la intención de trabajar el límite entre lo urbano y el conjunto. Frans van der Werf rescata de Alexander la necesidad de enfatizar el límite con el exterior para evidenciar que, al entrar al conjunto se ingresa a una comunidad, a un microcosmos. En ese sentido, la ciudad se compone como un mosaico de culturas (Van der Werf, *The Molenvliet project*, 2017, pág. 11), con características bien diferenciadas (en el capítulo dedicado a Christopher Alexander se realizan algunas reflexiones con respecto a este concepto).

En todo el conjunto de viviendas puede notarse un contraste entre la expresividad de los elementos aleatorios, y la rigidez de los elementos estructurales, que parecen sobredimensionados. En el caso de Molenvliet existe una agradable diversidad, pero mucho más matizada que en otros conjuntos donde se utiliza la metodología de los soportes, como por ejemplo la Mémé de Lucien y Simone Kroll (Figura 17). A nivel visual, también existe un contraste entre la calidez del revival y la racionalidad moderna. Por un lado, el sistema de patios, los pequeños jardines verdes y los techos inclinados le otorgan al conjunto un aire pintoresco y acogedor. Por otra parte, la horizontalidad de las galerías sumada a la ortogonalidad omnipresente de la estructura portante, lo alejan del revivalismo.

Las viviendas están en alquiler bajo un régimen no lucrativo, con una administración centralizada que ha permitido realizar tareas de mantenimiento y diferentes mejoras sobre la imagen y la infraestructura del conjunto.



Van der Werf, F. (1969-1976) Molenvliet. [Conjunto de viviendas]. Papendrecht, Países Bajos (Van der Werf, The Molenvliet project, 2017).

Figura 33 Molenvliet (Accesos e interior)

Las viviendas

Frans van der Werf abogaba por un modelo de ciudad diversa, donde cada conjunto de viviendas pueda componerse de una multiplicidad de tipologías. De allí que, a la hora de proyectar Molenvliet cuenta con 67 tipologías diferentes, con unidades que pueden tener desde un dormitorio hasta seis, donde la unidad más chica tiene entre sesenta y noventa metros cuadrados. Cada uno de los sectores está determinado por la luz de las losas y vigas, que liberan un módulo de 4,8 por 4,8 metros, con una altura libre de piso a techo de 2,7 metros.

Para decidir la disposición inicial de las viviendas, Van der Werf realizó dos entrevistas de una hora con el sesenta por ciento de las familias que arrendarían las viviendas. En la primera de las reuniones, se decidían la disposición general de los espacios según la edad de los integrantes de cada familia, sus pasatiempos y sus preferencias. A su vez, la segunda entrevista, realizada dos semanas después servía para confirmar la disposición de los espacios y para terminar de organizar en detalle la cocina, el baño y las fachadas. Es interesante notar que, dentro de una primera subdivisión de la fachada, los usuarios podían decidir la combinación de elementos que rellenaban esa primera subdivisión, pero además podían optar entre ocho pares de colores para los elementos. Con lo cual, cada vivienda tenía una fachada diferente, dotando al conjunto de una asombrosa diversidad (Figura 33). La resolución tecnológica de las fachadas no sólo mejoraba la identificación de cada usuario con su vivienda, sino que además facilitaba las transformaciones. En el trabajo de tesis de Peng Liu llamado *Reestablishing identity of individual homes in high-rise residential towers* se incluye una fotografía elocuente. Muestra una fachada en proceso de reconstrucción. Se trataba de una vivienda que había sido alquilada por una persona en silla de ruedas. Gracias a los elementos intercambiables, se pudo adecuar fácilmente el

ingreso a la vivienda cambiando los componentes que rellenaban las subdivisiones de la fachada(Figura 32).

Tanto los esquemas derivados de las entrevistas como los planos ejecutivos del proyecto se realizaban utilizando la malla tartán de 10/20 propuesta por Habraken para mejorar la coordinación dimensional.

Frans van der Werf destaca la riqueza de ese proceso participativo, que pese a todas sus dificultades, dejaba una serie de valiosas enseñanzas para el diseño de la vivienda. Por ejemplo constataba que, a la hora de diseñar, tienen tanta importancia los pasatiempos de la gente como sus actividades básicas (Van der Werf, 2017, pág. 3).

Dentro de las sesenta y siete tipologías diferentes que se construyeron, existen variaciones específicas que responden de manera personalizada a los requerimientos del usuario, los cuales no podrían haber coincidido con las ofertas disponibles en el mercado. Por ejemplo, se construyó una habitación de 1,5 metros de ancho de mucha utilidad en la vivienda de una enfermera, e incluso se construyó un gran dormitorio unificado para una familia oriunda de Indonesia (Liu, 2001, pág. 71).

Para facilitar el paso de las instalaciones, las losas cuentan con una perforación cuadrada de sesenta centímetros de lado por donde pasan los conductos. Este espacio técnico se ubica allí donde resulta más lógico que se localicen los núcleos húmedos, pero sin llegar a predeterminedar totalmente su posición. La disposición de las unidades, era realmente producto de una negociación entre tres poderes diferentes: el usuario, el equipo profesional y las autoridades del distrito.

La dinámica social generada a partir del proyecto del Molenvliet fue registrada por Ans Gotink, socióloga de la Facultad de Ciencias Sociales y del Comportamiento de la Universidad de Utrecht, y quedó plasmada en expresiones artísticas como el documental *Molenvliet* de Jacques van de Noort.

Las últimas investigaciones realizadas sobre el conjunto Molenvliet (Schneider, Li) destacan aquellas primeras observaciones de la socióloga Ans Gotink con respecto al proceso participativo realizado a mediados de la década del setenta. Antes de comenzar el proceso, muchos de los vecinos que habían intervenido en la personalización de las viviendas no consideraban la participación como algo necesario. Sin embargo, la mayoría de los usuarios terminaban apreciando los resultados alcanzados. Por supuesto, no faltaron las críticas. Algunos afirmaban, por ejemplo, que no contaban con suficiente información ni tiempo como para terminar de comprender cuáles eran sus requerimientos y posibilidades. No obstante, quienes participaron del proceso de personalización de sus viviendas tienen un mayor grado de aceptación por ellas y una menor tendencia a mudarse (Li, 2015, pág. 63). Apenas el 14% de los vecinos que había participado en el proceso desde el comienzo tenía pensado cambiarse de casa, mientras que el porcentaje ascendía al 43% entre los vecinos que no habían formado parte del proceso participativo (Schneider & Till, 2007, pág. 49).

A partir de lo cual puede entenderse que la participación contribuye a la aceptación de los resultados arquitectónicos. Aunque hay que considerar que esta afirmación presenta algunas aristas complejas. Como ejemplo de ello, puede destacarse una anécdota del mismo Frans van der Werf. En el documental *De Drager* (minuto 18.40), el diseñador del Molenvliet cuenta que uno de los residentes del conjunto le había confesado que su vivienda no había quedado bien, pero que aceptaba que no había sido culpa del diseñador. El mismo “usuario” se sentía responsable de los errores. Con lo cual, Frans van der Werf destacaba que la actitud del usuario hubiera sido muy diferente en los proyectos de vivienda

“estándar” donde los usuarios apenas advierten que la vivienda no es tal como necesitan, se sienten estafados.

En ese sentido, la participación funciona como un escudo que sirve para que los residentes, al involucrarse, acepten el resultado final del proyecto. Es una concepción de la participación de mucha utilidad para el arquitecto. Sirve como una garantía para evitar conflictos futuros. Y por ende, existe un límite muy estrecho entre el involucramiento de los usuarios para obtener resultados consensuados y la posibilidad de valerse de la participación como un instrumento de legitimación de las transformaciones ambientales.

Evaluación posterior

En una investigación realizada por Peter Smisek, Evelien de Bruijn y Xinghua Zu, donde se analiza la evolución de una serie de conjuntos de viviendas basados en el concepto de *open building*, los autores llegan a una conclusión drástica con respecto al Molenvliet. Luego de destacar muchas de sus virtudes en cuanto al diseño abierto, terminan afirmando que *“el Molenvliet decepciona en cuanto que las transformaciones internas han sido limitadas (si bien existen algunos cambios) comparadas con la libertad teórica que tenían para adaptarse”* (Smisek, De Bruijn, & Zu, 2013, pág. 52).

Por otra parte, todavía hoy puede constatarse que los vecinos que formaron parte del proceso participativo tienen un particular sentimiento de afinidad e identificación con su vivienda y con el conjunto en general. En ese sentido, la posibilidad de generar un diseño personalizado para cada vivienda puede considerarse como una estrategia fundamental para fomentar la apropiación. Teniendo en cuenta que Habraken destacaba la participación como una forma de romper la monotonía de los conjuntos, el aspecto general del conjunto ha seguido una tendencia opuesta a lo que se preveía teóricamente, al menos en cuanto a los colores. En 1994 la administración del conjunto decidió refaccionar las fachadas. En esa ocasión se unificaron las porciones triangulares de la fachada que cubren los áticos y se eliminó la amplia variedad de colores optando por un mismo patrón de colores que le daba mayor homogeneidad al conjunto (Smisek, De Bruijn, & Zu, 2013, pág. 55). Como contrapartida, cada vivienda sacrificaba parte de su individualidad para integrarse al código de colores que regía el conjunto.

Con respecto a la evolución de la organización general, la investigación realizada por Shanshan Li aborda un tema recurrente dentro de la obra teórica de Habraken: el balance entre lo público y lo privado. Los primeros residentes se lamentaban porque, con el paso del tiempo, se había desvanecido el sentimiento de comunidad. *“Debido al debilitamiento del sentido comunitario, los espacios compartidos del jardín verde fueron compartimentados y gran parte de los jardines privados de planta baja fueron cerrados con cercos altos”* (Li, 2015, pág. 64).

Según Li, los residentes atribuían este desvanecimiento del sentido comunitario a la constante rotación de los inquilinos, puesto que todas las viviendas están en alquiler. Los precios de alquiler para los recién llegados, son más altos que para aquellos que viven desde hace mucho tiempo allí. Por lo cual, los recién llegados tienen mayor predisposición a buscar nuevas opciones de alojamiento fuera del conjunto. Saben que su estadía es por un periodo breve. Por ende, el proceso de participación, lento y complejo que se realiza al comenzar con la obra, pierde parte de su alcance cuando no se puede garantizar la permanencia de quienes lo integraron. En este caso se hace evidente que la participación en arquitectura de viviendas debe acompañarse con estrategias que garanticen la permanencia. Esa es la única manera de mantener una experiencia participativa a lo largo del tiempo sin requerir exclusivamente del sistema de propiedad individual.

Reflexiones finales

Para concluir con el análisis del conjunto de Molenvliet (Figura 32), es interesante hacer referencia al proceso participativo mediante el cual se lograba personalizar cada una de las viviendas. En todos los textos que mencionan el proceso, se destaca el intercambio codo a codo entre el arquitecto y el usuario. Se trataba de una secuencia de dos entrevistas que requerían de mucha confianza y franqueza. En el documental *De Drager* Frans van der Werf recuerda esas entrevistas con algo de nostalgia y asombro. Comenta que era algo similar a meterse en la vida íntima de las familias, pero que la gente mostraba buena predisposición. Por otra parte, a nivel personal, la tarea le hacía recordar al trabajo de su padre, que era médico de familias por lo cual solía visitar las viviendas, realizar una inmersión en el ámbito más privado de la vida cotidiana.

La comparación de van der Werf no resulta, en absoluto, casual. La medicina y la arquitectura son disciplinas comparables. Ambas versan sobre la relación entre el ser humano y el ambiente que lo circunda. El ejercicio de la arquitectura implica la introducción de una persona imbuida de una serie de herramientas epistemológicas consagradas, en un ámbito que le es ajeno. Lo único que justifica su intromisión es ese conjunto de saberes que lo legitima. La intromisión del arquitecto, al igual que en el caso del médico, está determinada por la existencia de una disciplina que lo legitima. La disciplina transforma la vida familiar en el ámbito de injerencia del profesional. Esta cualidad que parece inevitable dentro del modelo de ejercicio profesional liberal, se hace aún más evidente en la arquitectura participativa. En todo caso, ese parece ser el límite que alcanza la crítica de los arquitectos que proponen mecanismos participativos con respecto a la tecnocracia del ejercicio convencional de la arquitectura.

Las ideas del S.A.R. cuestionaban la concentración de todas las decisiones en un arquitecto, pero no existía un cuestionamiento a la arquitectura como disciplina que se arroga el derecho a decidir el modo en que la gente debe vivir.

Capítulo 4: Christopher Alexander. El componente intersubjetivo de la arquitectura

“El fin de entenderse se da en una situación transmundana, vale decir, fuera del mundo objetivo o material y, por lo mismo, no puede ser concebido como un estado intramundano. Se trata más bien de una meta a conseguir en el mundo de la vida intersubjetivamente compartido de una comunidad lingüística. En la práctica comunicativa los sujetos se ponen de acuerdo acerca de algo en el mundo adoptando una actitud performativa y no una actitud objetivante, esto es, una actitud de participantes y no de observadores”(Muñoz Tobar, 2017, pág. 100)

Recuadro del investigador autorreferencial: el modo intemporal de cocinar

Un buen profesor de Construcciones de la Facultad de Arquitectura de la UNC, contaba un chiste bastante ilustrativo del riesgo que implica confundir la memoria y la inercia. Para interpretarlo bajo las consignas de esta tesis, pasaremos por alto cierta arrogancia tecnocrática y cierta suspicacia machista que abundan en muchos dichos populares de Córdoba (Argentina). El relato se situaba en el seno de una pareja de recién casados, y transcurría más o menos así:

“La reciente esposa le dice al marido: ‘Te voy a cocinar una tradicional receta familiar: colita de cuadril’. La chica prepara la comida, cenan y el marido queda tan fascinado con el plato que le pide la receta. La chica le explica: ‘Adobás la colita de cuadril, dorás la verdura, cortás la punta de la colita de cuadril y metés todo al horno’. El marido se queda reflexionando y le pregunta: ‘Che, ¿y para qué cortás la punta de la cola de cuadril?’. La chica le dice: ‘Y... no sé bien el por qué, pero así me lo enseñó mi madre y así se hace’. Por lo que el marido va a buscar la ‘fuente primaria’ de la receta dirigiéndose a su suegra. La señora insiste con la fórmula: ‘Adobás la colita de cuadril, dorás la verdura, cortás la punta de la colita de cuadril y metés todo al horno’. El muchacho, extrañado, vuelve a preguntar por qué cortaban la punta de la colita de cuadril y la señora contesta igual que su hija: ‘Así me lo enseñó mi madre, y así se hace’. Empecinado, el tipo decide viajar hacia el campo a donde vivía, ya muy anciana, la abuela de su esposa, quien lo atiende muy cordial y lo agasaja preparando la tradicional colita de cuadril delante de sus ojos. Con mucho cariño, la señora adoba la carne, dora las verduras y cuando está a punto de meter la carne al horno, procede a cortar la punta de la colita de cuadril. Por lo que el muchacho exaltado, salta de la silla y le pregunta gritando: ‘¿Por qué? ¿Por qué corta la punta de la colita de cuadril?’. Y la señora le responde: ‘¡Hijo, yo tengo una cocina muy chica, si no la corto, no entra en el horno!’”

Mientras uno lee los textos de Alexander, y de cualquier autor que aborde la participación desde el punto de vista de la memoria, surge una pregunta recurrente ¿Cuánto puede aportar a una mejor arquitectura la recuperación de un modo de construir ancestral? Alexander no corre detrás de la novedad, sus ideas parecen una revelación más que una innovación. Con lo cual es difícil no caer en una interpretación dualista que termine endiosando su figura como un iluminado o descartándola absolutamente como un romántico idealista. Sin embargo, esta sección requiere un trabajo más complejo, porque la arquitectura participativa retoma sus aportes de manera desordenada, sin una clasificación lineal y sin ninguna pretensión de fidelidad. Si bien se trata de una construcción realizada a partir de retazos, indagar en las raíces teóricas que sustentan esos fragmentos permite visualizar y reflexionar acerca de los desafíos actuales de la participación en arquitectura.

Introducción al capítulo 4

Con la situación descrita en el recuadro que encabeza este capítulo, el profesor proponía iniciar una reflexión tendiente a separar la tradición de la inercia. En el caso de Christopher Alexander, sus propuestas teóricas deben entenderse como la necesidad de reincorporar las tradiciones de la gente a la arquitectura. Principalmente en un contexto inmediatamente posterior a la “amnesia de principios de siglo” cuando los pioneros de la modernidad decidieron romper con la historia para marcar su enfrentamiento con la arquitectura academicista del siglo diecinueve. Incorporar la memoria de la gente suponía una multiplicidad de contradicciones. Por un lado, significaba retroceder en la historia, pero además significaba escapar al proceso de depuración funcional que había atravesado la arquitectura a principios de siglo. Esto no fue un problema para Robert Venturi y Denise Scott Brown, aunque debía significar un verdadero desafío para alguien con una base lógica tan fuerte como Christopher Alexander.

“Chris” -para los amigos- era un arquitecto carismático y expansivo, quizás uno de los más carismáticos de mitad del siglo veinte, por lo cual sus amigos eran muchos: editores, clientes, alumnos. Era simpático y buen conversador, pero nunca un charlatán. A veces sus posturas parecen inconsistentes. Tal vez, lo que genera cierta desconfianza es la multiplicidad de campos epistemológicos que las nutren. Abandonó temprano la línea funcionalista y sociométrica por la cual había transitado junto a Serge Chermayeff -con quien escribió *Comunidad y Privacidad*(Chermayeff & Alexander, 1963). Después de publicar el libro *Ensayo sobre la síntesis de la forma*(Alexander, 1969), recibió múltiples halagos de los fanáticos de las matemáticas, y sin embargo Alexander los abandonó por la tangente interesándose por un aspecto más espiritual de la arquitectura. Cuando los críticos estaban sepultando al urbanismo del movimiento moderno, Chris aportó su palada de tierra con el texto *Una ciudad no es un árbol*²⁷⁵, donde comparaba la ciudad moderna con un esquema arboriforme, no con un árbol de verdad. Aparentemente ese texto disparó una idea a la que dio continuidad posteriormente: la de una ciudad viva y orgánica tal como son los árboles auténticos.

Sus libros posteriores, como *El modo intemporal de construir*(Alexander, 1981) y *Un lenguaje de patrones*(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980), trataban de buscar esta cualidad de autenticidad, cambio y vitalidad en la arquitectura y el medio ambiente. En esta búsqueda configuró un lenguaje de patrones que conquistó el naciente mundo de la computación. Así, muchos de los programas informáticos basados en el XP (Extreme Programming) que se difundieron por el mundo son herederos de la lógica de Alexander. El campo de la programación con ordenadores, fértil y rentable, le aportó muchos seguidores. Pero él se apartó inmediatamente dejándolos huérfanos. Si bien hoy los apaña, como un padre que perdona a sus hijos, en su momento no perdía oportunidad para regañarlos en público.

Mientras el diseño de patrones hacía furor entre los programadores, Alexander seguía su recorrido trascendental hacia la esencia del hacer humano con libros como *The Nature of Order (1,2,3). An Essay on the Art of Building and the Nature of the Universe*(Alexander, 2003). Entre su obra teórica, puede descubrirse también toda una serie de textos que sintetizan la puesta en práctica de sus ideas, como en *Urbanismo y participación : el caso de la Universidad de Oregón*(Alexander, 1978), *The Linz Café*(Alexander, 1982), *The Production of Houses*(Alexander, Davis, Martinez, & Corner, 1985), o *The*

²⁷⁵Alexander, Christopher: *A city is not a tree*. Architectural Forum, Vol 122, No 1, Abril 1965, pp 58-62. Posteriormente se incorporó en el libro *La estructura del medio ambiente*. (Alexander, 1971)

Mary Rose Museum (Alexander, Black, & Tsutsui, 1995), por nombrar sólo algunos. En ellos se hace evidente cierto desvelo por demostrar que sus planteos no eran puro idealismo, sino que se anclaban en la realidad cotidiana.

A partir de la creación del Center for Environmental Structure (1967) Christopher Alexander y su equipo fueron profundizando una propuesta teórica que transformó la mirada de la arquitectura en general. Algunos arquitectos que hicieron aportes sobre la participación en arquitectura, elaboraron sus teorías en un contacto directo con las dinámicas urbanas que producía la industrialización posterior a la segunda guerra. John Turner, por ejemplo, forjó su pensamiento a partir de su experiencia en los asentamientos de Perú. John Habraken profundizó sus ideas inmerso en el acelerado proceso de industrialización de los conjuntos de vivienda en los Países Bajos. Alexander, por el contrario, desarrolló su propuesta desde la comodidad de los campus universitarios, nutriéndose principalmente de la efervescencia cultural del periodo.

Esto no debe leerse como una forma de reclusión sino como la oportunidad de acceder a una multiplicidad de corrientes de pensamiento, que en ese periodo constituían una nueva vanguardia frente al conformismo del *american way of life* de los años cincuenta.

En este capítulo se propone complementar dos objetivos simultáneos: por un lado, comprender qué posición ocupa la participación dentro de la constelación que forman las ideas de Alexander; y por otro lado, entender cómo contribuyó su visión sobre el desarrollo de la arquitectura participativa. Estos dos objetivos se trabajan en cada uno de los apartados, ordenados según los temas más relevantes para entender el pensamiento de Alexander. La estructura del trabajo, separada en dos partes, no responde específicamente a esos dos objetivos. De hecho, la división responde mejor a un intento por leer sus propuestas en relación al contexto cultural donde se desarrolla. En la primera parte del capítulo se analiza cómo influyó el contexto sobre su pensamiento, mientras que en la segunda parte se focaliza sobre los aspectos más innovadores y rupturistas de su propuesta teórica. En cada uno de los apartados que componen cada capítulo se realiza una serie de vínculos con diferentes ejemplos de la arquitectura participativa que permiten alcanzar dos objetivos simultáneos. Por un lado, brindar ejemplos para terminar de comprender a qué remite la arquitectura participativa, y por otro lado, evidenciar cómo se vinculan estos ejemplos con las ideas de Alexander.

A modo de introducción, puede adelantarse que el primer objetivo, que busca entender cuánto influyó la participación en las ideas de Alexander, guarda cierta autonomía del segundo, que indaga en cuánto influyó la arquitectura de Alexander en la arquitectura participativa. Es decir, si bien la participación es uno más de los temas que aparecen dentro de las ideas de Alexander, su aporte a la arquitectura participativa y su reconocimiento como una fuente fundamental es innegable. De hecho, la influencia de Alexander sobre toda una línea de arquitectos posteriores que buscaron implementar la participación, no remite específicamente a lo que Alexander escribió sobre la participación. En la reivindicación que suele hacerse sobre Alexander, hay un reconocimiento, no tanto a su propuesta metodológica sino a su postura ética ante la arquitectura y el conocimiento. Mezcla de humanismo y trascendentalismo; algo rebelde y anti-racionalista; por momentos muy cerebral, pero con un costado místico o espiritual que teñía todas sus ideas. Alexander puede resultar algo contradictorio. Sus textos parecen un ida y vuelta entre los dos hemisferios del cerebro, o entre dos personalidades diferentes. Y en realidad, esa apertura hacia el intercambio entre ideas de distinto origen parece ser el legado más

fuerte con respecto a la arquitectura participativa. Alexander proponía un diálogo franco con la gente, como si la única manera de guiar la multiplicidad de ideas que confluye en la construcción del ambiente fuera el inicio de un proceso dialógico, que permita a cada uno de los actores involucrados superar sus propias estructuras de pensamiento.

Continuidades e influencia del contexto en la propuesta teórica de Christopher Alexander

Matemáticas

Christopher Alexander estudió simultáneamente arquitectura y matemáticas. Esta cercanía con los conocimientos abstractos le ayudó a forjar una visión particular de la arquitectura y el medio ambiente. En *Ensayo sobre la síntesis de la forma* Alexander llega al extremo de proponer un sistema binario según el cual las diferentes decisiones del proceso de diseño se podrían disgregar en variaciones formales (las llama variables) que pueden funcionar de manera correcta o incorrecta.

En ese sentido, Alexander comenzó a escribir como si fuera un funcionalista fuera de época, un funcionalista científico. Tratando de sintetizar las decisiones de la arquitectura según dos posibilidades, como acertadas o desacertadas, escribía:

“Cada una de las variables está en un estado de ajuste o bien de desajuste. Podemos describir el estado de todas las variables de una vez mediante una hilera de unos y ceros, cada uno de ellos para una variable; por ejemplo, para veinte variables, 00100110101110110000 sería su estado”(Alexander, 1969, pág. 42)

Por supuesto, este esfuerzo analítico que pretendía aportar claridad al proceso de diseño, terminaba convirtiéndose en una verdadera entelequia. Cuando en el segundo capítulo de *Ensayo sobre la síntesis de la forma*, Alexander se preguntaba acerca de la eficacia del método que él mismo proponía, reconocía que termina siendo un poco complicado. A modo de justificativo, afirmaba que las opciones más simples no son siempre las que producen mejores resultados. Los buenos resultados no siempre se obtienen por el camino más corto y con el menor esfuerzo. Para ejemplificar esto, tomaba como ejemplo el armado de un rompecabezas. Por supuesto, el hecho de tirar todas las piezas hacia arriba y dejarlas caer súbitamente, implica la posibilidad accidental de que las piezas caigan casualmente encajadas resolviendo el conjunto. *“Este método del todo-o-nada podría repetirse muchos miles de veces, pero es evidente que sus posibilidades de éxito son desdeñables”* (Alexander, 1969, pág. 45). Frente a esto, lo que proponía Alexander era proceder a encajar pieza por pieza:

“Cuando una cuenta está ya donde le corresponde (...) estamos en libertad para manipular la siguiente (...) llegando así, paso a paso, a la configuración total. Cuando nos ocupamos de cada cuenta como de un subsistema aislable (...) podemos solucionar el rompecabezas”(Alexander, 1969, pág. 45).

De esta última cita pueden anticiparse algunas reflexiones sobre el rumbo futuro que toma la obra teórica de Christopher Alexander, centrada en una búsqueda constante de prueba, error y depuración.

En primer lugar, en estos primeros textos planteaba encontrar un método de diseño a partir de la negatividad, es decir, evitando lo que no funciona. Esta estrategia ya había sido esbozada en *Comunidad y privacidad*, donde junto a Chermayeff elaboran grillas para identificar los conflictos que se producen en los conjuntos de vivienda. Con el tiempo, Alexander tratará de encontrar un método desde la positividad.

Apoyándose en el conocimiento de la arquitectura vernácula (“anónima”, “primitiva”, la que no tiene un autor específico) Alexander comenzó a hablar de una cualidad sin nombre, un modo intemporal de construir que era necesario redescubrir. Retomando la metáfora del rompecabezas existía una alusión a la complejidad de la arquitectura y del medio ambiente construido que continuaría a lo largo de todos sus trabajos.

Este reconocimiento de la complejidad, influyó notablemente en sus ideas acerca de la participación, dado que suponía que las situaciones que generan la arquitectura son de una complejidad excesiva como para que un solo diseñador pretenda resolverlas sin un método adecuado. De este modo, Alexander enfatizaba, por un lado, la necesidad de un método; pero por otro lado, la debilidad de la figura del arquitecto artista. Cuestionaba la existencia de un arquitecto capaz de crear *in nihilo*, encerrado en su propia subjetividad.

“El diseñador de hoy confía cada vez más en su posición como ‘artista’, en metáforas, en el idioma personal y la intuición [...] (de él) porque todo esto le alivia en parte la carga de la decisión y hace más tratables sus problemas cognoscitivos [debería decir cognitivos] incapaz de hacer frente a la compleja información que se supone que ha de organizar, oculta su incompetencia en una maraña de individualidad artística”(Alexander, 1969, pág. 17).

Por otra parte, la metáfora del rompecabezas es un llamado hacia un abordaje lógico, metódico y, por qué no, objetivo. En este sentido, la influencia de las matemáticas como ejemplo de lenguaje objetivo y abstracto, lleva a Alexander a tratar de hablar de arquitectura por fuera del mundo autorreferencial de los arquitectos. Era como decir que los arquitectos trataban de llevar el proceso de gestación de la arquitectura al plano de su propia subjetividad como una manera de evitar cuestionamientos y disputas. En ese sentido, el lenguaje emotivo y adjetivado oscurece las aguas para que parezcan más profundas de lo que realmente son. Funcionan como un blindaje, para no tener que dar explicaciones.

Esta búsqueda de objetividad, con todas sus dificultades y contradicciones, va a ser mejor analizada posteriormente. Mientras tanto, interesa por ahora relacionar esta objetivación de la arquitectura con la base lógica que aportan las matemáticas a los primeros libros de Alexander.

El pensamiento de Alexander, con respecto a la relación entre la objetividad y la subjetividad fue cambiando a lo largo de su obra. En los textos de mitad de la década del setenta, desconfiaba de un diseño basado estrictamente en cuestiones empíricas, despojadas de los sentimientos humanos. Sin embargo, en los textos de la década del sesenta, se concentraba en criticar los métodos de diseño puramente intuitivos. Por ejemplo, en *Ensayo sobre la síntesis de la forma*, afirmaba que

“Lo mismo que las matemáticas, también la lógica es vista con sospechas por muchos diseñadores [...] Ellos insisten en que el diseño debe ser un proceso puramente intuitivo, en que es una tentativa llamada al fracaso tratar de entenderlo mediante la razón porque sus problemas son demasiado abstrusos” [...] Es posible interpretar este curso de acontecimientos como una tentativa desesperada por esquivar la inseguridad de la autoconciencia y mantener la seguridad de la inocencia”(Alexander, 1969, págs. 16-17)

Es decir que, en estos primeros textos existía una crítica contundente contra aquellos diseñadores que buscaban abordar la arquitectura sin un método lógico, estructurado y coherente.

En última instancia, la intención primaria de *Ensayo sobre la síntesis de la forma* era generar un código binario para analizar las diferentes situaciones arquitectónicas. Se trataba de un intento por brindar una base lógica al proceso que genera la forma. En la búsqueda de un procedimiento de rigor científico, casi matemático, el eje de la arquitectura se trasladaba desde la forma hacia el proceso.

“La tarea de diseñar no consiste en crear una forma que cumpla determinadas condiciones sino la de crear un orden tal en el conjunto que todas las variables asuman el valor 0. La forma es, simplemente, aquella parte del conjunto sobre la que ejercemos control total. Sólo a través de la forma podemos crear orden en el conjunto” (Alexander, 1969, pág. 32)

En esta última parte de la cita, puede notarse que, el diseñador todavía controla la totalidad del proceso. No cuestionaba que el arquitecto lo controlara todo, sino que lo hacía sin coherencia lógica. Esto va a representar una de las principales diferencias con respecto a autores como John Turner o John Habraken, que afirmaban que el arquitecto no podía controlarlo todo.

Aun así, al trasladar el foco desde la forma terminada hacia los procesos que la originan, se generaba un antecedente necesario para reclamar, posteriormente, la participación del usuario dentro de dichos procesos. La forma deja de concebirse como un producto inalterable, surgida de una idea súbita y brillante, para transformarse en algo que cambia a lo largo del tiempo.

No resulta extraño que al analizar la arquitectura vernácula, Christopher Alexander destaque esa continuidad que existe entre la construcción de la arquitectura y su mantenimiento: *“Construir y reparar son cosas cotidianas”*(Alexander, 1969, pág. 54). Este proceso constante de construcción y reparación es lo que garantizaba el éxito de sus creaciones. *“El secreto del éxito (...) no radica en los hombres mismos sino en el proceso de diseño a que están acostumbrados”*(Alexander, 1969, pág. 203). En estos primeros textos, todavía no lo dice directamente, pero puede deducirse que la arquitectura que Christopher Alexander considera como “exitosa” surge de la participación de la gente en el proceso de construcción.

Con el tiempo, la influencia de las matemáticas en Christopher Alexander va a ir perdiendo el énfasis por lo numérico²⁷⁶, concentrándose en la necesidad de brindar una base lógica para abordar la complejidad del diseño. Si bien se mantuvo la idea del código, se fue combinando con otras ciencias (como la genética y la informática) que marcaron el contexto de los campus universitarios norteamericanos.

Las ciencias en la década del sesenta

Más allá de la alusión hacia las matemáticas, los textos de Christopher Alexander se nutrieron de toda una serie de términos provenientes de las nuevas expresiones de la ciencia que transformaban el ambiente cultural de las principales universidades del mundo²⁷⁷. Así, sus primeros textos estaban atravesados por este clima de fervor por las ciencias duras. Pese a que Alexander siempre estuvo interesado por los trabajos que indagaban en los modos de vida ancestrales, en sus primeros textos las alusiones hacia la antropología son escasas comparadas a las citas referidas a la biología, la física, e incluso a la química. En ese sentido, la teoría de Alexander, con su profusión de citas técnicas, puede entenderse como heredera de una política de Estado. Paradójicamente, los textos de Alexander no hacían ninguna mención al contexto político de la época. Es como si tratara de realizar una teoría apolítica en un contexto totalmente politizado. Aun cuando muchas de sus ideas rompían con el ideal del

²⁷⁶ El abandono de la lógica numérica puede verse en la entrevista realizada por Max Jacobson, publicada por Design Methods Newsletter en 1971, donde Alexander afirma que *“Cuando estás fusionando tus visiones para crear formas, estás operando en un territorio que es tan lejano del territorio matemático que ningún método existente puede echar ninguna luz útil en la clase de dificultades morfológicas que tienes mientras tratas de hacerlo”* (Alexander, 1971, pág. 5).

²⁷⁷ Cuando en 1957 la Unión Soviética puso en órbita el Sputnik (primer satélite espacial), Estados Unidos respondió con una profunda transformación en la educación, utilizando como instrumento la Ley de Educación de Defensa Nacional, sancionada en setiembre de 1958 (Berlung, 2002). Con un claro espíritu cientificista, el Presupuesto Federal para la educación pasó de 672 millones de dólares en 1957 a 1000 millones en 1960.

hombre blanco americano, no existen alusiones a los principales problemas que atravesaba la sociedad a nivel político, como por ejemplo, la Guerra Fría, o la integración de los afro-americanos en la sociedad norteamericana. Esto es extraño porque, luego de leer sus libros más rupturistas, puede afirmarse que Alexander no respetaba las condiciones del Capitalismo, pero a su vez, no hacía ninguna referencia al Comunismo. Ni en sentido positivo, ni negativo. En sus críticas atacaba a la sociedad de consumo, al productivismo, a la especulación inmobiliaria, al individualismo, etcétera. Sin embargo, en el plano político prefiere elegir una postura de neutralidad. Del mismo modo, abreva en la multiculturalidad, pero no critica el etnocentrismo. Es un extraño antecedente de la neutralidad que estudiaría Roland Barthes en el libro *Lo Neutro* de 1977. Expresaba una manera de desplazarse por el conocimiento con una mezcla de ingenuidad y pragmatismo, por momentos, exasperante. Si bien otros investigadores de la arquitectura tenían posiciones ambiguas y hasta conciliadoras frente a estos temas, sus ideas se exponían dentro de un contexto temporal muy preciso. Tanto Turner como Habraken afirmaban que sus propuestas podían aplicarse tanto en los países capitalistas como en los que se encontraban bajo la órbita de la Unión Soviética. Por el contrario, Alexander adopta una estrategia diferente, como un antecedente para muchas investigaciones actuales, se abstiene de cualquier pronunciamiento coyuntural, recreando “un modo intemporal de investigar” que oculta todo aquello que pueda llegar a implicar un compromiso, una postura, o incluso una alusión con respecto al contexto político en el cual se desenvuelve el investigador. Christopher Alexander toma lo que encuentra, como si las ciencias hubieran estado siempre allí, como si no fueran resultado de una política de Estado.

Ciencias Naturales

En el siguiente apartado, se hará referencia a la naturaleza enfocada desde una perspectiva científica. Es necesario aclarar esto, dado que en otro apartado del texto se analizará el concepto de naturaleza desde un punto de vista vivencial y metafórico.

Las ciencias naturales son el principal aporte a la teoría de Alexander, no sólo por la cantidad de referencias incluidas en sus textos sino, principalmente, por un concepto que subyace a lo largo de su obra teórica: la visión orgánica.

Frente al paradigma mecanicista que había regido la arquitectura y el urbanismo moderno, los conceptos derivados de la biología ofrecían una nueva manera de entender la transformación del ambiente construido. Incluso los términos “medio ambiente”, “hábitat” o “entorno”, son palabras asociadas a una visión que buscaba romper la rigidez analítica del positivismo. Ya en el libro *Ensayo sobre la síntesis de la forma*, Alexander citaba a Darwin para hablar acerca de la adaptación de la forma con respecto al contexto. Se trata de un criterio similar al concepto de organicismo que tenían arquitectos como Frank Lloyd Wright o Alvar Aalto, aunque en lugar de tomar la metáfora formal en un sentido metafórico trataba de profundizar en el modo en que se gestaba. En los textos de Alexander, la arquitectura, y también la ciudad, se entendían como un proceso continuo y complejo, basado en el reajuste constante a partir de la interacción de múltiples actores. La forma surgía, entonces, como resultado (provisorio) de una constante adaptación al contexto. La imagen de la arquitectura o la ciudad era producto de la decantación de diferentes formas heredadas del pasado. Con lo cual, puede notarse que es una concepción de “lo orgánico” mucho más profunda que la visión alcanzada por los arquitectos modernos elogiados por Bruno Zevi.

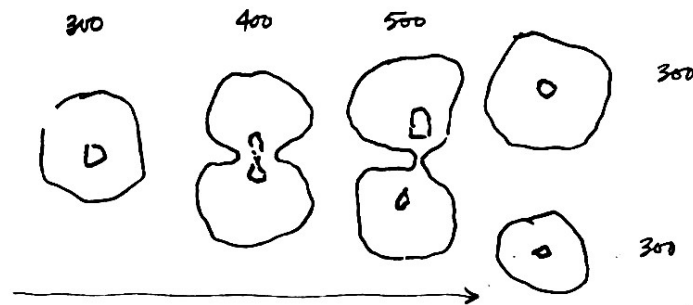
Cabe agregar, de paso, que Alexander destacaba las obras de Wright y Aalto por ser arquitectos “naturales”, pero advertía que sus obras no alcanzaban a conformar ambientes vivos. La diferencia

estaba en que Wright y Alto ponían el énfasis en el resultado de la forma, mientras que Alexander recuperaba el proceso que la gestaba.

El enfoque de Alexander superaba lo formal, incluso lo metodológico, para proponer una nueva manera de relacionarse con el medio físico. Era una verdadera teoría evolutiva de la arquitectura y el urbanismo, sólo que construida desde diferentes campos del conocimiento, sin un excesivo apego a la metodología científica de los biólogos.

Alexander no buscaba erigirse en un equivalente de Darwin para la arquitectura. Aún más, cuando las asociaciones eran lineales, poco metafóricas, enriquecía su argumentación con referencias a otras ciencias (Figura 34). Por ejemplo, cuando desarrolla el tema de la adaptación constante (un tópico recurrente en la obra de Darwin), Alexander además de citar al biólogo inglés se apoyaba en las ciencias químicas:

“el mundo trata de compensar por sus irregularidades con tanta eficacia como le sea posible. Este principio, que a veces es denominado principio de la menor acción, ha sido señalado en diversos campos, en particular por Le Chatelier, quien observó que los sistemas químicos tienden a reaccionar ante las fuerzas exteriores de modo tal que neutralicen las fuerzas”(Alexander, 1969, pág. 99).



El crecimiento de un nuevo departamento

Dibujo de Alexander comparando el surgimiento de nuevos departamentos en la universidad de Oregon con un tipo de división celular. Cuando alcanzan los 500 alumnos deben separarse tanto los alumnos como el núcleo de docentes y administrativos (Alexander, 1978).

Figura 34 Instituciones que se dividen como células

Genética

En la época en que Alexander elaboraba sus ideas, la biología evolutiva profundizaba su alcance y precisión a partir de los recientes hallazgos en el campo de la genética. En la teoría de Alexander puede notarse la influencia de esta rama de la ciencia, principalmente en cuanto a la búsqueda de un código que regule las transformaciones de la arquitectura.

Frente a la imposición de una idea abstracta sobre el mundo real, Alexander propone la regulación de los cambios que experimenta la forma a partir de una serie de acuerdos previos. El lenguaje de patrones, que Alexander elabora a mediados de los setenta, no funcionaba como un código en el sentido de normativa, sino en el sentido biológico: un código genético. Incluso llegaba a comparar el lenguaje de patrones con el ADN de los organismos:

“Si dos individuos están íntimamente relacionados, existe una gran coincidencia en los genes (...). A medida que disminuye la coincidencia, decimos que dos individuos son miembros de diferentes subespecies dentro de la especie. Y cuando la coincidencia disminuye por debajo de cierto umbral decimos que son miembros de especies totalmente distintas (...). De igual manera, un lenguaje de patrones común es definido por una fuente de patrones”(Alexander, 1981, pág. 261).

Puede notarse que el lenguaje de patrones se proponía como una forma de coordinar las acciones de los diferentes actores que influyen en la transformación del ambiente. Sin embargo, la transformación a partir de la voluntad individual de cada uno de los actores intervinientes suele ir asociada a la idea de caos. Si no existe una coordinación, si cada actor interviene con indiferencia con respecto a los demás, el resultado es una sumatoria de acciones incoherentes. Para contrarrestar esta amenaza, Alexander utilizaba la metáfora médica del ajuste constante, similar al proceso que realiza un organismo vivo para sanar una herida: *“Es un perpetuo flujo de crecimiento y deterioro, en que el organismo no es tanto un objeto como el carácter de invariables subyacentes al flujo, que renace y se reorganiza día a día”* (Alexander, 1981, pág. 271).

Del mismo modo, la medicina servía como punto de apoyo para comparar el proceso de transformación del ambiente con el desarrollo de un embrión. Alexander afirmaba que las acciones tendientes a transformar el ambiente, atraviesan todo un proceso de maduración, van cambiando desde un estado inicial idílico para ir tomando cada vez mayor nivel de complejidad y especificidad en sus formas. Era una homologación del proceso de diseño con el modo en que se gestan los organismos vivos.

Estructura molecular

En las anteriores referencias a diferentes disciplinas destacamos la intención de Alexander por comparar los procesos que en esos momentos estudiaba la ciencia con las transformaciones del medio ambiente. Así mismo, el autor realizaba algunas referencias que superan el proceso de conformación para profundizar en el modo en que se estructura la forma. Es decir que la ciencia no sólo le servían para justificar procesos sino también para entender o interpretar la estructura intrínseca de las formas. Por ejemplo, comparaba los patrones del ambiente con los átomos que conforman una molécula de un elemento químico determinado. A partir de esa metáfora, los patrones pueden entenderse como unidades espaciales mínimas, que articuladas en el espacio conforman un todo (Alexander, 1981, págs. 80-89). Sin embargo, la metáfora de los átomos resulta un poco rígida y disonante con respecto a las facetas más dinámicas y complejas de los patrones, que se asocian mejor a las ciencias sociales.

En la comparación con los átomos, vale la pena aclarar que cada patrón puede subdividirse en otros patrones más pequeños que lo estructuran y determinan. Con lo cual, los patrones serían como átomos que, a su vez pueden dividirse en otros átomos. Además, los patrones arquitectónicos conforman y determinan patrones urbanísticos, llegando a generar un escenario borgiano infinito de patrones dentro de otros patrones (algo que en los átomos no puede leerse tan claramente).

Por otra parte, la imagen mental que suscita un átomo suele ir asociada a una idea de estabilidad que no se corresponde con el sentido de los patrones. Si bien Alexander hablaba de un modo intemporal de construir, no se refería a los patrones en sí. Lo que permanecía en el tiempo era el hecho de concebir el medio ambiente a partir de la combinación de soluciones espaciales verificadas a lo largo del tiempo. A partir de lo cual, deben realizarse algunas salvedades. Por un lado, esta verificación era siempre provisoria. Cada patrón es una especie de hipótesis arrojada al medio ambiente: *“está abierto al debate y es tentativo”* (Alexander, 1981, pág. 211) lo cual permite cierto nivel de innovación y exige una contrastación empírica para su reajuste (Alexander, 1971, pág. 101). Tiene carácter hipotético.

En definitiva, la comparación entre los átomos y los patrones, no era muy precisa.

Por otro lado, incluso cuando los patrones se manifiestan como unidades espaciales anidadas (aunque no sea un término de Alexander), no va a existir ningún tipo de autonomía de la forma. Los patrones van a estar indisolublemente asociados a acontecimientos o actividades del ser humano.

Antropología

Es interesante notar que, a partir de un abordaje científico similar al de las ciencias duras, cercano a las matemáticas, Alexander descubre la importancia del comportamiento humano en la Arquitectura. El valor otorgado a las actividades del ser humano llevó a Christopher Alexander a profundizar en algunos autores reconocidos dentro de la Antropología. No obstante, hay que reconocer que Alexander nunca tuvo tanta cercanía con las ciencias sociales como tuvieron otros arquitectos que trataron de enriquecer la disciplina durante esta época, como por ejemplo John Turner o Aldo Rossi, por mencionar dos enfoques bien contrastantes. En el libro *Ensayo sobre la síntesis de la forma* ya existe una caracterización antropológica de las “culturas conscientes de sí mismas”, y las “inconscientes de sí mismas”. En ese momento, Alexander tomaba algunos recaudos mínimos advirtiendo que “Este libro no es un tratado de antropología”, por lo cual tomaría simplemente algunos elementos de la antropología para nutrir una idea arquitectónica. Con ese objetivo, proponía “trazar en primer lugar una línea neta y arbitraria entre aquellas culturas que optamos por llamar simples, a los fines de nuestra argumentación, y las culturas que clasificamos como nuestras” (Alexander, 1969, pág. 37).

Para describir estas supuestas culturas simples, se apoyará en una serie de libros como *The Folk Society* (1950) de Robert Redfield y *Native Genius in Anonymous Architecture* (1957) de Sybil Moholy-Nagy. A partir de estos autores, terminaba de asociar esta sociedad “otra” a una serie de características más explícitas que la simpleza. Las menciona como sociedades “primitivas”, “agrarias”, “cerradas” y -algo de principal interés para nuestra investigación- como culturas donde la construcción es “anónima”, “para distinguirla de las culturas en que existe una profesión llamada arquitectura. [...] la división del trabajo es muy limitada, [...] no hay arquitectos y cada hombre se construye su propia vivienda” (Alexander, 1969, pág. 38). De este modo, Alexander se embarcaba en un viaje hacia los territorios de la antropología y las culturas ancestrales como fuente de aporte para la arquitectura, un viaje similar al que emprendieron otros de sus contemporáneos como Bernard Rudofsky o Amos Rapoport, autores que alcanzaron resultados más rigurosos pero menos propositivos. De hecho, las citas hacia la antropología eran demasiado generales, y daban la sensación de que en algún lugar del texto deberían aparecer con mayor nivel de detalle.

Cuando Alexander presentó el concepto de patrones en uno de los textos que compila el libro *La estructura del medio ambiente*, afirmaba que éstos se encuentran relacionados a un tema recurrente de la antropología: “las necesidades humanas”. Incluso adelantaba que la identificación de cada uno de los patrones desarrollados en el texto está basada en las investigaciones de autores como Alexander Leighton, Abraham Maslow y Erik Erikson. Sin embargo, al momento de presentar estos patrones, no establecía ningún vínculo concreto con dichos autores. Eran una referencia lejana. Por lo cual, el desarrollo de cada uno de los patrones se basa en enunciar sus características formales y las diferentes actividades que propicia²⁷⁸. Una síntesis demasiado esquemática, que dejaba afuera el tema de las necesidades, pese a que en el texto de presentación les había otorgado un protagonismo exagerado: “Y, como Leighton dice, la frustración de estas necesidades no conduce a la muerte física, sino al desorden psiquiátrico y a la muerte espiritual” (Alexander, 1971).

Con un nivel similar de dramatismo, Alexander retomaba las ideas de Abraham Maslow para asociar la transformación del ambiente con un proceso de autorrealización. Cuando las instituciones impiden esta forma de autorrealización, el sujeto atraviesa una serie de crisis: “Hay una generosa evidencia

²⁷⁸ Los patrones se van a describir con mayor profundidad en el libro *A Pattern Language* (1977). Editado en español con el título *Un lenguaje de patrones* (1980).

clínica para demostrar, nuevamente, que el sistema de instituciones que provee nuestra cultura no ofrece a cada individuo una cantidad razonable de posibilidades para enfrentar con éxito las diferentes etapas críticas” (Alexander, 1971).

Si bien no queda muy claro el concepto mismo de necesidades, ni tampoco la verdadera incidencia de la antropología en la determinación de los patrones, puede notarse que la propuesta de Alexander buscaba subsanar algunas crisis que atravesaba “la arquitectura institucionalizada”, es decir, buscaba contrarrestar los problemas que ocasionaba la arquitectura de mitad del siglo veinte sobre el ser humano. Tenía un interés antropológico, pero no podría decirse que sus libros son estudios antropológicos porque siguen una metodología demasiado heterogénea y flexible. Una mirada ortodoxa de las ciencias sociales, diría que sus investigaciones carecen de rigurosidad.

Informática

Christopher Alexander tuvo una relación ambigua con la informática. Por un lado, desde sus primeros textos abogaba por un método de identificación y codificación de problemas muy similar al procedimiento de la informática. En el libro *Ensayo sobre la síntesis de la forma* llegaba, incluso, a sugerir un sistema binario que podía representarse mediante una máquina de luces: las apagadas representaban los desajustes y las prendidas simbolizaban los aciertos del diseño. Lo que buscaba representar con esto, era un sistema interrelacionado de variables codificadas de manera binaria, algo muy similar a la lógica de la informática desarrollada en esa época.

Sin embargo, en todos sus textos, Alexander incluía una serie de críticas con respecto a un uso inapropiado de las computadoras aplicadas al diseño: *“No existe perspectiva alguna de introducir mecánicamente estos principios [...] en el diseño. Una vez más, hace falta la inventiva. No es posible, por lo tanto, reemplazar las acciones de un diseñador diestro por decisiones computadas mecánicamente”*(Alexander, 1969, pág. 77). En una entrevista realizada a mediados de los sesenta, cuando explica por qué renunció al comité editorial de la revista *Design Methods Newsletter*, advertía que la informática se había convertido en un fin más que en un medio:

“La gente ha perdido completamente el objetivo [...] está bien claro que la gente que juega con las computadoras se está interesando en una especie de juguete (...) se ha perdido la motivación de hacer mejores edificios. [...] Argumenté muy fuerte contra los computer graphics simplemente debido al estado mental en el que necesitas estar para crear un buen edificio. ¿Estás en paz contigo mismo? ¿Estás pensando en el olor y en el tacto y en lo que sucede cuando la gente camina en el lugar?”(Alexander, *La estructura del medio ambiente*, 1971)279.

En esta breve cita pueden observarse algunos cambios con respecto a los textos que había escrito anteriormente. Es una ruptura en relación a lo que había escrito en *Ensayo sobre la síntesis de la forma*. Por un lado, es un antecedente de la arquitectura centrada en las experiencias hápticas, una concepción de la arquitectura que se aleja de los planteos analíticos o ideales para centrarse en las sensaciones del cuerpo humano en un sitio determinado²⁸⁰.

Se puede percibir allí el modo en que Alexander comenzaba a abandonar la estricta lógica racional y aritmética en pos de un proceso más relacionado a cuestiones sensoriales, sin por ello abandonar la

²⁷⁹ Cita de un texto incluido dentro del libro *La estructura del medio ambiente* llamado: *Tres aspectos de matemática y diseño* cuyo título original en inglés es *A much asked question about computers and design* (1964).

²⁸⁰ Como ejemplo de esta corriente de principios de siglo veinte, podríamos mencionar a Peter Zumthor y Steven Holl, y dentro del ámbito de la teoría podríamos destacar el libro *La mano que piensa* de Juhani Pallasma y *El Artesano* de Richard Sennett, donde hay una profunda crítica hacia las condiciones abstractas que impone el diseño asistido por computadoras (AutoCad).

intención de transcribir estas sensaciones a partir de una codificación objetiva. Esta manera de traducir el componente sensorial de la arquitectura, va a cristalizar en el lenguaje de patrones.

Por último, para analizar la relación entre Alexander y la informática, no se puede obviar la influencia que tuvo Alexander sobre la industria del software. Paradójicamente, mientras Alexander se resistía al diseño por computadora, los diseñadores de software se encargaron de difundir masivamente sus ideas. Eso sí, realizaron una interpretación poco ortodoxa (Medina, 2008)(Wirfs-Brock, 2014).

Mientras Alexander hablaba de un lenguaje de patrones, los programadores hablaban de diseño de patrones. La diferencia en el modo de nombrar ambos procedimientos ya advierte diferencias esenciales. Mientras el “lenguaje” pretendía constituir una forma de entendimiento entre diferentes actores, el “diseño” de patrones buscaba convertirse en una herramienta exclusivamente para uso del diseñador. Alexander influyó en los programadores en cuanto a la creación de un sistema de construcción gradual y pautada, distinto a los programas basados en el “spaghetti code” (es decir: la sumatoria aleatoria de códigos complejos).

El diseño de patrones facilitaba la construcción colaborativa por reunir información en modelos (templates) que permitían brindar orden y coherencia sin sacrificar creatividad y flexibilidad. Constituía un intento por incorporar la heurística en el diseño informático, a partir de lo que se consideraron las primeras estructuras vivientes, antecedente de las plataformas interactivas de la actualidad. Como crítica, puede notarse una sobre-simplificación de la propuesta de Alexander, que en lugar de facilitar la relación con el contexto, se encierra en sus propios mecanismos²⁸¹.

Teoría de Sistemas

Resulta paradigmático que las ideas de Alexander que trascendieron al campo de los programadores de computadora, no fueron aquellas cercanas a la primera base aritmética que compartía con la informática, sino las provenientes de otro campo de la ciencia: la teoría de sistemas.

Si bien en los principales textos de Alexander no existen muchas citas referidas a los principales autores de la teoría de sistemas, puede apreciarse una estrecha relación con sus propuestas al momento de plantear conjuntos anidados de elementos interrelacionados. El ambiente construido, y la arquitectura funcionaban como una totalidad que puede autorregularse en función del intercambio de sus elementos. Los patrones a nivel regional, incluyen y condicionan patrones urbanísticos, que a su vez propician una serie de patrones de escala arquitectónica. Cada uno de los patrones forma parte de una red de patrones más amplia que lo modifica y condiciona. Por más que los patrones se enuncian de manera aislada, sólo funcionan como parte de una totalidad (Alexander, 1981, pág. 115).

Incluso resulta llamativo que una de las pocas menciones al trabajo de Ludwig von Bertalanffy se utiliza en un texto que no tiene mucho que ver con la teoría de sistemas, sino para realizar una afirmación que tampoco respeta su espíritu. En *Ensayo sobre la síntesis de la forma*, Alexander cita un texto contemporáneo de Bertalanffy para afirmar que es necesario reconocer la jerarquía de las diferentes partes de un organismo para poder entender (y hasta predecir) su funcionamiento. Algo extraño teniendo en cuenta que la teoría de sistemas avanza en contra de los modelos de predicción más cercanos a la lógica mecanicista. Sin embargo, la influencia de la teoría de sistemas va a alcanzar su

²⁸¹ “Los patrones de diseño pasaron al campo del software el año 1994, con la publicación del libro *Design Patterns: Elements of Reusable Object-Oriented Software*, por el llamado GoF (gang of four, Erich Gamma, Richard Helm, Ralph Johnson y John Vlissides). El libro tuvo gran éxito, pero curiosamente no estaba enfocado según la filosofía de Christopher Alexander. Los patrones daban solución a problemas, pero no del usuario del software, sino de su desarrollador” (Armengol Garreta, 2008).

verdadera magnitud y profundidad en los textos compilados en el libro *La estructura del Medio Ambiente*. En este libro se incluye el artículo llamado *La ciudad no es un árbol* donde Alexander realizaba una diferenciación entre ciudades artificiales o planificadas y las ciudades naturales que son las que crecen de manera “orgánica” sin seguir una planificación previa. Según Alexander, el medio ambiente podía entenderse a partir de las relaciones entre sus elementos. Esas relaciones, en una ciudad natural, sin planificación, son extremadamente complejas. Si uno quisiera representar dichas relaciones en un diagrama, conformaría un retículo, es decir, una multiplicidad de conjuntos superponiéndose y solapándose. Por el contrario, las ciudades planificadas conllevan una sobre-simplificación. Son diseñadas a partir de una organización excesivamente jerarquizada de la forma (Figura 35).

Para ejemplificar esta fuerte jerarquización formal, Alexander describía una serie de ciudades planificadas. Entre ellas, Brasilia:

“La forma se desarrolla en torno al eje central y cada una de las dos áreas está servida por una arteria principal. De éstas derivan arterias subsidiarias paralelas a las primeras que, a su vez, se subdividen en carreteras que circundan los barrios de bloques. La estructura de un árbol”(Alexander, 1971, pág. 31).

Dejando en claro que en la metáfora del árbol, no se remitía al árbol como un objeto viviente sino como un esquema arbóreo, una representación de dichas relaciones formales de subsidiaridad. En el caso de Brasilia podía verse claramente: un eje curvo, del cual emergían arterias principales, de ellas salían arterias secundarias, que nutrían las calles que separaban los bloques.

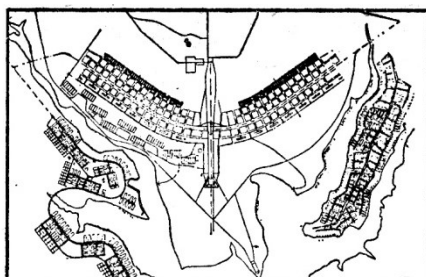
En un extremo opuesto, las ciudades no planificadas, consolidadas a lo largo de la historia, funcionaban como un conjunto orgánico. Su estructura no sigue un esquema jerárquico sino que tiene las cualidades básicas de un sistema, donde *“los elementos de un conjunto se agrupan porque cooperan o colaboran de alguna manera”* (Alexander, 1971, pág. 20). En definitiva, Alexander se basaba en conceptos matemáticos y en la representación esquemática de las ciudades para realizar una crítica a la simplificación que requiere la concentración del proceso de toma de decisiones en un grupo reducido de diseñadores. Cuando se busca diseñar la totalidad de la ciudad, resulta imprescindible sacrificar parte de la complejidad del fenómeno. Los diseñadores terminan priorizando determinadas variables aisladas que estructuran rígidamente todo el conjunto. Por ejemplo, las vías principales en Brasilia, los núcleos en Chandigarh o los anillos suspendidos en la propuesta de Kenzo Tange para la bahía de Tokio.

Esta manera de encarar el diseño daba como resultado esquemas fuertemente jerarquizados que *“destruyen las interrelaciones naturales, adecuadas y necesarias”* (Alexander, 1971, pág. 39). Más allá de aportar elementos de análisis a las teorías sobre la fragmentación urbana, interesa a esta investigación destacar el modo en que Alexander contribuye a elaborar una crítica sobre la centralización de las decisiones de diseño.

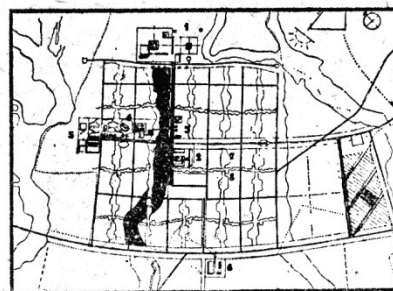
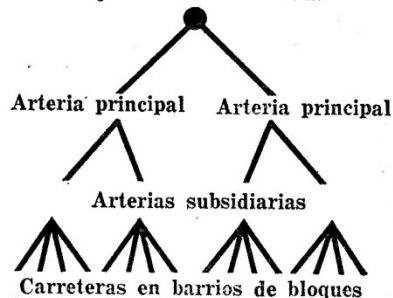
Frente a los esquemas fuertemente jerarquizados, Alexander destaca aquellas ciudades de consolidación espontánea, que no siguen un plan rígido: *“Es imprescindible descubrir el carácter que da la vida a las ciudades viejas para recuperarlo en nuestras propias ciudades artificiales”* (Alexander, 1971). Sin embargo, a mitad de los sesenta Alexander todavía no había indagado demasiado en esa búsqueda del carácter, por lo cual todavía confiaba en la posibilidad de alcanzar una solución desde la exploración formal, surgida de un diseño previo. Mientras que en los textos de mediados del setenta Alexander ponía el énfasis en el proceso de gestación. En el texto *La ciudad no es un árbol* apunta a encontrar una forma suficientemente flexible como para propiciar la diversidad. Pretende encontrar un diseño que no sacrifique la complejidad, que propicie la superposición de relaciones conformando un sistema de retículos:

“Debe preguntarse ahora qué aspecto tiene una ciudad en semi-retículo y no en árbol. Tengo que confesar que no dispongo aún de planos o perspectivas (...). Para obtener una estructura, ha de conseguirse la superposición correcta, y esta es para nosotros casi con toda seguridad, diferente a la antigua superposición que observamos en las ciudades históricas”(Alexander, 1971, pág. 51).

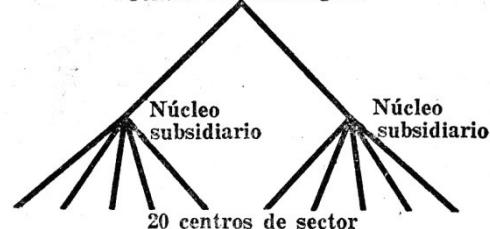
Es, por ende, una superposición diseñada. Con lo cual queda en claro que, en ese texto todavía no pretendía abandonar la centralización del proceso de toma de decisiones, pero critica la simplificación²⁸² que acompaña este proceso.



Eje central de Brasilia



Centro de Chandigarh



Brasilia y Chandigarh mostradas como esquemas arbóreos (Alexander, 1971, pág. 118).

Figura 35 La ciudad moderna como árbol

La complejidad de la ciudad como sistema cuestionaba la capacidad del arquitecto como “autor” capaz de decidir sobre las múltiples variables que se superponen en una porción del medio ambiente. Es por eso que, en el mismo libro donde aparecía *La ciudad no es un Árbol*, incorporaba un capítulo donde sí quedaba planteado un nuevo abordaje del modo de hacer arquitectura. En el capítulo *Sistemas que generan sistemas* Alexander superaba lo estrictamente formal para proponer un cambio en la concepción del diseño. El diseñador no debía crear el edificio (o la ciudad), sino el sistema capaz de generarlo: “debemos inventar sistemas generadores cuyas partes y leyes crearán las propiedades de sistema holístico necesarias para su propio ajuste” (Alexander, 1971, pág. 71). Este cambio de enfoque desde el objeto hacia el proceso que lo genera puede entenderse como un requisito previo, necesario, para que en la década del setenta la participación se afiance en el ámbito de la arquitectura.

Con el antecedente de Mayo del 68, la independencia de las colonias africanas, los gobiernos anti-imperialistas de Latinoamérica y el recrudecimiento de los conflictos independentistas en África, el mundo entero se transformó en una puja por la participación política en los principales procesos de la

²⁸² Si bien es una simplificación que surge desde el diseño formal, desde lo morfológico, sus consecuencias en cuanto al funcionamiento de la ciudad genera resultados drásticos a nivel social. Alexander lo advierte con cierto dramatismo: “La ciudad es un receptáculo de vida [...] si actúa como un árbol, será como un bol lleno de hojas de afeitar puestas de canto [...] la vida quedará destrozada” (Alexander, 1971, pág. 55) .

historia. Habiendo revelado la importancia del proceso en las transformaciones del medio ambiente, Alexander fue uno de los primeros autores en plantear un método de participación para abordar la arquitectura y el urbanismo.

Comunicación y Lingüística

Una crítica frecuente con respecto a la arquitectura moderna, cuestiona su postura con respecto a la Historia. Dado que la arquitectura moderna implicaba una ruptura con el pasado, había generado un nuevo lenguaje que dificultaba el vínculo con los sistemas de valores arraigados en la memoria de la gente. La arquitectura había perdido la comunicatividad.

También hay que recalcar que, durante los cincuenta, hubo un auge de la comunicación dentro de las ciencias sociales. Los estudios sobre semiótica de autores como Umberto Eco, o sobre los mass media como por ejemplo Marshall McLuhan, habían traído la comunicación al centro de la escena. Esto repercutía, lógicamente, dentro de la Arquitectura y el Urbanismo. Por ejemplo, como parte de esas búsquedas que trataban de recuperar la comunicatividad dentro de la arquitectura, se puede incorporar a Charles Moore, Robert Venturi, Louis Kahn. Es un periodo en el cual la arquitectura se carga de citas que hacen referencia a la Historia, las artes, las aspiraciones de la gente. Incluso Le Corbusier comenzaba a incorporar formas que ya no estaban estrictamente apegadas a las geometrías euclidianas sino más cercanas al uso de metáforas o formas que despertaban múltiples evocaciones.

Este rumbo que tomaba la arquitectura, también influyó en las ideas de Alexander. Hasta podría afirmarse que la idea de los patrones se apoyaba en los significados arraigados en la memoria de la gente. Era un sistema de decodificación de los significados de la arquitectura. De hecho el nombre del libro *Un lenguaje de patrones* ponía en evidencia el vínculo con las teorías de la comunicación.

Este lenguaje particular de la arquitectura se entendía como una abstracción. Dentro de la teoría clásica de la comunicación podría afirmarse que el lenguaje de patrones no era la arquitectura misma sino su codificación. Cada patrón no era “la cosa” misma sino su signo. En ese sentido, los patrones funcionan como si fueran palabras, que al articularse de una manera determinada van generando un lenguaje coherente y dinámico. “*A partir de una secuencia de esos patrones individuales, en tu mente se formarán edificios enteros (...) tan fácilmente como si se tratara de oraciones*” (Alexander, 1981, pág. 13). Se constituye así, una especie de gramática que va cambiando con el tiempo: “*La estructura del lenguaje es creada por la red de relaciones entre patrones individuales, y el lenguaje vive o no, como totalidad, en la medida en que dichos patrones formen parte de un todo*” (Alexander, 1981, pág. 13). Con lo cual, la comparación entre el medio ambiente y un lenguaje, se basa en dos rasgos fundamentales: una estructura articulada de unidades y la consolidación a lo largo del tiempo. Por un lado, un lenguaje desarticulado, donde sus unidades no se relacionan formando un todo, carece de coherencia. Pero además, su validez se construye a lo largo del tiempo y va cambiando en paralelo a la cultura, se encuentra “*en constante evolución*” (Alexander, 1981, pág. 13).

Por momentos, la comparación con el lenguaje se volvía muy literal, haciendo alusión a su estructura interna. Por ejemplo cuando advertía que el diseño a partir de patrones constituía “*un conjunto de partes o elementos, más unas reglas con las que se combinarán para formar 'cosas admisibles'*” (Alexander, 1971, pág. 66). Con lo cual, la mala arquitectura era como un mal uso del lenguaje. Los patrones funcionaban como si fueran las palabras de un lenguaje que movilizan significados compartidos y facilitaban una forma de entendimiento entre las personas dentro del medio ambiente.

En otras partes del texto, la comparación con el lenguaje hablado era más metafórica y distante, haciendo referencia al modo en que se incorporaba y cómo evolucionaba:

“Cuando un bebé aprende el lenguaje [...] no aprende las reglas que contiene [...] Sólo oye oraciones que los demás producen. Lo que el bebé hace entonces es inventar sistemas de reglas por sí mismo, reglas que son totalmente inventadas, por primera vez, por él mismo. Modifica constantemente estas reglas hasta que con ellas puede producir un lenguaje similar al que oye. Lo mismo ocurre con los lenguajes de patrones”(Alexander, 1981, pág. 258).

Con respecto a la evolución del lenguaje, afirmaba que el uso de los patrones terminaba consolidando los patrones más importantes, los que garantizan la vitalidad, mientras que los que no han sido bien planeados caían en desuso hasta desaparecer. Esto garantizaba el dinamismo y el reajuste constante del lenguaje de patrones.

Por último, interesa destacar una faceta de las propuestas de Alexander que se desprende del mismo hecho de considerar a los patrones como un lenguaje. Tanto la precisión matemática de sus primeras propuestas metodológicas, como la búsqueda de un orden subyacente en sus últimas obras teóricas, apuntaban a garantizar una forma de entendimiento para los múltiples actores involucrados en la construcción del ambiente.

Sus ideas ayudaron a extraer la arquitectura del plano puramente subjetivo del diseñador, para brindar el debate en un plano intersubjetivo que facilitaba la participación de múltiples actores. Esto puede verse, además, en su visión sobre la ciudad como un sistema de interacciones coordinadas. Una concepción guiada por un sentido de horizontalidad, o al menos, por la desconfianza en las estructuras jerárquicas. Una desconfianza que también puede encontrarse en el origen de las ideas de John Turner. Donde se cuestionaba la organización jerárquica del ambiente en pos de una construcción gradual y dinámica de lo comunal: *“El lenguaje de patrones aplicado a una ciudad es similar, o está relacionado al conocimiento comunal. Es un lenguaje en constante recreación”*(Alexander, 1981, pág. 258). A partir de lo cual, puede notarse, al igual que en el caso de Turner, el vínculo Geddesiano entre la vida cívica, comunal, y las estructuras físicas en constante evolución.

Por último, en diferentes pasajes de *El modo intemporal de construir* hay un cuestionamiento hacia un posicionamiento moralista con respecto al lenguaje de patrones. El lenguaje de patrones constituye *“un bien superior al triunfo de cualquier sistema artificial de valores”* (Alexander, 1981, pág. 232). Si los patrones no pueden ser juzgados desde nuestros valores personales, gozan, entonces, de cierta neutralidad²⁸³. Son producto de una supuesta lógica objetiva que los erige en un componente

²⁸³ En el libro *Ensayo sobre la síntesis de la forma*, cuando todavía no había elaborado una propuesta de “lenguaje”, Alexander desconfiaba de la deformación que produce el lenguaje hablado para expresar relaciones arquitectónicas. Cuando hablaba de *“la arbitrariedad de los conceptos verbales existentes”* afirmaba que *“una vez abarcados estos nombres o representaciones simbólicas (...) para hacerlas más dóciles para el pensamiento, comienzan a perjudicar seriamente nuestra capacidad para ver más allá de ellas”*. Para ejemplificar esa deformación, Alexander se basa en un estudio de Benjamin Lee Whorf llamado *“Relation of Habitual Thought and Behavior to Language”*. En esta investigación se comprobaba que los obreros que trabajaban con barriles de petróleo guardaban muchas precauciones cuando estaban cerca de barriles de petróleo llenos, pero se manejaban con mayor descuido cuando estaban junto a barriles de petróleo vacíos. Sin embargo, los barriles vacíos, por contener mayor cantidad de gases, son más peligrosos que los barriles llenos. *“Pero la palabra “vacío” transmite la idea de seguridad, en tanto que la palabra “lleno” parece sugerir un peligro que se cierne. Así, los conceptos de “lleno” y “vacío” invierten en realidad la estructura de la situación”*(Alexander, 1969, pág. 208). Sin embargo, esta primera desconfianza hacia el lenguaje verbal que puede verse en *Ensayo sobre la síntesis de la forma*, se complementaba en sus textos posteriores cuando afirmaba que los patrones, si bien se enunciaban con palabras, eran representaciones abstractas, similares al concepto de tipología. Es decir, que exigían cierto nivel de abstracción. Un mismo patrón podía asociarse a diferentes soluciones formales, el patrón era lo que subyacía

comunicativo puro. Para Alexander, el lenguaje de patrones no queda librado a las distorsiones propias del lenguaje hablado o escrito, por eso implica “*renunciar a preconcepciones de lo que ‘deben ser’ las cosas*” (Alexander, 1981, pág. 231). Más allá de que puedan usarse bien o mal, el lenguaje de patrones es un medio objetivo.

Objetividad

La consolidación del sistema científico en Estados Unidos, donde Alexander desarrolló gran parte de su teoría, influyó principalmente en la búsqueda de una arquitectura ajustada a criterios científicos. Por supuesto, esta búsqueda no fue la única de su carrera. Si bien su enfoque fue cambiando, enriqueciéndose con otros valores teóricos e incluso espirituales, sus inicios cercanos a las exploraciones científicas de los sesenta, brindaron a su propuesta una pretensión de objetividad que marcó la evolución de toda su carrera. Aun cuando más tarde propuso una cualidad interior, indescriptible, de la arquitectura, lo hizo en nombre de una esencia incuestionable, que no dependía de ningún juicio de valores.

Puede notarse, en esa búsqueda por la objetividad, un interés por propiciar el entendimiento entre los diferentes actores que confluyen en la complejidad del medio ambiente. Alexander propuso un campo intersubjetivo, que facilita la participación, sin que ello implique abandonar la búsqueda de la belleza.

Por otro lado, su enfoque inicial, eminentemente científicista²⁸⁴, le otorgó características particulares a sus ideas sobre la arquitectura. Para empezar, debe destacarse el valor de la evaluación empírica y el reajuste. Cada uno de los patrones de Alexander tenía el mismo valor que las hipótesis en las ciencias. Los patrones debían ser corroborados empíricamente a lo largo del tiempo (Alexander, 1971, pág. 101). Incluso cuando consideraba que no tenía las herramientas suficientes como para comprobarlos, confiaba en una consolidación mediante la prueba y error de un modo similar al proceso que atraviesan las ciencias a lo largo del tiempo. “*A pesar de que la evidencia científica demuestra que los planteos son evidentemente débiles, me atrevo a pensar que esto ocurre porque aún no hemos intentado encontrar evidencias de este tipo*” (Alexander, 1971, pág. 131).

Resulta imposible dejar de relacionar esta constante verificación y reajuste en el tiempo, con los procesos de evaluación y reajuste que suelen proponer los procesos participativos. La participación en arquitectura, por romper con una previsualización unipersonal, por no estar predeterminada por la visión de un único diseñador, incluye un elevado grado de heurística. Esto exige, por ende, incorporar procesos de reajuste constante similar a los que proponía Alexander. A principios del siglo veintiuno, existe abundante bibliografía referida a la evaluación participativa que deben considerarse herederas de este enfoque²⁸⁵.

dentro de una familia de soluciones formales, era la abstracción de sus rasgos comunes. Con lo cual, el lenguaje de patrones se situaba por fuera de la significación literal, en una instancia de presunta objetividad racional.

²⁸⁴Para Brian Waker el rigor científico de Alexander era una de las principales razones por las cuales los científicos sociales deberían prestar atención sus propuestas (Waker, 2003).

²⁸⁵En la ciudad de Córdoba, a partir del trabajo iniciado por una serie de Organizaciones no gubernamentales entre las que destacan AVE-CEVE, Serviproh y Sehas, han permitido profundizar en el tema de la planificación y la evaluación participativa compilando resultados y experiencias en diferentes libros y artículos. Si bien los autores de estos trabajos, pertenecen hoy a diferentes ámbitos institucionales, todos han estado vinculado al trabajo realizado por estas ONGs en una articulación directa con diferentes organizaciones de base. Podríamos mencionar como autores destacados a Horacio Berreta, Aurelio Ferrero, Carlos Buthet, Marcela Rodríguez, Paula Peyuloubet, Mariana Ennet, Rocco Ortecho, Gustavo Rebord, Graciela Maiztegui, Daniela Gargantini entre otros.

La cercanía con la biología evolutiva y la genética permitieron abandonar la presunción mecanicista de la cultura de principios de siglo veinte. Si bien no se han mencionado aún las críticas de Alexander con respecto a los arquitectos modernos, interesa notar el modo en que sus libros cambian el abordaje de la arquitectura de principios de siglo. A diferencia de los esquemas analíticos de los pioneros modernos que permitían abordar cada tema por separado (la zonificación es un ejemplo) Alexander afirmaba que la arquitectura funciona como una totalidad compleja. Un enfoque similar al que proponía Geddes, donde las estructuras se reajustan en función de su relación con el contexto. De manera que la rigidez del abordaje disciplinar que proponían las academias, resultaba obsoleta. La noción del arquitecto omnipotente centralizando todas las decisiones, dejaba parte de las variables libradas a la arbitrariedad irracional. En un principio, Alexander pretendía aportar claridad al proceso mediante un proceso de codificación binaria de las múltiples relaciones que se daban en la arquitectura. En ese sentido, era aún más racionalista que alguno de los arquitectos modernos que hoy consideramos como parte de la arquitectura racionalista por tratar de hacer una arquitectura basada en criterios científicos.

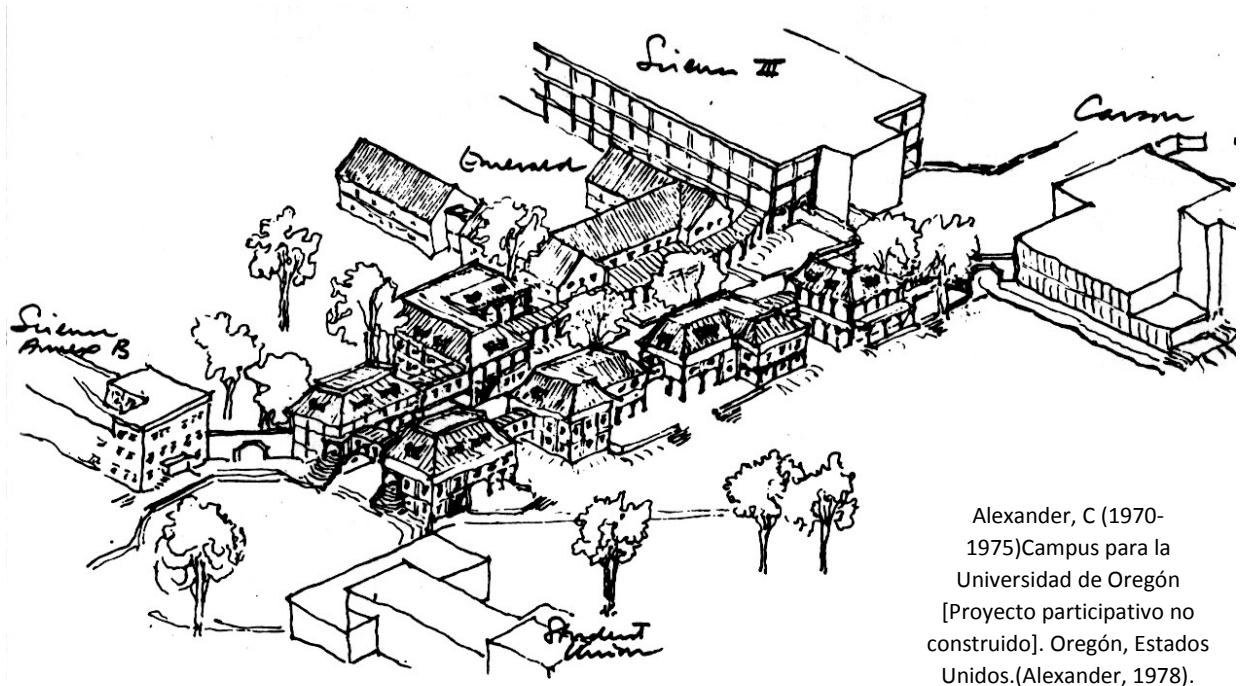
En los sesenta, luego de la publicación de los trabajos de aquellos autores que se apoyaban en la antropología para revitalizar la arquitectura (como Sibyl Moholy-Nagy o Bernard Rudofsky), buscó codificar la complejidad de la arquitectura a través de soluciones consolidadas a lo largo de la historia de la cultura: los patrones. La antropología aparecía como un camino confiable para sortear la arbitrariedad del “gusto del diseñador”, es decir, para acercar el diseño hacia las necesidades reales de la gente. En un sentido similar, también se estaba produciendo un cambio de paradigmas dentro del seno mismo de lo que conocemos como las “ciencias duras”. A partir de los estudios de Thomas Kuhn, los historiadores de la ciencia mostraban que los avances científicos no eran una sumatoria de hechos objetivos sino que dependían del contexto cultural, derivados, en gran medida, de factores irracionales. El cuestionamiento hacia una supuesta objetividad y la interdependencia entre el objeto de estudio y el investigador se combinaron en las teorías de la arquitectura gestadas a partir de la década del setenta.

La arquitectura comenzó a trasladar el eje del debate, desde el objeto arquitectónico hacia los procesos que lo generan. Por otra parte, el cuestionamiento hacia las predicciones acabadas y el determinismo en las ciencias lo llevan a proponer una visión del medio ambiente, como si se tratara de estructuras dinámicas en diferentes escalas anidadas. Un enfoque sistémico factible de coordinar pero imposible de prefigurar mediante una normativa rígida. Pese a que todavía no se ha mencionado el libro más influyente de Alexander en cuanto a la participación, *The Oregon experiment* (1975)²⁸⁶, ya puede avizorarse el modo en que su vinculación con las ciencias transformaron el enfoque de la Arquitectura y el Urbanismo (Figura 36).

Mientras en los textos de Alexander se hacía evidente la intención de aportar claridad en el diseño mediante procedimientos científicos, esta búsqueda estuvo siempre acompañada por reflexiones cercanas a valores espirituales. Si bien estas dos tendencias son en apariencia contradictorias, en el caso de Alexander terminaban reforzando un mismo sentido de intersubjetividad. Cuando los procedimientos científicos aportaban un halo de objetividad, la búsqueda de valores trascendentales y esenciales propiciaba un plano de discusión ubicado fuera de cuestiones mundanas y subjetivas. Como si las cuestiones científicas y místicas se retroalimentaran para trasladar el eje de la arquitectura desde las valoraciones personales y subjetivas que caracterizan el accionar del arquitecto como artista, hacia un interés común a todos los seres humanos. Un plano colectivo y profundo a la vez, donde valen tanto las

²⁸⁶ Traducido al español con el nombre de *Urbanismo y participación: el caso de la Universidad de Oregón* (1978).

matemáticas como la poesía. Dentro de sus textos, va a tener un papel fundamental la visión de la naturaleza, por permitir este doble abordaje desde las ciencias y desde lo espiritual.



Alexander, C (1970-1975) Campus para la Universidad de Oregón [Proyecto participativo no construido]. Oregón, Estados Unidos. (Alexander, 1978).

Figura 36 Proyecto para la Universidad de Oregón (Perspectiva)

Naturaleza

Tanto *El modo intemporal de construir* como *Un lenguaje de patrones* incluían una profusión de imágenes relativas a paisajes o motivos naturales. Entre ellas, hay una imagen donde puede verse a Christopher Alexander, y parte de su equipo, en medio de un pastizal, observando fascinados la estructura de una flor, o hierba o un insecto (Figura 37). No alcanza a verse bien de qué se trata, porque toda la atención de la composición gira sobre el gesto de extrema concentración y admiración de los miembros de la expedición con respecto a la naturaleza (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1977/1980, pág. 110).

Esta constante reverencia hacia la naturaleza, retratada en dicha fotografía, retomaba el valor místico que otorga la cultura norteamericana a la naturaleza. Al afirmar que Alexander buscaba establecer valores trascendentales a partir de un vínculo profundo con la naturaleza, resulta imprescindible vincularlo con la herencia del trascendentalismo de Ralph Emerson y Henry David Thoreau. Mientras ya se ha mencionado el modo en que Alexander retomaba algunos criterios de la naturaleza desde un punto de vista cientificista, en este caso se propone destacar aquellos fragmentos en los cuales la naturaleza se tomaba como fuente de inspiración para valores esenciales o trascendentales.

La naturaleza desde un punto de vista poético y espiritual aparecía en los textos de Alexander en tres instancias diferentes: como parte de una metáfora general; como metáforas específicas con respecto a la estructura de algún elemento natural; y, por último, para expresar el énfasis en los procesos que generan la forma.

Dentro del carácter general de la naturaleza, Alexander superaba la simple asociación formal, para destacar su sentido holístico, viviente y trascendental. Mientras, por un lado, criticaba las posturas formalistas de Alvar Aalto y Wright, comparaba el lenguaje de patrones con “*un sistema estable y*

viviente" (Alexander, 1981, pág. 115). Sin embargo, también puede encontrarse una similitud entre Alexander y los arquitectos que conocemos como organicistas, una coincidencia heredada del idealismo alemán de Friedrich Schelling: todos hacían referencia a una fuerza interior que compartían tanto las artes como la naturaleza: *"El carácter intemporal de los edificios forma parte tanto de la naturaleza como del carácter de los ríos, los árboles, las montañas, las llamas, las estrellas"* (Alexander, 1981, pág. 395).



El equipo de Christopher Alexander trabajando al aire libre. (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1977/1980, pág. 110)

Figura 37 Fotografía del equipo de Alexander

Por último, el sentido trascendental de la naturaleza se hace evidente cuando Alexander comparaba la experiencia dentro de la arquitectura o la ciudad con las sensaciones que despiertan los paisajes naturales.

"Algún día, cuando hayamos aprendido nuevamente el modo intemporal, sentiremos lo mismo con respecto a nuestras ciudades y en ellas nos sentiremos tan en paz como nos sentimos hoy caminando junto al mar o tendidos sobre la hierba de una pradera"(Alexander, 1981, pág. 411).

Esta frase con la cual finaliza *El modo intemporal de construir* ayuda a dimensionar el valor vivencial y trascendental de la naturaleza, una interpretación muy similar a las evocaciones de los sutras y las reflexiones de las principales corrientes espirituales de Oriente.

Algo destacable con respecto a las asociaciones que realiza Alexander con diferentes elementos naturales es que evocaban un criterio, o una estructura interna más que una cualidad formal exterior. Por ejemplo, cuando hablaba de organizar el diseño según un procedimiento gradual, de lo general a lo particular, realizaba una analogía con la estructura de los árboles, donde existe un tronco que brinda el sustento general y que condiciona la formación de las ramas. A su vez, esas ramas tienen un nivel mayor de complejidad y diferenciación formal. La secuencia continúa, aumentando el nivel de diferenciación formal hasta llegar a las hojas del árbol. Del mismo modo, al utilizar un lenguaje de patrones, partimos de patrones que condicionan la estructura general del ambiente, para ir resolviendo gradualmente otros patrones de menor escala y con mayor nivel de detalle. Pese a que parezca un proceso monótono, demasiado simplificado, Alexander destacaba la riqueza y complejidad que pueden generar los procesos sencillos utilizando la metáfora de la tela de araña:

“Cada telaraña es hermosa, singular y perfectamente adaptada a su situación. No obstante, es creada mediante un proceso standard y sólo existe un proceso. Un proceso muy sencillo. Pero este sencillo proceso interactúa en una infinita variedad de formas según diferentes circunstancias, produciendo diferentes telarañas específicas”(Alexander, 1981, pág. 348).

Es un proceso sencillo pero se vuelve singular mediante la interacción con el contexto. Con esta metáfora Alexander pretendía evocar, más que la cualidad formal, la cualidad viviente, la gestación dinámica de la arquitectura. En esta constante adaptación de las formas a un contexto cambiante, tenía una importancia fundamental la incidencia de “la gente común”, la participación de quienes habitaban la arquitectura y la ciudad. Por eso, cuando describía la cualidad que debían tener los edificios y ciudades afirmaba que:

“No es posible poner esta cualidad en edificios y ciudades; sólo es posible generarla indirectamente a través de las acciones corrientes de la gente, de igual manera que una flor no puede hacerse, sino generarse a partir de la simiente” (Alexander, 1981, pág. 12).

Esta metáfora de la flor y la semilla se repetía a lo largo de libros como *La estructura del medio ambiente*, *El modo intemporal de construir*, *Un lenguaje de patrones* y *The Oregon experiment*, tratando de cambiar el enfoque de la arquitectura y el urbanismo, desde la obra hacia el proceso²⁸⁷. Esta característica común a otros arquitectos del periodo, como Turner o Habraken, puede comprenderse como un rasgo de la época perfectamente retratado en el libro *La obra abierta*, de Umberto Eco editado por primera vez en 1962. Incluso debe destacarse, en el ámbito de la filosofía, el texto de Heidegger *Construir, habitar, pensar* en el que el filósofo alemán destaca que, más allá de preguntarnos cómo deben ser las viviendas, lo importante es que el ser humano habita en la medida en que construye. La transformación constante del ambiente es parte de su propio ser.

El cambio de enfoque acontecido en la década del sesenta, desde la obra de arquitectura como un objeto acabado en sí mismo, hacia una visión más dinámica y holística que resalta su gestación y sus transformaciones, se convierte en un requisito, un paso previo, para posteriormente plantear la participación de diferentes grupos en los procesos relacionados con la arquitectura.

Así como la filosofía y las artes comenzaban a transformar la mirada analítica y estática heredada de los primeros arquitectos de la modernidad, el contacto y la apertura hacia otras cosmovisiones permitieron a la Arquitectura y el Urbanismo cuestionar las estructuras de pensamiento propias de la cultura occidental.

Filosofías orientales (Cultura zen y taoísmo)

Resulta muy interesante notar el modo en que la obra de Christopher Alexander abandonó el enfoque cientificista para centrarse en una búsqueda por temas más trascendentes, o espirituales, que permitieran descubrir la esencia de la arquitectura. En este cambio de enfoque, ya hemos mencionado la visión trascendental de la naturaleza, tan arraigada en la cultura norteamericana a partir de autores como Emerson y Thoreau. El posicionamiento de Alexander dentro de los campus universitarios de Estados Unidos, no sólo lo contactó con la vanguardia de las ciencias duras, sino también con una serie de corrientes o movimientos culturales que convergían en el ámbito universitario norteamericano durante la crisis de valores de la cultura occidental de la década del sesenta.

²⁸⁷ *“El diseño no es meramente la creación de objetos individuales, sino que es genético; su finalidad es crear procesos genéticos desde los cuales pueda desarrollarse un medio ambiente total, del mismo modo que una planta crece a partir de una semilla”*(Alexander, 1981).

Christopher Alexander incorporaba toda una serie de visiones que provenían de la filosofía zen y el taoísmo, transformando sus propuestas sobre participación. En sus primeros textos se enfrentaba a la acción puramente intuitiva del arquitecto como artista, proponiendo un control racional y objetivo de las variables intervinientes. Este llamado hacia la racionalidad, requería una metodología matemática, estrictamente pautada, que permitiera abstraer y controlar la totalidad de las decisiones de diseño. Poco tiempo después, la influencia de las filosofías orientales, va cambiar el foco de las propuestas de Alexander, desde lo objetivo hacia lo trascendental.

En *El modo intemporal de construir*, puede notarse que más que una base objetiva, lo que hay detrás de la arquitectura es una base trascendental. Incluso hablaba del “*carácter sempiterno de los edificios*” (Alexander, 1981, pág. 14). En otras palabras, una base profunda y común a todos los seres humanos que cuestiona la exclusividad del arquitecto como único agente capaz de arrogarse la centralidad en las transformaciones del ambiente. La belleza de los lugares era una cualidad incorporada en el acervo de la humanidad. Diseñar era, simplemente, permitir la emergencia de soluciones latentes en el interior de las personas. Esas soluciones serían los patrones, pensados para el uso de todas las personas, por fuera de la disciplina de la arquitectura. En el libro *Urbanismo y Participación*, el tercero en la saga después de *El modo intemporal de construir* y *Un lenguaje de patrones*, los patrones van a constituir una herramienta fundamental para construir el ambiente de manera participativa.

Alexander se basaba en la existencia de un orden común, holístico, donde se enmarcaban todas las transformaciones ambientales. Toda persona podía emprender dichas transformaciones, siempre y cuando se encausaran en ese orden trascendente. “*Dar coherencia y orden a la ciudad como un todo, implica que cada una de las personas que la habitan -y no solamente algunos arquitectos- deberían compartir esta noción de la realidad y crearla a la vez*” (Alexander, 1971, pág. 93).

Es necesario aclarar que la filosofía zen tiene un componente de pasividad²⁸⁸ que resulta contrario al énfasis en la acción que suele teñir otras propuestas sobre participación: “... *extraer el orden sólo de nosotros mismos; no puede alcanzarse; ocurrirá espontáneamente, si lo permitimos*” (Alexander, 1981, pág. 11). En el caso de Alexander, este llamado hacia la contemplación puede entenderse como una postura opuesta a la intención de controlarlo todo a través del diseño. Era un cuestionamiento a la lógica que entiende el proyecto como la visualización completa y acabada de la futura obra de arquitectura. Esto puede compararse con la frase de Habraken cuando se preguntaba con ironía *¿para qué diseñarlo si en realidad ya lo conocías?*(Habraken N. J., 1987, pág. 6). Ambos autores están abonando un grado de heurística necesario para afrontar un proceso de diseño participativo. En lugar de guiar la forma según un proyecto totalmente definido previamente, la participación exige confiar en lo emergente. La forma no se desenvuelve según la voluntad del arquitecto, plasmada previamente en un proyecto, sino que se va moldeando poco a poco según la interacción de los múltiples actores con el contexto.

“Abandonar tus imágenes [...] relajarse y permitir que actúen las fuerzas de la situación a través de él [el lenguaje de patrones], como si fuera un medio [...] Con muy poca ayuda es capaz de hacer casi todo el trabajo y que el edificio adquiera forma por sí mismo”(Alexander, 1981, pág. 405).

En esa interrelación con el contexto, no servían de mucho las constricciones disciplinares. Por el contrario, era necesario “*renunciar a preconceptos de lo que 'deben ser' las cosas*” (Alexander, 1981, pág. 231).

²⁸⁸Al menos esta pasividad se hace evidente desde la óptica desde la cual se realiza esta investigación, probablemente distorsionada por la recurrente alusión materialista a la dialéctica y la superación de contradicciones a partir del conflicto.

Si bien esta confianza en el devenir “natural” de los procesos ayudaba a cuestionar la rigidez normativa del movimiento moderno, terminaba derivando en la aceptación pasiva de las fuerzas contextuales. Incluso cuando esas fuerzas respondían a posturas ideológicas cuestionables. De hecho, esta postura puede conllevar a una aceptación ciega de la inercia, una forma de vida que escapa al conflicto en pos de una existencia armónica. Con lo cual, tratando de romper con la raíz ortodoxa y puritana de la arquitectura moderna (diría Jane Jacobs), se recaía en una inercia ingenua al estilo del *New Age*. Evidentemente, existe el riesgo de considerar que la arquitectura participativa exige la renuncia del arquitecto a su sistema de valores. Sin ir más lejos, Alexander proponía, ni más ni menos que abandonar el juicio de valores, “*dejar que las cosas estén vivas, un bien superior al triunfo de cualquier sistema artificial de valores*” (Alexander, 1981, pág. 232).

Las propuestas de Alexander exigían una compenetración absoluta con el proceso. Un estado mental similar a la atención plena que propugnan diferentes filosofías orientales.

“Quien no teme morir es libre de vivir pues está abierto a lo que ocurra y no aniquila intentando controlarlo. De igual manera, el lenguaje y el edificio que éste crea comienzan a cobrar vida cuando empiezo a relajarme respecto a lo que ocurrirá después”(Alexander, 1981, pág. 406).

Ese compromiso con el proceso, más que con el objeto a crear, es una de sus principales aportes con respecto al abandono del criterio de autoría: “*Tu mente es un medio en cuyo interior puede producirse la chispa creativa que salta entre el patrón y el mundo. Tú sólo eres el mediador de esta chispa creativa, no su inventor*” (Alexander, 1981, pág. 300). La arquitectura participativa exige desprenderse de la omnipotencia del arquitecto, entregarse al proceso, tal como la filosofía zen exige desprenderse del yo. Es preciso decir que Alexander no hablaba particularmente al arquitecto. No sólo sugería que el arquitecto debía renunciar a sus preconcepciones, sino que todo ser humano debía hacerlo: “*sólo podemos hacer un edificio viviente cuando nos desprendemos del yo*” (Alexander, 1981, pág. 403). Desprenderse del yo, era entregarse a lo emergente.

Haciendo una lectura superficial, podría decirse que existe una contradicción cuando trata de separarse del yo, pero propone, a su vez, conectarse con conocimientos interiores y latentes. Para Alexander, un lenguaje de patrones es como un portal que permite contactarnos con una parte de nuestro interior. A lo cual cabe preguntarse: ¿El interior no es parte del yo?

En realidad, según la óptica de Alexander, la arquitectura no debía depender de un “yo pre-construido”, intelectualizado, sino que debía contactarse con un “yo esencial y situado”. Como si cada uno de los que intervienen en el proceso de transformación del ambiente, debieran abandonar el arquitecto que llevan dentro. Dejar de lado esa vocación de control de los resultados a obtener, para entregarse a un intercambio constante con el contexto. Al entregarse de manera desprejuiciada al trabajo, con cuerpo y alma, el ser humano se ponía en contacto con sus valores más profundos.

Esta aparente contradicción entre el despojarse del yo y el retomar valores interiores aparecían en Alexander a partir de la lectura de un texto taoísta. Luego de leer el manual de pintura de origen chino conocido con el nombre de *El jardín de la semilla de mostaza*, Alexander notó que diseñar implicaba develar lo ya existente. A partir de ese momento, lo que proponía como arquitectura del futuro comenzó a plantearse como un constante redescubrir del pasado. Frente a la ruptura con el pasado que proponía la arquitectura moderna, la participación que planteaba Alexander estaba totalmente orientada a indagar en la memoria de la gente. “*Al principio temí ser un conservador [...] pero entonces leí un párrafo de un antiguo manual chino de pintura -The Mustard Seed Garden- que me esclareció la situación*”

(Alexander, 1981, pág. 395). En pocas palabras, este manual dice que el aprender pintura es tratar de descubrir lo que otros pintores han descubierto a lo largo del tiempo. *“Lo que consideramos un estilo (de una persona o de una época) sólo es un nuevo esfuerzo personal por penetrar en el secreto esencial de la pintura, que está dado por el Tao, pero carece de nombre”* (Alexander, 1981, pág. 395). Del mismo modo, los patrones nos vinculan con una realidad interior subyacente. Cualquier esfuerzo por imponer una impronta personal en el proceso, resulta forzado:

“El uso paciente de lenguajes de patrones es lo que finalmente te permitirá volver a aquella parte de ti mismo que siempre ha estado allí y sigue estándolo, aunque oscurecida por imágenes, ideas y teorías que te imposibilitan ser tú mismo o que actúes como la naturaleza”(Alexander, 1981, pág. 410).

En esta última frase puede verse nuevamente este vínculo entre el pensamiento místico y la naturaleza. Una mixtura de mucha fuerza poética que, a su vez, ayudaba a representar la importancia del proceso por sobre la obra de arquitectura en la metáfora de la flor y la semilla, ya mencionada anteriormente. En lugar de preocuparnos por la obra en sí -la flor-, debemos empezar a generar, cultivar, sistemas orgánicos -la semilla-, que permita generar una arquitectura en constante transformación. Es decir, una arquitectura viviente.

Esta entrega absoluta y la confianza en la riqueza de los procesos, esconde también su costado oscuro. La participación, como estrategia de acción, debería asociarse a transformaciones concretas. Participar por participar no tiene sentido. Existe un riesgo en pensar que la arquitectura participativa es una forma de vida, un proceso de por sí positivo que nos contacta con lo mejor de la humanidad.

No es casualidad que muchos proyectos que implican trabajo voluntario incorporen como anzuelo para el trabajo gratuito de los voluntarios, el tema de la participación.²⁸⁹ Por otro lado, una confianza exagerada en las riquezas del proceso pueden impedir una responsable previsión, aunque sea esquemática, de los resultados a obtener. El caso extremo lo constituyen aquellos grupos e instituciones que promueven acciones urbanísticas participativas en contextos de extrema escasez de recursos económicos, pensando que la participación ayudará a conseguir todos los recursos necesarios para una transformación relevante. Como si la simple participación fuera suficiente para revertir siglos de explotación y exclusión de los circuitos formales del trabajo, la educación y la salud. Estas iniciativas generan falsas expectativas entre los habitantes del lugar y refuerzan la estereotipada desconexión de los arquitectos con la realidad socioeconómica.

La confianza y la entrega hacia el proceso, no deben desdibujar algunos requisitos evidentes de las transformaciones ambientales, como por ejemplo la disponibilidad de recursos económicos para obtener buenos resultados y la necesidad de garantizar sueldos dignos para los trabajadores que intervienen.

Crítica al Movimiento Moderno

Pese a que Christopher Alexander se encontraba inmerso en un panorama cultural diverso, relacionado con los últimos avances de diferentes campos del conocimiento, también cumplía un rol fundamental dentro del ámbito específico de la disciplina arquitectónica. Siguiendo las líneas y

²⁸⁹ En ese sentido, resulta interesante comparar la figura del voluntario en la arquitectura participativa, con la figura del pasante en la industria cultural, que desarrolla Hito Steyerl en el libro *“Los condenados de la pantalla”*. Es interesante notar que el pasante y el voluntario no cobran por su trabajo, lo que obtienen como beneficio es la posibilidad de ocupar un lugar en el proceso. Mirándolo desde otra óptica, estarían pagando la posibilidad de participar (Steyerl, 2014).

corrientes que identifican los historiadores de la arquitectura, Alexander constituye un representante claro de la crítica hacia la arquitectura moderna. Por supuesto, las catalogaciones de los historiadores nunca son inocentes, responden a un momento en particular y a una manera de entender el mundo. Con mayores o menores pretensiones científicas, las clasificaciones nunca representan divisiones objetivas y siempre dejan un amplio margen para la discusión.

Catalogar a Alexander es complicado. Si bien sus textos se refieren en términos críticos hacia la arquitectura moderna, su concepción de la arquitectura moderna está basada en la caricatura de la modernidad que hicieron los mismos historiadores. En ese sentido, si consideramos la arquitectura moderna según la síntesis que hicieron los historiadores, entonces Alexander es anti-moderno.

Ahora, en caso de desconfiar de las categorías visuales en la que queda circunscripta la modernidad, entonces valdría preguntarse si Alexander es realmente anti-moderno. A modo de ejemplo, si uno toma como definición de la modernidad aquellos criterios que guiaron la exposición del *International Style* en 1932, basándose en la depuración del lenguaje, en la articulación del espacio y los materiales industrializados, entonces, lógicamente puede afirmarse que Alexander es un exponente de la crítica hacia la arquitectura moderna. Sin embargo, tomando como referencia algunas concepciones más profundas de la arquitectura moderna, Alexander puede considerarse un continuador de esas ideas. Puede tomarse como referencia, la caracterización más profunda del movimiento moderno que realizan arquitectos como Walter Gropius o Giancarlo De Carlo²⁹⁰. Con pocos años de diferencia, a mitad de siglo veinte, ambos planteaban que la arquitectura moderna implicaba, antes que nada una manera crítica de abordar la arquitectura. Frente a la inercia de una arquitectura dominada por la consagración de los estilos, resabios de una sociedad fuertemente jerarquizada, la arquitectura moderna proponía someter el proceso de diseño a un juicio crítico respecto de las condiciones de producción, las condiciones de vida, e incluso la sensibilidad humana. Desde ese punto de vista, la arquitectura moderna no debe identificarse con un conjunto de rasgos formales sino con una forma de proceder. Dentro de esa manera de entender la arquitectura moderna, no sería muy difícil incorporar a Christopher Alexander. Principalmente teniendo en cuenta que, el contexto con respecto a la exposición del *International Style* de 1932 era muy diferente. En la década del setenta las condiciones de producción tambaleaban debido a la Crisis del Petróleo, el paradigma de vida del hombre blanco occidental recibía múltiples cuestionamientos, y la sensibilidad en general mostraba una transformación acelerada a partir de las corrientes artísticas y filosóficas surgidas luego de la segunda guerra mundial.

Es evidente que, siguiendo el mismo camino de los pioneros modernos, Alexander llegaría a resultados formales muy distintos. Sin embargo, la bibliografía que analiza la arquitectura moderna abunda en temas formales sin profundizar en los aspectos que comparten los arquitectos modernos con Christopher Alexander. Eso lleva a que diferentes autores lo asocien definitivamente con una línea opuesta a la modernidad en general. Como ejemplo puede tomarse la visión de Ritu Bhatt, que lo asocia a una serie de autores en particular: desde Bernard Rudofsky y Amos Rapoport, en cuanto al rescate de elementos de la arquitectura vernácula; Robert Venturi y Kevin Lynch, en cuanto a la incorporación de

²⁹⁰ Giancarlo de Carlo comentaba en una entrevista que al presentar en Otterlo (1959) su conjunto de viviendas de Matera había sido muy criticado. Era un proyecto que no tenía planta baja libre, ni ventana corrida; e incluso el techo, en lugar de tener una terraza plana, tenía un tejado a dos aguas. Ante eso, cuenta De Carlo: “Respondí que para mí, ser moderno significa que se pueda usar pilotis o muro portante, ventana horizontal o vertical, techo plano o inclinado, libremente de acuerdo a las circunstancias [...] Para mí, ser moderno significa enfrentar los cambios que ocurren incesantemente, porque la transformación continua es la esencia de nuestra época y por ende de la modernidad” (Zucchi, 1992, pág. 163)

una mirada vivencial de la ciudad; hasta llegar a asociarlo con el regionalismo crítico de Kenneth Framptom, en cuanto al reconocimiento de factores contextuales como la geografía, las técnicas y los materiales del lugar. Las diferencias entre cada uno de estos autores con los cuales Ritu Bhatt asocia a Alexander son tan grandes que cualquiera dudaría de la efectividad de las categorías (Bhatt, 2010).

Es por eso que, en lugar de hacer un análisis de las diferentes categorías donde los historiadores sitúan a Alexander, se propone analizar en qué términos alude el propio Alexander a la arquitectura moderna.

Dicho de otra manera, para determinar hasta qué punto se encontraba Alexander inserto en la crítica hacia la modernidad, tomaremos algunas referencias directas en sus textos hacia la arquitectura moderna. Son, en realidad, una serie de alusiones críticas según la óptica de Alexander y equipo, pese a que en muchos casos incluyan una visión de la arquitectura moderna demasiado centrada en aspectos formales, dejando de lado el modo de abordar el diseño.

Contra el espacio público moderno

Christopher Alexander cuestionaba la lógica de los espacios modernos en todos y cada uno de sus libros. Lo que en el libro *Comunidad y privacidad*, eran nociones muy generales, en *Un lenguaje de patrones* se convierten en críticas muy específicas, con justificaciones desde todos los campos del conocimiento e incluso ensayando diferentes soluciones formales con un elevado nivel de detalle. En el texto *La ciudad no es un árbol* ya puede notarse que Alexander ejemplifica lo que considera como escenarios muertos, carentes de vida, con los espacios abiertos de la arquitectura moderna. Alexander se enfrenta a uno de los pilares de la ciudad propuesta por la carta de Atenas: los bloques de vivienda agrupada dispuestos sobre un espacio verde continuo e infinito. Buscando ordenar el impacto caótico de la producción industrial en las ciudades, los proyectos de ciudad moderna descuidan algunos aspectos fundamentales para la sociabilidad en la ciudad. “*Los espacios exteriores [...] son meras ‘sobras’ entre edificios, no suelen usarse*” (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 467). En realidad el criterio del espacio abierto de la modernidad no era un espacio residual. Nacía de la concepción filosófica del espacio cartesiano, como un continuo e infinito. Esta continuidad se acentuaba, también, elevando el edificio sobre columnas para que, en la planta baja, el espacio fluya libremente. El espacio se percibía como un continuo homogéneo parcialmente pautado por la linealidad de las instalaciones, las circulaciones, y autopistas. En esa extensión infinita, las tipologías cobraban valor como edificios icónicos aislados que permitían pautar y referenciar la totalidad del territorio.

En los arquitectos que participaban de los CIAM, esta concepción de espacio infinito se combinaba con una visión romántica de la naturaleza heredada del siglo diecinueve, casi redentora y purificadora de los males sociales. Además, en la resolución del espacio abierto de la modernidad se hace evidente la misma visión utilitaria del verde que profesaban los higienistas. Según esta concepción, los parques y los jardines servían para contrarrestar los males que acarrearían el impacto de la industria y la concentración de mano de obra en la ciudad.

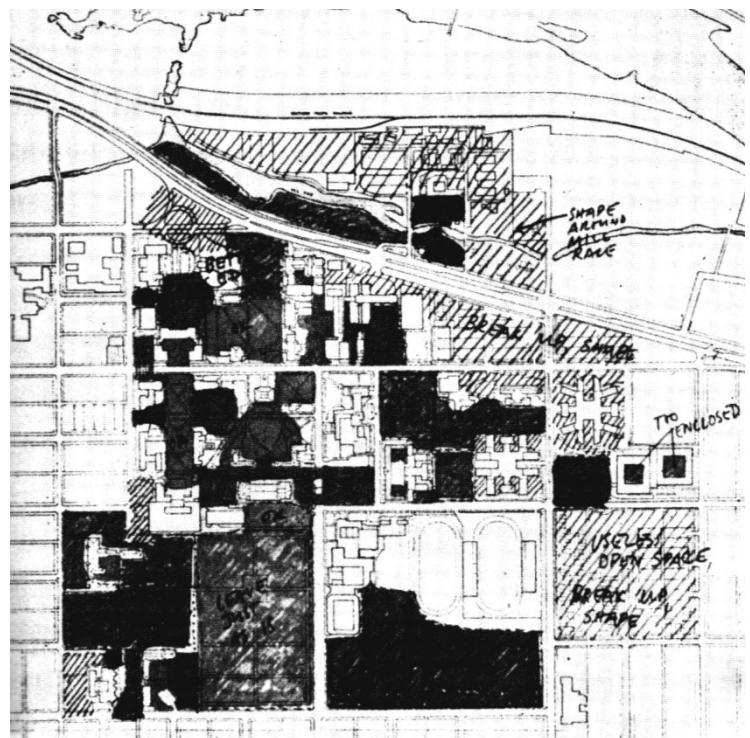
Frente a esta concepción del espacio verde continuo, Alexander prefería recuperar los criterios formales de la ciudad tradicional. Con lo cual, comenzaba a recorrer un camino similar al planteado por arquitectos como Kevin Lynch o Gordon Cullen, recurriendo incluso a las citas del libro *City Planning According to Artistic Principles* escrito por Camilo Sitte en 1889 (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 470). Por decirlo de otra manera, comenzaba a desandar el camino de la arquitectura moderna.

Con este trasfondo conceptual, Alexander proponía diferenciar dos clases de espacios exteriores: negativos y positivos. Basándose en ejemplos del urbanismo moderno, hablaba de espacios exteriores

negativos cuando tienen poca definición en sus límites. Los espacios negativos se presentan como un continuo neutro, un lienzo donde se posaban los edificios. Por el contrario los espacios exteriores positivos eran aquellos que parecen horadados en la masa edificada, con límites bien definidos y concatenados en una secuencia según diferentes jerarquías (Figura 38). Esta cualidad espacial era algo muy común en las ciudades tópicas que Alexander tomaba como ejemplos destacados de sus escritos, como Siena y Venecia.

La clasificación de los espacios abiertos (positivos y negativos), se acompañaba con otro criterio de clasificación que surgía de las matemáticas:

“según el grado de cerramiento y de convexidad. En matemáticas, un espacio es convexo cuando la línea que une dos puntos cualesquiera de su interior queda totalmente dentro de ese espacio. Y es no convexo cuando esa línea discurre, al menos en parte, fuera del espacio”(Alexander, 1981, pág. 467).



Diagnóstico del grado positivo de los espacios exteriores de la Universidad de Oregón (Alexander, 1978).

Figura 38 Espacios positivos (Universidad de Oregón)

Pero no es simplemente la disposición de los edificios lo que determinaba el éxito o el fracaso de los espacios abiertos. A nivel formal, Alexander sumaba a la diferente distribución de llenos y vacíos algunos criterios referidos a la definición de los límites. Es decir que, tenía en cuenta, no solamente las características formales de los espacios abiertos sino también al modo en que se vinculaban con los volúmenes construidos. Para lo cual, era importante analizar la permeabilidad, variedad y escala de los límites. Mostrando imágenes de un *cluster* de viviendas tradicionales y de la plaza neoclásica de Nancy, destacaba que los límites precisos y una proporción adecuada entre el ancho del espacio público y la altura de los edificios que lo circundan, contribuían a la legibilidad del conjunto brindando una sensación agradable a los usuarios.

A partir de la observación de estos espacios abiertos tradicionales, Alexander afirmaba que *“En el exterior, la gente procura siempre encontrar un sitio donde, con las espaldas cubiertas, mirar hacia una*

panorámica más amplia, más allá del espacio inmediato” (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1977/1980, pág. 500). Consecuentemente, proponía diversificar el tipo de espacios abiertos, poniendo especial atención a los espacios abiertos más recogidos, orientándolos según una dirección que les permita balconear hacia otros más amplios.

Por otra parte, Alexander proponía también diversificar el grado de privacidad de los patios, organizando una jerarquía clara de espacios abiertos²⁹¹. Esto puede verse, por ejemplo, cuando proponía una secuencia de jardines que vayan del jardín más decorativo y simbólico de la entrada, que sirve de transición con la calle, para pasar a un jardín de uso privado cerca de las actividades principales de la casa, y finalmente un jardín posterior como un encuadre verde de la vivienda (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 488).

Además de los cuestionamientos hacia las características físicas de los espacios abiertos de la modernidad, en los textos de Alexander había una crítica con respecto al modo en que se disponen allí las funciones. El espacio abierto de la ciudad moderna respondía al criterio de zonificación o segregación funcional, donde los espacios abiertos servían específicamente a una función determinada. Por ejemplo, mientras en las zonas industriales el espacio abierto actuaba como un colchón de amortiguación de las funciones nocivas de la industria (ruidos, desechos, etcétera), en el centro cívico de la ciudad, los espacios abiertos adquirirían, casi exclusivamente, un valor simbólico, como grandes explanadas para exaltar la monumentalidad de los edificios cercanos. Frente a esto, en la ciudad tradicional que valoraba Alexander los espacios abiertos fomentan la mixtura de usos.

Según Alexander

“Las personas gravitan naturalmente hacia el borde de los espacios públicos [...] Si esos bordes no les ofrecen lugares donde sea natural permanecer, el espacio se convierte en sitio de paso, no en lugar donde pararse. Por tanto, está claro que una plaza pública debe rodearse con bolsas de actividad”(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 534).

En definitiva, decir que fomentan la mixtura de usos, es similar a decir que fomentan el intercambio entre las personas, que funcionan como auténticos espacios públicos.

Es un cambio rotundo con respecto al urbanismo moderno, en lugar de mirarlos como explanadas vacías, comenzaba a percibirlos como un sistema de plazas concurridas, que se llenaban de vida a partir del mix funcional, la concentración de las circulaciones (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 535) y algunos elementos destacados que fomentaban la legibilidad y la orientación. Como ejemplo de esto último, Alexander mencionaba el campanil de la plaza de San Marcos, en Venecia²⁹², una pieza que si bien parece que no encaja con el resto del conjunto es lo que determina su particularidad.

Para el equipo de Alexander, la vitalidad y la permanencia de la gente era tan importante que incluso planteaba una proporción ideal que permitía medir el éxito o el fracaso de un espacio abierto. No explicitaba la metodología mediante la cual llegaba a esa proporción, simplemente aseguraba que para considerar que una plaza tuviera vitalidad debían haber entre 15 y 30 metros cuadrados por cada

²⁹¹ Esta secuencia jerárquica según diferentes grados de privacidad era una de las constantes del libro *Un lenguaje de patrones*. que aparecía también al abordar los espacios interiores de las viviendas o los lugares de trabajo, ²⁹² En el patrón llamado *Algo brusco en el medio*, Alexander hablaba de la necesidad de que todo espacio tenga un foco bien definido, afirmando que la gente se siente más segura cuando al transitar percibe dichos centros como referencias para la orientación. Es en esos párrafos donde comenzaba a fundamentar la importancia de los centros, con el aporte de las filosofías orientales: *“Tal vez todo se relacione con el instinto mandala que encuentra en cualquier figura de simetría central un poderoso receptáculo para los sueños, las imágenes y las conjugaciones del yo”* (Un lenguaje de Patrones, p. 539). En algunos textos posteriores, Alexander profundizó la relación entre los centros y el concepto de orden dentro de la forma.

persona que permaneciera. Cuando un espacio abierto respondía a esa proporción, entonces quería decir que era un espacio vivo y bien usado (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 532).

Al retomar la vitalidad de las plazas de las ciudades tradicionales, Alexander se oponía también a los patios minimalistas de la arquitectura moderna. Utilizando imágenes de algunos edificios de oficinas de las grandes corporaciones construidos en el más estricto lenguaje moderno, Alexander comentaba que se generaban “patios muertos”. En ese sentido, enumeraba cuatro razones fundamentales que conducían al desuso de los patios: por un lado, cuando no se acentuaba la diferencia con el interior; en segundo lugar, cuando los patios tenían pocas puertas quedando exentos del esquema de circulación general del edificio; en tercer lugar, cuando estos patios tenían poca vinculación entre ellos; y por último, cuando los patios tenían un lenguaje demasiado simplificado (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 503).

Contra la incorporación del automóvil moderno

En los textos de la década del sesenta, Alexander ya había hablado contra la segregación estricta del tránsito peatonal y el tránsito vehicular. Siguiendo ese mismo criterio, mostraba una actitud pragmática que permitía aprovechar las ventajas del automóvil (incluyendo su valor simbólico, lo que representa para la gente) sin perder de vista el funcionamiento orgánico e integrado de la ciudad. El libro *Un lenguaje de patrones* incluía una serie de recursos formales y funcionales que apuntaban a contrarrestar el impacto que ocasionó la ampulosa incorporación del automóvil dentro del urbanismo moderno. Para Alexander, la incorporación del automóvil requería ciertas estrategias espaciales para evitar la intromisión del auto en todos lados. Por ejemplo, para impedir que los estacionamientos generen espacios estériles, como grandes descampados, Alexander aconseja: “*Convierta el sitio de aparcamiento en una verdadera habitación, en un lugar positivo y agradable, no simplemente un vacío en el terreno*” (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 499).

Con el mismo propósito, incorporaba un patrón llamado “*Aparcamiento cerrado*” donde proponía proteger visualmente los estacionamientos, dejarlos incorporados dentro de la arquitectura, rodeados de edificios, elementos de transición o vegetación. De ese modo se reducía el impacto visual manteniendo los vehículos cerca de los núcleos de actividad (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 341)²⁹³.

Contra la vivienda agrupada moderna

Por supuesto, para afirmar que Alexander estaba en contra de la vivienda agrupada moderna se necesita recurrir a una combinación de diferentes citas textuales, dado que en ningún momento se refiere a los bloques de vivienda agrupada del movimiento moderno utilizando esos términos exactos. Sin embargo, rescatando una serie de fragmentos de sus libros, puede advertirse que sus recomendaciones en cuanto a la agrupación de las viviendas y la forma de los edificios eran una respuesta inmediata a la proliferación de los bloques modernos construidos por los gobiernos que adherían al modelo de Estado de Bienestar.

Al abordar la forma de los edificios, Alexander dedicaba una serie de patrones a contrarrestar la imagen de las grandes moles monolíticas de los edificios corporativos que utilizaban el lenguaje

²⁹³ Evidentemente, estas influencias de Alexander no pueden considerarse como parte de su legado a la arquitectura participativa. Muchos conjuntos de vivienda desarrollados participativamente carecen de una solución adecuada para la incorporación del automóvil. Como ejemplo puede citarse el conjunto de Quinta Monroy de ELEMENTAL en Iquique, donde los automóviles invaden la totalidad del espacio público.

depurado de la arquitectura moderna. En oposición a esto, Alexander prefería extenderse en el terreno, disponiendo los edificios como alas para que tengan iluminación y ventilación cruzada.

Para fundamentar esta preferencia se basaba en un estudio realizado por Amos Rapoport llamado *Some consumer comments on a designed environment* (1967) (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 463) que estudiaban el comportamiento de las personas en edificios grandes. Según este estudio, la gente tenía cierta reticencia a los edificios de muchos pisos.

Ahora bien, a la hora de llevar estas reflexiones acerca de los edificios en general al tema específico de la vivienda, Alexander proponía un patrón llamado casas largas y estrechas, donde afirmaba taxativamente que los espacios longitudinales, parecían más grandes de lo que realmente eran. Siguiendo en esta línea alternativa a los bloques macizos y compactos, Alexander incluía otros patrones donde las viviendas se concebían como rectángulos oblongos o torres estrechas. Para lo cual, recuperaba tipologías afianzadas dentro de la arquitectura vernácula (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 482).

Una de las afirmaciones más extrema del libro *Un lenguaje de patrones* tiene que ver con su argumentación contra la vivienda en altura: “*Hay abundantes pruebas de que los edificios altos enloquecen a las personas*” (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 125). Aún más, el equipo de Alexander se basaba en una serie de estudios donde sólo se interrelacionaba la variable de la altura de los edificios con un cuestionable concepto referido a la salud mental. Era una idea que en el contexto actual que busca densificar las ciudades resultaría descabellada, pero debe considerarse encuadrada en el debate generado a partir del cuestionamiento a los grandes bloques de vivienda posterior a la Segunda Guerra. Dentro de un contexto general crítico con respecto a la vivienda moderna, Alexander afirmaba:

“Los edificios altos no presentan verdaderas ventajas, salvo las ganancias especulativas para bancos y propietarios del suelo. No son más baratos, no ayudan a crear espacios abiertos, destruyen el paisaje urbano, destruyen la vida social, promueven el crimen, dificultan la vida de los niños, son de mantenimiento caro, arruinan los espacios abiertos que hay cerca de ellos y disminuyen la luz, el aire y las vistas. [...] la evidencia empírica indica que puede causar daños muy reales a las mentes y los sentimientos de las personas”(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 125).

Evidentemente, el “crimen” como resultado lineal de la altura de los edificios evidencia una simplificación y un determinismo espacial exagerado. Nunca está de más aclarar que en la década del setenta, las ideas sobre la densificación y la huella ecológica de las ciudades no tenían el peso que alcanzaron a principios del siglo veintiuno. Sin embargo, en esta frase tan extraña de Alexander hay un acierto clave con respecto al tema de la densificación. En general, la densificación como estrategia urbana genera desconfianza porque termina apoyando la intención de los desarrollistas siempre empeñados en conseguir la máxima rentabilidad de los terrenos. Obviamente, Alexander no profundizaba sobre el tema mundano de la rentabilidad sino que se acercaba a fundamentaciones más nobles, basadas en la salud pública y el funcionamiento de las ciudades. Dentro de los estudios de salud, utilizaba un estudio llamado *Families in flats* para concluir diciendo que “*cuanto más alto se vive respecto al suelo, más probabilidades hay de sufrir enfermedades mentales*” (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 126). Pese al pesimismo de las conclusiones, esconde una fundamentación sensata, aunque algo simplificada: “*La vivienda alta aleja a la gente del suelo, y por tanto de todos los contactos casuales y cotidianos que se producen en las aceras, las calles, los jardines y los porches. Deja a las personas solas en sus viviendas*”(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 126). Sería oportuno destacar que la falta de contacto social no es una cualidad exclusiva de las viviendas en altura. En los

barrios cerrados (*countries*) donde la densidad poblacional es muy baja, tampoco hay vitalidad ni contacto social en los espacios abiertos. Por otra parte, en esas citas había una negación o un desconocimiento, con respecto a los múltiples experimentos de los arquitectos vinculados al Team X, que trataban de reproducir las relaciones del espacio calle utilizando circulaciones peatonales sobreelevadas que surcaban torres y bloques de vivienda. Trataban de combinar la alta densidad con la vitalidad urbana.

Con respecto a los estudios que abordaban el funcionamiento de la ciudad, Alexander destacaba la frase de Oscar Newman cuando comparaba los índices de criminalidad de dos conjuntos de vivienda: *“la tasa de criminalidad en el conjunto de mayor altura era casi dos veces la del otro”* (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 127). Si bien la altura probablemente influya en la criminalidad de cada uno de los conjuntos, resulta llamativo que no se vincule a ninguna otra variable como, por ejemplo, el tipo de circulaciones, el nivel de cohesión social, la existencia de agrupaciones de vecinos, etcétera.

En base a estas reflexiones, Alexander planteaba un límite de cuatro plantas, muy similar a las sugerencias de Jane Jacobs *“Low-rise high-density”*.

“Con tres o cuatro plantas, uno todavía puede bajar cómodamente a la calle por su propio pie y, desde la ventana, sentirse parte integrante del escenario callejero: se pueden ver los detalles de la calle, la gente, sus rostros, los árboles y las tiendas”(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 127).

La descomposición del bloque moderno, no se fundamentaba sólo a partir de la crítica hacia la vivienda en altura, sino también sugiriendo otras formas de agrupamiento. Mientras en algunos pasajes de *Un lenguaje de patrones* planteaba *clusters* de casas nucleadas en grupos de ocho a diez viviendas, en otros patrones sugería viviendas en hileras (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 38). Frente al criterio que tendía a maximizar el rendimiento, y por ende la cantidad de fachadas que entran a lo largo de la calle, Alexander propone situar la parte larga de la vivienda hacia la calle. Son viviendas poco profundas para maximizar la iluminación y la ventilación cruzada. Si a esta disposición longitudinal en el terreno, sumamos la proliferación de patios y jardines que Alexander proponía en la jerarquía de espacios abiertos de la vivienda, puede evidenciarse claramente una tendencia hacia la baja densidad. Por otra parte, esas fachadas tenían que tener un setenta por ciento de elementos modificables, factibles de experimentar variaciones (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 200). Era un llamado a la diversidad y a la adaptabilidad que se alejaba de la monotonía de la vivienda masiva llave en mano, acercándose a las posibilidades de la participación que rescataba también John Habraken.

Otra crítica contundente contra la disposición de la vivienda agrupada como si fueran grandes fichas flotando en el verde, puede notarse en el patrón que lleva el nombre *Edificios conectados*. En una comparación desmedida, Alexander consideraba que los edificios separados, como si fueran unidades estancas imitaban y expresaban el individualismo reinante en la sociedad moderna: *“Los edificios aislados son síntoma de una sociedad enferma y descoyuntada”* (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 477). Aunque Alexander cuestionaba el determinismo social de los arquitectos modernos que proponían transformar la sociedad a través de un cambio en el modo de organizar los espacios, en sus textos existen pasajes que conducen a pensar que, si bien la disposición espacial no determina la sociabilidad, por lo menos, la condiciona.

“En un sueño, una ciudad de edificios desconectados sería la representación de una sociedad integrada por personalidades aisladas y desconectadas. Y las ciudades reales que tienen esa forma encarnan, como en los sueños, justamente ese significado: perpetúan la arrogante suposición de que las personas viven solas y existen independientemente de las demás. [...] En aquellas partes de la

ciudad con densidades relativamente elevadas, los edificios aislados [...] están minando el tejido de la sociedad”(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, págs. 477-478).

Es decir que, la ciudad es el reflejo del tejido social, pero además influye sobre él. Entonces, en la cita anterior, un modo de concebir el urbanismo (como edificios aislados), está destruyendo la sociabilidad (minando el tejido). Alexander llegaba a proponer, como remedio para esta situación, conectar los edificios nuevos a los preexistentes, como si fuera un mensaje de integración social. En esta actitud que busca construir sentido cívico a partir de acciones arquitectónicas, puede notarse la continuidad de autores como Geddes, que tempranamente buscaban anclar las decisiones del territorio y la ciudad al tejido social de las comunidades. Era una lógica diferente a la que planteaban los arquitectos del CIAM. Los arquitectos modernos buscaban generar una nueva sociedad a partir de la construcción de un nuevo modelo de ciudad. Para Alexander, y para Geddes, también existía un vínculo entre la forma física y estructura social, sin embargo, tomaban como punto de partida la estructura social. El tejido social constituía una preexistencia, un dato previo que condicionaba la configuración espacial. En todo caso, la arquitectura debía fortalecer, a través de pequeños gestos, esa cohesión social.

Esta combinación de determinismo espacial y resguardo del tejido social tiene plena vigencia en diversas experiencias de arquitectura participativa de principios del siglo veintiuno, Para los arquitectos que fomentan la participación en los proyectos de arquitectura, el proceso deliberativo, de injerencia y responsabilidad sobre el contexto físico, permite recomponer los vínculos sociales degradados por condiciones económicas y políticas adversas a los valores comunitarios. Mientras Geddes y Alexander afirmaban que el individualismo era resultado de la modernidad, en general, la arquitectura participativa del siglo veintiuno busca revertir procesos sociales mejor identificados. Por ejemplo, a principios del siglo veintiuno, las cooperativas de Uruguay combinaban el tema de la escasez de vivienda con una intención por combatir la desocupación. Apoyados en el Art.130 de la Ley Nacional de Vivienda, Nº 13728, se conformaban una serie cooperativas de ayuda mutua que terminó encausando en todo un movimiento social con federaciones que tienen afiliados en todo el país. Mediante la organización auto-gestionada en comisiones y la construcción por ayuda mutua se levantaron importantes conjuntos de vivienda, dentro de los cuales Jorge di Paula destaca el conjunto de 34 viviendas Covicivi1 (1994-1998) en el cual intervinieron los arquitectos Raúl Vallés y Jesús Arguiñarena. Se trataba de una operación compleja porque incluye una estrategia de conservación del patrimonio cultural tratando de generar viviendas de bajo costo en la zona de la ciudad conocida como Ciudad vieja (Rambla 25 de Agosto esquina Ituzaingó), en claro proceso de gentrificación. Este conjunto buscaba recuperar el patrimonio sin reemplazar la población existente. Con lo cual, las experiencias de arquitectura participativa parecen tener muy en claro a qué se están enfrentando. Como si tuvieran una idea más clara o más realista que Alexander y Geddes, a la hora de plantear sus objetivos.

Las ideas de Alexander corren el riesgo de quedar estancadas en un utopismo estéril. Cuando la intención de rescatar valores comunitarios se enfrenta con la lógica despiadada de la urbanización contemporánea, sus planteos se vuelven evasivos o ingenuos.

A su vez, cada vez que la urbanidad entra en crisis, existe una constante pulsión por recuperar, o volver al sentido comunitario que caracterizaba a las sociedades pre-industriales. Adrián Gorelik, en el texto *La aldea en la ciudad. Ecos urbanos de un debate antropológico*(2008) estudia la influencia de la antropología cada vez que aparecía este debate en el ámbito del urbanismo del siglo veinte. A partir de lo cual, cabe preguntarse si los valores comunitarios no son, en realidad una idealización de los intelectuales.

Tomando como referencia la lógica materialista del marxismo, puede afirmarse que el capitalismo ha seguido avanzando desde Geddes hasta la actualidad, invadiendo e imponiendo su lógica sobre cada ámbito que alcanza. Geddes y Alexander mencionaron este proceso con el nombre de modernidad. Pero las situaciones críticas que atravesaban las ciudades no cesaron con el cambio cultural de la posmodernidad, sino que se agravaron. La degradación de las condiciones socio-habitacionales de gran parte de la humanidad, constituye un proceso que sigue avanzando.

Cuando Engels abordaba la escasez de vivienda en 1873, afirmaba que la industrialización y la urbanización eran procesos irreversibles. Quienes planteaban volver a una realidad comunitaria y rural, estaban idealizando un pasado que también estaba teñido por el hambre y la opresión, sólo que con otros mecanismos. No estaban oprimidos por el capitalismo industrial sino por la miseria agrícola. Engels utilizaba una frase de Marx que remite a la Biblia. Quienes extrañaban la vida rural eran como los judíos que extrañaban la marmita. Según el relato bíblico, los judíos vivían como esclavos en Egipto, cuando emprendieron el éxodo y comenzaron a atravesar una serie de peligros, algunos empezaron añorar el tiempo en que, al menos, tenían garantizada una porción de comida pese a vivir como esclavos. En ese sentido, Alexander cuando idealizaba un pasado rural, “extrañaba la marmita” (Engels, 1887/1975)

Por otra parte, el enfrentamiento a la vivienda en altura y los grandes bloques de vivienda terminaba abonando la idea del *home owner* que difundieron las instituciones de financiamiento internacional por todo el mundo a partir de la década del sesenta. Alexander contribuyó incluso con un patrón dedicado expresamente al tema: “*Un hogar propio*” (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 357). Allí comentaba que

“La gente no puede sentirse verdaderamente a gusto y saludable en una casa que no es suya. Todas las formas de alquiler [...] actúan en contra de los procesos naturales que permiten a las personas construir comunidades estables y capaces de autorregular su salud”(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 358).

Sin embargo, debe reconocerse que luego Alexander realizó ciertos matices con respecto a la modalidad de alquiler, diciendo que el régimen en alquiler podía funcionar si utilizaba una normativa que permita contrarrestar los aspectos conflictivos. No obstante, en la cita precedente se hace evidente la naturalización del sistema de propiedad individual. Al punto tal de llegar a identificarlo como un requisito de la construcción de comunidad.

A decir verdad, Alexander aclaraba que:

“Este patrón no está pensado como un alegato en favor de la propiedad privada ni de los procesos de compra-venta del suelo. En realidad, está muy claro que todos los procesos que estimulan la especulación del suelo, en bien de la ganancia, son nocivos y destructores porque invitan a las personas a tratar las casas como mercancías”(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 358).

Con lo cual, se puede notar que es consciente de las desventajas de la propiedad individual, algo que otros autores, como John Turner, no se encargaron de destacar.

Si tanto la propiedad como el alquiler fomentaban la especulación²⁹⁴, entonces ¿por qué Alexander prefería la propiedad privada antes que la vivienda en alquiler?

De hecho, para Alexander, la especulación y el alquiler eran negativos porque hacían que la gente perciba su casa como una mera mercancía. No se establecen vínculos de identidad con la vivienda, y por

²⁹⁴“Y de la misma manera que la especulación y la ganancia imposibilitan que las personas adapten las casas a sus necesidades, el inquilinato, el alquiler y los caseros tienen idénticos efectos”(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 358).

lo tanto todo alrededor de la vivienda se decide en función del lucro. Si bien reconoce que la propiedad genera especulación, considera que esta especulación es aún peor cuando se combina con el alquiler y el inquilinato.

En esta defensa de la propiedad individual, incluso llegaba a mencionar el efecto contraproducente del mejoramiento ambiental, algo que había destacado Engels y que constituye una de las raíces de la gentrificación: *“las mejoras van en beneficio del casero e incluso sirven para justificar un alquiler más alto”* (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 358). Es una observación acertada, pero incompleta, dado que la presión fiscal y el sistema de precios del suelo surten el mismo efecto sobre los propietarios de las viviendas. Cuando se introducen mejoras ambientales sobre un barrio, los terrenos donde se asientan las viviendas aumentan su precio (a veces aumentan los impuestos) y las familias comienzan a considerar la posibilidad de vender sus viviendas para cambiarse de casa obteniendo alguna ventaja económica.

Alexander realizaba una afirmación aparentemente válida: *“La gente sólo se sentirá a gusto en su hogar si puede cambiarlo a voluntad”* (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 358). Lo cual implica una tipología específica: bien definida como individualidad. Nunca afirmaba que debe estar aislada en un terreno, pero sería lo más adecuado para propiciar la libre transformación:

“Esto requiere, por tanto, que los propietarios de una casa sean sus habitantes, requiere que toda vivienda, esté a ras de suelo o en alto, tenga un volumen bien definido dentro del cual la familia sea libre de cambiar lo que guste; y requiere una forma de propiedad que desaliente la especulación” (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 359).

Al dar por sentado que la transformación de la vivienda requería indisolublemente la propiedad de la misma (y la propiedad del terreno)²⁹⁵, la participación en arquitectura quedaba atada a la idea de vivienda individual, donde cada grupo familiar se corresponde con un techo y una porción del suelo. Es una vivienda aislada en un terreno grande, lo suficientemente amplio como para incluir toda la variedad de patios y jardines que Alexander recomendaba incorporar entre los edificios. Alexander apuntaba a un modelo de propietarios en un tejido de baja densidad. Todo esto, en un contexto cultural donde ya existían algunas críticas al crecimiento de la ciudad en suburbios de baja densidad. Por otro lado, cabría señalar que la participación acotada solamente a propietarios de viviendas aisladas quedaba encerrada en un universo reducido. Mucho más, si tenemos en cuenta que luego de la Crisis del Petróleo, con el modelo de producción disgregada, grandes masas de población quedaron expuestos a una constante inestabilidad. La producción se traslada a aquellas regiones o países que otorguen mayores ventajas económicas. En el modelo de producción posterior al fordismo, la población de menores recursos, aquella empleada como mano de obra se aloja en infraestructuras temporarias, o en terrenos de tenencia informal. Entonces, la participación orientada a los propietarios de una vivienda, constituiría un producto de elite, sólo accesible para los sectores más acomodados de la población.

Como un acto de consideración hacia otros autores que estudiaban el alojamiento, Alexander reconocía que también existían otras posibilidades, que la vivienda individual no era un requisito insoslayable. Sin embargo, en el modo de plantearlo, puede notarse cuál era su verdadera preferencia:

“En un extremo están ideas como el sistema de soportes y alta densidad de Habraken, en el cual las familias compran apartamentos en superestructuras de propiedad pública y desarrollan

²⁹⁵Incluso cuando realiza esta afirmación sugiere la lectura del texto de Rolf Goetze llamado “Urban Housing Rehabilitation” que están en el libro compilado por Turner y Fichter: “Freedom to build” de 1972.

gradualmente sus propios hogares. Y en el otro extremo están las comunas rurales donde la gente huida de la ciudad crea sus hogares en el campo"(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 359).

Cuando menciona la solución de John Habraken con el mote de "superestructuras", puede inferirse que prefiere la solución más cercana al idealizado concepto de los "hogares en el campo".

El punto medio entre las casas de campo y las megaestructuras puede encontrarse apenas desarrollados en algunos patrones del libro que no cobran mucha relevancia. Por ejemplo, hablaba de la necesidad de crear "*montes de viviendas*". Es decir, una superposición de casas formando geografías, aumentando la densidad pero evitando la monotonía. Si bien Alexander ejemplifica este patrón a través de la arquitectura vernácula, una referencia morfológica inevitable es el conjunto de Moshe Safdie para Habitat 67 en Montreal.

Contra la depuración del lenguaje moderno

Alexander rompía con el lenguaje depurado de la arquitectura moderna. A principios de siglo, la estética refinada y ascética, revelaba un enfrentamiento ético contra los excesos ornamentales del academicismo. Poco tiempo después, los críticos afirmaban que la arquitectura moderna no lograba evocar los significados de una época cargada de simbolismos. La arquitectura de los años cincuenta, puede entenderse como un intento por recuperar la comunicatividad en arquitectura. Mientras las obras brutalistas jugaban con el uso de metáforas y con las cualidades táctiles de los materiales, las corporaciones utilizaban rascacielos como íconos que simbolizaban el poder acumulado. Sin embargo, seguía siendo un lenguaje autorreferencial, enfrascado en la propia disciplina. Frente a una arquitectura moderna orientada hacia el futuro, guiada por la industria, las ciencias, las vanguardias artísticas y el progreso, las propuestas de Alexander buscan recomponer el vínculo con el pasado. Se articulaban, así, una serie de referencias a la Historia en general, pero principalmente a la memoria particular de quienes habitan la arquitectura.

La arquitectura de Alexander abandonaba los esquemas depurados de gestos únicos, para tratar de densificar los significados y fomentar la diversidad formal. Incluso en *El modo intemporal de construir* hablaba de "*la imperfección como signo de vida*"(Alexander, 1981, pág. 128). Este rescate de lo imperfecto e inacabado, era una confrontación con respecto a la pureza formal, la claridad y la regularidad de la arquitectura moderna más ortodoxa.

Alexander hablaba de superposición, complejidad, compresión en un intento por crear una arquitectura cargada de significados:

"La diferencia entre prosa y poesía no está en que se usen lenguajes diferentes sino en que el mismo lenguaje se usa de manera distinta [...]. [En la poesía] cada palabra comporta varios sentidos; y el conjunto de la frase transmite una enorme densidad de significados entrelazados que juntos iluminan el todo. Lo mismo puede decirse de los lenguajes de patrones. Es posible hacer edificios ensartando patrones de una manera bastante laxa. Un edificio hecho así es un montaje de patrones. No es denso. No es profundo [...] Todo edificio [...] es mejor cuando todos los patrones que necesita están comprimidos hasta donde sea posible. El edificio será más barato; y sus significados más densos"(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 28).

Dentro de esa compresión de elementos y actividades que propone Alexander, la circulación cumplía un rol fundamental. Tal como se afirma en apartados anteriores, la circulación dinamizaba el

espacio público y debían tenerse en cuenta toda una serie de elementos arquitectónicos que permitían jerarquizar el paso desde un lugar hacia otro:

“Siempre que sea posible, y en todas las plantas, construya porches, galerías, soportales, balconadas, nichos, asientos exteriores, toldos, pérgolas y similares en los cantos de los edificios, y especialmente allí donde se abren espacios públicos y calles”(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 685).

La circulación perdía su valor funcional estricto como conexión de espacios para convertirse en un lugar en sí, lleno de vida y simbolismo.

En algunos patrones esta circulación tomaba el carácter continuo y sinuoso de las calles medievales (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 529), en otros patrones recreaba un sistema de metas, como remansos del camino que generen lugares de permanencia, enhebrando puntos de interés (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 522). Eran caminos peatonales, como los que proponían los arquitectos del Team X pero enfatizando los puntos de encuentro, donde se formaba una “hinchazón” espacial (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 525). Contra los caminos largos y lineales de los edificios modernos, Alexander afirma que *“largos y estériles corredores constituyen el escenario de todo lo que hay de malo en la arquitectura moderna”* (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 563). Si bien Alexander ilustraba esta reflexión utilizando imágenes de edificios corporativos y citando un estudio de 1967 sobre los grandes hospitales, también podría aplicarse a las circulaciones infinitas de los bloques de vivienda agrupada. A partir de una medición empírica, proponía una longitud máxima de 15 metros en las circulaciones, incorporando mobiliarios fijos, iluminación natural y diferentes puntos de interés.

La circulación vertical también debía recuperar protagonismo y expresividad, con respecto a la liviandad de la arquitectura moderna. En el patrón *La escalera como etapa*, Alexander afirmaba que la circulación vertical era todo un evento: *“Y a menos que demos vida a ese espacio, será un punto muerto, y funcionará desconectando [...] las plantas del edificio y destrozando sus procesos”* (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 567). En otra sección del mismo libro afirmaba que *“Las escaleras interiores metidas en cajas reducen la conexión entre las plantas superiores y la vida de la calle”* (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 653).

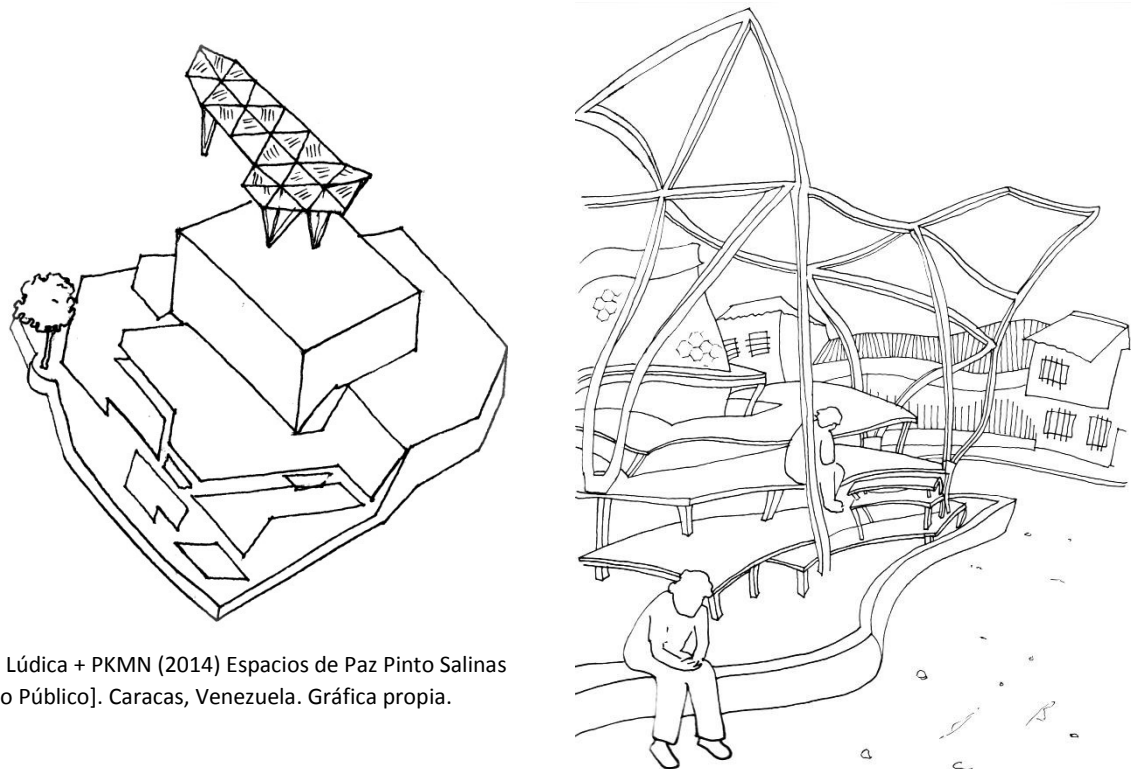
Ante el riesgo de destruir los procesos e incomunicar el edificio, Alexander proponía una profusión de recursos formales que terminaban acercándolo a la euforia posmoderna. Proponía, por ejemplo recuperar el protagonismo de la escalera haciendo bordear muros, enhebrar ventanas, incorporando balaustradas, y ensanchando los escalones inferiores para que se usen como asientos (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 568). Entre los diferentes patrones sobre escaleras se incorporan una serie de imágenes de la arquitectura vernácula que muestran escaleras muy expresivas, zigzagueantes, excesivamente amplias, asimétricas y combinando diferentes materiales.

En esta defensa de la complejidad formal, aludía a una constante tensión entre la construcción tradicional que representaba la diversidad y la vitalidad, frente a la arquitectura moderna que simbolizaba la rigidez simplificada:

“Por el contrario, en las sociedades industrializadas y autoritarias la mayor parte de las escaleras son interiores. Se accede a ellas desde vestíbulos y corredores, también interiores, y las plantas altas quedan aisladas del acceso directo a la vida de la calle”(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 654).

Para enfatizar esta idea, mostraba una imagen de una escalera propia de la arquitectura moderna: desmaterializada, con barandas de metal, y balconando sobre un gran espacio de triple altura que está detrás de un muro cortina (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 654).

En la cita anterior, en la que Alexander tiende un vínculo entre las “sociedades autoritarias” y un tipo particular de escaleras hay una homologación algo simplificada, una asociación lineal entre algunos elementos de la arquitectura y una ideología particular. La arquitectura refleja la cosmovisión de la sociedad. Este fenómeno de cristalización, donde las características la sociedad se ven reflejadas en rasgos formales, es un tema recurrente de la historia de la arquitectura y el urbanismo. Las catedrales góticas ayudaba a entender la cosmovisión del medioevo, la casa pompeyana permite entender la idiosincrasia de los romanos y los conventillos de Buenos Aires ayudan a entender la organización social a principios del siglo veinte. Hay una evocación recíproca entre características formales (o espaciales) y características sociales. Sin embargo estas relaciones nunca son tan simples. O al menos no tienen la linealidad que percibe Alexander. Según su punto de vista, el esquematismo de la arquitectura reflejaba el trasfondo de una sociedad autoritaria. ¿Acaso pensaba que generar una arquitectura diversa podía llegar a cambiar el autoritarismo subyacente?



Oficina Lúdica + PKMN (2014) Espacios de Paz Pinto Salinas [Espacio Público]. Caracas, Venezuela. Gráfica propia.

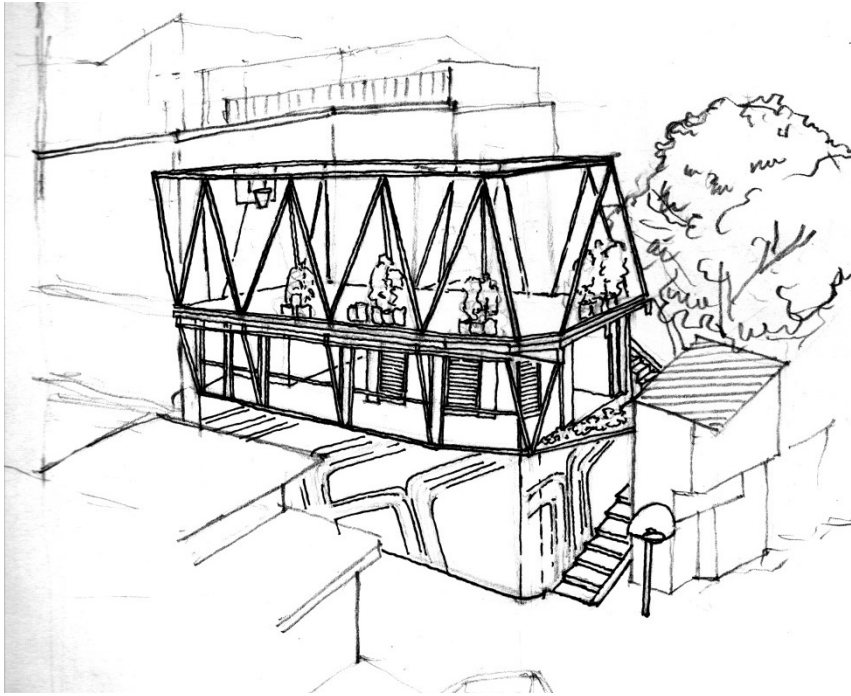
Figura 39 Espacios de Paz Pinto Salinas

En todo caso, Alexander tenía la certeza de que otra manera de concebir la sociedad, otro trasfondo social, otra ideología, permitiría obtener resultados espaciales de mayor complejidad y variedad. No obstante, esta afirmación es arriesgada. Por un lado, porque una sociedad y un pensamiento “autoritario” también puede generar espacios de mucha variedad y expresividad formal. De hecho, durante la posmodernidad, las herramientas informáticas, acompañaron un rápido proceso de complejización de la arquitectura. Los *shopping malls* y los parques temáticos, tipologías paradigmáticas de las últimas décadas del siglo veinte son ejemplos de arquitectura diversa, festiva y compleja pese a que estén planteados desde la única lógica del lucro y la rentabilidad. Son espacios totalmente

controlados y excluyentes, pero pueden recrear perfectamente la riqueza de los patrones que proponía Alexander. Por otro lado, existe el riesgo de pensar que un proceso participativo no puede conducir a resultados formales simples y depurados.

Cuando uno analiza diferentes experiencias de arquitectura participativa, la complejidad y la diversidad formal aparecen como una característica recurrente. A fines de la década del setenta podrían mencionarse ejemplos como la Mémé de Lucien y Simone Kroll (Figura 17), Villagio Mateotti de Giancarlo De Carlo, el Byker Wall de Ralph Erskine (Figura 19) y a principios del siglo veinte podrían destacarse las intervenciones de Jorge Mario Jauregui en las favelas de Brasil, el proyecto del Colectivo de Arquitectura Pública Asamblearia (C.A.P.A.), los equipamientos conocidos bajo el nombre de *Espacios de Paz* (Figura 39 y 40), realizadas participativamente en diferentes ciudades de Venezuela. En contextos muy distintos, las experiencias de arquitectura participativa alcanzan resultados formales caracterizados por la complejidad y la diversidad.

A partir de lo cual, la forma compleja queda asociada a un modo participativo de organizar el proyecto. Frente al gesto unívoco, preciso y de gran fuerza gestual de las obras que surgen del dibujo de un arquitecto, la complejidad de la forma de la arquitectura participativa refleja una multiplicidad de puntos de vista, una confluencia momentánea e inestable de fuerzas divergentes.



PICO + PGRC + Todo por la Praxis (2014) Espacios de Paz Petare. [Equipamiento social]. Caracas, Venezuela. Gráfica propia.

Figura 40 Espacios de Paz Petare

Sin embargo, existen casos en que esta homologación (participación igual complejidad) no se cumple de manera tajante. Quinta da Malagueira del arquitecto Álvaro Siza (Figura 28) y Quinta Monroy (Figura 45) de Alejandro Aravena son ejemplos de arquitectura participativa donde se hace evidente la simpleza y el esquematismo de las formas construidas. Desde una mirada superficial, esta simpleza en el lenguaje puede despertar algunas sospechas, como si la geometría depurada respondiera solamente al trazo del arquitecto. Hasta el momento, no existe todavía algún estudio que pueda evidenciar con certeza, una relación causal entre la descentralización del proceso de toma de decisiones y la diversificación de los gestos formales. La participación de la gente no tiene por qué implicar complejidad formal, y de hecho tampoco debería descartarse una hipótesis inversa. Quizás la gente prefiere

resultados formales simples y depurados, pero como muchos de los arquitectos que utilizan abordajes participativos tienen posturas críticas con respecto a la arquitectura moderna terminan encausando la participación de la gente hacia una arquitectura compleja y posmoderna.

Un tema recurrente dentro del libro *Un Lenguaje de patrones* era la necesidad de generar graduaciones entre diferentes dominios. Entre la calle y el interior, lo abierto y lo cerrado, la circulación y la permanencia, el trabajo individual y el trabajo grupal. Toda una serie de matices que se perdían en el funcionalismo estricto y enérgico de la arquitectura moderna. Con lo cual, uno de los principales aportes de Alexander a la arquitectura en general es la intención de generar transiciones.

Para ilustrar este tema, Alexander incorporaba una serie de imágenes de viviendas modernas y edificios corporativos que respondían al *International Style*. Por ejemplo, cuando comentaba que “Los edificios [...] con una transición graciosa entre la calle y el interior son más tranquilos que aquellos que dan directamente a la calle” (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1977/1980, pág. 492) utilizaba la imagen de una típica vivienda moderna, similar a los primeros esbozos de Le Corbusier sobre los inmuebles villa, pero con la austeridad de las primeras *new towns* inglesas. Era una vivienda mínima, sin aleros, ni porches, cuya puerta daba directamente a la calle. Frente a esto, la arquitectura de Alexander se nutría de un repertorio de imágenes totalmente diferente. La arquitectura vernácula que buscaba recuperar Alexander, incluía una serie de recursos como arcadas, tejados irregulares, jardines, zaguanes, pasajes, escaleras interconectadas, borlas, farolas, etcétera. “Son estos cambios físicos -y sobre todos el cambio de vista- los que crean en nuestra mente la transición psicológica” (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 451) desde el interior hacia el exterior.

Mostrando la imagen de un edificio racionalista de la cadena de hoteles Sheraton, Alexander criticaba la pureza volumétrica de los edificios modernos. En lugar de terminar los edificios con bordes puros hacia el espacio abierto, proponía:

“Asegúrese de que trata el canto del edificio como una “cosa”, un “lugar”, una zona con volumen propio y no como una simple línea o interfaz sin grosor. Denticule el canto de los edificios con lugares que inviten a permanecer en ellos” (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 664).

Para fundamentar estos patrones, toma un estudio de Jan Gehl que afirma que “hay una marcada tendencia tanto a permanecer en pie como a sentarse en aquellos lugares que están cerca de algo, una fachada, un pilar, un mueble, etcétera” (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 664). Esta referencia hacia el espacio público y las zonas de permanencia, puede compararse con el modo en que Lucien y Simone Kroll complejizan el trabajo de mampostería en un borde inerte de uno de los edificios que componen el conjunto de la facultad de Medicina de la Universidad Católica de Lovaina (Figura 17).

Según Alexander, los límites de los edificios debían ser lo suficientemente permeables como para generar, además de transiciones sutiles hacia el espacio interior, lugares de permanencia y actividades que revitalicen los espacios abiertos.

Por otra parte, Alexander seguía un criterio similar a Jane Jacobs con respecto a la conexión visual entre las viviendas y el espacio público. Jacobs proponía el *passive policing* que puede ser sintetizado con la frase “ojos hacia la calle”, es decir, tratar de orientar ventanas de la vivienda hacia la calle. Del mismo modo, Alexander afirmaba que: “Una calle sin ventanas es algo ciego y aterrador. Y es igualmente incómodo estar en una casa que limita con una calle sin ventanas en absoluto” (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 676)²⁹⁶.

²⁹⁶ Resulta llamativo que, para fundamentar esta afirmación, Alexander no utiliza las ideas de Jane Jacobs sino un texto de Franz Kafka llamado *La ventana a la calle*.

Las transiciones y las graduaciones tienen también un valor fundamental en el uso de los recursos lumínicos. Nuevamente, sin realizar ninguna alusión directa a la arquitectura moderna, Alexander se enfrentaba a algunas características propias de las obras de los maestros modernos. En lugar de proponer una iluminación homogénea y continua, como en la Villa Savoye o el Pabellón de Barcelona, Alexander proponía que las graduaciones de luz *“funcionen como marcos eficaces de los acontecimientos humanos”* por lo cual, se requería diversidad lumínica. Espacios con más claridad y espacios más oscuros (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 573). *“Las personas son fototrópicas por naturaleza”* se orientan según la luz. *“Las personas necesitan una rica variedad de escenarios en sus vidas”* (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 573). Para fundamentar estas afirmaciones se apoyaba en un estudio realizado en 1963 por Roger Baker, uno de los pioneros de la psicología ambiental, junto a Kurt Lewin.

El techo de los edificios también ayudaba a generar transiciones. En uno de los patrones, Alexander sugería: *“Convierta la cara norte del edificio en una cascada que descienda hasta el suelo, de modo que el sol que forma normalmente un larga sombra en ese lado llegue al suelo inmediatamente contiguo al edificio”* (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 670). En la imagen que ilustraba este patrón, puede apreciarse una vivienda con tejados inclinados, en clara alusión a al tejado prototípico de la vivienda tradicional.

Todas estas sugerencias, implicaba un retorno hacia las técnicas artesanales, por no decir a la decoración lisa y llana. En definitiva, eran recursos formales que volvían a una época anterior a la industrialización. Los tejados inclinados, las balaustradas, las molduras y las *bow window* de madera que mostraba Alexander en sus imágenes escapaban a los criterios de optimización, estandarización y utilitarismo de la primera arquitectura moderna. Sin ningún temor de llegar a un extremo nostálgico, en *El modo intemporal de construir*, Alexander afirmaba:

“en todos los lugares que desees poner algún énfasis o alegría, puedes tallar simples volutas, líneas, corazones y puntos en las tablas que forman el exterior de las paredes [...] Pinta las paredes de blanco y deja visibles las columnas. Enyesa el ornamento, rellena los huecos, aceita la madera y encera el suelo”(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 354).

Una frase que termina desconociendo toda pretensión tecnológica y cientificista de la arquitectura moderna.

Para comprender esto, hay que tener en cuenta que la propuesta teórica de Alexander se desarrollaba en paralelo a la Crisis del Petróleo, con el auge del concepto de *“tecnologías apropiadas”*. Siguiendo las ideas de Ernst Friedrich Schumacher, los arquitectos comenzaron a desconfiar de aquellas técnicas constructivas que requerían el pago de patentes o grandes inversiones en cuanto a maquinarias e infraestructura. Por el contrario, proponían recuperar técnicas afincadas en el saber popular, de modo tal de aprovechar la capacidad creadora de la gente.

Quienes promovían las tecnologías apropiadas recalocaban que las comunidades tomaban un rol activo en el proceso de construcción. Al abandonar una supuesta postura pasiva, ese paso a la acción, constituía una forma de empoderamiento.

En realidad en esa postura existía el riesgo de incluir una serie de prejuicios de clase. Por supuesto, un proceso de participación y formación colectiva, puede ayudar a que una comunidad mejore su situación económica, social y habitacional. Sin embargo, en la mayoría de los casos, el bienestar de las comunidades requiere de cambios estructurales, de gran escala. Transformaciones que no pueden alcanzarse sólo mediante la participación de la gente. Tal como afirmaba Rod Burgess, existe el riesgo de afirmar que los pobres son pobres porque no hacen lo suficiente para dejar de serlo.

El ejemplo de Mexicali (Figura 46) es bastante elocuente con respecto al límite de la participación frente al mejoramiento integral de las condiciones de vida de una comunidad. El equipo de Alexander fundó un obrador comunitario, cuya continuidad se basaba en un emprendimiento de productos pre-moldeados. Lógicamente estos productos no podían competir con los precios del mercado, dejando trunca la posibilidad de subsistencia. La historia del cooperativismo está plagada de este tipo de ejemplos. Más allá de la buena voluntad de los técnicos y de la mejor predisposición de las comunidades, existe una macro-estructura que avanza en contra de todo espíritu colectivista. Sin medidas políticas de mayor escala que contrarresten este avance, estas iniciativas son como barcos de papel en la tempestad.

Volviendo al tema de la supuesta pasividad de la comunidad, hay que reconocer que, frente a esta macro-estructura adversa, cada miembro de la comunidad se ve obligado a realizar una multiplicidad de tareas diarias para lograr la subsistencia. ¿Cuál es la postura pasiva? En todo caso, la gente participa de un intercambio constante con el ambiente, pero es ante todo una actitud defensiva, de supervivencia. Con lo cual, algunas propuestas de participación forzosa en entornos de pobreza son algo desconsideradas. La población de menores ingresos no sólo debe realizar una multiplicidad de esfuerzos para conseguir la subsistencia diaria sino que además debe participar en reuniones barriales, aprender técnicas constructivas y levantar sus propias casas.

Habiendo remarcado algunos defectos de la participación y las tecnologías tradicionales, también debería reconocerse el gran poder simbólico del uso de estas tecnologías. Dentro de la bibliografía referida a la participación abundan las fotografías de comunidades trabajando codo a codo, a la par de los arquitectos, todos juntos logrando una construcción colectiva. Es un mensaje tan fuerte que a veces da la impresión de que se otorga más importancia a la obtención y la edición de las fotografías que a la construcción en sí²⁹⁷. Sin desestimar el esfuerzo de coordinación que implica cualquier tipo de construcción, existen casos extremos en los cuales centenares de fotografías acompañan la construcción de elementos etéreos, de poca duración y dudosa utilidad. Es innegable que se recupera el sentido de trabajo colectivo, se subvierte la separación entre el arquitecto y los constructores (el pensar y el hacer), se aprovechan las cualidades pedagógicas de construcción. No obstante, todas esas lecturas están

²⁹⁷ El estudio detallado de las fotografías y las imágenes que se producen luego de un proceso de arquitectura participativa, puede constituir toda una investigación en sí. A grandes rasgos, pueden separarse cinco familias de imágenes muy claras. Por un lado, están las imágenes destinadas a guiar el proceso de diseño y construcción. Por lo general son gráficos a mano alzada, con un trazo cálido, humanizado, buscando llegar a un “público no especializado”. Según el grado de infantilización de la gráfica puede notarse cuál es la idea que tienen los técnicos acerca de los participantes. Otra familia de imágenes remite al registro de la parte organizativa del proceso. Se muestran reuniones en locales precarios de la comunidad, junto a los técnicos, donde las caras de aburrimiento y cansancio reflejan arduas deliberaciones. Dentro de ese grupo, no puede faltar alguna imagen donde se vea una votación, para demostrar que realmente primaban los valores democráticos. También suele incluirse una fotografía en la que habla un miembro de la comunidad mientras los técnicos escuchan atentamente, para acentuar la horizontalidad del proceso. Un tercer grupo de imágenes muestra el divertido proceso de diseño donde se utilizan mapeos colectivos, y grandes tableros donde se supone que la comunidad puede representar y modificar el espacio usando la técnica de la maqueta, es decir, usando las mismas herramientas que, luego de cinco años de práctica, los arquitectos alcanzan a utilizar con cierta dificultad. El cuarto grupo de imágenes es el que muestra a toda la comunidad construyendo codo a codo. Aprendiendo mientras construye y celebrando el trabajo colectivo. Es un momento de alegría que no debe ser arruinado con ninguna observación acerca de otros aspectos de la construcción, como las condiciones de seguridad, la eficiencia en la organización del trabajo, la utilidad de lo construido, etcétera. Por último, existe una familia de imágenes más formales, orientadas a un público especializado que incluye una multiplicidad de organigramas y mapas conceptuales, las imágenes del proyecto final (pocas veces se contrasta con lo construido) y las imágenes inmediatamente posteriores a la construcción. Todas las experiencias se muestran de un modo similar.

sobrevalorados en los ámbitos académicos y tienen poca utilidad en la vida práctica de la población en la cual se desarrollan. ¿Qué obtiene, materialmente, la comunidad implicada? Una sumatoria de tablas atornilladas.

Esto no debe entenderse como una desestimación de los aspectos simbólicos, frente a la cuestión material, solamente se trata de alertar acerca de esta hinchazón de las cualidades retóricas por sobre la escualidez de las condiciones materiales dentro de la arquitectura participativa.

Sin duda, esta tendencia a enfatizar las cuestiones simbólicas pese a la escasez material puede ser una estrategia ante la falta de recursos (un buen comienzo, quizás), pero no puede ser la única modalidad de intervención.

Contra la zonificación moderna

Frente a una visión racional, analítica, de la ciudad, Alexander proponía una visión orgánica. Basada en la complejidad y en la constante auto-regulación ajustada a los intercambios con el contexto. En ese sentido, sus propuestas iban en contra de la estricta zonificación que proponían los arquitectos modernos. Alexander subvertía la lógica analítica que tiende a separar y catalogar espacialmente cada uno de los programas a abordar dentro de la arquitectura. Para Alexander, la diversidad y la mixtura eran, de por sí, virtudes. Por ejemplo, proponía que los conjuntos de vivienda favorezcan la combinación de diferentes grupos etarios: 30 por ciento de personas solas, 10 por ciento de parejas, 15 por ciento de hogares colectivos y 45 por ciento de familias (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 188).

Con respecto a las actividades dentro de la ciudad, esta tendencia a la mixtura era aún más fuerte en las ideas de Alexander. En cierto modo, seguía el mismo criterio de Jane Jacobs cuando afirmaba que el comercio dotaba de vitalidad a los diferentes sectores de la ciudad²⁹⁸. Sin embargo, Alexander iba un poco más allá, tratando de incorporar otro tipo de usos. La propuesta de Alexander es un antecedente de la producción disgregada que posteriormente revolucionaría la industria de fines del siglo veinte. Ya en sus primeros libros, destacaba la necesidad de incorporar talleres y lugares de producción o comercio dentro de las viviendas.

En realidad Jacobs también había hablado en contra de la separación entre trabajo y residencia, segregación que reflejaba un conflicto de género subyacente. Era una separación relacionada con el sometimiento de la mujer a las tareas domésticas. Sólo que Alexander buscaba solucionar el problema a través de la tipología de vivienda. Buscaba integrar espacialmente el trabajo y la residencia, quizás desatendiendo parte de los cuestionamientos de género incluidos en la crítica a la zonificación que realizaba Jacobs. En los textos de Alexander, los trabajos domésticos están todavía muy asociados a la figura femenina.

Con respecto a las soluciones tipológicas que proponía Alexander, el taller doméstico se destacaba como una manera de brindarle vitalidad a la vivienda y a la calle. Buscaba, a su vez, generar un ingreso económico aprovechando la infraestructura y dignificar a las personas potenciando sus capacidades.

Si bien no pueden encontrarse en los textos de Alexander algunos cuestionamientos profundos con respecto al rol de la mujer dentro de la sociedad, sí puede verse una reivindicación de la tercera edad. En

²⁹⁸ Por eso, en el libro *Un lenguaje de patrones*, Alexander proponía: “Dote cada vecindad con al menos una tienda de comestibles, próxima a su centro. Sepárelas entre 200 y 800 metros [...] Sitúela en las esquinas por donde pasan muchos transeúntes. y combínelas con viviendas para que sus propietarios puedan vivir encima de la tienda o al lado de ella” (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 399).

esta defensa de los ancianos y el valor de la experiencia que traen los años, llega incluso a cuestionar la lógica productivista del capitalismo:

“La experiencia del trabajo estable es un requisito previo a la paz mental de los ancianos. A pesar de ello, nuestra sociedad mina esa experiencia abriendo un foso entre la vida activa y la jubilación, entre el lugar de trabajo y el hogar. [...] Cuando hay libertad para desarrollarlo, el lugar de trabajo y el hogar se confunden gradualmente hasta ser una misma cosa [...] En el mercado actual la mayoría de las personas se ven obligadas a adaptar su trabajo a las reglas de la oficina, la fábrica o la institución de que se trate. Y en general ese trabajo lo consume todo, y cuando llega el fin de semana no se tiene la energía para comenzar una nueva actividad [...] no deja tiempo para el lento crecimiento del ‘trabajo estable’ que llega desde dentro y no siempre soporta el peso del mercado”(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 647).

Nuevamente, en una frase tan profunda y sensible, Alexander no va a remitir a ningún estudio técnico sino al mundo del arte, recomendando la película de Akira Kurosawa llamada *Vivir*.

Pese a exaltar este costado poético del mundo del trabajo, Alexander era consciente de los cambios que se avecinaban en cuanto al mundo de la producción industrial. En el patrón llamado “Taller doméstico” advertía: *“Cuando la descentralización del trabajo aumenta en efectividad, crece más y más la importancia del taller doméstico”* (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 650). Sus propuestas de integrar el mundo laboral a la residencia, a la vida mundana y cotidiana de los ámbitos más privados, estaba en sintonía con la creciente informalización del trabajo. La multiplicación de iniciativas que, a principios del siglo veintiuno tratan de encontrar dentro del mundo privado de la gente una posibilidad de lucro, esconde una faceta fundamental de la organización neoliberal de la economía: la precarización del trabajo. Lo que parecen actividades inocentes, casi recreativas, como el sub-alquiler de habitaciones (Airbnb), o el servicio de transporte informal (Uber) y el trabajo voluntario en museos, universidades y organizaciones no gubernamentales, son a fin de cuentas actividades laborales desprovistas de todo tipo de contención legal. Se las disfraza como iniciativas individuales, pero son fundamentales para la subsistencia de sistemas económicos mucho más amplios. Son estrategias de mercado que aprovechan la rentabilidad de las iniciativas individuales en ámbitos legales flexibles e informales.

Dentro de la arquitectura participativa de viviendas, hay numerosas experiencias que tratan de vincular la residencia a la actividad productiva. Nuevamente, un ejemplo concreto puede ser la experiencia del equipo de Alexander en Mexicali, que se nucleaba alrededor de un obrador comunitario, aunque también con otras propuestas más abstractas, como las que incluyen espacios que puedan transformarse en un estudio o taller, como las viviendas de ELEMENTAL en Iquique (Figura 45). Además, es necesario aclarar que, esta complementación entre la actividad productiva y la residencia se desenvuelve incluso en edificios donde esta vinculación no estaba prevista. Por ejemplo, existen fotografías del conjunto de viviendas llamado Bijlmermeer, Ámsterdam (Figura 14), donde algunos de los estacionamientos desolados habían sido apropiados y transformados en talleres de reparación de automóviles.

Cambios e innovaciones en la propuesta teórica de Christopher Alexander

Luego de profundizar en las influencias de Christopher Alexander y el modo en que éstas enriquecieron su visión sobre la participación, se repasan a continuación algunas de las características más innovadoras de su propuesta. Tal como se ha aclarado anteriormente, Alexander se nutrió de una multiplicidad de conceptos y datos provenientes de la vanguardia del pensamiento de los sesenta. Por lo

tanto, resulta difícil indagar en las transformaciones que propuso dentro de la arquitectura sin volver a mencionar el vínculo con otras teorías del momento. Siempre que se analizan las ideas de algún autor, existe una relación permeable, difícil de delimitar entre las influencias y las innovaciones. Sin embargo existen una serie de ideas que son propias y características de una etapa más depurada de sus textos, adoptando un color que lo diferencia totalmente de otros autores que responden a influencias similares. Por ejemplo, si bien existen muchos autores contemporáneos a Alexander que buscaban recuperar la arquitectura vernácula, es difícil de encontrar otros autores que propongan las mismas transformaciones del programa de arquitectura y de su abordaje metodológico. En ese caso, el rescate de la arquitectura vernácula formaría parte de las influencias de Alexander, mientras que el abordaje dialógico del proceso de diseño sería una innovación. Estos cambios que incorporaba Alexander resultan fundamentales para entender cómo la participación se consolidó como una línea de pensamiento y acción que atravesó la historia de la arquitectura durante la década del setenta.

Innovaciones en cuanto al programa

Para referirse a cualquier arquitecto destacado, la crítica suele afirmar que “transformó el modo de abordar la arquitectura”. En el caso de Alexander, esta frase no resulta metafórica, sino bastante literal. En todo caso, si Alexander se destaca por algo no es tanto por su obra construida sino por proponer un abordaje al diseño completamente diferente al difundido por las academias de arquitectura de mitad de siglo veinte.

Las propuestas de Alexander eran tan rupturistas que llegaban a cuestionar algunas verdades fundantes de la disciplina arquitectónica, como por ejemplo, el programa. Si las funciones que debe cumplir el edificio son estipuladas en una enumeración de actividades llamada programa, entonces Alexander buscaba romper con esa convención.

En este cuestionamiento al modo de iniciar el proyecto, se van a destacar tres razones fundamentales. Por un lado, Alexander proponía romper la rigidez determinista del proyecto incorporando el criterio heurístico, de reajuste constante, un rasgo ya mencionado anteriormente. En segundo lugar, buscaba evitar el carácter pasivo de los “usuarios”, lo cual constituía un antecedente de sus futuras ideas acerca de la participación. Por último, consideraba que cuando la arquitectura surge del esquematismo de un programa se terminan produciendo una serie de conflictos. Lo cual, dentro de la lógica de Alexander, lejos de generar una oportunidad para afrontar las contradicciones, implicaba una ruptura del equilibrio.

Para Alexander el programa no servía, porque no brindaba indicaciones útiles para comenzar a diseñar. El programa dice muy poco sobre la arquitectura, y lo que el programa dice, sería mejor que no lo dijera. Enumerando una serie de actividades o locales, el programa afirma de antemano cuáles son las actividades que se desarrollarán en una porción del ambiente.

Sin embargo, era una expresión de deseo que no ayudaba a la hora de diseñar porque no aclaraba el modo en que el edificio debía cumplirlo. Por otro lado, el programa afirma qué es lo que se contempla, pero no existe ninguna certeza de que lo que se contempla sea realmente lo que el edificio debería cumplir. Es una arquitectura del “deber ser” referida en términos absolutos e incuestionables. Por el contrario, Alexander criticaba esa tendencia simplista que tiende a *espacializar* el programa. Es decir, esa operación que terminaba transformando cada uno de los requisitos del programa en un volumen determinado. Esta manera de abordar la arquitectura que toma por cierto las afirmaciones del programa, termina eternizando sus errores generando una serie de conflictos a los que Alexander dedicaba una parte importante de su obra temprana. En referencia a los conflictos que se generaban en

la arquitectura, Alexander afirmaba que *“Un buen medio ambiente es aquel en el cual dos tendencias no entran en conflicto”* (Alexander, 1971, pág. 82). Lejos de prevenir el conflicto, el programa parecía justificarlos. Como si para que un edificio funcione bien fuera necesario que responda exactamente al programa. Los arquitectos consideraban que un edificio estaba bien diseñado cuando se ajustaba a los requerimientos del programa. En realidad, en el mismo programa pueden estar incorporados los conflictos de manera latente.

Según la óptica de sus primeros textos, el programa funciona como un corsé que limita la intervención de los diferentes actores afectados por el diseño. El programa niega lo emergente. Frente a esto, Alexander trataba de aumentar el grado de incidencia de los usuarios. En ese sentido, proponía dejar de hablar de necesidades para hablar de tendencias en arquitectura. Mientras el programa se basa en las necesidades de la gente, es decir, lo que la gente necesita, Alexander propone partir de sus tendencias: lo que la gente hace. Este cambio, evidencia el pasaje desde un rol pasivo de los usuarios hacia un rol activo. Este cambio de lógica que transforma el rol de los usuarios (de receptores a actores) es uno de los fundamentos de toda propuesta relacionada con la participación en arquitectura.

“una vez dada la oportunidad (la gente) trata activamente de satisfacer esa necesidad. Esto implica que toda necesidad, si es válida, es una fuerza activa. Denominamos a esta fuerza activa que sustenta la necesidad, tendencia”(Alexander, 1971, pág. 78).

Cada uno de los patrones que Alexander propondrá, diez años después de cuestionar el programa, más que manifestar una necesidad abstracta, manifiesta una tendencia activa de la gente y los usuarios. Por ejemplo, la gente tiende a situarse en patios bien iluminados, que se pueden recorrer perimetralmente, con una graduación del adentro y el afuera. Por el contrario, la gente evita los patios que están siempre dominados por la sombra, donde no confluyen las circulaciones, con pocas puertas de acceso y donde no está bien tratada la relación interior exterior. Cada uno de los patrones implica un rol activo de la gente. Por eso Alexander insiste en que un lenguaje de patrones no constituye un compendio de propuestas sino un sistema de soluciones sujetas a la experimentación activa. Aquellos que sean apropiados por la gente se consolidarán, mientras que algunos se irán modificando y otros, incluso, quedarán en el olvido²⁹⁹.

Cuando Alexander desarrolló su lenguaje de patrones, el rol activo de los usuarios cobraba un valor fundamental. Sin embargo, según sus primeros textos (diez años antes del libro sobre los patrones), el proceso de diseño no podía desenvolverse naturalmente, requería de una intervención previa para planificarlas. Las tendencias de la gente, libradas a sí mismas generaban una serie de conflictos que el diseño debía evitar:

²⁹⁹ Una investigación interesante, pero que excede los objetivos de esta tesis, es revisar de manera pormenorizada los intentos de aplicación de la teoría de Alexander para corroborar cuáles fueron los patrones que obtuvieron mejores resultados y cuáles eran, simplemente, una lectura equivocada o distorsionada de las realidades ambientales. En ese segundo caso, comprobando cómo y por qué surgieron esos patrones. Como una primera hipótesis, surgida a partir de la lectura del contexto de Alexander, puede mencionarse que muchos de los patrones se relacionan directamente con algunas discusiones propias de la década del setenta, que perdieron vigencia en las décadas posteriores. Por ejemplo, un tema recurrente es la comunicatividad del lenguaje en la arquitectura. Hay una serie de patrones que sugieren retomar el rol simbólico de algunos elementos de la arquitectura vernácula como los tejados inclinados, las escaleras exteriores, las galerías, etcétera. Toda esta profusión de elementos va a tener vigencia durante los setenta y ochenta, con una arquitectura posmoderna llena de citas a la historia y a las tradiciones, pero va a entrar en crisis con el llamado al sosiego y la interioridad que traía implícito el minimalismo de la década del noventa.

“Bajo ciertas condiciones, las tendencias entran en conflicto. En estas situaciones, las tendencias no se pueden ocupar de sí mismas, porque una tira en una dirección y la otra lo hace en la dirección opuesta. En este tipo de circunstancias, el medio ambiente necesita del diseño: debe ser re-compuesto de manera tal que las tendencias ya no estén en conflicto”(Alexander, 1971, pág. 82).

Esa tensión entre el rol activo de los usuarios y la pasividad que le otorga el enfoque desde la disciplina arquitectónica, nunca queda del todo resuelta en los textos de Alexander. ¿Es necesario un arquitecto que lidere el proceso? En los primeros textos de Alexander dice que sí, pero en *Un lenguaje de patrones*, donde afirma que cualquier persona puede realizar su propio sistema, la respuesta parece ser que no. Que sólo es necesario que la gente siga un lenguaje de patrones.

Tal como en el caso de Turner, la centralidad del arquitecto aparece cada vez más diluida. Al menos, revisando cronológicamente su obra escrita. Aunque hay que reconocer que esta postura teórica con respecto a la disciplina contrasta con el modo en que encaraba los proyectos que le encargaban, donde se destacaba por su personalidad carismática y expansiva.

Los patrones estaban orientados a un uso no profesional, tenían utilidad para la gente en general. Por lo tanto, el diseño no se entendía como algo separado de la actividad de los usuarios. Incluso transformaba radicalmente la práctica profesional cuando proponía diseñar el edificio en el mismo sitio en el cual se construiría. En lugar de delinear el edificio en la comodidad del gabinete, la forma se decidía trabajando junto al usuario y utilizando un sistema de sogas, telas, palos y estacas. Era una arquitectura nacida del sitio. Con lo cual, la previsualización no era un requisito previo, que condicionaba de antemano la construcción de la arquitectura. O, al menos, no se cumplía el proceso lineal unidireccional que partía de una previsualización plasmada en un proyecto, realizada por un arquitecto, para llegar luego a la construcción en el sitio. En todo caso, la previsualización que propone Alexander en *El modo intemporal de construir* se realiza en el sitio, y mediante la intervención de una porción representativa de los usuarios. Si bien era imposible que participaran todos, al menos participaba en el proceso de decisiones una parte de los implicados.

La relación, el antecedente de los patrones

En textos como *Ensayo sobre la síntesis de la forma* y *La estructura del medio ambiente*, Alexander comenzó a desarrollar el concepto de relación, que constituía un antecedente de lo que posteriormente fueron los patrones. Evidentemente, el término surge de su formación en matemáticas, recordando que en estos primeros textos proponía codificar los problemas de diseño mediante símbolos matemáticos. Más allá de la terminología empleada, algo relevante para entender la incorporación de la participación dentro de su propuesta es que el concepto de relación estaba orientado a la prevención de conflictos: *“Una relación [...] es una disposición geométrica que previene un conflicto”* (Alexander, 1971, pág. 86). Lo cual conduce a la pregunta *“¿Cómo inventamos [en un edificio o ciudad] una relación que prevenga el conflicto?”* (Alexander, 1971, pág. 86).

Considerando los patrones como el eje de su propuesta teórica, al menos durante el periodo abordado, se puede notar que su antecedente inmediato, el concepto de relación, estaba estrictamente planteado como una manera de evitar los conflictos. Por supuesto, parte de la rigidez analítica del concepto de relación se abandonó en la propuesta más orgánica y sistémica de los patrones. En lugar de hablar de disposiciones geométricas, los patrones buscaban vincular lo espacial y lo social. Ya no hacían hincapié en la negatividad del conflicto detectado sino que se presentan como soluciones consagradas a lo largo del tiempo. Reforzaban la positividad. No obstante, es necesario preguntarse en qué medida trascendió, dentro de la propuesta de Alexander, ese interés por minimizar el conflicto.

Ya se ha mencionado la negación del contexto político, por parte de Alexander. Mientras que muchas de sus ideas se nutrían de la crisis de valores de los sesenta, en ningún momento se hizo referencia a las raíces socio-políticas de ese contexto. Siguiendo el mismo camino, algunos de los patrones se abordan con un grado de inocencia política desconcertante.

Al igual que en Turner, muchas de sus propuestas eran impracticables en los setenta y se vieron aún más lejanas en las décadas posteriores. Algunos de los patrones van en contra tanto de las dinámicas del Capitalismo de signo norteamericano como del Comunismo de signo soviético; lo cual limitaba enormemente el ámbito de aplicación dentro del universo bipolar de la Guerra Fría.

Christopher Alexander mencionaba, en *El modo intemporal de construir*, diferentes conflictos que había tenido cuando sus propuestas entraban a jugar dentro del panorama de fuerzas del capitalismo norteamericano. Por ejemplo, en ese libro comenta que luego de diseñar participativamente una clínica psiquiátrica, la constructora realizó una serie de cambios que terminaron desvirtuando el trabajo³⁰⁰. Sin embargo, Alexander nunca ahondaba en una estrategia para afrontar dichos conflictos. Los patrones resolvían conflictos sobre el plano espacial, pero nunca se indagaba en los conflictos que generaban sobre el plano político. Mientras en la crítica a la arquitectura moderna Alexander vinculaba lo espacial y lo socio-político, no lo hacía al explicar sus propias ideas. El espacio y la política aparecen dissociados. Asociaba la arquitectura moderna a un trasfondo de autoritarismo, pero no buscaba indagar en el trasfondo político de sus propias elaboraciones. Ante la falta de estrategias políticas, muchos de sus proyectos quedaban estancados ante un contexto adverso.

Sistema generativo

La transformación del programa, en la teoría de Christopher Alexander, iba acompañada de una transformación en la concepción de la arquitectura en general. Frente a una tendencia que mostraba la arquitectura como magníficas creaciones de autor, como una obra de arte, Alexander se concentraba en el modo en que la arquitectura nace o emerge. Bajo esa premisa, el programa arquitectónico (las actividades que debe alojar el edificio) perdía su valor predictivo. Ya no era una receta que debía seguirse linealmente para conseguir una buena arquitectura. El programa perdía valor predictivo, porque al quitar el énfasis del objeto en sí, la predicción no tenía mucho sentido. Ni siquiera la previsualización de la obra tenía importancia para Alexander. Los planos, y toda la gráfica arquitectónica, quedaban plasmados, congelados en un legajo una vez que se habían tomado todas las decisiones sobre la obra, en el sitio.

Tal como se afirma en otros apartados del texto, esta visión orgánica -contraria al esquematismo determinista- dejaba entrever la influencia de la teoría de sistemas. En el texto *Sistemas que generan*

³⁰⁰ En el proyecto de la clínica psiquiátrica del doctor Ryan, Alexander desarrolló el proceso de diseño en el sitio en el que se construiría la obra, con la participación de los profesionales de la salud. Sin embargo, a la hora de elaborar el proyecto ejecutivo, Alexander afirmaba que: “fue llevado al tablero de dibujo por personas que no lo habían trazado, que estaban lejos del emplazamiento, a las que se dio detalles mecánicos totalmente inapropiados para su diseño [...] hasta que por último, no resultó distinto a un millar de edificios corrientes de nuestra época. [...] fue prácticamente destruido porque no se construyó del modo correcto. Al principio vacilé en publicar esto o en incluir la fotografía, pues es muy triste y deprimente” (Alexander, 1981, pág. 338) En el libro se incluye sólo una fotografía tomada desde un lateral, no brinda una verdadera sensación espacial. Con lo cual, se hace evidente que la complejidad del proceso de diseño puede desvirtuarse totalmente si no se complementa con un proceso de dibujo y construcción igual de complejo, personalizado y profundo. En síntesis, es una metodología difícil de complementar bajo las lógicas de producción de la industria de la construcción.

sistemas (incluido en el libro *La Estructura del Ambiente*) podía apreciarse esta intención por profundizar en la complejidad de los procesos que guiaban la organización de la forma, otorgándole mayor interés que aquel brindado a la forma en sí. Toda obra humana era resultado de transformaciones y reajustes constantes en relación con el ambiente que la rodeaba. Aquellas obras que sólo se concentraban en la forma final, por más depurada que sea su imagen y su función, terminaban rompiendo esta continuidad holística, este constante intercambio con el ambiente. Con lo cual, la arquitectura perdía su carácter vital para transformarse en escenografías forzadas e inertes.

Esta importancia de los procesos puede verse con mayor nivel de detalle en el libro *El modo intemporal de construir*. Cuando Alexander destacaba la cualidad que dota de vitalidad a ciertas obras del pasado, afirmaba que:

“No es posible poner esta cualidad en edificios y ciudades; sólo es posible generarlas indirectamente a través de las acciones corrientes de la gente, de igual manera que una flor no puede hacerse, sino generarse a partir de la simiente”(Alexander, 1981, pág. 12).

En esta última frase se terminaban de entrelazar algunos conceptos que flotaban por separado dentro de los primeros textos de Alexander: la arquitectura del pasado, la primacía de los procesos por sobre los objetos (la flor) y las acciones corrientes de la gente. En la metáfora de la flor también podía verse esa cualidad dual de la naturaleza, mitad científica, mitad poética. Tanto la complejidad material de la imagen de la flor, como su evocación de belleza se conjugaban para reforzar la idea de que la arquitectura y el urbanismo debían acompañar procesos, en una constante articulación con el contexto: *“la cualidad sin nombre no puede hacerse, sino generarse mediante un proceso”* (Alexander, 1981, pág. 135).

Cualidad sin nombre

A mitad de los años sesenta, Alexander realizó un quiebre con respecto al abordaje analítico, cientificista, del proceso de diseño. En sus primeros textos, como por ejemplo *Ensayo sobre la síntesis de la forma*, había tratado de erradicar el componente intuitivo de los procesos de generación de la arquitectura. Sin embargo, a partir del concepto de “cualidad sin nombre” que aparece en *El modo intemporal de construir*, Alexander comenzó a rescatar valores de la arquitectura que no podían describirse únicamente, apelando al raciocinio. Se trataba de un concepto difícil de abordar porque todas las palabras que podían asociarse a él quedaban incompletas o provocaban ligeras distorsiones. Por ende, Alexander proponía abandonar el mundo descriptible, para posicionarse en un plano trascendente, que iba más allá del alcance del lenguaje hablado.

Con este término, la arquitectura se sitúa por fuera del control racional del lenguaje racional para contactarse con un plano trascendental.

La visión de una arquitectura trascendente, situada más allá del alcance de las estructuras del lenguaje ha aparecido de manera recurrente en la historia de la arquitectura. Esta tendencia mística puede identificarse en posturas tan distintas como la de los neo-plasticistas, llegando hasta los escritos recientes de Juhani Pallasma. Sin embargo, en el caso de Alexander resulta llamativo. En primer lugar porque en textos anteriores recalca la necesidad de hablar en términos objetivos sobre la arquitectura, pero además, porque una parte importante del método que propuso posteriormente se basaba en la escucha y el diálogo con los futuros usuarios de la arquitectura. De alguna manera, el diseño nacía del lenguaje y la comunicación. De todos modos, este concepto servía como una manera de evitar que su propuesta metodológica se convierta en un manual de procedimiento. En última instancia, la cualidad sin nombre afirmaba que cualquier procedimiento de diseño, por más objetivo que sea, y por

más participativo que resulte, no logrará generar ambientes vívidos si no se tiene en cuenta esa belleza mística e indescriptible.

Si bien este concepto se abordaba específicamente en el libro *El modo intemporal de construir*, aparecía insinuado en *La ciudad no es un árbol*, el famoso texto en que cuestionaba la ortodoxia urbanística moderna:

“Hacer real una ciudad, real para todos sus habitantes es también un problema de diseño aunque no de la clase que se puede resolver con un lápiz [...] sería enormemente ordenada, pero no de una manera rígida visible sino que por el contrario, se trataría de un orden subterráneo como el que percibimos en un hombre que está en paz consigo mismo”(Alexander, 1971, pág. 92).

En primer lugar es interesante notar que, en este antecedente de la cualidad sin nombre, Alexander hablaba de un orden subterráneo asociado a la idea de paz. Lo cual no debe interpretarse como un anhelo por generar formas estáticas, en equilibrio según el academicismo clásico. En efecto, si uno contrasta esta frase con la arquitectura que promueve Alexander en sus textos y proyectos notará el valor que le otorga a los ambientes complejos y dinámicos. Más cercanos a la diversidad de los paisajes medievales que a las simetrías del Renacimiento. Evidentemente, Alexander no estaba hablando de un orden formal, de un ambiente estático en equilibrio sino que se refería a una actitud de paz y contemplación del ser humano con respecto al ambiente³⁰¹.

En segundo lugar, en esta frase que comparaba la ciudad con un hombre en paz debe destacarse una segunda afirmación aún más determinante con respecto al legado de Alexander hacia la arquitectura participativa: la autenticidad de la ciudad implicaba un problema que no podía resolverse con un lápiz. Es decir que, la tendencia a resolver el ambiente a partir de una brillante idea que se plasma en un proyecto dibujado, no tenía ningún sentido. La escuadra y el compás, conocidas herramientas del arquitecto, tenían un límite y la idea de un mundo proyectado íntegramente por el arquitecto dejaba de ser un sueño para convertirse en una pesadilla.

De hecho, esta idea estaba acompañada del análisis de una serie de proyectos tópicos de la arquitectura moderna que llevaban a una conclusión taxativa: el diseño resuelto íntegramente por el arquitecto sólo había contribuido a generar paisajes muertos. Si bien esta afirmación incluye un dramatismo exagerado, el mensaje subyacente terminaba socavando la idea del arquitecto como encargado de prefigurar la forma final del ambiente.

Era una crítica directa contra el criterio de autoría. Frente a la posición del arquitecto con incontinencia proyectual, desesperado por transformar el ambiente según su propio designio, Alexander promovía una actitud diferente, contemplativa, aunque no del todo pasiva. El diseñador se convertía en cauce o catalizador de fuerzas existentes, era una especie de médium, el encargado de establecer la conexión con un orden subyacente. El rol del arquitecto, todavía implicaba una figura central en el proceso, sólo que más adecuada al diseño participativo que al ejercicio liberal de la profesión como arquitecto proyectista.

Hay que destacar que, esta crítica hacia la centralización de las decisiones en un proyecto, se realizaba mediante una actitud sumamente propositiva. Alexander no se limitaba a mencionar los aspectos negativos de la arquitectura de mitad de siglo, sino que encabezaba la búsqueda de una nueva

³⁰¹ Tanto en los “conceptos que no pueden mencionarse” como en esta actitud contemplativa del ser humano en paz consigo mismo puede notarse la influencia de la filosofía oriental.

propuesta. Era una búsqueda activa, que pretendía sortear todo tipo de obstáculos, incluso las mismas limitaciones del lenguaje.

Cuando en la década del setenta describía esa cualidad sin nombre, se apoyaba en una serie de términos para lograr construir el concepto por añadidura. Es un concepto que no encuentra un sinónimo exacto, aunque se puede entender asociándolo a una serie de ideas imprecisas que, combinadas entre sí, nos permiten una aproximación más o menos acabada³⁰².

En el concepto de cualidad sin nombre se escondía, además, una crítica hacia la historia de la arquitectura y hacia su pasión categórica y taxonómica. Frente a la clasificación simplista que tendía a reducir toda la arquitectura a cuestiones de lenguaje -como si se tratara de estilos-, Alexander proponía indagar en una cualidad que estaba más allá de toda definición. Un carácter que sólo podía experimentarse de manera vivencial. Un modo de belleza que no podía crearse partiendo de la nada. Una característica compartida por todas las obras que nos conmueven: tanto las obras monumentales, como las más sutiles y cotidianas. No era, por ende, una forma de historicismo que buscaba reproducir tal cual el pasado, sino que implicaba un alto grado de abstracción e interpretación.

Como contrapartida de esto último, debe mencionarse que las obras de Alexander son criticadas por un excesivo pintoresquismo. Eran la antesala de la posmodernidad más estridente. Para entender este apego hacia la arquitectura tradicional (de Estados Unidos primordialmente) pueden servir las reflexiones que hiciera Giancarlo De Carlo acerca de la Arquitectura Moderna, cuando afirmaba que los arquitectos modernos se vieron obligados a rigidizar y simplificar su propuesta como una estrategia para enfrentar al Neoclasicismo (Zucchi, 1992, pág. 161). Se vieron obligados a construir una propuesta didáctica y contundente para vencer, en el plano del discurso, a una arquitectura que era hegemónica en cuanto a la producción. Del mismo modo, la arquitectura de Alexander buscó alejarse lo más posible y con la mayor fuerza simbólica, de la amnesia ascética de la arquitectura moderna. Al buscar recomponer el vínculo con la memoria de los usuarios, terminó encasillado en el repertorio de la arquitectura tradicional norteamericana. Al menos, en lo que refiere al modo de articular volúmenes y tratar las superficies, es decir en cuestiones de lenguaje.

Sin embargo, para hacer una verdadera crítica de la arquitectura, que vaya más allá de las observaciones estilísticas, hay que aprender a mirar según niveles de perennidad. Cuando Zaida Muxi analizaba el Nuevo Urbanismo Norteamericano, afirmaba que, si bien el lenguaje de la arquitectura

³⁰²La cualidad sin nombre se asociaba al concepto de “vivo”, pero mientras este concepto era demasiado poético, esta cualidad implicaba un carácter coherente y verificable. Se relacionaba con la idea de “integral” aunque despojada de su idea oclusiva, no era una cualidad acabada en sí misma. Si bien podía asociarse al término “cómodo” en cuanto transmitía bienestar, no debía malinterpretarse como una búsqueda hedonista del confort. “Libre” podía ser una palabra capaz de describirla, siempre y cuando se le quite la connotación más teatral e histriónica. Alexander afirmaba que la arquitectura que transmitía esa cualidad, era “carente de yo”, sin embargo, decía que era un término compuesto que podía generar confusión. Hablaríamos de una cualidad “eterna” si no fuera un término tan identificado con la religión. La cualidad sin nombre no debía entenderse como algo separado de este mundo, incluso podía relacionarse con las ideas de algo “corriente” y “cotidiano”. Pero siempre verificable desde un punto “objetivo”, sin derivar por ello en la cerrazón positivista. La cualidad sin nombre, no encontraba un vocablo específico dentro del lenguaje sino que se construía superponiendo conceptos recortados. En esta operación semántica, superponiendo diferentes términos, debe destacarse que el lenguaje no era un obstáculo para Alexander, por el contrario, constituía una herramienta que dominaba con extraordinaria habilidad.

puede resultarnos retrógrado, constituye un nivel material que cambia constantemente. Los solados que hoy forman guardas románicas, mañana se reemplazan por cerámicos uniformes y brillantes. Los coronamientos con veletas y espadañas, en poco tiempo se transforman en techos planos o terrazas verdes. Los colores pastel, cambian de tonalidades de un día para el otro. Pese a ello, la crítica arquitectónica no debe dejar de incluir una lectura sobre aquellos factores que son más difíciles de transformar. Por ejemplo, la disposición de las masas construidas, las secuencias, los recorridos, la distinción de dominios públicos y privados, lo abierto y lo cerrado, la disposición de las infraestructuras. En síntesis: las cosas que no pueden cambiar fácilmente con el tiempo.

Juzgar a Alexander por el color de los interiores o por las volutas de las columnas, no parece tener mucho sentido para quien entienda la arquitectura como un proceso en transformación constante.

Vitalidad

Dentro de todos los términos que utilizaba Alexander para describir la cualidad sin nombre, la vitalidad cobraba particular importancia.

Así como en los otros capítulos de esta investigación se menciona que tanto Habraken como Turner consideraban la arquitectura como un proceso en constante transformación, la vitalidad como fuerza intrínseca de la arquitectura es una constante dentro de los textos de Alexander. Mientras en los libros de Habraken y Turner la arquitectura estaba incompleta, en los textos de Alexander, además de estar incompleta, la arquitectura poseía una fuerza interior similar a la que mencionaban los organicistas tan admirados por Bruno Zevi; desde Louis Sullivan hasta Alvar Aalto, sin olvidar a Frank Lloyd Wright y la impronta que dejara en toda la arquitectura norteamericana del siglo veinte.

Sin embargo, los arquitectos organicistas no manifestaban la vitalidad del mismo modo que Alexander. La corriente arquitectónica conocida bajo el nombre de organicismo evidenciaba esta noción de vitalidad en el modo de disponer el desarrollo de la forma sobre el terreno, en una concatenación secuencial (orgánica) de espacios, asemejándolo al crecimiento de un organismo vivo. En un sentido diferente, Alexander superaba esta impronta formal para incorporar la vitalidad en el abordaje del diseño. Nuevamente resulta apropiada una cita mencionada en párrafos anteriores *“No es posible poner esta cualidad en edificios y ciudades; sólo es posible generarla indirectamente a través de las acciones corrientes de la gente”*(Alexander, 1981, pág. 12).

Tanto *El modo intemporal de construir*, como *Un lenguaje de patrones* se nutrían de una serie de fotografías en blanco y negro sobre la ajetreada vida cotidiana de las calles tradicionales. Una estrategia similar a la que desarrollaron los Smithsonian a partir de las imágenes de Nigel Hernderson. En ambos casos, se pretendía cuestionar la concepción de la arquitectura (y la ciudad) despojada de la vitalidad que le otorgaba la presencia y la interacción con la gente.

El sistema de patrones que proponía Alexander tenía una relación multidimensional con este carácter vital de la arquitectura. En primer lugar, cada uno de los patrones está vivo. Si bien surgían a partir de encontrar invariantes en el modo en que la gente interviene en el ambiente, se formulaban como si fueran hipótesis sujetas a verificación. Alexander admitía la posibilidad de que fueran cambiando según la gente se apropie de ellos o los abandone. Por otro lado, consideraba que la articulación de patrones conformaba un todo orgánico, permitiendo múltiples intercambios que cuestionan el determinismo estático de la arquitectura moderna. Era un proceso de diseño complejo e inestable que derivaba en obras arquitectónicas en permanente transformación. Por último, la vitalidad de una obra, percibida de manera empírica, verificaba la validez de cada uno de los patrones: *“Cuando los patrones*

son reales, empíricamente se ven como vivos” (Alexander, 1971). Con lo cual, cada patrón estaba vivo, el sistema de patrones estaba vivo, y por último, esta vitalidad se corroboraba con una sensación particular al experimentar, al situarse en la arquitectura.

La noción de vitalidad permitía abandonar la concepción de la arquitectura como un objeto acabado en sí mismo. Al asociarse con organismos vivos, se revelaba el carácter complejo y dinámico de la arquitectura. Una cualidad muy difícil de lograr desde el esfuerzo unipersonal del diseñador. Mientras “la belleza” era un término que podía ser fácilmente asociado a un objeto, la vitalidad implicaba otra lógica. Movilizaba otros procesos y otro tipo de juicios. Mientras la belleza alude a una opinión especializada y estática, la vitalidad es cotidiana y vivencial. Por más que ambas pueden ser mostradas a partir de fotografías, la belleza de la arquitectura mostrada en fotografías remite a la apariencia estrictamente material de la arquitectura. Las fotografías que muestran la vitalidad en la arquitectura -por ejemplo las fotos que ilustran los textos de Alexander-, implican una interacción entre la apariencia física de la arquitectura y las actividades de la gente. En el concepto de vitalidad, ya participa la gente.

Medio ambiente total

El concepto de totalidad también estaba implícito en lo que describía como cualidad sin nombre. Este concepto asociado a la visión holística de la teoría de sistemas, cobraba cada vez mayor presencia, para convertirse en el tema principal de sus últimos libros.

Cuando Alexander mencionaba el carácter total del medio ambiente, su intención no debe confundirse con la visión de la arquitectura total que tenían algunos arquitectos modernos como Walter Gropius o Bruno Taut. Si bien, ambas concepciones de la totalidad se propone una síntesis de todas las artes, caracterizando la arquitectura como una experiencia multi-sensorial, existía una diferencia ineludible. Mientras los maestros modernos recalcan que la arquitectura genera un mundo propio, Alexander enfatizaba la idea de que esa totalidad se daba de manera natural en el ambiente. En última instancia, la arquitectura debía tratar de recomponer esa cualidad total, cosmogónica, que la enmarcaba y la orientaba. Los arquitectos modernos creaban esa totalidad; Alexander, simplemente, la revelaba.

La diferencia es sutil, pero marca una diferencia con respecto al proceso de toma de decisiones a la hora de diseñar. La visión de Alexander exigía una actitud contemplativa y muy respetuosa de los procesos sociales y las estructuras físicas preexistentes. Por el contrario, la posibilidad de crear mundos propios mediante el artificio arquitectónico, como es el caso de los arquitectos modernos, invitaba a romper el vínculo con un pasado que se consideraba negativo.

Al igual que en el caso de la vitalidad, el concepto de totalidad en Alexander, sobrepasaba las características físicas del ambiente para profundizar en la relación entre el ambiente y el ser humano:

“Un sistema es total cuando uno lo es consigo mismo, y cuando todas las fuerzas que emergen de su naturaleza exclusiva están equilibradas. Un sistema que es absolutamente total es, asimismo absolutamente real: cuanto menos total, más irreal [...] Un medio ambiente total es aquel que permite a cada individuo llegar a ser total por su propio esfuerzo [...] Un medio ambiente es total únicamente cuando permite a las mismas (las personas) serlo [...] Una persona jamás logrará esa condición en un medio ambiente que no lo sea”(Alexander, 1971, pág. 96).

Con lo cual, el concepto de totalidad era una cualidad compartida entre el individuo y el ambiente. Para Alexander, las personas eran una parte esencial del ambiente. Esto puede parecer una obviedad, no obstante, permitía cuestionar una modalidad de actuación profesional tendiente a plantear la

arquitectura como objetos artísticos inhabitables o como un lenguaje autorreferencial. La superación de ese modelo, era un requisito fundamental para dar paso a la arquitectura participativa.

El paso siguiente, posterior a entender a los pobladores como parte de la ambiente, es que dichos habitantes formen parte de las transformaciones que se dan en el ambiente.

En la frase anteriormente citada, puede destacarse también un énfasis en el esfuerzo propio del individuo y en la transformación mutua entre el ambiente y el ser humano. Estas dos características pueden verse en otros autores que ya habían propuesto la incorporación de los usuarios específicamente en el proceso de construcción de la arquitectura: Patrick Geddes, Charles Abrams o John Turner³⁰³.

Esta cualidad total del ambiente debe ser analizada en relación al lenguaje de patrones que plantea Alexander, y que se abordará posteriormente en este trabajo. Por el momento, basta con decir que cada lenguaje de patrones (no hay un solo lenguaje) debía formar un todo coherente. Los patrones por separados, no tenían sentido, eran como palabras sueltas que sólo cobraban importancia según el modo en que se articularan. Esta estructura construida a partir de la adición meditada de soluciones preconcebidas, no constituía una secuencia lineal. Al manifestarse en el espacio (donde se daban infinitas relaciones ópticas y de movimiento) generaba un complejo sistema en red. Si bien a nivel metodológico los patrones se combinaban uno a uno (desde la localización de los edificios, pasando por la definición de los ingresos, hasta llegar a las secuencias interiores), una vez construida la obra la experiencia en el lugar impide percibir fragmentos. Un ambiente diseñado mediante un lenguaje de patrones coherente, constituía una experiencia total. Por ejemplo, los accesos a los edificios que proponía Alexander pautaban el espacio exterior más amplio, los interiores permitían participar visualmente de actividades exteriores, las funciones mundanas de una calle o una vivienda se situaban en relación a los espacios de permanencia para ofrecer vistas interesantes a quienes estaban descansando, etcétera. La pretensión de totalidad no era, simplemente, un consejo metodológico. Sino que se verificaba plenamente en la arquitectura construida.

El título completo del libro donde el equipo de Alexander sistematizaba los patrones, *A pattern language. Towns. Buildings. Constructions* implica de por sí, un llamado hacia la coherencia entre diferentes escalas. Alexander proponía, tal como John Habraken, una visión sistémica donde la escala territorial condicionaba lo urbano, que a su vez condicionaba la arquitectura. Un sistema de interrelaciones, donde las escalas más pequeñas anidaban en escalas cada vez más grandes. Si el libro sobre los patrones resulta de una extensión excesiva, esto se debe al hecho de que contiene tres escalas en un mismo libro.

En lugar de editar tres libros por separado, dividiendo los patrones que remitían a ciudades en un primer tomo, los que ayudaban a diseñar edificios en un segundo tomo y por último los patrones que

³⁰³Para la época en que Alexander escribe "El modo intemporal de la arquitectura" ya existía todo un debate acerca de la autoconstrucción que había cuestionado y relativizado dos ideas que todavía se repiten en los proyectos que incluyen participación de los usuarios. La primera idea es que la participación implicaba la auto-superación individual, reforzando el mito capitalista de que los pobres no hacen lo suficiente para dejar de ser pobres. Y la segunda idea era que la autoconstrucción implicaba una transformación mutua entre pobladores y ambiente. Es decir que, cuando el ser humano transforma su ambiente comienza a cambiar también la percepción sobre sí mismo, mejorando también sus posibilidades económicas. Sin embargo esta segunda idea tambaleaba con los estudios que mostraban que la simple transformación del ambiente no lograba revertir carencias estructurales, que debían abordarse a través de iniciativas político-económicas profundas y sostenidas en el tiempo.

referían al proceso de construcciones (subdivisión que se marca en el libro como si fueran tres capítulos diferentes), Alexander los incluyó a todos en un mismo libro de más de mil páginas.

Evidentemente, con esta estrategia tan poco ortodoxa para el mundo editorial en el ámbito de la arquitectura, tiene un fuerte mensaje simbólico: las tres escalas deben diseñarse de manera coherente, de lo general a lo particular. No son instancias separadas, son parte de un mismo proceso.

Esta interrelación entre las diferentes escalas -urbana, arquitectónica y constructiva- serviría para que en las últimas décadas del siglo veinte, los arquitectos que desarrollaban la participación en el ámbito de la arquitectura establecieran vínculos con una escala ecológica a nivel planetaria.

Ese giro ecológico, de los cuales Turner y Habraken también formaron parte, proponía un pasaje, desde la posibilidad de decidir sobre el ambiente inmediato hacia un sentimiento de responsabilidad sobre el ambiente a gran escala. Aquellas personas que no sienten la posibilidad de decidir sobre su ambiente inmediato, difícilmente puedan sentir algún tipo de responsabilidad sobre estrategias a mayor escala.

Lenguaje de Patrones

En el ámbito de la arquitectura, el nombre Christopher Alexander remite inmediatamente a los patrones. A nivel general, sus ideas quedaron marcadas por el abordaje de la arquitectura a través de un sistema de patrones. De hecho, muchas veces cuando los historiadores describen la propuesta teórica de Alexander, destacan solamente el tema de los patrones, dejando afuera la constelación de conceptos que los sustentan. Este reduccionismo se repite incluso en muchos arquitectos que hoy abordan la participación. Es cierto que el sistema de patrones sintetiza parte del trabajo de Alexander durante la década del sesenta y setenta. Pero también hay que agregar que esta propuesta era una simple herramienta para trabajar otros temas más complejos dentro de la arquitectura y que Alexander desarrolló a lo largo de toda su obra, con mayor constancia y esfuerzo que aquel dedicado al lenguaje de patrones.

De allí que resulte necesario advertir que los patrones no pueden entenderse fuera de una serie de conceptos más profundos como: el abordaje sistémico del conocimiento, la concepción holística del ambiente y el crecimiento gradual.

La evolución de la idea de los patrones, merecería una tesis en sí. Por el momento, esta sección se propone abordar solamente aquellas características que nos permiten establecer relaciones con la arquitectura participativa.

De cualquier manera, a lo largo de toda su obra, los patrones constituían un tema recurrente. Si bien comenzó a desarrollarlos desde una postura taxonómica y simplificadora, con el tiempo alcanza niveles cada vez más poéticos y trascendentales.

En los primeros libros, no incorporaba la idea de patrones (al menos utilizando ese término), aunque aparecían tres conceptos que luego influirán en ella. Por un lado, había una intención por reducir las alternativas espaciales según esquemas abstractos. Durante la década del cincuenta eran esquemas matemáticos, pero con el auge de las ciencias sociales, a partir de los sesenta, esos esquemas se convertirían en caracterizaciones cada vez más antropológicas.

Por otro lado, aparecía en estos textos una clara vocación por sistematizar las decisiones. Ninguna decisión de diseño se mostraba despojada de sus interrelaciones en diferentes escalas. Mientras Alexander buscaba simplificar algunos rasgos particulares de la arquitectura, también proponía maximizar las relaciones entre ellos. Con lo cual, no se simplificaban las decisiones de diseño sino que se aclaraban los elementos a partir de los cuales poder tomar las decisiones. Por último, en estos primeros

libros de Alexander había una recurrente cita hacia la arquitectura del pasado³⁰⁴ como fuente de aporte para futuras decisiones sobre la arquitectura.

En síntesis, los primeros pasos teóricos de Alexander, tenían un objetivo similar al de los patrones, buscaban generar un sistema para tomar decisiones con respecto al diseño.

Durante los años sesenta los patrones aparecían como algo demasiado literal, como si fueran imágenes combinables: *“Todo medio ambiente [...] se establece a partir de un sistema combinatorio de imágenes, que denomino lenguaje de patterns”*³⁰⁵ (Alexander, 1971, pág. 94). Sin embargo, con el paso del tiempo, los patrones adquirieron mayor abstracción y densidad teórica. De hecho, cuando en la década del setenta Alexander presentó su propuesta de patrones lo hizo a través de tres libros diferentes. Mientras *Un lenguaje de patrones* describía los patrones en sí, el libro *El modo intemporal de construir* debe entenderse como el fundamento filosófico que los sustentaba. Y el último libro de la trilogía *Urbanismo y participación (The Oregon Experiment)* servía como un ejemplo de aplicación práctica. Este último libro, de pocas páginas en comparación con los anteriores, resulta fundamental para vincular la idea de los patrones a la arquitectura participativa. Es un libro que ayuda a descartar aquella visión de los patrones como si fueran un catálogo de piezas que el arquitecto artista puede usar para componer sus obras de arte. Lejos de tratarse de una especie de Neufert³⁰⁶ para la *New Age*, la propuesta de Alexander -al menos durante la década del setenta- se orientaba hacia el diseño participativo. No pretendía ser un respaldo para la decisión de un arquitecto situado en el privilegio y la responsabilidad de diseñarlo todo: *“Cualquier persona (no sólo un diseñador) que use un lenguaje de patterns compatible y total puede utilizarlo para crear medio ambientes totales y reales”* (Alexander, 1971, pág. 95). De hecho, Alexander criticaba a sus seguidores del rubro de la computación, quienes aplicaron la idea de los patrones en el ámbito de la informática, porque habían creado un lenguaje centrado en los diseñadores más que en la gente. Por el contrario, siempre es necesario recalcar que para Alexander los patrones estaban asociados inseparablemente al cuestionamiento del arquitecto como único agente decisor.

Alexander afirmaba que los arquitectos siempre se basaron, incluso inconscientemente, en lenguajes de patrones propios. Es decir, en la articulación de soluciones espacio-funcionales tipificadas. Arquitectos como Frank Lloyd Wright y Le Corbusier *“han partido de lenguajes de patterns para realizar sus diseños”* (Alexander, 1971, pág. 98). Entonces ¿cuál es la diferencia entre el abordaje de arquitectos como Wright y lo que propone Alexander? La verdadera diferencia es que los patrones que propone Alexander surgen de un estudio sobre la gente y son aplicados por la gente:

“El medio ambiente debe ser construido por aquellos que lo ocupan [...] Mientras los lenguajes de patterns continúen siendo especializados, tales procesos conducirán

³⁰⁴ Si se utiliza este término tan poco ortodoxo -“arquitectura del pasado”- es para referirse tanto a la Historia de la Arquitectura con mayúsculas, como a la arquitectura vernácula. Cabe destacar que en *Comunidad y Privacidad y Ensayo sobre la síntesis de la forma*, se combinaban tanto ejemplos de la Arquitectura Moderna consagrada como análisis de arquitectura realizada sin autores específicos por comunidades de constructores con técnicas tradicionales.

³⁰⁵ La traducción de los primeros textos respetaba el término pattern, en inglés.

³⁰⁶ A mitad de los años treinta, Ernst Neufert realizó todo un tratado sobre las medidas que debían tener diferentes elementos urbanos, arquitectónicos y del diseño de los interiores. Este estudio compilado en el libro *Arte de proyectar en arquitectura* se utiliza casi como un manual de aplicación directa en los primeros años de las facultades de arquitectura de Latinoamérica, al punto tal de ser conocido corrientemente como “el Neufert”.

inevitablemente a una monótona igualdad y serán insensibles a las variaciones locales y a la singularidad de cada lugar, de cada familia y de cada persona”(Alexander, 1971, pág. 99).

Origen

Según Alexander, la propuesta teórica de los patrones, nació de la práctica. Comenzó a utilizar los patrones a partir del trabajo concreto en el diseño. Aunque nunca fue muy afín al término metodología, los patrones buscaban simplificar el método, en el sentido de camino mediante el cual conseguir algo. Si bien ya había realizado un abordaje teórico del proceso de diseño en *Ensayo sobre la síntesis de la forma*, su mirada resultaba todavía, muy estructurada.

Fue a partir de la práctica concreta que consiguió un abordaje mucho más fluido y dinámico:

“Durante el diseño de las estaciones del metro de San Francisco³⁰⁷, comencé a ver que podíamos ir directamente a los diagramas para los sub-sistemas de fuerzas, sin tener que pasar por las etapas previas del procedimiento, y en mi trabajo posterior comencé a denominar patterns a esos diagramas”(Alexander, 1971).

Con lo cual, al igual que en otros conceptos analizados anteriormente, incluso cuando constituían aportes teóricos que permitirán incorporar la participación a la arquitectura, siempre van a mantener un vínculo estrecho con la práctica cotidiana. Los patrones no surgen de una especulación teórica sino de un encargo concreto. Buscan simplificar la tarea cotidiana del arquitecto y se van consolidando con su aplicación práctica.

Vínculo entre lo morfológico y lo social

Como todo término sintético, que combina características diversas, la definición de los patrones siempre resulta amplia y ambigua. A mediados de la década del '60, los define como: *“una imagen fluida, portadora del espíritu y el sentimiento de un determinado orden espacial, con una forma concreta, pero atravesando leves diferencias”* (Alexander, 1971).

En ese sentido puede compararse con algunos teóricos de la misma época que rescataban el concepto de tipología (Alexander, 1981, págs. 80-83). En cierto sentido, los patrones y las tipologías eran cristalizaciones esquemáticas³⁰⁸. No eran un modelo a seguir, sino una construcción realizada a partir de la superposición selectiva de los principales rasgos de una serie de porciones del ambiente con la misma escala. Existen tipologías de ciudades, de barrios, de edificios, de habitaciones, de sillas. Una tipología de edificio, por ejemplo la tipología chalet, reunirá características esenciales de una serie de chalets. Del mismo modo, los patrones sintetizaban características de edificios o ciudades preexistentes.

Sin embargo, existían algunas diferencias muy claras con respecto al concepto de tipología. Por un lado, los patrones no tenían el énfasis taxonómico que impregnaba los estudios tipológicos. Si bien los patrones se agrupaban según escalas, estas escalas no eran determinantes. Patrones que refieren a la escala total de un edificio, se exponen junto a patrones sobre porciones muy específicas dentro de los

³⁰⁷Según la biografía que aparece en el sitio de la organización Pattern Language, el nombre del proyecto es: *“Schematic design of Rapid Transit Stations for the Bay Area Rapid Transit System (with Van King and Sara Ishikawa), for Wurster, Bernardi & Emmons”, San Francisco, 1964.*

³⁰⁸ El concepto de tipología deriva del concepto de tipo. La diferencia es difusa y diferente según los autores. Puede destacarse que, mientras el tipo existe de por sí, la tipología es una construcción realizada a partir de un estudio en particular. Es decir que la tipología es la interpretación de los tipos. El tipo es subyacente y la tipología es una construcción. El procedimiento sería el siguiente: a partir de una serie de edificios similares, se procede a encontrar el tipo subyacente en cada uno de estos edificios, luego de un análisis comparativo de estos tipos, se procede a construir una tipología.

edificios. Hay un patrón sobre la forma que adquieren los tejados en un conjunto de viviendas expuesto junto a otro que especifica la inclinación de un tejado en sí.

Aquel que quiera realizar una clasificación del medio ambiente a partir del lenguaje de patrones llegará a resultados muy arbitrarios. Pues su intención no es catalogar el mundo, sino contribuir a su diseño. Pone el énfasis en lo operativo, más que en lo intelectual.

Por otro lado, las tipologías mostraban un apego excesivo hacia las características formales. Por más que algunos teóricos como Aldo Rossi aclaraban que los tipos concentran y catalizan aspectos sociales a lo largo de la historia, la tipología siempre se construía a partir de esta faceta estrictamente formal. Por el contrario, Alexander enfatiza que los patrones son una unidad espacio-funcional.

De este modo, la actividad no se alojaba en un patrón sino que estaba incorporada en él. Por eso, trataba de escapar a todo tipo de representaciones precisas. A lo sumo, incorporaba dibujos en trazo grueso con un espesor conceptual capaz de reflejar la riqueza cultural que condensaban. Para quitarle la connotación funcionalista, en lugar de hablar de actividades, Alexander hablaba de acontecimientos: *“Más que imágenes, los patrones se relacionan con acontecimientos”* (Alexander, 1981). Los patrones relacionaban morfología y acontecimientos, pero no era una relación causal. El acontecimiento era la referencia del patrón, Alexander los comparaba con un ancla. El acontecimiento era lo que subyacía, mientras la morfología podía ir cambiando (Alexander, 1981, pág. 87).

Definición

En el libro *Urbanismo y participación*, Alexander describía un patrón como

“un principio general de diseño y planeamiento a través del cual se formulaba un problema concreto que puede presentarse más de una vez en cualquier proceso de diseño. Un patrón formula las condiciones mínimas necesarias para conseguir salud individual y colectiva”(Alexander, 1978).

Paradójicamente, la definición también fue consolidándose a lo largo del tiempo, tal como los patrones. En la página de la organización donde Alexander difunde su propuesta de patrones, una definición más ajustada ha reemplazado la noción del “mínimo necesario” por la idea de un ambiente vital: *“Un patrón es una descripción cuidadosa de una solución perenne a un problema recurrente dentro del ambiente construido, describiendo también una de las configuraciones que aportan vida al edificio”*(Pattern Language, 2013). Además, puede notarse que, en esta definición, los patrones no son solamente una herramienta para los diseñadores, sino que son una manera de sistematizar problemas. Esta adecuación puede deberse a la difusión que tuvieron sus ideas por fuera del ámbito de la arquitectura. La idea de los patrones se incorporó en ámbitos tan diversos como la pedagogía, la administración de empresas y la informática. Sus resultados no siempre coincidían con la interpretación que proponía Alexander, en algunos casos se percibe un interés más taxonómico que generativo. La metodología de los patrones se utilizó para sintetizar problemáticas y compilarlas asociadas junto a posibles soluciones.

Frente a esas interpretaciones simplificadas, Alexander enfatizaba el hecho de que los patrones no podían verse como elementos aislados, por el contrario, debían formar parte de un lenguaje:

“Un lenguaje de patrones es una red de patrones que se van invocando mutuamente. Una casa individual, por ejemplo, remite a los patrones descritos bajo los nombres de jardín semioculto, luz en dos lados de cada habitación, variedad en la altura de techos, alcoba, etc. Los patrones nos ayudan a recordar ideas y conocimiento sobre el diseño y pueden usarse para diseñar, combinándolos”(Pattern Language, 2013)

Interrelación y vitalidad.

Al constituir una red, los patrones establecían múltiples relaciones que se percibían a la hora de experimentar esos ambientes y que debían respetarse al momento de diseñar.

“Cada patrón existe en el mundo sólo en la medida en que está sostenido por otros patrones: los patrones mayores en los que se inserta, los del mismo orden de magnitud que lo rodean y los menores que están insertos en él”(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 11).

Sólo cuando los patrones pueden articularse en un todo orgánico, alcanzan a constituir un lenguaje que le otorga vitalidad a una porción determinada del ambiente construido. Por el contrario, cuando los edificios constituyen una sumatoria de gestos morfológicos inconexos, se obtiene como resultado paisajes muertos.

La vitalidad no es una cualidad conceptual de los edificios, por el sólo hecho de combinar una serie de patrones, la vitalidad se experimenta empíricamente. A su vez, cuando un edificio se percibe como vivo quiere decir dos cosas. En primer lugar que los patrones están bien articulados y configuran un todo, pero además da cuenta de que esos patrones son reales. *“Cuando los patrones son reales, empíricamente se ven como vivos”* (Alexander, 1981). La condición de autenticidad de los patrones, según Alexander, estaba sujeta a una verificación en el uso de los espacios. Sin embargo, la medición empírica de los patrones no constituía, una condición excluyente. Frente a esto, la construcción de cada uno de los patrones se apoyaba en fuentes muy diversas.

Cómo surgían los patrones

A decir verdad, los patrones no constituyen la médula del pensamiento de Alexander. No eran un fin en sí mismo sino una herramienta. Eran la expresión de un tema más profundo: el modo intemporal de construir. Los patrones trataban de evocar ese modo intemporal de construir, esa cualidad sin nombre que permite que la presencia en un lugar determinado nos resulte agradable. Los patrones eran como soluciones preconcebidas, detectadas dentro de ese modo intemporal de construir que se manifestaba en una serie de obras del pasado.

Estas soluciones eran sintetizadas según sus rasgos característicos, y sistematizadas para poder articularlas generando combinaciones novedosas. Alexander pretende *“hacer explícitos los patrones para que puedan compartirse. Compartir ‘ese algo’ que tienen los edificios bellos”* (Alexander, 1981).

Los patrones eran el resultado de una lectura contextual de la arquitectura. En el capítulo catorce de *El modo intemporal de construir*, Alexander explicaba que los patrones surgían a partir de una lectura del contexto, descubriendo las fuerzas intrínsecas que lo determinaban. Con lo cual, los patrones estaban, desde su origen, vinculadas al contexto que las rodeaba. No eran un conjunto de soluciones idealizadas que debían reproducirse, desde cero, en cualquier contexto. Los patrones surgían a partir de la observación del entorno, no eran un catálogo de piezas modélicas para montar sobre la realidad.

No obstante, cabe aclarar que “la realidad” que observaba Alexander para realizar los patrones incluía también una serie de imprecisiones e idealizaciones. En los textos de Alexander existía una tensión difícil de resolver. Por un lado, propugnaban una arquitectura de validez universal; pero por otro lado, reflejaban el punto de vista del público al cual se dirigía el libro.

Las principales críticas veían en los patrones una expresión etnocéntrica (Protzen & Alexander, 1980, pág. 292) , que idealiza las cualidades de una realidad exógena que desconoce y que normativiza el modo de vida de la familia blanca americana (Dovey, 1990, pág. 5). Pese a esto, la mirada de Alexander implicaba un avance frente a la homogenización cultural que terminó imprimiendo la globalización sobre las últimas décadas del siglo veinte. La obra de Alexander constituía un llamado a la diversidad. Incluso

cuando asumía una postura en contra del “relativismo cultural” no debe confundirse con la negación de la diversidad. Evidentemente, con esta postura, se oponía a creer que todo era igual de válido, que no existían invariantes. Pero fundamentalmente, se resistía a pensar que en función de las diferencias culturales era imposible establecer acuerdos espaciales válidos para cualquier cultura.

Si bien se trataba de un argumento discutible, no era exactamente homogeneizador, sino que a lo sumo puede verse como una actitud esencialista. En lugar de tratar de achatar y normativizar la realidad, buscaba descubrir sus esencias.

En todo caso, el vínculo inmediato con respecto a la arquitectura participativa radica en la necesidad de modificar lo existente partiendo de las preexistencias. El proyecto no es la imposición de una idea abstracta sino que surge de las bases compartidas.

De hecho, según las propuestas de Alexander, el Diseño no quedaba preestablecido rígidamente a partir de un legajo gráfico. Luego de establecer la secuencia de patrones que se combinaba en la obra, el diseño terminaba de decidirse en el sitio, disponiendo los patrones en el espacio real donde se desenvolverían. Esta operación, realizada ubicando estacas, sogas y postes en el terreno, terminaba de cerrar el ciclo de interacción con el contexto: los patrones surgían de una lectura esencialista del contexto, pero terminaban ajustándose según el contexto inmediato y real.

En esta manera de identificar y definir los patrones, a través de las invariantes de aquellas soluciones consagradas en edificios del pasado, existían algunas limitaciones para definir una metodología basada en operaciones empíricas. Una de las críticas con respecto al modo en que se establecían los patrones tenía que ver con el rol de la medición empírica. Lejos de constituir una operación científica, donde los patrones se establecían estadísticamente, “*el patrón es lo bastante abierto para llegar a ser empíricamente vulnerable*” (Alexander, 1981, pág. 211). Esto resultaba confuso, dado que por momentos los patrones se fundamentaban en base a estudios estadísticos, sólo que muchas veces la cantidad de casos no alcanzaba a cubrir una muestra numérica suficiente como para fundamentar su validez. Por ejemplo, para terminar de definir el patrón *Casita de adolescentes*, Alexander citaba como fuente de información a una serie de entrevistas a doce madres que vivían en Foster City, un barrio suburbial de San Francisco. Lógicamente, el estudio puede servir a nivel cualitativo, es decir, permite entender e interpretar las preferencias de un sector poblacional, aunque no constituye una prueba suficiente como para elevar sus conclusiones al rango de patrones de validez general. Es un patrón encerrado en una porción pequeña de la cultura norteamericana, no puede llegar a superar el “relativismo cultural”, tal como esperaba Alexander.

Incluso en los patrones más polémicos, o al menos en aquellos a los cuales Alexander dedica una argumentación más extensa, el rol de la constatación empírica resultaba confuso. Por un lado, la validez de los patrones se verificaba empíricamente, pero, por otro lado no era un empirismo racional sino emocional. Los patrones son auténticos (sólo) cuando alguien que los habita experimenta sentimientos de satisfacción. Con lo cual, quedaba descartado cualquier intento de resolver la arquitectura desde un análisis racional. Alexander explicaba esto utilizando una frase contradictoria: “*los patrones que provienen del pensamiento y no del sentimientos carecen totalmente de realidad empírica*” (Alexander, 1981, pág. 224).

En esta especie de empirismo emocional, algunos autores han encontrado vínculos con la fenomenología (Seamon, 2007). Pese a que Alexander no incluía citas con respecto a los principales teóricos de esta corriente filosófica, tiene un enfoque similar en cuanto que no reduce los patrones a su apariencia física, a la forma, sino al modo en que esa forma se asienta en la psiquis de la gente. Más

específicamente, en el modo en que los patrones se convierten en parte de la memoria. La relación entre la memoria y la participación va a quedar marcada por estos primeros vínculos que establecía Christopher Alexander.

Lo que Alexander afirma como realidad empírica era solamente el reconocimiento de la gente. Según ese punto de vista, algo constatado empíricamente implicaba que formaba parte de la memoria, sin necesidad de apoyarse en mediciones de validez estadística.

Los patrones eran una apelación al sentido común de las personas³⁰⁹. Puede tomarse como ejemplo uno de sus patrones más innovadores *Luz en dos caras de cada habitación*. En él se afirmaba que la gente no utilizaba las habitaciones iluminadas naturalmente desde una de sus caras, prefiriendo siempre los espacios que reciben luz desde ventanas situadas en diferentes caras.

“Nuestros experimentos en este campo han sido bastante asistemáticos y se extienden a lo largo de varios años. [...] En cualquier caso nuestros experimentos eran sencillos: una y otra vez, en un edificio tras otro, siempre que estábamos allí comprobábamos si el patrón se cumplía ¿Evitaba realmente la gente aquellas habitaciones iluminadas sólo por un lado y preferían las que lo estaban por dos lados? Hemos hablado con nuestros amigos [...] Las personas son conscientes o semiconscientes de él y, desde luego entendían muy bien lo que queríamos decir”(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 659).

¿Cuál sería la metodología para comprobar la validez empírica del patrón? ¿Hablar con los amigos? ¿Acordarse de observar la distribución de las personas en los edificios donde uno ingresa? De hecho, lo más importante, o al menos lo que destacaba Alexander, es que la gente es consciente de que existe una diferencia. Que un espacio con iluminación desde dos caras se experimenta de manera diferente.

De todos modos, cabe aclarar que a esta supuesta validez empírica, Alexander agrega una fundamentación más científica desde la percepción humana, afirmando que en una habitación iluminada desde dos caras hay menos contraste entre luces y formas, algo que resulta agradable al ojo humano. O, al menos, resulta más agradable que los contrastes bruscos entre luz y penumbra que se generan cuando en una habitación ingresa luz desde una sola ventana.

Alexander se apoyaba en estudios estadísticos, pero no se limitaba a ellos. Esta estrategia debe entenderse como una respuesta ante quienes afirman que la participación implica una actitud demagógica. La participación en arquitectura no puede incorporarse a partir de la consagración del promedio. No puede surgir de la sumatoria de todo lo que los usuarios realizan habitualmente porque correría el riesgo de caer en una arquitectura hipócrita, despojada de crítica y emociones. De allí que la metodología de Alexander superaba la sociometría. No buscaba encontrar la mejor solución a partir del estudio estadístico.

Para entender esto resultan muy interesantes las reflexiones de Loic Blondiaux con respecto a lo que da en llamar el “imperativo deliberativo”. Si bien es cierto que la deliberación permite superar intereses particulares, existen dos modos de realizarlo: una mediante la formación (el aprendizaje); y otra mediante “*la fuerza civilizadora de la hipocresía*” (Blondiaux & Sintomer, 2004). La participación

³⁰⁹ Con respecto al sentido común, en el artículo llamado “The Poverty of Pattern Language” (1978), Protzen advierte sobre los riesgos de canonizar las fórmulas del sentido común en arquitectura. “*Me opongo a la lógica que conduce a pensar que, por el hecho de que todos quieran algo, entonces hay que aceptarlo, y del mismo modo, que por el hecho de que todos odien algo tengamos que evitarlo. La Historia ha sido testigo de casos en que la gente está de acuerdo en hacer las cosas más estúpidas y horribles. Y se sintieron respaldados precisamente por estar todos de acuerdo*” (Protzen & Alexander, 1980). Esta cita puede verse también en el artículo de Ritu Bhatt llamado “Christopher Alexander’s pattern language: an alternative exploration of space-making practices”, del 2010.

siempre correrá el riesgo de estancarse en el diseño por promedio, repitiendo soluciones conservadoras. Si bien la arquitectura de Alexander estaba teñida de un dejo nostálgico, característico de una época de enfrentamiento ante la depuración de la arquitectura moderna, en su propuesta teórica realizaba diferentes advertencias contra una arquitectura basada en la pura repetición del gusto consagrado. La desconfianza en la estadística y la constante alusión a valores éticos y espirituales subyacentes, apuntan en ese sentido.

La justificación de los patrones incluía citas a investigaciones académicas y privadas. Incluso de manera combinada y sin hacer muchas referencias hacia el origen y el objetivo de los estudios. Y, tal como se señala anteriormente, sin abordar ninguna reflexión al contexto socio-político de los estudios. La ciencia se tomaba como un respaldo objetivo, neutro, a-político. Por ejemplo, en el patrón “Alas de Luz” se combinaba un estudio antropológico de Amos Rapoport (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 473) junto a una investigación desarrollada por el estudio Skidmore Owings and Merrill (SOM) para optimizar el rendimiento económico de la construcción (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 474). Un estudio antropológico se combina junto a un estudio de mercado. Evidentemente el libro *Un lenguaje de patrones* persigue un objetivo tan extenso que impide realizar un análisis detenido de cada una de las fuentes, pero llama la atención que fuentes de naturaleza tan distintas se combinen de manera aleatoria sin hacer ninguna aclaración al respecto.

Por otro lado las propuestas de Christopher Alexander no perseguían un objetivo puramente académico. De hecho, perseguían un objetivo práctico, y por ende se permitía saltar algunas formalidades del protocolo científico. Por supuesto, este tipo de abordaje recibió múltiples críticas y terminaría minando el camino para la incorporación de la participación dentro de la teoría de la arquitectura. Del mismo modo, la falta de rigor científico sirve actualmente como chivo expiatorio para que los teóricos de la arquitectura mantengan una rigidez conceptual que, de todas maneras, no están dispuestos a abandonar.

Resulta llamativo que la teoría de la arquitectura suele construirse en base a conceptos de base científica aún muy endeble, como la creatividad, la percepción del espacio, la memoria. Conceptos a los cuales es muy difícil otorgarles rigor metodológico, al menos desde la propia disciplina. Sin embargo, todavía se miran con recelo las propuestas similares a las de Alexander por plantear una mirada disciplinar fuera de la lógica ortodoxa de las ciencias duras.

Con lo cual podemos reflexionar sobre dos claves de la relación entre arquitectura participativa y abordaje científico. Por un lado, existe la necesidad de darle más coherencia y sistematicidad a las fuentes, pero por otro lado hay que entender que la investigación en arquitectura se encuentra en formación, es un terreno de disputa, donde inevitablemente convergen múltiples abordajes y disciplinas.

Según la lógica de Alexander la diversidad de fuentes no le restaba seriedad al estudio. Por el contrario, lo enriquecía. Con esta estrategia, superaba la medición estadística, respaldando y ejemplificando sus propuestas con valores trascendentes anidados en la cultura y en la espiritualidad del ser humano.

Alexander reflejaba estos valores de la humanidad en general a través de anécdotas personales, proverbios orientales, refranes populares, e incluso piezas literarias de autores consagrados. Para describir los patrones que deben desenvolverse en un espacio de oficinas, Alexander narra su experiencia trabajando en un estudio montado sobre la estructura de una vieja casa tradicional. Tratando de describir un patrón que regula la relación entre los accesos y el paisaje circundante, citaba fragmentos de la filosofía zen. Mientras que, para describir cómo deben ser los patrones de un espacio

individual, privado, Alexander se basaba en fragmentos de la obra de Simone de Beauvoir, Victoria Woolf y Franz Kafka.

El diálogo como herramienta de diseño

En la idea de los patrones existían una serie de vínculos con el auge de las teorías de la comunicación de mitad de siglo veinte. El mismo hecho de afirmar que los patrones se articulaban conformando un lenguaje, como piezas abstractas que sólo transmitían un sentido al integrarse, remitía a un concepto básico de la lingüística. Por otro lado, por más que Alexander consideraba que eran atemporales, ya se ha mencionado que muchos de los patrones desarrollados en sus libros surgen de la reacción ante la depuración de la arquitectura moderna de principios de siglo. Alexander proponía recuperar la comunicatividad de la arquitectura a través de una serie de patrones que buscaban establecer vínculos con la memoria de las personas.

Por último, resulta de vital importancia para la inclusión de la participación como una herramienta de la arquitectura, la confianza que otorgaba Alexander al diálogo y a la expresión oral. Su metodología era, prácticamente, una mayéutica del espacio. En el capítulo catorce de *El modo intemporal de construir*, se reproduce un diálogo entre Alexander (Chris) y Gita, miembro del equipo de investigación. La situación era la siguiente: estaban tratando de definir los patrones que intervienen en una posada. Sin embargo, no querían reproducir la frialdad y el anonimato de los moteles americanos. Por lo tanto, comenzaron a dialogar tratando de evocar los recuerdos de Gita acerca de las posadas de la India, tan cálidas y acogedoras. El diálogo les permitía ir estableciendo cuáles eran las disposiciones espaciales que permitían un grado adecuado de reunión y privacidad (Alexander, 1981, pág. 213). Es decir que, mediante una conversación rescataban de la memoria una resolución espacial que funciona, es decir que sirve para resolver una actividad en particular.

Analizando la arquitectura de mitad de siglo, podría afirmarse que la apelación a la memoria era una característica de época, una búsqueda que atravesaba diferentes autores y corrientes. Desde Kahn hasta los arquitectos italianos de la Tendenza, pasando por los miembros del Team X, la memoria estaba instalada como un tema de la arquitectura. Sin embargo lo más innovador de la propuesta teórica de Alexander era la importancia que le otorgaba al diálogo y a la conversación a la hora de recomponer el vínculo con el pasado. En ese sentido, la alusión al pasado forma parte de un rasgo coyuntural, parte del contexto cultural³¹⁰, mientras que el auténtico aporte de Alexander es la incorporación de la oralidad, el diálogo y la escucha como herramientas de diseño.

En ese sentido, debe destacarse el uso de la herramienta oral como alternativa a la herramienta gráfica. En un proceso de diseño centralizado en la figura del arquitecto, el proyecto va ganando definición a partir de la herramienta gráfica. Aquellos actores que no dominan la herramienta gráfica, difícilmente tengan en el proyecto la misma injerencia que el arquitecto. Por otro lado, el proyecto una vez acabado, convertido en legajo gráfico de la obra, se convierte en previsualización de las transformaciones que atravesará una porción del ambiente en un periodo determinado. No obstante, esa previsualización es sumamente irregular y engañosa, dado que las interpretaciones distan mucho de ser lineales y uniformes. Lo que puede interpretar un arquitecto, o alguien educado a partir de una

³¹⁰ La participación en arquitectura, se convierte en heredera de ese contexto cultural que buscaba recomponer el vínculo con el pasado. De ahí que muchas de las críticas con respecto a las obras que fueron construidas mediante la participación de los usuarios, es un excesivo apego a las imágenes de un pasado idealizado.

formación eminentemente gráfica, dista mucho de lo que pueden interpretar aquellos que no tienen experiencia en la interpretación de planos.

El lenguaje gráfico se convierte entonces en un mundo auto-referencial de la arquitectura. En ese sentido, cuando las decisiones comienzan a plasmarse gráficamente, el arquitecto impone sus propias reglas de juego, se limita la intervención del resto de los actores. Alexander, buscaba dilatar lo más posible la llegada de esa instancia.

El lenguaje de patrones, permitía sortear esta limitación de la gráfica, favoreciendo la definición del proyecto a través de la interacción oral con múltiples actores. Mientras el lenguaje gráfico exige la concentración de las decisiones en manos expertas, la herramienta del habla facilita la incorporación de personas no expertas. Como dijera Marshall McLuhan, el medio es el mensaje. La herramienta predetermina el proceso y el resultado.

Valor de lo sensorial

Mientras los tipos, tan en boga durante la década del sesenta, buscaban sintetizar un mero esquema formal, los patrones evocaban situaciones sensoriales mucho más amplias. El tipo era, simplemente, una abstracción de las imágenes. Por el contrario, en los patrones de Alexander cobraban mayor protagonismo las sensaciones hápticas, olfativas y acústicas. Esta superación de la predeterminación visual suponía un avance en general, a la hora de abordar el diseño arquitectónico.

Es importante admitir, sin embargo, que esta metodología multi-sensorial desdibuja el rigor metodológico de Alexander. En un pasaje de *El modo intemporal de construir*, Alexander describe cómo decidió la ubicación de un camino en el proyecto que su equipo desarrolló para el PREVI de Lima, Perú (1968-73), a partir de un procedimiento totalmente arbitrario, subjetivista y egocéntrico.

En esa oportunidad se encontraba con su equipo tratando de definir dónde debía situarse un camino público con respecto a las viviendas y los equipamientos de un conjunto de viviendas. Como no podían resolverlo (racionalmente), Alexander contaba que cerró los ojos y se dejó llevar imaginariamente hacia Lima. Es difícil establecer qué es lo que puede imaginar sobre un lugar alguien que nunca ha estado allí, pero probablemente incluiría un conjunto de clichés y referencias trilladas de segunda mano. Más allá de eso, Alexander afirmaba haberse trasladado sensorialmente para situarse en el emplazamiento del proyecto.

Como si fuera parte de un viaje astral, Alexander se vio de repente envuelto en un mercado popular, similar al que había proyectado en un sector del conjunto. Allí escuchó el bullicio de los vendedores, olfateó los productos que se vendían e incluso llegó a probar uno de los frutos exhibidos. Justo en ese momento percibió que un camino pasaba a pocos metros por detrás del mercado. Con lo cual, se dio cuenta que esa debía ser la posición del camino en el proyecto del PREVI Lima³¹¹.

Está claro que la anécdota buscaba cuestionar el componente puramente visual de los patrones y del modo de proyectar arquitectura. Aunque, indudablemente, resultaba sumamente autorreferencial. Está claro que la alusión a las sensaciones no visuales resulta de suma utilidad a la hora de proyectar las transformaciones del ambiente. No obstante, reducir el diseño al viaje astral de un diseñador, conducía a un extremo demasiado personal y místico.

³¹¹“Me senté en mi sillón, en Berkeley, a 12.000 kilómetros del lugar real en Lima; cerré los ojos y me eché a andar por el mercado [...] Me detuve junto al carro de una anciana y le compré una naranja. [...] Di un mordisco a la naranja [...] Y precisamente mientras la mordía, de pronto me pregunté ¿Dónde está ese camino? Sin pensarlo, supe exactamente dónde estaba y cuál era su relación con el mercado” (Alexander, 1981, pág. 300).

Por un lado, la arquitectura debe avanzar en la búsqueda de sensaciones que puedan ser compartidas, y por ello que sean material de debate y consenso. Por otro lado, la arquitectura siempre avanza en la búsqueda de información fáctica, cuantitativa, que no debe soslayarse. Es necesario complementar diferentes tipos de información. Reducir la arquitectura a uno de sus componentes siempre conduce a resultados incompletos. Si la arquitectura no puede considerarse un hecho estadístico matemáticamente objetivo, tampoco puede reducirse solamente a su componente poético. Siempre es una combinación de ambos.

En ese sentido, existía una dualidad en los patrones que exige adelantar ciertas reflexiones sobre el rol del arquitecto.

Los patrones cuestionaban el repertorio autorreferencial del arquitecto y las academias. Frente a esto, proponían la articulación de una serie de soluciones compartidas, arraigadas en la cultura. Sin embargo, el arquitecto mantenía cierto grado de centralidad y funcionaba como el catalizador de un proceso participativo, en el cual intervenían múltiples actores. *“Tu mente es un medio en cuyo interior puede producirse la chispa creativa que salta entre el patrón y el mundo. Tú sólo eres el mediador de esta chispa creativa, no su inventor”* (Alexander, 1981, pág. 300). Con lo cual, no existía un cuestionamiento a la creatividad del arquitecto como actor individual, sino al modo en que esta creatividad operaba. Mientras en las academias se planteaba que la creatividad actuaba *ex nihilo*, a partir de premisas abstractas, la propuesta de Alexander exigía un trabajo coordinado, inmerso dentro de un proceso continuo en relación al sitio y los usuarios.

Anatomía de los patrones

Tal como se comenta anteriormente, Alexander compiló los patrones agrupándolos según tres escalas: para la ciudad, para el edificio individual y para el proceso de construcción (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 26). A su vez, todos los patrones se presentaban organizando la información del mismo modo. Cada uno de los patrones respeta la misma estructura, es decir que, según el ingeniero Gary Black, todos los patrones tenían la misma anatomía (Black, 2013).

En cada patrón descrito en el libro *Un Lenguaje de patrones* podía distinguirse:

Título

Imagen arquetípica

Lista de patrones que se aconseja revisar previamente

Enunciado del problema

Descripción

Solución

Lista de patrones que se aconseja revisar posteriormente

Título

Cada patrón tenía un título. Por lo general es un título contundente, desenfadado y con mucho poder evocativo. Por ejemplo, un patrón que trataba de generar actividades urbanas para la tercera edad se llama *Viejos por doquier*.

A su vez cada título podía estar acompañado de asteriscos. Cuando el patrón tenía dos asteriscos se suponía que eran patrones ineludibles a la hora de abordar esa escala. Si un patrón contaba con un solo

asterisco, significaba que el equipo de Alexander consideraba que era un patrón importante pero no había llegado a proponerlo como imprescindible.

Por último, cuando el título de un patrón no estaba acompañado por ningún asterisco, significaba que aún no había sido verificada su base empírica. Es decir que aún no se había comprobado su importancia a la hora de diseñar. Esta clasificación ha recibido algunas críticas. Para Jean-Pierre Protzen esta clasificación generaba confusión puesto que denotaba que existían patrones más válidos que otros. Si los patrones eran la expresión de un modo intemporal de construir, una cualidad esencial, entonces este sistema de validez no tendría mucho sentido.

Imagen arquetípica

Luego del título se utilizaba una fotografía³¹², no necesariamente una imagen que remitía a la arquitectura sino que transmitía una idea por asociación, una sensación, un sentido con respecto a los espacios y las actividades.

Al igual que en el libro *El Modo intemporal de construir* se utilizaban imágenes de autores consagrados, como las fotos de Henri Cartier-Bresson o André Kertész, las pinturas de Henri Matisse o incluso algunas piezas que formaban parte de estudios e investigaciones como las de Bernard Rudofsky o Bruno Taut. Sin embargo, una característica en común de todas estas imágenes era que transmitían una idea de vitalidad cotidiana. Estaban cargadas de humanismo y fe en las personas. Rescataban esencias de la vida cotidiana, elevando los actos más sutiles de la vida a la categoría de obra de arte.

Lista de patrones que se aconseja revisar previamente

Después de la imagen arquetípica, se incluía una pequeña lista de los patrones que se relacionaban con el patrón a desarrollar. Se sugería una lista de patrones que supuestamente se podían complementar con el patrón que se estaba describiendo. Por ejemplo, en el patrón llamado *Transición en la entrada* se incluían los patrones *Puertas urbanas principales*, *Entrada principal* y *Jardines semiocultos*. Es decir que si alguien pretendía realizar una transición en la entrada a un edificio probablemente tendría que revisar: un patrón que resuelve el modo en que se ingresa a la ciudad; un patrón que resuelve el acceso principal al conjunto; y también un patrón capaz de resolver esa transición mediante un jardín semioculto. Es una lista de patrones que sirven de introducción para el problema a abordar.

Enunciado del problema

Posteriormente, luego de la lista, una frase en negrita sintetizaba el problema a plantear. Este enunciado era la parte principal del patrón, su nudo problemático. Expresaba una relación conflictiva entre espacio y actividades. Era un enunciado poco neutral, que solía implicar una crítica al modo en que la arquitectura moderna abordaba dicho problema. Podían incluirse estadísticas o afirmaciones categóricas, como: "*Nadie desea un tráfico rápido delante de sus casas*"(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 245).

³¹² Esta imagen arquetípica, que presentaba cada uno de los patrones, se omitía excepcionalmente. Esta omisión podía deberse a que dicho patrón estaba totalmente relacionado con los patrones anteriores. Por ejemplo, cuando luego de hablar de la descentralización de los proyectos comunitarios proponía el patrón "centro sanitario".

Descripción

Los párrafos que sucedían a este enunciado en negrita, afirmaban la postura del equipo con respecto a dicho patrón, valiéndose de una serie de recursos discursivos. Tal como se menciona en párrafos precedentes, se utilizaban extensas citas a otras investigaciones, piezas de literatura, estadísticas, observaciones personales y reflexiones de carácter espiritual.

Entre estas porciones de texto se intercalaban esquemas, como bocetos en trazo grueso, a mano alzada, de gran fuerza expresiva. Eran garabatos arquetípicos, sintéticos pero de gran calidez (Figura 41). Alexander, en una entrevista, se declaraba en contra de la abstracción que producen los gráficos realizados por ordenador. Incluso se mostraba frustrado e incomprendido a partir de una experiencia en la cual acompañó un artículo con una serie de gráficos a mano alzada, que la editorial reemplazó por rigurosos esquemas ortogonales cuando el trabajo fue publicado.

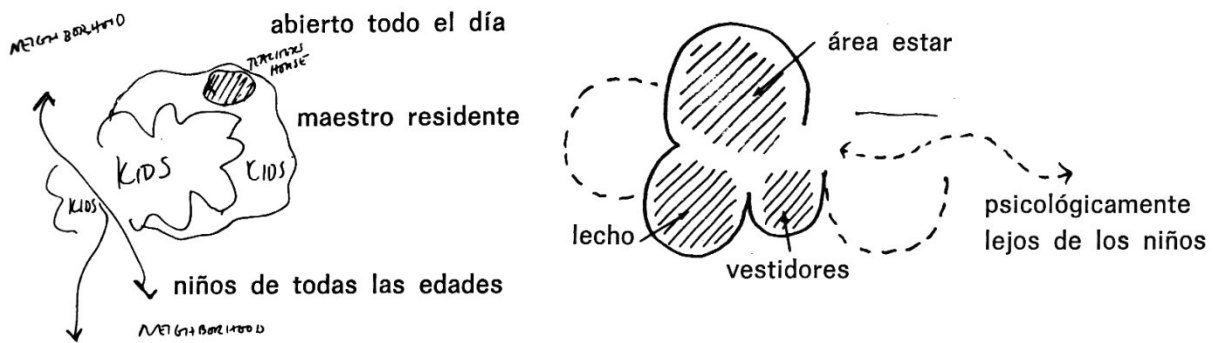
En esta estrategia que buscaba utilizar gráficos a mano alzada para sintetizar las ideas, puede notarse una similitud con los trabajos de John Habraken que utilizaba un sistema de símbolos realizados a mano alzada para no remitir a una imagen arquitectónica precisa, es decir, para no someter las ideas a un mero juicio de apariencias. Esta estrategia goza de admirable vigencia dentro de la arquitectura que se basa metodologías participativas. En lugar de utilizar imágenes completamente definidas y cargadas de información, la arquitectura participativa se apoya en una gráfica incompleta, permeable, como invitando a su completamiento. Se pueden nombrar como ejemplos los croquis conceptuales de Jorge Mario Jauregui para el proyecto de El Alemao, o de Javier Fernández Castro para la Villa 31, que combinan fotografías, renders y trazos a mano alzada. La falta de definición ayuda a reforzar un sentido de calidez artesanal y provisoriedad. De este modo, se refuerza la idea de que no es necesario ser un especialista para intervenir en este proceso continuo que es la arquitectura.

Solución

Para finalizar, se incluía otro párrafo en negritas que proponía un modo de solucionar el problema planteado. Ese vendría a ser el patrón en sí, una propuesta de cómo organizar una actividad en el espacio. Es decir, mediante una forma determinada. Sintetizaba el modo en que debería materializarse este patrón. Era una sugerencia con un ligero tono imperativo, podría considerarse demasiado normativa si no estuviera acompañada por esquemas imprecisos y generales que abrían la puerta a múltiples interpretaciones formales (Figura 41).

Lista de patrones que se aconseja revisar posteriormente

A modo de cierre, se incluía otra lista de patrones que se vinculaban con el problema abordado. A diferencia de la lista introductoria, esta serie de patrones podían derivar de la selección de este patrón. Por ejemplo, luego de describir el patrón *Transición en la entrada* incluía en la lista los patrones *Sendero con pérgolas* y *Gradiente de intimidad*. La primera lista correspondía a patrones introductorios y la segunda lista mostraba patrones que podían concatenarse luego del patrón que se estaba leyendo. Es decir, que en esta lista de cierre se nombraban aquellos patrones que podían derivar de la elección del patrón en cuestión. Una pérgola puede resolver la transición de la entrada, y a su vez la transición en la entrada afecta el gradiente de intimidad, el modo en que se pasa de lo público a lo privado.



Esquemasa mano alzada que incorporaba Alexander en la descripción de los patrones (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1977/1980).

Figura 41 Esquemas realizados por Alexander

Los patrones conforman un lenguaje

Tal como se afirma en párrafos anteriores, una de las innovaciones de Alexander tiene que ver con la incorporación de la lógica de la lingüística clásica dentro de la arquitectura. Implicaba la percepción del entorno como si fuera una articulación de fragmentos consagrados, que una vez ensamblados de forma coherente permitían transmitir un significado reconocido por el conjunto de la gente. Permitía establecer un plano intersubjetivo. Era un lenguaje vivo, en permanente transformación, porque cambiaba según el modo en que la gente se apropiaba o abandonaba un patrón. Igual que las palabras de un idioma.

Tal como afirma el fragmento de Muñoz Tobar que sirve como introducción a este capítulo, el lenguaje exige una actitud performativa, no es puramente pasiva y receptiva. Al llamar a su metodología como un lenguaje, ya está invitando a la gente a participar, a comunicarse.

Por otra parte, Alexander aclaraba que el libro se llamaba *Un lenguaje de patrones*, enfatizando el artículo “un”, para afirmar que era un lenguaje más, entre los infinitos lenguajes que se podían generar. Alexander afirmaba que cada persona (no dice cada arquitecto) podía crear su propio lenguaje. Según esta óptica, el error de algunos arquitectos modernos era generar un lenguaje que no lograba conectar con la gente, que no se ataba a la cultura. Cuando la gente construye su propio entorno, utiliza patrones llenos de sentimiento. *“Pero en cuanto unas pocas personas empiezan a construir para ‘las masas’, sus patrones acerca de lo que es necesario se vuelven abstractos”* (Alexander, 1981, pág. 190). Esta frase es complicada para abordar la escala del problema habitacional que atraviesa gran parte de las ciudades del mundo. Puede discutirse el modo de hacerlo, pero la imperiosa necesidad de generar viviendas para “las masas” hace que muchas disquisiciones se vean como intrascendentes y superficiales. Si bien muchas viviendas que diseñaron los arquitectos para las masas no pueden ser consideradas como casas, la situación deficitaria exige soluciones inmediatas. Es necesario diseñar gran cantidad de casas, pero también hay que preguntarse cómo diseñarlas mejor, para no agravar el problema, mediante una supuesta solución. Si bien el construir vivienda para las masas es algo complicado, la situación deficitaria de las condiciones de alojamiento se agudiza aún más cuando se paralizan las políticas de vivienda. Cuando el problema alcanza las cifras de Latinoamérica, donde un tercio de la población vive en malas condiciones, existe la tendencia a pensar que cualquier solución de vivienda es mejor que no hacer nada.

Con respecto a la multiplicidad de lenguajes posibles, Alexander advertía que los patrones presentados en su libro habían sido estudiados con detenimiento. Dado que habían sido definidos por

todo un equipo de investigación, se esperaba que dichos patrones se repitieran en todo lenguaje bien trabajado. Si bien Alexander aceptaba que en su libro puede haber patrones de más, o de menos, los patrones compilados tenían una doble utilidad. Por un lado, tenían validez universal por haber sido desarrollados de manera metódica, por un equipo de investigación. Cualquier persona podía diseñar una porción del ambiente utilizando los patrones del libro. En segundo lugar, los patrones del libro servían también como ejemplo, a modo de guía orientativa para todo aquel que quisiera desarrollar su propio lenguaje de patrones. *Un lenguaje de patrones* constituye, simplemente, un primer paso: *“Hemos escrito este libro como primer paso en el proceso social por el que las personas cobrarán conciencia gradualmente de sus propios lenguajes de patrones y trabajarán para mejorarlos”*(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 12).

Los patrones son hipotéticos y van cambiando

También se ha comentado anteriormente que Alexander pretendía abordar la arquitectura de una manera objetiva, basada en criterios científicos. En ese sentido, cada uno de los patrones funcionaba como si fuera una hipótesis con respecto a cómo resolver una actividad a partir de una determinada disposición espacial. Esto permitía que los patrones se mantengan en permanente cambio, como si estuvieran vivos. Esta vitalidad les permitía mejorar a lo largo del tiempo:

“Sin ningún control monolítico, totalitario o centralizado, los lenguajes personales compartidos que la gente tiene evolucionarán progresivamente hacia una totalidad cada vez mayor. Los buenos patterns se difundirán ampliamente, los malos, eventualmente desaparecerán”(Alexander, 1971, pág. 106).

Al aclarar que los patrones permitían escapar a un control “totalitario o centralizado” podía notarse que, para Alexander, los patrones constituían una alternativa democrática para abordar las transformaciones del ambiente. Por supuesto, existía cierto nivel de ingenuidad con respecto a cuáles son las fuerzas que impiden una articulación más orgánica entre la gente y el territorio. Sin embargo, era un primer paso metodológico (por más que a Alexander no le gustaba este término), una manera de empezar a organizar las prácticas de diseño más inmediatas. Era el punto de partida para la acción de los emprendedores individuales.

Todavía estaba muy lejos de lograr construir una herramienta de transformación política, para grupos más amplios. Era una expresión de deseo, cercana al utopismo. A mediados del sesenta, Alexander se animaba a soñar con un futuro íntegramente construido a partir de la articulación colectiva de patrones:

“Sólo a través de millones de lenguajes personales, todos encarnando un orden urbano compartido, existe la posibilidad de que emerja un orden urbano compartido [...] En último término, de la única manera que podemos esperar realizar un medio ambiente total es uniéndonos y así, todos juntos, crear un lenguaje de patterns (patrones) que será la semilla de nuestro medio ambiente”(Alexander, 1971, pág. 108).

La provisoriedad de los patrones y su evolución constante, expresaba un llamado a la interacción y el completamiento. Para darle un tono más poético y cercano a la beta naturalista que recorre parte de sus textos, Alexander decía que los patrones estaban vivos y que, al ser articulados de manera consciente y coherente, lograban dotar de vitalidad al ambiente.

Reajuste constante

Más allá del lenguaje de patrones, Alexander siempre encaró el ambiente utilizando un criterio evolutivo de prueba y error. Este abordaje exigía dejar de ver la arquitectura como una obra de arte

acabada en sí misma, para incorporar una visión orgánica, en un intercambio continuo con el sitio y los pobladores. Dejar de entender el proyecto como una instancia de congelamiento, de previsualización exacta del futuro inmediato, para entenderla como un proceso continuo.

En el libro urbanismo y participación se hablaba de este proceso a partir de dos actividades precisas: crecimiento a pequeñas dosis y diagnóstico. El crecimiento a pequeñas dosis implicaba transformar el ambiente construido a partir de múltiples intervenciones de pequeña escala. En ese sentido, Alexander proponía este criterio como una alternativa a los grandes planes generales de posguerra, que buscaban transformar grandes porciones de territorio con intervenciones de escala urbana y una normativa rígida que preveía con exactitud cómo debía desarrollarse el territorio. Estos planes representaban todo lo que Alexander criticaba del urbanismo moderno en cuanto al determinismo espacial, la rigidez normativa, la abstracción de las actividades humanas (de la vida), y la resolución genérica de infinidad de detalles³¹³. Sin embargo, para fundamentar esta necesidad de transformar el ambiente a partir de pequeñas intervenciones, se apoyaba en dos aspectos primordiales. Por un lado, a nivel presupuestario, afirmaba que existían menores pérdidas en el control intensivo sobre obras de pequeña escala³¹⁴. Y por otro lado, bajo la lógica del sentido común, se minimizaban los posibles errores y se facilitaba su reparación. Aquellos pequeños errores que pueden surgir en un proyecto, se vuelven muy difíciles de remediar cuando se aplican sobre una porción amplia del territorio. Los proyectos modernos suponían la arrogancia de que los proyectos eran infalibles, no contemplaban el error. Por el contrario, Alexander consideraba que la realidad es vital, orgánica y por ende fluida, con un alto grado de imprevisibilidad. Ante esta condición existe la necesidad de contemplar la posibilidad a equivocarse, incluso cuando los proyectos se desarrollen en el sitio, atravesando procesos complejos con múltiples supervisiones. Por más que se sigan metodologías rigurosas, siempre aparecen imprevistos que se minimizan cuando la escala de intervención es reducida. Por último, y si bien no lo explicaba en forma directa en el libro *Urbanismo y participación*, su visión general de la arquitectura siempre apuntaba al equilibrio necesario

³¹³ La mirada sobre el urbanismo moderno ha ido cambiando con el paso del tiempo. Más allá de la validez de las críticas provenientes de las ciencias sociales (Lefebvre, Jacobs), e incluso de la arquitectura (Turner, Alexander), una revisión profunda puede ayudar a encontrar aspectos beneficiosos del urbanismo de principios de siglo que fueron sepultados con la crítica a la modernidad. Sin embargo, hay que aclarar que fue una crítica selectiva, teñida de las corrientes de pensamiento de la época en que fue gestada. Bajo la crítica al urbanismo moderno, se solapa también, una crítica a un Estado fuerte y centralizado. Una postura muy similar a la que proponían las escuelas económicas neoliberales que concentraron el poder a través de los gobiernos de Margaret Thatcher, Ronald Reagan, Augusto Pinochet, etcétera. Mientras que la crítica socavó la centralidad del Estado, no llegó a reemplazar la centralidad del arquitecto. Surgieron cuestionamientos, como los que se compilan en esta investigación, pero no alcanzaron la trascendencia que tuvo el cuestionamiento al Estado Benefactor. Sin recaer en la valoración estética tan trillada, ese simbolismo nostálgico que se rescata en las fotografías de la ex unión soviética, los grandes planes modernos permitían, por ejemplo, tomar un rol activo en cuanto al equilibrio de las regiones. Aquel que analice las obras del New Deal en Estados Unidos o del Peronismo en el interior de la Argentina, podrá notar que la magnitud de la tarea, la coherencia estratégica y las fuerzas políticas a coordinar (y enfrentar) no podrían haberse realizado mediante una sumatoria de pequeñas acciones. Ni mucho menos, dejándose guiar por la inocencia de algunos de los patrones incluidos en el libro de Alexander, por ejemplo *Regiones independientes* o *Mosaico de subculturas*.

³¹⁴ Cabe aclarar que esto no se cumple exactamente en cuanto a la construcción, puesto que el desplazamiento constante de maquinaria y mano de obra hacia diferentes puntos de intervención eleva los costos. Haciendo un estudio comparativo, la misma superficie construida es más económica si se construye en un mismo lugar y en un mismo momento que si se construye en puntos diferentes a lo largo de un periodo prolongado. Algo similar ocurre con las operaciones financieras de los desembolsos, cuando se concentran y se simplifican los desembolsos, se bajan los costos financieros.

para la vitalidad del ambiente. Por lo cual, se entendía que parte de su estrategia con respecto a la escala, era reducir las intervenciones para poder dispersarlas en el territorio, equilibrando el ambiente, algo que puede notarse en la primera sección del libro *Un lenguaje de patrones*, cuando aborda la distribución de las ciudades.

Por otro lado, la diagnosis es un término médico que implica determinar la causa y naturaleza de una determinada enfermedad. En realidad, Alexander utiliza este concepto para describir un proceso de evaluación constante que conlleva a la detección y corrección de aquellas soluciones espaciales que dificultan el uso y el disfrute, alterando la vitalidad del ambiente. Ya se ha advertido anteriormente sobre el uso de diferentes metáforas médicas para evidenciar este proceso. Según Alexander el proceso de crecimiento de los seres vivos, al igual que la sanación de las heridas, se producía en base a evaluaciones y modificaciones constantes que se originan a partir de intercambios celulares, guiados por la información genética. Del mismo modo la arquitectura debía crecer gradualmente, generando evaluaciones constantes para contrarrestar posibles disfunciones. Ya habíamos mencionado que Alexander desconfiaba de los planes generales. Como antítesis, proponía la coordinación de actividades individuales. Sin embargo, en ese esquema tan liberal surgía la duda de cómo alcanzar resultados colectivos a partir de esa sumatoria de intereses individuales. “¿Qué garantiza que este flujo, compuesto de actos individuales, no cree un caos? [...] Gira sobre la relación íntima entre el proceso de creación y el proceso de reforma y reparación”(Alexander, 1981, pág. 271). Es decir que, para Alexander, el bien común no requería de un proyecto a gran escala sino que se obtenía mediante la corrección colectiva de los múltiples errores que se generaban a nivel individual. A fin de cuentas, toda construcción, como transformación del ambiente, es una readecuación de las condiciones físicas existentes. De allí que: “no hay agudas diferencias entre el proceso de construcción y el proceso de reforma” (Alexander, 1981, pág. 274). Sin embargo, es imposible pasar por alto el hecho de que algunas situaciones ambientales requieren inevitablemente tomar decisiones a gran escala. En algunos temas ecológicos, productivos y de infraestructuras, más que una remediación gradual y coordinada se necesita una fuerte iniciativa colectiva (por no decir estatal). Esto no implica necesariamente la centralización de esa iniciativa en un proyecto realizado por un único autor, pero si requiere de un rol activo de la comunidad, una previsión y planificación a gran escala³¹⁵.

En el libro *Urbanismo y participación*, conocido también como *The Oregon Project*, se describía el proceso de transformación del campus de la Universidad de Oregón, en base a la participación de los diferentes claustros. En ese trabajo Alexander proponía realizar una etapa de diagnosis; es decir, una instancia anual de diagnóstico participativo. El resultado brindaría un plano de diagnóstico en el cuál podrían identificarse patrones que necesitan ser sustituidos o actividades que requieren incorporar nuevos patrones. Para Alexander los planos elaborados en la instancia de diagnóstico eran diferentes a aquellos realizados para un plan general, dado que no aclaraban específicamente qué construir.

³¹⁵ La postura de Alexander no es muy clara con respecto a este tema. Por un lado propone que la comunidad vaya corrigiendo las disfunciones que surgen de las iniciativas individuales (con lo cual su rol se reduce a un agente de control), mientras que por otro lado algunos de los patrones del libro *Un lenguaje de patrones* exigen un rol activo de la comunidad. Por ejemplo, el equilibrio entre las regiones, del cual habla en diferentes oportunidades, no es algo que se pueda cumplir solamente corrigiendo los errores que generaron los proyectos individuales. Exige un proyecto de gran escala.

Incorporaba allí información que servía como disparador a futuras soluciones imaginativas surgidas del trabajo junto a los diferentes actores involucrados. Mientras el plan general anulaba la imaginación colectiva y predecía linealmente cómo se transformaría el ambiente, el plan de diagnóstico la potenciaba. Los planos de diagnóstico debían incorporar no sólo datos cuantitativos, sino además cualquier intuición que pueda enriquecer la tarea del diseño (Alexander, 1978, pág. 99). Debían alcanzar un elevado nivel de detalle, teniendo en cuenta que permitían identificar todo lo que funciona mal, o todo aquello que podría funcionar mejor. Desde la ubicación distante de los estacionamientos hasta un banco que estaba siempre bajo la sombra. Un plan de diagnóstico "*desafía a los usuarios a encontrar soluciones y a reparar los defectos presentes*" (Alexander, 1978, pág. 99).

Para ejemplificar este proceso de diagnóstico, Alexander no sólo lo comparaba con el crecimiento y la forma de curar heridas de los organismos vivos, también comentaba que se trataba de un proceso afincado en la historia de las ciudades más antiguas.

Para ello, tomaba como ejemplo un estudio de John Lerner sobre la Ciudad de Siena de fines del siglo XIII, donde aparentemente se seguía un proceso de diagnóstico comunal (Figura 42). Esto contradiría la idea según la cual se cree que las ciudades medievales crecían de manera autónoma a partir de la sumatoria de las iniciativas privadas. Este estudio mostraba que existía un Consejo Supremo en la ciudad que luego de analizar cuáles eran las transformaciones necesarias, contaba con un presupuesto anual de 4.000 libras para encarar las obras. Un auténtico proceso de diagnóstico y remediación colectiva (Alexander, 1978, pág. 100). Entendiendo el medio ambiente desde un punto de vista dinámico, "*cada acto de construcción, es en realidad una reparación*" (Alexander, 1981, pág. 365)³¹⁶.

Tanto el crecimiento a pequeñas dosis, como la evaluación constante, son instrumentos habituales dentro de las prácticas relacionadas con la arquitectura participativa. Sin duda, la fundamentación teórica que aportó Alexander contribuyó a consolidar estas prácticas.

A principios del siglo veintiuno, una multiplicidad de autores destacan las conveniencias de realizar una evaluación de proyectos en base a dinámicas colectivas (ver nota al pie en el apartado "Objetividad"). La evaluación participativa era, en primer lugar, un cuestionamiento a la tecnocracia que omite la opinión de los destinatarios de un proyecto. Por otro lado, ponía en tela de juicio la proliferación de proyectos aislados que se implementaban siguiendo rígidos protocolos, para materializarse de manera unilateral y sin ninguna intención por conocer cuál era su aporte real (lo que vulgarmente se conoce como proyectos o programas "enlatados"). Como contrapartida, algunos de los procesos de evaluación participativa son tan complejos y burocráticos que terminan generando otro tipo de tecnocracia: la dependencia con respecto a los expertos en organigramas.

En el proyecto para la Universidad de Oregón, el proceso de evaluación se realizaba a través de acciones simples y concretas, como una reunión anual. Sin embargo, resultaba extremadamente complejo el sistema de aprobación de proyectos y de asignación de recursos. Pese a esto, en el texto *Alexander visits The Oregon Experiment*, Greg Bryant no destacaba la complejidad del proceso como una de las causas por las cuales fracasó el proyecto (Bryant, 1991), señalando que en realidad dejó de

³¹⁶ En ese sentido, podemos encontrar similitudes con la visión orgánica de Geddes sobre la ciudad. El biólogo escocés afirmaba que la ciudad no debía verse como un objeto estático, "*no como un lugar en el espacio sino como una obra (drama) en el tiempo*". Esto permitía tener una concepción muy fluida de la arquitectura. Incluso cuando observaba el modo de vivir de los sectores de menores ingresos afirmaba que los pobres priorizaban construir espacio, y cuando lo conseguían, continuaban por conseguir más espacio. Estas premisas fueron retomadas por otros arquitectos, como John Turner para forjar una visión de la arquitectura como obra abierta, en permanente cambio.

implementarse debido a la falta de voluntad política por parte de las autoridades de la universidad (Bryant, 1994). Faltaría determinar en qué medida, la complejidad del proceso hizo que las autoridades perdieran el interés en el proyecto.

En el libro *A new theory of urban design* (1987), Alexander continuaba desarrollando el tema del crecimiento a pequeñas dosis, e incluso lo proponía como el primer criterio (*incremental piecemeal design*) para poder otorgar libertad a los actores individuales sin sacrificar la coherencia del conjunto³¹⁷. Cuando Bryan Walker analizaba este principio de crecimiento, incluía una serie de justificativos: a) permite mayor variedad en el paisaje urbano; b) actúa como curación (*heal*) en las pequeñas disfunciones del tejido; c) facilita la corrección de los errores en el momento en que se van detectando (*as one goes along*); d) simplifica la integración armónica de los nuevos edificios con el entorno construido (Waker, 2003).

Crecimiento en pequeñas dosis en Siena. Cada parte del palacio comunal muestra cuándo fue construida (Alexander, 1978).

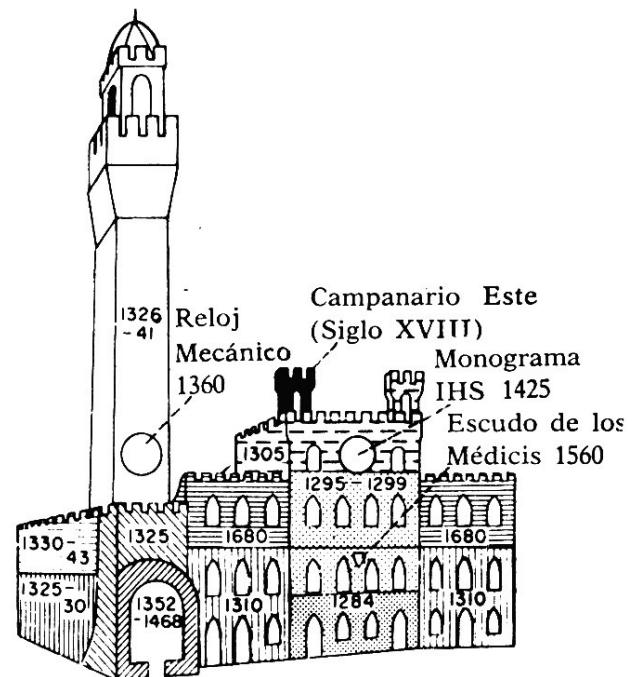


Figura 42 Siena (Crecimiento en pequeñas dosis)

Además de fortalecer la idea de la arquitectura como proceso, el crecimiento a pequeñas dosis llevaba una crítica implícita a la omnipotencia del arquitecto. Para Alexander, no existían proyectos infalibles, todos podían tener errores.

Se derrumba así la idea del arquitecto como un ser capaz de preconcebir grandes porciones del territorio, desde las disposiciones generales hasta los detalles mínimos. Ningún proyecto, tampoco aquellos realizados de manera colectiva, puede adelantarse con exactitud a la complejidad de la vida real. Siempre existe un elevado grado de imprevisibilidad y por ende es necesario incorporar una visión heurística que permita ir variando el rumbo de las transformaciones en función de la evaluación constante de cada uno de los pequeños pasos que se dan.

³¹⁷La investigación se basaba en un experimento realizando dentro de la Universidad de Berkeley, una especie de juego de rol donde alumnos e investigadores asumían el rol de los diferentes actores hipotéticos que actuarían en la modificación de un frente costero (Bay Bridge, California).

La asignación de grandes presupuestos para llevar a la realidad lo que un arquitecto imaginó en un momento determinado, lleva implícita la creencia de que existen proyectos infalibles. Es una lógica que presupone que la relevancia del arquitecto garantiza la infalibilidad del proyecto. Como la totalidad del presupuesto se asigna a la construcción del proyecto, no pueden solucionarse los errores que se van detectando al momento de construir la obra o apenas ésta sea terminada. Por el contrario, Alexander proponía reservar una parte del presupuesto para solucionar aquellos problemas que surgen del mismo proyecto. Si bien era un cambio de estrategia -de aparente sentido común (no poner todos los huevos en una misma canasta)-, implicaba además un cambio en la concepción de la arquitectura. Constituía un llamado a la humildad de los arquitectos.

Urbanismo posmoderno

En los antecedentes de Alexander revisados en la primera sección de este capítulo se mencionaban una multiplicidad de fuentes alejadas de la disciplina específicamente arquitectónica. Entre ellas se destacaban: las ciencias naturales, las matemáticas, e incluso la filosofía taoísta. Sin embargo, es necesario mencionar que Alexander no se mantuvo alejado de las principales corrientes de la arquitectura. Por ejemplo, ya se ha subrayado la influencia de una rama de la arquitectura que se nutría de los aportes de la antropología (Bernard Rudofsky, Sibyl Moholy-Nagy, Amos Rapoport). También puede constatarse que muchos de sus patrones eran una crítica a la arquitectura moderna. Aún más, en este apartado se propone destacar el modo en que los textos de Alexander influyeron e interactuaron con un paquete de ideas comúnmente asociadas al urbanismo posmoderno. Frente al urbanismo moderno basado en fuertes ideas rectoras (la zonificación, los grandes bloques de vivienda en medio de un parque continuo, la jerarquización vial), lo que se intenta describir como urbanismo posmoderno es un repertorio de intervenciones de pequeña o mediana escala. Éste tipo de intervenciones cobraron relevancia a partir de los setenta en algunos lugares tópicos del primer mundo, transfiriéndose de manera acrítica al resto del planeta.

Si bien pueden detectarse ciertas similitudes en estos proyectos por enfrentarse a la ortodoxia moderna, en pocos casos forman parte de una misma propuesta teórica. En ese sentido, Alexander constituye una excepción, puesto que este tipo de intervenciones se presentaban todas juntas, aunque desperdigadas y casi ocultas, entre los diferentes patrones de un libro de más de mil páginas. Luego de un barrido general de todo el libro *Un lenguaje de patrones*, se pueden aislar cada una de las ideas que constituyen los íconos del urbanismo posmoderno.

Urbanismo escenográfico

En uno de los patrones, Alexander proponía generar vecindades identificables (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 94). Al igual que en las propuestas de los miembros del Team X, este patrón apuntaba a preservar y potenciar la identidad de cada comunidad. Esta estrategia tenía como contrapartida que, en combinación con la industria del turismo y la dinámica de precios del suelo, el patrimonio histórico se convertía en una escenografía simplificada: amigable a los ojos de los visitantes, aunque hostil para la vida cotidiana de los residentes. En el libro *“Urbanización”* (Muñoz, 2008), Francesc Muñoz describe cómo las ciudades van depurando una idea de su propio pasado acorde a los gustos del turismo. La cultura y el pasado, como conceptos, nunca son corrientes únicas. Siempre incluyen procesos complejos, erráticos, y por lo general conflictivos.

Sin embargo, la competencia internacional de las ciudades, donde cada metrópolis trata de constituirse como un punto dentro del movimiento del turismo mundial, exige que cada ciudad tenga un

perfil muy bien trabajado. Se busca, entonces, potenciar aquellos aspectos del pasado que puedan potenciar el movimiento turístico y se soslayan aquellos aspectos del pasado que puedan revelar aristas complejas de la historia, o que puedan generar preguntas incómodas.

Mientras en Córdoba (Argentina), se busca exacerbar el pasado Jesuita, se le brinda escasa importancia al pasado aborigen. Algunos pueden objetar que el patrimonio jesuita destaca en cuanto al tamaño y la cantidad de obras que han llegado a nuestros días. Pero hay que aclarar que, por un lado, parte de lo que consideramos herencia jesuítica, engloba una multiplicidad de obras de diferentes periodos, con múltiples reformas posteriores e incluso con verdaderas impostaciones. Se trata, pues, de un pasado construido. La ciudad se adecúa siguiendo “el estilo colonial”.

Por otro lado, el patrimonio cultural no debe reducirse exclusivamente a la herencia material, existe un patrimonio intangible que constituye parte de nuestra historia. Aún más, existe una parte del pasado que es deliberadamente arrasada, y borrada de la memoria. La exaltación y la conservación de la cultura eclesiástica de Córdoba contrastan con la escasa atención que recibe la herencia de un pasado industrial. Aún menos valor simbólico reciben las obras que tienen valor para la población de menos recursos o para sectores que perdieron representación política a fines del siglo veinte. Si el urbanismo y la arquitectura se esfuerzan en reproducir un pasado oficial y hegemónico, es decir de la cultura predominante, el paisaje queda simplificado, despojado de los conflictos culturales que lo preceden. El ambiente se convierte en un paisaje con un mensaje unívoco, filtrado, digerible. Como si fuera un eslogan sencillo para que lo entienda un turista, alguien que está de paso y que no quiere ningún tipo de preocupaciones.

Por supuesto, no podemos culpar a Alexander o al Team X por el uso espurio de la identidad de las ciudades que impone la industria del turismo. La arquitectura basada en la identidad de los lugares, entraña debates con plena vigencia dentro de las ciencias sociales. La identidad como mecanismo de exclusión, la pregunta sobre quién decide cuáles son los rasgos identitarios y el modo en que deben tomarse esas decisiones son temas que todavía no están resueltos.

En ese sentido, la visión de Alexander, sirvió de aporte a una concepción superficial de la identidad, destilada, e incluso conservadora. Vale la pena aclarar que Alexander, por más que se encontraba imbuido en la vanguardia de las ciencias sociales, no contaba con el aporte de una serie de autores que han complejizado el pensamiento a principios del siglo veintiuno³¹⁸. El intento por rescatar la identidad de cada vecindario, terminó aportando una escenografía idílica a “*la cultura del capuchino*” que convierte cada centro histórico en una proliferación de negocios ambientados en entornos historicistas, o -aún peor- deliberadamente instalados en edificios patrimoniales.

Fronteras y portales:

En la intención por destacar la identidad de cada barrio, Alexander proponía una operación urbanística que en la actualidad genera demasiados inconvenientes a la integración física y social de la ciudad. Cada barrio o cada sector de la ciudad debía diferenciarse para fortalecer el vínculo identitario entre los pobladores y su entorno inmediato. Debía convertirse en un sector reconocido como una unidad separada del resto. Los barrios se convertirían, así, en células separadas con bordes bien

³¹⁸ En un debate entre Peter Eisenman y Christopher Alexander, publicado por primera vez en 1983, Eisenman le menciona a Alexander algunos cuestionamientos realizados por los estructuralistas franceses. Alexander sin ningún temor a parecer ignorante le contesta: “*No conozco a la gente de la cual estás hablando*”(Alexander & Eisenman, *Contrasting Concepts of Harmony in Architecture*, 1983).

diferenciados de manera de poder determinar cuando uno deja atrás un barrio para ingresar a otro (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 100). Esta transición es tan importante que en uno de los patrones llegaba a proponer, además de acentuar los bordes, marcar el ingreso utilizando *puertas urbanas* (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 102). Esta estrategia que puede justificarse a partir de múltiples ejemplos de la historia de la arquitectura, desde la modernidad hasta nuestros días, se apoyaba en criterios similares a los que perseguía Kevin Lynch en *The image of the city* (Lynch, 1960): favorecer la legibilidad y la orientación en la ciudad. También puede señalarse que Alexander consideraba la identidad barrial como una herramienta de construcción de poder cívico. De allí que Brian Waker lo asociaba con la visión de Edmund Burke cuando estipulaba que “*uno aprende a interesarse por su país en la medida en que desarrolla cierto apego por una pequeña porción del suelo o por un barrio en especial*” (citado en Walker 2003). Se trataba de una concepción del poder político a partir del sentido cívico, similar a Geddes y otras figuras cercanas al anarquismo.

Siguiendo esta estrategia, los barrios se convertían en unidades diferenciables, como pequeñas ciudades dentro de la ciudad. El énfasis puesto sobre la materialización de los bordes entrañaba una pregunta inevitable: ¿qué pasa con el espacio que está entre los bordes de cada barrio? Es un espacio que no pertenece a ningún barrio, y por eso no tiene un carácter en especial, es un espacio de tránsito. En fin de cuentas, la ciudad termina convirtiéndose en eso: el discurrir entre barrio y barrio. La ciudad queda dividida en una multiplicidad de fragmentos con carácter homogéneo, pero nunca alcanza a percibirse la ciudad como la totalidad orgánica que proponía el mismo Alexander en los textos de la década del sesenta.

Era una estrategia que, en fin de cuentas, terminaba siendo contraproducente. Jane Jacobs ya había advertido en la década del sesenta, que la ciudad estaba imitando la lógica de los turfs, con territorios cerrados, enclavados siguiendo una lógica feudal de protección. Así como las pandillas controlaban un territorio, y ofrecían seguridad a una porción de la población por fuera de la normativa de la ciudad, los sectores ricos comenzaban a implementar la misma lógica. En pocas palabras, Jacobs advertía sobre el nacimiento de los barrios cerrados (*countries*). Por supuesto, la fragmentación urbana de principios del siglo veintiuno se combina con otros factores que exceden a la propuesta de Alexander, como las estrategias de marketing que buscan promocionar el retorno a la vida campestre, el abordaje superficial de los problemas de violencia urbana, los beneficios normativos otorgados sobre emprendimientos urbanísticos de baja densidad, etcétera. Más que un fortalecimiento de la identidad barrial, la delimitación del territorio se ha transformado en una herramienta de distinción de clase. Sin embargo, es inevitable asociar la proliferación de portales ostentosos que marcan el ingreso de los barrios cerrados, con la propuesta de Alexander de generar una puerta para cada sector de la ciudad.

Tal como se afirma anteriormente, Alexander no puede ser considerado el culpable de la fragmentación urbana de principios del siglo veintiuno, sólo se intenta destacar su protagonismo dentro de una corriente de pensamiento y acción, que favorecía la distinción de los barrios y el funcionamiento autónomo de las comunidades. Si bien esto todavía puede entenderse como una virtud, existen una serie de observaciones sobre la ciudad actual de la cual se pueden extraer una serie de críticas.

En primer lugar, la ciudad se convierte en un archipiélago de vectores poblacionales inconexos, fortaleciendo la estanqueidad social. Durante el siglo veinte, cuando algunas instituciones como los sindicatos, la escuela, los templos o los clubes funcionaban como mixturadores sociales, esta separación podía ser matizada, pero una vez que estas instituciones han abandonado su rol de nodos dentro del tejido social, el resultado de esta fragmentación espacial es devastador. La atomización social, que

Alexander divisaba en la sociedad moderna, se vuelve aún más marcada siguiendo algunos de sus patrones.

En los barrios estancos, inconexos, que constituyen como un micro-mundo, dentro de la ciudad, se genera un tipo de sociabilidad homogénea, donde las personas se relacionan solamente con miembros de la comunidad que cuentan con similares ingresos. Entendiendo la ciudad como un todo, los precios del suelo pueden variar gradualmente según la cercanía a las infraestructuras y los servicios. Por lo tanto, las desigualdades en cuanto al precio del suelo pueden matizarse mediante la provisión de infraestructura, o incluso mediante políticas del suelo. Por el contrario, cuando la ciudad se convierte en una sumatoria de micro-mundos dentro de la ciudad, estas acciones compensatorias son más dificultosas y los contrastes son más bruscos. Un barrio que cuenta con su propia infraestructura y con una buena estrategia de marketing, puede estar lindando con un barrio degradado y con mala fama. De tal modo el precio del suelo de dos barrios que están juntos, en la misma porción de territorio, sólo separados por barreras físicas, va a ser muy diferente. Más aún, los límites físicos son una representación simbólica de la vida real de los barrios, dado que la sociabilidad de cada barrio se produce hacia adentro. La población de un barrio y del otro nunca entra en contacto, o lo hace en situaciones estipuladas donde se evidencia la desventaja de un barrio con respecto al otro. Por ejemplo, la población de un barrio puede brindar servicios al barrio de mayores ingresos a través de diferentes trabajos en condiciones precarias como el servicio doméstico, la jardinería, la vigilancia, el transporte informal, etcétera.

Puede alegarse que siempre existieron diferencias sociales en la ciudad producto de algunas dinámicas intrínsecas al capitalismo. Se podría mencionar el rol de la construcción como concentración y recirculación del capital, la distinción de clase a través de la vivienda, la especulación inmobiliaria a partir de la regeneración inmobiliaria, entre otros. Sin embargo, lo que cambia con la fragmentación urbana que producen los barrios como unidades autónomas es el contraste que produce la desigualdad social. La desigualdad se manifiesta en toda su brutalidad en una porción reducida del territorio. Si bien es cierto que sólo cambia el modo de manifestarse de la desigualdad -más que una transformación estructural, la fragmentación urbana es un cambio de apariencias- también es cierto que se producen imágenes cargadas de violencia. Un barrio de lujo excesivo junto a un barrio donde la población no alcanza a cubrir sus necesidades básicas es un mensaje cotidiano de violencia espacial. Una profunda injusticia percibida por todo aquel que recibe esa imagen. La arquitectura y el urbanismo, como toda manifestación material del ser humano, brinda un mensaje que repercute en la sensibilidad de la sociedad.

Peter Hall en el libro *Ciudades del mañana* (Hall, 1996) comienza describiendo la ciudad capitalista del siglo XIX en un capítulo que lleva como nombre: *La ciudad de la noche espantosa*. En los diferentes capítulos Hall describe los diferentes avances y debates urbanísticos que se suceden a lo largo del siglo veinte, desde las primeras propuestas para aportar salubridad a la ciudad impactada por la revolución industrial, pasando por las ideas modernas, hasta las *infociedades* entregada a los “promotores” bajo la lógica de reducción del Estado. Cuando Hall llega al final del libro comienza a describir la situación de los miles de barrios y asentamientos que todavía viven en condiciones similares a la de los barrios pauperizados del siglo XIX. Hall termina diciendo que la ciudad de la noche espantosa se vuelve aún más intolerable junto al destello de las torres de lujo³¹⁹.

³¹⁹“Es probable que los grupos menos afortunados sean cada vez más desgraciados y que se les dé vivienda en aras del crecimiento urbano. [...] Lo más probable es que estén en la ciudad pero que no sean miembros activos, que se encuentren al margen de la nueva economía de la información [...] Su destino no es muy distinto de los obreros que

Frente a esta situación, cabe aclarar que la arquitectura participativa ha ido transformando esta intención de generar barrios con una fuerte identidad propia, volcados hacia adentro. Como ejemplo, puede destacarse una experiencia citada por Richard Sennett. Trabajando en un equipo multidisciplinar para mejorar integralmente un barrio de Nueva York, frente a la típica solución urbanística que genera un núcleo de servicios comunitarios en el centro del barrio (Alexander lo propone en el patrón número 30), Sennett propone trabajar sobre los bordes. Es decir, llevar los equipamientos hacia el punto de contacto con los otros barrios para que funcionen como articuladores de diferentes sectores poblacionales. En lugar de propiciar vitalidad al interior del barrio, los equipamientos funcionarían como mixturadores sociales, generando un flujo de movimiento de personas y actividades desde el interior hacia el exterior del barrio.

Se trata de “desenclavar” el barrio, rescatando un término que suele usar Jorge Mario Jauregui. Aclarando que esta acción de “desenclavar” puede realizarse de diversas maneras y con diferentes resultados sociales. Un barrio puede desenclavarse en cuanto a la circulación vial, atravesándolo con calles o avenidas. En ese sentido, Haussmann realizó esta operación con los barrios pobre de París. Una modalidad de intervención que, lamentablemente, goza de plena vigencia. Sin embargo, las propuestas de Sennett y Jauregui apuntan en otra dirección, tratando de integrar los barrios más allá de la red vial, a nivel funcional y simbólico. Si bien la red vial forma parte de esa estrategia de integración, debe acompañarse generando actividades que tiendan lazos entre el barrio y el resto de la ciudad.

En algunos barrios degradados donde los pobladores son estigmatizados por el lugar en el que viven, esta operación que busca integrarlos a la ciudad y romper la identidad cerrada en sí misma, se vuelve imprescindible. Trascendiendo las sugerencias de Alexander, la arquitectura participativa se encuentra en una encrucijada más compleja: en lugar de construir identidad barrial, debe construir ciudadanía³²⁰.

hace cien años trabajaban en los muelles y de las mujeres que hacían la calle en el East End londinense, o de los que malvivían en las fábricas de horarios interminables del East Side de Nueva York. Resulta paradójico pero puede ser que sus descendientes tengan más dificultades para salir de esta situación porque los trabajos más accesibles ya no existen. [...] No exageramos al decir que siguen en la Ciudad de la Noche Espantosa y que ésta resulta todavía más profunda si está rodeada por la Ciudad de la Luz” (Hall, 1996, págs. 429-430).

³²⁰ Al realizar una revisión crítica de las propuestas urbanísticas que promueven romper la estigmatización y favorecer la integración social mediante la construcción de equipamientos colectivos de escala urbana en un barrio degradado, puede apreciarse cierto grado de inocencia, por no decir puro cinismo. Estos equipamientos pueden funcionar como mixturadores sociales si tienen una adecuada conexión con la ciudad y si se adoptan una serie de medidas que dificultan la especulación inmobiliaria que reemplaza a la población aledaña. Por otro lado, la estigmatización se rompe realmente cuando se mejoran las condiciones socio-habitacionales del barrio en cuestión. Un barrio de población desocupada sigue siendo un barrio deprimido incluso cuando se pintan las veredas y se instale el museo del Louvre.



Jauregui, J. (2010) Proyecto de Favela Bairro, Morro dos Macacos. [Edificio de relocalización de viviendas]. Río de Janeiro, Brasil. Extraído de www.jauregui.arq.br.

Frente costero

Uno de los patrones que analizaba Alexander, se orientaba a generar una nueva relación entre la ciudad y los espejos de agua, las costas y los cauces fluviales. El libro *Un lenguaje de patrones* proponía una nueva relación entre el ser humano y el agua, apoyándose en cuestiones espirituales y psicológicas. Sin embargo, esta nueva relación entre la ciudad y el agua se afianzó en gran cantidad de ciudades, a partir de factores político-económicos de escala global, que nada tenían que ver con las motivaciones que perseguía Alexander. En la práctica, eran dos lógicas congruentes que se complementaban.

Por un lado, con la desregulación de los mercados las ciudades del primer mundo transformaron su perfil productivo: los grandes complejos industriales se trasladaron hacia países con menores costos de producción. Por ende, los complejos industriales que por diversas razones se habían instalado frente a ríos, lagos o mares, se convirtieron en áreas deprimidas donde se asentaron sectores poblacionales de pocos ingresos. Dentro del mismo proceso, estas ciudades del primer mundo competían por convertirse en sede de corporaciones internacionales o nodos de la red financiera global. A tales fines, debían proveer una variada oferta recreativa y buena calidad de vida para que puedan facilitar la instalación de personal calificado y puestos gerenciales surgidos del sector de servicios. Es decir, un grupo poblacional con un alto nivel adquisitivo, acostumbrado al privilegio de disfrutar de la vida al aire libre, el ocio y la cultura. Se daba entonces un proceso de des-territorialización de la producción acompañado de un proceso de re-territorialización de los servicios. La industria se des-localiza, se va a otra parte del planeta, mientras se concentra la industria de servicios (financieros, gastronómicos, culturales, deportivos, etcétera). En el medio de estos dos procesos, el urbanismo posmoderno jugaba un rol fundamental comenzando a promocionar una serie de proyectos que buscaban “revitalizar” zonas deprimidas de la ciudad. Un proyecto recurrente era el generar un frente costero (*waterfront*) que permita incorporar nuevas funciones sobre el área de contacto entre el tejido de la ciudad abandonado por la industria y la geografía dominada por el agua. Desde los proyectos de frente marítimo de Boston o Baltimore (donde trabajó como promotor James Rouse) hasta Puerto Madero, pasando por Canary Wharf, toda ciudad que se precie de sí intentará transformar el frente costero en un polo de servicios que propicie la vida al aire libre, la gastronomía gourmet, las finanzas y el turismo. A nivel económico la operación era un éxito, dado que antiguos terrenos degradados multiplican su valor gracias a las intervenciones, con la consiguiente expulsión de la población original.

Por supuesto, estos resultados van más allá de lo que Alexander alcanzaba a prever cuando proponía generar frentes costeros. Incluso debe destacarse que ponía el énfasis en tratar de democratizar el acceso al agua:

“Todos sentimos un anhelo fundamental por las grandes masas de agua. Pero nuestro propio movimiento hacia el agua puede destruirla. Carreteras, autopista e industrias destruyen la orilla del agua y la hacen tan sucia y traicionera que resulta virtualmente inaccesible; y cuando esa orilla se conserva, cae casi siempre en manos privadas”(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 141).

El contraste entre el altruismo de Alexander y la expulsión poblacional que produce la gentrificación de los puertos ayudan a reflexionar sobre la complejidad de lo que consideramos espacio público.

La accesibilidad ayuda a democratizar su uso, pero no es suficiente. En ese sentido, Zaida Muxi, en una conferencia brindada a estudiantes de la U.N.Córdoba³²¹, afirmaba que la presencia o ausencia de baños públicos en un área verde marcaba el perfil social de los posibles usuarios. Una familia de clase media que va a un parque, si necesita utilizar un baño, puede llegar a pagar un café para utilizar los servicios de un bar. Una familia de clase baja, no puede. Por más que un parque o una plaza estén ubicados en el centro de la ciudad, con buena provisión de transporte, si no tienen baños, no son para la población de menores ingresos. Por más que los frentes marítimos sean accesibles en cuanto a que no está restringido el acceso mediante barreras físicas, están orientados hacia el sector poblacional de mayor poder adquisitivo. Se orientan a un mercado exclusivo, que permita obtener mayor rentabilidad del metro cuadrado de terreno.

Por otro lado, Alexander podría objetar en las intervenciones similares a Puerto Madero, que la relación con el agua es puramente paisajística, mientras que en su libro promueve una relación más interactiva y vivencial con el agua. Proponía que la gente nade: *“Sospechamos que las personas que nadan y bucean a menudo, sea en lagos, piscinas o mares, quizá estén más cerca de sus sueños, más en contacto con su subconsciente que aquellas otras que lo hacen rara vez”* (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 300). E incluso se basaba en investigaciones científicas sobre psicología para afirmar que *“varios estudios han demostrado que el agua tiene un efecto terapéutico positivo [...] véase Ruty E, Hartley et al., Understunding Children’s Play, Columbia University Press, Nueva York, 1964”* (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 300). Con lo cual puede afirmarse que Alexander se adelantaba a una serie de proyectos posteriores a Canary Wharf y Puerto Madero, que incorporan el factor lúdico del agua y la vida al aire libre, como por ejemplo el Harbour Bath (2003) y el Maritime Youth Centre (2004) realizados por PLOT en Copenhague.

En el patrón *Estanques y Arroyos*, Alexander se adelantaba a otra serie de intervenciones que tuvieron su auge a principios del siglo veintiuno. En estos proyectos se combina el interés por revalorizar áreas degradadas, la intención de favorecer los deportes al aire libre y un interés por remediar la alarmante situación ambiental de los cauces y los espejos de agua³²².

Por lo general, muchos de los proyectos que buscan recomponer la situación ambiental de los frentes costeros, incluyen delicadas situaciones habitacionales. Ya en el texto *Contribución al problema de la vivienda*³²³, Engels describía un sector inundable de Manchester donde vivían familias de

³²¹ Conferencia *Mejora de barrios para la vida cotidiana. La experiencia de las mujeres en el análisis urbano*. A cargo de la Dra. Arq. Zaida Muxi y la Arq. Adriana Ciocoletto (2013)

³²² Pueden citarse como ejemplo, el Parque Fluvial Renato Poblete sobre el Río Mapocho en Santiago de Chile o el Parc des Rives de Seine en París.

³²³ *“he descrito un grupo de casas situado en la parte baja del valle del río Medlock, llamado Little Ireland (Pequeña Irlanda), que durante años había sido la vergüenza de Manchester. Little Ireland ha*

irlandeses. La dinámica sigue siendo similar, las familias que se mudan a una ciudad en busca de trabajo, encuentran en los márgenes del agua un lugar con buena ubicación para acceder a las fuentes laborales y que suelen tener poco costo porque no pueden ser edificadas con los mismos criterios que el resto de la ciudad. Muchas veces son áreas inundables, o que paradójicamente están vedadas para la construcción. Por ello, no tienen un precio elevado y cuando son ocupadas los propietarios originales no invierten esfuerzos en tratar de recuperarlas.

Muchos de los asentamientos y “villas miserias” de Latinoamérica surgen a partir de esta lógica. La delicada situación socio-ambiental que se produce en estos lugares ha motivado a cambiar la lógica de los proyectos, abandonando la intención de pura rentabilidad por objetivos de carácter social, que muchas veces incluyen la participación de la población. Un ejemplo destacado lo constituye la Quebrada Juan Bobo en Medellín (Colombia) (Ver capítulo de Habraken, apartado *El beneficio de la participación como división de las decisiones*, Figura 29).

Núcleos de actividad nocturna

En el mismo marco de la transformación macroeconómica descrita anteriormente, se desenvuelve otro proceso que también había sido sugerido por Christopher Alexander.

“Articule tiendas, diversiones y servicios que estén abiertos de noche, junto con hoteles, bares y comedores para formar centros de vida nocturna bien iluminados, seguros y animados, que incrementen la intensidad de la actividad peatonal por la noche”(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 179).

Se trataba de generar una concentración de comercios y actividades de servicios, principalmente gastronómicos y recreativos que permitieran revitalizar áreas deprimidas. En la constante circulación de recursos que requiere el capitalismo, la regeneración urbana cumple un papel fundamental. La arquitectura como inversión implica una lógica dinámica, perfectamente adaptada a la macroeconomía global de capitales líquidos. La producción urbana sigue una lógica inversa a la producción industrial. Las industrias concentran una cantidad de infraestructura para materializar un producto que luego se comercializa, se va a otra parte. En la construcción, la infraestructura es móvil y el producto es fijo. La maquinaria y la mano de obra se concentran temporalmente en un punto determinado, para generar un producto (un edificio) que queda anclado, fijo en un lugar.

La movilidad de la infraestructura, sumada a la desregulación económica permite que los capitales financieros fluyan desde diferentes confines del mundo para posarse en un punto determinado del planeta, una porción de ciudad a revitalizar. La diversificación del mundo de las finanzas permite que los desarrollistas urbanos y los pequeños especuladores multipliquen sus posibilidades de contraer deuda para invertir en inmuebles. En el mismo sentido, el avance en las comunicaciones posibilita, por un lado, que los proyectos de ciudad a renovar puedan ser diseñados desde cualquier estudio remoto, situado a miles de kilómetros del área a renovar. Por otro lado, el estado de globalización de la cultura colabora en la difusión acrítica de imágenes tópicas provenientes de las principales ciudades turísticas.

desaparecido hace mucho tiempo. En su lugar, elevada sobre altos cimientos, hay actualmente una estación de ferrocarril. La burguesía se vanagloriaba de la feliz y definitiva desaparición de Little Ireland como de un gran triunfo. Pero he aquí que el verano último se produjo una formidable inundación [...] Y entonces se descubrió que Little Ireland no había desaparecido en absoluto sino que, simplemente, se había trasladado de la parte sur de Oxford Road a la parte norte, donde seguía prosperando” (Engels, 1887/1975).

Con lo cual, los proyectos de renovación pueden ser diseñados desde diferentes estudios del mundo, pero todos parecen diseñados por el mismo. Nuevamente cabe destacar esta paradoja: la monotonía del socialismo moderno, se reemplaza por la homogeneidad anónima de los *shopping malls*.

El valor del comercio y la recreación como reactivador de zonas deprimidas, se exporta desde las principales capitales del mundo hacia antiguos barrios obreros de todo el planeta. Las áreas aledañas al centro de la ciudad, que habían sido ocupadas por viviendas humildes de trabajadores e inmigrantes, se convierten, en áreas de oportunidad para el desarrollo de negocios inmobiliarios. La revitalización que Jacob comenzaba a notar en Greenwich Village se convierte en una pesadilla a la luz de las teorías de Neil Smith. Esta revitalización urbana, desprovista de estrategias que protejan a la población original del sector, genera un proceso de *gentrificación*. Es decir, con la mejoría del ambiente y la incorporación de nuevos servicios se eleva el precio del suelo, con lo cual se expulsa a la población original, que no puede o no le resulta conveniente seguir viviendo allí. En su reemplazo, se instalan en el lugar grupos de mayor poder adquisitivo: la “gentry” o la elite de la población. Los primeros en aprovechar las ventajas de la localización de estos barrios son grupos de artistas y profesionales jóvenes. Lo cual termina dinamizando actividades culturales y de entretenimiento. Este proceso puede realizarse de manera gradual o mediante acciones enérgicas y orientadas por el estado. Con mayor o menor violencia simbólica, el resultado es el mismo. La imagen del Soho de Nueva York se instala de manera deliberada en diferentes barrios degradados de todo el planeta, como San Telmo³²⁴ (Buenos Aires) o Barrio Güemes (Córdoba).

Esta receta del urbanismo posmoderno retoma las sagaces observaciones de Jane Jacobs, cuando notaba que los comercios y los bares contribuyen a dotar de vitalidad a la calle. Mientras que los barrios pensados como una multiplicación monótona de viviendas tienen poca actividad en sus calles y por lo tanto son inseguras, los barrios tradicionales con su mezcla de viviendas, comercios y lugares nocturnos permiten una variedad de actividades en el espacio público las veinticuatro horas del día. Los sectores mono-funcionales de la ciudad, como los campus universitarios, centros cívicos o barrios exclusivamente residenciales sólo alcanzan a proveer un flujo constante de tránsito y actividad a la calle durante cortos periodos del día. El resto del tiempo, las calles se convierten en lugares abandonados, sin ningún tipo de actividad.

De allí que, Jane Jacobs proponía, en primer lugar, evitar la construcción de sectores mono-funcionales, pero además, incluir en todo proyecto una variada gama de comercios y bares.

Este rescate de la actividad comercial y recreativa de la ciudad era uno de los pilares del cuestionamiento al urbanismo moderno, acusado de ser monótono, productivista y puritano (utilizando un término de Jacobs). La monotonía, tan cuestionada por Alexander, podía apreciarse en el modo en que las propuestas modernas abordaban el tema de la vivienda. Sin embargo, la intención de proveer vivienda a grandes masas de población en condición de igualdad, no tuvo siempre resultados negativos. Pueden mencionarse, como ejemplo, los bloques de vivienda de la “Viena Roja” (Rotes Wien)³²⁵.

³²⁴ ver: Buenos Aires, gentrificada: Transformaciones socio-espaciales en la ciudad inmobiliaria de Schachter, Silvio en el sitio <http://www.herramienta.com.ar/herramienta-web-20/buenos-aires-gentificadatransformaciones-socio-espaciales-en-la-ciudad-inmobiliaria>

³²⁵ Entre 1923 y 1933 la socialdemocracia construyó más de 65.000 viviendas a través de un Plan de Vivienda Pública que se financiaba a través de la aplicación de nuevos impuestos. En diferentes puntos de la ciudad se construyeron complejos multifamiliares de vivienda social pública (*höfe*) que combinaban los últimos adelantos en cuanto a diseño arquitectónico junto a la intención de generar una nueva sociabilidad proletaria. El ejemplo recurrente de este tipo de conjuntos es el Karl Marx-Hof, sin embargo existen 12 conjuntos con características similares, se trataba de una operación urbanística que abarcaba a toda la ciudad. Esta experiencia terminó con el

La crítica al movimiento moderno se concentró sobre aquellos ejemplos donde la escala y la segregación funcional de las intervenciones afectaban negativamente el funcionamiento y la percepción del espacio público. En otras palabras, cuando se critica la monotonía de los conjuntos modernos, en realidad se hace alusión a la provisión de viviendas uniformes (todas iguales), a la escala de las intervenciones, y a la zonificación. Este último aspecto también va a estar relacionado con el perfil productivista de la ciudad moderna.

Para Giancarlo De Carlo, si la casa moderna estaba pensada como una máquina de habitar, la ciudad se planteaba como una máquina de producir, pensada según la lógica del rendimiento del suelo (densificación), el transporte de las mercancías (jerarquización vial), la salubridad de la mano de obra y la concentración de la producción (zonificación).³²⁶

Por último, si bien Alexander no acusaba a los arquitectos modernos de puritanos, tal como hacía Jane Jacobs, puede notarse en sus textos una aceptación por la vida tal cual es. Con sus dualidades y complejidades. Tal como se menciona en párrafos precedentes, Alexander se oponía a quienes se consideraban en una postura de superioridad moral capaz de realizar un juicio de valores sobre las actividades de la gente común. Como alternativa, proponía “*renunciar a preconceptos de lo que ‘deben ser’ las cosas*” (Alexander, 1981, pág. 23). Por otra parte, cuando proponía los patrones, incluía una serie de actividades orientadas al placer y al disfrute, como tabernas y centros de actividad nocturna que rompen completamente con la estética austera y pulcra del urbanismo moderno.

Aunque nunca se afirme de manera textual, el perfil del “usuario” de los arquitectos modernos es un ser humano varón, trabajador, con hábitos nobles. Por el contrario, los patrones de Alexander se orientaban a un perfil un poco más amplio, que incluye varones y mujeres, adolescentes, niños y adultos mayores, incluso turistas y forasteros. Los hábitos de la población a la que servían los patrones no están del todo pre-codificados, pero se incluía una amplia gama de actividades recreativas y espirituales (¿podría decirse improductivas?) que los arquitectos modernos no llegaron a profundizar.

Existe por ejemplo, un llamado hacia una tipología plenamente incorporada en el lenguaje de las intervenciones posmodernas sobre los barrios tradicionales: el café terraza: “*El café terraza ofrece un marco único y específico de las ciudades: un lugar en el que relajarse legítimamente, estar a la vista y contemplar a la gente que pasa*” (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 394). Si bien esta adhesión a la cultura del capuchino puede interpretarse como un lujo demasiado burgués, expresa también una intención por difundir y generalizar los placeres terrenos. Los textos de Alexander siempre dejan esa incertidumbre, entre la inocencia burguesa que no se plantea cuestiones estructurales, y la intención revolucionaria de socializar un estilo de vida guiado por el goce.

ascenso del fascismo en 1933, sin embargo el éxito de la operación puede notarse en la calidad arquitectónica de las tipologías y en el dato estadístico que afirma que en 1934, el diez por ciento de la población se alojaba en viviendas sociales públicas, con un precio de alquiler que representaba el 14% de sus ingresos mientras que el alquiler privado llegaba al 30%. Para más información se puede consultar: <http://urban-networks.blogspot.com.ar/2012/04/la-viena-roja-y-la-vivienda-como-utopia.html>

³²⁶ En el libro de Benedict Zucchi, se incluyen una serie de citas que permiten comprender la visión de Giancarlo de Carlo con respecto a la zonificación y el funcionalismo. En 1972 el arquitecto italiano afirmaba que “la zonificación evolucionó hacia un concepto ideológico: la proyección sobre el plano urbano de la ideología productivista [...] máximo provecho, mínimo esfuerzo y garantía en cuanto a la estabilidad económica y social” (Zucchi, 1992, pág. 27).

Así como el urbanismo posmoderno supo apoyarse en las propuestas teóricas que buscaban incorporar el comercio como una actividad que estructura el proyecto, también existe una multiplicidad de proyectos de arquitectura participativa que siguen la misma estrategia. Tal como se mencionó anteriormente, el proyecto que realizó el equipo de Alexander para el PREVI de Lima (Perú), incluía un mercado y una serie de negocios dispersos a lo largo de los caminos principales.

Este criterio ha continuado a lo largo de la arquitectura participativa, aunque hay que señalar que a principios del siglo veintiuno todavía existen algunos proyectos participativos que se limitan exclusivamente a la construcción de viviendas. Esta concepción *viviendista* se apoya en una lectura demasiado literal del derecho a una vivienda digna. Se aborda de manera colectiva, y participativamente, la lucha por un techo, pero desgraciadamente muchas veces se consigue poco más que un techo para cada familia. La lucha por el techo, en el sentido metafórico termina en la construcción material de un techo por familia. En todo caso, pese a las enseñanzas de Alexander, todavía existen barrios construidos participativamente que no incluyen diversidad de usos. Son, simplemente, un estacionamiento de casas.

Como alternativa a los sectores monofuncionales de vivienda, Alexander no sólo proponía el mix funcional, tal como proponían los arquitectos del Team X, sino que además planteaba la posibilidad de convertir cada vivienda en una unidad productiva. Las dimensiones y la accesibilidad de algunos locales de la vivienda, pueden ser diseñadas contemplando la posibilidad de que en algún momento puedan servir como comercios, talleres o piezas de alquiler.

En realidad esta propuesta, que contradice la estricta zonificación del urbanismo moderno, se basaba en la observación de la ciudad tradicional. Alexander notaba que la segregación funcional deshumaniza la ciudad sin producir grandes avances en cuanto a lo productivo, incluso parecía intuir que el capitalismo avanzaba hacia una producción disgregada, que ya no requería de grandes conglomerados situados en las afueras de la ciudad.

También retoma a Jacobs cuando destacaba el papel de las pequeñas familias productoras y la innovación tecnológica de los emprendedores individuales. Esta confianza en una industria totalmente integrada y permeada por la vida cotidiana tenía su correlato en las tipologías de vivienda. No era solamente una cuestión urbanística, sino que se contemplaba incluso desde una escala más reducida, desde el diseño de las viviendas. En diferentes patrones Alexander propone espacios de trabajo y producción en contacto con la residencia, y dentro de la misma vivienda inclusive.

Con respecto a la posibilidad de incorporar habitaciones para alquilar dentro de la vivienda, Alexander procuraba mantener cierta distancia con la construcción especulativa³²⁷. Si bien se manifestaba a favor de que cada familia tenga su vivienda propia, reconocía que alquilar una pieza, bajo

³²⁷ Un dato sobre Alexander que amerita estudiarlo en profundidad es el modo en que previó algunos cambios con respecto al alojamiento y los alquileres dentro de la industria del turismo. Por ejemplo, en el patrón "Posada", Alexander avizora una modalidad de alojamiento similar a lo que serían, posteriormente, los Hostels: "*Un hombre que permanece de noche en un lugar extraño sigue siendo un miembro de la comunidad humana y sigue necesitando compañía. No hay razón para que haya de meterse en un agujero a ver solo la televisión, como ocurre en los moteles*" (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 404). De hecho, acompaña este patrón con un esquema muy similar al que siguen las tipologías de hostels: "*Las comidas en común y ha de haber un gran espacio circundado por lechos en gabinetes*". Por otro lado, cuando habla de la posibilidad de alquilar habitaciones se adelanta al exitoso sistema de alquileres por internet popularizado por la empresa Airbnb: "*Aunque el alquiler suele tener un impacto devastador sobre el entorno cara a cara, si los propietarios ocupan la estructura principal, es un género de relación contractual razonablemente saludable. El dueño está realmente allí, por lo que se preocupa directamente del bienestar de la vida que le rodea y del entorno, al contrario que esos caseros ausentes que sólo se interesan por el dinero que les proporciona su propiedad*" (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 637).

estrictas normas que impidan la explotación de los inquilinos, puede ser una alternativa dentro de la dinámica funcional que atraviesan los edificios de vivienda a lo largo de su vida útil. Era una mirada similar a la que planteaba John Turner cuando señalaba que los auto-constructores de las barriadas de Perú aprovechaban para construir una habitación o incluso toda una vivienda más dentro del lote que poseían, como una estrategia de supervivencia que les permitía sumar otro ingreso económico. Mientras Alexander hacía hincapié en el modo en que la vivienda puede ir cambiando, Turner destacaba la iniciativa y la capacidad de la gente para enfrentar la adversidad económica.

A propósito, los críticos de la autoconstrucción indagaron de manera más profunda en el modo en que se desenvolvía este verdadero mercado de alquileres en el interior de los asentamientos y villas, encontrando una serie de procedimientos muy poco esperanzadores. Las relaciones de explotación que Alexander denunciaba con respecto al régimen de alquileres, se reproducían de manera descarnada en la informalidad de los asentamientos y villas. En el caso específico de la subdivisión de la tierra y de las condiciones de alquiler, los procesos de control se vuelven más dificultosos en la densificación rápida e irregular de las villas y asentamientos (aunque esto no debe leerse como una homologación entre informalidad e ilegalidad).

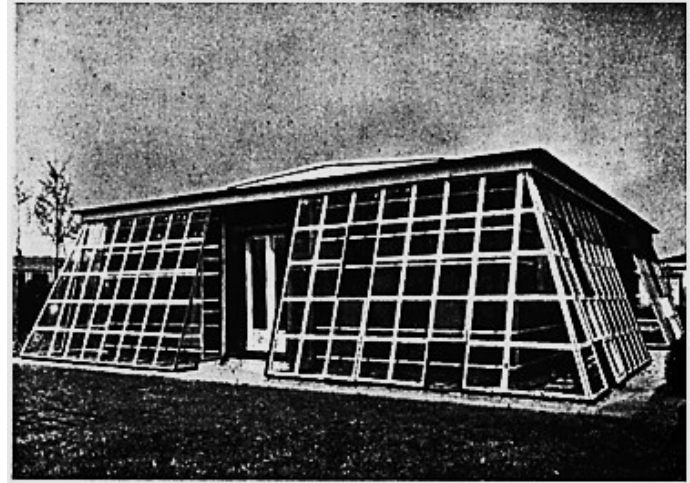
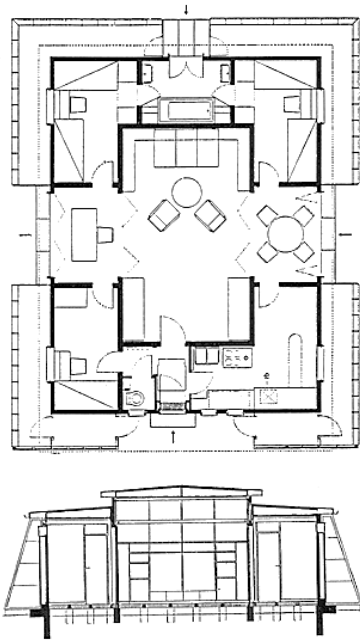
La posibilidad de alquilar o subalquilar una habitación de la vivienda no tuvo repercusión dentro de la arquitectura participativa de vivienda para población de bajos ingresos. No obstante, a partir de las propuestas de Turner, Habraken y Alexander comenzó a hacerse hincapié en la necesidad de generar espacios flexibles, que puedan adaptarse a los diferentes cambios que emergen a lo largo de la vida útil de la vivienda. Era una adecuación que surgía de concebir la vivienda, no como un objeto terminado, sino como un proceso.

Un recurso arquitectónico frecuente, no sólo en la arquitectura participativa, sino en la arquitectura de vivienda para sectores de bajos ingresos en general, es el uso de techos planos para posibilitar el crecimiento en planta alta³²⁸.

Con respecto a la vivienda que puede crecer, existen dos corrientes entrelazadas que discurren a lo largo de la historia de la arquitectura del siglo veinte. Por un lado, el crecimiento se puede plantear como un núcleo básico que puede expandirse sobre el terreno que la rodea. Un ejemplo temprano de vivienda que crece a partir de un núcleo básico es el proyecto de Martin Wagner realizada para el concurso *Das wachsende Haus* (1932, Figura 43). Por otro lado, el crecimiento del espacio útil puede entenderse como un completamiento de los espacios interiores. En esta segunda versión, la construcción

³²⁸ Con respecto al recurso de utilizar terrazas planas en las viviendas para favorecer el crecimiento, suelen surgir algunos inconvenientes que deben sopesarse según las condiciones específicas de cada contexto. Por un lado, se encarece la estructura, puesto que las viviendas deben calcularse como si todas las viviendas fueran a tener más de un piso, incluso cuando muchas no van a crecer. Ante lo cual, es fundamental preguntarse si es necesario que todas las viviendas crezcan. Por otro lado, muchas de las viviendas que tienen la necesidad y la posibilidad de crecer, no lo hacen porque no tienen los recursos para afrontarlo. De hecho la escasez de recursos resulta un impedimento más difícil de sortear que la falta de previsión del crecimiento en el proyecto inicial. En el proyecto de viviendas encarado por la Municipalidad de Córdoba en el año 2009 para relocalizar a los vecinos asentados sobre las vías del ferrocarril, se priorizó el criterio de no restar posibilidades en la organización interior, tratar de incluir la mayor cantidad de alternativas de transformación y crecimiento. Sin embargo, debe admitirse que la posibilidad de crecimiento en planta alta encareció el monto destinado a las estructuras. Esto se debe, además, al hecho de que los terrenos disponibles para realizar viviendas con poco presupuesto nunca son los mejores a nivel geológico. Si la relocalización se produce en el mismo sitio de los asentamientos, para que los pobladores sigan manteniendo sus redes de subsistencia, suele tratarse de terrenos con una consolidación rudimentaria muchas veces instalados en zonas anegables o antiguos basurales.

inicial es una “vivienda cáscara” que se completa mediante la construcción de entrepisos, tabiques de subdivisión interior y nuevos cerramientos. Como ejemplo se puede tomar el proyecto de la Maison Loucheur (1929) de Le Corbusier, y las Casas para obreros mexicanos diseñadas por Juan O’Gorman en 1930³²⁹. Estas propuestas de expansión y completamiento fueron exploradas, durante la década del cincuenta y sesenta por diferentes arquitectos peruanos que buscaron mejorar las condiciones de vivienda de los migrantes que llegaban a las principales ciudades desde todos los puntos del país. La experimentación en cuanto a vivienda cáscara y núcleo básico se expandió por toda Latinoamérica durante la década del setenta y ochenta para volver a cobrar relevancia recién en 2003 con la propuesta de ELEMENTAL para Quinta Monroy en Iquique (Figura 45).



Wagner, M.(1932) Das wachsende Haus. [Prototipo de vivienda incremental]. Berlín, Alemania. Extraído de <http://klimagerechtesbauen.blogspot.com.ar/2013/12/licht-luft-und-sonne-das-wachsende-haus.html>.

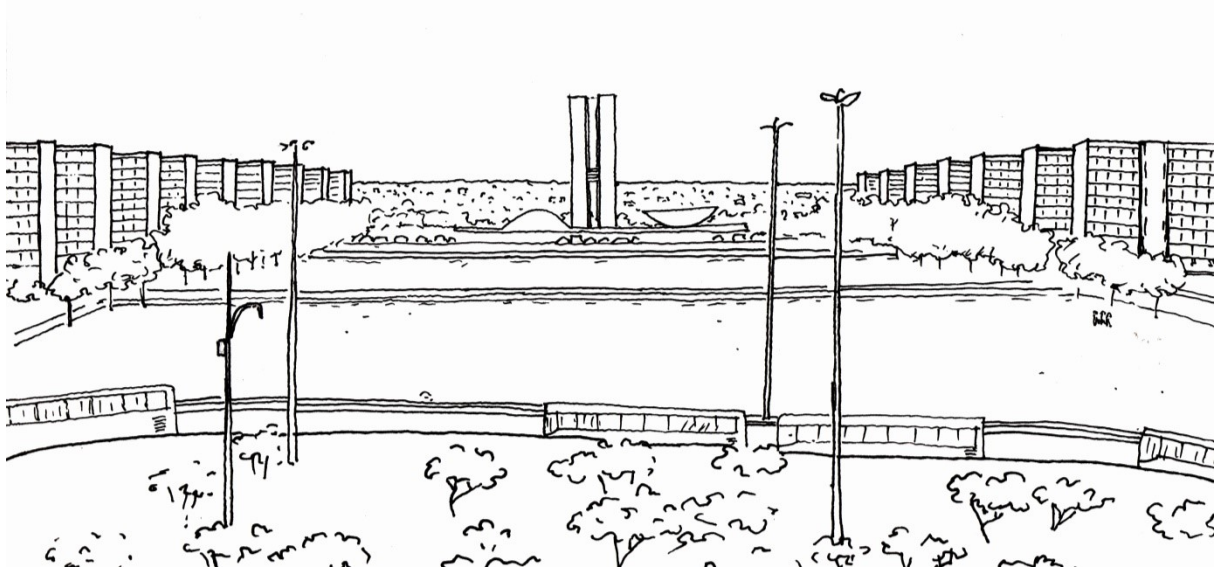
Figura 43 Das wachsende Haus

Ciudad iconográfica

Christopher Alexander continuaba las ideas de Kevin Lynch en cuanto a la necesidad de facilitar la orientación en la ciudad. Tal como se afirma anteriormente, una de las principales críticas de Alexander con respecto al urbanismo moderno era la excesiva simplificación del tejido, basada en la multiplicación repetitiva de las tipologías. Esta monotonía se veía reflejada, principalmente, en los grandes bloques de vivienda que se construyeron en todo el mundo luego de la Segunda Guerra Mundial. Siempre es necesario aclarar que la crítica hacia el urbanismo moderno se concentraba sobre los postulados de los principales referentes del movimiento moderno, pese a que los edificios que se analizaban eran obras realizadas por sus seguidores. La crítica de Alexander hablaba de la modernidad en general, pero es muy diferente lo que proponían los maestros de la modernidad y lo que se difundió en el mundo como arquitectura moderna. Aunque puede afirmarse que Le Corbusier, Gropius o Hilberseimer organizaban el territorio en base a la combinación de tipologías predefinidas, seguían criterios compositivos muy trabajados, diferentes a la mayoría de los barrios de grandes bloques de vivienda que se construyeron

³²⁹ Para profundizar en el tema, se recomienda leer la Tesis Doctoral de Lucía Martín López llamada La casa crecedera (1916), y para conocer cómo se pusieron en práctica estos conceptos en el ámbito latinoamericano resulta de suma utilidad la tesis doctoral de Helen Gyger llamada The Informal as a Project: Self-Help Housing in Peru, 1954–1986.

por el mundo, donde el ejemplo recurrente suele ser el Pruitt-Igoe en Saint Luis Misuri, o el Bijlmermeer en Ámsterdam (Figura 14). Esta tendencia a catalogar toda propuesta moderna como monótona, resulta infundada. Aun en casos como Brasilia (Figura 44), donde -si bien la escala de los bloques resulta exagerada- la disposición de los bloques y los gestos escultóricos de la arquitectura institucional dotaban de interés y variedad al conjunto.



Costa, L. (1957) Plan piloto para la ciudad de Brasilia [Eje institucional, estado actual]. Brasilia, Brasil. Gráfica propia.

Figura 44 Brasilia

Alexander retomaba esta crítica generalizada y la contrastaba con la variedad de la ciudad tradicional. Tanto Kevin Lynch como Alexander utilizaban como referencia la ciudad italiana de Siena (Figura 42) como un ejemplo para fundamentar parte de sus observaciones. Mientras Kevin Lynch generaba una codificación de la ciudad en base a elementos que favorecen la comprensión y la orientación en la ciudad, Alexander retomaba de las ciudades tradicionales una serie de patrones (soluciones espacio-funcionales) aplicables al diseño.

Mientras Lynch enfatizaba la lectura de la ciudad como conjunto, Alexander se focalizaba particularmente en el diseño de los elementos de la ciudad que favorecerían la orientación. Lynch ponía el énfasis en la lectura del todo, Alexander en los elementos. De cualquier manera, eran visiones complementarias que incluso compartían el mismo vocabulario. Por ejemplo, Alexander decía: *“construya por toda la ciudad lugares altos que actúen como hitos”* (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 295). Retomando uno de los elementos que, según Lynch, favorecerían la orientación en la ciudad.

Uno de los riesgos acerca de la construcción de la ciudad en base a la sumatoria de hitos, es la reducción de la arquitectura a su valor como gesto iconográfico. Aquel que se detenga a analizar en profundidad la propuesta teórica de Alexander, podrá notar que esta tendencia a construir hitos se combina con una multiplicidad de estrategias para dotar de vitalidad a la arquitectura. Para Alexander la arquitectura no era solamente la imagen icónica. No obstante, esta defensa de la arquitectura como hito, sintoniza y respalda una tendencia en auge a principios del siglo veintiuno. La arquitectura en la era de la globalización y la competencia mundial entre ciudades, queda despojada de sus valores vivenciales

(aquellos que defendía Alexander) para reducirse a un gesto formal, a un mero sello estampado en el paisaje.

Por otra parte, la necesidad de facilitar la orientación, llega a extremos contraproducentes sobre el espacio público. Tal como afirma Francesc Muñoz, los centros urbanos comienzan a pensarse con una lógica rigurosa y unívoca. Apoyándose fundamentalmente en la función comercial y turística. Se trata de un espacio público sobre-simplificado. Donde los recorridos y las actividades están perfectamente pautados, como si se tratara de un “*shopping mall* cielo abierto”. En el caso de la orientación, también se sigue la lógica que denunciaba Amendola en *La ciudad posmoderna* (2000). En un comienzo, los *shopping malls* tomaban elementos de las ciudades tópicas como Venecia, Miami o París, utilizando puentes, avenidas con palmeras, arcos y fuentes. Pero luego, se dio un proceso inverso, donde la ciudad comenzó a seguir la lógica de los *shopping malls*. Las ciudades comenzaron a guiar los recorridos, controlar los accesos y los usos del espacios público para filtrar todo aquello que pueda desentonar con una escenografía idílica. Los artistas callejeros, las protestas políticas, los mendigos y los enfermos son borrados del espacio público ante el riesgo de que puedan desvanecer la burbuja del consumo.

Dentro de esta escenografía insulsa que adquieren los múltiples centros (o grumos) de la ciudad global, los sistemas de orientación cobran un valor primordial. Los sectores de la ciudad se marcan con colores o nombres rimbombantes, mientras que aparece también una multiplicidad de edificios que compiten en estridencia para llamar la atención. Son hitos en el skyline. Cientos de hitos en una misma porción de ciudad. Con lo cual, se llega rápidamente al extremo opuesto, dado que la multiplicación de hitos termina causando mayor desorientación.

Por otra parte, los supuestos sistemas de orientación mediante señalización y campañas publicitarias que pretenden ordenar una ciudad tienen una existencia efímera y muchas veces no duran más de una gestión municipal, cambiando cada vez que cambia el signo político. El reemplazo de los sistemas de orientación siempre es incompleto, por lo cual, en la ciudad se puede ver la superposición de diferentes sistemas de orientación que instauraron a lo largo de los años las gestiones municipales, como si fueran estratos geológicos. En los barrios periféricos, por ejemplo, puede notarse que todavía perduran paradas de líneas de colectivos que ya no existen, carteles que dan la bienvenida a lugares que ya no están e información desactualizada de todo tipo. La confusión que se produce invita a pensar que la desorientación no era un rasgo específico de la ciudad moderna, tal como lo planteaba Alexander cuando escribía: “*La desorientación temporal en la ciudad moderna, [...] que va siempre acompañada de desasosiego*” (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 434). En todo caso, por más que la ciudad moderna ha perdido vigencia, el desasosiego continúa.

La arquitectura participativa siempre mantuvo esa intención de facilitar la orientación, con nodos e hitos bien definidos e incluso incorporando elementos urbanísticos de la ciudad tradicional que faciliten la comprensión del conjunto. El fundamento teórico de este accionar sostiene que la participación permite generar más variedad en los conjuntos de vivienda, puesto que cada usuario tiene mayor autonomía para elegir el modo en que se materializa cada vivienda. Por otro lado, se rompe el patrón normalizador que ejerce la visión de los arquitectos formados en la ortodoxia de las academias.

En el proyecto para el PREVI de Lima de finales del ‘60, la complejidad del programa derivaba en un esquema orgánico coherente, de mucha fuerza expresiva, aunque -por supuesto- cerrado en sí mismo, siguiendo los patrones que recomendaban construir barrios autónomos, bien delimitados y con identidad definida. Sólo se relacionaba con la ciudad en cuanto se protegía de las carreteras cercanas.

En Mexicali (Figura 46), Baja California, a mediados de la década del setenta, el planteo se volvía mucho más escenográfico y simplificado. Se generaba, una porción de barrio sobre-estetizado, que buscaba evocar los primeros poblados de fundación española en la frontera entre México y los Estados Unidos. Esta impostación ficticia constituye uno de los riesgos de la arquitectura participativa, mucho más cuando se plantea trabajar junto a grupos poblacionales que han sido marginados formal y socialmente de la vida urbana.

El verdadero desafío radica en generar entornos que sigan criterios estéticos consensuados, sin llegar a convertirse en un micro-mundo dentro de la ciudad. Se trata de integrar los barrios pero sin caer en el anonimato anodino de la ciudad pensada desde el único criterio de la máxima rentabilidad. Otro de los riesgos que atraviesa la arquitectura participativa es la consolidación de los estereotipos arquitectónicos y urbanísticos que se difunden por los medios de comunicación. Algunas críticas sobre la arquitectura participativa, buscaron asociarla a una forma de populismo demagógico. Como si el arquitecto renunciara a sus saberes para otorgarle a la gente una arquitectura que, a nivel personal, no le gusta, pero que tiene buena aceptación en ámbitos no profesionales.

En realidad, Alexander era consciente de la posibilidad de que las elites vayan moldeando un gusto uniforme sobre las clases populares, lo que Bryan Walker menciona como “*elite framing*” (Walker, 2003, pág. 1060). Para Alexander este riesgo se minimizaba a partir de un abordaje consciente y profundo de cada uno de los patrones, dejándonos arrastrar por ellos, tal como si fuera una verdadera experiencia de meditación. Los patrones no pueden ser una impostación sino que deben sentirse. Es un argumento difícil de desmontar, por traspasar el plano de la lógica para situarse en un plano emocional, y también es un procedimiento difícil de corroborar.

Sin embargo, cuando se aprecian algunos de los barrios diseñados participativamente por los hermanos Krier, Lucien Kroll, e incluso las propuestas del *New Urbanism* norteamericano, es imaginable que la elección de esa profusión de elementos de la arquitectura tradicional no siguió un proceso de selección tan profundo como el que proponía Alexander. Los tejados coronados con veletas, las espadañas y las arcadas ricas en ornamento se asemejan más a una porción de Disneylandia que a un sector de la ciudad real.

Multidisciplina Progresista

En este apartado, se busca destacar el modo en que las propuestas de Alexander se nutrían de una serie de intereses que constituían un pensamiento de avanzada con respecto al conservadurismo de las academias. Un rasgo común de estas búsquedas es que no respondían a una disciplina en especial, sino que surgían de una mirada convergente entre diferentes puntos de vista. Eran ideas que se enfrentaban, desde distintos campos del conocimiento, a una serie de prejuicios sociales. No alcanzan a ser ideas revolucionarias, en cuanto a que no apuntaban a cambios estructurales, pero buscaban abandonar la inercia del conservadurismo. De allí que en el título se las catalogue livianamente como “progresistas”³³⁰.

³³⁰ En una lectura política más profunda, Brian Walker lo relaciona con autores como John Dewey, Lester Ward, Herbert Croly y Walter Lippmann en cuanto al protagonismo que le otorgan a la ciudadanía como sujeto político. Puede destacarse también una similitud con autores como Geddes o Turner, dentro de las disciplinas relacionadas con el ambiente construido, por entender al tejido social como base de toda transformación democrática. Alexander trata de recomponer el contacto entre las personas. Algo que, según su mirada, se perdió a partir de la sociedad moderna. Para Alexander la centralización del poder implica, de por sí, tiranía. Y la descentralización, democracia.

Sin embargo, es innegable que, para llevar a cabo todas estas propuestas (si realmente se quisieran llevar a la práctica como una totalidad), se requerirían cambios profundos.

En ese sentido, Alexander era un revolucionario inocente, casi sin saberlo. O al menos, nunca quiso profundizar en los cambios sociales que requería la aplicación de sus propuestas.

En realidad, más que un listado de cuáles son las ideas progresistas de Alexander (lo cual conllevaría a una tediosa enumeración) se propone destacar algunas de sus propuestas como para entender cuál es el criterio general que se trasmite hacia la arquitectura participativa.

Gestión local

Alexander buscaba potenciar las organizaciones descentralizadas por sobre las estructuras verticales y centralizadas. En tal sentido, puede establecerse una similitud con las ideas de Turner. Principalmente, cuando el arquitecto inglés planteaba la necesidad de tomar las decisiones en el menor nivel de subsidiariedad posible. Cuanto más se alejan las decisiones de los implicados por esas decisiones se generan mayores conflictos. Por supuesto, aceptando que toda decisión implica diferentes niveles deliberativos y que resulta imposible decidirlo todo de manera deliberativa y horizontal. De allí la necesidad de encontrar el nivel más bajo posible. Es decir, que la pretensión de horizontalidad no entorpezca la toma de decisiones.

Para Alexander, las transformaciones del ambiente construido no podían ser encaradas como una sumatoria de acciones individuales. En su lugar, proponía potenciar las acciones individuales a través de una planificación de escala comunal. La escala más extensa que llega a mencionar es la escala regional, resultado de un agrupamiento de comunas de 7000 habitantes. Tal como afirma Walker, le brinda poca importancia al gobierno federal (Walker, 2003, pág. 1063). Era un antecedente de la gestión local del hábitat, tal vez con menos herramientas conceptuales, pero combinando elementos de análisis desde diferentes disciplinas.

Desde una visión económica cercana a Jane Jacobs proponía el comercio de pequeña escala. Tiendas atendidas por sus propietarios³³¹ en lugar de los grandes malls (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, págs. 390, 397), destacando la diversidad, el valor social del comercio barrial e incluso la identificación que se produce entre el producto que se vende y la reputación personal del vendedor: *“ese amor y cuidado y sabiduría sobre cada alimento que sólo son posibles con los tenderos que conocen muy bien lo que está vendiendo”* (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, págs. 390, 397). También desde el punto de vista de la salud, ponía el énfasis sobre la descentralización y la escala reducida, avanzando sobre un esquema de salud comunitaria por sobre la típica solución de subdividir el territorio en base al área de cobertura de grandes hospitales. Mientras los pequeños dispensarios permiten interactuar constantemente con el conjunto de la comunidad, *“los hospitales cargan el acento en la enfermedad”* (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 236). Éstos grandes conjuntos estructuran todo el sistema de salud en función del tratamiento de las enfermedades; cuando en realidad algunas corrientes dentro de las ciencias médicas proponen, en su lugar, trabajar sobre la promoción de la salud. Prevenir antes que curar. Para lo cual, se requería un esquema descentralizado, más cercano a la comunidad y

³³¹“Cuando el mercado tiene una gerencia única, como ocurre con los supermercados, los alimentos son insulsos y no resulta atractivo ir allí” (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 232).

complementando una serie de acciones pedagógicas y culturales para difundir información y comprometer a la ciudadanía en la construcción de un concepto de salud a escala local³³².

Por último, en una perspectiva desde las ciencias políticas, Alexander continuaba la misma visión de Patrick Geddes y John Turner cuando proponía el “*control político de las funciones locales*” y la creación de un “*pequeño concejo para cada comunidad de 7000 habitantes*” (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 227). A fines del siglo veinte, la necesidad de un gobierno a escala local se difundió como una alternativa a la burocratización del Estado centralizado.

En consonancia con las críticas de la economía neoliberal sobre la injerencia estatal en diferentes ámbitos de la sociedad (como el mercado y los servicios), los arquitectos, urbanistas y otras disciplinas relacionadas a la construcción del ambiente se plegaron a las críticas sobre un Estado fuerte y centralizado.

Por supuesto, no faltaban razones con respecto al mal funcionamiento de las políticas habitacionales, pero a lo largo de las décadas neoliberales tampoco se vieron mejorías destacables. Por el contrario, una proliferación de investigaciones basadas en la confección de organigramas, trataban de enmendar metodológicamente la falta de políticas estructurales.

En Latinoamérica, cuando se comenzaron a instalar las políticas neoliberales, existía también todo un caudal de recursos de la cooperación internacional que buscaba saltar los Estados Nacionales para llegar directamente a las comunidades. Era la edad de gloria de las ONGs. Una frase que rescata Ignacio Ramonet nos ayuda entender el trasfondo ideológico de tanta bibliografía orientada al tema de la gestión local: “*El estado gestiona y el mercado gobierna*” (Ramonet, 1997). El flujo de recursos por fuera de la órbita estatal constituyó un fenómeno efímero, puesto que el neoliberalismo también sufrió sus propias crisis a mitad de los ‘90 y luego de la primera década del siglo veintiuno. Las estadísticas sobre las condiciones de vida en las ciudades, pero principalmente el cambio en el flujo de los recursos, han llevado a las disciplinas relacionadas con el Hábitat a tratar de formular una nueva relación con el Estado y las comunidades locales. A principios del siglo veintiuno se habla de ciudadanía y gobernabilidad, donde la participación y el espíritu deliberativo adquieren un rol fundamental. En algunas propuestas, la participación se toma como una forma de legitimación, mientras que en otras constituye una base de funcionamiento democrático para abordar temas cada vez más profundos.

En todo caso, puede notarse que la propuesta de gobierno local que proponía Alexander no implicaba solamente una cuestión de cómo organizar los edificios institucionales, sino que dependía de iniciativas políticas de escala nacional. Luego de que pasaran casi cincuenta años de la primera edición de *Un lenguaje de patrones*, resulta ingenuo pensar que “*El gobierno local de las comunidades y el control local por parte de sus habitantes solamente ocurrirá cuando cada comunidad cuente con un edificio propio para concejo que constituya el núcleo de su actividad política*” (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 225). En un contexto donde los estados nacionales se encuentran doblegados por el poder transnacional de las finanzas, la construcción de concejos vecinales puede ayudar a fortalecer el

³³² También propone la descentralización de las instituciones de salud encargadas de asistir a la población durante los nacimientos. En el patrón número 65 llamado “Lugar de nacimiento”, Alexander se adelanta a las corrientes que difunden la necesidad de garantizar un parto humanizado, contrario a las prácticas frías, despersonalizadas y fuertemente jerarquizada por el poder pastoral de los médicos y los procedimientos burocráticos de los grandes hospitales. Propone un sistema descentralizado, que no considera el parto como una enfermedad, sino como un evento familiar cargado de significados sociales. (“Un lenguaje de patrones”, p. 304). En estas instituciones pequeñas, dispersas en el territorio, se espera recuperar la sabiduría popular de las comadronas, proponiendo que interactúen con personal de salud y miembros de la familia.

sentido de pertenencia e identidad, pero difícilmente pueda llegar a incidir en el rumbo de las políticas. La arquitectura debe ir acompañada y anclada, en procesos políticos profundos y sostenidos por bases poblacionales mayoritarias. De lo contrario, se pierde entre posturas *snoobs* y voluntaristas.

Incorporar a grupos postergados

Alexander planteaba construir el ambiente desde un concepto que todavía no estaba del todo desarrollado en su época, que es la inclusividad. Hay un espíritu general de la arquitectura participativa que busca incluir la mirada, e incluso la acción, de grupos usualmente marginados de los procesos de toma de decisiones. En un mismo sentido, los patrones de Alexander buscaban escapar a un usuario único y tipificado, que por lo general era el ser humano varón, en edad laboral y valores culturales occidentales. En sus propuestas siempre mostraba una combinación tipológica que favorecía la mixtura social, tratando de combinar distintos grupos etarios y núcleos familiares (30 % de personas solas, 10 % de parejas, 15 % de hogares colectivos y 45 % de familias) (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 178). Es un abordaje similar al que propone Zaida Muxi en el libro *Herramientas para habitar el presente*, sólo que haciendo la salvedad de la necesidad de combinar estos grupos tratando de minimizar conflictos en cuanto al uso y los ruidos molestos.

Así mismo, es interesante que cuando Alexander estudiaba una manera de organizar la región afirmaba que el gobierno local debía estar representado también en cuanto al género, para evitar la segregación por género (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 150). Nuevamente, resulta admirable el modo en que Alexander comenzaba a introducir en la arquitectura ideas de avanzada, provenientes (o con mayor desarrollo) desde otras disciplinas. En este tipo de sugerencias sutiles se puede ver la influencia de la década del sesenta, como un periodo de grandes luchas por parte del feminismo en la búsqueda de mayor equidad. Los textos de Janes Jacobs eran fundamentales en la denuncia de un urbanismo pensado para el hombre, donde la crianza de los niños se producía de manera totalmente alejada de las funciones laborales, con lo cual se generaban las siguientes opciones: o se trabaja o se cuida a los niños. Sabemos cuál era el rol asignado para los varones y cuál para las mujeres³³³.

Por otra parte, el libro *Un Lenguaje de patrones* planteaba una visión progresista con respecto a los adultos mayores. Mientras denunciaba la exclusión que realiza la sociedad moderna y productivista con respecto a la tercera edad, mostraba a los ancianos desde una concepción casi poética, como depositarios de la sabiduría colectiva a la espera de oportunidades para transmitir sus experiencias y enriquecer la vida social. En algunos patrones Alexander abordaba el modo en que los ancianos podían integrarse a la familia, a la ciudad, al mundo del trabajo, etcétera. Por momentos utilizaba frases

³³³ Hay que aclarar que en algunos pasajes del libro *Un lenguaje de patrones*, existe una visión de la mujer demasiado apegada a la vida familiar. También cuando Alexander describía el proyecto del PREVI Lima, fortalecía la visión de la mujer peruana como recluida de la vida social. Un rol afianzado en la cultura tradicional, pero que se encontraba en crisis en la misma sociedad peruana de la década del '60. Aún más cuestionable resultaba esa visión, si se analiza desde la óptica de un equipo de investigación radicado en Berkeley. Helen Gyger afirma que un planteo similar hubiera sido inaceptable en el ámbito de la sociedad norteamericana de fines de los sesenta. Sin embargo, la existencia de contradicciones no debe opacar el carácter pionero de Alexander en cuanto a la introducción de estos debates dentro del ámbito específico de la arquitectura. Quizás no sirve como justificación, pero también hay que aclarar que Alexander -en una postura cercana a la filosofía zen-, priorizaba la aceptación por sobre el juicio de valores. Desde la óptica racional e intervencionista del pensamiento occidental, esta postura más que pacifista, resultaba condescendiente.

conmoveras, aunque también frontales y directas. Era una ancianidad real, con sus defectos y virtudes. Lograba, así, un abordaje muy realista de la problemática que atraviesan los ancianos, sin romanticismos ni simplificaciones. Se trataba de integrar en la arquitectura y en la ciudad una etapa de la vida, cargada de simbolismo, pero con necesidades muy específicas.

Continuando con esta búsqueda por generar ambientes que favorezcan la integración social, en el libro *Un Lenguaje de Patrones*, se incluía una amplia variedad de propuestas con respecto al tema de la infancia. Alexander proponía una nueva mirada sobre los adolescentes y los niños, combinando diferentes estudios sobre el comportamiento y la psicología ambiental. Por debajo de sus propuestas podía leerse una crítica, por momentos matizada y por momentos explícita, acerca del modelo de crianza vigente en la sociedad occidental a mitad de siglo veinte. Por ejemplo, Alexander destacaba que para los niños era psicológicamente importante tener la sensación de que duermen acompañados, y sin embargo necesitaban cierta privacidad que les permita dormir cómodamente. Por ende, planteaba en primer lugar generar grandes habitaciones donde las camas funcionen como nichos que puedan integrarse o aislarse del espacio central. En segundo lugar, que toda familia tenga la posibilidad, de vez en cuando, de dormir en un único espacio. Para fundamentar ese patrón, esa solución espacial, Alexander afirmaba que la sociedad occidental otorgó al hecho de dormir juntos una connotación sexual inexistente en otras sociedades. En base a un espíritu represivo quedaba vedada la posibilidad de compartir un momento del día con mucho valor simbólico: el fin de la jornada. Por detrás de esta propuesta existía una crítica sobre una concepción moralina, cultural, del dormir que nada tiene que ver con algunas raíces antropológicas y biológicas asociadas a las horas de sueño. Alexander hablaba, en este patrón, contra la compartimentación y la atomización de la sociedad moderna, destacando la crianza de los niños de Estados Unidos como uno de los ejemplos más extremos. Aclarando que es uno de los países que ha llevado al extremo esta tendencia de confinar a cada niño en un cuarto separado. Una auténtica construcción del individualismo.

En *Un lenguaje de patrones*, puede verse también, la intención de incorporar los niños a la vida urbana. Contrario a la segregación funcional del movimiento moderno, Alexander proponía integrar la tarea de la crianza con el mundo productivo (todavía en aquella época no se consideraba la tarea de crianza como parte del mundo laboral). *“Los niños aprenden haciendo y copiando”*(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 274). Para ilustrar esta propuesta utilizaba una fotografía en la cual un grupo de hombres haciendo ejercicios miran de reojo a un niño que juega en primer plano. La imagen alcanzaba a decir mucho más que las argumentaciones de Alexander. Se trataba de reflatar el concepto de crianza colectiva al que apuntaba Jane Jacobs. Si bien no lo decía explícitamente, había una crítica al rol asignado a la mujer, atada a las tareas domésticas de la crianza.

El vínculo con las propuestas de Jacobs es muy cercano cuando se proponía, por ejemplo, generar dentro de la ciudad

“un sistema de caminos especialmente seguros, enteramente separados de los automóviles, con luces y puentes en los cruces, bordeado de viviendas y tiendas, de modo que haya siempre muchos ojos sobre él [...] De modo que los niños puedan vagabundear libremente sobre sus bicicletas y sus triciclos”(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 275).

Esta frase de Alexander remite directamente al modo en que Jacobs se oponía a los espacios de juegos que creaban los arquitectos en parques o conjuntos de vivienda. Decía que estaban pensados para madres ociosas que no tenían una mejor tarea que ir mirar cómo jugaban sus hijos en un recoveco

que los urbanistas consideraban apto para los niños, por lo general un espacio filtrado de los peligros de la vida urbana real y lejos para que el bullicio no moleste. Por el contrario, tanto Jane Jacobs como Alexander proponían integrar la infancia a la vida urbana, que su cuidado no sea una tarea de cada madre sino que se asuma como una tarea colectiva de la sociedad. Esto sólo podía producirse en una ciudad pensada a tales fines, con veredas generosas y con un mix de actividades que permita garantizar vitalidad y por ende seguridad en las calles. Tanto Jane Jacobs, como Alexander entendían que los niños no aceptaban de por sí, un espacio único donde quedarse a jugar. Por el contrario los niños avanzaban constantemente en su construcción del mundo, necesitaban el estímulo de conocer y experimentar el entorno que los rodea. Era una concepción de avanzada con respecto a algunas pedagogías más restrictivas que seleccionaban cuidadosamente la exposición de los niños al mundo real. En el mismo sentido que Jacobs y Alexander pueden destacarse toda una serie de propuestas de urbanismo participativo donde la mirada de los niños constituye un aporte esencial. Como ejemplo pueden mencionarse las experiencias de Francesco Tonucci que se difundieron por el mundo a fines de los noventa.

Con respecto a la inclusión de la mirada de los niños en las propuestas de diseño participativo, cabe realizar una aclaración que puede sonar demasiado fría, e incluso agresiva. A principios del siglo veintiuno se multiplicaron las experiencias de arquitectura y urbanismo participativo basadas en el trabajo con niños. Por lo general a partir de las escuelas, jardines de infantes o centros vecinales. Si bien esa tendencia incorporaba la noble fundamentación de Jacob y Alexander respecto a incluir la mirada de los niños en el urbanismo, también hay que aclarar que su proliferación (en contraste con la nula participación de otros grupos poblacionales), se debe a una serie de factores metodológicos que conllevan a serias distorsiones de la participación en sí. Existe una proliferación de propuestas de diseño participativo con niños y muy pocas con otros grupos poblacionales que padecen tanto, o aún más, la marginación del urbanismo ejercido de manera centralizada.

Pocas experiencias de urbanismo participativo están orientadas a los adultos mayores, a los desocupados, a los inmigrantes, en comparación con tantas propuestas que buscan integrar a los niños. Una serie de razones ayudan a pensar que resulta más fácil instrumentar un proceso participativo con niños que con otros grupos poblacionales. En primer lugar, los niños son más dóciles a un proceso pautado, con reglas claras e incuestionables, principalmente porque en las escuelas experimentan un proceso similar. Cualquiera que quiera implementar un proceso de diseño participativo con niños puede utilizar el mismo sistema de adoctrinamiento construido por las escuelas: un grupo mirando a una pizarra (o un papel afiche) que produce una serie de gráficas o requisitos, o “normas de convivencia”, en función de las consignas de un coordinador. Lo cual conduce a una interpretación muy pobre acerca del proceso de diseño. Pero sin indagar mucho en eso, también hay que mencionar que los niños son más propensos al paternalismo. Pueden aceptar mejor la idea de una opinión calificada capaz de guiarlos por la senda del buen diseño, esta figura es la que pretende encarnar el arquitecto o el técnico en participación. Por otra parte, los niños no tienen compromisos políticos ni intereses económicos en cuanto al ambiente. Hablan siempre en base a experiencias sensoriales difusas, a veces ingenuas, que despiertan la ternura de quienes guían el proceso de participación.

Es cierto que muchas veces esas experiencias revelan problemas reales de la ciudad, sólo que en la mayoría de los casos, el debate queda fijado en superficialidades y detalles de color. Como suele pasar con respecto a las tendencias que se vuelven masivas, esta tendencia a trabajar con niños termina tiñendo al resto de las experiencias similares. El riesgo más escalofriante es que se produce una

infantilización del diseño participativo como tal. Los coordinadores de los talleres tratan a los participantes como niños y se asumen en la figura de maestros de jardín de infantes. Se utilizan una serie de cartillas e instrumentos gráficos que, más que simplificar la lectura, descalifican al lector en base a la subestimación. Por supuesto, con estas reflexiones no se busca desacreditar toda experiencia de diseño participativo con niños, sino por el contrario servir como una advertencia acerca de sus riesgos. Sin lugar a duda, la mirada de los niños debe ser incluida en la arquitectura y el urbanismo participativo, siguiendo criterios similares a los de Jacobs y Alexander, más que como un mundo propio, integrada a las complejidades de la ciudad real.

Además, resulta muy interesante el modo en que Alexander comenzaba a contemplar, de manera temprana, los reclamos de pequeños grupos que padecen el modo de organizar la ciudad moderna. Como ejemplo se puede citar a aquellos grupos y activistas individuales que planteaban otra forma de relación entre la humanidad y los animales. Por supuesto, los reclamos de este sector no se veían reflejados con tanta claridad, pero al menos pueden verse patrones que subvierten esa lógica por la cual los animales aparecen en la sociedad solamente a través de las heladeras de los supermercados. Por el contrario *“el contacto con los animales puede jugar un papel vital en el desarrollo emocional de los niños”* (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 340), ante lo cual conviene generar *“leyes que permitan corderos, vacas y caballos en las comunidades”* (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 341). Incluso cuando hablaba del sistema de senderos y paseos en la ciudad, planteaba una idea difícil de concretar en cuanto al mantenimiento: recorridos especiales para la gente que tiene animales, sendas sin pavimento, solamente de césped natural para que no sea necesario limpiar los excrementos (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 373).

Quizás el núcleo problemático de las propuestas con respecto a la postergación de diferentes grupos sociales tiene que ver con el rol de la mujer dentro de la ciudad y la vivienda. Ya se ha mencionado que las viviendas del PREVI recibieron algunas críticas por naturalizar la posición retraída de la mujer en las sociedades tradicionales. En ellas, por ejemplo, se emulaba el famoso “balcón maderil limeño”, en el cual las mujeres podían mirar la actividad de la calle sin participar plenamente. El recurso sorprende porque da por sentado el sometimiento de la mujer, aunque mejora sus condiciones en cuanto que -al menos- puede mirar hacia la calle. Cualquiera podría confundirlo con un acto de cinismo, aunque luego de leer la totalidad de la propuesta teórica de Alexander, más que cinismo se alcanza a percibir una mezcla de aceptación pragmática de las dinámicas con una dosis de nostalgia que buscaba retomar un pasado idealizado.

Lo mismo puede decirse del patrón llamado *Cocina rural*. En este enfrentamiento hacia la “Cocina Frankfurt” diseñada por Margarete Schütte-Lihotzky, donde Alexander propone un cambio realmente liberador que tiene que ver con socializar la actividad de la cocina, termina tergiversando algunos reclamos de las luchas feministas. Comenzaba planteando un camino coherente, afirmando que la cocina separada era una reminiscencia de una sociedad estratificada, donde los sirvientes realizaban las tareas domésticas. Pero luego confunde todo al decir que la mujer “voluntariamente” aceptó ese papel, en reemplazo de esa servidumbre. La cita textual dice:

“La cocina aislada, separada de la familia y considerada como una fábrica de alimentos eficiente pero desagradable es una reminiscencia de los días de los sirvientes; y de otra época más reciente en que las mujeres asumieron voluntariamente el papel de criadas”(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 587).

Y no sólo confunde el problema, también desvía la respuesta. En lugar de cuestionar el rol de la mujer como confinada a la cocina, propone integrar la cocina a la vida familiar. *“Y es que la mujer que*

aceptaba la responsabilidad de cocinar aceptaba al mismo tiempo aislarse en la 'cocina' y en el fondo aceptaba con ello convertirse en una criada" (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 587). Por ende, lo que propone es que la mujer siga a cargo de la cocina sólo que integrada a la vida familiar. Incluso desde una visión pesimista, podría afirmarse que estaba solicitando que la mujer, además de cocinar, cuide a los niños al mismo tiempo. Podría asociarse a un chiste machista que todavía circula por Argentina: "¿Cómo le das más libertad a una mujer? Le ampliás la cocina".

Sin embargo, Alexander intuía que la solución de mejorar la cocina era incompleta, aclarando que las modernas casas americanas (se refiere a las Case Study Houses) *"han avanzado algo en la resolución de dicho conflicto"*, al integrar la cocina a las áreas de estar. *"Pero no basta. Si miramos bajo la superficie, encontraremos en esta clase de plantas la suposición subyacente de que cocinar es un castigo y comer un placer"* (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 587).

Por último, Alexander estaba en sintonía con una multiplicidad de grupos que fomentan el uso de las bicicletas en la ciudad. Al igual que los miembros del Team X, Alexander pretendía contrarrestar el caos que generó la inclusión del automóvil en la ciudad. Como alternativa, la peatonalización de todo el espacio público no parecía la solución más adecuada para Alexander. Por el contrario, fue uno de los primeros en tratar de coordinar una movilidad, e incluso una accesibilidad, a partir de la articulación de diferentes medios de transporte. Dentro de ellos, las bicicletas *"son baratas, saludables y buenas para el entorno; pero el entorno no está pensado para ellas. Los coches (las) amenazan"* (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 271). De allí la necesidad de generar una *mall de rutas ciclísticas*³³⁴ (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 271).

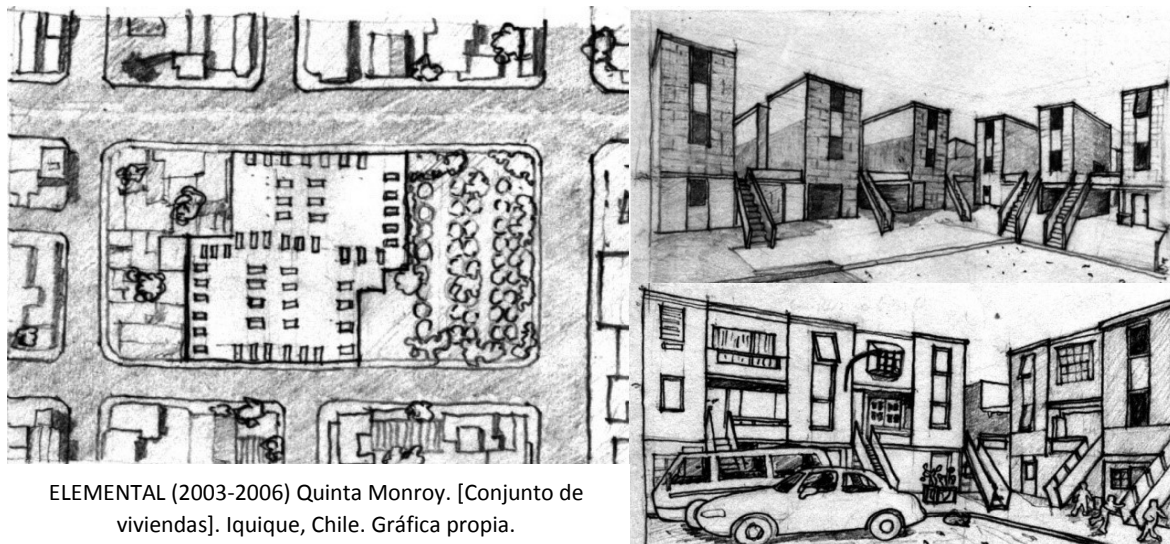
Cambios en la institución familia

En el libro *Un lenguaje de patronos*, Alexander afirmaba que *"La familia nuclear no es, en sí misma, una forma social viable"* por ser un número demasiado chico de personas para la infraestructura que requiere una vivienda unifamiliar (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 345). Por otro lado, al ser un núcleo aislado, separado del entramado social, cualquier conflicto entre sus integrantes, se vuelve grave y la desestabiliza. Es una entidad cerrada en sí misma negada a la influencia de la experiencia de vida de los tíos, abuelos y seres afines. Proponía, en cambio, una familia voluntaria, habitando alrededor de espacios centrales comunes, donde los miembros, por separado, pueden tener diferentes "dominios privados". Como puede apreciarse en esta idea, Alexander hablaba muy en serio cuando se proponía recomponer el tejido social, de manera que cuestionaba uno de los pilares de la cultura occidental: la familia mononuclear. Aún más, Alexander acepta cierta movilidad entre los miembros de esta especie de clan, por ende cuando un miembro se iba, se inicia un proceso de búsqueda para incorporar un reemplazo. Alexander sugería mantener un grupo constante que oscilaba entre las ocho y doce personas. Esta concepción de la vida en comunidad se difundiría con mucha facilidad dentro de los

³³⁴ El hecho de pensar las rutas ciclísticas como una malla constituye un notable adelanto con respecto a las ciclovías que se construyen, en pleno siglo veintiuno, en algunas ciudades del mundo. Por lo general las ciclovías se construyen entre pomposas inauguraciones, cargadas de señalizaciones ostentosas y haciendo un derroche espectacular de pintura para pavimentos. En algunos casos cumplen la función de resguardo con respecto a los automóviles, aunque muchas todavía no han logrado resolver el problema de los cruces e intersecciones. Muy pocas cumplen el criterio primordial de Alexander (articularse entre ellas para constituir una red) y casi ninguna conduce a puntos de interés. La mayoría de las ciclovías son rutas inconexas, construidas en lugares residuales como antiguas vías del ferrocarril, calles excesivamente anchas donde no habría riesgo de andar sin ciclovía o calles donde circula poca gente. Con lo cual, se suma un factor de inseguridad por robos que no existía en las calles invadidas por los autos.

proyectos participativos a partir de la difusión de uno de los proyectos más exitosos del equipo de Alexander: el Builder's Yard de Mexicali (1975, Figura 46).

Si bien este ejemplo se abordará posteriormente con mayor detenimiento, por el momento conviene aclarar que se trataba de un grupo de cinco núcleos de familias localizadas junto a un obrador donde se producían los componentes para la producción de las mismas viviendas. Con el tiempo el obrador se afianzaría como emprendimiento productivo para brindar trabajo a la comunidad, consolidando y diversificando las funciones del sector. En este ejemplo puede notarse un intento por rescatar una forma de agrupamiento con profundas raíces en la antropología.



ELEMENTAL (2003-2006) Quinta Monroy. [Conjunto de viviendas]. Iquique, Chile. Gráfica propia.

Figura 45 Quinta Monroy

La misma estrategia es la que implementan en 2003-2006 el grupo ELEMENTAL para organizar el conjunto de viviendas de Quinta Monroy en Iquique, siguiendo un esquema de patios rodeados de viviendas mínimas pensadas para crecer en altura, hacia los costados o por completamiento. En la memoria descriptiva, Alejandro Aravena comenta que el diseño definitivo surgió a partir de una serie de reuniones con los futuros pobladores y que los agrupamientos se conformaron según criterios de afinidad, para que cada patio funcione como una vecindad. Se retoma una forma de subsistencia común en los asentamientos y barrios pobres de Chile, que es la familia extendida. Es decir, un grupo formado por más de un núcleo familiar que mantiene una relación de reciprocidad y que organiza una serie de tareas comunes como la subsistencia, la crianza de los niños y la mejora de las condiciones habitacionales.

Por supuesto, los grupos en la propuesta de Aravena son más numerosos y no se prevé un modo de reemplazo de las familias, pero sirve para demostrar que el espíritu de las ideas de Alexander continúa, al menos, en quienes afirman utilizar mecanismos participativos.

Cambios institucionales y políticos

Además de proponer cambios dentro de la estructura familiar, Alexander planteaba transformaciones en las principales instituciones de la sociedad. Si individualmente, cada uno de estos cambios resultaba muy difícil de realizar, como conjunto terminaba siendo utópico. Tal vez, si en algún libro se profundizara el modo en que se podrían llegar a alcanzar o desenvolver esos patrones

socialmente (desde la organización de las personas y la distribución del poder), las propuestas de Alexander se podrían ver como revolucionarias más que como utópicas.

De todos modos, esta crítica implicaría exigirle al equipo de investigación de Berkeley, un objetivo que ellos mismos no se plantearon en ningún momento. En todo caso, el camino iniciado por Alexander abre el camino a nuevas investigaciones que puedan profundizar acerca de las implicancias sociales de algunos de los patrones propuestos y cómo alcanzarlos. Son líneas de investigación pendientes para quienes se consideren seguidores de sus ideas. A continuación, mencionaremos algunos de los cambios que propone Alexander con respecto al sistema de instituciones que regulan el funcionamiento de la sociedad. Rescatando principalmente aquellos cambios que requieren de grandes transformaciones sociales para lograr su aplicación.

Fábricas y talleres autogestionados

En el libro *Un lenguaje de patrones*, una serie de patrones cuestionaban la lógica de producción y de trabajo propias de cualquier sistema fundado sobre las bases del capitalismo. Por ejemplo, uno de los patrones apuntaba hacia lo que en otros ámbitos se conoce con el nombre de *fábricas autogestionadas*. Era, en realidad, una declaración con respecto a lo que deberían ser las relaciones laborales en un mundo mejor. Es interesante porque incluía una mistificación del trabajo y del modo en que éste configura la identidad de los trabajadores, comparable con las reflexiones del joven Marx.

Pero también se combinaba con las críticas a la sociedad de consumo que tienen su auge durante el movimiento hippie de los sesenta. Alexander afirmaba que “*nadie disfruta de su trabajo si es un mero engranaje de una maquinaria*” (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 363). Como contrapartida, proponía organizar la producción en base a la sabiduría y el criterio de los obreros, es decir, de quienes conocen el proceso de producción. En este caso, se asemejaba a algunas posturas de izquierda que no profundizan en la lucha de clases sino en el trasfondo conceptual y ético de una sociedad donde la producción no sea sinónimo de explotación entre las personas. Al igual que en algunas propuestas del anarquismo, no analiza la multiplicidad de conflictos que puede llegar a producir este tipo de organización del trabajo en relación a la estructura de poder vigente en el capitalismo. En su lugar, se destacaba el valor ético de los cambios y los beneficios reales que podrían alcanzarse³³⁵.

Universidad inserta en los procesos políticos y sociales

Alexander expresaba su descontento con respecto al mundo universitario a través de una serie de patrones que se anticipan a debates que tienen plena vigencia en las universidades públicas de Argentina a principios del siglo veintiuno.

En *Un lenguaje de patrones* se planteaba integrar la Universidad en la realidad cotidiana de la ciudad, abrirla a los procesos comunitarios. Para lo cual, ésta debía concebirse a nivel espacial, “*como una plaza pública*”. Incluso superaba la visión estrictamente espacial para afirmar la necesidad de “*que cualquiera pueda dar o tomar un curso*” (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 221). Con lo cual, no se trataba de un patrón que buscaba resolver, solamente, la disposición edilicia de la institución. Era un proyecto de Universidad abierta a la comunidad desde todo punto de vista: “*Las universidades*

³³⁵ Para profundizar sobre este tema, conviene revisar la bibliografía surgida a partir del movimiento de fábricas recuperadas de la Argentina, resultado de la crisis del 2001. En un documental llamado *La Toma* (2004) Naomi Klein analiza algunas aristas del fenómeno, aunque cabe aclarar que se trata de un fenómeno incompleto, que todavía continúa en permanente transformación, atravesando un proceso minado por las dificultades económicas y la adversidad de algunos sectores del Estado.

concentradas, enclaustradas, con una política de admisiones cerrada y unos procedimientos rígidos que dictaminan quién puede dar una lección, matan las oportunidades de aprender” (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 221).

Es interesante notar que Alexander no propone esto a partir de una estrategia de socialización del conocimiento, sino como un requisito para mayor producción de conocimiento. Con lo cual, no hay que distorsionar la raíz política de las propuestas; es una postura más liberal que socialista, puesto que considera que cuanto mayor apertura, mayor circulación y por ende más producción de conocimiento. Es por eso que plantea mirar la Universidad *“como mercado de ideas”*(Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 223)³³⁶.

Espacio público

Si bien Alexander no hablaba de este concepto utilizando los mismos términos que emplean los principales teóricos de fines de siglo veinte, como Saskia Sassen, Manuel Delgado, Jan Gehl, existe un trasfondo conceptual compartido. Dentro de las principales búsquedas de Alexander, continuadas desde diferentes ópticas luego de más de cuarenta años, se destacaba la necesidad de revitalizar las calles y plazas frente a la visión simplificada de los espacios de uso colectivo que proponía el urbanismo moderno. En la selección de los ejemplos y en la mixtura de usos que mostraba puede notarse una intención por recuperar la complejidad y el dinamismo de los espacios públicos de la ciudad tradicional. Pese a lo cual, no debe entenderse solamente un rescate desde la funcionalidad y el programa arquitectónico. Se trata también de una propuesta cargada de contenido político. Muchos de los patrones apuntaban a una recuperación del disfrute y el goce de la ciudad³³⁷, siguiendo una línea similar

³³⁶ La relación entre la Universidad y la arquitectura participativa tiene su punto de contacto en una serie de experiencias de extensión universitaria que buscan vincular diferentes sectores de la universidad con los requerimientos de la sociedad. Puede ser a través de grupos de investigación (así nació el proyecto de Mexicali de Alexander), programas anuales como hacía Samuel Mockbee en el Rural Studio de la Auburn University de Alabama o con una cátedra que realice prácticas brindando servicios a la comunidad, como por ejemplo el Taller Libre de Proyecto Social (FADU UBA) dirigido por Beatriz Pedro y Esteban Rico. También se genera a través de proyectos de extensión que vinculen diferentes cátedras, o agrupaciones estudiantiles. Dentro de todos estos grupos existen numerosas experiencias que incluyen transformaciones del ambiente construido. Un rasgo común es que suelen utilizar metodologías participativas aprovechando dos características siempre destacadas entre los autores que abordan la participación. Por un lado, el valor pedagógico de los mecanismos de participación, el énfasis en el modo en que se construye conocimiento de manera horizontal, en igualdad de condiciones. Por otro lado, se basan en que la participación permite una forma de ejercicio democrático que contribuye a la construcción de ciudadanía y que permite a los grupos encontrar una dinámica propia para la toma de decisiones y el alcance progresivo de metas. En la práctica, el verdadero desafío para las actividades extensionistas es plantear proyectos sostenibles en el tiempo, que no requieran de la asistencia constante por parte de la Universidad y que repercutan en beneficios reales para la población. Cuando los proyectos no surgen de una necesidad expresa y movilizadora por parte de la comunidad, las experiencias de arquitectura participativa -por más que alcancen resultados materiales (e incluso simbólicos)- no generan cambios profundos. Terminan siendo experiencias fugaces, basadas en la buena intención de gente que está de paso, hoy está y al otro día se esfuma. Como una especie de viaje de egresados con fines altruistas. Dentro de los casos en que la participación está mejor instrumentada, pueden destacarse, en Argentina: las experiencias del ya mencionado Taller Libre de Proyecto Social y Proyecto Habitar en Buenos Aires; Matéricos periféricos en Rosario; los diferentes grupos nucleados en el Taller de Diseño Cooperativo y Territorio en Acción, en Córdoba; el grupo el Puente, en Tucumán; entre otros. Todos estos constituyen ejemplos que, al menos han mantenido constancia en el tiempo y han tratado de profundizar el alcance de su inserción territorial sin perder el vínculo con lo académico.

³³⁷ Si bien no existen citas directas en los libros de Alexander, el mundo académico dentro del cual se desarrollan sus teorías estaba teñido por la visión de autores como Henri Lefebvre, los Situacionistas y Johan Huizinga.

a quienes se oponían al perfil productivista de la ciudad donde las personas eran tratadas como autómatas con recorridos y funciones tipificadas. Es interesante que incluso se opone a los nuevos criterios de espacio defendible (analizado por Oscar Newman), proponiendo paseos y plazas que favorezcan el *loitering* (holgazanear, recostarse en el espacio público), donde el paseo y la posibilidad de deambular sean un acto cotidiano y no un privilegio de los sectores acomodados de la sociedad (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 413).

En ese sentido se adelanta y se opone a toda una multiplicidad de mecanismos represivos que implementan las ciudades para llevar al plano del espacio público la segregación social que se produce a nivel residencial. Actualmente, existe una tendencia a confinar los barrios de la población de menores ingresos en las periferias de la ciudad, este desplazamiento se acompaña de una estrategia que busca mantener a cada sector poblacional en su propio barrio. A tales fines se implementan una serie de mecanismos represivos como el *scan space*, los controles policiales, y las tecnologías digitales para mantener a la población de menores ingresos lejos de los barrios céntricos.

Alexander apuntaba en la dirección opuesta, consideraba que la arquitectura y el urbanismo debían propiciar el encuentro y el contacto social, remediando la anomia y el aislamiento de la sociedad moderna.

“Su trabajo propicia un filosofía crítica de largo alcance con respecto a las condiciones de alienación moderna que se caracteriza por la separación de los humanos con respecto a la naturaleza, la división regimentada entre trabajo y vivienda y la separación del conocimiento arquitectónico de la vida cotidiana de los usuarios”(Bhatt, 2010).

En ese sentido, la vocación por generar espacios de encuentro y permanencia, tanto en los peldaños de una escalera convertidos en asientos como en las arcadas que rodean a una plaza, trascendía lo estrictamente formal para repercutir en un plano filosófico y político.

Ejemplos construidos

Mexicali

Estrategia general

El proyecto de Mexicali, en Baja California (México) es una experiencia de autoconstrucción de viviendas (Figura 46). El Gobierno Federal contactó al Center of Environmental Estructure a finales de 1975 para desarrollar un proyecto modelo de treinta viviendas nucleadas alrededor de un obrador comunitario que serviría como emprendimiento productivo. El obrador serviría para acopiar materiales y producir elementos de construcción que permitan levantar las viviendas y transformarlas a lo largo del tiempo. Las funciones del obrador también cambiarían a lo largo del tiempo para incorporar todo tipo de funciones que permitieran una vida comunitaria autónoma y diversa.

El sitio desértico era un terreno periférico al borde de las montañas, en abrupta transformación debido a la constante afluencia de migrantes que llegaban en busca de trabajo desde todos los rincones de México. Mientras el gobierno de México buscaba dar una respuesta al caótico proceso de urbanización, la estrategia general de Alexander planteaba generar una política de vivienda descentralizada, progresiva y heurística.

Es decir que, en función del éxito de las primeras comunidades, se podrían ir multiplicando las experiencias en colonias organizadas de un modo similar. Era un sistema de colonias relativamente autosuficientes y sostenibles en el tiempo, basadas en el trabajo y la vida comunitaria. *“El uso de un lenguaje de patrones se veía como una manera de incrementar aquellos aspectos del ambiente*

construido que fomentan la autonomía individual y grupal y que estimulan el orgullo comunitario y la identidad” (Fromm & Bosselmann, 1984).

Las cinco primeras familias comenzaron a formar parte del proyecto luego de contestar un anuncio del Gobierno en febrero de 1976. Y en marzo de 1976 ya estaba trabajando en el sitio un equipo conformado por 13 estudiantes y arquitectos de Berkeley.

El obrador comunitario (builder’s yard).

El obrador comunitario era una sumatoria de recintos construidos nucleados alrededor de dos patios, el más grande incluía una fuente y se convertía en el corazón social del conjunto. En el proyecto se pensaba que podía ser un lugar donde los trabajadores se reunieran en los momentos de descanso para relajarse y comentar sus experiencias diarias. Tal como puede notarse en algunas secciones del libro *Un lenguaje de patrones* referidas a espacios de trabajo, el lugar de reunión comunitario favorecía la comunicación interna influyendo positivamente en el ánimo de los equipos de trabajo y en la producción en sí. Dentro del obrador se acopiaban materiales y se elaboraban componentes pre-elaborados. Tenía una máquina italiana de bloques de suelo cemento que podía llegar a elaborar unos 400 bloques en un solo día.

Con el tiempo, el obrador planteado “*como un oasis frente a un entorno de polvo y encandilamiento*” (Fromm & Bosselmann, 1984) se completaría con habitaciones para los trabajadores, un comedor comunitario, oficinas y un jardín interior.

El conjunto de viviendas

El conjunto de las cinco viviendas estaba ubicado frente al obrador y se organizaba como un *cluster* alrededor de un patio comunitario. Las viviendas, siguiendo las ideas de Alexander, eran todas diferentes y conformaban un todo, donde el espacio abierto rodeado de circulaciones y espacios de transición favorecían la vitalidad del conjunto. El concepto de totalidad era tan importante, que era difícil individualizar cada una de las viviendas. En lugar de verse como parte de las manzanas de la ciudad, era como un pueblo en medio de la nada. Exteriormente, se percibía como un conjunto armónico de recintos de una planta, que sostenían gráciles bóvedas y cúpulas. Los recintos se articulaba en base a una secuencia de columnas y muros gruesos pero de poca extensión que definían espacios de permanencia bien provistos de bancos, molduras y detalles llamativos.

Las unidades

Las viviendas estaban construidas según la articulación de diferentes soluciones espaciales tomadas del libro *Un lenguaje de patrones*. El proyecto trataba de prestar especial atención a los factores contextuales como la elevada amplitud térmica y la necesidad de generar estructuras sismo-resistentes, utilizando bloques inter-trabados de suelo cemento en la mampostería³³⁸ que sostenían bóvedas y

³³⁸ En el texto de Dorit Fromm y Peter Bosselmann se aclara que nunca lograron encontrarle una proporción adecuada a la mezcla de los bloques de suelo cemento. Se utilizó demasiado cemento y por lo tanto se sacrificaron las propiedades térmicas del suelo. Esto debe llamar a una reflexión acerca de las técnicas constructivas experimentales, dado que nunca dejan de ser una forma de experimentación (desde la etapa de diseño, pasando por la construcción, hasta el momento mismo en que se habita la vivienda). Desde un punto de vista extremadamente crítico, la vivienda social con técnicas experimentales es una forma socialmente aceptada de experimentar con la población de escasos recursos. No hay nada de malo cuando un arquitecto, diseñando su propia casa, decide convertirse en conejillo de indias de sus propios experimentos, pero pueden generarse muchos inconvenientes cuando se utilizan técnicas experimentales en barrios enteros. En Córdoba, pueden verse una serie

cúpulas livianas de concreto. Todas las viviendas seguían una disposición aproximadamente lineal en forma de “L”, pero con diversas salientes hacia la calle y el espacio comunitario. Un sistema de porches y galerías permitía generar espacios intermedios, transiciones de lo abierto a lo cerrado, como respuesta a la hostilidad del clima desértico.

El proceso de construcción estuvo guiado por profesionales y estudiantes de universidades de México y Estados Unidos. *“El gobierno de México permitió que Alexander definiera los estándares de diseño y construcción”* (Hailey, 2005).

El proceso

El Gobierno disponía de 30 terrenos de 2500 pies ubicados en “colonias populares”, provistos de agua, electricidad y calles sin pavimento. A cambio de impulsar la construcción, las autoridades esperaban difundir técnicas constructivas que mejoren la autoconstrucción en cuanto a sismo-resistencia y acondicionamiento climático. Para Alexander, era una oportunidad de proponer un sistema de

“descentralización social del control del trabajo [donde cada obrador comunitario generaría] una relación orgánica con la comunidad a la cual sirve, [...] un núcleo de actividad constructiva, [...] un punto de anclaje fijo, una fuente de información, herramientas, equipamiento, materiales y asistencia técnica” (Alexander citado en Hailey, 2005).³³⁹

Incluso alcanzaba a pensar que el programa iría cambiando progresivamente, abarcando de manera secuencial: habitación temporaria para los arquitectos-constructores; depósito comunitario de maquinaria de bajo costo; centro local de artes; centro de industrias cooperativas y producción horizontal, formando parte de una red de centros de capacitación (Hailey, 2005).

El diseño y la construcción a la par de los pobladores tenía, además de un componente pedagógico, un énfasis sobre la cuestión háptica que garantizaba mayor atención en cada uno de los detalles. Los pobladores, al estar inmersos en el proceso de construcción, aumentaban su sensación de responsabilidad y control sobre la obra, *“entendiéndola a través de las manos y los dedos, comprendiéndola profundamente, del mismo modo en que [...] el buen cocinero entiende su sopa probándola”* (Hailey, 2005).

En diciembre de 1976 se terminaron cinco viviendas luego de innumerables retrasos debido a problemas en cuanto a la organización general y la producción de bloques. Luego de terminar el primer *cluster* de cinco viviendas el Gobierno no renovó el contrato, y por ende quedaron sin construir las veinticinco viviendas restantes del proyecto inicial. Así, de manera tan brusca, se vio truncada la posibilidad de generar un sistema de vivienda descentralizado, progresivo, de gran escala.

Según destaca Charlie Hailey, hubo dos problemas fundamentales que hicieron naufragar el proyecto de obrador comunitario para la provisión de vivienda. En primer lugar, no se adecuaba a los requerimientos del Gobierno Mexicano que trataba de proveer una respuesta inmediata, un techo básico, ante la constante llegada de migrantes. Frente a esto, la idea de Alexander requería un proceso largo y complejo que implicaba un trabajo constante e intensivo que sólo podía ser llevado a cabo

de artículos periodísticos acerca del conjunto de viviendas ya erradicado, conocido bajo el mote de “La Carbonilla”. Era una serie de viviendas construidas con materiales que aprovechaban un producto económico que terminó afectando la salud de los habitantes. Para más información, revisar:

http://archivo.lavoz.com.ar/2001/0722/grancordoba/nota45513_1.htm

http://archivo.lavoz.com.ar/nota.asp?nota_id=223026

http://archivo.lavoz.com.ar/08/07/17/secciones/grancordoba/nota.asp?nota_id=222733

³³⁹Alexander, *The production of houses*, 1985, pág. 93 citado en Hailey, *Re-viewing the Builder’s Yard as a Place for Design Visualization*, 2005

mediante el compromiso desinteresado, y algo ingenuo, de los estudiantes voluntarios. A juzgar por los primeros resultados, esta no era una respuesta acorde a la magnitud del problema. Por otro lado, el sistema de producción de componentes constructivos de suelo cemento terminaba siendo poco competitivo frente a la disponibilidad de bloques de cemento. Esta última, es una razón de mercado, que termina cuestionando la intención de que *“el obrador público se convierta en una ciudad dentro de la ciudad”* (Hailey, 2005). Tarde o temprano, las condiciones de mercado entran en conflicto con las lógicas comunitarias. Ante la ausencia de una estrategia de mediación entre la fuerza abrumadora del mercado y la organización comunitaria, el emprendimiento fracasó por razones económicas³⁴⁰.

Evaluación posterior

Un detalle fundamental de esta experiencia es que dos de los alumnos que formaron parte del proceso de construcción y asistencia técnica durante 1976, volvieron siete años después para constatar la evolución del proyecto mediante una serie de visitas y entrevistas a los pobladores realizadas en el sitio. Las observaciones de Dorit Fromm y Peter Bosselmann están compiladas en un texto que permite emitir una serie de reflexiones sobre la transformación del espacio público del conjunto y las viviendas.

Siete años después, todavía seguían viviendo en el lugar las mismas familias que habían iniciado el proyecto en 1976. El obrador comunitario estaba totalmente abandonado causando constantes problemas en cuanto a la seguridad del entorno. Sin embargo, lo más llamativo de la evolución del conjunto era que el espacio comunitario había sido completamente dividido por una serie de muros y rejas que actuaban como medianeras fragmentando al extremo los espacios abiertos. Los límites de las viviendas que daban a la calle también habían sido clausurados comprometiendo la iluminación interior de las habitaciones. Las familias mexicanas encerradas por violentos muros simbolizaban de manera vívida el fracaso de la vida colectiva en favor de la atomización social. Esta última característica era, según Alexander, un defecto de la sociedad moderna, que ahora se hacía presente pese a la multiplicidad de lugares de encuentro que propiciaba el conjunto y pese a las técnicas artesanales que le dieron forma. La arquitectura reflejaba toda su impotencia ante los procesos sociales.

³⁴⁰ Nunca tiene mucho sentido imaginar un rumbo distinto al que ya ha tomado la historia. La pregunta *“qué hubiera pasado si”* siempre deja un margen de especulación que termina cayendo inevitablemente en el ámbito de la arbitrariedad. Sin embargo, interesa destacar que, desde un punto de vista estrictamente económico, la subsistencia del obrador comunitario dependía de factores externos. Ante esa desventaja pueden estipularse dos alternativas. La primera es orientar el emprendimiento que brinda sustento al conjunto según un estudio previo de las condiciones de mercado. Probablemente el emprendimiento productivo debía orientarse a un nicho de mercado detectado previamente. Quizás ni siquiera tenía que estar relacionado a la construcción de viviendas, quizás lo único que se necesitaba era generar ingresos para mantener constantes las inversiones en el proceso de construcción. Cuando la Dirección de Hábitat Popular de la Municipalidad de Córdoba realizó una evaluación sobre los materiales que se necesitaban para reparar los daños que había dejado un tornado en los barrios de San Roque y Villa La Tela, los arquitectos se reían porque una familia había llenado la ficha de solicitud de materiales pidiendo un caballo para el carro. Allí donde los técnicos ofrecían arquitectura, primero hacía falta una fuente de subsistencia. La segunda opción es tratar de actuar por fuera de las lógicas del mercado, para lo cual, es necesario prever algún tipo de política o línea de acción que permita proteger (mediante subsidios, fomentos o eximiciones) la comercialización del producto frente a un sistema de precios formado bajo otras lógicas (la máxima rentabilidad, la explotación de los trabajadores, la competencia de precios, la libre importación, etcétera). La segunda opción, es un poco más idealista, pero no por eso imposible.

Transformación del espacio de uso colectivo

Para entender esta segmentación de los espacios comunitarios, deben considerarse una serie de apreciaciones surgidas de las entrevistas realizadas por Fromm y Bosselmann.

En primer lugar, el espacio comunitario central y abierto generaba una ambigüedad en el límite de dominios (público-privado) que dificultaba el mantenimiento y la convivencia. Dos de los entrevistados se quejaban por la intromisión de los niños (todas son familias numerosas) en los pórticos de las viviendas, e incluso una de las entrevistadas se quejaba por la indiscreción de los vecinos en su vida privada.

En segundo lugar, el espacio abierto totalmente comunicado a la calle dificultaba la seguridad del conjunto, hecho que se agravaba por ubicarse frente al predio abandonado del obrador. Los entrevistados comentaban acerca del ingreso de extraños al patio central, a veces sirviendo como atractivo para transeúntes curiosos y en otros casos como escondite para los delincuentes. En esto puede apreciarse también una evolución del contexto urbano, que ya no era un oasis en el medio de la nada sino que formaba parte de una porción de la ciudad sometida a un proceso de urbanización vertiginoso.

Por último, y quizás relacionado con los factores anteriores, se generaron una serie de conflictos entre vecinos que terminaron por socavar los vínculos entre familias. Dentro de este factor, los autores consideran determinante la muerte de uno de los pobladores, Julio Rodríguez, que funcionaba como agente de cohesión grupal, un líder carismático natural que colaboraba para mantener unido el grupo. Lo cierto es que su esposa, viuda, fue la primera en tapiar el límite con los vecinos porque no se sentía segura ni contenida en una vivienda totalmente permeable al exterior. También era la única que reivindicaba su decisión y afirmaba abiertamente que prefería vivir en una organización espacial que favorezca la división individual de los lotes. El resto de los vecinos, comentan la fragmentación del espacio colectivo como si se tratara de un fracaso grupal. Se sentían responsables de arruinar una iniciativa positiva y mostraban un sentimiento de culpa frente a los diseñadores que habían proyectado el conjunto en función del bien común.

La mayoría de los vecinos apreciaba las virtudes de la vida comunitaria y acusaba al resto de las familias de un comportamiento adverso al sentido de bien común.

En la introducción al texto de Fromm y Bosselmann, Alexander afirmaba que pasados tantos años ya no tenía sentido remitirse a los sentimientos de las familias, lo cual es llamativo porque muchos de esos sentimientos estaban totalmente relacionados con los aportes teóricos de Alexander. Por ejemplo, una de las familias afirmaba que le hubiera gustado mantener la vida comunitaria alrededor del patio, pero solamente junto a familias de un mismo "*background*". Evidentemente, esta afirmación esconde por detrás un llamado hacia la sociabilidad selectiva. Resulta llamativo, porque este criterio es el mismo criterio de los barrios cerrados (*countries*) aplicado en el otro extremo del espectro económico, la vivienda para sectores de bajos ingresos.

Sin embargo, hay que aclarar dos cuestiones fundamentales. En primer lugar, toda experiencia colectiva que pretenda durar en el tiempo requiere un trabajo social previo con las familias involucradas. Los programas que se ejecutan de la noche a la mañana nucleando grupos de personas desconocidas entre sí, deben sortear todo tipo de fricciones sociales³⁴¹. Por otro lado, cuando en *Un lenguaje de*

³⁴¹ Esto no tiene nada que ver con el origen social de las personas. Muchas veces, como en este caso, trascienden los conflictos dentro de una población con menores ingresos, porque sus integrantes son los únicos que dependen

patrones Christopher Alexander propone resolver la cuestión habitacional formando grupos más amplios que un único núcleo familiar, adelantándose al concepto de familia extendida, afirma que en el caso de que un miembro abandone el grupo, podría iniciarse un proceso de selección para encontrar el reemplazo (Alexander, Silverstein, & Ishikawa, 1980, pág. 345). Es decir que, para mantener el número óptimo de residentes en una estructura física (para Alexander es de 8 a 12 personas), se acude al criterio de sociabilidad selectiva: vivir con gente del mismo “*background*”.

Por su parte, Fromm y Bosselmann percibían el fracaso del espacio comunitario como un simple cambio de prioridades. O sea que las familias, siete años después, priorizaban el tema de la seguridad y la privacidad por sobre la vida comunitaria. Cabe preguntarse si en algún momento, los diseñadores tuvieron en cuenta la seguridad y la privacidad como un requerimiento. A juzgar por los textos elaborados por el equipo de Alexander, la vida comunitaria siempre fue una prioridad para los diseñadores. Cualquiera podría pensar que, en realidad, fue una prioridad inculcada momentáneamente en los pobladores que se desvaneció con el tiempo. Con lo cual sería un proceso de diseño participativo con un alto grado de imposición. O que, en todo caso, incluía un acuerdo tácito donde los pobladores obtenían algunas facilidades para acceder a su vivienda y a cambio debían formar parte, brevemente, de un esquema de organización comunitaria anhelado por los diseñadores. Una vez superada la instancia de construcción, cada familia seguiría por caminos separados. Un problema que ya habían señalado Peter Marcuse y Kosta Mathey con respecto a la autoconstrucción.

Otro aspecto conflictivo, que Alexander había tratado en profundidad en sus escritos, fue la incorporación del automóvil. Cuando las familias empezaron a cercar el espacio público, todas buscaban tener el acceso directo en automóvil desde la calle. Es extraño que Alexander, que había dedicado parte de sus ideas a resolver la incorporación del automóvil en los conjuntos, no tuviera en cuenta el automóvil en un conjunto ubicado en la más extrema periferia.

Cambios en las viviendas

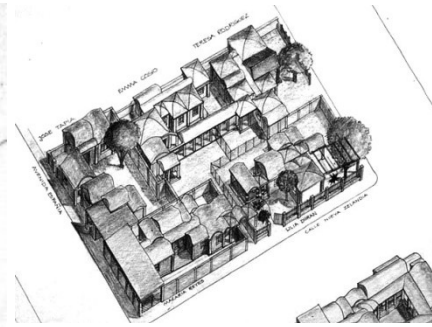
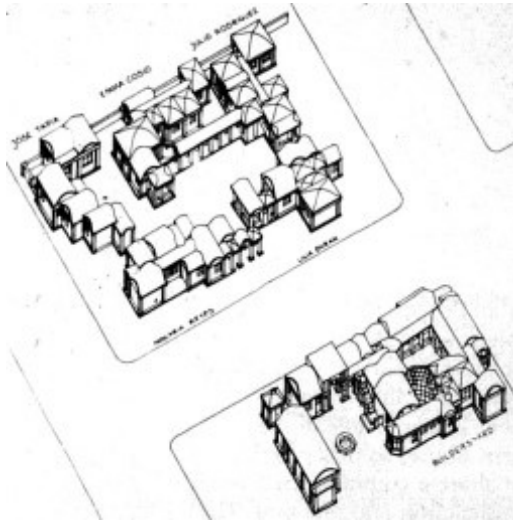
Con respecto a las viviendas, todas las unidades habían atravesado una multiplicidad de transformaciones. Más allá de los cercos y las medidas de seguridad con respecto a los ingresos, los ambientes interiores se habían modificado mucho. Se había cambiado la función de algunos ambientes y se habían ampliado otros. Dentro de las remodelaciones incorporadas, Fromm y Bosselmann destacan: las terminaciones casi profesionales de la casa de Macaria Reyes; la reparación, casi imperceptible de una vivienda que sufrió un incendio; una peluquería; y el reemplazo del techo en el ingreso principal de la familia Rodríguez.

En el caso de la vivienda con terminaciones perfectas, puede tomarse como un ejemplo del vínculo que desarrollaron los pobladores con su vivienda al participar del proceso de diseño y construcción. El hecho de que una de las viviendas haya resistido a un incendio, habla muy bien de las técnicas constructivas utilizadas (algo que los pobladores saben apreciar). De hecho, una de las entrevistadas afirma que otra vivienda cercana también se incendió pero en ese caso, la destrucción fue completa.

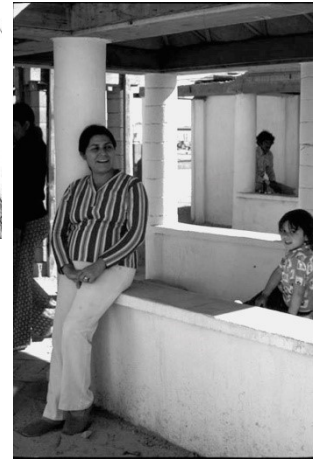
Por último, el reemplazo del techo original por uno a dos aguas tuvo que ver con la necesidad de acentuar la individualidad de cada vivienda. Según los entrevistados, las viviendas se veían chicas desde el exterior (incluso cuando esa percepción cambiaba en el interior) y algunos llegaban a plantear el anhelo de construir otro techo por arriba de la bóveda. Son detalles del valor simbólico de cada una de

de este tipo de programas sociales para la subsistencia. Como contrapartida puede tenerse en cuenta la infinidad de conflictos que se dan en los consorcios de los edificios en altura.

las viviendas, que no se ven respetados en la primacía del espíritu de totalidad del conjunto. Aunque cada una de las casas es diferente, todas forman un conjunto homogéneo que no parece respetar el gusto individual de cada uno de los propietarios.



Conjunto de viviendas en Mexicali. El proyecto inicial de 1976 puede verse arriba a la izquierda. A la derecha, el relevamiento realizado en 1984, con el patio comunitario subdividido (Fromm & Bosselmann, 1984).



Alexander, C. (1976) Viviendas en Mexicali. [Conjunto de viviendas]. Mexicali, México. Extraído de <http://www.livingneighborhoods.org/ht-0/mexicali.htm>

Figura 46 Viviendas en Mexicali

Para Alexander, la sucesiva transformación del conjunto no es percibida como un defecto, sino como una virtud. En el texto que realiza Christopher Alexander como introducción al artículo elaborado por Dorit Fromm y Peter Bosselmann, hay una serie de frases que muestran las transformaciones de las viviendas como reflejo del empoderamiento de los pobladores durante la ejecución del proyecto. Si bien no utilizaba la palabra empoderamiento afirma que

“fueron liberados durante el proceso en el cual trabajaron con nosotros. El proceso de delinear sus casas y hacer realidad sus sueños hizo una transformación en sus vidas [...] se liberaron del sentimiento de tener que aceptar ciegamente cualquier casa abstracta que les den” (Alexander, Introduction [Mexicali Revisited], 1984).

Lo cual revela que Alexander suponía que la gente de menores ingresos tomaba un rol pasivo con respecto a su vivienda. Más allá de que en algunos proyectos de vivienda “llave en mano” los pobladores no forman parte del diseño, hay que recalcar que las condiciones habitacionales deficitarias exigen un rol activo en todo momento. En realidad, los sectores de menores ingresos tienen una tasa de actividad más alta que los sectores de mayores ingresos. Todo les cuesta más trabajo, desde calentar el agua para

bañar a sus hijos hasta tomar el colectivo en lugares remotos. Alexander continúa diciendo que *“El mundo en el que viven es ahora su propio mundo”*. Y si esa frase parece exagerada, se vuelve aún peor al afirmar que *“un puñado de personas en el mundo ha sido librada permanentemente por una experiencia inusual de proceso de vivienda [...] Ahora necesitamos hacerlo en una escala mayor”* (Alexander, Introduction [Mexicali Revisited], 1984).

Con lo cual, Alexander pasa por alto cualquier tipo de autocrítica con respecto a las causas del fracaso. No admite que las mismas características del planteo inicial fueron las que impidieron continuar con el proyecto y cambiar de escala. Tampoco hace ningún tipo de referencia a los factores externos al proyecto que no fueron previstos. Prefiere decir que la experiencia fue exitosa para un puñado de personas.

Para profundizar sobre las transformaciones de la vivienda, tomaremos como referencia los cambios realizados en la vivienda de Lilia Durant. Si bien en la casa de los Durant la disposición de los muros no había cambiado sustancialmente, se habían modificado los usos. Uno de esos cambios tenía que ver con el cierre de los límites laterales. Al delimitar el terreno se definió un pequeño patio de ingreso, similar al jardín de uso simbólico que según Alexander servía como transición entre la calle y el interior de la vivienda. Dos de las columnas del pórtico de ingreso habían sido pintadas con franjas rojas, azules y blancas, junto a un cartel que decía *“Barbería”*. Jesús, el esposo Lilia Durant, ante la falta de trabajo en la ciudad, había montado una peluquería en donde antes se hallaba la sala de estar de la vivienda: *“Los alquileres son tan altos en el centro de la ciudad que decidimos abrir un negocio aquí”* (Fromm & Bosselmann, 1984). Esto nos recuerda un tema recurrente en los textos de Alexander que tiene que ver con la necesidad de prever espacios en la vivienda que puedan incorporar negocios o emprendimientos productivos. Con lo cual, puede afirmarse que, al menos en este caso, se cumplieron las expectativas de Alexander.

Otro de los cambios tenía que ver con el crecimiento de la familia ya que se había sumado otro hijo, por lo cual los Durant estaban pensando en construir dos habitaciones en un primer piso. Una para el nuevo integrante de la familia y otra para la barbería. Para techar las nuevas habitaciones, pensaban realizar el mismo tipo de cúpulas utilizadas en el proyecto inicial, dado que apreciaba el trabajo realizado por el equipo de Alexander (tanto por la disposición de los espacios como por los materiales empleados). De ahí que, al fin de la entrevista, la propietaria de la vivienda decía *“Realmente aprecio todo lo que hizo Chris. Estoy muy agradecida. Denle un abrazo”*(Fromm & Bosselmann, 1984).

En otro extremo de la vivienda, había aparecido de manera casi espontánea otro de los patrones que Alexander destacaba: la habitación al aire libre. Tal como sugiere en el libro *Un lenguaje de patrones*, en un patio intermedio, ubicado cerca de las áreas de mayor actividad, habían construido una serie de elementos filares que lograban definir un recinto sin cubrirlo del todo. En ese espacio, una pérgola se complementaba con la sombra de un árbol para generar una expansión al exterior con mayor privacidad que en el patio de acceso. Por más que el proyecto tiene una serie de defectos, en algunos detalles permite corroborar la validez de su base empírica: el diseño a partir de patrones. Es una paradoja, porque Alexander no proyectó allí una *“habitación exterior”*, tal como describía en su libro, sin embargo, el patrón emergió de la acción de la gente, siguiendo la misma disposición formal que Alexander había detectado en la arquitectura del pasado.

Reflexiones finales

En todas las viviendas podía apreciarse algo similar, aunque no se habían construido muchas habitaciones nuevas, todas habían modificado sus funciones. La transformación se había dado en base a

la flexibilidad y no tanto como crecimiento. Los dormitorios se mantenían estables, pero todas las viviendas habían cambiado sus ingresos, generando nuevos techos, cocheras, cerrándose al espacio comunitario para conectarse mejor con la calle. Todas las familias expresaban la intención de modificar la vivienda con admirable sentido del espacio y mucho entusiasmo en cuanto al proceso de construcción. Sin embargo, existen algunos indicios para creer que no hubo una transferencia exitosa con respecto al uso de tecnologías innovadoras.

Por un lado, todas las modificaciones fueron realizadas con materiales del mercado, por fuera de la lógica inicial del proyecto. Por otro lado, dos de las cinco familias entrevistadas afirmaban que no sabrían cómo construir o reparar las estructuras del techo abovedado.

Por último, las familias se ilusionaban con la presencia de los entrevistadores, pensando que la Universidad podría volver al sitio para brindar asistencia técnica y reiniciar el programa de viviendas. Si bien son ciertas las afirmaciones de Alexander en cuanto a que las familias habían cobrado consciencia con respecto a sus capacidades para modificar el ambiente, Fromm y Bosselmann realizan una última observación demoledora con respecto a la constante transformación de las viviendas:

“Una visita realizada a un conjunto de viviendas estatal Infonavid³⁴² iniciado en la misma época muestra que las familias de allí también han realizado cambios sobre sus viviendas y sus calles. Lo mismo sucede en un proyecto convencional de lote con servicios, donde la gente construye sus propias casas y transforma constantemente su entorno”(Fromm & Bosselmann, 1984).

En otras palabras: la capacidad de transformar el ambiente no era una virtud particular de los pobladores de Mexicali. También se daba en otros conjuntos. Más allá de eso, los autores encontraban una ventaja sutil de Mexicali con respecto a los otros conjuntos, producto del uso de los patrones: *“Nuestras cinco familias tenían certezas acerca del modo en que mejoraban sus viviendas”* (Fromm & Bosselmann, 1984).

En todo caso de la redención liberadora que propugnaba Alexander, se mantiene al menos, el hecho de que los patrones ayudaban a tomar consciencia sobre los resultados espaciales a alcanzar. Y en todo caso, el actuar de manera consciente y coherentemente es un requisito para la libertad. Valdría la pena revisar cuáles serían los requisitos faltantes para que la libertad no esté tan orientada a una perspectiva individual, a una liberación personal, para tomar un carácter colectivo. Y, dentro de esos requerimientos, cuál puede ser el aporte desde la arquitectura. En el caso de Mexicali, cuando las familias preguntaban si existía la posibilidad de que los técnicos vuelvan a continuar el programa, se hace evidente que era un grupo que seguía dependiendo del trabajo voluntario de los estudiantes universitarios, siete años después.

³⁴² En 1984 Alexander mencionaba parte de su crítica a la vivienda estatal, masiva y moderna tomando como ejemplo el programa Infonavid México. Le parecían proyectos abstractos, inhumanos y sin vida. En última instancia, estos conjuntos expresaban la rigidez del dinero, la rigidez de las tecnologías y la rigidez del proceso social. *“No importa si este terrible resultado es producto de un interés socialista, como en el caso de la vivienda pública, o por medio del deseo capitalista de rentabilidad”*(Alexander, Introduction [Mexicali Revisited], 1984). Este tipo de conjuntos representaba todo lo que Alexander odiaba, y por eso es irónico que Fromm y Bosselmann terminen homologando Mexicali con un proyecto Infonavid en cuanto al espíritu transformador de sus habitantes. Una virtud que Alexander destacaba específicamente de Mexicali.

Conclusiones: Reconstruir la teoría

Paradójicamente, los autores que abordaron la arquitectura como si fuera un diálogo entre los técnicos y los usuarios, nunca mantuvieron un diálogo teórico entre ellos. Es más, cada uno construyó su teoría por separado, sin conocer en profundidad el trabajo del resto. Hay algunas menciones, como si se hubieran observado por el rabillo del ojo, pero no se produjo un enriquecimiento mutuo basado en la comprensión, interpretación e interpelación de las ideas.

Esto puede notarse, por ejemplo, cuando Alexander se refiere a Habraken asociándolo a las megaestructuras, una corriente dentro de la arquitectura que Habraken criticaba abiertamente por hacer una sacralización de los aspectos tecnológicos del proyecto. Con el mismo nivel de generalidad, Habraken dice que el éxito de los textos de Turner le permitía notar que estaba avanzando por buen camino. Como si Turner fuera su antecesor, algo muy difícil de afirmar teniendo en cuenta que sus propuestas son antagónicas desde el punto de vista normativo y organizativo. En realidad, cuando Habraken planteaba esta continuidad, se refería, principalmente al hecho de que Turner rescataba el tejido tradicional. Pero hay que reconocer que este no era el tema principal de Turner, ni era el arquitecto inglés el mejor exponente para referenciarlo.

Mientras existen diferentes trabajos académicos que abordan a estos tres autores por separado, son pocos los que indagan en los múltiples vínculos teóricos que existen entre ellos³⁴³. Por eso, este capítulo final no sólo pretende dar cierre a un análisis individual de lo que propone cada uno de los autores con respecto a la participación, sino que busca entretejer un diálogo inexistente, hipotético y postergado. Se trata de revertir la actitud solitaria, por momentos autorreferencial, de los arquitectos que comenzaron a hablar de la participación. Ante la ausencia de un diálogo real, que hubiera contribuido a profundizar y poner a prueba sus ideas, en este trabajo se recupera el tema de la participación, como un hilo conductor para enlazar sus propuestas.

Por un lado, este intercambio entre las ideas de los tres autores permite enriquecer la arquitectura participativa, completando las omisiones de uno con las redundancias del otro. Pero además, permite comprender mejor a cada autor, encontrar su verdadero color. La comparación y los contrastes ayudan a descubrir la especificidad y la profundidad de cada uno. Es una manera de alejarlos del lugar donde los puede colocar una lectura descontextualizada.

La historiografía le atribuyó a cada uno, un traje que les queda chico. Turner adquirió el papel del arquitecto comprometido con el desarrollo desde abajo; Habraken quedó identificado con el pragmatismo tecnológico; y Alexander es encasillado en el rol del soñador utopista. Sin embargo, la realidad es que el desarrollo disgregado, el pragmatismo técnico y el utopismo son tres características propias de los años en que trabajaron estos autores. Son datos del contexto que atraviesan todas las teorías que se consolidaron en la segunda mitad del siglo veinte. La participación, es una más, dentro de estas teorías. Por cierto, no es la mejor, ni la única, ni podrá contrarrestar todos los males que enfrenta la arquitectura como disciplina.

³⁴³ Por ejemplo, no hay trabajos que hayan analizado la complementariedad entre escalas de estos tres autores. Turner abordaba las políticas, algo que los otros dos autores estudiados no profundizaron; Habraken hizo un estudio profundo de los conjuntos de vivienda; y Alexander además de estudiar los edificios profundiza un poco más en el tema de la construcción. A grandes rasgos, podrían considerarse enfoques complementarios.

En líneas generales, puede decirse que la participación ha servido como refugio, en diferentes instancias y niveles, a todo aquel que buscaba orientar la arquitectura hacia valores colectivos. En ese sentido, la arquitectura participativa todavía es un campo fecundo, acogedor e incluyente.

Por otro lado, y antes de comenzar a revisar algunos puntos de confluencia entre los tres autores, es importante destacar algunas diferencias entre el ayer y el hoy. Este trabajo, al realizar un repaso por las experiencias de arquitectura participativa desde la segunda mitad del siglo hasta hoy, genera una tensión inesperada, entre los valores que profesan los actuales practicantes de la arquitectura participativa y las bases teóricas de los autores de la década del sesenta y setenta. Actualmente, la participación se asocia a una práctica progresista, de transformación social, incluso cercana a las ideas de izquierda. Durante los sesenta, esta intención de transformación social se entremezclaba con algunas aspiraciones más cercanas a la investigación científica dentro la sociología, la antropología y la administración que le brindaban cierto aire de neutralidad y pragmatismo. Pese a que Turner, Habraken y Alexander escribieron en un momento en que la sociedad estaba muy politizada, en el contexto de la Guerra Fría, sus ideas muestran admirable versatilidad política, buscando adecuarse a cualquier tipo de ideología.

De allí que, en algunos fragmentos de este texto se encuentran enfatizados los vínculos entre las ideas de estos tres autores y el capitalismo actual. En ningún momento se intentó desprestigiar sus ideas como quien trata de derribar un ídolo. Principalmente porque no son personajes destacados dentro del panorama arquitectónico actual. Si acaso son ídolos, lo son para un sector minoritario. Pero además, porque con todos sus errores, alcanzaron un nivel de profundidad, desarrollo y compromiso con el tema de la vivienda, muy difícil de encontrar entre los arquitectos en general. Este trabajo supone, en primer lugar, un rescate de sus ideas, pero partiendo de una premisa simple: el rescate resulta más auténtico cuando aborda las profundidades, indagando tanto en sus aciertos como en sus errores. Las reconstrucciones parciales y adulatorias, con el pasar del tiempo, se convierten en tristes caricaturas.

Para comenzar a relacionar estos tres autores de manera ordenada, se propone establecer cuatro ejes agrupando las reflexiones según: la relación con el contexto cultural de la segunda mitad del siglo veinte, la influencia de estos autores sobre la transformación del rol del arquitecto, el modo en que ampliaron el alcance social o político de la arquitectura, y finalmente, cuánto aportaron sus textos a transformar el modo de resolver la tipología de vivienda.

1 El Contexto cultural de la segunda mitad del siglo veinte

1.1 Visión Orgánica del ambiente

Dentro de los puntos de contacto que pueden apreciarse entre Turner, Habraken y Alexander, se destaca la intención de romper la concepción estática de la arquitectura. Los tres proponen entender los edificios y la ciudad como parte de un proceso vivo en constante transformación. Esta característica común a los tres, es un punto de partida para la arquitectura participativa. Cambian el foco de la arquitectura desde la forma hacia los procesos que la determinan. Recién ahí es cuando comienzan a preguntarse cuáles son los actores que intervienen en dichos procesos. Luego de concebir la arquitectura como una transformación constante, emerge como pregunta lógica el cuestionamiento acerca de quiénes deben formar parte en ese proceso. Estos tres autores le otorgaron un papel fundamental a quienes habitan la arquitectura.

Mientras Turner y Habraken proponían maximizar la autonomía de los residentes, Alexander confiaba en la posibilidad de pautar el intercambio dialógico entre el arquitecto y los futuros usuarios. Mientras los dos primeros proponían acotar la acción del arquitecto, que debía dejar parte de las tareas libradas a la acción de los pobladores, el tercero pensaba que el arquitecto debía guiar un camino, acompañando a los pobladores por una serie de etapas.

Pero estas pequeñas diferencias no deben alejarnos de un trasfondo común, marcado por una visión dinámica de la realidad. La percepción del mundo desde las transformaciones y la complejidad, era una característica propia de las décadas del sesenta y setenta. El clima de inestabilidad política, posterior a la *pax americana* de los años cincuenta, tenía también su correlato en las artes y en las ciencias. Reflejaba una intención por abandonar la visión mecanicista del mundo que pretendía congelar la realidad para comprenderla y dominarla.

Las ciencias que abordaban el ambiente, notaban que la simplificación de los factores terminaba generando más problemas de los que solucionaba. Por esa época Bertalanffy decía: “*La visión mecanicista del mundo, al tomar como realidad última el juego de las partículas físicas, halló expresión en una civilización que glorifica la tecnología física conducente a fin de cuentas a las catástrofes de nuestro tiempo*” (Bertalanffy, 1968/1989, pág. 49).

En arquitectura, esa glorificación tecnológica del enfoque mecanicista tenía su mejor expresión en la arquitectura de los CIAM (Congreso Internacional de Arquitectura Moderna). Luego del auge de la arquitectura moderna durante las primeras décadas del siglo veinte, la Segunda Guerra funcionó como un llamado de atención contra la fe en la tecnología. Sin terminar de abandonar algunas premisas modernas, como la necesidad de transformar la calidad de vida de las grandes masas de población, los tres autores estudiados en este trabajo priorizaron las vertientes epistemológicas que se enfrentaban a la ortodoxia mecanicista. Turner se alejaba de la concepción estática de la arquitectura nutriéndose del aporte de Patrick Geddes, que veía la ciudad como un organismo vivo. Del mismo modo, Alexander retomaba una visión orgánica de la ciudad y la arquitectura apoyándose en múltiples referencias y metáforas tomadas de las ciencias cercanas a la biología. En Habraken, el cuestionamiento al mecanicismo es más difícil de establecer, porque sus textos fluctúan entre la observación empírica de las viviendas tradicionales y las experimentaciones concretas del S.A.R. No hay muchas referencias a otras disciplinas. Más allá de eso, debe destacarse la similitud entre las ideas de Habraken y el célebre texto de Martin Heidegger que marcó la filosofía de la posguerra europea: *Construir, Habitar, Pensar* (1951). Tanto Habraken como Heidegger buscaban recuperar una relación ancestral entre el ser humano y su entorno.

Las viviendas de la posguerra europea, pensadas desde la lógica mecanicista de la modernidad, negaban el acto de habitar. Por más que estuvieran diseñadas según los últimos adelantos técnicos impedían la transformación mutua que se produce entre el ser humano y su entorno inmediato.

1.2 Cuestionamiento al movimiento moderno

Los tres arquitectos que se analizan en este trabajo, comparten una postura crítica con respecto a la arquitectura moderna. Era un cuestionamiento propio de la época en que se formaron como arquitectos. A mitad del siglo veinte comenzaban a cobrar relevancia algunas ideas que buscaban dinamizar el debate profesional para abandonar el dogmatismo formalista del recientemente consagrado *Estilo Internacional*. Christopher Alexander se alejaba del proceso de simplificación que habían realizado los arquitectos modernos, como por ejemplo Mies van der Rohe, y se acercaba a las matemáticas y al

estudio científico del programa, algo que puede apreciarse en el libro que escribió junto a Serge Chermayeff. Por su parte, en Turner, también puede notarse un interés por las raíces profundas de la reflexión arquitectónica, incluso cuando era estudiante de arquitectura, buscando alejarse de las posturas formalistas que dominaban la arquitectura moderna. Por eso Turner trabajó unos meses en el estudio de Ernesto Nathan Rogers, quien dentro de la arquitectura moderna se destacaba por guiar una línea de pensamiento basada en la reflexión acerca del vínculo que se producía entre la arquitectura y su contexto cultural. El pensamiento crítico y reflexivo puede apreciarse dentro de las ideas de Habraken a partir de la influencia del Team X y su continuidad en el S.A.R. Los arquitectos holandeses que integraban el Team X continuaron la exploración sobre la vivienda agrupada moderna, pero incorporaron algunas críticas con respecto a la forma de resolver el tejido de la ciudad. Estas posturas que buscaban reconciliar la arquitectura con el tejido tradicional tienen continuidad en los trabajos posteriores de Habraken.

En él se hace evidente, fácil de identificar, una cualidad común a estos tres arquitectos y que continúa como un legado hacia la arquitectura participativa: por más que realicen una crítica expresa hacia la arquitectura moderna, continúan algunos de sus postulados más profundos. ¿Cómo podría explicarse esto? Tal vez pueda servir el refrán que dice: “*el pez no sabe de la existencia del agua*”. En realidad, los tres criticaban la caricatura que hicieron los historiadores y algunos seguidores mediocres de la arquitectura del C.I.A.M. Cuestionaban esa arquitectura moderna que se difundía como si fuera un ropaje arquitectónico que se expandía de manera acrítica por todo el mundo. Pero más allá de eso, continuaban la intención fundante, esa vocación moderna que buscaba expandir los límites de la arquitectura, tratando de mejorar la vida de las mayorías postergadas. Esto es algo que puede leerse tanto en los textos de Le Corbusier, como en los de Gropius y Hannes Meyer.

Mientras en Habraken la cercanía con la arquitectura moderna se hace más evidente, por la continuidad del espacio abstracto e infinito, propio de la modernidad holandesa, en Alexander la herencia moderna es más débil y desdibujada por el clima algo evasivo y nostálgico que se experimentaba en los campus universitarios de Estados Unidos durante la década del sesenta y setenta.

Por último, es necesario destacar que estos tres arquitectos, si bien se nutrieron del debate arquitectónico de la época, no indagaron en las ideas de los autores que estaban transformando la concepción del urbanismo en base a temas similares. Todos defendieron el “*low-rise high-density*” pero ninguno destacaba la figura de Jane Jacobs. Todos buscaban rescatar el poder de incidencia de los ciudadanos, pero no realizaban ninguna referencia a Henri Lefebvre. Tampoco podría decirse que sus textos carecen de referencias teóricas con respecto al urbanismo, sin embargo, existía una afinidad temática con autores fundamentales para el desarrollo posterior de la ciudad que no fue del todo explotada.

1.3 Rescate de la arquitectura vernácula (visión antropológica)

Luego de la Segunda Guerra Mundial algunos arquitectos comenzaron a cuestionar el componente universal de la arquitectura moderna. Tanto los miembros del Team X como los arquitectos de La Tendenza italiana sirven para ejemplificar este enfrentamiento con el efecto homogeneizador del llamado *Estilo Internacional*. Pero el camino hacia la *multitendencia* y la aceptación de las condiciones particulares de cada contexto cultural no se desarrolló de manera armónica ni repentina. Se trataba de una multiplicidad de esfuerzos avanzando de manera descoordinada y autónoma. Incluso no faltaron quienes empujaban en una dirección totalmente opuesta, exaltando dentro de la arquitectura moderna la continuidad de algunos valores clásicos que reforzaban su aplicabilidad universal. En 1949 Rudolf

Wittkower los ponderaba en *Architectural Principles in the Age of Humanism*, en 1950 Le Corbusier editaba *El Modulor* y en 1963 John Summerson escribía *The Classical Language of Architecture*. Todos ellos, rescatando cualidades invariables, canónicas, de la arquitectura moderna.

Dentro de ese panorama cultural, cobraron relevancia una serie de trabajos teóricos, que nutriéndose de una mirada antropológica, inclinaron la balanza hacia la contemplación de las condiciones particulares de cada grupo humano. En 1957 Sybil Moholy-Nagy publicó *Native Genius in Anonymous Architecture in North America*, un texto pionero al que le siguieron, a mediados del sesenta, el libro y la exposición de Bernard Rudofsky en el MoMA que llevaban el nombre de *Architecture Without Architects* (1964), y a fines de la misma década, la publicación de *House Form and Culture* (1969) de Amos Rapoport. Estos textos permitían superar una visión canónica de la arquitectura, abriendo el panorama cultural para las búsquedas que rompían el dogmatismo de la modernidad en favor de una sintonía más ajustada a las prácticas y las necesidades mundanas de la gente.

Turner no indagaba particularmente dentro de esta línea de rescate de la arquitectura vernácula, solamente se limitaba a mencionar el éxito de la exposición y el libro de Rudofsky como una evidencia de que la gente, e incluso los arquitectos, prefieren "*la arquitectura no diseñada por profesionales*" (Turner, 1976/1977, pág. 41).

Tanto Habraken como Alexander tomaron el aporte de esta corriente con mayor profundidad y rescataron los textos de Amos Rapoport para comenzar a indagar sobre un tema que Turner no desarrolló de manera detallada: la tipología tradicional.

En realidad Turner no llegaba a desarrollar esos aspectos, simplemente se limitaba a destacar de la arquitectura hecha sin profesionales, la variedad en el tejido y el modo en que optimizaba los recursos existentes. Cuando la gente utilizaba sus modestos recursos para adecuar su vivienda según sus gustos y necesidades el resultado general era un tejido urbano con admirable variedad y dinamismo.

Algo similar destacaba Habraken, sólo que además, le sumaba un análisis más profundo acerca de las posibilidades de transformación que presentaban las tipologías tradicionales. Habraken podía distinguir en las casas de construcción vernácula variantes e invariantes. Por lo cual, las utilizaba para ejemplificar sus propias ideas con respecto a una arquitectura con distintos grados de flexibilidad con respecto a las transformaciones. Las partes estables de la tipología, esas que se ven en todos los ejemplos, eran como los soportes, mientras que las partes que cambiaban, en diferentes ejemplos o a lo largo de la vida útil de un edificio en particular, eran como las unidades separables.

Por su parte, Alexander también rescataba la admiración por los tejidos históricos, y, si bien rescataba la tipología tradicional no lo hacía en función de sus posibilidades de transformación, sino para acentuar sus permanencias. Según su mirada, algunos criterios de la arquitectura tradicional e histórica tenían plena vigencia a la hora de diseñar.

Además del rescate del tejido diverso y complejo de la arquitectura tradicional, una característica común a los autores que buscaron implementar la participación en arquitectura era el hecho de considerar que la arquitectura vernácula guardaba valores y prácticas que la modernidad estaba arrasando. Por lo tanto, la función principal de la arquitectura participativa era recuperar una relación entre el ser humano y su ambiente, que la época de la máquina había alterado. Era necesario recuperar ese conocimiento milenario a través del cual la gente interactuaba con el ambiente.

Mientras Alexander planteaba una metodología, un camino pautado para lograr que la gente recupere -desde su interioridad- esos conocimientos, en las teorías de Habraken y Turner esa transformación mutua entre el ser humano y el lugar que habita se daba de manera espontánea. Sólo

era necesario reconocer los límites en cuanto a la intervención de los profesionales. Siguiendo las ideas de Habraken y Turner, el arquitecto podía diseñar una parte del ambiente confiando en que la gente realizaría el resto apelando al conocimiento que le había permitido edificar, a lo largo de la historia, los paisajes más bellos, esos que hoy se difunden para el consumo de los turistas. Los tres utilizaban como ejemplo la arquitectura de Miconos, Venecia, Ámsterdam y otras ciudades que hoy se han transformado en escenografías huecas. Paradójicamente, glorificaban esos lugares donde la población original con todo su conocimiento ancestral, ha sido barrida a partir de los proceso de gentrificación que produce el turismo.

1.4 Tecnologías apropiadas (Crisis del Petróleo 1973 - 79)

Si bien, en un principio, la recuperación de una relación perdida entre el ser humano y el ambiente se apoyaba en motivos filosóficos o espirituales, algo nostálgicos, con el tiempo se sumó una razón pragmática muy difícil de eludir. En 1973, y a lo largo de toda la década del setenta, los países árabes limitaron la venta de petróleo empujando al mundo hacia una serie de reflexiones y transformaciones con respecto al uso de los recursos, principalmente energéticos. El puntapié inicial ya había sido dado con el informe *Los límites del desarrollo* encargado por el *Club de Roma* en 1972 cuyo nombre ya implicaba una advertencia con respecto al modelo de desarrollo que tuvo su periodo de auge con el fin de la Segunda Guerra Mundial.

La *Crisis del Petróleo* no implicaba solamente un cambio en el consumo de los recursos finitos del planeta sino que, al desencadenar una crisis económica, generó una profunda desconfianza con respecto al modelo de crecimiento guiado por la tecnología. No era para menos, los grandes predios fabriles y las estructuras productivas de las ciudades mostraban un panorama desolador. Con la crisis en la producción se desaceleró el consumo y aumentó el desempleo. Por otra parte, el alza en el precio del petróleo llevó a que muchos países invirtieran en energía nuclear, una tecnología cuyo desarrollo estuvo marcado por una serie de accidentes que rememoraban el poder mortífero alcanzado con la bomba de Hiroshima. Por eso la Crisis del Petróleo derivaba, rápidamente en una crisis de valores que cuestionaba todo el modelo de desarrollo de la época.

Como en toda crisis, surgieron diferentes propuestas alternativas que combinaban soluciones técnicas con planteos éticos y espirituales. Esto ocurrió a mediados del setenta, aunque con el tiempo, el componente profundo y utópico se desvanecía mientras quedaban solamente las sugerencias formales y de procedimiento. Dentro de estas figuras que apuntaban a cambiar el modelo de desarrollo, Turner destacaba a Jacques Ellul e Iván Illich. Pero sin duda, el autor que mejor sintetiza el vínculo entre la arquitectura participativa y el compromiso con una nueva modalidad de desarrollo era Ernst Friedrich Schumacher. El autor de *Lo pequeño es hermoso* (1973) resulta fundamental para entender el cuestionamiento a la tecnocracia implícito en la arquitectura participativa.

Para Habraken, la tecnocracia se hacía evidente cuando los técnicos concebían los edificios como si fueran monumentos estáticos aislados del contexto, es decir, como una expresión unívoca de su voluntad que negaba las preexistencias y la constante transformación del ambiente. En un nivel más general, Turner se enfrentaba al criterio tecnocrático que sostenía que los profesionales conocían las necesidades y los gustos de la gente mejor que la misma gente. De este modo se acercaban a una de las reflexiones fundantes de la arquitectura participativa: cuando los proyectos se diseñan de espaldas a la gente, se multiplican los conflictos. Por el contrario, cuando se involucra a los pobladores en las decisiones que determinan la arquitectura se obtienen resultados mejor ajustados a sus requerimientos.

Por su parte, Alexander destacaba otro de los puntos centrales dentro de las ideas de Schumacher: la recuperación de las tecnologías artesanales. Habraken y Turner también hacen referencias a una “tecnología apropiada” retomando las reflexiones de Schumacher; pero sin duda, Alexander es el que dedica mayores esfuerzos a recuperar las técnicas de producción artesanal. Esta recuperación de las técnicas de pequeña escala -“la tecnología con rostro humano”- retomaba el sentido místico que le dan las filosofías orientales al trabajo manual. Mientras que Habraken y Turner consideraban que la industria de gran escala podía re-orientarse para facilitar el involucramiento de la gente, para Alexander, la industria era algo malo de por sí. En definitiva, mostraban diferentes niveles de pragmatismo.

Habraken y Turner, al estar más comprometidos con la intención de resolver las condiciones habitacionales de las masas de población con bajos ingresos, consideraban que era posible guiar las ventajas de la industrialización en esa dirección. Por el contrario, en una actitud más romántica, Alexander consideraba que la industria traía en sí misma la semilla de la alienación humana. Ante esta actitud nostálgica del pasado preindustrial, Engels tenía bastante para decir. En *Contribución al problema de la vivienda* (1887) decía que si la industria se orientara según el interés de sus obreros permitiría optimizar el rendimiento de su trabajo. Seguirían realizando un trabajo monótono y reiterativo, pero trabajarían menos y en mejores condiciones.

Finalmente, Schumacher abrió el camino para una serie de reflexiones que buscaban conciliar el desarrollo con una nueva consciencia ecológica. Esta preocupación por la degradación de las condiciones ambientales del planeta podía verse en las constantes alusiones de Alexander a la naturaleza y la vida al aire libre, pero se traducían en propuestas más profundas en los libros de Turner. El arquitecto inglés hacía una cuenta simple: menor participación del usuario generaba mayor degradación de las condiciones ambientales. Además de producir ambientes simplificados y monótonos, la arquitectura impuesta desde arriba se degradaba más rápido, por lo cual debía ser reparada con maquinarias complejas o directamente demolida. De hecho, ponía como ejemplo paradigmático el conjunto de Pruitt-Igoe (1955), en San Luis, Misuri.

Según la visión de Turner, la participación permitía ahorrar los recursos que se derrochan cuando la gente no tiene un vínculo de apropiación con edificios. Cuando los pobladores han formado parte de las decisiones o de la construcción para llevar a cabo un proyecto, se sienten identificados con el resultado. Por lo tanto hay una mayor apropiación de los espacios. Se usan y se cuidan más. Este vínculo afectivo entre los pobladores y su entorno alarga la vida útil de los edificios, evitando el derroche de recursos que se produce cuando nadie cuida los edificios o cuando nadie está conforme con su funcionamiento. La mejor forma de evitar la obsolescencia era diseñar y construir con la gente.

1.5 Cambio en la forma de producir

Muchas de las propuestas de Schumacher quedaron, simplemente, como un conjunto de buenas intenciones. Aquellas que realmente trascendieron estaban relacionadas con la transformación del modelo de producción fordista. Cualquiera podría decir que no eran cambios provocados por sus ideas, sino que su teoría se montaba sobre la necesidad de un cambio inminente e ineludible.

Con la Crisis del Petróleo y el estancamiento de la economía, a fines de los setenta el panorama desolador alentaba a los economistas a tomar medidas drásticas y arriesgadas. De alguna manera, las ideas de Schumacher encajaban perfectamente en los cambios que requería el estancamiento de la producción, o al menos, sintonizaban con algunas transformaciones que preconizaban los teóricos que marcarían el rumbo económico durante las últimas décadas del siglo veinte.

Lo mismo sucedió con los teóricos de la participación. Mientras se perdieron aquellos cuestionamientos profundos hacia la manera de ejercer la arquitectura, se destacaron aquellos criterios que potenciaban un cambio en el modelo de producción de vivienda. El aporte de estos arquitectos para abandonar el sistema de producción fordista de viviendas puede sintetizarse en los siguientes postulados:

El Estado abandonaba la centralidad dentro del esquema de producción de vivienda

Así como Schumacher tomaba la peor frase de Keynes³⁴⁴ para cuestionar el modelo de crecimiento basado en el aumento de la producción y el consumo; del mismo modo, los arquitectos que impulsaron la participación tomaron los peores ejemplos de la arquitectura construida por el Estado para enfatizar la necesidad de poner la producción en manos de la gente.

Con cierta distancia histórica, se hace evidente que el fracaso de los conjuntos que mostraban Turner, Habraken y Alexander no eran solamente resultado del mal diseño arquitectónico sino que se acompañaba de procesos macroeconómicos más complejos que no aparecen bien desarrollados en sus textos. Esto no quiere decir que estuvieran bien diseñados. Pero uno podría preguntarse qué hubiera pasado si el Bijlmermeer (Figura 14) en los Países Bajos o el conjunto de Pruitt-Igoe en los Estados Unidos se acompañaban con políticas de integración y trabajo para la población, o al menos con políticas de mitigación de la crisis económica. Seguramente el deterioro de estos conjuntos fue mucho más agudo ante la desprotección estatal. Con la constante exaltación de los aspectos negativos de los conjuntos estatales, estos autores contribuyeron a desplazar al Estado de la necesidad (u obligación) de proveer vivienda terminada³⁴⁵.

Podrán decir que Turner, Habraken y Alexander destacaban problemas reales del Estado, como la burocratización, la manipulación política, la despersonalización de los ciudadanos tratados como si fueran un dato más de la estadística. Pero estos problemas nunca se abordaban con la complejidad que requerían.

Cualquiera que haya trabajado algún periodo dentro del Estado podrá notar que estos temas son el típico puré de estereotipos que difunden los medios. En la práctica, el Estado no es monolítico, sino que allí se reproducen las mismas disputas que atraviesan la sociedad y los problemas más importantes que condicionan su accionar no tienen que ver con sus procedimientos de forma sino con su postura frente a los grandes grupos de poder. Eso era lo que Rod Burgess le aclaraba a Turner: si el Estado construye viviendas que no encajan con las necesidades de los usuarios, no es por una cuestión de ignorancia ni por el modo en que se organiza la cadena de mandos. Si el Estado construía un tipo de vivienda que beneficiaba a los grandes grupos de poder era porque realmente perseguía otros intereses, presionado por las empresas constructoras, los monopolios de las finanzas y los grandes proveedores de materiales.

³⁴⁴ La frase de Keynes citada una y otra vez por Schumacher decía: *“Por lo menos durante otros cien años debemos simular ante nosotros mismos y ante cada uno que lo bello es sucio y lo sucio es bello, porque lo sucio es útil y lo bello no lo es. La avaricia, la usura y la precaución deben ser nuestros dioses por un poco más de tiempo. Porque sólo ellos pueden guiarnos, fuera del túnel de la necesidad económica, a la claridad del día”* (Schumacher, 1973/1994).

³⁴⁵ Si bien las críticas hacia estos conjuntos de vivienda buscaban focalizar sobre aspectos propios de la disciplina arquitectónica, sus argumentos se entremezclaban con las críticas que recibía, a mitad de siglo, el modelo económico que impulsaba la construcción de vivienda estatal. Es decir que, la crítica hacia los conjuntos modernos se terminaba tiñendo con las críticas hacia el Estado de Bienestar: que impedían la iniciativa individual, que estaba burocratizado, que impedía la diversidad, que no permitía la optimización de la producción asociada al libre mercado, etcétera.

No era una cuestión de ignorancia, no era que no conocían al destinatario de las políticas de vivienda, era que el verdadero beneficiario eran los grupos de poder.

La postura de Burgess exigía transformaciones estructurales, que superaban el alcance de la arquitectura, en cambio Turner y Habraken permitían una salida más pragmática. Trataban de encontrar un modelo de producción de vivienda que permitiera el beneficio de los grandes grupos económicos sin sacrificar calidad de vida por parte de los pobladores. En todo caso, para corroborar si esto es posible se requeriría una investigación de similar magnitud a la que se presenta en esta tesis.

Sin embarcarse del todo en las disputas que se daban en el terreno de la economía, Turner proponía situar al Estado en una postura cada vez más cercana a la del “Estado facilitador”, que provee herramientas para que los libre emprendedores construyan sus viviendas. Habraken tenía una postura más moderada. El arquitecto holandés, manteniendo la tradición de su país, limitaba la injerencia del Estado en el diseño y la producción de viviendas, pero no la eliminaba del todo. Para Habraken, ya que el Estado seguiría construyendo, prefería que haga solamente una parte de las viviendas. Era un modelo de coordinación entre lo estatal y lo privado que se anticipaba al “*Modelo Pólder*” de las últimas décadas del siglo veinte.

Para Turner la gente podía construir su casa por sí misma, sólo necesitaba disponer de tierra, financiamiento y buena oferta de materiales. En cambio, Habraken consideraba que la gente podía decidir sobre la disposición de algunos elementos como la fachada y el interior. En la metodología de Habraken, los elementos de mayor estabilidad y complejidad son decididos por los técnicos. En todo caso, Turner y Habraken comparten la premisa de que el Estado no realiza aquello que puede ser realizado por la gente. Inevitablemente, y aclarando que estos arquitectos no buscaban incidir dentro del ámbito de la macroeconomía, es una postura fácilmente asociable a la máxima de la economía liberal que dice “*que el Estado no haga aquello que la iniciativa privada puede hacer*”.

Cambia el énfasis de la arquitectura, desde la producción hacia la gestión

En la propuesta de los tres arquitectos estudiados, el Estado se alejaba de su rol central en la producción de viviendas, ya no se destacaba por su función ejecutiva sino por la gestión y coordinación. Es un rasgo de época, por eso Ignacio Ramonet, en el libro *Un mundo sin rumbos* (1997), afirmaba que el Estado gestiona y el mercado gobierna. Sin embargo, este énfasis en la gestión no era solamente una bandera del liberalismo de todas las épocas, reflejaba además, un cambio en el modo de producir propio de las últimas décadas del siglo veinte.

A grandes rasgos, mientras la economía de la primera parte del siglo veinte orientaba sus esfuerzos a incrementar la capacidad de producción, durante las últimas décadas del siglo veinte tratarían de ampliar la rentabilidad a partir del manejo de las técnicas del marketing, los servicios y las operaciones financieras. Hay una tercerización de la economía. Las tecnologías de la comunicación y el transporte permitían localizar la producción (contaminante y socialmente conflictiva) en los países que tenían reglamentaciones ambientales y laborales flexibles. Mientras la producción se desplazaba y se disgregaba, las funciones de mando se concentraban en las ciudades que ofrecían mejor calidad de vida, algo que se obtiene diversificando la oferta de servicios, tanto financieros como recreativos, gastronómicos, culturales. Es un contexto internacional donde la industria pierde protagonismo con respecto al sector financiero. De este modo las ciudades del mundo desarrollado entendieron que la producción ya no era tan importante como las tareas de gestión. Este cambio que se produce en el abordaje de la ciudad, repercute también en el enfoque sobre la vivienda. La vivienda ya no importaba como hecho físico, como producto, sino que cobran protagonismo los procesos que en ella convergen.

Dentro de esta constante alusión que hacen Turner y Habraken a la vivienda como un proceso en constante transformación, pueden encontrarse similitudes con la nueva dinámica que toman los productos en las últimas décadas del siglo veinte.

El toyotismo, como modelo de producción que reemplazó al modelo fordista, buscaba potenciar la producción disgregada. En lugar de utilizar grandes complejos fabriles para obtener una enorme cantidad de productos iguales, el toyotismo pensaba la producción a partir de la coordinación de procesos que se desenvolvían en diferentes lugares, donde el trabajo humano se incorpora en pequeñas cuotas y con una relación de dependencia muy débil con respecto a la marca que vende el producto. Las piezas de un reloj se producían en diferentes lugares del mundo y se ensamblaban una vez que el usuario lo elegía y lo pagaba. No se ensamblan siempre las mismas piezas, el usuario podía elegir entre una serie de opciones para adecuar el producto final a sus necesidades y gustos particulares. Ya no hay stock, el producto no existe como una entidad estática, sino que se transforma constantemente hasta llegar a las manos de su comprador³⁴⁶.

Revisando el pensamiento de Turner, cabe decir que la vivienda sigue siendo un producto, pero ya no es el producto fordista. La producción ya no implica la multiplicación seriada de un objeto estandarizado. Sino que es un producto en permanente transformación, donde se trata de incorporar en la mayor medida posible el trabajo humano desregulado (en lo posible aportado por el usuario). La cercanía entre la producción y el consumidor, sumada a los avances en las técnicas de gestión y marketing, permite diversificar la oferta, adaptando los productos a los gustos y necesidades particulares de los usuarios.

Según estos tres arquitectos que abordaron la participación, la vivienda no era un producto único capaz de ser estandarizado y multiplicado de manera acrítica. Trataban de implementar la participación para adecuar las viviendas a las necesidades del usuario.

Así como el toyotismo buscaba orientar los productos hacia el gusto particular del consumidor, la arquitectura participativa estaba tratando de adecuar la vivienda a las necesidades específicas del usuario. Paradójicamente, tanto el toyotismo como los arquitectos que abordaron la participación lo hicieron del mismo modo: generando un proceso gradual y mejorando las técnicas de gestión. Por eso Habraken decía que el trabajo del arquitecto implicaba una tarea de coordinación. En un camino similar, Turner se alejaba de la escala arquitectónica para acercarse cada vez más al trabajo desde las políticas. Era un cambio de enfoque desde el objeto arquitectónico hacia los procesos que lo condicionan.

También hay que reconocer que esas transformaciones en el proceso de producción de la arquitectura permitían diversificar la oferta incorporando a sectores que no tenían opciones legales (en el mercado o en la provisión estatal) dentro del esquema de producción fordista. Esto puede notarse en los ejemplos de Villa Los Ángeles de John Turner y en Ciudad Bachué (Figura 10), ese experimento del Instituto de Crédito Territorial de Colombia que combina el criterio de normativa proscriptiva de Turner con la adaptabilidad que proponía Habraken. Cuando se preveía la participación, se generaban opciones más económicas.

³⁴⁶Un ejemplo paradigmático es el de las cámaras lomográficas que vienen desarmadas para que el usuario las ensamble antes de usarlas, lo cual se promociona como una experiencia que refuerza el vínculo entre la cosa y su consumidor.

Remplazar el trabajo formal por el trabajo desregulado

Uno de los planteos más innovadores y profundos de Schumacher decía que la economía debía dejar de orientarse según la máxima rentabilidad para comenzar a centrarse en el hacer humano, en el trabajo. Según este punto de vista, frente al trabajo alienante de la sociedad industrial se trataba de recuperar la actividad poética del ser humano, su capacidad de producir y transformar el mundo. El trabajo era una actividad que definía la identidad del ser humano y lo relacionaba con el mundo material que lo rodea. De este modo, el trabajo pasaba a ser una actividad existencial. En ese sentido, las ideas de Schumacher, si bien no tenían en cuenta el panorama de fuerzas del capitalismo de su época, representaban una agradable expresión de deseo.

No obstante, el planteo se volvía contraproducente cuando Schumacher afirmaba que el trabajo debía ser una actividad placentera, desdibujando los límites entre el trabajo y el ocio. Lo malo no era el trabajo placentero, lo malo es que comienzan a borrarse los límites del trabajo formal. Si anteriormente se planteaba que en la evolución de las propuestas utópicas de posguerra se terminaron desvaneciendo los componentes profundos para reforzar sus aspectos metodológicos, en este caso puede notarse con mucha claridad. Luego de más de cuarenta años de que Schumacher plasmara sus ideas, el trabajo de las grandes masas de población urbana sigue siendo un infierno, pero con el agravante de que se realiza en condiciones de creciente informalidad.

¿Cómo puede relacionarse esto con la arquitectura participativa? Emilio Pradilla y Rod Burgess lo ejemplificaban en la autoconstrucción, es decir, cuando se incluye la participación del usuario en el proceso de construcción de la arquitectura. Turner proponía el *Dweller Control*, que es la incorporación de los residentes en la administración y o construcción de la arquitectura para optimizar los recursos que disponía el Estado o las empresas para la construcción de viviendas.

A grandes rasgos, el involucramiento del usuario permitía ahorrar dinero porque realizaba tareas que de otra manera debían realizarse mediante el trabajo formal. Con algunas excepciones, el Estado y las empresas constructoras deben cumplir una serie de formalidades para contratar mano de obra, por lo cual, terminan pagando el trabajo más caro. Incluso cuando subcontratan una parte importante de la obra, pagan trabajo formal. Por el contrario, la vivienda que se produce en las villas y asentamientos utiliza mano de obra menos regulada. Los usuarios se sobre-explotan construyendo en el poco tiempo que tienen destinado al descanso, contratan informalmente a los cuentapropistas, o reciben la ayuda de vecinos y familiares.

En eso hay una coincidencia entre los tres autores estudiados, todos celebran la posibilidad de construir colectivamente en base al trabajo voluntario, la solidaridad, las mingas y toda una serie de términos románticos para referenciar el trabajo desregulado. No era Turner el único que aprovechaba las ventajas del trabajo desregulado. Así como el arquitecto inglés hablaba del *Dweller Control*, Habraken hablaba de que los usuarios debían completar y transformar sus viviendas. Y en una dirección similar, Alexander proponía utilizar el trabajo voluntario de los estudiantes para construir viviendas en Mexicali.

El problema es que, pese a cualquier estrategia técnica, la vivienda digna tiene un costo elevado. Requiere de una serie de desembolsos cuantiosos durante un proceso continuo, por eso es muy difícil que una familia pueda acceder a una vivienda digna sin contar con un ingreso estable. Por lo tanto, toda propuesta arquitectónica (incluyendo la arquitectura participativa) que fomente el trabajo irregular termina socavando sus propias bases. La población que no cuenta con un trabajo estable no podrá acceder a una vivienda digna. Aún más, ni siquiera el empleo estable garantiza el acceso a la vivienda. Los componentes que se combinan para generar una vivienda digna están atados a grupos concentrados

de poder que manejan los precios. La tierra urbanizable, los materiales estructurales, las aberturas, los productos de la industria química, las aislaciones, y principalmente las finanzas que administran el crédito, están controlados por grupos que se caracterizan por su capacidad de lobby y su accionar corporativo.

Por lo tanto, incluso en el caso de que se lograra incorporar cada vez más población al empleo formal, ante la mayor disponibilidad de dinero, estos grupos subirían los precios para aumentar sus ganancias. Entonces, además de ampliar el empleo estable es necesario un Estado fuerte, y con la suficiente capacidad ejecutiva como para controlar los precios, enfrentando a los grupos concentrados del poder. Algo que los arquitectos que abordaron la participación no tenían en cuenta.

En síntesis, cuando Habraken hablaba de la vivienda masiva, o cuando Turner se refería al “desarrollo inmediato”, o Alexander se quejaba por los edificios megalómanos de la arquitectura moderna, en realidad se estaban enfrentando a una modalidad fordista de producir el ambiente. Un modelo que se apoyaba en la centralidad del Estado y que buscaba optimizar el alcance de la producción en base a la estandarización y la maquinaria pesada (construir más y a mayor velocidad).

Frente a eso, la arquitectura participativa desde profundas convicciones ideológicas y espirituales, terminaba contribuyendo a un cambio pragmático que buscaba superar algunas limitaciones del capitalismo industrial de la primera mitad de siglo. No en favor de los pobladores, naturalmente, sino en favor de la rentabilidad. En ningún momento puede notarse una intención lucrativa en la acción de estos tres arquitectos. No escribían por dinero. Todo lo contrario, prima en sus textos una verdadera vocación humanista y de confianza en un futuro mejor, basado en intereses colectivos. Es decir, no recibieron el encargo de adaptar la arquitectura de viviendas a la producción disgregada que necesitaba el capitalismo de la época. Incluso da la sensación de que lo hicieron de manera inconsciente. Simplemente elaboraron una propuesta para adecuar la arquitectura a los requerimientos de la época. En el caso de Turner y Habraken esta sintonía con los requerimientos del mercado puede entenderse como una actitud pragmática, resolutiva, que escapaba a planteos demasiado ideologizados. En el caso de Alexander la situación es más compleja, puesto que se combinaba una postura evasiva, propia del contexto de la Guerra Fría, con las reflexiones introspectivas de las filosofías orientales. En ocasiones, esa postura de la simple contemplación y la interioridad, impide tomar una posición crítica con respecto a las fuerzas políticas y económicas que condicionan la realidad.

2 Rol del arquitecto

2.1 Contra la formación académica:

Los tres autores estudiados escribieron en contra de la formación arquitectónica que habían recibido. Tal como se afirma anteriormente, era una época de ruptura con respecto a la arquitectura moderna que había dominado el panorama cultural a partir de Segunda Guerra. Dentro de estos autores, Habraken es quien mejor logra describir el modelo profesional al cual se enfrentaba la arquitectura participativa. Para Turner, su propuesta de participación se enfrentaba al arquitecto como diseñador de monumentos, aquel que creía tener la capacidad de convertir en especial todo edificio que le tocaba diseñar. De hecho, Habraken indagaba en la historia y avanzaba en la misma dirección que Deleuze cuando afirma que era un modelo profesional nacido en el Renacimiento³⁴⁷. Era un modelo que se

³⁴⁷ Ver el apartado del texto llamado: *Crítica hacia las obras de arquitectura que pretenden ser monumentos.*

oponía al modo en que “naturalmente” construía la gente, interactuando con su ambiente. Antiguamente el ser humano adecuaba los espacios con los materiales que tenía disponibles, siguiendo algunas reglas generales colectivas, pero expresando también su propia individualidad.

Alexander no profundizaba en aspectos históricos, pero afirmaba que la arquitectura moderna había interrumpido un proceso de construcción gradual del ambiente, que a través de un proceso milenario de prueba y error consolidaba las mejores soluciones. De manera que la arquitectura moderna había roto la conexión entre la gente y su propia memoria espacial consolidada en base a un proceso milenario de optimización de las soluciones espaciales. Era como una adaptación de la teoría de la evolución aplicada a la conformación de los espacios.

Turner no realizaba una lectura histórica, pero hay que tener en cuenta que retomaba los textos de Geddes donde había un enfrentamiento directo contra la formación académica que fomentaba la compartimentación del conocimiento y la visión estática de la realidad.

En definitiva, los tres arquitectos se oponían a la formación académica que habían recibido y consideraban que estaban abriendo una nueva modalidad de trabajo profesional. En efecto, Turner y Alexander destacaban en sus escritos, un momento de ruptura interna, una especie de crisis o revelación a partir de la cual comenzaron a abordar la arquitectura de una manera muy diferente al modo en que les habían enseñado.

Turner decía que el terremoto de Arequipa (1958) le brindó la oportunidad de aplicar una nueva visión sobre la arquitectura y Alexander afirmaba que había comprendido la verdadera tarea del arquitecto, cuando leyó un libro taoísta. El caso de Geddes, que Turner se encargó de narrar, es aún más dramático ya que luego de un periodo de ceguera se vio obligado a abandonar su tarea como biólogo que trabaja con microscopios para comenzar a aplicar sus conocimientos sobre un organismo de mayor tamaño: la ciudad. Resumiendo, la arquitectura participativa suele plantearse como una verdadera ruptura con respecto a la formación convencional en arquitectura. Al romper con la formación preexistente, implicaba una especie de renacer.

2.2 Sobrevaloración de la observación directa

Si la arquitectura participativa no podía aprenderlo todo a partir de las academias existentes entonces proponía complementar el conocimiento a través de la inmersión en el contexto en el cual debía trabajar. Así se había formado Geddes, caminando los barrios bajos de Edimburgo y las ciudades de la India, y así se formó Turner trabajando en las barriadas de Perú. En un momento en que las teorías sobre la ciudad se estaban transformando en base a la observación, tal como surgieron las ideas de Jane Jacobs en Greenwich Village o Kevin Lynch en Siena, los arquitectos que sentaron las bases teóricas de la participación se dedicaron a exaltar la necesidad de potenciar el aprendizaje a partir de la experiencia situada. De allí en más, muchos de los arquitectos que proponen guiar a sus alumnos por el camino de la arquitectura participativa proponen viajes, visitas guiadas, voluntariados y diferentes estrategias para generar la inmersión de los alumnos en contextos conflictivos, donde la arquitectura participativa podría desplegar todas sus ventajas para mitigar condiciones sociales difíciles.

El problema es que en algunos casos, esta vocación por aprender en el sitio, a partir de experiencias concretas, puede conllevar a un desprecio por la teoría y las abstracciones. Si bien el aprendizaje no se produce exclusivamente a partir de los libros y la formación académica, tampoco se logra únicamente a partir de la experiencia y la observación directa. Con la negación de la formación académica, muchas veces se le da la espalda a las experiencias y debates previos que permiten superar errores comunes. La

arquitectura participativa, al jactarse constantemente de su posibilidad de aprender del saber mundano de la gente en el mismo sitio, termina desconociendo su propia historia. Algunos incluso, utilizan este vacío epistemológico en beneficio propio. Los más críticos dirían que venden el vino de siempre en botellas nuevas.

En la década del sesenta se le atribuyeron a Turner las ideas que ya venían experimentando los técnicos del New Deal y los arquitectos latinoamericanos que trabajaban en asentamientos informales. Del mismo modo, las ideas que propuso ELEMENTAL para Quinta Monroy en 2003 (Figura 45) se difundieron como si fueran invenciones propias, surgidas de la observación pragmática de la realidad cuando en realidad combinaban criterios de la propuesta teórica de Turner con la resolución técnica de Habraken.

Es difícil establecer hasta qué punto conocían, Turner y Aravena, la propuesta de sus antecesores. Aunque no exista la intención de atribuirse como propias algunas ideas ajenas, lo que llama la atención es que no exista la posibilidad de ir alimentando la base teórica de la arquitectura participativa, cuestionando sus aristas conflictivas y potenciando aquellos aspectos que permiten superar los puntos críticos que atraviesa la arquitectura actual.

De allí que la arquitectura participativa parezca una constante reinención de la rueda. Un proceso donde incluso pueden identificarse una serie de etapas que se repiten constantemente. Un camino que va pasando por: el entusiasmo de trabajar junto a la gente, luego una etapa de stress por la complejidad administrativa que retrasa los plazos, después un periodo intenso de trabajo para terminar en un resultado que no era lo que se esperaba a nivel físico, pero que se valora por sus alcances sociales.

2.3 Énfasis en la multidisciplina y el pragmatismo

Evidentemente, esta formación basada en la experiencia terminaba marcando un nuevo rol profesional que no respetaba los límites disciplinares, o al menos, cuestionaba la compartimentación que mantienen las academias. El nuevo perfil profesional necesario para abordar la arquitectura participativa puede definirse a partir de dos características que concuerdan perfectamente con los requisitos que exige el contexto de inestabilidad y flexibilización laboral de las últimas décadas del siglo veinte: la multidisciplina y el pragmatismo.

Estas dos características pueden notarse en la propuesta teórica y en la vida profesional de cada uno de los arquitectos abordados.

Por un lado, la multidisciplina se encuentra en la génesis y en las bases conceptuales de la arquitectura participativa. Como ejemplo puede notarse que Patrick Geddes, quien proponía implementar la participación en Edimburgo y en la India, era biólogo, y que los proyectos del New Deal en Puerto Rico que introdujeron la autoconstrucción en Latinoamérica eran parte de políticas integrales.

En un sentido similar, Turner y Habraken nutrían sus textos a partir de reflexiones filosóficas, antropológicas y económicas. De todos modos, el caso más paradigmático de abordaje multidisciplinar hay que buscarlo en la propuesta de Alexander donde se mezclan reflexiones abstractas de las matemáticas, metáforas de las ciencias duras, datos estadísticos, conceptos filosóficos y una mezcla de sentimientos y apreciaciones tomadas de las artes o la religión.

Por otro lado, el dinamismo y la complejidad de las situaciones que debe resolver la arquitectura participativa requieren de profesionales capaces de actuar de manera pragmática y resolutiva. A lo largo de este trabajo se destaca, en diferentes oportunidades, que los arquitectos estudiados no profundizaron en los cuestionamientos ideológicos que caracterizaron la década del sesenta y setenta.

Es más, algo que llama la atención es una vocación por acentuar su neutralidad con respecto al panorama marcado por la Guerra Fría. Habraken y Turner decían que sus propuestas servían tanto para el bloque soviético como para el capitalismo de signo yanqui, las promocionaban como ideas prácticas que superaban cualquier polaridad del contexto. Alexander, por su parte, parecía no estar enterado de nada.

Pese a dejar de lado el componente ideológico propio de la época, sí retomaron de esas décadas una potente vocación transformadora. Sus textos están teñidos por la ambición de los jóvenes formados durante el auge del Estado de Bienestar. No era una ambición en el sentido monetario, sino una confianza en la capacidad de transformar el mundo en base a ideas innovadoras. Hay que reconocer que, en última instancia, estos arquitectos proponían cambiar la orientación de las políticas de vivienda a nivel universal. Superaban el ámbito de una ciudad en particular, incluso traspasaban los límites nacionales. Pensaban que sus propuestas eran aplicables en todo el mundo.

Además, la concepción de la arquitectura como un proceso cambiante requería de una astucia y una claridad particular para incidir y coordinar acciones donde intervienen múltiples actores con diversos intereses. El ejemplo más claro es el de Habraken quien hablaba de *“un nuevo profesionalismo”* (Habraken J. , 1986, pág. 141), capaz de insertarse en procesos dinámicos y vivos, como si el arquitecto fuera una especie de jardinero que realiza intervenciones puntuales para potenciar la vitalidad de procesos existentes. Era un modelo de arquitecto que no orientaba sus acciones a la concreción de la obra perfecta que podía salir en las revistas sino un arquitecto que sabía resolver las funciones ejecutivas, de coordinación y gestión. Un paso más allá, Turner acudía a la metáfora futbolera para decir que los técnicos funcionaban, dentro de las políticas habitacionales, como si fueran directores técnicos de un club, cuya función no es hacer los goles sino conseguir los elementos y pensar las estrategias que permitan que otros actores conviertan los goles. Del mismo modo, los arquitectos no debían construir casas, sino garantizar la disponibilidad de componentes para que la misma gente construya.

Este desplazamiento del rol profesional hacia la multidisciplina y el pragmatismo sintonizaba con los requerimientos de la economía global de las últimas décadas del siglo veinte. Concretamente, Rod Burgess y Marisa Carmona lo relacionan con el desplazamiento de la economía hacia los servicios y la teoría del *“enablement”* donde el Estado se convierte en un agente facilitador que permite y potencia las múltiples iniciativas que se dan en el ámbito de la libre empresa³⁴⁸. La figura de Le Corbusier tratando de encontrar un mecenas que le pueda encargar la construcción de una ciudad ya no tenía mucho sentido porque la acción estatal había quedado totalmente diluida.

La nueva economía global requería un arquitecto capaz de abordar la complejidad, la inestabilidad y el dinamismo, que pudiera diseñar desde un *show room*, un intercambiador de transporte o la bandera de Europa³⁴⁹. Se requería un arquitecto acostumbrado a los vaivenes y la irracionalidad de un mundo regido por la especulación financiera. Es un modelo profesional que exalta la astucia, la flexibilidad y la capacidad para leer las dinámicas sociales pero siempre dejando de lado cualquier tipo de postura ideológica que le impida acoplarse a las esporádicas oportunidades laborales que surjan por el planeta.

³⁴⁸“Muchos de los aspectos de la teoría del enablement requerían de un nuevo concepto de práctica profesional basada en una “orientación a los servicios” que demandan el aprendizaje de nuevas y amplias habilidades” (Burgess, Carmona, & Kolstee, 1997, pág. 144)

³⁴⁹ En 2001 la Comisión Europea le encargó a Rem Koolhaas la construcción de “la imagen de Europa”, para la cual, el O.M.A propuso una bandera que retomaba los colores de las diferentes banderas de los países europeos generando un código de barras. Ver <http://oma.eu/projects/the-image-of-europe>

Por supuesto, es un perfil profesional que excede a la arquitectura participativa, es una tendencia mucho más amplia.

Sin embargo, es probable que este nuevo auge de la arquitectura participativa que se vive a principios del siglo veintiuno, se deba a que está encarnado por profesionales que constituyen un verdadero paradigma de los valores que promueve la economía global. Un profesional pragmático, flexible, capaz de gestionarse su propio trabajo, administrando recursos siempre escasos (un excelente administrador de la miseria), que puede leer las dinámicas sociales pero que nunca se compromete con una postura política en particular.

3 Aporte social de la arquitectura participativa

3.2 Énfasis en la iniciativa individual

Tanto Turner, como Habraken y Alexander, buscaron involucrar a los pobladores en la construcción de viviendas. Habían notado que, a lo largo de la historia, el ser humano contribuía personalmente en la transformación del ambiente, para adecuarlo a sus gustos y necesidades. Y consideraban que la sociedad industrial había negado a las personas esa posibilidad de participar en la construcción de su propio mundo. Si Heidegger decía que habitar era el modo de ser de los humanos, entonces negarles la capacidad de intervenir en la construcción del ambiente era como amputarles el ser.

A su vez, Edward Sapir decía que la participación en esos procesos cotidianos, pero cargados de simbolismo, formaba parte de la construcción colectiva de significados. Una cultura era genuina cuando era construida a través de los actos sencillos y cotidianos de todos los integrantes de la sociedad.

En un sentido similar, los arquitectos estudiados en este trabajo, veían que la sociedad industrial coartaba la capacidad de acción e intervención del ser humano confinándolo en una postura pasiva exclusivamente orientada al consumo. Si bien Alexander es el único que cita a autores del pragmatismo norteamericano, como John Dewey, todos continuaban de esa corriente filosófica un llamado hacia la acción, como posibilidad liberadora que transformaba tanto el contexto del ser humano como su propia psiquis.

También hay que subrayar que en algunos de sus textos, este llamado hacia la acción se convertía en una exaltación de la auto-superación y en la veneración de la figura del libre emprendedor. Nuevamente, la participación que siempre se muestra como una experiencia atemporal que forma parte del acervo cultural del ser humano, aparecía teñida de la teoría económica que regía el mundo en las últimas décadas del siglo veinte. En los textos de Turner esto se nota con mayor claridad porque sus ideas se consolidaron en Latinoamérica cuando Estados Unidos difundía el modelo del *home owner* a través de la cooperación internacional, que tuvo su periodo de auge cuando la *Alianza para el progreso* (1962) buscaba contrarrestar la propagación de la Revolución Cubana (1961).

Las propuestas de arquitectura participativa en la década del sesenta y setenta se apoyaban en intereses ambiguos. Por un lado, buscaban liberar al ser humano de los sistemas de vivienda opresivos, que no tenían en cuenta la iniciativa de la gente. Y por otro lado exaltaba la capacidad del hombre que construyendo su casa se construye a sí mismo.

En ese llamado a la auto-superación que incluían las teorías de la participación, Rod Burgess va a distinguir la continuidad del pensamiento decimonónico que decía que los pobres son pobres porque no hacen lo suficiente para dejar de serlo. Más allá de las buenas intenciones de Turner, Burgess observaba que sus propuestas no llegaban a transformar las condiciones estructurales de la carencia de vivienda digna. Aún peor, decía que sus textos terminaban desviando el foco de atención sobre los efectos para

terminar maquillando las causas. La supuesta pasividad de la población de menores recursos es un prejuicio de clase para justificar sus padecimientos³⁵⁰.

En defensa de Turner habría que decir que tampoco hay experiencias posteriores donde la arquitectura haya logrado revertir esas condiciones estructurales. La postura crítica, muchas veces termina siendo declamatoria, denunciista, impide la acción. Tanto Turner como Habraken y Alexander tienen la virtud del hacer. Sólo se equivoca aquel que hace.

En un mundo que invita al pesimismo, hay que valorar el coraje que implica animarse a proponer. Su actitud es destacable incluso cuando todos los proyectos realizados participativamente terminen cayendo en las lógicas del mercado inmobiliario: compartimentación del espacio buscando mayor rentabilidad, sociabilidad selectiva, reemplazo poblacional, densificación de acuerdo al precio del suelo, etcétera.

3.3 La participación refuerza el sentido comunitario

Para los autores estudiados, la participación es algo más que un llamado hacia la acción individual. Además de aprovechar y potenciar la iniciativa personal, la participación permitía recuperar y reforzar un sentido comunitario perdido con la atomización social que produjo la vida moderna. En ese sentido, son tres autores fundamentales para recuperar la arquitectura como un hecho colectivo. En lugar de entender las transformaciones ambientales como un mundo autorreferencial de los arquitectos y urbanistas, la participación venía a denunciar que la gente no formaba parte del proceso de decisiones que determinaba las transformaciones del espacio donde desarrollaba su vida.

Habraken proponía abrir el juego dejando que los pobladores decidan, al menos, parte del ambiente. En cambio, Turner y Alexander iban por todo. Alexander elaboró una metodología que permitía ir diseñando junto a los usuarios todas las escalas de intervención en instancias sucesivas, mientras que Turner afirmaba que la misma gente ya contaba con los conocimientos necesarios para llevar a cabo su propio proceso de transformación del ambiente, sólo le hacía falta disponer de los elementos necesarios.

Por otra parte, el trabajo colectivo para diseñar o construir permitía fortalecer un sentimiento de pertenencia grupal. En ese sentido, los tres autores hacían referencia a un componente pedagógico de la arquitectura participativa, que le enseña a la gente a interactuar con su ambiente y con su grupo de pertenencia. Este sentimiento de comunidad, que Adrián Gorelik se ha encargado de rastrear dentro de la antropología, en la arquitectura participativa era reforzado con algunos detalles del diseño. Los arquitectos que promovían la participación incorporaban patios comunitarios, calles y pasajes pensados para la permanencia y se generaban portales en los accesos para acentuar el ingreso hacia una colectividad con su propia identidad dentro de la anomia de la ciudad.

No obstante, en todos los casos analizados se evidencia que esta visión romántica de la comunidad, como resistencia a las fuerzas capitalistas que regían la dinámica de la ciudad, era muy débil. Poco tiempo después de que los técnicos se alejaban del proyecto, el espíritu comunitario se desvanecía. Los

³⁵⁰Si bien el malestar económico genera frustración, desilusión, e incluso una sensación de parálisis sobre las personas, esto se produce en todos los sectores poblacionales y no solamente en quienes tienen menos ingresos. En todo caso debería sorprendernos que aquellas personas que se ven obligadas a vivir toda su vida bajo una sensación de crisis permanente continúen luchando toda su vida para tratar de mejorar sus condiciones económicas. Incluso, cuando resulta evidente que por más esfuerzo que hagan, se necesita algo más que iniciativa individual, se requieren políticas que permitan transformar estructuralmente la economía.

patios comunitarios caían en desuso, se compartimentaban o directamente se usurpaban. Los emprendimientos productivos como bloqueras o cooperativas de trabajo caían cuando chocaban contra las lógicas de mercado. Los portales de ingreso se aprovechaban para poner rejas buscando solucionar los problemas en cuanto a la seguridad del espacio público, algo que no se había tenido en cuenta en la ilusión romántica del diseño inicial.

En realidad, los conjuntos realizados participativamente atravesaban los mismos problemas que padece todo conjunto de viviendas, sólo que resulta más crudo comprobarlo en estos casos donde las metodologías participativas auguraban un horizonte de optimismo para los valores comunitarios.

Hay que reconocer que los participantes desarrollan un sentimiento particular por la arquitectura en cuyo proceso han colaborado. Tanto Turner como Habraken destacaban que la participación garantiza una mayor apropiación de los espacios. La gente, cuando ha colaborado en la construcción de los espacios, los siente como propios, los usa más y los cuida mejor. Esta aceptación de la arquitectura, por el sólo hecho de participar, tenía un aspecto cuestionable. Según Frans van der Werf, del S.A.R., la gente toleraba mejor los errores cuando había formado parte de las decisiones que los habían determinado. Por ende, la arquitectura participativa servía como una especie de blindaje para los técnicos. Decían que al incorporar técnicas participativas, se producían menos conflictos posteriores, la gente se mostraba más tolerante con respecto a los desaciertos. Esto puede ser muy beneficioso para quien busque garantizar la gobernabilidad, pero también hay que tener en cuenta que el objetivo de los arquitectos, más que evitar los conflictos, es tratar de que la gente viva bien.

La participación, supuestamente, ayuda a ajustar lo construido a las necesidades y gustos de la gente. ¿De qué sirve implementar técnicas participativas si los pobladores siguen viviendo mal? ¿Sirve solamente para que los vecinos se quejen menos? En todo caso, ese puede ser un requisito necesario para aquellos gobernantes que dependan del *statu quo*, pero no debería ser una prioridad de los arquitectos.

El paso siguiente, luego de conceptualizar el ambiente como un hecho colectivo y dinámico, es entender que cada vez que se producen transformación en él se administran recursos, y por lo tanto se afectan intereses. Los conflictos son inevitables y, por lo tanto, hay que estar dispuesto e informado como para situarse del lado correcto.

El énfasis que pusieron algunos arquitectos para destacar las cualidades sociales de la arquitectura participativa, como si fuera una dinámica grupal capaz de fortalecer la cohesión grupal, terminó proyectando un halo de compromiso social sobre todos los proyectos que implementaban metodologías participativas. Esto hace que, en muchos casos, los proyectos se valoran por “la mística” que generan más que por sus resultados físicos reales. Si bien Geddes tenía razón, cuando afirmaba que las transformaciones ambientales no eran exclusivamente un hecho físico, el carácter material de la arquitectura es algo que no debería descuidarse.

En los últimos tiempos han proliferado una serie de propuestas que no eran mucho más que un conjunto de buenas intenciones. Las cualidades materiales de estas obras son muy pobres porque no logran movilizar gran cantidad de recursos. Para ahorrar presupuesto suele recurrirse al reciclaje, a las técnicas tradicionales como el barro, las maderas del lugar, el trabajo voluntario. El problema es que la arquitectura requiere inevitablemente reorganizar recursos materiales. Es cierto que las transformaciones ambientales no son puramente físicas sino que deben arraigarse en las dinámicas sociales, pero la arquitectura no puede convertirse en una terapia de grupo. Si no hay perspectivas de

movilizar recursos, es mejor no generar falsas expectativas, será imposible transformar el ambiente según las necesidades de la gente, se convertirá en pura participación sin arquitectura.

Este tipo de experiencias ganaron mucho protagonismo luego de la burbuja inmobiliaria (2007-2009). La prensa especializada experimentaba una especie de sentimiento de culpa. Luego de haber pasado décadas ensalzando la arquitectura de las corporaciones y las viviendas de súper lujo, ante un periodo de crisis económica comenzaron a cuestionar la arquitectura de los excesos. Los críticos y las revistas comenzaron a cuestionar las obras de esos arquitectos que trabajaban con libre presupuesto, con la posibilidad de llevar a cabo cualquier extravagancia. Ante ese panorama de cuestionamiento general hacia la arquitectura de los “arquitectos estrella” como Rem Koolhaas, Frank Gehry o Jean Nouvel, comenzaron a cobrar relevancia las obras que se animaban a realizar arquitectura con un presupuesto limitado.

Este auge de la arquitectura que busca maximizar el alcance social de los escasos recursos disponibles abre una nueva oportunidad histórica para la participación. Desde un punto de vista optimista, son un ejemplo de continuidad del ideal moderno que buscaba ampliar el alcance de la arquitectura. Pese a que las obras sean precarias y raquíticas -a veces no son más que un conjunto de postes clavados en el suelo- permiten acercar el diseño a contextos donde antes no llegaba.

Desde un punto de vista negativo, ayudan a maquillar la miseria y distraen la atención sobre los problemas reales.

Para encontrar un punto medio, puede decirse que son como el equivalente arquitectónico de los payamédicos, esos voluntarios que asisten a los hospitales para mejorar el ánimo de la gente. Así como los payamédicos favorecen las condiciones anímicas para que los enfermos puedan sanar, del mismo modo los *payarquitectos* fortalecen el funcionamiento grupal. Ambas son tareas loables, pero hay que tener en cuenta que en los hospitales los enfermos reciben medicamentos. Es muy difícil curarse solamente en base al buen ánimo.

Con esto no se pretende comparar la pobreza con la enfermedad, sino todo lo contrario, parte del error de los *payarquitectos* es desconocer la condición estructural histórica, y sumamente compleja de la pobreza. De hecho, no es extraño que los arquitectos que implementen la participación utilicen términos médicos, tal como hacían Habraken y Alexander. Montan consultorios de arquitectura, hacen diagnósticos participativos, como si quisieran ser médicos que curan los males espaciales de la sociedad. La realidad es que sin los recursos necesarios como para generar obras que transformen la vida de la gente, se convierten en simples *payarquitectos*.

4 Cambios tipológicos (Una respuesta a la arquitectura moderna)

4.1.1 El tamaño de las intervenciones

Tal como se menciona anteriormente, Turner, Alexander y Habraken consideraban que el tejido urbano que daba mejores resultados para construir vivienda era el modelo *low-rise high-density*. Proponían aumentar la densidad con vivienda agrupada en edificios de cuatro plantas aproximadamente. Habraken y Alexander incluso realizaron propuestas para entender cómo diseñar ese tejido. Pero hay que reconocer que ninguno descartaba del todo la posibilidad de construir viviendas de muy baja densidad.

En la década del sesenta Turner elogiaba las propuestas de lote con servicio; a principios del setenta Habraken decía que los suburbios americanos brindaban una adecuada libertad de transformación a los usuarios y a mediados de la misma década Alexander recomendaba que todas las viviendas tengan

jardines rodeando la casa. En fin de cuentas, en algún momento de su carrera defendieron propuestas que disminuían la densidad del tejido expandiendo la mancha urbana de la ciudad.

Frente a la tolerancia que mostraban hacia la baja densidad, realizaron en cambio fuertes críticas con respecto a la escala de los conjuntos construidos por el Estado de Bienestar. Mientras Turner y Alexander criticaban el tamaño por sí mismo, la cantidad de metros cuadrados construidos, Habraken cuestionaba la monotonía en su diseño. La diferencia era que el arquitecto holandés confiaba en que la participación podría dotar de una agradable diversidad a los conjuntos, más allá del tamaño que puedan alcanzar.

Entre todas las críticas que hicieron estos arquitectos a los conjuntos de vivienda de posguerra, la escala monumental era el cuestionamiento que ganaba mayor protagonismo. También destacaban otros factores financieros y de diseño, pero llama la atención la importancia que le daban al tamaño de los edificios por sobre otros factores como por ejemplo la localización y la conexión con las oportunidades de trabajo, salud y educación. Si uno vincula esta constante alusión a la escala de los conjuntos con las críticas que realizaban hacia “la burocracia”, las estructuras verticales y el sistema normativo, puede notarse que en realidad escondían una crítica con respecto a las políticas de vivienda del Estado de Bienestar. Políticas que, por supuesto, generaron un sinnúmero de problemas. Eran conjuntos pensados según los intereses de las constructoras y los sectores conservadores del poder que apuntaban a normalizar y controlar la población de menores ingresos endosándoles, de paso, una deuda que comprometía el presupuesto de cada familia, obligándoles a recortar en la satisfacción de otras necesidades básicas.

Con lo cual, queda claro que estas propuestas no eran buenas por factores que trascienden el diseño arquitectónico. Turner entendía esto perfectamente, al punto de destacar la calidad de diseño del conjunto *23 de enero* de Raúl Villanueva (Figura 5). Es cierto, la arquitectura tampoco era buena, pero no lo era por responder a los intereses mencionados. Eran conjuntos que respondían a intereses ajenos a los de los usuarios, no primaba la calidad de vida de la gente. El problema es que al focalizar la crítica sobre algunas características específicamente arquitectónicas, los arquitectos estudiados desplazaron el eje del debate. Tomaron algunos resultados del diseño como si fueran las causas del problema.

Lo malo es que el tamaño de los conjuntos de vivienda tenía también un valor simbólico que buscaba acentuar el poderío del Estado. Pese a surgir de intereses diferentes, las ideas de los arquitectos que criticaban la escala de los grandes conjuntos de vivienda contribuían a debilitar la imagen del Estado Benefactor. Como si el poder del Estado, aplicado a generar grandes cantidades de viviendas diera como resultado inevitable una arquitectura que dificulta la vida de la gente. ¿Acaso no puede haber intervenciones de gran escala que respondan a otros intereses y que mejoren la calidad de la arquitectura?

Evidentemente no existen muchos casos, y es necesario realizar una investigación profunda antes de emitir una respuesta bien fundamentada. Por el momento, hay que decir que las características del problema habitacional evidencian dos condicionantes ineludibles.

Por un lado, es un problema que alcanza dimensiones alarmantes: *“una de cada tres familias de América Latina y el Caribe -un total de 59 millones de personas- habita en una vivienda inadecuada o construida con materiales precarios o carente de servicios básicos”* (BID, 2012). Dentro de ese déficit resulta imprescindible diversificar el abordaje. Es necesario proveer infraestructura, realizar mejoramiento de viviendas y consolidar barrios existentes. También existen propuestas que afirman que es hora de densificar la ciudad existente a través de micro acciones individuales. Sin duda, estos

abordajes constituyen un aporte fundamental, pero no deben dejar de lado acciones más enérgicas y capaces de mejorar la vida de aquellos que ni siquiera tienen un terreno para consolidar o densificar. Sería un error pensar que se puede abordar un déficit que alcanza a un tercio de las familias de la región sin construir vivienda nueva.

Por otro lado, la crisis ambiental que atraviesa el planeta empuja a las ciudades a tratar de densificar la ciudad para reducir la huella ecológica. Con lo cual, la necesidad de construir vivienda debe combinarse con la necesidad de densificar la ciudad.

Se plantea un problema casi aritmético. Muchas viviendas en poca superficie es sinónimo de vivienda agrupada. Cuando los autores que sentaron las bases teóricas de la participación elogiaban los modelos de vivienda de baja densidad, estaban cometiendo un error, o al menos difundían una idea contraproducente para el contexto actual³⁵¹. Del mismo modo, cuando criticaban el tamaño de las intervenciones, como si fueran la causa del fracaso de los conjuntos de vivienda, estaban descartando dos cualidades muy útiles a la hora de abordar dos requisitos actuales: la necesidad de construir muchas viviendas y la necesidad de densificar.

En ese sentido, los bloques de vivienda que proponía Habraken son alternativas capaces de ayudar a contrarrestar algunos defectos de los conjuntos de posguerra ajustándose a los requerimientos actuales, pero solamente si dejaran de responder a los intereses de los grandes grupos económicos.

Mientras algunos piensan que las tipologías arquitectónicas están inevitablemente impregnadas por los intereses que les dan origen, es más atractiva la postura de Walter Benjamin cuando destacaba que el Falansterio de Fourier subvertía el sentido de la tipología monárquica del Palacio de Versalles, orientándola hacia intereses socialistas. Recuperar la escala de las intervenciones de la posguerra orientando su sentido hacia el beneficio de la población históricamente sometida es un desafío interesante.

4.1.2 La vivienda es algo más que un techo

El trabajo profundo y complejo de Turner, Habraken y Alexander permite construir un abordaje integral hacia la vivienda. Básicamente, se enfrentaban a las políticas habitacionales “viviendistas” que trataban de multiplicar masivamente un mismo prototipo de vivienda. Iván Illich decía que este abordaje basado exclusivamente en el objeto casa terminaba generando conjuntos monótonos y abstractos que eran como *“garajes que fueron contruidos para seres humanos”* (Illich, 1983).

Quizás la mayor virtud de estos tres arquitectos es haberle dado al hábitat humano el espesor simbólico y la complejidad sociológica que requería.

Comenzando por el valor simbólico de la vivienda, los arquitectos estudiados sentaron las bases teóricas para permitir que los residentes puedan plasmar su individualidad en sus casas. Más allá del número de viviendas a construir, lo importante era que cada familia tuviera la posibilidad de adecuarlas según sus gustos y necesidades. De este modo buscaban recomponer una milenaria relación entre el ser humano y su entorno. El ser humano recuperaba su capacidad de construir cultura a través de las transformaciones que realizaba sobre el ambiente.

A nivel sociológico, tanto Turner como Alexander notaron la necesidad de integrar los conjuntos a las dinámicas de la ciudad, como consecuencia de esto, los conjuntos ya no se pensaban como un estacionamiento de casas sino que buscaban incorporar diferentes funciones que garanticen la vitalidad

³⁵¹Es un error que no se ha corregido del todo. Muchas ONGs que implementan técnicas participativas difunden el modelo de vivienda individual en lote único.

del espacio público y que brinden oportunidades laborales, culturales, de salud, etcétera. Del mismo modo, algo que se ve también en Habraken, es que las viviendas comienzan a pensarse como unidades productivas, es decir, como una plataforma o punto estratégico que permita a cada familia integrarse en las dinámicas económicas de la ciudad.

El ejemplo más claro es que los tres arquitectos planteaban la posibilidad de incorporar dentro de la vivienda un local flexible que pueda servir tanto para instalar un taller como para ofrecer en alquiler³⁵². Como los conjuntos y las viviendas estaban organizados para adaptarse a la dinámica de la economía cotidiana, tenían un alto grado de adaptabilidad.

Tanto Turner como Habraken destacaban que las familias cambiaban sus necesidades espaciales según la edad biológica de sus integrantes y de acuerdo a las transformaciones económicas y culturales, muchas veces imprevisibles.

En síntesis, los teóricos de la participación en arquitectura colaboraron para incorporar el criterio heurístico en el diseño. Mientras el *"funcionalismo pueril [...] considera que el experto puede preverlo todo y ordenarlo todo"*(Lefebvre, 1971/1978, pág. 108) las metodologías participativas admitían que la arquitectura tenía un alto grado de imprevisibilidad y debía transformarse, inevitablemente, a medida que cambiaban los requerimientos de la gente.

En pocas palabras, estos tres arquitectos se oponían a concebir la arquitectura y el urbanismo como una estrategia de normalización espacial de la población. Tal vez nunca llegaron a notar el trasfondo de esa normalización. Atacaban a la tecnocracia, cuando en realidad los técnicos estaban actuando al servicio de intereses muy concretos. Los conjuntos que se planificaban como un apilamiento abstracto de casas que parecían tumbas para los vivos, no estaban mal diseñados, sino que respondían perfectamente a los intereses del capitalismo industrial de la época cuyo único requisito era que la porción de mano de obra empleada pueda recuperarse durante la noche y mantenerse relativamente sana como para poder cumplir con su horario de trabajo. Quizás sin entenderlo del todo, lograron evidenciar y superar esa perversidad de la ciudad moderna.

Como contracara podría decirse que los tres arquitectos estudiados se centraron demasiado en criticar los aspectos físicos y administrativos de los conjuntos de vivienda. Por más que sabían que la arquitectura era resultado de las relaciones de poder, sus propuestas eran limitadas a la hora de transformarlas. Cada uno, a su manera, eludió el enfrentamiento directo con los grandes grupos de poder. Turner era algo ingenuo, pensando que los grupos de poder resignarían la posibilidad de hacer negocios con el tema de la vivienda; Habraken era condescendiente limitando la intervención de la gente al ámbito de la vivienda para no generar conflictos de intereses; y Alexander era utópico planteando nobles aspiraciones pero sin explicar cómo alcanzarlas.

5. Última lectura del contexto

La participación permite descentralizar el proceso de toma de decisiones, pero no genera grandes cambios con respecto a la dinámica de concentración de recursos propia del capitalismo. Por más que logre oponerse a una organización vertical de poder, el problema no radica allí. En realidad, la arquitectura se organiza verticalmente para responder mejor a intereses que le son ajenos. Si se organizara horizontalmente pero respondiendo a los mismos intereses, también sería una modalidad de ejercicio profesional intrascendente, incapaz de aportar a las urgencias que demanda el contexto. Peor aún, a lo largo de este trabajo pudo notarse que las teorías de la participación sintonizaban

³⁵² Se adelantaban medio siglo al sistema desregulado de alquileres en base a internet, como Airbnb.

perfectamente con la interrupción de la, de por sí, limitada distribución de recursos que implicó la alianza entre el Estado Benefactor y la arquitectura moderna de mitad de siglo.

Esto exige un importante nivel de abstracción porque tanto el Estado Benefactor como la arquitectura moderna son categorías teóricas, no hay ningún ejemplo real que las personifique en todas sus cualidades. Desde un punto de vista teórico, luego del fin de la Segunda Guerra Mundial y ante la amenaza que significaba la posibilidad de que los sectores de menores ingresos se acercaran al comunismo, diferentes gobiernos de todo el mundo adoptaron un modelo político económico que puede sintetizarse bajo el nombre de Estado de Bienestar. Este modelo trataba de contrarrestar algunos desajustes propios de la economía capitalista en base al fomento de la industria y el mercado interno mientras se desarrollaban también una serie de programas para garantizar el acceso a bienes y servicios para toda la población. Para lo cual, se requería un rol activo y central del Estado, que en materia de arquitectura y urbanismo, construyó barrios, equipamientos y viviendas por todo el mundo.

Más allá de su nombre, no era un modelo de beneficencia, jugaba un rol fundamental dentro del esquema bipolar del mundo dominado por la Guerra Fría, trataba de afianzar las bondades del capitalismo contra el surgimiento del comunismo.

Por otro lado, el énfasis puesto en la industria y las políticas de salud generaron en los países poco desarrollados dinámicas sociales similares a la primera industrialización de los países centrales. Las principales ciudades recibían migraciones masivas desde el campo a la ciudad de población en busca de mejores oportunidades laborales. En este contexto de abrupta modernización, la arquitectura promovida por los C.I.A.M., con esa mezcla de higienismo, normalización y fe en el progreso, se adecuaba muy bien a la retórica distributiva y asistencial del Estado de Bienestar. De allí que los grandes conjuntos de vivienda de mitad de siglo, continuaban las experiencias iniciadas por la República de Weimar con las Siedlungen.

En aquellos periodos en que los países contaban con un flujo constante y elevado de ingresos, las políticas del Estado Benefactor funcionaron como una herramienta de distribución. Sin embargo, la arquitectura moderna de los grandes conjuntos implicaba un proceso de toma de decisiones fuertemente jerarquizado, donde un equipo reducido de profesionales decidía, a través del proyecto, la transformación de grandes porciones de territorio. Además, los conjuntos eran caros y, significaban una deuda para los usuarios, muy difícil de saldar en épocas de recesión económica. El problema es que comenzaban a mezclarse las críticas asociadas a los conjuntos modernos y las críticas referidas hacia el Estado Benefactor. Con la Crisis del Petróleo, las dificultades en la producción y la agudización de la recesión, los economistas neoliberales encontraban un escenario ideal para instalar sus viejas consignas de reducción del gasto público, libre mercado, libre apalancamiento de los bancos que preparaba el terreno hacia el predominio de las finanzas sobre el sector productivo.

Estas críticas tenían una correlación con la crítica política implícita en el cuestionamiento teórico que realizaron Turner, Habraken y Alexander con respecto a los conjuntos modernos: eran costosos, homogeneizaban el ambiente, limitaban la iniciativa individual, orientaban la producción hacia un sector acotado.

El verdadero desafío con respecto a la arquitectura participativa, colectiva y horizontal, es el mismo que atraviesan todas las fuerzas políticas basadas en la horizontalidad estricta. Exigen una revisión sobre el contexto que permita entender hasta qué punto contribuyen a una verdadera liberación del ser humano con respecto a las jerarquías que lo someten y hasta qué punto dificultan la consolidación de un Estado capaz de enfrentar males mayores, como el predominio de las finanzas sobre la vida de la gente.

Esto sólo puede determinarse a partir de la lectura del contexto y del estudio de sus condiciones históricas.

6 Manual del arquitecto estresado

Como reflexión final, hay que decir que las experiencias de arquitectura que se han repasado a lo largo de este trabajo dejan una enseñanza para la arquitectura en general, más allá de la participación. La arquitectura no puede mejorar la vida de la gente sin estar acompañada de políticas que permitan transformar o al menos limitar algunos factores estructurales que rigen la economía actual.

Después de notar que las innovaciones técnicas y las mejores intenciones humanistas quedan desvirtuadas por las dinámicas del mercado, uno llega a sospechar que la participación puede ser un buen aporte, pero no es el más determinante. Es más, en caso de poder contrarrestar los factores que realmente determinan la penuria de vivienda digna (precariedad laboral, desocupación, especulación monopólica del precio de los materiales, la tierra y las herramientas, y un sistema normativo moldeado por el lobby de los grupos de poder) la participación en arquitectura sería como un detalle anecdótico, un beneficio extra.

A fin de cuentas, la gente interviene transformando los espacios en los que habita, incluso cuando eso no ha sido previsto por los arquitectos (algo que puede observarse en Villa Los Ángeles).

En todo caso, las décadas del auge de la participación tienen que servir como parte de un periodo de aprendizaje dentro de la historia de la arquitectura. Fue un momento que ayuda a entender que la descentralización del proceso de toma de decisiones no puede transformarlo todo. Si bien la centralización de las decisiones ha generado resultados nefastos, el problema va más allá de la metodología implementada para decidir. No se trata de un problema técnico o metodológico, es un problema estructural que no se resuelve disgregando el proceso. La tecnocracia se organiza de manera jerárquica y piramidal, pero no lo hace por intereses propios, lo hace para cumplir con los objetivos de los grupos que le pagan el sueldo. Y hay que reconocer que cumple esos objetivos de manera cada vez más eficiente, tratando de ir reduciendo gradualmente el dinero invertido para reducir los conflictos con la población de menores ingresos.

También hay que reconocer que, a pesar de sus limitaciones, muchas de las experiencias estudiadas se implementaron con relativo éxito en un contexto general absolutamente adverso. Se generaron propuestas que priorizaban el carácter colectivo de la arquitectura en un contexto de “sálvese quien pueda” guiado por la más corporativa economía de desposesión. Con lo cual, es posible ilusionarse pensando que, en un contexto guiado por verdaderos intereses colectivos la participación se desenvolverá de una manera más sencilla, casi natural y sin la necesidad de pensar complejos organigramas ni tediosas dinámicas grupales.

Retomar las enseñanzas de la arquitectura participativa no es imposible, y ojalá este trabajo sirva como una guía para potenciar el alcance y contrarrestar las limitaciones que tuvieron las experiencias pasadas. Aunque hay que advertir que aquel que intente aplicar la participación para trabajar junto a ese tercio de las familias que no tiene vivienda digna deberá realizar un doble esfuerzo. Deberá pelear en paralelo, y quizás por fuera del ámbito de la arquitectura, por la transformación de los factores estructurales de la penuria habitacional. Es una elección estresante. Si la tarea de la arquitectura y la construcción física es demandante, la construcción política lo es mucho más.

Aquel que insista en mejorar las condiciones habitacionales de la población de menos ingresos pero no pueda embarcarse en la estresante tarea doble de construir lo físico y lo político a la vez, quedará

condenado a la contemplación, el registro, la sociometría y la crítica. Quienes no pueden dedicar tiempo a la militancia, quienes están superados por otros factores de la vida, quedan expulsados del ámbito de la acción. Se transforman en el personaje que se describe al principio de este trabajo, aquel que contemplaba el apuntalamiento de una casa que estaba en ruinas. Se convierte en un jugador expulsado, abrumado por la complejidad de los factores adversos, alternando entre la ironía y la desazón.

Bibliografía

- Aberdeenshire Council. (2004). Sir Patrick Geddes . *Ballaster Geddes Project* (págs. 1854 - 1932).
Ballaster: Aberdeenshire Council.
- Alexander, C., & Protzer, J.-P. (1980). Value in design: a dialogue. *Design Studies*, 1(5), 291-298.
- Alexander, C. (1969). *Ensayo sobre la síntesis de la forma*. Buenos Aires: Infinito.
- Alexander, C. (1971). *La estructura del medio ambiente*. Barcelona: Tusquets.
- Alexander, C. (1978). *Urbanismo y participación : el caso de la Universidad de Oregón*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Alexander, C. (1981). *El modo intemporal de construir*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Alexander, C. (1982). *The Linz Café*. New York: Oxford University Press.
- Alexander, C. (1984). Introduction [Mexicali Revisited]. *Places*, 76-77.
- Alexander, C. (2003). *The Nature of Order. An Essay on the Art of Building and the Nature of the Universe*. New York: Oxford University Press.
- Alexander, C., & Eisenman, P. (1983). Contrasting Concepts of Harmony in Architecture. *Lotus International*, 50-57.
- Alexander, C., Black, G., & Tsutsui, M. (1995). *The Mary Rose Museum*. New York: Oxford University.
- Alexander, C., Davis, H., Martinez, J., & Corner, D. (1985). *The production of houses*. New York: Oxford University Press.
- Alexander, C., Silverstein, M., & Ishikawa, S. (1977/1980). *Un lenguaje de patrones : ciudades, edificios, construcciones*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Amendola, G. (2000). *La ciudad postmoderna: magia y miedo de la metrópolis contemporánea*. Madrid: Celeste.
- Aquilué, I., Roca, E., & Ardura, A. (2016). Bijlmermeer, 1965-2015: El fracaso de la ciudad en árbol y el retorno a la escala menuda. *XIV Coloquio Internacional de Geocrítica. Las utopías y la construcción de la sociedad del futuro*. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- Armengol Garreta, D. (4 de Diciembre de 2008). *Christopher Alexander y los patrones de diseño*. Recuperado el 11 de Noviembre de 2016, de Revalorización sociocultural del diseño arquitectónico:
<http://revalorizacionsocioculturaldeldise.blogspot.com.ar/2008/12/christopher-alexander-y-los-patrones-de.html>
- Arroyo, C. (2009). *10 cosas que venimos aprendiendo*. Madrid: SEPES Entidad Estatal del Suelo.
- Balestra, F. (2006). *ARTECAPITAL*. Recuperado el 08 de 04 de 2016, de
http://www.artecapital.net/arq_des-53-estrategia-para-habitacao-evolutiva-india
- Berlung, S. (2002). El deterioro de la educación pública en Estados Unidos y el papel del gobierno federal. *Cuadernos del CENDES*, 19(50), 129-151.
- Bernal, F., & Cirugeda, S. (16 de 06 de 2014). *El arquitecto punki*. Recuperado el 09 de Noviembre de 2016, de VICE: <https://www.vice.com/es/article/vdkgz4/entrevista-santiago-cirugeda>
- Bertalanffy, L. v. (1968/1989). *Teoría general de los sistemas. Fundamentos, desarrollo y aplicaciones*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

- Bertranou, F., & Casanova, L. (21 de 07 de 2013). *Cash*. Recuperado el 10 de 09 de 2016, de Página 12: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/17-6958-2013-07-21.html>
- Bhatt, R. (2010). Christopher Alexander's pattern language: an alternative exploration of space-making practices. *The Journal of Architecture*, 15(6), 711-729.
- BID. (14 de Mayo de 2012). *Estudio del BID: América Latina y el Caribe encaran creciente déficit de vivienda*. Recuperado el 2016 de 11 de 29, de Banco Interamericano de desarrollo: <http://www.iadb.org/es/noticias/comunicados-de-prensa/2012-05-14/deficit-de-vivienda-en-america-latina-y-el-caribe,9978.html>
- Black, G. (2013). *Integrated Structures Inc*. Recuperado el 10 de 10 de 2016, de <http://www.integratedstructures.com/documents/Pattern%20Language/PatternBrochure.pdf>
- Blondiaux, L., & Sintomer, Y. (2004). El imperativo deliberativo. *Estudios políticos*, 95-114.
- Borges de Macedo, F. H. (2011). *Out of the box. A Arquitectura participativa de Filipe Balestra*. Lisboa: Faculdade de Arquitectura. Universidade Técnica de Lisboa.
- Bourdieu, P. (12 de Diciembre de 1995). *Combatir a la tecnocracia en su propio terreno*. Recuperado el 1 de Noviembre de 2016, de Universidad de Santiago de Compostela: <http://firgoa.usc.es/drupal/node/12737>
- Brecht, B. (1934/2000). Las cinco dificultades para decir la verdad. *Mientras Tanto*(77), 53-62.
- Brecht, B. (1973). *El compromiso en literatura y arte*. Barcelona: Península.
- Bredenoord, J. (2009). *Housing and planning in urbanizing countries*. Recuperado el 02 de 05 de 2017, de The people's struggle for affordable living space. The role of (assisted) self-help housing from 1950 – 2010 and beyond: <http://bredenoordhousingresearch.com/wp-content/uploads/2016/03/The-peoples-struggle.-Affordable-Housing.-2009-2010.pdf>
- Brillembourg, C. (2013). Sowing the Oil: Brutalist Urbanism. Ciudad Guayana, Venezuela 1951-2012. X *Seminario DOCOMOMO Brasil Arquitectura Moderna e Internacional: conexões brutalistas 1955-75*. Brasilia: DOCOMOMO Brasil.
- Bromley, R. (2003). Peru 1957–1977: How time and place influenced John Turner's ideas on housing policy. *Habitat International*, 271–292.
- Bryant, G. (1991). The Oregon Experiment after Twenty Years. *Rain Magazine*, 14(1).
- Bryant, G. (1994). Alexander visits The Oregon Experiment. *Rain Magazine*.
- Burges. (1978). Petty commodity housing or dweller control? A critique of John Turner views on housing policy. *Word Development*, 6(9-10), 1105-1133.
- Burgess. (1978). Petty commodity housing or dweller control? A critique of John Turner views on housing policy. *Word Development*, 6(9-10), 1105-1133.
- Burgess, R. (1978). Auto-alojamiento ¿Nueva estrategia imperialista? *CAU: construcción, arquitectura, urbanismo*, 41-46.
- Burgess, R. (1988). Helping some to help themselves: Third World housing policies and development strategies. (K. Mathéy, Ed.) *Triolog*, 3(18), 4-8.
- Burgess, R., Carmona, M., & Kolstee, T. (1997). Cities, the State and the Market. En R. Burgess, M. Carmona, & T. Kolstee (Edits.). Londres: Zed Books.
- Burgess, R., Carmona, M., & Kolstee, T. (1997). Contemporary macroeconomic strategies and urban policies in developing countries: a critical review. En R. Burgess, M. Carmona, & T. Kolstee (Edits.), *The challenge of sustainable cities* (págs. 17-31). Londres: Zed Books.

- Burgess, R., Carmona, M., & Kolstee, T. (1997). Contemporary policies for enablement and participation: a critical review. En R. Burgess, M. Carmona, & T. Kolstee (Edits.), *The challenge of sustainable citties* (págs. 139-162). Londres: Zed Books.
- Burgess, R., Carmona, M., & Kolstee, T. (1997). Contemporary spatial strategies and urban policies in developing countries; a critical review. En R. Burgess, M. Carmona, & T. Kolstee (Edits.), *The challenge of sustainable cities* (págs. 111-124). Londres: Zed Books.
- Burrows, G. (2014). *The New Deal in Puerto Rico: Public Works, Public Health, and the Puerto Rico Reconstruction Administration, 1935-1955*. New York: CUNY Academic Works.
- Châtel, G. (2006). Plan Obus and Vipcity, as from Father to Son. *Interstices*, 7, 21-31.
- Chavez, R., Vilorio, J., & Zipperer, M. (11 de 09 de 2000). *Interview of John F.C.Turner*. Recuperado el 14 de 07 de 2016, de World Bank.org:
<http://siteresources.worldbank.org/INTUSU/Resources/turner-tacit.pdf>
- Chermayeff, S., & Alexander, C. (1963). *Comunidad y privacidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Clinton, A., & Habraken, J. (2004). Interview with John Habraken. *IEEE Technology and Society Magazine*, 7-12.
- Col·lectiu Punt 6. (6 de Febrero de 2017). *Punt 6*. Recuperado el 09 de 03 de 2017, de <http://www.punt6.org/proyectos-investigacion/>
- Collymore, P., & Erskine, R. (1982). *Architecture of Ralph Erskine*. Londres: Granada.
- Colmenares, S. (2010). La simplificación como problema complejo: Habraken y el S.A.R. En U.P.M., *com-densidad. Estrategias de actuación* (págs. 2-10). Madrid: Mairea Libros.
- Colmenares, S. (2014). Lo Neutro en la Planta Tipo: soportes y dom-ino(s). *Constelaciones*, 23-42.
- Colquhoun, A. (2005). *La arquitectura moderna: una historia desapasionada*. (J. Sainz, Trad.) Barcelona: Gustavo Gili.
- Davis, I. (1980). *Arquitectura de emergencia*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (2004). *Mil mesetas : capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.
- Descartes, R. (1637/2010). *Discurso del método*. Madrid: Espasa Calpe.
- Diez del Corral, J., & Corazón Rural, Á. (14 de 06 de 2015). *La maldición del ego del arquitecto*. Recuperado el 31 de 10 de 2016, de Jot Down: <http://www.jotdown.es/2015/06/la-maldicion-del-ego-del-arquitecto/>
- Domitrovic, B. (14 de Agosto de 2011). *August 15, 1971: A Date Which Has Lived In Infamy*. Recuperado el 10 de 09 de 2016, de Forbes:
<https://www.forbes.com/sites/briandomitrovic/2011/08/14/august-15-1971-a-date-which-has-lived-in-infamy/#451625fa581a>
- Dovey, K. (1990). The pattern language and its enemies. *Design Studies*, 11(1), 3-9.
- Eco, U. (1962/1992). *Obra Abierta*. Buenos Aires: Planeta-Agostini.
- Engels, F. (1887/1975). Contribución al problema de la vivienda. En K. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas* (pág. 572). Madrid: Akal.
- Escher, C. (2017). Nested utopias: GEAM's large-scale designs. En K. Kegler, & A. Moravanszky (Edits.), *Re-scaling the environment: new landscapes of design, 1960-1980* (págs. 81-96). Basilea: Birkhäuser.
- Estrella, F. (1984). *Arquitectura de sistemas. Al servicio de las necesidades populares 1964-1983*. México D.F.: CEVEUR.
- Fathy, H. (1969/2000). *Architecture for the poor*. Cairo: American University in Cairo.

- Fernandez Maldonado, A. M. (2015). Las barriadas de Lima como estímulo a la reflexión urbana sobre la vivienda. Revisitando a Turner y de Soto. *Revista de Estudios sobre Vivienda (WASI)*, 7-24.
- Fernandez, R. (2011). *Mundo diseñado: para una teoría crítica del proyecto total*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- Ferrero, A., Ortecho, R., & Turner, J. (1985). El problema de la vivienda en los países del tercer mundo. *Vivienda. Revista de la Construcción*, 69-72.
- Forero Suárez, F. E. (2008). De la estructura Dom-Inó a Ciudad Bachué: reflexiones en torno a la vivienda progresiva e informal. *Dearq. Revista de Arquitectura*(3), 123-131.
- Frampton, K. (1981/2002). *Historia crítica de la arquitectura moderna*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Fromm, D., & Bosselmann, P. (1984). Seven Years Later [Mexicali Revisited]. *Places*, 1(4), 78-90.
- Fuad-Luke, A. (2004). *Slow Theory: A paradigm for living sustainably?* Obtenido de Fluido: <https://fluido.files.wordpress.com/2006/07/slow-design.pdf>
- Fuad-Luke, A., & Strauss, C. (2008). The slow design principles: a new interrogative and reflexive tools for design thinking and practice. *Changing The Change: Design Visions, Proposals and Tools* (págs. 1-14). Torino: SlowLab.
- Fundación Arquia. (15 de Octubre de 2009). *Santiago Cirugeda (Recetas Urbanas) - Representante zona sur*. Recuperado el 9 de Noviembre de 2016, de Fundación Arquia: http://fundacion.arquia.es/media/proxima/downloads/acercade/CV_SC_FQ.pdf
- García Espinosa, J. (1995). *La doble moral del cine*. Bogotá: Voluntad.
- García Marquez, G. (1995). *El general en su laberinto*. Buenos Aires: Planeta.
- García Vazquez, C. (2016). *Teorías e historia de la ciudad contemporánea*. Barcelona: G. Gili.
- Garmendia Wilson, C. (2014). Historia de la pérdida de valor del dólar y cronología del oro desde el inicio de la civilización. *Revista de Economía y Derecho*, 9(34), 49-58.
- Geddes, P. (1915/2009). *Ciudades en evolución*. (M. Moro Vallina, Trad.) Oviedo: KRK Ediciones.
- Gibourg, R., Ghigliani, A., & Guarinoni, R. (1985/2000). *Introducción al conocimiento científico*. Buenos Aires: Eudeba.
- Gilbert, A. (2007). The Return of the Slum: Does Language Matter? *International Journal of Urban and Regional Research*, 31(4), 697-713.
- Gilbert, A., & van der Linden, J. (1987). The Limits of a Marxist Theoretical Framework for Explaining State Self-help Housing. *Development and Change*, 18(1), 129-136.
- Globo Bahía. (02 de 06 de 2014). *Globo Bahía*. Recuperado el 05 de 05 de 2017, de Bahía Meio Dia: <http://g1.globo.com/bahia/bahia-meio-dia/videos/v/cenarios-das-palafitas-dos-alagados-ainda-e-realidade-para-alguns-moradores-de-salvador/3388760/>
- Goodman, P., & Goodman, P. (1947/1960). *Communitas. Means of livelihood and ways of life*. New York: Vintage Books.
- Gorelik, A. (2008). La aldea en la ciudad: Ecos urbanos de un debate antropológico. *Revista del Museo de Antropología. Universidad Nacional de Córdoba*, 73-96.
- Gras, J. A., & Cirugeda, S. (4 de Noviembre de 2014). *Santiago Cirugeda: arquitecto de guerrilla, proyectos de bajo coste*. Recuperado el 9 de Noviembre de 2016, de More Than Green: <http://www.morethangreen.es/santiago-cirugeda-arquitecto-de-guerrilla-proyectos-de-bajo-coste/>
- Gregorio, G. (Marzo de 1983). La década del 50 y el Modernismo digerido. *Ambiente Separata*(16), 2-11.

- Gyger, H. E. (2013). *The Informal as a Project: Self-Help Housing in Peru. 1954-1986*. New York: Columbia University.
- Habraken, J. (1962/1975). *Soportes: Una alternativa al alojamiento de masas*. (F. Ramón, Trad.) Madrid: Alberto Corazón Editor.
- Habraken, J. (1974/1979). *El diseño de soportes*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Habraken, J. (1977). Tres principios fundamentales para la vivienda. *Summarios*(8), 24-36.
- Habraken, J. (1978). El rededor construido y los límites de la práctica profesional. *CAU: construcción, arquitectura, urbanismo*, 52-61.
- Habraken, J. (1980). Design for Adaptability, Change and User Participation. En L. Safran (Ed.), *Housing: Process and Physical Form* (págs. 23-29). Filadelfia: Aga Khan Award for Architecture.
- Habraken, J. (1980). Interventions: Professional and User Inputs. *Open House*, 23-29.
- Habraken, J. (1984). The general from the local. *Places*, 1(4), 3-8.
- Habraken, J. (1986). Towards a new professional role. *Design Studies*, 7(3), 139-143.
- Habraken, J. (1987). The control of complexity. *Places*, 4(2), 3-15.
- Habraken, J. (1988). Type as a social agreement. *Third Asian Congress of Architects*, (págs. 2-18). Seoul.
- Habraken, J. (2002). The uses of levels. *Open House International*, 27(2), 2-17.
- Habraken, J. (2003). Questions that will not go away: Some remarks on long-term trends in architecture and their impact on architectural education. En M. Voyatzaki (Ed.), *ENHSA Meeting of Heads of European Schools of Architecture* (págs. 31-42). Hania: EAAE / ENHSA.
- Habraken, J. (2005). Change and the Distribution of Design. En B. Leupen, R. Heijne, & J. Van Zwol (Edits.), *Time-based Architecture* (págs. 22-28). Rotterdam: 010 Publisher.
- Habraken, J. (2005). Open building as a condition for industrial construction. *ISARC2003 The Future Site*, 37-42.
- Hailey, C. (2005). Re-viewing the Builder's Yard as a Place for Design Visualization. *Association of Community Design Annual Conference* (págs. 1-17). New York: University of Florida.
- Hall, P. (1996). *Ciudades del mañana. Historia del urbanismo en el siglo XX*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Harms, H. (1982). Historical perspectives on the practice and purpose of self-help housing. En P. Ward, *self-help housing. A critique* (págs. 17-55). Londres: Mansell.
- Harms, H. (1988). Self-help housing, crisis, and structural transformation. (K. Mathéy, Ed.) *Trialog*, 18(3), 40-42.
- Harris, R. (1998). The silence of the experts: Aided self help housing, 1939-1954. *Habitat*, 22(2), 165-189.
- Harris, R. (1999). Slipping through the Cracks: The Origins of Aided Self-help Housing, 1918-53. *Housing Studies*, 14(3), 281-309, .
- Harris, R. (2003). A double irony: the originality and influence of John F.C. Turner. *Habitat International*, 27(2), 245-269.
- Havik, K., Teerds, H., & Habraken, J. (2011). Define and Let Go. An Interview. *OASE Journal for Architecture*, 8-16.
- Heidegger, M. (1954/1975). Construir, habitar, pensar. *Revista Teoría*(5-6), 150-162.
- Helinga, H. (1997). El plan general de expansión de Ámsterdam. *Cuaderno de Notas*(5), 13-38.
- Helinga, H. (1998). El plan general de ampliación de Ámsterdam II. *Cuaderno de Notas*(6), 15-36.

- Helleman, G., & Wassenberg, F. (2004). The renewal of what was tomorrow's idealistic city. Amsterdam's Bijlmermeer high-rise. *Cities*, 21(1), 3-17.
- Huapaya Espinoza, J. C. (2014). Hacia una nueva concepción de la vivienda en el Perú. Los aportes de la Corporación Nacional de la Vivienda, 1945-1956. *WASI Revista de estudios sobre Vivienda*, 1(2), 65-76.
- Huapaya Espinoza, J. C. (2015). Eduardo Neira Alva. Aportes profesionales para el debate sobre el desarrollo territorial y la ecología urbana en América Latina 1961-1998. *ENANPUR Espacio Planeamiento e Insurgencias* (págs. 1-11). Belo Horizonte 2015: ENANPUR.
- Illich, I. (1974). *La convivencialidad*. Barcelona: Barral Editores.
- Illich, I. (05 de 06 de 1983). La reivindicación de la casa. *El País*.
- Illich, I. (2014). *El mensaje de la choza de Gandhi y otros textos*. México: Universidad Autónoma del Estado de Morelos.
- Jauregui, J. M. (2012). *Estrategias de articulación urbana*. Buenos Aires: Nobuko.
- Kendall, S., & Jonathan, T. (2002). *Residential Open Building*. Londres: E & FN Spon.
- Kéré, D. F. (01 de Abril de 2016). *La arquitectura es ensuciarse y empujar todos juntos*. Recuperado el 15 de Enero de 2017, de Mandua.com: <http://www.mandua.com.py/la-arquitectura-es-ensuciarse-y-empujar-todos-juntos-n177>
- Kim, J.-J., Brouwer, R., & Kearney, J. (1993). *NEXT 21: A Prototype Multi-Family Housing Complex*. Ann Arbor, Michigan: University of Michigan, College of Architecture and Urban Planning.
- Kozak, D. (2016). Revisitando el debate sobre la participación popular en la producción de hábitat en América Latina en la cultura Arquitectónico-Urbanística, 1961-1976. *Revista Urbana: Revista do Centro Interdisciplinar de Estudos sobre a Cidade, UNICAMP*, 8(3), 49-68.
- Kriscenski, A. (05 de 11 de 2012). *Heineken Wobo: a beer bottle that doubles as a brick*. Recuperado el 01 de 11 de 2016, de Inhabitat: https://inhabitat.com/heineken-wobo-the-brick-that-holds-beer/wobo_2jpg
- Kroll, L., & Verdaguer, C. (1999). Entrevista a Lucien Kroll. *Ciudades para un Futuro más Sostenible*.
- Kropotkin, P. (1909). *Campos, fábricas y talleres*. Valencia: F. Sempere y compañía.
- Kwak, N. (2015). *A World of Homeowners: American Power and the Politics of Housing Aid*. Chicago: University of Chicago Press.
- La Nación. (17 de Mayo de 2017). Alumnos de arquitectura hicieron una casa ecológica en un paraje y se sacaron un 10. *La Nación*.
- Lefebvre, H. (1969). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- Lefebvre, H. (1971/1978). *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Península.
- Lévi-Strauss, C. (24 de Mayo de 2008). Elogio del trabajo manual. *Ñ*.
- Li, S. (2015). *Doctoral thesis: A view of flexible housing in China*. Torino: Porto Institutional Repository.
- Li, S. (2015). Post-occupancy investigation of two open building projects. *Open House International*, 40(4), 94-100.
- LIFE. (21 de Mayo de 1956). Bootstrap Milestone. *LIFE*, 38-42.
- Liu, P. (2001). *Reestablishing identity of individual homes in high-rise residential towers (Master Thesis)*. Muncie: Ball State University.
- Ludeña Urquiza, W. (2014). Prólogo. En J. C. Huapaya Espinoza, *Fernando Belaúnde Terry y el Ideario Moderno: arquitectura y urbanismo en el Perú entre 1936 y 1968* (págs. 23-28). Lima: Editorial ediFAUA.

- Lynch, K. (1960). *The image of the City*. Cambridge MA: MIT Press.
- MacDonald, M. (1994). The Outlook Tower: Patrick Geddes in Context: Glossing Lewis Mumford in the Light of John Hewitt. *The Irish Review*(16), 53-73.
- Maffeo, A. J. (2003). La Guerra de Yom Kippur y la crisis del petróleo de 1973. *Revista Relaciones Internacionales del Instituto de Relaciones Internacionales (IRI)*(25), 2-6.
- Mangin, W. (1963). Urbanization case history in Peru. *Architectural Design* 8,, 366-369.
- Marcuse, P. (1992). Why conventional self-help projects won't work. En K. Mathey, *Beyond self-help housing* (págs. 15-22). Londres: Mansell.
- Medina, R. (2008). *Regis Medina*. Recuperado el 10 de 10 de 2016, de <http://www.regismedina.com/articles/christopher-alexander-theory-of-incremental-design>
- Mignucchi, A., & Habraken, J. (01 de 07 de 2010). *Soportes: Vivivenda y Ciudad (IAT)*. Recuperado el 06 de Noviembre de 2016, de Instituto de Arquitectura Territorial: <http://www.arquitecturatropical.org/EDITORIAL/documents/Soportes%20vivienda%20y%20ciudad%20IATMignucci.pdf>
- Mignucci, A., & Habraken, J. (2010). *Soportes: vivienda y ciudad*. San Juan Puerto Rico: IAT Editorial on line.
- Molina, S. (20 de Julio de 2011). *Pioneros de la participación(2): Lucien Kroll*. Recuperado el 31 de Octubre de 2015, de La Ciudad Viva: <http://www.laciudadviva.org/blogs/?p=10897>
- Montaner, J. M. (1999). *Después del movimiento moderno*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Monzón, J. C. (05 de 04 de 2011). *Sitio oficial de la Alcaldía Mayor de Bogotá D.C*. Recuperado el 10 de 11 de 2016, de Bachué: Una urbanización levantada por sus habitantes: http://portel.bogota.gov.co/portel/libreria/php/x_frame_detalle.php?id=45078
- Morado Nascimento, D., & Habraken, J. (Diciembre de 2012). N. J. Habraken explains the potential of the Open Building approach in architectural practice. *Vitruvius*, 54(04).
- Morgenfeld, L. (2012). Desarrollismo, Alianza para el Progreso y Revolución Cubana: Frondizi, Kennedy y el Che en Punta del Este (1961-1962). *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad*.
- Morris, W. (1885). The Revival of Architecture. *Fortnightly Review*.
- Morris, W. (04 de Setiembre de 1988). Pall Mall Gazette, 4 September 1888, pp. 1-2. *Ugly London*, págs. 1-2.
- Mota, N. (31 de Marzo de 2011). Between Populism and Dogma: Álvaro Siza's Third Way. *Footprint*, 5(1), 35-58.
- Mota, N., Canto Moniz, G., & Krüger, M. (2012). Humanism, universalism and the native genius. Civic engagement in housing design from Alberti to CIAM and beyond. *Change. Architecture, Education, Practices* (págs. 150-156). Barcelona: ACSA.
- Munshi, I. (Febrero de 2000). Patrick Geddes: Sociologist, Environmentalist and Town Planner. *Economic and Political Weekly*, 35(6), 485-491.
- Munshi, I. (2013). On the Margins of Sociology: An Appreciation of Patrick Geddes's Work in India. *Sociological Bulletin*, 62(2), 217-238.
- Muñoz Tobar, C. (2017). *Jürgen Habermas y la teoría de los actos del habla*. Recuperado el 20 de 06 de 2017, de Lecturas Módulo Ética del Discurso. Universidad de Concepción: http://www.postcear.udp.cl/file.php/1/lectura_modulo_etica_del_discurso.pdf
- Muñoz, F. (2008). *Urbanización: paisajes comunes, lugares globales*. Barcelona: Gustavo Gili.

- Nagore, I. (2012). *Open Building in the collective housing of the XXI century. Possibilities and limitations*. Londres: Kingston Faculty of Art Design and Architecture.
- Nagore, I., & Habraken, J. (12 de Abril de 2013). *Entrevista a John Habraken*. Recuperado el 04 de Noviembre de 2016, de Ciudadviva: <http://www.laciudadviva.org/blogs/?p=16941>
- Napier, M. (2002). *The origins and spread of core housing*. Recuperado el 10 de 10 de 2016, de MIT Incremental Housing: <http://web.mit.edu/incrementalhousing/articlesPhotographs/pdfs/Origins-Spread-CoreHousing.pdf>
- National Library of Scotland. (2009). A man of all reason. *Discover*, 22-24.
- Nerin, G. (2011). *Blanco bueno busca negro pobre: una crítica a los organismos de cooperación y las ONG*. Barcelona: Roca.
- Nouveau, U., Filipe, B., & Göransson, S. (04 de Octubre de 2014). Incremental Housing Strategy. (L. Andreini, Entrevistador)
- ONU Hábitat. (02 de Noviembre de 2015). *Viviendas y mejoramiento de asentamientos precarios*. Recuperado el 27 de 10 de 2016, de ONU Hábitat por un mejor futuro urbano: <https://es.unhabitat.org/temas-urbanos/viviendas/>
- Ortiz Flores, E. (1 de 09 de 2008). *Habitat International Coalition*. Recuperado el 10 de 04 de 2016, de http://hic-gs.org/content/Foro_Vancouver_1976-2006.pdf
- Oyón, J. L. (2015). John Turner, el arquitecto geddesiano. *ZARCH*, 5, 40-55.
- Parra, B., & Ceballos, H. (1983). *Situación económica de los adjudicatarios de Ciudad Bachué frente a sus compromisos con el I.C.T.* Bogotá: Universidad Nacional de Colombia Facultad de Ciencias Económicas. Departamento de Gestión Empresarial.
- Pattern Language. (2013). *patternlanguage.com*. Recuperado el 10 de 10 de 2016, de <https://www.patternlanguage.com/aims/intro.html#patterns>
- Peattie, L. (1987). *Planning: Rethinking Ciudad Guayana*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Pevsner, N. (1942/1948). *An Out Line Of European Architecture*. Londres: Hazell Watson & Viney.
- Piñero, E. A. (29 de Octubre de 2015). Entrevista realizada en el marco del ENAC 2015. (J. S. Palero, Entrevistador)
- Pradilla Cobos, E. (1987). *Capital, estado y vivienda en América Latina*. México D.F.: Fontamara.
- Pradilla Cobos, E. (1979). Desarrollo capitalista dependiente, clases sociales y arquitectura en América Latina. *Arquitectura Autogobierno*(10), 4-9.
- Protzen, J., & Alexander, C. (1980). Value in design: a dialogue. *Design Studies*, 1(6), 291-298.
- Proudhon, P.-J. (1865/2008). *El principio federativo*. (A. D'Auria, Trad.) Buenos Aires: Libros de Anarres.
- Ramirez, R. (1988). Affordability - and no cost recovery! *Trialog*, 3(18), 9-12.
- Ramírez, R., & Burgess, R. (1988). Affordability and No Cost Recovery! Conceptual and Political Issues around World Bank Housing Strategies. *TRIALOG*, 18, 9-12.
- Ramonet, I. (1997). *Un mundo sin rumbo. Crisis de fin de siglo*. Madrid: Debate,.
- Recetas Urbanas. (9 de Abril de 2013). *Estrategias Subversivas de Ocupación Urbana*. Recuperado el 09 de Noviembre de 2016, de Recetas Urbanas: <https://www.recetasurbanas.net/index1.php?idioma=ESP&REF=1&ID=0005>
- Rodríguez, A., Riofrío, G., & Welsh, E. (1972). De invasores a invadidos. *EURE*, 2(4), 101-142.

- Rosero, V., Llorca, N., & Cirugeda, S. (29 de Enero de 2017). *Conversación con Santiago Cirugeda a propósito de la BAQ XX*. Recuperado el 01 de Agosto de 2017, de METALOCUS: <https://www.metalocus.es/es/noticias/conversacion-con-santiago-cirugeda-a-proposito-de-la-baq-xx>
- Rudofsky, B. (1965). *Architecture without Architects: a Short Introduction to non-pedigree Architecture*. New York: Museum of Modern Art.
- Ruiperez Palmero, R. (2006). *¿Quién teme a los pobladores? Vigencia y actualización del Housing by People de John Turner frente a la problemática actual del Habitat Popular en América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Artes.
- Ruiz Cruz, A., & Molina Tarasiouk, D. (2009). Evolución histórica de los regímenes cambiarios. *Contribuciones a la Economía*.
- Ruskin, J. (1849/1987). *Las siete lámparas de la arquitectura*. Barcelona: Alta Fulla.
- Sanoff, H. (2000). *Community Participation Methods in Design and Planning*. Nueva York: John Wiley & Sons.
- Sapir, E. (1924). Culture, Genuine and Spurious. *American Journal of Sociology*, 29(4), 401-429.
- Saravia Madrigal, M. (2004). El significado de habitar. *Boletín CF+S*.
- Schittich, C. (2006). Casas unifamiliares: mitos y realidad. En C. Schittich (Ed.), *Casas unifamiliares*. Munich: Birkhäuser.
- Schneider, T., & Till, J. (2007). *Flexible Housing*. Oxford: Architectural Press.
- Schumacher, E. F. (1973/1994). *Lo pequeño es hermoso*. Madrid: Blume.
- Seamon, D. (2007). Christopher Alexander and a Phenomenology of Wholeness. *Environmental Design Research Association (EDRA)* (págs. 1-13). Sacramento: Architecture Department - Kansas State University.
- Silva, E. (2016). *Incremental Housing Project in Bogotá, Colombia: The case study of "Ciudad Bachué"*. 02: Technische Universität Berlin.
- Sir Patrick Geddes Memorial Trust. (2 de Marzo de 2007). *Sir Patrick Geddes Memorial Trust, Scotland*. Recuperado el 1 de Abril de 2013, de <http://www.patrickgeddestrust.co.uk/pghtedinburgh.htm>
- Sir Patrick Geddes Memorial Trust. (s.f.). *Sir Patrick Geddes Memorial Trust, Scotland*. Recuperado el 1 de Abril de 2013, de <http://www.patrickgeddestrust.co.uk/pghtedinburgh.htm>
- Smiles, S. (1859/1895). *Ayúdate* (Cuarta ed.). (E. Soulère, Trad.) París: Garnier Hermanos Editores.
- Smisek, P., De Bruijn, E., & Zu, X. (2013). *Appropriation within dwellings: designing for growth and adaptation*. Ámsterdam: TU Delft Department of Architecture .
- Stepher, W. (2014). *Learning from the lasses. Women of Patrick Geddes circle*. Edimburgo: Luath Press.
- Steyerl, H. (2014). *Los condenados de la pantalla*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Caja Negra.
- Teixeira de Carvalho, E. (2007). *Os alagados da Bahia: intervenções públicas e apropriação informal do espaço urbano Federal da Bahia*. Salvador: Faculdade de Arquitetura, Universidade.
- Till, J. (2005). The Negotiation of Hope. En P. Blundell Jones, D. Petrescu, & J. Till, *Architecture and Participation* (págs. 25-44). Londres: Routledge.
- Till, J. (2011). The King Is Dead! Long Live the Queen! En M. Miessen, *Waking Up from the Nightmare of Participation* (págs. 163-167). Ámsterdam: Expodium.
- Turner, J. (1963). Dwelling resources in South America. *Architectural Design*, 33, 360–393.

- Turner, J. (1967). Barriers and Channels for Housing Development in Modernizing Countries. *Journal of the American Institute of Planners*, 167-181.
- Turner, J. (1968). The squatter settlement: architecture that works. *Architectural Design*, 38, 355-360.
- Turner, J. (1968). Uncontrolled urban settlement: problems and policies. *International social development review* (págs. 107-128). Nueva York: Naciones Unidas.
- Turner, J. (1972/1976). El verbo edificar. En J. Turner, & R. Fichter, *Libertad para construir* (págs. 154-178). México: Siglo veintiuno editores.
- Turner, J. (1972/1976). La reeducación de un profesional. En J. Turner, & R. Fichter, *Libertad para construir. El proceso habitacional controlado por el usuario* (págs. 131-153). México: Siglo veintiuno editores.
- Turner, J. (1974). The fits and misfits of people's housing. *RIBA Journal*, 12-21.
- Turner, J. (1976/1977). *Vivienda, todo el poder para los usuarios*. Madrid: Blume.
- Turner, J. (1978). Housing in three dimensions. Terms of reference for the housing question redefined. *World Development*, 6, 1135-1145.
- Turner, J. (1978). Otro concepto del auto alojamiento. *CAU: construcción, arquitectura, urbanismo*, 51, 32-40.
- Turner, J. (1980). Housing: Its Part in Another Development. En L. Safran, *Process and Physical Form* (págs. 8-19). Philadelphia: Aga Khan Award for Architecture.
- Turner, J. (1980). What to do about Housing - its part in Another Development'. *Habitat Int.*, 5(1-2), 203-211.
- Turner, J. (1983). From central provision to local enablement. *Habitat International*, 207-210.
- Turner, J. (1994). Libertad para construir. En P. Hereu, J. Montaner, & J. Oliveras, *Textos de arquitectura de la modernidad* (págs. 369-373). Madrid: Nerea.
- Turner, J. (1996). From housing to building community: A mirror and directive agency of paradigm shift. *City*, 1(3-4), 30-39.
- Turner, J. (1996). Tools for building community: An examination of 13 hypotheses. *Habitat International*, 20(3), 339-347.
- Turner, J. (1997). Learning in a time of paradigm change: the role of the professional. En R. Burgess, M. Carmona, & T. Kolstee, *The challenge of sustainable cities* (págs. 163-175). Londres: Zed Books.
- Turner, J., Fichter, R., & Grenell, P. (1972/1976). El aumento de la autonomía habitacional. En J. Turner, & R. Fichter, *Libertad para construir* (págs. 268-283). México: Siglo veintiuno editores.
- Turner, J., Fichter, R., & Grenell, P. (1972/1976). La necesidad de redes. En J. Turner, & R. Fichter, *Libertad para construir* (págs. 250-267). México: Siglo veintiuno editores.
- Turner, J., Fichter, R., & Grenell, P. (1972/1976). Significado de la autonomía. En J. Turner, & R. Fichter, *Libertad para construir* (págs. 237-249). México: Siglo veintiuno editores.
- Turner, John, & Wakely, P. (2015). Fifty years of the community-led incremental development. Paradigm for Urban Housing and place-making. En A. Min Soo Chun, & I. Brisson, *Humanitarian Design* (págs. 36-55). Londres: John Wiley & Sons.
- Tyrwhitt, J. (1947). *Patrick Geddes in India*. Londres: Lund Humphries.
- Van der Werf, F. (2005). Open building and sustainability in practice. *The 2005 World Sustainable Building Conference* (págs. 3030-3035). Tokyo: SB05Tokyo.

- Van der Werf, F. (01 de Mayo de 2017). *The Molenvliet project*. Recuperado el 05 de Julio de 2017, de Thematic Design: [http://thematicdesign.org/wp-content/uploads/2017/05/Molenvliet for Thematicdesign.org -new main text.pdf](http://thematicdesign.org/wp-content/uploads/2017/05/Molenvliet%20for%20Thematicdesign.org-new%20main%20text.pdf)
- Verdaguer, C., & Kroll, L. (1999). Entrevista a Lucien Kroll. *Ciudades para un Futuro más Sostenible*.
- Volker, W. (2003). *CIAM Team 10-the English Context*. Obtenido de <http://www.team10online.org>: <http://www.team10online.org/research/papers/delft1/welter.pdf>
- Waker, B. (2003). Another Kind of Science: Christopher Alexander on Democratic Theory and the Built Environment. *Canadian Journal of Political Science*, 36(5), 1053-1072.
- Ward, C. (1976/1977). Prólogo a la edición británica. En J. Turner, *Vivienda, todo el poder para los usuarios* (págs. 17-22). Madrid: Blume.
- Ward, P. (2012). Self-Help Housing Ideas and Practice in the Americas. En B. Sanyal, L. Vale, & C. Rosen, *Planning Ideas That Matter: Livability, Territoriality, Governance and Reflective Practice* (págs. 283-310). Cambridge: MIT Press.
- Werlin, H. (1999). The Slum Upgrading Myth. *Urban Studies*, 36(9), 1523-1534.
- Williamson, J. (2000). Habraken and Koolhaas: Two Dutchmen Flying over Bijlmermeer. *88th ACSA Annual Meeting Proceedings, Heteropolis*, 512-515.
- Wirfs-Brock, R. (16 de 10 de 2014). *The Responsible Designer*. Recuperado el 08 de 06 de 2009, de <http://wirfs-brock.com/blog/tag/christopher-alexander/>
- Zabalbeascoa, A., & Cirugeda, S. (2 de Agosto de 2007). Santiago Cirugeda, el agitador de la arquitectura. *El País*, pág. https://elpais.com/diario/2007/08/05/eps/1186294547_850215.html.
- Zaiat, A. (08 de 03 de 2013). Informal. *Página 12*.
- Zevi, B. (1954). *Historia de la arquitectura moderna*. Buenos Aires: Emecé.
- Zucchi, B. (1992). *Giancarlo De Carlo*. Oxford: Butterworth.

Lista de Figuras

Figura 1 Casa Pollo, Recetas Urbanas	55
Figura 2 Máquinas pensantes de Geddes	68
Figura 3 Gráficos dinámicos de Turner	69
Figura 4 Retroalimentación continua.....	70
Figura 5 Conjunto 23 de enero.....	82
Figura 6 Poblado de artesanos.....	108
Figura 7 Aranya Community Housing.....	131
Figura 8 Estrategia de viviendas incrementales en India	132
Figura 9 Heteronomía y sistema en red	144
Figura 10 Ciudad Bachué (antes y después).....	167
Figura 11 Villa Los Ángeles (proyecto de Turner)	174
Figura 12 Villa Los Ángeles (Desarrollo progresivo)	179
Figura 13 Bergpolder	196
Figura 14 Bijlmermeer.....	202
Figura 15 Kristalbouw.....	211
Figura 16 Soe Ker Tie (viviendas de Bambú realizadas por TYIN Tegnestue)	220
Figura 17 La Mémé.....	228
Figura 18 Balance Concept de Haerle Hubacher und Hofmann.....	243
Figura 19 Byker Wall	252
Figura 20 Cuadro sintetizando la lógica de los soportes.....	263
Figura 21 Zonas y márgenes.....	268
Figura 22 Pasos propuestos por el S.A.R.	270
Figura 23 Niveles	279
Figura 24 Niveles en relación a las escalas territoriales.....	280
Figura 25 División de niveles en un esquema de lotes con servicios.....	280
Figura 26 División de niveles en un esquema de soportes	280
Figura 27 División de niveles en un proyecto de viviendas en Egipto	280
Figura 28 Quinta da Malagueira.....	302
Figura 29 Quebrada Juan Bobo	316
Figura 30 Next 21	323
Figura 31 Kasbah	324
Figura 32 Molenvliet (Soporte y fachadas)	326
Figura 33 Molenvliet (Accesos e interior)	327
Figura 34 Instituciones que se dividen como células.....	338
Figura 35 La ciudad moderna como árbol.....	344
Figura 36 Proyecto para la Universidad de Oregón (Perspectiva)	349
Figura 37 Fotografía del equipo de Alexander	350
Figura 38 Espacios positivos (Universidad de Oregón)	357
Figura 39 Espacios de Paz Pinto Salinas	367
Figura 40 Espacios de Paz Petare	368
Figura 41 Esquemas realizados por Alexander	397
Figura 42 Siena (Crecimiento en pequeñas dosis)	402
Figura 43 Das wachsende Haus.....	415
Figura 44 Brasilia	416
Figura 45 Quinta Monroy.....	426
Figura 46 Viviendas en Mexicali.....	435

La historia de la humanidad reserva para el arquitecto una posición incómoda, funcional al poder de turno. Desde Alberti hasta Arata Isozaki, pasando por Albert Speer, el arquitecto ha quedado identificado como la persona que centraliza las decisiones para transformar una porción del ambiente según el gusto de los poderosos.

Sin renegar de su rol subalterno, el arquitecto parece disfrutar de su posición de poder y se entiende a sí mismo como una especie de demiurgo, capaz de preconcebir las formas que otros se encargarán de construir, y que otros tendrán que habitar. La arquitectura se prefigura desde el punto de vista individual del arquitecto, pese a que todas las transformaciones del ambiente repercuten sobre un plano colectivo, sobre la vida de la gente. En primer lugar, porque el ser humano, con sus actos genera cultura; pero además porque las transformaciones del ambiente afectan al ecosistema general al reorganizar recursos físicos mediante procesos que demandan energía. Pese a afectar intereses plurales, la arquitectura centraliza las decisiones en la figura individual del arquitecto.

Esta tesis busca aportar a un entendimiento diferente de la disciplina, capaz de recuperar y fortalece la dimensión colectiva y comunitaria de las transformaciones del ambiente construido. Para eso se propone repasar una serie de experiencias que conocemos bajo el nombre de arquitectura participativa por incluir durante el diseño, gestión y construcción de los espacios a actores usualmente marginados de dichos procesos.

La intención de este trabajo es mostrar las experiencias como parte de una línea histórica que atraviesa todo el siglo veinte, con una base teórica compartida, cuyas herramientas conceptuales permiten afrontar los desafíos actuales de la disciplina. Por más esperanzadora que resulte la continuidad de un abordaje colectivo y democrático de las transformaciones del ambiente, se propone indagar en esta corriente desde un punto de vista crítico, identificando sus aciertos y desaciertos, aprendiendo de sus fracasos y cuestionando sus contradicciones.

Para indagar en las raíces conceptuales de la arquitectura participativa, se propone focalizar sobre la producción teórica de John Turner, John Habraken y Christopher Alexander durante las décadas del sesenta y setenta, destacando una instancia crucial para la consolidación de participación como metodología válida para generar soluciones habitacionales. En particular, se pone el énfasis sobre los conjuntos de vivienda, como una contribución para el abordaje de la problemática habitacional que enfrentan las ciudades latinoamericanas.